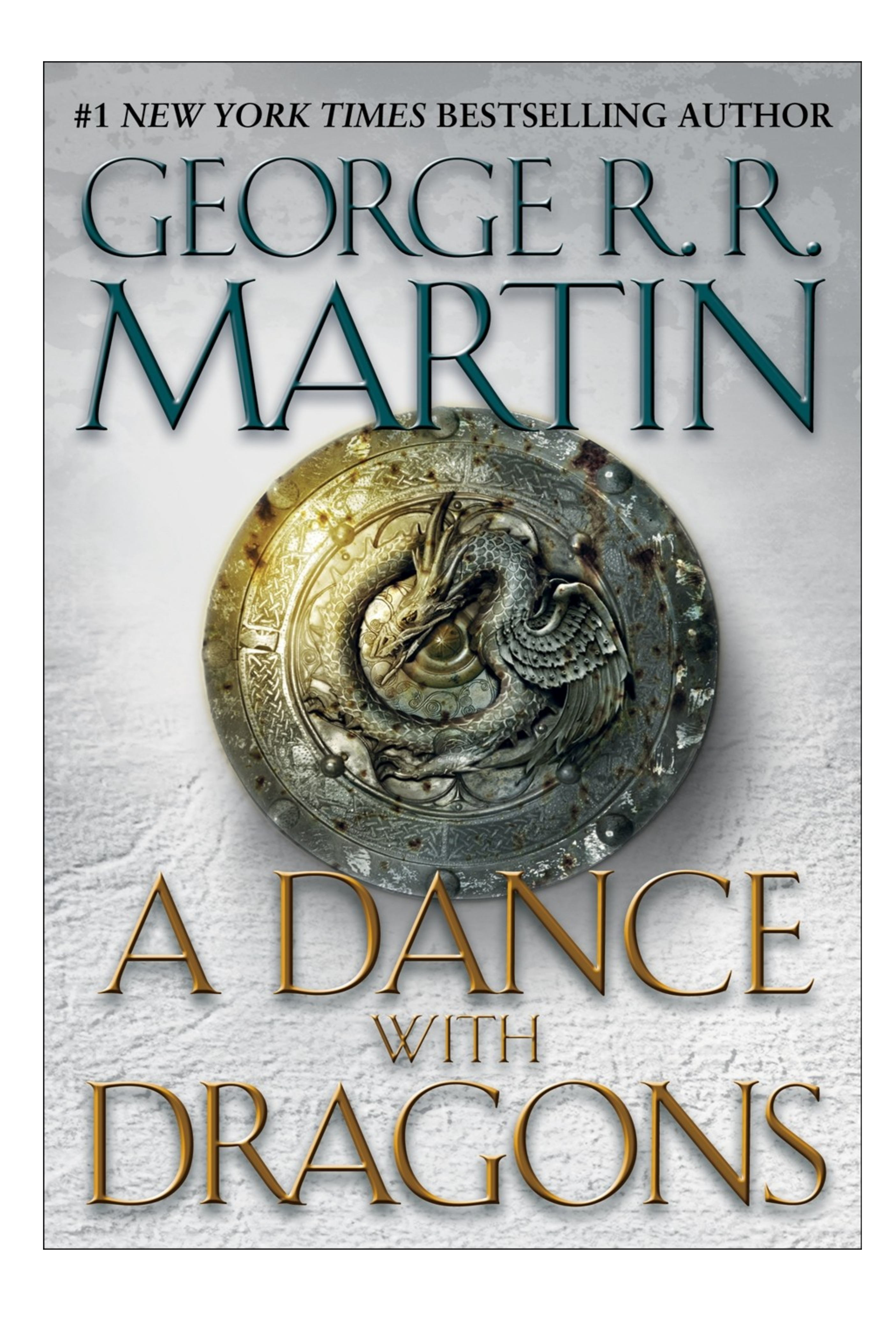

#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
GEORGE R. R.
MARTIN
A DANCE
WITH
DRAGONS

Nota de la traducción

Esta es una traducción libre realizado por varios fans de Canción de Hielo y Fuego del volumen quinto de la saga, Dance with Dragons. Esta traducción está realizada desde la más profunda admiración, tanto a George RR Martin, como a Gigamesh y a su traductora Cristina Macía Orío.

En ningún caso se ha obtenido beneficio alguno a través de esta traducción (por y para Fans) ni en modo alguno económico (directa o indirectamente a través de publicidad), ni se ha hecho publicidad alguna de ningún traductor.

Esta es una traducción completamente libre, desinteresada, y por supuesto gratuíta. Si estás pagando por leerla deberías denunciarlo como corresponde.

Por último expreso mi deseo particular y el de todos los que hemos estado trabajando duramente estos dos últimos meses para tener esta traducción completada de retirar esta traducción en el mismo momento que el original sea traducido por Gigamesh, e insto a comprar, como seguro haremos todos los que hemos participado, el volumen original en Castellano editado por la misma editorial.

Sólo cabe agradecer a toda la gente que desinteresadamente ha ofrecido su esfuerzo y su tiempo para que esta traducción de fans pueda ser una realidad.

George R. R. Martin

Danza Con Dragones

Quinto Libro de

Canción de Hielo y Fuego.

ISBN: 9780553801477

Dedicatoria

Este es para mis fans

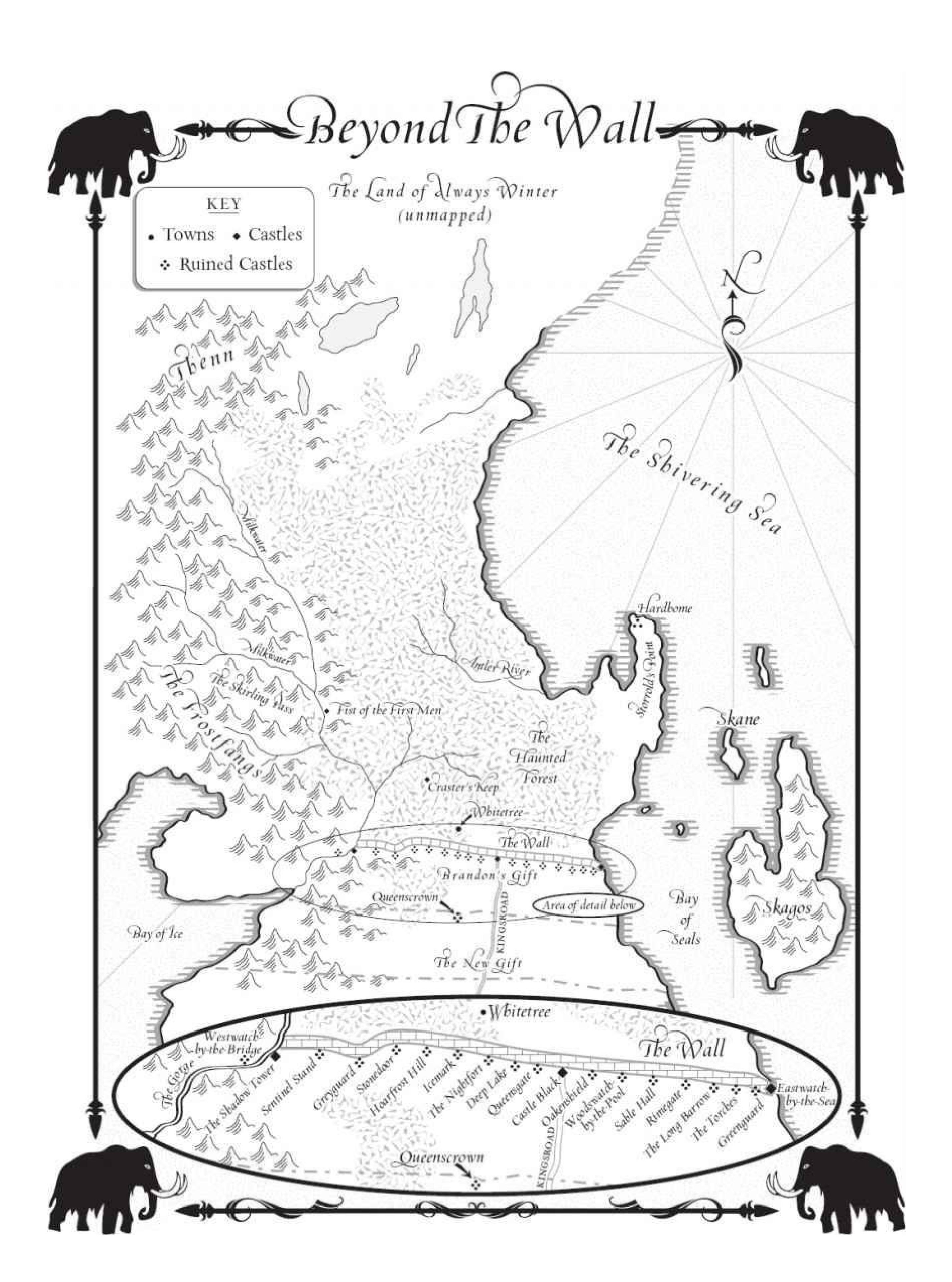
para Lodey, Trebla, Stego, Pod,
Caricia, Yags, Rayos X y el señor X,
Kate, Chataya, Mormont, Mich,
Jamie, Vanessa, Ro,
por Louise Stubby, Agravaine,
Wert, Malta, Jo,
Ratón, Telisiane, Blackfyre,
Bronn Piedra, hija de Coyote,
y el resto de los locos y las mujeres salvajes de
la Hermandad sin Estandartes

para mis asistentes del sitio web
Elio y Linda, señores de Poniente,
Invierno y Fabio de WIC,
y Gibbs de Rocadragón, que lo comenzó todo

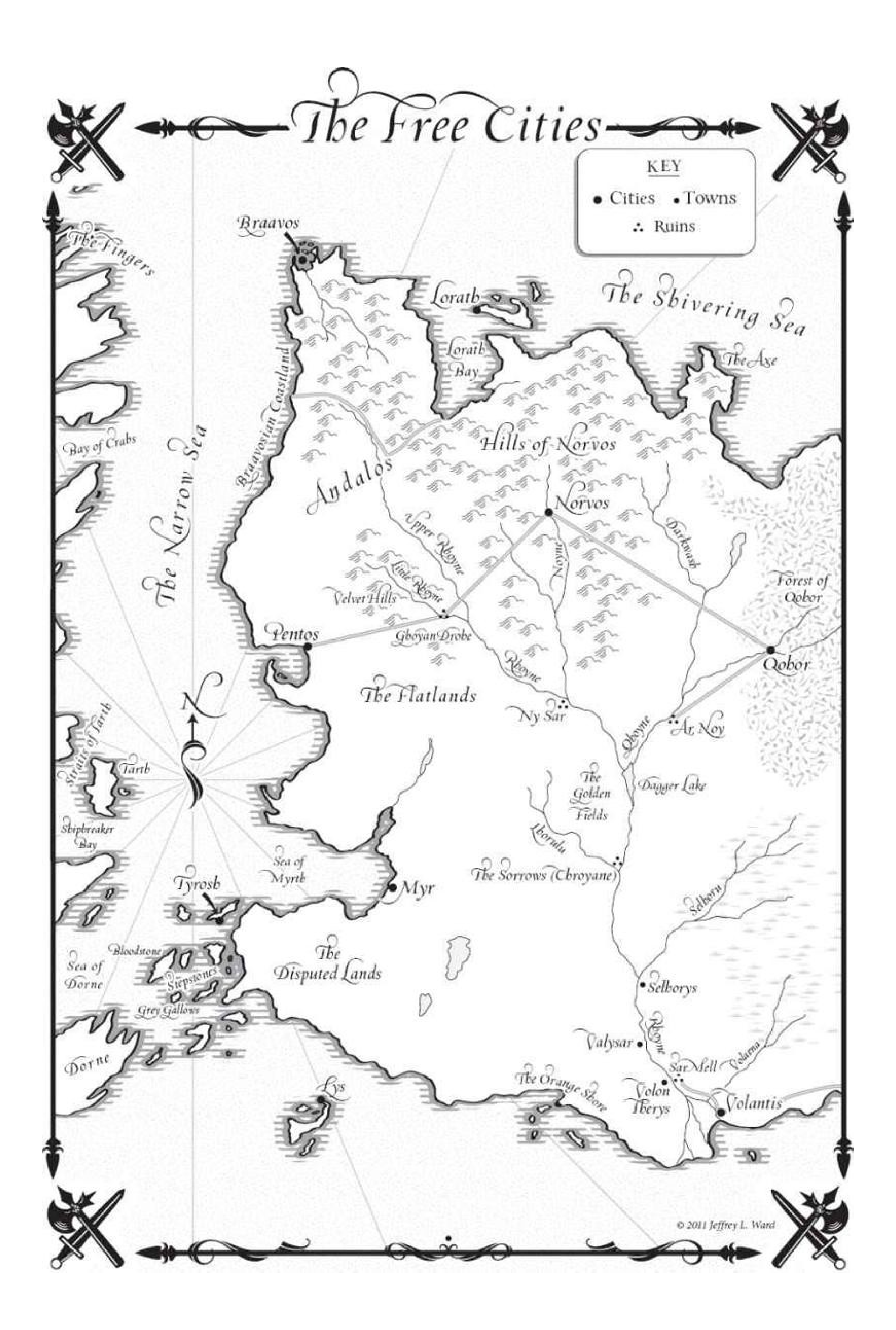
para los hombres y mujeres de Asshai en España
que cantaron para nosotros sobre un oso y una hermosa doncella
y los fabulosos fans de Italia
que me dieron muchísimo vino
para mis lectores en Finlandia, Alemania,
Brasil, Portugal, Francia y los Países Bajos
y todas las otras tierras lejanas
donde tu has estado esperando por esta danza

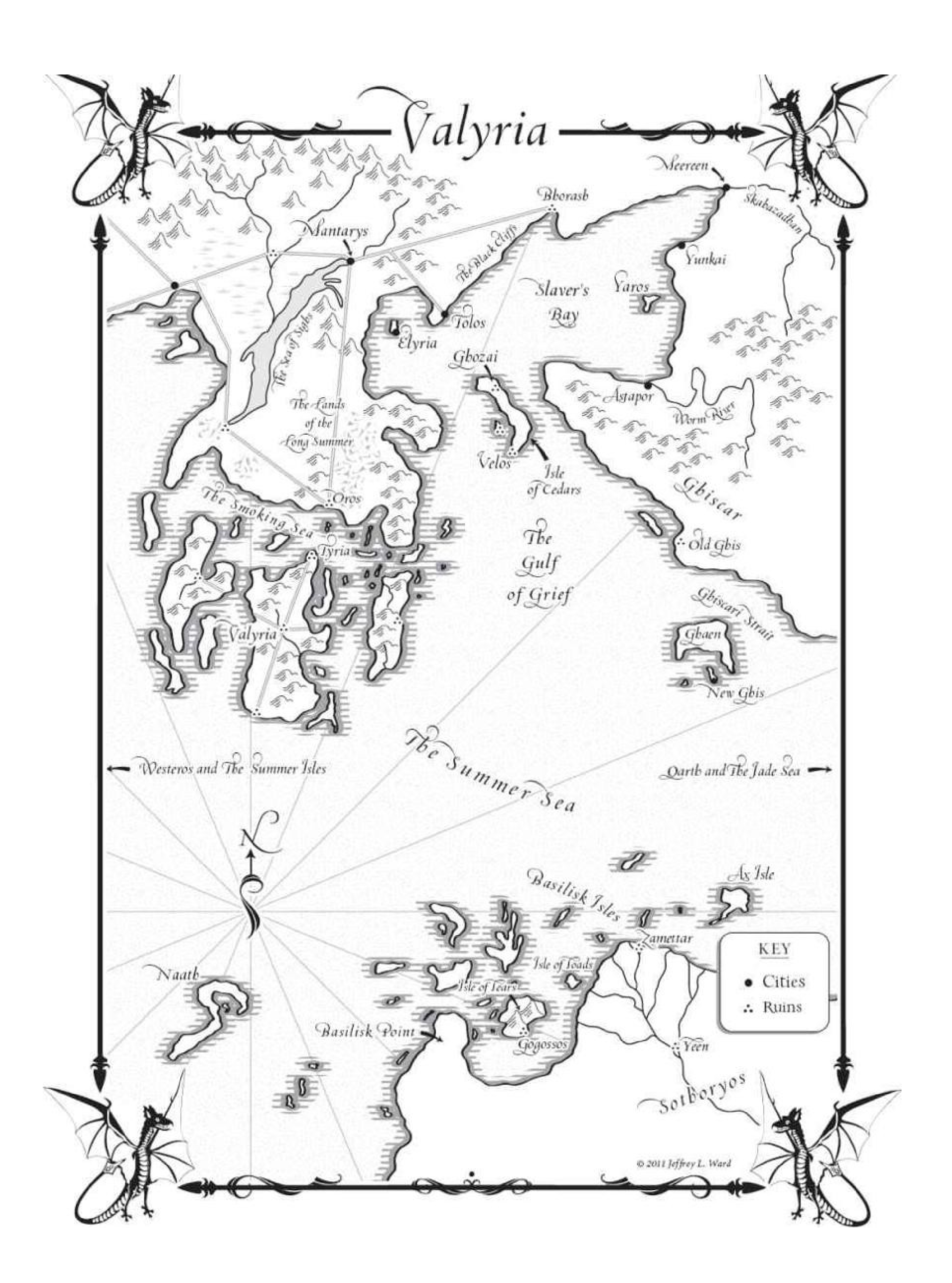
y para todos los amigos y fans
Que Todavía no conozco

Gracias por su paciencia



Beyond The Wall
The Land of Always Winter
(unmapped)
KEY
Towns
Castles
Ruined Castles
Thenn
The Shivering Sea
Milkwater
Milkwater
Antler River
The Skirling Pass
The Frostfangs
Fist of the First Men
Hardhome
Storrold's Point
Skane
The Haunted Forest
Craster's Keep
Whitetree
The Wall
Brandon's Gift
Queenscrown
KINGSROAD
Area of detail below
Bay of Seals
Skagos
Bay of Ice
The New Gift
Whitetree
Westwatch-by-the-Bridge
The Wall
The Gorge
The Shadow Tower
Sentinel Stand
Greyguard
Stonedoor
Hoarfrost Hill
Icemark
The Nightfort
Deep Lake
Queensgate
Castle Black
Oakenshield
Woodswatch-by-the-Pool
Sable Hall
Rimegate
The Long Barrow
The Torches
Greenguard
Eastwatch-by-the-Sea
Queenscrown
KINGSROAD


The Free Cities
KEY
Cities
Towns
Ruins
Braavos
The Fingers
Lorath
The Shivering Sea
Lorath Bay
The Axe
Braavosian Coastland
Bay of Crabs
The Narrow Sea
Hills of Norvos
Andalos
Norvos
Upper Rhoyne
Darkwash
Noyne
Little Rhoyne
Velvet Hills
Forest of Qohor
Pentos
Ghoyan Drohe
Qohor
Rhoyne
The Flatlands
Ny Sar
Ar Noy
Straits of Tarth
Qhoyne
Tarth
The Golden Fields
Dagger Lake
Shipbreaker Bay
Lhorulu
Sea of Myrth
The Sorrows (Chroyane)
Tyrosh
Myr
Selhoru
Bloodstone
The Disputed Lands
Sea of Dorne
Stepstones
Selhorys
Grey Gallows
Valysar
Rhoyne
Dorne
Sar Mell
Volaena
The Orange Shore
Lys
Volon Therys
Volantis
© 2011 Jeffrey L. Ward


Valyria
Meereen
Bhorasb
Skahazadhan
Mantarys
The Black Cliffs
Yunkai
Slaver's Bay
Yaros
Tolos
Elyria
The Sea of Sighs
Ghozai
Astapor
Worm River
The Lands of the Long Summer
Velos
Isle of Cedars
Ghiscar
Oros
The Smoking Sea
Tyria
The Gulf of Grief
Old Ghis
Ghiscari Strait
Valyria
Ghaen
New Ghis
The Summer Sea
Westeros and The Summer Isles
Qarth and The Jade Sea
N
Basilisk Isles
Ax Isle
Zamettar
Isle of Toads
KEY
Cities
Ruins
Naath
Isle of Tears
Basilisk Point
Gogossos
Yeen
Sothoryos
© 2011 Jeffrey L. Ward

Una cavilación sobre la cronología

Ha habido un tiempo entre los libros, lo sé. Así que un recordatorio pueden ser necesarias.

El libro que tienes en tus manos es el quinto volumen de *Canción de Hielo y Fuego*. El cuarto volumen fue *Festín de Cuervos*. Sin embargo, este volumen no sigue al anterior en el sentido tradicional, mas bien correr a la par con él.

Ambos, *Danza* y *Festín*, retoman la historia inmediatamente después de los acontecimientos del tercer volumen de la serie, *Una Tormenta de Espadas*. Mientras que la *Festín* se centró en los acontecimientos en y alrededor de Desembarco del Rey, en las Islas de Hierro, y abajo en Dorne, *Danza* nos lleva al norte, al Castillo Negro y el muro (y más allá), y a través del mar angosto a Pentos y la Bahía de Esclavos, para retomar los relatos de Tyrion Lannister, Jon nieve, Daenerys Targaryen, y todos los otros personajes que no vemos en el volumen anterior. En lugar de ser secuencial, los dos libros son paralelos ... divididos geográficamente, en lugar de cronológicamente.

Pero sólo hasta cierto punto.

Danza con Dragones es un libro más largo que *Festín de Cuervos*, y cubre un período de tiempo más largo. En la segunda mitad de este volumen, notará a algunos de los personajes de *Festín de Cuervos* apareciendo de nuevo. Y eso significa justamente lo que usted piensa que significa: la narrativa se ha desplazado atrás del marco de tiempo de *Festín*, y las dos corrientes una vez más se reúnen entre sí.

El próximo, Vientos de Invierno. En el que, espero, todo el mundo estará temblando juntos una vez más ...

– George R. R. Martin

Abril de 2011

PRÓLOGO

La noche apestaba a olor humano.

De pelaje pardo y gris, moteado por las sombras, el warg se detuvo detrás de un árbol y olfateó. Un soplo de brisa le trajo el olor de los hombres por encima de otros olores más ligeros que hablaban de zorro y liebre, foca y ciervo, e incluso de lobo. Sin embargo, aquellos eran olores humanos también, el warg lo sabía, la peste era de pieles viejas, muertas y amargas casi enterradas bajo la esencia más fuerte de humo y sangre y putrefacción. Solo los hombres arrancaban la piel de otras bestias para vestir su pelaje.

A diferencia de los lobos, los wargs no temen al hombre. Con odio y hambre enroscados en su estómago, el warg emitió un ligero gruñido llamando a su hermano de un solo ojo y a su astuta hermana pequeña. Sus compañeros de manada le siguieron los pasos en su carrera entre los árboles. Todos habían percibido el olor. Mientras corrían, él veía a través de los ojos de los demás y se distinguía a sí mismo al frente del grupo. El aliento del grupo brotaba blanco y caliente de sus fauces grises. El hielo se había formado entre sus zarpas, duro como la piedra, pero la cacería había comenzado, la presa estaba a su alcance. Carne, pensó el warg, carne.

Un hombre solo era algo endeble. Grande y fuerte, con mirada penetrante, pero de oído escaso y totalmente sordo al olfato. Ciervos y alces, e incluso las liebres eran más rápidas, osos y jabalís más fieros en la lucha. Sin embargo, los hombres en grupo eran peligrosos. Mientras se aproximaban a la presa, el warg escuchó el llanto de un cachorro, la corteza de la nieve recién caída esa noche quebrándose bajo las patas humanas, el tintineo de las pieles endurecidas y las largas garras afiladas que portaban los hombres.

Espadas, susurró una voz en su interior, lanzas.

Dientes de hielo colgaban de las desnudas ramas marrones de los árboles. Un-ojo surgió de entre la maleza esparciendo la nieve a su paso. Sus compañeros de manada le siguieron. Subieron la colina y bajaron la pendiente al otro lado hasta que el bosque se abrió ante ellos y de pronto los hombres estaban allí. Uno era hembra. El bulto envuelto en pieles que abrazaba era su cachorro. Dejadla para el final, susurro la voz, los machos son el peligro. Se gritaban unos a otros como hacen los hombres, pero el warg podía oler su terror. Uno esgrimía un colmillo de madera tan alto como él. Lo lanzó, pero su mano temblaba y el colmillo se perdió alto.
Entonces la manada cayó sobre ellos.

Su hermano de un ojo derribó al que había lanzado el colmillo y le desgarró la garganta mientras forcejeaba. Su hermana se deslizó detrás de otro hombre y lo eliminó por la espalda. Eso dejaba a la hembra y su cachorro para él.

Ella tenía un colmillo también, pequeño, hecho de hueso, pero se le cayó cuando las fauces del warg se cerraron alrededor su pierna. Mientras caía, la mujer protegía con ambos brazos su ruidoso cachorro. Debajo de las pieles la hembra era todo pellejo y huesos, excepto sus pechos que estaban llenos de leche. La carne más dulce era la del cachorro. El warg reservó las partes más codiciadas para su hermano. La nieve se tiño de rosa y rojo alrededor de los cadáveres mientras la manada saciaba su hambre.

A muchas leguas de allí, en una chabola de un único habitáculo, hecha de lodo y paja con techo de ramas y un agujero para el humo y suelo de tierra prensada, Varamyr se estremeció y tosió y se humedeció los labios. Sus ojos estaban rojos, sus labios agrietados, su garganta seca y árida pero el sabor de sangre y grasa llenaba su boca, incluso cuando su estómago hinchado protestaba pidiendo

alimento. “La carne de un niño”, pensó recordando a Bump. “Carne humana”. ¿Tan bajo había caído para desear carne humana? Casi podía oír a Haggon gruñirle –Los hombres pueden comer la carne de las bestias y las bestias comer la carne de los hombres, pero el hombre que come carne de otro hombre es una abominación.

Abominación. Esa había sido siempre la palabra favorita de Haggon. Abominación, abominación, abominación. Comer carne humana era una abominación, aparearse como lobo con otro lobo era una abominación, y apoderarse del cuerpo de otro hombre era la peor abominación de todas. Haggon era débil, temeroso de su propio poder. “Murió sollozando y solo cuando le arrebaté su segunda vida”. Varamyr había devorado su corazón. “Me enseño todo y más, y la última cosa que aprendí de él fue el sabor de la carne humana.”

Sin embargo, aquello lo había hecho un lobo. Él, con sus dientes humanos, nunca había comido la carne de otro hombre. Nunca arrebataría el festín a su manada. Los lobos estaban tan hambrientos como él, demacrados, ateridos por el frío y hambrientos, y las presas... “dos hombres y una mujer, un bebé en brazos, huyendo de una derrota para encontrar la muerte. Hubieran muerto pronto en cualquier caso, de frío o de hambre. De este modo fue mejor para ellos. Un acto de compasión.”

–Compasión–, exclamó. Su garganta le dolió pero le reconfortó escuchar una voz humana, aunque fuera la suya. El aire olía a fango y humedad, el suelo estaba frío y duro, y el fuego emitía más humo que calor. Se movió tan cerca de las llamas como se atrevió, tosiendo y tiritando alternativamente, su costado palpitaba en donde la herida se le había abierto. La sangre había empapado sus pantalones hasta la rodilla y se había secado formando una dura costra marrón.

Cardo le había avisado de que eso podría ocurrir. –Lo he cosido lo mejor que he podido– dijo ella, –pero deberías descansar y dejar que se cure o la carne se abrirá de nuevo – .

Cardo había sido la última de sus compañeras, una esposa de la lanza dura como una raíz vieja, plagada de verrugas, curtida y arrugada. Los otros les habían abandonado por el camino. Uno a uno se quedaron atrás o continuaron adelante, buscando sus viejas aldeas o Aguaslechosas, o Hardhome o una muerte solitaria en los bosques. Varamyr no lo sabía ni le importaba. “Debí haber poseído a uno de ellos cuando tuve la oportunidad. Uno de los gemelos, o el hombre grande de la cicatriz en el rostro, o el joven pelirrojo”. Sin embargo, había tenido miedo. Alguno de los otros podría haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Entonces se hubieran vuelto contra él y le habrían matado. Las palabras de Haggon le habían acosado y entonces la oportunidad se había desvanecido.

Después de la batalla miles de ellos se habían abierto camino a través del bosque, hambrientos, asustados, huyendo de la matanza que cayó sobre ellos en el Muro. Algunos habían hablado de volver a sus hogares abandonados, otros de organizar un segundo asalto sobre la puerta, pero la mayoría estaban perdidos, sin noción de a dónde ir o qué hacer. Habían escapado de los Cuervos de capas-negras y de los caballeros de acero gris, pero enemigos más implacables los acosaban ahora. Cada día abandonaban más cadáveres en los caminos. Algunos murieron de hambre, otros de frío, otros de enfermedades. Otros asesinados por quienes habían sido sus hermanos de armas cuando marcharon al sur con Mance Rayder, el rey más allá del muro.

“Mance ha caído”, los supervivientes se decían unos a otros con voz desesperada, “Mance ha sido apresado, Mance está muerto”. –Harma está muerta y Mance ha sido capturado, el resto ha huido y nos han abandonado – exclamo Cardo mientras cosía su herida. –Tormund, el llorón, Seispieles, todos ellos valientes guerreros. ¿Dónde están ahora?.

“Ella no me conoce”, comprendió Varamyr, “¿y por qué debería?” Sin las bestias no parecía un gran hombre. “Yo era Varamyr Seis-Pieles, quien compartía pan con Mance Rayder”. Se había

autoproclamado Varamyr cuando cumplió diez años. Un nombre adecuado para un Lord, un nombre apropiado para canciones, un nombre poderoso y temible. Sin embargo había huido de los cuervos como un conejo. El terrible Lord Varamyr se había convertido en un cobarde, pero él no podía permitir que ella lo supiera, así que le dijo que se llamaba Haggon. Después se preguntó por qué de entre todos los nombres que podría haber elegido había sido *ese* el que surgió de sus labios. Me comí su corazón y bebí su sangre, y todavía me acosa.

Un día, mientras huían, un jinete llegó galopando a través del bosque en un demacrado caballo blanco, gritando que todos deberían ir a Aguaslechosas, que Weeper estaba reuniendo guerreros para cruzar el Puente de Cráneos y tomar la Torre de Sombra. Muchos lo siguieron; fueron más los que no lo hicieron. Más tarde, un guerrero austero, envuelto en pieles y ámbar, fue de hoguera en hoguera exhortando a todos los supervivientes a dirigirse al norte y tomar refugio en el valle de los Thenns. ¿Por qué pensaría que iban a estar seguros allí cuando los propios Thenns habían huido de ese lugar?, Varamyr nunca lo supo, pero cientos de ellos le siguieron. Cientos más se marcharon con la bruja del bosque que tuvo la visión de una flota de barcos que llevaría a los hombres libres hacia el sur. –Debemos buscar el mar, – aulló Mother Mole, y sus seguidores se dirigieron hacia el este.

Varamyr hubiera ido con ellos si se hubiera encontrado con fuerzas. Sin embargo, el mar era gris, frío y lejano y sabía que no viviría para verlo. Él había muerto diez veces y estaba muriendo de nuevo, y esta sería su verdadera muerte. "Una capa de piel de ardilla", recordó, "apuñalado por una capa de piel de ardilla".

Su dueña ya estaba muerta, su cabeza aplastada convertida en pulpa salpicada de trocitos de hueso, pero la capa parecía caliente y gruesa. Estaba nevando y Varamyr había perdido sus propias capas en el Muro. Sus prendas de dormir y sus mantas de lana, sus botas de piel de oveja y sus guantes de cuero, su reserva de licor y su comida, los mechones de las mujeres con las que se había acostado, incluso las anillas doradas para los brazos que Mance le había regalado, todo perdido y abandonado. "Ardí y morí y después corrí medio loco de dolor y miedo". Aquel recuerdo todavía le avergonzaba, pero al menos él no había sido el único. Otros habían huido también, cientos de ellos, miles. "La batalla estaba perdida. Los caballeros habían llegado, invencibles en su acero, matando a todo aquel que se enfrentara a ellos. Era huir o morir".

Sin embargo, a la muerte no se la engaña tan fácilmente. Cuando Varamyr se acercó a la mujer muerta en el bosque, se arrodilló para arrancarle la capa y no vio al niño hasta que este se abalanzó sobre él desde su escondite y le hundió el cuchillo de hueso en su costado y le arrebató la capa de entre los dedos. –Su madre, – le dijo Cardo más tarde, cuando el niño ya había huido, –era la capa de su madre, y cuando te vio robándola...

–Ella estaba muerta, – respondió Varamyr, contraído mientras la aguja de hueso le atravesaba la carne. –Alguien le aplasto la cabeza. Algún cuervo.

–No fue un cuervo. Fueron hombres de Hornfoot. Yo lo vi. – La aguja tiró del hilo y su costado se cerró. –Salvajes, ¿y quién queda para controlarlos? – "Nadie. Si Mance está muerto, los hombres libres están condenados". Los Thenns, gigantes y los Hombres de Hornfoot, los moradores de las cavernas con sus dientes afilados, y los hombres de la orilla oeste con sus carros de hueso... todos ellos condenados también. Incluso los cuervos. Puede que todavía no lo supieran, pero esos hijos de puta de capas negras morirían con todos los demás. El enemigo estaba acercándose.

La voz áspera de Haggon resonó en su cabeza. –Morirás una docena de muertes, chico, y te dolerá cada una de ellas... pero cuando tu verdadera muerte llegue, vivirás de nuevo. Dicen que la segunda vida es más sencilla y dulce.

Varamyr SeisPieles pronto averiguaría la verdad sobre eso. Podía saborear su verdadera muerte en el humo que colgaba agrio en el aire, lo sintió en el calor bajo sus dedos cuando deslizó su mano bajo la ropa y tocó su herida. Sin embargo había frío en su interior, en lo más profundo de sus huesos. Esta vez sería el frío lo que le mataría.

Su última muerte había sido por fuego. "Ardí". Al principio, en la confusión, pensó que un arquero del Muro le había atravesado con una flecha en llamas... pero el fuego estaba dentro de él, consumiéndole. Y el dolor....

Varamyr había muerto nueve veces antes. Murió una vez atravesado por una lanza, otra vez cuando los dientes de un oso desgarraron su garganta y una vez desangrado mientras daba a luz un cachorro muerto. Murió por primera vez a los seis años, cuando el hacha de su padre le atravesó el cráneo. Ni siquiera eso había sido tan doloroso como el fuego en sus entrañas, achicharrándolo hasta sus alas, *devorándolo*. Cuando intentó volar para evitarlo, su pánico insufló aire a las llamas, avivándolas y haciendo que ardieran aún más intensamente. Un instante antes había estado volando sobre el muro, sus ojos de águila repasando los movimientos de los hombres abajo. De pronto las llamas habían convertido su corazón en cenizas y habían enviado su espíritu gritando de vuelta a su verdadera piel y durante un breve momento se había vuelto loco. El mero recuerdo era suficiente para estremecerle.

En ese momento se percató de que el fuego se había apagado.

Solo quedaba una maraña gris y negra de madera quemada, con algunas brasas brillando entre las cenizas. Todavía sale humo, solamente necesita madera. Apretando los dientes por el dolor, Varamyr se arrastró hasta la pila de ramas que Cardo había recogido antes de marcharse a cazar y arrojó algunos palos a las cenizas. –Prende –, graznó, –Arde –. Sopló a las brasas y articuló una plegaria impronunciable hacia los dioses de la madera y la colina y el prado.

Los dioses no respondieron. Momentos después, el humo se extinguió. La pequeña cabaña comenzó a enfriarse. Varamyr no tenía, yesca, ni pedernal, ni astillas secas. Nunca conseguiría volver a encender el fuego, no él solo. –Cardo –, llamó con voz áspera y cortada por el dolor. –¡Cardo!.

La barbilla de Cardo tenía un hoyuelo y su nariz era plana, y tenía una verruga en la mejilla en la que crecían cuatro pelos oscuros. Una cara fea, y dura, sin embargo hubiera dado cualquier cosa por verla aparecer en la puerta de la cabaña. "Debería haberla tomado antes de que se marchara". ¿Cuánto tiempo llevaba ausente?, ¿dos días?, ¿tres?. Varamyr no estaba seguro. El interior de la cabaña estaba oscuro, y había estado entrando y saliendo del sueño sin saber si afuera era de día o de noche. –Espera – , dijo ella, –volveré con comida – . Así que como un idiota esperó, soñando con Haggon y Bump y todas las equivocaciones que había cometido en su larga vida, pero habían pasado días y noches y Cardo no había regresado. "Ella no va a volver".
Varamyr se preguntaba si acaso él mismo ya se había rendido. ¿Sabía ella lo que estaba pensando o lo habría murmurado en sus sueños febriles?

"Abominación", escuchó decir a Haggon. Era casi como si estuviera aquí en esta misma habitación. –Ella es solo una fea esposa de la lanza – se dijo Varamyr. –Yo soy un gran hombre. Yo soy Varamyr, el warg, el cambiapieles, no es correcto que ella viva y yo muera – . Nadie contestó. No había nadie allí. Cardo se había ido. Le había abandonado, como todos los demás.

Su propia madre le había abandonado también. "Ella lloró por Bump, pero nunca lloró por mí". La mañana que su padre la arrancó de la cama para entregarlo a Haggon, ella ni siquiera le miró. El gritó y pataleó mientras era arrastrado hacia el bosque, hasta que su padre le golpeó y le ordeno

estar en silencio. –Tú debes estar con los de tu especie – fue todo lo que le dijo cuando lo arrojó a los pies de Haggon.

*"*No se equivocaba"*,* Varamyr pensó, temblando. *"*Haggon me enseño todo y más. Me enseño como cazar y pescar, como descuartizar un cadáver y ensartar un pez, como encontrar el camino en los bosques. Y me enseñó el camino del warg y los secretos del cambiapieles, aunque mi don era incluso más poderoso que el suyo."

Años más tarde había intentado encontrar a sus padres, para decirles que su pequeño Lump se había convertido en el gran Varamyr SeisPieles, pero ambos estaban muertos y calcinados. Esparcidos entre los árboles y los arroyos, entre las rocas y la tierra. Convertidos en polvo y cenizas. Eso fue lo que la bruja de los bosques le dijo a su madre el día que Bump murió. Lump no quería ser un montón de tierra. El pequeño Lump había soñado que un día los bardos cantarían sus aventuras y todas chicas bonitas querrían besarle. "Cuando crezca me convertiré en el Rey más allá del Muro, se había prometido a sí mismo". Nunca lo consiguió, pero estuvo cerca de ello. Varamyr SeisPieles era un nombre temido. Cabalgaba a la batalla sobre la espalda de una osa blanca de las nieves de trece pies de altura, tenía tres lobos y un gatosombra como compañeros y se sentaba a la derecha de Mance Rayder. "Fue Mance quien me trajo a este lugar. No le debería haber escuchado. Debería haberme introducido en mi osa y haberle hecho pedazos".

Antes de Mance, Varamyr SeisPieles había sido un señor menor. Vivía solo en una casa de musgo y barro y madera que había pertenecido a Haggon, atendido por sus bestias. Una docena de aldeanos le rendían tributo de pan y sal y sidra, le ofrecían fruta de sus árboles y hortalizas de sus huertas. La carne la conseguía él mismo. Siempre que deseaba alguna mujer enviaba a su gatosombra a acecharla y cualquier mujer en la que él se fijara lo seguiría dócilmente a su cama. Algunas venían sollozando, sí, pero venían. Varamyr les entregaba su semilla, tomaba un mechón de sus cabellos para recordarlas, y las enviaba de vuelta. De vez en cuando, algún aldeano héroe llegaba lanza en mano para matar a la bestia y salvar a su hermana, o amante o hija. A esos los mataba, pero nunca hizo daño a las mujeres. A algunas incluso las bendijo con hijos. "Enanos, pequeños, escuchimizados, como Lump, y ninguno con el don".

El miedo lo puso en pie, tambaleante. Sujetándose el costado para contener la sangre que brotaba de su herida, Varamyr se tambaleó hasta la puerta y apartó la cortina de piel para enfrentarse a un muro blanco. Nieve. Por eso se había vuelto tan oscuro y tenebroso adentro. La nieve caída había enterrado la cabaña.

Cuando Varamyr la empujó, la nieve se resquebrajó y se derrumbó, todavía suave y húmeda. Afuera, la noche era blanca y muerta; finas nubes pálidas bailaban ante la luna plateada, mientras miles de estrellas observaban distantes. Podía ver las formas abultadas de otras cabañas enterradas bajo la nieve, y más allá la pálida sombra de un arciano cubierto de hielo. Al sur y al oeste las colinas eran un vasto desierto donde nada se movía excepto la nieve arrastrada por el viento. – Cardo – Varamyr llamó débilmente, preguntándose si se habría ido muy lejos. –Cardo. Mujer. ¿Dónde estás?

A lo lejos, aulló un lobo.

Un escalofrío recorrió a Varamyr. Él conocía ese aullido tan bien como Lump había conocido la voz de su madre. *Un-ojo*. El mayor de los tres, el más grande, el más fiero. *Cazador* era más ágil, más rápido, más joven, *Astuta* era más sigilosa, pero ambos temían a Un-ojo. El viejo lobo era audaz, implacable, salvaje.

Varamyr había perdido el control sobre sus otras bestias durante su agonía en la muerte del águila. Su gatosombra huyó hacia los bosques, mientras su osa se revolvía contra quienes estaban a su alrededor, destrozando a cuatro hombres antes de caer atravesada por una lanza. Hubiera matado a Varamyr si hubiera estado a su alcance. La osa le odiaba, se enfurecía cada vez que él se introducía en su piel o trepaba a su espalda

Sin embargo sus lobos….

*"*Mis hermanos. Mi manada". Había dormido con ellos muchas frías noches, sus cuerpos peludos apilados a su alrededor para mantenerle caliente. "*Cuando muera se alimentarán de mi carne y dejarán sólo mis huesos para recibir el deshielo de primavera."* Ese pensamiento le reconfortó. Sus lobos a menudo habían cazado para él, parecía justo que él los alimentara finalmente. Podría incluso comenzar su segunda vida, desgarrando la caliente carne muerta de su propio cadáver.

Los perros eran las bestias más fáciles de controlar; vivían tan cerca de los hombres que eran casi humanos. Introducirse en la piel de un perro era como ponerse una bota vieja, su cuero estaba suavizado por el uso. Como una bota, preparada para aceptar un 'pie, los perros están preparados para aceptar un collar, incluso un collar invisible para los ojos del hombre. Los lobos eran más difíciles. Un hombre puede tener amistad con un lobo, incluso dominar a un lobo, pero nunca podrá *domesticarlo* completamente. –Los lobos y las mujeres se casan de por vida –, le decía Haggon a menudo. –Si tomas uno, es como un matrimonio. El lobo será parte de ti a partir de ese día, y tú serás parte de él para siempre. Ambos cambiaréis. –

A otras bestias es mejor ignorarlas, le dijo el cazador. Los felinos son vanidosos y crueles, siempre dispuestos a traicionarte. Los alces y los ciervos son presas, lleva sus pieles demasiado tiempo, y hasta el hombre más valiente se convertirá en un cobarde. Osos, jabalís, tejones, comadrejas…. Haggon nunca los consideró dignos. "Hay pieles que nunca deberías llevar, chico. No te gustaría en lo que te convertirías." Los pájaros son los peores, recordó. "Los hombres no deben dejar la tierra. Si pasas demasiado tiempo en los cielos, nunca querrás volver al suelo. Conozco cambiapieles que han probado halcones, búhos, cuervos. Incluso en su propio cuerpo se quedan absortos con la mirada perdida en el maldito cielo azul."

Sin embargo, no todos los cambiapieles pensaban igual. En una ocasión, cuando Lump tenía diez años, Haggon le llevó a una reunión. Los wargs eran los más numerosos del grupo, los hemanos-lobo, pero el niño descubrió que había otros más extraños y fascinantes. Borroq se parecía tanto a su jabalí que solo le faltaban los colmillos, Orell tenía a su águila, Briar un gatosombra (en el momento en que lo vio, Lump decidió que él también tendría uno), la mujer cabra Grisella...

Sin embargo, ninguno de ellos llegó a ser tan poderoso como Varamyr SeisPieles, ni siquiera Haggon, alto y austero, con manos duras como la piedra. El cazador murió suplicando a Varamyr después de que este le arrebatara a PielGris, expulsándole y reclamando la bestia para él. "No habrá segunda vida para ti, viejo". Varamyr TresPieles, se llamaba a sí mismo en aquellos tiempos. PielGris se convirtió en su cuarta piel, aunque el viejo lobo, débil y casi sin dientes pronto siguió a Haggon a la muerte.

Varamyr podía poseer casi a cualquier bestia que deseara, someterla a su voluntad, hacer suya su carne. Perro, lobo, jabalí o tejón….

"Cardo", pensó.

Hagoon lo llamaría abominación, el pecado más negro de todos, pero Haggon estaba muerto, devorado y reducido a cenizas. Mance lo hubiera maldecido también, pero Mance estaba muerto o

capturado. “Nadie lo sabrá nunca. Seré Cardo la esposa de la lanza, y Varamyr SeisPieles estará muerto”. Su don moriría con su cuerpo, supuso. Perdería a sus lobos y viviría el resto de sus días como una débil mujer con verrugas… pero viviría. “Si ella vuelve. Y si tengo fuerzas suficientes para poseerla”.

Una oleada de mareo barrió a Varamyr. Se encontró sobre sus rodillas, con las manos enterradas en la nieve. Agarró un puñado y llenó su boca con ella restregándola contra su barba y sus dientes rotos mientras la engullía. El agua estaba tan fría que apenas podría tragarla y de nuevo fue consciente de que estaba ardiendo de fiebre.

La nieve derretida solo consiguió aumentar su hambre. Era comida lo que su estómago reclamaba, no agua. Había dejado de nevar, pero el viento era más fuerte llenando el aire de cristales que azotaban su cara mientras se arrastraba, con la herida de su costado abriéndose y cerrándose de nuevo. De su aliento brotaban jirones blancos de vaho. Cuando llegó al arciano, encontró una rama caída lo suficientemente larga para usarla como muleta. Apoyándose pesadamente sobre ella, se dirigió hacia la cabaña más próxima. Quizás los aldeanos hubieran olvidado algo cuando huyeron… un saco de manzanas, algo de carne seca, cualquier cosa que pudiera mantenerle vivo hasta que Cardo regresara.

Casi había llegado cuando la muleta se partió bajo su peso y sus piernas cedieron bajo él.
Cuanto tiempo permaneció allí tirado con su sangre tiñendo la nieve, Varamyr no lo sabía. “La nieve me enterrará”. Sería una muerte dulce. “Dicen que al final sientes calor, calor y sueño”. Sería agradable sentir calor de nuevo, aunque le daba pena pensar que nunca vería las tierras verdes, las tierras cálidas más allá del Muro sobre las que Mance solía cantar. –El mundo más allá del Muro no es para los nuestros – Haggon decía a menudo. –Los hombres libres temen a los cambiapieles, pero también nos respetan. Al sur del Muro, los arrodillados nos cazan y nos despedazan como a los cerdos

*“*Me advertiste”, pensó Varamyr, “sin embargo fuiste tú quien me enseño Guardiaoriente”. Él todavía no habría cumplido los diez años. Haggon cambió una docena de cuerdas de ámbar y un trineo repleto de pellejos por seis odres de vino, un bloque de sal y una tetera de cobre. Guardiaoriente era mejor para comerciar que CastleBlack; allí era dónde llegaban los barcos, cargados con mercancía procedente de las míticas tierras más allá del mar. Los cuervos conocían a Haggon como cazador y amigo de la Guardia de la Noche, y recibían con agrado las noticias que traía de vida más allá de su Muro. Algunos incluso sabían que era un cambiapieles, pero nunca hablaban de eso. Fue allí, en Guardiaoriente-junto-al-mar que el niño que una vez fue, comenzó a soñar con las cálidas tierras del sur.

Varamyr sentía los copos de nieve derretirse en sus cejas. “Esto no es tan malo como arder. Me dormiré para no despertar, que comience mi segunda vida”. Sus lobos estaban cerca. Los podía sentir. Dejaría su débil carne atrás, se convertiría en uno de ellos, cazando por las noches y aullando a la luna. El warg se convertiría en un verdadero lobo. “¿Pero en cuál?”
No en Astuta. Haggon lo hubiera llamado abominación, pero Varamyr a menudo se deslizaba en su piel mientras ella era montada por Un-ojo. No quería pasar su nueva vida como una perra, a menos que no tuviera otra elección. Cazador se adaptaría mejor, el macho joven… aunque Un-ojo era más grande y fiero, y era Un-ojo el que montaba a Astuta cada vez que estaba en celo.

–Dicen que lo acabas olvidando – , Haggon le explicó, unas semanas antes de su muerte.

–Cuando la carne del hombre muere, su espíritu vive dentro de la bestia, pero cada día que pasa su memoria se va desvaneciendo y la bestia es menos warg y más lobo, hasta que no queda nada del hombre y sólo la bestia permanece.

Varamyr sabía que aquello era cierto. Cuando reclamó el águila que había sido de Orell, pudo sentir al cambiapieles revelarse dentro de ella ante su presencia. Orell había sido asesinado por el cambiacapas Jon Nieve y el odio hacia su asesino era tan fuerte que Varamyr se encontró odiando al chico también.

En cuanto vio al gran huargo blanco cazando en silencio a su lado entendió lo que era Nieve. Un cambiapieles siempre puede percibir a otro. "Mance me debería haber permitido poseer a ese huargo. Hubiera sido una segunda vida digna de un rey". Lo hubiera podido someter, no tenía ninguna duda. El don era poderoso en Nieve, pero su juventud era inexperta, todavía luchaba contra su naturaleza en lugar de aprovecharla en su esplendor.

Varamyr podía ver los rojos ojos del arciano observándole desde el tronco blanco. Los dioses me están examinando. Le recorrió un escalofrío. Había hecho cosas terribles. Había robado, matado, violado. Se había alimentado de carne humana y bebido la sangre de hombres agonizantes mientras manaba de sus gargantas destrozadas. Había cazado enemigos en los bosques, cayendo sobre ellos mientras dormían, desgarrando sus entrañas y esparciéndolas por el suelo embarrado. "Qué dulce sabía su carne". –Eso lo hizo la bestia, no yo –dijo en un áspero susurro. –Ese fue el don que me entregasteis.

Los dioses no respondieron. Su aliento colgaba pálido y brumoso en el aire. Podía sentir el hielo formándose en su barba. Varamyr SeisPieles cerró los ojos.

Soñó un viejo sueño de una cabaña junto al mar, tres perros gimoteando, el llanto de una mujer.
"Bump. Llora por Bump, pero nunca lloró por mí".

Lump había nacido un mes antes de la fecha prevista, y enfermaba tan a menudo que nadie esperaba que sobreviviera. Su madre esperó hasta que cumplió los cuatro años para ponerle un nombre, y para entonces ya era demasiado tarde. El pueblo entero se había acostumbrado a llamarle Lump, el nombre que su hermana Meha le había dado cuando todavía estaba en el vientre de su madre. Meha también le había puesto el nombre a Bump, pero el hermano pequeño de Lump nació en la fecha correcta, grande y rosado y robusto, mamando ansiosamente de los pechos de su madre. Ella iba a llamarle como su Padre. Sin embargo Bump murió. "Murió cuando tenía dos años y yo tenía seis, dos días antes de su día del nombre."

–Vuestro pequeñín está ahora con los dioses –dijo la bruja del bosque a su madre, mientras esta lloraba. –Ya nunca sufrirá ningún daño, ni pasará hambre, ni llorará. Los dioses lo han enviado a la tierra, a los árboles. Los dioses están a nuestro alrededor, en las rocas y los arroyos, en los pájaros y en las bestias. Vuestro niño Bump se ha ido para unirse a ellos. A partir de ahora formará parte del mundo y de todas las cosas que hay en él.

Las palabras de la vieja mujer atravesaron a Lump como un cuchillo. "Bump puede verme. Me está observando. Lo sabe". Lump no podría esconderse de él, no podría refugiarse bajo la falda de su madre o escapar con los perros para evitar la furia de su padre. "Los perros". Loptail, Sniff, Growler. "Eran buenos perros. Eran mis amigos".

Cuando su padre encontró a los perros husmeando alrededor del cadáver de Bump, no pudo saber cuál de ellos lo había hecho, así que dirigió su hacha contra los tres. Sus manos temblaban tanto que necesitó dos golpes para silenciar a Sniff y cuatro para derribar a Growler. El olor de la sangre quedo prendido en el aire y los lamentos de los perros moribundos fueron terribles, a pesar de ello Loptail obedeció cuando Padre le llamó. Él era el mayor de los tres perros, y su adiestramiento fue superior a su miedo. Cuando Lump se introdujo en su piel ya era demasiado tarde.

*"*No, Padre, por favor"*,* trató de decir, pero los perros no pueden hablar el lenguaje de los hombres, y todo lo que emitió fue un gemido lastimero. El hacha partió en dos el cráneo del viejo perro y dentro de la cabaña el niño dejó escapar un grito. "Así fue como lo averiguaron". Dos días después, su padre lo arrastro a los bosques. Llevaba su hacha, y Lump pensó que planeaba matarlo igual que había hecho con los perros. Sin embargo, en lugar de eso, lo entregó a Haggon.

Varamyr despertó bruscamente, entre violentas convulsiones. –Levántate – gritaba una voz, – levanta, tenemos que irnos. Hay cientos de ellos. –La nieve le había cubierto con un fino manto blanco. "Tanto frío". Cuando intentó moverse, descubrió que su mano se había quedado congelada pegada al suelo. Se le desgarró la piel cuando consiguió liberarla. –Levanta– gritó ella de nuevo, – ya vienen.

Cardo había vuelto a por él. Le sujetaba por los hombros y le estaba sacudiendo, gritándole en la cara. Varamyr podía oler su aliento y sentir su calor en sus mejillas heladas. "Ahora", pensó, "hazlo ahora o muere*".*

Reunió todas las fuerzas que le quedaban, se impulsó fuera de su propia piel y se introdujo en ella.

Cardo arqueó la espalda y gritó.

*"*Abominación". ¿Lo había dicho ella o había sido él o Haggon? Nunca lo supo. Su vieja carne cayó a la nieve cuando los dedos de ella la soltaron. La mujer se retorció violentamente, chillando. Su gatosombra solía resistirse salvajemente y su osa de las nieves se había vuelto medio loca durante un tiempo, derribando árboles y rocas, y lanzando zarpazos al aire, pero esto era peor. –Sal, *¡sal*! – escuchó como gritaba su boca. Su cuerpo se tambaleó, cayó y volvió a levantarse, sus manos se agitaron, sus piernas se sacudieron en todas direcciones como en una danza grotesca mientras su espíritu y el de ella luchaban por la carne. Ella aspiró una bocanada del gélido aire, y Varamyr pudo disfrutar durante un latido de lo maravilloso de su sabor y la fuerza de su cuerpo joven, hasta que sus dientes se cerraron con fuerza y su boca se llenó de sangre. Cardo alzó sus manos hacia su cara. Él intento detenerlas, pero no obedecieron, y se clavaron en sus ojos. Abominación, recordó ahogándose en dolor y sangre y locura. Cuando intentó gritar, ella escupió la lengua.

El mundo blanco giró y se derrumbó. Por un instante fue como si estuviera dentro del arciano, observando a través de sus profundos ojos rojos a un moribundo que convulsionaba débilmente en el suelo mientras una mujer demente bailaba ciega y ensangrentada bajo la luna, llorando lágrimas rojas y arrancándose las ropas. De pronto ambos desaparecieron y se sintió elevándose, derritiéndose, su espíritu volando en el aire frío. Estaba en la nieve y en las nubes, era un gorrión, una ardilla, un roble. Una lechuza espinosa voló silenciosamente entre los árboles, cazando una liebre; Varamyr estaba dentro de la lechuza, dentro de la liebre, dentro de los árboles. Bajo el suelo helado, en las profundidades, los gusanos escarbaban ciegos en la oscuridad, también estaba dentro de ellos. "Soy el bosque y todo lo que hay en él", pensó, exultante. Un centenar de cuervos alzaron el vuelo, graznando a su paso. Un gran alce emitió un berrido, asustando a los niños a sus espaldas. Un huargo que dormía alzó su cabeza para gruñir al aire vacío. Antes de que sus corazones volvieran a latir, él se había marchado buscando el suyo, Un-ojo, Astuta y Cazador, su manada. Sus lobos lo salvarían, se dijo.

Ese fue su último pensamiento como hombre.

Su verdadera muerte llegó súbitamente; sintió un golpe de frío, como si le hubieran arrojado en las heladas aguas de un lago congelado. Después se encontró corriendo sobre las nieves iluminadas por

la luna con sus compañeros de manada tras él. La mitad del mundo en tinieblas. Un-ojo, comprendió. Aulló, y Astuta y Cazador le imitaron.

Cuando alcanzaron la cima de la colina los lobos se detuvieron. "Cardo", recordó, una parte de él se entristeció por lo que había perdido y otra parte por lo que había hecho. Más abajo, el mundo se había congelado. Dedos de hielo trepaban reptando por el arciano, intentando unirse. El poblado antes vacío ya no estaba desierto. Sombras de ojos azules caminaban entre los montones de nieve. Algunos vestían de marrón, otros de negro y otros estaban desnudos, su carne era blanca como la nieve. El viento soplaba entre las colinas, cargado de sus aromas: carne muerta, sangre seca, pieles que apestan a mugre, putrefacción y orina. Astuta emitió un gruñido y mostró sus dientes, su pelaje erizado. "Ni hombres. Ni presas. Ni nada".

Los seres de abajo se movían pero no estaban vivos. Uno a uno, alzaron sus cabezas hacia los tres lobos de la colina. El último en mirar fue el cuerpo que había sido Cardo. Vestía lana, pieles y cuero cubiertos por una capa de escarcha que crujió cuando se movió y brilló a la luz de la luna. Carámbanos rosa pálido colgaban de sus dedos, diez largos cuchillos de sangre congelada. Y en los huecos donde habían estado sus ojos brillaba una pálida luz azul, otorgando a sus vulgares rasgos una belleza misteriosa que nunca tuvieron en vida.

"Puede verme".

1. TYRION

Bebió todo el camino a través del Mar Angosto.

El barco era pequeño y su cabina aún más, y el capitán no le dejaba subir a cubierta. El balanceo de la madera bajo sus pies le provocaba arcadas, y la espantosa comida que le servían tenía incluso peor sabor cuando le volvía a subir a la garganta. Además, ¿para qué necesitaba carne salada, queso duro y pan amasado con gusanos cuando tenía vino para alimentarse? Era rojo y avinagrado, muy fuerte. A veces también le daba arcadas, pero siempre había más.

-El mundo está lleno de vino-, refunfuñaba en la oscuridad de la cabina. Su padre nunca había tolerado a los borrachos, ¿pero qué importaba? Su padre estaba muerto. Él lo había matado. Una flecha en el vientre, mi señor, y todo para ti. Si hubiese sido mejor con la ballesta, te la habría metido a través de la polla con la que me hiciste, maldito bastardo.

Bajo cubierta nunca era de día ni de noche. Tyrion medía el tiempo por las idas y venidas del chico que le traía la comida que él no comía. El chico siempre traía un cubo y un cepillo, para limpiar. -¿Esto es vino dorniano? -le preguntó Tyrion una vez, mientras sacaba el tapón de un odre. -Me recuerda a cierta serpiente que conocí. Un compañero curioso, hasta que una montaña le cayó encima.-

El chico no respondió. Era feo, aunque no tanto como cierto enano con media nariz y una cicatriz del ojohasta la barbilla. -¿Te he ofendido? -le preguntó al muchacho hosco y silencioso mientras frotaba el suelo-. ¿Te han ordenado que no me hables? ¿O es que algún enano estafó a tu madre?- Tampoco hubo respuesta. -¿A dónde navegamos? Dímelo- Jaime había mencionado las Ciudades Libres, pero nunca dijo cual. -¿Es Braavos? ¿Tyrosh? ¿Myr?- Tyrion habría ido a Dorne anteriormente. "Myrcella es mayor que Tommen, según las leyes de Dorne el Trono de Hierro le pertenece. La ayudaré a reclamar su derecho, como el Príncipe Oberyn sugirió".

Oberyn estaba muerto, sin embargo, su cabeza convertida en una ruina sangrienta por el guantelete de Ser Gregor Clegane. Y sin la Víbora Roja para insistirle, ¿llegaría Doran Martell a considerar una idea tan arriesgada? -*En vez de eso, podría encadenarme y llevarme de vuelta con mi querida hermana.* El Muro sería más seguro. El Viejo Oso Mormont había dicho que la Guardia de la Noche necesitaba hombres como Tyrion. *Mormont puede estar muerto, sin embargo. Puede que Slynt sea ahora el Lord Comandante*. Ese hijo de un carnicero no habría olvidado quién lo envió al Muro. *¿Quiero pasarme el resto de mi vida comiendo carne salada y gachas con asesinos y ladrones?* Aunque el resto de su vida no sería muy largo. Janos Slynt se encargaría de eso.

El chico mojó el cepillo y restregó con fuerza. -¿Has visitado las casas de placer de Lys? -le preguntó el enano-. ¿Puede ser donde van las putas- Tyrion no conseguía recordar la palabra valyriana para "puta", y en todo caso ya era demasiado tarde. El chico lanzó el cepillo al cubo y se marchó.

El vino me ha embotado los sentidos. Había aprendido a leer Alto Valyriano en las rodillas de su maestre, aunque lo que hablaban en las Nueve Ciudades Libres... bien, no era tanto un dialecto como nueve dialectos en camino de convertirse en lenguas distintas. Tyrion sabía algo de Braavosi y tenía nociones de Myriano. En Tyroshi era capaz de maldecir a los dioses, llamar tramposo a un hombre y pedir una cerveza, gracias a un mercenario que conoció en Roca Casterly. Al menos en Dorne hablan la Lengua Común. Como la comida dorniana y la ley dorniana, el habla dorniana estaba especiada con los aromas del Rhoyne, pero uno podía entenderla. "Done, sí, prefiero Dorne." Anadeó hasta el camastro agarrando ese pensamiento como una niña a su muñeca.

El sueño nunca llegaba fácilmente a Tyrion Lannister. A bordo de ese barco rara vez llegaba, aunque de vez en cuando conseguía beber bastante vino para perder el sentido un rato. Al menos no soñaba. Ya había soñado bastante para una vida corta. “Y vaya estupideces: amor, justicia, amistad, gloria. Tan útil como soñar con ser alto.” No podría conseguir nada de eso, lo sabía. Pero no sabía a dónde van las putas.

-Al lugar de donde vienen las putas-, había dicho su padre. “Sus últimas palabras, y vaya palabras”. La ballesta silbó, Lord Tywin se volvió a sentar, y Tyrion Lannister se encontró anadeando a través de la oscuridad con Varys a su lado. Debía haber entrado por el hueco otra vez, dos cientos treinta peldaños hasta donde ascuas naranjas brillaban en la boca de un dragón de piedra. No se acordaba de nada. Sólo del sonido del arco, y el hedor de los intestinos de su padre al soltarse. “Incluso muriendo, encontró una manera de cagarse en mí”.

Varys lo había guiado a través de los túneles, pero no hablaron hasta que salieron al lado del Aguasnegras, donde Tyrion había conseguido una célebre victoria y perdido una nariz. Entonces el enano se giró hacia el eunuco y le dijo:

-He matado a mi padre- Con el mismo tono con el que un hombre podría decir, -Me he golpeado un dedo.- El maestro de los susurros vestía como un hermano pordiosero, ropa apolillada de tela basta con una capucha que ensombrecía sus gordas mejillas lisas y su cabeza redonda y calva.

-No deberíais haber subido por esa escalera-, le reprochó.

-Adonde van las putas. -Tyrion le advirtió a su padre que no dijese esa palabra. “Si no hubiese disparado, se habría dado cuenta de que mis amenazas eran vacías. Me habría arrancado la ballesta de las manos, como una vez me arrancó a Tysha de entre los brazos. Ya se levantaba cuando lo maté.”

-También he matado a Shae- le confesó a Varys.

-Ya sabíais lo que era.

-Sí. Pero no sabía lo que era él.

Varys titubeó.
-Y ahora lo sabes.

“Tendría que haber matado al eunuco también”. Un poco más de sangre en las manos, ¿qué hubiese importado? No sabía qué había detenido su daga. No la gratitud. Varys lo había salvado de la espada del verdugo, pero sólo porque Jaime lo había obligado. “Jaime... no, mejor no pensar en Jaime.”

En vez de eso encontró un odre de vino, y lo chupó como si fuesen la teta de una mujer. El vino amargo cayó sobre su barbilla y le empapó la túnica sucia, la misma que llevaba en la celda. Chupó hasta que se acabó el vino. El suelo se mecía bajo sus pies, y cuando intentó levantarse se movió de lado y lo lanzó contra un mampar.“Una tormenta” supuso, “o estoy más borracho de lo que creo”. El vino le dio arcadas y se estuvo así un rato, planteándose si la nave se hundiría. “¿Es tu venganza, Padre? El Padre de Arriba te ha convertido en su Mano?” -Este es el precio de matar a un familiar- dijo mientras el viento aullaba en el exterior. No parecía justo ahogar al chico y al capitán y al resto de la tripulación por algo que no habían hecho, ¿pero desde cuándo los dioses eran justos? Y de nuevo pensando en eso, la oscuridad lo engulló.

Cuando pudo moverse de nuevo, la cabeza parecía arderle y el barco giraba en círculos mareantes,

aunque el capitán insistía en que habían llegado a puerto. Tyrion le pidió que se estuviese quieto, y pataleó débilmente mientras un marinero enorme y calvo lo levantaba bajo un brazo y lo llevaba, retorciéndose, hasta la bodega, donde lo esperaba un barril de vino vacío. Era un barril pequeño y rechoncho, ajustado hasta para un enano. Tyrion forcejeó, pero no sirvió de nada. Acabó dentro del barril, la cabeza primero, con las rodillas apretadas contra sus orejas. El agujero que era su nariz le dolía horriblemente, pero tenía los brazos tan apretados que no llegaba a rascarse. “Un palanquín hecho para un hombre de mi estatura”, pensó mientras amartillaban la tapa y lo cargaban. Oyó gritos mientras lo sacaban. Cada movimiento hacía que su cabeza golpease contra el fondo del barril. El mundo giró y giró mientras el barril rodaba hacia abajo, luego se paró con un súbito choque que casi le hizo gritar. Otro barril golpeó contra el suyo, y Tyrion se mordió la lengua.

Fue el viaje más largo de su vida, aunque seguramente no duró más de media hora. Lo subieron y bajaron, lo giraron y apilaron, lo dejaron hacia arriba y hacia abajo y luego lo giraron de nuevo. A través de las barras de madera oía hombres gritando, y una vez un caballo relinchando cerca. Las piernas atrofiadas empezaron a dolerle, y pronto dolían tanto que olvidó el martilleo en la cabeza.

Acabó como había empezado, con otro empujón que lo dejó mareado y más atontado. Voces extranjeras hablaban fuera en una lengua que no conocía. Alguien empezó a martillear en lo alto del barril y la tapa se partió de repente. La luz inundó el barril, y luego el aire frío. Tyrion jadeó ansiosamente e intentó levantare, pero sólo consiguió tumbar el barril de lado y derramarse sobre un suelo de tierra compacta.

Sobre él se levantaba un grotesco hombre gordo con una barba amarilla partida en dos, sosteniendo un mazo de madera y un cincel de hierro. Sus ropas eran lo bastante grandes para servir de pabellón de un torneo, pero el cinturón se le había desatado, exponiendo un vientre enorme y un par de tetas pesadas que caían como sacos de sebo cubiertos de grueso vello amarillo. A Tyrion le recordó a una foca marina muerta que una vez acabó en las cavernas bajo Roca Casterly.

El hombre gordo miró hacia abajo y sonrió.-Un enano borracho- dijo en la Lengua Común de Poniente.

-Una foca marina putrefacta-. La boca de Tyrion estaba llena de sangre. La escupió a los pies del hombre gordo. Estaban en una bodega oscura y larga con bóvedas en el techo, las paredes manchadas de salitre. Barriles de cerveza y vino los rodeaban, bebida más que suficiente para mantener a un enano sediento durante las noches. “O durante una vida.”

-Eres insolente. Me gusta eso en un enano. -Cuando el hombre gordo rió, sus carnes se balancearon tan fuerte que Tyrion temió que se cayese y lo aplastase-. ¿Tienes hambre, mi pequeño amigo? ¿Estás cansado?

-Sediento. -Tyrion se arrodilló penosamente-. Y sucio.

El hombre gordo olfateó.- Un baño primero, eso sí. Luego comida y una cama blanda, ¿sí? Mis sirvientes se ocuparán de eso-. Su anfitrión dejó la maza y el cincel. -Mi casa es tuya. Y un amigo de mi amigo de más allá del agua es un amigo de Illyrio Mopatis, sí.-

“Y cualquier amigo de Varys la Araña es alguien en quien confiaré hasta que pueda deshacerme de él.”

El hombre gordo cumplió su promesa del baño, al menos... aunque tan pronto como Tyrion se hundió en el agua caliente y cerró los ojos cayó dormido. Se despertó desnudo en un cama rellena de plumas de oca tan suave y profunda que se sintió como si una nube lo acunara. Tenía la garganta

áspera y sentía la lengua como si le creciesen pelos, pero tenía la polla tan dura como una barra de hierro. Rodó de la cama, encontró un orinal y empezó a llenarlo con un gemido de placer.

La habitación estaba oscura, pero había rendijas de luz del sol asomando a través de las tablillas de las contraventanas. Tyrion sacudió las últimas gotas y anadeó sobre alfombras Myrianas tan blandas como hierba reciente de primavera. Torpemente trepó al escalón de la ventana y empujó las contraventanas para ver adónde Varys y los dioses lo habían enviado.

Bajo la ventana seis cerezos permanecían como centinelas alrededor de un estanque de mármol, sus ramas esbeltas desnudas y marrones. Un chico desnudo permanecía en el estanque, preparado para un duelo con una espada bravoosi en la mano. Era pequeño, y guapo, no tenía más de dieciséis años, con pelo rubio y liso que le rozaba los hombros. Parecía tan lleno de vida que el enano tardó largo rato en darse cuenta de que estaba hecho de mármol pintado, aunque la espada brillaba como acero real.

De un extremo a otro del estanque había un muro de ladrillos de 4 metros de alto, con picas de hierro a lo alto. Detrás estaba la ciudad. Un mar de tejados se amontonaban alrededor de una bahía. Tyrion vio torres cuadradas de ladrillo, un gran templo rojo, una mansión lejana sobre una colina. A lo lejos resplandecían los rayos de sol sobre el mar abierto. Botes pesqueros se movían a través de la bahía, las velas tensándose con el viento, y pudo ver mástiles de barcos mayores apretándose a lo largo del puerto de la bahía. "Seguro que alguno va hacia Dorne, o hacia Guardiaoriente del Mar." Pero no tenía medios para pagar el pasaje, ni podía ponerse a remar. "Supongo que podría contratarme como chico de cabina y ganarme el viaje dejando que la tripulación me follase a través del Mar Angosto."

Se preguntó dónde estaba. "Incluso el aire huele diferente aquí." Especias extrañas perfumaban el aire fresco de otoño, y podía oír débiles gritos más allá del muro, de las calles que había cerca. Se parecía un poco al valyrio, pero no reconocía más de una palabra de cada cinco. "No es Braavos", decidió, "ni Tyrosh." Las ramas peladas y el frío en el aire decían que tampoco Lys ni Myr ni Volantis.

Cuando oyó la puerta abriéndose bajo él, Tyrion se giró para enfrentarse a su gordo anfitrión. -Esto es Pentos, ¿verdad?

-Eso mismo. ¿Qué sino?

Pentos. Bien, al menos no era Desembarco del Rey. -¿A dónde van las putas? -se oyó a sí mismo preguntar.

-Las putas aquí están en los burdeles, igual que en Poniente. No tendrás necesidad de eso, mi pequeño amigo. Escoge entre mis criadas. Ninguna se atreverá a rechazarte.

-¿Esclavas? -preguntó el enano, mordaz.

El hombre gordo se mesó una de las puntas de su barba amarilla y aceitosa, un gesto que Tyrion encontró marcadamente obsceno.-La esclavitud está prohibida en Pentos, según los términos del tratado que los Braavosi nos impusieron hace un siglo. Sin embargo, no te rechazarán. -Illyrio le hizo una media reverencia-. Pero ahora mi pequeño amigo tiene que perdonarme. Tengo el honor de ser magíster de esta gran ciudad, y el príncipe nos ha convocado a una reunión. -Sonrió, mostrando una boca llena de dientes torcidos amarillos-. Puedes explorar la mansión y los subterráneos, pero no salgas más allá de estos muros. Es mejor que ningún hombre sepa que estuviste aquí.

-¿Estuve? ¿Me he ido a algún lugar?

-Tendremos tiempo de hablar de eso esta noche. Mi pequeño amigo y yo comeremos y beberemos y haremos grandes planes, ¿sí?

-Sí, mi gordo amigo -replicó Tyrion. "Quiere usarme para su propio beneficio". Siempre se trataba de beneficios con los príncipes mercaderes de las Ciudades Libres. "Soldados de las especias y señores del queso", los llamaba su padre con desdén. Si llegaba el día en que Illyrio Mopatis veía mayores beneficios en un enano muerto que en uno vivo, Tyrion se encontraría metido en otro barril al anochecer. "Sería mejor si me marchase antes de que llegue ese día" Que el día llegaría no lo dudaba; Cersei no era de las que olvidaban, y hasta Jaime podría haberse enfadado al encontrar una flecha en el vientre de Padre.

Un viento ligero ondeaba las aguas del estanque alrededor del espadachín desnudo. Le recordó cómo Tysha se acariciaba el cabello durante la falsa primavera de su boda, antes de que ayudase a los hombres de su padre a violarla. Había estado pensando en esos hombres durante su huida, intentando recordar cuántos hubo. Uno creería que debía recordarlo, pero no. ¿Una docena? ¿Una veintena? ¿Un centenar? No podía decirlo. Todos hombres mayores, altos y fuertes... aunque todos los hombres eran altos para un enano de trece años. "Tysha sabe cuántos eran". Cada uno de ellos le había dado un venado de plata, así que sólo necesitaba contar las monedas. "Una de plata por cada uno de ellos y una de oro por mí." Su padre había insistido en que él también pagase. "Un Lannister siempre paga sus deudas."

-A donde van las putas- oyó decir a Lord Tywin una vez más, y una vez más la cuerda de la ballesta silbó.

El magíster lo había invitado a explorar la mansión. Encontró ropas limpias en un baúl de cedro con incrustaciones de lapislázuli y madreperla. Mientras luchaba por ponérselas se dio cuenta de que habían sido tejidas para un niño pequeño. Su factura era lo bastante rica, aunque estaban algo rancias, pero el corte era demasiado largo de las piernas y demasiado corto de los brazos, con un cuello que le habría puesto la cara tan negra como la de Joffrey si de alguna manera no lo hubiese abierto. Las polillas habían estado allí también. Al menos no apestaban a vómito.

Tyrion empezó su exploración por la cocina, donde dos mujeres gordas y un pinche lo miraron mansamente mientras cogía queso, pan e higos. -Buenos días, encantadoras mujeres -dijo con una reverencia-. ¿Sabéis por casualidad a dónde van las putas? Cuando no respondieron, repitió la pregunta en Alto Valyriano, aunque tuvo que decir cortesana en vez de puta. La más joven y más gorda de las cocineras se encogió de hombros.

Se planteó qué harían si las cogía de la mano y las arrastraba hasta su cama. "Ninguna te rechazará", había alegado Illyrion, pero de algún modo Tyrion no creía que se refiriese a estas dos. La más joven era lo bastante vieja para ser su madre, y la mayor era seguramente la madre de la otra. Ambas estaban casi tan gordas como Illyrio, con tetas mayores que su cabeza. "Podría ahogarme en carne", reflexionó. Había formas peores de morir. Como había muerto su padre, por ejemplo. "Tendría que haberle hecho cagar un poco de oro antes de expirar." Lord Tywin había sido tacaño con su afecto y aprobación, pero siempre había sido generoso a manos llenas con el oro. "Lo único más triste que un enano sin nariz es un enano sin nariz que no tiene oro".

Tyrion dejó a la mujer gorda con sus barras de pan y sus ollas y fue en busca de la bodega donde Illyrio lo había recibido la noche anterior. No fue difícil de encontrar. Había bastante vino para mantenerlo borracho durante cien años; dulces vinos de la marca y vinos fuertes de Dorne, pálidos Pentoshi de tono ámbar, el néctar verde de Myr, tres veintenas de barriles del oro de Arbor, incluso

vinos del fabuloso este, de Meeren y Qart y Asshai de la Sombra. Al final, Tyrion se decidió por un barril de vino fuerte marcado como la cosecha privada de Lord Runceford Redwyne, el abuelo del actual Lord de Arbor. Su gusto era potente y fuerte en la lengua, el color un morado tan oscuro que incluso parecía negro en la oscura bodega. Tyrion llenó una copa, con una medida generosa, y lo llevó arriba, a los jardines, para beber bajo los cerezos que había visto.

Sin embargo, salió por la puerta equivocada y no pudo encontrar el estanque que había espiado desde la ventana, pero no importó. Los jardines detrás de la mansión eran igual de agradables, y mucho mayores. Vagó durante un rato por ellos, bebiendo. Los muros habrían avergonzado a un castillo de verdad, y las picas de hierro ornamentales que había a lo alto parecían extrañamente desnudas sincabezas que las adornasen. Tyrion se imaginó cómo quedaría la cabeza de su hermana ahí arriba, con alquitrán en el pelo dorado y moscas entrando y saliendo de su boca. "Sí, y Jaime tendría que poner su pica detrás", decidió. "Nadie debe interponerse entre mi hermana y mi hermano."

Con una cuerda y unas picas podría pasar sobre el muro. Tenía los brazos fuertes y no pesaba mucho. Con una cuerda podría alcanzar las picas y encaramarse por encima. "Buscaré una cuerda por la mañana", decidió.

Vio tres puertas durante sus vagabundeos; la entrada principal con su garita, una casita para los perros y la puerta de un jardín oculta tras una maraña de hiedra. La última estaba cerrada con una cadena, las otras dos, guardadas. Los guardias eran regordetes, sus rostros lisos como el culo de un bebé, y cada hombre llevaba un casco con una pica de bronce. Tyrion reconocía a los eunucos cuando los veía. Conocía a los de su tipo por su reputación. No temían nada y no sentían dolor, se decía, y eran leales a sus amos hasta la muerte. "Podía utilizar a unos cuantos centenares de los míos", pensó Tyrion. "Lástima que no lo pensase antes de convertirme en un mendigo."

Caminó a lo largo de una galería con columnas y a través de un arco puntiagudo, y se encontró en un patio embaldosado donde una mujer lavaba unas ropas en un pozo. Parecía de su misma edad, con el pelo rojo corto y un rostro claro salpicado de pecas. -¿Te apetece un poco de vino? -le preguntó. Lo miró insegura. -No tengo copa para ti, tendremos que compartirlo. -La lavandera volvió a escurrir túnicas y colgarlas para que se secasen. Tyrion se sentó en un banco de piedra con su odre de vino. -Dime, ¿hasta qué punto puedo confiar en el magíster Illyrio? -El nombre la hizo levantar la cabeza-. ¿Tanto? -Riéndose, se cruzó de piernas y dio otro trago-. Soy difícil de usar sea cual sea la parte que el quesero tiene en mente para mi, ¿pero cómo puedo rechazarlo? Las puertas están guardadas. Tal vez tú podrías sacarme a escondidas bajo tus faldas? Te estaría tan agradecido, vaya, hasta me casaría contigo. Ya tengo dos esposas, ¿por qué no tres? Ah, ¿pero dónde viviríamos? -Le dedicó una sonrisa tan agradable como podía un enano sin nariz. -Tengo una sobrina en Lanza del Sol, ¿te lo he dicho? Podría organizar más de una travesura en Dorne con Myrcella. Podría enzarzar a mi sobrina y mi sobrino en una guerra, ¿no sería eso divertido? -La lavandera tendió una de las túnicas de Illyrio, lo bastante grande para usarla como una vela.- Debería avergonzarme de tener esos pensamientos malvados, tienes razón. Mejor si voy hacia el Muro. Todos los crímenes se limpian cuando un hombre se une a la Guardia de la Noche, dicen. Aunque me temo que no me permitirían conservarte, preciosa. Ninguna mujer en la Guardia, no dulces mujeres pecosas para calentarte la cama por la noche, sólo vientos fríos, bacalao salado y poca cerveza. ¿Crees que pareceré más alto de negro, mi señora? -Se volvió a llenar la copa-. ¿Qué dices? ¿Norte o sur? ¿Debo compensar viejos pecados o cometer algunos nuevos?

La lavandera le dirigió una última mirada, cogió su cesta y se fue. "Parece que no puedo mantener una esposa por mucho tiempo", pensó Tyrion. De alguna forma, su odre se había quedado seco. "Tal vez debería tropezar de nuevo con esa bodega." El vino fuerte estaba haciendo que su cabeza girase, sin embargo, y las escaleras hacia la bodega estaban muy lejos. -¿A dónde van las putas? -le

preguntó a la ropa tendida en línea. Tal vez debería habérselo preguntado a la lavandera. “No quiero decir que seas una puta, preciosa, pero tal vez sabes a dónde van.” O aún mejor, tendría que habérselo preguntado a su padre. -A donde sean que vayan las putas- había dicho Lord Tywin. “Me quería. Era la hija de un granjero, me quería y se casó conmigo, confió en mí.”

El odre vacío se le escapó de las manos y rodó por el patio. Haciendo una mueca, Tyrion saltó del banco y fue a recogerlo, pero mientras lo hacía vio algunas setas que crecían en una grieta entre las baldosas del suelo. Eran de un blanco pálido, con motas, y ribetes rojos tan oscuros como la sangre bajo la cabeza. El enano arrancó una y la olió. Deliciosas, pensó, o letales.

Había siete de esas setas, vio. Tal vez los dioses intentaban decirle algo. Las cogió todas, destendió un guante, las envolvió con cuidado y se las metió en el bolsillo. El esfuerzo lo dejó mareado, sin embargo, así que luego anadeó de nuevo hasta el banco, se hizo un ovillo y cerró los ojos.

Cuando se despertó de nuevo, estaba de vuelta en su habitación, ahogándose en el lecho de plumas de ganso mientras una chica rubia lo sacudía por el hombre. -Mi señor -le dijo-, el baño está preparado. El magíster Illyrio os espera en su mesa en una hora.

Tyrion se recostó contra las almohadas con la cabeza entre las manos -¿Sigo soñando, o hablas la Lengua Común?

-Sí, mi señor. Me han traído para satisfacer al rey. -Tenía los ojos azules y era rubia, joven y esbelta.

-Seguro que sí. Necesito una copa de vino.

Ella se lo sirvió.

-El Magíster Illyrio dice que debo rascaros la espalda y calentar vuestra cama. Mi nombre-....

-No me interesa. ¿Sabes adónde van las putas?

Ella enrojeció.

-Las putas a sí mismas se venden por dinero.

-O joyas, o vestidos, o castillos. ¿Pero adónde van?

La joven no entendió la pregunta. -¿Es un acertijo, mi señor? No se me dan bien. ¿Me diréis la respuesta?

“No”, pensó. “Yo también detesto los acertijos”. -No te diré nada. Hazme el mismo favor. -“La única parte de ti que me interesa es la que está entre tus piernas”, iba a decirle. Tenía las palabras en la boca, pero por algún motivo no atravesaron sus labios. “No es Sahe”, se dijo el enano a sí mismo, “sólo alguna pequeña idiota que cree que juego a las adivinanzas”. De hecho, ni siquiera su coño le interesaba demasiado. “Debo de estar enfermo, o muerto”. -¿Has mencionado un baño? Muéstramelo. No debemos hacer esperar al quesero.

Mientras se bañaba, la chica le lavó los pies, le frotó la espalda y le peinó el cabello. Luego lo untó las pantorrillas con una pomada aromática para mitigarle el dolor, y lo vistió otra vez con ropa de niño, unos pantalones color burdeos y un vestido azul con rayas de hilo de oro. -¿Me necesitará mi señor después de comer? -le preguntó mientras le ataba las botas.

-No. Ya he acabado con las mujeres-. Putas.

La chica se tomó la decepción demasiado bien para su gusto.

-Si mi señor prefiere un chico, puedo tener uno esperando en el lecho.

Mi señor preferiría a su esposa. Mi señor preferiría a una chica llamada Tysha. -Sólo si sabe adónde van las putas.

La boca de la chica se atirantó. “Me desprecia”, se dio cuenta, “pero no más de lo que yo me desprecio a mí mismo”. Tyrion Lannister no dudaba de que se había follado a muchas mujeres que detestaban siquiera verlo, pero las otras al menos tenían la cortesía de fingir afecto. Un poco de odio honesto podía ser refrescante, como un vino agrio tras demasiado dulce.

-Creo que he cambiado de idea -le dijo-. Espérame en la cama. Desnuda, por favor. Espero estar demasiado borracho para hurgar entre tus ropas. Mantén la boca cerrada y los muslos abiertos y los dos nos llevaremos perfectamente. -Le dirigió una mirada lasciva, esperando algo de temor, pero todo lo que vio fue repulsión. “Nadie teme a un enano.”Ni siquiera Lord Tywin había tenido miedo, pese a que Tyrion sostenía un arco entre las manos. -¿Gimes mientras te están follando? -le preguntó a la calientalechos.

-Si mi señor lo desea.

-Tu señor podría desear estrangularte. Así es como utilicé a mi última puta. ¿Crees que tu amo protestaría? Seguro que no. Tiene a un centenar más como tú, pero a nadie más como yo. -Esta vez, cuando ella sonrió, Tyrion obtuvo el miedo que quería.

Illyrion estaba recostado en un diván acolchado, tragando pimientos picantes y cebollas de un cuenco de madera. Tenía la frente perlada de gotas de sudor, los ojos de cerca brillando sobre las gordas mejillas. Las joyas danzaban cuando movía las manos: ónice y ópalo, ojo de tigre y turmalina, rubí, amatista, zafiro, esmeralda, azabache y jade, un diamante negro y una perla verde. “Yo podría vivir durante años de sus anillos”, pensó Tyrion, “aunque necesitaría una cuchilla para cogerlos”.

-Acércate y siéntate, mi pequeño amigo -Illyrio le hizo gestos para que se acercase.

El enano se encaramó a una silla. Era demasiado grande para él, un trono con almohadones preparado para acomodar las enormes nalgas del magíster, con patas gruesas y sólidas para sostener su peso. Tyrion Lannister había vivido toda la vida en un mundo que era demasiado grande para él, pero en la mansión de Illyrio Mopatis el sentido de la desproporción alcanzaba dimensiones grotescas. “Soy unratón en la guarida de un mamut”, se planteó, “pero al menos el mamut tiene una buena bodega”. El pensamiento le hizo tener sed. Pidió vino

-¿Habéis disfrutado de la chica que os envié? -preguntó Illyrio.

-Si hubiese querido una chica os habría pedido una.

-Si no ha podido complaceros...

-Ha hecho todo lo que le he pedido

-Eso espero. Fue entrenada en Lys, donde han hecho un arte del amor. Y habla vuestra Lengua

Común. El rey la disfrutó enormemente.

-Yo mato reyes, ¿no lo habéis oído? -Tyrion sonrió malvadamente sobre su copa de vino-. No quiero los restos reales.

-Como deseéis. Comamos. -Illyrio aplaudió y unos criados llegaron corriendo.

Empezaron con un caldo de cangrejo y rape, y sopa fría de huevo y lima. Luego llegaron codornices conmiel, espalda de cordero, hígados de oca bañados en vino chirivías de mantequilla y cerdo en su jugo. Ver todos esos platos hizo que Tyrion se sintiese mareado, pero se obligó a probar una cucharada de sopa por mera educación, y tras probarla ya estuvo perdido. Las cocineras podían ser viejas y gordas, pero sabían hacer su trabajo. Nunca había comido tan bien, ni siquiera en la corte.

Mientras sorbía la médula de los huesos de una codorniz, le preguntó a Illyrio por las citas que había atendido por la mañana. El hombre gordo se encogió de hombros. -Hay problemas en el este. Astapor ha caído, y Meereen. Ciudades de esclavos ghiscarias que ya eran viejas cuando el mundo era joven. El cerdo en su jugo estaba trinchado. Illyrio cogió unos cuantos chicharrones, los hundió en salsa de ciruela y los comió con los dedos.

-La Bahía de los Esclavos está a un largo camino de Pentos -dijo Tyrion mientras pinchaba un hígado de oca con el cuchillo. "No hay ningún hombre tan maldito como el que mata a los de su sangre", se recordó a sí mismo, sonriendo.

-Así es -asintió Illyrio-, pero el mundo es una gran telaraña, y ningún hombre puede tocar una sola hebra sin hacer que las otras tiemblen. ¿Más vino?-. Illyrio puso un pimiento en su boca. -No, algo mejor- Dió una palmada

Al sonido de las palmadas un hombre del servicio entró con un plato cubierto. Lo puso en frente de Tyrion, y Illyrio se inclinó para quitar la tapa. -Champiñones- anunció el Magister, al mismo tiempo que tomó una bocanada del olor. -servidos con ajo y bañados en mantequilla. Tengo que decir que el sabor es exquisito. Coja uno, amigo mio. Coja dos.-

Tyrion tenía un champiñon negro y gordo a medio camino de su boca, pero algo en la voz de Illyrio le hizo detenerse abruptamente. -Despues de usted, mi señor- Puso su plato en frente de su huésped.

-No, no- Magister Illyrio empujó el plato de champiñones. Por un segundo pareció como si un chico misterioso estuviera mostrándose desde el interior de la carne hinchada del quesero. - Después de ti, insisto. La cocinera lo ha hecho especialmente para ti-

- ¿De verdad?- Recordó a la cocinera, la harina en sus manos, enormes pechos plagados de oscuras venas azules. -Fue una cortesía por su parte, pero... no- Tyrion soltó el champiñón de vuelta al lago de mantequilla del que había emergido.

- Eres demasiado desconfiado- Illyrio sonrió a través de su barba amarilla dividida. Lubricada todas las mañanas para que reluciera como el oro, sospechó Tyrion. -Eres cobarde? No había oído eso de ti.-

-En los siete reinos está considerado una grave falta de hospitalidad envenenar a tus invitados en la cena.

-Aquí también. Illyrio Mopatis alcanzó su copa de vino. -Aún así, cuando un invitado claramente desea terminar con su vida, por qué, su huésped debe obligarle, no?- Tragó saliva. - Magister

Ordello fue envenenado po un champiñón no hace medio año. El dolor no es muy fuerte, tengo entendido. Algún retortijón en la barriga, un dolor repentino detrás de los ojos, y está hecho. Mejor un champiñón que una espada a través de tu cuello, o no? Por qué morir con el sabor de sangre en la boca cuando puedes hacerlo mejor con ajo?-

El enano estudió el plato en frente suyo. El olor a ajo y mantequilla le hacía la boca agua. Una parte de él quería esos champiñones, incluso sabiendo lo que eran. No tenía el suficiente coraje para llevarse el frio acero a su propia garganta, pero un mordisco de champiñón no sería muy difícil. Eso le asustó más de lo que pudo decir. - Te equivocas conmigo- Se oyó a si mismo diciendo.

-¿De verdad? Supongo. Si dentro de poco quieres ahogarte en vino, dí una palabra y estará hecho, y rápido. Ahogarse copa a copa es una pérdida de vino y de tiempo.

-Te equivocas conmigo- repitió, más alto. Los champiñones llenos de mantequilla brillaban a la luz de la lámpara, oscura, invitando. - No tengo deseos de morir, te lo prometo. Tengo...- Su voz se desmoronó. "¿Qué es lo que tengo? ¿Una vida por vivir? ¿Un trabajo que hacer? Hijos que criar, tierras que atender, una mujer que amar?"

-No tienes nada.- Terminó el Magister Illyrio, -Pero podemos cambiar eso- Pinchó un champiñón de la mantequilla y lo masticó. -Delicioso-

-Los champiñones no están envenenados- Tyrion estaba irritado.

-No. Por qué te querría muerto?- Magister Illyrio se comió otro. -Debemos mostrar un poco de confianza, tú y yo. Vamos, come- Dió otra palmada. -Tenemos trabajo que hacer. Mi pequeño amigo debe coger fuerzas-

Los criados trajeron una garza rellena de higos, chuletas de ternera blanqueadas con leche de almendras, arenques de color crema, cebollas caramelizadas, quesos de olor nauseabundo, platos de caracoles y pan dulce, y un cisne negro aún con plumas. Tyrion rechazó el faisán, que le recordaba a una cena con su hermana. Se sirvió garza y arenques, sin embargo, y unas pocas cebollas caramelizadas. Y los criados le llenaban la copa cada vez que la vaciaba.

-Bebéis mucho vino para ser un hombre tan pequeño.

-Matar a los de tu propia sangre es un trabajo árido. Le provoca a uno sed.

Los ojos del hombre gordo relucieron como las gemas de sus dedos. -Algunos en Poniente dirían que matar a Lord Lannister fue simplemente un buen comienzo.

-Mejor que no lo digan donde mi hermana pueda oírlo, o perderán la lengua. -El enano partió una barra de pan por la mitad-. Y vos mejor que tengáis cuidado con lo que decís de mi familia, magister. Haya matado a los de mi sangre o no, aún soy un león.

Eso pareció divertir al señor del queso sin límite. Se palmeó un muslo carnoso y dijo: -Todos los de Poniente sois iguales. Bordáis una bestia en un pedazo de seda, y de repente sois leones o dragones o águilas. Puedo llevaros hasta un león de verdad, mi pequeño amigo. El príncipe está muy orgulloso de su zoo. ¿Os gustaría compartir jaula con él?

Los Señores de los Siete Reinos hacen demasiado caso de sus emblemas", tuvo que admitir Tyrion.
-Muy bien -admitió-. Un Lannister no es un león. Sin embargo aún soy el hijo de mi padre, y a

Jaime y a Cersei los mataré yo.

-Qué extraño que mencionéis a vuestra rubia hermana -dijo Illyrio, entre caracol y caracol-. La reina ha ofrecido un título al hombre que le lleve vuestra cabeza, no importa lo bajo que sea su nacimiento.

No era menos de lo que Tyrion había esperado. -Si esperáis ocuparlo, haced también que ella se os abra de piernas. Mi mejor parte a cambio de su mejor parte, eso es un trato justo.

-Preferiría mi propio peso en oro-. El quesero se rió tan fuerte que Tyrion tuvo miedo de que reventase. Todo el oro de Roca Casterly, ¿por qué no?

-El oro os lo garantizo -dijo el enano, aliviado de que no estuviera a punto de morir ahogado en bilis de anguilas medio digeridas y dulces-, pero la Roca es mía.-

-Eso mismo-. El magíster se cubrió la boca y lanzó un fuerte eructo-. ¿Creéis que el Rey Stannis os la dará? Me han dicho que es un hombre de ley. Podría concederos Roca Casterly, ¿no es así? Vuestro hermano lleva la capa blanca, así que según las leyes de Poniente sois el heredero de vuestro padre.

-Stannis podría concederme la Roca -admitió Tyrion-, pero también está ese pequeño asunto de regicidio y matar a mi sobrino. Por eso me rebajaría la altura en una cabeza, y ya soy lo bastante bajo ahora. ¿Pero por qué pensáis que me uniría a Lord Stannis?

-¿Por qué otra razón iríais al Muro?

-¿Stannis está en el Muro? -Tyrion se rascó la nariz-. ¿Qué demonios está haciendo Stannis en el Muro?

-Tiritar. Eso creo. Dorne es más cálido. Tal vez debería haber navegado por ese camino.

Tyrion empezó a sospechar que cierta lavandera pecosa sabía más de la Lengua Común de lo que fingía. -Resulta que mi sobrina Myrcella está en Dorne. Y tengo a medio pensar un plan para convertirla en reina.

Illyrio sonrió mientras sus criados llenaban tazones de cerezas negras con crema para ambos. -¿Qué os ha hecho esa pobre niña, para que deseéis su muerte?

-Ni siquiera el que mata a alguien de su sangre tiene que matar a toda su familia -dijo Tyrion, molesto-. Coronarla, he dicho. No matarla.

El quesero comió unas cerezas con su cuchara. -En Volantis utilizan una moneda con una corona en una cara y la cabeza de la muerte en la otra. Pero es la misma moneda. Coronarla es matarla. Puede que Dorne se alce por Myrcella, pero Dorne solo no es suficiente. Si sois tan listo como nuestro amigo insiste, lo sabéis.

Tyrion miró al gordo con renovado interés. "Tiene razón en ambas cosas. Coronarla es matarla. Y lo sé." -Sólo me quedan gestos inútiles. Éste haría que mi hermana derramase lágrimas amargas, al menos.

El magíster Illyrio se limpió la crema de la boca con el dorso de su gorda mano. -El camino a Roca Casterly no pasa por Dorne, mi pequeño amigo. Ni corre junto al Muro. Y sin embargo existe, os lo

aseguro.

-Soy un traidor confeso, un regicida y alguien que mata a los de su sangre-. La charla sobre caminos lo molestó. “¿Se cree que esto es un juego?”

-Lo que hace un rey, otro puede deshacerlo. En Pentos tenemos un príncipe, amigo. Preside las fiestas y banquetes y pasea por la ciudad en un palanquín de marfil y oro. Tres heraldos le preceden con las balanzas del comercio, la espada de hierro de la guerra, y el azote de plata de la justicia. El primer día de cada año tiene que desflorar a la doncella de los campos y a la doncella de los mares. -Illyrio se inclinó hacia adelante, los codos sobre la mesa-. Pero si perdemos una cosecha o una guerra, le cortamos la garganta para apaciguar a los dioses, y escogemos un nuevo príncipe entre las cuarenta familias.

-Recordadme que nunca me convierta en el Príncipe de Pentos.

-¿Tan diferentes son vuestros Siete Reinos? No hay paz en Poniente, ni justicia, ni fe... pronto no habrá ni comida. Cuando los hombres mueren de hambre y están enfermos de miedo, buscan a un salvador.

-Pueden buscar, pero si lo único que encuentran es a Stannis...

-Stannis no. Ni Myrcella. Otro. -La sonrisa amarilla se ensanchó-. Otro. Más fuerte que Tommen, más suave que Stannis, con más derechos que Myrcella. Un salvador llegado de más allá del mar para vendar las heridas de Poniente.

-Bonitas palabras -Tyrion no estaba impresionado-. Pero las palabras se las lleva el viento. ¿Quién es ese maldito salvador?

-Un dragón. -El quesero miró la cara que había puesto Tyrion y se rió-. Un dragón de tres cabezas.

2. DAENERYS

Oyó al hombre muerto acercándose. Los pasos lentos y acompasados lo precedían escaleras arriba, haciendo eco entre los pilares del salón de mármol morado. Daenerys Targaryen le esperó sobre el peldaño de ébano que ella había convertido en su trono. Sus ojos estaban débiles por el sueño, su pelo dorado y plateado completamente despeinado.

-Alteza -dijo ser Barristan Selmy, Lord Comandante de la Guardia de la Reina-, no hay necesidad de que paséis por esto.

Murió por mí. -Se arrebujó en la piel de león que vestía.

Debajo, una túnica de lino blanco fino la cubría sólo hasta la mitad del muslo. Había estado soñando con una casa con la puerta roja cuando Missandei la despertó. No tuvo tiempo de vestirse.

-Khaleesi -susurró Irri-, no debes tocar al hombre muerto. Da mala suerte tocar la muerte.

-A menos que los hayas matado tú mismo -Jhiqui era más corpulenta que Irri, con caderas anchas y grandes pechos-. Todo el mundo lo sabe.

-Todo el mundo lo sabe -asintió Irri.

Los dothrakis eran sabios en lo referente a los caballos, pero podían ser unos completos estúpidos en otras muchas cosas. Sus doncellas tenían la misma edad que ella, parecían mujeres con su cabello negro, piel cobriza y ojos almendrados, pero eran niñas al fin y al cabo. Le fueron entregadas cuando se casó con Khal Drogo. Fue Drogo quien le había dado la piel que vestía, la cabeza y el cuero de un hrakkar, el león blanco del mar de los dothraki. Le iba grande y olía a rancio, pero la hacía sentir como si su sol y estrellas aún estuviese con ella.

Gusano Gris apareció primero, subiendo los escalones con una antorcha en la mano. Su casco de capitán estaba coronado por tres picas. Tras él iban cuatro de sus Inmaculados llevando al hombre muerto sobre los hombros. Sus cascos tenían solo una pica cada uno y sus caras eran tan inexpresivas que parecían también esculpidas en bronce. Ellos dejaron el cuerpo a sus pies. Ser Barristan apartó la mortaja sanguinolenta. Gusano Gris bajó la antorcha para que ella pudiera ver.

El rostro era suave e imberbe, aunque le habían abierto las mejillas de oreja a oreja. Era un hombre alto, guapo, con ojos azul claro. Algún muchacho de Lys o la vieja Volantis, pensó, secuestrado por corsarios y vendido como esclavo en la roja Astapor. Aunque tenía los ojos abiertos, lo que lloraba eran sus heridas. Tenía más de las que pudo contar.

-Alteza -dijo ser Barristan-, había una arpía tirada sobre las baldosas en el callejón donde fue encontrado...

-...tirado sobre su propia sangre -Daenerys ya conocía la historia. Los Hijos de la Arpía hacían sus carnicerias de noche, y cerca de cada asesinato dejaban su marca. -Gusano Gris, ¿por qué este hombre estaba solo? ¿No tenía compañero? -Cuando los Inmaculados patrullaban por las calles, siempre iban en parejas.

-Mi reina -respondió el capitán-, vuestro servidor Escudo Incondicional no tenía trabajo esta noche. Había ido a... a cierto lugar... a beber, y tener compañía.

-¿A cierto lugar? ¿Qué lugar? ¿Qué queréis decir?

-Una casa de placer, Alteza. -.

Un burdel. La mitad de sus libertos eran de Yunkai, donde los Sabios Amos eran famosos por preparar esclavos de cama. El camino de los siete suspiros. No era ninguna sorpresa que los burdeles hubiesen brotado como setas por toda Mereen. Es lo único que conocen. Luchan por sobrevivir. La comida se volvía más cara cada día mientras la carne se volvía más barata. En los distritos más pobres entre las pirámides escalonadas de la nobleza esclavista de Meeren había burdeles que abastecían cada deseo erótico concebible, pero aún así... ¿Por qué querría un eunuco visitar un burdel?

-Incluso los que carecen de las partes de un hombre pueden tener el corzón de un hombre, su Alteza -dijo Gusano Gris- A uno le han dicho que vuestro sirviente Escudo Incondicional a veces pagaba a las mujeres de los burdeles para que yaciesen con él y lo abrazasen.

La sangre del dragón no llora.

-Escudo Incondicional. ¿Ése era su nombre?

-Si le place a Su Majestad.

-Sí. Es un nombre adecuado. -Los Bondadosos Amos de Astapor no permitían a sus soldados esclavos ni tener nombres. Algunos de sus Inmaculados reclamaron sus nombres de nacimiento cuando los liberó; otros escogieron nombres de su propia elección. -¿Se sabe cuántos atacantes cayeron sobre Escudo Incondicional?

-Uno no lo sabe. Muchos.

-Seis o más, diría -añadió ser Barristan. -Por la pinta de sus heridas, lo rodearon por todas partes.

Fue encontrado con la vaina vacía. Puede ser que hiriera a algunos de sus atacantes.

Dany rezó porque en algun lugar uno de ellos agonizase entonces, apretándose las entrañas y retorciéndose de dolor. -¿Por qué le abrieron las mejillas así?

-Graciosa reina -dijo Gusano Gris-, los asesinos han metido los genitales de una cabra por la garganta de vuestro sirviente Escudo Incondicional. Uno los quitó antes de traerlo aquí.

No pudieron meterle sus popios genitales, pensó Dany. Los de Astapor no le dejaron nada, ni raíz ni tallo.

-Los Hijos se vuelven más osados -observó. Hasta ahora, se habían limitado a atacar a libertos desarmados, apuñalándolos por las calles o entrando en sus casas al amparo de la noche para matarlos en sus propias camas. -Éste es el primero de mis soldados que matan.

-El primero -la avisó ser Barristan-, pero no el último.

Aún estoy en guerra, se dio cuenta Dany, sólo que ahora lucho contra sombras. Ese pensamiento la hizo sentir cansada. Había esperado poder descansar de la matanza, un tiempo para construir y curarse.

Se quitó la piel y se arrodilló sobre el mármol, junto al cadáver y cerró los ojos del cadáver ignorando el respingo de Jhiqui .

-Escudo Incondicional no será olvidado, os lo prometo. Lavadlo y vestidlo para la batalla, y enterradlo con su casco y escudo y lanzas.

-Como su alteza ordene -dijo Gusano Gris. -Cuando tus hombres salgan a patrullar hoy, envíalos a las casas de los sanadores, que pregunten por cualquier hombre que buscase tratamiento para una herida de espada. Y difunde que pagaremos una buena recompensa en oro al que me entregue la espada de Escudo Incondicional. Pregunta a carniceros y pastores, y averigüen quien ha podido haber castrado cabras últimamente. -Quizá alguno confiese. De ahora en adelante, que ninguno de mis hombres camine solo por la noche.

-Uno obedecerá.

Dany se retiró el cabello. -Encontradme a esos cobardes -dijo fieramente- Encontradlos para que pueda enseñarle a los Hijos de la Arpía qué significa despertar al dragón.

Gusano Gris saludó. Los otros Inmaculados cubrieron el cadáver con el sudario de nuevo, se cargaron al hombre muerto sobre los hombros y se lo llevaron del salón.

Ser Barristan Selmy se quedó tras ella. Su pelo era blanco, y había patas de cuervo en el rabillo de sus ojos azul pálido. Pero aún tenía la espalda recta, y los años no le habían quitado su habilidad con las armas.

-Alteza -dijo-, me temo que vuestros eunucos no están capacitados para las tareas que les encomendáis.

Dany se sentó en el banco y se puso la piel sobre los hombres de nuevo.

-Los Inmaculados son mis mejores guerreros.

-Soldados, no guerreros, si su Alteza me permite. Fueron hechos para el campo de batalla, para permanecer hombro con hombro tras sus escudos, con las lanzas preparadas ante ellos. Su entrenamiento los enseña a obedecer sin miedo, perfectamente, sin pensar ni dudar... no a desvelar secretos o hacer preguntas.

-¿Me servirían mejor los caballeros? -Selmy estaba entrenando caballeros para ella, enseñando a los hijos de esclavos a luchar con lanza y espada larga a la manera de Poniente...¿pero de qué servirían las lanzas, contra cobardes que mataban desde las sombras?

-No en esto -admitió el viejo hombre- Y Su Majestad no tiene caballeros, salvo yo. Pasarán años antes de que los niños estén listos.

-¿Entonces quién, si no los Inmaculados? Los Dothraki serían incluso peor. Los Dothraki luchan sobre los lomos de sus caballos. Los hombres a caballo son más útiles en el campo abierto y colinas que en las calles estrechas y callejones de la ciudad. Más allá de los muros de baldosas de colores de Mereen, su dominio era débil en el mejor de los casos. Miles de esclavos trabajaban duro en las grandes plantaciones de las colinas, cosechando grano y olvias, pastando cabras y ovejas y obteniendo sal y cobre de las minas. Por ahora los graneros y despensas de Mereen aún tenían amplios suministros de grano, aceite, oliva, frutos secos y carne salada, pero la ciudad estaba llena de bocas hambrientas, y llegaba poca comida.

Por eso Daenerys había enviado a Aggo, Jhogo y Rakkharo a ganarse las tierras de alrededor, mientras que Ben Plumm el Moreno se llevó a los Segundos Hijos al sur para protegerlos de las

incursiones yunkias. Al galante Daario Naharis le encargó la tarea más importante. Más allá de las colinas del este había una pradera rodeada de montañas de arena y piedra, el Paso de Khysai, y Lhazar. Si Daario podía convencer a los Lhazarenos para reabrir esa ruta comercial, podrían traer grano río abajo o sobre las colinas cuando lo necesitasen... pero los Hombres Cordero no tenían motivos para amar a Meeren. Daario los convencerá, si alguien puede hacerlo. El capitán de los mercenarios era el hombre más galante y elocuente que Daenerys Targaryen había conocido.

-Tal vez cuando Daario regrese podré usar sus Cuervos de la Tormenta en las calles -le dijo a ser Barristan-, pero hasta entonces, sólo tengo a los Inmaculados. -Se levantó-. Debéis excusarme, ser. Los que desean ver a la reina se estarán acumulando ante las puertas. Necesito ponerme mis orejas alargadas y convertirme en su reina de nuevo. Llamad a Reznak y al Afeitado, los veré cuando esté vestida.

-Como su alteza ordene -Selmy hizo una reverencia.

La Gran Pirámide de Mereen medía ochocientos pies desde su inmensa base de ladrillo hasta la elegante cumbre donde la reina tenía sus estancias privadas, rodeadas de verdor y estanques fragantes. Un amanecer azul oscuro inundaba la ciudad mientras Dany caminaba hacia la terraza. La luz del sol llameó sobre las bóvedas doradas del Templo de las Gracias al oeste y dibujó sombras alargadas detrás de las pirámides escalonadas. En aglunas de esas pirámides, los Hijos de la Arpía están planeando otros asesinatos ahora mismo, y no tengo poder para detenerles.

Viseryion sentía su inquietud. El dragón blanco yacía enroscado alrededor de un peral, la cabeza descansando sobre la cola mientras la luz del día lo empapaba. Cuando Dany pasó, sus ojos se abrieron, dos estanques de oro fundido. Los cuernos eran también de oro, como las escamas que le corrían por el cuello arqueado, la espalda y la larga cola. -Eres perezoso -le dijo, rascándole bajo la mandíbula. Las escamas estaban calientes al tacto, como una armadura puesta a cocer demasiado bajo el sol. Los dragones son fuego hecho carne. Había leído eso en uno de los libros que ser Jorah le había dado como regalo de boda-. Tendrías que estar cazando con tushermanos. ¿Has estado luchando con Drogon otra vez? -Sus dragones se habían vuelto salvajes ultimamente. Rhaegal había intentado morder a Irri, Viserion había quemado el tokar de Reznak la última vez que el senescal había gritado. Les he dejado demasiado para sí mismos, se recriminó, ¿pero dónde voy a sacar tiempo para ellos?

Viserion dio un latigazo con la cola y golpeó el tronco del árbol tan fuerte que una pera cayó rodando a los pies de Dany. Desplegó las alas y medio voló medio saltó hasta la balconada. Está creciendo, pensó mientras lo veía aletear tres veces y lanzarse hacia el cielo, los tres están creciendo. Pronto serán lo bastante grandes para llevarme. Entonces volaría como Aegon y sus hermanas habían volado antes, hasta que Mereen fuese tan pequeña ahí abajo que pudiese taparla con el puño.

Contempló a Viserion elevándose en circulos cada vez más amplios, hasta que al final lo perdió de vista más allá de las aguas turbias del Skahazadhan. Sólo entonces Dany volvió a la pirámide, donde Irri y Jhiqui la esperaban para cepillarle el pelo y prepararla como correspondía a la Reina de Mereen, en un tokar ghiscario.

La prenda era algo engorroso, una sábana larga y hogada, sin forma, que tenía que enrollarse alrededor de las caderas y bajo un brazo y sobre un hombro, con los flecos que colgaban cuidadosamente dispuestos. Demasiado holgada, y podía caerse; demasiado apretada, formaría una maraña, se enredaría y la atraparía. Incluso bien puesto, el tokar requería del que lo vestía que lo mantuviese en su lugar con la mano izquierda, para evitar que resbalase. Caminar con el tokar exigía pasos pequeños, lentos y medidos y un equilibrio exquisito, para no pisar alguno de los

pesados flecos que arrastraba. No era una prenda para los que debían trabajar en el campo o en una casa de ladrillos. La ley de los ghiscarios prohibía a los esclavos y libertos vestir el tokar, y eran demasiado caros para los que habían nacido en libertad pero pobres. El tokar ghiscario era una prenda para los amos, un signo de riqueza y poder.

Dany quiso prohibir el tokar cuando tomó Mereen, pero su consejo la había convencido para no hacerlo.

-La Madre de Dragones debe vestir el tokar o será siempre odiada -la alertó la Gracia Verde, Galazza Galare-. Con lanas de Poniente o un vestido de encaje Myriano, Su Radiantez siempre será una extranjera grotesca entre nosotros, una conquistadora bárbara. La reina de Mereen tiene que ser una dama de la antigua Ghis. Ben Plumm el moreno, el capitán de los Segundos Hijos, se lo había explicado más claramante. -Quien quiera ser rey de los conejos, que se ponga un par de orejas alargadas.

Las orejas alargadas que escogió ese día estaban hechas de lino blanco con flecos de borlas doradas. Con la ayuda de Jhiqui, se enrolló el tokar al tercer intento, mientras Irri le sostenía la corona en forma de dragón de tres cabezas que representaba a su casa. La cola del dragón era de oro, las alas brillaban plateadas, las tres cabezas eran marfil, ónice y jade verde. Antes de terminar el día tendría el cuello y la espalda tiesos y rígidos por el peso, pero una corona nunca debía ser cómoda sobre la cabeza de un rey. Eso había dicho uno de sus antepasados. El rey Aegon. Fue un Aegon, ¿pero cuál? Cinco Aegones habían reinado sobre Poniente, y habría habido un sexto si los perros del Usurpador no hubiesen matado al hijo de su hermano Rheagar mientras era un bebé de pecho. Si hubiese vivido me habría casado con él, pensó. Aegon habría estado más cerca de mi edad que Viserys.

Aunque no servía de nada soñar. Aegon y su hermana habían sido asesinados antes de que ella naciese junto con su madre, Elia de Dorne. El príncipe Rhaegar pereció incluso antes, asesinado por el Usurpador en el Tridente, y Viserys murió gritando en Vaes Dothrak, con una corona de oro fundido sobre su cabeza. También me matarán a mí, si lo permito, se recordó a sí misma. Los cuchillos que mataron a Escudo Incondicional querían matarme a mí.

No había olvidado los niños esclavos que los Grandes Amos habían atado a lo largo del camino de Yunkai. Nunca los olvidaría. Hubo ciento sesenta y tres, un niño a cada milla, atados a los mojones con un brazo indicándole el camino. Cuando Mereen cayó, Dany ató el mismo número de Grandes Amos. Enjambres de moscas los acompañaron en su lento agonizar, y el hedor había tardado en desaparecer de la plaza. Pero a veces temía no haber ido lo suficiente lejos. Los mereenianos eran un pueblo astuto y testarudo que se le resistía a cada paso. Habían liberado a sus esclavos, sí... sólo para contratarlos de nuevo como sirvientes por un precio tan bajo que muchos a duras penas podían comer. Los libertos demasiado jóvenes o viejos para ser usado habían quedado tirados en la calle junto a los débiles y los tullidos. E incluso así los Grandes Amos se reunían en lo alto de sus pirámides para compadecerse de cómo la reina dragón había llenado su noble ciudad con hordas de mendigos sucios, ladrones y putas.

Para gobernar Mereen tengo que ser Meereniana, se dijo a sí misma, por mucho que los odie.

-Estoy preparada -le dijo a Irri.

Reznak mo Reznak y Skahaz mo Kandaq la esperaban a lo alto de los amplios escalones de mármol.
-Magnificencia -dijo Reznak-, estáis tan radiante hoy que temo miraros.

El senescal llevaba un tokar de seda granate con un fleco dorado que contribuía poco a disimular su cuerpo gordo y fofo. Un hombre pequeño, sudoroso, obsequioso, Reznak olía como si se bañase en

perfume. Como todos los mereenianos, hablaba un dialecto del Alto Valyrio corrompido y condimentado por los continuos rugidos del ghiscario.

-Sois muy amable -respondió Dany en una forma más pura de la misma lengua.

-Mi reina -gruñó Skahaz, de cabeza calva. El pelo de los ghiscarios crecía denso, grueso y espeso; durante largo tiempo los hombres de las ciudades esclavistas lo habían llevado en forma de cuernos, pinchos o alas. Afeitándose, Skahaz había abandonado la vieja Mereen tras él para aceptar lo nuevo.

Sus parientes Kandaq hicieron lo mismo tras su ejemplo. Otros lo siguieron, aunque si por miedo, moda o ambición, Dany no podía decirlo; los afeitados, los llamaban. Skahaz era el Afeitado... y el peor traidor para los Hijos de la Arpía y sus semejantes. -Nos han explicado lo del eunuco.

-Su nombre era Escudo Incondicional.

-Morirán más, a menos que los asesinos sean castigados. -Incluso con el cráneo limpio de pelo, Skahaz tenía un rostro feo; frente de escarabajo, ojos pequeños con grandes bolsas debajo, una nariz rotamuchas veces oscurecida por puntos negros, piel aceitosa que parecía más amarilla que el habitual ámbar de los Ghiscarios. Era un rostro brusco, brutal, enfadado. Sólo podía rezar porque al menos fuese un hombre honesto.

-¿Cómo puedo castigarlos si no sé quiénes son? -les preguntó Dany-. Explicádmelo, bravo Skahaz.

-No os faltan enemigos, Su Majestad. Podéis ver sus pirámides des de vuestra terraza. Zhak, Hazkar, Ghazeen, Merreq, Loraq, todas las viejas familias esclavistas. Pahl. Pahl, sobre todo. Una casa de mujeres, ahora. Mujeres viejas amargadas con ansia de sangre. Las mujeres no olvidan. Las mujeres no perdonan.

No, pensó Dany, y eso los perros del Usurpador lo aprenderán algún día, cuando vuelva a Poniente. Era verdad que había sangre entre ella y la casa de Pahl. Oznak zo Pahl fue el héroe de Mereen hasta que Belwas el Fuerte lo mató bajo los muros de la ciudad. El padre de Oznak, comandante de la guardia de Mereen, murió defendiendo las puertas de la ciudad cuando la Polla de Joso las convirtió en astillas y los Inmaculados entraron como un enjambre por la brecha. El tío de Oznak fue uno entre los ciento sesenta y tres de la plaza. Dany se giró hacia Reznak.

-¿Cuánto oro hemos ofrecido por información sobre los Hijos de la Arpía?

-Cien honores, si le place a su Radiantez.

-Mil honores nos placería más. Hacedlo.

-Su Majestad no ha pedido mi consejo -dijo Skahaz-. La sangre debe pagar por la sangre. Coged a un hombre de cada una de las familias que he nombrado y matadlo. La siguiente vez que uno de los vuestros muera, coged dos y matadlos. No habrá un tercer asesinato.

Reznak chilló de angustia. -Nooo... gentil reina, esa salvajada traería las iras de los dioses sobre nosotros. Encontraremos a los culpables, os lo prometo, y cuando lo hagamos veréis que son basura pobre, no nobles, ya lo veréis.

El senescal se secó la cabeza. Era tan calvo como Skahaz, aunque no se afeitaba.

-No me consideréis desleal porque no me he afeitado la cabeza -le garantizó cuando lo convirtió en

su consejero- Si algún cabello es tan insolente de aparecer, mi barbero estará preparado con la cuchilla.

Pese a todas sus garantías, a Dany le gustaba poco y confiaba aún menos en él. No había olvidado a la maegi Mirri Maz Duur, que le había devuelto su amabilidad con la traición.

-Skahaz -dijo-, os agradezo el consejo. Reznak, aseguraos de que sean mil honores.

Ciñéndose el tokar, Daenerys los adelantó al bajar la amplia escalera de mármol. Con pasos lentos, no fuese a pisarse uno de los flecos y tropezar y caer rodando de cabeza ante la corte.

Missandei la anunció. La pequeña escriba tenía una voz dulce y fuerte.

-Todos arrodillados ante Daenerys de la Tormenta, La Que No Arde, Reina de Mereen, Reina de los Ándalos y los Rhoynar y los Primeros Hombres, Khaalesi del Gran Mar de Hierba, Liberadora de Grilletes y Madre de Dragones -gritó mientras Dany bajaba lentamente.

El salón estaba lleno. Los Inmaculados permanecían de espaldas a los pilares, sosteniendo sus escudos y lanzas, las picas en sus cascos sobresaliendo hacia arriba como una hilera de cuchillos.

Los mereenianos se habían acumulado bajo las ventanas del este, en una multitud de cabezas afeitadas y cuernos dobles y manos y espirales. Sus libertos permanecían lejos de sus antiguos amos. Hasta que estén juntos, Mereen no tendrá paz.

-Levantaos. Dany se sentó en su banco. La multitud se levantó. Eso al menos lo hacen juntos, pensó.

Reznak mo Reznak tenía una lista, como siempre. Y como siempre, el protocolo exigía que la reina empezase con el emisario de Astapor, un antiguo esclavo que se había empezado a llamar a sí mismo Lord Ghael, aunque nadia sabía de qué era señor.

Lord Ghael tenía la boca llena de dientes rotos y marrones y el rostro amarillento y puntiagudo de una comadreja. También tenía un regalo.

-Cleon el Grande envía estas sandalias, como señal de su amor por Daenerys de la Tormenta, la Madre de Dragones -anunció.

Dany hizo un gesto con la cabeza a Irri, que le trajo las sandalias y se las puso en los pies. Estaban hechas de cuero dorado y decoradas con perlas verdes de agua dulce. ¿Cree el rey carnicero que un par de sandalias bonitas le ganarán mi mano?

-El rey Cleon es muy generoso -dijo-. Debéis darle las gracias de mi parte. Son encantadoras.

Encantadoras, pero hechas para una niña. Dany tenía los pies pequeños, pero las sandalies le aplastaban los pies.

-Cleon el Grande se sentirá complacido al saber que os han complacido -dijo Ghael-. Su Maginificencia me envía para que os diga también que está preparado para defender a la Madre de Dragones de todos sus enemigos. -Si me propone que me case con Cleon otra vez, le tiraré las sandalias a la cabeza, pensó Dany, pero por una vez el emisario astapori no mencionó el matrimonio. En vez de eso, dijo-: Ha llegado el momento de que Astapor y Mereen acaben con el reino salvaje de los Sabios Amos de Yunkai, enemigos jurados de todos aquellos que viven en

libertad. Cleon el Grande me invita a deciros que él y sus nuevos Inmaculados pronto marcharán.

Sus nuevos Inmaculados son una broma obscena. Dany mantuvo el gesto inexpresivo.

-El rey Cleon sería sabio si atendie sus propios jardines y deja que Yunkai atienda los suyos. -No es que tuviese ningún aprecio por Yunkai. Cada vez más se arrepentía de haber abandonado la Ciudad Amarilla sin tomarla después de vencer a su ejército en el campo de batalla. Los Sabios Amos habían vuelto a la esclavitud en cuanto ella se fue y estaban ocupados aumentando los impuestos, contratando a mercenarios y haciendo alianzas contra ella. Cleon autodenominado el Grande no era mucho mejor, sin embargo. El Rey Carnicero había devuelto la esclavitud a Astapor en cuanto tomó el poder, con la única diferencia de que los antiguos esclavos eran ahora los amos y los antiguos amos eran los esclavos.

Daenerys no deseaba una alianza con él más de lo que deseaba una boda... pero tampoco quería verlo caer. Cuando Cleon fuese vencido, nada impediría a los yunkios volver los ojos hacia el norte, hacia Mereen-. Soy sólo una niña pequeña y sé poco de guerra -Dany alertó a Ghael-, pero se dice que Astapor se muere de hambre. Dejad que el rey Cleon alimente a su pueblo antes de guiarlos a la batalla.

-Hizo un gesto de rechazo y el emisario se arrodilló y partió.

-Magnificencia -apuntó Reznak mo Reznak-, ¿oiréis al noble Hizdahr zo Loraq?

¿Otra vez? Ahogando un gemido, Dany asintió, y Hizdar avanzó; un hombre alto, muy esbelto, con piel de color ámbar. Cuando se arrodilló, la parte superior de su cabeza rozó el mármol morado del suelo donde Escudo Incondicional había yacido muerto no hacía mucho. Necesito a este hombre, se recordó Dany. Hizdar tenía muchos amigos en Mereen, y otros más allá de los mares. Había visitado Volantis, Lys y Qarth, tenía familiares en Tolos y Elyria y se decía que ejercía gran influencia en Nueva Ghis, donde los yunkios intentaban sembrar la enemistad contra Dany y su reinado.

Y es rico. Famosa y fabulosamente rico... y se hará mucho más rico, si le concedo lo que pide. Cuando Dany cerró las arenas de combate, el valor de sus cotizaciones cayó en picado. Hizdar zo Loraq se había lanzado con las manos llenas, y ahora era dueño de la mayoría de arenas de Mereen.

Hizdar tenía alas de cabello que le brotaban de las sienes como si su cabeza fuese a levantar el vuelo. El largo rostro se alargaba todavía más por la barba de pelo rojo y negro puntiagudo que se recogía con anillos de oro. Su tokar morado tenía flecos con amatistas y perlas.

-Su Radiantez ya conoce la razón por la que estoy aquí.

-Porque -dijo ella- debe ser porque no tenéis otro motivo que asolarme. ¿Cuántas veces os he rechazado?

-Cinco veces, Su Magnificencia.

-Y ahora seis. No voy a permitir que se reabran las arenas.

-Si Su Majestad quiere oír mis argumentos...

-Los he oído. Cinco veces. ¿Habéis traído nuevos argumentos?

-Viejos argumentos -admitió Hizdar-, nuevas palabras. Bellas palabras, y corteses, más adecuadas para convencer a una reina.

-Es vuestra causa la que encuentro inadecuada, no vuestra cortesía. He oído vuestros argumentos tan a menudo que puedo presentar vuestro caso yo misma. ¿Lo hago? -Se adelantó-. Las arenas de combate han formado parte de Mereen desde que se fundó la ciudad. Los combates son un hecho de naturaleza religiosa, un sacrificio de sangre a los dioses de Ghis. El arte mortal de Ghis no es una carnicería, sino una muestra de coraje, habilidad y fuerza que complace a los dioses. Los luchadores victoriosos están bien alimentados, mimados y aclamados, y los caídos heroicamente son honrados y recordados.

Reabriendo las arenas mostraría a la gente de Mereen que respeto sus tradiciones y costumbres. Las arenas son famosas en el mundo entero. Traerían comercio a Mereen y llenarían las arcas de la ciudad con monedas de los confines de la tierra. Todos los hombres tienen ansia de sangre, un ansia que las arenas podrían apagar. En ese sentido, volverán Mereen más pacífica. Para los criminales condenados a morir sobre la arena, las arenas de combate representan un juicio por combate, una última oportunidad para que un hombre demuestre su inocencia. -Dany sacudió la cabeza.- Ahí está. ¿Cómo lo he hecho?

-Su Radiantez ha presentado el caso mucho mejor de lo que yo lo habría hecho. Sois tan elocuente como bella. Yo estoy totalmente convencido.

Dany tuvo que reír.

-Muy bien... pero yo no.

-Su Magnificencia -susurró Reznak mo Reznad en su oreja-, permitidme que os recuerde que es costumbre de la ciudad reclamar un diez por ciento de todos los beneficios de las arenas de combate, después de los gastos, como impuesto. Ese dinero podría utilizarse para fines más nobles.

-Podría -asintió la reina-, aunque si fuésemos a reabrir las arenas, recaudaríamos el diez por ciento antes de los gastos. Soy sólo una niña pequeña y sé poco del comercio, pero viví con Xaro Xhoan Daxos lo suficiente para saber eso. No importa. Sois rápido y listo, Hizdar, y si pudieseis congregar ejércitos como lo hacéis con los argumentos, podríais conquistar el mundo... pero mi respuesta sigue siendo no.

Por sexta vez.

Hizdar hizo otra reverencia, tan pronunciada como la anterior. Sus perlas y amatistas tintinearon suavemente contra el suelo de mármmol. Hizdar zo Loraq era un hombre muy ágil.

-La reina ha hablado.

Hasta podría ser guapo, sino fuese por ese ridículo pelo, juzgó Dany. Reznak y la Gracia Verde la habían instado para que se casase con un noble mereeniano, para reconciliar a la ciudad con su reina.

Si llegaba a eso, Hizdar zo Loraq merecería tenerse en cuenta. Antes él que Skahaz. El Afeitado se había ofrecido para convertirla en su esposa, pero la sola idea la hizo estremecer. Hizdar al menos sabía sonreír, aunque cuando Dany trató de imaginarse cómo sería compartir la cama con él, casi se rió en voz alta.

-Magnificencia -dijo Reznak, consultando su lista-, el noble Grazdan zo Galare quiere dirigirse a vos. ¿Lo oiréis?

-Será un placer -dijo Dany, admirando el resplandor del oro y el brillo de las perlas verdes de las sandalias de Cleon mientras intentaba ignorar el dolor en los dedos de sus pies. Grazdan, la habían avisado, era primo de la Gracia Verde, cuyo consejo y apoyo Dany consideraba inapreciables. La sacerdotisa era una voz a favor de la paz, la aceptación y la obediencia a la autoridad legítima.

Debo escuchar respetuosamente a su primo, sea lo que sea lo que quiera.

Lo que quería resultó ser oro. Dany había rechazado compensar a los Grandes Amos por el valor de los esclavos que había liberado, pero los mereenianos seguían buscando otras maneras de intentar sacarle dinero. El noble Grazdan era uno más. Tiempo atrás tenía una mujer esclava experta en tejer, le explicó; lo que conseguía con su telar era muy valorado, no sólo en Mereen sino también en Nueva Ghis y Astapor y Qarth. Cuando esa mujer se volvió vieja, Grazdan compró media docena de muchachas jóvenes y ordenó a la anciana que las instruyese en los secretos de su oficio. La vieja mujer había muerto. Las jóvenes, liberadas, habían abierto una tienda cerca del puerta para vender sus tejidos.

Grazdan zo Galare pedía una porción de sus ingresos.

-Me deben sus habilidades -insistió-. Yo las compré en bloque en una subasta y les di ese telar.

Dany lo escuchó atentatemente, el rostre inexpresivo. Cuando acabó, dijo:

-¿Cuál era el nombre de la vieja tejedora?

-¿La esclava? -Grazdan se balanceó, frunciendo el ceño-. Se llamaba... Elza, tal vez. O Ella. Murió hace seis años. He tenido muchos esclavos, Su Majestad.

-Digamos Elza. -Dany alzó una mano-. Éste es nuestro veredicto. De las muchachas, no obtendréis nada. Fue Elza quien las enseñó a tejer, no vos. De vos, las muchachas tendrán un nuevo tejedor, el mejor que el dinero pueda comprar. Eso por olvidar el nombre de la vieja mujer. Podéis retiraros.

Reznak había llamado a otro idiota con tokar, pero la reina insitió en que llamase a uno de los libertos.

Desde entonces, alternó peticiones de los antiguos esclavistas y de los antiguos esclavos. Muchos de los asuntos que trajeron ante ella se referían a reparaciones. Mereen había sido saqueada salvajemente tras su caída. Las pirámides escalonadas de los nobles se habían ahorrado los peores estragos, pero las zonas poderosas de la ciudad habían sufrido oleadas de saqueos y asesinatos en cuanto los esclavos se alzaron y las hordas hambrientas que la habían seguido desde Yunkay y Astapor entraron corriendo por las puertas rotas. Sus Inmaculados habían conseguido restaurar el orden, pero los saqueos habían dejado una plaga de problemas tras su estela, y nadie estaba seguro de qué leyes aún eran válidas. Y venían a ver a la reina.

Vino una vieja mujer rica, cuyo marido e hijos habían muerto defendiendo los muros de la ciudad. Se había trasladado a casa de su hermano por miedo. Luego, cuando volvió, se encontró con que su casa se había convertido en un burdel. Las putas se habían adornado con sus joyas y sus vestidos. Quería que le devolviesen su casa, y sus joyas.

-Pueden quedarse las ropas -concedió. Dany le devolvió las joyas, pero decretó que la casa había

quedado abandonada cuando la abandonó.

Vino un antiguo esclavo, para acusar a cierto noble de los Zhak. El hombre acababa de casarse con una liberta que había sido la esclava de cama de un noble antes de que la ciudad cayese. El noble había tomado su virginidad, la había usado a placer y la había dejado embarazada. El nuevo marido quería que el noble fuese castrado por el crimen de violación, y también una bolsa de oro para poder criar al bastardo del noble como su propio hijo. Dany le concedió el oro, pero no la castración.

-Cuando se acostó con ella, vuestra mujer era su propiedad y podía hacer con ella lo que quisiera. Por ley, no hubo violación.

Su decisión no lo satisfizo, pudo verlo, pero si castraba a todos los hombres que habían forzado a esclavas de cama, reinaría sobre una ciudad de eunucos.

Vino un muchacho, más joven que Dany, delgado y con cicatrices, vestido en un tokar gris deshilachado arrastrando flecos plateados. Se le quebró la voz cuando explicó cómo dos de los esclavos de la casa de su padre se habían rebelado la noche que las puertas se rompieron. Uno había matado a su padre, el otro a su hermano mayor. Ambos violaron a su madre antes de matarla también. El muchacho había escapado sólo con la cicatriz de su rostro, pero uno de los asesinos aún vivía en la casa de su padre, y el otro se había unido a los soldados de la reina como uno de los Hombres de la Madre. Quería que ambos fuesen colgados.

Soy la reina de una ciudad construida sobre polvo y muerte. Dany no tuvo más opción que negárselo.

Había declarado un perdón general por todos los crímenes cometidos durante el saqueo. Tampoco castigaría a esclavos por rebelarse contra sus amos.

Cuando se lo dijo, el muchacho estuvo a punto de precipitarse sobre ella, pero el pie se le enredó en el tokar antes de que diese dos pasos, y quedó extendido sobre el mármol dorado. Belwas el Fuerte se lanzó sobre él. El eunuco enorme y moreno lo levantó hasta dejarlo arrodillado y lo sacudió como un mastín a una rata.

-Suficiente, Belwas -gritó Dany-. Suéltalo. -Al muchacho, le dijo-: Atesora ese tokar, porque te ha salvado la vida. Si nos hubieses tocado en tu rabia, habrías perdido la mano. Eres sólo un muchacho, así que olvidaremos lo que ha sucedido aquí. Mejor que hagas lo mismo. -Pero mientras se marchaba, el muchacho se giró y cuando Dany le vio los ojos pensó, la arpía tiene otro hijo.

El día fue avanzando lentamente, tedioso o terrorífico por momentos. A mediodía, Daenerys sentía el peso de la corona sobre su cabeza y la dureza del banco. Con tantos aún esperando, no paró para comer. En vez de eso, envió a Jhiqui a las cocinas a por un plato de pan, olivas, higos y queso. Los mordisqueó mientras escuchaba, y daba sorbos de una copa de vino aguado. Los higos estaban buenos, las olivas incluso mejores, pero el vino le dejó un regusto metálico en la boca. Las uvas pequeñas, amarillas y pálidas de esas regiones producían un vino de calidad notablemente inferior.

No tendremos comercio de vino, supo Dany mientras bebía. Además, los Grandes Amos habían quemado las mejores cepas junto con las oliveras.

Por la tarde un famoso escultor afeitado se presentó ante ella, pidiendo permiso para reemplazar la cabeza de la gran arpía de bronce de la Plaza de la Purificación por una hecha a imagen de Dany. Se lo denegó con tanta cortesía como pudo reunir, intentando no estremecerse. Habían capturado un pez de tamaño sin precedente en el Skahazadhan, y el pescador que lo capturó quería entregarlo a la

reina. Admiró el pez de forma extravagante, recompensó al pescador con una gran bolsa de plata y envió el pez a las cocinas. Un joven herrero del cobre le había confeccionado un traje dorado de anillos pulidos para vestir en la guerra. Lo aceptó con un agradecimiento exagerado; era maravilloso para tenerlo, y todo ese bronce pulido seguramente luciría precioso al sol, aunque si la amenazaba alguna batalla preferiría ir vestida de acero. Hasta una niña pequeña que no sabía nada de la guerra sabía eso.

Las sandalias que le había enviado el Rey Carnicero ya se habían vuelto incómodas. Dany se las quitó y se sentó con un pie desnudo doblado bajo ella y el otro balanceándose adelante y atrás. No era una postura muy majestuosa, lo sabía, pero estaba cansada de ser majestuosa. La corona le había provocado dolor de cabeza, y las nalgas se le estaban empezando a dormir.

-Ser Barristan -lo llamó-, ya sé qué cualidad un rey necesita por encima de todo.

-¿Coraje? -dijo el viejo hombre. -No -bromeó ella-, nalgas de hierro. Todo lo que hago es sentarme.

-Su Alteza se encarga de demasiado. Deberíais dejar a vuestros consejeros llevar algunas de vuestras cargas.

-Tengo demasiados consejeros y demasiadas pocas almohadas. -Dany se giró hacia Reznak-. ¿Cuántos más?

-Veintitrés, si complace a su Magnificencia. Con sendas peticiones. -El senescal consultó algunos papeles-. Un ternero y tres cabras. El resto serán ovejas o corderos, no hay duda.

-Veintitrés -repitió Dany, incrédula-. Mis dragones han desarrollado un prodigioso gusto por el ganado desde que empezamos a pagar a los pastores lo que les comían. ¿Sus peticiones han sido comprobadas?

Algunos hombres han traído huesos quemados.

-Los hombres hacen fuego -apuntó Dany-. Los hombres comen ovejas. Huesos quemados no significan nada. Ben Plumm el Moreno dice que aún hay lobos rojos en las montañas de fuera de la ciudad, y chacales y perros salvajes. ¿Debemos pagar por cada cordero que se pierda entre Yunkai y el Skahazadhan?

-No, Magnificencia. -Hizo otra reverencia, ésta más profunda-. ¿Debo enviar a estos granujas fuera, o queréis que sean azotados?

-¿Azotados? -Daenerys rebulló en su asiento. El ébano se notaba duro bajo ella-. Ningún hombre debe temer venir a verme. Pagadles. -Algunas de las peticiones eran falsas, no lo dudaba, pero seguramente más eran auténticas. Sus dragones se habían vuelto demasiado grandes para alimentarse de ratas y perros y gatos, como antes hacían. Mientras más coman más crecerán, la había advertido ser Barristan, y mientras más crezcan, más necesitarán comer. Sobre todo Drogon, que era el que iba más lejos a cazar, y Dany no dudaba que devorase una oveja por día-. Pagadles por el valor de sus animales -le dijo a Reznak-, pero de ahora en adelante cualquier peticionario debe presentarse en el Templo de las Gracias y hacer un juramento sagrado ante los dioses de Ghis.

-Así se hará -Reznak se giró para encararse a los peticionarios que quedaban-. Su Magnificencia la Reina ha concedido compensaros por cada animal que hayaís perdido -les dijo en la lengua Ghiscaria, la única lengua que la mayoría de ellos entendía-. Presentaos a mis ayudantes por la mañana y os pagarán en moneda o especias, como prefiráis.

El anuncio fue recibido con un hosco silencio. Tendrían que estar contentos, pensó Dany, preocupada.

Tienen lo que han venido a buscar. ¿No hay manera de contentar a esta gente?

Un hombre se quedó detrás mientras el resto se iban; un hombre rechoncho con el rostro curtido y pobremente vestido. Su pelo era un casco rojo y negro de alambre corto sobre sus orejas, y en una mano llevaba un saco hecho de un mantel ruinoso. Se quedó con la cabeza gacha, mirando el suelo de mármol como si hubiese olvidado dónde estaba. ¿Y éste qué quiere?, se preguntó Dany frunciendo el ceño.

-Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La Que No Arde, Reina de Mereen, Reina de los Ándalos y los Rhoynar y los Primeros Hombres, Khaleesi del Gran Mar de Hierba, Liberadora de Grilletes y Madre de Dragones -clamó Missandei en su potente dulce voz.

El tokar de Dany empezó a deslizarse. Lo cogió y lo puso en su lugar.

-Tú, el del saco -gritó-, ¿deseas hablar con nosotros? Puedes acercarte.

Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban rojos y ásperos, como irritados. Dany entrevió a ser Barristan acercándose, una sombra blanca a su lado. El hombre se acercó arrastrando los pies, un paso, luego otro, arrastrando su saco. ¿Está enfermo o borracho?, se preguntó. Tenía suciedad bajo las uñas amarillentas y agrietadas.

-¿Qué es? -le preguntó-. ¿Tienes alguna queja que presentar, alguna petición? ¿Qué deseas de nosotros?

Se lamió los labios resecos, nervioso.

-He... he traído...

-¿Huesos? -dijo ella, impaciente-. ¿Huesos quemados?

Levantó el saco y desparramó el contenido sobre el mármol.

Eran huesos, huesos rotos y ennegrecidos. Los más largos los habían partido en busca del tuétano.

-Fue el negro -dijo el hombre en un áspero rugido ghiscario- La sombra negra. Bajó del cielo y... y... Rhaegal, pensó Dany. No, no, oh no.

-¿Eres sordo, idiota? -le gritó Reznak mo Reznak- ¿No has oído mi proclama? Acude a mis ayudantes por la mañana y te pagarán por tu oveja.

-Reznak -dijo ser Barristan con voz ronca-, cierra la boca y abre los ojos. Esos no son los huesos de una oveja.

No, pensó Dany, son los huesos de un niño.

3. JON

El lobo blanco avanzaba por un bosque negro, bajo un acantilado alto como el cielo. La luna corría con él, escondiéndose entre una maraña de ramas desnudas a lo alto, a través del cielo estrellado.

—Nieve —susurró la luna. El lobo no respondió. La nieve crujía bajo sus zarpas, el viento susurraba entre los árboles.

Y a lo lejos podía oír a sus compañeros de camada llamándolo, de igual a igual. También estaban cazando. Una lluvia salvaje caía sobre su hermano negro mientras desgarraba la carne de un macho cabrío enorme, lavándole la sangre del costado, donde el largo cuerno del macho lo había herido. En otro lugar, su hermana pequeña levantaba la cabeza aullando a la luna y un millar de primos grises y pequeños detenían su caza para aullar con ella. Las colinas allí eran más cálidas y llenas de ganado. A menudo la manada de su hermana se atiborraba con la carne de ovejas y vacas y caballos, las presas del hombre, y a veces hasta con la carne del propio hombre.

—Nieve—la luna llamó de nuevo. El lobo blanco siguió un camino abierto por el hombre bajo el acantilado de hielo. Tenía en la boca sabor a sangre y en sus orejas sonaba la canción de un centenar de primos. Al principio eran seis, cinco gimoteando ciegos en la nieve junto al cadáver de la madre, chupando leche fría de los pezones duros y muertos y él gateaba solo . Quedaban cuatro... y uno el lobo blanco no lo podía sentir.

—Nieve—insistió la luna.

El lobo blanco huyó de ella, corriendo hacia la caverna de noche donde el sol se había escondido, el aliento congelándose en el aire. En las noches sin estrellas el enorme acantilado era negro como la piedra, una alta torre de oscuridad a lo alto del ancho mundo, pero cuando salía la luna relucía pálido y helado como un arroyo helado. El pelaje del lobo era espeso y enmarañado, pero cuando el viento soplaba desde el hielo no había piel que pudiese alejar el frío. Y el lobo sentía que en el otro lado el viento era aún más frío. Allí estaba su hermano, el hermano gris que olía a verano.

—Nieve—un carámbano cayó de una rama. El lobo blanco se giró hacia el sonido y le enseñó los dientes. —¡Nieve! — El pelaje se le erizó cuando el bosque se disolvió a su alrededor. —Nieve nieve nieve. — Escuchó un batir de alas. Un cuervo voló a través de la penumbra.

Se posó en el pecho de Jon con un chirrido de sus garras.

—¡Nieve!—le gritó en la cara.

—Te oigo.— La habitación estaba en penumbra, el camastro duro. Una luz grisácea se filtraba por los postigos con la promesa de otro lóbrego día frío. —¿Así es como despertabas a Mormont? Quítame las plumas de la cara.— Jon sacó un brazo de debajo de las mantas para espantar al cuervo. Era un pájaro grande, viejo, osado y desaliñado que ya no le tenía miedo. —Nieve—graznó, aleteando hacia el poste de la cama—. Nieve, nieve.— Jon le lanzó una almohada, pero el cuervo se puso a volar. La almohada chocó contra la pared y se reventó, esparciendo el relleno por todas partes justo cuando Edd el Penas asomaba la cabeza por la puerta. —Con permiso—dijo el mayordomo, ignorando el aleteo de las plumas—, ¿desea mi señor que le traiga algo para desayunar?

—Maíz—graznó el cuervo—. Maíz, maíz.

—Cuervo asado — sugirió Jon, —Y media pinta de cerveza. — Tener un camarero que le sirva y

traiga para él se hacía extraño; hace no tanto, él hubiera preparado el desayuno para el Lord Comandante Mormont.

—Tres de maíz y un cuervo asado—dijo Edd el penas—. Muy bien, mi señor, sólo que esta mañana Hobb ha preparado huevos hervidos, morcilla y manzanas rellenas con ciruelas. Las manzanas rellenas con ciruelas son excelentes, excepto por las ciruelas. Yo nunca como ciruelas. Bueno, hubo una vez en que Hobb las picó con nueces y zanahorias y las escondió en una gallina. Nunca confiéis en un cocinero, mi señor. Os ciruelarán cuando menos lo esperéis.

—Luego.—El desayuno podía esperar; Stannis no.— ¿Algún problema en los calabozos esta noche?

—No desde que pusisteis guardias a los guardias, mi señor.

—Bien.

Habían situado a un millar de salvajes más allá del Muro, los prisioneros que Stannis Baratheon había tomado cuando sus caballeros aplastaron a la hueste de Mance Ryder. Muchos de los prisiones eran mujeres, y algunos de los guardas habían estado sacándolas a hurtadillas para que les calentasen el lecho. Hombres del rey, hombres de la reina, no importaba la diferencia; algunos hermanos negros habían intentado lo mismo. Los hombres eran hombres, y ésas eran las únicas mujeres en un millar de leguas.

—Dos salvajes más han venido para rendirse —siguió Edd—. Una madre con una niña subida a sus faldas. También llevaba un niño envuelto en pieles, pero estaba muerto.

—Muerto—dijo el cuervo del Viejo Oso. Era una de sus palabras preferidas.— Muerto, muerto, muerto.

Casi cada noche venía gente del pueblo libre, criaturas hambrientas y medio heladas que habían huido del combate bajo el Muro sólo para darse cuenta de que no tenían lugar al que huir. —¿Se interrogó a la madre? —preguntó Jon. Stannis Baratheon había esparcido la hueste de Mance Rayder en trozos y capturado al Rey-más-allá-del-Muro... pero los salvajes aún estaban ahí fuera, el Llorón y Tormund Matagigantes y miles más.

—Sí, mi señor —dijo Edd—, pero todo lo que sabe es que huyó durante la batalla y que luego se escondió en los bosques. La llenamos de gachas y la enviamos a los corrales, y quemamos al crío.

Quemar niños muertos había dejado de preocupar a Jon Nieve; los vivos eran otro tema. Dos reyes para levantar al dragón, recordó. Primero el padre y luego el hijo, así ambos morirían siendo reyes. Uno de los hombres de la reina había murmurado esas palabras mientras el Maestre Aemon le limpiaba las heridas tras la batalla. Jon había tratado de
desecharlas como delirios de fiebre. Aemón le objetó. —Hay poder en la sangre de un rey, Jon—le avisó—, y hombres mejores que Stannis han hecho cosas peores. "Puede que el rey fuese duro e incapaz de perdonar, sí, pero ¿un bebé que aún mamaba? Sólo un monstruo arrojaría a un niño vivo a las llamas."

Meó en la oscuridad, llenando la escudilla mientras el cuervo del Viejo Oso mascullaba quejas. Los sueños de lobo se habían vuelto más fuertes, y Jon se encontraba recordándolos incluso despierto. Fantasma sabía que Viento Gris estaba muerto. Robb había muerto en Los Gemelos, traicionado por hombres a los que consideraba amigos, y Viento Gris había muerto con él. Bran y Rickon también habían sido asesinados, decapitados por ese cambiacapas de Theon Greyjoy... pero si los sueños no

mentían,
sus lobos huargo habían escapado. En Cruce de la Reina, uno había salido de la oscuridad y le había salvado la vida a Jon. Verano, debía de ser. Su pelaje es gris, y el de Peludo es negro. Se preguntó si alguna parte de sus hermanos muertos viviría aún en sus lobos.

Jon llenó la pila con el jarrón de agua que había junto a la cama, se lavó la cara y las manos, se puso un conjunto de prendas de lana negras, se abrochó un chaleco negro y se puso un par de botas de buena calidad. El cuervo de Mormont miraba con ojos negros y atentos, luego revoloteó hasta la ventada.

—¿Te crees que soy tu esclavo?—le preguntó Jon. Cuando abrió la ventana, con los gruesos paneles de cristal amarillo en forma de diamantes, el frío de la mañana le golpeó en la cara. Respiró hondo para quitarse las telarañas de la noche mientras el cuervo
aleteaba. "El pájaro es demasiado listo". Había sido el compañero del Viejo Oso durante muchos años, pero eso no le había impedido comerse la cara de Mormont cuando murió.

Fuera de su dormitorio un tramo de escalones descendía a una habitación mayor amueblada con madera de pino marcada y una docena de sillas de roble y cuero. Con Stannis en la Torre del Rey y la Torre del Comandante quemada hasta los cimientos, Jon se había establecido en las modestas habitaciones de Donal Noye tras la armería. No hay duda de que necesitaría unos aposentos más grandes, pero por el momento esos servirían mientras se acostumbraba al mando.
El pergamino que el rey le había traído para que lo firmase estaba en la mesa bajo una copa de plata que había pertenecido a Donal Noye. El herrero de un solo brazo había dejado pocos efectos personales: la copa, seis peniques y una estrella de cobre, un broche de níquel con el cierre roto y un brocado con el venado de Bastión de Tormentas que olía a humedad. "Sus herramientas habían sido su tesoro, y las espadas y cuchillos que hizo. Su vida estaba en la forja". Jon apartó la copa y leyó el pergamino de nuevo. "Si pongo mi sello en él, siempre seré recordado como el Lord Comandante que entregó el Muro, pensó, pero si me niego..."

Stannis Barathen se estaba convirtiendo en un huésped irritable, y además incansable. Había cabalgado por el Camino Real al menos hasta Corona de la Reina, merodeado por los cobertizos vacíos de Mole's Town, inspeccionado los castillos en ruinas de Puerta de la Reina y Escudo de Roble. Cada noche caminaba por lo alto del Muro con Lady Melisandre, y durante el día visitaba los calabozos escogiendo prisioneros para que la mujer roja los interrogase. "No le gusta que le desafíen". No va a ser una mañana agradable, se temía Jon.

De la armería llegaba el estruendo de escudos y espadas mientras los últimos chavales y reclutas novatos se armaban. Podía oír la voz de Férreo Emmet diciéndoles que se diesen prisa. A Cotter Pyke no le había gustado perderlo, pero el joven explorador tenía un don para entrenar hombres. "Le encanta luchar, y hará que a esos chavales también les encante". O eso esperaba.

La capa de Jon colgaba de una clavija en la puerta, el cinturón de la espada de otra. Se abrochó las dos y salió de la armería. Vio que la alfombrilla sobre la que dormía Fantasma estaba vacía. Dos guardias permanecían junto a las puertas con capas negras, yelmos de hierro y lanzas en las manos.
—¿Desea mi señor una escolta? —preguntó Garse.

—Creo que puedo encontrar la Torre del Rey yo solo. Jon odiaba tener guardias siguiéndolo dondequiera que fuese. Lo hacía sentir como una madre pato dirigiendo una procesión de patitos.

Los chavales de Férreo Emmet se estaban entrenando cuando Jon salió, espadas romas golpeando escudos y repicando unas contra otras. Jon se detuvo para contemplar un momento mientras Caballo hacía retroceder a Brincos Robin hacía el pozo. Caballo tenía las maneras de un buen guerrero,

decidió. Era fuerte y se estaba volviendo más fuerte aún, y tenía el instinto afinado. Brincos Robin era otro tema. Su juego de pies ya era lo bastante malo, pero además tenía miedo de ser golpeado. “Tal vez podamos convertirlo en un mayordomo”. La batalla acabó de golpe, con Brincos Robin en el suelo.

—Buen combate—le dijo Jon a Caballo—, pero bajas demasiado el escudo cuando atacas. Más vale que lo corrijas, o hará que te maten.

—Sí, mi señor. Lo mantendré en alto la próxima vez. Caballo levantó a Brincos Robin y el muchacho hizo una tosca reverencia.
Unos cuantos caballeros de Stannis también se estaban entrenando al otro lado del campo. “Hombres del rey a un lado y hombres de la reina al otro”, se dio cuenta Jon, “pero sólo unos pocos. Hace demasiado frío para la mayoría de ellos”. Mientras Jon pasaba a su lado, una voz potente gritó tras él. —¡Muchacho! ¡Tú, ese de ahí! ¡Muchacho!

Muchacho no era lo peor que le habían dicho desde que fue elegido Lord Comandante. Lo ignoró.

—Nieve—insistió la voz—, Lord Comandante.

Esta vez se detuvo y se giró. —¿Ser?

El caballero le sacaba seis pulgadas [NdT: unos 15 cm]. —Un hombre que lleva acero valyriano debería usarlo para algo más que rascarse el culo.

Jon había visto a éste por el castillo: un caballero de gran renombre, según él mismo contaba. Durante la batalla bajo el Muro, Ser Godry Farring había matado a un gigante que huía, corriendo tras él a caballo y clavándole la lanza por la espalda, luego desmontando para cortar la cabeza lamentablemente pequeña de la criatura. Los hombres de la reina habían empezado a llamarlo Godry el Matagigantes.

Cada vez que lo oía, Jon recordaba a Ygrittete, gritando: “Soy el último de los gigantes”.—Uso Garra cuando tengo que hacerlo, ser.

—¿Cómo de bien, sin embargo? —Ser Godry desenvainó su propia espada.— Enséñamelo. Prometo no herirte, muchacho.

“Qué amable por tu parte”, pensó Jon. —Tal vez en otro momento. Me temo que debo atender otros asuntos ahora.

—Teméis. Eso lo veo. —Ser Godry miró a sus amigos sonriendo burlonamente—Se teme—repitió, para los más lentos.

—Si me excusáis —Jon le dio la espalda.

El Castillo Negro parecía un lugar lóbrego e inhóspito bajo la pálida luz del alba. Mi dominio, reflexionó tristemente Jon Nieve, tanto una ruina como una fortaleza. La Torre del Lord Comandante era un armazón, la Sala Común una pila de vigas ennegrecidas y la Torre de Hardin parecía a punto de ser derrumbada por la próxima ráfaga de viento... aunque lo había parecido durante muchos años. Tras ellas el Muro se elevaba enorme y pálido. Incluso a esta hora estaba atestado de hombres, constructores elevando una nueva escalera para unirla a lo que quedaba de la anterior. Othell Yarwyck había dado prioridad absoluta a la tarea, y trabajaban del alba al anochecer. Sin la escalera no había forma de alcanzar lo alto del Muro salvo por el cabestrante, y no serviría si

los salvajes atacaban de nuevo.

Por encima de la Torre del Rey, el gran estandarte dorado de batalla de la Casa Baratheon ondeaba como un látigo sobre el tejado donde Jon Nieve había merodeado con un arco en la mano no hacía demasiado, matando thennos y gente del pueblo libre junto a Seda y Deaf Dick Follard. Dos hombres de la reina permanecían temblando en los escalones, las manos metidas en las pecheras y las lanzas apoyadas sobre las puertas. —Esos guantes de ropa no os servirán—les dijo Jon—. Acudid a Bowen Marsh por la mañana y os dará a cada uno un par de guantes de cuero revestidos de piel.

—Lo haremos, mi señor, y gracias—dijo el mayor de los guardias.

—Eso si nuestras malditas manos no están congeladas—añadió el joven, su aliento una nube pálida —. Solía creer que hacía frío en las Marcas Dornianas. ¿Qué sabía yo?

“Nada”, pensó Jon, “igual que yo”.

A medio camino de los escalones encontró a Samwell Tarly, cabizbajo.

—¿Vienes de ver al Rey? —le preguntó Jon.

—El Maestre Aemon me envió con una carta—asintió Sam.

—Ya veo. —Algunos señores confiaban en sus maestres para leer las cartas y transmitirles las noticias, pero Stannis insistía en romper los sellos él mismo.— ¿Cómo se lo ha tomado Stannis?

—No estaba contento, por su cara. —Sam redujo la voz hasta un susurro.— Se supone que no debo hablar de ello.

—Entonces no lo hagas. —Jon se preguntó cuál de los hombres de su padre se habría negado a rendirle homenaje a Stannis esta vez. Se dio mucha prisa en hacer correr la voz cuando Karhold se declaró a su favor. —¿Cómo vais tú y tu arco?

—Encontré un buen libro sobre arquería—dijo el joven gordo—, pero hacerlo es más difícil. Me salen ampollas.

—Sigue con ello. Podríamos necesitar tu arco en el Muro si los Otros aparecen alguna noche oscura.

—Oh, espero que no—dijo Sam, estremeciéndose.

Jon encontró más guardias fuera del solar del rey. —No se permiten armas en presencia de Su Majestad, mi señor—dijo su sargento—. Necesito que me deis esa espada. También vuestras dagas.Jon sabía que no serviría de nada protestar. Les dio sus armas.

Dentro del solar el ambiente era más cálido. Lady Melisandre estaba sentada junto al fuego, su rubí brillando sobre la pálida piel de la garganta. Ygritte había sido besada por el fuego; la sacerdotisa roja era fuego, y su pelo sangre y llama. Stannis permanecía tras la basta mesa de piedra donde el Viejo Oso acostumbraba a sentarse para comer. Un mapa grande del norte pintado sobre un trozo de cuero arrugado cubría la mesa. Una vela de sebo sostenía una de sus puntas, un guantelete de acero la otra.

El rey vestía pantalones de montar de lana de cordero y un jubón acolchado, aunque de algún modo parecía tan rígido e incómodo como si llevase placas y cota de malla. Su piel era cuero pálido, su barba rasurada tan corta que parecía pintada. Todo lo que quedaba de su pelo negro era un flequillo sobre las sienes . En las manos tenía un pergamino con un sello roto de cera verde oscura.

Jon se arrodilló. El rey frunció el ceño ante él y arrugó el pergamino con ira. —Alzaos. Decidme, ¿quién es Lyanna Mormont?

—Una de las hijas de Lady Maege. Señor. La más joven. La llamaron así por la hermana de mi padre.

—Para ganarse el favor de vuestro padre, no lo dudo. ¿Cuántos años tiene esa maldita criatura?

Jon tuvo que pensarlo unos instantes. —Diez. O lo bastante cerca como para que no importe. ¿Puedo saber cómo os ha ofendido, Su Majestad?

Stannis leyó de la carta:
—"La Isla del oso no conoce a ningún rey salvo el Rey del Norte, cuyo nombre es Stark." Una niña de diez años, decís, y presume de regañar a su legítimo rey. —Su barba tan rasurada parecía una sombra sobre sus mejillas.— Aseguraos de mantener esta corriente en silencio, Lord Nieve. Karhold está conmigo, eso es todo lo que la gente necesita saber. No quiero que vuestros hermanos intercambien cuentos sobre cómo esta niña me escupe.

—Como ordenéis, señor.— Maege Mormont había cabalgado al sur con Robb, Jon lo sabía. Su hija mayor también se había unido a la hueste del Joven Lobo. Incluso aunque ambas hubiesen muerto, sin embargo, Lady Maege tenía otras hijas, más jóvenes que Dacey pero mayores que Lyanna. No entendía por qué era la más joven de las Mormont quien escribía a Stannis, y parte de él no podía evitar plantearse si la respuesta de la niña hubiese sido diferente si la carta hubiese llevado el sello del lobo huargo en vez del venado coronado, y firmada por Jon Stark, Lord de Invernalia. "Es demasiado tarde para esas dudas. Hiciste tu elección".

—Se han enviado dos cuervos—se quejó amargamente el rey—, pero no obtenemos otra respuesta que silencio y desafío. Rendir homenaje es el deber de todo siervo leal debe para su rey. Pero los abanderados de vuestro padre me dan la espalda, salvo los Karstark. ¿Es Arnold Karstark el único hombre de honor en el norte?

Arnold Karstark era el tío del difunto Lord Rickard. Había sido nombrado castellano de Karhold cuando su sobrino y sus hijos fueron al sur con Robb, y había sido el primero en enviar un cuervo en respuesta a la petición de pleitesía de Stannis, declarando su alianza. Los Karstark no tenían otra opción, podía haber señalado Jon. Lord Rickard Karstark había traicionado al lobo huargo y derramado la sangre de los leones. El venado era la única esperanza de Karhold, y Stannis lo sabía tan bien como Jon. —En tiempos tan confusos como éstos incluso los hombres de honor deben plantearse dónde está su deber. —le dijo al rey—. Su Majestad no es el único rey que pide obediencia.

—Decidme, Lord Nieve —dijo Lady Melisandre—, ¿dónde estaban esos otros reyes mientras los salvajes asediaban vuestro Muro?

—A un millar de leguas de aquí, y sordos a nuestra necesidad. No he olvidado eso. Ni lo haré. —Pero los vasallos de mi padre tienen esposas e hijos que proteger, y un pueblo que morirá si se equivocan al escoger. Les pedís demasiado, señor. Dadles tiempo, y tendréis sus respuestas.

—¿Respuestas como ésta? —Stannis arrugó la carta de Lyanna en su puño.

—Hasta en el norte los hombre temen la ira de Tywin Lannister—dijo Jon—. Los Bolton también son un terrible enemigo. No es casualidad que dibujasen un hombre desollado en su estandarte. El norte cabalgó con Robb, sangró con él, murió por él. Han comido pena y muerte, y ahora llegáis vos a ofrecerles otro plato. ¿Los culpáis porque se echen atrás? Perdonadme, Alteza, pero algunos os mirarán y sólo verán otro maldito pretendiente.

—Si Su Majestad está condenado, vuestro reino también lo está —dijo Lady Melisandre—. Recordadlo, Lord Nieve. Es el único rey verdadero de Poniente quien se alza ante vos.

Jon convirtió su cara en una máscara. —Como digáis, mi señora.

—Gastáis vuestras palabras como si cada una fuese un dragón dorado—resopló Stannis—. Me pregunto cuánto oro os queda.

—¿Oro? —Son ésos los dragones que la mujer roja pretende invocar? ¿Dragones de oro?—Los impuestos que recaudamos son en especies, Su Majestad. La Guardia es rica en nabos, pero pobre en monedas.

—Los nabos no contentarán a Salladhor Saan. Necesito oro o plata.
—Para eso necesitáis Puerto Blanco. La ciudad no puede compararse con Ciudadela o Desembarco del Rey, pero aun así es un puerto próspero. Lord Manderly es el más rico de los abanderados de mi padre.

—Lord-demasiado-gordo-para-montar-a-caballo.—La carta que Lord Wyman Manderly había enviado desde Puerto Blanco hablaba de su edad y su dolencia, y poco más. Stannis le había ordenado a Jon que tampoco hablase de eso.

—Tal vez al señor le apetecería como esposa una mujer salvaje —sugirió Lady Melisandre—. ¿Este hombre gordo está casado, Lord Nieve?

—Hace tiempo que su esposa murió. Lord Wyman tiene dos hijos adultos, y nietos por parte del mayor. Y está demasiado gordo para montar a caballo, treinta piedras al menos. [NdT: algo más de 190 kg] Val nunca lo tomará.

—Sólo por una vez podríais intentar darme una respuesta que me satisfaga, Lord Nieve—refunfuñó el rey.

—Espero que la verdad os satisfaga, señor. Vuestros hombres llaman a Val princesa, pero para el pueblo libre es sólo la hermana de la esposa muerta de su rey. Si la obligáis a casarse con un hombre que no le gusta probablemente le cortará la garganta en su noche de bodas, pero aunque acepte a su marido, eso no significa que los salvajes vayan a seguirle, o a vos. El único hombre que puede atarlos a vuestra causa es Mance Rayder.

—Eso ya lo sé—dijo Stannis con tristeza—. He pasado mucho rato hablando con ese hombre. Sabe mucho de nuestro verdadero enemigo, y hay fuerza en él, os lo aseguro. Aunque renunciase a su reinado, sin embargo, el hombre sigue siendo un perjuro. Si permito que un desertor viva, incitará a otros a desertar. No. Las leyes deben estar hechos de hierro, no de pudin. La vida de Mance Rayder está condenada por cada ley de los Siete Reinos.

—La ley termina en el Muro, Su Majestad. Podrías utilizar a Mance.

—Lo haré. Lo quemaré y mostraré al norte cómo trato a los cambiacapas y a los traidores. Tengo a otros hombres para dirigir a los salvajes. Y tengo al hijo de Rayder, no lo olvidéis. Cuando el padre muera, su cachorro será el Rey-más-allá-del-Muro.

—Su Majestad está en un error. —No sabes nada, Jon Nieve, solía decir Ygritte, pero había aprendido.— El bebé no es más príncipe que Val princesa. Uno no se convierte en Rey-más-allá-del-Muro porque su padre lo haya sido.

—Bien—dijo Stannis—, porque no voy a soportar otros reyes en Poniente.. ¿Has
firmado la petición?

Y ahora llegaba. Jon cerró sus dedos quemados y los abrió de nuevo. —No, Majestad. Pedís demasiado.

—¿Pedir? Os pedí que fueses Lord de Invernalia y Guardián del Norte. Os exijo esos castillos.

—Os hemos cedido el Fuerte de la Noche—dijo Jon Nieve.

—Ratas y ruinas. Es un regalo de pordiosero que no le cuesta nada a quien lo da. Vuestro propio hombre Yarwick dice que no se podrá vivir en el castillo antes de medio año.

—Los otros castillos no están mejor.—Lo sé. No importa. Son todo lo que tenemos. Hay diecinueve a lo largo del Muro, y sólo tenéis hombres en tres de ellos. Quiero tenerlos todos guarnecidos de nuevo antes de que se acabe el año. —No discrepo en eso, señor, pero también se comenta que pretendéis conceder esos castillos a vuestros caballeros y señores, para que sean sus propias sedes como vasallos de Su Majestad.

—Se espera de los reyes que sean generosos con sus seguidores. ¿Acaso no le enseñó Lord Eddard nada a su bastardo? Muchos de mis caballeros y señores han abandonado tierras ricas y castillos fuertes en el sur. ¿Su lealtad no debe ser recompensada?

—Si Su Alteza desea perder a todos los vasallos de mi padre, no hay mejor modo que entregando sedes norteñas a señores del sur.

—¿Cómo puedo perder hombres que no tengo? Intenté otorgarle Invernalia a un norteño, tal vez lo recordéis. Un hijo de Eddard Stark. Me lanzó esa oferta a la cara. Stannis Baratheon ante una afrenta era como un mastín ante un hueso: lo roía hasta las astillas.

—Por derecho Invernalia le pertenece a mi hermana Sansa.

—¿Lady Lannister, queréis decir? ¿Tan ansioso estáis de ver al Gnomo sentarse en el trono de vuestro padre? —No—dijo Jon. —Bien. No sucederá mientras yo viva, Lord Nieve.

Jon sabía que no debía insistir en ese punto. —Señor, algunos afirman que queréis conceder tierras y castillos a Casaca de Matraca y al Magnar de Thenn.

—¿Quién os ha dicho eso?

—¿Importa? —El rumor corría por todo el Castillo Negro. —Si queréis saberlo, oí la historia de Gilly.

—¿Quién es Gilly?—exigió saber el rey.

—La nodriza—dijo Lady Melisandre—. Su Majestad le concedió libertad dentro del castillo.
—No para esparcir rumores. Necesitamos sus tetas, no su lengua. Obtendré más leche de ella y menos mensajes.

—El Castillo Negro no necesita bocas inútiles—Jon estuvo de acuerdo—. Voy a enviar a Gilly al sur con el siguiente barco que parta de Guardaoriente.

Melisandre tocó el rubí de su cuello. —Gilly da de mamar tanto al hijo de Dalla como al suyo. Parece una crueldad por vuestra parte que queráis separar a nuestro pequeño príncipe de su hermano de leche, mi señor.

"Con cuidado ahora, con cuidado". —La leche materna es todo lo que comparten. El hijo de Gilly es mayor y más robusto. Patea al príncipe y lo pellizca y lo empuja fura de la cuna. Su padre era Craster, un hombre cruel y avaricioso, y lleva su sangre.

Stannis estaba confundido. —Me dijeron que la nodriza era la esposa de ese tal Craster.

—Esposa e hija, ambas. Craster se casaba con todas sus hijas. El hijo de Gilly es el fruto de esa unión.

—¿Su propio padre le hizo un hijo? Nos libraremos de él, entonces. No toleraré esas abominaciones. Esto no es Desembarco del Rey.

—Puedo encontrar otra nodriza. Si no hay ninguna entre los salvajes, enviaré a buscarla a los clanes de la montaña. Hasta entonces, la leche de cabra bastará para el niño, si eso satisface a Su Majestad.

—Una comida pobre para un príncipe... pero mejor que la leche de una puta, sí.—Stannis tamborileó los dedos sobre el mapa.—Si podemos volver al tema de los castillos...

—Alteza—dijo Jon con gélida cortesía—, he acogido a vuestros hombres y los he alimentado a costa de nuestras reservas de invierno. Los he vestido para que no se congelen.

Stannis no se apaciguó. —Sí, habéis compartido la sal y el cerdo y las gachas, y nos habéis arrojado algunos harapos negros para calentarnos. Harapos que los salvajes habrían arrancado de vuestros cadáveres si no hubiese venido al norte.

Jon ignoró eso. —Os he dado forraje para vuestros caballos, y cuando la escalera esté terminada os prestaré constructores para que restauren el Castillo de la Noche. Incluso he accedido a que asentéis salvajes en el Agasajo, que fue entregado a la Guardia de la Noche a perpetuidad.

—Me ofrecéis tierras vacías y desoladas, pero me denegáis los castillos que necesito para recompensar a mis señores y vasallos.
—La Guardia de la Noche construyó esos castillos...

—Y la Guardia de la Noche los abandonó.

—...para defender el Muro—terminó Jon tercamente—, no como sedes para salvajes y señores sureños. El mortero para las piedras de esos castillos fue la sangre y los huesos de mis hermanos, muertos tiempo atrás. No puedo entregároslos.

—¿No podéis o no queréis?—Los cordones en el cuello del rey colgaban afilados como espadas.—Y pensar que os ofrecí un nombre.

—Tengo un nombre, Alteza.

—Nieve. ¿Hubo alguna vez un nombre con peores presagios?—Stannis se tocó la empuñadura de la espada.—¿Quién os creéis que sois?

—El guardián sobre los muros. La espada en la oscuridad.

—No me sermoneéis con vuestros votos.—Stannis sacó la espada que llamaba Portadora de la Luz.— Aquí tenéis la espada en la oscuridad.—La luz ondeó arriba y abajo por la hoja, ora roja, ora amarilla, ora naranja, pintando el rostro del rey con azules brillantes y ásperos.—Incluso un muchacho verde debería poder ver eso. ¿Estáis ciego?

—No, señor. Estoy de acuerdo en que los castillos deben ser guarnecidos...

—El niño comandante está de acuerdo. Qué afortunado.

—...por la Guardia de la Noche—terminó Jon.

—No tenéis hombres suficientes.

—Entonces dádmelos, señor. Os proporcionaré oficiales para cada uno de los castillos abandonados junto con hombres que conocen el muro y las tierras de más allá, que saben cómo sobrevivir al invierno que se acerca. A cambio de todo lo que os hemos dado, concededme hombres para llenar guarniciones. Hombres de armas, arqueros, novatos. Aceptaré incluso a los heridos y enfermos.

Stannis lo miró con incredulidad, luego soltó un estallido de risa. —Sois valiente, Nieve, lo admito, pero estáis loco si creéis que mis hombre vestirán el negro.

—Pueden vestir capas del color que quieran mientras obedezcan a mis oficiales como lo harían con los vuestros.

El rey se mantuvo impasible. —Tengo caballeros y señores a mi servicio, vástagos de casas nobles y antiguas. No podéis pretender que sirvan junto a cazadores furtivos, campesinos y asesinos.

—¿O bastardos, señor?—Vuestra propia Mano es un contrabandista.

—Era un contrabandista. Le acorté los dedos por eso. Me han dicho que sois el novecientos noventa y ocho comandante de la Guardia de la Noche, Lord Nieve. Me pregunto qué diría el novecientos noventa y nueve sobre esos castillos. La visión de vuestra cabeza en una pica puede inducirle a ser más servicial. —El rey dejó su brillante espada sobre el mapa, a lo largo del Muro, el acero rielando como rayos del sol sobre el agua.—Sólo sois Lord Comandante porque lo permito. Haríais bien en recordarlo.

—Soy el Lord Comandante porque mis hermanos me escogieron.— Había mañanas en las que Jon Snow no se lo creía ni él mismo, cuando despertaba pensando que todo era un sueño loco. “Es como ponerse ropa nueva”, le dijo Sam. “Te sientes extraño al principio, pero una vez las calientas por un tiempo, te sientes agusto”.

—Alliser Thorne se queja por la forma en que fuisteis elegido, y no puedo decir que no

tenga razones.— El mapa estaba entre ellos como un campo de batalla, empapándose de los colores de la brillante espada —El recuento lo hizo un hombre ciego con vuestro gordo amigo a su lado. Y Slynt os llama cambiacapas.

"¿Y quién reconocería a uno mejor que Slynt?" —Un cambiacapas os diría lo que deseáis oír y luego os traicionaría. Su Majestad sabe que fui elegido legalmente. Mi padre siempre dijo que erais un hombre justo.—Justo pero severo, fueron las palabras exactas de Lord Eddard, pero Jon no consideraba que fuese sabio compartirlas ahora.

—Lord Eddard no era mi amigo, pero no le faltaba cierto sentido común—dijo Stannis—. Él me hubiese dado esos castillos.

"Nunca". —No puedo decir qué habría hecho mi padre. Hice un juramente, Alteza. El Muro es mio.

—Por ahora. Ya veremos cómo lo mantienes.—Stannis lo señaló—. Quedaos vuestras ruinas, ya que significan tanto para vos. Os prometo, sin embargo, que si alguna permanece vacía cuando se acabe el año, las tomaré con o sin vuestro permiso. Y si una sola de ellas cae ante el enemigo, vuestra cabeza la seguirá pronto. Ahora marchaos.

Lady Melisandre se levantó de su lugar junto a la chimenea. —Con vuestro permiso, señor, acompañaré a Lord Nieve de vuelta a sus estancias.

—¿Por qué? Conoce el camino.—Stannis les hizo un gesto de rechazo con la mano—. Haced lo que queráis. Devan, comida. Huevos hervidos y limonada.

Tras la calidez del solar del rey, el frío de la escalera calaba hasta los huesos. —Se está levantando viento, mi señora—el sargento advirtió a Melisandre mientras le devolvía las armas a Jon—. Podrías necesitar una capa más cálida.

—Mi fe me calienta.—La mujer roja bajó los escalones junto a Jon.—Su Majestad os está cogiendo cariño.

—Ya lo he notado. Sólo ha amenazado con decapitarme dos veces.

Melisandre rió. —Son sus silencios lo que debéis temer, no sus palabras. Mientras salían al patio, el viento hizo ondear la capa de Jon y la lanzó sobre ella. La sacerdotisa roja apartó la lana negra a un lado y deslizó su brazo con él de él.—Puede que no os equivoquéis sobre el rey salvaje. Miraré entre las llamas y rezaré para que el Señor de la Luz me guíe. Mis fuegos me muestran mucho, Jon Nieve. Puedo ver a través de la piedra y la tierra, y hallar la verdad en la oscuridad de las almas de los hombres. Puedo hablar con reyes que murieron hace tiempo y con niños que aún no han nacido, y contemplar como un parpadeo el paso de los años y las estaciones hasta el final de los días.

—¿Vuestros fuegos nunca se equivocan?

—Nunca... aunque los sacerdotes somos mortales y a veces confundimos lo que debe suceder con lo que puede suceder.

Jon notaba su calor, incluso a través de la lana y el cuero. La visión de ellos cogidos del brazo atraía miradas curiosas. "Habría susurros en las barracas por la noche". —Si de veras podéis ver el porvenir en vuestras llamas, decidme cuándo y dónde será el siguiente ataque de los salvaje—dijo, liberándose de su brazo.

—R'hllor nos envía las visiones que quiere, pero buscaré a ese tal Tormund en las llamas—los labios rojos de Melisandre se curvaron en una sonrisa—. Os he visto en mis fuegos, Jon Nieve.

—¿Es una amenaza, mi señora? ¿También pretendéis quemarme?

—Malinterpretáis mis palabras.—Se rió.—Me temo que os inquieto, Lord Nieve.

Jon no lo negó. —El Muro no es lugar para una mujer.

—Os equivocáis. He soñado con vuestro Muro, Jon Nieve. Grande fue la sabiduría que lo construyó, y grandes los hechizos encerrados bajo su hielo. Caminamos junto a uno de los ejes del mundo.— Melisandre miró hacia lo alto con ternura, su aliento una cálida nube húmeda en el aire. —Éste es mi lugar así como el vuestro; pronto tendréis gran necesidad de mi. No rechacéis mi amistad, Jon. Os he visto en la tormenta, rodeado, con enemigos a cada lado. Tenéis tanto enemigos. ¿Debo deciros sus nombres?

—Ya sé sus nombres.

—No estéis tan seguros.—El rubí en la garganta de Melisandre lanzó un destello rojo.—No debéis temer a los enemigos que os maldicen a la cara, sino a los que sonríen cuando miráis y afilan los cuchillos cuando les dais la espalda. Harías bien en mantener a vuestro lobo cerca. Veo hielo, y dagas en la oscuridad. Sangre helada roja y dura, y acero desnudo. Hacía mucho frío.

—Siempre hace frío en el Muro.

—¿Eso creéis?

—Lo sé, mi señora.

—Entonces no sabes nada, Jon Nieve—susurró.

4. BRAN

¿Ya llegamos? Bran nunca había dicho estas palabras en voz alta, pero con frecuencia aparecían en sus labios, cuando su compañía desigual atravesaba penosamente arboledas de robles viejos e imponentes centinelas gris verdoso, pasado los mustios pinos soldado y los desnudos árboles de color castaño. ¿Estamos cerca? se preguntaba el chico, mientras Hodor trepaba una ladera pedregosa, o descendía en alguna grieta oscura y montones de nieve sucia crujían bajo sus pies. "¿Falta mucho aún?" pensó, mientras el gran alce salpicaba a través de un riachuelo medio congelado. ¿Cuanto más? Hace mucho frió. ¿Donde está el cuervo de tres ojos?

Meciéndose en su cesta de mimbre a la espalda de Hodor, el muchacho encorvado, agachaba la cabeza mientras el gran mozo de cuadras pasaba por debajo la rama de un roble. La nieve volvía a caer, húmeda y pesada. Hodor caminaba con un ojo cerrado por el frió, su espesa barba marrón era una maraña de escarcha, carámbanos le colgaban de los extremos del bigote. Una mano enguantada seguía sosteniendo la espada larga de hierro oxidado que había tomado de las criptas debajo de Invernalia, y de vez en cuando arremetía contra una rama, que esparcía una nube de nieve. –Hod-d-d-dor, – murmuraba, castañeteando los dientes.

El sonido era extrañamente tranquilizador. En su viaje de Invernalia hasta el Muro, Bran y sus compañeros habían echo las millas mas cortas hablando y contando cuentos, pero ahora era distinto. Incluso Hodor lo sentía. Sus "hodors" aparecían con menos frecuencia que en el sur del Muro. Había un silencio en este bosque como Bran no había conocido nunca antes. Antes de que las nieves aparecieran, el viento del norte giraba alrededor de ellos y nubes de hojas marrones muertas se levantaban del suelo con un pequeño susurro débil que le recordaba a las cucarachas corriendo en un armario, pero ahora todas las hojas estaban enterradas bajo una capa de color blanco. De vez en cuando un cuervo volaba encima de sus cabezas, grandes alas negras batiendo contra el frió aire. De otro modo el mundo era silencioso.

Un poco más adelante, el alce se escurrió entre los montones de nieve con la cabeza gacha, su enorme cornamenta cubierta de hielo. El guardabosque se sentó a horcajadas sobre su ancha espalda, siniestro y silencioso. Manosfrias fue el nombre que el chico gordo, Sam, le había dado, quizá porque la cara del guardabosque era pálida, sus manos eran negras y duras como el hierro, y frías como el hierro también.

El resto de él estaba envuelto en capas de lana, cuero hervido y malla, su rostro ensombrecido por la capa con capucha y un pañuelo negro de lana sobre la mitad inferior de su cara.

Detrás de la guarda, Meera Reed abrazó a su hermano, para protegerlo del viento y el frío con el calor de su propio cuerpo. Una costra de mocos congelados se había formado debajo de la nariz Jojen, y de vez en cuando se estremecía violentamente. Se le veía tan pequeño, pensó Bran, mientras le veía estremecerse. Parece más pequeño que yo ahora, y más débil también, y yo soy el lisiado.

Verano cerraba la marcha de su pequeño grupo. El aliento del huargo se escarchaba con el aire del bosque cuando lo dejaba atrás, aun cojeaba de la pata trasera que había recibido la flecha en la Corona de la Reina. Bran sentía el dolor de la vieja herida cuando dormía dentro de la piel del gran lobo. Últimamente Bran vestía más el cuerpo de Verano que el suyo propio; el lobo sentía la mordedura del frío, a pesar del grosor de su pelaje, pero podía ver mas lejos, oír mejor, y oler más que el chico en el camastro, arropado como un bebe en pañales.

Otras veces, cuando estaba cansado de ser un lobo, Bran dormía en la piel de Hodor. El gentil gigante gemía cuando lo notaba, y ladeaba su desgreñada cabeza de lado a lado, pero no tan

violentamente como la primera vez, hacia tiempo, en Corona de la Reina. Sabe que soy yo, le gustaba decirse. Ya se ha acostumbrado a mí. Aún así, Nunca se sentía cómodo dentro la piel de Hodor. El gran mozo de cuadras nunca entendió que estaba pasando, y Bran podía saborear el miedo en el paladar. Era mejor dentro de Verano. Yo soy él y él es yo. Él siente lo que yo siento.

A veces Bran podía notar al huargo oler al alce, preguntándose si podría tumbar a la magnifica bestia. Verano había crecido acostumbrado a los caballos en Invernalia, pero este era un alce y los alces son presas. El huargo podía sentir la sangre caliente fluyendo bajo la peluda piel del alce. Solo el olor era suficiente para hacer correr la saliva entre sus fauces, y cuando lo hacia a Bran se le hacia la boca agua con el pensamiento de la rica y oscura carne.

Desde un roble cercano un cuervo graznó y Bran oyó el sonido de las alas cuándo otro de los grandes pájaros negros aleteó hasta el suelo a su lado. Durante el día sólo la mitad de una docena de cuervos se acercaron a ellos, revoloteando de árbol en árbol o montado en las astas del alce. El resto de los carroñeros volaban por delante o se quedaban atrás. Pero cuando el sol caía ellos volvían, bajando del cielo con sus nocturnas alas negras hasta que cada rama de cada árbol estaba llena de ellos a kilómetros a la redonda. Algunos volaban hasta el guardabosques murmurándole, y le parecía a Bran, que el entendía sus chillidos y graznidos. "Son sus ojos y sus oídos. Exploran para él y le susurran los peligros que se avecinaban por delante y por detrás".

Como ahora. El alce se detuvo repentinamente, y el guardabosque volteó sobre su espalda para aterrizar con la nieve hasta las rodillas. Verano le gruñó, con su pelaje erizado. Al huargo no le gustaba del modo que olía Manosfrias. Carne muerta, sangre seca, y un olor tenue a putrefacción. Y frío. Frío sobre todo.

–¿Que pasa?– Quería saber Meera.

–Detrás de nosotros– Anunció Manosfrias, con su voz ahogada por el pañuelo negro tapándole nariz y boca.

–¿Lobos?– Preguntó Bran. Sabían desde hacia días que les seguían. Cada noche escuchaban el lúgubre aullido de la manada, y cada noche los lobos parecían mas cerca. Cazadores y hambrientos. Pueden oler lo débiles que estamos. A menudo Bran se despertaba horas antes del amanecer, escuchando el sonido de las llamadas entre unos y otros en la distancia, mientras esperaba al sol levantarse. Si hay lobos, tiene que haber una presa, solía pensar, hasta que se dio cuenta de que ellos eran la presa.

El guardabosque negó con la cabeza. –Hombres. Los lobos aún mantienen la distancia. Los hombres no son tan tímidos.–
Meera Reed se quitó la capucha. La nieve húmeda que la había cubierto cayó al suelo con un golpe suave. –¿Cuantos hombres? ¿Quienes son?.

–Enemigos. Voy a tratar con ellos.

–Voy contigo.

–Tú te quedas. El niño debe ser protegido. Hay un lago delante, completamente congelado. Cuando lo atravieses, gira hacia el norte y sigue la línea de la costa. Llegarás a un pueblo de pescadores. Refugiaros allí hasta que pueda atraparos.

Bran pensó que Meera quería discutir, hasta que su hermano dijo: –Haz lo que dice. Conoce esta tierra.– Los ojos de Jojen eran de un verde oscuro, del color del musgo, pero pesados, con un

cansancio que Bran nunca había visto antes en él. El pequeño abuelo. Al sur del Muro, el lacustre parecía ser muy sabio para su edad, pero en este punto estaba tan perdido y asustado como el resto de ellos. Aún Así, Meera siempre lo escuchaba.

Esto seguía siendo verdad. Manosfrias se deslizó entre los árboles, de vuelta al camino por donde habían venido, con cuatro cuervos aleteando tras él. Meera lo vio alejarse, con sus mejillas rojas del frió y el aliento saliendo de la nariz. Se puso la capucha de nuevo, le dio un codazo al alce y reanudaron el viaje. Antes de alejarse veinte metros, se dio la vuelta para echar un vistazo y dijo: –Ha dicho hombres. ¿Que hombres? ¿Quería decir salvajes? ¿Y porque no lo a dicho?

–Ha dicho que se iba a ocupar de ellos– dijo Bran.

–Eso dijo. También dijo que nos llevaría a ver el cuervo de los tres ojos. El río que hemos cruzado esta mañana es el mismo que cruzamos hace cuatro días, lo juro. Estamos andando en círculos

–Los ríos van y vienen,– dijo Bran con incertidumbre, –y hay lagos y colinas que tienes que rodear.

–Hemos dado demasiadas vueltas,– insistió Meera, –y demasiados secretos. No me gusta. Y no me gusta él. Y no confío en él. Esas manos que tiene son suficientemente malas. Esconde su cara, y no nos dijo su nombre. ¿Quién es? ¿Qué es? Cualquiera puede ponerse una capa negra. Cualquiera, o cualquier cosa. No come, nunca bebe, Parece que no siente el frío.– Era verdad.

Bran había estado teniendo miedo de hablar de ello, pero lo había notado. Cada vez que se refugiaban por la noche, mientras él y Hodor y los Reed se apiñaban para darse calor, el guardabosques se mantenía apartado. Algunas veces Manosfrias cerraba los ojos, pero Bran dudaba que durmiera. Y había algo más...

–El pañuelo–. Bran miró alrededor con inquietud, pero no había ni un cuervo a la vista. Todos los grandes pájaros negros les habían abandonado cuando el guardabosque se había ido. Nadie escuchaba. Incluso así, mantuvo la voz baja. –El pañuelo sobre la boca, nunca se congela, como la barba de Hodor. Ni siquiera cuando habla.

Meera le echo una mirada afilada. –Tienes razón. Nunca hemos visto su aliento, ¿Verdad?

–No.– UNa bocanada blanca anunciaba cada uno de los "hodors" de Hodor. Cuando Jojen o su Hermana hablaban, las palabras se podían ver también. Incluso el alce deja una niebla cálida en el aire cuando exhala.

–Si, no respira...– Bran se encontró recordando los cuentos que la Vieja Tata le había contado cuando era un bebé. Más allá del Muro viven los monstruos, los gigantes y los necrófagos, las sombras acechantes y los muertos que caminan, decía, metiéndose debajo de su manta de lana áspera, pero no pueden pasar mientras el Muro permanezca firme y existan los hombres de La Guardia de la Noche. Así que duérmete, mi pequeño Brandon, mi niño pequeño, y sueña dulces sueños. No hay monstruos aquí.

El guardabosques usaba el negro de la Guardia de la Noche, ¿pero y si no era ni un hombre? ¿Y si era un monstruo, llevándolos hacia los otros monstruos para ser devorados? –El guardabosque salvo a Sam y a la chica de los espíritus,– se dijo Bran inmediatamente, –y me está llevando hacia el cuervo de los tres ojos.

–¿Por qué no viene este cuervo de tres ojos hacia nosotros? ¿Por qué no podía reunirse con nosotros en el Muro? Los cuervos tienen alas. Mi hermano se vuelve más débil cada día. ¿Cuánto tiempo

podremos seguir adelante?

Jojen tosió. –Hasta que lleguemos allí.

Llegaron al lago prometido no mucho después y giraron al norte como el guardabosques les había dicho. Esa fue la parte fácil. El agua estaba helada y la nieve había estado cayendo durante tanto tiempo que Bran había perdido la cuenta de los días, convirtiendo el lago en un desierto blanco y enorme. Donde el hielo era liso y el suelo lleno de baches, pero donde el viento había empujado la nieve en cordilleras, a veces era difícil decir donde terminaba el lago y empezaba la orilla. Incluso los árboles no eran tan infalibles como guía como se podría haber esperado, porque había islas boscosas en el lago, y amplias zonas de tierra donde no crecían los árboles.

El alce se fue donde quiso, independientemente de los deseos de Meera y Jojen a su espalda. Principalmente se quedó por debajo de los árboles, pero cuando la orilla se curvaba al oeste tomaba el camino más directo a través del lago, subiendo por ventisqueros mas altos que Bran mientras el hielo crujía bajo sus pezuñas. Por ahí el viento era más fuerte, un viento frío del norte que aullaba a través del lago, apuñalándolos a través de las capas de lana y cuero, hasta que todos se pusieron a temblar... Cuando soplaba en sus rostros, metía la nieve en sus ojos y los dejaba ciegos.

Pasaron horas en silencio. Por delante, las sombras empezaron a aparecer entre los árboles, los largos dedos de la oscuridad... La oscuridad llegaba pronto tan al norte. Bran había empezado a temerlo. Cada día parecía más corto que el anterior y si los días eran fríos, las noches eran un poco más crueles.

Meera les detuvo de nuevo. –Ya deberíamos haber llegado a la aldea.– Su voz sonaba apagada y extraña.

–¿Podríamos haberla pasado?– pregunto Bran. –Espero que no. Tenemos que encontrar un refugio antes del anochecer.

Ella tenía razón. Los labios de Jojen estaban azules, Las mejillas de Meera granates. El rostro de Bran se había dormido. La barba de Hodor era hielo puro. La nieve cubría sus piernas hasta las rodillas, y Bran lo había notado temblar más de una vez. Nadie era más fuerte que Hodor, nadie, y si su increíble fuerza estaba fallando…

–Verano puede encontrar el poblado,– dijo Bran de repente, sus palabras eran neblina en el aire. No esperó a oír lo que tenia que decir Meera, cerró los ojos y se dejó fluir fuera de su cuerpo roto.

Mientras se deslizaba dentro de la piel de Verano, el bosque muerto volvió a la vida repentinamente. Donde antes había silencio, ahora oía: el viento en los árboles, la respiración de Hodor, el alce pateando en el suelo en busca de forraje. Olores familiares llenaron su nariz: las hojas mojadas y pasto seco, el cadáver descompuesto de una ardilla en la maleza, el olor agrio del sudor de un hombre, el olor a almizcle del alce... Comida. Carne. El alce percibió su interés. Volvió la cabeza hacia el huargo, cauteloso, y bajó la cornamenta.

No es una presa, el chico le susurró a la bestia que compartía su piel. Déjalo en paz.
Verano corrió. Corrió al otro lado del lago, sus patas levantaban chorros de nieve detrás de él. Los árboles hombro con hombro, al igual que los hombres en una línea de batalla, todos cubiertos de blanco. Sobre raíces y rocas el huargo aceleró, al pasar a través de un montón de nieve vieja, la corteza crujió bajo su peso. Sus patas se humedecían y enfriaban. La siguiente colina estaba cubierta de pinos, y la afilada esencia de sus agujas lleno el aire. Cuando llego a la cima, hizo un círculo, olfateando el aire, luego levanto la cabeza y aulló.

Los olores estaban allí. Olores de los hombres. Cenizas, pensó Bran , viejas y débiles, pero cenizas. Era el olor de madera quemada, hollín y carbón de leña. Un fuego muerto.
Se sacudió la nieve del hocico. El viento era racheado, por lo que los olores eran difíciles de seguir. El lobo dio la vuelta de lado a lado. Oliendo. Por todas partes había montones de nieve y árboles vestidos de blanco. El lobo dejo colgar su lengua entre los dientes, saboreando el aire helado, su aliento helado era como copos de nieve derritiéndosele en la boca. Cuando troto hacia el rastro, Hodor le siguió pesadamente. Al alce le costó decidirse, Bran entonces volvió de mala gana a su cuerpo y dijo, –Por aquí. Seguir a Verano. Lo olí.

Cuando la primera astilla plateada de una luna creciente asomó entre las nubes, finalmente tropezaron con la villa del lago. Casi habían pasado de largo. Desde el hielo, el pueblo no parecía diferente a una docena de otros lugares a lo largo de la orilla del lago. Enterradas bajo montones de nieve, las casas redondas de piedra podría fácilmente haber sido rocas, troncos caídos o montículos, como la trampa que Jojen había confundido con un edificio el día anterior, hasta que cavaron en ella y sólo encontraron ramas rotas y troncos podridos.

El pueblo estaba vacío, abandonado por los salvajes que habían vivido una vez allí, al igual que todos los otros pueblos que habían pasado. Algunos habían sido quemados, como si los habitantes quisieran asegurarse de que no podían volver arrastrándose, pero éste se había librado de la antorcha. Bajo la nieve se encontraron con una docena de chozas y cabañas, con su techo de paja y sus finas paredes de pobre construcción.

–Por lo menos estaremos fuera del alcance del viento– dijo Bran.

–Hodor,– dijo Hodor.

Meera se deslizó del lomo del alce. Ella y su hermano ayudaron a Bran a bajar de la canasta de mimbre. –Quizás los salvajes dejaron algo de comida– dijo ella.

Pero resulto ser una esperanza vana. Dentro de la cabaña encontraron las cenizas de un fuego, un montón de tierra compacta y un escalofrió que les llego hasta a los huesos. Pero al menos tenían un techo encima de sus cabezas y paredes de troncos para protegerse del viento. Un arroyo corría cercano, cubierto de una capa de hielo. El alce tuvo que romperla con sus pezuñas para beber. Cuando Bran, Jojen y Hodor estuvieron arreglados de forma segura, Meera trajo algunos trozos de hielo roto para que los chuparan. El agua de deshielo era tan fría que hizo estremecer a Bran.

Verano no los siguió hasta la cabaña. Bran podía sentir del hambre del gran lobo, una sombra de la suya. –Ves a cazar– le dijo, –pero deja al alce en paz.– Parte de él deseaba salir a cazar también. Quizá podría, mas tarde.

La cena fue un puñado de bellotas, golpeadas y aplastadas hasta convertirlas en pasta, tan amarga, que Bran casi se asfixia mientras intentaba tragar. Jojen Reed ni siquiera lo intentó. Más joven y más frágil que su hermana, se debilitaba día a día.

–Jojen, tienes que comer,– le dijo Meera.

–Más tarde. Sólo quiero descansar.– Dijo Jojen con una leve sonrisa.– Este no es el día en que me muera, hermana. Te lo prometo.

–Casi te caes del alce.

–Casi. Sólo estoy congelado y cansado, eso es todo.

–Entonces come.

–¿Bellotas trituradas? Me duele la barriga, Pero eso sólo la empeoraría. Déjame en paz, hermana. Estoy soñando con el pollo asado.

–Los sueños no te sustentaran. Ni siquiera los sueños verdes.

–Los sueños son lo que nos queda.– Todo lo que tenemos. El último bocado que trajimos del sur desapareció hace ya diez días.

Desde entonces, el hambre caminó a su lado día y noche. Incluso Verano no pudo encontrar presas en estos bosques. Vivían de bellotas machacadas y pescado crudo. El bosque estaba lleno de arroyos congelados y fríos lagos negros, y Meera era una buena pescadora con su lanza de tres puntas, tanto como la mayoría de los hombres con anzuelo y sedal. Había días que sus labios estaban azules de frío y le rechinaban los dientes en el momento en que volvía a ellos con la captura. Aún así, ya hacia tres días desde que Meera pescara un pez. Bran sentía el vientre tan hueco que podrían haber sido tres años.

Después de tragarse la escasa cena, Meera se sentó con la espalda contra una pared, afilando su daga en una piedra de afilar. Hodor se puso en cuclillas junto a la puerta, balanceándose hacia adelante y hacia atrás sobre sus talones y murmurando: –Hodor, Hodor, Hodor.

Bran cerró los ojos. Hacía demasiado frío para hablar, y no se atrevían a encender un fuego. Estos bosques no están tan vacíos como pensáis, había dicho el guardabosque. No puedes saber lo que la luz puede convocar desde la oscuridad. El recuerdo le hizo estremecerse, a pesar de la calidez de Hodor a su lado.

El sueño no le venia y no le vino. En su lugar había viento, el frío penetrante, luz de la luna sobre la nieve y el fuego. Estaba de nuevo en el interior de verano, a leguas de distancia, y la noche estaba llena del olor de la sangre. El olor era fuerte. Un muerto, no muy lejos. La carne aun estaría caliente. La saliva corrió entre sus dientes cuando el hambre se despertó en su interior. No un alce. No un ciervo. No esto.

El huargo se dirigió hacia la carne, una sombra gris delgada deslizándose de árbol en árbol, a través de los rayos de la luna y sobre montículos de nieve. El viento soplaba a su alrededor, cambiando. Perdió el rastro, lo encontró y lo perdió de nuevo. Cuando lo busco una vez más, un sonido lejano llego a sus orejas. Lobos, supo al instante. Verano corrió hacia el sonido, cauteloso ahora. Muy pronto el olor de la sangre estaba de vuelta, pero ahora había otros olores: orina, piel muerta, mierda de pájaro, plumas y el lobo, el lobo, el lobo. Una manada. Tendría que luchar por su comida.

Ellos lo olieron también. Cuando se movió fuera, de entre la oscuridad de los árboles hacia el claro sangriento, le estaban observando. La hembra estaba masticando la mitad de una bota que aun tenia media pierna dentro, pero la dejo caer cuando se acercó. El líder de la manada, un macho viejo con un hocico canoso blanco y un ojo tuerto, se movió a su encuentro, gruñendo, con sus dientes al descubierto. Detrás de él, un macho más joven mostró sus colmillos también.

Los ojos amarillo pálido del huargo se empaparon de la escena de su alrededor. Un nido de entrañas enmarañadas en un arbusto, enredadas con las ramas. Vapor subiendo de una barriga abierta, rico en olores de sangre y carne. Una cabeza mirando ciega a la luna cornuda, con las mejillas desgarradas hasta el hueso, hoyos para los ojos y el cuello terminado en un muñón irregular y sangriento. Un

charco de sangre congelada, de brillante rojo y negro. Hombres. Su hedor llenaba el mundo. Vivos, habían sido tantos como dedos tiene la pata de un hombre, pero ahora no había ninguno. Muertos. Listos. Carne. Con capa y capucha, antes, pero los lobos habían arrancado la ropa en jirones en su afán de llegar a la carne. Aquellos que aun tenían rostro lucían una barba espesa congelada. La nieve que caía había empezado a enterrarlos, tan pálida contra el negro de las capas y los trozos de pantalones. Negro.

A leguas de distancia, el chico se agitaba inquieto. Negro. La Guardia de La Noche. Eran La Guardia de La Noche. Al huargo no le importaba. Eran carne. Tenía hambre.

Los ojos de los tres lobos brillaban amarillos. El huargo giró su cabeza de lado a lado, con las fosas nasales dilatadas, entonces les enseñó los colmillos en un gruñido. El macho joven dio un paso atrás. El huargo podía oler el miedo en él. La cola, lo sabía. Pero el lobo tuerto respondió con un gruñido y se abalanzo a bloquear su avance. La cabeza. Y no me teme aunque soy el doble de su tamaño.

Sus ojos se encontraron.

Warg!

Luego los dos atacaron juntos, lobo y huargo, y no hubo más tiempo para pensar. El mundo se redujo a garras y dientes, la nieve volando al rodar, girar y atacarse el uno al otro, los otros lobos gruñendo y mordiendo a su alrededor. Sus mandíbulas cerradas en el pelaje resbaladizo lleno de escarcha, en un miembro delgado como un palo seco, pero el lobo tuerto clavo sus garras en su barriga y consiguió liberarse, rodando, se abalanzo sobre él. Colmillos amarillos rompieron cerca de su cuello, pero sacudió a su viejo primo gris como si fuera una rata, entonces cargó contra él y lo derribo. Volteando, rasgando, pateando y lucharon hasta que los dos estuvieron magullados y la sangre fresca tiño la nieve a su alrededor. Pero finalmente el viejo lobo tuerto se tumbo boca arriba mostrando su vientre. El huargo le mordió un par de veces mas, le olió el trasero y levanto una pata por encima suyo.

Algunos mordiscos y un gruñido de advertencia, y la hembra y la cola se rindieron también. La manada era suya.

La presa también. Pasó de hombre a hombre, olfateando, antes de decidirse por el más grande, una cosa sin rostro que se agarraba a un hierro negro con su mano. Su otra mano había desaparecido, cortada en la muñeca y el muñón atado con un cuero. La sangre fluía espesa y lenta del corte de su garganta. El lobo la lamió con su lengua, lamió el agujero ruinoso de su nariz y ojos, luego hundió su hocico en el cuello y lo abrió, tragando una pequeña porción de carne dulce. Ninguna carne había probado la mitad de buena.

Cuando hubo terminado con eso, se trasladó al siguiente, y devoró los más selectos trozos de aquel hombre también. Los cuervos le miraban desde los árboles, ojos negros y silenciosos en las ramas mientras la nieve caía a su alrededor. Los otros lobos se conformaron con las sobras, el viejo macho se alimento primero, luego la hembra, luego la cola. Ahora eran suyos. Ellos eran su manada. No, susurró el chico, tenemos otra manada. Dama esta muerta y quizá viento gris también, pero en algún sitio aún esta Peludo, Nymeria y Fantasma. ¿Recuerdas a Fantasma?

La caída de la nieve y el festín de los lobos empezaban a terminarse. El calor golpeaba su cara, reconfortante como los besos de una madre. Fuego, pensó, humo. Su nariz temblaba con el olor a carne asada. Y entonces el bosque se alejo y estaba de regreso a la cabaña de nuevo, de vuelta a su cuerpo destrozado, mirando fijamente el fuego. Meera Reed estaba poniendo un pedazo de carne

roja cruda por encima de las llamas, dejándolo asarse. –Justo a tiempo– dijo ella. Bran se frotó los ojos con la palma de su mano y se movió hacia atrás contra la pared para sentarse. –Casi te duermes durante la cena. El guardabosque encontró un cerdo.

Detrás de ella, Hodor estaba rompiendo con entusiasmo en un pedazo de carne chamuscada caliente mientras la sangre y la grasa le corrían por la barba. Volutas de humo se levantaban de entre los dedos. –Hodor– murmuró entre bocado y bocado, – Hodor, Hodor– Su espada reposaba en el suelo de tierra junto a el. Jojen Reed mordía su propio trozo con pequeños bocados, masticando cada trozo de carne una docena de veces antes de tragarlo. El guardabosque había matado un cerdo. Manosfrias estaba junto a la puerta, con un cuervo en su brazo, ambos mirando el fuego. Reflejos de las llamas brillaron en los cuatro ojos. Él no come, recordó Bran, y teme a la llamas.

–Dijiste que nada de fuego– recordó al guardabosque. –Las paredes alrededor nuestro esconden la luz y se acerca el amanecer. Vamos a seguir el camino pronto.

–¿Que les paso a los hombres? ¿A los enemigos detrás de nosotros?

–No nos darán problemas.

–¿Quiénes eran? ¿Salvajes?

Meera dio la vuelta a la carne para cocinar el otro lado. Hodor estaba masticando y tragando, murmurando en voz baja con alegría. Solo Jojen parecía darse cuenta de lo que estaba pasando cuando Manosfrias volvió la cabeza para mirar a Bran. –Eran enemigos. – hombres de La Guardia de La Noche.– Los has matado. Tú y tus cuervos. Sus caras fueron arrancadas del todo, y sus ojos no estaban. –Manosfrias no lo negó. – Eran tus hermanos, lo vi. Los lobos les arrancaron las ropas, pero aún puedo decirlo. Sus capas eran negras. Como tus manos.– Manosfrias no dijo nada. –¿Quien eres? ¿Por qué son tus manos negras?

El guardabosque estudio sus manos como si nunca antes se hubiera dado cuenta. –Una vez que el corazón ha dejado de latir, la sangre de un hombre se agota en sus extremidades, en las que se espesa y se congela.– Su voz resonó en su garganta, tan delgada y demacrada como el. –Sus manos y sus pies se hinchan y se vuelven tan negras como el pudding. El resto de el se vuelve tan blanco como la leche.

Meera Reed se levanto, su tridente en mano, un trozo de carne humeante seguía atravesado en sus dientes. –Muestranos la cara.

El guardabosque no hizo ningún movimiento para obedecer.

–Está muerto–. Bran pudo saborear la bilis en la garganta. –Meera, es algo muerto. Los monstruos no pueden pasar mientras el Muro aguante y los hombres de la Guardia de la Noche sean fieles, es lo que solía decir la Vieja Tata. Vino a reunirse con nosotros en el Muro, pero no podía pasar. Envió a Sam en su lugar, con esa chica Salvaje.

La mano enguantada de Meera apretó alrededor del mango del tridente. –¿Quien te envía? ¿Quien es el cuervo de tres ojos?

–Un amigo. Soñador, mago, llámale como quieras. El último Verdevidente.– La puerta de madera de la cabaña se abrió de golpe. Afuera, el viento de la noche aullaba, triste y negro. Los árboles estaban llenos de cuervos, gritando. Manosfrias no se movió.

–Un monstruo– Dijo Bran.

El guardabosque le miró como si el resto no existieran. –Tu monstruo, Brandon Stark.

–Tuyo,– repitió el cuervo, desde su hombro. Fuera de la puerta, los cuervos en los árboles repitieron el lamento, hasta que el bosque nocturno repitió la canción asesina – Tuyo, tuyo, tuyo.

–¿Jojen, as soñado con esto?– Preguntó Meera a su hermano. –¿Quién es él? ¿Qué es el? ¿Qué hacemos ahora?

–Vamos con el guardabosques– dijo Jojen. –Hemos llegado muy lejos para volver ahora, Meera. Nunca volveríamos al Muro vivos. Vamos con el monstruo de Bran, o morimos.

5. TYRION

Partieron de Pentos por la puerta del amanecer, aunque Tyrion Lannister nunca pudo distinguir la salida del sol. –Parecerá como si nunca hubieras llegado a Pentos, mi pequeño amigo– , afirmó el magister Ilyrio, mientras cerraba la cortinas de terciopelo violeta. –Nadie debe verte salir de la ciudad, así como nadie te vio entrar.

–Nadie excepto los marineros que me metieron en ese barril, el grumete que limpió después de mi, la muchacha que enviaste a calentar mi cama y esa pecosa y traicionera lavandera. Ah, y por supuesto tus guardias. A menos que también les hayas removido la inteligencia junto con sus pelotas ellos saben que no estas solo aquí– La litera estaba suspendida entre 8 gigantescos caballos que la sujetaban con fuertes correas de cuero. Cuatro eunucos marcaban el ritmo junto a los caballos, dos de cada lado, y algunos mas caminaban penosamente a la retaguardia para proteger el vagón de equipaje.

–Los inmaculados no cuentan cuentos…– le aseguró Ilyrio. –Y la galera que te trajo hasta acá ya esta en camino a Asshai. Si es que los mares son favorables, tardará por lo menos dos años en regresar. En cuanto a mi servidumbre, ellos me quieren y estoy seguro que ninguno me traicionaría.

"Disfruta ese pensamiento, mi gordo amigo. Un día grabaremos esas palabras en tu lápida" –Debemos abordar sin demora esa galera– , dijo el gnomo –La vía más rápida a Volantis es por mar.

–El mar es peligroso–, respondió Ilyrio. –El otoño es la temporada mas favorable para las tormentas y los piratas construyen sus madrigueras en los atracaderos y pueden aventurarse a atacar a la gente decente. Yo nunca quisiera que mi amiguito caiga en tales manos.

–Hay piratas en el Rhyone también.

–Piratas de Río– El quesero bostezó, cubriéndose la boca con el dorso de la mano. –Capitanes de cucarachas que se escurren para recoger las migajas.

–También he escuchado de los hombres de piedra.

–Son lo suficientemente reales, los pobres malditos.

–Pero por qué hablar de todas estas cosas, el día esta demasiado bueno como para esta charla. Deberíamos avistar muy pronto el Rhyone y ahí te librarás de Ilyrio y su gran barriga. Hasta entonces, bebamos y soñemos. Tenemos vino dulce y provisiones para disfrutar. ¿Por qué molestarse en pensar en enfermedad y muerte?

"Sí, por qué?" Tyrion se preguntaba mientras escuchó de nuevo el repiqueteo de una ballesta. La litera se balanceaba de un lado a otro, con un suave movimiento que lo hizo sentir como un niño arrullado en los brazos de su madre. No es algo que en realidad hubiera sentido, Almohadas de seda rellenas de plumas de ganso acolchaban sus mejillas. Las paredes de terciopelo púrpura se curvaban hacia arriba formando un techo, haciendo que toda la estancia se mantuviera agradablemente cálida a pesar del helado frío otoñal de afuera.

Un grupo de mulas se arrastraba penosamente detrás de ellos, cargando toneles, cofres y barriles, que llevaban las delicias que le permitían al señor de los quesos mantener satisfecha su creciente hambre. Mordisquearon una salchicha condimentada esa mañana, regada con una salsa ahumada marrón. Anguilas rojas en gelatina de Dorne llenaron su tarde. Cuando llegó el anochecer asomaron los cortes de jamón, huevos cocinados y alondras asadas sazonadas con ajo y cebolla acompañados

de vino de fuego de Myr para ayudar a la digestión. La litera ondulaba tan confortablemente lenta, sin embargo, el gnomo pronto se picó de impaciencia.

–Cuanto falta para llegar al río?– le preguntó a Ilyrio esa tarde. –A este paso, los dragones de tu Reina van a ser mas grandes que los tres de Aegon antes de que yo pueda poner un ojo sobre ellos.

–Ojalá sea así. Un dragón grande es mucho mas aterrador que un pequeño– El Magíster se encogió de hombros.

–Por mucho que me plazca dar la bienvenida a la Reina Danaerys a Volantis, debo confiar en Griff y en ti para hacerlo. Yo serviré mejor a su causa en Pentos, allanando el camino para su llegada. Mientras tanto sigo con ustedes, aunque un hombre gordo y viejo debe tener sus comodidades, verdad? Ven, toma una copa de vino.

–Dime– dijo Tyrion mientras bebía, –Por qué a un Magister de Pentos debería importarle un comino quien sea el que este usando la corona en Poniente?. Cual es tu ganancia en todo esto, mi lord?.

El gordo se secó la grasa de los labios. –Yo soy un viejo, cansado de este mundo y sus traiciones. Es tan extraño que yo quiera hacer una buena obra antes de que se terminen mis días, ayudando a una dulce jovencita a recobrar sus derechos de nacimiento?

“Lo siguiente que me estarás ofreciendo será una armadura mágica y un palacio en Valyria”. –Si Danaerys no es mas que una dulce chiquilla, el trono de hierro la cortará en dulces y jóvenes pedacitos.

–No temas, pequeño amigo. La sangre de Aegon el Conquistador corre por sus venas– “Claro, junto con la sangre de Aegon el Indigno, Maegor el cruel y Baelor el aturdido” –Dime más sobre ella– El gordo hizo un ademán pensativo.

–Danaerys era apenas una niña cuando vino hacia mi, mas joven aún que mi segunda esposa. Y era tan adorable que por un momento me sentí tentado a reclamarla para mi. Fue solo un terrible pensamiento furtivo, sin embargo me di cuenta inmediatamente de que no iba a a obtener ningún placer al hacerla mía. En lugar de eso, llamé inmediatamente a una calienta camas y me la tiré tan fuerte tantas veces hasta que pasé la locura. A decir verdad, nunca creí que Danaerys sobreviviera tanto tiempo entre los Señores de los Caballos.

–Eso no te detuvo para venderla a Khal Drogo.

–Los Dothrakis ni compran ni venden. Digamos mas bien que su hermano Viserys la entregó a Drogo para ganarse la amistad del Khal. Viserys codiciaba el trono de su padre, pero también deseaba a Danaerys, y se resistía a cederla. La noche anterior a la boda, trató de meterse en su cama diciendo que si no podía obtener su mano, por lo menos se llevaría su virginidad. Si yo no hubiera tomado la precaución de colocar guardias en la puerta, esa noche Viserys hubiera echado a perder años de planificación.

–Suena como un verdadero tonto.

–Viserys era hijo de Aegon el rey Loco. Así era él. En cambio Danaerys… Danaerys es muy diferente– Se metió una alondra asada en la boca, masticándola ruidosamente en un crujir de huesos y todo. –La niña asustadiza que alguna vez se refugió en mi mansión murió en el mar Dothraki, y renació entre fuego y sangre. Esta reina dragón que lleva su nombre es una verdadera Targaryen. Cuando envié barcos para traerla a casa se volvió hacia Bahía de Esclavos. En unos pocos días

conquistó Astapor, hizo doblar la rodilla de Yunkai y saqueó Meereen. Mantarys será la siguiente si ella va hacia el oeste por los viejos caminos Valyrios. Si es que ella está viniendo por mar… bueno, su flota deberá reabastecerse de alimentos y agua en Volantis

–Por tierra o por mar, hay muchísimas leguas entre Meereen y Volantis– observó Tyrion.

–Quinientas cincuenta, a vuelo de dragón, a través de desiertos, pantanos y ruinas encantadas por demonios. Muchos perecerán, pero los que sobrevivan serán mucho mas fuertes en el momento que lleguen a Volantis… Ahí donde se encontrarán contigo y con Griff que estarán esperándolos con tropas frescas y barcos suficientes para cruzar el mar y llevarlos a todos a Poniente

Tyrion pensó para si mismo en todo lo que sabía sobre Volantis, la mas vieja y orgullosa de lass nueve ciudades libres. Algo estaba mal aquí. Incluso con la mitad de nariz podía olerlo. –Se dice que hay cinco esclavos por cada hombre libre en Volantis. Por qué los patriarcas querrían ayudar a una reina que ha destrozado el comercio de esclavos?– Apuntó a Ilyrio. –Y en cuanto a esto, por qué lo harías tú? La esclavitud puede estar prohibida por las leyes de Pentos, sin embargo estoy seguro que tú podrías tener metido un dedo en este negocio, si es que no toda la mano. Y aún así tú conspiras a favor de la Reina Dragón y no en su contra…Por que? Qué esperas ganar de la reina Danaerys?

–Volvemos de nuevo a ese tema? Eres un hombre persistente, mi pequeño amigo– Ilyrio sonrió mientras se golpeaba suavemente el vientre. –Como quieras. El Rey mendigo juró que algún día yo me convertiría en un altivo lord y en su consejero de la moneda. Una vez hubiera ceñido su corona de oro en su cabeza, hubiera podido elegir el castillo de mi predilección, incluso Roca Casterly, si lo hubiera deseado.

Tyrion resopló de nuevo a través de ese muñón cicatrizado que alguna vez había sido su nariz. –A mi padre le hubiera encantado escuchar esto

–Tu señor padre no hubiera tenido nada por que preocuparse. Para qué hubiera deseado yo una roca? Mi mansión ya es lo suficientemente grande para cualquier hombre e infinitamente más cómoda que cualquiera de los ventilados castillos de Poniente. Sin embargo, Consejero de la Moneda…– El hombre peló otro huevo –Me gustan las monedas. Habrá algún sonido mas dulce que el tintineo del oro en el oro?– “Gritos de una hermana”

–¿Estás seguro de que Danaerys honrará las promesas de su hermano?

–Lo haga o no– Ilyirio partió el huevo por la mitad –quiero decirte a ti, pequeño amiguito que no todo lo que hace un hombre lo hace para ganar. Cree lo que quieras, pero hasta los gordos tontos y viejos como yo tienen amigos y deudas de cariño que debemos pagar

*“*Mentiroso”, pensó Tyrion “Hay algo en todo esto que para ti es más valioso que cualquier moneda o castillo”

–En estos días encuentras tan pocas personas que valoran mas la amistad que al oro.

–Muy cierto– replicó Iliryo, sordo a la ironía. –Como es que la Araña se convirtió en alguien tan querido para ti

–Estuvimos juntos de jóvenes, dos muchachos verdes en Pentos

–Varys vino de Myr

–Así es. Lo conocí poco después de su llegada, un paso delante de los esclavistas. Durante la noche merodeaba por los tejados de las casas, y en el día dormía en las alcantarillas. Yo veía de cerca su pobreza, siendo un bravo en seda sucia que vivía de su espada. Por casualidad te fijaste en la estatua en mi piscina? Pytho Malanon la talló cuando yo tenía diez y seis, una cosa adorable, pero ahora lloro al verla

–Los años nos arruinan a todos. Yo aun estoy de luto por mi nariz. Pero Varys…

–En Myr era uno de los príncipes de los ladrones, hasta que un rival lo denunció. En Pentos, su acento lo delató hasta que una vez se lo conoció como eunuco fue derrotado y menospreciado. Las razones por las que él me escogió a mi para que lo proteja nunca las conoceré. Lo cierto es que llegamos a un acuerdo. Varys espiaría a los ladronzuelos y les robaría sus pertenencias. Yo ofrecía mi ayuda a las víctimas y les prometía recuperar sus bienes por una tarifa. Muy pronto, cada hombre que sufría algún robo sabía que tenía que venir hacia mi, mientras que los ladronzuelos y carteristas de la ciudad buscaban a Varys, la mitad para rebanarle la garganta y la otra mitad para venderle lo que habían robado. Los dos nos volvimos ricos, y más ricos aún cuando Varys entrenó a sus ratones

–En Desembarco del Rey él tenía sus pajaritos

–Ratones los llamaba en ese entonces. Los ladrones viejos eran tontos que no veían mas allá del beneficio que les hubiera otorgado una noche en una cantina con vino. Varys prefería huérfanos y pequeñas niñas. Él escogía a los mas pequeños, rápidos y silenciosos. Les enseñó a subir por las paredes y descender por las chimeneas. También les enseño a leer. Dejábamos el oro y las joyas para los ladrones comunes y nos concentrábamos en diarios, libros o cartas. Ellos los leían y los dejaban donde los encontraban. Los secretos son mas valiosos que la plata o que los zafiros, afirmaba Varys. Sólo así me pude convertir en alguien tan respetable que el mismísimo primo del príncipe de Pentos me ofreció la mano de su hija doncella, mientras que los rumores de un eunuco con ciertos talentos cruzaron el mar, llegando a los oídos de un rey ansioso, que no confiaba completamente en su hijo, ni en su esposa, peor aún en su Mano, un amigo de la juventud que se había convertido en arrogante y demasiado orgulloso de si mismo. Creo que tú conoces el resto de esta historia, no es cierto?

–Gran parte de ella– admitió Tyrion. –veo que después de todo tú eres algo más que un simple quesero

Ilyrio inclinó su cabeza –Eres muy amable al decirlo, mi pequeño amiguito. Y por mi parte tengo que admitir que eres tan rápido como afirmaba Lord Varys.– Sonrió mostrando sus dientes amarillos torcidos y pidió a gritos otra jarra de vino de fuego de Myr.

Una vez que el magister se quedó dormido con la jarra de vino entre sus brazos, Tyrion se deslizó por entre las almohadas para buscar un escape a su prisión carnal y servirse una copa. “Si bebo la suficiente cantidad de vino de fuego”, pensó, “tal vez pueda soñar en dragones”.

Cuando era un niño solitario, perdido entre las profundidades de Roca Casterly, muchas veces condujo dragones por las noches, fingiendo que era un pequeño príncipe Targaeryen perdido o un Dragonlord Valyrio volando tan alto por los campos y entre las montañas. Una vez, cuando sus tíos le preguntaron que quería como regalo para su cumpleaños, el les dijo sin dudarlo un dragón. –No sería necesario que fuera tan grande. Podría ser pequeño, como yo– Su tio Gerión pensó en que era la cosa mas graciosa que había escuchado en mucho tiempo, mientras que su tio Tygett dijo –El

último dragón murió hace un siglo, muchacho– Le había parecido tan injusto que esa noche lloró amargamente hasta dormirse.

Sin embargo, si pudiera creerle al señor del queso, la hija del rey loco había engendrado tres dragones vivos: Dos mas de lo que aún un Targaryen hubiera requerido. Tyrion casi estaba arrepentido de haber matado a su padre. Cuanto hubiera disfrutado ver la cara de Lord Twyn al momento de enterarse de que había una reina Targaryen en camino a Poniente, respaldada por un intrigante eunuco y un quesero que estaba tan gordo como la mitad de Roca Casterly.

El gnomo estaba tan repleto que tuvo que desabrochar su cinturón y los cordones superiores de sus pantalones. Las ropas de niño con las que su anfitrión lo había vestido lo hacían sentir como diez kilos de embutidos envueltos en una piel de 5. "Si comiera así cada día yo estaría del tamaño de Ilyrio antes de encontrarme con esa Reina Dragón".

Afuera de la litera la noche había caído. Al interior todo estaba a oscuras. Tyrion escuchaba los ronquidos de Ilyrio, el crujido de las correas de piel, el traqueteo de los cascos sobre el duro camino Valyrio, pero su corazón estaba escuchando el batir de unas alas de cuero.

Cuando se despertó, el amanecer había llegado. Los caballos avanzaban sobre la arena crujiendo y oscilando entre ellos. Tyrion tiró una pulgada de la cortina para mirar afuera, pero había poco que ver, con campos grises, marrones olmos desnudos y la carretera en si misma, un camino de piedra ancho que corría recta como una lanza hacia el horizonte. Había leído mucho sobre las carreteras valyrias, pero esta era la primera vez que veía una. El feudo conseguido había llegado hasta Rocadragón, pero nunca al continente de Poniente en si mismo. Lo raro de esto es que Rocadragón no era mas que una roca. La riqueza estaba al oeste, pero ellos tenían dragones. Ellos de seguro sabían que estaba ahí.

Había bebido mucho la noche anterior. Su cabeza le latía e incluso el suave oscilar de la litera era suficiente para que su garganta quiera salir por su boca. A pesar de que no dijo ni una sola palabra quejándose, su angustia debía haber sido muy evidente para Ilyrio. –Ven a beber conmigo– dijo el gordo –A escala del dragón que te quemó, como dicen algunos– . Vertió para ellos una jarra de vino de moras tan dulce que atrajo más moscas que la miel. Tyrion las ahuyentó con el dorso de la mano y bebió. El sabor era tan empalagoso que era lo único que podía hacer para mantenerse abajo. De todos modos, la segunda copa entró más fácil. Sin embargo no tenía apetito, pues cuando Ilyrio le ofreció un plato de moras con crema las rechazó con la mano. –Soñé con la reina– , le dijo. –Yo estaba de rodillas ante ella jurándole lealtad, pero ella me confundió con mi hermano Jaime y me dio de comer a sus dragones.

–Esperemos que este sueño no sea profético. Tu eres un engendro muy inteligente, como dijo Varys, y Danaerys tendrá necesidad de hombres inteligentes a su alrededor. Ser Barristan es un valiente caballero, pero hasta ahora no ha brillado precisamente por su astucia

–Los caballeros sólo saben una manera de resolver sus problemas: Ellos agarran sus lanzas y cargan.. Un gnomo tiene una manera distinta de ver el mundo. Qué hay de ti, entonces. Tú eres un hombre muy inteligente

–Me siento halagado– Ilyrio agitó su mano –Ay pero no estoy hecho para viajes, por lo que te enviaré a Danaerys en mi lugar. Tú le hiciste un gran servicio a Su Majestad cuando mataste a tu padre, y tengo la esperanza de que le sigas haciendo muchos más en el futuro. A diferencia de su difunto hermano Danaerys no es una tonta. Ella hará buen uso de tus habilidades.

"¿Como leña?" Pensó Tyrion, sonriendo amablemente.

Ellos cambiaban el equipo solamente tres veces al día, pero parecía que lo hacían dos veces por hora ya que Ilyrio bajaba constantemente de la litera para que pueda ir a orinar. "Nuestro señor del queso es del tamaño de un elefante, pero tiene la vejiga del tamaño de un cacahuete", reflexionó el gnomo. Durante una parada, él aprovechaba para dar una mirada mas cercana a la vía. Tyrion sabía lo que iba a encontrar. Nada de tierra apisonada, ni ladrillos ni piedras, solamente una capa de piedra fundida que se levantaba un pie y medio por encima del terreno. A diferencia de los caminos de barro de los Siete Reinos, los caminos Valyrios eran lo suficientemente amplios como para que pasen al mismo tiempo tres vagones, y ni el paso del tiempo ni el tráfico los arruinan. Ellos siguen firmes, inmutables, cuatro siglos después de que Valyria en si misma hubiera encontrado su ruina. Buscó surcos y grietas, pero encontró solo una pila de estiércol tibio dejada hace un rato por un caballo.

El estiércol le hizo pensar en su señor padre. "¿Estás en algún infierno allá abajo, padre? Un bonito frío infierno desde donde puedas mirar hacia arriba y verme ayudar a restaurar en el Trono de Hierro a la hija de Aerys el Loco?"

Mientras reanudaban su viaje, Ilyrio sacó una bolsa de castañas asadas y una vez más volvió a hablar sobre la reina dragón. –Nuestras últimas noticias sobre Danaerys son viejas y rancias. Debemos asumir que por estas fechas ya debe de haber dejado Meeren. Ella va acompañada de una numerosa hueste de mercenarios, Jinetes Dothrakis, la infantería de los Inmaculados, a los cuales, sin duda lleva hacia el este, para reclamar el trono de su padre– El magister Ilyrio abrió un frasco de caracoles de ajo olfateándolos y sonrió –En Volantis esperemos tener noticias frescas de Danaerys– mientras chupaba el caparazón de uno de los caracoles. –Los dragones y las jovencitas a menudo son caprichosos, y puede ser que te veas en la necesidad de ajustar sus planes. Griff sabrá que hacer. A propósito, ¿vas a tomar un caracol? El ajo que los sazona es de mi propio jardín..

"Yo podría montar un caracol y avanzar a mejor ritmo que esta litera tuya" Tyrion apartó el plato –Tu pareces confiar mucho en este tal Griff, ¿Quién es él? ¿Otro amigo de la infancia?

–No. Podrías llamarlo un mercenario, pero nacido en Poniente. Danaerys necesita hombres valerosos para su causa– Ilyrio levantó una mano –Lo sé, los mercenarios ponen el oro delante del honor, debes pensar. Este hombre me venderá a mi hermana. No es así. Yo confío en Griff tanto como confiaría en un hermano.

"Otro error mortal" –Entonces haré lo mismo.

–Mientras hablamos, la Compañía del Oro marcha en dirección a Volantis para esperar la llegada de nuestra reina

"Debajo del oro, el acero amargo" –He escuchado que la Compañía del Oro estaba bajo contrato de una de las ciudades libres

–Myr– Sonrió Ilyrio –Los contratos pueden ser rotos.

–Han existido muchas más monedas en el negocio del queso de las que yo creía– dijo Tyrion –Cómo se logra eso?

El magister agitó sus gordos dedos. –Algunos contratos están escritos en tinta y otros con sangre. No diré más.

El enano ponderó eso. La Compañía del Oro era la compañía de mejor reputación entre las ciudades Libres, fundada hace mas de un siglo por Aceroamargo, un hijo bastardo de Aegon el Indigno. Cuando otro de los bastardos de Aegon el Grande intentó arrebatar el trono de las manos de su medio hermano legítimo, Aceroamargo se unió a la revuelta. Daemon Fuegoscuro había perecido en los campos Redgrass, y su rebelión con él. A pesar de eso, los seguidores de Fuegoscuro que sobrevivieron a las batallas se negaron a doblar la rodilla y huyeron a través del mar angosto, entre ellos los hijos menores de Daemon, los Aceroamargo, cientos de campesinos sin tierra y numerosos caballeros que pronto tuvieron que dedicarse a ser mercenarios para poder comer. Algunos se unieron a la Norma de los Pobres, otros a Los Segundos Hijos de los Hombres de la Doncella. Aceroamargo vio la fuerza de la casa Fuegoscuro disgregarse por los cuatro vientos, por lo que formó la Compañía del Oro para mantener a todos los exiliados juntos. Desde ese día hasta hoy, los hombres de la Compañía vivían y morían en las tierras en disputa, luchando por Myr, Lysh o Tyrosh en sus pequeñas guerras sin sentido y soñando en las tierras que sus padres habían perdido. Ellos eran exiliados, hijos de exiliados, desposeídos y nunca perdonados, pero seguían siendo unos formidables combatientes.

–Admiro tu capacidad de persuasión– le dijo Tyrion a Ilyrio. –¿Cómo convencerás a la Compañía de Oro para que tomen partido por nuestra dulce reina cuando ellos han pasado la mayor parte de su historia luchando contra los Targaryen?

Ilyrio aparto de si la objeción con un gesto –Negro o rojo, un dragón sigue siendo un dragón. Cuando Maelys el Monstruoso murió en las ensenadas fue el final de la línea masculina de la casa Fuegoscuro– sonrió el quesero con su barba hendida –Y Danaerys les dará a los exiliados algo que los Aceroamargo ni los Fuegoscuro nunca pudieron. El regreso a casa

*"*Con sangre y fuego". Era el tipo de retorno que Tyrion también deseaba para sí mismo. –Diez mil espadas hacen un regalo casi principesco, te lo aseguro. Su Alteza debería estar mas que complacida

El magister se dio un pequeño toque en la sien mientras balanceaba la barbilla. –Nunca presumiría sobre lo que pueda complacer a su Alteza– "Que prudente eres". Tyrion sabía mucho más que él sobre la gratitud de los Reyes. ¿Por qué las reinas iban a ser algo más diferentes?

Muy pronto el magister Ilyrio volvió a quedarse dormido, dejando a Tyrion a solas mientras rumiaba pensamientos. Se preguntaba que pensaría Sir Barristan Selmy sobre entrar en batalla junto a la Compañía de Oro. Durante la guerra de los nueve reyes Selmy había abierto un paso sangriento a través de sus huestes para llegar hasta el último de los Fuegoscuro que pretendían el trono y exterminarlo. Las rebeliones hacen extraños compañeros de cama. "Y nada mas raro que este gordo y yo"

El quesero se despertó cuando se detuvieron a cambiar los caballos y pidió una cesta de alimentos frescos. –¿Cuanto hemos avanzado?– preguntó el gnomo a medida que se llenaba de zanahorias, y salsas hechas de pasas, limón y naranjas. –Esto es Andalos, amiguito. La tierra de donde salieron tus andalos. Ellos la tomaron de los hombres peludos que estuvieron aquí antes de ellos, primos de los hombres peludos de Ib. El corazón del antiguo reino de Hugor esta al norte de nosotros, pero estamos pasando por su borde sur. En Pentos a esos lugares los llaman Los Llanos. Mas al este están las colinas de terciopelo, que es a donde nosotros nos encaminamos.

Andalos. La fé enseñaba que alguna vez los mismos Siete en persona caminaron por estas colinas en forma humana. –El padre elevó sus manos al cielo y trajo hacia abajo siete estrellas– Tyrion recitó de memoria –y una por una él las puso en la frente de Hugor de la Colina para hacer una corona brillante.

El magister Ilyrio le dirigió una mirada curiosa –No sabía que nuestro amigo fuera tan devoto–. El gnomo se encogió de hombros –Yo sabía que nunca iba a poder ser un caballero, así que me propuse ser Septon Supremo. Esa corona de cristal aumenta en un pie la estatura de un hombre. Estudié los libros sagrados y recé tanto que me salieron ampollas en las rodillas, pero mi búsqueda llegó a un trágico final. Alcancé cierta edad y me enamoré.

–¿Una doncella? Sé como va eso– Ilyrio llevó su mano derecha a un bolsillo en su manga izquierda y sacó un relicario de plata. En su interior había un retrato de una mujer con grandes ojos azules y cabello dorado surcado por hebras de plata. –Serra. La encontré en una casa de almohadas Lysenas y la llevé a mi hogar para calentar mi cama, pero me enamoré y terminé casandome con ella. Yo, el mismo cuya primera esposa había sido la prima del Príncipe de Pentos. A partir de entonces, las puertas del palacio se cerraron para mí, pero eso no me importó. El precio era lo suficientemente pequeño a pagar a cambio de Serra.

–¿Cómo murió?– Tyrion sabía que estaba muerta, pues ningún hombre hablaría con tanto cariño sobre una mujer que lo habría abandonado

–Una galera comercial Bravoosi arribó a Pentos en su retorno desde el mar de Jade. El Tesoro llevaba clavo de olor, azafrán, brocado carmesí, seda verde… y también la muerte gris. Matamos a sus remeros en lo que llegaron a la costa e incineramos el barco en el muelle, pero las ratas se deslizaron por los remos hasta las piedras de las calles. La plaga se llevó a dos mil personas antes de desaparecer– Ilyrio cerró el relicario –Aún guardo sus manos en mi dormitorio.. eran tan suaves…

Tyrion pensó en Tysha. Echó un nuevo vistazo a aquellos campos por los cuales alguna vez los dioses habían caminado. –¿Qué clase de dioses son los que crean a las ratas, las plagas y a los enanos?– Recordó otro pasaje de la Estrella de Siete Puntas –la doncella trajo una niña tan flexible como un sauce, con los ojos como profundas piscinas azules, y Hugor declaró que iba a convertirse en su novia. Así que la madre la hizo fértil y la Bruja predijo que ella daría a luz al Rey de los cuarenta y cuatro bravos hijos. El Guerrero dio fuerza a sus brazos mientras que el Herrero le hizo una armadura de placas de hierro.

–Su herrero debería haber sido Rhoynish– bromeó Ilyrio

–Los ándalos aprendieron el arte de la manipulación del hierro de los Ryonhar que habitaban por las orillas del río. Eso lo saben todo el mundo
–No nuestros septones– dijo Tyrion señalando a los campos. –Quien habita en estas llanuras tuyas?

–Agricultores y campesinos ligados a la tierra. Aquí hay huertos, granjas, minas.. Yo poseo algunas, a pesar de que rara vez vengo a visitarlas. ¿Por qué debería gastar mis días aquí, teniendo millones de delicias de Pentos al alcance de mi mano?

–Millones de delicias– "Y enormes y gruesas paredes". Tyrion agitó el vino en su copa –No hemos visto ninguna ciudad desde Pentos–

–Hay ruinas– dijo Ilyrio mientras agitaba un muslo de pollo hacia las cortinas. –Los jinetes vienen por aquí cuando a algún Khal se le ocurre asomar la cabeza al mar. A los Dothrakis no les gustan los pueblos, tendrás ocasión de comprobarlo en Poniente. Cae en uno de estos Khalasars y te podrás dar cuenta que los Dothrakis no son tan rápidos para cruzar el río

–Es más barato comprar gente con regalos y comida– "Si tan solo me hubiera acordado de llevar un lindo queso a la batalla del Aguasnegras, podría haber conservado aún mi nariz". Lord Twyin siempre había despreciado a las ciudades libres. Ellos pelean sus batallas con oro en lugar de

espadas, solía decir. El oro tiene sus utilidades, pero las batallas se ganan con el hierro. –Dale oro a un enemigo y puedes estar seguro de que siempre vendrá por más, siempre decía mi padre–

–¿Estás hablando del mismo padre que asesinaste?– Ilyrio tiró el hueso de pollo a través de las cortinas

–Los mercenarios no son rivales frente a los Dothrakis. Eso ya se ha demostrado en Qhor

–Ni siquiera tu valiente Griff?– se burló Tyrion.

–Griff es diferente. Él tiene un hijo que adora que se llama joven Griff. Nunca hubo un muchacho tan noble…

El vino, el alimento, el sol, el zumbido de las moscas , el vaivén de la litera, todo junto conspiró para adormilar a Tyrion. Así que se adormiló, se despertó, bebió mientras Ilyrio lo acompañaba copa a copa. Y así, cuando el cielo se tornó de un grisáceo purpura, Ilyrio empezó a roncar.

Esa noche, Tyrion Lannister soño en una batalla que tiñó las montañas de Poniente de un rojo sangre. Él estaba en el medio de la misma, repartiendo muerte con un hacha tan grande como él mismo, peleando junto a Barristan El Bravo y Aceroamargo mientras los dragones cruzaban el cielo sobre ellos. En el sueño, él tenía dos cabezas, ambas sin nariz. Su padre guiaba al enemigo, por lo que el tuvo que matarlo de nuevo. Luego asesinó a su hermano Jaime destrozando su rostro hasta convertirlo en una ruina roja, riéndose cada vez que encajaba un golpe. Solo cuando terminaba la lucha podía darse cuenta que su segunda cabeza estaba llorando.

Cuando despertó, sus piernas estaban rígidas como el acero. Ilyirio estaba comiendo aceitunas. –¿Dónde estamos?– preguntó Tyrion

–No hemos salido de la llanura aún, mi apresurado amigo. Pronto llegaremos a las colinas de terciopelo en donde comenzamos nuestro ascenso a través de Ghoyan Drohe por sobre el pequeño Rhoyne.

Gohyan Drohe había sido una ciudad de Rhoyne, hasta que los dragones de Valyria la redujeron a una humeante desolación. "Además de viajar a través de las leguas, estoy viajando en el tiempo", pensó Tyrion. "He regresado a través de la historia a los días en donde los dragones dominaban la tierra"

Tyrion se durmió y despertó y se volvió a dormir, mientras que el día y la noche parecían no importar. Las Colinas de Terciopelo habían resultado ser una decepción. –La mitad de las putas de Lannisport tienen las tetas mas grandes que estas colinas. Deberían llamarles las Tetas de Terciopelo– Vieron un círculo de piedras que Ilyrio dijo que habían sido diseñadas por los gigantes y más adelante un profundo lago. –Aquí había una guarida de ladrones que asaltaban a todos los que pasaban por aquí– dijo Ilyrio –Se dice que todavía merodean bajo el agua. Los que intentan pescar en estas aguas son arrastrados a las profundidades y devorados– La siguiente noche llegaron a una inmensa estatua Valyria en forma de esfinge que estaba atravesada en el camino.
–Una reina dragón– dijo Tyrion –un agradable presagio.

–Su rey ha desaparecido– señaló Ilyrio apuntando al zócalo liso de piedra donde en alguna ocasión se había asentado una segunda estatua, ahora lleno de musgo y flores. –Los jinetes construyeron ruedas de madera por debajo de él y lo arrastraron de vuelta a Vaes Dothrak.

"Ese es un presagio también, pero no tan esperanzador"

Esa noche, borracho como siempre, de repente rompió a cantar la siguiente canción:

> Él recorrió las calles de su ciudad, frente a la colina en lo alto
> Entre los vientos, el asfalto y los adoquines, montó un suspiro de una mujer
> Pero ella era su secreto tesoro, ella era su vergüenza y su felicidad
> Y una cadena y un fuerte no son nada, comparado al beso de una mujer

Esa era toda la letra que sabía, además del estribillo

> Las manos de oro siempre están frías, pero las manos de una mujer son cálidas

Las manos de Shae lo habían golpeado, mientras las de oro las que le habían atenazando la garganta. No recordaba si habían sido calientes o no. Cuando las fuerzas la abandonaron los golpes se convirtieron en mariposas revoloteando alrededor de su cara. Cada vez que él daba un nuevo giro a la cadena, las manos doradas se clavaban más profundamente. "Una cadena y un fuerte no son nada, comparado al beso de una mujer". ¿La había besado por última vez después de matarla? No podía recordarlo, a pesar de que sí podía hacerlo con el primer beso que le dio en la tienda a un lado del Tridente. ¡Qué dulce supo su boca en aquella ocasión!

También recordó su primera vez con Tysha. "Ella no sabía como hacerlo. No más que yo. Seguíamos chocando nuestras narices pero el momento en que toqué su lengua con la mía, me dí cuenta que temblaba". Tyrion cerró sus ojos para recordar su rostro, pero en su lugar apareció el de su padre, en cuclillas sobre un retrete con su pijama subido hasta la cintura. –A dónde van las putas– dijo Lord Twyn mientras la ballesta vibraba.

El gnomo se dio la vuelta, presionando fuertemente su rostro contra las almohadas de seda. El sueño se abrió ante él como un profundo pozo y se lanzó a él con el deseo de que la oscuridad se lo coma completamente.

6. EL HOMBRE DEL MERCADER

El *Aventura* apestaba.

Contaba con sesenta remos, una sola vela, y un largo y delgado casco que prometía velocidad. «Pequeño, pero podría servir», pensó Quentyn cuando lo vio, pero eso fue antes de abordar y olerlo bien. *Cerdos,* fue lo primero que pensó, pero tras un segundo olisqueo cambió de opinión. Los cerdos tienen un olor más limpio. Esta peste era de orina y carne putrefacta y excrementos, era el hedor de la carne de los cadáveres y ulceras supurantes y heridas podridas, tan fuerte que invadía el aire salado y el olor a pescado del puerto.

–Quiero vomitar– le dijo a Gerris Drinkwater. Estaban esperando a que el patrón del barco apareciera, bajo un calor sofocante como el hedor que subía de la cubierta de debajo de ellos.

–Si el capitán huele igual que su barco, podría confundir tu vómito con perfume– replicó Gerris.

Quentin estaba a punto de sugerir que probaran en otro barco cuando el patrón finalmente apareció, con dos miembros de la tripulación con una pinta horrorosa a su lado. Gerris lo saludó con una sonrisa. A pesar de que no hablaba la lengua Volantena tan bien como Quentin, su ardid requería que hablara por ambos. Antes en Tabladillo había interpretado al vendedor de vino, pero la mascarada le había irritado, así que cuando los Dornienses cambiaron de barco en Lys ellos habían cambiado los papeles también. A bordo de la *Alondra*, Cletus Yronwood se convirtió en comerciante, Quentin en el sirviente; en Volantis, con Cletus asesinado, Gerris había asumido el papel de maestro.

Alto y limpio, con unos ojos azul verdosos, un pelo rubio rojizo cuando reflejaba el sol, y un cuerpo delgado y atractivo, Gerrys Drinkwater tenía una fanfarronería y una confianza que rallaba la arrogancia. Nunca parecía incómodo, e incluso cuando no hablaba el idioma, tenía maneras de hacerse entender. Quentyn tenía un peor porte en comparación – paticorto y achaparrado, de complexión gruesa, con un pelo del marrón de la tierra recién removida. Su frente era demasiado alta, su mandíbula demasiado cuadrada, su nariz demasiado ancha. «Una buena cara honesta», una muchacha le había dicho una vez, «pero deberías sonreír más a menudo».

Las sonrisas no le salían con facilidad a Quentin Martell, no más de lo que le salían a su padre.

–¿Como de veloz es vuestra *Aventura?* – dijo Gerris, en una vacilante aproximación del Alto Valyrio.

El patrón de el Aventura reconoció el acento y respondió en la lengua Común de Poniente.

–No hay ninguno más rápido, honorable señor. El *Aventura* puede dejar atrás al mismo viento. Dime a donde les gustaría navegar, y rápidamente podré llevarles allí.
– Busco pasaje para Meereen para mí y dos sirvientes.

Eso hizo que el capitán se parara a pensar.

–No soy un extraño en Meereen. Podría encontrar la ciudad otra vez, sí… pero ¿por qué? No se pueden conseguir esclavos en Meereen, no encontrareis beneficios allí. La reina de plata ha puesto fin a aquello. Incluso ha cerrado los fosos de lucha, por lo que un pobre marinero no puede entretener mientras espera llenar sus reservas. Dime, mi amigo de Poniente, ¿Qué hay en Meereen para que quieras ir allí?

«La mujer más bella del mundo», pensó Quentyn. «Mi futura esposa, si los dioses son buenos». A veces, por la noche se tumbaba despierto imaginando su cara y su figura, y preguntándose por qué una mujer así querría casarse con él, de todas las princesas del mundo. «Yo soy Dorne», se dijo a sí mismo. «Ella querrá Dorne».

Gerris contestó con la historia que habían inventado.

–El vino es negocio de nuestra familia. Mi padre posee extensos viñedos allá en Dorne, y desea que encuentre nuevos mercados. Se espera que el buen pueblo de Meereen le de la bienvenida a lo que vendo.

–¿Vino? ¿Vino Dorniense?– el capitán no estaba muy convencido. –Las ciudades de esclavos están en guerra. ¿Podría ser que no supierais esto?

–La pelea es entre Yunkai y Astapor, lo hemos oído. Meereen no está involucrada.

–Aún no. Pero pronto. Un enviado de la Ciudad Amarilla está en Volantis ahora mismo, contratando espadas. Las largas lanzas ya han cogido un barco para Yunkai, y el Azote del Viento y la Compañía del Gato los seguirán una vez hayan terminado de completar sus filas. La compañía Dorada marcha al este también. Todo esto es sabido.

–Si tu lo dices. Yo vendo vino, no guerras. El vino Ghiscari es un producto pobre, todos estamos de acuerdo. Los Meereeneses pagarán un buen precio por mis excelentes cosechas.

–Los hombres muertos no se preocupan por el tipo de vino que beben. – El patrón del *Aventura* toqueteó su barba. – No soy el primer capitán al que te has acercado, creo. Ni siquiera el décimo.

–No– admitió Gerris.

–¿Cuántos entonces? ¿Un centenar?

«Bastante cerca», pesó Quentyn. A la gente de Volantis le encantaba fanfarronear que las cientos de islas de Braavos podrían ser lanzadas a su profundo puerto y se ahogarían. Quentyn nunca había visto Braavos, pero podía creérselo. Rica, madura y podrida, Volantis cubría la boca del Rhoyne como un húmedo y cálido beso, extendiéndose a través de colinas y marismas a ambos lados del rio. Los barcos estaban por todos lados, bajando el río o encaminándose hacia el mar, atestando los embarcaderos y muelles, embarcando mercancías o descargándolas: barcos de guerra, balleneros y galeras de comercio, carracas y esquifes, barcazas, grandes barcazas, barcos largos, navíos de mástiles altos, barcos de Lys y Tyrosh y Pentos, especieros de Qartheen grandes como palacios, barcos de Tolos, Yunkai y los Basiliscos. Tantos que Quentyn, viendo el puerto por primera vez desde la cubierta del *Alondra,* les había dicho a sus amigos que aquí sobrevivirían sólo tres días.

Pero veinte días habían pasado, y aquí seguían, sin barco aún. Los capitanes del *Melantina,* el *Hija del Triarca,* y del *Beso de la Sirena* les habían rechazado todos. Un oficial de cubierta se había reído en sus caras. El patrón del *Delfín* reprendió por hacerle perder su tiempo, y el propietario del *Séptimo Hijo* los acusó de ser piratas. Todo eso en el primer día.

Sólo el capitán del *Cervatillo* les había dado razones de su rechazo.

–Es cierto que navegó hacia el este– les dijo, mientras bebían una botella de vino aguado. –Al sur alrededor de Valyria y de ahí hacia el amanecer. Cargaremos agua y provisiones en Nueva Ghis, entonces giraremos todos los remos hacia Qarth y las Puertas de Jade. Todo viaje tiene peligros, los

largos más de la cuenta. ¿Por qué debería buscarme más peligros yendo a la Bahía de los Esclavos? El *Cervatillo* es mi forma de ganarme la vida. No lo arriesgaré para llevar a tres Dornienses locos al centro de una guerra.

Quentyn había empezado a pensar que habrían hecho mejor comprando su propio barco en Tabladillo. Sin embargo, eso habría atraído una atención no deseada. La Araña tiene informadores por todos lados, incluso en los salones de Lanza del Sol.

–Dorne sangrará si es descubierto tu propósito– le había advertido su padre, mientras miraban a los niños juguetear en los estanques y fuentes de los Jardines del Agua. – Lo que hacemos es traición, no cometas ningún error. Confía sólo en tus compañeros, y haz lo mejor que puedas para evitar atraer la atención.

Así que Gerris Drinkwater le dio al capitán del *Aventura* su mejor sonrisa cautivadora.

–La verdad sea dicha, no llevo la cuenta de todos los cobardes que nos han rechazado, pero en la Casa del Mercader escuché decir que vos erais un tipo de hombre más audaz, el tipo que podría arriesgarlo todo por el suficiente oro.

«Un contrabandista», pensó Quentyn. Así es como los demás comerciantes describieron al patrón del *Aventura*, allí en la Casa del Mercader.

–Es un contrabandista y un esclavista, medio pirata y medio rufián, pero puede que sea vuestra mejor esperanza– les había dicho el posadero.

El capitán frotó el pulgar contra el índice.

–¿Y cuanto dinero consideráis suficiente por tal viaje?

–El triple de la tarifa habitual por un pasaje a la Bahía de Esclavos.

–¿Por cada uno de vosotros?– El capitán mostró los dientes en algo que podría haberse interpretado como una sonrisa a pesar de que le daba a su estrecha cara un aspecto salvaje. – Tal vez. Es verdad, soy un hombre tan audaz como el que más. ¿Cómo de pronto quieren marchar?

–Mañana no sería lo suficientemente pronto.

–Hecho. Volved una hora antes del alba, con vuestros amigos y vuestros vinos. Mejor estar en movimiento mientras Volantis duerme, así nadie hará preguntas inconvenientes sobre nuestro destino.

–Como digáis. Una hora antes del alba

La sonrisa del capitán se ensanchó.

–Estoy encantado de poder ayudaros. Tendremos un viaje feliz, ¿verdad?

–Estoy convencido de ello– dijo Gerris. El capitán pidió unas cervezas, y los dos hicieron un brindis por su empresa.

–Un hombre agradable– dijo Gerris más tarde, mientras Quentyn y él caminaban hacia el pie del embarcadero donde el hathay que habían contratado esperaba. El aire se mantenía caliente y pesado,

y el sol era tan brillante que ambos tenían que entornar los ojos.

–Es una ciudad agradable– admitió Quentyn. «Suficientemente agradable para pudrirte los dientes». La remolacha azucarera crecía por aquí en abundancia, y era servida en casi todas las comidas. Los Volantineses hacían una sopa fría con ellas, tan densa y sabrosa como una miel púrpura. Sus vinos eran dulces también. –No obstante, temo que nuestro viaje feliz será corto. Ese hombre agradable no se refería a llevarnos a Meereen. Ha sido demasiado rápido en aceptar tu oferta. Tomará el triple de la tarifa habitual, sin duda, y una vez que estemos a bordo y perdamos de vista la tierra, nos cortará las gargantas y tomará el resto del nuestro oro también.

–O nos encadenará a un remo, junto a esos desgraciados que estábamos oliendo. Necesitamos un tipo mejor que un contrabandista, creo.
Su conductor les esperaba junto a su *hathay.* En Poniente, podrían haberlo llamado un carro de bueyes, aunque éste estaba mucho más adornado que cualquier carro que Quentyn hubiera visto en Dorne, y le faltaba un buey. El *hathay* era tirado por un elefante enano, su color era de la nieve sucia. Las calles del Viejo Volantis estaban llenas de ellos.

Quentyn habría preferido caminar, pero estaban a varias millas de su posada. Por otro lado, el posadero y la Casa del Mercader les habían advertido sobre que viajar a pie podría empañar su reputación a los ojos de capitanes extranjeros y de los Volantineses nativos también. Las personas de calidad viajaban en palanquín, o en la parte de atrás de un *hathay*… y resultaba que el posadero tenía un primo que era propietario de varios de aquellos artilugios y estaría encantado de servirles en este tema.

Su conductor era uno de los esclavos del primo, un hombre pequeño con una rueda tatuada sobre uno de sus mejillas, desnudo excepto por un taparrabo y un par de sandalias. Su piel era del color de la teca, sus ojos esquirlas de sílex. Después de ayudarles a subir al banco almohadillado entre las dos gigantescas ruedas del carro, trepó a la espalda del elefante.

–A la Casa del Mercader– le dijo Quentyn, –pero ve por los embarcaderos.– Más allá de los muelles y su brisa, las calles y callejones de Volantis estaban lo suficientemente caliente para ahogar a un hombre en su propio sudor, al menos en este lado del río.

El conductor le gritó algo al elefante en la lengua local. La bestia comenzó a moverse, la trompa se balanceaba de un lado a otro. El carro se sacudía detrás de él, el conductor abucheaba a los marineros y a los esclavos a fin de despejar el camino. Era fácil diferenciar a unos de otros. Los esclavos estaban todos tatuados: una máscara de plumas azules, un rayo que recorría desde la mandíbula hasta la frente, una moneda sobre la mejilla, unas manchas de leopardo, una calavera, una jarra. El Maestre Kedry dijo que hay cinco esclavos por cada hombre libre en Volantis a pesar de que no había vivido lo suficiente para verificar su estimación. Había fallecido la mañana que los corsarios habían abordado la *Alondra*.

Quentyn perdió otros dos amigos el mismo día – William Wels con sus pecas y sus dientes torcidos, intrépido con una lanza en sus manos, y Cletus Yron-wood, atractivo a pesar de su ojo vago, siempre calentorro, siempre riéndose. Cletus había sido el mejor amigo de Quentyn durante más de media vida, un hermano en todo excepto en la sangre.

–Dale un beso a la novia de mi parte, – le había susurrado Cletus, justo antes de morir.

Los corsarios habían abordado en la oscuridad justo antes del amanecer, mientras la *Alondra* estaba anclada fuera de la costa de las Tierras en Disputa. La tripulación los había rechazado, a costa de doce vidas. Más tarde los marineros despojaron a los corsarios muertos de botas, cinturones y

armas, repartieron sus bolsas y arrancaron gemas de sus orejas y anillos de sus dedos. Uno de los cadáveres era tan gordo que el cocinero del barco tuvo que cortarle los dedos con un cuchillo de carne para reclamar sus anillos. Necesitaron tres alondreros para hacer rodar el cuerpo hasta el mar. Los otros piratas fueron lanzados tras él, sin una palabra, oración o ceremonia.

Sus propios muertos recibieron un tratamiento más delicado. Los marineros cosieron sus cuerpos en unas lonas, cargándolos con un lastre de piedras para que pudieran hundirse más rápidamente. El capitán de la *Alondra* guió a su tripulación en una oración por las almas de sus compañeros muertos. Entonces se volvió hacia sus pasajeros Dornienses, los tres que quedaban de los seis que habían subido a bordo en Tabladillo. Incluso el grandullón, pálido, de un verde enfermizo y con paso inseguro, había salido con gran dificultad de la bodega del barco para presentar sus respetos.

–Uno de vosotros debería decir algunas palabras por vuestros muertos, antes de que los enviemos al mar– dijo el capitán. Gerris le había agradecido, mintiendo con cada palabra, ya que no se atrevía a decir la verdad de quienes eran o por qué habían venido.

«No se suponía que esto tuviera que acabar así para ellos».

–Esto será una historia para contarle a nuestros nietos– había declarado Cletus el día que salieron del castillo de su padre.

Will puso una cara rara a eso y dijo.

–Una historia para contársela a las sirvientas de la taberna querrás decir, con la esperanza de levantarle las faldas.

Cletus le palmeó en la espalda.

–Para tener nietos hace falta tener hijos. Para tener hijos, hace falta levantar algunas faldas.

Más tarde en Tabladillo, los Dornienses habían brindado por la futura novia de Quentyn, hicieron bromas subidas de tono sobre su noche de bodas, y hablaron sobre las cosas que verían, las buenas obras que harían, la gloria que ganarían. «Todo lo que ganaron fue un saco de tela de vela relleno de piedras».

Por mucho que lloró a Will y a Cletus, fue la pérdida del maestre la que Quentyn sintió más profundamente. Kedry había dominado los idiomas de todas las Ciudades Libres, e incluso la mezcla de Ghiscari que los hombres hablaban a lo largo de la costa de la Bahía de los Esclavos.

–El Maestre Kedry os acompañará– le dijo su padre la noche que partían. –Presta atención a sus consejos. Ha dedicado media vida al estudio de las Nueve Ciudades Libres.– Quentin se preguntó si las cosas podrían no haber sido algo más fácil sólo si él hubiera estado aquí para guiarlos.

–Vendería a mi madre por un poco de brisa– dijo Gerris, mientras cruzaban las multitudes del muelle. – Es húmeda como el coño de una doncella que siempre está caliente como el mediodía. Odio esta ciudad.

Quentin compartía el sentimiento. El desagradable calor húmedo de Volantis socavaba sus fuerzas y lo dejaban sintiéndose sucio. La peor parte era saber que la noche no traería ningún tipo de alivio. Allí en las altas praderas al norte de los terrenos de Yronwood, el aire era siempre frio y vigorizante tras la oscuridad, no importaba cuanto calor hubiera hecho de día. Aquí no. En Volantis, las noches eran casi igual de calientes que los días.

–La *Diosa* parte para Nueva Ghis mañana,– le recordó Gerris. –Ese al menos nos llevaría más cerca.

–Nueva Ghis es una isla, y tiene un puerto mucho más pequeño que este. Estaríamos más cerca, sí, pero nos podríamos encontrar varados. Y Nueva Ghis se ha aliado con los de Yunkai. – Esas noticias no eran una sorpresa para Quentyn. Nueva Ghis y Yunkai eran ciudades Ghiscarianas las dos. –Si Volantis se aliara con ellas también…

–Necesitamos encontrar un barco que venga de Poniente, - sugirió Gerris, – algún comerciante que salga de Lannisport o de Antigua.

–Pocos vienen tan lejos, y aquellos que lo hacen llenan sus bolsas con seda y especias del Mar de Jade, luego giran sus remos rumbo a casa.

–¿Quizás un barco Braavosi? Uno tiene noticias de velas púrpuras tan lejos como Asshai y las islas del Mar de Jade

–Los Braavosi son descendientes de esclavos escapados. Ellos no comercian en la Bahía de los Esclavos.

–¿Tenemos suficiente dinero como para comprar un barco?

–¿Y quién lo manejará? ¿Tu? ¿Yo? – Los Dornienses nunca han sido temerosos del mar, no desde que Nymeria quemó sus diez mil barcos. – Los mares que rodean Valyria son peligrosos y llenos de corsarios.

–Ya he tenido suficientes corsarios. No compraremos el barco.

«Sigue siendo un juego para él», se dio cuenta Quentyn, «no es diferente de la vez que guió a seis de nosotros hacia las montañas para encontrar la vieja guarida del Rey Buitre». No estaba en la naturaleza de Gerris Drinkwater imaginar que podrían fallar, ni que hablar de que pudieran morir. Parecería que, ni siquiera la muerte de tres de sus amigos había servido para escarmentarlo. «Me deja eso a mí. Sabe que mi naturaleza es tan cautelosa como la suya es valiente».

–Quizás el grandullón tiene razón– dijo Ser Gerris. –Que le den al mar, podemos terminar el viaje por tierra.
–Sabes por qu´q dice eso– dijo Quentyn. –Preferiría morir antes que volver aponer un pie en otro barco. – El grandullón había estado verde todos los días de su viaje. En Lys, le había llevado cuatro días recuperar sus fuerzas. Tuvieron que coger habitaciones en una posada para que el Maestre Kedry pudiera meterlo en una cama de plumas y alimentarlo a base de caldo y pociones hasta que algo de color volvió a sus mejillas.

Era posible llegar por tierra a Meereen, eso era cierto. Las antiguas carreteras Valyrias los habrían llevado allí. *Los Caminos del Dragón*, llamaban los hombres a las grandes carreteras de piedra del Feudo Franco, pero el que corría hacia el este desde Volantis hasta Meereen se había ganado un nombre más siniestro: *El camino del Demonio.*

–El camino del demonio es peligroso, y también es más lento– dijo Quentyn. –Tywin Lannister mandó sus propios hombres tras la reina una vez que la noticia llegó a Desembarco del Rey. –Su padre había estado seguro de ello. – Su voluntad viene con cuchillos. Si la alcanzan ellos primero…

–Esperemos que sus dragones los olfateen y se los coman, – dijo Gerris. – Bueno, si no podemos encontrar un barco, y tu no nos dejaras cabalgar, tenemos también un pasaje reservado de vuelta a Dorne.

«Arrastrándome de vuelta a Lanza del Sol vencido, ¿con el rabo entre las piernas? » La decepción de su padre sería más de lo que Quentyn podría soportar, y el desprecio de las Serpientes de las Arenas sería fulminante. Doran Martell había puesto el destino de Dorne en sus manos, no podía fallarle, no mientras le quedara algo de vida.

La calima se elevaba desde la calle mientras el hathay traqueteaba y se bamboleaba a lo largo de sus ruedas con bordes de hierro, dando una cualidad como de sueño a sus alrededores. Entre los almacenes y embarcaderos, las tiendas y los puestos de diferentes tipos atestaban los muelles. Aquí las ostras frescas podían ser compradas, aquí cadenas de hierro y esposas, aquí piezas de cyvasse esculpidas en mármol y jade. También había templos aquí, donde los marineros venían a presentar sacrificio a dioses extranjeros, codo con codo con casas de citas donde las mujeres llamaban desde los balcones a los hombres de abajo.

–Échale un vistazo a esa, – le urgió Gerris, mientras pasaban una casa de citas. –Creo que está enamorada de ti.

«¿Y cuanto cuesta el amor de una puta?» –La verdad sea dicha, las mujeres ponían a Quentyn nervioso, especialmente las bonitas.

Cuando llegó por primera vez a Yronwood, habia estado loco por Ynys, la mayor de las hijas de Lord Yronwood. Aunque nunca dijo una palabra respecto a sus sentimientos, guardó sus sueños durante años… hasta el día que ella fue enviada a casarse con Ser Ryon Allyrion, el heredero de Godsgrace. La última vez que la había visto, ella tenía un niño en su pecho y otro aferrado a sus faldas.

Tras Ynys habían venido las gemelas Drinkwater, un par de damas asalvajadas a las que les encantaba la cetrería, la caza, escalar rocas, y hacer que Quentyn se sonrojara. Una de ellas le había dado su primer beso, aunque nunca supo cual de las dos fue. Como hijas de un caballero con tierras, las gemelas eran de una cuna demasiado humilde como para casarse, pero a Cletus no creyó que eso fuera razón como para evitar que se besaran.

–Cuando te cases puedes tomar a una de los dos como amante. O a ambas, ¿por qué no?

Pero a Quentyn se le ocurrían varias razones de porque no, así que había hecho lo que había podido para esquivar a las gemelas de ahí en adelante, y no había habido segundo beso.

Más recientemente, la más joven de las hijas de Lord Yronwood había empezado a seguirle por el castillo. Gwyneth tenía 12 años, una pequeña y delgada niña cuyos oscuros ojos y pelo marrón la diferenciaban en una casa de ojos azules y pelo rubio. Era lista, dura, tan rápida con las palabras como con sus manos, y le gustaba decirle a Quentyn que tenía que esperarla a que floreciera, para que se pudiera casar con él.

Eso fue antes de que el príncipe Doran lo hubiera llamado a los Jardines de Agua. Y ahora la mujer más hermosa del mundo le estaba esperando en Meereen, y él tenía que hacer lo que debía y pedirla en matrimonio. «No me rechazará. Hará honor a nuestro acuerdo». Daenerys Targaryen necesitaría a Dorne para poder ganar los Siete Reinos, y eso significaba que lo necesitaría a él. «Eso no significa que ella me ame, creo. No tendría ni que gustarle».

La calle se curvaba donde el rio se encontraba con el mar, y allí a lo largo de la curva un número de vendedores de animales se apiñaban juntos, ofreciendo lagartos engemados, serpientes gigantes ralladas, y ágiles y pequeños monos de colas anilladas y hábiles y rosadas manos.

–Quizás a tu reina plateada le gustaría un mono– le dijo Gerris.

Quentyn no tenía ni idea de lo que le gustaría a Daenerys Targaryen. Le había prometido a su padre que la llevaría de vuelta a Dorne, pero cada vez más se preguntaba si tenía alguna oportunidad en esta tarea.

«Nunca lo pregunté», pensó.

A través de la extensión azul del Rhoyne, podía ver el Muro Negro que había sido levantado por los Valyrios cuando Volantis no era más que un puesto de avanzada de su imperio: un gran óvalo de piedra fundida de doscientos pies de alto y tan ancho que seis cuadrigas podrían correr en la parte superior uno junto a otro, como hacían cada año para celebrar la fundación de la ciudad. No se permitían dentro del Muro Negro forasteros, extranjeros o libertos salvo por invitación de aquellos que vivían allí, vástagos de la Vieja Sangre quienes podían trazar su linaje hasta la propia Valyria.

El tráfico era más denso aquí. Estaban cerca del límite occidental del Puente Largo, el cual unía las dos mitades de la ciudad. Wayns, carruajes y hathays llenaban las calles, todos ellos viniendo del puente o saliendo de él. Los esclavos estaban por doquier, tan numerosos como cucarachas, correteando por las calles a causa de los negocios de sus amos.

No lejos de la Plaza de los Pescadores y la Casa del Mercader, gritos surgieron del cruce de calles, yuna docena de lanceros Inmaculados con armaduras adornadas y capas de piel de tigre aparecieron como de la nada, haciendo señas a todo el mundo para que se apartaran a un lado para que el Triarca pudiera pasar subido en su elefante. El elefante del Triarca era un mastodonte de piel gris ataviado con una elaborada armadura de esmalte que repiqueteaba suavemente mientras se movía, y el castillo a sus espaldas era tan alto que rascaba la parte alta del arco de piedra ornamental por el que estaban pasando debajo.

–Los triarcas son considerados tan elevados que no se permite que sus pies toquen el suelo durante su año de servicio– informó Quentyn a su compañero. –Van a todos lados cabalgando en elefantes.

–Bloqueando las calles y dejando montones de boñigas para que los que son como nosotros se enfrenten a ellas,– dijo Gerris. –Por qué Volantis necesita tres príncipes cuando Dorne se apaña con uno solo, nunca lo sabré.

–Los triarcas no son reyes ni príncipes. Volantis es un feudo franco, como la Valyria de antaño. Todos los terratenientes nacidos libres comparten el gobierno. Incluso se permite votar a las mujeres, abastecen su propia tierra. Los tres Triarcas son elegidos de entre esas familias nobles que pueden probar su descendencia directa de la vieja Valyria, para servir hasta el primer día del nuevo año. Y tu sabrías esto si te hubieras molestado en leer el libro que el Maestre Kedry te dio.

–No tenía dibujos.

–Había mapas.

–Los mapas no cuentan. Si me hubiera dicho que era sobre elefantes y tigres, podría haberle dado una oportunidad. Se parecía sospechosamente a una historia.

Cuando su Hathay llegó al borde de la Plaza de los Pescadores, su elefante levantó su trompa e hizo un ruido de trompeta como algún tipo de ganso blanco gigante, reacio a sumergirse en la maraña de wayns, palanquines y tráfico peatonal que había delante. Su conductor le clavó los talones y siguió moviéndose.

Los pescaderos estaban sin fuerzas, pregonando la captura mañanera. Quentin entendía una palabra de cada dos como mucho, pero no necesitaba conocer las palabras para reconocer el pescado. Vio bacalao, pez espada y sardinas, barriles de almejas y mejillones. Las anguilas colgaban a lo largo del frontal de un puesto. Otro exponía una tortuga gigante, colgada por las patas con cadenas de hierro, pesada como un caballo. Los cangrejos escarbaban dentro de toneles de agua salada y algas. Varios de los vendedores estaban friendo trozos de pescado con cebollas y remolachas, o vendiendo estofado de pescado picante de pequeños calderos de hierro.

En el centro de la plaza, bajo la estatua resquebrajada y sin cabeza de un triarca muerto, la multitud se había empezado a reunir alrededor de unos enanos que hacían un espectáculo. Los pequeños hombres estaban emperifollados con armaduras de madera, caballeros en miniatura preparándose para una justa. Quentyn vio a uno montar un perro, mientras el otro se aupaba a un cerdo… sólo para resbalarse por el otro lado otra vez, en medio de un montón de risas.

–Parecen asombrosos– dijo Gerris. –¿Podríamos parar y verles pelear? Unas risas te podrían venir bien, Quent. Pareces un viejo que no ha cagado en medio año.

*«*Tengo diez y ocho, seis años más joven que tú»*,* pensó Quentyn. «No soy un viejo». En cambio dijo.

–Una pequeña, creo.

Con cuatro pisos de altura, la Casa del Mercader dominaba los muelles, los embarcaderos y los almacenes que la rodeaban. Aquí los comerciantes de Antigua y Desembarco del Rey se mezclaban con sus homólogos de Braavos, Pentos y Myr, con los peludos de Ibben, los pálidos viajeros de Qarth, la gente negra como el carbón de las Islas del Verano envueltos en capas de plumas, incluso con los enmascarados atadores de sombras de Asshai por la Sombra.

Las piedras del pavimento se sentían calientes bajo sus pies cuando Quentyn bajo del *hathay*, incluso a través de sus botas de cuero. Fuera de la Casa del Mercader habían puesto a la sombra una mesa de caballete y habían decorado con pendones de tiras blancas y azules que se sacudían con cada racha de aire. Cuatro mercenarios de mirada dura estaban recostados alrededor de la mesa, gritando a cada hombre y niño que pasaba. Azote de Viento*,* supo Quentyn. Los sargentos estaban buscando carne fresca para llenar sus filas antes de partir hacia la Bahía de los Esclavos. «Y todo hombre que firme con ellos es otra espada para Yunkai, otra espada dedicada a beber la sangre de mi futura esposa».

Uno de los de Azote de Viento les gritó.

–No hablo vuestra lengua– contestó Quentyn. A pesar de que podía leer y escribir Alto Valyrio, tenía poca experiencia hablándolo. Y la manzana Volantena había rodado lejos del árbol Valyrio.

–¿Gente de Poniente?– contestó el hombre, en la lengua común.

–Dornienses. Mi amo es un vendedor de vino.

–¿Maestro? Joder. ¿Eres un esclavo? Vente con nosotros y se tu propio amo. ¿Quieres morir en la

cama? Te entrenaremos con la espada y la lanza. Cabalgarás a la batalla con el Principe Destrozado y volveras a casa más rico que un señor. Chicos, chicas, oro, lo que quieras, si eres hombre suficiente como para cogerlos. Somos el Azote del Viento, y nos follamos a la diosa de la matanza por el culo.
Dos de los mercenarios empezaron a cantar, gritando las palabras de alguna canción de marcha. Quentyn comprendió lo suficiente como para captar lo fundamental. *Somos el Azote del Viento*, cantaban. «Llévanos volando al este a la Bahía de los Esclavos, mataremos al rey carnicero y nos follaremos a la reina dragón».

–Si Cletus y Will siguieran con nosotros, podríamos volver con el grandullón y matar a un montón de ellos, – dijo Gerris.

«Cletus y Will están muertos».

–No les prestes atención– dijo Quentin. El mercenario tiraba pullas a sus espaldas mientras atravesaban las puertas de la Casa del Mercader, burlándose de ellos diciéndoles cuervos sin sangre y niñas asustadas.

El grandullón estaba esperándoles en sus aposentos en la segunda planta. A pesar de que la posada había venido bien recomendada por el patrón del *Alondra*, eso no significaba que Quentyn estuviera deseando dejar sus bienes y su dinero sin custodia. Cada puerto tenía sus ladrones, canallas y putas, y Volantis tenía como el que más.

–Estaba a punto de salir a buscaros– dijo Ser Archibal Yronwood mientras deslizaba la tranca para dejarles pasar. Había sido su primo Cletus quien había empezado a llamarle *el grandullón*, pero el nombre era bien merecido. Arch medía seis pies y medio de altura, hombros anchos, enorme barriga, con piernas como troncos de árboles, manos del tamaño de jamones, y sin cuello del que se pudiera hablar. Algún mal infantil había hecho que se le cayera todo el pelo. Su cabeza calva le recordaba a Quentin a un suave y rosado canto rodado.

–Entonces– demandó, –¿Qué dijo el contrabandista? ¿Tenemos una barca?

–Un barco– le corrigió Quentyn. Sí, nos llevará, pero sólo tan lejos como esté el infierno más cercano.

Gerris se sentó sobre una cama que se hundía y se quitó las botas.

–Dorne suena más atractivo por momentos.

El grandullón dijo.

–Sigo diciendo que sería mejor cabalgar por el camino del demonio. Quizás no es tan peligroso como dicen los hombres. Y si lo es, eso sólo significa más gloria para aquellos que se atreven a recorrerlo. ¿Quién se atrevería a molestarnos? Drink con su espada, yo con mi martillo, eso es más de lo que cualquier demonio podría digerir.

–¿Y si Daenerys muere antes de que la alcancemos? – dijo Quentyn. – Tenemos que tener un barco. Incluso si es el *Aventura.*

Gerris rio.

–Debes estar más desesperado por Daenerys de lo que pensaba si vas a soportar ese hedor durante

meses sin parar. Después de tres días, les estaré rogando que me maten. No, mi príncipe, te lo ruego, el *Aventura* no.

–¿Tienes una forma mejor? – le preguntó Quentyn.

–La tengo. Se me acaba de ocurrir. Tiene sus riesgos, y no es algo que llamarias honorable, te lo reconozco… pero te llevará a tu reina más rápido que el camino del demonio

–Dime.– dijo Quentyn Martell.

7. JON

Jon Nieve leyó la carta hasta que las palabras se nublaban y se perdían de su vista. «No puedo firmar esto. No voy a firmar esto».

Estuvo a punto de quemar el pergamino allí mismo. En cambio tomó un sorbo de cerveza, los posos de la media copa le recordaron su solitaria cena la noche anterior. «Tengo que firmarlo. Me eligieron para ser su Lord comandante. El muro es mío, así como la guardia. La guardia de la noche no toma partido».

Fue un alivio cuando Edd el Penas abrió la puerta para decirle que Gilly venia sola. Jon apartó la carta del Maestre Aemon.

–Déjala entrar – Jon temía esto. – Busca a Sam. Quiero hablar con él. Estará abajo con los libros. Mi viejo septón solía decir que los libros son los muertos que nos hablan.

–Los hombres muertos deberían permanecer callados, es lo que yo digo. Nadie quiere oír los lamentos de un hombre muerto – Edd Penas se marcho murmurando sobre gusanos y arañas.

Cuando Gilly entró se arrodillo rápidamente. Jon rodeo la mesa y tiro de ella para ponerla de pie.

–No es necesario que te arrodilles ante mi. Eso es solo para los reyes– A pesar de ser esposa y madre, Gilly aún le parecía una niña. Una pequeña y delgada cosita envuelta en una de las viejas capas de Sam. La capa era tan grande para ella que fácilmente podría haber ocultado otras chicas bajo sus pliegues.

– ¿Los bebes están bien? – le preguntó.

La chica salvaje sonrío tímidamente bajo su capucha

–Si, mi señor. Tenía miedo de no tener suficiente leche para ambos, pero cuanto mas chupan, mas tengo. Son fuertes.

«Tengo algo duro que contarte» Estuvo a punto de decir, pero se contuvo en el ultimo momento.

–¿Es sobre Mance? Val suplico al Rey que lo liberara. Decía que permitiría que la casaran con caballeros y que nunca cortaría sus gargantas mientras Mance viviera. Aquel señor de los huesos, en cambio, había sido perdonado. Craster siempre juraba que lo mataría si volvía a ver su cara. Mance nunca dio ni la mitad de sus problemas.

–Lo único que Mance hizo fue guiar un ejército por el territorio que una vez juraron proteger.

–Mance pronuncio el juramento, Gilly. Luego cambio su capa, se caso con Dalla y se coronó a si mismo como el Rey mas–allá–del–muro. Su vida, ahora, esta en las manos del Rey. Pero no es de él de quien tenemos que hablar, sino de su hijo. El hijo de Dalla.
–¿El bebe?– Su voz tembló. – No ha roto ningún juramento, mi señor. Duerme y llora y apesta, eso es todo. Nunca ha hecho daño a nadie. No permitáis que arda. Salvarle, por favor.

–Solo tu puedes hacerlo, Gilly–. Jon le dijo como.

Otra mujer le habría gritado, le habría maldecido hasta el último de los siete infiernos. Otra mujer se habría lanzado contra él encolerizada, dándole bofetadas, patadas, rasgando sus ojos con sus uñas.

Otra mujer le habría desafiado allí mismo. Gilly simplemente sacudió su cabeza.

–No, por favor, no–. El cuervo tomo la palabra.

– ¿No? Niégate y el chico arderá. Tal vez no sea mañana, ni al otro día… pero pronto, cuando Melisandre necesite despertar un dragón o incrementar el viento o realizar algún hechizo que requiera sangre real. Mance será huesos y cenizas para entonces, así que reclamara a su hijo para el fuego y Stannis no se lo negara. Si no te lo llevas, ella lo quemara.

– Me iré– dijo Gilly. – Me lo llevare, me llevare a ambos, al bebe de Dalla y al mío.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Si no fuera por la forma en la que las velas alumbraban, Jon nunca hubiera sabido que estaba llorando. Las esposas de Craster habían enseñado a sus hijas a derramar sus lágrimas en la almohada. Quizás salieran fuera a llorar, bien lejos de los puños de Craster. Jon cerró los dedos de su mano hábil.

–Llévate a ambos chicos y los hombres de la reina te seguirán y te arrastraran de vuelta. El bebe arderá… y tu con él.– «Si la consuelo, pensara que las lágrimas pueden conmoverme. Debe darse cuenta que no voy a ceder» – Te llevaras a un niño, y será el de Dalla.

–Una madre no puede abandonar a su hijo, o estará maldita por siempre. No a un hijo. Nosotros le salvamos. Sam y yo. Por favor, por favor mi señor. Nosotros le salvamos del frío.

–Los hombres dicen que la muerte por congelación es casi tranquila. El Fuego, en cambio… ¿ves la vela, Gilly?

Ella miro a la llama. – Si.

–Tócala. Pon tu mano sobre la llama.

Su grandes ojos marrones se hicieron aún mas grandes. No se movió.

–Hazlo.– «Mata al niño» – Ahora.

Temblorosa, la joven alargó su mano, y la sostuvo por encima de la llama.

–Bájala. Deja que te bese.

Gilly bajó la mano. Una pulgada. Otra. Cuando la llama lamió su carne, retiró su mano y comenzó a sollozar.

–El fuego es una forma cruel de morir. Dalla murió para dar la vida a su hijo, pero tú le has nutrido, le has acariciado. Salvaste a tu propio hijo del frío. Ahora salva al suyo del fuego.

–Pero entonces quemaran a mi bebe. La mujer roja. Si no puede tener al bebe de Dalla quemara al mío.

–Tu hijo no tiene sangre de Rey. Melisandre no ganara nada entregándolo al fuego. Stannis quiere que el pueblo libre luche por él, no quemara a un inocente sin una buena causa. Tu hijo estará a salvo. Le buscare una niñera adecuada y crecerá aquí en el castillo negro bajo mi protección. Aprenderá a cazar y a montar, a luchar con espada, hacha y arco. Incluso me ocupare de que le enseñen a leer y escribir.– «A Sam le gustara» – y cuando sea lo suficientemente mayor, conocerá la

verdad sobre sus orígenes y sobre quien es. Será libre de buscarte si es lo que él quiere.

–Haras un cuervo de él.– Se seco las lágrimas con el dorso de su pequeña mano pálida.

–No lo haré.– «Mata al niño», pensó Jon –Tu lo harás. Y aún te prometo mas, el día que quemen al bebe de dalla el tuyo también morirá.

–Morirá, – grazno el cuervo del viejo oso – morirá, morirá, morirá.

La joven se sentó encorvada y encogida en su asiento, mirando fijamente a la llama de la vela, con lágrimas brillando en sus ojos.

–Tienes mi permiso para irte. No hables de esto, pero asegúrate de estar lista una hora antes de la primera luz. Mis hombres Irán a buscarte.– Dijo Jon finalmente.

Gilly se puso en pie. Pálida y sin nada que decir se marcho sin mirarle. Jon escucho sus pisadas y como se precipitaba a través de la armería. Casi corría. Cuando fue a cerrar la puerta, vio que *Fantasma* se había tendido bajo el yunque, royendo un hueso de buey. El gran huargo le miró mientras se acercaba.

–Hace tiempo que no volvías.– Regreso a su silla, a leer la carta del Maestre Aemon una vez mas.

Samwell Tarly apareció unos minutos mas tarde, agarrando un montón de libros. Apenas había entrado cuando el cuervo de Mormont voló hacia él pidiendo maíz. Sam hizo lo que pudo, ofreciéndole algunos granos de una bolsa tras la puerta. El cuervo hizo todo lo posible por picar a través de su mano. Sam maulló, el pájaro aleteo para alejarse y el maíz quedo disperso.

–¿Te ha herido ese miserable?– pregunto Jon.

–Lo hizo, estoy sangrando.

–Todos derramamos sangre por la guardia. Usa guantes mas gruesos la próxima vez.

Jon empujo una silla hacia él con un pie.

–Siéntate y echa un vistazo a esto.– Entrego el pergamino a Sam.

–¿Qué es?

–Un escudo de papel.

Sam lo leyó detenidamente

–¿Una carta al Rey Tommen?

–En Invernalia, Tommen luchó contra mi hermano Bran con espadas de madera.– Dijo Jon recordando. – Llevaba tanto relleno que parecía un ganso de peluche. Bran lo derribó.–

Fue a la ventana y abrió las persianas. El aire exterior era frío y vigoroso, aunque el cielo era de color gris mate.

–Sin embargo, Bran esta muerto y Tommen con su regordete rostro rosado esta sentado en el Trono de Hierro, con una corona sobre sus rizos de oro.

Aquello provoco una extraña mirada en Sam, y por un momento pareció como si quisiera decir algo. Se tragó su intención y volvió al pergamino.

–No has firmado la carta.

Jon sacudió su cabeza.

–El viejo oso suplicó ayuda cientos de veces al Trono de hierro. Enviaron a Janos Slynt. Ninguna carta hará que los Lannister sientan más aprecio por nosotros. Menos si escuchan que hemos estado ayudando a Stannis.

–Solo para defender el muro, no en su rebelión. Eso es lo que dice aquí.

–Puede que a Lord Tywin se le escape esa sutileza.– Jon le arrebató la carta. – ¿Por qué debería ayudarnos ahora? Nunca lo ha hecho.

–Bueno, no querrá que se diga que Stannis cabalgo para defender el reino mientras el Rey Tommen jugaba con sus juguetes. Eso desprestigiaría la casa Lannister.

–Es muerte y destrucción lo que yo quiero para la casa Lannister, no desprecio.– Jon comenzó a leer la carta. – La Guardia de la noche no toma partido en las guerras de los siete reinos. Nuestros juramentos son para el reino y el reino ahora se encuentra en grave peligro. Stannis Baratheon nos ayuda contra nuestros enemigos de mas–allá–del–muro, a pesar de que no somos hombres suyos…

Sam se retorció en su asiento.

–Bueno, no lo somos. ¿Verdad?

–Le di a Stannis comida, cobijo y el Fuerte de la Noche. Además permito que algunos hombres libres reposen. Eso es todo. Lord Tywin dice que fue demasiado. Stannis dice que no es suficiente. Cuanto más des a un Rey, mas querrá. Estamos caminando por un puente de hielo con un abismo a cada lado. Complacer a un Rey es bastante difícil. Complacer a dos es realmente imposible.

–Si, pero… si los Lannister prevalecen y Lord Tywin decide que traicionamos al Rey ayudando a Stannis, significara el final de la Guardia de la Noche. Los Tyrell le apoyan con toda la fuerza de Altojardín. Y ya derrotó a Stannis en Aguasnegras.

–Aguasnegras fue una batalla. Robb ganó todas sus batallas y aún así perdió su cabeza. Si Stannis puede alzar al norte…

Sam vaciló.
–Los Lannister tienen a los norteños de su parte. Lord Bolton y su bastardo.

–Stannis tiene a los Karstarks. Si ganara Puerto Blanco…

–Si,– destacó Sam. – Si no… al menos un escudo de papel es mejor que nada.

–Supongo que sí.– Aemon y él, ambos.

De alguna manera había esperado que Sam Tarly lo vería de otra manera. «Solo es tinta y pergamino». Resignado, tomo la pluma y firmo.

–Coge el sello.– «Antes de que cambie de opinión».

Sam se apresuró a obedecer. Jon fijó la carta con el sello del Lord comandante y se la entregó a Sam.

–Dale esto al Maestre Aemon cuando te vayas, y dile que envíe un cuervo a Desembarco del Rey.

–Lo haré.– Sam sonaba aliviado. –Mi señor, si puedo preguntar… Vi a Gilly salir. Estaba llorando.

–Val le envió a suplicar por Mance de nuevo,– Jon mintió, y durante un tiempo hablaron de Mance y Stannis y Melissandre de Asshai, hasta que el cuervo se comió el último grano de maíz y graznó –Sangre.

–Voy a enviar a Gilly lejos, a ella y al bebé. Tendremos que encontrar a otra nodriza para su bebé.

–La leche de cabra puede servir, mientras tanto. Es mejor que la leche de vaca.

Hablar de pechos claramente incomodó a Sam, y de repente empezó a hablar de historia, y de jóvenes comandantes que habían vivido y muerto cientos de años atrás. Jon le interrumpió

–Dime algo útil. Háblame de nuestro enemigo.
–Los Otros.– Sam lamió sus labios. –Se los menciona en los anales, aunque no tan a menudo como había pensado. Los anales que he encontrado y revisado claro está. Sé que hay más que aún no he encontrado. Algunos de los libros más viejos se caen a pedazos. Las páginas se deshacen cuando intento copiarlas. Y los libros verdaderamente antiguos… o bien se han destrozado o están enterrados en algún lugar que no he encontrado o… bueno, podría ser que no existieran tales libros y que nunca hubieran existido. Las viejas historias que fueron escritas después de los Ándalos llegaron de Poniente. Los primeros hombres sólo nos dejaron runas en las rocas, así que todo lo que creemos conocer sobre la era de los Héroes y la era del Amanecer y la Larga Noche proviene de lo establecido por los septones miles de años más tarde. Existen Archimaestres en la ciudadela que se cuestionan todo. Esas viejas historias están plagadas de reyes que reinaron hace cientos de años, y caballeros que cabalgaban mil años antes de que existieran caballeros. Conoces esas historias,

Brandon el Constructor, Symeon Ojos estrellados, El rey de la Guardia de la Noche… Se dice que eres el noningentésimo nonagésimo octavo Lord Comandante de la Guardia de la Noche, pero la lista más antigua que he encontrado enumera seiscientos sesenta y cuatro comandantes, lo que sugiere que fue escrito durante la…

–Hace mucho tiempo– interrumpió Jon –¿Qué hay de los Otros?

–He encontrado menciones del Vidriagón. Los niños del bosque solían dar cien puñales de obsidiana todos los años, durante la era de los Héroes. Los Otros vienen cuando hace frío, la mayoría de las historias están de acuerdo sobre eso. O de lo contrario enfría cuando vienen. En ocasiones aparecen durante las tormentas de nieve y se desvanecen cuando los cielos se despejan. Se esconden de la luz del sol y salen por la noche… o bien la noche cae cuando ellos emergen. Algunas historias hablan de que cabalgan sobre animales muertos. Osos, huargos, mamúts, caballos, no importa en qué mientras el animal esté muerto. El que asesinó a Pequeño Paúl montaba un caballo muerto, así que esa parte es claramente cierta. Algunos relatos también hablan de gigantescas arañas de hielo. No sé lo que son. Los hombres que caen en batallas contra los Otros han de ser quemados o resucitarán como muertos vivientes para ser sus esclavos.

–Todo eso ya lo sabemos. La cuestión es ¿Cómo podemos luchar contra ellos?

–La armadura de los Otros es invulnerable contra la mayoría de armas ordinarias, si creemos en las historias, y sus propias espadas son tan frías que pueden partir el acero. El fuego los espanta, sin embargo, son vulnerables a la obsidiana. He hallado un pasaje la Larga Noche que habla de la matanza del último héroe contra los Otros con una hoja de acero de dragón. Supuestamente no pudieron oponerse a él.

–¿Acero de dragón?– El término era nuevo para Jon. –¿AceroValyrio?

–Esa fue también mi primera suposición.

–Así que si puedo convencer a los señores de los siete reinos que nos entreguen sus espadas valyrias, ¿estaremos a salvo? No puede ser tan difícil– «No mas que pedirles que renuncien a sus monedas y castillos».

Su risa fue amarga.
–¿Has encontrado que son los Otros?, ¿de donde vienen?, ¿que es lo que quieren?
–Aún no, mi señor, pero puede que estuviera leyendo los libros equivocados. Hay cientos que aún no he mirado. Dame mas tiempo y encontrare todo lo que haya que encontrar.

–No hay mas tiempo. Necesitas preparar tus cosas, Sam. Te vas con Gilly.

–¿Vas?– Sam le miraba boquiabierto, como si no entendiera el significado de aquella palabra. ¿Me voy? ¿A Guardiaoriente, mi señor?, o… ¿donde voy a…?

–Antigua.

–¿Antigua?– Sam repitió en un chillido agudo.

–Aemon también.

–¿Aemon?, ¿Maestre Aemon?, pero… tiene 102 años, mi señor, no puede… ¿Nos envías a ambos? ¿Quién atenderá a los cuervos? Si hay heridos o enfermos, ¿Quién…?

–Clydas. Durante muchos años ha estado con Aemon.

–Clydas es solo un mayordomo, y su vista no anda bien. Necesitas un maestre. El Maestre Aemon es tan frágil, un viaje por mar… quizás… es viejo, y…

–Su vida peligrará. Soy consciente de ello, Sam, pero el riego aquí es mayor. Stannis sabe quien es Aemon. Si la mujer roja requiere sangre real para sus hechizos…

–OH.– Las gruesas mejillas de Sam parecían drenar todo su color.

–Daeron se os unirá en Guardiaoriente. Mi esperanza es que sus canciones nos hagan ganar algunos hombres en el Sur. El *Pájaro Negro* os llevará a Braavos. Desde allí, organizaras vuestra propia travesía a Antigua. Si aún pretendes reclamar al bastardo de Gilly como tuyo, envía a madre e hijo a Colina Cuerno. Además, Aemon encontraría un lugar de sirvientes para ella en la ciudadela.

–Mi b-b-bastardo. Si, yo… mi madre y hermanas ayudarán a Gilly con su hijo. Daeron podría vernos en Antigua. He estado practicando con el arco todos los días con Ulmer, tal como ordenaste… bueno, menos cuando estoy en las bóvedas, pero me dijiste que encontrara algo sobre los Otros. El arco hace que me duelan los hombros y saca ampollas en mis dedos.– Enseñó su mano a Jon. –Sin embargo, continúo practicando. Acierto en el blanco más a menudo que antes, pero continúo siendo el peor aquero que alguna vez haya utilizado un arco. De todos modos me gustan las historias de Ulmer. Alguien tendría que escribirlas en un libro.

–Tú lo harás. Tendrán pergamino y tinta en la ciudadela, así como arcos largos. Espero que continúes practicando. Sam, la Guardia de la Noche tiene cientos de hombres que pueden disparar flechas, pero sólo un puñado que saben leer o escribir. Necesito que te conviertas en mi nuevo Maestre.

–Mi señor, yo… mi trabajo esta aquí, los libros…

–… seguirán aquí cuando regreses.–

Sam se llevó una mano a su garganta.

–Mi señor, en la Ciudadela… te hacen cortar cadáveres. No podré llevar una cadena.

–Podrás. Lo harás. El Maestre Aemon es ciego y viejo. Sus fuerzas lo están abandonando. ¿Quién tomará su lugar cuando muera? El Maestre Mullin en la Torre Sombría es más un luchador que un estudioso, y el Maestre Harmune de Guardiaoriente se pasa mas tiempo borracho que sobrio.

–Si pides a la Ciudadela nuevos Maestres…

–Me refiero a que necesitaremos a cada uno de ellos. Sin embargo, Aemon Targaryen no es tan fácil de reemplazar.–

No iba como esperaba. Sabía que Gilly sería difícil, pero pensaba que Sam se alegraría de intercambiar los peligros del Muro por la calidez de Antigua.

–Estaba seguro que esto te agradaría.– Dijo perplejo. – Hay tantos libros en la Ciudadela que ningún hombre puede aspirar a leerlos todos. Lo harás bien Sam. Sé que lo harás.

–No. Puedo leer libros, pero… un m–maestre debe ser un sanador y la s–s–sangre me debilita– Estrechó su mano para demostrar la verdad sobre ello. –Soy Sam el Miedoso, no Sam el Mortífero.

–¿Asustado?. ¿De que? ¿De los sermones de los ancianos? Sam, viste un enjambre de espíritus ascender el Puño, una marea de hombres muertos con manos negras y ojos azules brillantes. Acabaste con un Otro.

–Fue el v-v-v-vidriagón, no yo.

–Silencio.– Replico Jon.

Después de Gilly, no tenía paciencia para los miedos del joven gordo.

–Mentiste, planeaste y conspiraste para hacerme Lord Comandante. Me vas a obedecer. Irás a la Ciudadela y te forjarás una cadena, y si tienes que cortar cadáveres, que así sea. Por lo menos en Antigua los cadáveres no se opondrán.

–Mi señor, mi p-p-padre, Lord Randyll, él, él, él, él, él… la vida de un maestre es una vida de servidumbre. Ningún hijo de la casa de Tarly llevará jamás una cadena. Los hombres de Colina Cuerno no reverencian a pequeños señores. Jon, no puedo desobedecer a mi padre.

«Mata al niño», pensó Jon. «Al niño que hay en ti y también al que hay en él. Mátalos a ambos, maldito bastardo».

–No tienes padre, solo hermanos. Sólo a nosotros. Tu vida pertenece a la Guardia de la Noche, así que ve y empaca tus cosas en un petate, junto con todo aquellos que desees llevar a Antigua. Te irás una hora antes del amanecer. Y aquí va otra orden. A partir de hoy, dejaras de llamarte cobarde. Te has enfrentado a mas cosas el año pasado que lo que la mayoría de los hombres enfrentan en toda su vida. Puedes hacer frente a la Ciudadela, pero lo harás como hermano juramentado de la Guardia de la Noche. No puedo ordenarte que seas valiente, pero puedo ordenarte que escondas tus miedos. Hiciste el juramento, Sam, ¿lo recuerdas?

–Lo… lo intentare.

–No vas a intentarlo. Vas a obedecer.

–Obedecer. El cuervo de Mormont aleteo sus enormes alas negras.

Sam parecía ceder.

–Como mande mi señor. ¿El… el Maestre Aemon lo sabe?

–Fue tanto su idea como la mía.– Jon le abrió la puerta – No habrá despedidas. Cuanta menos gente sepa esto, mejor. Una hora antes del amanecer, por el patio.

Sam huyo de él como lo hizo Gilly. Jon estaba cansado. Necesitaba dormir. Habia pasado la mitad de la noche estudiando mapas, escribiendo cartas y haciendo planes con el Maestre Aemon. Incluso tras dejarse caer en la cama, el descanso no llegaba fácilmente. Sabia a que debía enfrentarse hoy, y se encontró temblando sin descanso mientras meditaba sobre las últimas palabras del Maestre Aemon.

–Mi señor, permítame darle un ultimo consejo,– dijo el anciano –El mismo consejo que le di a mi

hermano cuando nos despedimos por ultima vez. Tenía treinta y tres cuando el consejo le eligió para el Trono de Hierro. Un hombre adulto con hijos propios, pero en ciertos aspectos aún un niño. Egg tenía cierta inocencia, una dulzura que todos amábamos. Mata al niño que hay en ti, le dije el día que partí hacia el Muro. Se necesita un hombre para gobernar. Un Aegon, no un Egg. Mata al niño y deja al hombre nacer. – El anciano sintió la cara de Jon. – Eres la mitad de joven de lo que Egg era, y tu propia existencia es bastante cruel, me temo. Tendrás pocas alegrías en tu mando, pero creo que tienes la fuerza suficiente para hacer las cosas como deben hacerse. Mata al niño, Jon Nieve. El invierno se nos echa encima. Mata al niño y deja al hombre nacer.

Jon se puso su capa y salió fuera. Cada día recorría el Castillo Negro, visitando a los hombres en guardia y escuchando sus informes de primera mano, observando a Ulmer y a sus cargos en el tiro con arco, hablando con los hombres del Rey y de la Reina por igual, caminado por el hielo sobre el Muro para poder echar un vistazo al bosque. *Fantasma* vagabundeaba tras él, una sombra blanca a su lado. Kedge Whiteye estaba en el Muro cuando Jon ascendió. Kedge había presenciado cuarenta largos días del nombre, treinta de ellos en el Muro. Su ojo izquierdo estaba ciego, su ojo derecho era formidable. En la naturaleza, solo con el hacha, era tan buen explorador como cualquiera en la Guardia, pero nunca se había llevado bien con los otros hombres.

–Un día tranquilo.– Dijo a Jon. – No hay nada que informar, a excepción de los exploradores tontos.

–¿Exploradores tontos?– pregunto Jon.

Kedge sonrío.

–Un par de caballeros. Estaban cabalgando hará una hora, hacia el sur por el camino del rey. Cuando Dywen los vio discutiendo, dijo que los tontos sureños viajaban por el camino equivocado.

–Entiendo.– Dijo Jon.

Busco a Dywen para saber más. Lo encontró tomando un plato de caldo de cebada en los barracones.

–Si, mi señor, yo los vi. Eran Horpe y Massey. Afirmaban que Stannis los enviaba, pero no dónde, ni para qué, ni cuando volverían.

Ser Richard Horpe y Ser Justin Massey eran hombres de la Reina, y nobles en el consejo del Rey.

–Un par de jinetes libres habrían servido si el propósito de Stannis era explorar la zona,– opino Jon Nieve, – pero los caballeros son mas adecuados para actuar como mensajeros o enviados.

Cotter Pyke había avisado desde Guardiaoriente que el caballero de la cebolla y Salladhor Saan habían zarpado de Puerto Blanco para tratar con Lord Manderly. Tenia sentido q Stannis no enviara a otros. Su alteza no era un hombre paciente. Que los exploradores errados volvieran era otra cuestión. Podían ser caballeros, pero no conocían el norte. Había ojos a lo largo del camino del rey y no todos eran amistosos. Sin embargo no era asunto de Jon. «Deja que Stannis tenga sus secretos. Los dioses saben que yo tengo los míos».

Fantasma dormía a los pies de su cama esa noche, y por una vez Jon no soñaba que era un lobo. Incluso, dormía a ratos, temblando durante horas antes de deslizarse en una pesadilla. Gilly estaba en ella, llorando, suplicándole que dejara a sus bebes, pero en su lugar arrebató a los niños de sus brazos, les arrancó la cabeza, las intercambió y le dijo que las cosiera en su lugar. Cuando despertó, se encontró con Edd el Penas cerniéndose sobre él en la oscuridad del dormitorio.

–¿Mi señor? Es la hora. La hora del lobo. Dejaste orden de despertarte.

–Tráeme algo caliente.

Jon salio bajo las mantas. Para cuando se había vestido Edd estaba de vuelta, sujetando una taza humeante en sus manos. Jon esperaba vino caliente especiado y se sorprendió al descubrir que se trataba de sopa, un caldo fino de puerros y zanahorias, pero no parecía tener los puerros y zanahorias en ella. «Los olores son mas fuertes en mis sueños de lobo», pensó, «y la comida también está mas sabrosa. *Fantasma* está más vivo que yo. Dejó la taza vacía sobre la forja».

Kegs estaba en su puerta esa mañana.

–Quiero hablar con Bedwyck y Janos Slynt– le dijo Jon. –Tráelos aquí con la primera luz.

Afuera el mundo era oscuro y permanecía en silencio. Frío, pero no peligrosamente frío. Todavía no. «Será mas calido cuando amanezca. Si los Dioses son buenos, el muro tal vez llore». Cuando llegaron al patio trasero, la columna ya se había formado. Jon había dado al negro Jack Bulwer el mando de la escolta, con una docena de exploradores montados bajo su cargo, y dos carromatos. Uno repleto de arcones, cajas y sacos con provisiones para el viaje. El otro tenía un techo rígido de cuero hervido que mantenía el viento fuera. El Maestre Aemon iba sentado en su parte de atrás, acurrucado en una piel de oso que le hacía parecer tan pequeño como un niño. Sam y Gilly permanecían cerca el uno del otro. Los ojos de ella estaban rojos e hinchados, pero sujetaba firmemente al bebe en sus brazos. Si era su bebe o el de dalla no podía asegurarlo. Solo había visto a ambos un par de veces. El bebe de Gilly era mayor, el de Dalla mas robusto, pero estaban lo suficientemente cerca en edad y tamaño para que nadie que no los conociera bien pudiera distinguirlos.

–Lord Nieve.– llamó el Maestre Aemon. –He dejado un libro para ti en mis aposentos. El compendio de Jade. Fue escrito por el aventurero Volantes Colloquo Votar, quien viajó hacia el este y visitó todas las tierras del mar de Jade. Hay un pasaje que encontraras interesante. Le he dicho a Clydas que lo marque para ti.

–Me aseguraré de leerlo.

El Maestre Aemon se secó la nariz.

–El conocimiento es un arma, Jon. Ármate bien antes de cabalgar hacia la batalla.

–Lo haré.

Jon sintió algo húmedo y frío en su cara. Cuando alzo la vista, vio que estaba nevando. «Un mal presagio». Se volvió hacia Jack Bulwer.

–Hazlo tan bien como puedas, pero no tomes riesgos innecesarios. Llevas contigo a un anciano y a un bebé de pecho. Vigila que estén calientes y alimentados.

–Haga lo mismo, mi señor– Gilly no parecía tener ninguna prisa por subir al carromato. Haga lo mismo por otros. Busque otra nodriza, como dijo. Me prometió que lo haría. El niño… el niño de Dalla… el principito, quiero decir… encuéntrele una buena mujer, de modo que crezca grande y fuerte.

–Tienes mi palabra.

–No le pongáis nombre. No lo hagáis hasta que haya cumplido 2 años. Trae mala suerte tener nombre mientras aún se toma el pecho. Tal vez vosotros, los cuervos, no lo sepáis, pero es cierto.

–Como mande, mi señora.
–No me llames así, soy una madre, no una señora. Soy esposa de Craster, hija de Craster y madre.– Entregó el bebe a Edd el Penas mientras subía al carromato y se cubría con pieles. Cuando Edd se lo devolvió, le dio el pecho. Sam giro la vista, con la cara roja y subió a su yegua.

–Hagámoslo.– Ordeno el Negro Jack Bulwer, chasqueando el látigo.

Los carromatos avanzaron. Sam se detuvo un instante.

–Bueno– dijo –adiós.

–Lo mismo Sam– Dijo Edd el Penas. –Tus botes no parece que vayan a hundirse, no lo creo. Los botes solo se hunden cuando yo voy en ellos.

Jon estaba recordando

–La primera vez que vi a Gilly estaba conteniéndose contra los muros de la finca de Craster. Una chica flaca de pelo oscuro con su gran barriga, encogiéndose de *Fantasma*. Había cazado muchos conejos, y creía que tenía miedo de que pudiera abrir su barriga y devorar su bebé… pero no era del lobo de quien tenia miedo, ¿verdad?

–Tiene más coraje del que piensa.– Dijo Sam.

–Tu también, Sam. Que tengas un rápido y seguro viaje y cuida de ella, de Aemon y del bebe.

Las frías gotas en su cara recordaban a Jon el día que se despidió de Robb en Invernalia, sin saber que era la última vez.

–Y súbete la capucha. Los copos de nieve se están derritiendo en tu pelo.

Para cuando la columna se había empequeñecido en la distancia, el cielo del este había pasado de negro a gris y la nieve caía pesadamente.

–Gigante estará esperando en los aposentos del Lord Comandante.– Le recordó Edd el Penas –Así como Janos Slynt.

–Si.

Jon Nieve miró hacia el muro, que se alzaba sobre ellos como un acantilado de hielo. Cien leguas de principio a fin y setecientos pies de altura. La fuerza del Muro era su altura, la longitud era su debilidad. Jon recordó algo que su padre le dijo una vez. «Un muro es tan fuerte como los hombres que lo guardan».

Los hombres de la Guardia de la noche eran lo suficientemente valientes pero eran demasiados pocos para la tarea a la que se enfrentaban.

Gigante estaba esperando en la armería. Su verdadero nombre era Bedwyck. Siendo mas alto que

cinco pies por un pelo, era el más pequeño de la Guardia de la Noche. Jon fue directo al grano.

–Necesitamos mas vigilancia a lo largo del Muro. Puestos de avanzada entre los castillos donde nuestras patrullas puedan guarecerse del frío, tomar una comida caliente y conseguir una montura fresca. Estoy organizando una guarnición en Marcahielo y tu vas a comandarlo.

Gigante se limpio la cera de su oreja con la punta de su dedo meñique.

–¿Comandar?, ¿yo? ¿Sabe mi señor que solo sirvo para la caza furtiva?

–Has sido un explorador durante una docena de años. Sobreviviste al Puño de los Primeros Hombres y a lo sucedido en la finca de Craster, y regresaste para poder contarlo. Los mas jóvenes te admiran.

El pequeño hombre se echo a reír.

–Solo los enanos me admiran. No se leer, mi señor. Si tengo un buen día puedo llegar a escribir mi nombre.

–He solicitado mas maestres a Antigua. Tendrás dos cuervos para las urgencias. Para lo demás utiliza jinetes. Hasta que dispongamos de mas maestres y mas pájaros, he de establecer una línea de faros a lo largo del Muro.

–¿Y a cuantos pobres idiotas he de comandar?

–Veinte, de la Guardia,– dijo Jon, – mas una mitad de los hombres que pueda disponer Stannis.– «Viejos, jóvenes o heridos.» – No serán sus mejores hombres, y ninguno tomará el negro, pero obedecerán. Haz lo mejor que puedas con ellos. Cuatro de los hermanos que envío contigo pertenecieron a la guardia del rey y llegaron con Lord Slynt. Mantén un ojo en ellos y otro en los posibles escaladores.

–Podemos vigilar, mi señor, pero si un numero suficiente de escaladores alcanza la cima del Muro, treinta hombres no serán suficientes para repelerlos.

«Trescientos podrían no ser suficientes». Jon mantuvo sus dudas para él. Era cierto que los escaladores eran extremadamente vulnerables durante el ascenso. Piedras, lanzas y potes de brea ardiente podían llover sobre ellos, y lo único que podían hacer era aferrarse desesperadamente al hielo. Algunas veces el propio Muro parecía sacudirse, como un perro quitándose las pulgas. Jon lo había visto por si mismo, cuando una grieta surgió bajo Jarl, el amante de Val, enviándolo a la muerte. Sin embargo, si los escaladores llegaran a la cima sin ser detectados, todo cambiaría. Contando con el suficiente tiempo, podrían montar un punto de apoyo, levantar murallas y bajar escaleras y cuerdas por donde podrían escalar miles de ellos.

Así fue como Raymun Barbarroja lo hizo, Raymun quien había sido Rey–mas–allá–del–muro en los días del abuelo de su abuelo. Jack Musgood había sido el Lord Comandante en esos días. Era llamado Alegre Jack, antes de que Barbarroja cayera sobre el Norte. Durmiente Jack, para siempre desde entonces. Las huestes de Raymun hallaron un final sangriento a las orillas del Lago Largo, atrapados entre Lord William de Invernalia y el Gigante Borracho, Harmond Umber. Barbarroja había sido asesinado por Artos el Implacable, el hermano más joven de Lord William. La Guardia llegó demasiado tarde para luchar contra los salvajes, pero a tiempo para enterrarlos, tarea que les asigno Artos Stark enojado junto al cuerpo decapitado de su hermano caído.

Jon no tenía intención de ser recordado como Durmiente Jon Nieve.

–Treinta hombres tendrán mas oportunidades que ninguno.– le dijo a Gigante.

–Muy cierto.– Dijo el pequeño hombre. –Será Marcahielo, entonces, o ¿mi señor tiene pensado abrir los otros fuertes?.

–Me ocupare de la guarnición de todos ellos, con el tiempo,– dijo Jon, –Pero de momento, deberán de ser Marcahielo y Guardiagris.

–¿Y mi señor ha decidido quien comandara Guardiagris?

–Janos Slynt,– dijo Jon. «Que los Dioses nos salven».– Un hombre no llega al mando de las Capas Doradas sin ciertas habilidades. Slynt nació como hijo de un carnicero. Fue capitán de la Puerta de Hierro cuando Manly Stokeworth murió, y Jon Arryn lo ascendió y puso la defensa de Desembarco del Rey en sus manos. Lord Janos no puede ser tan idiota como aparenta ser.– «Y lo quiero bien lejos de Alliser Thorne».

–Podría ser,– dijo Gigante, – pero, seguiría enviándolo a la cocina para ayudar a Hobb Tres Dedos a cortar nabos.– «Si lo hiciera, no me atrevería a comer nabos nunca más».

Paso la mitad de la mañana antes de que Lord Janos se presentara como había ordenado. Jon limpiaba su espadón, *Garra*. Algunos hombres habrían dejado esa labor para un mayordomo o un criado, pero Lord Eddard había enseñado a sus hijos a cuidar de sus propias armas. Cuando Kegs y Edd el Penas llegaron con Slynt, Jon les dio las gracias e invito a Lord Janos a sentarse.

Y así lo hizo, aunque con poca gracia, cruzando sus brazos, el ceño fruncido y haciendo caso omiso del acero desnudo que su Lord Comandante tenía en sus manos. Jon deslizó el hule por su espada bastarda, observando la luz de la mañana reflejada a lo largo de los pliegues, pensando con que facilidad la hoja podía deslizarse a través de piel, grasa y nervios y así separar la fea cabeza de Slynt de su cuerpo.

Todos los crímenes de un hombre son olvidados cuando toma el negro, así como todas sus lealtades, y sin embargo, le resultaba difícil pensar en Janos Slynt como su hermano. Había sangre entre ellos. «Este hombre ayudo a decapitar a mi padre e hizo todo lo posible porque yo terminara igual».

–Lord Janos.– Jon enfundo su arma. – Le entrego el mando de Guardiagris.– Aquello desconcertó a Slynt.

–Guardiagris… Guardiagris fue donde escalaste el Muro con tus amigos salvajes.

–Allí fue. Sin duda, el fuerte esta en un estado lamentable. Lo restauraras lo mejor que puedas. Comienza abriendo un claro en el bosque. Aprovecha las piedras de las estructuras que se hayan derrumbado para reparar aquellas que aún permanecen en pie.– «El trabajo será duro y cruel, podría haber añadido. Dormirás en piedra demasiado exhausto como para protestar o conspirar, y pronto olvidaras lo que es estar caliente, pero es posible que recuerdes lo que es ser un hombre». –Dispondrás de treinta hombres. Diez de aquí, diez de la Torre Sombría y diez que nos prestara el Rey Stannis.

La cara de Slynt se había vuelto del color de una ciruela pasa. Sus mejillas carnosas comenzaron a temblar.

–¿Crees que no soy capaz de ver lo que estas haciendo? Janos Slynt no es un hombre que se deje engañar tan fácilmente. Ya estaba al cargo de la defensa de Desembarco del Rey mientras tú ensuciabas tus pañales. Guárdate tus ruinas, bastardo.

«Te estoy dando una oportunidad, es más de lo que tú le diste a mi padre».

–Me malinterpreta, mi señor,– dijo Jon – Es una orden, no una oferta. Son cuarenta leguas hasta Guardiagris. Empaca tus armas y armadura, despídete, y estate preparado para partir con la primera luz del alba.

–No.– Lord Janos se planto de pie, apartando su silla violentamente. –No iré mansamente a congelarme y a morir. ¡Ningún hijo bastardo de un traidor da órdenes a Janos Slynt! No estoy solo, os lo advierto. Aquí, y en Desembarco del Rey Tampoco. ¡Soy el señor de Harrenhal! Entrégale tus ruinas a uno de los tontos ciegos que lanzan piedras por ti, yo no lo haré. ¿Me has oído, chico? ¡No lo haré!

–Lo harás.– Slynt no se digno a responder, pero pateo la silla a un lado cuando se fue.

«Aun me ve como un niño», pensó Jon, «un niño verde, que se deja intimidar por palabras furiosas». Solo podía esperar que aquella noche brindara un poco de sentido común a Lord Janos. La mañana siguiente demostró que su esperanza era vana.

Jon encontró a Slynt desayunando en la sala común. Ser Alliser Thorne estaba con él, así como varios de sus compinches. Se reían de algo cuando Jon bajo las escaleras con Ferreo Emmett y Edd el Penas, y tras ellos Mully, Caballo, Jack Cangrejo Rojo, Rusty Flores y Owen el Patan. Hobb Tres–dedos estaba sirviendo gachas. Los hombres de la Reina, del Rey y los hermanos negros, estaban sentados en mesas separadas, algunos inclinados sobre sus cuencos de gachas, otros llenando sus estómagos con pan frito y panceta. Jon vio a Pyp y Grenn en una mesa, Bowen Marsh en otra. El aire olía a humo y grasa, y el ruido de cuchillos y cucharas haciendo eco en la bóveda. Todas las voces callaron a la vez.

–Lord Janos– dijo Jon, –Te daré una última oportunidad. Deja esa cuchara y dirígete a los establos. He dejado tu caballo ensillado y listo para partir. Es una viaje largo y duro hasta Guardiagris.

–Entonces será mejor que partas, chico.– Río Slynt, goteando gachas en su pecho. –Guardiagris es un buen lugar para gente como tu, me parece. No es lugar para gente decente. La marca de la bestia te posee, bastardo.

–¿Rehúsas a obedecer mi orden?
–Te puedes meter tu orden por tu culo de bastardo.– Dijo Slynt son su papada temblorosa.

Alliser Thorne mostró una débil sonrisa, sus ojos negros fijos en Jon. En otra mesa, Godry Matagigantes se echo a reír.

–Como desees.– Jon asintió a Ferreo Emmett. –Por favor lleva a Lord Janos al Muro– «y confínalo en una celda de hielo», podría haber dicho.

Un día o diez apretado dentro del hielo lo dejaría temblando, con fiebre y suplicando su liberación, Jon no tenía ninguna duda. Y cuando saliera, él y Thorne comenzarían a conspirar de nuevo.

–y cuélgalo.– Termino Jon.

La cara de Janos Slynt se volvió blanca como la leche. La cuchara se deslizo de sus dedos. Edd y Emmett cruzaron la habitación, sus pasos resonando en el suelo de piedra. La boca de Bowen Marsh se abrió y se cerró sin pronunciar palabra. Ser Alliser busco la empuñadura de su espada. «Vamos», pensó Jon. Garra permanecía cruzada en su espalda. «Muestra tu acero. Dame una razón para hacer lo mismo».

La mitad de los hombres en la sala se pusieron de pie. Caballeros sureños y hombres de armas, leales al Rey Stannis o a la mujer roja o a ambos, y hermanos juramentados de la Guardia de la Noche. Algunos habían elegido a Jon para ser su Lord Comandante. Otros habían dado sus votos por Bowen Marsh, Ser Denys Mallister, Cotter Pyke… y algunos por Janos Slynt. «Cientos de ellos, si mal no recuerdo». Jon se pregunto cuantos de ellos estaban allí en ese momento. Por un instante el mundo se equilibro sobre el filo de una espada.

Alliser Thorne aparto su mano de la espada y dio un paso atrás para dejar pasar a Edd. Ferreo Emmett sujeto a Slynt de un brazo y Edd el Penas de otro. Juntos lo arrastraron fuera del banco.

–No,– Lord Janos protesto, lanzando motas de avena por sus labios. – No, liberarme. Es solo un niño, un bastardo. Su padre era un traidor. La marca de la bestia esta en él, ese lobo suyo… ¡soltadme! Lamentaras el día que pusiste tus manos sobre Janos Slynt. Tengo amigos en Desembarco del Rey. Te lo advierto.

Aún protestaba cuando comenzaron a marchar, lo medio arrastraron por las escaleras. Jon les siguió fuera. Tras él, el sótano se vació.

En la celda, Slynt trato de liberarse e intento iniciar una pelea, pero Ferreo Emmett lo sujeto por la garganta y lo estrello contra los barrotes de hierro hasta que desistió. Para entonces, todos los del Castillo Negro habían salido fuera para observar. Incluso Val estaba en su ventana, su larga trenza dorada cayendo por un hombro. Stannis permanecía en uno de los escalones, rodeado de sus caballeros.

–Si el niño cree que puede asustarme, está equivocado.– escucharon decir a Lord Janos. – No se atrevería a colgarme. Janos Slynt tiene amigos, amigos importantes, ya verás…– El viento se llevó lejos el resto de sus palabras.

«Esto está mal», pensó Jon

–Alto.

Emmett se volvió, frunciendo el ceño

–¿Mi señor?

–No lo voy a colgar, – dijo Jon – Tráelo aquí.

–Oh, que los Siete nos salven – escucho exclamar a Bowen Marsh.

La sonrisa que Lord Janos Slynt mostraba tenía toda la dulzura de la mantequilla rancia. Hasta que Jon dijo, –Edd tráeme un tocón. – y desenvaino a *Garra*.

Para cuando hallaron un tocón adecuado, Lord Janos se había retirado al interior de la celda de hielo, pero Ferreo Emmett lo siguió y lo arrastro fuera. –No, – lloro Slynt, mientras Emmett lo medio arrastraba y empujaba por el patio. – Suéltame… no puedes… cuando Tywin Lannister se

entere de esto, todos lo lamentaréis.

Emmett le pateó por la espalda para arrodillarlo. Edd el Penas plantó un pie sobre su espalda para mantenerlo arrodillado mientras Emmett empujaba el tocón bajo su cabeza.
–Esto será mas sencillo si no te mueves. – Le prometió Jon Nieve. – Muévete para evitar el corte y aún así morirás, pero tu muerte será más fea. Muestra tu cuello, mi señor.

La pálida luz de la mañana subió y bajo por la espada mientras Jon apretaba la empuñadura de su espada bastarda con ambas manos y la mantenía en alto.

–Si tienes unas últimas palabras, ahora es el momento para pronunciarlas.– dijo, esperando una última maldición.

–Por favor, mi señor. Misericordia. Iré, Lo prometo, iré. Yo…

«No», pensó Jon. Ya has cerrado esa puerta. *Garra* descendió.

–¿Puedo tener sus botas?– pregunto Owen el Patán, mientras la cabeza de Janos Slynt rodaba por el suelo embarrado. – Son casi nuevas. Forradas de piel.

Jon echó una mirada a Stannis. Por un instante sus ojos se encontraron. Entonces el Rey asintió y volvió dentro de su torre.

8. TYRION

Despertó, y se dio cuenta de que la litera se había detenido.

Un montón de cojines aplastados quedaban mostrando el lugar en donde Ilyrio había yacido la noche anterior. La garganta del gnomo estaba seca y áspera. Había soñado. ¿Qué había soñado? No lo podía recordar. Afuera se escuchaban voces que hablaban en lenguas que no conocía. Tyrion asomó las piernas por entre las cortinas y saltó al suelo, para encontrar al Magíster Ilyrio parado junto a los caballos de dos jinetes que lo cercaban. Ambos llevaban camisas de cuero gastado por debajo de capas de lana marrón oscuro, pero sus espadas estaban envainadas y el gordo no parecía estar en peligro

–Necesito mear– , dijo el gnomo. Se hizo a un lado del camino, se desabrochó sus pantalones y meó en una mata con espinas, lo que le tomó un buen tiempo.

–Por lo menos mea bien– observó una voz.

Tyrion sacudió las últimas gotas y se recompuso. –Orinar es el menor de mis talentos. Deberías verme cagar– Se volvió al magíster Ilyrio. –Conoces a estos dos? Parecen bandoleros. Debería buscar mi hacha?

–¿El hacha?– Exclamó el más grande de los jinetes, un hombre musculoso con una barba hirsuta y una mata de pelo naranja. –¿Has oído eso, Haldon? El pequeño hombre quiere pelear con nosotros!

Su compañero era mayor, afeitado, con un rostro afilado y ascético Su cabello largo estaba trenzado en la espalda y atado con un nudo detrás de la cabeza. –Los pequeños hombres a menudo sienten la necesidad de demostrar su valor de una manera indecorosa–, declaró. –Dudo que pueda matar un pato.

Tyrion se encogió de hombros –Consígueme un pato

–Si insistes…– El jinete miró a su compañero. El hombre musculoso desenvainó una espada bastarda. –Yo soy Pato, apestoso y diminuto bocazas!.

«Oh, que buenos son los dioses» –Yo tenía en mente un pato más pequeño

El hombretón se reía a carcajadas. –Has oído, Haldón.. Él quiere un pato más pequeño

–Con mucho gusto me conformaría con uno más tranquilo– El hombre llamado Haldon estudió atentamente a Tyrion con sus fríos ojos grises antes de volverse hacia Ilyrio –Tienes nuestros cofres?

–Y las mulas que los llevarán

–Las mulas son demasiado lentas. Tenemos caballos de carga, a los que ataremos los cofres. Pato, atiende eso.
–¿Por qué siempre tiene que ser Pato el que atiende las cosas? – El hombre grande envainó de nuevo su espada. –¿Y qué es lo que atiendes tu, Haldon?, ¿Quién es el caballero aquí, tú o yo?– A pesar de eso, se dirigió hacia las mulas de equipaje.

–¿Cómo está nuestro niño?– preguntó Ilyrio mientras acomodaban los cofres. Tyrion contó seis cofres de roble con cerrojos de hierro que Pato alzó con bastante facilidad, manteniéndolos en un

hombro.

–Está casi tan grande como Griff. Hace tres días hizo caer a Pato en un abrevadero de caballos

–No me derribó, me caí solo ahí solamente para hacerlo reír

–Tu táctica resultó un éxito– señaló Haldon. –Yo también me reí

–Hay un regalo para el niño en uno de los cofres. Un poco de jengibre confitado. Siempre le ha gustado– Ilyrio sonaba extrañamente triste. –Yo pensé que iba a continuar hasta Ghoyan Drohe con vosotros. Una fiesta de despedida antes de empezar el descenso por el río

–No tenemos tiempo para fiestas, milord– dijo Haldon. –Griff empezará a atacar río abajo el momento en el que regresemos. Las noticias río arriba no han sido tan buenas. Los Dothraki han sido vistos al norte del Lago Dagger, escoltas del viejo khalassar de Motho y Khal Zekko no está muy lejos, moviéndose a través del bosque de Qohor

El gordo hizo un fuerte ruido –Khal Zekko visita Qohor cada tres o cuatro años. Los habitantes le dan un saco de oro y él regresa al este de nuevo. En cuanto a Motho, sus hombres están tan viejos como el, y son mas escasos cada día. La amenaza es…

–Khal Phono– completó Haldor. –Motho y Zekko huyeron de el, según dicen. Los últimos reportes de Phono lo situaban cerca de las cabeceras del Selhoru, con un khalasar de treinta mil hombres. Griff no quiere arriesgarse a ser capturado en el cruce si es que Phono se arriesga a asomarse en el Rhyone– Haldon miró a Tyrion –¿Tu Gnomo cabalga tan bien como mea?

–Él cabalga– interrumpió Tyrion, antes de que el señor del queso pudiera responder por él –Aunque él cabalga mejor con una silla especial y un caballo que conozca. Ah, y habla mejor aún

–Así que lo hace... Yo soy Haldon, el Sanador de nuestro pequeño grupo de hermanos. Algunos me llaman Mediomaestre. Mi compañero es Ser Pato

–Ser Rolly. Ser Rolly Campopatos. Cualquier caballero puede ordenar a otro caballero, lo que hizo Griff conmigo. Y tú, gnomo.

–Yollo– dijo rápidamente Ilyrio –Él se llama Yollo.

«Yollo? Yollo suena como un nombre adecuado para un mono». Lo que es peor, era un nombre Pentoshi, y cualquier tonto podría darse cuenta al ver a Tyrion que no era Pentoshi –En Pentos mi nombre es Yollo– dijo rápidamente, intentando corregir lo que podía –Pero mi madre me puso Hugor Hill

–¿Eres un pequeño Rey o un pequeño bastardo?– preguntó Haldon. Tyrion se dio cuenta que haría bien en ser cuidadoso con Haldon Mediomaestre. –Todo gnomo es un bastardo a los ojos de su padre

–No cabe duda. Bueno, Hugor Hill, respondeme esto: Como mató Serwyn, el del escudo brillante al dragón Urrax

–Se aproximó por detrás con su escudo. Urrax solo pudo ver su propio reflejo hasta el momento en el que Serwyn hundió su lanza entre sus ojos

Haldon no se dejó impresionar. –Hasta Pato conoce ese cuento. Me darías el nombre del caballero que intentó la misma estratagema con Vhagar durante la Danza de Dragones?

Tyrion sonrió –Ser Byron Swan. Solo que resultó asado haciendo este trabajo. Ah, y el dragón era Syrax, no Vhagar

–Mucho me temo que estás equivocado. En la Danza de los Dragones, un relato verdadero, el Maestre Munkun escribió que era Vhagar. El Gran Maestre Munkun se equivoca. El escudero de Ser Swann vio morir a su amo y le escribió a su hija relatándole cómo murió. En su relato dice que fue Syrax, la dragona de Rhaenyra, lo que tiene más sentido que la versión de Lunken. Swan era el hijo de un lord rebelde, y Bastión de Tormentas estaba con Aegon. Vhagar estaba montado por el príncipe Aemond, el hermano de Aegon. ¿Por qué iba a querer matarlo?

Haldon frunció los labios. –Trata de no caerte del caballo. Si lo haces mejor volvemos a Pentos. Nuestra tímida doncella no va a esperar a hombre o gnomo

–Las doncellas tímidas son mis favoritas, despues de las libidinosas. Dime, a dónde van las putas?

–Dime, te parezco un hombre que frecuente la compañía de putas?

Pato se rió burlonamente. –No se atreve. Lemore le haría pedir perdón, el muchacho lo haría venirse y Griff le rebanaría la polla y la metería en su garganta

–Bueno– dijo Tyrion –Un maestre no necesita polla

–Sin embargo Haldon sólo es la mitad de un maestre

–Parece que hallas divertido al gnomo, Pato– dijo Haldon

–Él puede cabalgar contigo– se subió de nuevo a su montura. Le tomó unos poco más de tiempo a Pato asegurar los cofres de Ilyrio a los tres caballos de carga. En ese instante, Haldon se desapareció. Pato no parecía preocuparse. Montó en la silla, agarró a Tyrion por la nuca y ubicó al pequeño hombre delante de él. Agárrate fuerte al pomo de la montura y te irá bien. La yegua tiene un andar suave y agradable y muy pronto el camino del dragón te parecerá tan confortable como el culo de una doncella– Agarró las riendas con la mano derecha y la dirección con la izquierda y Ser Rolly partió al trote.

–Buena suerte– les dijo Ilyirio. –Dile al chico que estoy apenado por no poder estar en su boda. Me reuniré con ustedes en Poniente. Lo juro por las manos de Serra

La última vez que Tyrion Lannister vió al magister Ilyrio Mopatlis fue junto a su litera, con sus ropaje brocado y sus enormes hombros caídos. A medida que su figura se reducía en el polvo, el señor del queso casi parecía pequeño.

Pato alcanzó a Haldon Mediomaestre un cuarto de milla después. A partir de entonces los dos jinetes cabalgaron uno al lado de otro. Tyrion se aferró con fuerza al pomo, extendiendo torpemente sus cortas piernas, a sabiendas de que pronto asomarían los calambres, las ampollas y demás molestias en el sillín.

–Me pregunto qué harían los piratas del lago Dagger con nuestro gnomo– se preguntó Haldon mientras cabalgaba.

–¿Guiso de gnomo?– sugirió Pato, –Urho el Sinlavarse es el peor de ellos. Solo su olor es suficiente como para matar a un hombre.

Tyrion se encogió de hombros –Afortunadamente no tengo la nariz.

Haldon le dirigió una leve sonrisa –Si vamos a encontrarnos con Lady Korra en los dientes de Hag, tambien podrías ir extrañando otras partes mas de tu cuerpo. La llaman Korra La Cruel. Su nave es tripulada por bellas y jóvenes doncellas que castran a cualquier varón que caiga en sus manos.

–Terrible. Yo podría orinarme en mis pantalones.

–Mejor no lo hagas– Advirtió sombríamente el Pato –Lo que tú digas. Si nos encontramos con esta tal Lady Korra, lo que haré es meterme dentro de una falda y diré que soy Cersei. la famosa belleza barbada de Desembarco del Rey.

Esta vez Pato se echó a reir, mientras Haldon dijo –Que gracioso compañerito eres, Yollo. Dicen que el Señor Misterioso otorga un deseo a cualquier persona que pueda hacerlo reír. Tal vez su Gracia Gris te escoja a ti para ornamentar su corte de piedra.

Pato miró a su compañero, inquieto. –No es bueno bromear sobre Él. No estando tan cerca del Rhyone. Él escucha.

–La sabiduría de un pato– dijo Haldon –Te ruego me disculpes, Yollo. No necesitas verte así, tan pálido. Yo sólo estaba jugando contigo. El Principe de los Dolores no otorga su beso gris a la ligera.

«El beso gris». La idea hizo poner la carne de gallina. La muerte había perdido su terror ante Tyrion Lannister, pero la escala de grises, era otra cosa. «El Señor Cubierto es sólo una leyenda», se dijo, «no es más real que el fantasma de Lann el Listo que algunos afirman vaga por Roca Casterly». Aún así, se mordió la lengua.

El repentino silencio del gnomo pasó desapercibido, mientras el Pato empezaba a relatarle la historia de su vida. Su padre había sido un armero en Bitterbridge, por lo que había nacido con el sonido del timbre del acero en sus oídos y a temprana edad aprendió el manejo de la espada. Como era un muchacho grande y agradable atrajo la mirada de Lord Caswell, quien le ofreció un lugar en la guarnición, pero el muchacho había querido más. Él vio al débil hijo de Caswell ser nombrado paje, escudero y finalmente caballero. –Un traicionero con cara de chivato atajo de malas hierbas, pero el viejo Lord tenía ese hijo único y solo cuatro hijas mas, por lo que nadie se atrevía a decirle ni una sola palabra. Los otros escuderos tampoco osaban ponerle un solo dedo encima.

–Sin embargo tu no eras tan tímido– Tyrion podía ver con mucha facilidad a donde iba esta historia

–Mi padre me hizo una espada larga, para celebrar el dieciseisavo día de mi nombre, pero a Lorent le gustó tanto que la quiso para sí mismo y le arrancó de las manos. Mi ensangrentado padre nunca se atrevió a decirle que no. Cuando me acerqué a reclamarle, Lorent me dijo que se ve en mi cara que mis manos estaban hechas para manejar un martillo, jamás una espada. Así que fui a conseguir un martillo, lo golpee con él hasta que sus dos brazos y la mitad de sus costillas estuvieron rotas. Después de eso, tuve que abandonar el castillo, tan rápido como pude. Lo logré pasando a través de las aguas, hasta llegar a la Compañía del Oro. He hecho un poco de herrería en estos años como aprendiz, luego Ser Harry Strickland me tomó como escudero. Cuando Griff hizo correr la voz de que necesitaba a alguien para ayudar a entrenar a su hijo en el uso de las armas, Harry me envió

–Y Griff te nombró caballero.

–Un año después.

Haldon Mediomaestre esbozó una leve sonrisa. –Cuéntale a nuestro pequeño amigo cómo conseguiste tu nombre, ¿por qué no?.

–Un caballero necesita algo más que un sólo nombre– , insistió el hombre grande,

–Y bueno, estábamos en un campo cuando me hizo poner en cuclillas, y miré hacia arriba, y vi unos patos así que... no te rías ahora.

Justo después del atardecer, se salieron a un lado del camino de piedra para descansar en un patio cubierto aledaño a un pozo de piedra. Tyrion saltó para mitigar los calambres en las pantorrillas mientras Haldon y Pato daban agua a los caballos. Hierbas marrones resistentes y pequeños arbustos surgían entre los adoquines y paredes cubiertas de musgo de lo que un día parecía haber sido una enorme mansión de piedra. Después de que los animales fueron atendidos, los jinetes compartieron una cena sencilla de carne de cerdo salada y fría con frijoles blancos, todo eso aderezado con cerveza. Tyrion se encontró más cómodo con esto que con los opulentos manjares que había compartido con Ilyrio. –Estos cofres que te he traído– dijo mientras masticaba –Oro para la Compañía del Oro, pensé en primera instancia, hasta que vi a Ser Rolly elevar un cofre y asentarlo en su hombro. Si hubiera estado lleno de monedas, jamás hubiera podido levantarlo con tanta facilidad.
–Son solamente armaduras– dijo Pato encogiéndose de hombros –Ropas también– irrumpió Haldon –ropas de corte, para toda nuestra compañía. Lana fina, terciopelos, mantos de seda. Uno no llega a la presencia de una reina luciendo mal ni con las manos vacías. El magíster ha tenido la amabilidad de proporcionarnos regalos apropiados.

Al salir de la luna, estaban de regreso en la silla de montar, trotando hacia el este bajo un manto de estrellas. El viejo camino Valyrio brillaba ante ellos como una línea de plata serpenteando por los bosques y el valle. Por un pequeño instante Tyrion Lannister se sintió casi en paz. –Lomas Pasolargo dijo la verdad. Este camino es maravilloso.

–Lomas Pasolargo– preguntó Pato. –Un escriba, muerto hace mucho tiempo– dijo Haldon –Pasó su vida viajando por el mundo y escribiendo sobre las tierras que visitó en dos libros titulados Maravillas y Maravillas hechas por el Hombre.

–Un tío mío me los regaló cuando era niño– dijo Tyrion. –Los leí hasta que se hicieron pedazos.

–Los dioses hicieron siete maravillas, y los hombres mortales nueve– dijo el mediomaestre –Los pecados del hombre impidieron a los dioses crear dos más, pero ahí están. Los caminos de piedra de Valyria eran una de las maravillas de la lista de Pasolargo. La quinta, creo.

–La cuarta– dijo Tyrion, que había memorizado las dieciséis maravillas cuando era niño. A su tío Gerión le gustaba ponerlo en la mesa durante las fiestas y hacer que se las recitara. «Me gustaba tanto eso o no?. Ahí, de pie, entre las trincheras, con todos los ojos sobre mi, demostrando lo listo que este pequeño engendro era». Años después, había acariciado el sueño de que algún día viajaría por el mundo y vería las maravillas de Pasolargo por si mismo.

Lord Tywin puso fin a aquellos sueños diez días antes del diez y seis día del nombre de su hijo, al momento en que Tyrion le pidió a su padre realizar un largo viaje recorriendo las nueve ciudades libres, tal como sus tíos lo habían hecho a esa edad. «Se puede confiar en que mis hermanos no harán pasar vergüenza a la casa Lannister» había respondido su padre. «Ni tampoco se casaron con

una prostituta» Y cuando Tyrion le recordó que en diez días sería un hombre adulto, libre para viajar por donde le plazca, Lord Twyn había dicho «Ningún hombre es completamente libre. Sólo los niños y los tontos piensan de otra manera. Pero bueno, si quieres ir ve, solo que tendrás que usar un tocado y pararte de cabeza para que consigas divertir a los señores de las especias y a los reyes del queso. Asegúrate también de que pagues de tu propio bolsillo y que alejes de tu mente cualquier intención de regresar». En ese momento, toda determinación del chico se había derrumbado «Si lo que quieres es una ocupación útil, ocupación útil tendrás» Así que para marcar su paso a la edad adulta, a Tyrion se le encargó el manejo de todos los drenajes y cisternas al interior de Roca Casterly. Tal vez su padre esperaba que alguna de ellas fallara. Pero Tywin se sintió decepcionado, pues ninguna de ellas había drenado la mitad de bien antes de que el se hubiera hecho cargo de ellas.

«Necesito una copa de vino para lavarme el sabor de Tywin de la boca. No, un odre me serviría mejor». Cabalgaron toda la noche, con Tyrion durmiendo a ratos, dormitando contra el pomo y despertando súbitamente. De cuando en cuando se empezaba a deslizar hacia los lados de la silla, pero Ser Rolly tiraba con una mano de él y lo volvía a acomodar en posición vertical. Al amanecer las piernas del gnomo estaban doloridas, y sus mejillas irritadas.

Fue al día siguiente antes de que lleguen al sitio de Ghoyan Drohe, fuerte al lado del río. –El legendario Rhoyne– cuando divisó la lenta y verde vía de agua desde la cima de una elevación.

–El pequeño Rhyone– dijo Pato

–Con que es éste– dijo Tyrion. Un río bastante agradable, supongo. Pero el más pequeño ramal del Tridente es el doble de ancho y los tres de ellos corren más rápido. La ciudad tampoco era tan impresionante.

Ghoyan Drohe nunca había sido una gran ciudad. Tyrion recordaba sus historias pero había sido un lugar justo, verde y floreciente. Una ciudad de canales y fuentes. Hasta la guerra. Hasta que vinieron los dragones. Mil años después, los canales estaban atascados de juncos y barro, y charcos de agua empozada se convertían en criaderos de enjambres de moscas. Las piedras rotas de los templos y palacios se hundían de nuevo en la tierra, y los viejos sauces nudosos crecían gruesos a los largo de las riberas.

Unas pocas personas se mantenían aún en medio de la miseria, cultivando pequeños jardines entre la maleza. El sonido de los cascos de hierro en la antigua carretera Valyria envió a la mayoría de ellas a retroceder a los agujeros de donde se habían arrastrado, pero los más audaces se quedaron en el sol el tiempo suficiente para mirar con sus ojos apagados el paso de los jinetes. Una chica desnuda, con el lodo hasta las rodillas, parecía que no podía quitar sus ojos de Tyrion. «Nunca había visto a un enano antes», pensó Tyrion. «Mucho menos a un enano sin nariz». Él hizo una mueca y le sacó la lengua, y la niña comenzó a llorar.

–¿Qué hiciste con ella?– preguntó Pato

–Le lancé un beso. Todas las chicas lloran cuando las beso.

Más allá de los sauces enredados, el camino se interrumpía bruscamente y ellos giraron hacia el norte por unas cortas vías, cabalgando al lado del agua hasta que la maleza cedió y se encontraron en un viejo muelle de piedra medio sumergido y rodeado de altos arbustos de color marrón. –Pato!! – se escuchó un grito –Haldon!!!

Tyrion estiró la cabeza a un lado y vio a un niño de pie sobre el techo de un edificio de madera

agitando un sombrero de paja con ala ancha. Era un muchacho recio y ágil, de aspecto desgarbado y un mechón de pelo oscuro azulado. El gnomo estimó su edad en quince o dieciséis, o la suficiente para que no le importe.

El techo en el que el adolescente estaba parado resultó ser el techo de la Doncella Tímida, una vieja y destartalada balandra de un solo mástil. Esta tenia un calado poco profundo lo que la convertía en ideal para abrirse paso por entre pequeños ríos y avanzar entre bancos de arena. «Una sirvienta ideal» pensó Tyrion, «pero a veces las más feas son las más hambrientas en la cama»

Las balandras que surcaban los ríos en Dorne a menudo estaban pintadas con brillantes colores y estaban exquisitamente talladas, pero esta Doncella no. Estaba pintada de un color marrón grisáceo desescamado, un timón curvo y grande, llano y sin adornos. Se veía como sucia, pero sin duda ese era el punto.

Para entonces Pato estaba devolviendo los gritos. La yegua caminaba salpicando a traves de las aguas poco profundas pisoteando los juncos. El niño saltó del techo de la cabina hacia la cubierta del bote, y el resto de la tripulación de la Doncella Tímida hizo su aparición. Una pareja vieja de apariencia Rhoynish se colocó al lado del timón, mientras que un apuesto septon en una túnica blanca cruzó la puerta de la cabina alejando un mechon de cabello cafe oscuro de sus ojos. Pero Griff era inconfundible. –Ya ha ha habido suficiente griterío– dijo. Un repentino silencio calló sobre el río

«Este tipo será un problema», Tyrion lo supo al instante

La capa de Griff estaba hecha de la piel y la cabeza de un lobo de Rhyone. Bajo la piel llevaba atadas cintas de cuero reforzadas con anillos de hierro. Su afeitado rostro con arrugas en las comisuras de los ojos. A pesar de que su pelo era tan azul como el de su hijo, el suyo tenia raíces rojas y cejas mas rojas aún. De su cadera colgaba una espada y una daga. Si es que estaba feliz de reunirse con Pato y Haldon de nuevo no lo hizo notar, pero no se molestó en ocultar su disgusto a la vista de Tyrion. –¡Un gnomo! ¿Qué es esto?–

–Lo sé. Estabas esperando una rueda de queso– Tyrion se volvió hacia el muchacho y le mostró su casi siempre desarmadora sonrisa –El cabello azul te puede servir bastante bien aquí en Tyrosh, pero en Poniente los chicos te lanzarían piedras y las niñas se reirían de tí.

El muchacho se sorprendió –Mi madre era una dama de Tyrosh. Yo me tiño el pelo en su memoria.

–¿Qué es esta criatura?– preguntó Griff

Haldon respondió –Ilyrio envia una carta explicando.

–Dármela entonces. Lleven al gnomo hacia mi camarote.

«No me gustan sus ojos», reflexionó Tyrion, cuando el mercenario se sentó frente a el, en la penumbra del interior de la embarcación, en una mesa de tablones remendados y una vela de sebo entre ellos. Los ojos de lord Twin habían sido de color verde pálido con matices dorados. Vió al mercenario leer. Que supiera leer decía algo en si mismo. ¿Cuantos mercenarios podrían hacer alarde de eso? «Apenas mueve sus labios» reflexionó Tyrion.

Finalmente Griff levantó la vista del pergamino y sus claros ojos se entrecerraron. –¿Tywin Lannister muerto? ¿Y por tu mano?–

–Por mi dedo. Este– Tyrion lo levantó para la admiración de Griff. –Lord Tywin estaba sentado en un retrete, así que puse una flecha de ballesta a través de sus entrañas para comprobar si era cierto que cagaba oro. No lo hizo. Lástima, porque podría haber usado algo de ese oro. Yo también maté a mi madre hace un tiempo atrás. Ah, me olvidaba de mencionar a mi sobrino Joffrey. Lo envenené en su fiesta de matrimonio y lo ví morir ahogado. ¿El quesero se saltó esa parte? Estoy hablando de añadir a esa lista a mi hermano y hermana antes del fin de mis días, si le place a tu Reina.

–¿Complacerla? ¿Acaso Ilyrio ha perdido la razón? ¿Por qué se imagina que Su Gracia daría la bienvenida a su servicio a un matarreyes confeso y un traidor.

«Una buena pregunta» pensó Tyrion pero lo que dijo fue –El rey que maté estaba sentado en su trono y todos los que yo he traicionado son leones, por lo que me parece que ya he empezado a hacerle un buen servicio a la Reina– Se rascó la mutilada nariz –No tengas miedo, no te mataré. No eres mi pariente. ¿Podrías dejarme ver lo que el Quesero escribió? Me encanta leer lo que escriben sobre mí.

Griff ignoró la petición. En su lugar tocó la carta con la llama de la vela y vio al pergamino ennegrecerse y estallar. –Hay mucha sangre entre los Targaryen y los Lannister. ¿Por qué apoyarías tú la causa de la reina Daenerys?.

–Por oro y gloria– dijo alegremente el gnomo –Ah, y odio. Si alguna vez llegas a conocer a mi hermana, seguro que lo entenderás–

–Entiendo el odio lo suficientemente bien– Por la forma que dijo Griff estas palabras Tyrion entendió que era verdad. «Este tipo se ha alimentado de odio todos estos años».

–Entonces tenemos eso en común, Ser.

–No soy un caballero.

«No solo una mentira, sino una muy mala. Eso fue torpe y estúpido, milord». –Es que Ser Pato dijo que tu lo habías nombrado caballero.

–Pato habla demasiado.

–Algunas personas se sorprenderían de que un pato pueda hablar. No importa Griff. Tú no eres caballero y yo soy Huggr Hill, un pequeño monstruo. Tu pequeño monstruo, si quieres. Te doy mi palabra de que lo que más quiero es llegar a ser siervo de tu Reina Dragon.

–¿Y cómo te propones servirla?.

–Con mi lengua– Tyrion lamió sus dedos uno por uno. –Puedo decirle a Su Alteza la manera de pensar de mi hermana, si puedes llamar a eso pensar. Puedo decirle a sus capitanes la mejor manera de derrotar a mi hermano Jaime en la batalla. Yo se cuales son los lores valientes y cuales son los cobardes, cuales los leales y cuales los que se pueden sobornar. Yo le puedo atraer aliados. Y yo se mucho más de sus dragones, como tu medio maestre te podrá contar. Soy divertido también y no como mucho. Considérame su propio engendro.

Griff sopesó todo esto por un momento. –Entiende esto Gnomo. Tú eres el menor y el último de nuestra compañía. Cierra la boca y haz lo que te digan o muy pronto verás las consecuencias– «Si padre» casi dice Tyrion –Como digáis milord.

–No soy un caballero.

«Mentiroso» –Fue un acto de cortesía, amigo.

–Tampoco soy tu amigo.

«Ni caballero, ni lord, ni amigo» –Que pena.

–Ahórrate tus ironías. Te llevaré a Volantis. Si te mantienes obediente y útil, es posible que te conserve con nosotros para servir a la Reina de la mejor manera que puedas. En cambio, si causas mas problemas de lo que vales, podrás seguir por tu camino.

–Claro, y mi camino me llevará al fondo del Rhoyne, mientras los peces mordisquean lo que queda de mi nariz. Valar Dohaeris.

–Puedes dormir en la cubierta o en la bodega, como prefieras. Ysilla te proporcionará ropa, sábanas y un cobijo para ti.

–Que amable es – Tyrion se contoneó, pero en la puerta de la cabina se volvió para atrás. –¿Qué pasa si encontramos a la reina y descubrimos que toda la charla sobre los dragones es solamente una fantasía de marineros borrachos? Todo este mundo está repleto de estos cuentos locos. Grumlins y snarks. Fantasmas y vampiros. Sirenas, duendes, caballos alados, los cerdos con alas, leones alados?.

Griff frunció el ceño –Te lo he advertido, Lannister. Guarda tu lengua o la pierdes. Hay reinos en peligro por aquí. Nuestras vidas, nuestros nombres, nuestro honor. Este no es un juego que estamos jugando para tu diversión.

«Por supuesto que lo es» pensó Tyrion «El Juego De Tronos». –Como usted diga, Capitán.– murmuró, inclinándose una vez mas.

9. DAVOS

Un rayo partió el cielo norteño, proyectando la torre negra de Lámparanoche en el cielo azul. Seis latidos después llegó el trueno, como un lejano tambor.

Los guardias marchaban junto con Davos Seaworth a través de un puente de basalto negro y bajo un rastrillo de hierro que mostraba signos de oxidación. Más allá se extendía un profundo foso y un puente levadizo sujeto por dos enormes cadenas. Debajo surgían aguas verdes, lanzando columnas de espuma que se estrellaban contra los cimientos del castillo. Después, otra entrada, más grande que la primera, con las piedras cubiertas de algas verdes. Davos tropezó en el patio de barro, con sus manos atadas por las muñecas. La fría lluvia le escocía los ojos. Los guardias le empujaron hacia las escaleras, en la torre de piedra cavernosas del Dique.

Una vez dentro, el capitán se quitó la capa y la colgó de una percha para que no dejara charcos en la alfombra raída de Myr. Davos hizo lo mismo, buscando a tientas el cierre con sus manos atadas. No había olvidado los modales que había aprendido en Rocadragón durante sus años de servicio.

Encontraron al señor solo en la penumbra de la sala, cenando a base de cerveza, pan y el guiso de la hermana. Había veinte apliques de hierro a lo largo del grueso muro de piedra, pero solo cuatro sujetaban antorchas y ninguna estaba encendida. Dos velas de sebo daban una escasa y temblorosa luz. Davos podía oír la lluvia azotando las paredes, y un goteo constante en el tejado hacía entrever una gotera.

–Mi señor– dijo el capitán –encontramos a este hombre en Vientre de la Ballena**,** intentando comprar un pasaje fuera de la isla. – Tenia doce dragones y también esto – El capitán lo puso sobre la mesa junto al señor: una cinta ancha de terciopelo negro adornado con un paño de oro, soportando tres sellos, un venado coronado sobre un campo de oro, un corazón rojo llameante, y una mano blanca.

Davos esperó mojado y chorreando, con rozaduras en las muñecas donde la cuerda mojada cavaba en su piel**.** Una palabra de este señor y pronto estaría colgando de la puerta de la horca de Villahermana**,** pero al menos estaba lejos de la lluvia, con sólida piedra bajo sus pies en lugar de una agitada cubierta. Estaba empapado, dolorido y ojeroso, desgastado por el dolor y la traición, y harto de las tormentas.

El señor se limpió la boca con el dorso de la mano y cogió la cinta para observarla más de cerca. Un rayo brilló fuera, haciendo la tronera brillar azul y blanco por una fracción de segundo. «Uno, dos, tres, cuatro», Davos contaba, antes de que llegara el trueno. Cuando se calmó, oía el goteo, y el rugido sordo bajo sus pies donde las olas chocaban contra los inmensos arcos de piedra del Dique y se arremolinaban a través de sus mazmorras. El también podría acabar allí, encadenado al húmedo sueldo de piedra y morir ahogado cuando subiera la marea. *No,* trató de decirse a sí mismo, «un contrabandista puede morir así, pero no la mano del Rey. Sería de más valor si me vendiera a su reina».

El Señor tocó la cinta, con el ceño fruncido en los sellos. Era un hombre feo, grande y gordo, con hombros anchos y sin cuello. Una gruesa barba gris, blanca en algunas zonas, cubría sus mejillas y el mentón. Encima de una gran frente, era calvo. Su nariz era grumosa y roja con venas rotas, sus labios eran gruesos y tenía una especie de membrana entre los tres dedos centrales de su mano derecha. Davos había oído que algunos señores de las Tres Hermanas tenían las manos y los pies palmeados, pero siempre había creído que era otra historia más de marineros.

El señor se dio la vuelta – Desatádle – dijo – y quitádle esos guantes, quiero ver sus manos.

El capitán lo hizo. Mientras alzaba la mano mutilada de su prisionero, los rayos brillaron de nuevo, proyectando la sombra de los cortos dedos de Davos Seaworth en la contundente y brutal cara de Godric Borrell, señor de Dulcehermana.

–Cualquier hombre puede robar una cinta – dijo el señor– Pero esos dedos no mienten, sois el caballero de la cebolla.

–Me han llamado eso, mi señor – Davos también era señor, y había sido caballero durante muchos años, pero en el fondo todavía era lo que siempre había sido, un contrabandista común que había comprado su título de caballero con un puñado de cebollas y pescado salado. – Y también me han llamado cosas peores.

–Ser. Traidor. Rebelde. Cambiacapas

Se enfadó con la última. – Nunca he cambiado mi capa, mi señor. Soy la mano del rey.

–Solo si Stannis es el rey – el señor lo examinó con sus duros ojos negros. – Muchos de los reyes que atracaron en mi orilla me buscaron en mi sala, no en el Vientre de la Ballena**.** Un antro de contrabandistas, ese lugar.– ¿Vais a volver a vuestro antiguo trabajo, caballero de la cebolla?

–No mi señor. Estaba buscando un viaje a Puerto Blanco. El rey me envió con un mensaje para su señor.

–Entonces estáis en el lugar equivocado, con el señor equivocado – Lord Godric parecia divertido – Estos es Vallehermana, en Dulcehermana.

–Lo sé. – Sin embargo, Vallehermana no tenia nada de dulce. Era una ciudad infame, una pequeña pocilga repugnante con olor a excrementos de cerdo y pescado podrido. Davos lo recordaba bien, de sus días como contrabandista. Tres Hermanas había sido la guarida favorita de los contrabandistas durante cientos de años y un nido de piratas antes que eso. Las calles de Vallehermana estaban embarradas, sus casas eran de adobe con tejados de paja, y en la puerta de la horca siempre había hombres colgados con las entrañas fuera.

–Tenéis amigos aquí, eso no lo dudo – dijo el señor – todos los contrabandistas tienen amigos en las hermanas. Algunos de ellos también son mis amigos. Los que no los son, los cuelgo. Dejo que se estrangulen lentamente, con sus tripas cayendo por sus rodillas. –La sala brilló de nuevo, un rayo iluminó las ventanas. Dos latidos después, vino el trueno. –Si Puerto Blanco es lo que queréis, ¿porque estáis en Vallehermana? Que os ha traído hasta aquí?

«Una orden del rey y la traición de un amigo», debía haber dicho Davos. En lugar de eso, respondió – Tormentas.

Veintinueve barcos habían zarpado del muro. Si la mitad de ellos todavía seguían a flote, Davos se sorprendería. Cielos negros, vientos glaciales y lluvia azotante les habían perseguido durante toda la costa. Las galeras *Oledo e* Hijo de Vieja Madre se habían dirigido hacia las rocas de Skagos, la isla de los unicornios y los caníbales, donde hasta el Ciego bastardo temía atracar; la gran nave *Saathos Saan* se fue a pique en los acantilados grises. –Stannis pagará por ellos –dijo Sallador Saan – pagará por ellos con buen oro, para todos–. Fue como si un dios furioso estuviera exigiendo el pago por su viaje hacia el norte, cuando se habían dirigido constantemente hacia el sur desde Rocadragón hasta el muro. Otro vendaval había rasgado el armazón de la *Bountiful Harvest*, forzando a Salla a remolcarlos. Diez leguas al norte de la Atalaya de la viuda los mares resurgieron de nuevo,

estrellando la *Harvest* contra una de las naves que la estaban remolcando y hundiéndose ambas. El resto de la flota Lysena se había dispersado en el mar angosto. Algunas se habrían rezagado en algún que otro puerto. Otras no las volverían a ver nunca.

–Shallador el mendigo, eso es en lo que vuestro rey me ha convertido– , se quejó Salladhor Saan a Davos, mientras los restos de su flota renqueaban a traves de la mordedura. –Salladhor el borracho. Donde están mis barcos? Y mi oro? Donde está todo el oro que me habían prometido?– Cuando Davos trató de garantizarle que le pagarían, Salla eructó. –¿Cuándo?, ¿Cuando? ¿Mañana, con la luna nueva?, ¿cuando vuelva el cometa rojo? Me había prometido oro y gemas, siempre prometiendo, pero no he visto el oro. Tengo su palabra oh si, su palabra real, lo escribió.¿Puede Sallador Saan alimentarse de la palabra del rey? ¿Puede saciar su sed con pergaminos y sellos de cera? ¿Puede acostarse con promesas en una cama de plumas y follar hasta que le chillen?.

Davos trató de persuadirle para que permaneciera leal. Si Salla abandonaba a Stannis y su causa, abandonaría toda esperanza de obtener todo el oro que se le debía. Un victorioso rey Tommen no pagaría las deudas de su tío derrotado, al fin y al cabo. La única esperanza para Salla era ser fiel a Stannis Baratheon hasta que ganase el trono de Hierro. Si no, no vería su dinero. Tenia que ser paciente.

Quizás, algún señor con miel en su lengua podría haber influido en el principie pirata Lyseno, pero Davos era un caballero de la cebolla, y sus palabras solo habían provocado indignación en Salla. –En Rocadragón era paciente– dijo –Cuando la mujer roja quemó los dioses de madera y los hombres gritando**.** Todo el camino hacia el muro he sido paciente. En Guardiaoriente he sido paciente… y frío, muy frío. Bah, digo. Bah a tu paciencia, y bah a tu rey. Mis hombres están hambrientos. Están deseando follar a sus mujeres, contar a sus hijos, ver los Steptones y los jardines de Lys. Hielo y tormentas y promesas vacías, esto no es lo que quieren. El norte es demasiado frío y se está enfriando aún más.

*«*Sabia que el día llegaría»*,* se dijo Davos. «Me gustaba el viejo bribón, pero nunca estuve tan loco como para confiar en el».

–Tormentas–. Lord Godric pronunció la palabra, tan cariñosamente como ningún hombre habría dicho el nombre de su amante. –Las tormentas eran sagradas en las Hermanas antes de que llegaran los Ándalos. Nuestros antiguos dioses eran la Dama de las Olas y el señor de los Cielos. Creaban las tormentas cada vez que se apareaban – se inclinó hacia delante. –a estos reyes nunca les ha preocupado las Hermanas. ¿Porque debería? Somos pequeños y pobres. Y todavía estas aquí. Las tormentas os han entregado a mí–.

*«*Entregado a ti por un amigo»*,* pensó Davos.

Lord Godric se dirigió a su capitán. – Deja a este hombre conmigo. Nunca ha estado aquí.

–No mi señor, nunca–. El capitán se marchó, dejando huellas en la alfombra con sus botas mojadas. Bajo el suelo el mar estaba intranquilo y ruidoso, golpeando a los pies del castillo. La puerta de fuera se cerró con un sonido como un trueno distante, y otra vez un rayo, a modo de respuesta.

–Mi señor – dijo Davos –Si me enviarais a Puerto Blanco, su alteza lo tomaría como un acto de amistad.

–Podría enviaros a puerto blanco– respondió el señor – podría enviaros a un frío y húmedo infierno– .

«Vallehermana es suficiente infierno». Davos se temió lo peor. Las tres hermanas eran unas putas inconstantes leales solo a sí mismas. Supuestamente habían jurado lealtad al valle de Arryn, pero la tenaza de Nido de Águilas sobre las islas era como mucho, poco convincente.

–Sunderlan me exigiría que os entregase si supiera de ti–. Borrell juró lealtad a Dulcehermana, como Longthorpe hizo a Hermana Larga y Torrent a Hermana Pequeña; todos habían jurado lealtad a Triston Sunderland, señor de las Tres hermanas. –Os vendería a la reina por una olla de oro Lannister. Un hombre pobre necesita cada dragón, con siete hijos decididos a ser caballeros–. El señor cogió una cuchara de madera y atacó el guiso de nuevo – Solía maldecir a los dioses que solo me daban hijas hasta que oí que Triston beamoaning el coste de los caballos de batalla. Te sorprenderías si superas cuantos peces vale comprar una armadura de placas – .

«Yo también tengo siete hijos, pero cuatro están quemados y muertos». – Lord Sunderland ha jurado lealtad al Nido de Aguilas – dijo Davos – Por derechos debería enviarme a Lady Arryn – Tendría una mejor oportunidad con ella que con los Lannister, juzgó. Aunque no ha tomado parte en la guerra de los cinco reyes, Lysa Arryn fue hija de Riverrun, y tía del joven lobo.

–Lysa Arryn está muerta – dijo Lord Godric –Asesinada por algún bardo– Lord meñique manda sobre el valle ahora. ¿Donde están los piratas? – Cuando Davos no contestó, golpeó la cuchara sobre la mesa –El Lyseno. Torrent espió sus velas desde Hermana Pequeña, y antes que el a los Flints desde Atalaya de la Viuda. Velas naranjas, verdes y rosas. Sallador Saan. ¿Donde está? –.

– En el mar – Salla estaría navegando por los dedos a través del mar angosto. Estaba regresando a los Peldaños de Piedra con unos pocos barcos. Quizás adquirió alguno más por el camino, si se cruzó con algún mercader. «Un poco de piratería para ayudar a la alianza a seguir adelante». – Su alteza le ha enviado al sur, para molestar a los Lannister y sus amigos–. Había ensayado la mentira mientras remaba hacia Vallehermana bajo la lluvia. Tarde o temprano el mundo sabría que Salladhor Saan había abandonado a Stannis Baratheon, dejándolo sin flota, pero no lo oiría de los labios de Davos Seaworth.

Lord Godric removió su guiso. – ¿Hizo el viejo pirata Saan que nadaras hasta la orilla?–.

–He llegado a la costa en un bote mi señor – Salla esperó hasta que el faro de Lámparanoche iluminará fuera del puerto de Valyria antes de dejarle. Al menos, su amistad había merecido mucho la pena. El Lyseno le habría llevado al sur con el con mucho gusto, pero Davos lo rechazó. Stannis necesitaba a Wyman Manderly y había confiado en Davos para recuperarle. No traicionaría su confianza, le dijo a Salla. –Bah –, se respondió el pirata –te matará con honores viejo amigo. Te matará.

–Nunca he tenido a una mano del rey bajo mi techo – dijo Lord Godric – Me pregunto si Stannis pediría un rescate por vos.

«¿Lo pediría?» Stannis había dado a Davos tierras, títulos y cargos, pero pagaría oro para salvar su vida? «No tenia oro. Pero todavía tenia a Salla». – Encontrará a su alteza en el castillo negro si mi señor quiere preguntarle–.

Borrell gruñó –¿También está el duende en el castillo negro?

–¿El duende? – Davos no había entendido la pregunta – Está en desembarco del rey, condenado a morir por su sobrino.

–El muro es lo ultimo en conocer, solía decir mi padre– El enano escapó. Se retorció entre los

barrotes de su celda y desgarró el cuello a su padre con sus manos desnudas. Un guardia lo vio rojo de pies a cabeza, como si se hubiera bañado en sangre. La reina nombrará lord a cualquier hombre que lo mate.

A Davos le resultaba difícil creer lo que estaba oyendo –¿Me estais diciendo que Tywin Lannister está muerto?

–A manos de su hijo, sí. – El señor bebió un trago de cerveza –Cuando había reyes en las hermanas, no dejábamos que los enanos vivieran. Los arrojábamos al mar como ofrenda para los dioses. Los septones nos hicieron parar. Atajo de payasos piadosos. ¿Porque iban los dioses a dar esa forma al hombre si no era para que lo trataran de monstruo?

«Lord Tywin muerto. Esto lo cambia todo». – Mi señor, ¿podría dejarme enviar un cuervo al muro? Su majestad querrá saber de la muerte de Lord Tywin.

–Lo sabrá. Pero no de mí. Tampoco de vos, mientas estéis bajo mi techo. No tendré que decir que di ayuda y consejo a Stannis. Los Sunderlands arrastraron a las hermanas a dos de las rebeliones Fuegoscuro, y todos sufrimos gravemente por ello–. Lord Godric hizo un gesto con la cuchara hacia una silla – Sentaos. Antes de que os caigáis, ser. Mi sala es fría, húmeda y oscura, pero no sin cortesía. Os encontraremos ropas secas, pero primero comeréis–. Gritó, y una mujer entró en la sala.– tenemos un invitado que alimentar. Traed cerveza, pan y el guiso de la hermana.

La cerveza era marrón, el pan negro, el guiso cremoso y blanco. Lo sirvió en una barra de pan rancio ahuecada**.** Estaba lleno de puerros, zanahorias, cebada, nabos blancos y amarillos, junto con almejas, trozos de bacalao y carne de cangrejo, todo ello nadando en caldo de crema de leche y mantequilla. Era el tipo de guiso que calentaba a un hombre hasta los huesos, lo necesario para una fría y húmeda noche. Davos alzó la cuchara con gratitud.

–¿Habíais probado el guiso de la hermana antes?

–Si mi señor–. El mismo guiso se había servido alrededor de las Tres hermanas, en cada posada y taberna.

–Esto es mejor que lo que hayáis tenido antes. Lo hace Gella. La hija de mi hija. ¿Estáis casado, caballero de la cebolla?

–Lo estoy mi señor.

–Una pena, Gella no. Las mujeres hogareñas son las mejores esposas. Hay tres tipos de cangrejos ahí. Cangrejos rojos, cangrejos araña y conquistadores. No comería cangrejo araña, excepto en el guiso de la hermana. Me hace sentir medio caníbal–. Su señoría hizo un gesto hacia el estandarte que colgaba sobre la negra y fría chimenea. Había un cangrejo araña blanco bordado sobre un fondo gris verdoso. – Hemos oído historias que cuentan que Stannis quemó a su mano–.

«La mano anterior a mí». Melisandre entregó a Alester Florent a su dios en Rocadragón, para conjurar el viento que les llevó hacia el norte. Lord Florent había sido fuerte y silencioso mientras los hombres de la reina lo ataban al poste, tan digno como cualquier hombre medio desnudo podría llegar a ser, pero cuando las llamas comenzaron a lamerle las piernas, empezó a gritar, y sus gritos habrían soplado durante todo el camino a Guardiaoriente por el mar, si la mujer roja pudiera ser creída**.** A Davos no le gustaba ese viento. Le pareció que olía a carne quemada, y el sonido era angustioso como si jugara entre lineas**. «**Podría haber sido yo». – Yo no me quemé – aseguró a Lord Godric –aunque Guardaoriente casi me congela–.

–El muro lo hará – la mujer trajo una rebanada de pan fresco, todavía caliente del horno. Cuando Davos vio su mano se quedó mirando. Lord Godric no dejó de tomar nota de ello. –Si, tiene la marca. Como todos los Borrells, durante quinientos años. La hija de mi hija. No la que hace el guiso – partió el pan y ofreció la mitad a Davos. –Comed. Es bueno.

Lo era, aunque cualquier corteza rancia que hubiera probado le habría sabido igual de buena a Davos, significaba que era un invitado, al menos por una noche. Los señores de Tres Hermanas tenían mala reputación, y nadie más que Godric Borrell, señor de Dulcehermana, Escudo de Vallehermana, Maestro del Castillo Dique y guardián de Lamparanoche… pero incluso los señores ladrones y saboteadores eran obligados por las antiguas leyes de la hospitalidad. «Al menos veré el amanecer», se dijo Davos. «He comido su pan y su sal».
Aunque había especias más extrañas que la sal en el guiso de la hermana. –¿Es azafrán lo que estoy probando? – el azafrán valía más que el oro. Davos sólo lo había probado una vez, cuando el rey Robert le envió medio pescado en una fiesta en Rocadragón.

–Si, de Quarth. También hay pimienta. – Lord Godric cogió un pellizco entre el pulgar y el dedo índice y espolvoreó su plato. –Pimienta negra molida de Volantis, no hay nada mejor. Coged tanta como necesitéis si os sentís picante. Tengo cuarenta cofres de ella. Sin mencionar el clavo y la nuez moscada, una libra de azafrán. Se lo quité a una criada de ojos endrinos – rió. Aún conservaba todos los dientes, vio Davos, aunque la mayoría estaban amarillos y uno de los superiores estaba negro y muerto. –Iban hacia Braavos, pero un fuerte viento la arrastró hasta la Mordedura y se estrelló contra mis rocas. Así que ya veis, no sois el único que regalo que me han traído las tormentas. –El mar es cruel y traicionero.

«No tan traicionero como el hombre», pensó Davos. Los antepasados de Lord Godric habían sido reyes piratas hasta que los Stark cayeron sobre ellos con fuego y espadas. Durante esos días, los hombres de las hermanas dejaron abierta la piratería a Salladhor Saan y sus secuaces y se limitaron a destrozar. Las balizas que se quemaron a lo largo de las orillas de las Tres Hermanas estaban para advertir de los bancos de arrecifes de coral para y conducirles por un lugar seguro, pero en noches de niebla y tormenta, algunos Sistermen usaron luces falsas para enviar a los incautos capitanes a su perdición.

–Las tormentas os han tenido en consideración, enviándolos hasta mi puerta – dijo Lord Godric. –Habríais tenido una fría bienvenida en Puerto Blanco. Llegáis demasiado tarde, ser. Lord Wyman ya ha doblado su rodilla, y no a Stannis – bebió un trago de su cerveza –Los Manderly no son norteños, no en el fondo. No han pasado más de 900 años desde que llegaron al norte, cargados con todo su oro y sus dioses. Fueron grandes señores en el Mander hasta que se extralimitaron y los manos verdes los abofetearon. El rey lobo cogió su oro, pero les dio tierras y les dejó mantener a sus dioses– secó el guiso con un trozo de pan. –si Stannis cree que los hombres gordos van a montar el ciervo, se equivoca. El Estrellaleón atracó en Vallehermana hace doce días para llenar sus toneles de agua. ¿La conocéis? Velas carmesíes y leones de oro en la proa. Y llena de Freys, dirigiéndose a Puerto Blanco.

–¿Freys?– Eso era lo ultimo que Davos esperaba oír– Oímos que los Frey habían matado al hijo de Lord Wyman.

– Si – dijo Lord Godric – y el gordo estaba tan cabreado que juró vivir a base de pan y vino hasta vengarse. Pero antes de que acabar el día, estaba llenándose la boca de almejas y pasteles. Hay barcos que navegan entre las Hermanas y Puerto Blanco continuamente. Les vendemos cangrejos, pescado y queso de cabra, y nos venden madera, lana y cuero. Hasta donde he oído, sus capitanes están más gordos que nunca. Demasiado para los votos. Las palabras son viento, y el viento que sale

de la boca de Manderly no es más que el viento que sale de su culo– El señor cogió otro pedazo de pan – Los Frey traían al gordo un saco de huesos. Algunos lo llamaron cortesía, traer a un hombre los huesos de su hijo muerto. Si hubiera sido mi hijo, les habría devuelto la cortesía y se lo habría agradecido a los Frey antes de colgarles, pero el gordo es demasiado noble para eso –.se metió el pan en la boca, masticó y tragó. –Tuve a los Frey a cenar. Uno se sentó justo donde estáis sentado ahora. *Rhaegar,* se hacia llamar. Casi me reí en su cara. Había perdido a su mujer, dijo, pero tenia pensado tomar una nueva en Puerto Blanco. Los cuervos han estado volando. Lord Wyman y Lord Walder han hecho un pacto, y lo van a sellar con un matrimonio.

Davos sintió como si le hubieran golpeado en el estomago. «Si dice la verdad, mi rey está perdido». Stannis Baratheon necesitaba Puerto Blanco desesperadamente. Si Invernalia era el corazón del norte, Puerto Blanco era su boca. Su ría había quedado libre de hielo incluso en los peores inviernos durante siglos. Con el invierno llegando, eso podría significar mucho más. Lo mismo ocurriría con la plata de la ciudad. Los Lannister tenían todo el oro de Roca Casterly, y se había casado con la riqueza de Altojardin. Las arcas del rey Stannis se habían agotado. «Debo intentarlo al menos. Tiene que haber alguna manera de impedir este matrimonio». – Debo llegar a Puerto Blanco – dijo– Mi señor, se lo ruego, ayúdeme.

Lord Godric empezó a comerse su barra con guiso, separándola en sus grandes manos. El guiso había ablandado el pan duro. – No siento cariño hacia los norteños– anunció.– Los maestres dicen que la violación de las Tres Hermanas fue hace doscientos años, pero Vallehermana no ha olvidado. Éramos hombres libres antes de eso, con nuestras leyes. Después, tuvimos que doblar nuestras rodillas al Nido de Aguilas para echar a los norteños. El lobo y el halcón lucharon por nosotros durante miles de años, hasta que entre los dos habían roído toda la grasa y carne de los huesos de estas pobres islas. Como tu rey Stannis, cuando era capitán de los barcos de Robert, envió una flota a mi puerto sin mi permiso y me obligó a colgar una docena de buenos amigos. Hombres como tú. Llegó incluso a amenazar con colgarme si algún barco quedaba encallado porque la Lampara Noctura se había vuelto negra. Tuve que comerme su arrogancia– Se comió algo más de guiso. – Ahora viene al norte humillado, con el rabo entre las piernas. ¿Por qué debería enviarle ninguna ayuda? Respondedme a eso.

«Porque es vuestro rey legitimo», pensó Davos. «Porque es un hombre fuerte y justo, el único hombre que puede restaurar el reino y defenderlo del peligro que se está reuniendo en el norte. Porque tiene una espada mágica que brilla con la luz del sol». Las palabras se le atragantaban. Ninguna de ellas podría influir en el señor de Dulcehermana. Ninguna de ellas le acercaría más a Puerto Blanco. «¿Qué respuesta quiere? ¿Debo prometerle oro que no tenemos? ¿Un marido de alta cuna para la hija de su hija? ¿tierras? ¿honores? ¿títulos?» Lord Alester Florent intentó jugar al juego y el rey lo quemó.

– Parece que la mano ha perdido su lengua. No tiene gusto para el guiso de la hermana, verdad – Lord Godric se limpió la boca.

– El león está muerto – dijo Davos despacio – Ahí está vuestra verdad mi señor. Tywin Lannister está muerto.

– ¿y que si le está?

– ¿Quién reina ahora en Desembarco del rey? Tommen no, es solo un niño. ¿Ser Kevan?

La luz de las velas brillaba en los ojos negros de Lord Godric. –Si lo fuera, estaríais encadenado. Es la reina quien manda.

Davos entendió. «Tiene dudas. No quiere encontrarse en el bando perdedor». –Stannis resistió

Bastión de Tormentas contra los Tyrell y los Redwyne. Tomó Rocadragón de los últimos Targaryien. Destruyo la flota de hierro de Isla Bella**.** El rey niño no prevalecerá sobre él.

–El rey niño domina la riqueza de Roca Casterly y el poder de Altojardin. Tiene a los Bolton y a los Frey –. Lord Godric se frotó la barbilla. –En este mundo solo el invierno es seguro. Ned Stark le dijo eso a mi padre, aquí, en este mismo salón.

–¿Ned Stark estuvo aquí?.

–En los albores de la rebelión de Robert. El rey loco había mandado al Nido de Aguilas a por la cabeza de Stark, pero Jon Arryn le envió de vuelta un desafío. Sin embargo, Puerto Gaviota se mantuvo leal al trono. Para volver a casa y reunir a sus abanderados, Stark tuvo que cruzar las montañas hasta los dedos y encontrar un pescador que le llevara a través de la Mordedura. Una tormenta les atrapó por el camino. El pescador se ahogó, pero su hija llevó a Stark hasta las Hermanas antes de que el bote se hundiera. Dijeron que la dejaron con una bolsa de plata y un bastardo en su vientre. Jon Nieve le llamó, después Arryn.

–Sea lo que fuere. Mi padre se sentó donde estoy sentado ahora cuando Lord Eddard llegó a Vallehermana. Nuestro maestre nos instó a que enviáramos la cabeza de Stark a Aerys, para demostrar nuestra lealtad. Podría haber significado una gran recompensa. El rey loco era generoso con ellos si le gustabas. Sin embargo, para entonces ya sabíamos que Jon Arryn había tomado Puerto Gaviota. Robert fue el primer hombre en ganar el muro, y mató a Marq Grafton con sus propias manos. –Este Baratheon no tiene miedo – dije. –Lucha como un rey debería luchar. –Nuestro maestre se rió de mi y nos dijo que el príncipe Rhaegar derrotaría a este rebelde. Ahí fue cuando Stark dijo, –En este mundo solo es seguro el invierno. Podemos perder la cabeza, es cierto… pero ¿que pasa si triunfamos?– Mi padre lo dejó marchar con la cabeza todavía sobre sus hombros. –Si pierdes– le dijo a Lord Eddard –Nunca estuviste aquí**.**

– No más de lo que yo estoy – dijo Davos Seaworth.

10. JON

Mostraron al Rey-Más-Allá-del-Muro con las manos atadas por una cuerda de cáñamo y una soga alrededor de su cuello. El otro extremo de la cuerda estaba enrollado al cuerno de la silla de montar del corcel de Ser Godry Farring. El mata gigantes y su montura estaban blindados con acero plateado con incrustaciones de níquel. Mance Rayder sólo vestía una túnica fina que dejaba sus miembros desnudos al frió. «Podían haberle dejado llevar su capa», pensó Jon Nieve, la que la mujer salvaje le parcheo con tiras de seda carmesí.

–Mance conoce el bosque encantado mejor que ningún otro explorador– le había dicho Jon al Rey Stannis, en su ultimo intento de convencer a Su Alteza de que el Rey-Más-Allá-del-Muro seria de más utilidad para ellos vivo que muerto. –Conoce a Tormund Matagigantes. Ha luchado contra los otros. Y tuvo el Cuerno de Joramun y no lo hizo soplar. No derribo el Muro cuando pudo hacerlo.

Sus palabras cayeron en oídos sordos. Stannis permanecía inmóvil. La ley era simple, un desertor perdía el derecho a la vida.

Bajo el Muro que se deshacía en lágrimas, Lady Melisandre levantó sus pálidas manos blancas. –Todos nosotros debemos elegir– proclamó, –Hombre o mujer, joven o anciano, señor o campesino, nuestras elecciones son las mismas.

Su voz hizo que Jon Nieve pensara en el olor del anís y la nuez moscada y el clavo. Se situó junto al Rey en un andamio de madera por encima del hoyo. –Nosotros elegimos luz u oscuridad. Elegimos bien o maldad. Elegimos al dios verdadero o al falso.

El fino pelo marrón grisáceo de Mance Ryder se movía por su cara mientras caminaba. Se lo apartó de los ojos con ambas manos, sonriendo. Pero cuando vio la caja, su coraje le fallo. Los hombres de la reina la habían hecho con los arboles del bosque encantado, de arboles jóvenes con ramas flexibles, ramas de pino pegadas con savia, y los huesudos dedos blancos de los arboles presa. Las habían enrollado y retorcido entre ellas para tejer un entramado de madera, entonces lo habían colocado en el alto de un foso repleto de troncos, hojas y leña. El rey salvaje retrocedió de la vista.

–No– exclamó, –misericordia. Esto no es correcto, no soy el rey, ellos...

Ser Godry dio un tirón a la cuerda. El Rey-Más-Allá-del-Muro no tuvo más remedio que trastrabillar tras él con la cuerda ahogando sus palabras. Cuando se tropezó, Godry lo arrastro el resto del camino. Mance estaba sangrando cuando los hombres de la Reina le medio empujaron, medio llevaron al interior de la caja. Una docena de hombres-de-armas alzaron la caja en el aire. Lady Melisandre observo como se alzaba.

–¡PUEBLO LIBRE! Aquí se encuentra vuestro rey de las mentiras. Y aquí esta el cuerno que prometió que derribaría el Muro,

Dos de los hombres de la reina mostraron el Cuerno de Joramun, negro, rodeado de oro viejo, ocho pies de largo de principio a fin. Las runas fueron talladas en las bandas doradas, la escritura de los Primeros Hombres. Joramun había muerto hace diez mil años, pero Mance había encontrado su tumba en un glaciar, en lo alto de los Colmillos Helados. Y Joramun soplo el Cuerno del Invierno, y despertó a los gigantes de la tierra. Ygritte le había dicho a Jon que Mance nunca había encontrado el cuerno. Ella mintió o bien Mance mantuvo el secreto para si mismo.

Un millar de cautivos miraban tras las barras de madera de su prisión militar mientras el cuerno era levantado. Todos estaban harapientos y hambrientos. Salvajes, así los llamaban los Siete Reinos,

ellos se autodenominaban el pueblo libre. No parecían ni salvajes ni libres, sólo hambrientos, asustados y entumecidos.

–¿El Cuerno de Joramun?– dijo Melisandre. –No. Llamarlo el Cuerno de la Oscuridad. Si el Muro cae, la noche también caerá, la larga noche que nunca terminara. No debe suceder, ¡no sucederá!. El Señor de la Luz ha visto a sus hijos en peligro y les ha enviado un campeón, Azor Ahai renació –Movió una mano hacia Stannis, y el gran rubí de su garganta latió con luz.

Él es piedra y ella llama. Los ojos del rey eran heridas azules, hundidos en una cara hueca. Llevaba una coraza gris, una capa de piel con bordes dorados colgando de los hombros. Su coraza tenia un corazón llameante incrustado sobre su emblema. Ciñendo su cabeza tenia una corona dorada roja con puntos como llamas retorcidas. Val estaba a su lado, alta y rubia. La habían coronado con una simple diadema de bronce oscuro, aún así ella parecía mas de la realeza en bronce que Stannis en oro. Sus ojos eran grises y no mostraban miedo, inquebrantables. Bajo un manto de ermitaño, vestía de blanco y oro. Su pelo rubio miel estaba recogida en una trenza que le colgaba del hombro derecho a su cintura. El frió del aire había coloreado sus mejillas.

Lady Melisandre no llevaba corona, pero todos los hombres sabían que ella era la verdadera reina de Stannis, no la hogareña mujer que dejó temblando en Guardaoriente del mar. Se decía, que el rey no tenia intención de mandar buscar a la Reina Selyse y a su hija hasta que el Fuerte de la Noche fuera habitable. Jon sintió compasión de ellas. El Muro ofrecía pocas de las comodidades a las que las damas del sur y la niñas de alta cuna estaban acostumbradas, y el Fuerte de la Noche no ofrecía ninguna. Aquel era un lugar siniestro, en el mejor de los casos.

–¡PUEBLO LIBRE!– exclamo Melisandre. –¡He aquí el destino de aquellos que eligen la oscuridad!

El Cuerno de Joramun ardió en las llamas.

Estalló con un silbido como lenguas de remolinos de fuego verde y amarillo chisporroteando en toda su longitud. Un gemido salio de la prisión mientras el pueblo libre veía arder su esperanza. Unos cuantos empezaron a gritar y a maldecir, pero la mayoría permaneció en silencio. Durante medio latido las runas grabadas en las bandas doradas parecieron brillar en el aire. Los hombre de la reina le dieron un empujón y enviaron el cuerno en llamas al foso.

Dentro de su jaula, Mance Rayder araño la soga de su cuello con las manos atadas y gritaba incoherencias de brujería y traición, negando su reinado, negando a su gente, negando a todo lo que una vez fue. Chilló pidiendo clemencia y maldijo a la mujer de rojo y comenzó a reír histéricamente.

Jon observo sin pestañear. No se atrevió a mostrar remilgado frente a sus hermanos. Había ordenado a doscientos hombres, mas de la mitad de la guardia del Castillo Negro. Montados en filas solemnes con largas lanzas en las manos, habían elaborado sus capuchas para ensombrecer sus caras... y ocultar el hecho de que muchos eran imberbes y chicos verdes. El pueblo libre temía a la Guardia. Jon quería que se llevaran ese miedo con ellos a sus nuevos hogares en el sur.

El cuerno se estrelló entre los troncos, hojas y leña. En el transcurso de tres latidos todo el foso estaba ardiendo. Agarrándose a los barrotes de su jaula con las manos atadas, Mance lloró y suplicó. Cuando el fuego le alcanzó bailó un poco. Sus gritos se convirtieron en uno largo, mudo de miedo y dolor. Dentro de su jaula, temblaba como una hoja en llamas, una polilla atrapada en la llama de una vela. Jon se encontró recordando una canción.

«Hermanos, oh hermanos.
mis días aquí han terminado,
el Dorniense toma mi vida,
pero ¿que importa?,
todos los hombres mueren,
y ¡yo he probado a la mujer del Dorniense!»

Val permaneció en la plataforma tan quieta como si hubiera sido tallada en sal. Ella no iba a llorar ni a mirar hacia otro lado. Jon se preguntó qué habría hecho Ygritte en su lugar. «Las mujeres son las fuertes». Jon se encontró pensando en Sam y en el Maestre Aemon, sobre Eli y el bebe. «Ella me habría maldecido con su ultimo aliento, pero no veía otra alternativa».

Guardaoriente reporto tormentas salvajes en el mar estrecho. «Deseaba mantenerlos a salvo. ¿En lugar de eso he alimentado a los cangrejos?». La pasada noche había soñado con Sam ahogándose, con Ygritte muriendo con sus flechas clavadas en ella (no habían sido sus flechas, pero en sus sueños siempre eran), con Eli llorando lagrimas de sangre. Jon había visto suficiente.

–Ahora– dijo.

Ulmer del Bosque Real clavo su lanza en el suelo, se descolgó su arco, y saco una flecha de su carcaj. Garth Plumagris y Barbudo Ben, ajustaron su inclinación, combaron sus arcos, dispararon.

Una flecha se clavo en el pecho de Mance Rayder, una en el intestino, una en la garganta. La cuarta golpeo una de las barras de madera de la jaula, y se deslizo hasta el suelo envuelta en llamas.

Los sollozos de una mujer hicieron eco en el Muro mientras el rey salvaje se deslizaba hasta el suelo de la jaula envuelto en llamas.

–Y ahora su visión se ha cumplido– murmuro Jon en voz baja.

Mance Rayder había sido una hombre de la Guardia de la Noche una vez antes de que cambiara su capa negra por una rajada con seda brillante roja.
En la plataforma, Stannis fruncía el ceño. Jon se negó a cruzar la mirada con él. El fondo había caído fuera de la jaula de madera y las barras se estaban desmoronando. Cada vez que el fuego lamia hacia arriba, mas ramas caían libres, rojas y negras.

–El Señor de la Luz creo el sol y la luna y las estrellas para iluminar nuestro camino, y nos dio fuego para mantener a raya a la noche– dijo Melisandre a los salvajes. –Nadie puede resistirse a sus llamas.

La túnica roja escarlata de la mujer de rojo se arremolinaba a su alrededor, y su pelo cobrizo creo un halo alrededor de su cara. Altas llamas amarillas danzaban desde sus dedos como garras.

–¡PUEBLO LIBRE! Vuestros falsos dioses no pueden ayudaros. Vuestro falso cuerno no os salvará. Vuestro falso rey solo os trajo muerte, desesperación y derrota... pero aquí se encuentra el verdadero rey. ¡CONTEMPLAR SU GLORIA!

Stannis Baratheon desenfundo a Portadora de Luz. La espada brillaba roja y amarilla y naranja, viva con luz. Jon había visto la actuación antes... pero no como esto, nunca antes como esto. Portadora de Luz era el sol hecho de acero. Cuando Stannis levanto la hoja sobre su cabeza, los hombres tuvieron que girar sus cabezas para proteger sus ojos. Los caballos se encabritaron y uno de ellos arrojo a su jinete. El incendio del pozo pareció encogerse ante esta tormenta de luz, como un perro

pequeño acobardado frente a uno mayor. El Muro mismo se volvió rojo y rosa y naranja, como olas de color danzando a través del hielo. ¿Es este el poder de la sangre de un rey?

–Poniente tiene un solo rey– dijo Stannis. –Su voz sonó áspera, sin nada de la música de Melisandre. –Con esta espada defiendo a mis hombres y destruyo a aquellos que los amenazan. Doblad la rodilla, y os prometo comida, tierras y justicia. Arrodillaros y vivid. O marcharos y morid. La elección es vuestra. Deslizó a Portadora de Luz dentro de su vaina y el mundo se oscureció una vez más, como si el sol se ocultara tras una nube. – Abrid las puertas.

–¡ABRID LAS PUERTAS!– gritó Ser Clayton Suggs, con una voz tan profunda como un cuerno de guerra.

–¡ABRID LAS PUERTAS!– coreó Ser Corliss Penny, al mando de los guardias.

–¡ABRID LAS PUERTAS!– gritaron los sargentos.

Los hombres se apresuraron a obedecer. Estacas afiladas fueron arrancadas del suelo, tablones retirados a través de zanjas profundas, y las puertas de la empalizada se hallaron abiertas de par en par.

Jon Nieve levanto su mano y la bajo, y sus filas negras se separaron a derecha e izquierda, despejando un camino al Muro, donde Edd el Penas abrió la puerta de hierro.

–Venid– instó Melisandre. –Venid a la luz... o corred hacia la oscuridad– En el foso debajo de ella, el fuego crepitaba. –Si elegís vivir, venid a mi.

Y ellos fueron. Despacio al principio, algunos cojeando o apoyándose en sus compañeros, los cautivos comenzaban a emerger de su áspero encierro. «Si deseáis comed, venid a mi» pensó Jon. «Si no deseáis congelaros o moriros de hambre, rendiros»

Vacilantes, temerosos de una trampa, los primeros prisioneros cruzaron los tablones y atravesaron el anillo de estacas, hacia Melisandre y el Muro. Mas seguidos, cuando vieron que ningún mal había alcanzado a los primeros. Luego mas, hasta que fue un flujo constante. Los hombres de la reina entregaban cascos y clavas a cada hombre o mujer a los niños un pedazo de rama blanca: un palo, una rama astillada tan blanca como un hueso roto. Un pedazo de los viejos dioses para alimentar al nuevo. Jon flexiono los dedos de su mano hábil

El calor del fuego del foso era palpable incluso a semejante distancia, para los salvajes debía de ser abrasador. Vio a hombres asquerosos cuando se acercaron al fuego, escucho el grito de los niños. Unos pocos se volvieron hacia el bosque. Observo a una mujer joven tropezar lejos con un niño en cada mano. Cada pocos pasos miraba hacia atrás para asegurarse de que nadie les seguía, y cuando se acerco a los arboles empezó a correr. Un anciano tomo la rama que le entregaban y la utilizo como arma, girándola hasta que los hombre de la reina llegaron a él con lanzas. Los otros tuvieron que caminar alrededor de su cuerpo hasta que Ser Corliss lo arrojo al fuego. Más gente del pueblo libre escogió los arboles después de eso, uno de cada diez tal vez.

Pero la mayoría vino. Tras ellos solo había frió y muerte. Enfrente estaba la esperanza. Ellos vinieron, aferrados a sus pedazos de madera hasta que les llegaba el turno de alimentar las llamas. R ´hllor era una deidad celosa, siempre con hambre. Por lo que el nuevo dios devoraba el cadáver del viejo, y proyectaba gigantescas sombras de Stannis y Melisandre en el Muro, negro contra los reflejos rojizos sobre el hielo.

Sigorn fue el primero que en arrodillarse ante el rey. El nuevo Magnar de Thenn era una versión mas joven y pequeña de su padre. Delgado, calvo, vestido con grebas de bronce y una camisa de cuero cosida con escamas de bronce.

El siguiente en venir fue Casaca de Matraca con una armadura estrepitosa hecha de huesos y cuero cocido, su yelmo era un cráneo de gigante. Bajo los huesos se escondía una criatura miserable, dientes marrones agrietados y un tinte amarillo en la parte baja de sus ojos. Un hombre pequeño, malicioso, traicionare y tan estúpido como cruel. Jon no creyó ni por un instante que iba a mantener la fe. Se pregunto que estaría sintiendo Val mientras lo miraba arrodillado, perdonado. Los lideres menores los siguieron. Dos clanes principales de los hombres de Pies Cuernos, cuyos pies eran duros y negros.

Una mujer sabia reverenciada por la gente de Agualechosa. Un niño flaco de ojos oscuros de dos y diez años, el hijo de Alfyn Matacuervos. Halleck, hermano de Harma Cabezaperro, con sus cerdos. Cada uno doblo la rodilla ante el rey.

«Hace demasiado frió para esta mascarada» pensó Jon. «El pueblo libre desprecia a los arrodillados» había advertido a Stannis. «Permitidles mantener su orgullo, y ellos os amaran». Su Alteza no había escuchado. «Son espadas lo que necesito, no besos»

Después de haberse arrodillado, los salvajes atravesaron las filas de los hermanos negros hacia la puerta. Jon había instruid a Caballo y Satin y a otra docena que los guiaran a través del Muro con antorchas. En el extremo opuesto, les esperaban cuencos de sopa de cebolla caliente, pedazos de pan negro y salchichas. También ropa: capas, pantalones, botas, túnicas y buenos guantes de cuero. Dormirían en pilas de paja limpia, con chimeneas encendidas para alejar el frió de la noche en la bahía. Este rey era metódico antes que nada. Tarde o temprano, sin embargo, Tormund Matagigantes asaltaría el Muro de nuevo, y cuando esa hora llegara Jon se preguntaba a quien apoyarían los nuevos seguidores de Stannis. «Puedes darles tierras y misericordia, pero el pueblo libre elige sus propios reyes, y ellos eligieron a Mance, no a ti»

Bowen Marsh situó su montura junto a la de Jon.

–Este es un día que nunca pensé que vería.

El Lord Mayordomo había adelgazado notablemente desde que había sufrido una herida en el Puente de las Calaveras. Parte de una oreja había desaparecido. «Ya no se parece mucho a una granada» pensó Jon.

–Sangramos para detener a los salvajes en la Garganta– dijo Marsh. –Muchos buenos hombres murieron allí, amigos y hermanos. ¿Para que?

–El reino nos maldecirá por esto– declaro Ser Alliser Thorne en un tono venenoso. –Cada hombre honesto en Poniente girara su cabeza y escupirá cuando escuche mencionar a la Guardia de la Noche.

«¿Qué sabes tu de hombres honestos?»

–Silencio.

Ser Alliser se había vuelto mas prudente desde que Lord Janos había perdido su cabeza, pero su malicia persistía allí Jon había jugado con la idea de darle el mando al que Slynt se había negado, pero quería tener cerca a aquel hombre. Siempre fue el más peligroso de los dos. En su lugar, había

enviado a un mayordomo canoso de la Torre Sombría a tomar el mando en Guardiagris.

Esperaba que las dos nuevas guarniciones pudieran marcar una diferencia. La Guardia podía hacer sangrar al pueblo libre, pero al final no podían esperar detenerlos. Entregando a Mance Rayder al fuego no conseguían cambiar esta verdad. «Aún somos pocos y ellos demasiados, y sin ningún explorador, estamos bien ciegos. He de enviar hombres ahí fuera. Pero si lo hago, ¿regresaran?»

El túnel a través del Muro era estrecho y retorcido, y muchos de los salvajes eran viejos o estaban enfermos o heridos, así que la marcha fue terriblemente lenta. Para cuando el ultimo de ellos se había arrodillado, la noche había caído El foso de fuego ardía bajo, y la sombra del rey en el Muro se había reducido a un cuarto de su altura inicial. Jon Nieve pudo ver su aliento en el aire. «Frío» pensó, «y cada vez va a más. Esta mascarada ha ido demasiado lejos.»

Dos veintenas de cautivos se quedaron en la prisión militar. Cuatro gigantes se encontraban entre ellos, tremendas criaturas peludas con grandes hombros inclinados, piernas tan largas como troncos de arboles, y enormes pies abiertos. Aún siendo tan grandes podían atravesar el Muro, pero uno de ellos no abandonaría a su mamut y el resto no lo abandonarían a él. El resto de los que quedaban eran de tamaño humano. Algunos estaban muertos y otros muriendo, muchos eran parientes o amigos íntimos, poco dispuestos a abandonarles incluso por un cuenco de sopa de cebolla.
Cuando escucharon la voz del rey retumbando en el Muro, algunos temblaron y otros estaban demasiado entumecidos para hacerlo.

–Sois libres de marcharos– les dijo Stannis. –Contad a vuestro pueblo lo que habéis presenciado. Decidles que habéis visto al verdadero rey, y que son bienvenidos en su reino, mientras deseen defender su paz. De otro modo, sera mejor que huyan o que se escondan. No tolerare más ataques al Muro.

–¡Un reino, un dios, un rey!– Exclamó Lady Melisandre.

Los hombres de la reina continuaron el grito, golpeando las culatas de sus lanzas contra sus escudos.

–¡Un reino, un dios, un rey! ¡STANNIS! ¡STANNIS! ¡UN REINO, UN DIOS, UN REY!

Jon observo que Val no se unió al coro, así como ninguno de los hermanos de la Guardia del Muro. Durante el tumulto los pocos salvajes que quedaban se fundieron entre los arboles. Los gigantes fueron los últimos en marcharse, dos montados en el lomo de un mamut, los otros dos a pie. Solo los muertos fueron dejados atrás. Jon vio a Stannis descender de la plataforma, con Melisandre a su lado. Su sombra roja. Nunca abandonaba su lado por mucho tiempo. La guardia de honor del rey se reunió en torno a ellos, Ser Godry, Ser Clayton, y una docena de otros caballeros, todos hombres de la reina. La luz de la luna brillaba en sus armaduras y el viento azotaba sus capas.

–Lord Mayordomo,- dijo Jon a Marsh, – sacad leña de esa prisión y arrojad los cadáveres al fuego.

–Como mi señor ordene.

Marsh ladró las ordenes y un enjambre de mayordomos rompió filas para atacar las paredes de madera. El Lord Mayordomo los observaba, con el ceño fruncido.

–Estos salvajes... ¿piensa que mantendrán su palabra, mi señor?

–Algunos lo harán Todos no. Al igual que ellos nosotros también tenemos cobardes, bribones,

puntos débiles y tontos.

–Nuestros votos... nosotros juramos proteger el reino.

–Una vez el pueblo libre se asiente en el Agasajo, formaran parte del reino– señalo Jon. –Son días de desesperación, y se volverán aún mas desesperantes. Hemos visto el rostro de nuestro verdadero enemigo, una pálida cara muerta con ojos azules. El pueblo libre también ha visto esa cara. Stannis no se equivoca en esto. Debemos hacer causa común con los salvajes.

–Causa común contra un común enemigo, estoy de acuerdo con eso– dijo Bowen Marsh, –pero eso no significa que debamos permitir que decenas de miles de salvajes hambrientos atraviesen el Muro. Permitidles regresar a sus pueblos y que se enfrenten a los Otros allí. Sólo debemos rellenar los túneles con trozos de piedra y verter agua a través de los orificios. El Muro hará el resto. El frió, el peso... en un ciclo lunar, sera como si nunca hubiera existido una puerta. Cualquier enemigo debería de abrirse paso a través.

–O escalar.

–Es poco probable– dijo Bowen Marsh. –No son exploradores, solo se dedican a secuestrar mujeres y al saqueo. Tormund tendrá a mujeres ancianas con él, niños, rebaños de ovejas y cabras, incluso mamuts. Necesitan una puerta, y solo quedan tres. Y si ha de enviar escaladores, bien, defenderse de escaladores es tan sencillo como pescar con un arpón en una olla.

«Un pez nunca escalaría una olla y te metería una lanza por el vientre». Jon había escalado el Muro por si mismo. Marsh continuo.

–Los arqueros de Mance Rayder desperdiciaron diez mil flechas contra nosotros, a juzgar por el numero de los que hemos recogido. Menos de un centenar alcanzaron la cima del Muro, muchos de estos ayudados por errantes ráfagas de viento. Alyn el Rojo de el Bosque de Rosas fue el único hombre que murió, y fue la caída, no la flecha que se clavo en su pierna, lo que lo mato. Donal Noye murió para mantener la puerta. Un acto noble, si... pero si la puerta hubiera sido sellada, nuestro bravo armero aún seguiría con nosotros. Tanto si nos enfrentamos a cien enemigos o a cien mil, mientras estemos en lo alto del Muro y ellos abajo, no podrán dañarnos.

No se equivocaba. Las huestes de Mance Rayder se lanzaron contra el Muro como una ola contra un dique, aunque los defensores no eran mas que un puñado de ancianos, chicos verdes y lisiados. Aún así lo que Bowen sugería iba en contra de los instintos de Jon.

–Si sellamos las puertas, no podremos enviar exploradores fuera,- señalo – Estaremos ciegos.

–La ultima marcha de Lord Mormont costó a la Guardia un cuarto de sus hombres, mi señor. Necesitamos conservar la fuerza que nos queda. Cada muerte nos debilita, y ya lo estamos mucho... Toma la zona alta y ganaras la batalla, solía decir mi tío Ningún suelo es tan alto como el Muro, Lord Comandante.

–Stannis prometió tierras, comida y justicia a todo salvaje que se arrodille frente a él. No permitirá que sellemos las puertas.

Marsh vacilo.

–Lord Nieve, no soy de los que aguantan cuentos, pero se ha hablado que se ha vuelto muy... muy amistoso con Lord Stannis. Algunos incluso sugieren que.. usted es... un...

«Un rebelde, un cambiacapas, si, y un bastardo y también un warg»

–Sé lo que dicen– Jon había escuchado los rumores, había visto a los hombres alejarse cuando cruzaba el patio. –¿Qué quisieran que hiciera, que alzara mis armas contra Stannis y los salvajes?. Su Alteza tiene tres veces mas hombres que nosotros y ademas es nuestro invitado. Las leyes de la hospitalidad le protegen. Y nosotros tenemos una deuda con él.

–Lord Stannis nos ayudo cuando necesitábamos ayuda– dijo Marsh tenazmente, –pero aún es un rebelde, y su causa esta condenada. Tan condenada como lo estaremos nosotros si el Trono de Hierro nos marca como traidores. Debemos asegurarnos que no escogemos el lado perdedor.

–No es mi intención elegir ningún lado– dijo Jon, –pero no estoy tan convencido del resultado de esta guerra como le parece a usted, mi Lord. No con Lord Tywin muerto.

Si lo que se contaba podía ser verdad, la Mano del Rey había sido asesinado por su hijo enano sentado en un retrete. Jon había conocido a Tyrion Lannister, brevemente. «Tomó mi mano y me llamó amigo». Era difícil de creer que el pequeño hombre tuviera en su interior lo necesario para asesinar a su propio padre, pero el hecho de que Lord Tywin había desaparecido parecía estar fuera de toda duda.

–En Desembarco del Rey el león es un cachorro, y el Trono de Hierro ha sido conocido por cortar hombres curtidos en tiras.

–Será un niño, mi señor, pero... el Rey Robert fue muy querido, y la mayoría de los hombres aún aceptan a Tommen como su hijo. Cuanto más saben de Lord Stannis menos lo aman, y aún menos con Lady Melisandre con sus fuegos y su sombrío dios rojo. Ellos se quejan.

–Ellos también se quejaban del Lord Comandante Mormont. A los hombres les encanta quejarse de sus esposas y señores, me contó una vez. Los que no tiene esposa se quejan el doble de sus señores. –Jon Nieve miró hacia la prisión, dos muros ya habían caído y un tercero caería rápido –Voy a dejar que termine aquí, Bowen. Asegúrese de que todos los cadáveres son quemados. Gracias por su consejo. Le prometo que pensare en todo lo que ha dicho.

El humo y la ceniza persistían en el aire cuando jon troto hacia la puerta. Allí se desmontó para caminar con su guarnición a través del hielo al lado sur. Edd el Penas iba por delante suyo con una antorcha. Las llamas lamían el trecho, así que gotas frías caían sobre ellos con cada paso.

–Fue un alivio ver quemar ese cuerno, mi señor– dijo Edd. –Anoche soñé que estaba meando por el Muro cuando alguien decidía hacerlo sonar. No es que me queje. Fue mejor que mi sueño anterior, donde Harma Cabezaperro estaba alimentando sus cerdos conmigo.

–Harma está muerto– dijo Jon. –Pero no sus cerdos. Me miran del mismo modo asesino que se utiliza para mirar al jamón No quiere decir que los salvajes quieran hacernos daño. Sí, hemos despedazado sus dioses y hemos quemado sus pedazos, pero les hemos dado sopa de cebolla. ¿qué es un dios en comparación con un agradable cuenco de sopa de cebolla? Podría tomar uno.

El olor del humo y la carne quemada persistía en la ropa negra de Jon. Sabia que debía comer, pero anhelaba compañía, no comida. Una copa de vino con el Maestre Aemon, algunas palabras en voz baja con Sam, unas risas con Pyp y Grenn y Sapo. «Aemon y Sam se han ido», pensó, y sus otros amigos...

–Cenare con los hombres esta noche.

–Carne de vaca cocida y remolacha.– Edd el Penas siempre parecía saber lo que se estaba cocinando. –Hobb dice que se ha quedado sin rábano picante, sin embargo. ¿De que sirve hervir carne sin rábano picante?

Desde que los salvajes habían quemado la vieja sala común, los hombres de la Guardia de la Noche cenaban en la bodega de piedra bajo la armería, un espacio cavernoso dividido por dos hileras de pilares de piedra, con techos abovedados, grandes toneles de vino y cerveza a lo largo de las paredes. Cerca del fuego había un grupo de exploradores y unos pocos hombres del rey, hablando en voz baja.

Los hombres mas jóvenes se reunieron en otra mesa, donde Pyp estaba apuñalando un nabo con su cuchillo.

–La noche es oscura y esta llena de nabos– anuncio con voz solemne. –Oremos por carne de venado, hijos míos, con algunas cebollas y un poco de salsa sabrosa.

Sus amigos rieron, Grenn, Sapo, Satin, todos ellos. Jon Nieve no se unió a las risas.

–Burlarse de las oraciones de otro hombre es un trabajo para tontos, Pyp. Y peligroso.

–Si el dios rojo se ha ofendido, que intente herirme– Todas las sonrisas murieron.

–Nos burlábamos de la sacerdotisa– dijo Satin, una joven esbelta y bonita que había sido prostituta en Antigua. –Solo bromeábamos, mi señor.

–Tenéis vuestros dioses y ella el suyo. Dejarla.

–Ella no deja a los nuestros –argumentó Sapo. –Los llama los siete dioses falsos. A los antiguos dioses también Hizo que los salvajes quemaran a los arboles corazón. Lo viste.

–Lady Melisandre no esta bajo mi mando. Vosotros si. No quiero que haya mala sangre entre los hombres del rey y los míos.

Pyp puso una mano en el brazo de Sapo.

–No croaras más, valiente Sapo, nuestro Gran Lord Nieve ha hablado.

Pyp salto sobre sus pies y dio una reverencia burlona a Jon.

–Suplico perdón. A partir de hoy, ni siquiera menearé mis orejas sin el permiso de su señoría señorial.

«Piensa que esto es un juego.» Jon quiso darle algo de sentido.

–Menea tus orejas todo lo que quieras. Es el meneo de tu lengua lo que da problemas.

–Me asegurare de que sea más cauteloso– prometió Grenn, –y le obligaré a serlo si no lo es.– Vaciló. –¿Mi señor cenara con nosotros? Owen, empuja y haz sitio a Jon.

Jon no quería nada mas. «No», se decía a si mismo, «esos días terminaron». La realidad se retorcía

en su vientre como un cuchillo. Le habían elegido para gobernar. El Muro era suyo, así como sus vidas. «Un señor puede amar a los hombres que manda», podía escuchar las palabras de su señor padre, «pero no puede ser su amigo»

–Otro día– mintió el Lord Comandante. –Edd mejor que busques tu propia cena. Tengo trabajo que terminar.

El aire exterior parecía incluso mas frió que antes. Al otro lado del castillo, pudo ver luz de velas brillando tras las ventanas de la Torre del Rey. Val estaba en el tejado de la torre, mirando al Muro. Stannis la mantenía estrechamente encerrada en una habitaciones sobre las suyas, pero le permitía caminar por las almenas a modo de ejercicio. «Parece triste», pensó Jon. «triste y encantadora». Ygritte era preciosa a su modo, con su rojo cabello besado por el fuego, pero era su sonrisa la que daba vida a su cara. Val no necesitaba sonreír, habría girado las cabezas de los hombres en cualquier corte del ancho mundo.

De todos modos, la princesa salvaje no era amada por sus carceleros. Los despreciaba a todos así como a los arrodillados, y había intentado huir por tres veces. Cuando un hombre de armas se había mostrado descuidado en su presencia, ella le arrebato su daga y se la clavo en el cuello. Una pulgada mas hacia la izquierda y habría muerto.

«Triste, encantadora y letal», reflexiono Jon, «y yo podría haberla tenido». Ella, e Invernalia, y el nombre de mi Señor Padre. En su lugar, había elegido una capa negra y un muro de hielo. En su lugar había elegido el honor. Una clase de honor de bastardo.

El Muro se alzaba a su derecha al cruzar el patio. En lo alto el hielo brillaba palidamente, pero por debajo todo eran sombras. En la puerta un brillo naranja oscuro atravesaba los barrotes donde los guardas se refugiaban del viento. Jon podía escuchar el crujido de las cadenas mientras giraba el cabrestante y rasgaba el hielo. Allá arriba, los centinelas se apiñaban en el calor alrededor de un brasero, gritando para hacerse oír sobre el viento. O sino se rendían y cada uno se hundía en su silencio. «Debería caminar por el hielo. El Muro es mio»

Estaba caminando bajo la estructura de la Torre del Lord Comandante, pasado el punto donde Ygritte había muero en sus brazos, cuando *Fantasma* apareció a su lado, con su aliento cálido humeante en el frió Con la luz de la luna, sus rojos ojos brillaban como piscinas de fuego. El sabor de la sangre lleno la boca de Jon, y supo que *Fantasma* había matado aquella noche. «No» pensó, «Soy un hombre, no un lobo». Se froto la boca con el dorso de su mano enguantada y escupió. Clydas aún ocupaba las habitaciones bajo la pajarería. Cuando Jon llamó, acudió arrastrando sus pies, con un cirio en sus manos, para abrir un poco la puerta.

–¿Molesto?, pregunto Jon.

–En absoluto– Clydas abrió la puerta completamente. –Estaba especiando vino. ¿Desea una copa mi señor?

–Con mucho gusto.

Sus manos estaban tiesas por el frió Se quito los guantes y flexiono los dedos. Clydas regreso al hogar par agitar el vino. Tenia sesenta. Un viejo hombre. Solo parecía joven comparado con Aemon. Pequeño y redondo, tenia los ojos de un rosa tenue de las criaturas nocturnas. Unos pocos pelos blancos se aferraban a su cuero cabelludo. Cuando Clydas vertió el vino, Jon sujeto la copa con ambas mano, olio las especias y trago. El calor se extendió por su pecho. Bebió de nuevo, largo y profundo, para limpiar el sabor de sangre de su boca.

–Los hombres de la reina dicen que el Rey-Más-Allá-del-Muro murió cobardemente. Que suplico misericordia y negó que era el rey.

–Lo hizo. Portadora de Luz era mas brillante de lo que nunca la vi. Tan brillante como el sol.– Jon levanto su copa. –Por Stannis Baratheon y su espada mágica– El vino era amargo en su boca.

–Su Alteza no es un hombre fácil. Pocos de los que llevan una corona lo son. Muchos buenos hombres han sido malos reyes, el Maestre Aemon lo solía decir, y algunos malos hombres habían sido buenos reyes.

–Él sabría.

Aemon Targaryen había visto nueve reyes alzarse en el Trono de Hierro. Había sido hijo de un rey, hermano de un rey, tío de un rey.

–Me fijé en el libro que el Maestre Aemon me dejó. El Compendio de Jade. Las paginas que hablan de Azor Ahai. Portadora de Luz fue su espada. Templada con la sangre de su esposa si se puede creer a Votar. A partir de entonces Portadora de Luz nunca fue fría al tacto, pero cálida como Nissa. Nissa había sido cálida. En la batalla la hoja quemaba con un fiero calor. Una vez Azor Ahai luchó contra un monstruo. Cuando clavo la espada en el vientre de la bestia, su sangre comenzó a hervir. El humo y el vapor brotaban de su boca, sus ojos se derritieron y salieron de sus cuencas y todo su cuerpo ardió en llamas.

–Una espada que produce su propio calor... – Clydas parpadeó.

–… Seria una cosa buena en el Muro.– Jon dejo a un lado su copa de vino y se enfundo sus guantes de piel de topo negro. –Es una lástima que la espada que empuña Stannis esté fría. Será curioso ver cómo se comporta su Portadora de Luz en batalla. Gracias por el vino. *Fantasma*, conmigo.– Jon Nieve se levanto la capucha de su capa y tiro de la puerta. El lobo blanco le siguió a la noche.

La armería estaba oscura y en silencio. Jon hizo una señal a los guardias antes de continuar su camino por los silenciosos bastidores de lanzas hacia sus habitaciones. Colgó el cinturón de la espada de un colgador tras la puerta y su capa de otro. Cuando se quitó los guantes, sus manos estaban rígidas y frías Le llevo un tiempo largo encender las velas. *Fantasma* se acurruco en su manta y se durmió, pero Jon no podía descansar aún. La marcada mesa de pino estaba cubierta de mapas del Muro y de las tierras de más allá, una lista de exploradores y una carta de la Torre Sombría escrita del puño de Ser Denys Mallister.

Leyó la carta de la Torre Sombría una vez más, afilo una pluma y destapo un bote de tinta negro y espesa. Escribió dos cartas, la primera a Ser Denys, la segunda a Cotter Pyke. Ambos habían estado acosándolo para conseguir mas hombres. Enviaba a Halder y a Sapo a la Torre Sombría y a Grenn y a Pyp a Guardiaoriente del Mar. La tinta no fluía adecuadamente, y todas sus palabras parecían secas y torpes, pero persistió.

Cuando finalmente bajo la pluma, la habitación estaba oscura y fría y podía sentir sus muros acercándose. Situado sobre la ventana, el cuervo del Viejo Oso asomó con sus ojos astutos negros.

«Mi último amigo» pensó Jon con tristeza. «Y yo tendré que sobrevivirte, o también comerás mi cara»

Fantasma no contaba. *Fantasma* era más que un amigo. *Fantasma* era una parte de él. Jon se

levantó y subió los peldaños a la estrecha cama que había sido de Donal Noye. «Este es mi destino» se dio cuenta mientras se desnudaba, «desde ahora y hasta el final de mis días»

11. DAENERYS

—¿Qué pasa?— Se sobresaltó cuando Irri la sacudió suavemente por el hombro. En el exterior era noche cerrada. «Algo va mal», supo al instante—. ¿Se trata de Daario? ¿Qué ha pasado?

En su sueño eran marido y mujer, gente sencilla que llevaba una vida sencilla en una casa de piedra con la puerta roja. En su sueño, él la besaba por todo el cuerpo, la boca, el cuello, los pechos...

—No, *khaleesi* —murmuró Irri—. Ha venido vuestro eunuco, Gusano Gris, con los hombres de cabeza afeitada. ¿Queréis recibirlos?

—Sí. —Tenía el pelo enmarañado y las ropas de dormir revueltas—. Ayúdame a vestirme. Y tráeme una copa de vino para despejarme la cabeza. —«Para ahogar mi sueño.» Le llegó el sonido de unos sollozos ahogados—. ¿Quién está llorando?

—Vuestra esclava Missandei. —dijo Jhiqui, que llevaba una vela en la mano.

—Mi sirvienta. Yo no tengo esclavos. —Dany seguía sin comprender—. ¿Por qué llora?

—Por el que era su hermano —le respondió Irri.

El resto lo supo por boca de Skahaz, Reznak y Gusano Gris cuando los hicieron pasar a su presencia. Antes de que dijeran una palabra, Dany sabía ya que traían malas noticias. Le bastó con ver la expresión del feo rostro del Cabeza Afeitada.

—¿Los Hijos de la Arpía?

Skahaz asintió. Tenía los labios fruncidos en una mueca.

—¿Cuántos muertos?

Reznak se retorció las manos.

—N-nueve, Magnificencia. Ha sido un ataque sucio e infame. Qué noche más espantosa.

«Nueve.» La palabra se le clavó como un puñal en el corazón. Noche tras noche, la guerra contra las sombras se desencadenaba de nuevo al pie de las pirámides escalonadas de Meereen. Mañana tras mañana, el sol salía sobre nuevos cadáveres, con arpías pintadas en sangre en las paredes cercanas. Cualquier liberto demasiado próspero o demasiado locuaz podía ser el siguiente. «Pero nueve en una noche...» Aquello sí que la asustaba.

—Contádmelo todo —ordenó.

Fue Gusano Gris el que respondió.

—Tendieron una emboscada a vuestros siervos mientras patrullaban por el empedrado de Meereen para defender la paz de Su Alteza. Todos iban bien armados, con lanzas, escudos y espadas cortas. Iban de dos en dos, y de dos en dos murieron. Vuestros siervos Puño Negro y Cetherys fueron asesinados con saetas de ballesta en el Laberinto de Mazdhan. A vuestros siervos Mossador y Duran los aplastaron a pedradas al pie del muro del río. Vuestros siervos Eladon Pelodorado y Lanza Leal fueron envenenados en una casa de vinos a la que solían ir por las noches tras terminar la ronda.

«Mossador.» Dany apretó los puños. Unos jinetes de las islas del Basilisco habían secuestrado a Missandei y a sus hermanos en Naath, para luego venderlos como esclavos en Astapor. Pese a su juventud, Missandei había demostrado tal don para los idiomas que los Bondadosos Amos la habían formado como escriba. Mossador y Marselen no habían tenido tanta suerte. Los castraron y los convirtieron en Inmaculados.
—¿Habéis capturado a alguno de los asesinos? —le preguntó a Gusano Gris.

—Vuestros siervos han detenido al dueño de la casa de vinos y a sus hijas. Juran que no sabían nada y suplican misericordia.

«Todos juran que no sabían nada y suplican misericordia», pensó Dany.

—Entregárselos al Cabeza Afeitada. Que no se comuniquen entre ellos. Skahaz, quiero que los interroguéis.

—Así se hará, Vuestra Adoración. ¿Cómo preferís que sea el interrogatorio? ¿Delicado o brusco?

—Delicado al principio. A ver qué cuentan y qué nombres mencionan. Puede que no tengan nada que ver con esto. —Titubeó un instante—. El noble Reznak dice que fueron nueve. ¿Quiénes más?

—Tres libertos, asesinados en sus casas —respondió el Cabeza Afeitada—. Un prestamista, un zapatero y la arpista Rylona Rhee. Antes de matarla le cortaron los dedos.

La reina entrecerró los ojos. Rylona Rhee tocaba el arpa con tanta dulzura como la Doncella. Mientras era esclava en Yunkai tocaba para todas las familias nobles de la ciudad. En Meereen se había convertido en una de las líderes yunkias de los libertos; los representaba en las sesiones del consejo de Dany.

—¿No tenemos más prisioneros que ese vendedor de vino?

—Uno lamenta confesar que no. Os suplicamos vuestro perdón.

«Más misericordia —pensó Dany—. Tendrán la misericordia del dragón.»

—He cambiado de opinión, Skahaz. Que el interrogatorio sea brusco.

—Muy bien —asintió—. También puedo interrogar con brusquedad a las hijas mientras el padre mira. Si os parece bien, así les sacaremos unos cuantos nombres.

—Haced lo que podáis, pero quiero esos nombres. —Sentía la rabia como una hoguera en el vientre —. No permitiré que asesinen a más Inmaculados. Que vuestros hombres se retiren a los barracones, Gusano Gris. A partir de ahora, los encargados de mantener la paz en Meereen serán los meereenos. Quiero que creéis un nuevo cuerpo de guardia, Skahaz, que se componga a partes iguales de vuestros cabezas afeitadas y mis libertos.

—Como ordenéis. ¿Con cuántos hombres?

—Tantos como sean necesarios.

Reznak mo Reznak contuvo una exclamación.

—Magnificencia —intervino—, ¿de dónde sacaremos dinero para pagar el salario de tantos

hombres?

—De las pirámides. Lo llamaremos impuesto de sangre. A cada pirámide le cobraré cien piezas de oro por cada uno de los libertos asesinados por los Hijos de la Arpía.

Eso trajo una sonrisa a la cara del Cabeza Afeitada.

—Así se hará, — dijo — pero su Magnificencia debe saber que los Grandes Maestros de Zhak y Merreq están haciendo los preparativos para salir de las pirámides y dejar la ciudad.

— Magnificencia— murmuró Reznak no Reznak, — no podemos saber si estos grandes nobles se unirán a vuestros enemigos. Más bien simplemente estén haciendo tierras en las colinas.

—No les importará que guardemos su oro entonces. No hay nada que comprar en las montañas.

—Temen por sus hijos, — dijo Reznak.

«Si,» pensó Daenerys, «y yo también».

—Debemos mantenerlos a salvo también. Tendré dos hijos de cada uno de ellos. De las otras pirámides también. Un chico y una chica.

—Rehénes, —dijo Skahaz alegremente

—Pajes y coperos. Si los Grandes Mestros ponen objeción , explicadles que en Poniente es un gran honor para un niño ser elegido para servir en la corte. —dejó al resto con la boca cerrada. — Id y hacedlo tal y como os he ordenado. Tengo que llorar a mis muertos.

Al regresar a sus habitaciones de la parte superior de la pirámide se encontró con Missandei, que lloraba quedamente en su cama y hacía lo posible por disimular el sonido de los sollozos.

—Ven a dormir conmigo —le dijo a la pequeña escriba—. Aún faltan horas para el amanecer.

—Su Alteza es muy bondadosa con una. —Missandei se deslizó bajo las sábanas—. Era un buen hermano.

Dany abrazó a la niña.

—Háblame de él.

—Cuando éramos pequeños me enseñó a trepar a los árboles. Era capaz de atrapar peces con las manos. Un día lo encontré dormido en nuestro jardín; se le había posado encima un centenar de mariposas. Aquel día estaba tan hermoso... Una... es decir, yo lo quería mucho.

—Igual que él a ti. —Dany acarició el pelo de la niña—.Di una palabra, mi dulce niña, y os sacaré de este horrible lugar. Encontraré un barco como sea y te llevaré a casa. A Naath.

—Prefiero quedarme con vos. En Naath estaría aterrada. ¿Y si vuelven los esclavistas?. Cuando estoy con vos me siento a salvo.

«A salvo». Aquellas palabras hicieron que a Dany se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Quiero mantenerte a salvo. —Missandei no era más que una niña. A su lado se sentía con derecho a ser ella una niña también—. A mí nadie me mantuvo a salvo cuando era pequeña. Bueno, sí, Ser Willem, pero luego murió, y Viserys... Quiero protegerte, pero... Qué difícil es. Qué difícil es ser fuerte. No siempre sé qué debo hacer. Pero tengo que saberlo. Soy lo único que tienen. Soy la reina, la... la...

—La madre —susurró Missandei.

—La Madre de Dragones. —Dany se estremeció.

—No. La madre de todos nosotros. —Missandei se abrazó a ella con más fuerza—. Su Alteza debería dormir. Pronto llegará el amanecer, y se reunirá la corte.

—Las dos tenemos que dormir; soñaremos con días más hermosos. Cierra los ojos. — Cuando lo hizo, Dany le dio un beso en los párpados y la hizo reír.

Por desgracia era más fácil besar que dormir. Dany cerró los ojos y trató de pensar en su hogar, en Rocadragón, en Desembarco del Rey, en todos los lugares de los que le había hablado Viserys, en una tierra más generosa que aquella... Pero sus pensamientos, como barcos zarandeados por un mal viento, volvían sin cesar a la Bahía de los Esclavos. Cuando Missandei se quedó dormida, Dany se liberó de su abrazo y salió al aire fresco que precedía al amanecer para apoyarse en el frío parapeto de ladrillo y contemplar la ciudad. Un millar de tejados se extendían bajo ella, pintados en tonos marfil y plata de la luna.

En algún lugar, bajo aquellos tejados, los Hijos de la Arpía estarían reunidos, tramando planes para matarla y para volver a encadenar a sus hijos. Allí abajo, en algún lugar, un niño hambriento lloraba pidiendo leche. En algún lugar, una anciana agonizaba. En algún lugar, un hombre y una mujer se abrazaban, se desnudaban mutuamente con manos ansiosas. Pero allí arriba sólo se veía la luz de la luna sobre las pirámides y los reñideros, sin atisbo de lo que sucedía debajo. Allí arriba estaba ella sola.

Era de la sangre del dragón. Podía matar a los Hijos de la Arpía y a los hijos de los hijos, y a los hijos de los hijos de los hijos. Pero un dragón no podía alimentar a un niño hambriento ni calmar el dolor de la moribunda. «¿Y quién se atrevería a amar a un dragón?»

Se dio cuenta de que estaba pensando en Daario Naharis una vez más, en su diente de oro y su barba hendida, sus fuertes manos apoyadas en los puños del *arakh* y el estilete a juego. Las empuñaduras eran de oro forjado y tenían la forma de mujeres desnudas. El día de su partida, mientras Dany se despedía de él, se había dedicado a pasar las yemas de los pulgares por toda su superficie, de alante hacia atrás. «Estoy celosa del puño de una espada —comprendió—, celosa de mujeres de oro.» Sabía que acertaba al enviarlo a los Hombres Cordero. Daenerys Targaryen era la reina, y Daario Naharis no tenía madera de rey.

—Ha pasado mucho tiempo, — le había dicho ayer a Ser Barristan. — ¿Y si Daario me ha traicionado y se ha unido a mis enemigos? — «Tres traiciones os matarán» — ¿Y si encuentra a otra mujer, alguna princesa Lhazarena?.

Al viejo no le gustaba ni confiaba en Daario, ella lo sabía. Aún así, había respondido valientemente.

—No hay mujer más hermosa que vos, alteza. Solo un hombre ciego podría creer lo contrario, y Daario Nhaaris no estaba ciego.

«No,» pensó. «Sus ojos son de un azul profundo, casi morados, y sus dientes de oro brillan cuando me sonríe.»

Sin embargo, Ser Barristan sabía que volvería. Dany solo podía rezar para que estuviera en lo cierto.

«Un baño me tranquilizará», se dijo mientras se encaminaba descalza por la hierba hacia el estanque de la terraza. Sintió el agua fresca contra la piel poniéndole la carne de gallina. Pequeños pececillos le mordisqueaban los brazos y las piernas. Cerró los ojos y flotó.

Un susurro suave le hizo abrir los ojos. Se incorporó en el agua.

—¿Missandei? —llamó—. ¿Irri? ¿Jhiqui?

—Duermen —fue la respuesta que le llegó.

Había una mujer junto al caqui; llevaba una túnica con capucha. El borde de la prenda llegaba hasta la hierba. El rostro que se divisaba bajo la capucha era duro y brillante. «Lleva una máscara —supo Dany al instante—, una máscara lacada de color rojo oscuro.»

—¿Quaithe? ¿Estoy soñando?—Se pellizcó una oreja, e hizo una mueca de dolor—. Soñé con vos en la *Balerion* cuando vine a Astapor.

—No soñabais. Ni entonces ni ahora.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis pasado ante mis guardias?

— He venido por otro camino. Los guardias no me han visto.

—Si los llamo, os matarán.

—Os jurarán que no estoy aquí.

—¿Estáis aquí?

—No. Escuchadme bien, Daenerys Targaryen. Las velas de cristal están ardiendo. Pronto llega la yegua clara. Los otros vendrán tras ella. Cuervo y kraken, león y grifo, el hijo del sol y el titiritero del dragón. Recordad a los Eternos. Tened cuidado con el senescal perfumado.

—¿Reznak? ¿Por qué debería temerle? —Dany salió del estanque. El agua le corrió por las piernas; el aire fresco de la noche le erizó el vello de los brazos—. Si queréis advertirme de algo, hablad sin rodeos. ¿Qué queréis de mí, Quaithe?

La luz de la luna brillaba en los ojos de la mujer.

—Quiero mostraros el camino.

—Ya conozco el camino. Para ir al norte, id al sur; para ir al este, id al oeste; atrás para ir adelante. Y para tocar la luz tengo que pasar por debajo de la sombra. —Se escurrió el agua de la melena plateada—. Estoy harta de acertijos. En Qarth era una mendiga, pero aquí soy la reina. Os ordeno que...

—Daenerys. Recordad a los Eternos. Recordad quién sois.

—La sangre del dragón. —«Pero mis dragones rugen ahora en la oscuridad»—. Recuerdo a los Eternos. Me llamaron «hija de tres». Tres monturas me prometieron, tres fuegos y tres traiciones. Una por sangre, otra por oro y otra por...

—¿Alteza? —Missandei estaba ante la puerta del dormitorio de la Reina, con un farolillo en la mano—. ¿Con quién habláis?

Dany volvió la vista hacia el caqui. Allí no había nadie. Ni rastro de la túnica, ni de la máscara lacada, ni de Quaithe.

«Con una sombra. Con un recuerdo. Con nadie.» Era de la sangre del dragón, pero Ser Barristan le había advertido que aquella sangre llevaba una lacra. «¿Me estoy volviendo loca?» A su padre lo habían llamado loco también.

—Estaba rezando —le dijo a la chiquilla naathi.

—Pronto será de día. Más vale que comáis algo antes de la audiencia. Os traeré el desayuno.

Cuando volvió a quedarse a solas, Dany rodeó toda la pirámide con la esperanza de dar con Quaithe, tal vez tras los árboles quemados y la tierra ennegrecida del lugar donde habían tratado de capturar a Drogon. Pero sólo se oía el viento entre los frutales, y en los jardines no había más criaturas que unas cuantas polillas blancuzcas.

Missandei regresó con un melón y un cuenco de huevos duros, pero Dany se sentía inapetente. A medida que el cielo se iluminaba y las estrellas iban desapareciendo una tras otra, Irri y Jhiqui la ayudaron a ponerse un *tokar* de seda violeta con flecos de oro.

Cuando aparecieron Reznak y Skahaz no pudo evitar mirarlos de soslayo, con el recuerdo de las tres traiciones. «Tened cuidado con el senescal perfumado.» Olfateó a Reznak mo Reznak con cautela. «Podría ordenar al Cabeza Afeitada que lo arrestara y lo interrogara.» ¿Se anticiparía a la profecía si lo mataba antes de que tuviera ocasión de traicionarla? ¿O aparecería otro traidor que ocuparía su lugar? «Las profecías son engañosas —se recordó—, y Reznak puede no ser más de lo que parece.»

En la sala violeta, Dany se encontró un montón de cojines de seda sobre el banco de ébano. Aquello le dibujó una sonrisa triste en los labios. «Es cosa de Ser Barristan», supo al instante. El anciano caballero era un buen hombre, pero demasiado literal en ocasiones. «Sólo era una broma, ser», pensó, pero se sentó en los cojines.

Su noche de insomnio pronto se hizo notar. Pronto estuvo luchando contra un bostezo mientras Reznak parloteaba ante ella acerca de los gremios de artesanos. Por lo visto, los constructores estaban enfadados con ella, y también los albañiles. Algunos antiguos esclavos estaban tallando piedras y colocando ladrillos, les quitaban el trabajo a los obreros y a los maestros del gremio.

—Los libertos trabajan por muy poco, Magnificencia —dijo Reznak—. Algunos dicen ser oficiales, o hasta maestros, y por derecho, esos títulos les corresponden a los artesanos de los gremios. Suplican a Vuestra Magnificencia con todo respeto que defienda sus derechos y costumbres, que les vienen de antiguo.

—Los libertos trabajan a precios bajos porque tienen hambre —señaló Dany—. Si les prohíbo tallar piedras o poner ladrillos, lo siguiente será que los cereros, los tejedores y los orfebres llamarán a mi

puerta para pedirme que impida que los antiguos esclavos practiquen esos oficios. —Se paró un momento a pensar—. Establezcamos que, de ahora en adelante, sólo los miembros del gremio puedan decir qué son oficiales o maestros... siempre que los gremios se abran a cualquier liberto que demuestre poseer los conocimientos necesarios.

—Así será proclamado. —dijo Rednak—. ¿Querrá Su Adoración escuchar de nuevo la petición del noble Hizdahr zo Loraq?

«¿Es que no se va a dar por vencido nunca?»

—Que se adelante.

Aquel día, Hizdahr no vestía su *tokar,* sino que llevaba una túnica gris y azul más sencilla. También se había rasurado. «Se ha afeitado la barba y se ha cortado el pelo», advirtió Dany. No se había afeitado la cabeza, al menos del todo, pero por lo menos había prescindido de aquellas alas absurdas.

—Vuestro barbero ha hecho un buen trabajo, Hizdahr —señaló—. Espero que hayáis venido a mostrármelo, y no a incordiarme más acerca de las arenas.

El hombre hizo una marcada reverencia.

—Mucho me temo que no tengo más remedio, Alteza.

Dani hizo una mueca. Hasta su propia gente no le daria descanso sobre ese tema. Reznak mo Reznak hizo hincapié en el dinero que se ganaba con los impuestos. La Gracia Verde dijo que reabrir los pozos complacería a los dioses. El Cabeza Afeitada sintió que ganaría su apoyo contra los Hijos de la Arpia.

—Dejad que luchen, — gruñó Belwas el Fuerte, quien una vez fue campeón en los pozos.

En cambio, Ser Barristan sugirió un torneo. Sus huérfanos podrian montar en la arena y luchar en combate cuerpo a cuerpo con armas romas, dijo, una sugerencia que Dany sabia que era tan desesperada como bien intencionada. Era sangre lo que los Meereenses ansiaban ver, no habilidad. Si no, los esclavos luchadores habrían llevado armadura. Solo la pequeña escribana Missandei parecía compartir las dudas de la reina.

—Seis veces ya me he negado a vuestra petición.— le recordó Dany a Hizdahr.

—Su esplendor tiene siete dioses, de manera que tal vez mirará con buenos ojos mi séptima súplica. Y hoy no vengo solo. ¿Querréis escuchar a mis amigos? Ellos también son siete. —Se los fue presentando de uno en uno—. Este es Khrazz. Esta es Barsena Pelonegro, la valerosa. Estos son Camarron del Condado y Goghor el Gigante. Este es el Gato Moteado y este Ithoke el Temerario. Y por último, Belaquo Rompehuesos. Han venido para sumar sus voces a la mía y pedirle a Su Alteza que vuelva a abrir nuestras arenas de combate.

Dany conocía de nombre, aunque no de vista, a sus siete acompañantes. Todos habían sido los esclavos de combate más famosos de Meereen... y habían sido los esclavos de combate, después de que sus ratas de cloaca los liberaran de las cadenas, los que encabezaron el alzamiento que la hizo señora de la ciudad. Tenía una deuda de sangre con ellos.

—Os escucharé —concedió.

Uno tras otro le suplicaron que volviera a abrir las arenas de combate.

—¿Por qué? —quiso saber cuanto Ithoke terminó de hablar—. Ya no sois esclavos; ya no tenéis que morir por el capricho de un amo. Os he liberado. ¿Por qué queréis que vuestra vida termine en las arenas rojas?

—Entreno desde tres años —dijo Goghor el Gigante—. Mato desde seis años. Madre de Dragones dice yo libre. ¿Por qué no libre para luchar?

—Si lo que queréis es luchar, luchad por mí —replicó Dany—. Juradles lealtad a los Hombres de la Madre, o a los Hermanos Libres, o a los Escudos Fornidos. Enseñad a luchar a mis otros libertos.

Goghor sacudió la cabeza.

—Antes yo lucho por amo. Vos decís lucha por mí. Yo digo lucho por mí. —El hombretón se golpeó el pecho con un puño del tamaño de un jamón—. Por oro. Por gloria.

—Todos pensamos lo mismo que Goghor —dijo el Gato Moteado, que llevaba una piel de leopardo sobre los hombros—. La última vez que me vendieron, mi precio fue de trescientos mil honores. Cuando era esclavo dormía sobre pieles y comía carne. Ahora que soy libre duermo en un lecho de paja y, si tengo suerte, como pescado en salazón.

—Hizdahr jura que los vencedores tendrán derecho a la mitad del dinero de las entradas —intervino Khrazz—. La mitad, lo ha jurado, y Hizdahr es un hombre honrado.

«No —pensó Daenerys—, es un hombre astuto.» Se sentía atrapada.

—¿Y los perdedores? ¿Qué recibirán los que pierdan?

—Sus nombres quedarán grabados en las Puertas del Destino junto con los de todos los valientes caídos —declaró Barsena. Se decía que durante ocho años había matado a todas las mujeres con las que la enfrentaron—. A todo hombre y a toda mujer le llega la muerte... pero no todos serán recordados.

Dany no tenía respuesta a eso. «Si de verdad es esto lo que mi pueblo desea, ¿qué derecho tengo a negárselo? Era su ciudad antes de ser mía, y son sus propias vidas las que quieren desperdiciar.»
—Meditaré sobre lo que me habéis dicho —respondió—. Os agradezco vuestros consejos. —Se levantó—. Continuaremos mañana por la mañana.

—¡Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, *khaleesi* del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones! —declamó Missandei.

Ser Barristan la escoltó hasta sus habitaciones.

—Contadme un cuento, ser, —dijo Dany mientras ascendian. —algún cuento sobre el valor con un final feliz. —sintió la necesidad de finales felices. —Contadme como escapásteis del Usurpador.

—Alteza. No hay valor en escapar para salvar tu vida.

Dany se sentó sobre un cojín, cruzó las piernas y lo miró.

—Por favor. Fue el Joven Usurpador quien os echó de la Guardia Real...

—Joffrey, si. Pusieron mi edad como excusa, aunque la verdad era otra. El chico quería una capa blanca para su perro Sandor Clegane y su madre queria que el Matarreyes fuera su lord comandante. Cuando me lo dijeron, Yo... Yo me quité la capa como me ordenaron, tiré mi espada a los pies de Joffrey y hablé imprudentemente.

—¿Qué dijisteis?

—La verdad... pero la verdad nunca es bienvenida en esa corte. Anduve a través de la sala del trono con la cabeza alta, aunque no sabía a dónde ir. Mi único hogar era la Torre de la Espada Blanca. Mis sobrinos me encontrarían un lugar en el Torreón Cosecha, de eso estaba seguro, pero no quería que la indignación de Joffrey cayera sobre ellos. Estaba recogiendo cuando me di cuenta de que yo mismo me había buscado eso, obteniendo el perdón de Robert. Era un buen caballero pero un mal rey, y no tenía derecho al trono en que se sentaba. Fue entonces cuando supe que para redimirme debía encontrar al verdadero rey y servirle lealmente con todas las fuerzas que aún me quedaban.

—Mi hermano Viserys.

—Esa era mi intención. Cuando llegé a los establos, los capas doradas intentaron detenerme. Joffrey me había ofrecido una torre para morir, pero rechacé su regalo y entonces me ofreció una mazmorra. El comandante de la Guardia de la Ciudad se enfrentó a mi, envalentonado al ver mi vaina vacía, pero solo le acompañaban tres hombres y yo aún tenia mi cuchillo. Corté la cara de uno de ellos cuando me puso las manos encima y cabalgué a través de los otros. Mientras espoleaba hacia las puertas oí a Janos Slyint gritar a sus hombres para que fueran tras de mi. Una vez fuera de la Fortaleza Roja, aunque las calles estaban congestionadas, pude salir sin problemas, pero me cogieron en la Puerta del Lodazal. Los capas dorada que me habían perseguido desde el castillo gritaron a los que estaban en la puerta para detenerme, así que cruzaron sus lanzas para cortarme el paso.

—¿Y vos sin vuestra espada?¿Cómo conseguisteis escapar de ellos?

—Un verdadero caballero es mejor que diez guardias. Los hombres de la puerta fueron cogidos por sorpresa. Desmonté a uno, le arranqué su lanza y la conduje a través de la garganta de mi perseguidor más cercano. El otro se rompió una vez pasé por la puerta, así que puse mi caballo al galope y cabalgué a lo largo del río hasta que perdí de vista la ciudad. Esa noche que vendí mi caballo por un puñado de peniques y unos harapos, y la mañana siguiente me uní a la caravana de smallfolk que se dirigían a Desembarco del Rey. Había salido de la Puerta del Lodazal, así que volví a la Puerta de los Dioses, con suciedad en mi cara, barba de tres días en mis mejillas y sin armas pero con un bastón de madera. Con la ropa sucia y las botas embarradas, sólo era un hombre viejo más huyendo de la guerra. Los capa doradas se despidieron y me saludaron con la mano. Desembarco del Rey estaba atestado de smallfoks que habían venido a refugiarse de la lucha. Me perdí entre ellos. Tenía algo de plata, pero la necesitaba para pagar mi pasaje a través del mar angosto, así que dormí en los septs y callejones, y comía en tiendas de cazuelas. Me dejé crecer la barba y me escondí tras mi edad. El día que Lord Stark perdió su cabeza, estaba allí, viéndolo. Después fui al Gran Sept a agradecer a los siete dioses que Joffrey me despojara de mi capa.

—Stark era un traidor que encontró el final de un traidor.

—Alteza, — dijo Selmy, — Eddark Stark tomó parte en la caída de vuestro padre, pero no os deseaba ningún mal. Cuando el eunuco Varys nos dijo que estabais con el niño, Robert os quería

muerta, pero Lord Stark se opuso. Antes que condenar a muerte a un niño, le dijo a Robert que buscara otra Mano.

— ¿Habéis olvidado a la princesa Rhaenys y al príncipe Aegon?

—Nunca. Eso fue cosa de los Lannister, Alteza.

—Lannister o Stark, ¿Cuál es la diferencia? Viserys solía llamarlos los perros *del Usurpado*r. Si un niño es atacado por una jauría de perros, ¿acaso importa quién le arranque la garganta? Todos los perros son igual de culpables. La culpa… — la palabra se le atragantó. «Hazzea,» pensó, y de repente, se oyó a sí misma decir, —Tengo que ir a la fosa— con una voz tenue como un susurro infantil.

—Por favor, ser, llevadme abajo.

Una sombra de desaprobación cruzó el rostro del anciano, pero cuestionar las decisiones de la reina iba contra su naturaleza.

—Como ordenéis.

Las escaleras de servicio eran el camino más rápido para bajar; no eran imponentes, sino empinadas y estrechas, ocultas en las paredes. Ser Barristan cogió un farol para evitar que Dany cayera. Durante el descenso, ladrillos de veinte colores diferentes parecían cernirse sobre ellos, tornándose grises y luego negros a medida que quedaban fuera del alcance de la titubeante luz. En tres ocasiones pasaron junto a guardias Inmaculados, tan firmes e inmóviles que parecían esculpidos en piedra. No se oía más sonido que el roce suave de sus pies contra el suelo.

Al nivel del suelo, la Gran Pirámide de Meereen era un lugar lóbrego, silencioso, lleno de polvo y sombras. Los muros exteriores tenían diez varas de grosor. En su interior, los sonidos retumbaban contra los arcos de ladrillos multicolores, entre los establos, las cuadras y las despensas. Pasaron bajo tres arcos enormes, bajaron por una rampa iluminada con antorchas y se adentraron en las criptas situadas bajo la pirámide, cruzando cisternas, mazmorras y salas de torturas donde en otros tiempos azotaban, desollaban y quemaban con hierros candentes a los esclavos. Por último llegaron ante unas enormes puertas de hierro con las bisagras oxidadas, vigiladas por Inmaculados.

Dany le hizo un gesto a uno, que sacó una llave de hierro. La puerta se abrió en medio del chirrido de las bisagras. Daenerys se adentró en el corazón ardiente de la oscuridad y se detuvo ante el reborde de una profunda fosa. Quince varas más abajo, los dragones alzaron la cabeza. Cuatro ojos ardían en las sombras, dos de oro fundido y dos de bronce.

Ser Barristan la cogió por el brazo.

—No os acerquéis más

—¿Creéis que me harían daño?
—No lo sé, Alteza —replicó Selmy—, y preferiría no arriesgar vuestra persona para conocer la respuesta.

Rhaegal rugió, y durante un instante, la llamarada amarilla convirtió en día la oscuridad. El fuego lamió las paredes, y Dany sintió su calor en el rostro, como si acabara de abrir un horno. En otro lado de la fosa, *Viserion* desplegó las alas y agitó el aire rancio. Trató de volar hacia ella, pero las cadenas se tensaron cuando se elevó, y cayó de bruces. Unos eslabones grandes como puños le

ataban las patas al suelo. La argolla de hierro que le ceñía el cuello estaba sujeta a la pared de la fosa. Rhaegal tenía unas cadenas iguales. A la luz del farol de Selmy, sus escamas brillaban como el jade. Le salía humo de entre los dientes. Ante él, en el suelo, había varios huesos rotos, chamuscados y astillados. El calor era incómodo; olía a azufre y a carne quemada.

—Están más grandes. —La voz de Dany resonó contra las paredes de piedra chamuscada. Una gota de sudor le corrió por la frente y le cayó sobre el pecho—. ¿Es verdad que los dragones no dejan de crecer nunca?

—Si tienen comida y espacio suficientes, no —replicó Ser Barristan—. Pero encadenados aquí...

Los Grandes Amos habían utilizado aquella fosa como prisión. Era enorme; en ella cabían quinientos hombres... y sobraba espacio para dos dragones. «Pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Qué pasará cuando sean demasiado grandes para este lugar? ¿Se volverán el uno contra el otro, se atacaran a llamaradas, a zarpazos? ¿Se debilitarán, se les marchitará la piel, se les encogerán las alas? ¿Se apagarán sus fuegos antes de que todo termine?»

¿Qué clase de madre dejaba que sus hijos se pudrieran en la oscuridad?

«Si miro atrás estoy perdida —se dijo Dany. Pero ¿cómo podía evitar mirar atrás?—. Tendría que haberlo visto venir. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? ¿Estaba ciega o cerré los ojos adrede para no tener que ver el precio del poder?»

Viserys le había contado todas las historias cuando era pequeña. Amaba hablar de dragones. Sabía cómo había caído Harrenhal. Sabía todo lo que se podía saber sobre el Campo de Fuego y la Danza de los Dragones. Uno de sus antepasados, el tercer Aegon, había visto cómo un dragón abrasaba a su propia madre. Y se cantaban infinitas canciones sobre pueblos y reinos que vivían atemorizados por los dragones hasta que un valeroso matadragones los rescataba. En Astapor, cuando se derritieron los ojos del esclavista, y otra vez en su tienda, en el camino desde Yunkai, cuando Daario había tirado a sus pies las cabezas de Sallor el Calvo y Prendahl na Ghezn, y sus hijos las habían devorado. Los dragones no temían a los hombres. Y un dragón suficientemente grande para comerse una oveja se comería a un niño con la misma facilidad.

La chiquilla se llamaba Hazzea. Tenía cuatro años. «A menos que su padre mintiera; puede que mintiera.» Nadie había visto al dragón; sólo él. Traía unos huesos chamuscados como prueba, pero unos huesos chamuscados no demostraban nada. Tal vez él mismo había matado a la niña y luego la había quemado. Según el Cabeza Afeitada, no sería el primer padre que acababa con una hija no deseada. «O tal vez lo hicieron los Hijos de la Arpía, y luego fingieron que había sido cosa del dragón para que toda la ciudad me odiara.» Aquello era lo que habría querido creer Dany, pero, en tal caso, ¿por qué había esperado el padre de Hazzea a que la sala de audiencias estuviera casi desierta antes de adelantarse? Si su intención era azuzar a los meereenos contra ella, sólo tendría que haber narrado la historia mientras la estancia estaba abarrotada.

El Cabeza Afeitada había insistido en que lo ejecutara.

—Al menos cortadle la lengua. La mentira de este hombre puede acabar con todos nosotros, Magnificencia.

Sin embargo, Dany había optado por pagarle con sangre. Nadie supo decirle qué precio se le ponía a una hija, de modo que lo fijo en cien veces el valor de un cordero.
—Si pudiera, os devolvería a Hazzea —le dijo al padre—, pero hay cosas que ni tan siquiera una reina tiene en su mano. Os prometo que sus huesos reposarán en el Templo de las Gracias, y que un

centenar de velas arderán día y noche para mantener vivo su recuerdo. Venid a verme todos los años en su día del nombre, y a vuestros otros hijos no les faltará nada, pero esta historia no debe volver a salir de vuestros labios.

—Me harán preguntas —fue la respuesta del padre doliente—. Todos querrán saber dónde está Hazzea y cómo murió.

—Murió por el mordisco de una serpiente —le dijo Reznak mo Reznak—. La devoró un lobo. Sufrió una enfermedad repentina. Contad lo que queráis, pero no se os ocurra hablar de dragones.

Las zarpas de *Viserion* rascaron las piedras; las enormes cadenas tintinearon cuando trató de volar hacia ella otra vez. Al sentir que no podía, lanzó un rugido, giró la cabeza hacia atrás tanto como pudo y escupió llamas doradas contra la pared que tenía a su espalda.

«¿Cuánto tiempo pasará antes de que su fuego sea tan ardiente como para agrietar la piedra y fundir el hierro?»

No hacía tanto tiempo que el dragón blanco se encaramaba a su hombro, con la cola enroscada en torno a su brazo. No hacía tanto que lo alimentaba con sus propias manos, que le daba bocaditos de carne carbonizada. Había sido el primero que encadenaron. Ella misma lo había guiado hasta la fosa, y lo encerró allí con varios bueyes. El dragón los devoró, y después del atracón se quedó somnoliento. Aprovecharon para encadenarlo mientras dormía.

Rhaegal les había dado más trabajo. Tal vez oyera los rugidos rabiosos de su hermano en la fosa, pese a las paredes de ladrillo y piedra que los separaban. Al final tuvieron que atraparlo con una red de gruesos eslabones de hierro mientras tomaba el sol en la terraza. Se resistió de tal manera que tardaron tres días en bajarlo por la escalera de servicio; no paraba de retorcerse y lanzar dentelladas. Seis hombres habían sufrido quemaduras.

Y *Drogon*...

«La sombra alada», lo había llamado el padre de la niña. Era el más grande de los tres, el más fiero, el más salvaje, con escamas negras como la noche y ojos como simas de fuego.

Drogon cazaba lejos de allí, pero cuando se saciaba le gustaba tomar el sol en la parte superior de la Gran Pirámide, en el lugar donde en el pasado estuviera la arpía de Meereen. Por tres veces habían intentado apresarlo allí, y por tres veces habían fracasado. Cuarenta de sus hombres más valientes se habían jugado la vida tratando de capturarlo. Casi todos sufrieron quemaduras, y cuatro de ellos murieron. Había visto a *Drogon* por última vez al anochecer del día del tercer intento. El dragón negro se perdió hacia el norte, volando sobre el Skahazadhan, hacia las altas hierbas del mar dothraki. No había regresado.

«Madre de dragones —pensó Daenerys—, madre de monstruos. ¿Qué fuerza he desencadenado sobre el mundo? Puede que sea la reina, pero mi trono es un trono de huesos quemados que se alza sobre arenas movedizas.» Sin dragones, ¿qué esperanza tenía de defender Meereen, por no hablar de recuperar Poniente? «Soy de la sangre del dragón —pensó—. Si ellos son monstruos, yo también.»

12. APESTOSO

La rata chilló mientras la mordía, revolviéndose salvajemente en sus manos. La parte más tierna era el vientre. Jadeó al notar la carne dulce, la sangre caliente corriéndole por los labios. Estaba tan buena que se le saltaron las lágrimas. Le sonaron las tripas y tragó. Al tercer mordisco, la rata había dejado de forcejear y él se sentía casi satisfecho.

Entonces oyó ruido de voces en el exterior del calabozo.

Al instante se quedó quieto, con miedo incluso de masticar. Tenía la boca llena de sangre, pelo y carne, pero no se atrevía a tragar. Escuchó aterrorizado el ruido de unas botas y el tintineo de las llaves de hierro. «No», pensó, «por favor dioses, ahora no». Le había llevado tanto tiempo capturar a la rata... «Si me atrapan con ella me la quitarán, y luego Lord Ramsay me hará daño».

Sabía que debía esconder la rata, pero tenía tanta hambre... Llevaba dos días sin comer, puede que hasta tres. Ahí abajo en la oscuridad era difícil saberlo. Aunque tenía los brazos y las piernas delgados como juncos, el vientre estaba hinchado y vacío, y le dolía tanto que no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, se acordaba de Lady Hornwood. Después de su boda, Lord Ramsay la había encerrado en una torre y la había dejado morir de hambre. Al final se había comido sus propios dedos.

Se agachó en una esquina de la celda, apretando el premio entre las manos. Le corría sangre por la comisura de los labios mientras desgarraba la rata con los dientes, tratando de engullir tanta carne como pudiese. Estaba llena de fibras, pero tan rica que pensó que podría estar enfermo. Mordía y tragaba, escarbando pequeños huesecillos de los agujeros en las encías que habían dejado los dientes arrancados. Dolía al masticar, pero tenía tanta hambre que no podía parar.

Los ruidos se hicieron más fuertes. «Por favor, dioses, que no venga a por mí». Había otras celdas, otros prisioneros. A veces hasta los oía chillar a través de los gruesos muros de piedra. «Las mujeres siempre son las que chillan más alto». Sorbió la carne cruda y trató de escupir el hueso de la pierna, pero le goteó sobre el labio inferior y se le enredó en la barba. «Vete», suplicó, «vete, pasa de largo, por favor, por favor».

Pero el ruido de pasos se paró cuando más alto se oían y las llaves repiquetearon justo ante su puerta. La rata se cayó de entre sus dedos. Se limpió los dedos sangrientos en sus calzones. Los talones de sus pies escarbaron entre la paja mientras intentaba empujarse hacia la esquina.

El ruido de la cerradura al girar fue lo peor. Cuando la luz le golpeó en la cara, soltó un alarido. Tuvo que cubrirse la cara con sus manos. Les habría arañado de haberse atrevido, por todo lo que le dolía la cabeza. «Lleváosla, hacedlo en la oscuridad, por favor, por favor».

—No es él—dijo la voz de un niño—. Míralo. Nos hemos equivocado de celda.

—La última celda de la derecha —contestó otro niño—. Esta es la última celda de la derecha, ¿no?

—Sí. —Una pausa.— ¿Qué dice?

—Creo que no le gusta la luz.

—¿Te gustaría a ti, si tuvieses esa pinta? —El niño carraspeó y escupió.—Y además apesta, es como para ahogarse.

—Ha estado comiendo ratas —dijo el segundo niño—. Mira.

—Sí que lo ha hecho —se rió el primer niño—, qué gracioso.

«Tuve que hacerlo», pensó. Las ratas lo mordían cuando dormía , royéndole los dedos de los pies y de las manos, incluso la cara, así que cuando cazó a una no lo dudó. Las únicas opciones habían sido comer o ser comido.

—Lo hice —masculló—, lo hice, lo hice, me las comí, ellas me hacían lo mismo, por favor... Los niños se acercaron, haciendo crujir la paja bajo sus pies.

—Habla —dijo uno de ellos. El más pequeño, una niño delgado pero listo—. Dime tu nombre.

«Mi nombre». Un grito se atascó en su garganta. Le habían enseñado su nombre, se lo habían enseñado, pero hacía tanto que lo había olvidado. «Si me equivoco se llevará otro dedo, o peor, él me...» No pensaría en eso, no podía pensar en eso. Había agujas en su mandíbula, en sus ojos. Su cabeza le dolía.

—Por favor —graznó con un hilillo de voz. Sonaba como si tuviese cien años. Tal vez los tenía. «¿Cuánto tiempo llevo aquí?»

—Adelante—farfulló, a través de dientes y dedos rotos, sus ojos fuertemente cerrados contra la luz terriblemente brillante—Por favor, podéis llevaros la rata, no me hagáis daño...

—Hediondo —dijo el mayor de los muchachos—. Tu nombre es Hediondo, ¿lo recuerdas?

Era el que llevaba la antorcha. El pequeño tenía el anillo de las llaves.

¿Hediondo? Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Lo recuerdo, sí, lo recuerdo. —Su boca se abría y cerraba—. Mi nombre es Hediondo. Rima con puerro. En la oscuridad no necesitaba un nombre, así que era fácil olvidarlo. «Hediondo, Hediondo, me llamo Hediondo». No había nacido con ese nombre. En otra vida había sido otra persona, pero aquí y ahora se llamaba Hediondo. Lo recordaba.

También recordaba a los niños. Llevaban jubones de lana a juego, plata gris con ribetes azul oscuro. Los dos eran escuderos, los dos tenían ocho años y los dos eran Walder Frey. Walder el Mayor y Walder el Pequeño, sí. Sólo que el Mayor era pequeño, y el Pequeño era mayor, lo que divertía a los muchachos y confundía al resto de la gente.

—Os reconozco— susurró a través de labios agrietados—, sé vuestros nombres.

—Vas a venir con nosotros —dijo Walder el Pequeño.

—Su señoría te necesita —dijo Walder el Mayor.

El miedo le atravesó como un cuchillo. «Son sólo críos», pensó. «Dos niños de ocho años». Seguramente podía vencer a dos niños de ocho años. Incluso tan débil como estaba, podía coger la antorcha, coger las llaves, coger la daga envainada de la cadera de Walder el Pequeño, escapar. «No, es demasiado fácil. Es una trampa. Si corro, me quitará otro dedo, me quitará más dientes».

Había huido antes. Hacía años, parecía, cuando todavía le quedaba algo de fuerzas y era desafiante. En aquél entonces fue Kyra con las llaves. Le dijo que las había robado, que conocía una poterna que nunca tenía guardia.

—Llévame de vuelta a Invernalia, mi señor— suplicó, pálida y temblorosa — No conozco el camino, no puedo escapar sola. Ven conmigo, por favor.

Y eso hizo. El carcelero estaba borracho, inconsciente en un charco de vino, con los calzones bajados a la altura de los tobillos. La puerta de la celda estaba abierta, y la poterna sin guardia, justo como ella había dicho. Esperaron a que la luna se escondiese detrás de una nube, se deslizaron fuera del castillo y chapotearon a través de *Weeping Water*, tropezando con piedras, medio congelados por el arroyo helado. En la otra orilla, él la besó.

—Nos has salvado— dijo. «Tonto, Tonto»

Todo había sido una trampa, un juego, una broma. A Lord Ramsay le encantaba la persecución, y prefería cazar presas con dos piernas. Corrieron toda la noche a través del oscuro bosque, pero según se alzaba el sol, el sonido de un cuerno lejano llegó débilmente a través de los árboles, y oyeron los aullidos de una manada de perros.

—Deberíamos separarnos— le dijo a Kyra a medida que los perros se acercaban — no pueden rastrearnos a los dos.

La chica estaba loca de miedo, sin embargo, y rehusaba alejarse de su lado, incluso cuando él le juró que levantaría una legión de hombres de hierro y volvería a por ella si resultaba ser ella la perseguida.

En menos de una hora, los apresaron. Un perro le golpeó y le tiró al suelo, y un segundo le mordió a Kyra en la pierna mientras trataba de gatear colina arriba. El resto les rodearon, aullando y gruñendo, amagando mordiscos cada vez que se movían, manteniéndolos ahí hasta que Ramsay Nieve llegó cabalgando con sus cazadores. Todavía era un bastardo entonces, no un Bolton.

—Ahí estáis— dijo sonriéndoles desde la altura de su silla — me herís, vagabundeando de esta manera. ¿Tan pronto os habéis cansado de mi hospitalidad?

Fue en ese momento cuando Kyra cogió una piedra y se la lanzó a la cabeza. Falló por más de un pie, y Ramsay sonrió.

—Debes ser castigada.

Hediondo recordó la mirada asustada y desesperada en los ojos de Kyra. Nunca había parecido tan joven como en ese momento, todavía era poco más que una cría, pero no había nada que él pudiera hacer. «Ella los trajo hacia nosotros», pensó, «si nos hubiésemos separado como yo quería, uno de los dos a lo mejor podría haber escapado».

El recuerdo le dificultaba la respiración. Hediondo se apartó de la antorcha con lágrimas brotando de sus ojos. «¿Qué quiere de mi esta vez?» pensó, desesperado. «¿Por qué no me deja simplemente en paz? No hice nada malo, esta vez no, ¿por qué no me dejan en la oscuridad?» Se había comido una rata, una gorda, y era cálida y se retorcía.

— ¿Tal vez deberíamos lavarlo? — preguntó Walder el Pequeño.

— Su señoría lo prefiere apestoso — respondió Walder el Grande — por eso le llamamos Hediondo.

«Hediondo. Mi nombre es hediondo, rima con lóbrego». Tenía que recordar eso. «Sirve y obedece y recuerda quién eres, y no recibirás más dolor. Lo había prometido, su señoría lo había prometido». Aunque hubiese querido resistirse, no era lo bastante fuerte. Lo habían azotado, lo habían dejado sin comida, lo habían desollado. Cuando Walder el Mayor lo levantó y Walder el Pequeño agitó la antorcha ante él para sacarlo de la celda, los siguió como un perro faldero; si hubiese tenido rabo, lo habría llevado entre las piernas.

«Si hubiese tenido rabo, el bastardo me lo habría cortado». Fue un pensamiento espontáneo, un pensamiento vil, peligroso. Su señoría ya no era un bastardo. «Bolton, no Nieve». El niño rey en el Trono de Hierro había legitimado a Lord Ramsay, dándole el derecho de utilizar el apellido de su señor padre. Llamarle Nieve le recordaba sus días de bastardo, y eso le llevaba a una rabia oscura. Hediondo debía recordarlo. Y su nombre, debía recordar su nombre. Por un instante no lo recordó, y eso le asustó tanto que tropezó en las abruptas escaleras del calabozo y dio con sus calzones en el suelo, manchándolos de sangre. Pequeño Walder tuvo que empujarlo con la antorcha para ponerlo de nuevo en pie y seguir moviéndose.

Afuera en el patio se estaba haciendo de noche en Fuerte Terror y la luna llena se levantaba sobre los muros orientales del castillo. La pálida luz lanzaba la sombra de las altas almenas triangulares sobre el suelo helado, una línea de dientes negros afilados. El aire era frío, húmedo y estaba lleno de olores medio olvidados. «El mundo», se dijo Hediondo a sí mismo, «así es como huele el mundo». No sabía cuánto tiempo había estado encerrado en el calabozo, pero al menos había sido medio año. «¿Y si han pasado cinco años, o diez, o veinte?» ¿Llegaría a saberlo? «¿Y si me hubiese vuelto loco ahí abajo, y ya ha pasado la mitad de mi vida?» Pero no, eso era una locura. Los niños aún eran niños. Si hubiesen pasado diez años, se habrían convertido en hombres. Debía recordarlo. No puedo permitirles volverme loco. Puede llevarse mis dedos, puede sacarme los ojos y cortarme las orejas, pero no puede quitarme el juicio a menos que se lo permita.

Walder el Pequeño dirigía el camino con una antorcha en la mano, Hediondo le seguía mansamente, con Walder el Mayor justo tras él. Los perros de la perrera ladraron mientras pasaban. El viento soplaba por el patio, atravesando la tela de los harapos que llevaba y poniéndole la piel de gallina. El aire nocturno era frío y húmedo, pero no había ni rastro de nieve, pese a que seguramente el invierno estaba a la vuelta de la esquina. Hediondo se preguntó si seguiría vivo para ver llegar las nieves. «¿Cuántos dedos tendré aún en las manos?, ¿y cuántos en los pies?» Cuando alzó una mano, se sorprendió al ver lo blanca que estaba, lo descarnada. «Tengo manos de viejo». ¿Se habría equivocado respecte a los muchachos? ¿Y si después de todo no eran Walder el Pequeño y Walder el Mayor sino sus hijos?

El vestíbulo principal estaba poco iluminado y lleno de humo. A derecha e izquierda ardían hileras de antorchas sostenidas por esqueletos de manos humanas que sobresalían de los muros. Sobre sus cabezas había vigas ennegrecidas por el humo y un techo en forma de bóveda que se perdía entre las sombras. El aire estaba tan lleno de olor a vino, cerveza y carne asada que el estómago de Hediondo rugió y la boca se le llenó de saliva.

Walder el Pequeño lo empujó a través de las largas mesas llenas de hombres de la guarnición comiendo. Hediondo podía notar sus miradas siguiéndolo. Los mejores lugares, junto al estrado, los ocupaban los favoritos de Ramsay, los Hombres del Bastardo. Ben Bones, el anciano que mantenía los amados perros de caza de su señoría. Damon, conocido como Damon Baila-para-mi, un chiquillo de pelo claro. Grunt, quien había perdido su lengua por hablar sin cuidado delante de su

señoría. Alyn el ácido. Skinner. Polla amarilla. Más lejos, debajo de la sal, había otros que Hediondo conocía al menos de vista, cuando no de nombre: espadas juramentadas y alguaciles, soldados y carceleros y torturadores. Pero también había extranjeros, caras que no conocía. Algunos arrugaban la nariz a su paso, mientras que otros se reían al verle. «Invitados», pensó, «amigos de su señoría, y se me ha traído aquí para divertirlos». Un escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo.

En la mesa principal estaba el Bastardo de Bolton, sentado en el sitio de su padre, bebiendo de la copa de su padre. Dos hombres viejos compartían su mesa, y Hediondo supo al echarles un vistazo que ambos eran señores. Uno era descarnado y de ojos de piedra, larga barba blanca y una cara tan dura como el frío del invierno. Llevaba la piel raída de un oso como chaleco, gastada y grasienta. Debajo llevaba un peto de malla, incluso sentado a la mesa. El otro lord también estaba delgado, pero tan torcido como recto el primero. Uno de sus hombros era mucho más alto que el otro, y se inclinaba sobre la mesa como un buitre sobre la carroña. Tenía ojos grises y avariciosos, dientes amarillos, una barba enmarañada hecha de nudos de nieve y plata. Sólo le quedaban unos cuantos mechones de pelo blanco en la cabeza, pero la capa que vestía era suave y elegante, lana gris ribeteada de piel de marta y con una filigrana en el hombro, un sol tejido en plata batida.

Ramsay iba de negro y rosa: botas negras, cinturón y vaina negras, chaleco negro de cuero sobre un jubón rosa con cuchilladas en un rojo oscuro satinado. En la oreja derecha brillaba un granate en forma de gota de sangre. Pero a pesar del esplendor de su vestimenta, seguía siendo un hombre feo, de huesos grandes y espalda encorvada, con tal flacidez en las carnes que probablemente al envejecer se volvería gordura. Tenía una piel rosada y llena de manchas, la nariz ancha, la boca pequeña, el pelo largo, oscuro y seco. Los labios eran grandes y carnosos, pero lo primero en que uno reparaba al mirarlo eran los ojos. Tenía los ojos de su padre: pequeños, muy juntos, increíblemente pálidos. Gris fantasmal, lo llamaban algunos hombres, pero en el fondo eran unos ojos incoloros, como dos esquirlas de hielo sucio.

Sonrió al ver a Hediondo.

—Aquí estás. Mi viejo amigo amargado.—A los hombres que tenía a su alrededor les dijo—: Hediondo ha estado conmigo desde que era un niño. Su padre me lo entregó como muestra de amor.

Los dos lores intercambiaron una mirada.

—Había oído que vuestro sirviente estaba muerto —dijo el del hombro encorvado—. Asesinado por los Stark, se decía.

Lord Ramsay se rió.

—Los hombres del hierro dirían que lo que está muerto no puede morir, se alza de nuevo, más duro y más fuerte. Como Hediondo. Aunque huele como un cadáver, eso lo reconozco.

—Huele a abono y a vómito rancio.—El viejo lord cargado de espaldas soltó el hueso que había estado mordisqueando y se limpió los dedos con el mantel de la mesa.—¿Hay alguna razón por la que debáis tenerlo aquí mientras comemos?

El lord con el peto de mallas estudió a Hediondo con ojos de piedra.

—Vuelve a mirarlo—incitó al otro lord—. El pelo se le ha puesto blanco y pesa veinte quilos menos, pero no es ningún sirviente. ¿Lo has olvidado?

El lord encorvado miró de nuevo y bufó de repente.

—¿Él? ¿Es posible? El pupilo de los Stark. Sonreía; siempre sonreía.

—Ya no sonríe tanto —admitió Lord Ramsay—. Puede que le haya roto unos cuantos de esos dientes tan blancos.

—Habríais hecho mejor cortándole la garganta—dijo el lord de la cota de mallas—. Cuando un perro traiciona a su amo la única opción es despellejarlo.

—Oh, ya ha sido despellejado, aquí y allá.

—Sí, mi señor, fui malo, mi señor. Insolente y... —Se lamió los labios, intentando recordar qué más había hecho. «Sirve y obedece», se dijo a sí mismo, «y te dejará vivir, y quedarte con las partes que aún tienes. Sirve y obedece y recuerda tu nombre. Hediondo, Hediondo, rima con manso».

—No. No, mi señor, lo juro. —Hediondo había intentado arrancarse el dedo una vez, para que dejase de doler después de que le hubiesen arrancado la piel. Lord Ramsay nunca se limitaba a cortarle el dedo a alguien. Prefería desollarlo y dejar que la carne expuesta se secase y agrietase y ulcerase. Lo habían azotado, lo habían puesto en el potro de tortura, lo habían cortado, pero ningún dolor era tan atroz como el que llegaba después de ser desollado. Era el tipo de dolor que volvía locos a los hombres, y era imposible soportarlo mucho tiempo. Tarde o temprano la víctima gritaba: –Por favor, ya basta, que deje de doler, córtamelo–, y sólo entonces Lord Ramsay cedería. Ése era el juego y Hediondo ya había aprendido las reglas, como podían testificar sus manos y pies, pero una vez él las olvidó y trató de terminar él mismo con el dolor, con sus dientes. Ramsay no quedó satisfecho, y la ofensa le costó a Hediondo otro dedo del pie.

—Me he comido una rata —murmuró.

—¿Una rata? —La luz de las antorchas se reflejaba en los pálidos ojos de Ramsay.— Todas las ratas de Fuerte Terror pertenecen a mi señor padre. ¿Como te atreves a comerte una de ellas sin mi permiso?

Hediondo no supo qué contestar, así que no dijo nada. Una palabra equivocada podía costarle otro dedo del pie, incluso de la mano. Hasta entonces había perdido dos dedos de la mano derecha y otro de la izquierda, y sólo el dedo pequeño del pie derecho en comparación con los tres del izquierdo. A veces Ramsay bromeaba sobre equilibrar las cosas. «No quiere hacerme daño, me lo dijo, sólo lo hace cuando me lo merezco». Habría tenido que desollarle la cara por algunas de las cosas que Hediondo había dicho antes de aprender su verdadero nombre y su lugar.

— Esto se está volviendo aburrido — dijo el lord con el peto de mallas — mátalo y acabemos con esto.

Lord Ramsay se llenó su copa con cerveza.

— Eso arruinaría nuestra celebración, mi señor. Hediondo, tengo buenas noticias para ti. Me voy a casar. Mi señor padre me va a traer a una chica Stark. La hija de Lord Eddard, Arya. Te acuerdas de la pequeña Arya, ¿verdad?

Arya-entre-los-pies, casi lo dijo. Arya Caracaballo. La hermana pequeña de Robb, con el pelo castaño, la cara larga, delgada como un palo, siempre sucia. Sansa era la guapa. Se acordaba de un tiempo en que pensaba que Lord Eddard lo casaría con Sansa y lo aceptaría como a un hijo, pero eso sólo fueron los sueños de un crío. Arya, sin embargo...

—La recuerdo. Arya.

—Será la señora de Invernalia, y yo su señor.

«Sólo es una niña».

—Sí, mi señor. Enhorabuena.

—¿Asistirás a mi boda, Hediondo?

Hediondo dudó.

—Si es lo que deseáis, mi señor.

—Oh, lo deseo.

Dudó de nuevo, pensando si no sería alguna trampa cruel.

—Sí, mi señor. Si a vos os parece bien, me sentiré muy honrado.

—Tenemos que sacarte de esa mazmorra asquerosa, entonces. Lavarte toda esa porquería, darte unas ropas limpias, algo para comer. Tengo un pequeño trabajo para ti, y necesitas recobrar las fuerzas si tienes que servirme. Porque quieres servirme, no lo dudo.

—Sí, mi señor. Más que nada. —Un escalofrío lo recorrió.— Soy vuestro Hediondo. Por favor, permitidme serviros. Por favor.

—Puesto que lo pides tan amablemente, ¿cómo podría negarme? —Ramsay Bolton sonrió—. Cabalgo a la guerra, Hediondo. Y vendrás conmigo para ayudarme a traer a casa a mi doncella.

13. BRAN

Algo en la manera de graznar del cuervo hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Bran. «Ya soy casi un hombre adulto», tuvo que recordarse. «Tengo que ser valiente».

Pero el aire era afilado y frío, y estaba repleto de miedo. Incluso Verano estaba asustado. El pelo de su cuello estaba erizado. Sombras recorrían la pared de roca, negras y hambrientas. Todos los árboles estaban inclinados y retorcidos por el peso del hielo que soportaban. Algunos ni siquiera parecían árboles. Enterrados desde la raíz hasta la copa en nieve congelada, se agazapaban en el monte como gigantes, monstruosas e inconfundibles criaturas amontonadas contra el viento glacial.

–Están aquí– El explorador desenvainó su espada.

–¿Dónde?– La voz de Meera sonaba apagada.

–Cerca. No lo sé. En algún sitio.

El cuervo volvió a graznar.

–Hodor– Susurró Hodor. Tenía las manos apretadas debajo de las axilas. Algunos carámbanos colgaban del enredo marrón que era su barba, y el bigote era un montón de mocos congelados, que brillaban rojizos a la luz del crepúsculo.

–Esos lobos están cerca también– Les avisó Bran –Los que nos han estado siguiendo. Verano puede olerlos cuando el viento sopla hacia nosotros.

–Los lobos son el menor de nuestros problemas– Dijo Manosfrías –Tenemos que trepar. Prontó oscurecerá. Haríais bien en estar a cubierto antes de que caiga la noche. Vuestro calor les atraerá.

Miró hacia el oeste, donde la luz del sol poniéndose apenas podía verse entre los árboles, como el resplandor de un fuego a lo lejos.

–¿Sólo se puede entrar por aquí?– Preguntó Meera.

–La puerta de atrás está tres leguas al norte, dentro de una sima.

No le hizo falta decir nada más. Ni siquiera Hodor podía descender por una sima con Bran a la espalda, y Jojen podría andar tres leguas tan bien como correr mil.

Meera miró la ladera.

–El camino parece despejado.

–Parece– Dijo sombríamente el explorador –¿Puedes sentir el frío? Hay algo ahí. *¿Dónde están?*

- ¿Dentro de la cueva? – Sugirió Meera.

–La cueva está protegida. No pueden entrar– El explorador utilizó su espada para apuntar –Puedes ver la entrada ahí. A mitad de la cuesta, entre los árboles, esa fisura en la roca.

–La veo– Dijo Bran. Los cuervos entraban y salían volando.

Hodor estabilizó su postura.

–Hodor.

–Una marca en la roca, eso es todo lo que veo– Dijo Meera.

–Hay un túnel. Empinado y retorcido al principio, un pasillo a través de la roca. Si podéis alcanzarlo, estaréis a salvo.

–¿Y tú?

–La cueva está protegida.

Meera estudió la fisura en la ladera de la montaña.

–No pueden ser más de mil yardas desde aquí.

«No», pensó Bran, «pero todas esas yardas son cuesta arriba». La montaña era empinada y con una densa arboleda. La nevada había cesado tres días antes, pero aún no se había derretido nada. Entre los árboles, el suelo era un manto blanco, aún prístino y virgen.

–Aquí no hay nadie– Dijo Bran, envalentonado –Mirad la nieve. No hay huellas.

–Los caminantes blancos andan ligeros sobre la nieve– Dijo el explorador –No encontrarás rastros que denoten su presencia.

Un cuervo descendió de lo alto para posarse en su hombro. Sólo una docena de los grandes pájaros negros seguían junto a ellos. El resto se habían esfumado durante el camino; cada amanecer al despertarse, había menos.

–Ven– Graznó el pájaro –Ven, ven.

«El cuervo de tres ojos», pensó Bran. «El verdevidente».

–No está tan lejos– Dijo –Una pequeña escalada, y estaremos a salvo. Quizá podamos encender un fuego.

Todos ellos estaban helados, empapados y hambrientos, excepto el explorador, y Jojen Reed estaba demasiado débil como para caminar sin ayuda.

–Id vosotros.

Meera Reed se agachó junto a su hermano. Estaba recostado contra el tronco de un roble, con los ojos cerrados, temblando violentamente. Lo poco que se podía ver de su cara por debajo de su capucha y bufanda tenía el mismo color que la nieve de alrededor, pero la respiración aún salía débilmente de su nariz cuando exhalaba. Meera había cargado con él durante todo el día. «Comida y lumbre harán que se recupere», Bran intentó decirse, aunque no estaba seguro de que fuera a ser así.

–No puedo pelear y llevar a Jojen a la vez, la escalada es demasiado empinada– Estaba diciendo Meera –Hodor, sube a Bran hasta esa cueva.

–Hodor– Hodor juntó sus manos en una palmada.

–Jojen sólo necesita comer– Dijo Bran, algo triste.

Habían pasado doce días desde que el alce se había caído por tercera y última vez, desde que Manosfrías se había arrodillado a su lado en la nieve y había murmurado una bendición en una lengua extraña mientras le cortaba la garganta. Bran lloró como una niña cuando la sangre brillante salió a raudales. Nunca se había sentido tanto como un tullido como se sintió entonces, mirando impotente cómo Meera Reed y Manosfrías despiezaban la valiente bestia que les había llevado tan lejos. Se dijo a sí mismo que no comería, que era mejor seguir hambriento que alimentarse de un amigo, pero al final había comido dos veces, una en su propia piel y una en la de Verano. Aun estando el alce demacrado y famélico, los filetes que el explorador obtuvo de él los habían mantenido durante siete días, hasta que habían terminado con el último apiñados en torno a un fuego en las ruinas de una antigua construcción.

–Necesita comer– Coincidió Meera, acariciando la frente de su hermano –Todos lo necesitamos, pero aquí no hay comida. *Vamos.*

Bran pestañeó y sintió como una lágrima se congelaba en su mejilla. Manosfrías cogió a Hodor del brazo.

–La luz se está yendo. Si no están aquí ya, lo estarán pronto. Vamos.

En silencio por una vez, Hodor se sacudió la nieve de las piernas, y comenzó a subir entre la nieve con Bran a sus espaldas. Manosfrías acechaba detrás de ellos, con su espada en una de sus manos negras. Verano iba detrás. En algunos lugares la nieve era incluso más alta que él, y el gran lobo huargo tenía que pararse y sacudírsela después de sumergirse a través de la corteza helada. Mientras ascendían, Bran se volvió incómodo en su cesta para ver cómo Meera pasaba un brazo por debajo de los hombros de su hermano para ayudarle a levantarse. «Pesa demasiado para ella. Está hambrienta, ya no es tan fuerte como lo era antes». Ella agarró su tridente con la otra mano, clavando las tres puntas en la nieve para conseguir más apoyo. Meera acababa de empezar a subir la cuesta, medio tirando y medio cargando a su hermano pequeño, cuando Hodor pasó por entre dos árboles, y Bran los perdió de vista.

La montaña se hizo más empinada. Los montones de nieve se aplastaban debajo de las botas de Hodor. En un momento una roca se movió bajo su pie y el mozo resbaló hacia atrás, y casi cayó rodando cuesta abajo. El explorador le cogió por el brazo y le retuvo.

–Hodor– Dijo Hodor.

Cada ráfaga de viento llenaba el aire con finas motas blancas que brillaban como cristales a la última luz del día. Los cuervos revoloteaban a su alrededor. Uno se adelantó y desapareció en el interior de la cueva. «Sólo quedan ochenta yardas», pensó Bran, «ya no está lejos».

Verano se detuvo de repente, en el fondo de un empinado montón de nieve virgen. El lobo huargo giró la cabeza, olfateó el aire, y empezó a gruñir. Con el pelo erizado, comenzó a retroceder.

–Hodor, para– Dijo Bran –Hodor. Espera.

Algo iba mal. Verano podía olerlo, y él también. «Algo malo. Está cerca».

–Hodor, no, retrocede.

Manosfrías seguía escalando, y Hodor quería mantenerse a su paso.

–Hodor, Hodor, Hodor– recitaba en voz alta, para ahogar las protestas de Bran. Su respiración se había vuelto fatigosa. Una pálida niebla llenaba el aire. Dio un paso, después otro. La nieve le llegaba casi hasta la cintura y la ladera era muy empinada. Hodor estaba inclinado hacia delante, agarrándose a las piedras y a los árboles con las manos mientras ascendía. Otro paso. Otro. La nieve que Hodor desplazaba caía por la ladera, empezando una pequeña avalancha por detrás de ellos.

«Sesenta yardas». Bran se puso de lado para ver mejor la cueva. Entonces vio otra cosa.

–¡Un fuego!– En la pequeña rendija entre los árboles había un resplandor titilante, una luz que brillaba por entre la densa atmósfera –Mirad, alguien…

Hodor gritó. Se retorció, tropezó, cayó.

Bran sintió el mundo moverse de lado cuando el gran mozo de cuadras giró sobre sí mismo violentamente. Un golpe repentino le quitó el aliento. Tenía la boca llena de sangre y Hodor estaba revolviéndose y rodando, aplastando al niño tullido bajo su peso.

«Algo le ha agarrado la pierna». Durante medio segundo Bran pensó que quizá una raíz se le había enganchado en el tobillo… Hasta que la raíz se movió. «Una mano», vio, mientras el resto del cuerpo emergía desde debajo de la nieve.

Hodor le pegó una patada, incrustando un talón lleno de nieve justo en la cara de la criatura, pero el hombre muerto ni siquiera pareció sentirlo. Los dos comenzaron a forcejear, dándose puñetazos y arañándose el uno al otro, resbalando por la ladera. La nieve llenó la boca y la nariz de Bran mientras rodaba bocabajo, pero en medio segundo volvía a estar bocarriba. Algo se estampó contra su cabeza, una roca o un pedazo de hielo, o el puño de un hombre muerto, no sabría precisarlo, y de repente estaba fuera de su cesta, despatarrado en mitad de la ladera, escupiendo nieve, su mano enguantada llena de pelo que había arrancado de la cabeza de Hodor.

A su alrededor, los seres estaban emergiendo de la nieve.

«Dos, tres, cuatro». Bran perdió la cuenta. Surgían violentamente entre nubes de nieve disparada. Algunos llevaban capas negras, algunos pieles raídas, algunos nada. Todos ellos tenían la piél pálida y las manos negras. Sus ojos brillaban como pálidas estrellas azules.

Tres de ellos se echaron sobre el explorador. Bran vio a Manosfrías rajar la cara de uno de lado a lado. Aquella cosa siguió avanzando, empujándole hacia los brazos de otro de ellos. Dos más iban hacia Hodor, avanzando torpemente ladera abajo. Meera iba directa hacia ellos, pensó Bran, con un espantoso sentimiento de terror impotente. Aplastó la nieve y dio un grito de advertencia.

Algo le agarró.

Entonces fue cuando su grito se transformó en chillido. Bran cogió un puñado de nieve y la lanzó, pero la criatura apenas si pestañeó. Una mano negra se movió hacia su cara, otra a su estómago. Los dedos eran como de hierro. «Me va a sacar las tripas».

Pero de repente Verano estaba entre ellos. Bran entrevió piel rompiéndose como un trapo viejo, oyó el astillarse de un hueso. Vio una mano despegarse completamente, con los dedos negros moviéndose, la descolorida manga negra rasgada. «Negro», pensó, «viste el negro, era de la Guardia de la Noche». Verano se deshizo del brazo, se giró, y hundió los dientes en el cuello del

hombre muerto, debajo de la barbilla. Cuando el gran lobo gris se liberó, se llevó consigo casi toda la garganta de la criatura, en una explosión de carne pálida y podrida.

La mano cercenada aún se movía. Bran se arrastró lejos de ella. Sobre su vientre, empujándose por la nieve, vio los árboles sobre él, pálidos y cubiertos de nieve, y el resplandor naranja entre ellos.

«Cincuenta yardas». Si pudiera arrastrarse cincuenta yardas, no podrían atraparle. La humedad se colaba por sus guantes cuando se agarraba a raíces y rocas, mientras se arrastraba hacia la luz. «Un poco más, sólo un poco más. Después podrás descansar junto al fuego».

La última luz se había desvanecido de entre los árboles para entonces. Había caído la noche. Manosfrías estaba defendiéndose y atacando al círculo de hombres muertos que le rodeaban. Verano estaba destrozando al que había derribado, tenía su cara entre los dientes. Nadie estaba prestando atención a Bran. Se arrastró un poco más arriba, cargando con sus inútiles piernas tras él. «Si puedo alcanzar la cueva…»

- Hoooodor – Se escuchó un gemido, desde alguna parte más abajo.

Y de repente ya no era Bran, el niño roto arrastrándose por la nieve, de repente era Hodor a medio camino de la ladera, con el ser acercándose a sus ojos. Con un rugido, se afianzó sobre sus pies, tirando a aquella cosa a un lado. Cayó sobre una rodilla, y comenzó a levantarse. Bran sacó la espada de Hodor de su cinturón. Dentro, en el fondo, podía escuchar al pobre Hodor gimiendo, pero por fuera era siete pies de furia con acero viejo en la mano. Levantó la espada y la lanzó hacia abajo sobre el hombre muerto, resoplando cuando la hoja atravesó lana mojada, malla oxidada y cuero podrido, dando un profundo mordisco en la carne y el hueso de debajo.

–¡HODOR!– Gritó, y atacó de nuevo. Esta vez cortó la cabeza de la criatura a la altura del cuello, y por un momento se relajó… Hasta que un par de manos muertas se acercaron buscando ciegamente su garganta.

Bran retrocedió, sangrando, y Meera Reed estaba allí, hundiendo profundo su tridente en la espalda de la criatura.

–Hodor– Rugió Bran de nuevo, empujándola hacia arriba –Hodor, Hodor.

Jojen estaba temblando en el sitio donde ella le había dejado. Bran se acercó a él, dejó caer la espada, resguardó al chico en el brazo de Hodor, y se puso de nuevo en pie.

–¡HODOR!– Gritó.

Meera los guió hacia la cima, pinchando a los seres cuando se acercaban. Aquellas cosas podían no estar heridas, pero se movían lenta y torpemente.

–Hodor– Decía Hodor a cada paso –Hodor, hodor.

Se preguntó qué pensaría Meera si le dijera de repente que la amaba.

Por encima de ellos, unas figuras de fuego bailaban en la nieve.

«Las criaturas», se dio cuenta Bran. «Alguien ha prendido fuego a las criaturas».

Verano gruñía y mordía mientras bailaba alrededor del más cercano, una gran figura de hombre

envuelto en un fuego brillante. «No debería acercarse tanto, ¿Qué está haciendo?» Entonces se vio a sí mismo, tirado bocabajo en la nieve. Verano estaba intentando alejar a aquella cosa de él. «¿Qué pasará si me mata?» se preguntó el chico. «¿Seguiré siendo Hodor para siempre? ¿Volveré a la piel de Verano? ¿O simplemente moriré?»

El mundo se movía a su alrededor de manera mareante. Árboles blancos, cielo negro, llamas rojas, todo daba vueltas, cambiando, girando. Sintió cómo tropezaba. Podía oír gritar a Hodor:

- Hodor hodor hodor hodor. Hodor hodor hodor hodor. Hodor hodor hodor hodor hodor.

Una nube de cuervos salía de la cueva, y pudo ver a una niña pequeña con una antorcha en la mano, moviéndola de un lado a otro. Por un momento Bran pensó que se trataba de su hermana Arya… Una locura, puesto que sabía que su hermana pequeña estaba a mil millas de distancia, o muerta. Y aun así allí estaba ella, girando, canija, andrajosa, salvaje, con el pelo enredado. Las lágrimas llenaron los ojos de Hodor y allí se congelaron.

Todo se volvió del derecho y del revés, y Bran estaba de nuevo en su propia piel, medio enterrado en la nieve. La criatura en llamas rondaba por allí, apoyándose contra los árboles envueltos en nieve. Era uno de los que iban desnudos, pudo ver Bran, en el preciso momento en que el árbol que tenía más cerca se sacudió la nieve que lo cubría, cayéndole toda en la cabeza.

Lo siguiente que supo es que estaba tumbado en una cama de agujas de pino bajo un techo oscuro de piedra. «La cueva. Estoy en la cueva». La boca aún le sabía a sangre donde se había mordido la lengua, pero un fuego ardía a su derecha, sentía su calor en la cara, y nunca había sentido nada mejor. Verano estaba allí, olisqueando a su alrededor, y Hodor, completamente empapado. Meera sostenía a Jojen en su regazo. Y la que se parecía a Arya estaba de pie, sujetando su antorcha.

–La nieve– Dijo Bran –Me cayó encima. Me enterró.

–Te escondió. Yo te saqué.

Meera asintió en dirección a la chica.

–Ha sido ella quien nos ha salvado. La antorcha… El fuego los mata.

–El fuego los *quema.* El fuego siempre está hambriento.

Aquella no era la voz de Arya, ni siquiera una voz infantil. Era la voz de una mujer, aguda y dulce, con una extraña melodía en ella como nunca había oído, y con una tristeza que pensó que podría partirle el corazón. Bran fijó la vista para poder verla mejor. *Era* una chica, pero más pequeña que Arya, su piel veteada como la de un ciervo bajo una capa hecha de hojas. Sus ojos eran extraños, grandes y vidriosos, dorados y verdes, rasgados como los ojos de un gato. «Nadie tiene unos ojos así». Su pelo era una maraña marrón, roja y dorada, colores otoñales, con enredaderas, ramitas y flores secas entretejidas.

–¿Quién eres tú?– Preguntó Meera.

Bran lo sabía.

–Es una niña. Una niña del bosque– Temblaba, tanto de sorpresa como de frío. Habían caído en uno de los cuentos de la Vieja Tata.

–Los primeros hombres nos llamaron niños– Dijo la pequeña mujer –Los gigantes nos llamaron *woh dak nag gran,* la gente ardilla, porque éramos pequeños y rápidos y nos gustaban los árboles, pero no somos ardillas ni niños. Nuestro nombre en la Lengua Verdadera significa *aquellos que cantan la canción de la tierra.* Antes de que vuestra Vieja Lengua se hablara, nosotros llevábamos diez mil años cantando nuestras canciones.

–Ahora estás hablando en la Lengua Común– Dijo Meera.

–Por él. El niño Bran. Nací en el tiempo de los dragones, y durante doscientos años he andado por el mundo de los hombres, para ver, escuchar y aprender. Puede que aún siga andando, pero mis piernas estaban doloridas y mi corazón cansado, así que me dirigí a casa.
–¿Doscientos años?– Dijo Meera.

La niña sonrió.

–Los hombres, ellos son los niños.

–¿Tienes nombre?– Preguntó Bran.

–Cuando lo necesito– Movió su antorcha hacia la rendija negra en la pared del fondo de la cueva –Nuestro camino nos lleva abajo. Debéis venir conmigo.

Bran temblaba.

–El explorador…

–Él no puede venir.

–Lo matarán.

–No. Ya lo mataron hace mucho tiempo. Venid. Es más cálido abajo, y nadie os dañará allí. Te está esperando.

–¿El cuervo de tres ojos?– Preguntó Meera.

–El verdevidente.

Y con eso echó a andar, y no tuvieron otra opción que seguirla. Meera ayudó a Bran a subirse a la espalda de Hodor, aunque su cesta estaba medio rota y mojada por la nieve derretida. Después pasó un brazo alrededor de su hermano y le aupó sobre sus pies una vez más. Sus ojos se abrieron.

–¿Qué?– Dijo –¿Meera? ¿Dónde estamos?– Cuando vio el fuego, sonrió –He tenido un sueño muy extraño.

El camino era estrecho y retorcido, y tan bajo que Hodor no tardó en tener que agacharse. Bran se agazapó tan bien como pudo, pero aún así, su coronilla pronto estuvo raspando y golpeando el techo. La tierra suelta se desprendía con cada roce y le caía en el pelo y en los ojos, y una vez se golpeó la frente con una gruesa raíz blanca que crecía en la pared de la cueva, con zarcillos colgando de ella y telarañas entre ellos.

La niña iba la primera con la antorcha en la mano, su capa de hojas susurrando tras ella, pero el túnel giraba tanto que Bran pronto la perdió de vista. Entonces, la única luz era la que se reflejaba

en las paredes del túnel. Cuando hubieron descendido un poco, el camino se dividió, pero el camino izquierdo era oscuro como boca de lobo, e incluso Hodor supo seguir la luz de la antorcha hacia la derecha.

La manera en que las sombras se reflejaban daban la sensación de que la pared se movía también. Bran vio grandes serpientes blancas entrando y saliendo de la tierra a su alrededor, y su corazón empezó a desbocarse de miedo. Se preguntó si habían entrado en un nido de serpientes de leche o de lombrices de tierra gigantes, suaves, pálidos y fangosos. «Las lombrices tienen dientes».

Hodor también las vio.

–Hodor– Gimoteó, resistiéndose a continuar. Pero cuando la niña se detuvo para que la alcanzaran, la luz de la antorcha quedó quieta, y Bran se dio cuenta de que las serpientes eran sólo raíces blancas, como con la que se había golpeado la cabeza.

–Son raíces de Arciano– Dijo –¿Te acuerdas del Árbol Corazón en el Bosque de Dioses, Hodor? ¿El árbol blanco con las hojas rojas? Un árbol no puede hacerte daño.

–Hodor.

Hodor continuó andando, para alcanzar a la niña y su antorcha, bajando a las profundidaes de la tierra. Pasaron por otro cruce, y otro, y llegaron a una caverna tan grande como el Gran Salón de Invernalia, con dientes de piedra colgando del techo y aún más sobresaliendo del suelo. La niña con la capa de hojas señaló un camino frente a ellos. De vez en cuando se paraba y movía la antorcha hacia ellos, impaciente. «Por aquí», parecía decir, «por aquí, por aquí, deprisa».

Había más pasadizos como aquel, más cámaras, y Bran escuchó agua goteando en algún sitio a su derecha. Cuando miró hacia allí, vio ojos que le devolvían la mirada, ojos rasgados que brillaban, reflejando la luz de la antorcha. «Más niños», se dijo a sí mismo, «la niña no es la única», mientras el cuento de los niños de Gendel de la Vieja Tata volvía a su mente.

Las raíces estaban por todas partes, retorcidas entre tierra y piedras, cerrando algunos túneles y sujetando el techo de otros. «Aquí no hay colores», se dio cuenta de pronto Bran. El mundo era tierra negra y madera blanca. El Árbol Corazón de Invernalia tenía raíces tan anchas como la pierna de un gigante, pero éstas eran aún más gruesas. Y Bran nunca había visto tantas juntas. «Tiene que haber un círculo entero de Arcianos justo encima de nosotros».

La luz volvió a temblar. Aun tan pequeña como era, la niña-que-no-era-una-niña se movía rápidamente si quería. Cuando Hodor avanzó tras ella, algo crujió bajo sus pies. Se paró tan bruscamente que Meera y Jojen casi se estamparon contra su espalda.

–Huesos– Dijo Bran –Son huesos.

El suelo del túnel estaba salpicado con los huesos de pájaros y bestias. Pero también había otros huesos, unos grandes que podrían haber pertenecido a gigantes; y otros pequeños que podrían haber sido de niños. Bran vio una calavera de oso y otra de lobo, media docena de calaveras humanas y casi las mismas de gigantes. Todas las demás eran pequeñas, con formas extrañas. «Niños del Bosque». Las raíces habían crecido dentro y alrededor de ellas, de todas ellas. Algunas tenían cuervos posados encima, que los miraban pasar con sus brillantes ojos negros.

El último tramo de su oscura caminata era el más empinado. Hodor recorrió la última cuesta sobre el culo, tropezando y deslizándose hacia abajo con un escándalo de huesos rotos, tierra suelta y

piedrecitas. La niña les estaba esperando, de pie en el final de un puente natural por encima de un profundo abismo. Abajo en la oscuridad, Bran escuchó el ruido del agua al correr. «Un río subterráneo»

–¿Tenemos que cruzar?– Preguntó Bran, mientras los Reed caían por la cuesta detrás de él. El solo pensamiento le asustaba. Si Hodor se resbalaba en el estrecho puente, los dos caerían al fondo.

–No, chico– Dijo la niña –Detrás de ti.

Levantó la antorcha, y la luz pareció cambiar y reajustarse. Las llamas brillaban naranjas y amarillas, llenando la caverna de un resplandor rojizo; después todos los colores se apagaron, dejando sólo blanco y negro. Tras ellos Meera ahogó un grito. Hodor se dio la vuelta.

Ante ellos, un pálido Lord con galas color ébano estaba sentado con los ojos cerrados en un entramado nido de raíces, un trono entretejido de ramas de Arciano que acogía sus miembros atrofiados como una madre acoge a un hijo.

Su cuerpo era tan esquelético y sus ropas estaban tan podridas que al principio Bran creyó que era otro cadáver, un hombre muerto desde tanto tiempo que las raíces habían crecido sobre él, por debajo de él, y a través de él. La piel que le quedaba al cadáver era blanca, excepto por una mancha rojiza que trepaba por su cuello hasta la mejilla. Su pelo blanco era fino y delgado como las raíces más pequeñas, y lo suficientemente largo como para alcanzar el suelo terroso. Las raíces rodeaban sus piernas como serpientes de madera. Una se deslizaba desde su entrepierna y entraba por la piel seca de su muslo, para emerger de nuevo por su hombro. Un puñado de oscuras hojas rojas sobresalía de su cráneo, y unas setas grises cubrían sus cejas. Le quedaba un poco de piel estirada en la cara, tirante y dura como cuero blanco, pero incluso ésa estaba deshaciéndose, y aquí y allá los huesos amarillentos de debajo sobresalían.

–¿Eres el cuervo de tres ojos?– Se escuchó decir Bran.

«Un cuervo de tres ojos debería tener tres ojos. Él sólo tiene uno, y es de color rojo». Bran podía sentir aquel ojo mirándole, brillando como un pozo de sangre a la luz de la antorcha. Donde debería haber estado su otro ojo, una delgada raíz blanca crecía desde la cuenca vacía, descendía por su mejilla y le llegaba al cuello.

–Un… ¿Cuervo?– La voz del hombre pálido era seca. Movía los labios despacio, como si hubiera olvidado cómo se formaban las palabras –Una vez lo fui, sí. Negro mi atuendo y negra mi sangre.

La ropa que llevaba estaba podrida y descolorida, salpicada de musgo y carcomida por gusanos, pero en algún momento había sido negra.

–He sido muchas cosas, Bran. Ahora soy tal como me ves, y ahora entenderás por qué no podía llegar hasta ti… Excepto en los sueños. Te he observado durante mucho tiempo, te he observado con mil ojos y con uno. Observé tu nacimiento, y el de tu señor padre antes que el tuyo. Observé tus primeros pasos, escuché tus primeras palabras, fui parte de tu primer sueño. Te estaba observando cuando te caíste. Y ahora has venido a mí por fin, Brandon Stark, aunque ya es tarde.

–Estoy aquí– Dijo Bran –Sólo que estoy roto. ¿Podrás… Vas a arreglarme… Las piernas, me refiero?

–No– Dijo el pálido Lord –Eso está más allá de mis poderes.

Los ojos de Bran se llenaron de lágrimas. «Hemos hecho un viaje muy largo». La cámara reverberaba los sonidos del río negro.

–Nunca volverás a andar, Bran– Prometieron los pálidos labios –Pero volarás.

14. TYRION

Durante un largo tiempo no se movió, yaciendo inmóvil sobre el monton de sacos viejos que le servían de cama, escuchando el viento silbando sobre la línea de agua y el chapoteo del río en el casco.

La luna llena flotaba sobre el mástil. «Está siguiendome río abajo, mirandome como un gran ojo». A pesar de la calidez de las mohosas pieles que lo cubrían, un escalofrío recorrió al pequeño hombre. «Necesito una copa de vino. Una docena de copas de vino» Pero la luna parpadearía antes de que el hijo de puta de Griff le permita saciar su sed. En su lugar bebió agua y se condenó a interminables noches sin sueño y días de sudores y temblores.

El gnomo se sentó, sosteniendo su cabeza entre las manos. «¿Acaso soñé?» Toda memoria había huido. Las noches nunca habían sido amables con Tyrion Lannister. Dormía realmente mal, aún en cómodos lechos. en la Doncella Tímida hizo su cama encima del techo de la cabina, con un rollo de cuerda de cáñamo como almohada. Se sentía mejor aquí que en la hacinada bodega de la embarcación. Sin embargo, debía pagar un precio por tales alegrías pues la cubierta era dura, y cuando se despertaba sus piernas asomaban entumidas y doloridas.

Justo ahora le estaban palpitando y sus pantorrillas estaba tan duras como la madera. Se las masajeó con los dedos, tratando de alejar el dolor, pero cuando se puso en pie, le dolío tanto que hizo una mueca.«Necesito un baño» Los otros se habían bañado en el río, pero hasta ese momento el no se les había unido. Algunas de las tortugas que había visto rondar en las orillas parecían lo suficientemente grandes como para partirlo por la mitad. Triturahuesos, las llamaba Pato. Además no quería que Lemore le viera desnudo.

Una escalera de madera conducía abajo desde el techo de la cabina. Tyrion se puso las botas y descendió hasta la cubierta de popa, en donde Griff estaba sentado envuelto en un manto de piel de lobo y al lado de un brasero de hierro. El mercenario se había mantenido en vigilia haciendo guardia en la noche, mientras que el resto de su banda descansaban en sus camas hasta el amanecer.

Tyrion se puso en cuclillas frente a él, mientras se calentaba las manos en las brasas. A lo lejos, los ruiseñores cantaban

–Pronto amanecerá– le dijo a Griff

–No lo suficientemente pronto. Debemos ponernos en marcha– Si hubiera sido por Griff, la Doncella Tímida seguiría aguas abajo tanto en la noche como en el día. pero Yandry y Ysilla se negaron a arriesgar manejar el timón en la oscuridad. El Alto Rhyone estaba lleno de obstáculos y piedras filosas, y cualquiera de ellas podrían destrozar limpiamente el casco de la Doncella Tímida. Griff no quería saber de eso. Lo único que quería era llegar a Volantis.

Los ojos del mercenario siempre estaban en movimiento, buscando algo por la noche...Piratas? hombres de piedra? cazadores de esclavos? El río tenía sus peligros, y eso el gnomo lo sabía bien. Pero Tyrion consideraba a Griff como más peligroso que todos ellos, pues le recordaba a Bronn, aunque Bronn tenía un mercenario y retorcido sentido del humor del que Griff carecía. Él no tenía humor en absoluto.

–Mataría por una copa de vino– murmuró Tyrion.

Griff no respondió. «Morirás antes de beber» parecían decir sus pálidos ojos. El primer día en la *Doncella Tímida* Tyrion había bebido hasta cansarse. Al día siguiente había amanecido con

dragones peleando en su cráneo. Griff pudo verlo retorciéndose con arcadas en la barandilla de la balandra y le dijo –No beberás más

–El vino me ayuda a dormir– protestó. «El vino ahoga mis sueños» tendría que haber dicho.

–Entonces permanece despierto– replicó implacable Griff

Al este, la primera luz pálida del día empezaba a bañar el cielo por encima del río. Las aguas del Rhoyne poco a poco pasaron de negro a azul, coincidiendo con la barba y el pelo del mercenario. Griff se puso de pie. –Los otros deben despertar pronto. La cubierta es tuya.– Mientras los ruiseñores se iban quedando en silencio, las alondras del río reemplazaron sus canciones. Las garzas caminaban entre las cañas dejando sus huellas a través de los bancos de arena. Las nubes en el cielo parecían arder en colores: rosa y morado, granate y oro, perla y azafrán. Una de ellas tenía la forma de un dragón. Una vez que un hombre ha visto a un dragón en vuelo, mejor que se quede en casa y cuidando su las plantas de su jardín. Alguien había escrito una sola vez que en todo este mundo no hay mayor maravilla. Tyrion se rascó la cicatriz y trató de recordar el nombre del autor de esa cita. Habían demasiados dragones en sus pensamientos en estos últimos tiempos.

–Buenos días, Hugor– la Septa Lemore había asomado con su túnica blanca, ceñida a la cintura con un cinturón tejido de siete colores. Su cabello corría suelto sobre sus hombros. –¿Cómo has dormido?-

–Mas o menos, buena señora. Soñé contigo otra vez– «Un sueño despierto». No podía dormir, así que había bajado una mano entre sus piernas y había imaginado a la septa encima de él, con sus senos rebotando.

–Un sueño malo, sin duda. Usted es un hombre malvado. Oraría conmigo pidiendo perdón por sus pecados?
«Sólo si oramos siguiendo la moda de las islas de verano» –No, pero la doncella tal vez podría darme un largo y dulce beso

Riéndose, la Septa se dirigió a la proa del barco. Era su costumbre bañarse en el río todas las mañanas. «Claramente, este barco no fue nombrado por ti», Tyrion decía mientras ella se iba desvistiendo.

–La Madre y el Padre nos hizo a su imagen, Hugor. Tenemos gloria en nuestros cuerpos, porque ellos son la obra de los dioses

«Los dioses deben haber estado borrachos cuando me crearon». El gnomo miró a Lemore sumergirse en el agua. La vista siempre le hacía difícil. Había algo maravilloso y depravado en imaginarse despojar a la septa de sus castas túnicas blancas y extenderle las piernas. Inocencia desperdiciada, pensó ... aunque Lemore vista de cerca no era tan inocente como parecía. Tenía estrías en su vientre, de esas que sólo podría haber venido de un parto. Yandry y Ysil se habían levantado con el sol y estaban inmersos en sus asuntos. Yandry le echaba una mirada a la septa Lemore de vez en cuando haciendo como que estaba revisando las líneas. Su pequeña y oscura esposa Ysil hacía como si no se diera cuenta. Ella alimentaba algunas astillas de madera para el brasero en la cubierta de popa, agitó las brasas con una hoja ennegrecida, y comenzó a amasar la masa para las galletas de la mañana.

Cuando volvió a subir a la cubierta Lemore , Tyrion saboreó la visión de de sus pechos goteando agua su piel suave brillante de oro a la luz de la mañana. Ella tendría alrededor de cuarenta años, más que bonita encantadora,pero aún agradable a la vista. «Estar cachondo es lo más parecido a

estar borracho», pensaba. Le hacía sentir como si aún estuviera vivo.

–Has visto a la tortuga, Hugor?– Le preguntó la Septa, mientras escurría el agua de su cabello. –La grande con crestas en la espalda?

La mañana era el mejor momento para observar a las tortugas. Durante el día se hundían a nadar cerca del fondo, o se escondían en nidos a lo largo de los bancos, pero cuando el sol salía asomaban a la superficie. A algunas les gustaba nadar al lado de la embarcación. Tyrion había visto una docena de diferentes tipos: las grandes tortugas y las pequeñas, dorsos planos y orejas rojas, caparazón suave y mordedoras, tortugas marrón, tortugas verdes, tortugas de negro, tortugas con garras y las tortugas con cuernos, las tortugas cuyos caparazones eran estriados siguiendo un patrón con espirales de oro, jade y crema. Algunas eran tan grandes que podrían haber servido de montura a un hombre sobre sus espaldas. Yandry juró sobre los príncipes Rhoynar que solía montarlas para cruzar de un lado al otro del río. Él y su esposa nacieron con el nombre Sangreverde, un par de huérfanos de Dorne que llegaron a casa a través del Madre Rhoyne.

–Echaba de menos la de cresta dorsal.– «Estaba mirando a la mujer desnuda» –Estoy triste por ti.– Lemore bajó la bata sobre su cabeza. –Sé que te levantas tan temprano sólo con la esperanza de ver las tortugas

–Me gusta ver la salida del sol tambien.– «Era como ver a una doncella desnuda saliendo de su baño. Algunas serán ser más bonitas que otras, pero cada una de ellas tenían su propio encanto

–Las tortugas tienen sus encantos, lo admito. Nada me complace tanto como la visión de un buen par de bien torneados ... caparazones

La Septa Lemore echó a reír. Como todo el mundo a bordo del Doncella Tímida, tenía sus secretos «Bien por ella. No quiero llegar a conocerla, yo sólo me la quiero follar». Ella también lo sabía. Mientras colgaba su colgante de septa sobre su cuello, y el cristal se iba a anidar en la hendidura entre sus pechos, le echó una sonrisa cómplice.

Yandry jaló el ancla, deslizó uno de los largos postes del techo de la cabina para retirarlos de su lugar. Dos de las garzas, levantaron la cabeza para ver a la Doncella Tímida mientras se alejaba de la orilla, hacia la corriente. Lentamente, el barco empezó a moverse río abajo. Yandry se dirigió al timón. Ysilla estaba dando la vuelta a las galletas. Ella puso una plancha de hierro sobre las brasas y colocó el tocino ahí. Algunos días ella cocinaba galletas y tocino, otros dias tocino y galletas. Una vez cada quince días podría asomar un pescado, pero no hoy.

Cuando Ysilla le dio la espalda, Tyrion cogió rápidamente una galleta del brasero, justo a tiempo para evitar un temible golpe de la cuchara de madera . «Sabían mejor cuando se las come calientes, goteando aún la miel y mantequilla.»

El olor del tocino pronto atrajo a Pato desde la bodega hasta la cocina. Aspiró hondo sobre el brasero, recibiendo al instante un cucharazo de Ysilla, teniendo que regresarse a pasar la mañana enfadado en la popa. Tyrion caminó balanceándose para reunirse con él. –Ahora si que hay un espectáculo digno de ver– bromeó, ya que estaban vaciando la vejiga, –un gnomo y un pato, convirtiendo al poderoso Rhoyne en un río aun más poderoso.

Resopló Yandry en tono burlesco. –La Madre Rhoyne no tiene necesidad de agua, Yollo. Es el río más grande del mundo.

Tyrion se sacudió de las últimas gotas. –Lo suficientemente grande como para ahogar a un gnomo,

te lo aseguro. Sin embargo el Mander es similar de ancho. Algo parecido es el Tridente, cerca de su desembocadura. Pero el Aguasnegras es más profundo.

–No has visto aún al río. Espera y verás.

El tocino crujía en el sartén, las galletas estaban de un color oro marrón. El Joven Griff subió a la cubierta entre trompicones y bostezos. –Buenos días a todos!

El muchacho era más bajo que Pato, pero su físico desgarbado le sugirió que no había entrado todavía en su edad de crecimiento pleno. «Este muchacho imberbe podría tener cualquier doncella en los Siete Reinos, con pelo azul o no». Sus ojos las hubiera derretido. Al igual que su padre, el Jóven Griff tenía los ojos azules, pero en donde los ojos del padre eran pálidos, en los de su hijo había oscuridad. La luz de una lámpara los ponía de color negro, y a la luz del atardecer parecían tornarse de color púrpura. Sus pestañas eran tan largas como las de cualquier mujer

–Huelo tocino– dijo el muchacho, poniéndose sus botas. –Buen tocino– dijo Ysilla. –Siéntate

Ella les daba de comer en la cubierta de popa, dándole las galletas de miel al Joven Griff mientras golpeaba con la cuchara la mano de Pato cada vez que intentaba robar un trozo más de tocino. Tyrion tomó dos galletas, les puso tocino, y llevó una a Yandry en la sala del timón. Después ayudó a Pato a subir la vela grande del *Doncella Tímida*. Yandry los llevó hacia el centro del río, donde la corriente era más fuerte. El *Doncella Tímida* era un dulce barco. Su calado era tan poco profundo que podría hacer su camino hasta por el más débil de los arroyos del río, evadiendo bancos de arena que hubieran varado a buques más grandes, pero con la vela levantada y una buena corriente , se navegaría a una buena velocidad. Eso significaría una diferencia entre la vida y la muerte en la parte alta del Rhoyne, afirmó Yandry «No hay ninguna ley en las aguas de la Tristeza, no desde hace mil años.»

–Y ningún pueblo, por lo que puedo ver.– Había vislumbrado unas ruinas a lo largo de los bancos, pilas de mampostería cubiertas por enredaderas, musgos y flores, pero sin mas signos de presencia humana.

–No conoces el río, Yollo. Un barco pirata puede acechar en cualquier corriente, y los esclavos fugitivos a menudo esconden entre las ruinas. Los cazadores de esclavos rara vez llegan tan al norte– «Cazadores de esclavos sería un cambio positivo en lugar de tortugas». Al no ser un esclavo fugitivo, Tyrion no temía ser capturado. Y ningún pirata iba a molestarse en una balandra moviéndose contracorriente. Los objetos valiosos se movían por el río desde Volantis.

Cuando el tocino se terminó, Pato le dio al Jóven Griff un puñetazo en el hombro. –Es hora de hacer algunos moratones. Hoy espadas, creo.
–¿Espadas?– El Jóven Griff sonrió. –Espadas suena bien

Tyrion le ayudó a vestirse para la pelea, con pantalones pesados, doblete acolchado, y un traje de chapa de acero antiguo. Sir Rolly se encogió de hombros en su malla de cuero cocido. Ambos se pusieron cascos sobre la cabeza y eligieron espadas largas romas del cofre lleno de armas. Se dirigieron a la cubierta de popa, caminando vigorosamente uno junto al otro , mientras que el resto de la compañía se limitaban a mirar.

Cuando luchaban con maza o hachas de filo romo, el mayor tamaño de Sir Rolly y su mayor fuerza rápidamente lo ponían en abrumante ventaja; con espadas la contienda estaba más igualada. Ninguno de los dos había cogido un escudo esta mañana, así que era un juego de cortar y parar, de ida y vuelta a través de la cubierta. El río se hacía eco con el sonido de su combate. El Joven Griff

lanzó más golpes, aunque los de Pato eran más duros. Después de un rato, el hombre más grande empezó a cansarse. Sus mandobles llegaban un poco más lentos, un poco más débiles. El Joven Griff se dió cuenta y lanzó un ataque furioso que obligó a Sir Rolly a retroceder. Cuando llegaron a la popa, el muchacho amarró las espadas, golpeó a Pato en el hombro, y el hombre grande cayó al río.

Volvió a la superficie escupiendo y maldiciendo, bramando para que alguien lo pesque antes de un pargo se atragante con sus partes privadas. Tyrion le lanzó una cuerda. –Los patos deberían saber nadar mejor– dijo mientras él subía de nuevo al Doncella Tímida.

Ser Rolly agarró a Tyrion por la nuca . –Vamos a ver cómo nadan los enanos–, dijo, lanzándolo de cabeza en el Rhoyne.

El enano se echó a reír Podía patalear aceptablemente bien, y lo hizo ... hasta que sus piernas comenzaron a sufrir calambres. Joven Griff le extendió un poste. –No son los primeros en tratar de ahogarme– le dijo a Pato, mientras sacaba el agua del río de una sus botas –Mi padre me echó a un pozo el día en que nací, pero yo era tan feo que la bruja del agua que allí vivía me escupió de nuevo– Él se sacó la otra bota, y luego hizo una voltereta a lo largo de la cubierta, rociándolos a todos con agua.

El Joven Griff se echó a reír. –¿Dónde aprendiste eso?

–Los mimos me enseñaron– mintió. –Mi madre me amaba más que a sus demás hijos, porque era muy pequeño. Ella me cuidó en su pecho hasta que yo tenía siete años. Eso puso celosos a mis hermanos, así que me metieron en un saco y me vendieron a una compañía de mimos. Cuando traté de huir el maestro Mimo me cortó la mitad de mi nariz, así que no tuve más remedio que ir con ellos y aprender a ser divertido.

La verdad era bastante diferente. Su tío le había enseñado a hacer algunas volteretas cuando tenía seis o siete años. Tyrion había tomado estas lecciones con impaciencia. Durante medio año, giraba de manera alegre por todo Roca Casterly, llevando sonrisas a los rostros de los septones, escuderos y sirvientes por igual. Incluso Cersei rió una o dos veces al verlo .

Todo terminó abruptamente el día que su padre regresó de una estancia en Desembarco del Rey. Esa noche en la cena Tyrion sorprendió a su padre caminando con las manos a través de la mesa principal. Lord Tywin no estuvo contento. –Los dioses te hicieron enano. También tienes que ser un tonto? Tú has nacido león, no mono.

«Y tú eres un cadáver, padre, así que voy hacer las cabriolas que me plazcan»

–Tienes el don de hacer reír a los hombres– dijo la septa Lemore a Tyrion mientras secaba los dedos de sus pies. –Tú deberías estar agradecido al Padre de arriba. Él otorga dones a sus hijos.

–Es cierto– asintió gratamente. «Y cuando yo muera, por favor que entierren conmigo una ballesta, así podría agradecer al Padre de arriba por sus dones de la misma manera que agradecí al padre de abajo»

Su ropa estaba completamente empapada por su baño involuntario, adheriendose a sus brazos y las piernas de manera incómoda . Mientras el Joven Griff se iba con la septa Lemore para ser instruido en los misterios de la Fé, Tyrion se quitó la ropa mojada y se puso una seca. Pato lanzó una carcajada, cuando salió a cubierta. No podía culparlo. De la manera como iba vestido, era un verdadero espectáculo cómico. Un jubón dividido por la mitad, el lado izquierdo era de terciopelo

morado con tachuelas de bronce, la derecha era de lana amarilla bordado en color verde con motivos florales. Sus pantalones divididos de manera similar, la pierna derecha de color verde, la pierna izquierda a rayas en rojo y blanco. Una de las cajas de Illyrio había estado llena de ropa de niño, mohosa pero bien confeccionada. La septa Lemore había cortado cada prenda aparte, para luego luego coserla, uniéndo a la mitad de esta a la mitad de aquella resultando una la moda cruda y variopinta. Griff había insistido que Tyrion ayude en el corte y la costura. No hay duda de que quería humillarlo, pero Tyrion disfrutó de la costura. Lemor siempre era una agradable compañía, a pesar de su inclinación por regañarle cuando decía algo grosero acerca de los dioses. «Si Griff quiere hacer que juegue a hacerme el loco, voy seguirle la corriente». Sabía que en algún lugar Lord Tywin Lannister estaba horrorizado, y eso disminuyó sus dudas al respecto.

Su otra función era cualquier cosa menos tonta. Pato tiene su espada, Yo una pluma y pergamino. Griff le había mandado recapitular todo lo que conocía sobre tradiciones de dragones. La tarea era formidable, pero el gnomo trabajaba en élla todos los días, escarbando en su memoria lo mejor que pudo, mientras se sentaba con las piernas cruzadas en el techo de la cabina.

Tyrion había leído muchísimo sobre dragones a través de los años. La mayor parte de esos cuentos eran historias ociosos en las que no podía confiar, y los libros que Illyrio les había proporcionado, no eran los que podría haber deseado. Lo que él realmente quería era el texto completo de Los Fuegos de *Bastión de Fuego*, la historia de Galendro sobre Valyria. No se conocía ni una copia completa en todo Poniente, sin embargo, hasta la ciudadela carecía de veintisiete pergaminos. «Debe existir una biblioteca en en el Viejo Volantis, sin duda. Puedo hallar una mejor copia ahí, si puedo encontrar una forma de pasar por entre los muros Negro al corazón de la ciudad». No tenía muchas esperanzas en el libro Dragones, Sierpes, y Wyverns: Una Historia Antinatural del Septon Barth. Barth había sido el hijo de un herrero, que llegó a ser la mano del Rey durante el reinado de Jaehaerys el Conciliador. Sus enemigos siempre afirmaron que era más mago que Septon. Baelor el Santo había ordenado destruir los escritos de Barth apenas llegó al Trono de Hierro. Hace diez años, Tyrion había leído un fragmento de la Historia Antinatural que había eludido al control de la Baelor María, pero dudaba de que alguna de las obras de Barth se habían abierto camino a través del Mar Angosto. Y, por supuesto, habían aún menos posibilidades de su venida en fragmentos anónimos o tomos empapados en sangre a veces llamado Sangre y Fuego y en ocasiones La Muerte de los Dragones, estando el único ejemplar sobreviviente supuestamente oculto en una urna cerrada por debajo de la Ciudadela .

Cuando el Mediomaestre apareció en la cubierta, bostezando, el gnomo estaba escribiendo lo que había recopilado sobre los hábitos de apareamiento de los dragones, tema sobre el que Barth, Munkun y Thomax tenían opiniones marcadamente divergentes. Haldon se acercó suavemente a la popa para mear al reflejo del sol que brillaba en el agua, rompiéndose con cada soplo de viento.

–Debemos llegar al cruce con el Noyne por la noche, Yollo– dijo el Mediomaestre

Tyrion levantó la mirada de la escritura. –Mi nombre es Hugor. Yollo se esconde en mis pantalones. ¿Le dejamos salir a jugar?

–Mejor no. Pudieran asustarse las tortugas.– La sonrisa de Haldon era tan aguda como el filo de una daga. -¿Cual era el nombre de esa calle en Lannisport donde naciste, Yollo?-

–Era un callejón. No tenía nombre– Tyrion sintió un placer mordiente al inventar los detalles de la colorida vida de Hugor Hill, también conocido como Yollo, un hijo de puta de Lannisport. Las mejores mentiras están sazonadas con un poco de verdad. El gnomo sabía que sonaba como un hombre de Poniente, y hombre de Poniente nacido en alta cuna que, por lo que el cuento de Hugor necesitaba un manejo mas delicado. Nacido en Lannisport porque conocía la ciudad mejor que

Antigua o Desembarco del Rey, ciudades en donde la mayoría de los enanos fueron a parar, incluso aquellos paridos por Goodwife Bumpkin en el parche de nabo. En territorio rural no habían espectáculos grotescos o espetáculos de titiriteros... a pesar de que había en abundancia pozos que tragaban desde gatitos no deseados, terneros de tres cabezas, y niños como él.

–Veo que has estado estropeando un buen pergamino, Yollo– Haldon ató los cordones de sus pantalones.

–No cualquiera de nosotros puede ser un medio maestre– La mano de Tyrion estaba acalambrada. Puso su pluma a un lado y flexionó los dedos regordetes.
– ¿Te apetece otro juego de cyvasse?– El Mediomaestre siempre lo había derrotado, pero era una manera de pasar el tiempo.

–¿Esta noche. Te unirás a nosotros para la lección del Joven Griff?-

–¿Por qué no? Alguien tiene que corregir los errores que ustedes le enseñan.

Había cuatro camarotes en la Doncella Tímida. Yandry y Ysilla compartían una minetras que Griff y el Joven Griff otra. La septa Lemore tenía una cabina sola para ella, al igual que Haldon. La cabina del Mediomaestro era la mayor de las cuatro. Una pared estaba llena de estanterías y cajas apiladas con viejos rollos y pergaminos; en la otra bastidores de ungüentos, hierbas y pociones. Una luz dorada se colaba través del cristal amarillo ondulado de la ventana redonda. El mobiliario incluía una cama, un escritorio, una silla, un taburete, y la mesa de cyvasse del Mediomaestro, en donde estaban esparcidas piezas de madera tallada.

La lección comenzó con los idiomas. El Joven Griff habló en la lengua común, como si hubiera nacido hablándola, y era fluido en alto Valyrio, los bajos dialectos de Pentos, Tyroshi, Myriano, las lenguas de Lys, y la charla del comercio de los marineros. El dialecto Volantino era tan nuevo para él como para Tyrion, por lo que cada día aprendían unas cuantas palabras más, mientras que Haldon corregía sus errores. Meereenese era más difícil: sus raíces también eran Valyrianas pero al árbol lingüístico se le había injertado la lengua áspera y fea de Ghis Antiguo. -Se necesita una abeja en la nariz para hablar Ghiscari correctamente-, se quejó Tyrion. El Joven Griff se echó a reír, pero el Mediomaestro sólo dijo –Una vez más.

El niño obedeció, aunque tornó sus ojos junto con su ZZZS en esta vez. «Él tiene un mejor oído que yo», Tyrion se vio obligado a admitir, «aunque yo apostaría a que mi lengua es más ágil»
Geometría siguió a lenguas. Allí, el niño fue menos hábil, pero Haldon era un maestro paciente, y Tyrion fue capaz de hacerse útil en este campo. Él había aprendido los misterios de los cuadrados, círculos y triángulos de los profesores de su padre en Roca Casterly, y recordó esos conocimientos con más rapidez de lo que hubiera pensado.

En el momento en que le tocó el turno a Historia, el Joven Griff estaba poniéndose cada vez más inquieto. –Estábamos hablando de la historia de Volantis– le dijo Haldon –¿Podría Yollo diferenciar entre un tigre y un elefante?-

–Volantis es la más antigua de las nueve ciudades libres, primera hija de Valyria– respondió el muchacho, en un tono de aburrimiento. –Después de la Ruina se acordó que los Volantinos se consideren como los herederos de la Propiedad y legítimos gobernantes del mundo, pero estaban divididos en cuanto a cual sería la mejor manera de conseguir el dominio. La Vieja Sangre estaba a favor de la espada, mientras que los comerciantes y prestamistas abogaban por el comercio. A medida que se disputaban el dominio de la ciudad, las facciones pasaron a conocerse como los tigres y elefantes, respectivamente.

–Los Tigres dominaron durante casi un siglo después de la Ruina de Valyria. Durante un tiempo tuvieron éxito. Una flota Volantina tomó a Lys y un ejército volantino capturó Myr, y durante dos generaciones las tres ciudades fueron gobernadas desde el interior de los Muros Negros. Esta era terminó cuando los Tigres intentaron absorber a Tyrosh. Pentos entró en la guerra en el lado de los tyroshi, junto con el Rey Tormenta de Poniente. Braavos apoyó a los exiliados Lysenos con un centenar de buques de guerra, Aegon Targaryen voló desde Rocadragón montando al temible Negro, y Myr y Lys se levantaron en rebeliones. La guerra devastó a las Tierras Disputadas aunque se consiguió liberar a Lys y a Myr del yugo. Los tigres sufrieron algunas otras derrotas más. La flota que enviaron a conquistar Valyria desapareció en el Mar Humeante. Qohor y Norvos rompieron su poder en el Rhoyne cuando las galeras de fuego lucharon en el Lago Daga. Desde el oriente llegaron los Dothraki, expulsando a la gente del pueblo de sus chozas y a los nobles de sus tierras, hasta que sólo hierba y ruinas permanecieron en el bosque de Qohor en las cabeceras de los Selhoru. Después de un siglo de guerra, Volantis quedó rota, quebrada, y despoblada. Fue entonces cuando los elefantes se levantaron. Ellos han dominado desde entonces. Algunos años los tigres eligen a un Triarca, y algunos años no lo hacen, pero nunca más de uno, de manera que los elefantes han gobernado la ciudad durante 300 años.

–Así es– dijo Haldon. –¿Y los actuales patriarcas?

–Malaquo es un tigre, mientras que Nyessos y Doniphos son elefantes

–¿Y qué lección podemos extraer de la historia Volantina?

–Si quieres conquistar el mundo, lo mejor es usar dragones.

Tyrion no pudo dejar de reír.

Más tarde, cuando el joven Griff subió a cubierta para ayudar a Yandry con las velas y mástiles, Haldon instaló su mesa de cyvasse para jugar. Tyrion lo miró con ojos desorbitados, y dijo: –El niño es brillante. Has hecho un buen trabajo con él. La mitad de los señores de Poniente no son tan instruidos, triste es decirlo. Idiomas, historia, canciones, sumas ... un guiso embriagador para el hijo de un mercenario.

–Un libro puede ser tan peligroso como una espada en la mano derecha– dijo Haldon. –Trata de darme más batalla en esta ocasión, Yollo. Juegas cyvasse tan mal como das volteretas.

–Estoy tratando de hacerte sentir un falso sentido de confianza– dijo Tyrion, mientras iba arreglando sus fichas a ambos lados de una pantalla de madera tallada. –Crees que me enseñaste a jugar, pero las cosas no son siempre como parecen. Tal vez aprendí sobre este juego a través del quesero, ¿lo has pensado?

–Ilyrio no juega cyvasse.

«No» pensó el gnomo, «Él juega el Juego de Tronos, y tú, Griff y el Pato son solamente piezas, que mueve a donde el le da la gana y en caso de necesidad serán sacrificadas, al igual que lo hizo con Viserys». –La culpa debe caer en ti, entonces. Si juego mal, es que me estas enseñando mal

El Mediomaestre rió entre dientes .-Yollo, te extrañaré cuando los piratas te corten el cuello.

–¿Dónde están esos famosos piratas? Estoy empezando a pensar que tú e Ilyrio los han inventado

-Es más probable que asomen en el tramo de río entre Ar Noy y los Dolores. Sobre las ruinas de Ar Noy, los Qohoriks controlaban el río, y por debajo de los Dolores las galeras de Volantis dominaban, pero ninguna ciudad reclamaba la propiedad de las aguas en medio, por lo que los piratas las han hecho suyas. El lago Daga esta lleno de islas donde se esconden en cuevas y fortalezas secretas. ¿Estás listo?

–¿Para ti? Sin lugar a dudas. ¿Para los piratas? No tanto.

Haldon movió el tablero. Ambos contemplaron el movimiento de apertura del otro. –Estás aprendiendo– dijo el Mediomaestro.

Tyrion casi agarró su dragón, pero lo pensó mejor. En la ultima partida la sacó demasiado pronto y la perdió con una catapulta. –Si alguna vez nos encontramos a esos piratas legendarios, podría unirme a ellos. Les diría que mi nombre es Hugor Mediomaestre –Movió su caballo de luz hacia las montañas de Haldon.

Haldon respondió con un elefante. –Hugor el Bobo te sentaría mejor

–Sólo necesito la mitad de mi ingenio para hacerte competencia a ti– Tyrion trasladó a su caballería pesada para apoyar a la luz. –Tal vez te gustaría apostar sobre el resultado?

El Mediomaestre arqueó una ceja. –¿Cuánto?

–No tengo ninguna moneda. Nos jugaremos secretos.

–Griff me cortaría la lengua.

–Miedo, ¿verdad? Yo tambien estaría asustado si fuera tú.

–El día que me derrotes en cyvasse brotarán tortugas de mi culo.– El Mediomaestre trasladó sus lanzas. –Tienes tu apuesta, hombre pequeño.

Tyrion extendió una mano para mover su dragón.

Tres horas más tarde el hombre pequeño finalmente se arrastró de vuelta a la cubierta para vaciar su vejiga. Pato estaba ayudando a Yandry con las velas, mientras que Ysilla manejaba el timón. El sol colgaba bajo sobre los cañaverales a lo largo de la orilla occidental, mientras el viento iba en ráfagas. –Necesito esa piel de vino– pensaba el gnomo. Sus piernas estaban adormecidas por la larga permanencia en ese taburete, y se sentía tan mareado que tuvo suerte de no caer al río.
–Yollo– Dijo Pato. –¿Dónde está Haldon?

–Se dirigía a su cama, con cierto malestar. Hay tortugas saliéndole por el culo. –Dejó al caballero rascándose la cabeza y se arrastró a la escalera hasta el techo de la cabina. Hacia el este, se estaba convocando la oscuridad detrás de una isla rocosa.

La Septa Lemore lo encontró allí. –Se puede sentir las tormentas en el aire, Hugor Hil? El Lago Daga está delante de nosotros, donde merodean por los piratas. Y más allá se encuentran las aguas de la Tristeza.

«No son los míos. Yo llevo mis propias penas conmigo, donde quiera que voy». Pensó en Tysha y se preguntó dónde van las putas. «¿Por qué no Volantis? Tal vez la pueda encontrar allí. Un hombre debe aferrarse a la esperanza». Se preguntó qué le diría «Siento que haya dejado que te violen,

amor. Pensé que eras una puta. ¿Podrias perdonarme? Quiero volver a nuestra casa, a los tiempos cuando eramos marido y mujer».

La isla se apartaba de ellos. Tyrion vio ruinas ascendentes a lo largo de la orilla oriental: paredes torcidas y torres derrumbadas, cúpulas rotas y filas de madera podrida, calles ahogadas por barro y cubiertas de musgo color púrpura. Otra ciudad muerta, diez veces más grande que Ghoyan Drohe. Las tortugas viven allí ahora, de las grandes mordisqueadores. El gnomo las podía ver tomando el sol, marrones y negras, con montículos filosos en el centro de su caparazones. Algunas vieron a la Doncella Tímida y se sumergieron en el agua, dejando ondas a su paso. «Este no sería un buen lugar para darse un baño». Luego, a través de los arboles retorcidos y medio ahogados y por entre las calles mojadas y anchas, divisó el brillo plateado de la luz del sol sobre el agua. Otro río, lo supo al instante, corriendo hacia el Rhoyne. Las ruinas se vieron tan grandes al tiempo que la tierra se estrechaba, hasta que la ciudad terminó siendo un punto de tierra donde se encontraban los restos de un colosal palacio de mármol rosa y verde, con sus cúpulas y agujas color ábside rotas cerniéndose por encima de una hilera de arcos cubiertos. Tyrion vio más tortugas durmiendo en las gradas, donde alguna vez medio centenar de embarcaciones habían atracado. Entonces se dió cuenta en donde estaba. «Es el palacio de Nymeria, y esto es todo lo que queda de Ny Sar, su ciudad»
–Yollo– gritó Yandry mientras la Doncella Tímida pasaba, «Repiteme si es que los ríos de Poniente son tan grandes como la Madre Rhoyne»

–No lo sabía– contestó. –No hay río en los siete reinos que sea la mitad de amplio como este – El nuevo río que se había unido a ellos era cerca del doble al que habían estado navegando hacia abajo, y solo ese casi igualaba al Mander o el Tridente.

–Este es Ny Sar, donde la Madre se reúne con su hija salvaje, Noyne– dijo Yandry– pero no volveremos a llegar a su punto más ancho hasta que conozca a sus otras hijas. Daga en el lago Qhoyne viene corriendo, la Hija Oscura, llena de oro y ámbar de la Hacha y conos de pino del bosque de Qohor. Al sur la Madre reúne a Lhorulu la Hija Sonriente de los Campos de Oro. En el lugar en donde se unen alguna vez estuvo Chroyane, la ciudad del festival, donde las calles estaban hechas de agua y las casas hechas de oro. Luego hacia el sur y el este de nuevo por leguas de largo, hasta que por fin viene arrastrándose Selhoru, la Hija Tímida que oculta su curso entre las cañas y se retuerce. Ahí la Madre Rhoyne se hace tan grande que un hombre en un barco en el centro de la corriente no puede ver la orilla a cada lado. Lo verás, mi pequeño amigo

«Lo haré» pensaba el gnomo, cuando vio una ondulación por delante a menos de seis metros de la embarcación. Estaba a punto de avisarle a Lemore cuando asomó en la superficie con un chorro de agua que sacudió a la Doncella Tímida hacia un lado.

Era otra tortuga, una tortuga con cuernos de enorme tamaño, de color verde oscuro con manchas marrones en su caparazón y cubierta con musgos y una costra negra de moluscos de río. Levantó la cabeza y gritó, un rugido gutural más fuerte que cualquier cuerno de guerra que Tyrion había oído nunca. –Hemos sido bendecidos– Ysilla estaba llorando en voz alta, mientras las lágrimas corrían por su rostro. –Hemos sido bendecidos, somos bendecidos.

Pato ululaba y el Joven Griff también. Haldon salió a cubierta para conocer la causa de la conmoción ... pero demasiado tarde. La tortuga gigante ya había desaparecido bajo el agua.

–¿Cuál fue la causa de todo ese ruido?– preguntó el Mediomaestre.

–Una tortuga– dijo Tyrion. –Una tortuga más grande que este barco.

–Era él– exclamó Yandry. –El Viejo Del Río.

«¿Y por qué no?» Tyrion sonrió. Los dioses y las maravillas siempre aparecen para asistir al nacimiento de los reyes.

15. DAVOS

La *Comadrona Alegre* se aproximó a Puerto Blanco con la marea del atardecer, con su remendada vela ondeando con cada ráfaga de viento. Era una pieza antigua, pero ni en sus tiempos de juventud alguien hubiera dicho que era hermosa. Su mascarón de proa mostraba una sonriente mujer sosteniendo un niño de una sola pieza, pero tanto las mejillas de la mujer como la parte inferior del bebe estaban llenos de agujeros de gusanos. Incontables capas de pintura marrón grisácea cubrían su casco; sus velas eran jirones de color gris. No era un barco para quedarse mirándolo, a menos que fuera para preguntarse cómo se mantenía a flote. Pero la *Comadrona Alegre* era conocida en Puerto Blanco. Durante años se había empleado para modestos intercambios comerciales con Vallehermana.«»

No era el tipo de recibimiento que hubiera esperado Davos Seaworth cuando zarpó con Salla y su flota. Entonces todo parecía más sencillo. Los cuervos no habían obtenido para el Rey Stannis la lealtad de Puerto Blanco, así que su Majestad enviaba a un emisario para negociar con Lord Manderly en persona. Como demostración de fuerza, Davos debía llegar con las galeras valyrias de Salla, y con el resto de la flota Lysenia tras ellas. Cada casco, rayado de alguna manera: negro y amarillo, rosa y azul, verde y blanco, púrpura y oro. A los Lysenos les gustaban los tonos brillantes, y Sallandor Saan era el más colorista de todos. «Sallandor el Espléndido»*,* pensaba Davos, «pero las tormentas habían escrito el final de todo aquello».

En lugar de eso, iba a entrar de incógnito en la ciudad, tal y como podría haberlo hecho veinte años antes. Por lo que sabía sobre cómo funcionaban las cosas por aquí, era más prudente hacerse pasar por un marinero común que no por un señor.

Los muros de piedra blanca pulida de Puerto Blanco se alzaban ante ellos, en su costa este, dónde el *Cuchillo Blanco* se sumergía en una ría. Algunas de las defensas de la ciudad se habían reforzado desde la última vez que Davos había estado aquí, media docena de años antes. El espigón que dividía el interior y los puertos exteriores había sido fortificado con un alargado muro de piedra, de treinta pies de alto y casi una milla de largo, con torres cada cien yardas. Había una columna de humo que subía desde Roca Foca, allí dónde una vez hubo ruinas. Eso podía ser bueno o malo, dependiendo del bando que Lord Wyman escogiese. Davos siempre había sentido afecto por esta ciudad, desde la primera vez que llegó como grumete de la *Gata de Piedra*. Aunque era pequeña comparada con Antigua y Desembarco del Rey, estaba limpia y bien estructurada, con amplias calles rectas y adoquinadas que facilitaban a un hombre encontrar su camino. Las casas estaban construidas con piedra encalada, con techos inclinados de oscura pizarra gris. Roro Uhoris, el malhumorado viejo maestro de la *Gata de Piedra,* solía decir que podía distinguir un puerto de otro solo por su olor. Las ciudades son como las mujeres, insistía; cada una tiene una esencia propia única.

Antigua era tan floreciente como una viuda perfumada. Lannisport era una lechera, fresca y campechana, con olor a leña en su pelo. Desembarco del Rey apestaba como una puta sucia. Pero la esencia de Puerto Blanco era fuerte y salada, con olor a pescado también. –Huele a cómo debería oler una sirena–, decía Roro. –Huele a mar.

Y así seguía oliendo, pensaba Davos, pero también podía oler el humo de la turba que se elevaba desde Seal Rock. La piedra de mar dominaba en las proximidades al puerto exterior, en masivas prominencias verde-grisáceas que se alzaban cincuenta pies sobre las aguas. La parte superior estaba coronada con un círculo de piedras erosionadas, asentamientos fortificados que los Primeros Hombres habían dejado desamparados y abandonados durante cientos de años. Ahora ya no estaban abandonados. Davos podía ver escorpiones y escupefuegos sobre las piedras, y ballesteros haciéndoles compañía. «Se debe pasar frío allí arriba, además de estar húmedo». En todas sus

visitas previas, se podían ver las focas tomando el sol sobre las rocas quebradas. El Ciego Bastardo siempre le hacía contarlas cuando la *Gata de Piedra* partía del Puerto Blanco; la mayoría de esas focas, decía Roro, eran más afortunadas de lo que serían los que navegaban con él. Ahora no había focas. El humo y los soldados las habían espantado. Un hombre sabio lo vería como una advertencia. «Si tuviera una pizca de sensatez, habría ido con Salla». Él podría haber vuelto al sur, hacia Marya y sus hijos. «He perdido cuatro hijos al servicio del rey, y un quinto le sirve como escudero. Debería tener el derecho a cuidar de los dos críos que me quedan. Hace demasiado tiempo que no les veo».

En Guardaoriente, los hermanos negros le contaron que no había ningún afecto entre los Manderly de Puerto Blanco y los Bolton de Fuerte Terror. El Trono de Hierro había ascendido a Roose Bolton a Guardián del Norte, por lo que había motivos para que Wyman Manderly se decantara por Stannis. Puerto Blanco no podía permanecer al margen. «La ciudad necesitaba un aliado, un protector. Lord Wyman necesitaba al Rey Stannis como el Rey Stannis le necesitaba a él». O así les parecía en Guardaoriente.

Vallehermana había minado sus esperanzas. Si Lord Borrell le había dicho la verdad, si los Manderly unían sus fuerzas a los Bolton y los Frey… no, no se podía mortificar por aquello. Pronto conocería la verdad. Rezó por no haber llegado demasiado tarde.

«La pared del espigón oculta el puerto interior», se percató, mientras la *Comadrona Alegre* iba arriando las velas. El puerto exterior era más amplio, pero el puerto interior ofrecía un mejor anclaje, al abrigo del muro de la ciudad a un lado y la presencia amenazadora de la Guarida del Lobo al otro, y ahora, también con el muro del espigón. En Guardaoriente del Mar, Cotter Pyke le contó a Davos que Lord Wyman estaba construyendo galeras de guerra. Allí podía haber una veintena de barcos ocultos tras los muros, esperando la orden de salir al mar.

Tras los gruesos muros blancos, el Castillo Nuevo se alzaba orgulloso y pálido sobre su colina. Davos también podía ver la cúpula del techo del Sept de las Nieves, custodiada por grandes estatuas de los Siete. Los Manderly habían traído la fe al norte con ellos cuando fueron expulsados del Dominio. Puerto Blanco tenía también sus arcianos, un cúmulo enmarañado de raíces, ramas y piedras confinadas tras las derruidas paredes de la Guarida del Lobo, una antigua fortaleza que ahora solo servía como prisión. Pero la mayoría de los septones gobernaban desde allí.

El tritón de la Casa Manderly estaba expuesto en todos los lugares, volando en las torres del Castillo Nuevo, sobre la Puerta de las Focas y por todas las paredes de la ciudad. En Guardaoriente, los norteños insistían en que Puerto Blanco nunca olvidaría su lealtad a Invernalia, pero Davos no vio ningún rastro del huargo de los Stark. «Tampoco había leones. Lord Wyman no se podía haber decantado todavía por Tommen, o habría izado su estandarte».

Los embarcaderos del muelle estaban a rebosar. Una algarabía de barcas estaban amarradas a lo largo del mercado de pescado, donde descargaban sus capturas. Ví también tres canoas, largas barcas delgadas y duras construidas para desafiar las fuertes corrientes y las zonas rocosas del *Cuchillo Blanco.* Sin embargo, eras las embarcaciones marítimas las que realmente le interesaban. Un par de carracas tan apagadas y destartaladas como la *Comadrona Alegre*, las piezas *Magister Valiente* y *Cuerno de la Abundancia,* unas galeras de Braavos marcadas con su casco y sus velas de color púrpura… y más allá, el buque de guerra.

Verla fue como una puñalada a sus esperanzas. Su casco era negro y oro, con la figura de un león con la pata levantada. *Estrellaleón,* se leía en su popa, debajo de una bandera ondeada que mostraba los brazos del rey niño en el Trono de Hierro. Hace un año, él no hubiera sido capaz de leerlo, pero el Maestre Pylos le había enseñado algunas letras en Rocadragón. Por una vez, la lectura le dio un

pequeño placer. Davos rezó para que aquella galera se hubiera perdido en las mismas tormentas que habían mermado la flota de Salla, pero los dioses no iban a ser tan gentiles. Los Frey también estaban aquí, y les tendría que hacer frente.

La *Comadrona Alegre* quedó amarrada al final de un degradado muelle de madera del puerto exterior, bien lejos de la *Estrellaleón.* Mientras su equipo hacía las fijaciones y bajaba una pasarela, el capitán se acercó tranquilamente a Davos. Casso Mogat era un mestizo del mar angosto, hijo de una puta de Vallehermana y un ballenero ibanés. Solo medía cinco pies de altura y era muy peludo, con el pelo teñido y la barba como musgo verde. Parecía un tronco de árbol con botas amarillas. A pesar de su apariencia, parecía un buen marinero, aunque un duro maestro para su equipo. –¿Cuánto tiempo le va a llevar?

–Un día, al menos. Quizá un poco más. – Davos había descubierto que a los lores les gustaba hacerte esperar. Lo hacían para ponerte nervioso, sospechaba, y demostrar su poder.

–La *Comadrona Alegre* permanecerá aquí tres días. No más. Me reclamarán en Vallehermana.

–Si las cosas van bien, podría estar de vuelta al alba.

–¿Y si la cosas van mal?

«No podría regresar». –No hace falta que me esperes.

Un par de hombres uniformados acababan de subir a bordo cuando bajó por la pasarela, pero ninguno le había prestado la más mínima atención. Ellos estaban ahí para ver al capitán e inspeccionar la carga; los marineros comunes no les importaban, y algunos hombres miraban a Davos como un marinero común. Tenía una estatura media, una lúcida cara de campesino azotada por el viento y el sol, una barba canosa y un pelo castaño con toques grises. Su atuendo era sencillo también: botas viejas, pantalones marrones y túnica azul, más un manto de lana desteñida, sujeto con un cierre de madera. Llevaba un par de guantes de piel manchados de sal que cubría los dedos rollizos que Stannis había hecho reducir mucho tiempo atrás. Davos para nada parecía un señor, y mucho menos la Mano del Rey. Aquello era lo único bueno tal y cómo sabía que podrían ir las cosas.

Se abrió camino a lo largo del muelle y atravesó el mercado de pescado. El *Magister Valiente* estaba cargando aguamiel. Las barricas se alzaban cuatro metros a lo largo del embarcadero. Detrás de una pila, él pudo ver a tres marineros jugando a dados. Más lejos, las vendedoras anunciaban las capturas del día, y un muchacho tocaba un tambor mientras un viejo y torpe oso bailaba dentro de un círculo formado por remeros. Dos lanceros resguardaban la Puerta de las Focas, con el emblema de la Casa Manderly en sus pechos, pero también parecían demasiado dispuestos a tontear con cualquier puta de los muelles que corriera a cuenta de Davos. La puerta estaba abierta, el rastrillo levantado. Se unió a la multitud que pasaba por allí.

En el interior había una plaza adoquinada con una fuente en el centro. Un tritón de piedra se levantaba sobre sus aguas, de veinte pies de altura desde la cola a la corona. Su rizada barba era verde y blanca con líquenes, y una las puntas de su tridente estaba rota desde antes de que Davos hubiera nacido, aunque, de alguna manera, todavía conseguía impresionarle. El «Viejo Pie de Pez» era como le llamaban los autóctonos. La plaza portaba el nombre de algún lord muerto, pero nadie la llamaba de otra manera que el *Patio del Pie de Pez.*

El Patio estaba lleno aquella tarde. Una mujer lavaba sus pequeños paños en la fuente del Pie de Pez y los colgaba en el tridente para que se secaran. Bajo los arcos de una columnata, los escribas y los

cambistas habían montado sus negocios, junto con un mago novato, una herborista y una malabarista torpe. Un hombre vendía manzanas que llevaba en una carretilla, y una mujer ofrecía arenque con cebolla picada. Las gallinas y los niños correteaban entre las piernas. Los enormes portones de hierro y roble de la Casa de la Moneda siempre habían estado cerrados cuando Davos había estado anteriormente en el Patio del Pie de Pez, pero hoy estaban abiertos. En el interior se vislumbraban cientos de mujeres, niños y ancianos, acurrucados en el suelo sobre pilas de pieles. Algunos tenían pequeños fuegos encendidos.

Davos se detuvo bajo la columnata y pagó medio penique por una manzana. –¿Hay gente viviendo en la Casa de la Moneda– preguntó al vendedor.

–Ellos no tienen otro lugar para vivir. Son habitantes del *Cuchillo Blanco,* la mayoría de ellos. La gente de Bosquecuerno tampoco. Con ese Bastardo de Bolton correteando por ahí, todos ellos quieren estar dentro de los muros. No sé que van a hacer sus señorías con ellos. La mayoría se presentó sin nada más que cuatro cosas a sus espaldas.

Davos sintió una punzada de culpabilidad. Ellos habían venido en busca de refugio hasta aquí, a una ciudad al margen de las luchas, y aquí estaba él para arrastrarlos de nuevo a la guerra. Le dio un mordisco a la manzana y se sintió culpable también por ello. –¿Cómo se lo montan para comer?

El vendedor de manzanas se encogió de hombros. –Algunos piden. Otros roban. Muchas jovencitas ofrecen su cuerpo, algo que siempre hacen las chicas cuando se todo está en venta. Cualquier muchacho de cinco pies de alto puede encontrar un sitio en el cuartel de su señor, siempre y cuando pueda sostener una lanza.

«Él está reclutando, entonces». Eso podría ser bueno… o malo, depende. La manzana estaba seca y harinosa, pero Davos le dio otro mordisco. –¿Eso significa que Lord Wyman se unirá al bastardo?

–Bueno– dijo el vendedor de manzanas. –La próxima vez que milord se deje caer por aquí para comerse una manzana, le preguntaré.

–He escuchado que su hija se va a casar con un Frey.

–Su nieta. Yo también lo he escuchado, pero milord se olvidó de invitarme a la boda. ¿Te vas a acabar eso? Me quedaré con lo que sobre. La semilla es buena.

Davos le devolvió las semillas. «Un manzana en mal estado, pero solo costó medio penique saber que Manderly está reclutando hombres». Siguió su camino por el Viejo Pie de Pez, pasando junto a una jovencita que vendía tazones de leche frescas de su cabra. Recordaba más cosas de la ciudad ahora que cuando estuvo aquí.

Más abajo, hacia donde apuntaba el tridente del Viejo Pie de Pez, había un callejón donde vendían bacalao frito, crujiente y dorado por fuera y blanco y escamoso por dentro. Allí había un burdel, más limpio que la mayoría, dónde un marinero podía deleitarse con una mujer sin temor a que le robaran o le mataran. Al otro lado, una de aquellas casas pegadas al muro de la Guarida del Lobo como los percebes a un viejo casco, se solía utilizar como fábrica fermentadora para elaborar una cerveza negra tan espesa y gustosa que un tonel podría valer como el oro de Arbor en Braavos y el Puerto de Ibben, que aprovisionaba aquellos locales que no vendieran ninguna otra cerveza.

Aunque lo que él quería era vino – agridulce, oscuro y luctuoso. Echó a andar por el patio y bajó unas escaleras hacia una vinoteca llamada la *Anguila Perezosa,* bajo un almacén de piel de oveja. En sus tiempos de contrabando, la *Anguila* era conocida por ofrecer las putas más viejas y el vino

más peleón de todo Puerto Blanco, junto con unos pasteles de carne llenos de manteca de cerdo que eran incomestibles en sus mejores días y venenosos en los peores. Por un precio así, la mayoría de los autóctonos huían de aquel lugar, dejando la exclusividad a los marineros que no conocían nada mejor. Nunca se veía a un guardián de la ciudad bajar a la *Anguila Perezosa*, o a un oficial uniformado.

Hay cosas que nunca cambian. Dentro de la *Anguila* el tiempo sigue igual. El techo de la bóveda seguida siendo negro por el hollín, el suelo era de tierra compactada, el lugar olía a humo, comida podrida y vómito rancio. Las gordas velas de grasa de las mesas desprendían más humo que luz, y el vino que pidió Davos era, en la penumbra, más marrón que rojo. Cuatro putas estaban sentadas junto a la puerta, bebiendo. Una le dirigió una sonrisa animada cuando entró. Cuando Davos negó con la cabeza, la mujer dijo algo que hizo reír a sus compañeras. Después, ninguna de ellas le molestó.

Aparte de las putas y el propietario, Davos tenía la *Anguila* para él solo. La bodega era grande, llena de rincones y nichos oscuros donde un hombre podía estar solo. Se tomó su vino en uno de ellos, y se sentó de espaldas a la pared para esperar.

Al poco rato, se encontró a sí mismo observando la chimenea. La mujer roja podía ver el futuro en el fuego, pero todo lo que había visto Davos Seaworth eran sombras del pasado: los barcos en llamas, la cadena de fuego, las sombras verdes parpadeando entre las nubes, la Fortaleza Roja alzándose imponente. Davos era un hombre sencillo, superado por la coyuntura, la guerra y Stannis. No comprendía por qué los dioses le habían despojado de cuatro muchachos tan jóvenes y fuertes como sus hijos, a pesar de que eran el relevo de su cansado padre. Algunas noches, aún pensaba que se había quedado para rescatar a Edric Tormenta… pero ahora el bastardo del Rey Robert estaba a salvo en los Pasos de Piedra, a pesar de que Davos se quedaba igual. *«¿*Tienen los dioses otra nueva tarea para mí?»*,* se preguntaba. «De ser así, Puerto Blanco podrá ser parte de ella». Probó el vino, y después vertió la mitad de la copa en el suelo junto a su pie.

A medida que anochecía, los bancos de la *Anguila* se iban llenando de marineros. Davos le pidió otra copa al propietario. Cuando se la trajo, también le trajo una vela. –¿Quieres comer? – preguntó el hombre. –Tenemos pastel de carne.

–¿Qué tipo de carne?

–La típica. Es buena.

Las putas se rieron. –Quiere decir que es gris- dijo una.

–Cierra tu puta boca. Tú bien que te la comes.

–omo todo tipo de mierda. No significa que me guste.

Davos sopló la vela cuando el propietario se fue, sentado de nuevo entre tinieblas. Los hombres de mar eras los más chismosos del mundo cuando corría el vino, incluso con un vino barato como aquel. Solo tenía que escuchar.

Casi todo lo que escuchó ya lo sabía de Vallehermana, de Lord Godric o de los habitantes de Vientre de Ballena. Tywin Lannister había muerto, asesinado por su hijo enano; su cadáver había apestado tanto que nadie pudo entrar en el Gran Sept de Baelor en los días postreros; La dama de Nido de Aguilas había sido asesinada por un músico; Meñique gobernaba en el Valle ahora, pero Bronze Yohn Royce había jurado derrocarlo; Balon Greyjoy había muerto también, y sus hermanos estaban

luchando por el trono de Piedramar; Sandor Clegane se había vuelto un proscrito y se dedicaba a saquear y arrasar las tierras cercanas al Tridente. Myr, Lys y Tyros estaban implicadas en otra guerra; Una revuelta de esclavos se había producido en el este.

Otras noticias resultaron de mayor interés. Robett Glover estaba en la ciudad y había estado intentando reclutar hombres, sin mucho éxito. Lord Manderly había hecho caso omiso a sus peticiones. Puerto Blanco estaba cansado de guerra, se le hizo saber. Aquello era malo. Los Ryswell y los Dustin habían sorprendido a los hombres de hierro en el Rio Fiebre y prendido fuego a sus naves. Aquello era peor. Y ahora el Bastardo de Bolton cabalgaba hacia el sur con la compañía de Hother Umber para atacar Foso Cailin. –El Mataputas solo se sirve a sí mismo– afirmó un ribereño que acababa de traer una carga de cuero y madera *Cuchillo Blanco* abajo, –con trescientos lanceros y cien arqueros. Algunos hombres de Bosquecuerno se han unido a ellos, al igual que los Cerwyn. -Aquello era lo peor de todo.

–Lo mejor será que Lord Wyman envíe algunos hombres a luchar si sabe bien lo que le conviene– manifestó un viejo al final de la mesa. –Lord Roose, él es ahora el Guardián. Puerto Blanco está obligado por honor a responder a su llamada.

–¿Qué sabrán los Bolton lo que es el honor? – dijo el propietario de la *Anguila* mientras llenaba sus copas con más vino marrón. -Lord Wyman no irá a ninguna parte. Le pesa mucho la barriga.

–Yo he oído que está indispuesto. Todo lo que hace es dormir y llorar, por lo que dicen. Está demasiado delicado para salir de la cama la mayoría de días.

–Demasiado gordo, querrás decir.

–Que esté gordo o flaco no tiene nada que ver– expresó el propietario de la *Anguila.* –Los leones tienen a su hijo.

Nadie habló del Rey Stannis. Nadie parecía saber que Su Majestad había ido al norte a ayudar a defender el Muro. Salvajes, espectros y gigantes habían acaparado las conversaciones en Guardaoriente, pero aquí nada de eso parecía preocupar a nadie.

Davos se acercó a la luz. –Pensaba que los Frey habían matado a su hijo. Eso es lo que escuché en Vallehermana.

–Mataron a Ser Wendel,– dijo el propietario. –Sus huesos descansan en el Sept de las Nieves, rodeados de velas, por si deseáis ir a verlo. Ser Wylis, en cambio, todavía permanece cautivo.

«Peor que peor». Sabía que Lord Wyman tenía dos hijos, pero pensaba que ambos estaban muertos. Si el Trono de Hierro tenía un rehén… Davos era padre de siete hijos, y había perdido cuatro en el Aguasnegras. Era consciente de que haría todo lo que los dioses o los hombres le pidieran para proteger a los otros tres. Steffon y Stanny estaban a miles de leguas de la batalla y fuera de peligro, pero Devan estaba en el Castillo Negro, como escudero del rey. «Un rey que podría ganar o perder Puerto Blanco para su causa».

Sus camaradas de copas comenzaron a hablar de dragones. –Estás loco de remate, – dijo un remero del *Danzador de Tormentas*. –El Rey Mendigo está muerto desde hace años. Un señor Dothraki le cortó la cabeza.

–Eso es lo que nos han contado, – expresó el viejo. –Aunque, igual podrían estar mintiendo. Murió a medio mundo de aquí, si es que murió. ¿Quién puede asegurarlo? Si un rey me quisiera muerto,

podría hacérselo creer y hacerme pasar por un cadáver. Ninguno de nosotros ha visto su cuerpo.

–Yo nunca vi el cadáver de Joffrey, ni el de Robert, – gruñó el propietario de la *Anguila.* – Tal vez ellos estén vivos también. Tal vez Baelor el Bendito tan solo se ha echado una cabezadita durante todos estos años.

El viejo hizo una mueca. –El Príncipe Viserys no era el único dragón, ¿no? ¿Estamos seguros de que mataron al hijo del Príncipe Rhaegar? Él era un bebé.

–¿No había también una princesa? – preguntó una puta. Era la misma que me había hecho el comentario de la carne gris.

–Dos, –respondió el viejo. –Una era la hija de Rhaegar, la otra era su hermana.

–Daena, –dijo el ribereño. –Esa era su hermana. Daena de Rocadragón. ¿O era Daera?

–Daena era la esposa del viejo Rey Baelor. –le rebatió el remero. –Yo remé una vez en un barco que llevaba su nombre. *Princesa Daena.*

–Si era la esposa del rey, sería reina.

–Baelor nunca tuvo una reina. Él era un santo.

–Lo que no significa que no se casara con su hermana, – dijo la puta. – Solo que nunca se acostó con ella, eso es todo. Cuando le nombraron rey, la encerró en una torre. A sus otras hermanas también. Eran tres.

–Daenela, – expresó en voz alta el propietario. –Ese era su nombre. La hija del Rey Loco, me refiero, no a la maldita mujer de Baelor.

–Daenerys, – dijo Davos. – La llamaron así por la Daenerys que se desposó con el Príncipe de Dorne durante el reinado de Daeron II. No sé qué fue de ella.

–Yo sí, – afirmó el hombre que había sacado el tema de los dragones, remero braavosí con un lúgubre chaquetón de algodón. –Cuando atracamos en Pentos, amarramos junto a un mercante llamado *Ojos Negros*, y estuve bebiendo con el segundo del capitán. Me contó una bonita historia sobre la indiscreción de una muchacha que subió a bordo en Qarth, con la intención reservar pasaje de vuelta a Poniente para ella y tres dragones. De pelo plateado y ojos púrpura. –La llevé ante el capitán yo mismo–, me juró este oficial, –pero él no quiso saber nada de aquello. Había mucho beneficio en el clavo y el azafrán– , me dijo, –y las especias no te prenden fuego a las velas–.

Las risas se extendieron por la bodega. Davos no se rió. Él sabía lo que le había ocurrido a la *Ojos Negros*. Los dioses habían sido tan crueles de permitir que un hombre navegara por medio mundo, para luego enviarle tras una falsa luz cuando ya casi estaba en su hogar. «Aquel capitán era un hombre más audaz que yo», pensé, mientras iba caminando hacia la puerta. Un viaje hacia el este, y un hombre podía ser tan rico como un lord para el resto de sus días. Cuando era joven, Davos soñaba con hacer él mismo viajes así, pero los años fueron volando como polillas sobre una llama, y de algún modo, el tiempo no había sido generoso. «Algún día», se dijo a sí mismo. «Algún día, cuando la guerra haya acabado, el Rey Stannis esté sentado en el Trono de Hierro y no haya más necesidad del caballero de las cebollas. Me llevaré a Devan conmigo. Steff y Stanny también, si son lo suficientemente mayores. Veremos esos dragones y todas las maravillas del mundo».

Afuera el viento era racheado, haciendo oscilar las llamas de las lámparas de aceite que iluminaban el patio. Hacía más frío desde que se había puesto el sol, pero Davos recordaba Guardaoriente, y cómo aullaba el viento tras el muro por la noche, rajando incluso el manto más cálido hasta helar la sangre de las venas. Puerto Blanco era un cálido baño en comparación.

Habían otros lugares dónde poder pegar la oreja: una posada famosa por sus pásteles de lamprea, una taberna donde los fabricantes de lana y los aduaneros se echaban sus tragos, un salón de máscaras donde podías ver entretenimientos subidos de tono por unos pocos peniques. Pero Davos sentía que ya había escuchado bastante.

*«*He llegado demasiado tarde». Un viejo gesto instintivo le hizo llevarse la mano al pecho, donde una vez llevó colgando sus dedos dentro de un pequeño saquito de cuero. No había nada allí. Él se había dejado toda su suerte en los fuegos del *Aguasnegras*, dónde perdió su barco y sus hijos.

«¿Qué debo hacer ahora?» Se estiró del manto. «¿Subo la colina y me presento en las puertas del Castillo Nuevo, para hacer una petición inútil? ¿Vuelvo a Vallehermana? ¿Vuelvo con Marya y mis chicos? ¿Compro un caballo y cabalgo el camino del rey para decirle a Stannis que ya no tiene amigos en Puerto Blanco, y que no hay esperanza?»

La Reina Selyse había agasajado a Salla y sus capitanes una noche antes de que la flota zarpara. Cotter Pyke se había unido a ellos, al igual que los otros cuatro altos oficiales de la Guardia Nocturna. A la Princesa Shireen se le permitió asistir también. Mientras se servía el salmón, Ser Axell Florent entretuvo a los de la mesa con la historia de un príncipe Targaryen que tuvo un mono como mascota. A este príncipe le gustaba vestir a la criatura con la ropa de su hijo fallecido y lo hacía pasar por un muchacho, explicaba Ser Axell, y de tanto en tanto, lo proponía en matrimonio. Los lords más educados siempre lo consideraban con respeto, pero, por supuesto, siempre declinaban la oferta. – Incluso vestido de seda y terciopelo, un mono sigue siendo un mono, – decía Ser Axell. –Un príncipe sensato debería haber sabido que no puedes enviar a un mono a realizar el trabajo de un hombre–. Los hombres de la reina se rieron, y varios de ellos sonrieron a Davos. «No soy un mono*»,* pensó. «Soy un lord igual que tú, y un hombre mejor». Pero el recuerdo le seguía castigando.

La Puerta de las Focas se había cerrado para la noche. Davos no podría volver a la *Comadrona Alegre* hasta el amanecer. Tendría que pasar la noche ahí. Observó el Viejo Pié de Pez con su tridente roto. «He llegado aquí a través de la lluvia, la calamidad y la tormenta. No regresaré sin hacer aquello para lo que he venido, sin importarme lo imposible que me pueda parecer». Había perdido sus dedos y su suerte, pero no era un mono de terciopelo. Era la Mano del Rey.

La subida al castillo era una calle con escalones, un ancho camino de piedra blanca que subía desde la Guarida del Lobo junto al mar hasta el Castillo Nuevo en la colina. Tritones de mármol iluminaban el camino de subida a Davos, con tazones de aceite de ballena ardiendo en sus brazos. Cuando llegó a la cima, se giró para mirar detrás de él. Desde allí podía ver los puertos. Los dos. Tras el muro del espigón, el puerto interior estaba repleto de galeras de guerra. Davos contó veinte tres. Lord Wyman sería un hombre gordo, pero no perdía el tiempo por lo que parecía.

Las puertas del Castillo Nuevo estaban cerradas, pero se abrió un postigo cuando gritó, y un guardia apareció para preguntarle qué quería. Davos le mostró la cinta negra y dorada que llevaban los marineros reales. –Tengo que ver a Lord Manderly, – dijo. –Es un asunto que debo tratar con él y solo con él.

16. DAENERYS

Los bailarines centelleaban al moverse; una película de aceite les cubría los cuerpos esbeltos y afeitados. Las antorchas encendidas volaban girando de mano en mano al ritmo de los tambores y el sonido de la flauta. Cada vez que dos antorchas se cruzaban en el aire, una chica desnuda saltaba entre ellas de una voltereta.

Los tres hombres estaban erectos. La visión de su erección era excitante, aunque a Daenerys Targaryen también le parecia cómica. Todos los hombres eran de la misma estatura, con piernas largas y vientre liso, con los músculos tan definidos como si estuvieran esculpidos en piedra. Hasta sus rostros parecían iguales... cosa muy extraña, dado que uno tenía la piel oscura como el ébano; el segundo, blanca como la leche, y el tercero, brillante como el cobre bruñido.

«¿Pretende que me excite?». Dany se acomodó entre los cojines de seda. Sus Inmaculados, apoyados contra las columnas, parecían estatuas, con los cascos rematados en púas y los rostros lampiños inexpresivos. A diferencia de los hombres que seguían íntegros. Reznak mo Reznak tenía la boca abierta; los labios le brillaban húmedos ante el espectáculo. Hizdahr zo Loraq le estaba comentando algo al hombre que tenía al lado, pero ni por un momento apartó los ojos de las bailarinas. El rostro feo y grasiento del Cabeza Afeitada era tan adusto como siempre, pero no se perdía detalle.

En cambio era más difícil imaginar las ensoñaciones de su invitado de honor. El hombre de rostro blanco y afilado que compartía con ella la mesa principal estaba radiante con su túnica morada bordada con hilo de oro, la cabeza calva brillaba a la luz de las antorchas mientras se comía un higo a mordiscos menudos, precisos, elegantes. En la nariz de Xaro Xhoan Daxos centelleaban los ópalos cada vez que giraba la cabeza para seguir los movimientos de los bailarines.

En su honor, Daenerys se había puesto un vestido qarthense, un depurado diseño de brocado violeta cuyo corte le dejaba al descubierto el pecho izquierdo. La cabellera de oro y plata le caía sobre el hombro y le llegaba casi hasta el pezón. La mitad de los presentes en la sala la habían mirado a hurtadillas. Xaro no. «En Qarth era igual.» Por ese camino no podría dominar al príncipe mercader. «Pero tengo que dominarlo, como sea.» Había llegado de Qarth en la galeaza *Nube Sedosa,* con una escolta de treinta galeras. Su flota era la respuesta a una plegaria. El comercio de Meereen se había reducido hasta desaparecer desde que ella pusiera fin a la esclavitud, pero Xaro tenía el poder necesario para restablecerlo.

Los tambores sonaron con más fuerza, y tres de las chicas saltaron sobre las llamas girando en el aire. Los danzarines las cogieron por la cintura y las deslizaron bajo sus miembros. Dany observó con atención cómo las mujeres arqueaban la espalda y enroscaban las piernas en torno a sus compañeros mientras las flautas plañían y los hombres empujaban al ritmo de la música. Habia visto el acto del amor antes; Los Dothraki se apareaban tan abiertamente como sus yeguas y sementales. Sin embargo, esta era la primera vez que veía la lujuria con la música.

Sentía el rostro acalorado. «Es por el vino», se dijo. Se dio cuenta de que estaba pensando en Daario Naharis. Su mensajero había llegado esa mañana. Los Cuervos de Tormenta volvían de Lhazar. Su capitán volvía a ella, para traerla la amistad de los Hombres Cordero. «Comida y comercio*»,* se recordó. «Él no me ha fallado, ni lo hará. Daario me ayudará a salvar la ciudad». La reina deseaba ver su cara, para acariciar su barba de tres puntas, para contarle sus problemas... pero los Hombres Cordero todavía estaban a muchos días de distancia, más allá del paso de Khyzai, y tenía un reino que gobernar.

El humo remoloneaba entre las columnas violáceas. Los danzarines se arrodillaron con la cabeza

gacha.

—Habéis estado espléndidos —les dijo Dany—. Pocas veces había presenciado una elegancia semejante. —Hizo un gesto a Reznak mo Reznak, y el senescal se apresuró a acudir a su lado. Tenía el arrugado cráneo perlado de sudor—. Acompañad a nuestros amigos a los baños para que se refresquen, y aseguraos de que no les falta comida ni bebida.

—Será un honor para mí, Magnificencia.

Daenerys le tendió la copa a Irri para que se la volviera a llenar. El vino era dulce y fuerte, con el aroma de las especias orientales, mucho mejor que los aguados caldos ghiscarios que había estado bebiendo en los últimos tiempos. Xaro estudió con atención el frutero que le ofrecía Jhiqui, y seleccionó un caqui. La piel anaranjada de la fruta hacía juego con el coral con que se adornaba la nariz. Le dio un mordisco y frunció los labios.

—Está áspero.

—¿Tal vez mi señor preferiría algo más dulce?

—La dulzura empalaga. La fruta áspera y las mujeres ásperas son lo que le da sabor a la vida. —Xaro le dio otro mordisco, masticó y tragó—. Daenerys, mi bella reina, no hay palabras para describir el placer que siento al estar de nuevo en vuestra presencia. —Sonrió—. De Qarth partió una niña, tan hermosa como extraviada. Entonces temí que aquel barco la llevara hacia su perdición, pero ahora la veo aquí, en su trono, señora de una antigua ciudad, con un poderoso ejército que ha nacido de sus sueños.

«No —pensó ella—, ha nacido de la sangre y del fuego.»

—Habéis venido a mí, y me alegro. Es un placer volver a veros, amigo mío.

«No confío en vos, pero os necesito. Necesito a vuestros Trece; necesito vuestro comercio.»

Durante siglos, Meereen y sus ciudades hermanas, Yunkai y Astapor, habían sido los ejes del tráfico de esclavos, el lugar donde los *khals* dothrakis y los corsarios de las islas del Basilisco vendían a sus prisioneros al resto del mundo, que acudía allí a comprarlos. Poco podía ofrecer Meereen a los comerciantes si no había esclavos. El cobre abundaba en las colinas de Ghis, pero ya no era tan valioso como en los tiempos en que el bronce gobernaba el mundo. Los cedros que otrora crecieran a lo largo de la costa ya no existían; cayeron bajo las hachas del Antiguo Imperio o fueron consumidos por el fuego de dragón cuando Ghis se enfrentó en guerra a Valyria. Desaparecidos los árboles, la tierra se abrasó bajo el sol ardiente, y el viento la dispersó en espesas nubes rojizas.

—Esas calamidades fueron las que transformaron a mi pueblo en esclavista —le había dicho Galazza Galare en el Templo de las Gracias.

«Y yo soy la calamidad que transformará a estos esclavistas en un pueblo», se juró Dany.

—Debia venir, —dijo Xaro con tono lánguido—. Hasta la lejana Qarth me han llegado ciertos rumores que me inspiran temor. Al oírlos no pude contener las lágrimas. Se dice que ciertos señores de esta ciudad han prometido gloria, riquezas y un centenar de esclavas vírgenes al hombre que os mate.

—Los Hijos de la Arpía. —«¿Cómo lo sabe?»—. Por las noches hacen pintadas en las paredes y

degüellan a libertos honrados mientras duermen. Cuando sale el sol se esconden como cucarachas. Temen a mis Bestias— Skahaz mo Kandaq le habia dado la nueva guardia que habia pedido, compuesta en partes iguales por libertos y cabezas afeitadas Meereenses. Ambos anduvieron por las calles día y noche, con oscuras capuchas y máscaras de bronce. Los hijos de la arpía habían prometido una muerte espantosa a cualquier traidor que se atreviera a servir a la reina de los dragones, así como a sus familiares y amigos, así que los Cabeza Afeitada iban como chacales, búhos y otras bestias, ocultando su verdadero rostro.

—Tendría motivos para temer a los Hijos si me encontraran por las calles, pero sólo si fuera de noche y yo estuviera desnuda y desarmada. Son unos cobardes.

—El cuchillo de un cobarde puede matar a una reina tan fácilmente como el de un héroe —dijo Xaro—. Dormiría más tranquilo si supiera que la delicia de mi corazón tenía cerca a sus feroces señores de los caballos. Cuando estabais en Qarth había tres de ellos que nunca os perdían de vista.

—Aggo, Jhoqo y Rakharo todavia me sirven. «Está jugando conmigo». Dany también podia jugar.
—Cierto es que no soy más que una niña y que desconozco estas cosas —replicó—, pero hombres de más edad y sabiduría me han dicho que, para controlar Meereen, tengo que controlar las tierras adyacentes, todo lo que va desde el oeste de Lhazar hasta el sur de las colinas yunkias.

—Esas tierras no tienen valor para mí. Vuestra persona, sí. Si algo malo os sucediera, este mundo perdería su sabor.

—Mi señor es muy bondadoso al preocuparse tanto, pero estoy bien protegida. —Dany hizo un gesto hacia la alcoba envuelta en sombras, donde Barristan Selmy aguardaba con una mano sobre el puño de la espada—. Lo llaman Barristan el Bravo. Dos veces ya me ha salvado de asesinos.

Xaro echo un vistazo desinteresado a Selmy.

—¿Barristan el Viejo, decís que se llama? Vuestro caballero oso era más joven, y os amaba con devoción.

—No quiero hablar de Jorah Mormont.

—Por supuesto. Era un hombre burdo y peludo. —El príncipe mercader se inclinó sobre la mesa—. Hablemos pues de amor... de sueños y deseo, y de Daenerys, la mujer más hermosa de este mundo. Vuestra mera visión me embriaga.

Dany conocía bien la exagerada obsequiosidad de Qarth.

—Si estáis embriagado, echadle la culpa al vino.

—Ningún vino me nubla la visión tanto como vuestra belleza. Mi mansión me parece desierta como una tumba desde la partida de Daenerys, y todos los placeres de la Reina de las Ciudades me saben a ceniza. ¿Por qué me abandonasteis?

«Escapé de tu ciudad porque temía por mi vida.»
—Era hora de partir. En Qarth no me querían.

—¿Quién? ¿Los Sangrepura? Les corre agua por las venas. ¿Los Especieros? Tienen leche cortada en vez de cerebro. Y los Eternos están muertos. Tendríais que haberme aceptado como esposo. Creo recordar que pedí vuestra mano. Que incluso os llegué a suplicar.

—Sólo medio centenar de veces —bromeó Dany—. Os rendisteis demasiado pronto, mi señor. Porque tengo que casarme; en eso está de acuerdo todo el mundo.

—Una *khaleesi* debe tener un *khal* —señaló Irri al tiempo que volvía a llenarle la copa a su reina—. Lo sabe todo el mundo.

—¿Os lo propondría de nuevo? —se preguntó Xaro—. No, esa sonrisa la conozco bien. Reina cruel es aquella que juega con el corazón de los hombres. Los humildes mercaderes como yo no somos más que guijarros bajo vuestras sandalias enjoyadas.

Una lágrima solitaria le corrió por la mejilla blanca.

Dany lo conocía demasiado bien para conmoverse. Los qarthenses eran capaces de derramar lágrimas a voluntad.

—Venga ya, dejadlo. —Cogió una cereza del cuenco de la mesa y se la tiró a la nariz—. Puede que sea una niña, pero no soy tan tonta como para casarme con un hombre que encuentra más seductora una fuente de fruta que mi pecho desnudo. Ya he visto en qué bailarines os fijabais.

Xaro se secó la lágrima.

—Supongo que en los mismos que Su Alteza. Ya veis: somos muy parecidos. Si no me queréis tomar como esposo, me daré por satisfecho con ser vuestro esclavo.

—No quiero esclavos. Os libero.

La nariz enjoyada era un blanco de lo más tentador. En aquella ocasión, Dany le tiró un albaricoque. Xaro lo atrapó en el aire y le dio un mordisco.

—¿Cuándo comenzó esta locura? ¿Tendría que alegrarme de que no liberarais a mis esclavos cuando erais mi invitada en Qarth?

«Entonces no era más que una mendiga, y tú eras Xaro de los Trece —pensó Dany—. Y a ti lo único que te interesaba eran mis dragones.»

—Tratabais bien a vuestros esclavos; parecían satisfechos. No se me abrieron los ojos hasta que llegué a Astapor. ¿Sabéis cómo hacen a los Inmaculados, cómo los entrenan?

—Con crueldad, seguro. Cuando un herrero fabrica una espada mete la hoja en el fuego, la golpea con un martillo y la introduce en agua helada para templar el acero. Para obtener el sabor dulce de la fruta hay que regar el árbol.

—Este árbol lo han regado con sangre.

Xaro señaló al Inmaculado que tenía más próximo.
—¿Y de qué otra manera se puede hacer un soldado? Su Esplendor ha disfrutado con mis bailarines. ¿Os sorprendería saber que todos son esclavos, criados y entrenados en Yunkai? Han estado bailando desde que aprendieron a caminar. ¿Cómo si no se puede obtener tal perfección? —Tomó un trago de vino y le dio vueltas en la boca—. También son expertos en todas las artes del sexo. Había pensado en regalárselos a Su Alteza.

—Sí, por favor. —Dany no se sorprendió en absoluto—. Los liberaré.

El hombre acusó el golpe con una mueca.

—¿Y qué harían con la libertad? Tanto os daría regalarle una cota de mallas a un pez. Están hechos para bailar.

—¿Quién los ha hecho? ¿Sus amos? Tal vez vuestros bailarines preferirían ser albañiles, panaderos o granjeros. ¿Se lo habéis preguntado?

—Y tal vez vuestros elefantes preferirían ser ruiseñores. Las noches de Meereen estarían pobladas de barritos y no de trinos dulces; vuestros árboles se doblarían bajo el peso de enormes pájaros grises. —Xaro suspiró—. Daenerys, delicia mía, bajo esos pechos dulces y jóvenes late un corazón tierno... pero aceptad el consejo de una cabeza más vieja y más sabia. Las cosas no siempre son lo que parecen. Las cosas que parecen malas a veces son buenas. Pensad en la lluvia.

—¿La lluvia?

«¿Me toma por idiota o cree que soy una niña?»

—Maldecimos la lluvia cuando nos cae encima, pero sin ella nos moriríamos de hambre. Hace falta lluvia en el mundo... igual que hacen falta esclavos. No, no pongáis esa cara; es verdad. La prueba la tenéis en Qarth. En cuestión de arte, medicina, música, magia, comercio... En todo lo que hace que los hombres estén por encima de las bestias, Qarth sobresale del resto de la humanidad, igual que vos estáis por encima de todos en la cúspide de esta pirámide... pero abajo, en vez de sobre ladrillos, la grandeza de la Reina de las Ciudades reposa sobre los hombros de los esclavos. Pensadlo bien, si todos los hombres tienen que escarbar en el barro para buscar comida, ¿habrá alguno capaz de alzar los ojos para contemplar las estrellas? Si todos tenemos que rompernos el lomo para construir una choza, ¿quién edificará los templos, para mayor gloria de los dioses? Para que unos hombres sean grandes otros deben ser esclavos.

Era demasiado elocuente para ella. Dany no tenía otra respuesta que la rabia que sentía en el estómago.

—La esclavitud no es lo mismo que la lluvia —replicó—. Me ha llovido encima y me han vendido. No es lo mismo. Ninguna persona puede ser propiedad de otra.

Xaro se encogió de hombros con gesto lánguido.

—Da la casualidad de que, cuando desembarqué en vuestra hermosa ciudad, tropecé casualmente con un hombre en la orilla del río, un hombre que en cierta ocasión estuvo en mi casa como invitado, un comerciante que trataba con especias raras y vinos selectos. Estaba desnudo de cintura para arriba, enrojecido por el sol, despellejado; parecía que cavaba un agujero.

—No, no era un agujero. Era una zanja, para traer agua con que regar los sembradíos. Hemos pensado sembrar legumbres. Los plantíos de legumbres requieren agua.

—Qué amable por parte de mi viejo amigo ofrecerse a cavar zanjas. Y qué raro, conociéndolo. ¿O será que no se le permitió elegir? No, cómo va a ser eso. En Meereen no hay esclavos.

Dany se sonrojó.

—A vuestro amigo se le paga con comida y alojamiento. No le puedo devolver sus riquezas. En Meereen hacen más falta legumbres que especias raras, y las legumbres requieren agua.

—¿También pondréis a mis bailarines a cavar zanjas? Mi dulce reina, cuando mi amigo me vio se puso de rodillas y me suplicó que lo comprara como esclavo y me lo llevara a Qarth.

Se sintió como si la hubiera abofeteado.

—Pues compradlo.

—Si eso os complace... Al él lo complacería, eso seguro. —Le puso una mano en el brazo—. Estas son verdades que sólo os contará un amigo. Cuando llegasteis a Qarth como mendiga, os ayudé, y ahora he atravesado muchas leguas y mares tormentosos para ofreceros mi ayuda de nuevo. ¿Hay algún lugar en el que podáis hablar con franqueza?

Dany sentía la calidez de sus dedos.

«En Qarth también era cálido —recordó—, hasta que llegó el día en que dejó de serme útil.»

—Venid.

Xaro la acompanó a través de los pilares hasta los anchos escalones de mármol que conducían a sus aposentos privados en la cúspide de la pirámide.

—Oh, mujer bella entre las bellas —dijo Xaro cuando empezaron a subir—, oigo el sonido de pisadas a nuestras espaldas. Alguien nos sigue.

Dany se volvió para mirar.

—¿Acaso tenéis miedo de mi anciano caballero? Ser Barristan ha jurado guardar mis secretos.

Salieron a la terraza ajardinada desde la que se divisaba la ciudad. La luna llena flotaba en el cielo negro sobre Meereen.

—¿Damos un paseo? —Dany deslizó su brazo bajo el de él.

El aire estaba cargado con el aroma de las flores que se abrían durante la noche.

—Me habéis hablado de ayuda —dijo—. Comerciad conmigo entonces. Meereen tiene sal para vender, y también vino...
—¿Vino ghiscario? —Xaro hizo una mueca de desagrado—. El mar nos proporciona toda la sal que necesitamos en Qarth, pero aceptaré de buena gana todas las aceitunas que queráis venderme, y también aceite de oliva.

—No puedo ofreceros nada. Los esclavos quemaron los árboles —Durante siglos, los olivos habían crecido a lo largo de las playas de la bahía de los Esclavos, pero los meereenos les habían prendido fuego a medida que avanzaba el ejército de Dany, convirtiéndolo todo en un yermo ennegrecido—. Los estamos plantando de nuevo, pero tardan siete años en empezar a dar fruto, y treinta en ser productivos de verdad. ¿Queréis cobre?

—Es un metal hermoso, pero tan voluble como una mujer. En cambio, el oro... el oro es sincero. Qarth os pagará mucho oro a cambio de esclavos.

—Meereen es una ciudad libre de hombres libres.

—Es una ciudad pobre que antes era rica. Una ciudad hambrienta que antes estaba empachada. Una ciudad ensangrentada que antes era pacífica.

Las acusaciones la hirieron, habia demasiada verdad en ellas.

—Meereen volverá a ser rica, atibiorrada y pacífica, y también libre. Si queréis esclavos, acudid a los dothrakis.

—Los dothrakis toman esclavos; los ghiscarios los entrenan. Para llegar a Qarth, los señores de los caballos tendrían que llevar a sus cautivos por todo el desierto rojo. Morirían cientos, tal vez miles, y sobre todo, muchos caballos, y es por eso por lo que ningún *khal* se arriesga. Luego hay otra cosa: Qarth no quiere ningún *khalasar* en las cercanías de sus murallas. Todos esos caballos, qué peste... No os ofendáis, *khaleesi.*

—El olor de los caballos es honorable. Más de lo que se puede decir de algunos grandes señores y príncipes mercaderes.

Xaro hizo caso omiso de la pulla.

—Daenerys, dejadme que sea sincero con vos, como corresponde a un amigo. No conseguiréis que Meereen vuelva a ser rica, empachada y pacífica. Sólo la llevaréis hacia su destrucción, igual que sucedió en Astapor. ¿Sois consciente de que hubo una batalla en los Cuernos de Hazzat? El Rey Carnicero tuvo que huir de vuelta a su palacio, con sus nuevos Inmaculados pisándole los talones.

—Todo el mundo lo sabe. —Ben Plumm el Moreno le había hecho llegar la noticia desde el campo de batalla—. Los Yunkai han comprado más mercenarios, y dos legiones de la Nueva Ghis luchan junto a ellos.

— Dos legiones pronto se convertirán en cuatro, y luego en diez. También se ha visto a enviados yunkios en Myr y en Volantis para contratar más espadas. Los Lanzas Largas, los Vientos y la Compañía del Gato. Algunos dicen que los Maestros Sabios también han comprado la Compañia Dorada.

En cierta ocasión, su hermano Viserys había celebrado un banquete con los capitanes de la Compañía Dorada, con la esperanza de que apoyaran su causa. «Aquellos hombres se comieron su comida, escucharon sus súplicas y se rieron de él». Por aquel entonces, Dany no era más que una niña, pero aun así lo recordaba.
—Yo también tengo mercenarios.

—Dos compañias. Los Yunkai mandarán veinte contra vos si quieren. Y cuando marchen, no marcharán solos. Tolos y Mantarys han acordado una alianza.

Eso eran malas noticias. Daenerys había enviado misiones a Tolos y a Mantarys con la esperanza de crearse aliados hacia el oeste, para compensar la enemistad de Yunkai en el sur. Sus emisarios no habían vuelto.

—Meereen ha hecho una alizanda con Lhazar.

Eso solo le hizo sonreir.

—Los señores de los caballos Dothraki llaman a los Lhazarenos los Hombres Cordero. Cuando les cortas, lo unico que hacen es gemir. No son gente marcial.

*«*Incluso un amigo vergonzoso es mejor que nada*.»*

—Los Maestros Sabios deberían seguir su ejemplo. Ya he perdonado antes a los Yunkai, pero no cometeré de nuevo el mismo error. Si se atrevieran a atacarme, esta vez arrasaré su Ciudad Amarilla.

—Querida mía, mientras arrasáis Yunkai, Meereen se alzará contra vos. No cerréis los ojos ante el peligro que os acecha, Daenerys. Vuestros eunucos son buenos soldados, pero son demasiado pocos para igualar el ejército que Yunkai enviará contra vos, una vez Astapor haya caido.

—Mis libertos. — empezó Dany.

—Lon esclavos de cama, carniceros y albañiles no ganan batallas.

Dany sólo podía esperar que estuviera equivocado. Los libertos habían sido chusma, pero había organizado en compañías a todos los hombres en edad de luchar, y Gusano Gris los estaba entrenando como soldados.

«Que piense lo que quiera.»

—¿Lo habeis olvidado? Tengo dragones.

—¿De verdad? En Qarth era raro veros sin un dragón en el hombro... pero ahora observo que vuestro hombro está tan hermoso y tan desnudo como vuestro precioso seno.

—Mis dragones han crecido; en cambio, mis hombros no. Ahora están lejos, cazando, —«Perdóname, Hazzea.» Se preguntó hasta qué punto estaría informado Xaro, qué rumores le habrían llegado.—Preguntadles si no a los Bondadosos Amos de Astapor sobre mis dragones si dudais de ellos.— «Vi cómo a un esclavista se le derretían los ojos y le corrían por las mejillas»

— Decidme la verdad, viejo amigo, si no es para comerciar, ¿para qué habéis venido a verme?

—Quería traerle un regalo a la reina de mi corazón.

—¿Un regalo? —«¿qué está tramando ahora?»
—El regalo que me suplicasteis en Qarth. Barcos. En la bahía hay trece galeras. Son vuestras si las queréis. Os he traído una flota para que os lleve a vuestro hogar, a Poniente.

Una flota. Era mucho más de lo que podía esperar; por supuesto, sintió desconfianza. En Qarth, Xaro le había ofrecido treinta barcos, pero a cambio de uno de sus dragones

—¿Y cual es el precio por estos barcos?

—Ninguno. Mi ansia de poseer dragones ha desaparecido. Rumbo hacia aquí, mi *Nube Sedosa* hizo escala en Astapor. Esos barcos son vuestros, mi dulce reina. Trece galeras y sus correspondientes remeros.

Trece. Por supuesto. Xaro era uno de los Trece. Sin duda había convencido a sus compañeros para

que cada uno cediera un barco. Conocía demasiado bien al príncipe mercader para creerlo capaz de sacrificar trece naves propias.

—Tengo que meditarlo. ¿Puedo inspeccionar esas naves?

—Os habéis vuelto desconfiada, Daenerys.

«Siempre.»

—Me he vuelto inteligente, Xaro.

—Inspeccionadlas a vuestro gusto. Una vez estéis satisfecha, juradme que volveréis a Poniente. Jurádmelo por vuestros dragones, por vuestro dios de siete rostros, por las cenizas de vuestros padres, y marchaos.

—¿Y si prefiero esperar un año, o dos, o tres?

Una expresión de pesadumbre nubló el rostro de Xaro.

—Eso me entristecería mucho, delicia de mi corazón... porque, aunque ahora parecéis joven y fuerte, no viviréis tanto tiempo. No. Aquí no.

«Con una mano me ofrece la miel y con la otra me enseña el látigo.»

—Los yunkios no son tan temibles.

—No todos vuestros enemigos están en la Ciudad Amarilla. Tened cuidado con los hombres de corazón frío, buena memoria y labios azules. No hacía ni quince días que habíais abandonado Qarth cuando Pyat Pree partió con tres de sus compañeros para buscaros en Pentos; querían venganza.

Dany estaba más desconcertada que amedrentada.

—Menos mal que me desvié, ¿no? Pentos está a medio mundo de Meereen.

—Cierto —tuvo que reconocer—, pero más tarde o más temprano les llegarán noticias de la reina dragón que se encuentra en la bahía de los Esclavos..

—¿Pretendéis que tenga miedo? Viví con miedo catorce años, mi señor. Me despertaba con miedo cada mañana y me acostaba con miedo cada noche... pero todos mis miedos ardieron el día en que salí de la pira. Ahora sólo tengo miedo de una cosa.
—¿De qué, mi dulce reina?

—No soy más que una niña ignorante. —Dany se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Pero no tanto como para contestaros. Mis hombres examinarán esos barcos, y después os responderé.

—Como vos digáis. —Le rozó el pecho desnudo—. Permitid que me quede para intentar persuadiros —susurró.

Durante un momento se sintió tentada. Quizás los bailarines la habían excitado. «Podría cerrar los ojos e imaginarme que es Daario.» Daario en sueños podría ser más seguro que el real. Pero apartó los pensamientos.

—No, mi señor. Os agradezco el cumplido, pero no. —Dany se liberó de su abrazo—. Tal vez otra noche.

—Tal vez otra noche. —Su boca aparentaba tristeza, pero en sus ojos se veía más alivio que decepción.

«Si fuera un dragón, volaría hasta Poniente, pensó cuando se marchó. No necesitaría a Xaro ni a sus barcos». Dany se preguntó cuantos hombres podrían llevar trece galeras. Utilizó tres para llevarla a ella y a su Khalasar desde Quarth hasta Astapor, pero eso fue antes de que adquiriese ochocientos Inmaculados, mil mercenarios y una vasta horda de libertinos.«Y los dragones, ¿Que debo hacer con ellos?»

—Drogon, —susurró suavemente. — ¿Dónde estás?

Por un momento le pareció verle extendiendose por el cielo, engullendo las estrellas con sus negras alas.

Se volvió de espaldas a la noche, hacia donde Barristan Selmy permanecía en silencio en las sombras.

—En cierta ocasión, mi hermano me enseñó un acertijo ponienti. ¿Quién lo escucha todo pero no oye nada?

—Un caballero de la Guardia Real. —Su voz era solemne.

—¿Habéis oído la oferta de Xaro?

—Sí, Alteza. —El viejo caballero se esforzó en no mirar su pecho desnudo mientras hablaba con ella.

«Ser Jorah no habría apartado la vista. Me amaba como mujer; en cambio, Selmy sólo me ama como reina.» Mormont había sido un espía; informaba sobre ella a sus enemigos de Poniente, pero también le había dado buenos consejos.

—¿Qué opináis? ¿Y de él?

—De él no tengo buena opinión. Pero de esos barcos... alteza, con esos barcos podríamos estar en casa antes del fin de año.

Dany nunca habia conocido un hogar. En Braavos, había una casa con una puerta roja, pero eso era todo.
—Temed a los qarthenses hasta cuando llegan con regalos, y sobre todo si son mercaderes de los Trece. Aquí hay gato encerrado. Puede que tengan la madera podrida, o...

—Si no estuvieran en buenas condiciones, no habrían podido llegar desde Qarth —señaló Ser Barristan—, pero Su Alteza ha sido muy inteligente al pedir que le permitan inspeccionarlos. Despertaré al almirante Groelo y lo enviaré con sus capitanes y sus mejores marineros a ver esas galeras en cuanto amanezca. Pueden revisarlas palmo a palmo, si os parece bien.

Era un buen consejo.

—Sí, hacedlo. —«Poniente. El hogar».— pero si se iba, ¿que le sucedería a su ciudad? «Meereen nunca ha sido tu ciudad», la voz de su hermano parecia susurrarla. «Tus ciudades están al otro lado del mar. Tus Siete Reinos, donde tus enemigos te esperan. Has nacido para llevarles sangre y fuego».

Ser Barristan se aclaró la garganta y dijo.

—Ese brujo del que hablaba el mercader...

—Pyat Pree. —Trató de recordar su rostro, pero sólo consiguió visualizar los labios. El vino de los brujos se los había vuelto azules. Lo llamaban *color-del-ocaso*—. No me asustan las hechicerías de ningún brujo. Si sus conjuros pudieran matarme, ya estaría muerta. Reduje a cenizas su palacio.

«Drogon me salvó cuando me iban a sorber la vida. *Drogon* los quemó a todos.»

—Como digais, alteza. Aún así, permaneceré atento.

Le besó en la mejilla.

—Sé que lo hareís. Vamos, llevadme de nuevo a la fiesta.

A la mañana siguiente Dany se despertó tan llena de esperanzo como la primera vez que llegó a la Bahía de los Esclavos. Daario pronto estaría a su lado una vez más, y juntos zarparían rumbo a Poniente. «al hogar». Uno de sus jóvenes rehenes le trajo el desayuno, una chica gordita y tímida llamada Mezzara, cuyo padre había gobernado la pirámide de Merreq, y Dany le dio un abrazo y se lo agradeció con un beso.

—Xaro Xhoan Daxos me ha ofrecido trece galeras. — le dijo a Irri y a Jhiqui mientras la vestían para la corte.

—El trece es mal número, *khaleesi* —musitó Jhiqui en el idioma dothraki. —Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Irri.

—El treinta me gustaría más —asintió Daenerys—. Y el trescientos, más todavía. Pero con trece podemos llegar a Poniente.

Las dos muchachas dothrakis intercambiaron miradas.

—El agua venenosa está maldita, *khaleesi* —dijo Irri—. Los caballos no la pueden beber.

—Lo sabe todo el mundo —asintió Jhiqui.

—No tengo intención de beberla, — les prometió Dany.

Aquella mañana sólo la esperaban cuatro demandantes. Lord Ghael, como siempre, fue el primero en intervenir, pareciendo incluso más miserable de lo habitual.

—Esplendor —gimió mientras se arrodillaba sobre el mármol a sus pies—. Los ejércitos de los yunkios han caído sobre Astapor.¡Os lo suplico, acudid al sur con todos vuestros ejércitos!.

—Ya le advertí a vuestro rey que esa guerra era una locura. — le recordó Dany. — No quiso escuchar.

—Lo único que quería Cleon el Grande era acabar con los malvados esclavistas de Yunkai.

—El mismo Cleon el Grande es un esclavo.

—Sé que la Madre de Dragones no nos abandonará cuando más la necesitamos. Prestadnos a vuestros Inmaculados para que defendamos las murallas de la ciudad.

«Y si lo hago, ¿Cómo defenderé mis murallas?.»

—Muchos de mis libertos eran esclavos en Astapor. Tal vez podamos enviar una ayuda a vuestro rey. Eso es decisión de ellos como hombres libres. Le di a Astapor su libertad. Es vuestro deber defenderla.

—Entonces, estamos todos muertos. Nos habeís dado la muerte, no la libertad —Ghael se puso en pie y la escupió en la cara.

Belwas el Fuerte lo agarró por los hombros y lo estampó contra el suelo de mármol con tal fuerza que Dany oyó cómo se le rompían los dientes. El hombre Afeitado habría llegado mucho más lejos, pero ella lo contuvo.

—Basta —dijo al tiempo que se limpiaba la mejilla con una punta del *tokar*—. La saliva nunca ha matado a nadie. Lleváoslo.

Lo sacaron a rastras por los pies, dejando a su paso una estela de sangre y dientes rotos. De buena gana se habría librado del resto de los demandantes... pero todavía era su reina, así que les escuchó e hizo cuanto pudo para darles justicia.

Más tarde aquella tarde, el Almirante Groleo y Ser Barristan volvieron de la inspección de las galeras. Dany reunió a su consejo para escucharles. Gusano Gris estaba alli por los Inmaculados, Skahaz mo Kandaq por las Bestias Bronceadas. En ausencia de sus jinetes de sangre, un anciano *jaqqa rhan* llamado Rommo, de ojos apagados y piernas torcidas, representaba a sus dothrakis. Los libertos estaban representados por los capitanes de las tres compañias que habia formado - Mollono Yos Dob, de los Escudos Fornidos, Simón Espalda Lacerada, de los Hermanos Libres y Marselen de los Hombres de la Reina. Reznak mo Reznak se quedó de pie a su lado, y Belwas el Fuerte se situó detrás, con sus grandes brazos cruzados. A Dany no le faltaba consejo.

Groleo había sido el hombre más desdichado del mundo desde que Dany hiciera pedazos su amada coca para construir las máquinas de asedio con las que tomaron Meereen. Ella había tratado de consolarlo nombrándolo Lord Almirante, pero ambos eran conscientes de que era un honor sin sentido; la flota meereena había zarpado hacia Yunkai cuando el ejército de Dany se aproximaba a la ciudad, de manera que el viejo pentoshi era un almirante sin naves. Pero en aquel momento, bajo la barba quemada por el salitre, sonreía con una sonrisa que la reina no le había visto nunca.

—¿Los barcos son seguros? —preguntó esperanzada.

—Razonablemente seguros, Alteza. Son viejos, es evidente, pero en su mayor parte están bien conservados. El casco de la *Princesa Sangrepura* está carcomido. Preferiría que no perdiera de vista la tierra. La *Narraqqa* necesita timón y aparejos nuevos, y los remos de la *Lagarto Rayado* están muy gastados, pero se pueden aprovechar. Los remeros son esclavos encadenados a los bancos, pero

si los liberamos y les ofrecemos un salario decente se quedarán con nosotros, no me cabe duda. Lo único que saben hacer es remar. Y si alguno prefiere marcharse, siempre podemos sustituirlo por otro hombre de mi tripulación. Es un largo camino hasta Poniente, pero creo que estos barcos son los suficientemente seguros para llevarnos hasta allí.

Reznak mo Reznak dejó escapar un gemido.

—Entonces es verdad. Tenéis intención de abandonarnos. —Se retorció las manos—. En cuanto os marchéis, los yunkios restauraran el poder de los Grandes Amos; pasarán por la espada a todos los que os hemos servido con lealtad; violarán y esclavizarán a nuestras hermosas mujeres, a nuestras hijas doncellas.

—A las mías no —gruñó Skahaz Cabeza Afeitada—. Antes las mataré con mis propias manos. —Se palmeó el puño de la espada.

Dany se sintió como si el golpe se lo hubiera dado a ella en la cara.

—Si teméis lo que pueda sucederos, venid conmigo a Poniente.

—Hayá donde vaya la Madre de Dragones, los Hombres de la Madre irán también. — anunció Marselen, el hermano restante de Missandei.

—¿Cómo? —preguntó Simón Espalda Lacerada, llamado así por la maraña de cicatrices que surcaban su espalda y hombros, un recordatorio de los latigazos que había sufrido como esclavo en Astapor—. Con trece barcos no hay ni para empezar. No bastaría ni con un centenar.

—Los caballos de madera son malos —protestó Rommo, el viejo *jaqqa rhan*—. Los dothrakis cabalgarán.

—Unos pueden ir caminando a lo largo de la orilla —propuso Gusano Gris—. Las naves tendrían que seguir nuestro ritmo y reabastecer a la columna.

—Con eso sólo podríais llegar hasta las ruinas de Bhorash —dijo el Cabeza Afeitada—. Más allá, los barcos tendrían que desviarse hacia el sur por Tolos y la Isla de Cedros y rodear Valyria, mientras que la tropa continuaría hasta Mantarys por el antiguo camino del dragón.

—El camino del demonio lo llaman ahora —dijo Mollono Yos Dob. El comandante regordete de los Escudos Fornidos parecía más un escribano que un soldado, con sus manos manchadas de tinta y su gran panza, pero era tan inteligente como ellos—. Muchos de nosotros morirían.
—Los que quedaran en Meereen les envidiarían una muerte tan sencilla —gimió Reznak—. A nosotros nos harán esclavos o nos echarán a las arenas. Todo será como antes o peor.

—¿Dónde está vuestro coraje? —les espetó Barristan—. Su Alteza os liberó de las cadenas. Ahora os toca a vosotros afilar las espadas y defender vuestra libertad cuando se marche.

—Valientes palabras, sobre todo viniendo de alguien que tiene intención de embarcar hacia el ocaso —le replicó Simón Espalda Lacerada—. ¿Miraréis atrás, hacia nuestra muerte?

—Alteza...

—Magnificencia...

—Adoración...

—¡Basta! —Dany golpeó la mesa con la mano. — No se abandonará a nadie para que muera. Vosotros sois mi gente. — Sus sueños del hogar y el amor la habían cegado. —No abandonaría Meereen para que sufriera el mismo destino que Astapor. Me duele decirlo, pero Poniente debe esperar.

Groleo estaba horrorizado.

—Debemos aceptar estos barcos. Si rechazamos este regalo...

Ser Barristan se arrodilló ante ella.

—Mi reina, vuestro reino os necesita. No os quieren aquí, pero en Poniente los hombres acudirán a miles en cuanto vean vuestro estandarte; os seguirán los grandes señores, los nobles caballeros. «¡Ha venido!», se gritarán unos a otros con alegría. «¡La hermana del príncipe Rhaegar ha vuelto a casa por fin!»

—Si tanto me aman, me esperarán. —Dany se puso en pie— Reznak, llamad a Xaro Xhoan Daxos.

Recibió al príncipe mercader a solas en la sala de las columnas, sentada en su banco de ébano, en los cojines que Ser Barristan le había traído. Llegó acompañado de cuatro marineros qarthenses que transportaban sobre los hombros un tapiz enrollado.

—Traigo otro regalo para la reina de mi corazón —anunció Xaro con tono alegre al entrar—. Lleva en las criptas de mi familia desde que la Maldición cayó sobre Valyria.

Los marineros depositaron el tapiz en el suelo y lo desenrollaron. Era viejo, polvoriento, descolorido... y gigantesco. Dany tuvo que ponerse al lado de Xaro para interpretar el dibujo.

—¿Un mapa? Es muy hermoso.

El tapiz cubría la mitad del suelo. Los mares eran azules; las tierras, verdes, y las montañas, negras y marrones. Las ciudades aparecían representadas en forma de estrellas tejidas con hilo de oro o plata. «No está el mar Humeante —advirtió—. Valyria no era todavía una isla.»
—Ahí podéis ver Astapor, Yunkai y Meereen. —Señaló tres estrellas de plata situadas junto al azul de la bahía de los Esclavos—. Poniente está... por ahí abajo. —Hizo un gesto vago con la mano en dirección al fondo de la estancia—. Girasteis hacia el norte cuando deberíais haber seguido hacia el sur y el oeste para cruzar el mar del Verano, pero con el regalo que os he hecho no tardaréis en volver al lugar al que pertenecéis. Aceptadlos con el corazón lleno de gozo y poned rumbo hacia el oeste.

«Ojalá pudiera.»

—Mi señor, aceptaría encantada esos barcos, pero no puedo daros la promesa por la que preguntasteis — cogió su mano. — Dadme las galeras, y os juro que Qarth tendrá la amistad de Meereen hasta que las estrellas se desvanezcan. Dejadme comerciar con ellos y obtendréis buena parte de los beneficios.

La sonrisa de Xaro murió en sus labios.

—¿Qué estáis diciendo?¿Me estáis diciendo que no iréis?

—No puedo ir.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, deslizándose por la nariz, pasando las esmeraldas, amatistas y los negros diamantes.

—Les dije a los Trece que escucharíais mi sabiduría. Me duele saber que estaba equivocado. Coged estos barcos y zarpad, o seguramente moriréis gritando. No sabéis cuantos enemigos habéis hecho.

«Sé que tengo a uno frente a mi, llorando lágrimas enmascaradas.» La realidad la entristeció.

—Cuando fui a la Sala de los Mil Tronos a suplicar a los Sangrepura por vuestra vida, dije que no erais más que una niña,— Xaro continuó. —pero Egon Emeros el Exquisito se levantó y dijo: “es una niña estúpida, loca y descuidada y demasiado peligrosa para vivir”. Cuando los dragones eran pequeños eran una maravilla. Han crecido, y ahora son muerte y devastación, una espada llameante sobre el mundo. — se secó las lagrimas. — Debí mataros en Qarth.

—Era una invitada bajo vuestro techo, comí vuestra carne y bebí vuestra hidromiel. — dijo ella. — En memoria de todo lo que habéis hecho por mi, perdonaré esas palabras... por una vez... pero no os atreváis a amenazarme de nuevo.

—Xaro Xhoan Daxos no amenaza. Lo promete.

Su tristeza se convirtió en furia.

—Y os prometo que si no os habéis ido antes de que salga el sol, veremos cómo de bien pueden las lágrimas de un mentiroso saciar el fuego del dragón. Dejadme, Xaro. Rápido.

Se fue pero dejó su mundo atrás. Dany se sentó de nuevo en su banco para mirar a través del mar de seda azul hasta el lejano Poniente. «Un día,» se prometió.

La mañana siguiente, las galeras de Xaro se habían ido, pero el “regalo” que le había traido, aún seguía tras la Bahía de los Esclavos. Largos banderines rojos volaban desde los mástiles de trece galeras Qarthianas, retorciéndose con el viento. Y cuando Daenerys descendió hacia la corte, un mensajero de los barcos la esperaba. No dijo ninguna palabra, pero puso a sus pies una almohada de raso negro, sobre el que descansaba un guante manchado de sangre.

—¿Que es esto? — exigió saber Skahaz. — Un guante ensangrentado...

— ... significa la guerra. — dijo la reina.

17. JON

–Cuidado con las ratas mi señor.– Edd el Penas condujo a Jon por las escaleras, con una linterna en una mano. –Chillan de forma espantosa si las pisas. Mi madre solía hacer un sonido similar cuando era niño. Algo de rata debía de tener ahora que lo pienso. Cabello castaño, pequeños ojos brillantes y adoraba el queso. Pudiera ser incluso que tuviera cola, no lo se, nunca lo comprobé.

Todo el Castillo Negro estaba conectado bajo tierra por un laberinto de túneles al que los hermanos llamaban *caminos de lombriz*. El subterráneo era lúgubre y tenebroso, por lo que los *caminos de lombriz* se utilizaban poco en verano, pero cuando el viento invernal comenzaba a soplar y la nieve comenzaba a caer, los túneles se convertían en el método más rápido para moverse por el castillo. Los mayordomos ya lo utilizaban de hecho. Jon vio velas encendidas en varios nichos del muro mientras se abrían paso a lo largo del túnel, con los ecos de sus pisadas precediéndoles. Bower Marsh esperaba en un cruce de cuatro *caminos de lombriz*. Con él estaba Wick Tallapalo, alto y flaco como una lanza.

–Estos son los recuentos de los últimos tres turnos– dijo Marsh a Jon, ofreciéndole un grueso fajo de papeles –para compararlos con nuestros víveres actuales. ¿Vamos a empezar con los graneros?

Se movieron a través de la penumbra gris, debajo de la tierra. Cada depósito poseía una sólida puerta de roble cerrada con un candado de hierro tan grande como un plato sopero.

–¿El robo es un problema?

–Aún no– dijo Bowen Marsh. –Sin embargo, una vez llegue el invierno podría ser prudente para su señoría el poner guardias aquí abajo.

Wick Tallapalo llevaba las llaves en un aro alrededor de su cuello. Todas le parecían iguales a Jon, pero de alguna manera Wick encontraba la adecuada para cada puerta. Una vez dentro, cogía un trozo de tiza de su bolsillo y marcaba cada barril, saco y tonel mientras los contaba, al tiempo que Marsh comparaba la nueva cuenta con la vieja. En los graneros fueron la avena, el trigo y la cebada, y los barriles de harina gruesa molida. En las bodegas centrales, ristras de cebolla, ajos colgando de las vigas y bolsas de zanahorias, rábanos y nabos amarillos y blancos llenando los estantes. Uno de los almacenes guardaba ruedas de queso tan grandes que hacían falta dos hombres para moverlas. En el siguiente, barricas de carne salada, tocino salado, carne de cordero salada y bacalao salado quedaban apiladas hasta diez pies de altura. Trescientos jamones y tres mil salchichas largas y negras colgaban de las vigas del techo por debajo del ahumadero. En el armario de las especias, hallaron granos de pimienta, clavos y canela, semillas de mostaza, cilantro, savia y hierba de salvia y perejil y bloques de sal. En otra parte había barricas de manzanas y peras, guisantes secos, higos secos, bolsas con nueces, con castañas, con almendras, tablas de salmón seco ahumado y vasijas de barro llenas de aceitunas conservadas en aceite y selladas con cera. Un almacén brindaba liebre embotada, pata de ciervo en miel, repollo en conserva, remolacha en conserva, cebollas en conserva, huevos en escabeche y arenque en escabeche.

Mientras se movían de una cámara a otra los *caminos de lombriz* parecían volverse más fríos. Al de poco Jon podía ver su propio aliento reflejado en la luz de la linterna.

–Estamos bajo el Muro.

–Y pronto en su interior– dijo Marsh. –La carne no se descompone en el frío. Para un almacenamiento prolongado es mejor que la sal.

La siguiente puerta era de hierro oxidado. Tras ella había una escalera de madera. Edd el Penas abrió la marcha con su linterna. Allá arriba encontraron un túnel tan largo como el mayor de los pasillos de Invernalia pero no mas ancho que los *caminos de lombriz*. Los muros eran de hielo, erizados por garfios de hierro. De cada garfio colgaba una res: ciervos y alces despellejados, partes de vaca, cerdas enormes colgando del techo, ovejas y cabras decapitadas, incluso carne de caballo y oso. La escarcha lo cubría todo. Mientras hacían el recuento, Jon se quito el guante de su mano izquierda y toco la pata de venado más cercana. Podía sentir como sus dedos se pegaban, y cuando los retiro perdió un poco de piel. Sus yemas estaban entumecidas. «¿Que esperabas? Hay una montaña de hielo sobre tu cabeza, mas toneladas de las que incluso Bowen Marsh podría contar». Aún así, la habitación parecía mas fría de lo que debería.

–Es peor de lo que esperaba, mi señor, anuncio Marsh cuando termino el recuento. Su voz sonaba mas sombría que la de Edd el Penas.

Jon había estado pensando que toda la carne del mundo les rodeaba. «No sabes nada, Jon Nieve».

–¿Cómo es eso? A mi me ha parecido que hay una gran cantidad de comida.

–Ha sido un verano largo. Las cosechas eran abundantes, los señores generosos. Hemos sembrado lo suficiente como para soportar tres años de invierno. Cuatro, escatimando gastos. Ahora bien, si tenemos que continuar alimentando a todos los hombres del rey, de la reina y a los salvajes… solo en villa topo hay un millar de inútiles bocas hambrientas, y aún así siguen llegando. Tres mas se presentaron ayer a las puertas, una docena el día anterior. Esto no puede continuar. Establecerlos en el agasajo, esta bien y es bueno, pero ya es tarde para plantar semillas. Para cuando termine el año solo tendremos nabos y puerros. Después de eso empezaremos a beber la sangre de nuestros propios caballos.

–Umm– declaró Edd el Penas, –nada mejor que una taza caliente de sangre de caballo en una noche fría. Yo quisiera la mía con una pizca de canela.

El Lord mayordomo no le hizo caso.

–Habrá enfermedad también– continuó, –encías sangrantes, y dientes flojos. El maestre Aemon solía decir que el zumo de limón y la carne fresca suele remediarlo, pero nuestros limones se agotaron hace un año y no tenemos suficiente forraje como para mantener a los rebaños vivos y así disponer de carne fresca. Deberíamos sacrificarlos a todos exceptuando un par de parejas. El momento ha pasado. En inviernos pasados, la comida podría haber llegado desde el sur por el camino del rey, pero con la guerra… aún es otoño, lo se, pero en todo caso le aconsejaría comenzar con las raciones invernales, si mi señor gusta.

«A los hombres les encantara saberlo»

–Si tenemos que hacerlo… limitaremos la ración de cada hombre a un cuarto.

«Si mis hermanos se quejan de mi ahora, ¿que dirán cuando estén comiendo nieve y pasta de bellota?»

–Eso servirá, mi señor.– El tono del Lord mayordomo dejaba claro que no seria suficiente.

–Ahora entiendo por qué el rey Stannis dejo a los salvajes atravesar el Muro. Quería que nos alimentáramos de ellos.– dijo Edd el Penas.

Jon sonrío.

–No llegaremos a eso.
–Ah, bien– dijo Edd, –parecen muy fibrosos y mis dientes no son tan afilados como cuando era joven.

–Si tuviéramos suficiente dinero, podríamos comprar la comida en el sur y traerla en barco.- dijo el Lord mayordomo.

«Podríamos», pensó Jon, «Si tuviéramos oro, y alguien estuviera dispuesto a vendernos comida. Estamos necesitados de ambas. Nuestra mejor esperanza tal vez sea el Nido.»

El valle de Arryn era celebre por su fertilidad y no había resultado pasto de las llamas durante las luchas. Jon se pregunto como se sentiría la hermana de Lady Catelyn alimentando al bastardo de Ned Stark. Cuando era niño, a menudo sentía como Lady Catelyn le daba de mala gana cada bocado.

–Siempre podemos cazar si fuera necesario– indicó Wick Tallapalo. –Aún hay caza en el bosque.

–Y salvajes, y cosas mas oscuras– dijo Marsh. –No enviaré a nuestros cazadores, mi señor. Yo no.

«No. Tu cerrarías nuestras puertas para siempre y los sellarías con hielo y piedra.» Sabía que la mitad del Castillo Negro estaba de acuerdo con el punto de vista del Lord mayordomo. La otra mitad los despreciaba.

–Sella nuestras puertas y planta vuestros grasientos culos negros en el muro, si, y el pueblo libre vendrá como una muchedumbre por el *Puente* o por *Calaveras* o por cualquier otra puerta que pensaste que habías sellado hace quinientos años.- había declarado alto y fuerte Dywen, el viejo forestal, durante la cena, dos noches antes. - No disponemos de hombres para cubrir cien leguas de Muro. Tormund Matagigantes y El Llorón también lo saben. ¿Alguna vez viste un pato en un estanque congelado, con los pies en el hielo? Funciona igual para los cuervos.
La mayoría de los exploradores se hicieron eco de las palabras de Dywen, mientras que los mayordomos y los constructores se inclinaban hacia Bowen Marsh. Pero eso seria un dilema otro día. Aquí y ahora, el problema era la comida.

–No podemos dejar morir de hambre a los hombres de Stannis, incluso aunque lo deseemos– dijo Jon. –Si se viera en la necesidad, simplemente utilizaría sus armas. No tenemos hombres para detenerlos. Los salvajes también han de ser alimentados.

–¿Cómo, mi señor?- pregunto Bowen Marsh.

«Ojala lo supiera» –Buscaremos el modo.

Cuando regresaron a la superficie, las sombras del atardecer ya eran largas. Las nubes surcaban el cielo como estandartes andrajosos en gris y blanco roto. El patio de la armería estaba vacío, pero dentro Jon encontró al escudero del rey esperándole. Devan era un muchacho flaco de unos doce años de edad, de pelo y ojos castaños. Lo encontraron inmóvil junto a la forja, sin atreverse a moverse mientras *Fantasma* le olisqueaba de arriba abajo.

–No te hará daño– dijo Jon.

El muchacho se estremeció al oír su voz y a causa del repentino movimiento el huargo le mostró sus

dientes.

–¡No!– dijo Jon. –*Fantasma*, déjalo en paz. Fuera.

El lobo se escabullo silenciosamente de vuelta a su hueso de buey. Devan parecía tan pálido como *Fantasma*, su cara llena de sudor.

–M-mi señor. Su alteza ordena a que se presente ante él.- El joven estaba vestido de oro y negro Baratheon, con el corazón llameante de un hombre de la reina.

–Querrás decir requiere– dijo Edd el Penas. –Su alteza requiere la presencia del Lord Comandante. Así es como yo lo diría.

–Déjalo, Edd.- Jon no estaba de humor para semejantes disputas.

–Ser Richard y Ser Justin han regresado– dijo Devan. –¿Quiere venir, mi señor?

Los exploradores tontos. Massey y Horpe habían cabalgado hacia el sur, no hacia el norte. Sea lo que fuera lo que hubieran descubierto no concernía a la Guardia de la Noche, pero Jon sentía curiosidad al mismo tiempo.

–Complaceré a su Alteza– Siguió al joven escudero por el patio. *Fantasma* iba tras él hasta que Jon dijo. –No, quédate– El huango sin embargo salió corriendo.

En la Torre del Rey, Jon fue despojado de sus armas y entonces fue admitido por la guardia real. El solar estaba caliente y abarrotado de gente. Stannis y sus capitanes estaban reunidos sobre el mapa del norte. Los exploradores tontos estaban entre ellos. Sigorn también estaba allí, el joven Magnar de Thenn, vestido con una cota de cuera cosida con escamas de bronce. Casaca de Matraca se rascaba la manilla de sus esposas con una uña agrietada amarilla. Una barba lampiña marrón cubría su barbilla y sus mejillas hundidas y trenzas de pelo sucio se cruzaban ante sus ojos.

–Ahí viene– dijo cuando vio a Jon, –el valiente niño que asesino a Mance mientras estaba enjaulado y atado.

La gran gema cuadrada que adornaba sus esposas de hierro brillaba rojiza.

–¿Te gusta mi rubí, Nieve? Una muestra de amor de la Dama Roja.

Jon le ignoro y se arrodillo.

–Alteza– anuncio el escudero Devan, –He traído a Lord Nieve.

–Ya lo veo. Lord Comandante. Creo que ya conoce a mis caballeros y capitanes.

–Tengo ese honor.– Había hecho todo lo posible por aprender todo lo que podía acerca de los hombres que rodeaban al rey, acerca de los de la reina, acerca de todos. Los hombres del rey habían incurrido en la ira de Stannis si los rumores que había escuchado eran ciertos.

–Hay vino. O agua hervida con limón.

–Gracias, pero no.

–Como deseéis. Tengo un regalo para vos, Lord Nieve.– El rey movió una mano hacia Casaca de Matraca. –Él– Lady Melisandre sonrío. –Dijísteis que queríais hombres, Lord Nieve. Creo que nuestro Señor de los huesos esta cualificado.

Jon estaba horrorizado.

–Su Alteza, no se puede confiar en este hombre. Si lo tengo aquí, alguien acabara con la garganta cortada. Si lo envío de explorador, regresara con los salvajes.

–Yo no. Ya estoy harto de esos estúpidos sanguinarios. –Casaca de Matraca toco el rubí de su muñeca. –Pregúntale a tu bruja roja, bastardo.

Melisandre hablo en voz queda en una lengua extraña. El rubí de su garganta latía lentamente, y Jon observo que la piedra pequeña de la muñeca de Casaca de Matraca brillaba y se oscurecía igual.

–Mientras lleve la joya estará ligado a mí en cuerpo y alma– dijo la sacerdotisa roja. – Este hombre te servirá fielmente. Las llamas no mienten, Lord Nieve.

«Tal vez no», pensó Jon, «Pero tú sí».

–Exploraré para ti, bastardo– declaró Casaca de Matraca.- Te daré consejos sabios o cantare canciones bonitas para ti, como prefieras. Incluso lucharé por ti. Pero no me pidas que vista vuestra capa.
«No eres digo de ella,» pensó Jon, pero contuvo su lengua. Nada bueno podía salir de discutir frente al rey.

–Lord Nieve, háblame de Mors Umber– dijo el Rey Stannis.

«La Guardia de la Noche no toma partido», pensó Jon, pero otra voz en su interior dijo, «Las palabras no son espadas».

–Es el mayor de los tíos de Gran Jon. Apodado Carroña. Un cuervo una vez lo dio por muerto y le arranco un ojo. Él aprisionó al pájaro en una mano y lo decapitó de un mordisco. Cuando Mors era joven era un temible luchador. Sus hijos murieron en el Tridente, su mujer en el parto. Su única hija fue raptada por salvajes hace treinta años.

–Es por eso que quiere la cabeza– dijo Harwood Fell.

–¿Este Mors es un hombre de confianza?– pregunto Stannis.

«¿Mors Umber se había rendido?»

–Su Alteza debería hacerle jurar frente a su árbol corazón.

–Había olvidado que los norteños adorabais árboles.– se burlo Godry el Matagigantes.

–¿Qué clase de dios permite que le meen los perros?– pregunto Clayton Suggs, amigo de Farring.

Jon decidió ignorar a ambos.

–Su Alteza, ¿puedo saber si los Umber os apoyan?

–La mitad de ellos, y sólo si cumplo con la exigencia de este *Carroña*– dijo Stannis, en un tono irritado. –Quiere el cráneo de Mance Rayder para hacerse una copa, y quiere un perdón de su hermano, quien cabalgo hacia el sur para unirse a Bolton. Le llaman *Mataputas*.– Ser Godry se divertía con aquello también.

–¡Menudos nombres tienen estos norteños! ¿Le ha arrancado este de un mordisco la cabeza a alguna puta?– Jon le miro con frialdad.

–Podría decirse. Una puta intento robarle, hace cincuenta años en Antigua– Por extraño que pareciera, el viejo Hoarfrost Umber pensaba que su hijo menor tenia madera para ser maestre. A Mors le encantaba alardear sobre el cuervo que le quito un ojo, pero la historia de Hother sólo se narraba entre susurros… más teniendo en cuenta que la puta que había destripado había sido un hombre.– ¿Se han unido otros señores a Bolton?

La sacerdotisa roja se deslizó más cerca del rey.

–Vi un pueblo con muros y calles de madera, lleno de hombres. Los estandartes ondeaban sobre sus muros: un alce, un hacha de batalla, tres pinos, hachas largas cruzadas bajo una corona, una cabeza de caballo con ojos ardientes.
–Hornwood, Cerwyn, Tallhart, Ryswell y Dustin– facilitó Ser Clayton Suggs. –Todos traidores. Perros falderos de los Lannister.

–Los Ryswell y los Dustins están vinculados a la casa de Bolton por matrimonio– le informó Jon. –Los otros han perdido a sus señores en las luchas. No se a quien deben lealtad ahora. Sin embargo, *Carroña* no es un perrito faldero. Su Alteza haría bien en aceptar sus términos.

Stannis rechino sus dientes

–Me informó que los Umber no lucharían contra los Umber, por ninguna causa.

Jon no se sorprendió.

–Llegado el caso, observe dónde ondea el estandarte de Hother y ponga a Mors en el otro extremo.

El Matagigantes estaba en desacuerdo.

–Haces que su Alteza parezca débil. Yo digo, mostremos nuestra fuerza. Quemad el Ultimo Hogar hasta sus cenizas y cabalgad a la guerra con la cabeza de *Carroña* ensartada en una pica, como lección para el siguiente señor que se atreva a ofrecer la mitad de su casa.

–Un buen plan si lo que pretendes conseguir es que cada mano en el norte se alce en contra tuya. La mitad es más que ninguno. Los Umbers no profesan amor hacia los Bolton. Si *Mataputas* se ha unido al bastardo, solo puede ser porque los Lannister tienen como prisionero a Gran Jon.

–Ese es su pretexto, no su razón– declaró Ser Godry– Si el sobrino muere encadenado, estos tíos podrán reclamar sus tierras y señoríos para si mismos.

–El Gran Jon tiene hijos e hijas. En el norte los hijos de un hombre van antes que sus tíos, ser.

–A menos que mueran. Los niños muertos son los últimos en todas partes.

–He matado a un gigante, niño. ¿Por qué debería temer a unas pulgas montadas, a norteños que se

pintan sus escudos?

–El gigante estaba huyendo. Mors no lo hará.

El gran caballero se sofoco.

–Tienes una lengua atrevida en el solar del rey, niño. En el patio tu canción será bien distinta.

–Oh, déjalo ya, Godry– dijo Ser Justin Massey. Un minga suelta, un caballero carnoso con una sonrisa dispuesta y una mata de pelo rubio. Massey era uno de los exploradores tontos.– Estoy seguro de que todos sabemos como de grande es tu espada. No hay necesidad de que nos la restriegues por la cara de nuevo.

–Lo único que se esta restregando por aquí es tu lengua, Massey.

–Silencio– replicó Stannis. –Lord Nieve, acompañadme. Me había detenido aquí con la esperanza de que los salvajes fueran tan tontos como para montar otro ataque contra el Muro. Ya que no es así, va siendo hora de que lidie con mis otros enemigos.

–Comprendo– El tono de Jon era cauteloso. «¿Qué querrá de mi?». –No tengo ninguna simpatía por Lord Bolton o su hijo, pero la Guardia de la Noche no puede alzar sus armas contra ellos. Nuestros votos nos prohíben…

–Lo sé todo acerca de vuestros votos. Ahórrame tu rectitud, Lord Nieve, tengo suficiente fuerza sin tí. Tengo en mente marchar contra Fuerte Terror. –cuando vio la conmoción en la cara de Jon, sonrío.– ¿Os sorprende? Bien. Aquello que sorprende a un Nieve ha de sorprender a otro. El bastardo de Bolton se ha dirigido al sur, llevándose a Hother Umber con él. En eso Mors Umber y Arnolf Karstark están de acuerdo. Eso sólo puede significar que atacarán Foso Cailin y así abrir un paso para que su padre pueda regresar al norte. El bastardo debe pensar que estoy demasiado ocupado con los salvajes como para ser una molestia. Muy bien. El niño me ha mostrado su garganta. Supongo que debo rasjársela. Roose Bolton puede recobrar el norte, pero cuando lo haga, encontrara que su castillo, sus rebaños y sus cosechas, todo me pertenece. Si cojo Fuerte Terror por sorpresa…

–No lo harás.– exclamo Jon.

Fue como si hubiera golpeado un avispero con un palo. Uno de los hombres de la reina se echo a reír, uno lo disputo, otro murmuro una maldición y todos los demás trataron de hablar a la vez.

–El niño tiene leche en sus venas– dijo Ser Godry el Matagigantes.

–Los cobardes ven proscritos detrás de cada brizna de hierba– aúllo Lord Sweet.

Stannis alzo una mano para pedir silencio.

–Explícate.

«¿Por dónde empezar?» Jon se trasladó al mapa. Las velas se habían colocado en sus extremos para que la piel no se enrollara. Un dedo de cera caliente se encharcaba en la Bahía de las Focas, lenta como un glaciar.

–Para llegar a Fuerte Terror, su Alteza deberá viajar por el camino del rey hasta pasar el Ultimo Río,

girar al sur por el este y cruzar las Colinas Solitarias– señaló con el dedo. –Esas son tierras de los Umber, donde ellos conocen cada árbol y cada roca. El camino del rey continúa a lo largo de su frontera occidental durante cien leguas. Mors reducirá su ejército a pedazos a menos que cumpla sus términos y lo gane para su causa.

–Muy bien, digamos que lo hago.
–Eso le llevará a Fuerte Terror– dijo Jon – pero al menos que su ejercito pueda adelantar a un cuervo o a una línea de faros, el castillo sabrá que se aproxima. Será fácil para Ramsay Bolton cortar su retirada y dejarlo separado lejos del Muro, sin comida o refugio, rodeado por sus enemigos.

–Sólo si abandona su asedio a Foso Cailin.

–Foso Cailin caerá antes de que haya alcanzado Fuerte Terror. Una vez Lord Roose una sus fuerzas a las de Ramsay, os superaran en cinco a uno.

–Mi hermano ganó batallas en peores situaciones

–Asumes que Foso Cailin caerá rápidamente, Nieve –objeto Justin Massey –pero los hombres de hierro son luchadores valientes, y he oído decir que el Foso nunca ha sido tomado.

–Desde el sur. Una pequeña guarnición en Foso Cailin puede causar estragos a cualquier ejercito que se acerque por la calzada, pero las ruinas son vulnerables desde el norte y el este.– Jon se giró a Stannis. –Señor, este es un golpe audaz, pero el riesgo… «La Guardia de la Noche no toma partido. Baratheon o Bolton debería de significarme lo mismo.» –Si Roose Bolton os da caza bajo sus muros con toda su fuerza, será el fin de todo vosotros.

–El riesgo es parte de la guerra– declaró Ser Richard Horpe, un caballero delgado con el rostro destrozado cuyo emblema mostraba tres calaveras de polilla sobre un campo de cenizas y huesos. –Cada batalla es una jugada, Nieve. Quien no hace nada también arriesga.

–Hay riesgos y riesgos, Ser Richard. Este… es demasiado, demasiado pronto, demasiado lejos. Conozco Fuerte terror. Es un castillo fuerte, totalmente de piedra, con gruesos muros y torres macizas. Con el invierno acercándose, descubriréis que esta bien aprovisionada. Hace siglos, la casa Bolton se alzo contra el Rey en el Norte, y Harlon Stark cercó Fuerte Terror. Le llevo dos años antes de que se murieran de hambre. Para tener alguna esperanza de tomar el castillo, su Alteza necesitara maquinas de asedio, torres, arietes…

–Las torres de asedio se alzarán si fuera necesario– dijo Stannis. –Los árboles pueden ser talados si así es requerido. Arnolf Karstark nos escribe que quedan menos de cincuenta hombres en Fuerte Terror, la mitad de ellos sirvientes. Un castillo fuerte custodiado débilmente es débil.

–Cincuenta hombres dentro de un castillo valen por quinientos fuera.

–Eso depende del tipo de hombre– dijo Richard Horpe. –Estos serán ancianos o niños verdes, la clase de hombres que este bastardo no estime oportuno para la batalla. Nuestros propios hombres fueron masacrados y probados en Aguasnegras, y son guiados por caballeros.

–Has visto cómo hemos luchado contra los salvajes.– Ser Justin se apartó un mechón de pelo rubio– Los Karstark han jurado unirse a nosotros en Fuerte Terror, y a parte tendremos a nuestros salvajes. Trescientos hombres en edad de luchar. Lord Harwood hizo un recuento de lo que atravesó las puertas. Sus mujeres también luchan.

Stannis le dirigió una agria mirada

–No para mi, Ser. No quiero viudas que lloren cada mañana. Las mujeres se quedarán aquí, con los viejos, los heridos y los niños. Servirán de rehenes para asegurarnos la lealtad de sus maridos y padres. Los salvajes formarán mi vanguardia. El Magnar los mandará, con sus propios jefes como alguaciles. Sin embargo, primero debemos armarlos.

«Desea saquear nuestra armería» se dio cuenta Jon. «Alimentos y ropa, tierras y castillo, ahora armas. Cada día me exige más. Las palabras tal vez no sean espadas, pero las espadas son espadas».

–Puedo disponer de trescientas lanzas– dijo, de mala gana. –También cascos, si cogéis los viejos, rojos y oxidados.

–¿Armaduras?– pregunto el Magnar. –¿Corazas?, ¿Mallas?

–Cuando Donal Noye murió perdimos a nuestro armero.– Jon no pronuncio el resto. «Entrega mallas a los salvajes y serán el doble de peligrosos para el reino».

–Cuero hervido será suficiente– dijo Ser Godry. –Una vez alcancemos la batalla, los supervivientes podrán saquear a los muertos.

«Los pocos que vivan tanto. Si Stannis coloca al pueblo libre en su vanguardia, la mayoría morirá rápidamente»

–Beber del cráneo de Mance puede que satisfaga a Mors Umber, pero ver salvajes atravesar sus tierras no lo hará. El pueblo libre ha estado atacando a los Umber desde el amanecer de los días, cruzando la Bahía de las Focas por oro, ovejas y mujeres. Una de estas fue la hija de *Carroña*. Su Alteza, deje a los salvajes aquí. Llevarlos sólo servirá para volver a los abanderados de mi padre en su contra.

–De todos modos no parece que los abanderados de tu padre tengan gusto por mi causa. He de asumir que ellos me ven como otro… ¿Qué fue lo que me has llamado, Lord Nieve? ¿Otro condenado pretendiente? –Stannis miraba el mapa. Durante largo tiempo el único sonido eran los dientes del rey rechinando. –Todos vosotros, fuera. Lord Nieve, quédese.

La brusca despedida no le sentó bien a Justin Massey, pero no tuvo mas remedio que sonreír y retirarse. Horpe lo siguió, tras lanzar a Jon una mirada medida. Clayton Suggs apuro su copa y murmuro algo a Harwood Fell que hizo reír al joven. Tenia parte de niño aún. Suggs era un cerco insalvable, tan cruel como fuerte. El último hombre en retirarse fue Casaca de Matraca. Ya en la puerta, le hizo una reverencia burlona a Jon, sonriendo con una mueca marrón llena de dientes rotos.

Aquel «todos vosotros» al parecer no incluía a Lady Melisandre. La sombra roja del rey. Stannis pidió mas agua con limón a Devan. Cuando su copa estaba llena el rey bebió, y dijo.

–Horpe y Massey aspiran al asiento de tu padre. Massey además quiere a la princesa salvaje. Una vez sirvió a mi hermano Robert como escudero y adquirió su apetito por la carne femenina. Horpe desposaría a Val si lo ordenara, pero sólo desea combatir. Como escudero sólo soñaba con la capa blanca, pero Cersei Lannister habló en su contra y Robert pasó de él. Quizás correctamente. Ser Richard está muy aficionado a matar. ¿Cuál pondríais como Señor de Invernalia? ¿Nieve? ¿El risitas o el asesino?

–Invernalia pertenece a mi hermana Sansa.– dijo Jon.

–He escuchado todo lo que debía escuchar de Lady Lannister y su petición. –El rey dejo la copa a un lado.– Tú podrías entregarme el norte. Los abanderados de tu padre se reunirían con el hijo de Eddard Stark. Incluso Lord Demasiado-Gordo-Para-Montar-Un-Caballo. Puerto Blanco me proporcionaría una fuente de alimento y una base segura a la que retirarme en caso de necesidad. No es demasiado tarde para enmendar tu locura, Nieve. Hinca la rodilla, jura servirme con tu espada bastarda y álzate como Jon Stark, Señor de Invernalia y Guardián del Norte.

«¿Cuántas veces me hará decírselo?»

–Mi espada esta comprometida a la Guardia de la Noche.

Stannis lo miro disgustado.

–Tu padre también fue un hombre terco. Honor, lo llamaba él. Bien, el honor tiene sus costes, como Lord Eddard aprendió a su pesar. Si te da algún consuelo, Horpe y Massey están condenados a la decepción. Estoy decidido a conceder Invernalia a Arnolf Karstark. Un buen norteño.

–Un norteño.– «Mejor un Karstark que un Bolton o un Greyjoy» se dijo Jon a si mismo, pero el pensamiento le dio poco consuelo. –Los Karstark abandonaron a mi hermano en medio de sus enemigos.

–Después de que tú hermano decapitara a Lord Richard. Arnolf se encontraba a mil leguas de allí. Tiene sangre de Stark. Sangre de Invernalia.

–No mas que la mitad de las Casas del norte.

–Esas otras Casas no me han apoyado.

–Arnolf Karstark es un anciano, con la espalda torcida, e incluso en su juventud nunca fue un luchador como lo fue Lord Richard. Los rigores de una campaña así pueden matarlo.

–Tiene herederos.– espeto Stannis. –Dos hijos, seis nietos, algunas hijas. Si Robert hubiera tenido hijos legítimos, muchos de los muertos estarían vivos.

–Su Alteza deberá hacerlo mejor con Mors *Carroña*.

–Fuerte Terror será prueba de ello.

–¿Entonces continuara con este ataque?

–¿A pesar del consejo del gran Lord Nieve? Si. Horpe y Massey pueden ser ambiciosos, pero no se equivocan. No permaneceré sentado, ocioso, mientras la suerte de Bolton aumenta y la mía disminuye. Debo atacar y demostrar al norte que continúo siendo un hombre al que temer.

–Los Tritones de Manderly no estaban entre los estandartes que Lady Melisandre vio en su fuego– dijo Jon. –Si tuvierais Puerto Blanco y a los hombres de Lord Wyman…

–Si, habladurías de necios. No hemos tenido noticias de Davos. Puede ser que nunca llegara a Puerto Blanco. Arnolf Karstark nos ha escrito diciendo que las tormentas se han enrarecido en el

estrecho. Que sea lo que tenga que ser. No tengo tiempo para lamentos, ni para esperar a los caprichos de Lord Demasiado-Gordo. Debo considerar que Puerto Blanco esta perdido. Sin un hijo de Invernalia que me respalde, sólo puedo aspirar a ganar el norte luchando. Eso requiere robar una hoja al libro de mi hermano. Ninguno que Robert haya leído. Debo hacer frente a mis enemigos con un golpe mortal antes de que sepan que estoy entre ellos.

Jon comprendió que sus palabras eran en vano. Stannis tomaría Fuerte Terror o perecería en el intento. «La Guardia de la Noche no toma partido», dijo una voz, pero otra replico, «Stannis lucha por el reino, los hombres de hierro para el saqueo y la esclavitud.»

–Su Alteza, sé donde podría encontrar mas hombres. Entrégueme a los salvajes y con mucho gusto le diré dónde y cómo.

–Te di a Casaca de Matraca. Date por satisfecho.

–Los quiero a todos.

–Algunos de tus hermanos juramentados quieren hacerme creer que eres medio salvaje. ¿Es cierto?

–Para vos sólo son blancos para sus flechas. Yo podría darles mejor uso aquí en el Muro. Démelos como se lo pido, y le mostraré dónde puede hallar su victoria… así como hombres.

Stannis se froto la nuca.

–Regateáis como una anciana con el bacalao. ¿Acaso os convirtió Ned Stark en una verdulera? ¿Cuántos hombres

–Dos mil. Quizás tres.

–¿Tres mil? ¿Qué clase de hombres son?
–Orgullosos. Pobres. Susceptibles en cuanto a su honor se refiere pero guerreros feroces.

–Será mejor que no se trate de algún truco de bastardo. ¿Cambiaría trescientos guerreros por tres mil? Si, lo haría. No soy un completo imbécil. Si dejo a la chica con vos, ¿tendré vuestra palabra de que custodiareis a nuestra princesa cuidadosamente?

«No es una princesa». –Como su Alteza desee.

–¿He de hacer que lo juréis antes un árbol?

–No. «¿Eso era una broma?» con Stannis era difícil saberlo.

–Entonces, hecho. Ahora, ¿Dónde están esos hombres?

–Los encontrareis aquí– Jon extendió su mano quemada através del mapa, al oeste del camino del rey y al sur del Agasajo.

–¿Esas montañas?– Stannis se mostró suspicaz. –No veo ningún castillo señalado ahí. No hay caminos, ni ciudades, ni villas.

–El mapa no es la tierra, solía decir a menudo mi padre. Los hombres han vivido en los altos valles y en las praderas de las montañas durante miles de años, gobernados por sus jefes de clan. Pequeños

señores, podríais llamarlos, a pesar de que entre ellos no utilicen títulos. Los campeones de clan luchan utilizando enormes espadones a dos manos, mientras el resto utiliza hondas y se apalean unos a otros con bastones de fresno. Un pueblo pendenciero, todo hay que decirlo. Cuando no pelean con alguien, cuidan de sus rebaños, pescan en la Bahía de Hielo y crían la raza más resistente que jamás haya montado.

–¿Y creéis que lucharan para mí?

–Si se lo pedís.

–¿Por qué he de suplicar lo que me pertenece?

–Dije pedir, no suplicar– Jon retiró su mano.– No es recomendable que enviéis mensajeros. Su Alteza debería ir personalmente. Comer su pan y sal, beber su cerveza, escuchar a sus músicos, pregonar la belleza de sus hijas y el coraje de sus hijos y de ese modo lograr sus espadas. Los clanes no han visto a un rey desde que Torhen Stark hincó la rodilla. Vuestra llegada les dará honor. Si les ordenáis desde aquí que luchen por vos, se preguntaran unos a otros ¿Quién es este hombre? No es mi rey.

–¿De cuantos clanes esta hablando?

–Dos tipos, pequeños y grandes. Flint, Wull, Norrey, Liddle… gánese a Flint el Viejo y a Bucket el Grande y les resto les seguirán.

–¿Bucket el Grande?
–Los Wull. Tienen las barrigas más grandes de las montañas, y a la mayoría de los hombres. Los Wull pescan en la Bahía de Hielo y asustan a sus pequeños con que los hombres de hierro se los llevaran si no se portan bien. Sin embargo, para llegar a ellos Su Alteza debe atravesar las tierras de los Norrey. Son los que viven más cerca del Agasajo y siempre han sido amigos de la Guardia. Podría daros guías.

–¿Podríais?– divago Stannis. –¿o lo haréis?

–Lo haré. Les necesitareis. Así como rutas seguras. Allá arriba los caminos son poco más que senderos de cabras.

–¿Senderos de cabras? –Los ojos del rey se entrecerraron. –¿Hablo de movernos con rapidez, y vos perdéis mi tiempo con senderos de cabras?

–Cuando el Joven Dragón conquisto Dorne, utilizo senderos de cabras para sortear los puestos de avanzada de Senderohueso.

–Conozco ese cuento, pero Daeron se vanaglorió demasiado de sí mismo en ese libro. Los barcos ganaron aquella guerra, no los senderos de cabras. Puño de Roble destrozó la ciudad y barrio la mitad de Sangreverde mientras la fuerza principal Dorniense estaba trabando batalla en el Paso de la Princesa.- Stannis tamborileo sus dedos en el mapa.- ¿Estos señores de las montañas no impedirán mi travesía?

–Sólo con fiestas. Cada uno tratara de superar al siguiente en hospitalidad. Mi Señor Padre decía que nunca comía la mitad de bien que cuando visitaba a los clanes.

–Por tres mil hombres, supongo que podré soportar algunas pipas y gachas de avena– dijo el rey, de

mala gana.

Jon se giró hacia Melisandre

–Mi señora, una advertencia honrada. Los viejos dioses son fuertes en esas montañas. Los hombres de clan no tolerarán insultos a sus árboles corazón– Aquello pareció divertirla.

–No temas, Jon Nieve, no molestaré a tus salvajes montañeses ni a sus oscuros dioses. Mi lugar esta aquí contigo y con tus bravos hermanos.

Eso era lo último que Jon Nieve hubiera deseado escuchar, pero antes de que pudiera poner objeciones, el rey dijo.

–¿A dónde debería llevar a estos incondicionales si no es contra Fuerte Terror?

Jon miró el mapa

–Bosquespeso– señaló con un dedo –Si Bolton pretende luchar contra los hombres de hierro, también deberá hacerlo con vos. Bosquespeso es un castillo pequeño amurallado en medio de un denso bosque, fácil de conquistar desprevenido. Un castillo de madera, defendido por un dique y una empalizada de troncos. Es cierto, que la marcha será más lenta por las montañas, pero de este modo vuestro ejército podrá moverse sin ser visto, para emerger casi a las puertas de Bosquespeso.

Stannis se froto el mentón.

–Cuando Balon Greyjoy se alzo por primera vez, derroté a los hombres de hierro en alta mar, donde son mas fieros. En tierra, tomándolos desprevenidos… si. Ya he ganado una victoria sobre los salvajes y su Rey-Más-Allá-del-Muro. Si también puedo derrotar a los hombres de hierro, el norte sabrá que tiene un rey de nuevo.

«Y yo tendré mil salvajes», pensó Jon, «y ninguna manera de alimentar ni a la mitad de ese número».

18. TYRION

La *Dama Tímida* avanzaba a través de la niebla como un hombre ciego andando a tientas por un pasillo extraño.

La Septa Lemore rezaba. La niebla amortiguaba el sonido de su voz, haciéndola parecer pequeña y callada. Griff recorría la cubierta, haciendo tintinear suavemente su cota de malla bajo su capa de piel de lobo.

De vez en cuando tocaba su espada, como para asegurase de que aún colgaba en su costado. Rolly Campopato empujaba la pértiga de estribor, y Yandry la de babor. Ysilla
manejaba el timón.

–No me gusta este lugar– masculló Haldon Mediomaestre.

–¿Asustado por un poco de niebla?– se burló Tyrion, aunque a decir verdad había mucha niebla. En la proa de la *Dama Tímida*, estaba Griff el joven con la tercera pértiga, para apartarlos de cualquier peligro que pudiera surgir de la bruma. Había farolillos encendidos delante y detrás, pero la niebla era tan espesa que todo lo que podía ver el enano desde la mitad del barco era una luz flotando enfrente de él y otra detrás. Tyrion se encargaba de cuidar el brasero y asegurarse de que el fuego no se apagara.

–Esta niebla no es normal, Hugor Hill– insistió Ysilla. –Apesta a brujería, como sabrías si tuvieses nariz para olerla. Muchos viajeros se han perdido aquí, barcas de pértigas y piratas y también grandes galeras fluviales. Vagan desesperados a través de la niebla, buscando un sol que no pueden encontrar hasta que la locura o el hambre reclama sus vidas. Aquí hay espíritus inquietos en el aire y almas atormentadas bajo el agua.

–Hay uno ahora– dijo Tyrion. En el agua a estribor una mano lo suficientemente grande como para destripar el barco surgía desde las turbias profundidades. Sólo la parte superior de dos dedos asomaban sobre la superficie del río, pero mientras la *Dama Tímida* la sorteaba y pasaba de largo pudo ver el resto de la mano ondulando bajo el agua y una cara pálida mirando hacia arriba. Aunque su tono era despreocupado, estaba intranquilo. Este era un mal lugar, que apestaba a desesperación y muerte. «Ysilla no está equivocada. Esta niebla no es natural. Algo inmundo creció en las aguas en este lugar, e infectó el aire. No es de extrañar que enloquezca a los hombres de piedra».

–No deberías burlarte– le advirtió Ysilla. –Los muertos que susurran odian lo cálido y siempre están buscando ávidamente más almas malditas que se les unan.

–Dudo que tengan una mortaja de mi tamaño– El enano atizó los carbones con un espetón.

–El odio no enardece a los hombres de piedra ni la mitad de lo que lo hace el hambre.– Haldon Mediomaestre se había envuelto un pañuelo alrededor de su boca y su nariz, que atenuaba su voz. –Nada de lo que un hombre cuerdo comería crece en estas brumas. Tres veces al año los triarcas de Volantis envían una galera río arriba con provisiones, pero con frecuencia los piadosos barcos llegan con retraso y algunas veces traen más bocas que comida.

–Debe haber pescado en el río.– dijo Griff el joven.

–Yo no comería ningún pez sacado de estas aguas– respondió Ysilla. –Yo no.

–También haríamos bien en no respirar esta bruma– dijo Haldon.

–La maldición de Garin está sobre nosotros.

«La única manera de no respirar esta bruma es no respirar».

–La maldición de Garin es sólo la escala de grises– replicó Tyrion. La maldición se veía a menudo en niños, especialmente en climas húmedos y fríos.

La carne afectada se ponía rígida, se calcificaba y se quebraba, aunque el enano había leído que el progreso de la escala de grises podía combatirse con lima, cataplasmas de mostaza, y baños de agua muy caliente (según los maestres) o mediante la oración, sacrificio, y el ayuno (según insistían los septones). Entonces pasaba la enfermedad, dejando a sus jóvenes victimas desfiguradas pero vivas. Tanto maestres como septones coincidían en que los niños marcados por la escala de grises no podían ser tocados por la forma menos frecuente de la aflicción, ni por su terrible y rápida prima, la plaga gris. –Se dice que la humedad es la responsable– dijo. –Vapores malsanos en el aire. No maldiciones.

–Los conquistadores tampoco lo creyeron, Hugor Hill– dijo Ysilla. –Los hombres de Volantis y Valyria colgaron a Garin en una jaula dorada y se burlaron de él mientras invocaba a su Madre para que los destruyera. Pero por la noche las aguas subieron y los ahogó, y desde aquel día hasta hoy no han podido descansar. Aún están ahí bajo la superficie, aquellos que una vez fueron los señores del fuego. Su gélido aliento se eleva desde el lodo para crear estas brumas, y su carne se ha transformado en piedra como sus corazones.

El muñón de la nariz de Tyrion le picaba a horrores. Se rascó con las uñas. «Puede que la anciana tenga razón. Este lugar no es bueno. Me siento como si estuviera otra vez en la letrina, viendo morir a mi padre». Él también se habría vuelto loco si hubiera tenido que pasar sus días en esta sopa gris mientras su carne y sus huesos se convertían en piedra.

Griff el joven no parecía compartir su desasosiego. –Que lo intenten y se metan con nosotros, les enseñaremos de que estamos hechos.

–Estamos hechos de sangre y hueso, a la imagen del Padre y de la Madre– dijo la Septa Lemore. –No fanfarronees con tanta presunción, te lo ruego. El orgullo es un pecado grave. Los hombres de piedra también eran orgullosos, y el Señor Amortajado era el mas orgulloso de todos.

El calor de los carbones al rojo enrojecía la cara de Tyrion. –¿Existe un Señor Amortajado? ¿O es algún cuento?

–El Señor Amortajado ha gobernado estas brumas desde los días de Garin– respondió Yandri. –Algunos dicen que es el mismísimo Garin, que se levantó de su tumba de agua.

–Los muertos no se levantan– insistió Haldon Mediomaestre, –y ningún hombre vive miles de años. Sí, existe un Señor Amortajado. Ha habido una veintena de ellos. Cuando uno muere otro toma su lugar. Este es un corsario de las islas Basilisk que creyó que el Rhoyne proporcionaría mejores botines que el Mar del Verano.

–Sí, yo he oído eso también– dijo Pato, –pero hay otra historia que me gusta más. La que dice que él no es como el resto de los hombres de piedra, que él era una estatua hasta que una mujer gris salió de la niebla y le besó con unos labios tan fríos como el hielo.

–*Ya basta– d*ijo Griff –Callaos, todos.

La Septa Lemore contuvo el aliento. –¿Que ha sido eso?

–¿Dónde?– Tyrion no veía nada más que niebla. –Algo se ha movido. He visto como ondeaba el agua.

–Una tortuga– anunció alegremente el príncipe. –Un pargo enorme, eso es lo que ha sido.– Impulsó su pértiga hacia delante y los apartó de un imponente obelisco verde.

La niebla se les pegaba al cuerpo, húmeda y fría. Un templo hundido apareció entre la bruma gris mientras Yandry y Duck se apoyaban sobre sus pértigas y caminaban despacio de proa a popa, empujando. Pasaron junto a una escalera de mármol que subía en espiral desde el fango y terminaba de forma abrupta en el aire. Mas allá, medio a la vista, había otras siluetas: torres de aguja destrozadas, estatuas sin cabeza, árboles con raíces más grandes que su barco.
–Ésta era la ciudad más bonita del río, y la mas rica– dijo Yandry. –Chroyane, la ciudad festiva.

«Demasiado rica» pensó Tyrion, «demasiado bonita. Nunca es prudente tentar a los dragones». La ciudad ahogada estaba a su alrededor. Una silueta medio escondida onduló sobre sus cabezas, unas pálidas alas de cuero que se batían en la niebla. El enano alzó la cabeza para verlo mejor, pero la cosa desapareció tan rápido como había aparecido.

No mucho después, otra luz apareció a la vista. –Ah del barco– llamó una voz a través del agua, débilmente. –¿Quiénes sois?

–La *Dama Tímida*– gritó en repuesta Yandry. –El *Rey Pescador*. ¿Arriba o abajo?

–Abajo. Píeles y miel, cerveza y sebo.

–Arriba. Cuchillos y agujas, encajes y linos, y vino especiado.

–¿Que noticias tenéis de la vieja Volantis?– voceó Yandry.

–Guerra– les llegó como respuesta.
–¿Dónde?– gritó Griff. –¿Cuándo?

–Cuando acabe el año– respondieron –Nyessos y Malaquo son aliados, y los elefantes muestran sus rayas.

La voz desapareció a medida que el otro barco se alejó de ellos. Vieron su luz menguar y desaparecer.

–¿Es prudente gritar a través de la niebla a barcos que no podemos ver?– preguntó Tyrion. –¿Y si fueran piratas?– Habían tenido suerte en cuanto a piratas se refería, escabulléndose y bajando por el lago Drake en mitad de la noche, sin ser vistos ni molestados. Una vez Pato había visto fugazmente un casco que el insistió pertenecía a Urho el Sucio. La *Dama Tímida* navegaba a contraviento, sin embargo, Urho -si es que era él- no había mostrado interés en ellos.

–Los piratas no navegan por las aguas de la Tristeza– replicó Yandry.

–¿Elefantes con rayas?– musitó Griff. –¿De que va eso? ¿Nyessos y Malaquo? Ilyrio ha pagado al Triarca Nyessos lo suficiente como para comprarlo ocho veces.

–¿Con oro o con queso?– preguntó Tyrion con sarcasmo.

Griff se volvió hacia él. –A menos que puedas cortar esta niebla con tu próximo chascarrillo, guárdatelo para ti.

«Sí, Padre», casi le dijo el enano. «Estaré callado, Gracias». No conocía a estos Volantis, y aún así le pareció que los elefantes y los tigres podían tener una buena razón al hacer causa común para enfrentarse con los dragones. «Es posible que el quesero haya juzgado mal la situación. Puedes comprar a un hombre con oro, pero sólo la sangre y el acero pueden mantenerlo leal».

El pequeño hombre atizó los carbones de nuevo y sopló para que se pusieran al rojo. «Odio esto. Odio esta niebla, odio este lugar, y no le tengo ningún aprecio a Griff». Tyrion aún conservaba las setas venenosas que había recolectado en los terrenos de la mansión de Ilyrio, y había días en los que sentía tentado a condimentar con ellas la sopa de Griff. El problema era, que Griff apenas parecía comer.

Pato y Yandry empujaban las pértigas. Ysilla giraba el timón. Griff el joven apartaba a la *Dama Tímida* de una torre rota cuyas ventanas parecían mirar con ojos negros y ciegos. Sobre sus cabezas la vela colgaba fláccida y pesada. El agua se hizo más profunda bajo el casco, hasta que las pértigas no pudieron tocar el fondo, pero aún así la corriente les empujo río abajo, hasta que…

Todo lo que Tyrion pudo ver fue algo enorme que se alzaba sobre el río, deforme y siniestro. Le pareció una colina que surgiera de repente sobre una isla llena de árboles, o alguna roca colosal poblada de musgo y helechos y oculta por la niebla. A medida que se acercó la *Dama Tímida*, sin embargo, su forma se hizo más clara. Se podía ver una torre de madera junto al agua, enorme y podrida. Por encima de ella se hicieron visibles delgadas torres de aguja, algunas partidas en dos como lanzas rotas. Torres sin techo aparecían y desaparecían, alzándose ciegamente hacia el cielo. Sobrepasaron pasillos y galerías: gráciles contrafuertes, delicados arcos, columnas acanaladas, terrazas y cenadores.

Todo en ruinas, todo desierto, todo derruido.

El musgo gris crecía espeso aquí, cubriendo las piedras caídas en grandes montículos y tapizando todas las torres. Enredaderas negras reptaban dentro y fuera de las ventanas, a través de las puertas y sobre las bóvedas, y trepaban por los altos muros de piedra. La niebla ocultaba tres cuartas partes del palacio, pero lo que vislumbraron fue más que suficiente para que Tyrion supiera que en un tiempo la fortaleza de esta isla había sido diez veces más grande que la Fortaleza Roja y cien veces más bonita. Sabía donde estaba. –El Palacio del Amor– dijo a media voz.

–Ese era su nombre Rhoynar– dijo Haldon Mediomaestre, –pero durante mil años este ha sido el Palacio de la Tristeza.

Las ruinas eran bastante tristes, pero saber lo que había sido las hacía más tristes aún. «Una vez hubo risas aquí», pensó Tyrion. «Había jardines que resplandecían con flores y fuentes doradas que centelleaban al sol. Estos escalones una vez repiquetearon con el sonido de las pisadas de los amantes, y bajo aquella bóveda rota incontables bodas fueron selladas con un beso». Sus pensamientos se volvieron hacia Tysha, que tan brevemente había sido su esposa. «Fue Jaime», pensó, desconsolado. «Él era de mi propia sangre, mi fuerte hermano mayor. Cuando yo era pequeño él me compró juguetes, aros de tonel y piezas para construir y un león tallado en madera. Me regaló mi primer pony y me enseñó cómo montarlo. Cuando dijo que él te había comprado para mí, nunca dudé de él. ¿Por qué habría de hacerlo? Era Jaime, y tú sólo eras una chica que interpretaba un papel. Lo había temido desde el principio, desde el momento en que me sonreíste

por primera vez y dejaste que tocara tu mano. Mi propio padre era incapaz de quererme. ¿Por qué habrías de hacerlo tú si no fuera por oro?»

A través de los largos dedos grises de la niebla, volvió a oír el profundo y estremecedor zumbido de la tensa cuerda de ballesta al chasquear, el gruñido que soltó Lord Tywin cuando el dardo se clavó bajo su vientre, el choque de las nalgas en la piedra cuando se sentó para morir. –A donde quiera que vayan las putas– dijo. «¿Y donde es eso?»

Tyrion quería preguntárselo. «¿A dónde fue Tysha , Padre?»

–¿Cuánta niebla mas debemos soportar?

–Otra hora más y saldremos de las aguas de la Tristeza– dijo Haldon Mediomaestre. –De ahí en adelante, esto debería ser un crucero de placer. Hay una aldea en cada recodo del bajo Rhoyne. Frutales y viñedos y campos de grano madurando al sol, pescadores en el agua, baños calientes y vinos dulces. Selhorys, Valysar y Volon Therys son poblaciones amuralladas tan grandes que pasarían por ciudades en los Siete Reinos. Creo que...

–Una luz a proa– anunció el joven Griff.

Tyrion también la vio. «El *Rey Pescador*, u otro barco de pértigas», se dijo a si mismo, pero de alguna forma sabía que no era verdad. Le picaba la nariz. Se la rascó salvajemente. La luz se hizo más brillante a medida que la *Dama Tímida* se acercó. Una tenue estrella en la distancia, brillaba débilmente a través de la niebla, atrayéndoles.

Al poco tiempo se convirtieron en dos luces, luego tres: una andrajosa hilera de balizas que se alzaban en el agua.

–El puente del sueño– lo llamó Griff. –Habrá hombres de piedra en el ojo del puente. Puede que algunos empiecen a gemir cuando nos acerquemos, pero no creo que nos molesten. La mayoría de los hombres de piedra son criaturas enclenques, torpes, inútiles y estúpidas. Cerca del final todos se vuelven locos, pero es entonces cuando son más peligrosos. Si es necesario, alejadlos con las antorchas. Bajo ninguna circunstancia dejéis que os toquen.

–Puede que ni siquiera nos hayan visto– dijo Haldon Mediomaestre.

–La niebla nos ocultará de ellos hasta que estemos casi en el puente, y entonces pasaremos antes de que se den cuenta de que estamos aquí.

«Ojos de piedra son ojos ciegos», pensó Tyrion. La forma mortal de la Escala de grises empezaba en las extremidades, lo sabía: un hormigueo en la yema de los dedos, una uña que se ponía negra, perdida de sensibilidad. A medida que el entumecimiento se extendía por la mano, o subía desde el pie por la pierna, la carne se volvía rígida y fría y la piel de la victima se tornaba de un color grisáceo, semejante a la piedra. Había oído decir que había tres buenas curas para la escala de grises: el hacha, la espada y el cuchillo de carnicero. Amputar las partes afectadas detenía a veces la propagación de la enfermedad, Tyrion lo sabía, pero no siempre. Muchos hombres habían sacrificado un brazo o un pie, sólo para encontrar el otro volviéndose gris. Una vez que ocurría eso, no había esperanza. La ceguera era común cuando lo gris llegaba a la cara. En las etapas finales la maldición avanzaba hacia dentro, hacia los músculos, los huesos, y órganos internos.

Enfrente de ellos, el puente se hacía más grande. *El Puente del Sueño*, lo llamó Griff, pero este sueño estaba roto y hecho añicos. Pálidos arcos de piedra se extendían por la niebla, llegando desde

el Palacio de la Tristeza hasta la orilla oeste del río. La mitad de ellos se habían derrumbado, arrastrados por el peso del musgo gris que los cubría y las gruesas enredaderas negras que serpenteaban hacia arriba desde el río. El ancho ojo de madera del puente se había podrido, pero algunas de las lámparas que se alineaban a lo largo todavía estaban encendidas. A medida que la *Dama Tímida* se acercaba, Tyrion pudo ver las siluetas de los hombres de piedra moviéndose bajo la luz, arrastrando los pies sin dirección en torno a las lámparas como lentas polillas grises. Algunos estaban desnudos, otros ataviados con mortajas.

Griff sacó su espada. –Yollo, enciende las antorchas. Chico, lleva a Lemore de vuelta a su camarote y quédate con ella.

Griff el joven dedicó a su padre una mirada terca. –Lemore sabe donde está su camarote. Yo quiero quedarme.

–Hemos jurado protegerte– dijo Lemore suavemente.

–No necesito que me protejan. Puedo usar una espada tan bien como Pato. Soy medio caballero.

–Y medio niño– dijo Griff. –Haz lo que te han dicho. Ahora.

El joven maldijo por lo bajo y arrojó con violencia su pértiga sobre la cubierta. El sonido resonó extrañamente en la niebla, y por un momento fue como si estuvieran cayendo pértigas a su alrededor.

–¿Por qué tengo que correr y esconderme? Haldon se queda, y Ysilla. Incluso Hugor.

–Sí– dijo Tyrion, –pero yo soy lo suficientemente pequeño como para esconderme detrás de un pato– Arrimó media docena de antorchas a los carbones al rojo del brasero y vio como se encendían los harapos empapados en aceite. «No mires al fuego», se dijo. Las llamas le reducirían su visión nocturna.

–Eres un *enano*– dijo despectivamente Griff el joven.

–Mi secreto está al descubierto asintió Tyrion. –Sí, soy menos que la mitad de Haldon, y a nadie le importa el pedo de un mimo si vivo o muero.

«Y a mí al que menos». –Tú, en cambio…tú lo eres todo.

–Enano– dijo Griff, –Te lo advertí...

Un gemido llegó estremeciéndose a través de la niebla, débil y desde lo alto.

Lemore empezó a dar vueltas, temblando. –Que los siete nos amparen.

El puente roto estaba a apenas cinco metros de distancia. Alrededor de sus pilares, el agua formaba rizos blancos como la espuma en boca de un demente. Doce metros por encima, los hombres de piedra gemían y susurraban bajo una lámpara que parpadeaba. La mayoría no prestó más atención a la *Dama Tímida* que a un madero a la deriva. Tyrion sujetó su antorcha con más fuerza y se dio cuneta de que estaba conteniendo el aliento.

Y entonces se encontraron bajo el puente, paredes blancas recubiertas con cortinas de hongos grises aparecieron a cada lado, mientras el agua formaba espuma a su alrededor. Por un momento pareció

que fueran a estrellarse contra el pilar de estribor, pero Pato levantó su pértiga y dio un empujón, hacia el centro del canal, y unos pocos latidos después tenían el camino libre.

Apenas acababa Tyrion de exhalar el aire cuando Griff el joven le agarró del brazo. –¿Qué quieres decir? ¿Yo soy *todo*? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué soy todo?

–Por qué– dijo Tyrion, –si los hombres de piedra se llevaran a Yandry o a Griff o a nuestra adorable Lemore, lloraríamos su perdida y seguiríamos adelante. Si te perdemos a *ti*, toda esta empresa se iría al traste, y todos esos años de febriles conspiraciones maquinadas por el quesero y el eunuco habrían sido para nada…¿no es así?

El chico miró a Griff. "Él sabe quién soy."

«Si no lo sabía antes, lo sabría ahora». Para entonces la *Dama Tímida* ya estaba bastante corriente abajo del Puente del Sueño. Todo lo que quedaba era una luz que menguaba a popa, y que muy pronto también desaparecería. –Tú eres Griff el joven, hijo de Griff el mercenario– dijo Tyrion. –O quizás eres el Guerrero encarnado en mortal. Déjame echar un vistazo más de cerca.– Subió su antorcha, para que su luz iluminara el rostro de Griff el joven.

–Déjalo– ordenó Griff, –o desearás haberlo hecho.

El enano le ignoró. –El pelo azul hace que tus ojos parezcan azules, eso es bueno. Y el cuento de cómo te lo tiñes en honor a tu fallecida madre Tyroshi fue tan conmovedor que casi me hizo llorar. Aún así, un hombre curioso podría preguntarse por qué el cachorro de un mercenario necesitaría a una septa desaliñada para instruirle en la Fe, o a un maestre sin cadena para enseñarle historia e idiomas. Y un hombre inteligente podría preguntar por qué tu padre contrataría a un estiloso caballero para instruirte con las armas en vez de simplemente enviarte como aprendiz con una de las compañías libres.
Es casi como si alguien quisiera mantenerte oculto mientras te prepara para…¿qué? Todavía, es un poco confuso, pero estoy seguro de que con el tiempo lo averiguaré. Debo admitir, que tienes unas facciones nobles para ser un chico muerto.

El chico se ruborizó. –No estoy muerto.

–¿Cómo que no? Mi señor padre envolvió tu cadáver en un manto carmesí y te depositó junto a tu hermana a los pies del Trono de Hierro, como regalo para el nuevo rey. Aquellos que tuvieron estómago para levantar el manto dijeron que la mitad de tu cabeza había desaparecido.

El chico retrocedió un paso, confuso. –¿Tu..–

– ...padre, sí. Tywin de la casa Lannister. Quizás hayas oído hablar de él.

– Murió. A mis manos. Si le place a vuestra gracia llamarme Yollo o Hugor, que así sea,
pero sabed que nací siendo Tyrion de la casa Lannister, hijo legítimo de Tywin y Joanna, a los cuales maté. La gente te dirá que soy un matarreyes, un matarreyes, y un mentiroso, y todo eso es cierto… pero entonces, ¿somos una banda de mentirosos, no? Mira tu padre fingido. Griff, ¿no?– El enano disimuló una risita. –Deberías agradecerle a los dioses que Varys la araña sea parte de este plan tuyo. Griff no habría engañado a la maravilla sin polla ni por un segundo, no más de lo que me engañó a mí. *No señor*, dice su señoría, *nada de caballero*. Y yo no soy un enano. El simple hecho de decir algo no lo convierte en verdad. ¿Quién mejor para criar al hijo pequeño del príncipe Rhaegar que Jon Connington, el estimado amigo del príncipe, otrora señor de Griffin's Roost y Mano del Rey?

–Cállate.– La voz de Griff sonaba preocupada.

Por el lado de babor, una enorme mano de piedra se hacía visible justo debajo del agua. Dos dedos asomaban sobre la superficie.
«¿Cuantas de esas hay?» se preguntó Tyrion. Un hilillo húmedo le bajó por la espalda y le hizo estremecer. Las aguas de la Tristeza los envolvía. Entornando los ojos a través de la niebla, atisbó una torre de aguja, un héroe sin cabeza, un árbol antiguo arrancado del suelo y puesto boca abajo, con sus enormes raíces retorciéndose a través del tejado y las ventanas de una bóveda rota. «¿Por qué me resulta todo esto tan familiar?»

En línea recta, una escalera inclinada de mármol rosa pálido salía del agua en una graciosa espiral, terminando abruptamente tres metros sobre sus cabezas. «No», pensó Tyrion, «eso no es posible».

–Delante.– La voz de Lemore temblaba. –Una luz.

Todos miraron. Todos lo vieron. –El *Rey Pescador*– dijo Griff. –Él o alguno como él.– Pero volvió a desenvainar la espada.

Nadie dijo una palabra. La *Dama Tímida* se movía con la corriente. La vela no había sido izada desde que entraron por primera vez en las aguas de la Tristeza. No tenía forma de moverse salvo dejándose llevar por el río. Pato entrecerró los ojos, aferrando su pértiga con las dos manos. Después de un tiempo incluso Yandry dejó de empujar. Todos los ojos estaban puestos en la lejana luz. A medida que se acercaron, se convirtió en dos. Luego tres.

–El Puente del Sueño– dijo Tyrion. –Inconcebible– dijo Haldon Halfmaester. –Hemos dejado el puente atrás. Los ríos sólo fluyen en una dirección.

–La madre Rhoyne fluye como le place– murmuró Yandry.

–Que los siete nos protejan– dijo Lemore.

Arriba justo enfrente, los hombres de piedra en el ojo del puente empezaron a gemir. Unos pocos estaban señalando en su dirección. –Haldon, lleva al príncipe abajo– ordenó Griff.

Era demasiado tarde. La corriente los había llevado hasta sus fauces. Flotaban inexorablemente hacia el puente. Yandry empujaba con su pértiga para evitar que se estrellaran contra un pilar. El impulso los movió de costado, a través de una cortina de musgo gris pálido. Tyrion sintió mechones rozándole el rostro, suaves como los dedos de una puta. Entonces se produjo un impacto detrás de él, y la cubierta se inclinó tan repentinamente que casi perdió pie y se trastabilló hacia el costado.

Un hombre de piedra saltó al barco.

Aterrizó en el techo del camarote, tan pesadamente que la *Dama Tímida* pareció mecerse, y les rugió una palabra en una lengua que Tyrion no reconoció. Un segundo hombre de piedra le siguió, aterrizando en la parte de atrás junto al timón. Los tablones desgastados por el tiempo se astillaron por el golpe, y Ysilla pegó un grito.

Pato era el más cercano a ella. El gran hombre no perdió tiempo buscando su espada. En vez de eso hizo girar su pértiga, golpeando con ella en el pecho del hombre de piedra y tirándolo por la borda al río, donde se hundió de inmediato sin un solo sonido.
Griff se echó sobre el segundo hombre justo cuando bajaba arrastrándose del tejado del camarote.

Con la espada en su mano derecha y una antorcha en su izquierda, hizo retroceder a la criatura. A medida que la corriente arrastraba a la *Dama Tímida* bajo el puente, sus sombras cambiantes danzaban sobre las paredes llenas de musgo. Cuando el hombre de piedra se movió hacia popa, Pato le bloqueó el paso, pértiga en mano.
Cuando fue hacia delante, Haldon Mediomaestre agitó una segunda antorcha hacia él y lo hizo retroceder. No tenía más elección que ir directo hacia Griff. El capitán se hizo a un lado, mientras su acero centelleaba. Una chispa saltó allí donde el acero mordió la carne gris calcificada del hombre de piedra, pero su brazo cayó a la cubierta al mismo tiempo. Griff apartó el miembro hacia un lado de una patada. Yandry y Pato aparecieron con sus pértigas. Juntos arrojaron a la criatura por la borda a las aguas negras del Rhoyne.

Para entonces la *Dama Tímida* ya había pasado por debajo del puente roto. –¿Hemos acabado con todos?– preguntó Pato. –¿Cuántos saltaron?

–Dos– contestó Tyrion, temblando.

–Tres– dijo Haldon.

–Detrás de ti.– El enano se giró, y allí estaba.

El salto le había destrozado una pierna, y un trozo dentado de hueso pálido sobresalía a través de la tela podrida de sus nalgas y la carne gris de debajo. El hueso roto estaba salpicado de sangre marrón, pero aún así se tambaleó hacia delante, tratando de alcanzar a Griff el joven. Su mano era rígida y gris, pero la sangre fluyó de entre sus nudillos cuando trató de cerrar los dedos para agarrarlo. El chico se quedó mirando, tan quieto como si él también estuviera hecho de piedra. Tenía la mano en la empuñadura de la espada, pero parecía haber olvidado por qué.

Tyrion le dio una patada al chico en la pierna y saltó sobre él cuando cayó, atacando con su antorcha la cara del hombre de piedra y haciéndolo retroceder a trompicones sobre su pierna destrozada, mientras éste daba manotazos a las llamas con manos rígidas y grises. El enano anduvo tras él, lanzándole estocadas con la antorcha, y pinchando los ojos del hombre de piedra. *«*Un poco más lejos. Atrás, un paso más, otro*»*. Estaban ya junto a la borda cuando la criatura se abalanzó contra él, agarró la antorcha, y se la quitó de las manos. *«*Maldición*»,* pensó Tyrion.

El hombre de piedra arrojó la antorcha. Se produjo un suave siseo cuando las aguas negras apagaron las llamas. El hombre de piedra aulló. Antaño, había sido un habitante de las Islas del Verano; su mandíbula y la mitad de su mejilla se habían convertido en piedra, pero su piel era negra como la medianoche donde no era gris. Donde había sujetado la antorcha, su piel se había agrietado y desprendido. La sangre fluía de los nudillos aunque él no parecía notarlo. Eso era un poco de piedad. Supuso Tyrion. Aunque era mortal, se creía que la escala de grises no era dolorosa.

–¡Échate a un lado!– gritó alguien, a lo lejos, y otra voz dijo, –¡El príncipe! ¡Proteged al chico!– El hombre de piedra avanzó tambaleándose, con las manos extendidas y en forma de garra.

Tyrion le embistió con el hombro. Fue como estamparse contra el muro de un castillo, pero este castillo se mantenía en pie sobre un pierna rota. El hombre de piedra cayó por la borda de espaldas, aferrándose a Tyrion mientras caía. Una torre de agua se alzó cuando tocaron el río, y la Madre Rhoyne se los tragó a los dos.

El frío repentino golpeó a Tyrion como un martillo. Mientras se hundía sintió una mano de piedra tanteándole la cara. Otra se cerró en torno a su brazo, arrastrándolo hacia la oscuridad. Ciego, con la nariz llena de agua, ahogándose, hundiéndose, lanzó patadas y se revolvió y luchó para zafarse de

los dedos que le aferraban el brazo, pero los dedos de piedra eran inexorables. El aire se le escapaba de los labios formando burbujas. El mundo era cada vez más negro. No podía respirar.

«Hay peores formas de morir que ahogarse». Y a decir verdad, él había muerto hace mucho tiempo, en Desembarco del Rey. Sólo permaneció su sombra, el pequeño y vengativo fantasma que estranguló a Shae y atravesó las tripas del gran Tywin Lannister con un dardo de ballesta. Nadie lloraría por aquello en lo que se había convertido. «Me apareceré por los Siete Reinos», pensó, hundiéndose más profundo. «No me quisieron mientras vivía, pues que me teman cuando esté muerto».

Cuando abrió la boca para maldecirlos a todos, el agua negra inundó sus pulmones, y la oscuridad se cernió sobre él.

19. DAVOS

–Su señoría te escuchará ahora, contrabandista.

El caballero vestía una armadura plateada, sus grebas y guanteletes embutidos con nielados que sugerían hojas flotantes de algas marinas. El casco bajo su brazo era la cabeza del rey Merling, con una corona de madreperla y una barba sobresaliente de azabache y jade. Su propia barba era tan gris como el mar invernal.

Davos se levantó –¿Puedo saber su nombre, ser?

–Ser Marlon Manderly– Era una cabeza más alto que Davos y tres piedras (20 kgs aprox.) más pesado, con ojos color gris pizarra y una arrogante forma de hablar. –Tengo el honor de ser el primo de Lord Wyman y comandante de su guarnición. Sígueme.

Davos había vuelto a Puerto Blanco como enviado, pero lo habían hecho cautivo. Sus aposentos eran grandes, aireados y generosamente amueblados, pero había guardias fuera de las puertas. Desde su ventana podía ver las calles de Puerto Blanco más allá de los muros del castillo, pero no se le permitía caminar por ellas. Podía ver el puerto también, y había observado a *La Alegre Comadrona* encaminarse al estuario. Casso Mogat había esperado cuatro días en lugar de tres antes de partir. Otra quincena había pasado desde entonces.

La guardia de la casa de Lord Manderly vestía capas de lana verde azulado y llevaba tridentes plateados en lugar de las lanzas comunes. Uno iba delante de él, y uno al otro lado. Pasaron de largo los estandartes descoloridos, los escudos rotos y las espadas oxidadas de un centenar de antiguas victorias, y una veintena de figuras de madera, resquebrajadas y agujereadas por los gusanos, que sólo podrían haber adornado la proa de unos barcos.

Dos tritones de mármol flanqueaban la corte de su señoría, el primo menor de Fishfoot. Mientras los guardias empujaban las puertas, un heraldo golpeó el extremo de su bastón contra el viejo suelo de tablones. *–Ser Davos de la casa Seaworth–* llamó con voz resonante.

Como muchas otras veces que había visitado Puerto Blanco, Davos nunca había puesto los pies dentro del Nuevo Castillo, y mucho menos en la corte de los Tritones. Sus muros y techo estaban construidos con tablones de madera sutilmente surcadas y decoradas con todas las criaturas del mar. Conforme se aproximaban a la tarima, Davos caminó con cuidado sobre los cangrejos pintados y las almejas y estrellas de mar, medio escondidas entre las retorcidas hojas negras de las algas y los retorcidos huesos de marineros ahogados. En las paredes del lado contrario, pálidos tiburones merodeaban las profundidades pintadas de azul verdoso, mientras anguilas y pulpos se deslizaban entre rocas y barcos hundidos. Bancos de arenques y bacalaos nadaban entre altas ventanas arqueadas. Más arriba estaba representada la superficie del mar, cerca de donde las viejas redes de pescar que colgaban de las vigas del techo. A su derecha un galeón de guerra remaba sereno contra el sol naciente; a su izquierda, un maltrecho y viejo carguero compitiendo contra una tormenta, con las velas rasgadas. Tras el estrado un Kraken y un leviatán grís estaban unidos en una batalla bajo las olas pintadas.

Davos esperaba hablar con Wyman Manderly a solas, pero encontró una corte abarrotada. A lo largo de los muros, las mujeres superaban en número a los hombres en cinco a uno; aquellos pocos hombres que se podían ver tenían largas y grises barbas o parecían demasiado jóvenes para afeitarse. Había septones también, y hermanas sagradas con togas blancas y grises. Cerca de la parte alta del vestíbulo se encontraba una docena de hombres vestidos con el azul y el gris plata de la casa Frey. Sus caras tenían una semejanza que incluso un ciego habría visto; varios vestían la insignia de Los Gemelos, dos torres conectadas por un puente.

Davos había aprendido a leer las caras de los hombres mucho tiempo antes de que el Maestre Pylos le enseñara a leer palabras en un papel. «Estos Frey desearían verme muerto», se dio cuenta de un solo vistazo.

Tampoco encontró ninguna bienvenida en los ojos azul pálido de Wyman Manderly. El almohadillado trono de su señoría era suficientemente ancho como para acomodar a tres hombres de tamaño medio, pero Manderly amenazaba con desbordarlo. Su señoría estaba hundido en su asiento, sus hombros caidos, sus piernas separadas, sus manos descansando en los brazos del trono como si

el peso de ellos fuera demasiado para aguantarlo. «Buenos Dioses», pensó Davos, cuando vio la cara de Lord Wyman, «este hombre parece medio cadáver». Su piel era pálida, con un tono grisáceo.
Los reyes y los cadáveres siempre atraían un séquito, como se suele decir. Así que eso pasaba con Manderly. A la izquierda del alto asiento un maestre casi tan gordo como el señor al que servía, un hombre con las mejillas sonrosadas, con unos labios gruesos y una cabeza de rizos dorados. Ser Marlon reclamaba el lugar de honor a la derecha de su señoría. En un taburete almohadillado a sus pies se sentaba una rosada y regordeta dama. Tras Lord Wyman se encontraban de pie dos mujeres más jóvenes, hermanas por el parecido entre ellas. La mayor llevaba su generoso pelo marrón en una larga trenza. La más joven, de no más de quince años, tenía una trenza incluso más larga, teñida en un verde chillón.
Ninguno honró a Davos con su nombre. El maestre fue el primero en hablar. –Te encuentras frente a Wyman Manderly, señor de Puerto Blanco y guardián del Cuchillo Blanco, el Escudo de la Fe, Defensor de los Desposeídos, Señor Mariscal de los Mander, un Caballero de la Orden de la Mano Verde– dijo. –En la Corte del Tritón, es tradicional para los vasallos y peticionarios el arrodillarse.
El caballero de la cebolla habría doblado su rodilla, pero una Mano del Rey no podía; hacer eso sugeriría que el rey al que servía era menos que este gordo señor. –No vengo como peticionario– replicó Davos. –Yo tengo una retahíla de títulos también. Señor de Rainwood, Almirante del Mar Angosto, Mano del Rey
La mujer regordeta del taburete puso sus ojos en blanco. –Un Almirante sin barcos, una mano sin dedos, a servicio de un rey sin trono. ¿Esto es un caballero que viene frente a nosotros, o la respuesta a una adivinanza infantil?
–Es un mensajero, hija mia– dijo Lord Wyman, –una cebolla de mal agüero. A Stannis no le gusta la respuesta que recibe de sus cuervos, así que ha enviado a este… este contrabandista– Miró a Davos entrecerrando unos ojos semi-enterrados en grasa. –Has visitado nuestra ciudad antes, creo, llevándote el dinero de nuestros bolsillos y la comida de nuestras mesas. ¿Cuánto me habrás robado, me pregunto?
«No suficiente como para que te hayas perdido una comida». –Pagué por mis actos en Bastión de las Tormentas, mi señor– Davos se quitó el guante y levantó su mano izquierda, con sus cuatro dedos recortados.
–¿Cuatro falanges, por una vida dedicada al robo?– dijo la mujer del taburete. Su pelo era amarillo, su cara redonda y rosada y carnosa. –Te has librado a un precio muy bajo, Caballero de la Cebolla.
Davos no lo negó. –Si le place, mi señor, solicitaré una audiencia privada.
Esto no complació al señor. –No tengo secretos con mis parientes, ni para mis leales señores y caballeros, buenos amigos todos.
–Mi señor– dijo Davos –No querría que mis palabras fueran escuchadas por los enemigos de su Excelencia… o por los de sus señores.
–Puede que Stannis tenga enemigos en esta sala, no yo.
–¿Ni siquiera los hombres que asesinaron a su hijo?– Apuntó Davos. –Estos Frey estaban entre sus invitados en la Boda Roja.
Uno de los Frey dio un paso adelante, un caballero alto y de miembros delgados, pulcro y afeitado excepto por un bigote gris tan fino como un estilete de Myr. –La Boda Roja fue cosa del joven Lobo. Se convirtió en una bestia en frente de nuestros ojos y le arrancó la garganta a mi primo *Cascabel*, un inofensivo bobalicón. Podría haber asesinado a mi señor padre también, si Ser Wendel no se hubiera puesto él mismo en su camino.
Lord Wyman contuvo las lágrimas. –Wendel fue siempre un chico valiente. No me sorprendió enterarme de que murió como un héroe.
La enormidad de la mentira impresionó a Davos. –¿Afirmas que fue Robb Stark el que mató a Wendel Manderly?– preguntó al Frey.
–Y a muchos más. Mi propio hijo Tytos estaba entre ellos, y el marido de mi hija. Cuando el Stark se convirtió en lobo, sus norteños hicieron lo mismo. La marca de la bestia estaba en todos ellos. Los huargos crean otros huargos con un mordisco, es bien sabido. Es todo lo que mis hermanos y yo

pudimos hacer antes de que nos mataran a todos."
El hombre sonreía con satisfacción mientras contaba la mentira. Davos quería despegar sus labios con un cuchillo. –Ser, ¿podría saber su nombre?
–Ser Jared, de la casa Frey.
–Jared de la casa Frey, yo digo que eres un mentiroso.
Ser Jared parecía asombrado. –Algunos hombres lloran cuando cortan cebollas, pero nunca he tenido esa debilidad– El acero susurró contra el cuero mientras desenvainaba su espada. –Si eres realmente un caballero, ser, defiende esa calumnia con tu cuerpo.
Los ojos de Lord Wyman estaban totalmente abiertos. –No permitiré un baño de sangre en la Corte del Tritón. Envaine su acero, Ser Jared, además debo pedirle que deje mi presencia.
Ser Jared envainó su espada. –Bajo el techo de su señoría, la palabra de su señoría es la ley… pero quiero un juicio con este señor de la cebolla antes de que deje la ciudad.
–¡Sangre!– aulló la mujer del taburete. –Eso es por lo que esta cebolla enferma nos quiere, mi señor. ¿Veis como provoca problemas? Echadlo, os lo ruego. Quiere la sangre de nuestra gente, la sangre de tus valientes hijos. Echadlo. Podría la reina escuchar que le dio audiencia a este traidor, ella podría cuestionar nuestra propia lealtad. Ella podría… Ella podría… Ella…
–No llegaré a eso, querida hija– dijo Lord Wyman. –El Trono de Hierro no podrá tener motivos para dudar de nosotros.
A Davos le disgustó como sonaba eso, pero no había hecho este camino para mantener su boca cerrada. –El chico del Trono de Hierro es un usurpador– dijo –y yo no soy un traidor, si no la mano de Stannis Baratheon, el Primero de Su Nombre, el auténtico Rey de Poniente.
El gordo maestre se aclaró la garganta. –Stannis Baratheon era el hermano de nuestro difunto Rey Robert, que el Padre lo juzgue justamente. Tommen es el descendiente del cuerpo de Robert. La ley de sucesión es clara en ese aspecto. Un hijo va antes que un hermano.
–El maestre Theomore dice la verdad– dijo Lord Wyman. –Es sabio en todas esas materias, y siempre me ha dado buenos consejos.
–Un hijo legítimo va antes que un hermano– accedió Davos –pero Tommen llamado Baratheon, es un hijo bastardo, y su hermano Joffrey lo fue antes que él. Ambos fueron engendrados por el Matarreyes, desafiando todas las leyes de los dioses y los hombres.
Otro de los Frey habló más alto. –Habla de traición con sus propios labios, mi señor. Stannis le quitó sus dedos ladrones. Deberia usted tomar su lengua mentirosa.
–Mejor, tome su cabeza– sugirió Ser Jared. –O deje que nos encontremos en el campo del honor.
–¿Qué sabrá un Frey sobre el honor?– contestó Davos.

Cuatro de los Freys comenzaron a avanzar hasta que Lord Wyman los detuvo con una mano levantada. –Atrás, mis amigos. Le escucharé antes de… antes de encargarme de él.
–Puede ofrecer alguna prueba de este incesto, ser?– preguntó el maestre Theomore, cruzando sus blandas manos sobre su estómago.
«Edric Tormenta», Pensó Davos, «pero le he mandado muy lejos, al otro lado del mar angosto, para mantenerlo a salvo de los fuegos de Melisandre». –Tienes la palabra de Stannis Baratheon de que lo que he dicho es cierto.
–Las palabras son aire– dijo la mujer joven tras el alto asiento de Lord Wyman, la guapa con larga trenza. –Y los hombres mentirán para conseguir sus propósitos, como cualquier dama podría decirle.
–Las pruebas requieren más que la palabra de un lord sin un respaldo que lo corrobore– declaró el maestre Theomore. –Stannis Baratheon no sería el primer hombre que haya mentido alguna vez para ganar un trono.
La mujer sonrosada señaló con un dedo regordete a Davos. –No queremos ser parte de ninguna traición. Somos buena gente en Puerto Blanco, gente legal y leal. No vierta más veneno en nuestros oídos, o mi buen padre le enviará a la Guarida del Lobo.
«¿Como he ofendido a esta? » –¿Podría tener el honor de saber el nombre de mi señora?
La mujer sonrosada sorbió la nariz enfadad y dejó que el maestre contestara. –La señora Leona es la esposa del hijo de Lord Wyman, Ser Wylis, actualmente cautivo de los Lannisters.

«Habla desde el miedo». Si Puerto Blanco se decantara por Stannis, su marido respondería con su vida. «¿Cómo puedo pedirle a Lord Wyman que condene a su hijo a la muerte? ¿Qué haría yo en su lugar si Devan fuera un rehén?» –Mi señor– dijo Davos, –Rezo por que no le pase nada a su hijo, o a cualquier hombre de Puerto Blanco.
–Otra mentira– dijo Lady Leona desde su taburete.
Davos pensó que era mejor ignorarla. –Cuando Robb Stark tomó las armas contra el bastardo Joffrey llamado Baratheon, Puerto Blanco marchó con él. Lord Stark ha caído, pero su guerra continúa.

–Robb Stark era mi Señor Feudal– dijo Lord Wyman. –¿Quién es este hombre Stannis? ¿Por qué nos molesta? Nunca sintió la necesidad de viajar al norte antes, hasta donde puedo recordar. Pero acude ahora, un perro apaleado con su casco en su mano, rogando limosna.
–Vino a salvar el reino, mi señor– insistió Davos. –Para defender sus tierras contra los hombres del hierro y los salvajes.
Junto al alto asiento, Ser Marlon Manderly resopló con desdén. –Hace siglos que Puerto Blanco no ve Salvajes, y los hombres de hierro nunca han perturbado esta costa. ¿Propone Lord Stannis defendernos de los snarks y los dragones también?
Las carcajadas barrieron la Corte del Tritón, pero a los pies de Lord Wyman, Lady Leona comenzó a sollozar. –Hombres de hierro de las islas, salvajes de más allá del muro… y ahora este lord traidor con sus forajidos, rebeldes y brujos.– Señaló con un dedo a Davos. –Hemos oído de vuestra bruja roja, oh sí. ¡Ella nos haría volvernos contra los siete para inclinarnos frente a un demonio de fuego!
Davos no profesaba amor por la sacerdotisa roja, pero no se atrevería a dejar a Lady Leona sin una respuesta. –Lady Melisandre es una sacerdotisa del dios rojo. La reina Selyse ha adoptado su fe, junto a muchos otros, pero la mayoría de seguidores de su excelencia siguen adorando a los Siete. Yo mismo entre ellos.– Rezó porque nadie le pidiera que les contara sobre el septo de Rocadragón o por el bosque de dioses de Bastión de las Tormentas. «Si preguntan, debo decírselo. Stannis no me dejaría mentir».
–Los Siete defienden Puerto Blanco– declaró Lady Leona. –No tememos a tu reina roja o a su dios. Déjala que mande los hechizos que quiera. Las plegarias de los hombres de dios nos escudarán contra el mal.
–Cierto– Lord Wyman le dio un golpecito en el hombro a Lady Leona. –Lord Davos, si es que eres un señor, sé qué es lo que ese que tú llamas rey quiere de mi. Acero y plata y una rodilla doblada.– Cambió su peso para inclinarse sobre su codo. –Antes de que fuera asesinado, Lord Tywin ofreció a Puerto Blanco el perdón completo por nuestra ayuda al Joven Lobo. Prometió que mi hijo sería devuelto una vez pagara un rescate de tres mil dragones y probara mi lealtad más allá de toda duda. Roose Bolton, el cual ha sido nombrado nuestro guardián del norte, requiere que rinda mi reivindicación las tierras y castillos de Lord Horn-Wood pero promete que mis otras propiedades quedarán intactas. Walder Frey, su buen padre, ofrece una de sus hijas para que sea mi esposa, y maridos para las hijas de mi hijo aquí detrás de mí. Estos términos me parecen generosos, una buena base para una paz justa y duradera. Debería rechazarlos. Así que le pregunto, Caballero de la Cebolla, ¿Qué ofrece Lord Stannis a cambio de mi lealtad?
«Guerra y problemas y el grito de hombres ardiendo», podría haber dicho Davos. –La oportunidad de hacer lo que debe– replicó en su lugar. Esa era la respuesta que habría dado Stannis a Wyman Manderly. «La mano debe hablar con la voz del Rey».
Lord Wyman se hundió de nuevo en su silla. –Deber. Entiendo.
–Puerto Blanco no es suficientemente fuerte como para resistir solo. Necesita a su excelencia tanto como él lo necesita a usted. Juntos pueden derrotar a sus enemigos comunes.
–Mi señor– dijo Ser Marlon, con su ornamentada armadura de plata, –¿me permite hacerle un par de preguntas a Lord Davos?
–Como lo desees, primo.– Lord Wyman cerró sus ojos.
Ser Marlon se volvió hacia Davos. –¿Cuantos Señores del norte se han manifestado a favor de Stannis? Díganos.
–Arnolf Karstark ha prometido unirse a su Excelencia.

–Arnolf no es un verdadero Lord, sólo un castellano. ¿Qué castillos mantiene Lord Stannis en el presente, si se puede saber?
–Su excelencia ha tomado el Fuerte de la Noche como residencia, mantiene Bastión de Tormentas y Rocadragón.
El maestre Theomore aclaró su garganta. –Sólo para que conste. Bastión de Tormentas y Rocadragón apenas aguantan y pronto caerán. Y el Fuerte Nocturno es una ruina maldita, un triste y espantoso lugar.
Ser Marlon continuó. –¿Cuantos hombres puede poner Stannis en el campo de batalla, nos puedes decir eso? ¿Cuántos caballeros cabalgan con él? ¿Cuántos arqueros, cuántos jinetes libres, cuantos hombres de armas?
«Demasiado pocos», Davos lo sabía. Stannis había venido al norte con no más de mil quinientos hombres… pero si les decía eso, su misión estaba perdida. Hurgó unas palabras pero no encontró ninguna.
–Su silencio es toda la respuesta que necesitaba, ser. Su Rey sólo nos trae enemigos– Ser Marlon se volvió hacia su primo el Lord. –Su señoría le ha preguntado al Caballero de la Cebolla qué nos ofrece Stannis. Déjeme responderle. Él nos ofrece derrota y muerte. Podría daros para montar un caballo de aire y hacer que ataquéis al enemigo con una espada de viento.
El gordo lord abrió sus ojos lentamente, como si el esfuerzo fuera demasiado para él. –Mi primo tan hiriente como siempre. ¿Tiene algo más que decirme, Caballero de la Cebolla, o podemos poner fin a esta farsa de mascarada? Empiezo a cansarme de vuestra cara.
Davos sintió una puñalada de desesperación. «Su Excelencia debería haber mandado a otro hombre, un señor o un caballero o un maestre, alguien que pudiera hablar por él sin tropezarse con su propia lengua». –Muerte– se escuchó decir a si mismo, –habrá muerte sí. Su señoría perdió a un hijo en la Boda Roja. Yo perdí cuatro en el Aguasnegras. ¿Y por qué? Porque los Lannisters han usurpado el trono. Vaya a Desembarco del Rey a ver a Tommen con sus propios ojos, si duda de mi palabra. Hasta un ciego podría verlo. ¿Qué os ofrece Stannis? Venganza. Venganza por mis hijos y los suyos, por sus maridos y sus padres y sus hermanos. ¡Venganza por su Señor asesinado, por su Rey asesinado, por su príncipe masacrado!
–Sí– dijo una voz de chica con un hilo, fina y alta.
Pertenecía a la niña inmadura con las cejas rubias y la larga trenza verde. –Ellos han matado a Lord Eddard y a Lady Catelin y al Rey Robb– dijo ella. –¡Él era nuestro rey! Era valiente y bueno, y los Frey lo asesinaron. Si Lord Stannis lo venga, deberíamos unirnos a Lord Stannis.
Manderly la acercó a él. –Wylla, cada vez que abres la boca haces que quiera mandarte con las hermanas silenciosas.
–Yo sólo digo…
–Hemos escuchado lo que has dicho– dijo la chica mayor, su hermana. –Niña insensata. No hables mal de nuestros amigos los Frey. Uno de ellos sera tu señor y marido pronto.
–No– declaró la niña, sacudiendo su cabeza. –Yo no. Yo nunca. Ellos mataron al rey.
Lord Wyman se ruborizó. –Lo harás. Cuando el día señalado llegue, dirás tus votos nupciales, si no te unirás a las hermanas silenciosas y no volverás a hablar otra vez.
La pobre muchacha parecía desolada. –Abuelo, por favor…
–Sielncio, niña– dijo Lady Leona. –Ya has escuchado a tu señor abuelo. ¡Silencio! Tú no sabes nada.
–Conozco la promesa– insistió la muchacha. –Maestre Theomore, ¡Dígaselo! Mil años antes de la Conquista, se hizo una promesa, y el juramento se hizo en la Guarida del Lobo antes de los dioses viejos y los nuevos. Cuando estábamos acuciados por el dolor y sin amigos, cazados en nuestras casas y nuestras vidas peligraban, los lobos nos acogieron y nos alimentaron y nos protegieron de nuestros enemigos. La ciudad fue construida sobre las tierras que ellos nos dieron. A cambio prometimos que siempre seríamos sus hombres. ¡Hombres de Stark!
El maestre tocó con sus dedos la cadena alrededor de su cuello. –Se hicieron solemnes juramentos a los Stark de Invernalia, sí. Pero Invernalia ha caído y la casa Stark ha sido extinta.
–¡Eso es porque ellos los mataron a todos!

Otro Frey habló en voz alta. –Lord Wyman, ¿puedo?
Wyman Manderly le asintió con la cabeza. –Rhaegar. Siempre nos place escuchar su noble consejo.
Rhaegar Frey reconoció el cumplido con una reverencia. Tenía treinta años, o cercano a ellos, de hombros caído y vientre prominente, pero ricamente vestido con un jubón de suave lana gris adornada con tela plateada. Su capa también era de tela plateada, forrada con piel de marta cebellina y sujeta en el collar con un broche con la forma de las torres gemelas. –Lady Mylla– dijo a la muchacha de la trenza verde, –la lealtad es una virtud. Espero que siempre seáis tan leal al Pequeño Wander cuando os unáis en matrimonio. Respecto a los Stark, esa casa se ha extinguido únicamente en la línea masculina. Los hijos varones de Lord Eddard están muertos, peros sus hijas viven, y la chica más joven viene al norte para casarse con el valeroso Ramsay Bolton.
–Ramsay Nieve– contestó Wylla Manderly.
–Como usted quiera. Llámelo como quiera, él pronto se casará con Arya Stark. Si usted creyera en su promesa, dele su lealtad, por él que será vuestro Señor de Invernalia.
–¡Él nunca será mi señor! Hizo que Lady Hornwood se casara con él, después la encerró en una mazmorra e hizo que se comiera sus propios dedos.
Un murmullo de asentimiento se extendió por la Corte del Tritón. –La dama dice la verdad– declaró un hombre achaparrado vestido de blanco y púrpura, cuya capa estaba sujenta con un par de llaves de bronce cruzadas. –El frio y astuto de Roose Bolton, sí, pero un hombre puede lidiar con Rood. Los hemos conocido peores. Pero ese bastardo hijo de… se dice que está loco y es cruel, un monstruo.
–¿Dicen?– Rhaegar Frey lucía una barba sedosa y una sonrisa sardónica. –Lo dicen sus *enemigos*, sí… pero fue el Joven Lobo el que fue un monstruo. Más bestia que muchacho, ese, engreído por su orgullo y su sed de sangre. Y fue desleal, como mi señor abuelo se enteró para pena suya.– Abrió sus brazos. –No culpo a Puerto Blanco por apoyarlo. Mi abuelo cometió el mismo doloroso error. En todas las batallas del Joven Lobo, Puerto Blanco y los Gemelos lucharon codo con codo bajo su estandarte. Robb Stark nos traicionó. Abandonó el norte a la cruel suerte de los hombres de hierro para forjarse un reino más justo para si mismo a lo largo del Tridente. Entonces abandonó a los señores del río quienes habían arriesgado tanto por él, rompiendo el pacto del matrimonio que hizo con mi abuelo para casarse con la primera sirvienta de poniente que le llamó la atención. ¿El Joven Lobo? Él era un perro repugnante y como tal murió.
La Corte del Tritón quedó en completo silencio. Davos podía sentir el frío en el aire. Lord Wyman miraba a Rhaegar como si fuera una cucaracha que necesita un tacón duro… pero entonces, repentinamente, hizo un importante asentimiento que hizo temblar su barbilla. –Un perro, sí. Sólo nos trajo pena y muerte. Un perro repugnante ciertamente. He dicho.
Rhaegar Frey continuó. –Pena y muerte, sí… y este señor de la cebolla os traerá más con su charla sobre la venganza. Abra sus ojos, como hizo mi abuelo. La Guerra de los Cinco Reyes se ha acabado. Tommen es nuestro rey, nuestro único rey. Debemos ayudarle a vendar las heridas de esta triste guerra. Como el autentico hijo de Robert, el heredero del ciervo y el león, el Trono de Hierro es suyo por derecho propio.
–Sabias palabras, y ciertas– dijo Lord Wyman Manderly.
–No lo son.– Wylla Manderly dio un pisotón.
–Tranquila, niña desgraciada– la reprendió Lady Leona. –Las chicas jóvenes deberían ser un adorno para los ojos, y no un dolor de oídos.– Agarró a la muchacha por la trenza y la sacó de la sala tirando de su trenza mientras chillaba. «Ahí iba mi única amiga en esta sala», pensó Davos.
–Wylla siempre ha sido una niña testaruda– dijo su hermana, a modo de disculpa. –Me temo que será una esposa muy terca.”
Rhaegar se encogió de hombros. –El matrimonio la ablandará, no tengo dudas. Una mano firme y unas palabras suaves.
–Si no, ahí están las hermanas silenciosas.– Lord Wyman se removió en su asiento. –Por lo que a vos respecta, Caballero de la Cebolla, ya he escuchado suficiente sobre traiciones por un día. Usted habría hecho que arriesgara mi ciudad por un rey falso y un dios falso. Que sacrificara a mi único hijo vivo para que Stannis Baratheon pueda colocar su arrugado trasero en un trono al que no tiene

derecho alguno. No lo haré. No por vos. No por su señor. No por ningún hombre.– El señor de Puerto Blanco se obligó a ponerse de pie. El esfuerzo trajo un rubor rojo a su cuello. –Sigue siendo un contrabandista, ser, viene a robar mi oro y mi sangre. Habría tomado la cabeza de mi hijo. Pienso que debería tomar la suya en su lugar. *¡Guardias! ¡Apresad a este hombre!*
Antes de que Davos pudiera pensar siquiera en moverse, estaba rodeado por tridentes plateados. –Mi señor– dijo – soy un enviado.
–¿Lo es? Viene a hurtadillas a mi ciudad como un contrabandista. Yo digo que no eres un señor, ni un caballero, ni un enviado, sólo un espía, un vendedor ambulante de mentiras y traiciones. Debería arrancarte la lengua con unas pinzas al rojo y mandarte a Fuerte Terror para que te despellejen. Pero la Madre es misericordiosa, y yo también.– Hizo señas a Ser Marlon. –Primo, llévate a esta criatura a la Guarida del Lobo y córtale la cabeza y las manos. Quiero que me las traigan antes de cenar. No podré comer un bocado hasta que vea la cabeza de este contrabandista en una pica, con una cebolla enterrada entre sus dientes mentirosos.

20. HEDIONDO

Le dieron un caballo y un estandarte, un jubón de lana suave y un manto caliente de piel, se lo puso flojo. Por primera vez, no apestaba. «Regresa con ese castillo», dijo Damon Baila-para-mí mientras ayudaba a Hediondo a subir a la silla, «o puedes seguir adelante y ver hasta dónde llegas antes de que te atrapen. Eso les gustaría, les gustaría» Sonriendo, Damon dio el caballo un golpe en la grupa con su látigo, y el viejo capón relinchó y se puso en marcha.

Hediondo no se atrevió a mirar hacia atrás, por temor a que Damon y Dick y Amarillo y Ronco, y el resto viniera tras él, a que todo esto fuera tan sólo otra de las bromas de Lord Ramsay, alguna prueba cruel para ver lo que haría si le daban un caballo y lo ponían en libertad. «¿Creen que voy a correr?» El jamelgo que le había dado era una cosa miserable, zamba y medio muerta de hambre, nunca podría dejar atrás a los finos caballos que Lord Ramsay y sus cazadores montarían. Y Ramsay no amaba nada más que poner a sus chicas a ladrar tras el rastro de una presa fresca.

Además, ¿a dónde correr? Detrás de él estaban los campos, llenos de hombres de Fuerte Terror y los que Ryswells había traído de los Arroyos, con las huestes de Barrowton entre ellos. Al sur de Foso Cailin, otro ejército se acercaba por la calzada, un ejército de Boltons y Freys marchando bajo de el pendón de Fuerte Terror. Al este del camino se extendía una costa inhóspita y estéril y un frío mar salado, al oeste los pantanos y ciénagas del Cuello, infestados de serpientes, lagartos león, y los demonios del pantano con sus flechas envenenadas.

No correría. No podía correr.

*«*Le entregaré el castillo. Lo haré. Debo».

Era un día gris, húmedo y brumoso. El viento del sur, como un beso húmedo. Las ruinas de Foso Cailin eran visibles en la distancia, colándose a través de los jirones de niebla de la mañana. Su caballo se movía hacia ellas paso a paso, sus cascos sonando con un húmedo y débil chapoteo cuando se desprendían del fango gris-verdoso.

*«*Ya he venido aquí antes». Fue un pensamiento peligroso, y se arrepintió de inmediato. –No– dijo: –no, fue otro hombre, fue antes de saber su nombre.– Su nombre era Hediondo. Tenía que recordar eso. Hediondo, Hediondo, rima con puerro.

Cuando ese otro hombre había llegado por este camino, un ejército lo había seguido de cerca, el gran ejército del norte cabalgando a la guerra bajo la bandera de gris y blanca de la Casa Stark. Hediondo cabalgaba solo, sosteniendo un bandera de paz izada en un asta de pino. Cuando ese otro hombre había llegado por este camino, lo había hecho montando un corcel rápido y enérgico. Hediondo montaba un jamelgo descompuesto, todo piel, huesos y las costillas, y lo cabalgaba lentamente por temor a caerse. El otro hombre había sido un buen jinete, pero Hediondo se sentía incómodo a lomos del caballo. Había pasado tanto tiempo. No era un jinete. Ni siquiera era un hombre. Él era una criatura de Lord Ramsay, peor a un perro, un gusano en piel humana. "Te harás pasar por un príncipe", le dijo Lord Ramsay la noche anterior, mientras Hediondo estaba remojándose en una tina con agua muy caliente, –pero nosotros sabemos la verdad. Eres Hediondo. Siempre serás Hediondo, no importa cuán dulce huelas. Tu nariz te puede mentir. Recuerda tu nombre. Recuerda quién eres–

–Hediondo– dijo. –Su Hediondo.

–Hazme este pequeño favor, y podrás ser mi perro y comer todos los días– le prometió Lord Ramsay. –Te sentirás tentado a traicionarme. Para correr o luchar o unirte a nuestros enemigos. No, tranquilo, no te oiré negarlo. Miénteme y tomaré tu lengua. Un hombre se *volvería* contra mí en tu lugar, pero sabemos lo que eres, ¿o no? Traicióname si quieres, no importa... pero primero cuenta tus dedos y sabrás el costo.

Hediondo sabía el costo. «Siete», pensó, «siete dedos. Un hombre puede conformarse con siete dedos. Siete es un número sagrado». Recordó cuánto le había dolido cuando Lord Ramsay mandó a Skinner a desollar su dedo anular.

El aire estaba húmedo y pesado, y estanques poco profundos de agua salpicaban el suelo. Hediondo se abrió paso entre ellos con cuidado, siguiendo los restos de la carretera de troncos y tablones que la vanguardia de Robb Stark había construido sobre suelo suave para acelerar el paso de su ejército. Donde una vez una poderosa muralla había estado, sólo quedaban piedras dispersas, bloques de

basalto negro, tan grandes que se habían requerido cientos de hombres para ponerlos en su lugar. Algunos se habían hundido tan profundamente en la ciénaga que sólo mostraban una esquina; otras estaban esparcidas como juguetes abandonados por algún de Dios, agrietadas y en ruinas, con manchas de líquenes. La lluvia de anoche había dejado a las grandes piedras, húmedas y brillantes, y el sol de la mañana hacía que se vieran como si estuvieran recubiertas de un poco de fino aceite negro.
Más allá estaban las torres.
La Torre del Borracho se inclinaba como si estuviera a punto de colapsar, como lo había hecho durante medio millar de años. La Torre de los Niños se alzaba hacia el cielo tan recta como una lanza, pero su desmoronada parte superior estaba abierta al viento y a la lluvia. La Torre De la Compuerta, rechoncha y amplia, era el mayor de los tres, pegajosa por el musgo, un árbol retorcido crecía en las piedras del lado norte, fragmentos de muro roto aún permanecían en pie del este al oeste. «Los Karstarks tomaron la Torre del Borracho y los Umbers la Torre de los Niños, recordó. Robb reclamó la Torre De la Compuerta como suya».
Si cerraba los ojos, podía ver los estandartes con los ojos de su mente, rompiendo valientemente en un rápido viento del norte. «Todos se han ido, todos cayeron». El viento en sus mejillas soplaba desde el sur, y los únicos estandartes encima de los restos de Foso Cailin mostraban un Kraken dorado sobre un campo de negro.
Estaba siendo vigilado. Podía sentir los ojos. Cuando levantó la vista, alcanzó a ver pálidas caras que lo miran desde atrás de las almenas de la torre De la Compuerta y a través de la mampostería rota que coronaba la Torre de los Niños, donde la leyenda dice que los niños del bosque llamaron alguna vez al martillo de las aguas para romper las tierras de Poniente en dos.
El único camino seco a través del Cuello era la calzada, y las torres de Foso Cailin Foso conectaban su extremo norte como un corcho en una botella. El camino era estrecho, las ruinas bien posicionadas de tal forma que cualquier enemigo que viniera desde el sur debería pasar por debajo y entre ellas. Para asaltar cualquiera de las tres torres, un atacante debía exponer su espalda a las flechas de las otras dos, mientras que escalar las paredes de piedra húmedas tachonadas con serpentinas de ghostskin blanco y viscoso. El terreno pantanoso más allá de la calzada era infranqueable, un laberinto sin fin de hoyos de succión, arenas movedizas, y brillantes praderas verdes que parecían sólidas para el ojo desprevenido, pero que se volvían agua en el instante que pisaban sobre ellas, Todo infestado con serpientes y flores venenosas, monstruosos lagartos león con dientes como dagas. Igual de peligrosa era su gente, rara vez vista, pero siempre al acecho, los habitantes de los pantanos, los comedores de ranas, los hombres de barro. Pantano y Caña, Turba y Cienega, Cray y Quagg, Greengood y Blackmyre, esos eran la clase de nombres que se daban. Los hijos del hierro los llamaban a todos ellos los Demonios del Pantano.
Hediondo pasó sobre el cadáver descompuesto de un caballo, una flecha sobresalía de su cuello. Una serpiente blanca y larga se deslizó por su cuenca ocular vacía cuando se acercó. Detrás del caballo divisó a su jinete, o lo que quedaba de él. Los cuervos lo habían despojado de la carne la cara y un perro salvaje había excavado por debajo de su cota malla para alcanzar sus entrañas. Más adelante, otro cadáver se había hundido tan profundamente en el lodo que sólo la cara y los dedos se mostraban.
Más cerca de las torres, los cadáveres cubrían el suelo por todas partes. La sangre florecía de sus heridas abiertas, pálidas flores con pétalos regordetes y húmedos como los labios de una mujer.
«La guarnición no me conoce». Algunos podrían recordar al niño que había sido antes de conocer su nombre, pero Hediondo sería un extraño para ellos. Había pasado mucho tiempo desde que se vio por última vez en un espejo, pero él sabía de cuántos años parecía. Su cabello se había vuelto blanco, gran parte de él se había caído, y lo que quedaba estaba tieso y seco como la paja. Los calabozos lo habían dejado débil como una anciana y tan delgado que un viento fuerte podría derribarlo.
Y sus manos... Ramsay le había dado guantes, guantes de fino cuero negro, suave y flexible, relleno de lana para ocultar la falta sus dedos, pero si alguien miraba de cerca, se daría cuenta de que tres de sus dedos no se doblan.

–Hasta ahí!– Gritó una voz. –¿Qué quieres?
–Palabras.– Espoleó su copón hacia adelante, agitando la bandera de la paz de forma que no pudieran dejar de verla.
–Vengo sin armas.
No hubo respuesta. Detrás de las paredes, sabía, los hijos de hierro estaban discutiendo sobre si dejarlo entrar o llenar su pecho de flechas. «No tiene importancia». Una muerte rápida en este caso sería cien veces mejor que volver con Lord Ramsay con un fracaso.
Entonces, las puertas de entrada se abrieron de par en par. –De prisa– . Hediondo estaba girando hacia la voz cuando la flecha golpeó. Venían de algún lugar a su derecha, donde pedazos rotos de la muralla estaban medio sumergidos bajo el pantano. La flecha atravesó los pliegues de su bandera que colgó desgarrada, el contacto de un pie descalzo desde su cara. Lo asustó tanto que dejó caer la bandera y se desplomó de la silla.
–Dentro– gritó la voz, –¡Date prisa, tonto, date prisa!
Hediondo trepó por los escalones con manos y rodillas, mientras otras flechas revoloteaban sobre su cabeza. Alguien lo agarró y lo arrastró hacia adentro, y oyó el golpe de la puerta al cerrarse detrás de él. Fue puesto en pie y empujado contra una pared. Entonces, un cuchillo fue puesto en su garganta, un rostro barbado estaba tan cerca de su cara que podía contar los pelos de la nariz del hombre. –¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu propósito aquí? Rápido, ahora, o te haré los mismo que a él.– El guardia hizo un gesto con la cabeza hacia un cuerpo en descomposición que estaba en el suelo junto a la puerta, su carne estaba verde y llena de gusanos.
–Soy un hijo del hierro– respondió Hediondo, mintiendo. El niño que había sido antes había sido hijo del hierro, lo suficiente cierto, pero Hediondo había venido a este mundo desde los calabozos de Fuerte Terror. –Mira mi cara. Soy el hijo de Lord Balon. Su príncipe.– Habría dicho el nombre, pero de alguna manera las palabras quedaron atrapadas en su garganta. Hediondo, soy Hediondo, que rima con redondo. Tuvo que olvidarse de eso por un momento, sin embargo. Ningún hombre cedería a una criatura como Hediondo, jamás, no importa cuán desesperada fuera su situación. Debía pretender que era un príncipe nuevamente.
Su captor se quedó mirando su rostro, entrecerrando los ojos, torciendo la boca con sospecha. Sus dientes eran de color marrón, y su aliento apestaba a cerveza y a cebolla. –Los hijos de Lord Balon fueron asesinados.
–Mis hermanos. No yo. Lord Ramsay me llevó cautivo después de Invernalia. Me ha enviado aquí para tratar con ustedes. ¿Eres tú el que manda aquí?
–¿Yo?– El hombre bajó el cuchillo y dio un paso hacia atrás, casi tropezando con el cadáver.
–Yo no, mi señor.– Su malla estaba oxidada, y sus ropas de cuero en descomposición. En el dorso de una de sus manos una herida abierta sangraba. –Ralf Kenning tiene el comando. El capitán dijo. Yo estoy en la puerta, eso es todo.
–¿Y quién es este?– Dio Hediondo de una patada al cadáver.
El guardia miró al hombre muerto como si lo viera por primera vez. –Él ... él bebió el agua. Tuve que cortarle la garganta, para que dejara de gritar. Vientre malo. No se puede beber el agua. Es por eso que tenemos cerveza–. El guardia se frotó la cara, los ojos rojos e inflamados. –Estábamos acostumbrados a arrastrar hacia abajo a los muertos, a las bodegas. Pero todas las bóvedas están inundadas. Nadie quiere tomarse la molestia ahora, por eso sólo los dejamos donde caen.
–Las bodegas es el mejor lugar para ellos. Dárselos al agua. Al Dios Ahogado
El hombre se rió. –No hay dioses allí, mi señor. Sólo las ratas y las culebras de agua. Las cosas blancas, gruesas como su pierna. A veces se deslizan por las escaleras y te muerden en tus sueños.
Hediondo recordó las mazmorras debajo Fuerte Terror, las ratas se retorcían entre sus dientes, el sabor de la sangre caliente en sus labios. «Si fracaso, Ramsay se me enviará de vuelta a eso, pero primero me va a desollar la piel de otro dedo». –¿Cuántos quedan en la guarnición?
–Algunos– dijo el hombre de hierro. –No sé. Menos de lo que éramos antes. Algunos en la Torre del Borracho, creo. Nadie en la Torre de los Niños. Dagon Bacalao fue para allá hace unos días. Sólo dos de los hombres quedaban con vida, dijo, y se estaba comiendo a los muertos. Mató a los dos, si puede creer eso.

«Foso Cailin ha caído», Hediondo comprendió entonces, «sólo que nadie se lo ha dicho». Se frotó la boca para ocultar sus dientes rotos, y dijo: –Tengo que hablar con su comandante.
–¿Kenning?– El guardia parecía confundido. –Él no tiene mucho que decir en estos días. Se está muriendo. Puede ser que ya haya muerto. Yo no lo he visto desde ... no recuerdo cuando ...
–¿Dónde está? Llévame hasta él.
–¿Quién va a cuidar la puerta, entonces?
–Él.– Hediondo dio al cadáver una patada.
Eso hizo reír al hombre. –Claro. ¿Por qué no? Ven conmigo, entonces.– Tomó una antorcha de un nicho de la pared y la agitó hasta que prendió brillante y caliente. –Por aquí– . El guardia le condujo a través de una puerta y una escalera de caracol, la luz de la antorcha brillaba en las paredes de piedra negra a medida que ascendían.
La cámara en la parte superior de la escalera estaba a oscuras, llena de humo y de un calor opresivo. Una piel andrajosa colgaba a través de la estrecha ventana tratando de mantener la humedad fuera, y un bloque de turba ardía en un brasero. El olor en la habitación era asqueroso, una nube de moho, orina y los excrementos, de humo y de enfermedad. Juncos sucios cubrían el suelo, mientras que un montón de paja en la esquina pasaba como a cama.
Ralf Kenning estaba temblando bajo una montaña de pieles. Sus armas estaban apiladas a su lado, espada y hacha, cota de malla, y un casco de guerra de hierro. Su escudo llevaba la mano nublada del dios de la tormenta, el rayo surgiendo de sus dedos hacia un mar embravecido, pero la pintura estaba descolorida y pelada, y la madera debajo comenzaba a pudrirse.
Ralf se estaba pudriendo también. Por debajo de las pieles estaba desnudo y con fiebre, su carne hinchada y pálida estaba cubierta de llagas supurantes y costras. Su cabeza estaba deforme, una mejilla grotescamente hinchada, su cuello tan lleno de sangre que amenazaba con tragarse su cara. El brazo del mismo lado estaba grande como un leño y lleno de gusanos blancos. Nadie lo había bañado ni rasurado en muchos días, por cómo se veía. Un ojo supuraba pus, y su barba estaba crujiente de vómito seco. –¿Qué le pasó?– , Preguntó Hediondo.
–Estaba en los parapetos cuando un demonio del pantano le disparó una flecha. Fue sólo un rasguño, pero ... envenenan a sus flechas, embarran las puntas de mierda y cosas peores. Le vertimos vino hirviendo en la herida, pero no hizo ningun efecto.
«No puedo tratar con esto». –Mátalo– dijo Hediondo al guardia –Su juicio se ha ido. Está lleno de sangre y gusanos.
El hombre miró boquiabierto. –El capitán lo puso al mando.
–Tú sacrificarías un caballo moribundo.
–¿Qué caballo? Nunca he tenido ningún caballo.
«Yo ya lo hice». El recuerdo volvió rápidamente. El chillido de Sonriente había sonado casi humano. Su crin en llamas, se había levantado sobre sus patas traseras, ciego de dolor, atacando con sus cascos. «No, no. No el mío, él no era mío, Hediondo nunca tuvo un caballo». –Voy a matarlo por ti.– Hediondo tomó la espada de Ralf Kenning que estaba apoyada en su escudo. Todavía tenía los dedos suficientes como para empuñarla. Cuando puso la punta de la hoja, contra la garganta inflamada de la criatura en la paja, la piel se abrió en un chorro de sangre negra y pus amarilla. Kenning se sacudió violentamente y luego se quedó quieto. Un hedor horrible llenó la habitación. Hediondo corrió hacia la escalera. El aire estaba húmedo y frío allí, pero era mucho más limpio en comparación. El hombre de hierro salió a trompicones detrás de él, con la cara blanca y luchando para no vomitar. Hediondo le cogió por el brazo. –¿Quién es el segundo al mando? ¿Dónde está el resto de los hombres?
–Arriba en las almenas, o en los pasillos. Durmiendo, bebiendo. Te llevaré, si quieres.
–Hazlo ahora– Ramsay sólo le había dado un día.
La sala estaba oscura, de techos altos con corrientes de aire, llena de humo a la deriva, sus muros de piedra manchada con grandes parches de liquen pálido. Un fuego de turba ardía bajo un hogar ennegrecidos por llamas más calientes de años pasados. Una gran mesa de piedra labrada, llenaba la cámara, como lo había hecho durante siglos. Fue allí donde me senté, la última vez que estuve aquí, recordó. «Robb estaba a la cabeza de la mesa, con el Gran Jon a su derecha y Roose Bolton a su

izquierda. Los Glovers se sentaron junto a Helman Tallhart. Karstark y sus hijos estaban frente a ellos»
Dos docenas de hombres de hierro estaban sentamos bebiendo en la mesa. Algunos lo miraron con ojos apagados, planos, cuando entró. El resto lo ignoró. Todos los hombres eran extraños para él. Varios llevaban capas sujeta por broches de plata en forma de bacalao. Los Bacalaos no estaban bien considerados en las Islas de Hierro; a los hombres se les consideraban ladrones y cobardes, las mujeres, lujuriosas que iban a la cama con sus propios padres y hermanos. No le sorprendió que su tío hubiera decidido dejar a estos hombres atrás cuando la flota de Hierro regresó a casa. «Esto hará que mi tarea sea mucho más fácil». –Ralf Kenning está muerto– , dijo. –¿Quién manda aquí?
Los bebedores lo miraron sin comprender. Uno se rió. Otro escupió. Finalmente uno de los Bacalaos dijo, –¿Quién lo pregunta?
–El hijo de Lord Balon.– «Hediondo, mi nombre es Hediondo, que rima con redondo». –Estoy aquí a las órdenes de Ramsay Bolton, Señor de Hornwood y heredero de Fuerte Terror, quien me capturó en Invernalia. Su ejército se encuentra al norte de aquí, el de su padre al sur, pero Lord Ramsay está listo para ser misericordioso si rinden Foso Cailin ante él antes de que el sol se ponga. –Sacó la carta que le había dado y lo tiró sobre la mesa ante los bebedores.
Uno de ellos la levantó y le dio vueltas en sus manos, tocando la cera rosa que la sellaba. Después de un momento, dijo, –Un pergamino. ¿De qué sirve eso? Es queso lo que necesitamos, y carne.
–Acero, quieres decir– dijo el hombre a su lado, un anciano cuyo brazo izquierdo terminaba en un muñón. –Espadas. Hachas. Sí, y arcos, centenares de arcos, y los hombres necesarios para disparar flechas.
–Un Hombre de Hierro no se rinde– dijo una tercera voz.
–Que se lo digan a mi padre. Lord Balon dobló la rodilla cuando Robert rompió sus muros. De otra forma hubiera muerto. Como lo serán ustedes si no se rinden. –Hizo un gesto hacia el pergamino– Rompe el sello. Lee las palabras. Es un salvoconducto, escrito por el propio Lord Ramsay. Renuncien a sus espadas y vengan conmigo, que su señoría los alimente y les de permiso para regresar sin ser molestados a Orilla Pedregosa, y encontrar un barco para regresar a su hogar. De otra forma morirán.
–¿Es una amenaza?– Uno de los Bacalaos se puso en pie. Era un hombre grande, con ojos desorbitados y amplia boca, con la carne blanca como muerto. Parecía como si su padre lo hubiera engendrado con un pez, pero llevaba un espadón. –Dagon Bacalao no se rinde ante ningún hombre.
«No, por favor, tienen que escuchar». La idea de lo que Ramsay le haría si regresaba al campamento sin la rendición de la guarnición fue suficiente para que se orinara los pantalones. «Hediondo, Hediondo», que rima con fondo. –¿Es esta su respuesta?– Las palabras sonaron débilmente a sus oídos. –¿Este bacalao habla por todos ustedes?
El guardia que lo había recibido en la puerta parecía menos seguro. –Victarion nos mandó resistir, lo hizo. Lo escuché con mis propios oídos. *Resistan aquí hasta que yo vuelva*, le dijo a Kenning.
–Sí– dijo el hombre con un solo brazo. –Eso es lo que dijo. El llamado Rey de Madera, juró que regresaría, con una corona de madera sobre su cabeza y un millar de hombres detrás de él.
–Mi tío nunca va a volver– les dijo Hediondo. –El Rey de Madera coronó su hermano Euron, y Ojo de Cuervo tiene otras guerras que luchar. ¿Creen que mi tío los valora? No lo hace. Ustedes son los que dejó detrás para morir. Se deshace de ustedes de la misma manera que raspa el barro de sus botas cuando se vadea en tierra lodosa.
Esas palabras dieron en el blanco. Podía verlo en sus ojos, en la forma en que se miramos unos a otros o fruncieron el ceño sobre sus copas. «Todos ellos temen que los hayan abandonado, pero me tocó a mí convertir este miedo en certeza». Ellos no eran hijos de capitanes famosos, ni sangre de las grandes casas de las Islas de Hierro. Todos eran hijos de esclavos y de esposas de sal.
–¿Si nosotros nos rendimos, podemos irnos?– Dijo el hombre armado. –¿Es eso lo que dice aquí escrito?– Le dio un manotazo al rollo de pergamino, su sello de cera todavía intacto.
–Léelo por ti mismo– respondió, a pesar de que estaba casi seguro de que ninguno de ellos sabía leer. –Lord Ramsay trata a sus prisioneros con honor, siempre y cuando mantenga la fe en él.– «Sólo ha tomado dedos de los pies y de las manos y alguna que otra cosa, cuando pudo bien haber

tenido mi lengua, o pelado de la piel de mis piernas desde el talón hasta el muslo». –Rindan sus espadas ante él, y vivirán.
–Mentira.– Dagón Bacalao sacó su espadón. –Usted es al que llaman traidor. ¿Por qué debemos creer en sus promesas?
«Está borracho», se dio cuenta Hediondo. «La cerveza es la que está hablando». –Cree lo que quieras. Yo solo he traído el mensaje de Lord Ramsay. Ahora tengo que volver con él. Vamos a tomar sopa de jabalí y neeps, regado con vino tinto fuerte. Los que vengan conmigo serán bienvenidos a la fiesta. El resto de ustedes va a morir dentro de un día. El Señor de Fuerte Terror traerá a sus caballeros hasta la calzada, mientras que su hijo traerá a sus hombres desde el norte. No se concederá cuartel. Los que mueren peleando serán los que tengan suerte. Los que viven serán entregados a los demonios del pantano.
–*Basta*– gruñó Dagón Bacalao. –¿Cree que puede asustar a un hombre de hierro con solo palabras? Largo. Corre de vuelta con tu amo antes de que te abra el vientre, te saque las entrañas, y te las haga comer.
Pudo haber dicho aún más, pero de repente sus ojos se abrieron completamente. Un hacha arrojadiza brotó del centro de su frente con un sonido sólido. La espada de Bacalao cayó de sus dedos. Se sacudió como un pez enganchado, y luego se estrelló de bruces sobre la mesa.
Fue el hombre armado quien había arrojado el hacha. Cuando se puso en pie tenía ya otra en la mano. –¿Quién quiere morir?– preguntó a los otros bebedores. –Hablad, veré que lo hagan.– Delgado hilos rojos se estaban extendiendo por toda la piedra, provenientes del charco de sangre donde la cabeza de Dagón Bacalao había quedado. –Yo, quiero vivir, y eso no significa quedarme aquí a pudrirme.
Un hombre tomó un trago de cerveza. Otro movió su copa para evitar un dedo de sangre, antes de que llegara al lugar donde estaba sentado. Nadie hablaba. Cuando el hombre armado regresó su hacha de nuevo a su cinturón, Hediondo supo que había ganado. Casi se sentía como un hombre nuevamente. «Lord Ramsay estará encantado conmigo».
Retiró el estandarte del kraken con sus propias manos, casi dejándolo caer debido a la falta sus dedos, pero agradecido por los dedos que Lord Ramsay le había permitido conservar. Se tomó la mayor parte de la tarde antes de que los hijos del hierro estuvieran listos para partir. Había más de los que hubiera adivinado – cuarenta y siete de la Torre De la Compuerta y dieciocho más de la Torre del Borracho. Dos de ellos estaban tan cerca de la muerte que no había esperanza para ellos, otros cinco demasiado débiles para caminar. Esto les dejaba aún cincuenta y ocho que estaban forma para luchar. Aun débiles como estaban, les hubiera requerido tres veces este número de hombres si Lord Ramsay hubiera asaltado las ruinas. «Hizo bien en enviarme», Hediondo dijo a sí mismo mientras subía de nuevo en su copón para guiar la desordenada columna al otro lado del terreno pantanoso donde los hombres del norte estaban acampados. –Dejad aquí las armas– dijo a los prisioneros. –Espadas, arcos, dagas. Cualquier hombre armado será muerto si es visto.
Les tomó tres veces más tiempo cubrir la distancia de lo que le había tomado a Hediondo a él solo. Camillas provisionales se habían construido con pedazos de ramas para cuatro hombres que no podía caminar, el quinto fue llevado por su hijo, en su espalda. Esto hizo que fueran muy despacio, y todos los hijos del hierro estaban muy conscientes de lo expuestos que estaban, muy dentro del tiro de ballesta de los demonios del pantano y de sus flechas envenenadas. «Si me muero, me muero». Hediondo sólo rezaba porque el arquero supiera lo que hace, de modo que la muerte fuera rápida y limpia. «La muerte de un hombre, no el final que Kenning Ralf sufrió».
El hombre armado caminó a la cabeza de la procesión, cojeando mucho. Su nombre, dijo, era Adrack Humilde, tenía esposa y tres mujeres de sal en el Gran Wyk. –Tres de las cuatro tenían grandes barrigas cuando me embarqué– se jactaba, –Y los Humildes tienen gemelos. Lo primero que haré cuando regrese será contar a todos mis hijos nuevos. Puede que incluso nombre uno por usted, mi señor.
«Sí, Llámalo Hediondo», pensó, «y cuando se porte mal puedes cortarle los dedos del pie y se los das de comer a las ratas». Volvió la cabeza y escupió, y se preguntó si Ralf Kenning no había sido más afortunado.

Una ligera lluvia comenzó a caer desde un cielo gris pizarra al mismo tiempo que el campamento de Lord Ramsay aparecía frente a ellos. Un centinela los vio pasar en silencio. El aire estaba lleno del humo de las fogatas que se ahogaban en la lluvia. Una columna de jinetes llegó cabalgando detrás de ellos, dirigido por un señor menor con una cabeza de caballo en el escudo. «Uno de los hijos del Lord Ryswell», Hediondo supo. «Roger, o tal vez Rickard». Él no podía diferenciar a los dos. –¿Estos son todos?– preguntó el jinete desde lo alto de un caballo castaño.
–Todos los que no habían muerto, mi señor.
–Pensé que habría más. Los atacamos tres veces y las tres veces nos rechazaron.
«Somos hijos del hierro», pensó, con un destello de orgullo, y por la mitad de un latido del corazón fue un príncipe nuevamente, el hijo de Lord Balon, la sangre de Pyke. Sin embargo, aun pensarlo era peligroso. Tuvo que recordar su nombre. Hediondo, mi nombre es Hediondo, que rima con orondo.
Estaban justo fuera del campamento cuando los ladridos de la jauría de sabuesos le aviso a Lord Ramsay que llegaban. Whoresbane estaba con él, junto con media docena de sus favoritos, Skinner y Alyn Agrio y Damon Baila-para-mí, y también los Walders grandes y pequeños. Los perros pululaban a su alrededor, ladrando y gruñendo a los extraños. «Las chicas del Bastardo», pensó Hediondo, antes de recordar que nunca, nunca, nunca debía usar esa palabra en presencia de Ramsay.
Hediondo se bajó de la silla e hincó una rodilla. –Mi señor, Foso Cailin es suyo. Aquí están sus últimos defensores.
–Muy pocos. Yo esperaba más. Eran enemigos tan tenaces.– Los pálidos ojos de Lord Ramsay brillaron.
–Deben estar muertos de hambre. Damon, Alyn, vean que los atiendan. Vino y cerveza, y todas la comida que pueden comer. Skinner, lleva a sus heridos con nuestros maestres.
–Sí, mi señor.
Algunos de los hijos del hierro, murmuraron un gracias antes de que se fueran arrastrando los pies hacia las cocinas en el centro del campo. Uno de los Bacalao incluso trató de besar el anillo Lord Ramsay, pero los perros lo alejaron antes de que pudiera acercarse, y Alison perdió un trozo de su oreja. Y a pesar de que la sangre corría por su el cuello, el hombre hizo una reverencia y se inclinó y elogió la clemencia de su señoría.
Cuando el último de ellos se había ido, Ramsay Bolton volvió la sonrisa hacia Hediondo. Le tomó por la parte de atrás de la cabeza, cercó su cara, lo besó en la mejilla, y le susurró: –Mi viejo amigo Hediondo. ¿De verdad te tomaron como su príncipe? ¡Qué malditos imbéciles, estos hijos del hierro. Los dioses se están riendo.
–Lo único que quieren es volver a casa, mi señor.
–Y ¿qué es lo que *tú* quieres, mi dulce Hediondo?– Murmuró Ramsay, tan suavemente como un amante. Su aliento olía a vino caliente y clavo de olor, tan dulce. –Este valeroso servicio merece una recompensa. No te puedo dar de nuevo tus dedos o dedos de tus pies, pero sin duda hay algo que podrías tener de mí. ¿Debo liberarte en su lugar? ¿Liberarte de mi servicio? ¿Quieres regresar con ellos, volver a tus islas sombrías en el frío mar gris, ser un príncipe de nuevo? ¿O prefieres permanecer como mi sirviente leal?
Un frío cuchillo rozó su espalda. «Ten cuidado», se dijo, ten «mucho, mucho cuidado». No le gustó la sonrisa de su señor, la forma en que le brillaban los ojos, la saliva brillante en la esquina de su boca. Había visto estos signos antes. «Tú no eres un príncipe. Eres Hediondo, sólo Hediondo, que rima con hondo. Dale la respuesta que quiere».
–Mi señor– dijo –mi lugar está aquí, con usted. Soy su Hediondo. Sólo quiero servirle a usted. Todo lo que pido ... Un odre de vino, sería suficiente recompensa para mí ... un vino tinto, el más fuerte que usted tiene, todo el vino que un hombre pueda beber ...
Lord Ramsay se echó a reír. –Tú no eres un hombre, Hediondo. No eres más que mi criatura. Tendrás todo tu vino. Walder, encárgate de ello. Y no tengas miedo, no voy a regresarte a las mazmorras, tienes mi palabra de Bolton. Vamos a hacer un perro de ti en su lugar. Carne todos los días, y hasta te voy a dejar dientes suficientes para comer. Puedes dormir al lado de mis chicas. Ben,

¿tienes un collar para él?
–Voy a mandar a hacer uno, mi señor– dijo el viejo Ben Huesos.
El hombre hizo más que eso. Esa noche, además del collar, había también una manta andrajosa y la mitad de un pollo. Hediondo tuvo que luchar con los perros por la comida, pero fue la mejor comida que había tenido desde Invernalia.
Y el vino ... el vino era oscuro y amargo, pero fuerte. En cuclillas entre los perros, Hediondo bebió hasta que su cabeza le daba vueltas, vomitó, se limpió la boca, y bebió un poco más. Después se echó hacia atrás y cerró los ojos. Cuando se despertó un perro le lamía el vómito de su barba, y nubes oscuras se hundían en la cara de una luna como hoz. En algún lugar de la noche, hombres gritaban. Empujó al perro a un lado, se dio la vuelta y volvió a dormir.
A la mañana siguiente Lord Ramsay envió a tres jinetes por la calzada para dejar saber a su señor padre que el camino estaba despejado. El hombre desollado de la Casa de los Bolton fue izado por encima de la Torre De la Compuerta, donde Hediondo había arriado el Kraken dorado de Pyke. A lo largo de la carretera de tablones podridos, estacas de madera fueron enterradas profundamente en el suelo pantanoso; había cuerpos descompuestos, rojos y goteantes. Sesenta y tres, lo sabía, hay sesenta y tres de ellos. Uno de ellos tenía medio brazo cortado. Otro tenía un pergamino metió entre los dientes, su sello de cera todavía intacto.
Tres días después, la vanguardia del ejército de Roose Bolton se abrió paso a través de las ruinas y más allá de la fila de espeluznante centinelas – cuatrocientos Freys montados y vestidos de azul y gris, la punta de sus lanzas brillaba cada vez que el sol aparecía entre las nubes. Dos de los hijos del viejo Lord Walder guiaban el furgón. Uno era musculoso, con una masiva mandíbula y brazos con gruesos músculos. El otro tenía los ojos hambrientos muy juntos por encima de una nariz afilada, barba fina marrón que no acababa de ocultar la barbilla débil por debajo, y la cabeza calva. Hosteen y Aenys. Los recordaba desde antes de saber su nombre. Hosteen era un toro, tardo para la ira pero implacable una vez que se le despertaba, y reputado como el combatiente más feroz de Lord Walder. Aenys era mayor, más cruel y más inteligente – un comandante, mas no un espadachín. Ambos eran soldados experimentados.
Los hombres del norte seguían penosamente detrás del furgón, sus andrajosas banderas al viento. Hediondo los vio pasar. La mayoría iban a pie, y había muy pocos de ellos. Recordó el gran ejército que marchó hacia el sur con el Joven Lobo, bajo la Huergo de Invernalia. Veinte mil espadas y lanzas habían ido a la guerra con Robb, pero sólo dos de cada diez regresaron, y la mayoría hombres de Fuerte Terror.
Atrás donde la muchedumbre era más gruesa en el centro de la columna cabalgaba un hombre con armadura en gris oscuro sobre una túnica acolchada de cuero de color rojo sangre. Sus medallones habían sido hechos en forma de cabeza humana, con la boca abierta que gritaba en agonía. De sus hombros colgaba un manto de lana rosada bordado con gotas de sangre. Largas cintas de seda roja ondeaban en la parte superior de su casco cerrado. Ningún hombre de crannog va a asesinar a Roose Bolton con una flecha envenenada, Hediondo pensó la primera vez que lo vio. Un vagón cerrado gemía detrás de él, tirado por seis pesados caballos de tiro y defendido por ballesteros, adelante y atrás. Cortinas de terciopelo azul oscuro ocultaban a los ocupantes del vagón de cualquier ojo indiscreto.
Más atrás venía el tren del equipaje – pesadas carretas cargadas con provisiones y el botín de guerra, y carros llenos de heridos y lisiados. Y en la parte trasera, mas Freys. Por lo menos un millar, tal vez más: arqueros, lanceros, campesinos armados con hoces y palos afilados, jinetes libres y arqueros a caballo, y otro centenar de caballeros para endurecerlos.
Encadenado y con collar y nuevamente en harapos, Hediondo siguió junto con los otros perros los talones de Lord Ramsay, cuando su señoría se dirigió a saludar a su padre. El jinete en armadura oscura se quitó el casco, la cara debajo no era la que Hediondo conocía. La sonrisa de Ramsay se cuajó al verlo, y la ira cruzó su rostro. –¿Qué es esto, una burla?
–Sólo precaución– susurró Roose Bolton, al salir de atrás de las cortinas del vagón cerrado.
El Señor del Fuerte Terror no tenía una fuerte semejanza con su hijo bastardo. Su rostro estaba afeitado, de piel lisa, normal, no guapo pero no del todo vulgar. A pesar de que Roose había estado

en muchas batallas, no tenía ninguna cicatriz. Aunque mucho más allá de los cuarenta años, todavía no tenía arrugas, con líneas escasas para hablar del paso del tiempo. Sus labios eran tan finos que cuando los apretaba parecía que iban a desvanecerse por completo. Había un halo de juventud alrededor de él, una quietud; en la cara de Roose Bolton, la rabia y la alegría parecía prácticamente lo mismo. Todo lo que él y Ramsay tenían en común eran sus ojos. «Sus ojos son hielo». Hediondo se preguntó si Roose Bolton alguna vez había llorado. Si es así, ¿las lágrimas se sentían frías en sus mejillas?

Una vez, un niño llamado Theon Greyjoy había disfrutado riéndose de Bolton mientras estaban sentados en el consejo con Robb Stark, burlándose de su voz suave, y haciendo bromas sobre las sanguijuelas. «Debió haber estado loco. Este no es un hombre con el que se juegue». No había más que mirar a Bolton para saber que había más crueldad en su dedo meñique que en todos los Freys combinados.

–Padre– Lord Ramsay se arrodilló ante su señor.

Lord Roose lo estudió por un momento. –Te puedes levantar– Se dio la vuelta para ayudar a dos jóvenes mujeres a bajar del interior del vagón.

La primera era baja y muy gorda, con una cara redonda y roja con tres papadas que temblaban bajo una capucha de pieles. –Mi nueva esposa– dijo Roose Bolton. –Lady Walda, éste es mi hijo natural. Besa la mano de tu madrastra, Ramsay.– así lo hizo. –Y estoy seguro de que recordarás a Lady Arya. Tu prometida.

La chica era delgada y más alta de lo que él recordaba, pero era de esperar. Las niñas crecen rápido a esa edad. Su vestido era de lana gris bordeado con raso blanco, sobre este llevaba una capa de armiño abrochado con una cabeza de lobo de plata. Cabello castaño oscuro caía hasta la mitad de su espalda. Y sus ojos ...

«Esta no es la hija de Lord Eddard»

Arya tenía los ojos de su padre, los ojos grises de los Stark. Una chica de su edad podría dejarse crecer el pelo, agregar pulgadas a su estatura, ver llenarse su pecho, pero no podía cambiar el color de sus ojos.

«Es la amiga de Sansa, la hija del mayordomo. Jeyne, ese era su nombre. Jeyne Poole».

–Lord Ramsay– La niña se inclinó ante él. Lo que estaba mal también. La verdadera Arya Stark le hubiera escupido en el rostro. –Rezo para que sea una buena esposa y le dé hijos fuertes que lo sigan.

–Así será– prometió Ramsay, –y pronto.

21. JON

Su vela se había convertido en una balsa de cera, pero la luz de la mañana se filtraba brillante a través de los postigos de la ventana. Jon se había vuelto a quedar dormido mientras trabajaba. Los libros se amontonaban en su mesa, formando varias pilas altas. Había cargado él mismo con ellos, después de pasarse media noche buscándolos en cámaras polvorientas con la única ayuda de un farol. Sam tenía razón: aquellos libros necesitaban ser clasificados, registrados y ordenados con urgencia, pero aquella era una labor que no podían realizar los mayordomos que no sabían leer ni escribir. Tendría que esperar el regreso de Sam.

«Si regresaba». Temía por Sam y el Maestre Aemon. Cotter Pyke había escrito desde Guardaoriente para informar que el *Cuervo de la Tormenta* había avistado los restos esparcidos de una galera a lo largo de la costa de Skagos. Que la nave naufragada fuera el *Pájaro Negro*, un barco mercenario de Stannis Baratheon o algún mercante, era una distinción que la tripulación del *Cuervo de la Tormenta* no pudo concretar. «Mi intención era poner a Gilly y a su bebé a salvo. ¿Y si los he enviado directos a la tumba?»

La cena de la noche anterior se había congelado junto a su codo, prácticamente sin tocar. Edd el Penas había llenado su cuenco hasta los topes, hasta el punto que el infame guiso de tres carnes de Hobb Tresdedos había ablandado todo el pan. La broma típica de los hermanos era que los tres tipos de carne eran cordero, cordero y cordero, pero mezclado con zanahoria, cebolla y nabo para que cada trozo tuviera diferente sabor. Una capa de grasa helada relucía sobre los restos del guiso.

Bowen Marsh había insistido en que se instalara en las antiguas habitaciones del Viejo Oso en la Torre del Rey después de que Stannis las desocupara, pero Jon lo había descartado. Acomodarse en las habitaciones del rey podía ser fácilmente mal interpretado como que no esperaba su retorno.

Una extraña apatía se había apoderado del Castillo Negro cuando Stannis se marchó al sur, como si, tanto el pueblo libre como los hermanos negros, estuvieran aguantando la respiración a la espera de lo que pudiera ocurrir. Los patios y comedores permanecían vacíos más tiempo de lo normal, la Torre del Lord Comandante era como un armazón, las viejas salas comunes solo una pila de maderas ennegrecidas y la Torre de Hardin parecía que fuera a caerse derribada a la siguiente racha de viento. La única señal de vida que podía escuchar Jon era el débil choque de espadas procedente del patio exterior a la armería. Férreo Emmet instaba a gritos a Petirrojo Saltarín a que mantuviera alto su escudo. «La mejor manera de protegerse es con el escudo bien alto».

Jon se aseó, se vistió y salió de la armería, deteniéndose en el patio exterior lo justo para dirigir unas palabras de ánimo a Petirrojo Saltarín y dar otros encargos a Emmet. Rechazó el ofrecimiento de Ty de llevar escolta, como siempre. Ya tenía suficientes hombres pendientes de él; Si tenía que sangrar, qué importaría tener dos más al lado. Además, él tenía a Garra, y a Fantasma pisándole los talones.

Cuando llegó al establo, Edd el Penas ya tenía preparado, ensillado y a la espera el palafrén del Lord Comandante. Los Wayn formaban bajo la atenta mirada de Bowen Marsh. El Lord Mayordomo iba recorriendo la columna, señalando y dando su visto bueno, con sus mejillas rojas por el frío. Cuando se dirigió a Jon, tenía la cara aún más roja. –Lord Comandante, ¿todavía insiste en esta…

–… locura? –Finalizó Jon–. Por favor, decidme que no ibais a decir "locura", milord. Sí, insisto. Ya hemos hablado sobre esto. Guardaoriente necesita más hombres. La Torre Oscura quiere más hombres. Guardagrís y Marcahielo también, no lo dudo, y además contamos con otros catorce castillos vacíos, leguas y leguas que permanecen sin vigilancia ni defensa.

Marsh frunció los labios. –El Lord Comandante Mormont…

–… está muerto. Y no a manos de los salvajes, sino a manos de sus propios Hermanos Juramentados, hombres en los que confiaba. Ni vos ni yo sabemos qué hubiera o no hubiera hecho en mi lugar. –Jon hizo un rodeo con el caballo–. Ya está bien de charla. Adelante.

Edd el Penas había escuchado la conversación entera. Mientras Bowen Marsh se echaba a un lado, asintió a su espalda y dijo –Granadas. Son todo semillas. Un hombre puede atragantarse hasta morir. Yo preferiría un nabo. No se conoce que ningún nabo haya hecho daño a hombre alguno.

Aquellos eran momentos en los que Jon echaba más de menos al Maestre Aemon. Clydas manejaba bastante bien los cuervos, pero no tenía una pizca de los conocimientos o la experiencia de Aemon Targaryen, y mucho menos de su sabiduría. Bowen era un buen hombre a su manera, pero las heridas que sufrió en el Puente de las Calaveras le habían endurecido el carácter, y la única canción que cantaba era ese refrán tan familiar de sellar las puertas. Othell Yarwyck era tan impasible y falto de imaginación como taciturno, y los primeros exploradores parecían morirse cuando se les nombraba. «La Guardia de la Noche ha perdido a demasiados de sus mejores hombres», reflexionaba Jon, mientras se comenzaban a mover los carros. «El Viejo Oso, Qhorin Mediamano, Donal Doye, Jarmen Buckwell, mi tío…»

Una suave nevada comenzó a caer mientras la columna iba avanzando hacia el sur por el camino del rey, una larga línea de carros a través de campos, arroyos y laderas arboladas, con una docena de lanceros y otra docena de arqueros cabalgando como escolta. En las últimas expediciones a Villa Topo se habían visto algunas cosas feas, unos cuantos empujones, bastantes murmullos maldiciendo y mucha hostilidad. Bowen Marsh consideró que era mejor no correr riesgos, y por una vez él y Jon estuvieron de acuerdo.

El Lord Mayordomo encabezaba la marcha. Jon cabalgaba algunos metros más retrasado, con Edd el Penas a su lado. A media milla al sur del Castillo Negro, Edd acercó su garrón a Jon y dijo –¿Milord? Mirad allí. El gran borrachuzo de la colina.

El borrachuzo era un tipo de fresno, doblado por la mitad después de siglos de ventiscas. Y ahora tenía cara. Una boca solemne, una rama rota como nariz, dos ojos ahondados en el interior del tronco, observando fijamente el camino del rey hacia el norte, en dirección al castillo y el Muro.

«A pesar de todo, los salvajes se trajeron sus dioses con ellos». A Jon no le sorprendía. Los hombres no abandonaban sus dioses tan fácilmente. El numerito que Lady Melisandre había orquesta más allá del Muro le pareció de repente tan vacío como una farsa enmascarada. –Se parece un poco a ti, Edd, –dijo, intentando hacer una gracia.

–Sí, milord. No tengo hojas bajo mi nariz, pero de ancho… A Lady Melisandre no le haría gracia.

–Ella es incapaz de ver nada en él. Ver es algo que nadie te cuenta.

–Sin embargo, ve cosas en esos fuegos.

–Humo y cenizas.

–Y personas ardiendo. A mí, como a la mayoría. Con hojas en mi nariz. Siempre he temido que me quemaran, pero esperaba morir primero.

Jon se volvió para mirarle la cara de nuevo, preguntándose quién lo habría tallado. Había puesto guardias alrededor de Villa Topo, tanto para mantener alejados a los cuervos de las mujeres salvajes como para mantener al pueblo libre protegido de cualquier escaramuza procedente del sur. El que lo hubiera tallado tuvo que eludir a sus centinelas, tal cual. Y si un hombre podía atravesar el cordón, otros podrían hacerlo también. «Podría doblar la guardia», pensó lamentándose. «Desperdiciar otro par de hombres, hombres que, de otra manera, estarían defendiendo el muro».

Los carros continuaban en su lento avance hacia al sur a través del barro helado y la nieve silbante. Una milla después, se encontraron una segunda cara, tallada en un castaño que crecía junto a un arroyo helado, con sus ojos observando el viejo puente de madera que lo atravesaba. –El doble de problemas, –anunció Edd el Penas.

El castaño estaba caduco y esquelético, pero sus desnudas ramas marrones no estaban vacías. Sobre una rama baja que casi tocaba el arroyo, estaba posado un cuervo, con sus plumas endurecidas por el frío. Cuando Jon lo miró, desplegó sus alas y soltó un graznido. Cuando él levantó su puño y le llamó, el gran pájaro negro se acercó volando, gritando "maíz, maíz, maíz".

–Maíz para el pueblo libre, –le dijo Jon–. Para ti, no. –Se preguntó si se habrían rebajado a comer cuervos antes de que el invierno inminente siguiera su curso.

Los hermanos de los carros vieron las caras también, y Jon no tuvo dudas. Nadie habló de ello, pero el mensaje era claro para cualquier hombre con ojos. Jon escuchó en una ocasión a Mance Rayder decir que quienes más se arrodillaban eran las ovejas. –Ahora, hasta un perro puede controlar un rebaño de ovejas, –dijo el Rey Más Allá del Muro, –pero el pueblo libre, bueno, algunos son gatosombras y otros son piedras. Algunos van rondando por donde les place y harán picadillo a tus perros. A los otros, no los moverás para nada a menos que les des una patada. –Ni los gatosombras ni las piedras iban a renunciar a los dioses a los que habían adorado todas sus vidas para inclinarse ante otros que apenas conocían.

Un poco al norte de Villa Topo, hallaron un tercer observador, tallado en un enorme roble que marcaba el perímetro del pueblo, con sus ojos profundos anclados en el camino del rey. «Esa no es una cara amistosa», se percató Jon Nieve. Las caras que, eones atrás, los Primeros Hombres y los niños del bosque había tallado en sus arcianos solían tener un aspecto más severo y salvaje de lo habitual, pero este gran roble parecía especialmente enfadado, como si fuera a arrancar sus raíces del suelo e ir directamente a por ellos. «Con las heridas tan recientes como las que tenía el hombre que lo esculpió».

Villa Topo había sido siempre mucho más grande de lo que parecía; La mayor parte de ella estaba bajo tierra, resguardada del frío y la nieve. Ahora, aquello era más verdad que nunca. El Magnar de Thenn había pasado a fuego el pueblo vacío en su camino hacia el Castillo Negro, y solo quedaban en pie restos de vigas ennegrecidas y viejas piedras quemadas... Pero bajo la tierra helada, las cámaras abovedadas, los túneles y los profundos sótanos seguían intactos, y allí era dónde se habían refugiado los supervivientes del pueblo libre, juntos y apretados en la oscuridad como los topos a los cuáles el pueblo debía su nombre.

Los carros formaron una media luna frente a lo que había sido la herrería del pueblo. Próximos a ellos, un grupo de niños con la cara roja estaba construyendo un fortín de nieve, pero salieron corriendo cuando vieron a los hermanos de capas negras, desapareciendo por un agujero u otro. Momentos más tarde, los adultos comenzaron a emerger del interior de la tierra. Un hedor les acompañaba, el olor de cuerpos desaseados y ropa sucia, a excremento y orina. Jon vio que uno de sus hombres arrugaba la nariz y le decía algo al hombre que tenía a su lado. «Algún comentario jocoso sobre su olor a libertad», dedujo. Demasiados de sus hombres hacían comentarios sobre el

hedor de los salvajes de Villa Topo.

«La ignorancia del cerdo», pensó Jon. El pueblo libre no era tan diferente a los hombres de la Guardia de la Noche; algunos eran limpios, otros sucios, pero la mayoría estaban limpios o sucios según el momento. «Esta peste es simplemente el olor de miles de personas hacinadas en bodegas y túneles excavados para albergar a no más de cien personas».

Los salvajes ya habían hecho el ritual con anterioridad. Sin palabras, fueron formando colas tras los carros. Había tres mujeres por cada hombre, muchas con niños, unas figuras flacas y pálidas aferradas a sus faldas. Jon vio muy pocos bebés en brazos. «Los bebés murieron durante la marcha», se dio cuenta, «y aquellos que sobrevivieron a la batalla murieron en la empalizada del rey».

Los combatientes habían corrido mejor suerte. Trescientos hombres con edad para luchar, según había afirmado Justin Massey en el consejo. Lord Harwood Fell los había contado. Había lanceras también. «Cincuenta, sesenta, tal vez llegaran a cien». El recuento de Fell incluía heridos, por lo que sabía Jon. Vio una veintena de aquellos: hombres con muletas, hombres con mangas vacías y manos cercenadas, hombres con un ojo o media cara, un hombre sin piernas transportado por dos amigos. Y todos con el rostro gris y la cara demacrada. «Hombres destrozados», pensó. «Los espectros no son los únicos muertos vivientes».

Aunque no todos los combatientes estaban destrozados. Media docena de Thenns con armaduras de bronce estaban agrupados junto a una de las escaleras de una bodega, observando hoscamente sin hacer ningún gesto de unirse a los demás. En las ruinas de la vieja herrería del pueblo, Jon observó a un hombre enorme con una calva prominente al que reconoció como Halleck, el hermano de Harma Cabeza de Perro. Los cerdos de Harma ya no estaban. «Devorados, sin duda». Aquellos dos con pieles eran hombres de Hornfoot, tan escuálidos como salvajes, que caminaban descalzos incluso en la nieve. «Todavía hay lobos entre estas ovejas».

Val le había recordado eso, en su última visita. «El pueblo libre y los vasallos tienen más semejanzas que diferencias. Los hombres son hombres, y las mujeres, mujeres, sin importar a qué lado del Muro hayan nacido. Hombres buenos y malos, héroes y villanos, hombres de honor, mentirosos, cobardes, brutos… tenemos muchos, como vosotros».

«No se equivocaba». La clave estaba en decírselo de unos a otros, separando las ovejas de las cabras.

Los hermanos negros comenzaron a entregar comida. Habían traído sacas de ternera dura salada, bacalao seco, judías secas, nabos, zanahorias, sacos de harina de cebada y harina de trigo, huevos en escabeche, barriletes de cebollas y manzanas. –Podéis tener una cebolla o una manzana, –escuchó a Hal el Peludo decirle a una mujer–. Pero no las dos cosas. Tenéis que escoger.

La mujer parecía no entenderle. –Necesito dos de cada. Una de cada para mí, las otras para mi niño. Está enfermo, pero una manzana le pondrá bien.

Hal negó con la cabeza. –Tendrá que venir a por su propia manzana. O su cebolla. Pero no ambas. Igual que tú. Así que, ¿manzana o cebolla? Apresúrate, hay más gente detrás de ti.

–Manzana, –contestó, y le entregó una, madura, pequeña y pasada.

–Muévete, mujer, –gritaba un hombre tres personas atrás–. Hace frío aquí.

La mujer no prestó atención al grito. –Otra manzana, –le dijo a Hal el Peludo–. Para mi hijo, por favor. Una pequeñita.

Hal miró a Jon. Jon negó con la cabeza. Las manzanas no alcanzarían para todos. Si comenzaban a dar dos a todos los que se las pidieran, los últimos no tendrían ninguna.

–Quítate de en medio, –le gritó por detrás una chica. Entonces, la empujó por detrás. La mujer se desequilibró, perdió la manzana y se cayó. Toda su comida salió volando de sus brazos. Las alubias se desparramaron, el nabo se embadurnó de barro, el saco de trigo se rompió y desperdigó su valioso contenido en la nieve.

Se escucharon voces de enfado, tanto en la Lengua Antigua como en la Común. Se escuchó agitación en otro carro. –No es suficiente, –discutía un hombre mayor–. Malditos cuervos, nos estáis matando de hambre. –La mujer que había sido tirada al suelo estaba de rodillas recogiendo su comida. Jon vio el destello del acero a algunos metros. Sus propios arqueros estaban apuntando con sus flechas.

Hizo dar la vuelta a su montura. –Rory. Tranquilízales.

Rory se llevó a los labios su gran cuerno y sopló.

AAAAhoooooooooooooooooooooooooooooooooooooooo.

El tumulto y los empujones cesaron. Las cabezas se volvieron. Un niño comenzó a llorar. El cuervo de Mormont pasó del hombre izquierdo al derecho, agitando la cabeza y murmurando. "Nieve, Nieve, Nieve".

Jon esperó hasta que el eco hubiera desaparecido. Luego, echó su palafrén hacia delante, dónde todos pudieran verle. –Os estamos alimentando lo mejor que podemos, tanto como nos podemos permitir. Manzanas, cebollas, nabos, zanahorias… un largo invierno nos acecha a todos, y nuestras reservas no son inagotables.

–Los cuervos coméis demasiado bien. –Halleck se adelantó.

«De momento». –Custodiamos el Muro. El Muro protege el reino… incluido vosotros. Conocéis bien el enemigo al que nos tenemos que enfrentar. Conocéis bien qué nos acecha. Algunos de vosotros ya los habéis visto antes. Espectros y caminantes blancos, muertos con ojos azules y manos negras. Yo también los he visto, los he combatido y envié uno al infierno. Ellos no solo matan, vuelven tu muerte contra ti. Los gigantes no fueron capaces de vencerlos, ni vosotros los Thenns, ni los clanes de los ríos helados, ni los Hornfoots, ni el pueblo libre… y, mientras los días se hacen más cortos y las noches más frías, ellos se van haciendo más fuertes. Abandonasteis vuestros hogares y vinisteis cientos, miles, al Sur… ¿Por qué, si no era para huir de ellos? Para estar a salvo. Pues bueno, el Muro es lo que os mantiene a salvo. Somos nosotros los que os mantenemos a salvos, los mismos cuervos negros que despreciáis.

–A salvo y hambrientos, –dijo una mujer rechoncha con la cara quemada, por su aspecto posiblemente una lancera.

–¿Queréis más comida? –Preguntó Jon–. La comida es para los que luchan. Ayudadnos a defender el Muro, y comeréis tan bien como cualquier cuervo. –«O tan mal, cuando la comida se quede corta».

Se hizo el silencio. Los salvajes se dirigieron miradas reservadas. – "Comida" graznó el cuervo. "Maíz, maíz".

–¿Luchar para vosotros? –La voz tenía un marcado de acento. Sigorn, el joven Magnar de Thenn, hablaba la Lengua Común con titubeo–. No luchar para vosotros. Mataros a vosotros, mejor. Mataros a todos.

El cuervo estiró las alas. "Matar, matar".

El padre de Sigorn, el viejo Magnar, había perecido en las escaleras durante el ataque al Castillo Negro. *«*Me sentiría igual si alguien me pidiera hacer causa común con los Lannister*»,* se dijo Jon a sí mismo. –Tu padre intentó matarnos a todos, –le recordó a Sigorn. –El Magnar de Thenn era un hombre valiente, aunque cayera. Y si hubiera tenido éxito… ¿Quién defendería el Muro? –Se giró hacia los Thenns. –Los muros de Invernalia también eran sólidos, pero ahora Invernalia está en ruinas, quemada y arrasada. Y un muro solo sirve para algo cuando hay hombres para defenderlo.

Un anciano con un nabo apretado contra su pecho dijo: –Nos matáis, nos hacéis pasar hambre, y ahora nos queréis como esclavos.

Un fornido hombre de cara roja gritó dándole la razón. –Antes desnudo que vestir uno de esos andrajos negros colgados de mi espalda.

Una de las lanceras se rió. –Ni siquiera tu mujer quiere verte desnudo, Nalgas.

Se empezaron a escuchar una docena de voces a la vez. Los Thenns gritaban en la Lengua Antigua. Un niño comenzó a llorar. Jon Nieve esperó hasta que todos se callaron, y después se volvió hacia Hal el Peludo y le dijo: –Hal, ¿qué es lo que le has dicho a esta mujer?

Hal le miró, confuso. –¿Sobre la comida? ¿Una manzana o una cebolla? Eso fue todo lo que le dije. Que tenían que escoger.

–Vosotros tenéis que escoger, –repitió Jon Nieve–. Todos vosotros. Ni nadie os pedirá que toméis los votos, ni a mí me importa a qué dioses adoréis. Mis dioses son los dioses antiguos, los dioses del Norte, pero vosotros podéis rezar a la diosa roja, o a los Siete, o a cualquier dios que escuche vuestras plegarias. Son lanzas lo que necesitamos. Arcos. Ojos más allá del Muro. Aceptaré cualquier joven por encima de doce años que sepa aguantar una lanza, un arco o una ballesta. Aceptaré a vuestros ancianos, vuestros heridos y a vuestros lisiados, incluso a los que no puedan luchar más. Hay otras tareas que serán capaces de desempeñar. Forjar flechas, ordeñar cabras, acumular leña, limpiar nuestros establos… hay mucho trabajo. Y sí, aceptaremos a vuestras mujeres también. No necesito tímidas doncellas que necesiten protección, pero sí todas las lanceras que puedan venir.

–¿Y las mozas?, –preguntó una chica. Parecía tan joven como Arya cuando Jon la vio por la última vez.

–Dieciséis o mayores.

–Pero tú has dicho que para los chicos con doce bastaba.

En los Siete Reinos, los chicos de doce años eran generalmente pajes o escuderos. Muchos habían sido entrenados en armas durante años. Las chicas de doce años eran niñas. *«*Éstas son salvajes*»,* pensó. –Como queráis. Chicos y chicas con un mínimo de doce años. Pero solo aquellos que sepan

cómo obedecer órdenes. Eso va para todos vosotros. No os pediré que os arrodilléis ante mí, pero os pondré a cargo de capitanes y sargentos que os dirán cuándo os levantáis y cuándo os vais a dormir, cuándo coméis, cuando bebéis, qué ropa lleváis, cuando desenvaináis las espadas y cuando soltáis las fechas. Los hombres de la Guardia de la Noche sirven de por vida. No os pediré eso a vosotros, pero mientras estéis en el Muro, estaréis bajo mi mando. Desobedeced una orden y os tendré que cortar la cabeza. Preguntad a mis hermanos si lo haré. No será la primera vez.

"Cortar", gritó el cuervo del Viejo Oso. "Cortar, cortar, cortar".
–La elección es vuestra, –les dijo Jon Nieve–. Aquellos que quieran ayudarnos a defender el Muro, volved conmigo al Castillo Negro y seréis armados y alimentados. El resto de vosotros, coged vuestros nabos y vuestras cebollas y volved dentro de vuestros agujeros.

La chica fue la primera en dar un paso al frente. –Yo puedo luchar. Mi madre era una lancera. –Jon asintió. *«Igual ni tiene los doce años»,* pensó mientras ella se abría paso entre un par de viejos, pero él no iba a echar atrás a su primer recluta.

Un par de mozos la siguieron, chicos que no tendrían más de catorce años. El siguiente fue un hombre lleno de cicatrices que había perdido un ojo. –Yo los he visto también, a los muertos. Hasta los cuervos son mejores que eso. –Una lancera alta, un hombre mayor con muletas, un chico con cara de luna y un brazo atrofiado, un joven de pelo rojo que a Jon le recordó Ygritte.

Y a continuación, Halleck. –No me gustas, cuervo, –gruñó– pero tampoco me gustó nunca Mance, especialmente por lo que hizo a mi hermana. Aún así, luchamos por él. ¿Por qué no luchar por vosotros?

El dique se rompió entonces. Halleck era un hombre a seguir. Mance no se equivocaba. "El pueblo libre no sigue nombres, como no se hace una túnica simplemente cosiendo trozos de piel de animal", le había dicho el Rey Más Allá del Muro. "No bailarán por monedas, ni les importa tu estilo, las cadenas que lleves o quién fuera tu abuelo. Ellos siguen al fuerte. Ellos siguen al hombre."

Los primos de Halleck le siguieron, después fue uno de los abanderados de Harma, seguido de los hombres que habían luchado con ella, y luego otros de los que había escuchado historias valerosas. Barbagrises y muchachos verdes, luchadores en su apogeo, heridos y tullidos, un buen número de lanceras, e incluso hombres de Hornfoot.

Pero ningún Thenn. El Magnar se dio la vuelta y desapareció por los túneles, con sus incondicionales de armaduras de bronce pegados a él.

Antes de que se entregara la última manzana madura, los carros estaban repletos de salvajes, y eran sesenta y tres soldados más que cuando la columna abandonó el Castillo Negro aquella mañana. –¿Qué haremos con ellos? –preguntó Bowen Marsh a Jon cuando cabalgaban de vuelta por el camino del rey.

– Entrenarlos, armarlos, y repartirlos. Los enviaremos donde sean necesarios. Guardaoriente, la Torre Sombría, Marcahielo, Guardagrís. Podríamos reabrir tres fortalezas más.

El Lord Mayordomo se le quedó mirando. –¿Y las mujeres también? Nuestros hermanos no están acostumbrados a tener mujeres entre ellos, milord. Sus votos… habrá peleas, violaciones,…

–Esas mujeres tienen cuchillos y saben bien cómo utilizarlos.

–Y la primera vez que una de esas lanceras le seccione la garganta a uno de nuestros hermanos, ¿qué pasará?

–Habremos perdido un hombre, –respondió Jon– pero acabamos de conseguir sesenta y tres. Sois bueno contando, milord. Corregidme si me equivoco, pero mi registro dice que habremos ganado sesenta y dos.

Marsh no acababa de estar convencido. –Tenemos sesenta y tres bocas más, milord… pero, ¿cuántos de ellos son luchadores y de qué lado estarán? Si los Otros se presentan ante nuestras puertas, la mayoría estarán con nosotros, estoy convencido de ello… Pero si es Tormund Matagigantes o el Llorón el que aparece al pie del Muro con diez mil asesinos aulladores, ¿entonces, qué?

–Entonces lo sabremos. De momento, mantengamos la esperanza de que eso nunca vaya a ocurrir.

22. TYRION

Soñó con su señor padre y el Señor Amortajado. Soñó que eran uno y el mismo, y cuando su padre lo envolvió con brazos de piedra y se inclinó para darle su beso gris, se despertó con la boca seca y oxidada con el sabor de la sangre y el corazón martilleando en su pecho.

–Nuestro enano muerto ha vuelto a nosotros– dijo Haldon.

Tyrion sacudió la cabeza para despejar las redes del sueño. «Las aguas de la Tristeza. Estaba perdido en las aguas de la Tristeza». –No estoy muerto.

–Eso está aún por ver.– El Mediomaestre se puso sobre él. –Pato, sé un buen ave y cuece un poco de caldo para nuestro pequeño amigo. Debe estar muerto de hambre.

Tyrion vio que estaba en la *Doncella Tímida*, bajo un manto áspero que olía a vinagre. «Las aguas de la Tristeza han quedado atrás. Era sólo un sueño, soñé que me estaba ahogando». –¿Por qué huelo a vinagre?

–Lemore te ha lavado con él. Algunos dicen que ayuda a prevenir la escala de grises. Me inclino por dudar de eso, pero no había nada de malo en intentarlo. Fue Lemore quién te sacó el agua de los pulmones después de que Griff te sacara. Estabas frío como el hielo, y tus labios estaban azules. Yandry dijo que debíamos arrojarte de nuevo, pero el muchacho se lo prohibió.

«El príncipe». Recobró la memoria rápidamente: el hombre de piedra alargando los brazos con las manos grises y agrietadas, la sangre filtrándose desde los nudillos. «Era pesado como una roca, arrastrándome al fondo». –¿Griff me sacó?– «Debe odiarme, o me habría dejado morir». –¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? ¿Qué lugar es éste?

–Selhorys.– Haldon sacó un pequeño cuchillo desde su manga. –Toma– dijo, tirándoselo solapadamente a Tyrion.

El enano se sobresaltó. El cuchillo cayó entre sus pies y se quedó temblando en la cubierta. Lo arrancó. –¿Qué es esto?

–Quítate las botas. Pincha cada uno de tus dedos de los pies y manos"

–Eso suena... doloroso.

–Eso espero. Hazlo

Tyrion se descalzó una bota, y luego otra, se quitó los calcetines, y miró los dedos de los pies. Le pareció que no estaban mejor ni peor de lo habitual. Pinchó con cautela el dedo gordo

–Más fuerte– Le apremió Haldon Mediomaestre

–¿Quieres que sangre?

–Si es necesario.

–Voy a tener una costra en cada dedo del pie.

–El propósito de este ejercicio no es contarte los dedos. Quiero verte hacer muecas de dolor.

Mientras los pinchazos duelan, estás a salvo. Es cuando no puedas sentir la hoja cuando tendrás motivos para tener miedo.

«La Escala de grises». Tyrion hizo una mueca. Apuñaló otro dedo de su pie, y maldijo cuando una gota de sangre brotó en la punta del cuchillo. –Eso ha dolido. ¿Estás contento?

–Bailando de alegría.

–Tus pies huelen peor que los míos Yollo– Pato tenía una taza de caldo. –Griff te advirtió de no tocar a los hombres de piedra.

–Sí, pero se olvidó de advertir a los hombres de piedra de que no me tocaran a mí.

–Mientras te pinchas, busca manchas de piel gris muerta, uñas empezando a ponerse negras– dijo Haldon. –Si ves estos signos, no lo dudes. Es mejor perder un dedo que un pie. Es mejor perder un brazo que pasar tus días lamentándote en el Puente de los Sueños. Ahora el otro pie, si te place. Luego tus dedos.

El enano se volvió a cruzar las piernas atrofiadas y comenzó a pinchar sus otros dedos del pie. –¿Tengo que pincharme la polla también?

–No te dolería

–No te dolería a ti quieres decir. Aunque bien podría cortármela para lo que la utilizo.

–Tú mismo. La curtiremos y la disecaremos y la venderemos por una fortuna. La polla de un enano tiene poderes mágicos.

–Es lo que he estado diciendo a todas las mujeres desde hace años.– Tyrion llevó la punta de la daga a la yema de su pulgar, vio la sangre gotear, y la chupó. –¿Cuánto tiempo debo seguir torturándome? ¿Cuándo vamos a tener la certeza de que estoy limpio?

–¿Realmente?– dijo el Mediomaestre. –Nunca. Te has tragado la mitad del río. Puede que te estés volviendo gris incluso ahora, volviéndote de piedra de dentro a fuera, empezando por tu corazón y tus pulmones. Si es así, pincharte los dedos y bañarte en vinagre, no te salvará. Cuando hayas terminado ven a tomar un poco de caldo.

El caldo estaba bueno, aunque Tyrion notó que el Mediomaestre se mantuvo al otro lado de la mesa mientras comía. La *Doncella Tímida* estaba amarrada a un deteriorado embarcadero en la orilla oriental del Rhoyne. Dos embarcaderos más abajo, una galera fluvial de Volantis estaba descargando soldados. Tiendas y puestos de venta y almacenes se apiñaban debajo de un muro de piedra arenisca. Las torres y cúpulas de la ciudad se veían más allá de él, enrojecidas por la luz del sol en el ocaso.

«No, no es una ciudad». Selhorys era considerado aún un simple pueblo, y era gobernado desde la Vieja Volantis. Esto no era Poniente.

Lemore subió a la cubierta con el príncipe a remolque. Cuando vio a Tyrion, corrió por la cubierta para abrazarlo.

–La Madre es misericordiosa. Hemos rezado por ti, Hugor.

«Al menos tú lo hiciste». –No te echaré eso en cara.

Griff el joven fue menos efusivo. El principito estaba de mal humor, enfadado porque le habían obligado a quedarse en la *Doncella Tímida* en vez de ir a tierra con Yandry y Ysilla. –Sólo queremos mantenerte a salvo– le dijo Lemore. –Son tiempos turbulentos.

Haldon Mediomaestre le ilustró. –En el camino desde las Aguas de la Tristeza hasta Selhorys, avistamos tres veces jinetes moviéndose hacia el sur a lo largo de la costa oriental del río. Dothrakis. Una vez estuvieron tan cerca que podíamos oír el tintineo de las campanas en sus trenzas y, a veces por la noche se podían ver sus hogueras más allá de las colinas del este. También nos cruzamos con barcos de guerra, galeras fluviales de Volantis abarrotadas de soldados esclavos. Los triarcas temen un ataque sobre Selhorys, lisa y llanamente.

Tyrion lo comprendió rápidamente. Aislado entre los principales pueblos del río, Selhorys se levantaba sobre la orilla oriental del Rhoyne, haciéndolo mucho más vulnerable a los señores de los caballos que sus pueblos hermanos al otro lado del río. «Aún así, es un trofeo pequeño. Si yo fuera khal, amagaría hacia Selhorys, dejaría que los Volantenes se apresuran a defenderla, y luego giraría hacia el sur y cabalgaría a toda prisa hacia la propia Volantis».

–Sé cómo usar una espada– insistía Griff el joven.

–Incluso el más valiente de tus antepasados mantenía su Guardia Real cerca en tiempos de peligro. –Lemore se había cambiado sus ropas de septa por un atuendo más acorde como la esposa o la hija de un próspero comerciante. Tyrion la observó atentamente. Había olido la verdad bajo el pelo teñido de azul de Griff y Griff el joven con bastante facilidad, y Yandry y Ysilla no parecían ser más de lo que pretendían, mientras que Pato era un poco menos. Lemore, en cambio …«¿Quién es ella realmente? ¿Por qué está aquí? No por el oro, diría yo. ¿Qué es este príncipe para ella? ¿Fue alguna vez una septa de verdad?»

Haldon también tomó nota de su cambio de atuendo. –¿Qué podemos hacer con esta repentina pérdida de fe? Me gustabas más con tu ropa de septa, Lemore.

–Yo la prefería desnuda– dijo Tyrion.

Lemore le echó una mirada de reproche. –Eso es porque tienes un alma envilecida. Las ropas de Septa van gritando Poniente y podrían atraer sobre nosotros miradas no deseadas.– Se volvió hacia el príncipe Aegon. –Tú no eres el único que debe ocultarse.

El chico no pareció calmarse. «El príncipe perfecto, pero todavía es medio niño a pesar de eso, con muy poca experiencia sobre el mundo y todos sus infortunios». –Príncipe Aegon– dijo Tyrion, – ya que ambos estamos atrapados a bordo de este barco, ¿quizás me honrarías con un juego de cyvasse para matar el tiempo?

El príncipe le echó una mirada recelosa. –Estoy harto de cyvasse.

–¿Harto de perder contra un enano, quieres decir?

Eso hirió el orgullo del chaval, tal como Tyrion sabía que lo haría. –Ve a buscar el tablero y las piezas. Esta vez te voy a hacer pedazos.

Jugaron en la cubierta, con las piernas cruzadas detrás del camarote. Griff el joven ordenó su ejército para el ataque, con el dragón, el elefante y el caballo pesado en la vanguardia. «La

formación de un joven, tan audaz como imprudente. Lo arriesga todo por una victoria rápida». Dejó que el príncipe hiciera el primer movimiento. Haldon estaba detrás de ellos, observando el juego.

Cuando el príncipe trató de coger su dragón, Tyrion se aclaró la garganta. –Yo no haría eso si fuera tú. Es un error sacar tu dragón demasiado pronto.– Sonrió inocentemente. –Tu padre conocía los peligros de ser demasiado audaz.

–¿Conociste a mi verdadero padre?

–Bueno, lo vi dos o tres veces, pero yo sólo tenía diez años cuando Robert lo mató, y mi propio padre me tenía a mí escondido debajo de una roca. No, no puedo decir que conocía al príncipe Rhaegar. No como lo conocía tu falso padre. Lord Connington era el mejor amigo del príncipe, ¿no?

–Giff el joven se apartó un mechón de pelo azul de sus ojos.

–Fueron escuderos juntos en Desembarco del Rey.

–Un verdadero amigo, nuestro Lord Connington. Debe de serlo, para mantenerse tan tremendamente fiel al nieto del rey que le arrebató las tierras y títulos y le envió al exilio. Eso fue una pena. De otra manera el amigo del Príncipe Rhaegar podría haber estado a mano cuando mi padre saqueó Desembarco del Rey, para salvar al preciado hijo menor del Príncipe Rhaegar de acabar con sus sesos estampados contra una pared.

El muchacho se sonrojó. –Ese no era yo. Te lo dije. Era el hijo de algún curtidor de *Pisswater Bend* cuya madre murió al darle a luz. Su padre se lo vendió a Lord Varys por una jarra de oro del Rejo. Tenía otros hijos, pero nunca había tenido oro del Rejo. Varys entregó al muchacho Pisswater a mi señora madre y me llevó lejos.

–Sí.– Tyrion movió sus elefantes. –Y cuando el príncipe Pisswater estaba muerto con toda seguridad, el eunuco te llevó clandestinamente a través del mar angosto hasta su gordo amigo el quesero, quién te escondió en un barco de pértigas y encontró un lord exiliado dispuesto a llamarse a sí mismo tu padre. Es una historia espléndida, y los trovadores sacarán mucho partido a tu huída una vez que ocupes el Trono de Hierro... asumiendo que nuestra bella Daenerys te tomé como esposo.

–Lo hará, debe hacerlo.

–¿Debe?– Tyrion chistó. –Esa no es una palabra que les guste escuchar a las reinas. Tú eres su príncipe perfecto, de acuerdo, tan brillante y audaz y atractivo como podría desear cualquier doncella. Sin embargo Daenerys Targaryen no es ninguna doncella. Es la viuda de un khal Dothraki, madre de dragones y saqueadora de ciudades, Aegon el conquistador con tetas. Puede que no se muestre tan dispuesta como te gustaría.

–Estará dispuesta.– El príncipe Aegon parecía conmocionado. Estaba claro que nunca había considerado antes la posibilidad de que su futura esposa le rechazara. –Tú no la conoces.

Cogió su caballo pesado y lo dejó con un golpe.

El enano se encogió de hombros. –Sé que pasó su infancia en el exilio, pobre, viviendo de sueños y planes, corriendo de una ciudad a otra, siempre temerosa, nunca segura, sin amigos salvo por un hermano que a decir de todos estaba medio loco... un hermano que vendió su virginidad a los

Dothraki por la promesa de un ejército. Sé que en algún lugar sobre la hierba sus dragones salieron del cascarón, igual que lo hizo ella. Sé que es orgullosa. ¿Cómo no? ¿Qué más le quedaba salvo el orgullo? Sé que es fuerte. ¿Cómo no? Los Dothraki desprecian la debilidad. Si Daenerys hubiese sido débil, habría muerto con Viserys. Sé que es feroz. Astapor, Yunkai y Meereen son prueba suficiente de ello. Que ha cruzado las praderas y las rojas tierras baldías, sobrevivido a asesinos y conspiraciones y derrotado brujerías, que se ha afligido por un hermano y un marido y un hijo, y reducido las ciudades de los esclavistas a polvo bajo sus delicados pies calzados con sandalias. Ahora, ¿cómo crees que va a reaccionar esa reina cuando aparezcas con tu cuenco de mendigo en la mano y digas: 'Buenos días, tía. Soy tu sobrino, Aegon, regresado de entre los muertos. He estado escondido en un barco de pértigas toda mi vida, pero ahora he lavado el tinte azul de mi pelo y me gustaría tener un dragón, por favor ... y oh, ¿te he mencionado que mi derecho al Trono de Hierro es más fuerte que el tuyo?

La boca de Aegon se torció por la rabia. –No me presentaré ante mi tía como un mendigo. Me presentaré como un pariente, con un ejército.

–Un ejército pequeño.– «Vaya, eso le ha puesto bien furioso». El enano no podía evitar pensar en Joffrey. «Tengo un regalo para los príncipes furiosos». –La Reina Daenerys tiene uno grande, y no gracias a ti.– Tyrion movió sus ballestas.

–Di lo que quieras. Ella será mi esposa, Lord Connington se encargará de ello. Confío en él tanto como si se tratara de mi propia sangre.

–Tal vez deberías ser tú el ingenuo y no yo. No confíes en nadie, mi príncipe. Ni en tu maestre sin cadena, ni en tu falso padre, ni en el valiente Pato, ni en la encantadora Lemore ni en esos otros amigos que te criaron de pequeño. Sobre todo, no confíes en el quesero, ni en la Araña, ni en esa pequeña reina dragón con la que te quieres casar. Toda esa desconfianza te producirá acidez de estómago y te mantendrá despierto por la noche, es cierto, pero mejor eso que el largo sueño que nunca termina.– El enano empujó su dragón negro a través de una cadena de montañas. –Pero, ¿qué puedo saber yo? Tu falso padre es un gran señor, y yo sólo soy un pequeño y retorcido hombre mono. Aún así, yo haría las cosas de otra manera.

Eso atrajo la atención del niño. –¿Cómo de otra manera?

–¿Si fuera tú? Iría hacia el oeste en lugar de al este. Me plantaría en Dorne y levantaría mis estandartes. Los Siete Reinos nunca estarán más listos para la conquista de lo que están ahora. Un rey niño se sienta el Trono de Hierro. El norte es un caos, las tierras de los ríos una devastación, un rebelde ocupa Bastión de Tormentas y Rocadragón. Cuando llegue el invierno, el reino se morirá de hambre. ¿Y quién queda para hacer frente a todo esto? ¿quién gobierna al pequeño rey que rige los Siete Reinos? Vaya, mi propia dulce hermana. No hay nadie más. Mi hermano, Jaime, tiene sed de batalla, no de poder. Ha huido de cada oportunidad que ha tenido para gobernar. Mi tío Kevan sería un regente aceptablemente bueno si alguien le presionara para que aceptara el cargo, pero el nunca tratará de hacerse con él. Los dioses lo formaron para ser un seguidor, no un líder.– «Bueno, los dioses y mi señor padre». –Mace Tyrell cogería el cetro con mucho gusto, pero mi propia familia no se apartará a un lado y se lo dará. Y todo el mundo odia a Stannis. ¿A quién deja eso entonces? Vaya, sólo a Cersei.

–Poniente está desgarrado y sangrando, y no me cabe duda de que incluso ahora, mi dulce hermana esta vendando las heridas... con sal. Cersei es tan amable como el rey Maegor, tan desinteresada como Aegon el Indigno, y tan sabia como Aerys el Loco. Nunca olvida una afrenta, sea real o imaginaria. Confunde precaución con cobardía y disentimiento con desafío. Y es codiciosa. Ambiciona el poder, el honor, el amor. El reinado de Tommen esta sustentado por todas las alianzas

que mi señor padre construyó con tanto cuidado, pero muy pronto las va a destruir, cada una de ellas. Plántate allí y levanta tus estandartes, y los hombres se unirán a tu causa. Señores grandes y pequeños, y también el pueblo llano. Pero no esperes demasiado tiempo, mi príncipe. El momento no durará mucho. La marea que ahora te eleva, pronto se retirará. Asegúrate de tomar Poniente antes de que caiga mi hermana y alguien más competente ocupe su lugar.

–Pero– dijo el príncipe Aegon, –sin Daenerys y sus dragones, ¿cómo podríamos esperar ganar?

–No necesitas ganar– le dijo Tyrion. –Todo lo que tienes que hacer es levantar sus estandartes, reunir a tus partidarios, y esperar, hasta que Daenerys llegue para unir su fuerza con la tuya.

–Dijiste que quizás no me aceptara.

–Tal vez exageraba. Es posible que se compadezca de ti cuando vayas a suplicar su mano.– El enano se encogió de hombros. –¿Quieres apostar tu trono sobre el capricho de una mujer? En cambio, ve a Poniente... ah, y entonces serás un rebelde, no un mendigo. Audaz, temerario, un verdadero vástago de la Casa Targaryen, siguiendo los pasos de Aegon el Conquistador. Un dragón.

–Te lo he dicho, conozco a nuestra pequeña reina. Déjale oír que el hijo asesinado de su hermano Rhaegar está todavía vivo, que este valiente niño ha elevado el estandarte del dragón de sus antepasados en Poniente una vez más, que está librando una guerra desesperada para vengar a su padre y recuperar el Trono de Hierro para la Casa Targaryen, presionado por todos los flancos ... y ella volará a tu lado tan rápido como el viento y el agua puedan llevarla. Tú eres el último de su linaje, y esta Madre de Dragones, esta Rompedora de Cadenas, es ante todo una rescatadora. La niña que ahogó las ciudades esclavistas en sangre antes que dejar a extraños con sus cadenas seguramente no podrá abandonar al hijo de su propio hermano en su hora de peligro. Y cuando llegue a Poniente, y se reúna contigo por primera vez, os encontraréis como iguales, hombre y mujer, no como reina y suplicante. ¿Cómo podrá evitar amarte entonces, te pregunto?– Sonriendo, tomó su dragón, y lo voló a través del tablero. –Espero que vuestra gracia me perdone. Tu rey está atrapado. Muerte en cuatro.

El príncipe se quedó mirando el tablero de juego. –Mi dragón

–está demasiado lejos para salvarte. Deberías haberlo movido al centro de la batalla.

–Pero tú has dicho

–Mentí. No confíes en nadie. Y mantén tu dragón cerca.

Griff el joven se puso de pie y pateó el tablero. Las Piezas de Cyvasse volaron en todas las direcciones, saltando y rodando por la cubierta de la *Doncella Tímida*. –Recógelas–ordenó el muchacho.

«Bien puede que sea un Targaryen, después de todo». –Si le place a su Gracia.– Tyrion se puso a cuatro patas y comenzó a gatear por la cubierta, recogiendo piezas.

Era cerca de anochecer cuando Yandry y Ysilla y regresaron a la *Doncella Tímida*. Un mozo trotaba tras sus talones, empujando una carretilla llena hasta arriba de provisiones: sal y harina, mantequilla recién batida, trozos de tocino envueltos en lino, sacos de naranjas, manzanas y peras. Yandry tenía un barril de vino en un hombro, mientras que Ysilla llevaba colgado un lucio sobre el suyo. El pescado era tan grande como Tyrion.

Cuando vio al enano de pie al final de la pasarela, Ysilla se detuvo tan de repente que Yandry se tropezó con ella, y el lucio casi se le cayó de la espalda al río. Pato le ayudó a rescatarlo. Ysilla miró a Tyrion e hizo un peculiar gesto de puñaladas con tres de sus dedos. «Una señal para alejar el mal». –Deja que te ayude con ese pescado– le dijo a Pato.

–No– contestó bruscamente Ysilla. –Mantente alejado. No toques ningún alimento salvo el que te vayas a comer.

El enano levantó ambas manos. –Como ordenes.

Yandry dejó de un golpe el barril de vino sobre la mesa.

–¿Dónde está Griff?– Le requirió a Haldon.

–Dormido.

–Entonces despiértalo. Tenemos noticias que es mejor que escuche. El nombre de la reina está en boca de todos en Selhorys. Dicen que todavía se sienta en Meereen, asediada. Si lo que se dice en los mercados es cierto, La vieja Volantis pronto se unirá a la guerra en su contra.

Haldon frunció los labios. –Los chismes de los queseros no son de fiar. Aún así, supongo que Griff querrá oírlo. Ya sabes cómo es.– El Mediomaestre fue abajo.

«La niña nunca echó a andar hacia el oeste». No hay duda de que tenía buenas razones. Entre Meereen y Volantis hay quinientas leguas de desiertos, montañas, pantanos, y ruinas, además de Mantarys con su siniestra reputación. «Una ciudad de monstruos, dicen, pero si marcha por tierra, ¿A dónde si no puede ir para buscar comida y agua? El mar sería más rápido, pero si no tiene los barcos...»

Para cuando Griff apareció en la cubierta, el lucio ya estaba crepitando y chisporroteando sobre el brasero mientras Ysilla se inclinaba sobre él con un limón, exprimiéndolo. El mercenario llevaba su cota de malla y su capa de piel de lobo, guantes de cuero suave, y bombachos oscuros de lana. Si le sorprendió ver a Tyrion despierto, no dio muestras de ello más allá de su habitual ceño fruncido. Llevó a Yandry a la parte de atrás junto al timón, donde hablaron en voz baja, demasiado bajo como para que el enano pudiera oírlo.

Finalmente Griff hizo señas a Haldon. –Tenemos que conocer la verdad de estos rumores. Baja a tierra y entérate de lo que puedas. Qavo lo sabrá, si puedes encontrarle. Prueba en el Barquero y en la Tortuga Pintada. Ya conoces sus otros lugares.

–Sí, me llevaré también al enano. Cuatro oídos oyen más que dos. Y sabes cómo está Qavo con su cyvasse.

–Como quieras. Regresa antes de que salga el sol. Si por cualquier razón te retrasas, ponte en camino a la Compañía Dorada.

«Lo ha dicho como un señor». Tyrion se guardó el pensamiento sí mismo.

Haldon se puso una capa con capucha, y Tyrion cambió su botarga hecha en casa por algo deslustrado y gris. Griff le dio a cada uno una bolsa de plata de los cofres de Illyrio. –Para soltar las lenguas.

El atardecer estaba dando paso a la oscuridad, a medida que recorrían el camino a lo largo de la orilla del río. Algunos de los barcos que pasaban parecían desiertos, con sus pasarelas levantadas. Otros estaban repletos de hombres armados que los miraban con recelo. Bajo las murallas del pueblo, linternas de pergamino habían sido encendidas por encima de los puestos de venta, arrojando charcos de luces de colores sobre el camino adoquinado. Tyrion vio como la cara de Haldon se volvía verde, luego roja, luego púrpura. Bajo la cacofonía de las lenguas extranjeras, oyó música extraña sonando desde algún lugar más adelante, un agudo sonido de flauta acompañado de tambores. Un perro estaba ladrando también, detrás de ellos.

Y las putas estaban afuera. Río o mar, un puerto era un puerto, y en cualquier lugar en el que hubiese marineros, habría putas. «¿Es eso lo que quería decir mi padre? ¿Es ahí donde van las putas, al mar?»

Las putas de Lannisport y Desembarco del Rey eran mujeres libres. Sus hermanas de Selhorys eran esclavas, su esclavitud indicada por las lágrimas tatuadas bajo su ojo derecho. «Viejas como el pecado y el doble de feas, todas ellas». Era casi suficiente para apartar a un hombre de la prostitución. Tyrion sintió sus ojos sobre ellos mientras andaba por su lado, y las oyó susurrar entre sí y soltar risitas detrás de sus manos.

«Se podría pensar que nunca antes habían visto a un enano».

Una patrulla de lanceros Volantenses hacían guardia en la puerta del río. La luz de las antorchas destellaba en las garras de acero que sobresalían de sus guanteletes. Sus yelmos eran máscaras de tigre, las caras bajo ellas estaban marcadas con franjas verdes tatuadas en ambas mejillas. Los soldados esclavos de Volantis estaban tremendamente orgullosos de sus rayas de tigre, Tyrion lo sabía. «¿Anhelan la libertad?» se preguntó. «¿Qué harían si esa reina niña se la otorgará? ¿Qué son, sino tigres? ¿Qué soy yo, si no un león?»

Uno de los tigres divisó al enano y dijo algo que hizo reír a los demás. Cuando llegaron a la puerta, se quitó su guantelete con garras y el sudoroso guante de debajo, cerró un brazo alrededor del cuello del enano, y le frotó la cabeza bruscamente. Tyrion estaba demasiado sorprendido como para resistirse. Todo terminó en un instante. –¿Había alguna razón para hacer eso?– Le requirió al Mediomaestre.

–Dice que trae buena suerte frotar la cabeza de un enano– dijo Haldon después de un intercambio con el guardia en su misma lengua.

Tyrion se obligó a sonreír al hombre. –Dile que trae incluso mejor suerte chupar la polla de un enano.

–Mejor que no. Es sabido que los tigres tienen los dientes afilados.

Un guardia diferente les hizo una señal para que atravesaran la puerta, agitando una antorcha con impaciencia. Haldon Mediomaestre entró por delante a Selhorys en sí, con Tyrion caminando cautelosamente tras sus talones.

Una gran plaza se abrió ante ellos. Incluso a esa hora, estaba llena de gente y de ruido, y resplandeciente de luz. Linternas colgaban de cadenas de hierro sobre las puertas de las posadas y las casas de placer, pero puertas adentro, estaban hechas de vidrio de color, no de pergamino. A su derecha ardía una hoguera en el exterior de un templo de piedra roja. Un sacerdote de túnica escarlata estaba de pie en el balcón del templo, arengando a la pequeña multitud que se había reunido alrededor de las llamas. En otras partes, los viajeros jugaban al cyvasse delante de una

posada, soldados borrachos entraban y salían de lo que obviamente era un burdel, una mujer daba golpes a una mula para sacarla de un establo. Un carro de dos ruedas pasó por delante de ellos con un gran ruido, tirado por un elefante blanco enano. «Este es otro mundo» pensó Tyrion, «pero no tan diferente del mundo que conozco».

La plaza estaba dominada por una estatua de mármol blanco de un hombre sin cabeza con una armadura increíblemente adornada, a lomos de un caballo de batalla igualmente ataviado. –¿Quién podrá ser?– se preguntó Tyrion.

–El triarca Horonno. Un héroe Volantene del siglo de la sangre. Fue elegido triarca cada año durante cuarenta años, hasta que se cansó de las elecciones y se proclamó triarca de por vida. A los Volantene no les hizo gracia. Fue ejecutado poco después. Atado entre dos elefantes y partido por la mitad.

–Parece que a su estatua le falta la cabeza.

–Era un tigre. Cuando los elefantes llegaron al poder, sus seguidores se desmandaron, derribando las cabezas de las estatuas de aquellos a los que culpaban por todas las guerras y muertes.– Se encogió de hombros. –Aquello era otra época. Ven, mejor que escuchemos de qué habla el sacerdote. Juro que he oído el nombre Daenerys.

Al otro lado de la plaza se unieron a la cada vez más numerosa multitud en el exterior del templo rojo. Con la lugareños alzándose muy por encima de él por todos lados, al pequeño hombre le resultaba difícil ver mucho más allá de sus culos. Podía oír la mayoría de las palabras que decía el sacerdote, pero eso no quería decir que las entendiera. –¿Entiendes lo que está diciendo?– le preguntó a Haldon en la lengua común.

–Lo entendería si no tuviera a un enano hablando con voz de pito en mi oreja.

–Yo no hablo con voz de pito. –Tyrion se cruzó de brazos y miró hacia atrás, estudiando los rostros de los hombres y mujeres que se habían parado escuchar. En cualquier dirección en que se giraba, veía tatuajes. «Esclavos. Cuatro de cada cinco son esclavos».

–El sacerdote está haciendo un llamamiento a los Volantenses para ir a la guerra– le dijo el Mediomaestre, –pero en el lado de la justicia, como soldados del Señor de la Luz, R'holl quien hizo el sol y las estrellas y lucha eternamente contra la oscuridad. Nyessos y Malaquo se han alejado de la luz, dice, sus corazones se han oscurecido por las arpías amarillas del este. Dice...

– Dragones. He entendido esa palabra. Ha dicho dragones.

–Sí. Los dragones han venido para llevarla a la gloria.

–A ella. ¿A Daenerys?

–Haldon asintió con la cabeza. –Benerro ha enviado la noticia desde Volantis. Su llegada es el cumplimiento de una antigua profecía. Del humo y la sal nació ella para rehacer el mundo de nuevo. Es Azor Ahai que ha regresado... y su triunfo sobre la oscuridad traerá un verano que nunca acabará... la muerte misma doblará su rodilla, y todos aquellos que mueran luchando por su causa renacerán...

–¿Tengo que volver a nacer en este mismo cuerpo?– preguntó Tyrion. La multitud era cada vez mayor. Podía sentir su presión en torno a ellos. –¿Quién es Benerro?

Haldon levantó una ceja. –Sumo Sacerdote del Templo Rojo de Volantis. Llama de la Verdad, Luz de la Sabiduría, primer servidor de el Señor de la Luz, esclavo de R'hllor.

El único sacerdote rojo que Tyrion había conocido era Thoros de Myr, el corpulento, afable, juerguista manchado de vino que había merodeado por la corte del rey Robert bebiéndose los mejores reservas del rey y prendiendo su espada en llamas en las refriegas. –Dame sacerdotes que sean gordos y corruptos y cínicos– dijo a Haldon, –de los que les gusta sentarse en cojines de satén suave, mordisquear dulces, y timar a niños pequeños. Son los que creen en dioses los que causan problemas.

–Puede que podamos usar esos problemas en nuestro beneficio. Sé donde podemos encontrar respuestas.– Haldon le guió más allá del héroe sin cabeza hacia una gran posada de piedra que daba a la plaza. El caparazón acanalado de alguna inmensa tortuga colgaba sobre la puerta, pintada de colores llamativos. Dentro un centenar de velas de color rojo oscuro ardía como estrellas distantes. El aire estaba perfumado con el olor de carne asada y especias, y una esclava con una tortuga en la mejilla estaba sirviendo vino de color verde pálido.

Haldon se detuvo en el umbral. –Allí. Esos dos.

En el rincón dos hombres estaban sentados al otro lado de una mesa de cyvasse tallada en piedra, mirando sus piezas a la luz de una vela roja. Uno de ellos era delgado y cetrino, con pelo ralo negro y una cuchilla por nariz. El otro era ancho de hombros y redondo de barriga, con rizos en forma de sacacorchos que le llegaban más abajo del cuello. Ninguno se dignó a levantar la vista de su juego hasta que Haldon acercó una silla entre ellos y dijo, -Mi enano juega mejor al cyvasse que vosotros dos juntos.

- El hombre más grande levantó los ojos para mirar a los intrusos con disgusto y dijo algo en la lengua de la Vieja Volantis, demasiado rápido como para que Tyrion pudiera entenderle. El más delgado se reclinó en su silla. –¿Está a la venta?– preguntó en la Lengua Común de Poniente. –La colección de grotescos del Triarca necesita un enano que juegue al cyvasse.

–Yollo no es un esclavo.

–Qué lástima.– El hombre delgado movió un elefante de ónice.

Al otro lado de la mesa de cyvasse, el hombre detrás del ejército de alabastro frunció los labios en señal de desaprobación. Movió su caballo pesado.

–Un error– dijo Tyrion. El también representaba su papel.

–Así es– dijo el hombre delgado. Él respondió con su propio caballo pesado. Siguió un frenesí de rápidos movimientos, hasta que finalmente el hombre delgado sonrió y dijo, –La muerte, amigo mío.

El hombre grande miró con rabia el tablero, luego se levantó y gruñó algo en su propia lengua. Su oponente se echó a reír. –Vamos. El enano no apesta tan mal. –Hizo una señal a Tyrion hacia la silla vacía. –Arriba, hombrecito. Pon tu plata sobre la mesa, y veremos lo bien que juegas a este juego.

«¿Qué juego?» podría haber preguntado Tyrion. Se subió a la silla. –Juego mejor con el estómago lleno y una copa de vino de la mano.– El hombre delgado se giró amablemente y llamó a la esclava para que les fuera a buscar comida y bebida.

Haldon dijo, –El noble Qavo Nogarys es el funcionario de aduanas aquí en Selhorys. Nunca le he derrotado al cyvasse.

–Tyrion entendió. –Tal vez yo tenga más suerte.– Abrió su bolsa y apiló monedas de plata junto al tablero, una encima de otra hasta que finalmente Qavo sonrió.

Mientras cada uno disponía sus piezas detrás de la mampara de cyvasse, Haldon dijo, –¿Qué noticias hay de río abajo? ¿Habrá guerra?

Qavo se encogió de hombros. –Los Yunkai'i así lo desean. Se llaman a si mismos los Amos Sabios. De su sabiduría no puedo hablar, pero no les falta astucia. Su emisario vino a nosotros con cofres de oro y piedras preciosas y doscientos esclavos, muchachas jóvenes y guapas y muchachos de piel suave adiestrados en la técnica de los siete suspiros. Me han dicho que sus festejos son memorables y sus sobornos espléndidos.

–¿Los Yunkish han comprado a vuestros triarcas?

–Sólo a Nyessos.– Qavo quitó la mampara y estudió la colocación del ejército de Tyrion. –Puede que Malaquo sea viejo y desdentado, pero todavía es un tigre, y Doniphos no volverá a ser elegido triarca. La ciudad tiene sed de guerra.

–¿Por qué?– Se preguntó Tyrion. –Meereen está a muchas leguas a través del mar. ¿Cómo ha ofendido esa dulce reina niña a la Vieja Volantis?

–¿Dulce?– Qavo se rió. –Incluso si sólo la mitad de las historias que llegan de la Bahía de Esclavos son ciertas, esa niña es un monstruo. Dicen que está sedienta de sangre, que aquellos que hablan en su contra son empalados en estacas para morir lentamente. Dicen que es una hechicera que alimenta a sus dragones con la carne de niños recién nacidos, una rompe juramentos que se burla de los dioses, que rompe las treguas, amenaza a los enviados, y se vuelve contra aquellos que le han servido con lealtad. Dicen que su lujuria no puede ser saciada, que se aparea con hombres, mujeres, eunucos, incluso con perros y niños, y que la desgracia cae sobre el amante que no es capaz de satisfacerla. Que da su cuerpo a los hombres para esclavizar sus almas.

«Oh, bien» pensó Tyrion. «Si me da su cuerpo a mi es bienvenida a mi alma, aunque sea pequeña y raquítica».

–Dicen– dijo Haldon. –Por ellos, te refieres a los esclavistas, los exiliados que expulsó de Astapor y Meereen. Simples calumnias.

—Las mejores calumnias están condimentadas con la verdad– sugirió Qavo, –pero el verdadero pecado de la niña no se puede negar. Esa niña arrogante se ha propuesto destruir el comercio de esclavos, pero ese tráfico nunca estuvo limitado a la Bahía de los Esclavos. Era parte del mar del comercio que se extendía por el mundo, y la reina dragón ha enturbiado el agua. Detrás del Muro Negro, señores de antigua sangre duermen mal, escuchando a sus esclavos de cocina afilar sus cuchillos largos. Los esclavos cultivan nuestros alimentos, limpian nuestras calles, enseñan a nuestros jóvenes. Vigilan nuestros muros, reman en nuestras galeras, luchan nuestras batallas. Y ahora, cuando miran hacia el este, ven a esa joven reina brillando a lo lejos, esa rompedora de cadenas. La vieja sangre no puede aguantar eso. Los pobres también la odian. Incluso el más vil mendigo está por encima de un esclavo. Esa reina dragón le arrebataría ese consuelo.

Tyrion avanzó sus lanceros. Qavo respondió con su caballo ligero. Tyrion subió sus ballesteros una

casilla y dijo, –El sacerdote rojo de afuera parecía pensar que Volantis debería luchar por esa reina de plata, no contra ella.

–Los sacerdotes rojos serían sabios si contuvieran sus lenguas– dijo Qavo Nogarys. –Ya ha habido enfrentamientos entre sus seguidores y los que adoran a otros dioses. Los desvaríos de Benerros sólo servirán para atraer una ira salvaje sobre su cabeza.

–¿Qué desvaríos?– preguntó el enano, jugando con su plebe.

El Volantene agitó una mano. –En Volantis, miles de esclavos y libertos abarrotan la plaza del templo cada noche para oír gritar a Benerro sobre estrellas sangrantes y una espada de fuego que purificará el mundo. Ha estado predicando que Volantis de seguro arderá si los triarcas toman las armas contra la reina de plata.

–Esa es una profecía que hasta yo podría hacer. Ah, la cena.

La cena era un plato de cabrito asado servido sobre una cama de cebollas en rodajas. La carne era especiada y aromática, quemada por fuera y roja y jugosa en su interior. Tyrion arrancó un pedazo. Estaba tan caliente que le quemó los dedos, pero tan bueno que no pudo evitar alcanzar otro pedazo. Lo regó con el licor verde pálido Volantene, lo más parecido al vino que había tenido desde hacía siglos. –Muy bueno– dijo, levantando su dragón. –La pieza más poderosa del juego– anunció, mientras quitaba uno de los elefantes de Qavo. –Y Daenerys Targaryen tiene tres, se dice.

–Tres– admitió Qavo, – contra tres veces tres mil enemigos. Grazdan mo Eraz no era el único emisario enviado desde la ciudad amarilla. Cuando los Amos Sabios avancen contra Meereen, las legiones de Nueva Ghis lucharán junto a ellos. Tolosi. Elyrianos. Incluso los Dothraki.

–Teneis Dothraki a la entrada de vuestras propias puertas– dijo Haldon. –Khal Pono.– Qavo agitó una mano pálida de rechazo. –Los señores de los caballos vienen, les damos regalos, los señores de los caballos se van.

Movió su catapulta de nuevo, cerró su mano en torno al dragón de alabastro de Tyrion, y lo sacó del tablero.

El resto fue una carnicería, aunque el enano resistió durante otra docena de movimientos. –Ha llegado el momento de las amargas lágrimas– dijo Qavo por fin, recogiendo el montón de plata. –¿Otra partida?

–No hay necesidad– dijo Haldon. –Mi enano ha tenido su lección de humildad. Creo que será mejor que volvamos a nuestro barco.

Fuera en la plaza, la hoguera aún estaba ardiendo, pero el sacerdote se había ido y la multitud hacía tiempo que se había dispersado. El brillo de las velas parpadeaba en las ventanas del burdel. Desde el interior llegaba el sonido de la risa de las mujeres.
–La noche es aún joven– dijo Tyrion. –Puede que Qavo no nos haya contado todo. Y las putas oyen mucho y más de los hombres a los que sirven.

–¿Tanto necesitas a una mujer, Yollo?

–Un hombre se cansa de no tener amantes salvo sus dedos.

«Puede que Selhorys sea donde van las putas. Puede que Tysha esté ahí ahora mismo, con lágrimas

tatuadas en su mejilla». –Casi me ahogo. Un hombre necesita una mujer después de eso. Además, tengo que asegurarme de que mi polla no se ha convertido en piedra.

El Mediomaestre se rió. –Te esperaré en la taberna junto a la puerta. No te demores mucho con tus asuntos.

–Oh, no temas por a eso. La mayoría de las mujeres prefieren terminar conmigo tan rápido como pueden.

El burdel era modesto en comparación con los que había acostumbrado a frecuentar en Lannisport y en Desembarco del Rey. El propietario no parecía hablar ninguna lengua salvo la de Volantis, pero comprendió el ruido metálico de la plata lo suficiente y llevó a Tyrion a través de un pasaje abovedado a una larga estancia que olía a incienso, donde cuatro esclavas aburridas estaban apoltronadas en varios estadios de desnudez. Dos de ellas habían visto por lo menos cuarenta nombres del día ir y venir, adivinó; la más joven tenía tal vez quince o dieciséis años. Ninguna era tan horrible como las putas que había visto trabajar en los muelles, aunque se quedaban bastante cortas de belleza. Una de ellas estaba claramente embarazada. Otra era simplemente gorda, y lucia anillos de hierro en ambos pezones. Las cuatro tenían lágrimas tatuadas debajo de un ojo.

–¿Tienes una chica que hable la lengua de Poniente?– preguntó Tyrion. El propietario entrecerró los ojos, sin comprenderle, así que repitió la pregunta en alto Valyrio. Esta vez el hombre pareció pillar una palabra o tres y respondió en Volantene. 'La chica del Atardecer' fue todo lo que el enano pudo entender de su respuesta. Lo interpretó como una chica de los Reinos del atardecer.

Sólo había una así en la casa, y no era Tysha. Tenía las mejillas pecosas y apretados rizos rojos sobre su cabeza, que prometían senos pecosos y pelo rojo entre sus piernas. –Ella servirá– dijo Tyrion, –y tomaré un pichel también. Vino rojo con carne roja.– La puta estaba mirando su cara sin nariz con repugnancia en sus ojos. –¿Te ofendo, cariñín? Soy una criatura ofensiva, como mi padre estaría encantado de decirte si no estuviera muerto y pudriéndose.

A pesar de que parecía de Poniente, la chica no hablaba ni una palabra de la lengua común. «Tal vez fue capturada por algún esclavista de niña». Su dormitorio era pequeño, pero había una alfombra de Myr en el suelo y un colchón relleno de plumas en lugar de paja. «Los he visto peores». –¿Me vas a decir tu nombre?– preguntó, mientras aceptaba una copa de vino que le ofreció ella. –¿No?– El vino era fuerte y amargo y no requería traducción. –Supongo que me conformaré con tu coño.– Se limpió la boca con el dorso de su mano. –¿Alguna vez te has acostado con un monstruo antes? Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro. Quítate la ropa y sobre tu espalda, si te place. O no.

Ella lo miró sin comprender, hasta que le quitó el pichel de sus manos y le levantó las faldas por encima de la cabeza. Después de eso comprendió lo que se le pedía, aunque no demostró ser la más animada de las compañías. Tyrion había estado tanto tiempo sin una mujer que terminó en su interior a la tercera acometida.

Cayó rodando sintiéndose más avergonzado que saciado. «Esto ha sido un error. En qué criatura tan miserable me he convertido». –¿Conoces a una mujer llamada Tysha?– preguntó, mientras miraba su semilla gotear fuera de ella sobre la cama. La puta no respondió. –¿Sabes a dónde van las putas?

–No respondió a esa tampoco. Su espalda estaba atravesada por crestas de tejido cicatricial. «Esta chica es como si ya estuviera muerta. Acabo de follarme un cadáver». Incluso sus ojos parecían muertos. «Ni siquiera tiene fuerzas para aborrecerme».

Necesitaba vino. Una gran cantidad de vino. Cogió el pichel con las dos manos y se lo llevó a sus

labios. El vino corrió rojo. Por su garganta, por su barbilla. Goteó de su barba y empapó la cama de plumas. A la luz de las velas, parecía tan oscuro como el vino que había envenenado a Joffrey. Cuando acabó arrojó el pichel vacío a un lado y mitad rodó mitad se tambaleó hasta el suelo, buscando a tientas un orinal. No había ninguno. Se le revolvió el estómago, y se encontró de rodillas, haciendo arcadas sobre la alfombra, aquella maravillosa y gruesa alfombra de Myr, tan reconfortante como las mentiras.

La puta gritó de angustia. «La culparán a ella por esto» se dio cuenta, avergonzado. – Córtame la cabeza y llévala a Desembarco del Rey– le apremió Tyrion. –Mi hermana hará de ti una dama, y nadie te volverá a azotar de nuevo.– Ella no entendió aquello tampoco, así que le abrió las piernas de un empujón, se arrastró entre ellas, y la tomó una vez más. Por lo menos, eso si podía comprenderlo.

Luego el vino estaba agotado como lo estaba él, así que hizo una bola con la ropa de la chica y la tiró a la puerta. Ella entendió el mensaje y huyó, dejándolo solo en la oscuridad, hundiéndose más profundo en su cama de plumas. «Estoy asquerosamente borracho». No se atrevió a cerrar los ojos, por temor a dormir. Más allá del velo del sueño, las Aguas de la Tristeza le estaban esperando. Escalones de piedra ascendiendo sin fin, empinadas, resbaladizas y traicioneras, y en algún lugar en la parte superior, el Señor Amortajado. «No quiero conocer al Señor Amortajado». Tyrion se puso a tientas su ropa otra vez y caminó a tientas hasta la escalera. «Griff me va a desollar. Bueno, ¿por qué no? Si alguna vez un enano mereció un despellejamiento, ese soy yo».

A mitad de la escalera, perdió pie. De alguna manera se las arregló para interrumpir su caída con su las manos y lo convirtió en una torpe y descomunal voltereta lateral. Las putas de la habitación de abajo levantaron la vista asombradas cuando aterrizó a los pies de las escaleras. Tyrion se puso en pie y les hizo una reverencia. –Soy más ágil cuando estoy borracho.– Se giró hacia el propietario. – Me temo que he echado a perder tu alfombra. La chica no tiene la culpa. Déjame pagarla.– Sacó un puñado de monedas y se las arrojó al hombre.

–Gnomo– dijo una voz profunda, detrás de él.

En la esquina de la habitación, había un hombre sentado en un charco de sombra, con una puta contoneándose en su regazo. «Nunca vi a esa chica. Si la hubiera visto, la habría llevado arriba en vez de a pecas». Era más joven que las otras, delgada y bonita, con largo cabello plateado. Lysena, a primera vista ... pero el hombre cuyo regazo llenaba provenía de los Siete Reinos. Corpulento y de hombros anchos, de unos cuarenta años, y tal vez más. La mitad de su cabeza era calva, pero una gruesa barba incipiente cubría sus mejillas y su barbilla, y tenía los brazos cubiertos de vello grueso, brotándole incluso de sus nudillos.

A Tyrion no le gustaba su aspecto. Aún le gustaba menos el gran oso negro de su sobrevesta. «Lleva lana, con este calor. ¿Quién sino un caballero estaría tan jodidamente loco?» –Qué agradable escuchar la lengua común tan lejos de casa– se obligó a decir, –pero me temo que me ha confundido. Mi nombre es Hugor Hill. ¿Puedo invitarte a una copa de vino, amigo mío?

–Ya he bebido suficiente.– El caballero empujó a un lado a su puta y se puso de pie. Su Cinto de la espada colgaba de un gancho a su lado. Lo bajó y sacó su espada. El acero susurró contra el cuero. Las putas miraban ansiosamente, con las velas brillando en sus ojos. El propietario había desaparecido.–Eres mío, Hugor.

Tyrion no podía ni huir corriendo ni luchar contra él. Borracho como estaba, ni siquiera podía esperar ser más listo que él. Abrió los brazos. –¿Y qué piensas hacer conmigo?

–Entregarte, dijo el caballero, –a la reina.

23. DAENERYS

Galazza Galare llegó a la gran pirámide atendida por un docena de Gracias, chicas de noble cuna que eran todavía demasiado jóvenes para servir su año en los jardines de placer del templo. Era una bonita visión, la orgullosa anciana toda vestida de verde rodeada de la chiquillas con túnicas y velos blancos, y su inocencia como armadura.

La reina les dio la bienvenida afectuosamente, luego llamó a Missandei para que se encargase de que dieran de comer y distrajeran a las chicas mientras ella compartía una cena privada con la Gracia Verde.

Sus cocineros les habían preparado una magnífica comida de cordero a la miel, perfumado con menta molida y servido con los pequeños higos verdes que tanto le gustaban. Dos de los rehenes favoritos de Dany servían la comida y mantenían las copas llenas— una niña pequeña con ojos de liebre llamada Qezza y un chico delgado llamado Grazhar. Eran hermano y hermana, y primos de la Gracia Verde, quien los saludó con besos cuando entró, y les preguntó si habían sido buenos.

–Son muy dulces, ambos– le aseguró Dany. –Qezza canta para mí a veces. Tiene una voz preciosa. Y Ser Barristan ha estado aleccionando a Grazhar y a los otros chicos en los modales de cortesía occidental.

–Son de mi sangre– dijo la Gracia Verde, mientras Qezza llenaba su copa con un vino tinto oscuro. –Es bueno saber que han complacido a Vuestro Esplendor. Espero poder hacer lo mismo.

El cabello de la anciana era blanco y su piel era fina como un pergamino, pero los años no habían deslucido sus ojos. Eran tan verdes como sus vestiduras; ojos tristes, llenos de sabiduría.

–Si me disculpáis que os lo diga, Vuestro Esplendor parece… cansada. ¿Dormís bien?

Dany tuvo que esforzarse para contener la risa. –No muy bien. La pasada noche tres galeras de Qarth subieron por el Skahazadhan bajo el cobijo de la oscuridad Los Hombres de la Madre dispararon flechas de fuego a sus velas y lanzaron tarros de brea ardiendo sobre sus cubiertas, pero las galeras se movían rápidamente y no sufrieron daños de consideración. Los Qarthenses pretenden cerrarnos el río, como han cerrado la bahía. Y ya no están solos. Tres galeras de Nueva Ghis se les han unido, y una carraca de Tolos.– Los Tolosi habían respondido a su petición de formar un alianza proclamándola una puta y exigiendo que devolviera Meereen a sus Grandes Amos. Incluso eso era preferible a la respuesta de Mantarys, que llegó mediante una caravana en un cofre de cedro. Dentro encontró las cabezas de sus tres emisarios, en salmuera.

–Quizás vuestros dioses puedan ayudarnos. Pedidles que manden una tempestad que barra las galeras de la bahía.

–Rezaré y haré un sacrificio. Tal vez los dioses de Ghis me escuchen.– Galazza Galare dio un sorbo a su vino, pero sus ojos no se apartaron de Dany. –Las tormentas rugen dentro de los muros tanto como fuera de ellos. Anoche murieron más libertos, o eso me han dicho.
–Tres.– Decirlo le dejó un regusto amargo en la boca. –Los cobardes irrumpieron en la casa de unas tejedoras, libertas que no habían hecho daño a nadie. Todo lo que hacían era confeccionar cosas bonitas. Tengo un tapiz que me regalaron colgado sobre mi cama. Los Hijos de la Arpía rompieron su telar y las violaron antes de rajarles la garganta.

–Eso hemos oído. Y aún así Vuestro Esplendor ha encontrado el valor para responder a la carnicería con piedad. No habéis hecho daño a ninguno de los niños nobles que mantenéis como rehenes.

–No todavía, no.– Dany les había tomado cariño a sus jóvenes pupilos. Algunos eran tímidos y otros eran osados, algunos dulces y otros hoscos, pero todos eran inocentes.

–Si mato a mis coperos, ¿quién me echará el vino y me servirá mi cena?– dijo, tratando de quitarle importancia.

La sacerdotisa no sonrió. –El Shavepate se los echaría de comer a vuestros dragones, se dice. Vida por vida. Por cada muerte de la Bestia Descarada, tendría un niño muerto.

Dany movió su comida por el plato. No se atrevía a mirar hacia donde estaban Grazhar y Qezza, temiendo que pudiera empezar a llorar. «El Shavepate tiene un corazón más duro que el mío». Había luchado por los rehenes media docena de veces. –Los Hijos de la Arpía se están riendo en sus pirámides– había dicho Skahaz, justo esa mañana. –¿Para que sirven los rehenes si no vais a tomar sus cabezas?– A sus ojos, ella era sólo un mujer débil. «Hazzea fue suficiente. ¿De que sirve la paz si hay que comprarla con la sangre de niños pequeños?» –Estos asesinatos no son obra suya– dijo Dany a la Gracia Verde, lánguidamente. –No soy la reina carnicera.

–Y por eso Meereen da las gracias– dijo Galazza Galare. –Hemos oído que el Rey Carnicero de Astapor ha muerto.

–Asesinado por sus propios soldados cuando les ordenó marchar y atacar a los Yunkai'i.– Las palabras eran amargas en su boca. –Apenas estaba frío cuando otro ocupó su lugar, llamándose a sí mismo Cleon Segundo. Ese duró ocho días antes de que le abrieran la garganta. Luego su asesino reclamó la corona. Y lo mismo hizo la primera concubina de Cleon. El Rey Degollacuellos y la Reina Puta, les llaman los Astapori. Sus seguidores están luchando en las calles, mientras los Yunkai'i y sus mercenarios esperan fuera de las murallas.

–Son tiempos difíciles. Vuestro Esplendor, ¿me permitís ofreceros mi consejo?

–Sabéis cuanto valoro vuestra sabiduría.

–Entonces hacedme caso ahora y casaros.

–Ah.– Dany había estado esperando eso. –A menudo os he oído decir que sólo sois una chica joven. A la vista, aún parecéis casi una niña, demasiado joven y frágil para hacer frente a tales pruebas sola. Necesitáis aun rey a vuestro lado para ayudaros a soportar estas cargas.

Dany atravesó un trozo de cordero, le dio un mordisco, y masticó despacio. –Decidme, ¿puede ese rey inflar sus carrillos y soplar las galeras de Xaro de vuelta a Qarth? ¿Puede palmear sus manos y romper el asedio de Astapor? ¿Puede poner comida en los estómagos de mis niños y volver a traer la paz a mis calles?

–¿Podéis vos?– preguntó la Gracia Verde. –Un rey no es un dios, pero aún así hay mucho que un hombre fuerte podría hacer. Cuando mi pueblo os mira, ve a una conquistadora de allende los mares, llegada para asesinarnos y esclavizar a nuestros hijos. Un rey podría cambiar eso. Un rey de alta cuna de pura sangre Ghiscari podría reconciliar a la ciudad con vuestro gobierno. De otra manera, me temo, vuestro reinado esta abocado a terminar como empezó, en sangre y fuego.

–Dany movió su comida por el plato. –¿Y a quién me ofrecerían los dioses de Ghis para tomar como rey y consorte?

–A Hizdahr zo Loraq – dijo firmemente Galazza Galare.

Dany no se molestó en fingir sorpresa. –¿Por qué Hizdahr? Skahaz también es de noble cuna.

–Skahaz es Kandaq , Hizdahr Loraq. Vuestro Esplendor me perdonará , pero sólo alguien que no es Ghiscari no entendería la diferencia. A menudo he oído que la vuestra es la sangre de Aegon el Conquistador, de Jaehaerys el Sabio, y de Daeron el Dragón. El noble Hizdahr es de la sangre de Mazdhan el Magnífico, de Hazrak el Apuesto, y de Zharaq el Libertador.

–Sus antepasados están tan muertos como los míos. ¿Levantará Hizdahr sus espectros para defender Meereen de sus enemigos? Yo necesito un hombre con barcos y espadas. Tú me ofreces ancestros.

–Somos un pueblo antiguo. Los ancestros son importantes para nosotros. Casaros con Hizdahr zo Loraq y tened un hijo con él, un hijo cuyo padre se la arpía, y cuya madre sea un dragón. En él se cumplirán las profecías, y vuestros enemigos se derretirán como la nieve.

«Él será el semental que montará al mundo». Dany sabía como le iba con las profecías. Estaban hechas de palabras, y las palabras eran vanas. No habría hijo para Loraq, ni heredero para unir al dragón y la arpía. «Cuando el sol se levante por el oeste y se ponga por el este, cuando los mares se sequen y las montañas se mezan como hojas al viento». Sólo entonces su vientre se agitaría una vez más …

… pero Daenerys Trgaryen tenía otros niños, decenas de miles que la habían aclamado como su madre cuando ella rompió sus cadenas. Pensó en Escudo Incondicional, en el hermano de Missandei, en la mujer Rylona Rhee, que había tocado el arpa tan magníficamente. Ningún matrimonio les devolvería nunca la vida, pero si un esposo podía ayudar a detener la matanza, entonces casarse se lo adeudaba a sus muertos.

«Si me caso con Hizdahr, ¿eso volverá a Skahaz en mi contra?» Confiaba en Skahaz más de lo que confiaba en Hizdahr, pero el Shavepate sería un desastre como rey. Se encolerizaba demasiado rápido, y era demasiado lento en perdonar. No veía el beneficio en casarse con un hombre tan odiado como ella misma. Hizdahr era bien respetado, hasta donde ella podía ver. –¿Qué piensa mi potencial marido de esto?– preguntó a la Gracia Verde. –¿Qué piensa de mí?

–Vuestra Gracia sólo tiene que preguntarle. El noble Hizdahr espera abajo. Enviad a buscarle si os place.

«Os tomáis demasiadas libertades, sacerdotisa» pensó la reina, pero se tragó el enfado y se obligó a sonreír. –¿Por qué no?– Envió a buscar a Ser Barristan y pidió al viejo caballero que trajera a Hizdahr ante ella. –Es una larga ascensión. Haced que los Inmortales le ayuden a subir.

Para cuando el noble terminó su ascensión, la Gracia Verde ya había terminado de cenar. –Si le place a Vuestra Magnificencia , me retiraré. Vos y el noble Hizdahr tendréis muchos asuntos que discutir, no me cabe duda.

La anciana se limpió una mancha de miel de los labios, dio a Qezza y a Grazhar un beso de despedida a cada uno en la frente, y se ajustó su velo de seda sobre el rostro. –regresaré al Templo de las Gracias y rezaré a los dioses para que muestren a mi reina el camino de la sabiduría.

Cuando se fue, Dany dejó que Qezza le llenara la copa de nuevo, despidió a los niños, y ordenó que trajeran a Hizdahr zo Loraq ante su presencia. «Y si se atreve a decir una sola palabra sobre sus preciosas fosas de lucha, puede que le arroje desde la terraza».

Hizdahr llevaba una simple túnica verde bajo un chaleco acolchado. Hizo una profunda reverencia cuando entró, con cara solemne. –¿No tenéis una sonrisa para mi? Le preguntó Dany. –¿Tan temible soy?

–Siempre me pongo solemne en presencia de semejante belleza.

Fue un buen comienzo. –Bebed conmigo.– Dany le llenó su copa ella misma. –Sabéis por qué estáis aquí. La Gracia Verde parece creer que si os tomo por esposo, todos mis enemigos desaparecerán.

–Yo nunca haría una afirmación tan audaz. Los hombres nacen para luchar y sufrir. Nuestros enemigos sólo desaparecen cuando morimos. Sin embargo, puedo serviros de ayuda. Tengo oro y amigos e influencias, y la sangre de la Vieja Ghis corre por mis venas. Aunque nunca me he casado, tengo dos hijos naturales, un niño y una niña, así que puedo daros herederos. Puedo reconciliar a la ciudad con vuestro reinado y poner fin a esta matanza nocturna en las calles.

–¿Podéis?– Dany estudió sus ojos. –¿Por qué bajarían los Hijos de la Arpía sus cuchillos por vos? ¿Sois uno de ellos?

–No.

–¿Me lo confesaríais si lo fueseis?

Él se rió. –No.

–El Shavepate tiene formas de averiguar la verdad.

–No dudo de que Skahaz me haría confesar pronto. Un día con él, y seré uno de los Hijos de la Arpía. Dos días, y yo seré la Arpía. Tres, y resultará que también maté a vuestro padre, allá en los Siete Reinos cuando yo sólo era un niño. Luego me empalará en una estaca y podrás verme morir … pero después de eso los asesinatos continuarán.– Hizdahr se inclinó hacia ella. –O podéis casaros conmigo y dejar que intente detenerlos.

–¿Por qué querríais ayudarme? ¿Por la corona?

–Una corona me sentaría bien, no lo negaré. Sin embargo, es más que eso. ¿Es tan extraño que quiera proteger a mi propio pueblo, como vos protegisteis a vuestros libertos? Meereen no puede soportar otra guerra, Vuestro Esplendor.

Fue una buena respuesta, y honesta. –Nunca he deseado la guerra. Derroté a los Yunkai'i una vez y perdoné a su ciudad cuando podía haberla saqueado. Rechacé unirme al Rey Cleon cuando marchó contra ellos. Incluso ahora, con Astapor bajo asedio, no tomo partido. Y Qarth … nunca he causado a los Qarthenses ningún daño …

–No a propósito, no, pero Qarth es una ciudad de mercaderes, y les encanta el sonido de las monedas de plata, el brillo del oro amarillo. Cuando destruisteis el comercio de esclavos, el golpe se sintió desde Poniente hasta Asshai. Qarth depende de sus esclavos. Y también Tolos, Nueva Ghis, Lys, Tyrosh, Volantis … la lista es larga, mi reina.

–Dejad que vengan.– En mi encontrarán a un enemigo más duro que Cleon. Preferiría morir luchando que devolver a mis hijos a la esclavitud.

–Puede que haya otra opción. Se puede persuadir a los Yunkai'i para que permitan a vuestros libertos seguir siendo libres, creo, si Vuestra Adoración accediera a que la Ciudad Amarilla pudiera continuar traficando y entrenando esclavos sin ser molestados de hoy en adelante. No hay por qué derramar más sangre.

–Excepto la sangre de aquellos esclavos que los Yunkai'i mercadearán y entrenarán– dijo Dany, pero aún así reconoció la verdad en sus palabras. «Puede que sea el mejor final que podemos esperar». –No habéis dicho que me amáis.

–Lo diré, si eso le satisface a Vuestro Esplendor.

–Esa no es la respuesta de un hombre enamorado.

–¿Qué es el amor? ¿Deseo? Ningún hombre con todas sus partes podría nunca miraros y no desearos, Daenerys. Sin embargo, no es por eso por lo que me casaría con vos. Antes de que llegarais Meereen se estaba muriendo. Nuestros gobernantes eran ancianos de pollas mustias y viejas cuyos arrugados coños estaban secos como el polvo. Se sentaban en lo alto de sus pirámides sorbiendo vino de albaricoque y hablando de la gloria del Viejo Imperio mientras los siglos transcurrían y los ladrillos de la ciudad se derrumban a su alrededor. La costumbre y la cautela nos atenazaban con mano de hierro hasta que nos despertasteis con fuego y sangre. Ha llegado una nueva era, y nuevas cosas son posibles. Casaros conmigo.
«No es feo» se dijo Dany, «y tiene la lengua de un rey». –Besadme– ordenó.

Él tomó su mano de nuevo, y besó sus dedos. –Así no. Besadme como si fuera vuestra esposa.

Hizdahr la cogió por los hombros tan tiernamente como si fuera un pajarito. Inclinándose hacia delante, presionó sus labios contra los de ella. Su beso fue poco intenso y seco y rápido. Dany no sintió pasión.

–¿Os … beso otra vez? preguntó al acabar.

–No– En su terraza, en su piscina de baño, los pequeños peces le daban pequeños mordisquitos en las piernas cuando se metía dentro. Incluso ellos besaban con más fogosidad que Hizdahr zo Loraq. –No te amo.

Hizdahr se encogió de hombros. –Eso puede venir, con el tiempo. Se sabe que ocurre así.

«No con nosotros» pensó. «No mientras Daario esté tan cerca. Es él a quien deseo, no a ti». –Algún día querré regresar a Poniente, para reclamar los Siete Reinos que eran de mi padre.

–Algún día todos los hombres han de morir, pero no hace ningún bien obsesionarse con la muerte. Prefiero aceptar cada día como viene.

Dany cruzó las manos. –Las palabras son vanas, incluso las palabras como amor y paz. Confío más en los hechos. En mis Siete Reinos, los caballeros emprenden búsquedas para probarse dignos de la dama a la que aman. Buscan espadas mágicas, cofres de oro, coronas robadas del tesoro de un dragón.

Hizdahr arqueó una ceja. –Los únicos dragones que conozco son vuestros, y las espadas mágicas son incluso más escasas. Gustosamente os traeré anillos y coronas y cofres de oro si es vuestro deseo.

–La paz es mi deseo. Decís que podéis ayudarme a detener la matanza nocturna en mis calles. Yo digo que lo hagáis. Terminad con la guerra en las sombras, mi señor. Esa es vuestra búsqueda. Dadme noventa días y noventa noches sin un asesinato, y sabré que sois digno de un trono. ¿Podéis hacerlo?

Hizdahr parecía pensativo. –¿Noventa días y noventa noches sin ningún cadáver, y en el noventa y uno nos casamos?

–Quizás– dijo Dany, con una mirada coqueta. –Aunque se sabe que las chicas jóvenes son volubles. Puede que aún desee una espada mágica.

Hizdahr se rió. –Entonces también la tendréis, Esplendor. Vuestros deseos son órdenes para mí. Mejor decid a vuestro senescal que empiece a hacer preparativos para nuestra boda.

–Nada complacería más al noble Reznak.– Si Meereen supiera que hay una boda a la vista, eso sólo podría comprar algunas noches de tregua, incluso si los esfuerzos de Hizdahr se quedaban en nada. «El Shavepate no estará contento conmigo, pero Reznak mo Reznak bailará de alegría». Dany no sabía cual de los dos le preocupaba más. Necesitaba a Skahaz y a las Bestias Descaradas, y había llegado a desconfiar de todos los consejos de Reznak. «Ten cuidado con el perfumado senescal. ¿Ha hecho Reznak causa común con Hizdahr y la Gracia Verde y me han preparado alguna trampa para cazarme?»

Apenas se había marchado Hizdahr zo Loraq cuando Ser Barristan apareció detrás de ella con su larga capa blanca. Años de servicio en la Guardia Real habían enseñado al caballero blanco a permanecer al margen cuando ella estaba recibiendo visitas, pero nunca estaba lejos. «Lo sabe» lo vio de inmediato, «y lo desaprueba». Las líneas alrededor de su boca se habían hecho mas profundas. –Así que– le dijo, –parece que tal vez me case otra vez. ¿Os alegráis por mi, ser?

–Si es esa vuestra orden, Vuestra Gracia.

–Hizdahr no es la clase de esposo que vos hubierais elegido para mí.

–No es mi cometido elegir vuestro esposo.

–No lo es– acordó, –pero es importante para mí que lo entendáis. Mi pueblo está sangrando. Muriendo. Una reina no se pertenece a sí misma, sino al reino. Matrimonio o matanza, esas son mis opciones. Una boda o una guerra.

–Vuestra Gracia, ¿puedo hablar con franqueza?

–Siempre.

–Hay una tercera opción.

–¿Poniente?

Él asintió. –He jurado servir a Vuestra Gracia, y manteneros a salvo del peligro donde quiera que vayáis. Mi lugar está a vuestro lado, ya sea aquí o en Desembarco del Rey … pero vuestro lugar está en Poniente, sobre el Trono de Hierro que fue de vuestro padre. Los Siete Reinos nunca aceptarán a Hizdahr zo Loraq como rey.

–No más de lo que Meereen aceptará a Daenerys Targaryen como reina. La Gracia Verde tiene

razón en eso. Necesito un rey a mi lado, un rey de vieja sangre Ghiscari. De otra forma siempre me verán como una vulgar bárbara que irrumpió a través de sus puertas , empaló a sus familiares en estacas, y robo sus riquezas.

–En Poniente seréis la hija perdida que regresa para hacer feliz el corazón de su padre. Vuestro pueblo os aclamará cuando paséis a caballo, y todos los hombres buenos os amarán.

–Poniente está lejos.

–Demorarse aquí nunca lo traerá más cerca. Cuanto antes nos marchemos de este lugar

–Lo sé. Lo sé.– Dany no sabía como hacérselo entender. Deseaba Poniente tanto como él, pero primero debía sanar Meeren. –Noventa días es mucho tiempo. Hizdahr podría fracasar. Y si lo hace, el intento me comprará tiempo. Tiempo para hacer alianzas, para fortalecer mis defensas, para—

–¿Y si no fracasa? ¿Qué hará Vuestra Gracia entonces?

–Cumplir con mi deber.– La palabra se sintió fría en su lengua. –Vos visteis la boda de mi hermano Rhaegar. Contadme, ¿se casó por amor o por deber?

–El anciano caballero vaciló. –La princesa Elia era una buena mujer, Vuestra Gracia. Era bondadosa e inteligente, con un corazón amable y un ingenio encantador. Sé que el príncipe estaba muy encariñado de ella.

«Encariñado» pensó Dany. La palabra habló por sí misma. «Yo podría cogerle cariño a Hizdahr zo Loraq, con el tiempo. Quizás».

Ser Barristan continuó. –También vi la boda entre vuestro padre y vuestra madre. Perdonadme, pero allí no había cariño, y el reino lo pagó caro, mi reina.

–¿Por qué se casaron si no se amaban el uno al otro?

–Vuestro abuelo lo ordenó. Una bruja de los bosques le había dicho que el príncipe prometido nacería de su linaje.

–¿Una bruja de los bosques? Dany estaba atónita. –Vino a la corte junto a Jenny de Piedrasviejas. Una criatura achaparrada, grotesca a la vista. Una enana, dijo la mayoría, aunque querida para Lady Jenny, que siempre afirmó que era uno de los niños del bosque.

–¿Qué fue de ella?

–Refugio Estival– la palabra estaba cargada de fatalidad.

Dany suspiró. –Dejadme ahora. Estoy muy cansada.

–Cómo ordenéis.– Ser Barristan hizo una reverencia y se dio la vuelta para marcharse. Pero en la puerta, se detuvo. –Perdonadme, Vuestra Gracia tiene una visita. ¿Le digo que vuelva mañana?

–¿Quién es?

–Naharis. Los cuervos de la Tormenta han regresado a la ciudad.

«Daario». Su corazón aleteó en su pechó. –¿Cuánto tiempo ha … cuando … ?– Parecía que no le salían las palabras.

Ser Barristan pareció entender. –Vuestra Gracia estaba con la sacerdotisa cuando llegó él. Sabía que no querríais que os molestaran. Las noticias del capitán pueden esperar hasta mañana.

–No.– «¿Cómo podría esperar dormir, sabiendo que mi capitán está tan cerca?» –Hacedle pasar inmediatamente. Y … no os necesitaré más esta noche. Estaré a salvo con Daario. Oh, y enviad a Irri y a Jhiqui, si sois tan amable. Y a Missandei.– «tengo que cambiarme, para ponerme guapa».

Así se lo dijo a sus sirvientas cuando llegaron. –¿Qué desea ponerse Vuestra Gracia?– preguntó Missandei.

«La luz de la estrellas y la espuma del mar», pensó Dany, «un retal de seda que deje mi pecho izquierdo desnudo para el deleite de Daario. Oh, y flores en mi pelo». Cuando se conocieron por primera vez, el capitán le traía flores todos los días, recorriendo todo el camino desde Yunkai hasta Meereen.

–Traed la túnica de lino gris con perlas en el corpiño. Oh , y mi piel de león blanco.– Siempre se sentía más segura envuelta en la piel de león de Drogo.

Daenerys recibió al capitán en su terraza, sentada en un banco esculpido en piedra bajo un peral. Una media luna flotaba en el cielo sobre la ciudad, acompañada de un millar de estrellas. Daario Naharis entró pavoneándose. «Se pavonea incluso cuando está quieto». Llevaba pantalones a rayas remetidos en botas altas de cuero púrpura, una camisa de seda blanca, y un chaleco de aros dorados. Su barba con forma de tridente era púrpura, sus extravagantes bigotes oro, y sus largos rizos de ambos a partes iguales. En un lado de su cadera llevaba un estilete, y en el otro un arakh Dothraki. –Deslumbrante reina– dijo, –os habéis hecho aún más hermosa en mi ausencia. ¿Cómo es eso posible?

La reina estaba acostumbrada a tales halagos, pero de alguna manera el cumplido significaba más viniendo de Daario que de Reznak, Xaro, o Hizdahr. –Capitán. Nos cuentan que nos prestasteis un buen servicio en Lhazar.–Os he echado mucho de menos.

–Vuestro capitán vive para servir a su cruel reina.

–¿Cruel?

La luz de la luna brillaba en sus ojos. –Se apresuró por delante de todos sus hombres para contemplar sus rostro cuanto antes, sólo para que lo dejaran languideciendo mientras ella comía cordero y higos con alguna anciana reseca.

«Nunca me dijeron que estabas aquí» pensó Dany, «o me habría hecho la loca y te hubiera mandado llamar de inmediato». –Estaba cenando con la Gracia Verde.– Parecía mejor no mencionar a Hizdahr. –Necesitaba urgentemente su sabio consejo.

–Yo sólo tengo una necesidad urgente: Daenerys.

–¿Mando buscar comida? Debéis estar hambriento.

–No he comido desde hace dos días, pero ahora que estoy aquí, es suficiente para mí saciarme con vuestra belleza.

–Mi belleza no os llenará el estómago.– Arrancó una pera y se la lanzó. –Comed esto.

–Si mi reina así lo ordena.– le dio un mordisco a la pera, sus dientes dorados relucieron. El jugo corrió por su barba púrpura.

La chica que había en ella quería besarlo tanto que le dolía. «Sus besos serían duros y crueles» se dijo a sí misma, «y no le importaría si gritara o le ordenara que parase». Pero la reina que había en ella sabía que eso sería una insensatez. –Contadme sobre vuestro viaje.

Él se encogió de hombros despreocupadamente. –Los Yunkai'i enviaron algunos mercenarios para cerrar el paso de Khyzai. Los Largas Lanzas, se denominan a sí mismos. Caímos sobre ellos por la noche y enviamos a algunos al infierno. En Lhazar maté a dos de mis propios sargentos por planear robar las gemas y la bandeja de oro que mi reina me había confiado como regalo para los Hombres Cordero. Por lo demás, todo fue como había prometido.

–¿Cuántos hombres perdisteis en la batalla?

–Nueve– dijo Daario, –pero doce de los Largas Lanzas decidieron que preferían ser Cuervos de la Tormenta antes que cadáveres, así que ganamos tres. Les dije que vivirían más luchando junto a vuestros dragones que contra ellos, y notaron la sabiduría en mis palabras.

Eso la hizo ponerse alerta. –Puede que estén espiando para Yunkai.

–Son demasiado estúpidos para ser espías. Vos no los conocéis.

–Ni vos tampoco. ¿Confiáis en ellos?

–Confío en todos mis hombres. Tan lejos hasta dónde puedo escupir.– Escupió una semilla y sonrió ante sus sospechas. –¿Os traigo sus cabezas? Lo haré, si lo ordenáis. Uno es calvo y dos tienen trenzas y otro se tiñe la barba de cuatro colores distintos. ¿Qué espía llevaría una barba así, os pregunto? El hondero puede atravesar el ojo de un mosquito a cuarenta pasos, y al feo se le dan bien los caballos, pero si mi reina dice que deben morir…

–Yo no he dicho eso. Yo sólo … procurad tenerlos vigilados, eso es todo.– Se sintió estúpida diciéndolo. Siempre se sentía un poco estúpida cuando estaba con Daario. «Torpe y aniñada y con el juicio nublado. ¿Qué debe pensar de mí?» Cambió de tema. –¿Nos enviarán comida los Hombres Cordero?

–El grano llegará por el Skahazadhan en barcaza, mi reina, y otros bienes en caravana por el Khyzai.

–No por el Skahazadhan. Nos han cerrado el río. También los mares. Habréis visto los barcos afuera en la bahía. Los Qartheneses han destruido un tercio de nuestra flota de pesca y capturado otro tercio. Los demás están demasiado asustados como para salir del puerto. El pequeño comercio que aún teníamos ha sido cortado.

Daario arrojó el corazón de la pera. –Los Qarthenses tienen leche en sus venas. Dejad que vean vuestros dragones, y huirán.

Dany no quería hablar sobre los dragones. Los campesinos aún venían a su corte con huesos quemados, quejándose de ovejas desaparecidas, aunque Drogon no había regresado a la ciudad.

Algunos reportaron haberlo visto al norte del río, sobre la hierba del mar Dothraki. Abajo en el foso, Viserion había roto una de sus cadenas; él y Rhaegal se volvían más salvajes cada día. Una vez las puertas de hierro se habían puesto al rojo vivo, le contaron sus Inmortales, y nadie se atrevió a tocarlas durante un día entero. –Astapor también está bajo asedio.

–Ya lo sabía. Uno de los Largas lanzas vivió lo suficiente para contarnos que los hombres se estaban comiendo los unos a los otros en la Ciudad Roja. Dijo que a Meereen le llegaría el turno pronto, así que le corté la lengua y se la eché a un perro amarillo. Ningún perro se comería la lengua de un mentiroso. Cuando el perro amarillo se comió la suya, supe que decía la verdad.

–También tengo guerra dentro de la ciudad.– Le contó sobre los Hijos de la Arpía y sobre las Bestias Descaradas, sobre sangre en los ladrillos. –Mis enemigos están a mi alrededor, dentro y fuera de la ciudad.

–Atacad– dijo él de inmediato. –Un hombre rodeado de enemigos no puede defenderse. Intentadlo, y un hacha se os clavará en la espalda mientras esquiváis la espada. No. Cuando os enfrentéis a muchos enemigos, elegid al más débil, matadle, cabalgad sobre él, y escapad.

–¿A dónde debería escapar?

–A mi lecho. A mis brazos. A mi corazón..– Las empuñaduras del arakh y del estileto de Daario estaban labrados con la forma de mujeres doradas, desnudas y lujuriosas. Pasó sus pulgares por ellas de una forma que era notoriamente obscena y sonrió con una sonrisa pícara.

Dany sintió la sangre precipitándose hacia sus rostro. Era casi como si la estuviera acariciando a ella. «¿Creería que yo soy lujuriosa también si me lo llevara al lecho?» Él la hacía desear ser su mujer lujuriosa. «Nunca debería verle a solas. Es demasiado peligroso para tenerlo cerca de mí». –La Gracia Verde dice que debo tomar un esposo Ghiscari– dijo, azorada. –me apremia a casarme con Hizdahr zo Loraq.

–¿Ese?– Daario se rió. –¿Por qué no Gusano Gris, si deseáis a un eunuco en vuestro lecho? ¿Deseáis un rey?

«Te deseo a ti». –Deseo la paz. Le di a Hizdahr noventa días para detener los asesinatos. Si lo consigue, le tomaré como esposo.

–Tomadme a mi como esposo. Lo conseguiré en nueve.

«Sabes que no puedo hacer eso» casi dijo ella. –Estáis luchando contra sombras cuando deberíais estar luchando contra los hombres que las proyectan– continuó Daario. –Matadlos y arrebatadles sus tesoros, digo yo. Susurrad la orden, y vuestro Daario os hará una pila con sus cabezas más alta que esta pirámide.

–Si supiera quienes son—

–Zhak y Pahl y Merreq. Ellos, y todos los demás. Los Grandes Amos. ¿Quiénes iban a ser si no?

«Es tan audaz como sanguinario». –No tenemos pruebas de que sean obra suya. ¿Queréis que mate a mis propios súbditos?

–Vuestros propios súbditos alegremente os matarían a vos.

Había estado mucho tiempo fuera, Dany casi había olvidado lo que era él. Los mercenarios eran traicioneros por naturaleza, se recordó a sí misma. «Volubles, desleales, brutales. Él nunca será más de lo que es. Nunca tendrá madera de rey». –Las pirámides son fuertes,– le explicó. –Sólo podríamos tomarlas a un alto precio. En el momento en que ataquemos a una las demás se alzarán contra nosotros.

–Entonces sacadlos de sus pirámides con algún pretexto. Una boda podría servir. ¿Por qué no? Prometed vuestra mano a Hizdahr y todos los Grandes Amos vendrán a vuestra boda. Cuando se reúnan en el Templo de las Gracias, dejad que caigamos sobre ellos.

Dany estaba horrorizada. «Es un monstruo. Un monstruo galante, pero aún así un monstruo». –¿Me tomáis por el Rey Carnicero?

–Mejor el carnicero que la carne. Todos los reyes son carniceros. ¿Son las reinas tan diferentes?

–Esta reina lo es.

Daario se encogió de hombros. –La mayoría de las reinas no tienen otro propósito que el de calentar la cama de algún rey y parir hijos para él. Si esa es la clase de reina que queréis ser, mejor casaros con Hizdahr.

Su ira se encendió. –¿Habéis olvidado quién soy?

–No. ¿Y vos?

«Viserys habría ordenado que le cortaran la cabeza por aquella insolencia». –Yo soy la sangre del dragón. No os atreváis a darme lecciones.– Cuando Dany se levantó, la piel de león resbaló de sus hombros y cayó al suelo. –Dejadme.

Daario le hizo una amplia reverencia. –Vivo para obedecer.

Cuando se marchó, Daenerys volvió a llamar a Ser Barristan.

–Quiero que los Cuervos de la Tormenta vuelvan al campo de batalla.
–¿Vuestra Gracia? Acaban de regresar…

–Quiero que se vayan. Dejad que exploren las tierras del interior Yunkish y que den protección a cualquier caravana que llegue a través del paso de Khyzai. De ahora en adelante Daario os presentará sus informes a vos. Concededle cualquier honor que se le deba y aseguraos de que se les paga bien a sus hombres, pero bajo ningún concepto le permitáis verme.

–Como digáis, Vuestra Gracia.

Aquella noche no pudo dormir sino que se giró y retorció nerviosamente en la cama. Incluso llegó a llamar a Irri, esperando que sus caricias ayudaran a facilitarle el descaso, pero tras un corto rato despidió a la chica Dothraki. Irri era dulce y suave y voluntariosa, pero no era Daario.

«¿Qué es lo que he hecho?» pensó, acurrucada en su lecho solitario. «He esperado tanto tiempo a que regresara, y ahora le envío lejos». –Él me convertiría en un monstruo– susurró, –una reina carnicera.– pero entonces pensó en Drogon allá lejos, y en los dragones en el foso. «También hay sangre en mis manos, y en mi corazón. No somos tan diferentes, Daario y yo. Ambos somos monstruos».

24. EL SEÑOR PERDIDO

«No debería haber llevado tanto tiempo», se dijo Griff mientras recorría la cubierta del *Tímida Doncella*. ¿Habían perdido a Haldon mientras tenían a Tyrion Lannister? ¿Lo habrían atrapado los Volantenes? «Debí haber mandado a Campopato con él». No se podía confiar en Haldon; lo había demostrado en Selhorys cuando dejó escapar al enano.

El *Tímida Doncella* estaba amarrado en una de las secciones del medio de las caóticas riberas, entre un barco escorado que no había abandonado el muelle en años y la colorida barcaza de los titiriteros. Los titiriteros eran una pandilla ruidosa y jovial, siempre haciéndose burla los unos a los otros, y se encontraban más a menudo borrachos que sobrios.

El día fue caluroso y pegajoso, como lo habían sido todos los días desde que dejaron las Aguas de la Tristeza. El feroz sol sureño caía a plomo sobre las riberas, repletas de gente de Volon Therys, pero el calor era la menor de las preocupaciones de Griff. La Compañía Dorada estaba acampada a tres millas al sur de la ciudad, muy al norte de donde les había esperado, y Triarch Malaquo había venido al norte con cinco mil pies y un millar de caballos para sacarlos del camino de la desembocadura del río. Daenerys Targaryen seguía a un mundo de distancia, y Tyrion Lannister… bueno, podía estar prácticamente en cualquier lado. Si los dioses eran buenos, la cabeza cercenada del Lannister estaría a medio camino de Desembarco del Rey en estos momentos, pero lo más seguro era que el enano estuviese sano y entero en algún lugar cercano, borracho como una cuba y urdiendo alguna nueva infamia.

–Por los Siete Infiernos, ¿dónde está Haldon?–se quejó Griff a Lady Lemore. –¿Cuánto se tarda en comprar tres caballos?

Ella se encogió de hombros.

–Milord, ¿no sería más seguro dejar al chico aquí, dentro del bote?

–Más seguro, sí. Más inteligente, no. Ahora es ya un hombre crecido, y nació para recorrer este camino –Griff no tenía paciencia para sutilezas. Estaba harto de esconderse, harto de esperar, harto de ser precavido. «No tengo tiempo para ser precavido».

–Hemos recorrido un largo camino para mantener al príncipe Aegon escondido todos estos años –le recordó Lemore– Llegará el día en que se lave el pelo y se dé a conocer, lo sé, pero ese día no es hoy. No en un campamento de mercenarios.

–Si Harry Strickland le cree enfermo, esconderle en el *Tímida Doncella* no le protegerá. Strickland tiene diez mil espadas a sus órdenes. Nosotros tenemos a Duck. Aegon tiene todo lo que se espera que tenga un príncipe. Necesitan verlo, Strickland y el resto. Estos son sus hombres.

–Suyos porque los ha comprado y pagado por ellos. Diez mil extraños armados, además de lameculos y seguidoras de campamentos. Uno solo podría llevarnos a la ruina. Si la cabeza de Hugor valía los honores de un Señor, ¿cuánto pagaría Cersei Lannister por el legítimo heredero del Trono de Hierro? No conoces a estos hombres, mi señor. Han pasado doce años desde la última vez que cabalgaste con la Compañía Dorada, y tu viejo amigo está muerto.

Blackheart. Myles Toyne había estado tan lleno de vida la última vez que Griff le había dejado que era difícil de aceptar que hubiese muerto. «Una calavera dorada sobre una pica, y Homeless Harry Strickland en su lugar». Lemore no se equivocaba y él lo sabía. Fuesen lo que fuesen sus señores o grandes señores en Poniente antes de su exilio, los hombres de la Compañía Dorada eran ahora

mercenarios, y no se podía confiar en ningún mercenario. Aún así…

La última noche había soñado con el Septo de Piedra. Sólo, espada en mano, corrió de casa en casa, tirando abajo puertas, corriendo por las escaleras, saltando de tejado en tejado, mientras en sus oídos sonaban las campanas lejanas. Profundos tañidos de bronce y repiqueteos de plata martilleaban su cráneo, una desquiciante cacofonía de ruido que se hacía incluso mayor hasta que parecía que su cabeza iba a explotar.

Diecisiete años habían pasado desde la Batalla de las Campanas, y todavía el sonido de las campanas sonando le hacía un nudo en el estómago. Otros podrían afirmar que el reino se perdió cuando el príncipe Rhaegar cayó bajo el martillo de Robert en el Tridente, pero la batalla del Tridente nunca se habría librado si el grifón hubiese matado al venado en el Septo de Piedra. *«*Las campanas doblaron por todos nosotros aquel día. Por Aerys y su reina, por Elia de Dorne y su hijita, por cada buen hombre y por cada mujer honesta de los Siete Reinos. Y por mi príncipe de plata*»*

–El plan era revelar al príncipe Aegon sólo cuando hubiésemos alcanzado a la reina Daenerys –decía Lemore.

–Eso era cuando creíamos que la chica venía al oeste. Nuestra reina dragón ha convertido ese plan en cenizas, y gracias al idiota gordo de Pentos, hemos agarrado a la dragona por la cola y nos ha quemado los dedos hasta los huesos.

–Illyrio no podría haber sabido que la chica se quedaría en la Bahía de los Esclavos.

–Como tampoco supo que el Rey Mendigo moriría joven, o que Khal Drogo pronto le seguiría a la tumba. Muy poco de lo que el gordo ha anticipado se ha hecho realidad –Griff palmeó la empuñadura de su espada con la mano enguantada– He bailado al son de las gaitas del gordo durante años, Lemore. ¿En qué nos ha beneficiado? El príncipe es un hombre adulto. Su hora ha…

–¡*Griff*!– gritó Yandry, sobre el tañido de la campana de los mimos titiriteros. Es Haldon.

Así era. El Mediomaestre parecía acalorado y desaliñado tras su periplo desde el puerto hasta el muelle. El sudor le había dejado anillas oscuras bajo los brazos en su ligera túnica de lino, y tenía la misma mirada agria en su cara alargada que en Selhorys, cuando volvió al *Tímida Doncella* a confesar que el enano se había ido. Le seguían tres caballos, de todos modos, y aquello era lo único que importaba.

–Trae al chico –le dijo Griff a Lemore-. Mira si está preparado.
–Como digas– contestó, descontenta.

–*Así sea* –se había encariñado con Lemore, lo que no quería decir que necesitase su aprobación. Su tarea había sido instruir al príncipe en las doctrinas de la Fe, y lo había hecho. Ninguna oración le pondría en el Trono de Hierro, de todas formas. Esa era la tarea de Griff. Le había fallado al príncipe Rhaegar una vez. No le fallaría a su hijo, no mientras le quedase un aliento de vida en el cuerpo.

Los caballos de Haldon no le agradaban.

–¿Fue esto lo mejor que pudiste encontrar? –se le quejó al Mediomaestre.

–Efectivamente –dijo Haldon, en tono irritado-, y será mejor que no preguntes cuánto nos costaron. Con los Dothraki al otro lado del río, la mitad de la población de Volon Therys ha decidido que

pronto estarán en cualquier otro lado, así que la carne de caballo es cada día más cara.

«Debería haber ido yo mismo». Después de Selhorys, le había sido difícil volver a confiar en Haldon como antes. «Había dejado que el enano le cautivase con esa lengua persuasiva que tenía. Le dejó entrar solo en un burdel mientras él esperaba como un imbécil en la plaza». El dueño del burdel había insistido en que se habían llevado al enano a punta de espada, pero Griff todavía no estaba seguro de creérselo. El Gnomo era lo suficientemente listo como para haber planeado su propia fuga. El secuestrador borracho del que hablaban las putas podría haber sido algún esbirro a sus órdenes. «Tengo parte de culpa. Después de que el enano se interpusiese entre Aegon y el hombre de piedra, bajé la guardia. Debería haberle cortado la garganta la primera vez que lo vi».

–Servirán, supongo– le dijo a Haldon. –El campamento está sólo a tres millas al sur.

El *Doncella Tímida* les habría llevado allí mucho más rápido, pero prefirió mantener a Harry Strickland en la ignorancia de dónde habían estado él y el príncipe. Tampoco apreciaba la idea de chapotear a través de los charcos para llegar a alguna orilla embarrada. Aquella clase de presentación podría servir para un mercenario y su hijo, pero no para un gran señor y su príncipe.

Cuando el chico salió de la cabina con Lemore a su lado, Griff lo revisó cuidadosamente de la cabeza a los pies. El príncipe llevaba espada y daga, botas negras lustradas con esmero, una capa negra decorada con seda rojo sangre. Con el pelo lavado, cortado y recién teñido de azul oscuro, sus ojos parecían azules también. Adornaban su garganta tres enormes rubíes de talla cuadrada engarzados en una cadena de hierro negro, un regalo del Magíster Illyrio. «Rojo y negro. Los colores del Dragón». Eso era bueno.

–Pareces un auténtico príncipe– le dijo al chico. –Tu padre estaría orgulloso si pudiese verte.

El joven Griff se pasó los dedos por el pelo.

–Estoy harto de este tinte azul. Deberíamos quitárnoslo.

–Pronto– Griff también estaría encantado de volver a su color natural, aunque su pelo, que una vez fue rojo, ahora era gris. Palmeó al chico en el hombro-. ¿Nos vamos? Tu ejército aguarda tu llegada.

–Me gusta cómo suena. Mi ejército– una sonrisa le cruzó la cara y desapareció como un relámpago-. No obstante, ¿lo son? Son mercenarios. Yollo me avisó de que no confiase en ninguno.

–Es un sabio consejo– admitió Griff. Podría haber sido diferente si Blackheart todavía los dirigiese, pero Myles Toyne llevaba muerto cuatro años, y Homeless Harry Strickland era un tipo de hombre distinto. No le diría eso al chico, de todos modos. Aquel enano ya había plantado suficientes dudas en su joven cabeza. –No todos los hombres son lo que parecen, y un príncipe debe ser especialmente cauteloso… pero si lo eres demasiado, la desconfianza te envenenará, te amargará y te hará temeroso– «El rey Aerys era así. Al final, incluso Rhaegar lo vio claramente». –Lo mejor es tomar el camino del medio. Deja que los hombres se ganen tu confianza con servicio leal… pero cuando lo hagan, sé generoso y de corazón abierto.

El chico asintió con la cabeza.

–Lo recordaré.

Le dieron al príncipe el mejor de los tres caballos, un castrado grande de un gris tan pálido que era casi blanco. Griff y Haldon cabalgaban a su lado sobre monturas más humildes. El camino se dirigía

al sur bajo los grandes muros blancos de Volon Therys durante media milla. Luego dejaba la ciudad atrás, siguiendo el serpenteante curso del Rhoyne a través de bosques de sauces y campos de amapolas, dejando atrás un alto molino de viento hecho de madera, cuyas aspas rechinaban como huesos viejos mientras se movían.

Encontraron a la Compañía Dorada al lado del río mientras el sol descendía por el este. Era un campamento que incluso Arthur Dayne hubiese aprobado. Compacto, ordenado, defendible. Habían excavado una zanja profunda rodeándolo, con estacas afiladas dentro. Las tiendas estaban dispuestas en filas, con anchas calles entre ellas. Habían situado las letrinas al lado del río, de forma que la corriente se llevase los residuos. Las líneas de caballos iban hacia el norte y tras ellos pastaban al lado del agua dos docenas de elefantes, arrancando juncos con sus trompas. Griff echó un vistazo de aprobación a las enormes bestias grises. «No hay un solo caballo de guerra en todo Poniente que les pueda hacer frente».

Altos estandartes de hilo de oro ondeaban sobre las cimas de pértigas todo a lo largo del perímetro del campamento. Bajo ellos, centinelas armados y con armaduras hacían las rondas con lanzas y ballestas, vigilando a todo aquel que se acercaba. Griff había temido que la compañía se hubiese vuelto descuidada bajo el mandato de Harry Strickland, quien siempre había parecido más preocupado por hacer amigos que por imponer disciplina; parecía que sus temores eran erróneos.

En la puerta, Haldon le dijo algo al sargento de guardia, y un emisario fue corriendo a buscar a un capitán. Cuando apareció, era tan feo como la última vez que Griff le puso la vista encima. Gigantón de gran barriga que arrastraba los pies, el mercenario tenía la cara cosida con viejas cicatrices. Su oreja derecha parecía como si la hubiese masticado un perro y le faltaba la izquierda.

–¿Te han hecho *a ti* capitán, Flores? –dijo Griff-. Pensaba que la compañía tenía reglas.

–Peor que eso, maricón– dijo Franklyn Flores. –También me han hecho caballero.

Agarró a Griff por el antebrazo y le dio un abrazo que le hizo crujir los huesos.

–Tienes una pinta horrorosa, incluso para un hombre que lleva muerto doce años. Pelo azul, ¿no? Cuando Harry dijo que volvías casi me cago encima. Y Haldon, cabrón, me alegro de verte. ¿Todavía sigues con ese palo metido por el culo?.

Se volvió al joven Griff.

–Y este debe ser…

–Mi escudero. Chaval, este es Franklyn Flores.

El príncipe lo saludó con la cabeza.

–Flores es apellido de bastardo. Eres del Rejo.

–Sí. Mi madre era lavandera en el Cider Hall hasta que uno del hijo del señor la violó. Eso me convierte en una especie de bastardo de Fossoway, tal y como lo veo yo –Flores les dijo que pasaran por la puerta– .Venid conmigo. Strickland ha llamado a los oficiales a su tienda. Consejo de guerra. Los malditos de Volantis están agitando sus lanzas y demandan conocer nuestras intenciones.

Los hombres de la Compañía Dorada estaban fuera de sus tiendas, jugando a los dados, bebiendo y espantando a las moscas. Griff se preguntaba cuántos de ellos sabían quién era él. «Demasiado

pocos. Doce años es mucho tiempo». Incluso los hombres que habían cabalgado con él podía que no reconocieran al exiliado lord Jon Connington de barba roja al ver la cara lampiña y el pelo teñido de azul del mercenario Griff. En lo que respectaba a la mayoría, Connington había bebido hasta matarse en Lys tras caer en desgracia por robar del botín de guerra. La vergüenza de esa mentira todavía la llevaba dentro, pero Varys había insistido en que era necesaria.

–No queremos canciones sobre el valiente exilio– se había burlado en eunuco, con su voz melindrosa. –Aquellos que mueren heroicamente son largamente recordados. Los ladrones, borrachos y cuervos se olvidan pronto.

«¿Qué sabe un eunuco sobre el honor de un hombre?» Griff había seguido adelante con la treta de la Araña por el bien del niño, pero no quería decir que le gustase. «Déjame vivir lo suficiente para ver al niño en el Trono de Hierro, y Varys pagará por esa afrenta y por todas las demás. Veremos entonces a quién se olvida pronto»

La tienda del capitán-general estaba hecha de hilo de oro y rodeada de picas coronadas con calaveras doradas. Una de las calaveras era más grande que las demás, grotescamente malformada. Bajo ella había otra, no más grande que el puño de un niño. «Maelys el Monstruoso y su hermano sin nombre». Las otras calaveras eran parecidas, aunque muchas se habían roto y astillado por los golpes que las habían matado, y una tenía los dientes afilados.

–¿Cuál es la de Myles?– se encontró Griff preguntando.

–Aquella. Al final– señaló Flores –Espera. Iré a anunciarte.

Se deslizó dentro de la tienda, dejando a Griff contemplando el cráneo dorado de su viejo amigo. En vida, Ser Myles Toyne había sido feo como un pecado. Su famoso antepasado, el oscuro y apuesto Terrence Toyne de quien hablaban las canciones, había sido tan atractivo que hasta la amante del rey no había podido resistirse a él; pero Myles tenía las orejas demasiado despegadas, la mandíbula torcida y la nariz más grande que Jon Connington había visto jamás. Cuando sonreía, sin embargo, nada de eso importaba. Corazón Negro, le habían llamado sus hombres, por el sello que había en su escudo. A Myles le encantaba el nombre y todo lo que implicaba.

–Un capitán-general debería ser temido, tanto por amigos como por adversarios– le había confesado una vez. –Si los hombres creen que soy cruel, mejor que mejor.

La verdad era otra. Soldado hasta la médula, Toyne era fiero pero siempre justo, un padre para sus hombres y generoso con el exiliado lord Jon Connington.

La muerte le había robado sus orejas, su nariz y su calidez. La boca permanecía, transformada en una sonrisa de oro brillante. Todas las calaveras estaban sonriendo, incluso la de Bittersteel en lo alto de la pica central. «¿Qué motivos tiene para reírse? Murió derrotado y solo, un hombre roto en una tierra extraña». Se cuenta que, en su lecho de muerte, Ser Aegor Ríos había mandado a sus hombres que hirviesen su cráneo para sacarle la carne, la sumergieran en oro líquido y la llevasen delante de ellos cuando cruzasen el mar para reconquistar Poniente. Sus sucesores habían seguido su ejemplo.

Jon Connington podría haber sido uno de aquellos sucesores si su exilio hubiese ido de forma distinta. Había pasado cinco años con la Compañía, ascendiendo hasta ocupar el lugar de honor a la mano derecha de Toyne. Si se hubiese quedado, bien hubiese podido ser el hombre que le sucediese tras la muerte de Myles, en vez de Harry Strickland. Pero Griff no se arrepentía del camino que había tomado. «Cuando regrese a Poniente, no será como una calavera en lo alto de un palo».

–Entra– le dijo Flores, saliendo de la tienda.

Los altos oficiales de la Compañía Dorada se levantaron de sus taburetes y sillas de campamento cuando entraron. Los viejos amigos saludaron a Griff con sonrisas y abrazos; los nuevos, más formalmente. «No todos se alegran de verme tanto como quieren hacerme creer». Había notado cuchillos detrás de algunas sonrisas. Hasta hacía poco, la mayoría de ellos habían creído que Lord Jon Connington estaba seguro en su tumba, y no cabía duda de que había quien creía que ese era un buen lugar para él, un hombre que roba a sus compañeros de armas. Griff se hubiese sentido igual en su lugar.

Ser Franklin hizo las presentaciones. Algunos de los capitanes mercenarios tenían nombres de bastardos, igual que Flores: Ríos, Colina, Piedra. Otros ostentaban nombres que alguna vez fueron temibles en las historias de los Siete Reinos; Griff contó dos Strongs, tres Peajes, un Mudd, un Mandrake, un Lothston, un par de Coles. Sabía que no todos eran auténticos. En las tierras libres, un hombre podía llamarse como le diese la gana. Por todo nombre, los mercenarios exhibían un rudo esplendor. Como muchos de los de su oficio, mantenían sus riquezas terrenales sobre ellos mismos: espadas enjoyadas, armaduras con incrustaciones, pesados torques y ricas sedas se veían por doquier, y cada hombre llevaba a cuestas el rescate de un señor en brazaletes de oro. Cada brazalete significaba un año de servicio con la Compañía Dorada. Marq Mandrake, cuya cara picada de viruelas tenía un agujero en cada mejilla, allá donde se había quemado las marcas que lo identificaban como esclavo, llevaba también una cadena de calaveras doradas.

No todos los capitanes eran de sangre Ponienti. Balaq el Negro, un isleño del verano de pelo negro con la piel oscura como el hollín, dirigía a los arqueros de la Compañía. Llevaba una capa de plumas verdes y naranjas que parecía magnífica a quienes la observaban. El de Volantis que era como un cadáver, Gorys Edoryen, había sustituido a Strickland como maestro pagador. Llevaba colgada de un hombro una piel de leopardo, y el pelo rojo como la sangre caía por sus hombros en bucles aceitados, a pesar de que su barba era negra. El jefe de los espías le parecía nuevo a Griff, un Lyseno llamado Lysono Maar, de ojos violetas, el pelo de oro blanco y con unos labios que hubiesen sido la envidia de cualquier puta. A primera vista, Griff casi le hubiese tomado por una mujer. Llevaba las uñas pintadas de púrpura, y en los lóbulos de las orejas perlas y amatistas.

«Fantasmas y mentirosos», pensó Griff, mientras examinaba sus caras. «Renacidos tras guerras olvidadas, causas perdidas, rebeliones fallidas, una hermandad del fracaso y los caídos, de los caídos en desgracia y los desheredados. Este es mi ejército. Esta es nuestra mejor esperanza».

Se volvió hacia Harry Strickland.

Homeless Harry parecía pequeño como guerrero. Corpulento, con una gran cabeza redonda, amables ojos girses, y pelo ralo que se cepillaba hacia los lados para disimular las calvas, Strickland se sentaba en una silla de campamento con los pies metidos en un caldero de agua salada.

–Perdona que no me levante– dijo a modo de saludo. –Nuestra marcha fue agotadora, y mis pies son propensos a las ampollas. Es una maldición.

«Es un signo de debilidad. Hablas como una vieja». Los Striklands habían sido parte de la Compañía Dorada desde su fundación. El cabeza de familia de Harry perdió sus tierras cuando se rebeló con el Dragón Negro durante la primera rebelión de los Fuegoscuro.

–Oro para cuatro generaciones– fanfarroneaba Harry, como si cuatro generaciones de exilio y derrota fueran algo de lo que estar orgulloso.

–Puedo hacerte un ungüento para eso– dijo Haldon – y hay ciertas sales minerales que endurecerán tu piel.

–Es muy amable por tu parte, pero no– Strickland hizo señas a su escudero-. Watkyn, vino para nuestros amigos.

–Gracias, pero no– dijo Griff. –Beberemos agua.

–Como prefiráis– el capitán-general le sonrió al príncipe. –Y este debe ser tu hijo.

«¿Lo sabe?», se preguntaba Griff. «¿Cuánto le habrá dicho Myles?» Varys había sido inflexible acerca de la necesidad de secretismo. Los planes que él e Illyrio habían hecho con Blackheart sólo los conocían ellos. El resto de la compañía permanecía en la ignorancia. Lo que no sabían, no se les podía escapar en un descuido.

–Ningún hombre podría desear un hijo más digno– dijo Griff –pero el chico no es de mi sangre y su nombre no es Griff. Mis señores, os presento a Aegon Targaryen, primogénito de Rhaegar, príncipe de Rocadragón, hijo de la princesa Elia de Dorne… pronto, con vuestra ayuda, será Aegon, el Sexto de su Nombre, Rey de los Ándalos, de los Rhoynar, de los Primeros Hombres y Señor de los Siete Reinos.

Su anuncio fue recibido con silencio. Alguien se aclaró la garganta. Uno de los Coles rellenó su copa de vino de la garrafa. Gorys Edoryen jugaba con uno de sus tirabuzones encaracolados y murmuraba algo en una lengua que Griff no conocía. Laswell Peaje tosió, Mandrake y Lothston intercambiaron miradas. «Lo saben», se dio cuenta entonces Griff. «Lo han sabido todo este tiempo». Se volvió para mirar a Harry Strickland.

–¿Cuándo se lo dijiste?

El capitán-general movía nerviosamente sus pies llenos de ampollas dentro del cubo de agua salada.

–Cuando llegamos al río. La compañía estaba inquieta, y con razón. Nos fuimos de una campaña fácil en las Tierras Disputadas, ¿y para qué? ¿Para achicharrarnos con este endemoniado calor viendo cómo se derretían nuestras monedas y se nos oxidaban las espadas mientras rechazo buenos contratos?

–¿De quién?– Esa noticia aterrorizó a Griff.

–De los Yunkai. El enviado que mandaron para cortejar Volantis ya había enviado tres compañías libres a Bahía de los Esclavos. Quería que fuésemos la cuarta y ofreció el doble de lo que Myr nos estaba pagando, más un esclavo por cada hombre de la compañía, diez para cada oficial y cien doncellas selectas, todas para mí.

«Maldita sea».

–Eso requeriría miles de esclavos. ¿Dónde piensan los Yunkai encontrar tantos?

–En Meereen– Strickland hizo señas a su escudero para que se acercase-. Watkyn, una toalla. El agua se está enfriando y mis dedos se han encogido como uvas pasas. No, esa toalla no, la suave.

–Lo rechazaste –dijo Griff.

–Le dije que pensaría en su propuesta– Harry hizo gestos de dolor mientras su escudero le secaba los pies con la toalla. –Ten cuidado con los dedos. Piensa que son uvas de piel muy fina, chaval. Quieres secarlas sin aplastarlas. A toquecitos, no frotando. Sí, así –se volvió hacia Griff– Una negativa descortés hubiese sido poco inteligente. Los hombres podrían empezar a preguntarse, y con razón, si he perdido el juicio.

–Pronto tendréis trabajo para vuestras espadas.

–¿Ah, sí?– preguntó Lysono Maar. Supongo que sabes que la chica Targaryen no ha empezado por el oeste.

–Oímos ese cuento en Selhorys.

–No es ningún cuento. Es la pura verdad. El por qué es difícil de entender. Saquear Meereen, sí, ¿por qué no? Yo habría hecho lo mismo en su lugar. Las ciudades de los traficantes de esclavos apestan a oro, y las conquistas necesitan monedas. Pero, ¿por qué demorarse tanto? ¿Por miedo? ¿Locura? ¿Pereza?

–El por qué no importa– Harry Strickland desenrolló un par de calcetines a rayas de lana –Ella está en Meereen y nosotros estamos aquí, donde los Volantis están cada día más descontentos con nuestra presencia. Vinimos a alzar un rey y una reina que nos lleven de nuevo a Poniente, pero la chica Targaryen parece más dispuesta a plantar olivos que a reclamar el trono de su padre. Mientras tanto, sus enemigos se reúnen. Yunkai, Nuevo Ghis, Tolos. Bloodbeard y el Príncipe Andrajoso pronto le presentarán batalla… y pronto también caerán sobre ella las flotas del Viejo Volantis. ¿Y qué es lo que tiene ella? ¿Esclavos de cama con palos?

–Inmaculados– dijo Griff. –Y dragones.

–Dragones, sí –asintió el capitán-general. –Pero dragones jóvenes, recién salidos del cascarón– Strickland aflojó los calcetines sobre las ampollas y sobre el tobillo-. ¿De qué le servirán cuando todos esos ejércitos se cierren sobre su ciudad como un puño?

–Pues con más razón tenemos que llegar pronto hasta ella, digo yo. Si Daenerys no viene a nosotros, nosotros debemos ir a Daenerys– Tristán Ríos tamborileó con los dedos sobre las rodillas.

–¿Podemos caminar sobre las olas, ser? –preguntó Lysono Maar. Os lo digo de nuevo, no podemos llegar a la reina de plata por mar. Entré a escondidas en Volantis, haciéndome pasar por mercader, para saber cuántos barcos podría haber disponibles para nosotros. Hay gran cantidad de galeras, naves y galeones de todo tipo y tamaño en la bahía, pero incluso así pronto me encontré a mí mismo juntándome con contrabandistas y piratas. Tenemos diez mil hombres en la compañía, como estoy seguro de que Lord Connington recuerda de sus años de servicio con nosotros. Quinientos caballeros, cada uno con tres caballos. Quinientos escuderos, con su correspondiente montura. Y elefantes, no debemos olvidarnos de los elefantes. Un barco pirata no bastará. Necesitaríamos una *flota* pirata… e incluso aunque encontrásemos una, nos ha llegado la noticia desde Bahía de los Esclavos de que Meereen está cerrada en un asedio.
–Podríamos fingir que aceptamos la oferta de los Yunkai– instó Gorys Edoryen. –Dejar que los Yunkai nos lleven al este e ir a por el oro que hay tras los muros de Meereen.

–Un contrato roto ya es suficiente mancha en el honor de la compañía –Homeless Harry Strickland se calló, con el pie ampollado en la mano. –Dejadme recordaros que fue Myles Toyne quien puso su sello a este pacto secreto, no yo. Honraría este acuerdo si pudiese, pero ¿cómo? Me parece bastante

claro que la Targaryen nunca vendrá al oeste. Poniente era la tierra de su padre. Meereen es la suya. Si derrota a los Yunkai, será la Reina de Bahía de los Esclavos. Si no, morirá mucho antes de que consigamos llegar hasta ella.

Sus palabras no sorprendieron a Griff. Harry Strickland siempre había sido un hombre afable, mejor en conseguir contratos que en derrotar enemigos. Tenía olfato para el oro, pero si tenía estómago para el combate era otra cuestión.

–Hay una ruta por tierra –sugirió Franklyn Flores.

–El camino del demonio es la muerte. Perderemos por desertores a la mitad de la compañía si lo intentamos, y enterraremos a la mitad de los que queden. Me duele decirlo, pero puede que el Magíster Illyrio y sus amigos no hayan sido inteligentes poniendo tantas esperanzas en esta niña reina.

«No», pensó Griff*,* «no fueron inteligentes a la hora de poner sus esperanzas en vosotros».

Entonces habló el príncipe Aegon.

–Poned entonces vuestras esperanzas en mí –dijo-. Daenerys es la hermana del príncipe Rhaegar, pero yo soy el hijo de Rhaegar. Soy el único dragón que necesitáis.

–Son palabras audaces– Griff puso una mano enguantada de negro sobre el hombro del príncipe Aegon– pero piensa lo que estás diciendo.

–Lo he hecho –insistió el chico. –¿Por qué debería ir corriendo junto a mi tía como si fuese un mendigo? Mi pretensión es mejor que la suya. Dejad que sea ella la que venga a mí… en Poniente.

–Me gusta. Navegar hacia el oeste, no hacia el este. Dejar a la pequeña reina con sus olivos y sentar al príncipe Aegon en el Trono de Hierro. El príncipe tiene pelotas, reconozcámoslo –rió Franklyn Flores.

Parecía que le hubiesen dado una bofetada al capitán-general.

–¿El sol te ha espesado el cerebro, Flores? Necesitamos a la chica. Necesitamos el matrimonio. Si Daenerys acepta a nuestro príncipe y le toma como consorte, los Siete Reinos harán lo mismo. Sin ella, los señores sólo se reirán de sus pretensiones y le tildarán de fraude y de embaucador. ¿Y cómo propones llegar a Poniente? Ya has oído a Lysono. No hay barcos disponibles.

«Este hombre tiene miedo de luchar», se dio cuenta Griff. «¿Cómo podían haberle elegido a él para ocupar el lugar de Blackheart?»

–No hay barcos para ir a Bahía de los Esclavos. Para ir a Poniente es otra cosa. El este nos está cerrado, no el mar. Los triarcas estarán encantados de que nos larguemos, no me cabe duda. Incluso puede que nos ayuden a conseguir un pasaje de vuelta a los Siete Reinos. Ninguna ciudad quiere tener un ejército en sus puertas.

–No se equivoca– dijo Lysono Maar.

–A estas alturas, seguro que el león ya olfatea al dragón –dijo uno de los Coles, –pero la atención de Cersei estará centrada en Meereen y esa otra reina. No conoce la existencia de nuestro príncipe. Una vez que desembarquemos y alcemos nuestros estandartes, muchos más acudirán para unírsenos.

–Algunos– concedió Homeless Harry. –No *muchos*. La hermana de Rhaegar tiene *dragones*. El hijo de Rhaegar, no. No tenemos la fuerza suficiente para arrebatar el reino sin Daenerys y su ejército. Sin sus Inmaculados.

–El primer Aegon conquistó Poniente sin eunucos– dijo Lysono Maar. –¿Por qué no podría hacer lo mismo el sexto Aegon?

–El plan…

–¿Qué plan? –dijo Tristan Ríos-. ¿El plan del gordo? ¿El mismo que cambia cada vez que cambia la luna? El primer Viserys Targaryen se suponía que se nos uniría con cincuenta mil dothrakis aullantes tras él. Entonces el Rey Mendigo murió, y tenía que ser su hermana, una dócil niña reina que se dirigía a Pentos con sus tres dragones recién nacidos. En cambio, la chica aparece de pronto en Bahía de los Esclavos y deja a su paso un rastro de ciudades humeantes, y el gordo decide que deberíamos reunirnos con ella en Volantis. Ahora también se ha arruinado ese plan.

–Ya estoy harto de los planes de Illyrio. Robert Baratheon ganó el Trono de Hierro sin tener dragones. Podemos hacer lo mismo. Y si me equivoco y el reino no nos apoya, siempre podemos emprender la retirada a través del Mar Angosto, como ya hizo una vez Bittersteel, y otros después de él.

–El riesgo… – Strickland, obstinado, sacudía la cabeza.

–… ya no es lo que era, ahora que Tywin Lannister está muerto. Los Siete Reinos nunca han estado tan maduros para ser conquistados. Otro niño rey, aún más joven que el último, se sienta en el Trono de Hierro, y los rebeldes salen como setas tras la lluvia.

–Aún así –dijo Strickland, –solos, no podemos esperar…

–No estaremos solos– Griff ya había oído suficiente de la cobardía del capitán-general-. Dorne se nos unirá, *debe* unírsenos. El príncipe Aegon es tan hijo de Elia como de Rhaegar.

–Cierto –dijo el chico. –¿Y quién queda en Poniente para oponérsenos? Una mujer.
–Una mujer *Lannister* –insistió el capitán-general. –La muy zorra tendrá al Matarreyes a su lado, contad con eso, y tendrán también toda la riqueza de Roca Casterly apoyándoles. E Illyrio dice que el pequeño rey está prometido a la chica de los Tyrell, lo que significa que también tendremos que hacer frente al poder de Altojardín.

Laswell Peake golpeó la mesa con los nudillos para llamarles la atención.

–Incluso después de un siglo, algunos de nosotros todavía tenemos amigos en el Rejo. El poder de Altojardín puede que no sea el que Mace Tyrell se imagina.

–Príncipe Aegon– dijo Tristan Ríos –somos tus hombres. ¿Es ese tu deseo, que naveguemos al oeste en vez de al este?

–Lo es– contestó Aegon con entusiasmo. –Si mi tía quiere Meereen, que se lo quede. Yo reclamaré el Trono de Hierro, con vuestras espadas y vuestra lealtad. Movámonos rápido y golpeemos fuerte, y podremos ganar algunas victorias fácilmente antes incluso de que los Lannister se enteren de que hemos tomado tierra. Eso atraerá a más gente a nuestra causa.

Ríos sonreía con aprobación. Otros intercambiaban miradas pensativas. Entonces habló Peake.

–Prefiero morir pronto en Poniente que vivir en estos caminos del demonio.

–Pues yo voy a vivir, a ganar tierras y algún gran castillo –respondió Mark Mandrake, riendo entre dientes.

–Mientras pueda matar algunos Fossoway, me apunto –dijo Franklyn Flores, palmeando la empuñadura de su espada.

Cuando todos empezaron a hablar al mismo tiempo, Griff sabía que la marea había cambiado. «Esta es una cara de Aegon que no había visto antes». No era lo más prudente, pero ya estaba harto de ser prudente, de secretos enfermizos, cansado de esperar. Ganase o perdiese, vería de nuevo Griffin's Roost antes de morir, y lo enterrarían en una tumba al lado de la de su padre.

Uno a uno, los hombres de la Compañía Dorada se levantaron, se arrodillaron y postraron sus espadas a los pies del joven príncipe. El último en hacerlo fue Homeless Harry Strickland, con ampollas en los pies y todo.

El sol ya se estaba volviendo rojo por el cielo del oeste y pintaba sombras escarlata en las calaveras doradas que había en las cimas de las lanzas cuando dejaron la tienda del capitán-general. Franklyn Flores se ofreció a llevar al príncipe por el campamento y presentarle a algunos de los que llamaba *mis chicos*. Griff dio su consentimiento.

–Pero recuerda, en lo que a la compañía respecta, debes seguir siendo el joven Griff hasta que crucemos el Mar Angosto. En Poniente lavaremos ese pelo y te pondremos la armadura.

–Sí, entendido– Flores palmeó la espalda del joven Griff. –Conmigo. Empezaremos por los cocineros. Buenos hombres para conocer.

Cuando se hubieron ido, Griff se volvió hacia el Mediomaestre.

–Cabalga de vuelta al *Doncella Tímida* y vuelve con lady Lemore y Ser Rolly. También necesitaremos los cofres de Illyrio. Todas las monedas y las armaduras. Dale las gracias a Yandry y a Ysilla. Ya han cumplido su parte. No se les olvidará cuando Su Gracia vuelva a su reino.

–Como ordenes, mi señor.

Griff le dejó allí y se deslizó dentro de la tienda que Homeless Harry le había asignado.

La carretera estaba llena de peligros, lo sabía, pero ¿y qué? Todos los hombres deben morir. Lo único que pedía era tiempo. Había esperado tanto que seguro que los dioses le darían algunos años más, lo suficiente para ver al chico que había llamado hijo sentado en el Trono de Hierro. Para reclamar sus tierras, su nombre, su honor. Para silenciar las campanas que sonaban tan alto en sus sueños cada vez que cerraba los ojos para dormir.

Solo en la tienda, mientras los rayos dorados y escarlata de la puesta de sol brillaban a través de la tela abierta, Jon Connington se deshizo de su capa de piel de lobo, se quitó la cota de malla, se sentó sobre una banqueta de campamento y se sacó el guante de la mano derecha. La uña del dedo corazón se había vuelto negra como el azabache, observó, y el gris le empezaba a llegar ya hasta el primer nudillo. La punta de su dedo anular había empezado a oscurecerse también, y cuando la tocó con la punta de su daga no sintió nada.

«Muerte», lo sabía, «pero lenta. Todavía tengo tiempo. Un año. Dos años. Cinco. Algunos hombres de piedra viven durante diez. Suficiente tiempo como para cruzar el mar, para ver Griffin's Roost de nuevo. Para terminar con los sucesores del Usurpador para siempre, y poner al hijo de Rhaegar en el Trono de Hierro»

Entonces Jon Connington podría morir satisfecho.

25. LA WINDBLOWN

La noticia se extendió por el campamento como un viento cálido. «Ya viene. Su hueste está en marcha. Se apresura hacia el sur hacia Yunkai, para incendiar la ciudad y pasar a sus habitantes por la espada, y nosotros vamos a ir al norte para encontrarnos con ella».

Frog se enteró por Dick Straw, que a su vez se enteró por el Viejo Bill Bone, y este por un Pentoshi llamado Myrio Myrakis, que tenía un primo que servía como copero del Príncipe Andrajoso.

–Coz lo escuchó en la tienda del comandante, de los propios labios de Coggo– insistió Dick Straw. –Nos pondremos en marcha antes de que acabe el día.

Resultó ser cierto. La orden impartida por el Príncipe Andrajoso llegó a través de sus capitanes y sargentos: desmontad las tiendas, cargad las mulas, ensillad los caballos, partimos para Yunkai al amanecer. –No es que esos bastardos de Yunkai nos quieran dentro de su Ciudad Amarilla, para que olfateemos a sus hijas– predijo Baqq, el ballestero bizco de Myr cuyo nombre significaba Habichuela. –Nos aprovisionaremos en Yunkai, quizás caballos de refresco, y entonces nos dirigiremos a Meereen para bailar con la reina dragón. Así que pega un salto, Frog, y saca un buen filo a la espada de tu señor. Puede que la necesite pronto.

En Dorne Quentyn Martell había sido príncipe, en Volantis un mercader, pero en las costas de la Bahía de los Esclavos era solamente Frog, escudero del gran caballero Dorniense calvo que los mercenarios llamaban Tripasverdes. Los hombres de la Windblown usaban los nombres que se les antojaba, y los cambiaban según su capricho. A él le pusieron Frog porque saltaba muy rápido cuando el gran hombre gritaba una orden.

Incluso el comandante de la Windblown se guardaba su verdadero nombre para él. Algunas de las compañías libres nacieron durante el siglo de sangre y caos que siguió a la Perdición de Valyria. Otras se habían formado ayer y desaparecerían al día siguiente. La Windblown se remontaba a treinta años atrás, y sólo había conocido un comandante, el Pentoshi de voz suave y ojos tristes llamado el Príncipe Andrajoso. Su pelo y su cota de malla eran gris plateado, pero su andrajosa capa estaba hecha de retales entretejidos de capas de muchos colores, azul y gris y púrpura, rojo y dorado y verde, magenta y bermellón y cerúleo, todos descoloridos por el sol. Cuando el Príncipe Andrajoso tenía veintitrés años, según contaba Dick Straw, los magister de Pentos lo eligieron como su nuevo príncipe, después de decapitar al anterior. En vez de eso se ciñó una espada, montó en su caballo favorito, y huyó a las Tierras en Litigio, para no regresar jamás. Cabalgó con los Segundos Hijos, los Escudos de Hierro, y los Hombres de Damas, entonces se unió a cinco hermanos de armas para formar la Windblown. De aquellos seis fundadores, sólo él sobrevivió.

Frog no tenía ni idea de si todo aquello era verdad. Desde que se alistó en la Windblown en Volantis, sólo había visto al Príncipe Andrajoso desde la distancia. Los Dornienses eran novatos, reclutas sin curtir, dianas para las fechas, tres en medio de dos mil.
–No soy un escudero– había protestado Quentyn cuando Gerris Drinkwater – conocido aquí como Gerrold el Dorniense, para distinguirlo de Gerrold Redback y Gerrold el Negro, y a veces como Drink, desde que el gran hombre tuvo un desliz y le llamó así – sugirió tal despropósito. –Me gané mis espuelas en Dorne. Soy tan caballero como tú.– Pero Gerris tenía razón; él y Arch estaban aquí para proteger a Quentyn, y aquello significaba mantenerle al lado del gran hombre. –Arch es el mejor guerrero de entre nosotros tres– observó Drinkwater, –Pero sólo tú puedes esperar casarte con la reina dragón.

«Casarme con ella o luchar contra ella, en cualquier caso, me encontraré con ella pronto». Cuanto mas oía Quentyn sobre Daenerys Targayen, más temía aquel encuentro. Los habitantes de Yunkai

afirmaban que alimentaba a sus dragones con carne humana y que se bañaba en sangre de vírgenes para mantener su piel suave y tersa. Beans se reía de aquello pero disfrutaba de las historias sobre la promiscuidad de la reina de plata. –Uno de sus capitanes proviene de una estirpe donde los hombres tienen miembros de treinta centímetros– les dijo –pero ni siquiera él la tiene lo bastante grande. Ella cabalgó con los Dothraki y se acostumbró a que la follaran los caballos sementales, así que ahora ningún hombre puede llenarla.

Y Books, el agudo mercenario de Volantis que siempre parecía tener su nariz metida en algún vetusto pergamino, pensaba que la reina dragón era sanguinaria y estaba loca. –Su Khal mató a su hermano para hacerla reina. Entonces ella mató a su Khal para convertirse en *khaleesi.* Practica sacrificios de sangre, miente con tanta facilidad como respira, y se vuelve contra los suyos por capricho. Ha roto treguas, torturado a emisarios…su padre también estaba loco. Lo lleva en la sangre.

«Lo lleva en la sangre». El rey Aeris II se volvió loco, todo Poniente sabía eso. Exilió a dos de sus Manos y quemó a un tercero. «Si Daenerys es tan sanguinaria como su padre, ¿aún así debo casarme con ella?» El Príncipe Doran nunca había hablado de esa posibilidad.

Frog se alegraría de dejar atrás Astapor. La ciudad Roja era lo más parecido al infierno que jamás podría encontrar. Los Yunkai'i habían sellado las puertas rotas para mantener a los muertos y los moribundos dentro de la ciudad, pero lo que llegó a contemplar mientras cabalgaba por aquellas calles de ladrillos rojos perseguirían a Quentyn Martell para siempre. Un río saturado de cadáveres. La sacerdotisa con su túnica ceremonial desgarrada, empalada en una estaca y rodeada por una nube de relucientes moscas verdes. Hombres moribundos tambaleándose por las calles, ensangrentados y sucios. Chicos peleándose por unos cachorros a medio cocinar. El último rey libre de Astapor, gritando desnudo en el foso mientras era atacado por una jauría de perros hambrientos. Y fuegos, fuegos por todas partes. Podía verlos incluso con los ojos cerrados: llamas arremolinándose en pirámides de ladrillo más grandes que cualquier castillo que hubiera visto jamás, penachos de humo grasiento enroscándose hacia el cielo como grandes serpientes negras.

Cuando el viento soplaba desde el sur, el aire olía a humo incluso aquí, a una legua de la ciudad. Detrás de sus derruidas murallas de ladrillo rojo, Astapor aún ardía lentamente, aunque a estas alturas la mayoría de los grandes incendios se habían extinguido. Cenizas flotando perezosas en la brisa como copos de nieve grises. Sería bueno marcharse.

El gran hombre estaba de acuerdo. –Va siendo hora– dijo, cuando Frog le encontró jugando a los dados con Bean y Books y el Viejo Bill Bone, y perdiendo otra vez. Los mercenarios adoraban a Greenguts, que apostaba tan intrépidamente como luchaba, pero con mucho menos éxito. –Quiero mi armadura, Frog. ¿Quitaste la sangre de mi cota de malla?

–Sí, señor– La cota de malla de Tripasverdes era vieja y pesada, parcheada una y otra vez, muy usada. Lo mismo valía para su casco, su gorjal, canilleras y guanteletes, y el resto de su desemparejada armadura. El equipo de Frog era sólo ligeramente mejor, y el de Ser Gerris era notablemente peor. *Acero de Compañía,* lo había llamado el armero. Quentyn no preguntó cuantos hombres lo habían usado antes que él, cuantos hombres habían muerto llevándolo puesto. Habían abandonado sus refinadas armaduras propias en Volantis, junto con su oro y sus nombres reales. Los caballeros adinerados de honorables Casas no cruzaban el mar angosto para vender sus servicios, a no ser que fueran exiliados por alguna infamia. –Antes me haría pasar por pobre que por malvado– había declarado Quentyn, cuando Gerris les explicó su estratagema.

Le llevó a la Windblown menos de una hora desmontar el campamento. –Y ahora cabalgaremos– proclamó el Príncipe Andrajoso desde su enorme caballo de guerra, en un Alto Valyrio clásico que

era lo mas parecido que tenían a una lengua de compañía.

Los moteados cuartos traseros de su semental estaban cubiertos con harapientas tiras de tela arrancadas de las túnicas de los hombres que su dueño había matado. La capa del Príncipe estaba hecha de lo mismo. Era un hombre mayor, más de sesenta, pero aún así todavía se sentaba recto y erguido en la alta montura, y su voz era lo suficientemente poderosa como para ser oída en todos los rincones del campamento.

–Astapor sólo fue un aperitivo– dijo, –Meereen será el banquete– y los mercenarios vitorearon salvajemente. Serpentinas de seda azul pálido ondeaban en sus lanzas, mientras volaban sobre sus cabezas los estandartes azules y blancos con punta de horca, los símbolos de la Windblown.

Los tres Dornienses vitorearon con todos los demás. Pero conforme la Windblown cabalgó hacia el norte recorriendo el camino de la costa, siguiendo de cerca a la Bloodbeard y a la Compañía del Gato, Frog se dejó caer junto a Gerrold el Dorniense.

–Pronto– dijo, en la lengua común de Poniente. Había otros procedentes de Poniente en la compañía, pero no muchos, y no estaban cerca. –Necesitamos hacerlo pronto.

–Aquí no– le advirtió Gerris, con una sonrisa vacía de mimo.

–Hablaremos de esto esta noche, cuando acampemos.

Había cientos de leguas desde Astapor hasta Yunkai siguiendo el viejo camino Ghiscari de la costa, y otras cincuenta desde Yunkai hasta Meereen. Las compañías libres, con buenas monturas, podían llegar a Yunkai en seis días si cabalgaban rápido, u ocho con un ritmo más pausado. A las legiones de la vieja Ghis les llevaría una vez y media ese tiempo, marchando a pie, y a los Yunkai'i y sus soldados esclavos…

–Con sus generales, me sorprende que no marchen directos al mar– dijo Beans.

A los Yunkai'i no les faltaban comandantes. Un viejo héroe llamado Yurkhaz zo Yunzak tenía el mando supremo, aunque los hombres de la Windblown sólo lo veían de lejos, yendo y viniendo en un palanquín tan enorme que necesitaba de cuarenta esclavos para transportarlo.

Sin embargo no podían evitar ver a sus subordinados. Los señores menores de Yunkai correteaban por todas partes, como cucarachas. La mitad de ellos parecía que se llamaban Ghazdan, Grazdan, Mazdhan, o Ghaznak; distinguir un nombre Ghiscari de otro era un arte que pocos en la Windblown dominaban, así que les ponían nombres burlones de su propia invención.

El primero entre ellos era la Ballena Amarilla, un hombre obscenamente gordo que siempre llevaba *tokars* de seda amarilla con flecos dorados. Demasiado pesado incluso para mantenerse en pie sin ayuda, padecía incontinencia, así que siempre olía a meados, un hedor tan penetrante que ni siquiera los empalagosos perfumes podían disimular. Pero se decía que era el hombre más rico de Yunkai, y que tenía pasión por las cosas grotescas; entre sus esclavos había un chico con las piernas y las pezuñas de una cabra, una mujer barbuda, un monstruo de dos cabezas de Mantarys, y un hermafrodita que le calentaba la cama por las noches. –Tanto polla como coño– les dijo Dick Straw. –La Ballena solía tener también un gigante, le gustaba mirar como follaba a sus esclavas. Pero murió. Se dice que la Ballena pagaría una bolsa de oro por uno nuevo.

Luego estaba la Chica General, que montaba en un caballo blanco con crines rojas y que comandaba un centenar de fornidos soldados esclavo que había criado y entrenado ella misma,

todos ellos jóvenes, esbeltos, musculosos y desnudos excepto por unos taparrabos, capas amarillas, y largos escudos de bronce con grabados eróticos.
Su ama no podía tener más de dieciséis años y se imaginaba a sí misma como la Daenerys Targayen de Yunkai.

El Pequeño Pichón no era un enano, pero podría pasar por uno con mala luz. Aún así se pavoneaba como si fuera un gigante, con sus regordetas piernecitas muy abiertas y su pequeño pecho regordete protuberante. Sus soldados eran los más altos que nadie en la Windblown hubiera visto jamás; el más bajo media dos metros, y el mas alto casi dos metros con cuarenta. Todos tenían la cara alargada y largas piernas, y los zancos que incorporaban en las piernas de sus armaduras ornadas los hacían aún más altos. Sus torsos estaban cubiertos de escamas esmaltadas en rosa; en sus cabezas llevaban cascos alargados con agudos picos de acero y crestas de plumas rosas. Cada hombre se ceñía una larga espada curva en su cadera, y asía una lanza tan alta como él, con cuchillas en forma de hoja en cada extremo.

–El Pequeño Pichón los cría– les informó Dick Straw. –Compra esclavos altos de todos los rincones del mundo, hace que se apareen hombres con mujeres, y reserva a sus hijos más altos para las Garzas. Un día espera poder deshacerse de los zancos.

–Unas cuantas sesiones en el potro de tortura podría acelerar el proceso– sugirió el gran hombre.

Gerris Drinkwater se rió. –Un lote espantoso. Nada me asusta más que unos caminantes zancudos con escamas rosas y plumas. Si uno me persiguiera, me reiría tanto que me mearía encima.

–Algunos dicen que las garzas son majestuosas– dijo el Viejo Bill Bone.
–Si tu rey come ranas mientras se mantiene en pie sobre una pata.

–Los garzas son cobardes– añadió el gran hombre. –En cierta ocasión estábamos cazando Drink, Cletus y yo, y nos encontramos con unas garzas caminando por aguas poco profundas, atiborrándose de renacuajos y pececillos. Eran bonitas, sí, pero entonces pasó un halcón volando por encima de sus cabezas y todas emprendieron el vuelo como si hubieran visto un dragón. Levantando tanto aire que me tiró del caballo, Cletus puso una flecha en la cuerda de su arco y derribó una. Sabía a pato, pero no tan grasienta.

Incluso el Pequeño Pichón y sus Garzas palidecían ante la demencia de los hermanos a los que los mercenarios llamaban los Señores Tintineantes. La última vez que los soldados esclavos de Yunkai'i se enfrentaron a los Inmaculados de la reina dragón, se acobardaron y huyeron. Los Señores Tintineantes idearon una estratagema para prevenir eso; encadenaban a sus tropas en grupos de diez, muñeca con muñeca y tobillo con tobillo. "Ninguno de los pobres bastardos podía correr a no ser que corrieran todos," explicó Dick Straw, riéndose. –Y si corrían todos, no podrían hacerlo muy rápido.

–Tampoco es que marchen muy jodidamente rápido– observó Beans. –Puedes oír sonar sus cadenas a diez leguas de distancia.

Había más, casi tan locos o peor: El Señor Tiemblacarrillos, el Conquistador Borracho, el Señor de las Bestias, Cara de Pudín, el Conejo, el Auriga, el Héroe Perfumado. Algunos tenían veinte soldados, otros doscientos o dos mil, todos los esclavos que habían entrenado y equipado ellos mismos. Todos eran ricos, todos eran arrogantes, y todos eran capitanes o comandantes, que sólo respondían ante Yurkhaz zo Yunzak, despreciaban a los simples mercenarios, y eran propensos a las disputas sobre quien era mas importante, que eran tan interminables como incomprensibles.

En el tiempo que le costó a la Windblown cabalgar una legua, los Yunkai'i se habían descolgado tres cuartos de legua. –Que panda de apestosos memos amarillos– se quejó Beans. –Todavía no han sido capaces de figurarse por qué los Cuervos de la Tormenta y los Segundos Hijos se pasaron al lado de la reina dragón.

–Creen que por oro– dijo Books. –¿Por qué crees que nos están pagando tan bien?

–El oro es dulce, pero la vida lo es más– dijo Beans. –En Astapor nos las vimos con lisiados. ¿Quieres enfrentarte a Inmaculados de verdad con ese lote en tu bando?

–Luchamos contra Inmaculados en Astapor– dijo el gran hombre.

–Yo me refería a Inmaculados *de verdad.* Cortarle las pelotas a un chico con un cuchillo de carnicero y darle un casco puntiagudo no lo convierten en un Inmortal. La reina dragón tiene los de verdad, los que no se espantan y salen huyendo cuando te tiras un pedo en su dirección.

–A ellos, y también a los dragones.– Dick Straw echó una mirada al cielo como si el simple hecho de mencionar a los dragones fuera suficiente para atraerlos sobre la compañía.

–Mantened vuestras espadas afiladas, chicos, pronto tendremos un combate de verdad.

«Un combate de verdad», pensó Frog. Las palabras se le atragantaron en el buche. La lucha bajo las murallas de Astapor le había parecido bastante real, aunque sabía que los mercenarios percibieron otra cosa. –Eso fue un carnicería, no una batalla– se le había oído decir más adelante al bardo guerrero Denzo D'han. Denzo era un capitán, un veterano de cientos de batallas. La experiencia de Frog se limitaba al campo de prácticas y a los torneos, así que pensó que no le correspondía a él poner en tela de juicio el veredicto de un guerrero tan experimentado.

«Aunque parecía una batalla cuando empezó». Recordó como se le encogió el estómago cuando el gran hombre le despertó al amanecer con una patada.

–Ponte la armadura, dormilón– bramó. –El carnicero va a salir a presentarnos batalla. Arriba, a no ser que quieras ser su fiambre.

–El Rey Carnicero está muerto– había protestado un Frog soñoliento. Esa era la historia que habían oído todos mientras bajaban de los barcos que les habían traído desde la vieja Volantis. Un segundo Rey Cleon había tomado la corona y había muerto a su vez, supuestamente, y ahora los Astapori estaban gobernados por una puta y un barbero loco cuyos seguidores luchaban los unos contra los otros para controlar la ciudad.

–Quizás mintieron– había replicado el gran hombre. –O sino este es otro carnicero. Puede ser que el primero regresara gritando de su tumba para matar a algunos Yunkish. No importa una mierda, –Frog. *Ponte la armadura*.– En la tienda dormían diez, y todos ya se habían levantado para entonces, embutiéndose sus calzones y sus botas, deslizando largas cotas de malla sobre sus hombros, abrochándose los petos, apretando las correas de las canilleras y los avambrazos, cogiendo los cascos y los escudos y los cintos de las espadas. Gerris, tan rápido como siempre, fue el primero en ataviarse completamente, seguido de cerca por Arch. Juntos ayudaron a Quentyn a ponerse su equipo.

A menos de una legua de distancia, los nuevos Inmortales de Astapor habían estado desfilando a través de sus puertas y formando filas bajo las ruinosas murallas de ladrillo rojo de su ciudad, mientas la luz del amanecer se reflejaba en sus puntiagudos cascos de bronce y en las puntas de sus

largas lanzas.

Los tres Dornienses salieron de la tienda juntos para unirse a los guerreros que corrían hacia las hileras de caballos. *Batalla.* Quentyn se había entrenado con la lanza y la espada y el escudo desde que pudo caminar, pero eso ahora no significaba nada. «Guerrero, dame coraje», había rezado Frog, mientras los tambores sonaban en la distancia, BOOM boom BOOM boom BOOM boom. El gran hombre le señaló al Rey Carnicero, sentado recto y erguido sobre un caballo acorazado y vistiendo un conjunto de escamas cobrizas que emitían brillantes destellos bajo el sol de la mañana. Recordó como se acercó Gerris justo antes de la batalla. –Mantente cerca de Arch, pase lo que pase. Recuerda, tú eres el único de nosotros que puede conseguir a la chica– Para entonces los Astapori ya estaban avanzando.

Vivo o muerto, el Rey Carnicero tomó a los Amos Sabios por sorpresa. Los Yunkish todavía estaban a la carrera vistiendo sus ondulantes *tokars* y tratando de mantener a sus medio entrenados esclavos en algo semejante al orden cuando las lanzas de los Inmortales llegaron de sopetón a sus líneas. Si no hubiera sido por sus aliados y sus despreciados mercenarios muy bien podrían haber sido aplastados, pero la Windblown y la Compañía del Gato se pusieron a caballo en minutos y cayeron estruendosamente sobre los flancos de los Astapori mientras una legión de la Nueva Ghis se abría camino hasta el campamento Yunkish desde el otro lado y se enfrentaba a los Inmortales lanza con lanza y escudo con escudo.

El resto fue una carnicería, pero esta vez fue el Rey Carnicero el que se encontró en el lado equivocado del cuchillo. Caggo fue el que finalmente le mató, abriéndose paso a través de los protectores del rey a lomos de su monstruoso caballo de guerra y abriendo a Cleon el Grande desde el hombro hasta la cadera con un golpe de su arakh curvo de acero Valyrio. Frog no lo vio, pero aquellos que sí lo vieron aseguraron que la armadura cobriza de Cleon se rasgó como la seda, y de dentro salió un hedor horrible y un centenar de gusanos retorciéndose. Cleon estaba muerto después de todo. Los desesperados Astapori lo habían sacado de su tumba, le pusieron una armadura, y lo ataron a un caballo con la esperanza de infundir valor a sus inmortales.

La caída del cadáver de Cleon puso fin a eso. Los nuevos Inmortales tiraron sus lanzas y sus escudos y huyeron, sólo para encontrarse las puertas de Astapor cerradas tras ellos. Frog hizo su parte en la carnicería que siguió después, atropellando con su caballo a los aterrorizados eunucos con la otra Windblown. Cabalgó al lado del gran hombre, lanzando tajos a diestra y siniestra mientras la formación en cuña atravesaba a los Inmortales como la punta de una lanza. Cuando se abrieron camino hasta el otro lado, el Príncipe Andrajoso dio media vuelta y volvió a cargar. Fue sólo en ese camino de vuelta cuando Frog se fijó en las caras que había bajo los puntiagudos cascos de bronce y se dio cuenta de que la mayoría no eran mayores que él. «Chicos novatos llamando a gritos a sus madres», pensó, pero los mató igual. Para cuando dejó el campo de batalla, su espada chorreaba sangre y tenía el brazo tan cansado que apenas podía levantarlo.

«Aún así no fue una batalla de verdad», pensó. «La lucha de verdad será dentro de poco, y debemos estar lejos antes de que tenga lugar, o nos encontraremos luchando en el bando equivocado».

Aquella noche la Windblown acampó junto a la costa de la Bahía de los Esclavos. Frog extrajo la primera guardia y le enviaron a vigilar a los caballos. Gerris se encontró con él allí después de la puesta de sol, mientras una media luna brillaba sobre las aguas.

–El gran hombre debería estar aquí también– dijo Quentyn. –Ha ido a buscar al Viejo Bill Bone y perder lo que le queda de plata– dijo Gerris. –Déjale fuera de esto. Hará lo que digamos, aunque no le gustará mucho.

– No– Había muchas cosas sobre el asunto que a Quentyn no le gustaban. Navegar en un barco atestado de gente y sacudido por el viento y el mar, comer pan duro infestado de gorgojos y beber ron negro como la brea hasta perder el conocimiento, dormir en montones de paja mohosa con el hedor de desconocidos en sus fosas nasales…
todo eso lo había esperado cuando dejó su impronta en aquel trozo de pergamino en Volantis, ofreciendo al Príncipe Andrajoso su espada y sus servicios durante un año. Aquello eran adversidades que había que soportar, lo típico en todas las aventuras.
Pero lo que venía ahora era simplemente traición. Los Yunkai'i los habían traído desde la Vieja Volantis para luchar por la Ciudad Amarilla, pero ahora los Dornienses querían cambiarse la capa y unirse al otro bando. Eso significaba también abandonar a sus nuevos hermanos de armas. Los de la Windblown no eran la clase de compañeros que Quentyn habría elegido, pero había cruzado el mar con ellos, compartido su carne y su hidromiel, luchado a su lado, intercambiado historias con aquellos pocos cuya lengua entendía. Y si todas sus historias eran falsas, ese era el precio del pasaje a Meereen.

«No es lo que llamaríais honorable», les había advertido Gerris de vuelta en la Casa del Mercader.

–A estas alturas Daenerys podría estar ya a medio camino de Yunkai, con un ejercito a sus espaldas– dijo Quentyn mientras caminaban entre los caballos.

–Podría– dijo Gerris, –pero no lo está. Ya hemos oído eso antes. Los Astapori estaban convencidos de que Daenerys se dirigía hacia el sur con sus dragones para romper el asedio. No vino entonces, y no va a venir ahora.

–No podemos saber eso, no con seguridad. Tenemos que marcharnos sigilosamente antes de que acabemos luchando contra la mujer a la que me enviaron para cortejar.

–Espera hasta Yunkai– Gerris hizo un gesto hacia las colinas. –Estas tierras pertenecen a los Yunkai'i. Nadie va a querer alimentar o dar cobijo a tres desertores. Al norte de Yunkai, eso es tierra de nadie.

No estaba equivocado. Con todo, Quentyn se sentía intranquilo. –El gran hombre ha hecho demasiados amigos. Sabe que el plan siempre fue largarse a hurtadillas y llegar hasta Daenerys, pero no se va a sentir bien abandonando a los hombres junto a los que ha luchado. Si esperamos demasiado tiempo, va a ser como si les abandonásemos en el albor de la batalla. Él nunca hará eso. Le conoces tan bien como yo.

–Es deserción no importa cuando lo hagamos– replicó Gerris, –y el Príncipe Andrajoso no ve con buenos ojos a los desertores. Enviará cazadores tras nosotros, y que los Siete nos amparen si nos cogen. Si tenemos suerte, sólo nos cortarán un pie para asegurarse de que nunca volvemos a escapar. Si no, nos entregarán a Meris la Bella.

Eso último dio que pensar a Quentyn. La Bella Meris le daba miedo. Una mujer de Poniente, pero más alta que él, casi uno ochenta. Después de veinte años entre las compañías libres, no había nada bello en ella, ni dentro ni fuera.

Gerris le cogió del brazo. –Espera. Unos pocos días más, eso es todo. Hemos cruzado medio mundo, sé paciente durante unas pocas leguas más. En alguna parte al norte de Yunkai se nos presentará nuestra oportunidad.

–Si tú lo dices– dijo Frog dubitativamente… …pero por una vez los dioses estaban escuchando, y su oportunidad llegó mucho antes que eso.

Fue dos días después. Hugh Hungerford se detuvo junto a su fuego, y dijo, –Dorniense. Se requiere tu presencia en la tienda del comandante.

–¿Cual de nosotros?– preguntó Gerris. –Todos somos Dornienses.

–Todos vosotros, entonces– Sombrío y taciturno, con una mano tullida, Hungerford había sido el pagador de la compañía por un tiempo, hasta que el Príncipe Andrajoso le pilló robando de los cofres y le cortó tres dedos. Ahora era sólo sargento.

«¿Qué podrá ser esto?» Hasta ahora, Frog no tenía ni idea de que su comandante supiera que estaba vivo. En cualquier caso Hungerford ya se había marchado, así que no había tiempo para preguntas. Todo lo que podían hacer era recoger al gran hombre y presentarse como les habían ordenado. –No admitáis nada y estad preparador para luchar– dijo Quentyn a sus amigos.

–Yo siempre estoy preparado para luchar– dijo el gran hombre.

El gran pabellón de lona gris que al príncipe Andrajoso le gustaba llamar su castillo de lona estaba abarrotado cuando llegaron los Dornienses. Sólo le llevó un momento a Quentyn darse cuenta de que la mayoría de los congregados procedían de los Siete Reinos, o llevaba sangre de Poniente. «Exiliados o los hijos de exiliados». Dick Straw afirmaba que en la compañía había seis docenas de hombres de Poniente; y más de un tercio de ellos estaban aquí, incluyendo al propio Dick, Hugh Hungerford, la Bella Meris, y el rubio Lewis Lanster, el mejor arquero de la compañía.

También estaba allí Denzo D'han, con el enorme Caggo a su lado. Los hombres le llamaban ahora Caggo Matacadaveres, aunque no delante de él, se enojaba con facilidad, y esa negra espada curva suya era tan desagradable como su dueño. Había cientos de espadas de acero Valyrio en el mundo, pero sólo un puñado de *araksh V*alyrios. Ni Caggo ni D'han eran de Poniente, pero ambos eran capitanes y el Príncipe Andrajoso los tenía en alta estima. «Su brazo derecho y su izquierdo. Se cuece algo importante».

Fue el propio Príncipe Andrajoso quien tomó la palabra.

–Han llegado ordenes de Yurkhaz– dijo. –Los que sobrevivieron en Astapor han salido arrastrándose de sus escondites, según parece. No queda nada en Astapor mas que cadáveres, así que se están dirigiendo al campo, cientos de ellos, puede que miles, todos hambrientos y enfermos. Los Yunkai'i no los quieren cerca de la Ciudad Amarilla. Nos han ordenado que les sigamos la pista y que les conduzcamos de vuelta a Astapor o al norte hacia Meereen. Si la reina dragón quiere acogerlos, tiene nuestro beneplácito. La mitad de ellos tiene disentería, e incluso los sanos son bocas que alimentar.

–Yunkai está más cerca que Meereen– objetó Hugh Hungerford. –¿Qué pasa si no quieren ir, mi señor?

–Para eso tenéis espadas y lanzas, Hugh. Aunque puede que os sean más útiles los arcos. Manteneos bien alejados de aquellos que muestren signos de disentería. Voy a mandar a la mitad de nuestras fuerzas a las colinas. Cincuenta patrullas, de veinte jinetes cada una. Bloodbeard recibió las mismas órdenes, así que los Gatos también estarán en el campo de batalla.

Los hombres intercambiaron miradas, y unos pocos murmuraron por lo bajo. Aunque tanto la Windblown como la Compañía del Gato habían sido contratadas por Yunkai, una año atrás en las Tierras en Litigio habían estado en bandos opuestos de las líneas de batalla, y aún había mala

sangre.

Bloodbeard, el salvaje comandante de los Gatos, era un gigante atronador con un apetito feroz por las carnicerías y que no ocultaba su desdén por «las viejas barbas grises con harapos»

Dick Straw se aclaró la garganta. –Le ruego me disculpe, pero todos aquí hemos nacido en los Siete Reinos. Mi señor nunca antes dividió la compañía según la sangre o el idioma. ¿Por qué enviarnos a nosotros juntos?

–Buena pregunta. Vosotros cabalgareis al este, hasta bien entradas las colinas, y entonces haréis un amplio giro alrededor de Yunkai, para dirigiros a Meereen. Si os encontráis a algún Astapori, conducidlo al norte o matadlo… pero sabed que ese no es el propósito de vuestra misión. Más allá de la Ciudad Amarilla, es probable que os topéis con las patrullas de la reina dragón. Segundos Hijos o Cuervos de la Tormenta. Cualquiera servirá. Uníos a ellos.

–¿Unirnos a ellos?– dijo el caballero bastardo, Ser Orson Stone. –¿Quiere que cambiemos las capas?

–Sí– dijo el Príncipe Andrajoso.

Quentun Martell casi se rió en voz alta. «Los dioses están locos».

Los hombres de Poniente parecían intranquilos. Algunos miraban en sus copas de vino, como esperando encontrar algo de sabiduría dentro. Hugh Hungerford frunció el ceño. –Cree que la reina Daenerys nos aceptará…

–Sí.

–…pero si lo hace, ¿entonces qué? ¿Seremos espías? ¿Asesinos? ¿Emisarios? ¿Está pensando en cambiar de bando?

Caggo miró con el ceño fruncido. –Eso debe decidirlo el Príncipe, Hungerford. Tu cometido es hacer lo que te dicen.

–Siempre– Hungerford levantó su mano con dos dedos. –Seamos francos– dijo Denzo D'han, el bardo guerrero. –Los Yunkai'i no inspiran confianza. Cualquiera que sea el resultado de esta guerra, La Wind blown debe asegurarse compartir el botín de la victoria. Nuestro Príncipe es sabio por mantener todas las rutas abiertas.

–Meris estará al mando– dijo el Príncipe Andrajoso. –Ella sabe lo que quiero en esta…y puede que Daenerys Targayen sea mas receptiva hacia otra mujer.

Quentyn volvió la vista hacia la Bella Meris. Cuando los fríos ojos muertos de ella encontraron los suyos, sintió un escalofrío. «No me gusta esto».
Dick Straw también tenía dudas aún. –La chica estaría loca si confiara en nosotros. Incluso con Meris. *Especialmente* con Meris. Que diablos, yo no confío en Meris, y me la he follado unas cuantas veces– Sonrió abiertamente, pero nadie se rió. Y la Bella Meris menos que nadie.

–Creo que estás equivocado, Dick– dijo el Príncipe Andrajoso.

–Sois todos de Poniente. Amigos de casa. Habláis su misma lengua, adoráis a sus mismos dioses. Y para motivos, todos vosotros habéis sufrido agravios a mis manos. Dick, a ti te he azotado más que

a ningún hombre en la compañía, y tienes tu espalda para demostrarlo. Hugh perdió tres dedos por mi disciplina. Meris fue violada por media compañía. Cierto que no por esta compañía, pero no tenemos por qué mencionar eso. Will de los bosques, bueno, tú simplemente eres escoria. Ser Olson me culpa por enviar a su hermano a las Aguas de la Tristeza y Ser Lucifer todavía está enfadado por aquella esclava que Caggo le arrebató.

–Podía haberla devuelto después de poseerla– se quejó largamente Lucifer. –No tenía motivos para matarla.

–Era fea– dijo Caggo. –Es razón suficiente.

El Príncipe Andrajoso continuó como si nadie hubiese hablado.

–Webber, tienes pretensiones sobre tierras perdidas en Poniente. Lanster, maté a ese chico que te gustaba tanto. Vosotros tres, Dornienses, creéis que os mentimos. El saqueo de Astapor fue mucho menos de lo que os prometí en Volantis, y yo me llevé la mejor parte.

–La última parte es verdad– dijo Ser Olson. –los mejores embustes siempre tienen algo de verdad– dijo el Príncipe Andrajoso.+

–Cada uno de vosotros tiene grandes razones para querer abandonarme. Y Daenerys Targayen sabe que los mercenarios son un grupo voluble. Sus propios Segundos Hijos y los Cuervos de la Tormenta aceptaron el oro Yunkish pero no dudaron en unirse a ella cuando la marea de la batalla empezó a fluir en su dirección.

–¿Cuándo partiremos?– preguntó Lewis Lanster. –De inmediato. Estad alerta de los Gatos y de cualquier Lanzas Largas que podáis encontrar. Nadie sabrá que vuestra deserción es un ardid salvo los que estamos en esta tienda. Cambiad de bando demasiado pronto, y seréis mutilados como desertores o destripados como cambia capas.

Los tres Dornienses permanecieron en silencio mientras salían de la tienda del comandante. «Veinte jinetes, todos hablando la lengua común», pensó Quentyn. «Susurrar se acaba de volver un asunto más peligroso».

El gran hombre le dio una fuerte palmada en la espalda. –Así que. Que bien, Frog. Una cacería de dragones.

26. LA NOVIA REBELDE

Asha Greyjoy se hallaba sentada en el gran salón de Galbart Glover, bebiendo del vino de Galbart Glover cuando el maestre de Galbart Glover trajo una carta.

–Milady– La voz del maestre manifestaba inquietud, como siempre que hablaba con ella. –Un pájaro de Barrowton.– Le entregó el pergamino como si tuviera prisa por deshacerse de él. Estaba fuertemente enrollado y sellado con un botón de lacre rosa.

Barrowton. Asha trató de recordar quien gobernaba en Barrowton. «Algún señor norteño, ningún amigo mío». Y ese sello… los Bolton de Fuerte Terror iban a la batalla bajo un estandarte rosa salpicado de pequeñas manchas de sangre. Era de esperar que usaran también un lacre de cera rosa.

«Esto que tengo en la mano es veneno», pensó ella. «Tendría que quemarlo». En lugar de ello, rompió el sello. Un trozo de piel cayó sobre su regazo. Cuando leyó aquellas palabras en tinta seca marrón, aún se puso de peor humor. «Alas negras, palabras negras». Los cuervos nunca portaban buenas nuevas. El último mensaje llegado a Bosquespeso había procedido de Stannis Baratheon, exigiendo pleitesía. Éste, era peor.

–Los norteños han tomado Foso Cailin.

–¿El Bastardo de Bolton? –preguntó Qarl, que estaba junto a ella.

–*Ramsay Bolton,* Señor de Invernalia, que firma él mismo. Pero también hay otros nombres. –Lady Dustin, Lady Cerwyn y cuatro Ryswell habían añadido sus propias firmas bajo la suya. Junto a ellas había un garabato gigante, la marca de algún Umber.

Habían sido rubricadas con tinta maestra, elaborada con hollín y alquitrán, pero el mensaje principal estaba escrito en marrón con un trazo amplio y puntiagudo. Hablaba de la caída de Foso Cailin, del triunfal retorno del Guardián del Norte a sus tierras, de un matrimonio que pronto se consumaría. Las primeras palabras eran "*Escribo esta carta con la sangre de los hombres de hierro",* y las últimas, "*os envío a cada uno un pedazo de vuestro príncipe. Permaneced en mis tierras y compartiréis su destino."*

Asha había creído muerto a su hermano pequeño. «Mejor muerto que esto». El trozo de piel que había caído en su regazo. Ella lo sostuvo encima de la vela y observó cómo se prendía, hasta que se consumió del todo y la llama comenzó a lamer sus dedos.

El maestre de Galbart Glover permanecía expectante a su lado. –No habrá respuesta, –le informó.

–¿Podría compartir estas noticias con Lady Sybelle?

–Si os complace. –Que Sybelle Glover encontrara alguna satisfacción en la caída de Foso Cailin era algo que Asha no podía asegurar. Lady Sybelle solo vivía para sus dioses de madera, rezando por sus hijos y el retorno de su marido sano y salvo. «Otra plegaria que no obtendrá respuesta. Su árbol corazón está tan sordo y ciego como nuestro Dios Ahogado». Robett Glover y su hermano Galbart habían cabalgado al sur con el Joven Lobo. Si las historias que había escuchado sobre la Boda Roja eran la mitad de ciertas, ellos ya no volverían a cabalgar al norte. «Al menos sus hijos están vivos, y eso es gracias a mí». Asha los había enviado a Diez Torres al cuidado de sus tías. La hija pequeña de Lady Sybelle todavía tomaba el pecho, y consideró que la muchacha era demasiado frágil para exponerla a los rigores de un cruce de tormentas. Asha dejó la carta en manos del maestre–. Tomad esto. Permitidla hallar algo de consuelo, si puede. Podéis iros.

El maestre inclinó la cabeza y se retiró. Después de que se hubiera ido, Tris Botley se giró hacia Asha. –Si Foso Cailin ha caído, la Ciudadela de Torrhen será la siguiente. Después será nuestro turno.

–No, de momento. Barbarrota les hará sangrar. La Ciudadela de Torrhen no es un montón de ruinas como Foso Cailin, y Dagmer es acero para el hueso. Moriría antes de rendirse.

«Si mi padre viviese, nunca habría caído Foso Cailin». Balon Greyjoy sabía que el Foso era la clave para retener el norte. Euron lo sabía también; A él simplemente no le preocupaba. Como no le preocupaba lo que ocurriera en Bosquespeso o en la Ciudadela de Torrhen. –A Euron no le interesan las conquistas de Balon. A mi querido tío solo le interesa perseguir dragones. –Ojo de Cuervo había convocado a todas las fuerzas de las Islas de Hierro en Viejo Wyk para navegar hacia lo más profundo del Mar del Ocaso, con su hermano Victarion tras él como un perro apaleado. Nadie quedaba en Pyke al que acudir, excepto su propio señor marido–. Nos apañaremos solos.

–Dagmer les machacará, –insistía Cromm, que no había conocido nunca a una mujer a la que amara la mitad de lo que amaba una batalla–. Son solo lobos.

–Los lobos están todos muertos. –Asha tocó la cera rosa con el pulgar–. Fueron los desolladores los que los mataron.

–Debemos ir a la Ciudadela de Torrhen y unirnos a la lucha. –Instó Quenton Greyjoy, un primo lejano y capitán de la *Sirvienta Salada*.

–Sí, –dijo Dagon Greyjoy, un primo aún más lejano. Le llamaban Dagon el Borrachuzo pero, borracho o sobrio, amaba la lucha–. ¿Por qué debería quedarse Barbarrota con toda la gloria para sí mismo?

Dos de los sirvientes de Galbart Glover trajeron el asado, pero aquella tira de piel le había quitado el apetito a Asha. «Mis hombres han abandonado toda esperanza de victoria», se lamentó. «Todo lo que buscan es una muerte memorable». Los lobos se la darían, sin duda. «Tarde o temprano volverán para recuperar este castillo».

El sol desaparecía tras los altos pinos del Bosque de los Lobos cuando Asha subió los escalones de madera que llevaban al dormitorio que una vez había pertenecido a Galbart Glover. Había bebido demasiado vino y le retumbaba la cabeza. Asha Greyjoy amaba a sus hombres, capitanes y tripulantes por igual, pero la mitad de ellos eran idiotas. Unos idiotas valientes, «pero idiotas de todas maneras. Ayudar a Barbarrota, sí, como su fuera fácil…»

Entre Bosquespeso y Dagmer había muchas leguas, montañas escarpadas, bosques densos, ríos salvajes y más norteños que se cuidaría de no encontrar. Asha tenía cuatro barcoluengos y no más de doscientos hombres… incluyendo a Tristifer Botley, del que no se podía fiar. Por mucho que le hablara de su amor, ella no podía imaginárselo corriendo a la Ciudadela de Torrhen para morir con Dagmer Barbarrota.

Qarl la siguió hasta el dormitorio de Galbart Glover.

–Vete. –le dijo–. Quiero estar sola.

–Lo que quieres es a mí. –Intentó besarla.

Asha lo echó atrás de un empujón. –Tócame otra vez y…

–¿Qué? –Sacó su daga–. Desnúdate, muchacha.

–Jódete, niño sin barba.

–A ti sí que te voy a joder pronto. –Con un tajo rápido, le cortó la pelliza. Asha alcanzó su hacha, pero Qarl dejó caer el cuchillo y la cogió por la muñeca, sacudiéndola hasta que el arma se le cayó de la mano. La echó hacia atrás, hacia la cama de Glover, la besó con fuerza, y le arrancó la túnica dejándole los pechos al aire. Cuando ella intentó golpearle con la rodilla en la entrepierna, él la esquivó y la obligo a abrir las piernas con sus rodillas–. Ahora te poseeré.

–Hazlo, –escupió ella–. Y te mataré cuando te duermas.

Ella ya estaba húmeda cuando la penetró. –Maldito seas, – dijo ella–. Maldito, maldito, maldito seas. –Le chupó los pezones hasta que lloró a medio camino entre el dolor y el placer. Su coño se convirtió en el mundo. Se olvidó de Foso Cailin, de Ramsay Bolton y de su pequeño trozo de piel, al igual que se olvidó también de la asamblea, de su fracaso, de su exilio, de sus enemigos y de su marido. Solo le importaban sus manos, solo su boca, solo sus brazos alrededor de ella y solo su polla dentro de ella. Él la folló hasta que gritó, y luego otra vez hasta que lloró, antes de que, finalmente, él dejara su semilla en el interior de su útero.

–Soy una mujer casada –le recordó, después–. Tú me has mancillado, niño sin barba. Mi señor marido te cortará las pelotas y te hará un traje.

Qarl se quitó de encima. –Sólo si puede levantarse de su silla.

La habitación estaba fría. Asha se levantó de la cama de Galbart Glover y cogió la ropa desgarrada. La pelliza necesitaría nuevos cordeles, pero la túnica estaba inservible. «De todas maneras, nunca me gustó». La arrojó a las llamas. Lo demás lo dejó hecho un revoltijo encima de la cama. Le dolían los pechos y la semilla de Qarl le goteaba por el muslo. Tendría que tomar té de luna o correría el riesgo de traer otro Kraken al mundo. «¿Qué importa? Mi padre está muerto, mi madre se muere, mi hermano está siendo desollado, y no hay nada que pueda hacer al respecto. Y estoy casada. Casada y encamada… aunque no por el mismo hombre».

Cuando se deslizó de nuevo bajo las pieles, Qarl estaba profundamente dormido. –Ahora tu vida es mía. ¿Dónde habré dejado mi daga? –Asha se apretó contra su espalda y lo rodeó con sus brazos. En las islas, se le conocía como Qarl la Doncella, en parte para distinguirle de Qarl el Pastor, Qart Rarito Kenning, Qarl Hachaveloz, y Qarl el Esclavo, pero sobretodo por sus suaves mejillas. Cuando Asha lo conoció, Qarl intentaba dejarse barba. "Pelusa de Melocotón", lo llamó, riéndose. Qarl confesó que nunca había visto un melocotón, así que ella le pidió que la acompañara en su siguiente viaje al sur. Entonces, era verano; Robert se sentaba en el Trono de Hierro, Balon meditaba sobre el Trono de Piedramar, y los Siete Reinos estaban en paz. Asha llevó el *Viento Negro* a la costa, para comerciar. Visitaron Isla Bella y Lannisport y una veintena de pequeños puertos antes de llegar a El Rejo, donde los melocotones eran siempre grandes y dulces. "Lo ves", le dijo ella, la primera vez que restregó uno en la mejilla de Qarl. Cuando ella le hizo morderlo, el jugo corrió por su barbilla, y ella tuvo que besarle para limpiársela.

Aquella noche se la pasaron devorando melocotones y devorándose mutuamente, y a la hora del regreso matinal, Asha se sentía saciada y pegajosa, pero más feliz que nunca. «¿Fue hace seis años o siete?» El verano era un recuerdo lejano, y habían pasado tres años desde que Asha disfrutó un melocotón por última vez. Aunque todavía podía disfrutar de Qarl. Los capitanes y los reyes nunca

la habrían querido, pero él sí.

Asha también había tenido otros amantes; algunos compartieron su lecho durante medio año; otros, durante media noche. Qarl la había complacido más que todos ellos juntos. Él podría afeitarse cada quince días, pero una barba peluda no hace un hombre. A ella le gustaba la sensación de su piel lisa y suave en sus dedos. A ella le gustaba la forma de su pelo largo y caído sobre los hombros. A ella le gustaba cómo la besaba. A ella le gustaba cómo sonreía cuando le cosquilleaba los pezones con los pulgares. El bello de su entrepierna era una espesura arenosa más oscura que el pelo de su cabeza, pero era magnífico si lo comparabas con el oscuro matojo que tenía ella entorno a su sexo. Eso le gustaba también. Él tenía un cuerpo de nadador, largo y delgado, sin una sola cicatriz.

«Una sonrisa tímida, brazos fuertes, dedos hábiles y dos certeras espadas. ¿Qué más podría querer una mujer?» Ella se habría casado con Qarl, y tan feliz, pero era la hija de Lord Balon y él era un hombre común, el nieto de un esclavo. «Demasiado humilde para casarme con él, pero a la altura para poder chuparle la polla». Borracha, sonriente, se deslizó por debajo de las pieles y se la llevó a la boca. Qarl se agitaba en sueños, pero, al cabo de un rato, comenzó a ponerse erecto. En ese tiempo en que ella se la puso dura de nuevo, él se despertó y ella se humedeció. Se echó las pieles sobre sus hombros y lo montó, introduciéndole tan dentro de ella que no era capaz de distinguir quién tenía la llave y quién la cerradura. Esta vez los dos alcanzaron juntos el orgasmo.

–Mi dulce señora, –murmuró después, con una voz todavía algo somnolienta–. Mi dulce reina.

«No», pensó Asha. «No soy una reina, ni nunca lo seré».

–Vuelve a dormirte. –Le besó en la mejilla, se levantó para cruzar el dormitorio de Galbart Glover y abrió el cortinaje. La luna era casi llena y la noche era tan clara que podía ver las montañas y sus picos llenos de nieve. «Fríos, sombríos e inhóspitos, pero hermosos a la luz de la luna». Sus cumbres brillaban pálidas e irregulares como una hilera de dientes afilados. Los pasos y los picos más pequeños se perdían en la sombra.

El mar estaba cerca, a solo cinco leguas al norte, pero Asha no podía verlo. Demasiadas colinas había en el camino. «Y árboles, demasiados árboles». El Bosque de los Lobos, así llamaban los norteños aquel bosque. La mayoría de las noches podía escuchar a los lobos, llamándose a través de la oscuridad. «Un océano de hojas. Igual que un océano de agua».

Bosquespeso estaría más cerca del mar que Invernalia, pero quedaba demasiado lejos para olerlo. El aire llevaba más olor a pino que a sal. Al nordeste de aquellas desalentadoras montañas grises se alzaba el Muro, dónde Stannis Baratheon había izado sus estandartes. «El enemigo de mi enemigo es mi amigo», decían los hombres, pero estaba la otra cara de la moneda, que «el enemigo de mi amigo es mi enemigo». Los hombres de hierro eran los enemigos de los señores norteños que este pretendiente Baratheon necesitaba con desesperación. «Yo podría ofrecerle mi joven y bello cuerpo», pensó, quitándose el pelo de la cara, pero Stannis estaba casado y ella también, y él y los hombres de hierro eran viejos enemigos. Durante la primera rebelión de su padre, Stannis destruyó la Flota de Hierro en Isla Bella y subyugó Gran Wyk en nombre de su hermano.

Los muros repletos de musgo de Bosquespeso quedaban cerca de una colina circular de cima llana, coronada por un cavernoso pasaje con una torre de vigilancia al final, elevado unos cincuenta pies por encima de la colina. Bajo la colina estaba la muralla exterior, con los establos, el potrero, la herrería, el pozo y un redil, defendidos por un profundo foso, un dique inclinado de tierra y una empalizada de troncos. Las defensas externas formaban un óvalo, siguiendo el contorno de la tierra. Había dos puertas, cada una protegida por un par de torres cuadradas de madera, y adarves alrededor del perímetro. En el lado sur del castillo, el musgo crecía espeso sobre la empalizada y

cubría la mitad de las torres. Tanto al este como al oeste había campos vacíos. Avena y cebada había estado creciendo allí cuando Asha tomó el castillo, sólo para quedar todo devastado durante el ataque. Una serie de fuertes heladas había matado todos los cultivos que habían sembrado más tarde, dejando solamente barro, ceniza y tallos marchitos y podridos.

Era un castillo viejo, pero no muy sólido. Ella se lo había arrebatado a los Glover, y el Bastardo de Bolton se lo arrebataría a ella. Pero no la iba a desollar. Asha Greyjoy nunca permitiría que la cogieran viva. Ella moriría tal y como había vivido, con un hacha en una mano y una risa en sus labios. Su señor padre le había entregado treinta barcoluengos para capturar Bosquespeso. Solo le quedaban cuatro, contando su propio *Viento Negro,* y uno de ellos pertenecía a Tris Botley, que se había unido a ella cuando todos sus demás hombres se marcharon. «Bueno, no. Aquello no era justo. Ellos navegaron a casa para homenajear a su rey». Si alguien había huído, esa era ella. Los recuerdos todavía la avergonzaban.

–Márchate, –le instó El Lector, mientras los capitanes ungían a su tío Euron con la corona de madera en la colina de Nagga.

–Habló el cuervo al cuervo. Ven conmigo. Te necesito para alzar a los hombres de Harlaw. – Para entonces, ella estaba dispuesta a luchar.
–Los hombres de Harlaw están aquí. Los únicos que cuentan. Algunos están vitoreando el nombre de Euron. Y no enfrentaré a Harlaws contra Harlaws.

–Euron está loco. Y es peligroso. Ese cuerno del infierno…

–Lo he oído. *Véte, Asha*. Una vez Euron haya sido coronado, él te buscará. No permitas que ponga su ojo sobre ti.

–Si permanezco con mis otros tíos…

–… morirás marginada, con todas las manos contra ti. Cuando propusiste tu nombre ante los capitanes tú aceptaste someterte a su juicio. No puedes ir en contra de él, ahora. Solamente una vez la elección de un rey ha sido revocada. Lee a Haereg.

Solo Rodrik El Lector mencionaría un viejo libro mientras sus vidas se encontraban al filo de la navaja. –Si tú te quedas, yo también, –dijo con terquedad.

–No seas estúpida. Euron se muestra esta noche al mundo con su ojo sonriente, pero cuando llegue el alba… Asha, tú eres la hija de Balon, y tu derecho es mayor que el suyo. Mientras respires, seguirás siendo una amenaza para él. Si te quedas, te matarán o te casarán con el Remero Rojo. No sé qué sería peor. *Vete.* No tendrás otra oportunidad.

Asha había anclado el *Viento Negro* al otro lado de la isla preparado para cualquier eventualidad. Viejo Wyk no era muy grande. Ella podía volver a bordo de su barco antes de que se pusiera el sol, de camino a Harlaw antes de que Euron se diera cuenta que había desaparecido. No obstante, ella vaciló hasta que su tío dijo: –Hazlo por el amor que me profesas, niña. No me obligues a verte morir.

Así que se marchó. Primero pasó por Diez Torres, para despedirse de su madre. –Estaré un tiempo fuera antes de volver de nuevo, –la avisó Asha. Lady Alannys no lo entendió–. ¿Dónde está Theon? –preguntó–. ¿Dónde está mi chiquillo? –Lady Gwynesse solo quería saber cuándo volvería Lord Rodrik–. Soy siete años mayor que él. Diez Torres debería ser mía.

Asha aún estaba aprovisionándose en Diez Torres cuando le llegaron las noticias de su matrimonio. –Mi rebelde sobrina necesita ser amaestrada, –le informaron que había dicho Ojo de Cuervo–, y conozco al hombre que la amaestrará. –La casó con Erik Ironmaker, conocido como el Destroza-Yunques, y le dejó el gobierno de las Islas de Hierro mientras él se fue a perseguir dragones. Erik había sido un gran hombre en su día, un osado saqueador que podría haber navegado con el abuelo de su abuelo, el mismo Dagon Greyjoy del que recibía su nombre Dagon el Borrachuzo. Las ancianas de Isla Bella todavía asustaban a sus nietos con las historias de Lord Dagon y sus hombres. «Yo herí el orgullo de Erik en la Asamblea», recordaba Asha. «No parece ser de los que olviden».

Ella tenía que reconocerle a su querido tío su mérito. De un solo golpe, Euron había convertido a un rival en un apoyo, había asegurado las islas en su ausencia y había eliminado a Asha como amenaza. «Todavía se debe estar riendo». Tris Botley dijo que Ojo de Cuervo había utilizado un sello en su lugar para su boda. –Espero que Erik no insista en consumarla. –dijo.
«No puedo volver a casa», pensó, «pero no podré permanecer aquí mucho tiempo». La calma de los bosques la ponía nerviosa. Asha había pasado su vida en islas y barcos. El mar nunca era silencioso. El sonido de las olas bañando las orillas rocosas era algo que llevaba en la sangre, pero no había olas en Bosquespeso… solo árboles, árboles interminables, pinos-soldado y centinelas, hayas, fresnos y viejos robles, castaños, palo fierros y abetos. Su sonido era más suave que el del mar, y solo los escuchaba cuando soplaba el viento; entonces, parecía que todo suspiraba a su alrededor, como si los árboles estuvieran susurrándose cosas entre ellos en un lenguaje que no podía comprender.

Aquella noche, los susurros parecían sonar más fuertes que nunca. «Una ráfaga de hojas marrones muertas», se dijo a sí misma, «ramas arrancadas que crujían con el viento». Se alejó de la ventana, de los bosques. «Necesito poner los pies sobre una cubierta. O, a falta de eso, algo de comida en mi estómago». Había bebido demasiado vino, muy poco pan y nada de aquel magnífico asado.

La luna brillaba lo suficiente para que pudiera encontrar su ropa. Se vistió con unos pantalones negros, una túnica acolchada y un chaleco de cuero reforzado con algunas placas de acero. Mientras Qarl se quedó inmerso en sueños, ella bajó la escalera exterior de la fortaleza, con los escalones crujiendo bajo sus pies descalzos. Uno de los centinelas de la muralla la espió mientras iba bajando y levantó la lanza a modo de saludo. Asha le respondió con un silbido. Mientras cruzaba el patio principal hacia las cocinas, los perros de Galbart Glover comenzaron a ladrar. «Bien», pensó. «Eso mitiga el sonido de los árboles».

Estaba cortando una rodaja de queso amarillo de una pieza tan grande como una rueda de carreta, cuando Tris Botley entró en la cocina, envuelto en una capa gruesa. –Mi reina.

–No te burles de mí.

–Tú siempre reinarás en mi corazón. Eso no lo puede cambiar ninguna panda de necios gritando en una asamblea.

«¿Qué voy a hacer con este chico?» Asha no tenía dudas de su devoción. No sólo se mantuvo a su lado en la colina de Nagga y gritó su nombre, sino que, además, cruzó el mar para unirse a ella después, abandonando a su rey, su familia y su hogar. «No es que él se atreviera a desafiar a Euron a la cara». Simplemente, cuando Ojo de Cuervo llevó su flota al mar, Tris se quedó retrasado y cambió de rumbo una vez los demás barcos quedaron fuera de su vista. «Incluso algo así requiere cierto coraje», pensó. Nunca volvería a las islas. –¿Queso? –le preguntó–. Hay jamón también, y mostaza.

–No es comida lo que quiero, milady. Ya lo sabes. –A Tris le había crecido una frondosa barba

morena en Bosquespeso. Él confiaba que aquello le permitiera mantener más caliente su cara–. Te ví desde la torre de vigilancia.

–Si tienes que vigilar, ¿qué haces aquí?

–Cromm está allí, y Hagen el Cuerno también. ¿Cuántos ojos necesitamos para vigilar cómo se mueven las hojas a la luz de la luna? Tenemos que hablar.
–¿Otra vez? –Suspiró– ¿Conoces a la hija de Hagen, la única pelirroja que hay? Ella maneja un barco tan bien como un hombre y tiene una cara bonita. Diecisiete, y yo la he visto mirarte.

–No quiero a la hija de Hagen. –Iba a tocarla, pero se lo pensó mejor–. Asha, es hora de irse. Foso Cailin era lo único que contenía la marea. Si nos quedamos aquí, los norteños nos matarán a todos, lo sabes bien.

–¿Quieres hacerme correr?

–Lo haría para que vivieras. Te amo.

«No», pensó, «tú amas una inocente doncella que solo existe en cabeza, una niña asustada que necesita de tu protección». –Yo no te amo. –dijo sin rodeos–. Y no voy a correr.

–¿Qué hay aquí para que te aferres tanto, aparte de pinos, barro y enemigos? Tenemos nuestros barcos. Navega conmigo y comenzaremos una nueva vida en el mar.

–¿Como piratas? Es casi tentador. –«Dejar que los lobos recuperen sus nostálgicos bosques y retomar el mar abierto»

–Como comerciantes –insistió–. Viajaremos al este mientras Ojo de Cuervo lo haga, pero regresaremos con seda y especias a través del cuerno de dragón. Un viaje al Mar de Jade y seremos ricos comos dioses. Podríamos tener una mansión en Antigua o en una de las Ciudades Libres.

–¿Tú, yo y Qarl? –Ella vio la mueca de dolor que hizo al mencionar el nombre de Qarl–. La hija de Hagen podría navegar al Mar de Jade contigo. Yo todavía sigo siendo la hija del kraken. Mi lugar está en…

–… ¿Donde? No puedes regresar a las islas. A menos que quieras someterte a tu señor marido.

Asha intentó imaginarse a sí misma en la cama con Erik Ironmaker, aplastada bajo su enorme cuerpo, soportando sus abrazos. «Era mejor que el Remero Rojo o Lucas Codd el Zurdo». El Destroza-yunques había sido una vez un gigante poderoso, aterradoramente fuerte, decididamente leal y absolutamente audaz. Igual no era tan malo. «Podría morir la primera vez que intentara ejercer de marido». Eso la convertiría en la viuda de Erik en lugar de la mujer de Erik, lo cual podría ser una opción mejor o menos mala que la actual, dependiendo de sus nietos. Y mi tío. «Al final, todos los vientos me llevan de nuevo a Euron». –Tengo posesiones en Harlaw –le recordó–. Y todavía está la Punta de Dragón Marino… si no puedo tener el reino de mi padre, ¿por qué no tener uno propio? –Punta de Dragón Marino no siempre había estado tan escasamente poblada como estaba ahora. Podían encontrarse todavía algunas ruinas en sus colinas y ciénagas, los restos de las antiguas fortalezas de los Primeros Hombres. En las zonas altas, había círculos de arcianos dejados por los niños del bosque.

–Te estás aferrando a Punta de Dragón Marino de la misma manera que un náufrago se aferra a los restos flotantes. ¿Qué tiene Punta de Dragón Marino para que pueda interesarle a alguien? No hay

minas, ni oro, no plata, ni tan solo estaño o algo de hierro. Y la tierra es demasiado húmeda para el trigo o el maíz.

«No tengo pensado sembrar trigo o maíz». –¿Qué hay allí? Yo te lo diré. Dos largas playas, un centenar de cuevas escondidas, nutrias en los lagos, salmón en los ríos, almejas cerca de las orillas, colonias de lobos marinos, pinos altos para construir barcos.

–¿Quién construirá esos barcos, mi reina? ¿Dónde encontrará Su Majestad súbditos para su reino si los norteños te los arrebatan? ¿O tienes pensado gobernar un reino de focas y nutrias?

Ella soltó una risa apenada. –Las nutrias son más fáciles de gobernar que los hombres, te lo garantizo. Y las focas son más inteligentes. No, ciertamente tienes razón. Mi mejor opción podría ser regresar a Pyke. En Harlaw hay quienes les complacería mi retorno. En Pyke también. Y Euron no se ganó muchos amigos entre los Blacktyde cuando él asesinó a Lord Baelor. Podría encontrar a mi querido tío Aeron, sublevar las islas. –Nadie había visto a Pelomojado después de la Asamblea, peros sus Hombres Ahogados afirmaban que permanecía oculto en Gran Wyk, y que pronto reaparecería para ayudar a descargar la ira del Dios Ahogado sobre Ojo de Cuervo y sus secuaces.

–El Destrozayunques también está buscando a Pelomojado. Y también hostiga a los Hombres Ahogados. El ciego Beron Blacktyde fue apresado y llevado a juicio. Incluso el Viejo Gaviota Gris ha sido encarcelado. ¿Cómo vas a encontrar al sacerdote si no lo han conseguido los hombres de Euron?

–Llevamos la misma sangre. Es el hermano de mi padre. –Era una respuesta poco convincente, y Asha lo sabía.

–¿Sabes lo que pienso?

–Hasta cierto punto, me lo puedo imaginar.

–Creo que Pelomojado está muerto. Creo que Ojo de Cuervo le rajó la garganta. La búsqueda de Ironmaker solo pretende hacernos creer que el sacerdote escapó. Euron teme que le vean como un parricida.

–Ni se te ocurra decir eso delante de mi querido tío. Solo tienes que mencionar que Ojo de Cuervo teme ser visto como un parricida, y él asesinará a uno de sus propios hijos para quitarte la razón. –Asha comenzaba a sentirse sobria. Tristifer Botley tenía ese efecto en ella.

–Aunque encontraras a tu tío Pelomojado, ambos estaríais condenados al fracaso. Los dos fuisteis parte de la asamblea, así que no puedes decir que fuera ilegal, como pasó con Torgon. Estás sujeta a su decisión final según las leyes de los dioses y los hombres. Tú… –Asha frunció el ceño.

–Espera. ¿Torgon? ¿Qué Torgon?

–Torgon el Tardío.

–Fue rey durante la Edad de los Héroes. –Recordaba algo sobre él, pero no mucho –. ¿Qué pasó con él?

–Torgon Greyiron era el hijo mayor del rey. Pero el rey era viejo y Torgon era inquieto, así que ocurrió que, cuando el rey murió, él estaba en una incursión por el Río Mander junto a su fortaleza en Greyshield. Sus hermanos no le informaron de nada, sino que convocaron rápidamente una

asamblea, pensando que alguno de ellos podría ser elegido para portar la corona de madera. Pero los capitanes y los reyes eligieron a Urragon Goodbrother para gobernar en su lugar. Lo primero que hizo el nuevo rey fue ordenar que mataran a todos los hijos del antiguo rey, y así se llevaría a cabo. Los hombres le pasaron a llamar "*Badbrother", Malhermano,* aunque ciertamente no había tenido ningún parentesco con ellos. Gobernó durante casi dos años.

Asha recordó. –Torgon volvió a casa…
… y dijo que la asamblea era ilegal puesto que él no había estado presente para reclamar su derecho. *Malhermano* había demostrado ser tan mezquino como cruel y echó a perder muchas amistades por las islas. Los sacerdotes le denunciaron, los señores se alzaron contra él, y sus propios capitanes lo cortaron en pedazos. Torgon el Tardío se convirtió en rey y gobernó durante cuarenta años.

Asha cogió a Tris Botley por las orejas y le dio un beso de pleno en los labios. Él se puso rojo a la vez que ella le soltaba. –¿Qué ha sido eso? –preguntó él.

–Se llama beso. Me tendrías que ahogar por estúpida, Tris, debería haber recordado… –se detuvo de golpe. Tris iba a decir algo cuando ella le hizo callar, intentando escuchar–. Eso es un cuerno de guerra. Hagen. –Lo primero en lo que pensó fue en su marido. ¿Habría hecho Erik Ironmaker todo ese trayecto para reclamar a su esposa rebelde?– El Dios Ahogado me ama después de todo. Yo que me estaba preguntando qué hacer, y él me envía enemigos que combatir. –Asha se puso de pie y volvió a enfundar su cuchillo–. La batalla viene a nosotros.

Ella salió corriendo hacia la muralla exterior, con Tris pisándole los talones, pero ya era demasiado tarde. La lucha ya había acabado. Asha encontró a dos norteños cubiertos de sangre junto al muro oriental, no muy lejos de la puerta trasera, con Lorren Hachalarga, Harl Seisdedos y Lengua Sombría sobre ellos. –Cromm y Hagen los vieron venir desde el muro. –Explicó Lengua Sombría.

–¿Solo dos? –Preguntó Asha.

–Cinco. Hemos matado a dos antes de que pudieran entrar, y Harl se ha encargado de otro desde el muro. Estos dos llegaron hasta el patio.

Uno de los hombres estaba muerto, con su sangre y sus vísceras embadurnando el hacha larga de Lorren, mientras que el segundo respiraba con dificultad, a pesar de estar clavado al suelo por la lanza de Lengua Sombría sobre una piscina de sangre. Ambos iban vestidos con coraza de cuero y capas con manchas marrones, verdes y negras, e iban cubiertos de ramas, hojas y restos de maleza en cabeza y hombros.

–¿Quién sois? –preguntó Asha al hombre herido–. Soy un Flint. ¿Quién sois vos?

–Asha, de la Casa Greyjoy. Éste es mi castillo.

–Bosquespeso es el feudo de Galbart Glover. No es hogar para calamares.

–¿Hay alguien más contigo? –le preguntó Asha. Al no responder, ella agarró la lanza de Lengua Sombría y la giró, obteniendo un grito de angustia del norteño a la vez que fluía más sangre de su herida–. ¿A qué habéis venido?

–La señora. –dijo, estremeciéndose–. Dios, parad. Vinimos a por la señora. A rescatarla. Solamente vinimos cinco.

Asha lo miró a los ojos. Cuando vio la falsedad allí, se inclinó sobre la lanza, enroscándola. –¿Cuántos sois? –insistió ella–. Contestad o no moriréis hasta el amanecer.

–Muchos, –gimoteó, entre gritos–. Miles. Tres mil, cuatro… aaaghh… por favor.

Le arrancó la lanza del cuerpo y la dejó caer con ambas manos sobre su garganta. El maestre de Galbart Glover había afirmado que los clanes de las montañas eran demasiado pendencieros para unirse entre ellos sin que un Stark los dirigiera. «Era posible que no estuviera mintiendo. Simplemente estaba equivocado». Eso era algo que había aprendido en la asamblea a su querido tío.

–Enviaron a estos cinco para abrir nuestras puertas de cara al ataque principal. –dijo ella–. Lorren, Harl, traedme a Lady Glover y a su maestre.

–¿Enteros o por partes? –preguntó Lorren Hachalarga.

–Enteros e intactos. Lengua Sombría, sube a esa maldita torre y dile a Cromm y Hagen que se mantengan alerta. Si ven aunque sea una liebre, quiero saberlo.

La muralla exterior pronto se llenó de gente asustada. Sus propios hombres se iban ajustando la coraza o iban subiendo a los adarves. La gente de Galbart Glover se miraba atemorizada, hablando entre susurros. El mayordomo de Glover tuvo que ser trasladado desde la bodega, ya que perdió una pierna cuando Asha tomó el castillo. El maestre protestó enérgicamente hasta que Lorren le cerró la boca de un puñetazo en la cara con su guantelete de hierro. Lady Glover surgió de su bosque de dioses del brazo de su doncella. –Os avisé que este día llegaría, milady. –Le dijo, cuando vio los cadáveres en el suelo.

El maestre se inclinó hacia adelante, goteando sangre de su nariz rota. –Lady Asha, os lo ruego, contened a vuestros abanderados y dejadme negociar por vuestra vida. Nos habéis tratado con justicia y honor. Yo se lo haré saber. Os canjearemos a vos por los niños. –Los ojos de Sybelle Glover estaban rojos, de tantas lágrimas y noches sin dormir–. –Gawen solo tiene cuatro años. Me perdí el día de su nombre. Y mi dulce niña… devolvedme mis hijos y no sufriréis ningún daño. Y vuestros hombres tampoco.

Esto último era mentira, y Asha lo sabía. Ella podría ser canjeada, tal vez, y devuelta en barco a las Islas de Hierro directa a los brazos de su amado esposo. Sus primos podrían correr también la misma suerte, al igual que Tris Botley y algunos de sus compañeros, aquellos con el suficiente grado de parentesco como para servir de moneda de cambio. El resto pasaría por el hacha, la soga o el Muro. «De todas maneras, ellos tienen derecho a elegir».

Asha se subió a un barril para que todos pudieran verla. –Los lobos ya están aquí para caer sobre nosotros con sus fauces abiertas. Antes de que se ponga el sol estarán a nuestras puertas. ¿Dejaremos a un lado nuestras lanzas y hachas para pedirles clemencia?

–No. –Qarl La Doncella alzó su espada– No. –le siguió Lorren Largahacha–. No, –bramó Rolfe el Enano, un hombre con aspecto de oso que le sacaba una cabeza de alto a cualquier otro miembro de su grupo–. Nunca. –Y el cuerno de Hagen sonó de nuevo desde lo alto, haciendo retumbar todo el patio.

Ahoooooooooooooooooooooo, el cuerno de guerra aulló, alto y claro, un sonido que podía cuajar la sangre. En Viejo Wyk, el cuerno maldito de su tío había emitido una sentencia de muerte a sus sueños, y ahora Hagen era el que hacía sonar la que podría ser su última hora sobre la tierra. «Si debo morir, que sea con un hacha en mi mano y una sonrisa en mis labios».

–¡A las murallas! –instó Asha Greyjoy a sus hombres. Ella enfiló hacia la torre de vigilancia, con Tris Botley justo detrás de ella.

La torre de madera era el punto más alto a aquel lado de las montañas, elevándose veinte pies sobre los centinelas y los pinos-soldado más altos de los bosques colindantes. –Allí, mi capitán, –dijo Cromm, cuando subió a la plataforma. Asha solo vio árboles y sombras, los cerros iluminados por la luna y los picos nevados más lejanos. Entonces se percató de que aquellos árboles se estaban acercando–. ¡Oho!, –rió,– esas cabras montañesas se han disfrazado de pinos. –Los árboles se movían, arrastrándose hacia el castillo como una lenta marea verde. A ella le vino a la cabeza una historia que escuchó de niña, sobre los niños de los bosques y sus enfrentamientos con los Primeros Hombres, cuando los verdevidentes transformaban los árboles en guerreros.

–No podremos luchar contra tantos, –dijo Tris Botley.

–Lucharemos contra todos los que vengan, cachorrito, –insistió Cromm–. Cuantos más sean, mayor será la gloria. Los hombres cantarán sobre nosotros.

«Sí, ¿pero cantarán sobre mi valentía o sobre mi locura?». El mar estaba a cinco leguas de distancia. ¿Realmente era mejor que permanecieran allí y lucharan tras las profundas zanjas de Bosquespeso y sus murallas de madera? «Los muros de madera de Bosquespeso se quedaron cortos para los Glover cuando tomé su castillo», se recordó a sí misma. «¿Por qué deberían bastarme ahora?»

–Al alba, tendremos nuestro banquete bajo el mar. –Cromm golpeó su hacha como si no pudiera esperar más.

Hagen bajó su cuerno. –Si morimos con los pies secos, ¿cómo encontraremos nuestro camino hacia los salones del Dios Ahogado?
–Esos bosques están llenos de riachuelos. –Le aseguró Cromm–. Todos ellos desembocan en ríos, y todos los ríos van a parar al mar.

Asha no estaba preparada para morir, ni aquí ni ahora. –Un hombre vivo puede encontrar el mar más fácilmente que uno muerto. Dejad que los lobos se queden sus tristes bosques. Nosotros estamos hechos para los barcos.

Sentía curiosidad por saber quién estaría al mando de sus enemigos. «Si fuera yo, habría tomado primero la playa y prendido fuego a nuestros barcos antes de atacar Bosquespeso». Sin embargo, los lobos no lo verían tan fácil de hacer, no sin barcoluengos propios. Asha no había varado más que la mitad de sus naves. Las otras permanecían a salvo en el mar, con órdenes de izar las velas y tomar rumbo a Punta de Dragón Marino si los norteños tomaban la playa. –Hagen, haz sonar tu cuerno y que el bosque tiemble. Tris, déjate de cartas de amor, es hora de me lo demuestres con tu dulce espada. –Cuando ella vio lo pálido que se puso, le tiró del moflete–. Salpica la luna de sangre junto a mí, y te prometo un beso por cada uno que mates.

–Mi reina, –dijo Tristifer, – aquí tenemos murallas, pero si alcanzamos la costa y encontramos que los lobos han tomado nuestras naves o las han alejado…

…moriremos, –respondió risueña– pero al menos moriremos con los pies húmedos. Los hijos del hierro luchan mejor con el olor a sal en sus narices y el sonido de las olas a sus espaldas.

Hagen dio tres golpes cortos y rápidos, la señal de que los hijos del hierro volvían a sus barcos. Desde abajo se dejaron oír los gritos, los choques de lanzas y espadas, los relinchos de los caballos.

«Escasos caballos y escasos jinetes». Asha se dirigió a las escaleras. En el patio, Qarl la Doncella le esperaba con su yegua alazana, su yelmo y sus hachas arrojadizas. Los hombres de hierro iban sacando los caballos de Galbart Glover del establo.

–¡Un ariete!, –se oyó gritar desde la muralla–. ¡Tienen un ariete!

–¿Qué puerta? –preguntó Asha, mientras montaba.

–¡Norte!

De repente se comenzaron a oír trompetas más allá de los muros de madera de Bosquespeso.

«¿Trompetas? ¿Lobos con trompetas?» Eso no acababa de encajar, pero Asha no tenía tiempo para reflexionar sobre eso. –Abrid la puerta sur, –ordenó, mientras en la puerta norte de notó el impacto del ariete. Se ajustó la correa del hacha arrojadiza que llevaba a la espalda. –Es hora de que el búho vuele, hermanos míos. Es la hora de la lanza, la espada y el hacha. Formad. Nos vamos a casa.

Se escuchó el rugido de cientos de gargantas gritando "¡a casa!" y "¡Asha!". Tris Botley se puso junto a ella, montando un enorme semental rojizo. En el patio, sus hombres se apiñaron, levantando sus escudos y lanzas. Qarl la Doncella, sin caballo que cabalgar, tomó su lugar entre Lengua Sombría y Lorren Hachalarga. Mientras Hagen bajaba las escaleras de la torre de vigilancia, una flecha de lobo le alcanzó en el vientre, haciéndole caer hasta el suelo. Su hija corrió hacia él, lamentándose. –¡Traedla! –ordenó Asha. No era momento para llantos. Rolfe el Enano la subió a su caballo, con su pelo rojizo volando. Asha podía oír las sacudidas de la puerta norte a cada golpe de ariete. «Igual tendremos que abrirnos paso a través de ellos», pensó, mientras se abría la puerta de par de par. El camino estaba despejado. «¿Por cuánto tiempo?»

–¡Salgamos! –Asha clavó sus talones a ambos costados de su caballo. Tanto hombres como jinetes salieron trotando hasta alcanzar los árboles al otro lado de los humedales, donde los tallos muertos del maíz de invierno se pudrían bajo la luna. Asha llevó a sus jinetes a la retaguardia, para mantener en movimiento a los rezagados y asegurarse que no se quedara nadie atrás. Los gigantescos pinos-soldado y los retorcidos robles centenarios se cerraban en torno a ellos. Bosquespeso era un nombre apropiado. Los árboles eran enormes y oscuros, amenazadores en cierto modo. Sus brazos se entrelazaban unos con otros y crujían a cada golpe de viento, y sus ramas más altas arañaban el rostro de la luna. «Cuanto antes salgamos de aquí, mejor me sentiré», pensó Asha. «Los árboles nos odian, desde lo más profundo de sus corazones de madera».

Tomaron rumbo sur y suroeste, hasta que se perdieron de vista las torres de Bosquespeso y los sonidos de las trompetas quedaron apagados por los bosques. «Los lobos tienen de nuevo su castillo», pensó, «tal vez se contenten con dejarnos marchar».

Tris Botley trotaba junto a ella. –Vamos en el rumbo equivocado, –dijo, señalando la luna mientras ésta se dejaba ver a través de un dosel de ramas–. Tenemos que girar hacia el norte, hacia las naves.

–Primero al oeste, –insistió Asha–. Hasta que salga el sol. Después iremos al norte. –Se giró hacia Rolfe el Enano y Roggon Barbaoxidada, sus mejores jinetes–. Haced un reconocimiento y aseguraros que nuestro camino está despejado. No quiero sorpresas cuando lleguemos a la orilla. Si veis lobos, regresad enseguida para decírmelo.

–Así se hará, –prometió Roggon tras su inmensa barba rojiza.

Después que los rastreadores se hubieran esfumado entre los árboles, los demás hijos del hierro

retomaron la marcha, aunque a un ritmo más lento. Los árboles les ocultaban la luna y las estrellas, y bajo sus pies el bosque era oscuro y traicionero. No habían recorrido ni media milla cuando la yegua de su primo Quenton se cayó en un pozo y se rompió la pata delantera. Quenton tuvo que rajarle la garganta para impedir que siguiera gritando. –Deberíamos encender antorchas, –reclamó Tris.

–El fuego atraería a los norteños directamente hacia nosotros. –Asha maldijo para sus adentros, preguntándose si no habría sido un error abandonar el castillo. «No. Si nos hubiéramos quedado a luchar, ahora estaríamos todos muertos». Aunque tampoco era una buena idea ir a tientas por la oscuridad. «Estos árboles nos matarán si pueden». Se quitó el yelmo y se echó hacia atrás su pelo sudado. –El sol saldrá dentro de unas horas. Nos detendremos aquí y descansaremos hasta que se haga de día.

Detenerse era la parte fácil; descansar era la difícil. Nadie durmió, ni siquiera Dale Ojoscaídos, un remero que había sido capaz de dormirse una vez mientras remaba. Algunos compartían un poco de orujo de manzana de Galbart Glover, que iba de mano en mano. Los que se habían traído comida la compartían con quienes no tenían. Los jinetes daban de comer y de beber a sus caballos. Su primo Quenton Greyjoy hizo subir a los árboles a tres hombres, para que estuvieran pendientes de cualquier señal de antorchas en el bosque. Cromm afilaba su hacha, y Qarl la Doncella, su espada. Los caballos iban mordisqueando la mortecina hierba marrón y la maleza. La hija pelirroja de Hagen cogió a Tris Botley de la mano para llevárselo entre los árboles. Cuando él la rechazó, fue a llevarse a Harl Seisdedos en su lugar.

«¿Podría hacer ella lo mismo?» Sería muy tierno entregarse a los brazos de Qarl una última vez. Asha tenía un mal presentimiento en su interior. ¿Volvería a pisar de nuevo el *Viento Negro?* Y si lo hacía, ¿a dónde lo llevaría? «Las islas están cerradas para mí, a menos que me postre de rodillas, me abra de piernas y me entregue a Eric Ironmaker, y en ningún puerto de Occidente será bienvenida la hija de Kraken». Podría convertirse en comerciante, como pretendía Tris, o ir a los Peldaños de Piedra y unirse a los piratas. O…

–Os envío a cada uno un trozo de príncipe, –murmuró.

Qarl sonrió. –Yo pronto tendré un trocito de ti, –susurró– ese pedacito dulce…

Algo salió volando de entre la maleza y aterrizó con un golpe suave, chocando y rebotando. Era redondo, oscuro y húmedo, con un largo pelo saliente que se enredaba mientras rodaba. Cuando se quedó quieto entre las raíces de un roble, Lengua Sombría dijo, –Rolf el Enano ya no es tan alto. –La mitad de sus hombres se pusieron entonces de pie, cogiendo escudos, lanzas y hachas. «Ellos tampoco encienden antorchas», tuvo tiempo de pensar Asha, «y conocen estos bosques mucho mejor que nosotros». Entonces los árboles se abrieron alrededor de ellos, y los norteños aparecieron con aullidos. «Lobos», pensó, «ellos aúllan como condenados lobos. El grito de guerra del norte». Sus hijos del hierro gritaron también, y la lucha comenzó.

Nadie cantaría nunca nada sobre aquella batalla. Ningún maestre dejaría constancia escrita para uno de los amados libros del Lector. Sin estandartes volando, ni cuernos de guerra sonando, ni grandes señores reclamando a sus hombres para decirles sus últimas palabras. Lucharon en la penumbra previa al amanecer, sombra contra sombra, tropezando con raíces y rocas, con barro y hojas secas bajo sus pies. Los hijos del hierro iban cubiertos de armillas y cuero cubierto de sal, los norteños de pieles, cuero y ramas de pino. La luna y las estrellas observaron su lucha, con su pálida luz filtrándose a través de las ramas enmarañadas que se retorcían sobre sus cabezas.

El primero en acercarse a Asha Greyjoy murió a sus pies con su hacha arrojadiza entre ojo y ojo.

Eso le dio tiempo suficiente para colocarse bien el escudo. –¡Venid a mí! –gritó, pero si llamaba a sus hombres o a sus enemigos, era algo que ni siquiera Asha podría decir con certeza. Un norteño alzó un hacha ante ella, descargándola con ambas manos mientras aullaba con furia. Asha levantó el escudo para detener el golpe, y después se acercó lo suficiente para clavarle su puñal en las tripas. Su aullido adquirió un tono diferente cuando se desplomó. Ella se giró y se encontró a otro lobo detrás de ella, y le dio un tajo en la parte descubierta de su yelmo. Su propia inercia al cortarle la dejó doblada por debajo del pecho, pero hizo girar la armilla, y así pudo dirigir la punta de su puñal hacia su garganta y dejar que se ahogara con su propia sangre. Una mano le tiró del pelo, pero como lo tenía corto, no se lo pudo agarrar lo suficiente para tirar hacia atrás su cabeza. Asha le golpeó con su bota en el empeine y consiguió soltarse mientras él gritaba de dolor. Cuando se dio la vuelta, el hombre estaba en el suelo, moribundo, con un puñado de pelo en su mano. Qarl estaba encima de él, con su espada larga goteando y la luz de la luna brillando en sus ojos.

Lengua Sombría iba contando los norteños que iba matando, cantándolos. –Cuatro, –mientras uno se desplomaba–, cinco, –un golpe más tarde. Los caballos gritaban y pataleaban, con los ojos blancos de miedo, enloquecidos por la carnicería y la sangre… todos excepto el gran semental ruano de Tris Botley. Tris había ensillado el caballo, y se agitaba y daba vueltas con él mientras iba descargando su espada. «Le deberé algún que otro beso antes de que acabe la noche», pensó Asha.

–Siete, –gritó Lengua Sombría, pero pegado a él, Lorren Hachalarga se estiraba apoyado en una sola pierna, mientras las sombras seguían cayendo, gritando y susurrando. «Estamos luchando contra arbustos», pensó Asha mientras daba muerte a un hombre cubierto con más hojas de las que tenían los árboles de alrededor. Aquello le hizo reír. Su risa atrajo más lobos hacia ella, y ella acabó con ellos también, preguntándose si debería comenzar a contar los suyos. «Soy una mujer casada, y aquí está mi retoño». Ella clavó su puñal en el pecho de un norteño, atravesando pieles, lana y coraza. Su cara quedó tan cerca de ella, que ella podía oler el hedor agrio de su aliento, con su mano en su garganta. Asha sintió su acero rascando el hueso mientras lo movía entre sus costillas. Finalmente, el hombre pegó una sacudida y murió. Cuando consiguió soltarse de él, ella estaba tan debilitada que a punto estuvo de caerse encima.

Poco después, ella se puso espalda con espalda con Qarl, escuchando lamentos y maldiciones a su alrededor, haciendo arrastrarse entre las sombras a hombres valientes en busca de sus madres. Un arbusto se dirigió a ella con una lanza lo suficientemente grande para atravesarla por el vientre y alcanzar la espalda de Qarl, pudiéndolos empalar a ambos hasta la muerte. «Mejor morir así que en soledad», pensó ella, pero su primo Quenton mató al lancero antes de que les alcanzara. Solo un instante después, otro arbusto acabaría con Quenton, clavándole un hacha en la base del cráneo.

Por detrás de ella, Lengua Sombría gritaba, –nueve, ¡malditos seáis todos! –La hija de Hagen apareció desnuda de debajo de los árboles, con dos lobos pegados a ella. Asha agarró un hacha arrojadiza sin dueño y la hizo volar hasta alojarla en la espalda de uno de ellos. Cuando éste se desplomó, la hija de Hagen cayó de rodillas, desenvainó la espada y se la clavó al segundo hombre. Después se levantó de nuevo, cubierta de sangre y barro, con su largo cabello rojillo suelto, y volvió a la lucha.

En algún momento en el albor de la batalla, Asha perdió a Qarl, perdió a Tris y perdió al resto. También se había quedado sin su puñal y sin sus hachas arrojadizas; en su lugar, ella tenía una espada en una mano, una espada corta de filo grueso, muy parecida al cuchillo de un carnicero. Era un arma que no sabría decir en qué momento de su vida pudo conseguir. Le dolía el brazo, tenía sabor a sangre en la boca, sus piernas estaban temblando, y los rayos de la pálida luz del amanecer comenzaban a filtrarse a través de los árboles. «¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuánto rato llevamos luchando?»

Su último enemigo fue un norteño con un hacha, un gran hombre calvo y barbudo, vestido con una cota de malla parcheada y oxidada que solo podía significar que era un cabecilla o un campeón. No le complació tener que luchar contra una mujer. ¡*Coño! ¡Coño!*

Asha quiso responderle al grito, pero tenía la garganta tan seca que solo pudo soltar un gruñido. El hacha hizo temblar su escudo, resquebrajando la madera en el balanceo y arrancando varias astillas largas y pálidas en la extracción. En poco tiempo, se vería con apenas un trozo de madera en el brazo. Se echó hacia atrás y se deshizo del escudo destrozado, retrocediendo aún más y danzando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda para esquivar los hachazos.

Entonces su espalda chocó con fuerza contra un árbol, y no pudo danzar más. El lobo levantó el hacha sobre su cabeza con la intención de partírsela en dos. Asha intentó deslizarse hacia su derecha, pero sus pies quedaron enredados en varias raíces, quedando atrapada. Se tropezó, perdiendo el equilibrio, y el hacha crujió en su sien en un grito de acero sobre el acero. El mundo se volvió rojo, negro y, de nuevo, rojo. El dolor atravesó su pierna como un relámpago, y a lo lejos ella pudo escuchar a su norteño decir "coño maldito", mientras elevaba su hacha al viento para rematarla.

Una trompeta sonó.

*«*Algo va mal»*,* pensó ella. «No hay trompetas en las estancias acuosas del Dios Ahogado. Bajo las olas las pescadillas adoran a su señor soplando en conchas marinas».

Ella soñó con corazones rojos ardientes, y un ciervo negro en un árbol dorado con llamas surgiendo de sus astas.

27. TYRION

Cuando llegaron a Volantis, el cielo estaba púrpura al oeste y negro al este, y las estrellas se estaban yendo. «Las mismas estrellas que en Poniente», reflexionó Tyrion Lannister.

Podría haber encontrado algún consuelo en ello si no estuviese maniatado como un ganso y amarrado a una silla de montar. Había dejado de retorcerse intentando liberarse. Los nudos que lo ataban eran demasiado fuertes. Ahora, había relajado los músculos como si fuese un saco de harina. «Ahorrando fuerzas», se dijo a sí mismo, aunque no hubiese sabido decir para qué.

Volantis cerraba sus puertas al anochecer, y los guardias de la puerta norte apremiaban impacientemente a los rezagados. Se unieron a la cola tras un carromato repleto de limas y naranjas. Los guardias pasearon sus antorchas por el carromato, pero examinaron más detenidamente al gran Ándalo montado en su caballo de guerra, con su espada larga y su cota de malla. Un capitán fue llamado. Mientras él y el caballero intercambiaban ciertas palabras en Volantino, uno de los guardias se quitó el yelmo en forma de garra y frotó la cabeza de Tyrion. –Estoy lleno de buena suerte– le dijo el enano. –Déjame libre, amigo, y me aseguraré de que seas bien recompensado.

Su captor le oyó. –Guarda tus mentiras para aquellos que hablan tu lengua, gnomo– , dijo mientras los volantinos le mandaban pasar.

Se estaban moviendo de nuevo, pasando a través de la puerta y bajo los enormes muros de la ciudad. –Vos sí habláis mi lengua. ¿Puedo haceros cambiar de opinión con promesas, o estáis decididos a ganaros el título de lord con mi cabeza?

–Yo era un lord, por derecho de nacimiento. No quiero títulos huecos.

–Eso es todo lo que vais a conseguir de mi dulce hermana.

–He oído que un Lannister siempre paga sus deudas.

–Oh, cada penique... pero ni un venado más, mi señor. Conseguirás la comida que pactaste, pero no estará aderezada con gratitud, y al final no te alimentará.

–Puede ser que todo lo que quiera es verte pagar por tus crímenes. Los asesinos de su propia sangre son detestables a los ojos de dioses y hombres.

–Los dioses están ciegos. Y los hombres ven sólo lo que quieren ver.

–Yo te veo suficientemente bien, gnomo– Algo oscuro se notaba ahora en el tono del caballero. –He hecho cosas de las que no estoy orgulloso, cosas que llevaron la vergüenza a mi casa y al nombre de mi padre ... pero, ¿matar a tu propio padre? ¿Cómo puede un hombre hacer eso?

–Dadme una ballesta y bajaos los pantalones, y yo os enseñaré cómo–. «Gustosamente».

–¿Crees que esto es una broma.
–La vida es una broma. La vuestra, la mía, la de todo el mundo.

Dentro de los muros de la ciudad, cabalgaron a través de sedes de gremios, mercados y casas de baños. Las fuentes salpicaban y cantaban en los centros de amplias plazas, donde hombres se sentaban en mesas de piedra, jugando al *cyvasse* y bebiendo vino en copas de cristal, mientras los esclavos encendían lámparas ornamentadas para mantener a la oscuridad en la bahía. Palmeras y

cedros crecían a lo largo de la carretera adoquinada , y había monumentos en cada cruce. A muchas de las estatuas les faltaba la cabeza, notó el enano, pero, aún sin cabeza, se las arreglaban para parecer imponentes en el anochecer púrpura.

A medida que el caballo de guerra trotaba trabajosamente al lado del río en dirección sur, las tiendas se hicieron más pequeñas y pobres, y los árboles a los lados de la carretera pasaron a ser una hilera de tocones. Bajo los cascos de su caballo, los adoquines dieron paso primero a la hierba y después a barro suave y mojado del color de los excrementos de un bebé. Los pequeños puentes que cruzaban las pequeñas corrientes que alimentaban al Rhoyne crujían alarmantemente bajo su peso. Donde una vez un fortín había vigilado el río, quedaba ahora una puerta rota, abierta como la boca sin dientes de un anciano. Podían verse cabras asomando por los parapetos.

«Vieja Volantis, primera hija de Valyria», reflexionó el enano. «Orgullosa Volantis, reina del Rhoyne y esposa del Mar del Verano, hogar de nobles señores y encantadoras damas de la más antigua sangre». No importaban los grupos de niños desnudos que deambulaban por las calles gritando con sus estridentes voces, o los *bravos* de pie en las puertas de las vinerías repiqueteando con los dedos en la empuñadura de sus espadas, o los esclavos con sus espaldas dobladas y caras tatuadas que correteaban por todas partes como cucarachas. «Mítica Volantis, la más grande y poblada de las Nueve Ciudades Libres». Sin embargo, antiguas guerras habían despoblado gran parte de la ciudad y grandes zonas de Volantis habían empezado a sumergirse de nuevo en el barro sobre el que se sustentaban. «Bella Volantis, ciudad de fuentes y flores». Pero la mitad de las fuentes estaban secas y la mitad de los estanques agrietados. Parras florecientes sacaban sus ramas trepadoras por cada grieta en las paredes o en el pavimento, y algunos árboles jóvenes habían enraizado en las paredes de tiendas abandonadas y en los templos sin techo.

Y luego estaba el olor. Se suspendía en el aire húmedo y caliente, intenso, fétido, omnipresente. «Hay pescado en él, y flores, y algo de excrementos de elefante también». Algo dulce y algo terroso y algo muerto y podrido. –Esta ciudad huele como una puta vieja– anunció Tyrion. –Como una furcia renqueante que se ha empapado sus partes privadas con perfume para ahogar el hedor que hay entre sus piernas. No es que me queje. Con las putas, las jóvenes huelen mucho mejor, pero las viejas saben más trucos.

–Tú sabrás más de eso que yo.

–Ah, claro. Ese burdel en el que nos conocimos, ¿pensasteis que era un templo? ¿aquella que retozaba en vuestro regazo era vuestra hermana virgen?

Eso le hizo fruncir el ceño. –Dale a esa lengua tuya un respiro a menos que prefieras que te haga un nudo con ella.
Tyrion se tragó su réplica. Su labio estaba aún hinchado de la última vez que había llegado demasiado lejos con el caballero. «Manos duras y ausencia de sentido del humor hacen un mal matrimonio». Eso lo había aprendido en el camino desde Selhorys. Sus pensamientos fueron a su bota, a las setas en su dedo gordo del pie. Su captor no lo había registrado tan exhaustivamente como debería. «Siempre está esa vía de escape. Al menos Cersei no me tendrá vivo».

Más al sur, empezaron a reaparecer señales de prosperidad. Se veían menos edificios vacíos, desaparecieron los niños desnudos, los *bravos* en las puertas parecían vestidos de forma más suntuosa. Algunas de la tabernas al lado de las que pasaron incluso parecían sitios donde uno podía dormir sin miedo a que le cortaran la garganta. Había linternas colgadas en puntales a lo largo de la carretera del río, que se balanceaban cuando soplaba el viento. Las calles se hicieron más anchas, los edificios más imponentes. Algunos estaban coronados con grandes cúpulas de cristal coloreado. En el creciente anochecer, con fuegos encendidos debajo de ellas, las cúpulas refulgían azul y rojo y

verde y púrpura.

A pesar de eso, había algo en el aire que intranquilizaba a Tyrion. El sabía que, al oeste del Rhoyne, los muelles de Volantis estaban repletos de marineros, esclavos y comerciantes y las vinerías, tabernas y burdeles se ocupaban de ellos. Al este del río, los extraños del otro lado de los mares eran vistos menos a menudo. «No somos queridos aquí», se dio cuenta el enano.

La primera vez que pasaron al lado de un elefante, Tyrion no pudo evitar quedarse mirando. Había habido una elefanta en el zoo de Lannisport cuando él era niño, pero se había muerto cuando él tenía 7 años. ... y esta gran mole gris parecía ser el doble de grande.

Más adelante, se encontraron con un elefante más pequeño, blanco como un hueso viejo, tirando de un carro de bueyes ornamentado. –¿Puede llamarse carro de bueyes a un carro de bueyes sin buey?– preguntó Tyrion a su captor. Cuando esta salida no tuvo respuesta, volvió a guardar silencio, contemplando el trasero en movimiento del elefante blanco enano delante de ellos.

Volantis estaba lleno de elefantes enanos blancos. Vieron una docena según se acercaban al Muro Negro y a los atestados distritos cerca del Puente Largo. Los grandes elefantes grises no eran raros tampoco - enormes bestias con castillos sobre sus espaldas. Y a la medialuz del atardecer, habían salido las carretas de estiércol, atendidas por esclavos semi-desnudos cuya tarea era recoger las pilas humeantes dejadas por los elefantes, tanto grandes como pequeños. Enjambres de moscas seguían a las carretas, así que los esclavos del estiércol tenían moscas tatuadas en sus mejillas para identificarlos como lo que eran. «He ahí un oficio para mi dulce hermana», musitó Tyrion. «Estaría tan guapa con una pala y moscas tatuadas en esas pequeñas mejillas rosadas».

Para entonces, avanzaban muy lentamente. La carretera del río estaba atascada de tráfico, casi todo fluyendo en dirección sur. El caballero se unió a él, un tronco atrapado en la corriente. Tyrion miraba a la muchedumbre al pasar. Nueve de cada diez hombres llevaban marcas de esclavo en sus mejillas. –Tantos esclavos ... ¿a dónde van todos?.
–Los sacerdotes rojos encienden sus fuegos nocturnos al ponerse el sol. El Sumo Sacerdote hablará. Lo evitaría si pudiese, pero para llegar al Puente Largo debemos pasar por el templo rojo.

Tres bloques más tarde la calle se abrió ante ellos a una enorme plaza iluminada con antorchas, y allí estaba. «Que los Siete me salven, esto debe de ser tres veces más grande que el gran septo de Baelor». Una enormidad de pilares, escalones, contrafuertes, puentes, cúpulas, y torres unos detrás de otros, como si todos ellos hubiesen sido cincelados a partir de una sola y colosal roca, el Templo del Señor de la Luz relucía como la Colina Alta de Aegon. Cien tonalidades de rojo, amarillo, oro y naranja se entremezclaban en los muros del templo, disolviéndose los unos en los otros como las nubes al ponerse al sol. Sus esbeltas torres se retorcían siempre hacía arriba, llamas congeladas bailando y apuntando hacia el cielo. «Fuego convertido en piedra». Enormes hogueras nocturnas ardían al lado de los escalones del templo, y entre ellas el Sumo Sacerdote había empezado a hablar.

«Benerro». El sacerdote estaba sobre un pilar de piedra roja, unido por un esbelto puente a una majestuosa tribuna donde estaban los sacerdotes menores y los acólitos. Los acólitos vestían togas amarillo pálido y naranja brillante, los sacerdotes y las sacerdotisas, rojas.

La gran plaza delante de ellos estaba atestada. Muchísimos de los devotos llevaban una tira de tela roja enganchada en la solapa o atada en la frente. Todos los ojos se fijaban en el Sumo Sacerdote, excepto los suyos. –Dejad pasar– gruñó el caballero mientras su caballo se abría paso a través de la multitud. –Abrid camino–. Los Volantinos dejaban pasar de mala gana, refunfuñando y con miradas malhumoradas.

La voz fuerte de Benerro se escuchaba con claridad. Alto y delgado, tenía la cara demacrada y la piel blanca como la leche. Tenía llamas tatuadas en las mejillas, en el mentón y en la afeitada cabeza, para formar una máscara rojo brillante que crepitaba en sus ojos y formaba volutas alrededor de su boca sin labios. –¿Es ese un tatuaje de esclavo?– , preguntó Tyrion.

El caballero asintió. –El templo rojo los compra cuando son niños y los convierte en clérigos o en prostitutas del templo o en guerreros. Mira ahí.– Señaló a los escalones, donde una hilera de hombres vistiendo armaduras ornamentadas y capas naranjas permanecía de pie ante las puertas del templo sujetando sus lanzas con punta en forma de llama retorcida. –La Mano Ardiente. Los soldados del Señor de la Luz, defensores del templo.

«Caballeros del fuego». –¿ Y cuántos dedos tiene esa mano, si se puede saber?

–Mil. Nunca más y nunca menos. Una nueva llama se enciende por cada una que se apaga.

Benerro apuntó un dedo a la luna, cerró el puño, y abrió sus manos. Cuando su voz subió "in crescendo", con un súbito "whooosh" salieron llamas de sus dedos que hicieron que la multitud ahogase un grito. El clérigo era capaz también de trazar letras en el aire. *Jeroglíficos Valirios*. Tyrion reconoció quizás dos de 10; uno era "Muerte", el otro "Oscuridad".
La multitud estalló en gritos. Las mujeres lloraban y los hombres agitaban sus puños. «Tengo un mal presentimiento sobre esto». El enano se acordó del día en que Myrcella navegó hacia Dorne y de los disturbios que se produjeron mientras se abrían camino de regreso a la Fortaleza Roja.

Haldon Mediomaestre había hablado de usar al sacerdote rojo en beneficio del joven Griff, recordó Tyrion. Ahora que había visto y oído al hombre en persona, le pareció una idea muy mala. Esperó que Griff tuviese más sentido común. «Algunos aliados son más peligrosos que enemigos. Pero Lord Connington deberá darse cuenta de eso por sí mismo. Probablemente mi cabeza termine en una estaca».

El sacerdote señalaba al Muro Negro detrás del templo, haciendo gestos hacia sus pretiles, donde un puñado de guardias armados permanecía de pie mirando hacia abajo. –¿Qué está diciendo?– preguntó Tyrion al caballero.

–Que Daenerys está en peligro. El ojo oscuro ha caído sobre ella, y los esbirros de la noche están tramando su destrucción, rezando a sus falsos dioses en templos de la mentira ... conspirando traiciones con los forasteros sin Dios ...

Los pelos de la nuca de Tyrion se encresparon. «El Príncipe Aegon no encontrará ningún amigo aquí». El sacerdote rojo habló de la antigua profecía, una profecía que predecía la llegada de un héroe para librar al mundo de la oscuridad. Un héroe. No dos. Daenerys tiene dragones, Aegon no. El enano no necesitaba ser profeta para prever cómo Benerro y sus seguidores podrían reaccionar a un segundo Targaryen. «Seguramente Griff se dará cuenta también», pensó, sorprendido al darse cuenta de lo mucho que le importaba.

El caballero se había abierto paso a través de la mayor parte de la multitud hasta la parte trasera de la plaza, haciendo caso omiso de las maldiciones que les arrojaban al pasar. Un hombre se puso delante de ellos, pero su captor agarró la empuñadura de su espada larga y la sacó justo lo suficiente para mostrar un pie de acero desnudo. El hombre desapareció, y al mismo tiempo un callejón se abrió ante ellos. El caballero puso su montura al trote, y dejó atrás a la multitud. Durante un tiempo, Tyrion aún pudo oír la voz de Benerro haciéndose más débil a sus espaldas y los rugidos que, como truenos repentinos, provocaban sus palabras.

Llegaron a un establo. El caballero desmontó, y golpeó la puerta hasta que un esclavo demacrado con una cabeza de caballo tatuada en su mejilla vino corriendo. El enano fue arrancado bruscamente de la silla y atado a un poste mientras su captor despertaba al dueño del establo y regateaba con él el precio de su caballo y de la silla. «Es más barato vender un caballo que embarcarlo a la otra mitad del mundo». Tyrion presintió un barco en su futuro inmediato. Tal vez era un profeta, después de todo.

Cuando el regateo terminó, el caballero colgó sus armas, el escudo y su alforja al hombro y le pidió instrucciones para llegar a la herrería más cercana. Resultó estar también cerrada, pero abrió rápidamente ante los gritos del caballero. El herrero le echo un vistazo a Tyrion, y luego asintió y aceptó un puñado de monedas.

–Ven aquí– , dijo el caballero a su prisionero. Sacó su daga y cortó las ligaduras de Tyrion.
–Gracias– dijo el enano mientras se frotaba las muñecas, pero el caballero se limitó a reír y dijo: –Guarda tu gratitud para quién la merezca, gnomo. No te gustará lo que viene a continuación .

No estaba equivocado.

Las esposas eran de hierro negro, grueso y pesado, y cada una pesaba unos dos kilos por lo que el enano podía juzgar. Las cadenas añadían aún más peso. –Debo de ser más temible de lo que pensaba– confesó Tyrion mientras los últimos eslabones eran cerrados. Cada golpe enviaba una descarga por su brazo casi hasta el hombro. –¿O tenéis miedo de que me escape muy lejos con estas piernas atrofiadas mías?

El herrero ni siquiera levantó la mirada de su trabajo, pero el caballero oscuro se echó a reír. –Es tu boca la que me preocupa, no tus piernas. Con cadenas, eres un esclavo. Nadie va a escuchar una palabra de lo que digas, ni siquiera aquellos que hablan la lengua de Poniente.

–No hay necesidad de esto– protestó Tyrion. –Voy a ser un pequeño prisionero bueno, lo seré, lo seré.

–Demuéstralo, entonces, y cierra la boca

Así que inclinó la cabeza y se mordió la lengua, mientras le fijaban las cadenas de muñeca a muñeca, de muñeca a tobillo y de tobillo a tobillo. «Estas malditas cosas pesan más que yo». Sin embargo, al menos, respiró. Su captor podría fácilmente haberle cortado la cabeza. Eso era todo lo que Cersei pedía, después de todo. No habérsela cortado había sido el primer error de su captor. «Hay medio mundo entre Volantis y Desembarco del Rey, y muchas cosas pueden suceder en el camino, ser»

El resto del camino lo hicieron a pie, con Tyrion moviéndose ruidosamente con sus cadenas luchando por mantener el largo e impaciente paso de su captor. Cada vez que amenazaba con quedarse atrás, el caballero agarraba los grilletes y tiraba de ellos, arrastrando al enano a su lado entre tropiezos y saltos. «Podría ser peor. Podría estar azuzándome con un látigo».

Volantis se levantaba sobre una boca del Rhoyne donde el río besaba el mar, con sus dos mitades unidas por un puente. La más antigua y más rica parte de la ciudad estaba al este del río, pero las espadas mercenarias, los bárbaros, y otros forasteros incultos no eran bienvenidos allí, así que era menester que cruzasen hacia el oeste.

La puerta de entrada al Puente Largo era un arco de piedra negra tallada con esfinges, mantícoras, dragones y criaturas aún más extrañas. Más allá del arco se extendía el gran puente que los Valirios

habían construido en la cima de su gloria, con su calzada de piedra soportada por enormes pilares. El camino tenía el ancho justo para permitir el paso de dos carros, por lo que cuando un carro que se dirigía al oeste se cruzaba con uno que iba hacia hacia el este, ambos tenían que frenar hasta prácticamente pararse.

Fue una suerte que fueran a pie. A un tercio del camino, un carro cargado de melones había enredado sus ruedas en una pila de alfombras de seda, parando en seco todo el tráfico rodado. Gran parte del tráfico de peatones se había detenido también para ver a los conductores maldecirse y gritarse los unos a los otros, pero el caballero tiró de la cadena de Tyrion y abrió un camino entre la multitud para ambos. En medio de los apretujones , un chico trató de llegar a su bolsa, pero un fuerte codazo puso fin a su intento, llenándole la mitad de la cara con la sangre de su nariz.

Los edificios se elevaban a ambos lados: las tiendas y templos, las tabernas y posadas, las casas de cyvasse y los burdeles. La mayoría eran de tres o cuatro pisos de altura, y cada planta sobresalía sobre la inferior. Los pisos más altos casi se besaban. Cruzar el puente era como pasar por un túnel con antorchas. A lo largo del puente había tiendas y puestos de todo tipo, tejedoras y fabricantes de encajes exhibían sus mercancías mejilla con mejilla con sopladores de vidrio, fabricantes de velas, y esposas de pescadores que vendían anguilas y ostras. Cada orfebre tenía un guardia en su puerta, y cada vendedor de especias tenía dos, ya que sus productos eran dos veces más valiosos. Aquí y allá, entre las tiendas, el viajero podía captar un vistazo del río que estaba cruzando. Al norte el Rhoyne era una ancha cinta negra brillando con las estrellas, cinco veces más ancha que la corriente del Aguas Negras en Desembarco del Rey. Al sur del puente el río se abría para abrazar al mar salobre.

En el centro del puente, manos cortadas de ladrones y carteristas colgaban como ristras de cebollas en barras de hierro a lo largo de la carretera. Se exhibían también tres cabezas, dos hombres y una mujer, con sus crímenes garabateados en tablillas debajo de ellos. Un par de lanceros los vigilaban, vestidos con cascos pulidos y cotas de malla de plata. En sus mejillas se dibujaban rayas de tigre tan verdes como el jade. De vez en cuando los guardias agitaban sus lanzas para ahuyentar a los cernícalos, gaviotas y cuervos que rondaban a los fallecidos. Los pájaros regresaban a las cabezas en unos instantes.

–¿Qué hicieron?– preguntó inocentemente Tyrion.

El caballero miró a las inscripciones. –La mujer era una esclava que levantó la mano a su señora. El hombre mayor fue acusado de fomentar la rebelión y de espionaje a favor de la reina dragón.

–Y el joven?

–Mató a su padre.

Tyrion le echó un segundo vistazo a la cabeza podrida. «Casi parece como si sus labios estuviesen sonriendo».

Más adelante, el caballero se detuvo brevemente para admirar una tiara enjoyada mostrada sobre un lecho de terciopelo morado. Pasó de largo, pero a los pocos pasos se detuvo de nuevo para regatear por un par de guantes en el puesto de un peletero. Tyrion estaba agradecido por los respiros. El ritmo vivo le había dejado jadeando, y sus muñecas estaban irritadas por las esposas.

Desde el otro extremo del Puente Largo, quedaba sólo una corta caminata por los repletos distritos del paseo de la orilla oeste, por calles iluminadas con antorchas, llenas de marineros, esclavos y juerguistas borrachos. Un elefante pasó pesadamente con media docena de esclavas desnudas saludando desde el castillo en su parte posterior, haciendo burla a los transeúntes mostrándoles

brevemente sus pechos y gritando –Malaquo, Malaquo.– Eran un espectáculo tan fascinante que Tyrion casi se cae en el humeante montón de excremento que el elefante había dejado a su paso. Se salvó en el último instante, cuando el caballero le arrastró a un lado, tirando de su cadena tan fuerte que le hizo tropezar y tambalearse.

–¿Cuánto falta?– Preguntó el enano. –Ahí mismo. Plaza de las pescaderías.

Su destino resultó ser la Casa del Mercader, un monstruo de cuatro pisos encajado entre los almacenes, los burdeles y las tabernas a la orilla del agua, como un enorme hombre gordo rodeado de niños. Su sala común era más grande que los grandes salones de la mitad de los castillos en Poniente, era un laberinto tenuamente iluminado con un centenar de reservados y rincones ocultos en cuyas vigas ennegrecidas y techos agrietados reverberaba el eco del fragor de los marineros, comerciantes, capitanes, cambistas de moneda, transportistas y tratantes de esclavos, mintiendo, maldiciendo, y estafándose los unos a los otros en medio centenar de lenguas diferentes.

Tyrion aprobó la elección del hospedaje. Tarde o temprano la *Doncella Tímida* llegará a Volantis. Este era el mayor albergue de la ciudad, la primera opción para los transportistas, capitanes y buques mercantes. Una gran cantidad de negocios se hacían en ese laberinto cavernoso de sala común. Él sabía lo suficiente de Volantis para saberlo. Bastaría con que Griff apareciese aquí con Duck y Haldon, y sería libre de nuevo muy pronto.

Mientras tanto, sería paciente. Su oportunidad llegaría.

Las habitaciones de arriba resultaron ser bastante menos que grandiosas, sobre todo las más baratas en el cuarto piso. Enclavada en una esquina del edificio por debajo de un techo inclinado, el dormitorio que su captor había reservado ofrecía un techo bajo, una cama de plumas caídas con un olor desagradable, y un grado de inclinación del piso de tablones de madera que recordó a Tyrion su estancia en Nido de Águilas. «Por lo menos esta habitación tiene paredes». También tenía ventanas; esas eran sus principales comodidades, junto con el anillo de hierro empotrado en la pared, tan útil para encadenar a los esclavos de uno. Su captor se detuvo sólo el tiempo suficiente para encender una vela de sebo antes de asegurar las cadenas de Tyrion al anillo.

–¿Es necesario?– protestó débilmente el enano. –¿A dónde voy a ir?, ¿voy a saltar por la ventana?

–Es posible.

–Estamos en un cuarto piso, y no puedo volar.

–Puedes tirarte. Quiero que vivas.

«Sí, pero ¿por qué? . A Cersei probablemente le dé igual». Tyrion sacudió sus cadenas. –Yo sé quién eres, ser– No había sido difícil de descifrar. El oso en su abrigo, los brazos en su escudo, el señorío perdido que había mencionado. –Yo sé lo que sois. Y si vos sabéis quién soy yo, también sabéis que yo era la mano del rey y que me senté en el consejo con la araña. ¿Os interesaría saber que fue el eunuco el que me envió a este viaje?–. «Él y Jaime, pero voy a dejar a mi hermano fuera de esto» –Yo soy tanto su criatura como vos. No deberíamos llevarnos mal.

Estas palabras no fueron del agrado del caballero. –Cogí el dinero de la araña, no voy a negarlo, pero nunca fui su criatura. Y mis lealtades son otras ahora.

–¿Con Cersei?. Aún más tonto por vuestra parte. Todos lo que mi hermana necesita es mi cabeza, y tenéis una bonita espada afilada. ¿Por qué no poner fin a esta farsa ahora por el bien de los dos?

El caballero se rió. –¿Es este algún truco de enano? Rogar por la muerte con la esperanza de que te dejaré vivir?– Se acercó a la puerta. –Te voy a traer algo de la cocina.

–Qué amable. Os esperaré aquí.

–Sé que lo harás.– Aún así, cuando el caballero se fue, cerró la puerta detrás de él con una pesada llave de hierro. La Casa de los Mercaderes era famosa por sus cerraduras. «Tan segura como una cárcel» pensó el enano con amargura, «pero al menos están esas ventanas».

Tyrion sabía que las posibilidades de escapar de sus cadenas eran poco menos que inexistentes, pero aún así, se sintió obligado a intentarlo. Sus esfuerzos para deslizar una mano a través de las esposas sólo sirvieron para arrancarse más piel y dejar su muñeca manchada de sangre, y sus tirones y forcejeos no pudieron arrancar la anilla de hierro de la pared. «Maldita sea», pensó, dejándose caer hacia atrás tanto como sus cadenas le permitían. Sus piernas habían empezado a sufrir calambres. Esta iba a ser una noche terriblemente incómoda. «La primera de muchas, sin duda».

La habitación era sofocante, por lo que el caballero había abierto las ventanas para dejar entrar la brisa. Hacinada en una esquina del edificio, bajo los aleros, la habitación tenía suerte de tener dos ventanas. Una miraba hacia el Puente Largo y al corazón del antiguo Volantis, cercado por el muro negro al otro lado del río. La otra se abría a la plaza de abajo. Plaza de la Pescadería, la había llamado Mormont. A pesar de lo fuerte que estaban atadas las cadenas, Tyrion descubrió que podía mirar por esta última ventana si se inclinaba a un lado y dejaba que el anillo de hierro soportase su peso. «No es una caída tan larga como la de las celdas del cielo de Lysa Arryn, pero me dejaría igual de muerto. Tal vez si estuviese borracho ...»

Incluso a esta hora la plaza estaba llena de marineros fanfarrones, prostitutas merodeando en busca de clientes, y comerciantes dedicados a sus labores. Una sacerdotisa roja pasó rápidamente , asistida por una docena de acólitos con antorchas, con sus ropas batiendo sobre sus tobillos. En otra parte de la plaza un par de jugadores de cyvasse hacían la guerra frente a una taberna. Un esclavo estaba al lado de su mesa, con una linterna sobre el tablero. Tyrion oía el canto de una mujer. Las palabras eran extrañas, la melodía era suave y triste. «Si supiese lo que está cantando, me echaría a llorar». Más cerca, un grupo se estaba formando en torno a un par de malabaristas que se lanzaban antorchas de fuego el uno al otro.

Su captor regresó poco después, con dos jarras de cerveza y un pato asado. Cerró la puerta de una patada, desmembró el pato en dos, y tiró la mitad a Tyrion. Lo hubiese cazado al vuelo, pero las cadenas le hicieron quedarse corto cuando trató de levantar los brazos. A cambio, el pájaro le golpeó en la sien, la grasa caliente se le deslizó por la cara, y tuvo que agacharse y estirarse a por él pájaro haciendo ruido metálico con sus grilletes. Lo consiguió al tercer intento y lo desgarró feliz con sus dientes. –¿Un poco de cerveza para acompañar?

Mormont le entregó una jarra de cerveza. –La mayoría de Volantis está borracho, ¿por qué no tú?

La cerveza era dulce. Tenía un sabor afrutado. Tyrion bebió un buen trago y eructó felizmente. La jarra era de estaño, muy pesada. «Vacíala y tírasela a la cabeza», pensó. «Si tengo suerte, podría romperle el cráneo. Si tengo mucha suerte, fallaré, y él me matará a puñetazos». Tomó otro trago. –¿Es hoy algún día festivo?

–El tercer día de sus elecciones. Duran diez días. Diez días de locura. Marchas con antorchas, discursos, mimos y juglares y bailarines, bravos retándose en duelos a muerte por el honor de sus candidatos, los elefantes con los nombres de los aspirantes a patriarcas pintados en sus costados.

Esos malabaristas están actuando para la campaña de Methyso.

–Recordadme que vote por algún otro.– Tyrion lamió la grasa de sus dedos. Abajo, la multitud estaba arrojando monedas a los malabaristas. –¿Todos estos aspirantes a patriarcas patrocinan espectáculos de máscaras?

–Hacen lo que piensan que les hará ganar votos– dijo Mormont. –Alimentos, bebidas, espectáculo ... Alios ha enviado un centenar de guapas esclavas a la calle para acostarse con los votantes.

–Estoy con él– decidió Tyrion. –Traedme una esclava.

–Son para Volantinos nacidos libres y lo suficientemente acaudalados para poder votar. Preciosos y escasos votantes al oeste del río.

–Y esto se prolonga durante diez días?– Se rió Tyrion. –Yo lo disfrutaría, aunque tres reyes es dos reyes de más. Estoy tratando de imaginar cómo sería dirigir los siete reinos con mi dulce hermana y mi valiente hermano a mi lado. Uno de nosotros mataría a los otros dos en menos de un año. Me sorprende que estos patriarcas no hagan lo mismo.

–Algunos lo han intentado. Podría ser que los Volantinos sean los inteligentes y nosotros los de Poniente seamos los tontos. Volantis ha conocido su parte de locuras, pero nunca han sufrido un triarca niño. Y cada vez que un loco ha sido elegido, sus colegas lo han contenido hasta que su año ha seguido su curso. Piensa en los muertos que todavía podrían vivir si Aerys el loco hubiese tenido dos compañeros reyes con los que compartir el mando.

«En su lugar, tenía a mi padre» pensó Tyrion. –Algunos en las ciudades libres creen que somos todos salvajes a nuestro lado del mar estrecho– continuó el caballero. –Los que no, creen que somos niños, pidiendo a gritos la mano fuerte de un padre.
–¿O la de una madre?– «A Cersei le encantará. Sobre todo cuando se le presente con mi cabeza». –Parecéis conocer bien esta ciudad.

–He pasado la mayor parte del año aquí.– El caballero derramó los posos de la parte inferior de la jarra. –Cuando los Stark me forzaron al exilio, huí a Lys con mi segunda esposa. Braavos me habría venido mejor, pero Lynesse quería un lugar cálido. En lugar de servir a los Braavosi, luché contra ellos en el Rhoyne, pero por cada moneda que ganaba mi mujer gastaba diez. Cuando regresé a Lys, ella tenía un amante, quien me dijo alegremente que sería convertido en esclavo a causa de mis deudas a menos que renunciase a ella y abandonase la ciudad. Así fue como llegué a Volantis ... un paso por delante de la esclavitud, siendo dueño de nada, excepto de mi espada y de la ropa sobre mi espalda.

–Y ahora quieres volver corriendo a casa.

El caballero apuró el último de su cerveza. –Por la mañana voy a buscar una nave. La cama es mía. Puedes usar cualquier parte del suelo que tu cadena te permita alcanzar. Duerme si eres capaz. Si no, cuenta tus crímenes. Eso debería llevarte hasta por la mañana.

«Tú tienes tus propios crímenes por los que responder, Jorah Mormont», pensó el enano, pero parecía más prudente mantener ese pensamiento para sí mismo.

Ser Jorah colgó el cinturón de la espada en una pata de la cama, se quitó las botas, se quitó la cota de malla por la cabeza y se despojó de su túnica interior de lana y cuero, manchada de sudor, para

revelar un torso marcado y musculoso cubierto de pelo oscuro. «Si pudiera despellejarlo, podría vender su pellejo como manta de pieles», pensó Tyrion, mientras Mormont se dejaba caer en la ligeramente maloliente comodidad de su cama de plumas raídas.

Al poco tiempo el caballero estaba roncando, dejando a su prisionero a solas con sus cadenas. Con las dos ventanas abiertas, la luz de la luna menguante se derramaba a través de la alcoba. Se oían ruidos en la plaza de abajo: fragmentos de canciones de borrachos, los maullidos de un gato en celo, el ruido lejano del acero sobre el acero. «Alguien está a punto de morir» pensó Tyrion.

Su muñeca le dolía en el lugar en el que se había arrancado la piel, y sus cadenas le impedían sentarse, y mucho menos estirarse. Lo mejor que podía hacer era girarse de lado para apoyarse contra la pared, y al poco tiempo empezó a perder la sensibilidad en las manos. Cuando se movió para aliviar la tensión, le inundó de nuevo el dolor. Tuvo que apretar los dientes para no gritar. Se preguntó cuánto le había dolido a su padre cuando le perforó la ingle, qué habría sentido Shae cuando retorció la cadena alrededor de su garganta mentirosa, lo que Tysha habría sentido mientras la violaban. Sus sufrimientos no eran nada comparados con los de ellos, pero eso no hizo que le doliese menos. «Simplemente hacedlo parar».

Ser Jorah se había colocado de lado, por lo que todo lo que Tyrion podía ver de él era una amplia espalda peluda y musculosa. «Incluso si pudiera librarme de estas cadenas, tendría que pasar por encima de él para llegar al cinturón de su espada. Quizás si pudiese soltar el puñal...» O podría tratar de llegar a la llave, abrir la puerta, y arrastrarse por las escaleras y a través de la sala *común* ... «e ir a adónde? No tengo amigos, no tengo dinero, ni siquiera hablo la lengua local».

El agotamiento finalmente pudo con sus dolores, y Tyrion cayó en un sueño inquieto. Pero cada vez que otro calambre le subía por la pantorrilla, el enano gritaba en sueños, temblando en sus cadenas. Se despertó con todos los músculos doliéndole, para descubrir la mañana entrando por las ventanas tan brillante y dorada como el león de los Lannister. Debajo podía oír los gritos de los vendedores de pescado y el estruendo de ruedas de hierro sobre los adoquines.

Jorah Mormont estaba de pie sobre él. –Si te suelto del anillo, ¿harás lo que te digo?

–¿Involucrará bailar?. Podría tener dificultades para bailar. No siento las piernas. Es posible que se hayan caído. Para cualquier otra cosa, soy vuestro. Por mi honor de Lannister.

–Los Lannister no tienen honor– Ser Jorah desató sus cadenas de todos modos. Tyrion dio dos pasos tambaleantes y se cayó. La sangre que corría de nuevo por sus manos llevó lágrimas a sus ojos. Se mordió los labios y dijo: –Donde quiera que vayamos, tendrás que llevarme rodando.

En cambio, el caballero cargo con él , levantándolo por la cadena entre sus muñecas.

La sala común de la Casa del Mercader era un laberinto oscuro de nichos y grutas en torno a un patio central, donde un entramado de parras en flor formaban intrincados patrones en el suelo de piedra, y musgo verde y morado crecía entre las piedras. Las esclavas se movían apresuradamente a través de luces y sombras, sirviendo jarras de cerveza, vino y una bebida verde helada que olía a menta. Sólo una mesa de cada veinte estaba ocupada a esa hora de la mañana.

Una de ellas estaba ocupada por un enano. Afeitado y de mejillas rosadas, con una mata de pelo castaño, una frente pesada, y una nariz aplastada, se sentaba en un taburete alto, con una cuchara de madera en la mano, contemplando un plato de gachas de color púrpura, con los ojos enrojecidos. «Pequeño y feo bastardo», pensó Tyrion.

El otro enano notó su mirada. Cuando levantó la cabeza y vio a Tyrion, la cuchara resbaló de su mano.

–Me ha visto– advirtió Tyrion a Mormont. –¿Y qué?

–Me conoce. Sabe quién soy.

–¿Debería de meterte en una bolsa para que nadie te vea?– El caballero tocó la empuñadura de su espada larga. –Si pretende intentar cogerte, está invitado a intentarlo.

«Invitado a morir, queréis decir», pensó Tyrion. «¿Qué amenaza puede representar él para un tipo grande como vos? No es más que un enano»

Ser Jorah cogió una mesa en un rincón tranquilo y pidió comida y la bebida. Desayunaron pan sin levadura blando y caliente, huevas de salmón, salchichas con miel y langostas fritas, todo ello regado con una cerveza negra amarga. Tyrion comió como alguien medio muerto de hambre. –Tienes buen apetito esta mañana– observó el caballero.

–He oído que la comida en el infierno es horrible– Tyrion miró a la puerta, donde un hombre acababa de entrar: alto y encorvado, con una barba puntiaguda teñida de color púrpura. «Algún comerciante Tyroshi». Una ráfaga de sonido entró con él desde el exterior, los gritos de las gaviotas, la risa de una mujer, las voces de los vendedores de pescado. Durante medio latido del corazón pensó que vislumbraba a Illyrio Mopatis, pero era sólo uno de esos elefantes enanos blancos que pasaba por la puerta principal.

Mormont extendió huevas de pescado en una rebanada de pan y le dio un mordisco. –¿Esperas a alguien?

Tyrion se encogió de hombros. –Nunca se sabe a quién puede traer el viento. A mi único y verdadero amor, al fantasma de mi padre, un pato.– Se metió una langosta en la boca y la mordió. –No está mal. Para un insecto.

–Ayer por la noche todas las charlas aquí eran acerca de Poniente. Un lord exiliado ha contratado a la Compañía Dorada para recuperar sus tierras por él. La mitad de los capitanes de Volantis están corriendo río arriba para ofrecerle a Volon Therys sus barcos.

Tyrion se había tragado otra langosta. Casi se atraganta con ella. «¿Se burla de mí? ¿Cuánto puede saber de Griff y Aegon?». –Maldita sea– dijo. –Pretendía contratar a la Compañía Dorada yo mismo para recuperar Roca Casterly. «¿Podría ser un truco de Griff, ser informes falsos propagados deliberadamente? A menos que ...» ¿Podría el principito haberse tragado el anzuelo? Enviarlos al oeste en lugar de al este, abandonando sus esperanzas de casarse con la reina Daenerys? «Abandonar a los dragones ... ¿permitiría eso Griff?» –Con gusto os alquilaría también a vos, ser. El asiento de mi padre es mío por derecho. Juradme vuestra espada, y una vez que lo recupere os ahogaré en oro.

–Vi a un hombre ahogado una vez en oro. No fue un espectáculo agradable. Si alguna vez consigues mi espada, será a través de tus intestinos.

–Una cura segura para el estreñimiento– dijo Tyrion. –Preguntadle a mi padre.– Tomó su jarra de cerveza y bebió un trago lento, para ayudar a ocultar lo que pudiese estar mostrando su rostro. Tenía que ser una estratagema, diseñada para calmar las sospechas Volantinas. «Conseguir meter a los hombres a bordo con este pretexto falso y apoderarse de los buques, cuando la flota ya esté en el

mar. ¿Es ese el plan de Griff?». Podría funcionar. La Compañía Dorada estaba formada por diez mil hombres, con experiencia y disciplinados. «Ninguno de ellos es marinero, sin embargo. Griff necesitará mantener una espada en cada garganta, y en caso de que lleguen a la bahía de los Esclavos y tengan que luchar ...»

La camarera regresó. –La viuda le verá a continuación, ser. Le ha traído algún regalo?

–Sí. Gracias.– Ser Jorah dejó caer una moneda en la palma de la mano de la chica y la envió de vuelta.
Tyrion frunció el ceño. –¿Qué viuda es esa?

–La viuda de la ribera. Al este del Rhoyne todavía la llaman la puta de Vogarro , pero nunca a la cara.

El enano no entendía. –Y Vogarro era ...?

–Un elefante, siete veces Triarca, muy rico, alguien muy poderoso en los muelles. Mientras que otros hombres construían barcos y los navegaban, él construyó muelles y almacenes, intermedió en la venta de mercancías, cambió moneda, aseguró a los propietarios de buques contra los riesgos de la mar. También trataba con esclavos. Cuando se obsesionó con una de ellas, una esclava de cama entrenada en Yunkai en el camino de los siete suspiros, fue un gran escándalo ... y fue un escándalo aún mayor cuando la liberó y la hizo su esposa. Después de su muerte, ella continuó dirigiendo sus empresas. A los libertos no se les permite vivir dentro del Muro Negro, por lo que se vio obligada a vender la mansión de Vogarro. Se instaló a vivir en la Casa del Mercader. Eso fue hace treinta y dos años, y aquí sigue aún hoy. Es esa que está a tu espalda, en el patio, recibiendo a su corte en su mesa de costumbre. No, no mires. Está con alguien. Cuando termine, será nuestro turno.

–Y esta vieja bruja te ayudará, ¿cómo?

Ser Jora permaneció de pie. –Mira y verás. Se está yendo.

Tyrion saltó de su asiento con un ruido metálico. «Esto va a ser esclarecedor».

Había algo zorruno en la forma en que la mujer se sentaba en su esquina del patio, algo de reptil en sus ojos. Su pelo blanco era tan fino que dejaba ver el rosa de su cuero cabelludo. Debajo de un ojo aún conservaba débiles cicatrices en el lugar en el que un cuchillo había borrado sus lágrimas. Los restos de su comida de la mañana llenaban su mesa, cabezas de sardinas, huesos de aceitunas, trozos de pan sin levadura. Tyrion no dejó de notar lo bien escogida que estaba su "mesa habitual"; piedra sólida a su espalda, un hueco frondoso a un lado para las entradas y salidas, una vista perfecta de la puerta de la posada, y aún así tan en las sombras que ella misma era casi invisible.

Su visión hizo sonreír a la anciana. –Un enano– susurró, con una voz tan siniestra como suave. Hablaba la Lengua Común, con acento muy leve. –Volantis ha sido invadida por los enanos en los últimos tiempos, por lo que parece. ¿Sabe hacer trucos?

«Sí», se sintió tentado de decir Tyrion. «Dame una ballesta, y te enseñaré mi favorito». –No– respondió Ser Jorah.

–Es una lástima. Tuve una vez un mono que podía hacer todo tipo de trucos ingeniosos. Tu enano me recuerda a él. ¿Es un regalo?

–No. Te he traído este otro– Ser Jorah se quitó su par de guantes, y los dejó en la mesa al lado de los

otros regalos que la viuda había recibido esa mañana. Una copa de plata, un ornamentado abanico esculpido con hojas de jade tan delgadas que transparentaban, y una antigua daga de bronce decorada con runas. Al lado de estos tesoros los guantes parecían baratos y de mal gusto.
–Unos guantes para mis pobres manos viejas y arrugadas. Qué bien.– La viuda no hizo ningún ademán de tocarlos.

–Los compré en el Puente Largo.

–Un hombre puede comprar casi cualquier cosa en el Puente Largo. Guantes, esclavos, monos.– Los años habían doblado su columna vertebral y habían puesto una joroba en su anciana espalda, pero los ojos de la viuda eran brillantes y negros. –Ahora decidme en que os puede ser útil esta vieja viuda

–Necesitamos llegar rápidamente a Meereen

Una palabra. El mundo de Tyrion Lannister se puso cabeza abajo. Una palabra. Meereen. ¿O había oído mal? Una palabra. «Meereen, dijo Meereen, que me llevará a Meereen». Meereen significaba la vida. O la esperanza de vida, por lo menos.

–¿Por qué vienes a mí?– Dijo la viuda. –No soy dueña de ningún barco.

–Hay muchos capitanes en deuda con vos.

«Entregarme a la reina, dice. Sí, pero ¿qué reina?. No me va a vender a Cersei. Me va a entregar a Daenerys Targaryen. Es por eso por lo que no me ha arrancado la cabeza. Estamos yendo hacia el este, y Griff y su príncipe están yendo hacia el oeste, los malditos tontos».

Oh, era demasiado. Tramas dentro de otras tramas, pero todos los caminos conducen a la garganta del dragón. Una carcajada brotó de sus labios, y de repente Tyrion no pudo parar de reír.

–A tu enano le va a dar un síncope– observó la viuda. –Mi enano va a guardar silencio, o lo amordazaré.

Tyrion se cubrió la boca con las manos. «¡ Meereen !»

La viuda de la ribera decidió hacer caso omiso de él. –¿Tomamos una copa?– preguntó. Motas de polvo flotaban en el aire mientras una sirvienta llenó dos vasos de vidrio verde para Ser Jorah y la viuda. La garganta de Tyrion estaba seca, pero no llenaron una copa para él. La viuda tomó un sorbo, movió el vino alrededor de la boca, tragó. –Todos los demás exiliados están navegando hacia el oeste, por lo que estos viejos oídos han escuchado. Y todos los capitanes en deuda conmigo están peleándose los unos con los otros por llevarlos allí y coger un poco del oro de las arcas de la Compañía Dorada. Nuestros nobles patriarcas han aportado una docena de buques de guerra a la causa, para garantizar la seguridad de la flota hasta las Islas de la Piedra. Incluso el viejo Doniphos ha dado su consentimiento. Una aventura tan gloriosa. Y sin embargo, vos vais en dirección contraria, ser.

–Mis asuntos están en el este.

–¿Y qué asuntos son esos, me pregunto? No se trata de esclavos, la reina de plata ha puesto fin a eso. También ha cerrado los fosos de lucha, por lo que no puede ser el gusto por la sangre. ¿Qué otra cosa podría Meereen ofrecer a un caballero de Poniente? ¿Ladrillos? ¿aceitunas? ¿Dragones? Ah, eso es.– La sonrisa de la anciana se volvió salvaje. –He oído decir que la reina de plata los

alimenta con carne de niño, que se baña en la sangre de muchachas vírgenes y que tiene un amante distinto cada noche.

El gesto de Ser Jorah se había endurecido. –Los Yunkai están vertiendo veneno en vuestros oídos. Mi señora no debería creer esa basura.

–Yo no soy una señora, pero incluso la puta de Vogarro conoce el sabor de la mentira. Lo siguiente es cierto, sin embargo ... la reina dragón tiene enemigos ... Yunkai, Nueva Ghis, Tolos, Qarth ... sí, y Volantis, muy pronto. ¿Queréis viajar a Meereen? Sólo tenéis que esperar un poco, ser. Pronto se requerirán espadas, cuando los buques de guerra doblen los remos hacia el este para derrocar a la reina de plata. A los tigres les encanta desnudar sus garras, e incluso los elefantes matan si se sienten amenazados. Malaquo esta famélico de gloria, y Nyessos debe gran parte de su fortuna a la trata de esclavos. Si Alios o Parquello o Belicho ganan el triarcado, las flotas navegarán.

Ser Jora frunció el ceño. –Si Doniphos es elegido...

–Vogarro sería elegido antes que él, y eso que mi dulce señor lleva muerto estos últimos treinta años.

Detrás de ellos, un marinero estaba gritando. –¿A esto lo llaman cerveza? Mierda. Un mono podría mear mejor cerveza.

–Y tú la beberías– dijo otra voz.

Tyrion se giró para echar un vistazo, con la esperanza de que fuesen Pato y Haldon a los que estaba escuchando. En su lugar, vio a dos extraños ... y al enano, que estaba a unos metros de distancia mirándole fijamente. Le resultaba de algún modo familiar.

La viuda sorbió delicadamente su copa de vino. –Algunos de los primeros elefantes eran mujeres– dijo –los que derrocaron a los tigres y pusieron fin a las viejas guerras. Trianna fue elegida cuatro veces. Eso fue hace trescientos años, por desgracia. Volantis no ha tenido mujeres triarca desde entonces, aunque hay algunas mujeres con derecho a voto. Mujeres de buena familia que habitan en los palacios antiguos detrás del Muro Negro, no gente como yo. La Vieja Sangre permitiría votar a sus perros y a sus niños antes que a un liberto. No, será Belicho, o tal vez Alios, pero de todas formas habrá guerra. O eso es lo que creen.

–¿Y qué creéis vos?– preguntó Ser Jora.

«Bien», pensó Tyrion. «La pregunta correcta». –Oh, creo que va a haber una guerra, pero no la guerra que ellos quieren– La vieja se inclinó hacia delante, sus ojos negros brillaban.– Creo que R'hllor el rojo tiene más fieles en esta ciudad que todos los demás dioses juntos. ¿Has oído predicar a Benerro?

–Ayer por la noche.

–Benerro puede ver el mañana en sus llamas– dijo la viuda. –El Triarca Malaquo intentó contratar a la Compañía Dorada, ¿lo sabíais? Tenía la intención de limpiar el templo rojo y pasar a Benerro por la espada. No se atreve a usar a los capas de tigre. La mitad de ellos también adoran al Señor de la Luz. Oh, estos son días terribles en el viejo Volantis, incluso para las viejas viudas arrugadas. Pero ni la mitad de extremos que en Meereen, creo. Así que decidme, ser... ¿por qué buscáis a la reina de plata?

–Eso es asunto mío. Puedo pagar nuestro pasaje y pagarlo bien. Tengo la plata.

«Tonto» pensó Tyrion. «No es dinero lo que quiere, es respeto. ¿No has oído una palabra de lo que ha dicho?» Miró por encima del hombro de nuevo. El enano se había acercado a su mesa. Y parecía tener un cuchillo en la mano. Los pelos de la nuca de Tyrion empezaron a picarle.

–Guardad vuestra plata. Yo tengo oro. Y ahorradme las miradas torvas, ser. Soy demasiado vieja para tener miedo de un ceño fruncido. Sois un hombre duro, me doy cuenta de ello, y sin duda sois hábil con esa espada larga que tenéis a vuestro lado, pero este es mi reino. Si chasqueo los dedos puede que os encontréis de camino a Meereen encadenado a un remo en el vientre de una galera.– Levantó su abanico de jade y lo abrió. Al susurrar sus hojas, un hombre apareció por el arco de la izquierda. Su rostro era una masa de cicatrices, y en la mano sostenía una espada, corta y pesada como una cuchilla de carnicero. –Busca a la viuda de la ribera– alguien le había dicho, pero también debería haberle advertido, –ten cuidado con los hijos de la viuda.

–Sin embargo, hace una mañana tan bonita, que voy a preguntar de nuevo. ¿Por qué buscáis a Daenerys Targaryen, a quién la mitad del mundo quiere ver muerta?

La cara de Jorah Mormont estaba roja de ira, pero respondió. –Para servirla. Para defenderla. Para morir por ella, si es necesario.

Eso hizo reír a la viuda. –Vos queréis rescatarla, ¿es así como son las cosas? De más enemigos de los que puedo nombrar, con más espadas de las que puedo contar ... ¿es eso lo que tendría que creer esta pobre viuda? Que sois un caballeroso y sincero caballero de Poniente que cruza medio mundo para acudir en ayuda de esta ... bueno, ella no es doncella, aunque puede que sea hermosa.– Se rió de nuevo. –¿Crees que tu enano va a gustarle? ¿Crees que va a bañarse en su sangre, o se conformará con arrancarle la cabeza?

Ser Jora vaciló. –El enano es...

–Sé quién es el enano, y sé lo que es.– Sus ojos negros se volvieron a Tyrion, duros como una piedra. –Asesino de su propia sangre, matarreyes, asesino, cambiacapas. *Lannister*.– Hizo sonar esto último como una maldición. –¿Qué piensas ofrecerle a la reina dragón, hombrecito?

«Mi odio», querría haber dicho Tyrion. En su lugar, abrió las manos tanto como las cadenas le permitieron. –Todo lo que ella desee de mí. Consejos sabios, ingenio salvaje, alguna acrobacia. Mi polla, si la desea. Mi lengua, si no. Dirigiré a sus ejércitos o le frotaré los pies, como ella desee. Y el único premio que pido es si se me podría permitir violar y matar a mi hermana.
Eso llevó de nuevo la sonrisa a la cara de la anciana. –Éste al menos es honesto– anunció, –pero vos, ser ... he conocido a una docena de caballeros de Poniente y a mil aventureros de la misma clase, pero ninguno tan puro como os pintáis a vos mismo. Los hombres son bestias, egoístas y brutales. No importa cuán dulces sean las palabras, siempre hay motivos más oscuros detrás. No confío en vos, ser.– Los ahuyentó con el abanico, como si no fueran más que moscas zumbando sobre su cabeza. –Si queréis llegar a Meereen, nadad. No tengo ninguna ayuda para vos.

Entonces, los siete infiernos estallaron a la vez.

Ser Jora empezó a levantarse, la viuda cerró el abanico de un golpe, su hombre de las cicatrices salió de las sombras ... y detrás de ellos gritó una chica. Tyrion se giró justo a tiempo para ver al enano corriendo hacia él. «Es una chica», se dio cuenta en ese momento, «una chica vestida con ropa de hombre. Y pretende destriparme con ese cuchillo».

Durante un instante ser Jorah, la viuda y el hombre de las cicatrices permanecieron quietos como piedras. Los ociosos miraban desde las mesas cercanas, bebiendo cerveza y vino, pero ninguno de ellos hizo ademán de intervenir. Tyrion tuvo que mover ambas manos a la vez, pero sus cadenas le permitieron estirarse justo lo necesario para alcanzar la jarra que estaba en la mesa. Cerró el puño sobre ella, se giró, y derramó su contenido en la cara de la chica enana, y entonces se lanzó a un lado para evitar su cuchillo. La jarra se rompió en pedazos debajo de él, mientras su cabeza impactaba contra el suelo. Entonces la muchacha se lanzó sobre él una vez más. Tyrion rodó a un lado y ella enterró el cuchillo en el suelo, lo sacó de un tirón, lo levantó de nuevo ...

...Y de pronto se alzó del suelo, luchando y pataleando salvajemente en poder de Ser Jorah. –¡No!– se lamentó en la Lengua Común de Poniente. –¡Soltadme!– Tyrion oyó como su túnica se rasgaba mientras luchaba por liberarse.

Mormont la tenía agarrada por el cuello con una mano. Con la otra le arrancó la daga de la mano. –Basta.

El dueño hizo entonces su aparición con un garrote en la mano. Cuando vio la jarra rota, pronunció una fuerte maldición y exigió saber qué había ocurrido allí. –Lucha de Enanos– respondió el Tyroshi de la barba púrpura, riéndose entre dientes.

Tyrion miró a la chica chorreante, que colgaba retorciéndose en al aire. –¿Por qué?– preguntó. –¿Qué te he hecho yo?.

–Lo mataron– Dejó de luchar en ese momento. Colgaba abatida en poder de Mormont mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. –Mi hermano. Se lo llevaron y lo mataron.

–¿Quién lo mató?– Preguntó Mormont. –Los marineros. Los marineros de los Siete Reinos. Eran cinco, borrachos. Nos vieron justar en la plaza y nos siguieron. Cuando se dieron cuenta que yo era una chica me dejaron ir, pero se llevaron a mi hermano y lo mataron. Le cortaron la cabeza.

Tyrion se dio cuenta de repente. «Nos vieron justar en la plaza». Supo entonces quién era la chica. –¿Montabas tú al cerdo?– le preguntó. –¿O al perro?
–Al perro– sollozó. –Oppo siempre montaba al cerdo.

«Los enanos de la boda de Joffrey». Fue su espectáculo el que había iniciado todos los problemas aquella noche. «Qué raro, encontrarse con ellos de nuevo a medio mundo de distancia». Aunque tal vez no tan extraño. Si tenían la mitad del cerebro de sus cerdos, habrían huido de Desembarco del Rey la noche en que Joff murió, antes de que Cersei les pudiese asignar alguna parte de culpa en la muerte de su hijo. –Dejadla bajar, ser– dijo a Ser Jora Mormont. –No nos hará ningún daño.

Ser Jorah depositó a la chica enano en el suelo. –Lo siento por tu hermano ... pero no tuvimos ninguna participación en su asesinato.

–Él la tuvo– La chica se incorporó de rodillas, apretando su túnica desgarrada y empapada en vino, marcando sus pechos pequeños y pálidos. –Era a él al que querían. Creyeron que Oppo era él.– La chica estaba llorando, pidiendo ayuda a cualquiera que pudiese escucharla. –Él debe morir, de la misma forma en la que mi pobre hermano murió. Por favor. Que alguien me ayude. Que alguien lo mate– El dueño la agarró bruscamente por un brazo y la puso de nuevo en pie, gritando en Volantino, exigiendo saber quién iba a pagar por los daños.

La viuda de la ribera miró fríamente a Mormont. –Los caballeros defienden al débil y protegen a los inocentes, dicen. Sí, y yo soy la mujer más hermosa de Volantis– Su risa estaba llena de sarcasmo. –

¿Cómo te llaman, niña?

–Penny.

La anciana habló con el propietario en la lengua de Volantis. Tyrion sabía lo suficiente para entender que le estaba diciendo que llevase a la chica enana a sus habitaciones, que le diese vino, y que encontrase algo de ropa para que se la pusiese.

Cuando se fueron, la viuda estudió a Tyrion con sus brillantes ojos negros. –Los monstruos deberían de ser más grandes, me parece a mí. En Poniente vales un título de lord, hombrecito. Aquí, me temo, vuestro valor es algo menor. Pero creo que debería de ayudaros, después de todo. Volantis no es un lugar seguro para los enanos, por lo que parece.

–Sois muy amable.– Tyrion le dedicó su sonrisa más dulce. –¿Podríais quizás quitarme también estos encantadores brazaletes de hierro?. Este monstruo tiene sólo media nariz, y le pica abominablemente. Las cadenas son demasiado cortas para rascarme. Las convertiría en un regalo para vos, con mucho gusto.

–Qué generoso. Pero ya vestí hierro en su momento, y ahora he descubierto que prefiero el oro y la plata. Y siento decirlo, pero esto es Volantis, donde las cadenas y los grilletes son más baratos que el pan de ayer y está prohibido ayudar a escapar a un esclavo.

–No soy un esclavo

–Todos los hombres capturados por esclavistas cantan siempre la misma triste canción. No me atrevo a ayudaros ... aquí. –Se inclinó hacia adelante de nuevo.– Dentro de dos días, la *Selaesori Qhoran* fijará rumbo a Qarth pasando por New Ghis, llevando hojalata, hierro, fardos de lana y encaje, cincuenta alfombras de Myr, un cadaver escabechado en salmuera, veinte jarras de pimientos de dragón, y un cura rojo. Estad allí cuando salga.

–Estaremos– dijo Tyrion, –y gracias.

Ser Jorah frunció el ceño. –Qarth no es nuestro destino

–Nunca llegará a Quarth. Benerro lo ha visto en sus llamas.– La vieja bruja sonrió de forma zorruna.

–Como vos digáis.– sonrió Tyrion. –Si yo fuera Volantino, libre, y fuese de la sangre correcta, tendríais mi voto para Triarca, mi señora.

–No soy ninguna señora– respondió la viuda, –sólo la puta de Vogarro. Será mejor que estéis fuera de aquí cuando los tigres lleguen. En caso de que lleguéis ante vuestra reina, dadle un mensaje de parte de los esclavos de la Vieja Volantis– Se tocó la cicatriz desvaída de sus mejillas arrugadas, donde le habían cortado las lágrimas. –Dile que la estamos esperando. Dile que venga pronto.

28. JON

Cuando se enteró de la orden, la boca de Ser Allister se torció en una supuesta sonrisa, pero sus ojos permanecieron tan fríos y duros como el pedernal. –Así que el bastardo me envía a morir.

"*Morir*" , exclamó el cuervo de Mormont. "*Muere, muere, muere*".

«No estás ayudando». Jon dio un manotazo al pájaro. –el bastardo le está enviando a la cordillera. Para encontrar a nuestros enemigos y matarlos si es necesario. Es experto con la espada. Fue maestro de armas, aquí y en Eastwatch–

Thorne tocó la empuñadura de su espada larga. –Aja. He desperdiciado una tercera parte de mi vida tratando de enseñar los rudimentos del manejo de la espada a patanes, corderos y bribones. Bien pequeño se me van a hacer los bosques.

–Dywen estará contigo, y otros guardas experimentados.

–Vamos a enseñarle lo que necesita saber, Ser– dijo Dywen a Thorne, cacareando. –Le enseñaremos cómo limpiarse su culo de alcurnia con hojas, al igual que un buen guarda

Kedge Whiteye se echó a reír, y Black Jack Bulwer escupió. Ser Allister solo dijo: –¿Quisieras que me negara, no? Entonces podrías cortar mi cabeza, al igual que lo hiciste con Slynt. No te voy a dar ese placer, bastardo. Mejor ruega por que sea un cuchillo salvaje lo que me mate. A quienes los Otros matan no se quedan muertos .... ellos recuerdan. Volveré, Lord Nieve!

–Ruego que así sea– Jon no contaría nunca entre sus amigos a Ser Allister Thorne, pero él seguía siendo un hermano. «Nadie ha dicho que tenían que gustarte tus hermanos».

No era fácil pensar en enviar hombres a tierras agrestes, sobretodo cuando las posibilidades de que regresaran no eran buenas, «Son hombres experimentados», se dijo Jon... pero su tío Benjen y sus guardas habían sido hombres experimentados y aun así el bosque encantado se los había tragado sin dejar ni un rastro. Y cuando dos de ellos por fin regresaron al Muro, lo hicieron como espectros. No era la primera vez, ni la ultima, en la que Jon Nieve se preguntaba que habría sido de su tío Benjen Stark. «Quizás los guardas regresarían con noticias de ellos», pero realmente no lo esperaba.

Dywen encabezaría una partida, Black Jack Bulwer y Kedge Whiteye las otras dos. Ellos estaban entusiasmados por la tarea. –Se siente bien tener un caballo debajo de uno– dijo Dywen en el puente, lamiendo su diente de madera, –con su perdón, mi señor, pero nuestros culos estaban agarrando astillas de tanto estar sentados por aquí– No existía hombre en el Castillo Negro que conociera los bosques como los conocía Dywen, los arboles y los arroyos, las plantas comestibles, las veredas de presas y depredadores. «Thorne esta en mejores manos que lo que merece».
Desde lo alto del Muro, Jon vio alejarse a los jinetes – Tres partidas cada una de tres hombres, cada uno con dos cuervos, sobre sus caballos no parecían más grandes que hormigas, y Jon no podía distinguir un guarda de otro. Sin embargo, los conocía. «Ocho buenos hombres», pensó, «y uno... bueno, ya veremos».

Cuando los jinetes desaparecieron en los arboles, Jon abordo la jaula hacia abajo con Edd el Penas. Los copos de nieve estaban cayendo mientras realizaban el lento descenso, bailando en las ráfagas de aire. Uno siguió a la jaula, a la deriva mas alla de los barrotes. Bajaba mas rápido que lo que descendían y de cuando en cuando desaparecía bajo sus pies. Entonces una ráfaga de viento lo atrapaba y volvía a elevarlo otra vez. Si hubiera querido, Jon podría haberlo alcanzado entre los barrotes y atraparlo. –Tuve un sueño espantoso ayer por la noche, mi señor– confesó Edd el Penas.

–Usted era mi mayordomo, traía mi comida y limpiaba mis sobras. Yo era el Lord comandante, sin tener jamás un momento de reposo.– Jon no sonrió. –Tu pesadilla, mi vida.

Las galeras de Cotter Pyke estaban reportando un número siempre creciente del pueblo libre a lo largo de las boscosas orillas al norte y al este del Muro. Habían sido vistos campamentos, balsas a medio construir, incluso el casco de una coca rota que alguien había comenzado a reparar. Los salvajes desaparecían en el bosque en cuando veían los buques de Pyke, para reaparecer tan pronto como había pasado. Mientras tanto, Ser Denys Mallister seguía viendo en la noche los fuegos al norte de la Quebrada. Ambos comandantes estaban pidiendo más hombres.

«¿De donde voy a sacar mas hombres?» Jon había enviado a cada uno, diez salvajes del Villa Topo: novatos, viejos, algunos heridos y enfermos, pero todos capaces de hacer trabajos de uno u otro tipo. Lejos de agradecer, Mallister y Pyke, ambos escribieron quejándose, «Cuando solicité hombres, tenia en mente hombres de la Guardia de la Noche, entrenados y disciplinados, de cuya lealtad nunca tenga razón para dudar– Escribió Ser Denys. Cotter Pyke fue más contundente. –Podría colgarlos del Muro como advertencia a otros salvajes para que se mantengan alejados, no les veo otro uso.– Escribió por él, Maese Harmune. –No confiaría en ellos ni para limpiar mi bacinilla, y diez no son suficientes.

La jaula de hierro se desplazo hacia abajo al final de su larga cadena, crujiendo y traqueteando, hasta que finalmente tomo pie al suelo en la base del Muro. Edd el Penas abrió la puerta y saltó, rompiendo con las botas, la capa de las últimas nieves. Jon lo siguió.

Afueras de la armería,en el patio, Iron Emmett seguía exhortando a sus pupilos . La canción de acero contra acero despertó las ansias de Jon. Le recordaba, los días más cálidos y más sencillos, cuando había sido un niño en Invernalia jugando con Robb con las cuchillas bajo la atenta mirada de Ser Rodrik Cassel. Ser Rodrik también había caído, asesinado por Theon Cambiacapas y sus hombres de hierro, al intentar retomar Invernalia. La gran fortaleza de la Casa Stark era una desolación quemada. «Todos mis recuerdos están envenenados».

Cuando Iron Emmett lo divisó, levantó la mano y cesó el combate. –Lord Comandante. ¿En qué podemos servirle?
–Con tus tres mejores
Emmett sonrió. –Arron. Emrick. Jace.

Horse y Hop-Robin fueron por acojinados para el Lord Comandante, junto con una cota de malla encima, las rodilleras, el gorjal y un yelmo. Un escudo negro ribeteado con hierro en su brazo izquierdo, una reluciente espada larga en su mano derecha. La espada brillaba de un color gris plateado a la luz del amanecer, casi nueva. «Una de los últimas en salir de la forja de Donal. Lástima que no vivió lo suficiente para poner una marca sobre ella». La hoja era más corta que Garra pero de acero común, lo que la hacía más pesada. Sus golpes serían un poco más lentos. –Va a servir.– Jon se volvió para mirar a sus adversarios. –Venid.

–¿A cual quiere primero?– Inquirió Arron.– Los tres. De una vez
–¿Tres a uno?– Jace no podia creerlo. –No sería honorable– Era uno del ultimo grupo de Conwy, el hijo de un zapatero de la Isla Honor. Quizás eso lo explicaría.

–Cierto, Venid Aquí.

Cuando lo dijo, la hoja de Jon golpeo junto a su cabeza, derribándolo, En un parpadeo, el muchacho tenia una bota en su pecho y la punta de la espada en su garganta. –La guerra nunca es honorable– Jon le dijo, –Ahora son dos contra uno, y tú estás muerto.

Cuando oyó la grava crujir, supo que los gemelos se acercaban. «Esos dos aún harán guardas». Giró, bloqueó el tajo con el borde del escudo y enfrentó a Emrick con la espada. –Esas no son lanzas– gritó. –¡Acercaros!– . Se fue al ataque para mostrarles cómo se hacía. Emrick primero. Lanzo un tajo a la cabeza y los hombros, derecha e izquierda y otra vez a la derecha. El chico levanto su escudo y trató un torpe contragolpe. Jon golpeó con su propio escudo al de Emrick y le derribó con un golpe en la pierna ... justo a tiempo, porque Arron fue sobre él, con un sonoro golpe en la parte posterior de su muslo que lo puso a una rodilla. «Eso dejara un moretón». Detuvo el siguiente tajo con su escudo, y luego se puso en pie y empujó Arron a través del patio. «Es rápido», pensó, cuando las espadas se besaron una, dos, tres veces, «pero tiene que hacerse más fuerte». Cuando vio el alivio en los ojos de Arron, supo que Emrick estaba detrás de él. Se dio la vuelta y le asestó un golpe detrás de los hombros que lo hizo estrellarse contra su hermano. En ese momento, Jace se puso en pie, por lo que Jon lo tumbó nuevamente. –Odio cuando los muertos se levantan. sentirás lo mismo el día te encuentras con un espectro– Dando un paso atrás, bajó su espada. –El cuervo te puede picotear a los cuervillos– gruñó una voz detrás de él, –¿pero tiene suficiente estomago para combatir a un hombre?.

Casacadematraca estaba apoyado contra la pared. Una gruesa barba le cubría las hundidas mejillas, y un delgado cabello castaño colgaba entre sus ojos amarillos.

–Eso crees– dijo Jon. –Ya veras, cuando te derribe

–Stannis quemo al hombre equivocado.
El salvaje le sonrió a través de una boca de dientes marrones y rotos. –Se quemó al hombre que había que quemar, para que todo el mundo viera. Todos hacemos lo que tenemos que hacer, Nieve. Incluso los reyes.

–Emmett buscadle alguna armadura. Lo quiero en acero, no en viejos huesos. –Una vez vestido de malla y placa, el Señor de los Huesos parecía estar un poco más erguido. Parecía más alto también, con los hombros más grueso y más fuertes de lo que Jon creía. «Es la armadura, no el hombre», se dijo. «Incluso Sam podría parecer casi formidable, Vestido de pies a cabeza con el acero de Donal Noye».

El salvaje rechazo el escudo que Horse le ofreció. En su lugar pidió un mandoble –Este es un dulce sonido– dijo cortando el aire –Aletea cerca, Nieve. Es decir pon tu plumas a volar

Jon lo embistió duramente.

Casacadematraca dio un paso atrás y enfrentó la carga con una tajo a dos manos. Si Jon no hubiera atravesado su escudo, podría haberle dañado la coraza y roto la mitad de las costillas. La fuerza del golpe le hizo tambalearse por un momento y le envió una sacudida maciza al brazo.

Giraban uno en torno al otro, intercambiando golpes. El Señor de los Huesos, daba tanto como recibía. En justicia el mandoble debía ser mas pesado y difícil de manejar que la espada larga de Jon, pero el salvaje la blandía con una rapidez vertiginosa.

Los pupilos de Iron Emmett animaba a su lord comandante, pero la velocidad del implacable ataque de Casacadematraca pronto los acalló. «No puede seguir así por mucho tiempo», se dijo Jon, cuando detuvo otro golpe. El impacto le hizo gruñir. Aun de filos romos, el espadón, rompió el escudo de madera y doblo el borde metálico. «Pronto se cansara».

Jon acuchillo la cara del Salvaje, y Casacadematraca echó para atrás la cabeza. Lanzó un golpe a la

pantorrilla de Rattleshirt, quien hábilmente esquivo la hoja. El espadón se estrelló sobre el hombro de Jon, lo suficiente para abollar su hombrera y adormecerle el brazo. Jon retrocedió. El Señor de los Huesos avanzó, sonriendo. «No tiene ningún escudo», se recordó Jon, «y esa monstruosa espada es demasiado engorrosa para los movimientos defensivos». Debería de asestar dos golpes por cada uno de los de él.

De algún modo no fue así pues los golpes que asestaba no tuvieron ningún efecto. El salvaje siempre parecía estar alejándose o deslizando a un lado, por lo cual la espada de Jon rebotaba en un hombro o brazo. Pronto se encontró cediendo terreno, tratando de evitar los estrepitosos golpes y fallando la mitad del tiempo. Su escudo se había reducido a astillas. Se lo quitó del brazo. El sudor le corría por la cara y le picaban los ojos por debajo del yelmo. «Es muy fuerte y muy rápido», reconoció, «y con ese espadón tiene peso y me alcanza». Habría sido una pelea diferente si Jon hubiera estado armado con Garra, pero ...
Su oportunidad llego en el siguiente retroceso de Casacadematraca. Jon se hecho hacia adelante, derribando al otro hombre, y cayeron juntos, con la piernas entrelazadas. Acero contra acero. Ambos perdieron su espadas y rodaron en el duro suelo. El salvaje hinco la rodilla en la entrepierna de Jon. Quien arremetió con su puño. De algún modo, Casacadematraca termino encima, con la cabeza de Jon entre sus manos. La estrelló contra el suelo y luego le arranco el visor. –Si tuviera una daga, ya hubieras perdido un ojo– gruñó antes que Horse y Iron Emmett lo retiran del pecho del lord comandante, arrastrandolo. –Soltadme, malditos cuervos– Bramó.

Jon lucho por ponerse a una rodilla. La cabeza le sonaba y su boca esta llena de sangre. La escupió y dijo: –bien peleado.

–Eso crees, cuervo. Ni siquiera sude

–lo harás, la próxima vez– dijo Jon. Edd el Penas, lo ayudo a ponerse de pie y retirarse el yelmo. Había ganado profundas abolladuras que no habían estado allí cuando se lo puso. –Liberarlo– Lanzo el yelmo a Hop-Robin, que lo dejo caer.

–Mi Señor– dijo Iron Emmett, –Él amenazo su vida, todos hemos escuchado, Dijo que si tuviera una daga..

–Tiene una daga. Allí mismo en su cinturón– «Siempre hay alguien mas fuerte y mas rápido», Ser Rodrik les había dicho alguna vez a Jon y Robb. «Es el hombre que necesitas enfrentar en el patio antes que necesites enfrentar a sus semejantes en su campo de batalla»

–Lord Nieve– dijo una suave voz.

Giró para encontrarse con Clydas de pie bajo el arco roto. Con un pergamino en la mano. –¿de Stannis?– Jon había estado esperado alguna noticia por parte del rey. La guardia de la noche no toma parte, lo sabía y no debe importarle que rey salga triunfante. De alguna manera así se hizo. –¿Es Bosquespeso?–

–No, mi señor– Clydas le alargó el pergamino. Estaba bien enrollado y sellado, con el sello color rosa fuerte. «Solo Fuerte Terror utiliza lacre de color rosa» Cuando vio la firma, olvido la paliza que Casacadematraca le había dado.

Ramsay Bolton, Señor de Hornwood. Leyó, en enorme y puntiaguda letra. La tinta marrón se escamó cuando Jon la rozó con el pulgar. Debajo de la firma de Bolton, Lord Dustin, Lady Cerwyn, y cuatro Ryswells habían añadido su propias marcas y sellos. En letra más cruda habia dibujado el gigante de Casa Umber. –¿Podríamos saber lo que dice, señor?– Preguntó Iron Emmett.

Jon no vio ninguna razón para no decirles. –Foso Caillin fue tomado. Los cuerpos despellejados de los hombres de hierro han sido empalados a lo largo del camino real. Roose Bolton convoca a todos los señores leales a Barrowton para confirmar su lealtad al trono del Hierro y celebrar la boda de su hijo con...– Su corazón pareció detenerse por un momento. No, eso no es posible, ella murió en Desembarco del Rey con Padre.

–Lord Nieve– Clydas lo miro fijamente con sus levemente rosados ojos. –Esta... indispuesto? Se ve ...,

–Se casará con Arya Stark. Mi pequeña hermana– Jon casi podia verla en ese momento, Cara larga y desgarbada, toda de nudosas rodillas y angulosos codos, con la cara sucia y el pelo enredado. Le lavarían una y el peinarían el otro, no lo dudaba, pero no podia imaginarse a Arya en un vestido de boda, ni en la cama de Ramsay Bolton. «No importa cuanto miedo le tenga ella no lo demostraría. Si él tratara de ponerle la mano encima ella pelearía».

–Su hermana– dijo Iron Emmett –¿Cuantos años tiene...?

«A estas alturas tendría once», pensó Jon, «Todavía una niña». –No tengo ninguna hermana. Solo hermanos, solo a vosotros– .Lady Catelyn se hubiera alegrado de oír esas palabras, lo sabía. No hace que sean más fáciles de decir. Sus dedos aplastaron el pergamino. Podrían aplastar con la misma facilidad el cuello de Ramsay Bolton. Clydas se aclaró la garganta. –¿habrá una respuesta?– Jon sacudió la cabeza y se alejó.

Al anochecer los golpes que recibió de Casacadematraca se habían vuelto color purpura. –Ellos se harán amarillos antes de desvanecerse– dijo al cuervo de Mormont. –Me voy a ver tan cetrino como el Señor de los huesos

–huesos– coincidió el pájaro. –huesos, huesos.

Podía oír el murmullo de voces viniendo de fuera, el sonido era demasiado débil para entender las palabras. Suenan a mil leguas de distancia. Eran Lady Melisandre y sus seguidores en sus fuegos nocturnos. Cada noche en la oscuridad la mujer de rojo dirigía a sus seguidores en las plegarias nocturnas, pidiendo a su rojo dios ver a través de las tinieblas. «Por la noche es oscura y llena de terror». Con Stannis y la mayoría de los hombres de la reina lejos, su rebaño se habia reducido muchísimo. Medio centenar del pueblo libre de Villa Topo, un puñado de guardias que el rey había dejado, y tal vez una docena de hermanos negros que habían tomado el dios rojo de ella por su propia cuenta.

Jon se sintió tan rígido como un sexagenario. Sueños tenebrosos, pensó y la culpa. Sus pensamientos se volvían a Arya. No había manera que pudiera ayudarla. Hice a lado a todos los familiares cunando dije mis juramentos. Si uno de mis hombres me dijera que su hermana estaba en peligro, le diría que, no era asunto suyo. Una vez que un hombre hace sus juramentos su sangre es negra. Negra como el corazón de un bastardo. Había hecho que Mikken forjara una espada para Arya, un hoja de mantón, pequeña para que encajara en su mano. «Aguja». Se sorprendería si todavía la tuviera. «Tienes que clavarla por el extremo puntiagudo», le habia dicho, pero si tratara de ensartarla en el Bastardo, podría significar su vida.

–Nieve– murmuro el cuervo de Lord Mormont, –nieve, nieve

De repente no podía sufrir ni un momento mas.

Encontró a Fantasma afuera de su puerta, royendo un hueso de buey para llegar a la médula. –¿Cuando has vuelto?– El lobo huargo se puso de pie, abandonó su hueso para andar tras Jon.

Mully y Kegs se encontraban vigilando la puerta apoyados en sus lanzas. –Un cruel frío asola, mi señor– advirtió Mully a través de su enmarañada barba naranja. –¿Va a estar mucho tiempo afuera?.

–No. Sólo necesito un poco de aire– Jon dio un paso hacia la noche. El cielo estaba lleno de estrellas, y el viento racheaba a lo largo del Muro. Incluso la luna parecía helada. Sintió ponerse la carne de gallina en el rostro. Entonces la primera ráfaga lo alcanzo, atravesando las capas de lana y cuero poniéndole a castañetear los dientes. Cruzó el patio en las garras de aquel viento. Su capa ondeaba con fuerza en sus hombros. Fantasma le seguía. ¿A donde voy?¿Que estoy haciendo? El Castillo Negro estaba quieto y en silencio, sus salones y torres oscuras. «Mi sede», reflexiono Jon Nieve, «Mi salón, mi casa, mi dominio. Una ruina».

En las sombras del Muro, El lobo huargo rozo sus dedos. Durante un instante, la noche cobro vida con un millar de olores y Jon Nieve escuchó el crujido en la vieja nieve. Alguien estaba detrás de él, se dio cuenta de repente. Alguien que olía como un cálido día de verano.

Cuando se giró vio a Ygritte.

Se quedó debajo de las piedras quemadas de la torre del Lord Comandante, amortajada en la oscuridad y en la memoria. La luz de la luna estaba en su pelo, en su rojo pelo besado por el fuego. Cuando vio eso, el corazón le salto a la boca. –Ygritte– dijo.

La sorpresa le hizo retroceder ante ella. –Lady Melisandre.– dio un paso atrás. –le confundí con otra persona– De noche todos los gatos son pardos. Sin embargo, de repente ella era de color rojo. No entendía como pudo haberla tomado por Ygritte. Era mas alta, delgada, vieja aunque la luz de la luna le lavo años de su cara. Un vaho se levanto de su nariz y de las pálidas manos desnudas a la noche. –Se le van congelar los dedos– advirtio Jon.

–Si esa es la voluntad de R'hllor. Los poderes de la noche no pueden tocar el corazón de aquellos que están bañados por el fuego sagrado de Dios.
–Su corazón no me preocupa. Son sus manos.

–el corazón es lo único que importa. No desespere, Lord Nieve. La desesperación es un arma del enemigo, cuyo nombre no debe ser dicho. Tu hermana no esta perdida para ti.

–No tengo hermana– Las palabras fueron cuchillos, «*¿qué sabes de mi corazón, sacerdotisa?. ¿que sabes de mi hermana?*»

Melisandre parecia divertida, –¿Cual es su nombre, de esa pequeña hermana que no tienes?

–Arya– Su voz era ronca. –Mi media hermana, realmente

–... porque tú naciste bastardo. No lo había olvidado. He visto a tu hermana en el fuego. Huyendo de ese matrimonio que se ha hecho para ella . Viene aquí, contigo. Una niña sobre un caballo moribundo, lo he visto claro como el día. Que todavía no ha sucedido, pero seró. –Miró a Fantasma. –¿Puedo tocar a tu ... lobo?.

La idea hizo que Jon se sintiera incomodo. –Mejor no.

–no me dañara. Lo llamas Fantasma. ¿no?

–Si, pero...

–Fantasma– Melisandre hizo de la palabra una canción.

El huargo hecho a andar hacia ella. Precavido, acecho alrededor de ella, olfateando. Cuando ella tendió la mano, también la olió y luego acerco su nariz a los dedos.

Jon dejo escapar un hálito blanco. –No siempre es así …

–... Cálido? El calor llama al calor, Jon Nieve– Sus ojos eran dos estrella rojas, brillando en la oscuridad. En su cuello, su rubi brillaba, un reluciente tercer ojo que resplandecía como los otros. Jon habia visto los ardiente ojos rojos de Fantasma de la misma forma. –Fantasma– lo llamó. –a mi.

El lobo huargo lo miro como si fuera un extraño.

Jon frunció el ceño con incredulidad. –Eso es ... raro
–¿Lo crees?– ella se arrodillo y rasco a Fantasma detrás de la oreja. –el muro es un lugar raro, pero hay poder aquí, si sabes usarlo. Poder en ti y en esta bestia. Te resistes y ese es tu error. Abrazadlo. Usadlo.

«Yo no soy un lobo». Pensó, –¿Y cómo voy a hacer eso?

–Puedo mostrártelo– Melisandre envolvió con su delgado brazo a Fantasma y el lobo hargo le lamió la cara– El señor de la Luz en su sabiduría nos hizo varón y hembra, dos partes de un todo mayor. En nuestra unión hay poder. Poder para hacer la vida. Poder para hacer la Luz, Poder para proyectar sombras

–Sombras– El mundo pareció mas oscuro cuando lo dijo. –Todo Hombre que camina por la tierra proyecta una sombra sobre el mundo. Algunos son delgados y débiles, otros largos y oscuros. Debes mirar hacia atrás, Lord nieve, la luna te ha besado y graba tu sombra sobre el hielo, de veinte pies de altura.

Jon miró por encima del hombro. La sombra estaba allí, tal como habia dicho, grabada en la luz de la luna hasta el Muro. «Una niña de gris sobre un caballo moribundo», penso. *Arya*, «viene hacia aqui». Se volvió hacia la sacerdotisa roja. Jon podía sentir su calor. «Ella tiene poder». La idea vino espontaneamente, lo agarro con diente de hierro, pero ella no era una mujer con la que había que tener deudas, ni siquiera por su hermana pequeña. –Dalla me digo algo una vez. La esposa de Mance Rayder, hermana de Val. Dijo que la brujería era una espada sin empuñadura. No hay manera segura de agarrarla.

–Una sabia mujer– Melisandre se levantó, su roja túnica se agitó en el viento. –una espada sin empuñadura, Sin embargo, sigue siendo una espada. Y una espada es una cosa buena cuando los enemigos están alrededor. Escúchame ahora, Jon Nieve. Nueve cuervos volaron dentro del bosque blanco para encontrar a tus enemigos. Tres de ellos están muertos. Todavía no han muerto, pero su muerte esta esperando por ellos, cabalgan hacia ella. Los enviaste a ser tus ojos en la oscuridad, pero regresaran sin ojos cuando vuelvan. He visto sus palidos rostros muertos en mis llamas. Las cuencas vacias, llorando sangre– Empujó su rojo pelo hacia atras y su ojos rojos brillaron. –No me crees. Debieras. El costo de esa creencia serán tres vidas. Un pequeño costo para tu sabiduría, dirían algunos ... pero que no había que pagar. Recuérdalo cuando mires las caras ciegas y asoladas de sus muertes. Y cuando llegue ese día toma mi mano– el vapor se levanto de su piel palida, y por un

momento pareció como si pálidas y mágicas llamas estuvieran jugando en sus dedos. –Toma mi mano – dijo de nuevo. –y dejadme salvar a tu hermana.

29. DAVOS

Incluso en la penumbra de la Guarida del Lobo, Davos Seaworth podía sentir que algo estaba mal esta mañana. Se despertó con el sonido de las voces y se arrastró hasta la puerta de su celda, pero la madera era muy espesa y no podía distinguir las palabras. El amanecer había llegado, pero no la papilla que Garth le traía todas las mañanas para romper su ayuno. Eso lo puso nervioso. Todos los días eran lo mismo dentro de la Guarida del Lobo, y cualquier cambio era generalmente para peore. «Este puede ser el día de mi muerte. Garth puede estar sentado con una piedra de afilar, incluso ahora, afilando a Lady Lu».

El Caballero de la cebolla no se había olvidado las últimas palabras de Wyman Manderly para él. «Lleven a esta criatura a la Guarida del Lobo, para cortarle la cabeza y las manos», el gordo lord había mandado. «No voy a ser capaz de comer un bocado hasta que no vea la cabeza de este contrabandista en una punta, con una cebolla metida entre sus mentirosos dientes». Cada noche Davos se fue a dormir con esas palabras en su cabeza, y cada mañana se despertaba con ellas. Y en caso de olvidarlas, Garth siempre se complacía en recordárselas. Hombre muerto era el nombre para Davos. Cuando llegaba por la mañana, era siempre: –Aquí la papilla para el hombre muerto– Por la noche era: –Apaga la vela, hombre muerto.

Una vez Garth trajo a sus muchachas para presentarles al hombre muerto. –Una puta puede no parecerse mucho– dijo, acariciando a una vara de hierro negro y frío –pero cuando la calientan al rojo vivo y toca tu pene, gritaras llamando a tu madre. Y aquí está mi Lady Lu. Es ella quien va a tomar tu cabeza y manos, cuando Lord Wyman de la orden.– Davos nunca había visto un hacha más grande que la señora Lu, ni otra con un borde más delgado. Garth pasó días afilándola, dijeron los guardias. «No voy a pedir clemencia», decidió Davos. Moriría como un caballero, pidiendo solamente que tomaran su cabeza antes de sus manos. Incluso Garth no sería tan cruel como para negárselo, esperaba.

Los sonidos que venían a través de la puerta eran débiles y apagados. Davos se levantó y caminó por su celda. De forma extraña, era grande y confortable. Sospechaba que una vez pudo haber sido un dormitorio para algún lord de bajo nivel. Era tres veces el tamaño de su cabina de capitán en Black Bessa, e incluso más grande que la cabina que Salladhor Saan disfrutaba en su Valyrian. Aunque su única ventana había sido tapiada en años anteriores, una de las paredes aún contaba con una chimenea lo suficientemente grande como para sostener una tetera, y había un genuino retrete construido en un rincón de la esquina. El piso estaba hecho de tablas deformadas llenas de astillas, y su lecho para dormir olía a moho, pero las molestias eran leves en comparación con lo que Davos esperaba.

La comida había sido una sorpresa también. En lugar de pan, licor rancio y carne podrida, lo de costumbre en calabozos, sus guardianes le llevaban pescado fresco, el pan todavía caliente del horno, el cordero con especias, nabos, zanahorias, incluso cangrejos. Garth no estaba muy contento por eso. –Los muertos no deberían comer mejor que los vivos– se quejó más de una vez. Davos tenía pieles para protegerlo del frío por la noche, madera para alimentar su fuego, ropa limpia, una vela de sebo grasoso. Cuando pidió papel, pluma y tinta, Therry los trajo al día siguiente. Cuando preguntó por un libro, para continuar practicando su lectura, Therry se presentó con la estrella de siete puntas.

A pesar de sus comodidades, sin embargo, su celda continuaba siendo una celda. Sus paredes eran de piedra sólida, tan espesa que no podía oír nada del mundo exterior. La puerta era de roble y hierro, y sus guardianes lo mantenían cautivo. Cuatro juegos de cadenas de hierro pesado colgaban del techo, esperando el día que Lord Manderly decidiera encadenarlo y dárselo a la prostituta. Hoy puede ser ese día. La próxima vez que Garth abra la puerta, es posible que no traiga gachas. Su vientre rugía, una señal segura de que a la mañana se convertía sigilosamente en pasado, y seguía

sin saber nada de los alimentos.

Lo peor no es la muerte, sino desconocer cuándo o cómo. Él había visto el interior de unas pocas cárceles y calabozos en sus días de contrabandista, pero los había compartido con otros presos, por lo que siempre había alguien con quien hablar, a compartir sus miedos y esperanzas. Aquí no. Aparte de los guardias, Davos Seaworth tenía a la Guarida del Lobo solo para él.

Sabía que había verdaderos calabozos en el castillo de bodegas-mazmorras, cámaras de tortura y fosas húmedas con enormes ratas negras y sanguinarias en la oscuridad. Sus carceleros decían que todas ellas estaban ocupadas en la actualidad. –Sólo nosotros estamos aquí, cebolla– Ser Bartimus le había dicho. Él era el carcelero jefe, un cadavérico caballero de una solo pierna, con una cicatriz en la cara y un ojo ciego. Cuando Ser Bartimus tenía algunas copas encima (y Ser Bartimus tenía algunas copas la mayor parte del día), le gustaba alardear de que había salvado la vida de Lord Wyman en la Batalla del Tridente. La Guarida del Lobo fue su recompensa.

El resto de "nosotros" consistía en un cocinero que Davos nunca había visto, seis guardias en el cuartel de la planta baja, un par de lavanderas, y los dos carceleros que se ocupaba de los prisioneros. Therry era el más joven, el hijo de una de las lavanderas, un niño de diez y cuatro. El más viejo era Garth, enorme, calvo y taciturno, que llevaba el mismo jubón de cuero grasiento todos los días y siempre parecía tener una mirada furiosa en su cara.

Sus años como contrabandista habían dado a Davos Seaworth una sensación de cuando un hombre era malo, y Garth era malo. El caballero de la cebolla se encargó de cuidar su lengua en presencia de Garth. Con Therry y Ser Bartimus era menos reticente. Les agradecía por la comida, les animaba a hablar de sus esperanzas y sus vidas, respondía a sus preguntas con cortesía y nunca presionaba mucho con las suyas. Cuando hizo peticiones, fueron las más simples: un recipiente con agua y un poco de jabón, un libro para leer, más velas. La mayoría se las concedieron, y Davos fue debidamente agradecido.

Ningún hombre hablaba sobre el Señor Manderly, el Rey Stannis o los Frey, pero hablan de otras cosas. Therry quería ir a la guerra cuando tuviera la edad suficiente, para luchar en las batallas y convertirse en un caballero. También le gustaba quejarse de su madre. Ella se iba a la cama con los dos guardias, le había confiado. Los veía a diferentes horas y tampoco sabía uno del otro, pero un día un hombre o el otro lo descubrirían y ese día podría correr sangre. Algunas noches, incluso el niño llevaba un odre de vino a la celda, para hacer a Davos hablar sobre la vida del traficante cuando ya estaba bebido.

Ser Bartimus no tenía ningún interés en el mundo exterior, o cualquier cosa que había ocurrido desde que perdió la pierna con caballo sin jinete y vio a un maestre. Él había llegado a amar la Guarida del Lobo, sin embargo, nada le gustaba más hablar de su larga y sangrienta historia. La guarida era mucho más antigua que White Harbor, el caballero le dijo a Davos. Que había sido erigido por el rey Jon Stark para defender la boca del White Harbor contra los invasores del mar. Más de un hijo menor del Rey en el Norte se había asentado allí, más de un hermano, muchos tíos, muchos primos. Algunos pasaban el castillo a sus propios hijos y nietos, y las ramas rama de la Casa Stark habían surgido, el Greystarks había durado más tiempo en Guarida del Lobo, durante cinco siglos, hasta que se atrevieron a unirse a los Fuerte Terror en rebelión contra los Stark de Invernalia. Después de su caída, el castillo pasó por muchas otras manos. Casa Flint quienes lo conservo un siglo, la casa de Locke durante casi dos. Slates, Longs, Holts y Ashwoods habían gobernado, con la encomienda por parte de Invernalia de mantener el río a salvo. Reavers de Three Sisters tomaron el castillo una vez, tomándolo como su punto de apoyo en el norte. Durante las guerras entre Invernalia y el Valle, fue sitiada por Osgood Arryn, el Old Falcon y quemada por su hijo, el recordado como el Talon. Cuando el viejo rey Edrick Stark se había vuelto demasiado débil

para defender su reino, la Guarida del Lobo fue capturada por traficantes de esclavos de la Stepstones. Que marcaban a sus cautivos con hierros candentes y los sometían con el látigo antes de enviarlos fuera, a través del mar, y estos mismos muros de piedra negra fueron testigos.

–Después de un invierno cruel y largo– dijo Ser Bartimus. –En el Cuchillo Blanco las heladas fueron realmente duras, e incluso el desemboque el rio se cubrió con una capa de hielo. Los vientos llegaron aullando desde el norte y obligo a todos los esclavos apiñarse alrededor de los fuegos, y al tiempo que se calentaban, el nuevo rey iba hacia ellos. Brandon Stark era, bisnieto de Edrick Barbanieve, a quien los hombres llamaban Ojos de hielo. Recupero la Guarida del Lobo, despojando a los esclavos hasta la desnudes, y se los dio a los esclavos que había encontrado encadenados en las mazmorras. Se dice que colgaban sus entrañas en las ramas del árbol del corazón, como una ofrenda a los dioses. Los viejos dioses, no estos nuevos del sur. Sus siete no conocen el invierno y el invierno no los conoce a ellos.

Davos no podía discutir con la verdad de eso, desde lo que vio en el mirador hacia el mar, que no le importaba saber del invierno tampoco. –¿Cuales son tus dioses?– le preguntó al caballero con una sola pierna. –Los viejos– Cuando Ser Bartimus sonrió, se parecía a una calavera. –Yo y el mío estaban aquí antes de la Manderlys. A lo mejor, mis propios antepasados encadenaron esas entrañas al árbol.

–No sabía que los hombres del norte hacían sacrificios de sangre a los árboles de corazón.

–Hay mucho más que sureños desconocen el norte– respondió Ser Bartimus.

No estaba equivocado. Davos se sentó junto a la vela y miró a las cartas que había repasado palabra por palabra en los días de su encierro. «Yo era un contrabandista mejor que caballero», había escrito a su esposa, «un caballero mejor que la mano del rey, una mano del rey mejor que un marido. Lo siento mucho. Marya, yo te he amado. Por favor, perdona los errores que cometí contigo. En caso de que Stannis pierda su guerra, nuestras tierras se perderán también. Lleva a los niños a través del estrecho de mar a Braavos y enseñarles a pensar amablemente de mí, si quieres. En caso de Stannis gane el Trono de Hierro, la Casa Seaworth sobrevivirán y Devan permanecerá en la corte. Él te ayudará a colocar a los otros chicos con los nobles señores, que pueden servir como pajes y escuderos y ganar sus títulos de caballero». Fue el mejor consejo que le tenía, aunque deseaba que sonara más sabio. Había escrito a cada uno de sus tres hijos sobrevivientes, así, para ayudarles a recordar al padre que había comprado sus nombres a cambio de sus dedos. Sus notas a Steffon y al joven Stannis fueron cortas, rígidas y torpes, a decir verdad, él no los conocía la mitad de lo que a sus muchachos mayores, los que se habían quemado o ahogado en Aguasnegras. Para Devan escribió más, diciéndole lo orgulloso que estaba de ver a su propio hijo como escudero del rey y le recordó que como el mayor era su deber proteger a su señora madre y sus hermanos menores. Dígale a su gracia que hice mi mejor esfuerzo, terminó. Siento haberles fallado.

«He perdido mi suerte cuando perdí los huesos de mis dedos, el día en el río ardió por debajo de Desembarco del Rey».

Davos echaba un vistazo a sus cartas lentamente, leyendo cada una de ellas varias veces, preguntándose si debía cambiar una palabra aquí o añadir otra allá. «Un hombre debe tener más que decir al comenzar en el final de su vida», pensó, pero costaba que las palabras salieran. «No lo hice tan mal, trató de decirse a sí mismo. Me eleve desde el fondo de pulgas a ser la mano del Rey, además aprendí a leer y escribir»

Él estaba aun inclinado sobre las cartas cuando oyó el sonido de traqueteo de las llaves de hierro en un anillo. La mitad de un latido del corazón más tarde, la puerta de su celda fue abriéndose.

El hombre que cruzó la puerta no era uno de sus carceleros. Era un hombre alto y demacrado, con un rostro profundamente arrugado y una mata de pelo gris-marrón. Una espada larga colgaba de su cadera, y su capa escarlata con un profundo color estaba atada en el hombro con un broche de plata pesado con la forma de un puño de hiero. –Lord Seaworth– dijo –no tenemos mucho tiempo. Por favor, venga conmigo.

Davos miro al extraño con suspicacia, el "por favor" lo confundía. Los hombres a punto de perder su cabeza y manos no se le conceden a menudo tales cortesías. –¿Quién eres tú?

–Robett Glover, si es tan amable, mi señor.

–Glover. Estaba establecido en Motte Deepwood.

–Mi hermano Galbart es quien está asentado allí. Ha sido y es, gracias a su rey Stannis. Él ha tomado Bosquespeso de la perra de hierro que lo robó y se ofrece a devolverlo a sus legítimos dueños. Mucho más ha sucedido mientras usted ha estado confinado dentro de estas paredes, Lord Davos. El foso Cailin se ha reducido, y Roose Bolton ha regresado al norte con la hija menor de Ned Stark. Se trajeron con ellos a muchos Frey como huéspedes. Bolton ha enviado a los cuervos, convocando a todos los señores del norte de Barrowton. Exige homenaje y rehenes... y testigos de la boda de Arya Stark y su bastardo Ramsay Snow, Lo que hará que los Bolton puedan reclamar por ley a Invernalia. Ahora, ¿quieres venir conmigo, o no?
–¿Qué alternativa tengo, mi señor? ¿Venir con usted, o permanecer con Garth y Lady Lu?

–¿Quién es Lady Lu? ¿Una de las lavanderas?– Glover se estaba impacientando. –Todo le sea explicado, si viene conmigo

Davos se puso en pie. –Si llego a morir, le suplico mi señor que vea mis cartas sean entregadas.

–Le doy mi palabra de eso... aunque si muere, no será a manos de Glover, ni Señor Wyman. Rápido ahora, conmigo.

Glover le condujo por un pasillo oscuro y por un tramo de escalones gastados. Cruzaron el castillo de Godswood, donde el árbol corazón había crecido tan grande y enmarañado que había ahogado a cabo todas las encinas, olmos y abedules, y envió sus ramas gruesas y pálidas estrellándose a través de las paredes y las ventanas que daban hacia abajo. Sus raíces eran tan gruesas como alrededor de la cintura de un hombre, su tronco tan grande que la cara tallada parecía gorda y enojada. Más allá de la presa de madera, Glover abrió una puerta de hierro oxidado y se detuvo para encender una antorcha. Cuando estaba ardiendo roja y caliente, llevo a Davos unos pasos más dentro del sótano con bóveda de cañón, donde las paredes estaban llorando con costras de sal blanca, y agua de mar se filtraba por debajo de sus pies a cada paso. Pasaron a través de varias bodegas, y las filas de pequeñas, húmedas, malolientes celdas muy diferentes de la habitación donde había sido confinado Davos. Luego hubo un muro de piedra cruda que se doblo cuando Glover empujó en él. Continuaron por un túnel largo y estrecho internándolos mas a cada paso.

–¿Dónde estamos?– Preguntó Davos a medida que ascendían. Sus palabras hicieron eco débil, en la oscuridad.

–Los pasos por debajo de los pasos. El pasaje corre por debajo de la escalera del Castillo hasta New Castle. Es un pasadizo secreto. No serviría de nada que usted sea visto, mi señor. Se supone que está muerto.

Avena para el muerto. Davos subió.

Emergieron a través de otro muro, pero éste era listones y yeso en el lado opuesto. La sala del otro lado estaba cómoda, caliente y confortable, con una alfombra Myrish en el suelo y velas de cera de abejas encendidas sobre una mesa. Davos podía oír tocar flautas y violines, no muy lejos. En la pared colgaba una piel de oveja con un mapa del norte pintado en colores apagados. Debajo del mapa Wyman Manderly, el Señor colosal de White Harbor.
–Por favor, siéntese– Lord Manderly estaba vestido ricamente. Su jubón de terciopelo era un suave color azul verdoso, bordado con hilo de oro en el dobladillo y mangas y cuello. Su manto de armiño estaba sujetado en el hombro con un tridente de oro. –¿Tienes hambre?

–No, mi señor. Sus carceleros me han alimentado bien.

–Esto es vino, por si tiene sed.

–Voy a tratar con usted, mi señor. Mi rey me lo ordenó. Yo no tengo que beber con usted

Lord Wyman suspiró. –Lo he tratado de forma vergonzosa, lo sé. Tenía mis razones, pero... por favor, siéntese y beba, se lo ruego. Beba por el retorno seguro de mi hijo. Wylis. El es mi hijo mayor y heredero. Él está en casa. Esa es la fiesta de bienvenida que escucha. En el Tribunal Merman están comiendo pastel de la lamprea y la carne de venado con castañas asadas. Wynafryd está bailando con un Frey con quien va a casarse. Los otros Frey están vaciando copas de vino para brindar por nuestra amistad.

Debajo de la música, Davos se oía el murmullo de muchas voces, el ruido de tazas y platos. Él no dijo nada.

–Acabo de llegar de la mesa principal– Lord Wyman continuo. –He comido demasiado, como siempre, y todos los del White Harbor saben que mis entrañas son malas. Mis amigos Frey no se cuestionaran una larga visita a el privado, esperemos– Volvió la taza encima. –Aquí. Usted va a beber y yo no. Sentado. El tiempo es corto, y hay muchas cosas que tenemos que decir. Robett, vino para la mano, si es tan amable. Lord Davos, usted no lo sabe, pero está muerto

Robett Glover llenó una copa de vino y se lo ofreció a Davos. Él lo tomó, lo olió, bebió. –"¿Cómo lo hice...morir, si me permite la pregunta?

–Por el hacha. Su cabeza y sus manos se han montado sobre la puerta de Seal, con su rostro se torno para que sus ojos miraran a través del puerto. A estas alturas ya están bien descompuestos, a pesar de que sumergió la cabeza en el alquitrán antes de que lo fijaran en la espiga. Cuervos y aves marinas se peleaban por los ojos, dicen.

Davos se movió incómodo. Era una sensación extraña, estar muerto. –Si es tan amable, mi señor, ¿quien murió en mi lugar?

–¿Qué importa? Usted tiene una cara común, Lord Davos. Espero lo que dije no lo ofenda. El hombre tenía su color, la nariz de la misma forma, dos orejas que no eran diferentes, una larga barba que podrían ser recortados y en forma como la suya. Usted puede estar seguro de que él y alquitrán, y empujó a la cebolla entre los dientes sirven para cubrir las apariencias. Ser Bartimus vio que los dedos de la mano izquierda se redujeran, al mismo número que suyo. El hombre era un criminal, si eso le da ningún consuelo. Su muerte puede lograr más beneficios que cualquier cosa que él nunca hizo mientras vivía. Mi señor, espero no me guarde rencor. El desprecio que le mostré en el Tribunal de Merman era una máscara falsa para complacer a nuestros amigos de Frey.

–Mi señor debe tener una doble vida– dijo Davos. –Usted y los suyos fueron más convincentes. Su buena hija parecía querer matarme muy seriamente, y la niña …

–Wylla– Sonrió Lord Wyman. –¿Vio lo valiente que fue? Incluso me amenazó con su lengua, me recordó la deuda en Puerto Blanco que tengo con los Stark de Invernalia, una deuda que no se puede pagar. Wylla habló desde el corazón, como lo hizo Lady Leona. Perdónela si puede, mi señor. Ella es una mujer tonta, atemorizada y Wylis es su vida. No todos los hombres pueden ser el príncipe Aemon de Dragonknight o Simeón Star-eyes, y no todas las mujeres pueden ser tan valientes como mi Wylla y su hermana Wynafryd... que sabiendo, sin embargo, jugó su propio papel sin miedo.

–Al tratar con los mentirosos, hasta el hombre más honesto debe mentir. No me atrevía a desafiar a Desembarco del Rey siempre y cuando mi último hijo vivo siguiera cautivo. Lord Tywin Lannister me escribió él mismo para decir que él tenía a Wylis. Si quería fuera liberado ileso, me dijo, tenía que arrepentirme de mi traición, el rendimiento de mi ciudad, declarar mi lealtad al rey niño en el Trono de Hierro... y doblar la rodilla a Roose Bolton, el Guardián del Norte. ¿Debía rechazarlo, Wylis tenía que morir como un traidor, White Harbor debía ser atacado y saqueado, y mi pueblo debía sufrir el mismo destino que Reynes de Castamere?. Soy gordo, y muchos piensan que me hace débil y tonto. Mayhaps Tywin Lannister es un ejemplo. Le envié un cuervo a decir que iba a doblar la rodilla y abrir mis puertas después que mi hijo regresara, pero no antes. Allí, la cuestión estaba cuando murió Tywin. Después, los Frey se presentaron con los Huesos de Wendel ... para hacer una paz y sellarlo con un pacto de matrimonio, según ellos, pero yo no estaba dispuesto a darles lo que quería hasta que tuve a Wylis, sano y a salvo, y no estaban dispuestos a darme a Wylis hasta que probara mi lealtad. Su llegada me dio los medios para hacerlo. Esa fue la razón de la descortesía que te mostré en el Tribunal de Merman, y para la cabeza y las manos en la punta de la lanza descomponiéndose en la Puerta Seal.

–Corrió un gran riesgo, mi señor– dijo en Davos. –Si los Frey hubieran visto a través de su engaño...

–No tomé ningún riesgo en absoluto. Si alguno de los Frey hubieran subido por si mismos a mi puerta para una estrecha mirada al hombre con la cebolla en la boca, hubiera culpado a mis carceleros por el error y lo presentaría para apaciguarlos.

Davos sintió un escalofrío por su espalda. –Ya veo.

–Espero que sí. Usted tiene sus propios hijos, según dijo.

«Tres», pensó Davos, aunque fue padre de siete. –Dentro de poco tengo que regresar a la fiesta para brindar por mi amigos los Frey– Manderly continuó. –Ellos me vigilan Ser. Día y noche, sus ojos están sobre mí, la nariz olfateando buscando el mínimo resquicio de traición. Usted los vio, los arrogantes Ser Jared y su sobrino Rhaegar, ese gusano sonriente que lleva el nombre de un dragón. Detrás de ellos se encuentra las monedas de Symond, tintineando. Que han comprado y pagado por varios de mis siervos y dos de mis caballeros. Una de las esposas de sus siervos ha encontrado el camino a la cama de este tonto. Si Stannis se sorprende de lo corto de mis cartas, es porque ni siquiera me atrevo a confiar en mi maestre. Theomore es todo cabeza y nada de corazón. Ya le has oído en mi salón. Se supone que los maestres deben dejar de lado las viejas lealtades cuando se ponen sus cadenas, pero no podemos olvidar que Theomore nació como un Lannister de Lannisport y ostenta algún parentesco lejano con los Lannister de Roca Casterly. Enemigos y falsos amigos están a mi alrededor, Lord Davos. Que infestan mi ciudad como cucarachas, y por la noche los siento arrastrarse sobre mí– Los dedos enjoyados del hombre gordo estaban apretados en un puño y

temblaba toda su barbilla. –Mi hijo Wendel entró a los Mellizos como un invitado. Comió del pan y sal de Lord Walder y colgó su espada contra la pared de la fiesta con los amigos. Y lo asesinaron. Asesinado, digo, y que para los Frey sea como una ultima anécdota. Bebo con Jared, bromeo con Symond, a Rhaegar le prometí la mano de mi propia y amada nieta... pero nunca piense que eso significa que he olvidado. El norte recuerda, Lord Davos. El norte nunca olvida, y la mascarada está casi terminada. Mi hijo está en casa.

Algo en la forma en que Lord Wyman hablo calo de frio hasta los huesos a Davos. –Si se trata de justicia lo que quiere, mi señor, mire al rey Stannis. Ningún hombre es más justo

Robett Glover interrumpió para añadir: –Su lealtad le honra, mi señor, pero Stannis Baratheon sigue siendo su rey, no el nuestro.

–Su propio rey ha muerto– les recordó Davos –asesinado en la boda roja junto al hijo de Wyman

–El joven lobo está muerto– aceptó Manderly –pero ese valiente niño no era hijo único de Lord Eddard. Robett, trae al muchacho.

–A la orden, mi señor-- Glover dijo saliendo por la puerta.

¿El muchacho? ¿Era posible que uno de los hermanos de Robb Stark hubiera sobrevivido a la ruina de Invernalia? ¿Ser Manderly tenía un heredero Stark escondido en su castillo? ¿Encontró a uno de los niños o solo era una farsa? el norte se levantaría, sospechaba... pero Stannis Baratheon nunca haría causa común con un impostor.

El muchacho que siguió a Robett Glover a través de la puerta no era un Stark, ni podía esperar hacerlo pasar por uno. Era mayor que los jóvenes hermanos asesinados, catorce o quince años con a simple vista, y sus ojos eran aun mayores. Debajo de una maraña de pelo castaño oscuro de su rostro era casi salvaje, con una boca ancha, nariz aguileña y barbilla puntiaguda. –¿Quién eres?– Preguntó Davos.

El niño miró a Robett Glover. –Él es un mudo, pero lo han estado enseñando las letras, aprende rápido– Glover sacó una daga de su cinturón y se lo dio al niño. –Escribe tu nombre para Lord Seaworth.

No había ningún pergamino en la cámara. El niño tallado las letras en una viga de madera en la pared. W... E... X... Se apoyó con fuerza en la X. Cuando terminó le dio la vuelta al puñal en el aire, la atrapó, y se quedó admirando su obra.

–Wex es un hombre del hierro. Fue escudero de Theon Greyjoy. Wex estaba en Invernalia– dijo Glover. –¿Cuánto es lo que Lord Stannis sabia de lo que ocurrió en Invernalia?

Davos pensó de nuevo en las historias que había oído. –Invernalia fue capturado por Theon Greyjoy, que una vez había sido pupilo Lord Stark. Llevo a los dos hijos pequeños de Lord Stark a la muerte y montaron las cabezas por encima de los muros del castillo. Cuando los hombres del Norte llegaron a sacarlo, él pasó el castillo entero a la espada, hasta el último niño, antes de que él mismo fuera asesinado por el bastardo de Lord Bolton.

–No muerto– dijo Glover. –Capturado y llevado de vuelta a Fuerte Terror. El bastardo lo ha desollado

Señor Wyman asintió con la cabeza. –El cuento que dice es algo que todos hemos oído, tan lleno de

mentiras como un pudín repleto de pasas. Fue el bastardo de Bolton quien paso a Invernalia a la espada... Ramsay Snow, fue llamado entonces, antes que el niño rey lo hiciera con Bolton. Snow no los mato a todos. Él reservó a las mujeres, atadas con cuerda, y marcharon a Fuerte Terror gracias a su deporte.

–¿Su deporte?

–Es un gran cazador– dijo Wyman Manderly –y las mujeres son sus presas favoritas. Las abandona desnudas y los pone sueltas en el bosque. Tienen para empezar un día y medio antes de que se abalancen hacia ellas con perros y los cuernos. De vez en cuando se escapa alguna chica y vive para contarlo. La mayoría son menos afortunadas. Cuando Ramsay las capturas, les viola, las despellejan, alimenta a sus perros con sus cadáveres, y trae su piel de nuevo Fuerte Terror como trofeos. Si han sido una presa difícil, corta sus gargantas antes de despellejarlas. Si no es así, lo hace al revés

Davos palideció. –Dios misericordioso ¿Cómo podría un hombre...?

–El mal está en su sangre– dijo Robett Glover. –Él es un bastardo nacido de una violación. A Snow, no le importa lo que el rey niño dice.

–¿Fue alguna vez la nieve tan oscura?– Le preguntó a Lord Wyman. –Ramsay tomó tierras de Lord Hornwood forzando una boda con su viuda, y luego la encerró en una torre y se olvidó de ella. Se dice que comió sus propios dedos en su extrema inanición... y la idea de los Lannister de la justicia del rey es recompensar a su asesino con la hija pequeña de Ned Stark.

–Los Bolton siempre han sido tan crueles como astutos, pero éste parece una bestia en piel humana– dijo Glover.

El señor de Puerto Blanco se inclinó hacia adelante. –Los Frey no son mejores. Hablan de huargos y cambia-pieles y afirman que se trataba de Robb Stark, quien mató a mi Wendel. ¡Qué arrogancia! No esperan que el norte crea en sus mentiras, realmente no, pero creo que ellos piensan que debemos creerle o morir. Roose Bolton miente sobre su participación en la boda roja y su hijo bastardo miente sobre la caída de Invernalia. Y sin embargo siempre y cuando ellos tuvieran a Wylis no tenía más remedio que comer toda esta mierda y alabar el sabor

–¿Y ahora, mi señor?– Preguntó Davos.

Había tenido esperanza al oír lo que Lord Wyman decía, «Y ahora voy a optar por el rey Stannis», pero en vez de eso el hombre gordo sonrió con una sonrisa extraña, y dijo: –Y ahora tengo que asistir a una boda. Estoy demasiado gordo para sentarme en un caballo, como cualquier hombre con un par de ojos puede ver claramente. Cuando era niño me encantaba montar a caballo, y como un hombre joven cabalgaba lo suficientemente bien como para ganar algún pequeño reconocimiento en las listas, pero esos días se han acabado. Mi cuerpo se ha convertido en una prisión más terrible que la Guarida del Lobo. Aun así, tengo que ir a Invernalia. Roose Bolton me quiere sobre mis rodillas, y debajo de la cortesía de terciopelo me muestra su carta de hierro. Iré por medio de barcazas y literas, la participación de un centenar de caballeros y mis buenos amigos de los Gemelos. Los Frey llegaron por mar, no tienen caballos con ellos, por lo que deberé presentar cada uno de ellos con un palafrén como un regalo de invitados. ¿Se acostumbra todavía dar regalos de invitados en el sur?

–Algunos sí, mi señor. En el día que su huésped se retira

–Quizás lo entienda entonces– Se tambaleó Wyman Manderly pesadamente a sus pies. –He

construido buques de guerra durante más de un año. Algunos los viste, pero hay muchos más escondidos en Puerto Blanco. A pesar de las pérdidas que he sufrido, todavía tengo el liderazgo de la fuerza más grande que cualquier otro señor del norte al cuello. Mis paredes son fuertes, y mis bóvedas están llenas de plata. Oldcastle y su viuda me toman como su mina de oro. Mis abanderados incluyen una docena de pequeños señores y un centenar de caballeros. Puedo entregar el rey Stannis la lealtad de todas las tierras al este de Cuchillo Blanco, de Atalaya de la Viuda y Puertacarnero a las colinas de Cabezaoveja y las cabeceras de Brecha rota. Todo esto me comprometo a hacer si acepta mi precio

–Puedo llevar tus condiciones al rey, pero..

Lord Wyman lo interrumpió. –Si usted acepta mi precio, dije. Stannis no. No es un rey que necesito, sino un contrabandista.

Robett Glover tomó la palabra. –Tal vez nunca sabremos todo lo que sucedió en Invernalia, al Ser Rodrik Cassel recuperar el castillo del hombre del hierro Theon Greyjoy. El bastardo de Bolton reclamó que Greyjoy fue quien asesinó a Ser Rodrik durante una conversación. Wex dice que no. Hasta que aprenda más letras solo conoceremos la mitad de lo que paso ... pero él vino a nosotros sabiendo decir solamente sí y no, y con eso puedes recorrer un gran camino haciendo las preguntas acertadas.

–Ha sido el bastardo quien asesinó a Ser Rodrik y los hombres de Invernalia– dijo Lord Wyman. –Él despellejó al hombre de hierro Greyjoy también. Wex vio a unos pocos hombres tratando de rendirse. Cuando se le preguntó cómo se escapó, tomó un trozo de tiza y dibujó un árbol con una cara.

Davos pensó en eso. –¿Los viejos dioses lo salvaron?

–Después del suceso. Se subió al árbol corazón y se escondió entre las hojas. Los hombres de Bolton buscaron por el bosque sagrado dos veces y mataron a los hombres que encontraron allí, pero a ninguno se le ocurrió trepar en los árboles. ¿Es así como pasó, Wex?
El chico arrojó la daga de Glover, la cogió, y asintió con la cabeza.

Glover dijo: –Se quedó en el árbol durante mucho tiempo. Dormía entre las ramas, sin atreverse a descender. Finalmente oyó voces por debajo de él.

–Las voces de los muertos– dijo Wyman Manderly.

Wex levantó cinco dedos, se golpeó cada uno de ellos con la daga, y luego dobló cuatro y se golpeó una última vez.

–Seis de ellos– preguntó Davos. –Había seis.

–Dos de ellos los hijos asesinados de Ned Stark.

–¿Cómo podría un mudo decir eso?

–Con la tiza. Señaló a dos niños... y dos lobos

–El muchacho era un hombre del hierro, así que pensó que era mejor no dejarse ver– dijo Glover. –Él escuchó. Los seis no se detuvieron mucho en las ruinas de Invernalia. Cuatro fueron por un lado, dos por otro. Wex siguió después a los dos, una mujer y un niño. Él debe de haber estado a favor del

viento, por lo que el lobo no detecto su olor.

–Sabe a dónde fueron– dijo Lord Wyman.

Davos entendió. –Usted quiere al niño

–Roose Bolton tiene a la hija de Lord Eddard; para contrarrestar Puerto Blanco debe tener el hijo de Ned... y el huargo. El lobo demostrará que el niño es lo que dice que ser, por si Fuerte Terror lo intenta negar. Ese es mi precio, Lord Davos. El contrabandista me trae de regreso a mi señor feudal, y yo tomare a Stannis Baratheon como mi rey.

El viejo instinto hizo que a Davos Seaworth se le resecara la garganta. Los dedos de sus huesos habían sido su suerte, y de alguna manera sentía que habría necesidad de la suerte para hacer lo que Wyman Manderly le pedía. Aun así los huesos se habían ido, por lo que dijo –Usted tiene mejores hombres que yo a su servicio. Caballeros, señores y maestres. ¿Por qué es necesario un contrabandista? Usted tiene los barcos.

–Barcos– coincidió Señor Wyman, –pero mis equipos son hombres de rio, o los pescadores que nunca han navegado más allá de la mordedura. Para esto, debo tener un hombre que ha navegado en aguas más oscuras y sabe cómo deslizarse de los peligros, invisible, sin ser molestado

–¿Dónde está el niño?– De alguna manera Davos sabía que no le gustaría la respuesta. –¿A dónde es que quiere que me vaya, mi señor?

Robett Glover dijo, –Wex. Muéstrale.

El silencio pasó la daga, la tomó, y luego lo arrojó de punta a punta en el mapa de piel de oveja que adorna la pared Señor Wyman. Golpeó temblando. Luego sonrió. Por medio latido de corazón Davos consideró pedirle a Wyman Manderly que lo enviara de regreso a la Guarida del lobo, a Ser Bartimus con sus cuentos y Garth con sus damas letales. En la guarida los presos comían una papilla en la mañana. Pero hay otros lugares en este mundo donde los hombres eran conocidos por romper el ayuno con carne humana.

30. DAENERYS

Cada mañana, desde su muralla occidental, la reina contaría las velas en Bahía de los Esclavos.

Hoy contabilizó veinticinco, aunque algunos estaban lejanos y en movimiento, tanto que era difícil estar segura. Algunas veces se saltaba uno, o contaba uno dos veces. «¿Qué importa? Un estrangulador sólo necesita diez dedos». Todo el comercio se había detenido, y sus pescadores no se atrevían a zarpar a la bahía. Los más audaces aún lanzaban unos pocos sedales en el río, aunque incluso eso era peligroso; la mayoría permanecían amarrados a los pies de los muros de adoquines multicolores de Meereen.

También había barcos de Meereen fuera en la bahía, barcos de guerra y galeras mercantes cuyos capitanes se habían lanzado a la mar cuando las huestes de Dany sitiaron la ciudad por primera vez, ahora regresaban para incrementar las flotas procedentes de Qarth, Tolos y Nuevo Ghis.

El consejo de su almirante se había demostrado peor que inútil. —Dejad que vean tus dragones,— dijo Groleo. —Dejad que los hombres de Yunkai prueben el fuego, y el comercio fluirá de nuevo.

—Esos barcos nos están estrangulando, y todo lo que mi almirante puede hacer es hablar de dragones,— dijo Dany. —Eres mi almirante, ¿Verdad?

—Un almirante sin barcos.

—Construir barcos.

—Los barcos de guerra no se pueden fabricar con ladrillos. Los traficantes de esclavos quemaron toda la madera sin cortar en veinte leguas a la redonda.

—Entonces cabalga veintidós leguas. Te daré carros, leñadores, mulas, todo lo que necesites.

—Soy un marinero, no un carpintero de barcos. Fui enviado para traer a Su Alteza de vuelta a Pentos. En cambio nos trajo aquí y rompió mi Saduleon en trozos por algunos clavos y pedacitos de madera. Nunca la veré así de nuevo. Nunca podré ver mi hogar de nuevo, ni a mi anciana esposa. No fui yo quien rechazó los barcos que ofreció este Daxos. No puedo luchar contra los qarthienses con barcos de pesca.

La amargura del almirante le afligió, tanto tanto que Dany se encontró a si misma preguntándose si el pentoshi entrecano podría ser una de sus tres traiciones. No, sólo es un anciano, lejos de casa y muy angustiado. —Debe haber algo que podamos hacer.

—Sí, y os he dicho qué. Estos barcos están fabricados con cabo y brea y velamen, con pino qohoriense y teca de Sothoros, roble viejo de Gran Norvos, tejo y fresno y abeto. Madera, Alteza. La madera arde. Los dragones…
—No escucharé más sobre mis dragones. Déjame. Ve a rezar a tus dioses pentoshis para que una tempestad hunda a nuestros enemigos.

—Un marinero no reza por tempestades, Alteza.

—Estoy cansada de escuchar lo que no harás. Vete.

Ser Barristan se quedó. —Nuestras provisiones son abundantes por el momento,— le recordó, —y Su Alteza ha sembrado judías y uvas y trigo. Tu dothraki ha hostigado a los traficantes de esclavos

de las colinas y suprimió los grilletes de sus esclavos. También están sembrando, y traerán sus cosechas a Meereen para comerciar. Y tendrás la amistad de Lhazar.

Daario ganó Lhazar para mí, por eso merece la pena. —Los Hombres Cordero. Querrían que los corderos tuvieran dientes.

—Haría a los lobos más cautelosos, sin duda.

La hizo reír. —¿Cómo les va a tus huérfanos, Ser?

El anciano caballero sonrió. —Bien, Alteza, gracias por preguntar.— Los chicos eran su orgullo. —Cuatro o cinco tienen madera de caballeros. Tal vez hasta una docena.

—Uno sería suficiente si fuera tan fiel como vos.— El día en que tuviera necesidad de todos los caballeros podía llegar pronto. —¿Justarán por mí? Eso me gustaría.— Viserys le había contado relatos de los torneos que había presenciado en los Siete Reinos, pero Dany personalmente nunca había visto una justa.

—No están preparados, Alteza. Cuando lo estén, estarán encantados de demostrar su valor.

—Espero que ese día llegue pronto.— Habría besado a su buen caballero en la mejilla, pero justo entonces apareció Missandei bajo el arco de la puerta. —¿Missandei?

—Alteza. Skahaz espera cuando guste.

—Hazle subir.—

El Afeitado estaba acompañado por dos de sus bestias descaradas. Uno llevaba puesta una máscara de halcón, el otro lo que parecía un chacal. Detrás del latón solo se podían ver sus ojos. —Su Radiantez, Hizdahr fue visto entrando a la pirámide de Zhak la pasada tarde. No salió hasta bien de noche.

—¿Cuántas pirámides ha visitado?— preguntó Dany. —Once.

—¿Y cuánto hace del último asesinato?

—Veintiséis días— Los ojos del Afeitado se hincharon de furia. Había sido idea suya tener a las bestias descaradas detrás de su prometido y fijarse en todos sus actos.

—Hasta ahora Hizdahr ha cumplido con sus promesas.

—¿Cómo? Los Hijos de la Arpía han dejado sus cuchillos, ¿Pero por qué? Porque el noble Hizdahr se lo pidió dulcemente. Es uno de ellos, os lo digo. Por eso le obedecen. Puede ser perfectamente la Arpía.

—Si existe la Arpía.— Skahaz estaba convencido que en algún lugar de Meereen los Hijos de la Arpía tenían un señor feudal de alta cuna, un general secreto al mando de un ejército de sombras. Dany no compartía su opinión. Las bestias descaradas habían apresado docenas de Hijos de la Arpía, y aquellos que habían sobrevivido a su captura habían aportado nombres cuando se les interrogó con dureza… demasiados nombres, le pareció. Habría sido agradable pensar que todas las muertes fueron producidas por un único enemigo que podía ser capturado y asesinado, pero Dany sospechaba que la verdad era otra. «Mis enemigos son legión». —Hizdahr zo Loraq es un hombre

persuasivo con muchos amigos. Y adinerado. Quizá ha comprado esta paz para nosotros con oro, o convenció a los otros aristócratas que nuestro matrimonio es lo mejor para sus intereses.

—Si no es la Arpía, sabe quién es. Puedo encontrar la verdad con facilidad. Deme su permiso para interrogar a Hizdahr, y os traeré una confesión.

—No,—, dijo ella. —No me creo estas confesiones. Me has traído demasiadas, todas ellas sin ningún valor.

—Su Radiantez…

—He dicho que No

El ceño fruncido del Afeitado volvió su cara fea aún más fea. —Es un error. El Gran Amo Hizdahr se hace el tonto con Su Señoría. ¿Queréis una serpiente en vuestra cama?
«Quiero a Daario en mi cama, pero le envié lejos por el bien tuyo y el de los tuyos». —Debéis continuar vigilando a Hizdahr zo Loraq, pero ningún mal caerá sobre él. ¿Entendido?

—No estoy sordo, Magnificencia. Obedeceré.— Skahaz saco un rollo de pergamino de su manga. —Su Señoría debería echar un vistazo a esto. Una lista de todos los barcos meereenos en el bloqueo, con sus capitanes. Todos Grandes Amos.

Dany estudió el rollo. Estaban nombradas todas la familias dirigentes de Meereen: Hazkar, Merreq, Quazzar, Zhak, Rhazdar, Ghazeen, Pahl, hasta Reznak y Loraq. —¿Que he de hacer con una lista de nombres?

—Todos los de esa lista tienen familia dentro de la ciudad. Hijos y hermanos, mujeres e hijas, madres y padres. Deja que mis bestias descaradas les detengan. Sus vidas recobrarán esos barcos.

—Si envío a las bestias descaradas dentro de las pirámides, Supondrá la guerra abierta dentro de la ciudad. Debo confiar en Hizdahr. Debo esperar la paz.— Dany sostuvo el pergamino sobre la vela y miró como los nombres se quemaban, mientras Skahaz le lanzaba miradas fulminantes a ella.
Después, Ser Barristan le dijo que su hermano Rhaegar hubiera estado orgulloso de ella. Dany recordó las palabras que Ser Jorah había dicho en Astapor; Rhaegar luchó con valentía, Rhaegar luchó con nobleza, Rhaegar luchó con honor y Rhaegar murió.

Cuando descendió al Salón de mármol morado, lo encontró casi vacío. —¿No hay peticionarios hoy?— Pregunto Dany a Reznak mo Reznak. —¿Nadie que ansíe justicia o plata por una oveja?

—No, Su Señoría. La ciudad tiene miedo.

—No hay nada que temer.

Pero había mucho y más que temer como aprendió esa tarde. Cuando sus jóvenes rehenes Miklaz and Kezmya estaban disponiendo una sencilla cena de verduras de otoño y sopa de jengibre para ella, Irri vino a decirle que Galazza Galare había vuelto, con tres Gracias Azules del templo. —Gusano Gris también ha venido, *Khaleesi.* Os ruegan audiencia, inmediatamente.

—Traerlos a mi salón. Y mandar llamar a Reznak and Skahaz. ¿Dijo la Gracia Verde sobre que quería tratar?

—Astapor,— dijo Irri.

Gusano Gris comenzó el relato. —Salió de la niebla de la mañana, un jinete sobre un caballo pálido, moribundo. Su yegua estaba tambaleándose cuando se acercaba a las puertas de la ciudad, en sus costados rosas con sangre y espuma, sus ojos perdidos por el miedo. Su jinete llamó, '*Ella está en llamas, Ella está en llamas,*' y se calló de la silla de montar. A Uno le mandaron, y dio órdenes de que el jinete se trajera a las Gracias Azules. Cuando tus servidores le llevaron dentro de las puertas, gritó de nuevo, '*Ella está en llamas.*' Bajo su *tokar* era un esqueleto, todo huesos y carne febril.

Una de las Gracias Azules reanudó el relato en ese punto. —Los Inmaculados trajeron este hombre al templo, donde le desnudamos y le bañamos en agua fría. Sus ropas estaban estropeadas, y mis hermanas encontraron la mitad de una flecha en su muslo. Aunque había partido el astil, la punta permanecía dentro de él, y la herida le estaba mortificando, llenándole con venenos. Murió en menos de una hora, todavía gritando que ella estaba en llamas.

— 'Ella está en llamas,' — Daenerys repitió. —¿Quién es ella?

—Astapor, Su Radiantez,— dijo otra de las Gracias Azules. —Lo dijo, una vez. Dijo '*Astapor* está en llamas.'

—Pudieron haber sido los delirios febriles.

—Su Radiantez habla con sabiduría,— dijo Galazza Galare, —pero Ezzara vio algo más.

La Gracia Azul llamada Ezzara cruzo sus manos. —Mi Reina,— Murmuró, —su fiebre no fue provocada por la flecha. Se había dañado el mismo, no una vez si no varias veces. Las manchas alcanzaban sus rodilla, y había sangre seca entre sus excrementos.

—Su caballo estaba perdiendo sangre, lo dijo Gusano Gris.

—Es cierto, Alteza,— confirmó el eunuco. —La yegua pálida estaba manchada de sangre por las espuelas.

—Eso puede ser así, Su Radiantez,— dijo Ezzara, —pero esta sangre estaba mezclada con las deposiciones de él. Eso manchó su ropa interior.

—Él estaba perdiendo sangre desde sus entrañas,— dijo Galazza Galare. —No podemos estar seguros,— dijo Ezzara, —pero puede ser que Meereen tenga más que temer además de las lanzas de Yunkai.

—Debemos rezar,— dijo la Gracia Verde. —Los dioses nos enviaron este hombre. Vino como un presagio. Vino como una señal.

—¿Una señal de qué?— preguntó Dany. —Una señal de enfado y ruina.

No quería creer eso. —Era un hombre. Un hombre enfermo con una flecha en su pierna. Un caballo le trajo aquí, no un dios.— *Una yegua pálida.* Dany se levantó repentinamente. —Os agradezco vuestro consejo y todo lo que hicisteis por este pobre hombre.

La Gracia Verde besó los dedos de Dany que antes dio su permiso. —Rezaremos por Astapor.

«Y por mí. Oh, reza por mí, mi señora». Si Astapor había caído, nada queda para impedir que Yunkai se dirija el norte.

Se volvió hacia Ser Barristan. —Envía jinetes a las colinas para encontrar a mis jinetes de sangre. Llama a Ben el Moreno también a Los Segundos Hijos.

—¿Y Los Cuervos de Tormenta, Alteza?

Daario. —Sí. Sí.— Sólo hace tres noches había soñado con Daario yaciendo muerto al lado del camino, mirando fijamente hacia el cielo sin ver como los cuervos peleaban encima de su cadáver. Otras noches daba vueltas en su cama, imaginando que la había traicionado, como una vez había traicionado a sus compañeros los capitanes de Los Cuervos de Tormenta. «Me trajo sus cabezas». ¿Qué pasa si hubiera vuelto su compañía hacia Yunkai, para venderla por una vasija de oro? «No haría eso. ¿Verdad?» —También los Cuervos de Tormenta. Envía jinetes tras ellos inmediatamente.

Los Segundos Hijos fueron los primeros en regresar, ocho días después de que la reina difundiera sus llamamientos. Cuando Ser Barristan le dijo que su capitán deseaba hablar con ella, pensó por un momento que era Daario, y su corazón dio un vuelco. Pero el capitán del que habló era Ben Plumm el Moreno.
Ben el Moreno tenía la cara agrietada y endurecida por los elementos, la piel del color de la teca vieja, pelo blanco, y arrugas en los extremos de los ojos. Dany estaba tan agradecida de ver su curtida cara morena que le abrazó. Los ojos de él se cerraban con regocijo. —Oí decir que Su Alteza iba a tomar marido,— dijo, —pero nadie me contó que era yo— Rieron juntos mientras Reznak trataba de aguantarse, pero las risas cesaron cuando Ben el Moreno dijo, —Sorprendimos a tres astaporis. Su Señoría haría bien en escuchar lo que dicen.

—Traerlos.

Daenerys les recibió en la grandiosidad de su salón mientras las velas altas ardían entre las columnas de mármol. Cuando vio que los astaporis estaban medio muertos de hambre, pidió comida de inmediato. Estos tres eran todo lo que quedaba de una docena que habían salido juntos desde la Ciudad Roja: un albañil, una tejedora, y un zapatero. —¿Que le sucedió al resto de vuestro grupo? — pregunto la reina.

—Asesinados,— dijo el zapatero. —Los Mercenarios de Yunkai recorren las colinas del norte de Astapor, persiguiendo y atrapando a los que huyen de las llamas.

—¿Entonces, Ha caído la ciudad? sus muros eran gruesos.

—Así es,— dijo el albañil, un hombre de espalda encorvada con ojos legañosos, —pero también estaban viejos y desmenuzados.

La tejedora levantó su cabeza. —Cada día nos decíamos los unos a los otros que la reina dragón estaba regresando.— La mujer tenía unos labios finos y unos ojos muertos sin brillo, puestos en una cara alargada y estrecha. —Cleon os había mandado buscar, se decía, y estabais viniendo.

*«*Mando a buscarme»*,* pensó Dany. «Al menos, eso es muy cierto». —Fuera de nuestros muros, los Yunkai devoraron nuestras cosechas y mataron nuestro ganado,— continuó el zapatero.— Dentro nos moríamos de hambre. Comíamos gatos y ratas y cuero. Una piel de caballo era un festín. El Rey Cortagargantas y la Reina Puta se acusaban mutuamente de darse un festín con la carne del asesinado. Hombres y mujeres se reunían en secreto para echar a suertes y atiborrarse con la carne del que sacara la piedra negra. La pirámide de Nazlok fue saqueada y puesta en llamas por aquellos que afirmaban que Kraznys mo Nakloz era el culpable de todas nuestras aflicciones.

—Otros culpaban a Daenerys,— dijo la tejedora, —pero la mayoría de nosotros todavía os queremos. 'Está de camino,' nos decíamos unos a otros. 'Está viviendo a la cabeza de una gran hueste, con comida para todos.'

«Escasamente Puedo alimentar a mi propio pueblo. Si hubiera marchado a Astapor, habría perdido Meereen».

El zapatero les contó cómo el cuerpo del Rey Carnicero había sido desenterrado y vestido con una armadura de cobre, después de que la Gracia Verde de Astapor tuviera una visión en que él les libraba de los Yunkai. Con armadura y apestando, el cadáver de Cleon El Grande fue apretado sobre la grupa de un caballo hambriento para encabezar los restos de sus Nuevos Inmaculados en una misión de combate, pero cabalgó derecho al centro de la formación de una legión de Nuevo Ghis y fue talado por un solo hombre.

—Después la Gracia Verde fue empalada a una estaca en la Plaza de Castigo y dejada hasta que murió. En la pirámide de Ullhor, los supervivientes tuvieron un gran festín que duró la mitad de la noche, y regaron el resto de su alimento con vino envenenado tanto que ninguno necesito levantarse de nuevo al llegar la mañana. Poco después vinieron las enfermedades, una diarrea sangrienta que mató a tres hombres de cada cuatro, hasta que una turba de hombres moribundos se volvieron locos y mataron a los guardias de la puerta principal.

El anciano albañil interrumpió para decir, —No. fue obra de hombres cuerdos, corriendo para escapar de la diarrea.

—¿Eso Importa?— preguntó el zapatero. —Los guardias fueron hechos trizas y las puertas abiertas de par en par. Las legiones de Nuevo Ghis llegaron en tropel a Astapor, seguido por los Yunkai y los mercenarios sobre sus caballos. La Reina Puta murió combatiéndolos con una palabrota en sus labios. El Rey Cortagargantas se rindió y fue lanzado dentro de un foso de combate, para ser destrozado por una jauría de perros hambrientos.

—Incluso entonces alguien dijo que estabais viniendo,— dijo la tejedora. —Juraron haberos visto montada sobre un dragón, volando alto sobre los campamentos de los Yunkai. Cada día os buscábamos.

«No pude llegar», pensó la reina. «No me atreví». —¿Y cuando cayó la ciudad?— exclamó Skahaz. —¿Luego qué?

—Comenzó la carnicería. El Templo de la Gracias estaba lleno de los enfermos que habían venido a pedir a los dioses que los curaran. Las legiones sellaron las puertas y pusieron el templo en llamas con antorchas. En menos de una hora los fuegos estaban ardiendo en todos los rincones de la ciudad. Mientras se extendían se juntaban unos con otros. Las calles estaban llenas de muchedumbres, corriendo de un lado a otro para escapar de las llamas, pero no había salida, Los Yunkai sujetaban las puertas.

—Sin embargo escapasteis,— dijo el Afeitado. —¿Cómo es eso?

Respondió el anciano. —Soy de oficio fabricante de ladrillos, como mi padre y su padre lo fueron antes que yo. Mi abuelo edificó nuestra casa contra los muros de la ciudad. Fue sencillo el trabajo de quitar unos pocos ladrillos cada noche. Cuando se lo conté a mis amigos, me ayudaron a apuntalar el túnel para que no se hundiera. Todos acordamos que podía ser bueno tener nuestra propia salida.

«Te dejé con un consejo para gobernar sobre ti», pensó Dany, «un curandero, un erudito, y un sacerdote». Todavía podía recordar la Ciudad Roja como la había visto por primera vez, seca y polvorienta detrás de sus muros de adoquines rojos, soñando sueños crueles, todavía llena de vida. «Había islas en el Gusano donde se besaban los amantes, pero en la Plaza del Castigo despegaban la piel a los hombres en tiras y les abandonaban colgando desnudos para las moscas». —Es mejor que hayáis venido,— dijo a los astaporis. —Estaréis a salvo en Meereen.
El Zapatero se lo agradeció, y el anciano albañil besó sus pies, pero la tejedora la miró con unos ojos tan duros como el diamante. «Sabe que miento», pensó la reina. «Sabe que no puedo mantenerlos a salvo. Astapor está en llamas, y Meeren va después».

—Hay más en camino,— anunció Ben el Moreno cuando los astaporis habían sido conducidos lejos. —Estos tres tenían caballos. La mayoría van a pié.

—¿Cuántos son?— preguntó Reznak.

Ben el Moreno se encogió de hombros. —Cientos. Miles. Algunos enfermos, algunos quemados, algunos heridos. Los Gatos y la Windblown están pululando a través de las Colinas con lanzas y látigos, conduciéndoles hacia el norte y talando a los rezagados.—

—¿Bocas a pie. Y *enfermos,* Decís?— Reznak estrujó sus manos. —Su señoría no debe permitir que entren a la ciudad.

—Yo no lo permitiría,— dijo Ben Plumm el Moreno. —No soy un maestre, eso sí, pero sé que conseguiréis apartar las manzanas podridas de las sanas.

—No hay manzanas, Ben,— dijo Dany. —hay hombres y mujeres, enfermedad y hambre y miedo. — «Mis hijos». —Debería haber ido a Astapor.

—Su alteza no podría haberlos salvado,— dijo Ser Barristan. —Avisasteis al Rey Cleon de los peligros de esta guerra con Yunkai. El hombre era un idiota, y sus manos estaban manchadas de sangre.

«¿Y están mis manos algo más limpias?» Recordó lo que Daario había dicho—que todos los reyes deben ser carniceros, o carnaza. —Cleon era el enemigo de nuestros enemigos. Si nos hubiéramos unido a él en los Cuernos de Hazzat, podríamos haber aplastado a Yunkai entre nosotros.

El Afeitado discrepó. —Si hubiéramos llevado Los Inmaculados al sur a Hazzat, los Hijos de la Arpía…

—Lo sé. *Lo sé.* Es Eroeh una y otra vez.

Ben Plumm el Moreno estaba confundido. —¿Quién es Eroeh?

—Una chica que pensé que estaba salvando de la violación y el tormento. Todo lo que hice en realidad fue ponérselo peor. Y todo lo que hice en Astapor fue hecho en mil Eroehs.

—Su alteza no podía haber sabido——

—Soy la reina. Era mi deber saber.—

—Lo que está hecho hecho está,— dijo Reznak mo Reznak. —Su Señoría, os suplico que, toméis al noble Hizdahr como vuestro rey inmediatamente. Puede hablar con los Sabios Amos, dirigirnos

hacia la paz.
—¿En qué términos?— «Ten cuidado de los senescales perfumados», había dicho Quaithe. La mujer enmascarada había predicho la llegada de la yegua pálida, ¿También habría acertado con el noble Reznak? —Puedo ser una niña inocente que no sabe de guerras, pero no soy un cordero que camina balando hacia la guarida de la Arpía. Todavía tengo a mis Inmaculados. Tengo los Cuervos de Tormenta y los Segundos Hijos. Tengo tres compañías de libertos.

—Ellos, y dragones,— dijo Ben Plumm el Moreno, con una sonrisa burlona. —En el foso, encadenados,— Reznak mo Reznak se lamentó. —¿De qué sirven unos dragones que no pueden ser controlados? Incluso Los Inmaculados aumentan su espanto cuando tienen que abrir las puertas para alimentarlos.

—¿Qué, de las pequeñas mascotas de la reina?— Los ojos de Ben el Moreno se cerraban con regocijo. El capitán entrecano de los Segundos Hijos era una criatura de las compañías libres, un mestizo con la sangre de una docena de diferentes pueblos corriendo por sus venas, pero siempre había tenido apego a los dragones, y ellos a él.

—¿Mascotas?— gritó Reznak. —Monstruos, más bien. Monstruos que se alimentan de niños. No podemos…

—*Silencio,*— dijo Daenerys. —No hablaremos de eso.

Reznak retrocedió lejos de ella, acobardándose por la ira de su tono. —Perdonarme, Magnificencia, No tenía…

Ben Plumm el Moreno arremetió contra él. —Alteza, los yunkios consiguieron tres compañías libres contras dos de nuestras, y se habla de los hombres de Yunkai enviados a Volantis van a buscar a la Compañía Dorada. Esos bastardos despliegan diez mil. Yunkai también ha conseguido cuatro legiones ghiscarias, tal vez más, y he oído decir que han enviado jinetes al mar de Dothraki a lo mejor para traer algún gran *khalasar* sobre nosotros. *Necesitamos* los dragones, a mi modo de ver.

Dany suspiró. —Lo siento, Ben. No me atrevo a soltar los dragones.— Se dio cuenta que no era la respuesta que quería.

Plumm rascó sus bigotes moteados. —Si no hay dragones en la balanza, bien… deberíamos salir antes de que los bastardos yunkios cierren la trampa… solo que primero, haremos pagar a los traficantes de esclavos por ver nuestras espaldas. Pagan a los khals para dejar sus ciudades, ¿Por qué a nosotros no? Les revendemos Meereen y comenzamos en el oeste con carros llenos de oro y gemas y esas cosas.—

—¿Quieres que saqué Meereen y huya? No, no haré eso. Gusano Gris, ¿Están mis libertos preparados para la batalla?

El eunuco cruzó sus brazos contra su pecho. —No son Inmaculados, pero no os deshonrarán. A uno le tomaron juramento de ello sobre la lanza y la espada, Su señoría.

—Bien. Eso está bien.—Daenerys miró las caras de los hombres de su alrededor. El Afeitado, frunciendo el ceño. Ser Barristan, con su cara arrugada y tristes ojos azules. Reznak mo Reznak, pálido, sudando. Ben el Moreno, maduro, entrecano, duro como el cuero viejo. Gusano Gris, barbilampiño, impasible, inexpresivo. «Daario debería estar aquí, y mis jinetes de sangre», pensó. «Si ha de haber una batalla, la sangre de mi sangre debe estar junto a mí». También echaba en falta a Ser Jorah Mormont. «Me mintió, me delató, pero también me amaba, y siempre me dio buenos

consejos». —Derroté antes a Yunkai. Los derrotaré de nuevo. ¿Dónde, aunque? ¿Cómo?

—¿Significa salir a campo abierto?— La voz del Afeitado estaba llena de incredulidad. —Eso sería una locura. Nuestros muros son más altos y más gruesos que los muros de Astapor, y nuestros defensores son más valientes. Yunkai no tomará esta ciudad con facilidad.

Ser Barristan discrepó. —No creo que debiéramos permitirles que nos utilicen. Las suyas son unas huestes a retazos en el mejor de los casos. Estos traficantes de esclavos no son soldados. Si les cogemos desprevenidos…

—Esa posibilidad es muy pequeña,— dijo el Afeitado. —Yunkai tiene muchos amigos dentro de la ciudad. Lo sabrán.

—¿De qué tamaño podemos reunir un ejército?— preguntó Dany. —No lo bastante grande, pido vuestro real perdón,— dijo Ben Plumm el Moreno. —¿Que tiene que decir Naharis? Si vamos a plantar batalla con ellos, necesitamos sus Cuervos de Tormenta.—

—Daario todavía está en el campo de batalla.— «Oh, dioses, ¿Qué he hecho? ¿Le he enviado a la muerte?»— Ben, necesitaré tus Segundos Hijos para reconocer el terreno de nuestros enemigos. Donde están, como de rápido están avanzando, cuántos hombres tienen, y como están dispuestos.

—Necesitaremos provisiones. También caballos frescos.

—Por supuesto. Ser Barristan se ocupará de eso.

Ben el Moreno se rascó la barbilla. —Podía ser que pudiéramos conseguir que algunos de ellos se vengan. Si Su Alteza pudiera dar unas pocas bolsas de oro y gemas… solo para dar a sus capitanes un buen sabor, por así decirlo… bien, ¿Quién sabe?

—Comprarlos, ¿Por qué no?— dijo Dany. Ese tipo de cosas pasaba siempre entre las compañías libres de las Tierras de la Discordia, lo sabía. —Sí, muy bien. Reznak, ocúpate de eso. Una vez que los Segundos Hijos cabalguen fuera, cerrar las puertas y doblar la guardia de los muros.

—Debe hacerse, Magnificencia,— dijo Reznak mo Reznak. —¿Y los astaporis?

«Mis hijos». —Están viniendo aquí por ayuda. Por socorro y protección. No podemos darles la espalda.

Ser Barristan frunció el ceño. —Alteza, he sabido que la diarrea sangrienta acaba con ejércitos enteros cuando se deja que se extienda sin restricciones. El senescal tiene razón. No podemos tener a los astaporis en Meereen.

Dany le miro en vano. Era bueno que los dragones no lloren. —Como dices, entonces. Les mantendremos fuera de los muros hasta que esta… esta maldición haya seguido su curso. Montar un campamento para ellos al lado del río, al oeste de la ciudad. Les enviaremos la comida que podamos. Quizá podamos separar los sanos de los enfermos.— Todos estaban mirándola. —¿Me lo haréis decir dos veces? Iros y hacer lo que os he ordenado.— Dany se levantó, pasó rozando a Ben el Moreno, y ascendió por los peldaños hasta la dulce soledad de su terraza.

Doscientas leguas separaban Meereen de Astapor, todavía le parecía que el cielo estaba más oscuro hacia el suroeste, manchado y neblinoso con el humo de la Ciudad Roja pasando. «Ladrillo y sangre construyeron Astapor, y ladrillo y sangre a su gente». La antigua rima resonó en su cabeza. «Ceniza

y hueso es Astapor, y ceniza y huesos su gente». Trató de recordar la cara de Eroeh, pero los rasgos de la niña muerta se mantuvieron girando con el humo.

Cuando Daenerys por fin miró hacia otro lado, Ser Barristan estaba de pie junto a ella, envuelto en su capa blanca contra el frescor de la tarde. —¿Podemos luchar por esto?— le preguntó.

—Los hombres siempre pueden luchar, Alteza. Pregunta más bien si podemos ganar. Morir es fácil, pero la victoria se consigue difícilmente. Vuestros libertos están a medio entrenar y no han probado la sangre. Vuestros mercenarios una vez sirvieron a vuestros enemigos, y una vez un hombre convierte su capa no tendrá escrúpulos para convertirla de nuevo. Tenéis dos dragones que no pueden ser controlados, y un tercero que puede estar perdido para vos. Más allá de estos muros vuestros únicos amigos son los lhazarenos, que no han probado la guerra.

—Mis muros son fuertes, aunque.—

—No más Fuertes que cuando nos sentamos fuera de ellos. Y los Hijos de la Arpía están dentro de los muros con nosotros. También están los Grandes Amos, ambos aquellos que no matasteis y los hijos de aquellos a los que sí.

—Lo sé.— Suspiró la reina. —¿Qué me aconsejáis, Ser?

—Batalla,— dijo Ser Barristan. —Meereen está abarrotada y llena de bocas hambrientas, y tenéis demasiados enemigos dentro. No podemos resistir un asedio, me temo. Permitirme ir a buscar al enemigo cuando venga al norte, en un terreno elegido por mí.

—Ve a buscar al enemigo,— repitió, —con los libertos que has llamado medio entrenados y que no han probado la sangre.

—Todos hemos estado alguna vez sin probar la sangre, Alteza. Los Inmaculados ayudarán a reforzarles. Si tuviéramos quinientos caballeros…

—O cinco. Y si os doy a Los Inmaculados, no tendré a nadie excepto a las Bestias Descaradas para mantener Meereen.— Cuando Ser Barristan no la discutió, Dany cerró los ojos. «Dioses», rezó, «os llevasteis a Khal Drogo, que era mi sol y mis estrellas. Os llevasteis a nuestro valiente hijo antes de que tomara aire. Habéis tenido vuestra sangre de mí. Ayudarme ahora, os lo ruego. Dar me la sabiduría para ver la senda delante y la fuerza para hacer lo que debo para mantener a mis hijos a salvo».

Los dioses no respondieron.

Cuando abrió sus ojos de nuevo, Daenerys dijo, —No puedo luchar con dos enemigos, uno dentro y el otro sin. Si estoy por mantener Meereen, debo tener la ciudad detrás de mí. *Toda* la ciudad. Necesito… Necesito…— No pudo decirlo.

—¿Alteza?— Ser Barristan apuntó, con dulzura. «Una reina no se pertenece a si misma si no a su pueblo». —Necesito a Hizdahr zo Loraq.

31. MELISANDRE

Nunca estaba verdaderamente oscuro en las cámaras de Melisandre.

Tres velas de sebo ardían en su ventana para mantener alejados los terrores de la noche. Cuatro más titilaban junto a su cama, dos a cada lado. En la chimenea, el fuego ardía día y noche. La primera lección que debían aprender aquellos que la servían, era que nunca se debía permitir que el fuego saliera.

La sacerdotisa roja cerró los ojos y recitó una oración, luego los abrió una vez más para enfrentarse al fuego de la chimenea. «Una vez más». Dijo para asegurarse. Muchos sacerdotes y sacerdotisas antes que ella habían sido reducidos por falsas visiones, viendo lo que deseaban ver y no lo que el Señor de la Luz había enviado. Stannis marchaba hacia el sur hacia el peligro, el rey que cargaba con la suerte del mundo sobre sus hombros, Azor Ahai renacido. Seguramente R'hllor le mostraría lo que le esperaba. «Mostradme a Stannis, mi señor», rezó. «Mostradme a vuestro rey, vuestro instrumento».

Las visiones bailaban ante ella, oro y escarlata, parpadeando, formándose, derritiéndose y disolviéndose unas en las otras, extrañas, terroríficas y seductoras siluetas. Vio los rostros sin ojos de nuevo, mirándola fijamente, llorando sangre. Luego vio las torres junto al mar, derrumbándose a medida que la marea oscura se precipitaba sobre ellas, surgiendo de las profundidades. Sombras en forma de calaveras, calaveras que se evaporaban, cuerpos sumidos en lujuria, retorciéndose, rodando y arañándose. A través de las cortinas de fuego, grandes sombras aladas giraban hacia el cielo azul.

«La chica. Debo encontrar a la chica de nuevo, la chica gris sobre el caballo moribundo». Jon nieve esperaba eso de ella, y pronto. No seria suficiente con decir que la chica estaba huyendo. Querría saber más, querría saber cuando y donde, y no tendría esa información para él. Solo había visto a la chica una vez. «Una chica tan gris como la ceniza, y aunque la vi, se derrumbó y desapareció».

Un rostro tomó forma en las llamas. «¿Stannis?» pensó, solo por un momento… pero no, esas no eran sus facciones. «Un rostro de madera, un cadáver blanco». ¿Era éste el enemigo? Un centenar de ojos rojos flotaban sobre las llamas. «Me ve». Junto a él, un niño con cara de lobo echó la cabeza hacia atrás y aulló.

La sacerdotisa roja se estremeció. La sangre corría por su muslo, negra y humeante. El fuego estaba en su interior, agonía, éxtasis, llenándola, abrasándola, trasformándola. Reflejos de calor trazaban dibujos sobre su piel, insistentes, como las manos de un amante. Voces extrañas la llamaban a sus días pasados.

–Melony– oyó a una mujer llorar.

La voz de un hombre la llamó.

–Lot Siete.

Ella estaba llorando, y sus lágrimas eran llamas. Aún así ella las aprovechó.

Los copos de nieve se arremolinaban en el cielo oscuro, y las cenizas se alzaban para reunirse con ellos, el gris y el blanco, girando alrededor entre ellos, como flechas llameantes que se arqueaban sobre un muro de madera y seres muertos arrastrando los pies en silencio a través del frió, bajo un gran acantilado gris, donde fuegos ardían en el interior de cientos de cuevas. Entonces, el viento se alzó y la blanca niebla llegó, increíblemente fría, y todos los fuegos, uno por uno, se fueron apagando. Después, solo quedaron los cráneos.

«Muerte», pensó Melisandre. «Los cráneos son la muerte»

Las llamas crepitaban suavemente, y en su crepitar oyó en susurros el nombre de *Jon Nieve.* Su rostro flotaba ante ella, retratado en lenguas rojas y naranjas, apareciendo y desapareciendo, una sombra medio-vista detrás de un manto arremolinado. Ahora era un hombre, ahora un lobo, ahora un hombre otra vez. Pero los cráneos estaban allí también, alrededor de él. Melisandre había visto su peligro antes, había tratado de advertir al chico sobre él. «Enemigos alrededor de él, dagas en la oscuridad». No escucharía.

Los no creyentes no escuchan hasta que es demasiado tarde.

–¿Que habéis visto, mi señora?– preguntó el chico, suavemente.

«Cráneos. Cientos de cráneos, y el chico bastardo de nuevo. *Jon Nieve».* Cada vez que le preguntaban acerca de lo que veía en las llamas, Melisandre contestaría, “más y más,” pero la visión no era siempre tan simple como aquellas palabras sugerían. Era un arte, y como todo arte, requería maestría, disciplina, estudio. «Dolor. Eso también». R’hllor habló a sus elegidos a través del fuego bendecido, en un lenguaje de ceniza, carbón y llamas retorcidas que solo un dios podría llegar a entender. Melisandre había practicado su arte durante incontables años, y había pagado su precio. No había nadie, ni siquiera en su orden, que tuviera su habilidad para ver los secretos medio revelados y medio ocultos en las llamas sagradas.

Sin embargo ahora, ni siquiera podía encontrar a su rey. «Rezo por una visión de Azor Ahai y R’hllor solo me muestra nieve».

– Devan– llamó – bebida. – Su garganta estaba seca y en carne viva.

–Si, mi señora. – El chico le sirvió una taza de agua de la jarra de piedra que había junto a la ventana y se la llevó.

–Gracias. – Melisandre tomó un sorbo, tragó y sonrió al chico. Eso le hizo sonrojar. El chico estaba medio enamorado de ella, lo sabía. «Me teme, me desea, y me adora».

A pesar de todo, Devan no estaba contento de estar allí. El muchacho se sentía orgulloso de servir como escudero del rey, y lo había herido cuando Stannis le ordenó permanecer en el Castillo Negro. Como cualquier chico de su edad, su cabeza estaba llena de sueños de gloria; sin duda, se había estado imaginando la destreza que podría haber demostrado en Bosquespeso. Otros chicos de su edad fueron al sur, a servir como escuderos de los caballeros del rey y luchar junto a ellos en la batalla. La exclusión de Devan debió haber parecido un reproche, un castigo por algún fracaso por su parte, o quizás por algún fracaso de su padre.

Realmente, estaba allí porque Melisandre lo había pedido. Los cuatro hijos mayores de Davos Seaworth perecieron en la batalla de Aguasnegras, cuando la flota del rey fue consumida por el fuego verde. Devan era el quinto hijo y estaba más seguro con ella que junto al rey. Lord Davos no se lo agradecería, no más que el chico, pero creía que Seaworth ya había sufrido bastante. Equivocado como estaba, su lealtad hacia Stannis no seria puesta en duda. Lo había visto en las llamas.

Devan era rápido, listo y también capaz, más de lo que se podría decir de la mayoría de sus asistentes. Stannis había dejado una docena de sus hombres para servirla cuando se fue hacia el sur, pero la mayoría de ellos eran inútiles. Su alteza necesitaba de cada espada, por lo que todo lo que podía disponer eran hombres de barba gris y lisiados. Un hombre resultó ciego por un golpe en la cabeza en la batalla en el Muro, otro lisiado, cuando su caballo cayó y le aplastó las piernas. Su sargento había perdido un brazo con el mazo de un gigante. Tres de sus guardias eran eunucos porque Stannis los había castrado por violar a las mujeres salvajes. Tenia a dos borrachos y también a un cobarde. Al último lo debieron haber colgado, como admitió el propio rey, pero venia de una familia de noble cuna y su padre y hermanos habían sido leales desde el principio.

Teniendo guardias alrededor de ella, no había duda de que mantendría a los hermanos negros respetuosos, la sacerdotisa roja lo sabia, pero ninguno de los hombres que le había dejado Stannis servirían de mucha ayuda si estuviera en peligro. No importaba. Melisandre de Asshai no temía por su vida. R'hllor la protegería.

Bebió otro sorbo de agua, puso la taza a un lado, parpadeó, se estiró y se levantó de la silla, sus músculos estaban doloridos y entumecidos. Después de contemplar las llamas durante tanto tiempo, necesitaba un momento para adaptarse a la penumbra. Sus ojos estaban secos y cansados, pero si los frotaba, solo se le pondrían peor.

Vio que el fuego ardía poco.

– Devan, más madera. ¿Qué hora es?

–Casi el amanecer, mi señora.

«Amanecer. Se nos ha concedido otro día, sea alabado R'hllor. Los terrores de la noche se alejan». Melisandre había pasado la noche en la silla junto al fuego, como de costumbre. Con la marcha de Stannis, su cama mostraba poco uso. No tenía tiempo de dormir, con el peso del mundo sobre sus hombros. Y tenía miedo de soñar. «El sueño es una pequeña muerte, sueños de los susurros del Otro, que nos arrastrará a todos a su noche eterna». Pronto se sentaría, bañada por el resplandor rojizo de las llamas sagradas de su señor rojo. Sus mejillas se encendieron con el baño de calor, como si hubieran sido besadas por un amante. Algunas noches se adormecía, pero nunca más de una hora. Un día, Melisandre rezó, no dormiría. Un día estaría libre de sueños. «Melony», pensó. «Lot Siete».

Devan alimentó el fuego con leños frescos hasta que las llamas volvieron a avivarse, feroces y furiosas, enviando las sombras de nuevo a los rincones de la habitación, devorando todos sus sueños indeseables. «La oscuridad se desvanece de nuevo… por un tiempo. Pero más allá del Muro, el enemigo se hace más fuerte, y si gana, el amanecer

no volverá jamás». Se preguntó si había sido su rostro el que había visto, mirándola desde las llamas. «No. Seguramente no. Su cara seria más aterradora que eso, fría, negra y demasiado terrible para que cualquier hombre pudiera contemplarla y vivir». El hombre de madera que había contemplado, sin embargo, y el chico con cara de lobo… eran sus sirvientes, seguramente… sus campeones, como Stannis era de ella.

Melisandre fue hasta su ventana y abrió las persianas. Fuera, el este ya había comenzado a iluminarse, y las estrellas de la mañana todavía colgaban del cielo negro. El Castillo Negro ya había empezado a agitarse mientras los hombres con capas negras se abrían paso a través del patio para desayunar con platos de potaje antes de relevar a sus hermanos en lo alto del Muro. Algunos copos de nieve vagaban por la ventana abierta, flotando en el viento.

–¿Desea mi señora desayunar? – preguntó Devan.

«Comida. Si, debería comer». Algunos días se olvidaba. R'hllor la proveía con todo el sustento que su cuerpo necesitaba, pero eso era algo que mantenía bien oculto a los mortales.

Era a Jon Nieve a quien necesitaba, no pan frito y bacon, pero no serviría de nada enviar a Devan al lord comandante. No acudiría a su llamada. Nieve seguía prefiriendo vivir detrás de la armería, en un par de modestas habitaciones previamente ocupadas por el herrero de la Atalaya. Tal vez no se sentía merecedor de la Torre del Rey, o tal vez no le importaba. Ese era su error, la falsa humildad de la juventud que es en si misma una especie de orgullo. Nunca había sido prudente para evitar las trampas del poder, el poder en si mismo fluye en gran medida de tales trampas.

No obstante, el chico no era totalmente ingenuo. El sabía que era mejor insistir en que ella acudiera a él, en lugar de que él acudiera suplicante a los aposentos de Melisandre si ella quería mantener unas palabras con el. Pocas veces, cuando ella acudía, él la hacia esperar o rechazaba verla. En gran parte, al menos, era astuto.

–Tomaré té de ortiga, un huevo cocido, y pan con mantequilla. Pan fresco, por favor, no frito. Podríais encontraros con el salvaje también. Decidle que debo hablar con él.

–¿Casaca de Matraca, mi señora?

–Y rápido.

Mientras el chico estaba fuera, Melisandre se bañó y se cambió la túnica. Sus mangas estaban llenas de bolsillos escondidos, y los examinó con cuidado como cada mañana para asegurarse de que todos sus polvos estaban en su sitio. Polvos para convertir fuego verde en azul o plata, polvos para hacer que una llama rugiera, silbara y se levantara más alto que un hombre, polvos para hacer humo. Humo para la verdad, humo para la lujuria, humo para el miedo, y un grueso humo negro que podría matar a un hombre. La sacerdotisa roja se armó con una pizca de cada uno de ellos.

El cofre tallado que había traído a través del mar angosto estaba vacío más de tres cuartos. Y aunque Melisandre tenía el conocimiento para hacer más polvos, carecía de muchos ingredientes raros. «Mis hechizos deberían ser suficientes». Era más fuerte en el

Muro, más fuerte incluso que en Asshai. Cada palabra y gesto era más potente, y podía hacer cosas que nunca había hecho. «Las sombras que daré a luz serán terribles, y ninguna criatura de la oscuridad aguantará ante ellas». Con tales hechicerías bajo su mando, pronto no tendría la necesidad de débiles trucos de alquimistas y piromantes.

Cerró el cofre, giró la cerradura y escondió la llave dentro de su falda en otro bolsillo secreto. Después llamaron a su puerta. Su sargento manco, desde el sonido ténue de su llamada.

–Lady Melisandre, el Señor de los Huesos ha llegado.

–Hacedle pasar.

El salvaje vestía un chaleco de cuero curtido salpicado de tachuelas de bronce bajo una capa moteada en tonos verdes y marrones. «Sin huesos». También estaba envuelto en sombras, en espirales irregulares de neblina gris, medio cubierto**,** deslizándose por su cara y figura con cada paso que daba. «Cosas feas. Tan feas como sus huesos». Flequillo de pico, ojos muy oscuros, mejillas puntiagudas, un bigote que se retorcía como un gusano por encima de una boca llena de dientes marrones y rotos.

Melisandre sintió el calor en su garganta mientras el rubí se agitaba ante la cercanía de su esclavo.

–Has dejado de lado tu traje de huesos – observó.

–El traqueteo era como para volverme loco.

–Los huesos te protegen – le recordó. – Los hermanos negros no te quieren. Devan me ha dicho que sólo mantuviste unas palabras con algunos de ellos durante la cena de ayer.

–Unos pocos. Estaba comiendo una sopa de frijoles y tocino mientras Bowen Marsh hablaba sobre el terreno elevado. La Vieja Pomegranate pensó que le estaba espiando y anunció que no toleraría que asesinos escucharan sus consejos. Le dije que si eso fuera verdad, tal vez no deberían estar junto al fuego. Bowen se puso rojo y pareció que se atragantaba, pero eso fue lo más lejos que llegó– El salvaje se sentó en el borde de la ventana, deslizó el puñal fuera de su vaina. – Si algún cuervo quiere meter un cuchillo entre mis costillas mientras estoy comiendo un poco de sopa, le invito a intentarlo. Las gachas de Hobb sabrían mejor con unas gotas de sangre para darle sabor.

Melisandre restó importancia al acero desnudo. Si el salvaje hubiese querido hacerla daño, lo habría visto en las llamas. El peligro sobre ella era lo primero que había aprendido a ver, cuando todavía era una niña, una esclava atada de por vida al gran templo rojo. Todavía era lo primero que veía cada vez que miraba al fuego.

–Son sus ojos los que deberían preocuparos, no sus cuchillos– le advirtió.

–El glamour, si.

En el grillete de hierro negro de su muñeca, el rubí parecía latir. Dio unos golpecitos con el filo de su espada. El acero hizo un ligero *click* contra la piedra.

–Lo siento cuando duermo. Caliente contra mi piel, incluso a través del hierro. Suave como el beso de una mujer. «Vuestro beso». Pero a veces en mis sueños empieza a quemarse, y vuestros labios se convierten en dientes. Cada día pienso que fácil seria extraerlo, y no lo hago. ¿Debo vestir los huesos sangrientos también?.

–El hechizo está hecho de sombra y sugestión**.** Los hombres ven lo que esperan ver. Los huesos son parte de eso.

«¿Me equivoqué al liberarle?»

–Si el glamoour falla, os matarán.

El salvaje empezó a rascar la suciedad de debajo de las uñas con la punta de su daga.

–He cantado mis canciones, luchado mis batallas, bebido el vino de verano, probado a la mujer del Dorniense. Un hombre debe morir de la manera que ha vivido. Para mi eso es acero en mano.

«¿Sueña con la muerte? ¿Podría el enemigo haberle tocado? La muerte es su dominio, los muertos sus soldados»

–Deberías haber trabajado por tu acero antes. El enemigo se está moviendo, el verdadero enemigo. Y los exploradores de Lord Nieve volverán antes de que acabe el día, con sus ojos ciegos y sangrientos.

Los ojos del salvaje se estrecharon. Ojos grises, ojos marrones; Melisandre podía ver cambiar el color con cada latido del rubí.

–Extirpar los ojos, eso es trabajo del Llorón. El mejor cuervo es un cuervo ciego, le gustaba decir. A veces pienso que le gustaría extirparse sus propios ojos, de forma que siempre estén húmedos y con picor. Nieve ha supuesto que la gente libre volvería a Tormund para guiarlos, porque eso es lo que haría él. Le gustaba Tormund, y al viejo impostor también le gustaba él. Si acuden al Llorón, sin embargo, no será bueno. Ni para él, ni para nosotros.

Melisandre asintió solemnemente, como si hubiera tomado sus palabras en serio, pero el Llorón no le importaba. Ninguno de sus compañeros libres importaba. Era gente perdida, gente condenada, destinada a desaparecer de la tierra, como los niños del bosque desaparecieron. Esas no eran palabras que ella quería escuchar, sin embargo, no podía correr el riesgo de perderle, no ahora.

–¿Cómo de bien conoces el norte?

Envainó su espada.

–Tan bien como cualquier incursor. Unas zonas mejor que otras. Hay mucho norte. ¿Por que?

–La chica– dijo –Una mujer de gris sobre un caballo moribundo. La hermana de Jon Nieve –¿Quién más podría ser? Estaba corriendo hacia él en busca de protección, eso

era lo más claro que había visto Melisandre. – La he visto en mis llamas, pero sólo una vez. Debemos ganarnos la confianza del lord comandante, y la única forma de hacerlo es salvándola a ella.

–¿Te refieres a salvarla yo? ¿El Señor de los Huesos? – rió – Nadie ha confiando nunca en Casaca de Matraca más que los necios. Nieve no lo es. Si su hermana necesita que la salven, enviará a sus cuervos. Yo lo haría.

– Él no eres tú. Hizo sus votos y debe vivir por ellos. La Guardia de la Noche no toma parte. Pero tú no eres la Guardia de la Noche. Puedes hacer lo que él no puede.

–Si vuestro obstinado lord comandante lo permite. ¿Han mostrado vuestros fuegos dónde encontrar a la chica?

–He visto agua. Profunda y azul y todavía, con una fina capa de hielo sobre ella. Parece que se extiende hasta el infinito.

–Un lago grande. ¿Qué más habéis visto alrededor de la chica?

–Montañas. Campos. Árboles. Un venado, una vez. Rocas. Se está alejando de los poblados. Cuando puede, cabalga a lo largo del lecho de arroyos, para perderles la pista a los cazadores.

Frunció el ceño.

–Eso lo hará difícil. Venía hacia el norte dijisteis. ¿Estaba el lago a su este o a su oeste?

Melisandre cerró los ojos, recordando.

–Oeste.

–Entonces no viene por el camino real. Chica lista. Hay menos observadores al otro lado, y más refugio. Y algunos escondites que yo mismo he usado alguna vez. – Se interrumpió al oír un cuerno de guerra y se levantó con rapidez. En todo el Castillo Negro, Melisandre lo sabia, había caído un repentino silencio, cada hombre y niño se volvió hacia el muro, escuchando, esperando. Un sonido largo del cuerno significaba que los exploradores regresaban, pero dos…

«El día ha llegado», pensó la sacerdotisa roja. «Lord Nieve deberá escucharme ahora».

Después de que el largo llanto lastimero del cuerno se hubo desvanecido, el silencio parecía alargarse hasta una hora. El salvaje finalmente rompió el hechizo.

–Solo uno, por lo tanto, exploradores.

–Exploradores muertos.– Melisandre también se levantó. –Ve, ponte los huesos y espera. Volveré.

–Debería ir con vos.

–No seas necio. Una vez encuentren lo que encontrarán, la visión de cualquier salvaje les encenderá. Quédate aquí y espera hasta que su sangre tenga tiempo de enfriarse.

Devan subía por las escaleras hasta la Torre del Rey mientras Melisandre descendía, flanqueada por dos de los guardias que dejó Stannis. El chico le llevaba el desayuno en una bandeja.

–Esperé a que Hobb sacara los panes frescos del horno, mi señora. El pan todavía está caliente.

–Dejadlo en mis aposentos– El salvaje se lo comería, como si nada. – Lord Nieve me necesita junto al Muro.

«Aún no lo sabe, pero pronto…»

Fuera, una nieve ligera había comenzado a caer. Una multitud de cuervos se había reunido alrededor de la puerta al tiempo que Melisandre y su escolta llegaban, pero dejaron paso a la sacerdotisa roja. El lord comandante la había precedido a través del hielo, acompañado por Bowen Marsh y veinte lanceros. Nieve había mandado también a una docena de lanceros a lo alto del Muro, por si algún enemigo se había ocultado en los bosques cercanos. Los guardias de la puerta no eran hombres de la reina, pero la dejaron paso igualmente.

Hacia frío y estaba oscuro bajo el hielo, en el estrecho túnel que se retorcía y deslizaba a través del Muro. Morgan iba delante de ella con una antorcha y Merrel detrás con un hacha. Ambos eran borrachos sin remedio, pero estaban sobrios a esas horas de la mañana. Hombres de la reina, al menos por nombre, ambos tenían sano temor hacia ella, y Merrel podía ser formidable cuando no estaba borracho. Hoy no les necesitaría, pero Melisandre se llevaba un par de guardias a cualquier sitio que iba. Envió un mensaje concreto. «Las trampas del poder».

Al tiempo que los tres emergían al norte del Muro, la nieve caía constante. Un manto blanco cubría la tierra desgarrada y torturada que se extendía desde el Muro hasta los límites del bosque encantado. Jon Nieve y sus hermanos negros se reunieron alrededor de tres lanzas, a unos veinte metros de distancia.

Las lanzas eran de ocho pies de largo y estaban hechas de fresno. La de la izquierda estaba ligeramente doblada, pero las otras dos eran lisas y rectas. En cada una de las puntas había una cabeza empalada. Sus barbas estaban llenas de hielo, y la nieve les había creado capuchas blancas. Donde habían estado sus ojos, solo había cuencas vacías, negros y ensangrentados agujeros que miraban hacia abajo con un silencio acusador.

–¿Quiénes eran? – Melisandre preguntó a los cuervos.

–Black Jack Bulwer, Hairy Hal y Garth Greyfeather – dijo Bowen Marsh solemne.

–El suelo está medio congelado. Les ha debido de llevar media noche clavar las lanzas tan profundamente. Podrían estar cerca. Observándonos. – Lord Steward entrecerró los ojos hacia la línea de árboles.

–Podría haber cientos de ellos ahí fuera. – dijo el hermano negro con la cara seria. – Podrían ser miles.

–No– dijo Jon Nieve – Dejaron sus regalos en la negrura de la noche, después corrieron (They left their gifts in the black of night, then ran). – Su enorme y blanco lobo huargo merodeaba por los alrededores, olisqueando, luego levantó su pata y orinó en la lanza que sostenía la cabeza de Back Jack Bulger. – Fantasma tendría su aroma si todavía estuviesen ahí fuera.

–Espero que el Llorón quemara sus cuerpos – dijo el hombre austero, al que llamaban Ed el Penas. –Si no, podrían venir en busca de sus cabezas.

Jon Nieve agarró la lanza que llevaba la cabeza de Garth Greyfather y la arrancó violentamente del suelo.

–Sacad las otras dos – ordenó, y cuatro de los cuervos se apresuraron a obedecer.

Las mejillas de Bowen Marsh estaban rojas del frío.

–Nunca debimos enviar a los exploradores.

–No es el momento ni el lugar para hurgar en la herida. No aquí, mi señor. No ahora. – Nieve se dirigió a los hombres con las lanzas – Coged las cabezas y quemadlas. No dejéis nada más que el hueso – solo entonces pareció percatarse de la presencia de Melisandre – Mi señora. Caminad conmigo, si queréis.

«Al fin»

–Si al lord comandante le place.

Mientras caminaban bajo el Muro, deslizó su brazo a través del suyo. Morgan y Merrel fueron tras ellos, Fantasma les pisaba los talones. La sacerdotisa no habló, pero aminoró el paso deliberadamente, y allí por donde pasaba, el hielo comenzaba a gotear. «No lo pasará por alto».

Bajo el hierro chirriante de una de las defensas del castilloNieve rompió el silencio, como ella sabia que haría.

–¿Qué hay de los otros seis?

–No los he visto– dijo Melisandre.

–¿Los buscaréis?

–Por supuesto, mi señor.

–Hemos recibido un cuervo de Ser Denys Mallister en la Torre Sombría. – le dijo Jon Nieve. – Sus hombres han visto fuegos en las montañas, al otro lado de la Garganta.

Salvajes concentrándose, cree Ser Denys. Piensa que van a intentar forzar el Puente de los Cráneos de nuevo.

–Algunos tal vez. –¿Podrían los cráneos de su visión significar este puente? De algún modo Melisandre no lo creía. – Si viene, el ataque no será más que una diversión. Vi torres junto al mar, sumergidas bajo una marea negra y sangrienta. Ahí es donde el golpe más duro caerá.

–¿Guardiaoriente?

«¿Era eso?» Melisandre había visto Guardiaoriente del Mar con el rey Stannis. Ahí fue donde su alteza dejo a la reina Selyse y a su hija Shireen cuando reunió a sus caballeros para marchar hacia el Castillo Negro. Las torres en su fuego habían sido distintas, pero eso era frecuente en sus visiones.

–Si. Guardiaoriente, mi señor.

–¿Cuándo?

Ella extendió sus manos.

–Al día siguiente. En un cambio de luna. En un año. Y es posible que si actuáis, podríais evitar todo lo que he visto.– «Si no, ¿Qué fin tendrían las visiones?»

–Bien – dijo Nieve.

La multitud de cuervos más allá de la puerta había crecido en dos marcas en el momento que surgían bajo el Muro. Melisandre conocía algunos por nombre: el cocinero Hobb Tresdedos, Mully con su grasiento pelo naranja, un chico con pocas luces llamado Owen el Patán, el borracho Septón Celladar.

–¿Es cierto, mi señor?– dijo Hobb Tresdedos.

–¿Quién es? – preguntó Owen el Patán –¿No es Dywen, verdad?

–Tampoco Garth– dijo el hombre de la reina, le conocía como Alf de Runnymudd**,** uno de los primeros en cambiar sus falsos siete dioses por la verdad de R'hllor. – Garth es demasiado listo para los salvajes.

–¿Cuántos? – preguntó Mully.

–Tres, - les dijo Jon. – Black Jack, Hairy Hal y Garth.

Alf de Runnymudd soltó un grito lo bastante fuerte como para despertar a los durmientes de la Torre Sombría. – Metedle en la cama y llevadle un poco de vino especiado. – le dijo Jon a Hobb Tresdedos.

–Lord Nieve, - dijo Melisandre en voz baja. – ¿Vendréis conmigo a la Torre del Rey? Tengo más cosas que compartir con vos.

La miró durante largo rato con esos ojos fríos y grises. Su mano derecha se cerró, se abrió y se cerró de nuevo.

–Como deseéis. Edd, llevad a Fantasma a mis aposentos.

Melisandre lo tomo como una señal y despidió también a sus guardias. Cruzaron el patio juntos, solo ellos dos. La nieve caía a su alrededor. Caminó tan cerca de Jon Nieve como se atrevió, lo suficientemente cerca para sentir la desconfianza que emanaba de él como una niebla gris. «No me ama, nunca me amará, pero me usará. Muy bien». Melisandre había bailado el mismo baile con Stannis Baratheon, al principio. En verdad, el joven lord comandante y su rey tenían más en común de lo que uno nunca estaría dispuesto a admitir. Stannis había sido el hijo menor viviendo en la sombra de su hermano mayor, como Jon Nieve, un bastardo, siempre había sido eclipsado por sus hermanos legítimos, el héroe caído los hombres habían llamado Joven Lobo. Ambos no eran creyentes por naturaleza, desconfiados, recelosos. Los únicos dioses a los que verdaderamente adoraban eran el honor y el deber.

–No habéis preguntado por vuestra hermana– dijo Melisandre, mientras subían por las escaleras en espiral de la Torre del Rey.

–Os lo dije. No tengo hermana. Dejamos de lado a nuestros familiares cuando pronunciamos nuestros votos. No puedo ayudar a Arya más de lo que ya lo he hecho.

Se interrumpió cuando entraron a sus aposentos. El salvaje estaba dentro, sentado en su mesa, untando mantequilla en un trozo de pan negro caliente con su daga. Se alegró de ver que se había puesto su armadura de huesos. El cráneo roto de gigante que usaba de casco descansaba en la ventana, tras él.

Jon Nieve se tensó.

–Tú.

–Lord Nieve. – El salvaje le sonrió mostrando su boca de dientes marrones y rotos. El rubí en su muñeca brillaba con la luz de la mañana como una tenue estrella rola.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Desayunando. Os invito a compartirlo.

–No compartiré el pan contigo.

–Vos os lo perdéis. El pan todavía está caliente. Hobb puede hacer más al menos. – El salvaje le dio un mordisco – Podría visitarle fácilmente, mi señor. Esos guardias en vuestra puerta son una broma pesada. Un hombre que ha escalado el Muro medio centenar de veces puede escalar una ventana con suficiente facilidad. ¿Pero qué tendría de bueno mataros? Los cuervos solo escogerían a alguien peor.– masticó y tragó. – He oído lo de vuestros exploradores. Me teníais que haber mandado con ellos.

–¿Para que pudieras traicionarlos al Llorón?

–¿Estáis hablando de traiciones? ¿Cuál era el nombre de esa mujer salvaje vuestra, Nieve? ¿Ygritte, no es así? – el salvaje se volvió hacia Meilsandre. – Necesitaré caballos. Media docena de buenos caballos. Y esto no es algo que pueda hacer solo. Algunas de las Esposas de la lanza encerradas en Villa Topo servirán. Las mujeres serán lo mejor para esto. Las chicas confían más en ellas, y me ayudarán a llevar a cabo un plan que tengo en mente.

–¿De qué está hablando? – le preguntó Jon Nieve.

–Vuestra hermana. – Melisandre puso su mano en su brazo – Vos no podéis ayudarla, pero él si.

Nieve soltó su brazo.

–No creo. No conocéis a esta criatura. Casaca de Matraca podría lavarse las manos cientos de veces al día y todavía tendría sangre bajo sus uñas. Es más probable que viole y asesine a Arya antes que salvarla. No. Si esto es lo que habéis visto en vuestro fuego mi señora, debéis tener ceniza en vuestros ojos. Si trata de salir del Castillo Negro sin mi permiso, yo mismo le cortaré la cabeza.

«No me deja otra elección. Que así sea».

–Devan, dejadnos. – dijo, y el escudero se marchó cerrando la puerta tras el.

Melisandre tocó el rubí de su cuello y pronunció una palabra.

El sonido resonó de forma extraña en los rincones de la habitación y se retorció como un gusano en el interior de sus oídos. El salvaje escuchó una palabra, el cuervo otra. No fue la palabra que salió de su boca. El rubí en la muñeca del salvaje se oscureció, y las espirales de luz y sombra a su alrededor se retorcieron y desvanecieron.

Los huesos se quedaron– las traqueteantes costillas, las garras y dientes a lo largo de los brazos y hombros, la gran clavícula amarillenta a través de sus hombros. El cráneo de gigante fracturado seguía siendo un cráneo de gigante facturado, amarillento y agrietado sonriendo con una mueca manchada y cruel.

Pero el flequillo de punta se desvaneció. El bigote marrón, la barbilla protuberante, la pálida y amarillenta carne y los pequeños ojos negros, todos derretidos. Dedos grises trepaban por el largo pelo marrón. Líneas de expresión aparecieron en las comisuras de su boca. Con todo a la vez era más grande que antes, más amplio de pecho y hombros, piernas largas y magras, su cara afeitada y quemada por el viento.

Los ojos grises de Jon Nieve se agrandaron.

–¿Mance?

–Lord Nieve.– Mance Rayder no sonrió.

–Ella te quemó.

–Quemó al Señor de los Huesos.

Jon Nieve se giró hacia Melisandre.

–¿Qué tipo de hechicería es esta?

–Llamadlo como queráis. Glamour, apariencias, ilusiones. R'hllor es el Señor de la Luz, Jon Nieve, y ha sido entregado a sus siervos para tejer con sus ilusiones, como otros tejen con hilos.

Mance Rayder se rió entre dientes.

–También yo tengo mis dudas, Nieve, pero ¿por qué no dejar que lo intente? Es eso o dejar que Stannis me ase.

–Los huesos ayudan– dijo Melisandre. –Los huesos recuerdan. Los glamours más fuertes se construyen con ese tipo de cosas. Las botas de un hombre muerto, una madeja de pelo, una bolsa de huesos de dedos. Con palabras susurradas y oraciones, la sombra de un hombre puede sacarse y cubrir a cualquiera como una capa. La esencia del portador no cambia, sólo su apariencia.

Hizo que pareciera una cosa simple y fácil. No tenían necesidad de saber lo difícil que había sido o cuanto le había costado. Esa era una lección que Melisandre había aprendido mucho antes de Asshai; cuanto más fácil parecía la hechicería, más temía el hombre al hechicero. Cuando las llamas lamieron a Casaca de Matraca, el rubí de su garganta se calentó tanto que temió que su piel empezara a humear y ennegrecerse. Afortunadamente, Lord Nieve le libró de aquella agonía con sus flechas. Mientras Stannis estaba furioso por el desafió, ella se estremeció de alivio.

–Nuestro falso rey es susceptible– le dijo Melisandre a Jon Nieve, –pero nunca os traicionará. Tenemos a su hijo, recordad. Y os debe la vida.

–¿Yo? – Nieve parecía asustado.

–¿Quién si no, mi señor? Sólo con su vida podría pagar por sus crímenes, vuestras leyes lo dicen, y Stannis Baratheron no es un hombre que vaya en contra de la ley… pero como sabiamente dijisteis, las leyes del hombre terminan en el Muro. Os dije que el Señor de la Luz escucharía vuestras oraciones. Queríais una forma de salvar a vuestra pequeña hermana y a pesar de aferraros al honor, eso significa mucho para vos, los votos que jurasteis ante el dios de madera. – le señaló con el dedo – ahí está, Lord Nieve. La liberación de Arya. Un regalo del Señor de la Luz… y mío.

32. HEDIONDO

Oyó primero a las perras, ladrando como si regresaran a casa. El eco sobre las losas del tambor sacudía sus pies, haciendo sonar las cadenas. La que había entre sus tobillos no era más larga de 30cm, haciendo que arrastrará los pies.

Era difícil moverse deprisa de esa forma, pero lo intentó lo mejor que pudo, saltando y haciendo sonar su plataforma. Ramsay Bolton había regresado y querría tener a Rick a mano para servirle.

Fuera, bajo el frío cielo de otoño, los cazadores estaban llegando a las puertas. Ben el Huesos abrió el camino, con las perras aullando y ladrando a su alrededor. Detrás llegó Skinner, Alyn el Agrio, y Damon Baila-Para-Mí con su largo y engrasado látigo, y detrás los Walders cabalgando los potros grises que la Lady Dustin les había dado.

Su líder montaba a Sangre, un caballo de color rojo, con un temperamento que coincida con el suyo. Estaba riéndose. Lo que podía ser o muy bueno o muy malo, Hediondo lo sabía.

Los perros estaban ya con él antes de que pudiese darse cuenta, atraídos por su olor. Eran muy aficionados a Hediondo, y dormía con ellos la mayoría de las veces, algunas veces Ben el Huesos les permitía compartir su cena. La jauría se desplazó por el pavimento, ladrando, dando vueltas y saltando a lamerle su sucia cara, enredándosela entre las piernas. Helicent le cogió la mano izquierda entre los dientes con tanta fuerza que Hediondo temió perder dos dedos más. Jeyne la Roja choco contra su pecho y le hizo perder el equilibrio. Era dura, todo musculo y Hediondo no era más que huesos sueltos, piel gris y frágil, un muerto de hambre de pelo blanco.

Los jinetes estaban desmontando justo en el momento en que de un empujón aparto a Jeyne la Roja y se colocó de rodillas.

Dos docenas de jinetes habían salido y dos docenas habían regresado, lo que significaba que la búsqueda había sido un fracaso. Eso era malo. A Ramsay no le gustaba el sabor del fracaso. Querría hacerle daño a álguien.

Últimamente, su señor se había visto forzado a contenerse, porque Barrowton estaba lleno de hombres necesarios de la Casa Bolton y Ramsay sabía que debía tener cuidado con Dustins y Ryswells y sus compañeros de liderato. Con ellos siempre era amable y sonriente. Pero lo que él era de puertas para dentro era otro tema.

Ramsay Bolton iba vestido como corresponde al Señor de los Hornwood y heredero de Fuerte Terror. Su manto había sido confeccionado por pieles de lobo, contra el frío del otoño, unidas con los dientes amarillos de la cabeza del lobo en el hombro derecho.

En una cadera llevaba una espada, con el filo tan grueso y pesado como una cuchilla, en la otra una larga daga y un cuchillo curvado de desollar terminado en gancho y de bordes afilados. Las tres armas tenían empuñaduras iguales de hueso amarillo.

–Hediondo– , le llamó su señor desde la altura de la silla de montar de Sangre

–Apestas. Puedo olerte desde todo el patio.

–Lo sé, mi señor– tubo Hediondo que decir. –Le pido perdón.

–Te he traído un regalo– Ramsay giró, y acercándose por detrás de él, sacó algo de su silla, lo arrojó. –Cógelo!

Entre las cadenas, y los dedos que le faltaban, Hediondo era más torpe de lo que había sido antes de conocer su nombre. La cabeza golpeó sus manos mutiladas, rebotó lejos de los muñones de sus dedos, y aterrizó en sus pies, en un lluvia de gusanos. La sangre seca había formado tal costra que era irreconocible.

–Te dije que la atraparas– dijo Ramsay. –Recógela.

Hediondo trató de levantar la cabeza por el oído. mala idea. La carne era de color verde y estaba podrida, y la oreja se le quedo en los dedos. El pequeño Walder se echó a reír, y un momento después todos los otros hombres estaban riendo también. Dejarle en paz, dijo Ramsay, Mira la Sangre, al bastardo le di mucha caña.

–Sí, mi señor. Lo haré.– Hediondo se apresuró hacia el caballo, dejando la cabeza cortada a los perros.

–Hoy hueles como a mierda de cerdo, apestas– dijo Ramsay.

–En él, eso es una mejora– dijo Damon baila-para-mí, sonriendo mientras enrollaba su látigo.

El pequeño Walder se bajó de la silla. –Hazte cargo también de mi caballo , Hediondo. Y el de mi primo pequeño

–Puedo cuidar de mi caballo– dijo el Gran Walder. El pequeño Walder se había convertido en asistente de Ramsay y cada día se parecía más a él pero el más pequeño de los Frey estaba hecho de un material distinto y rara vez tomaba parte de los juegos y crueldades de su primo.

Hediondo no presto atención a los escuderos. Llevó a *Sangre* al establo, saltando a un lado cuando el semental trató de darle una coz. Los cazadores se fueron para la sala, menos Ben el Huesos, que estaba maldiciendo a la perros para que dejaran de pelear por la cabeza cortada. Walder El Grande lo siguió a los establos, llevando su propia montura. Hediondo lo miro de reojo mientras quitaba algo a Sangre. –¿Quién era él?– dijo en voz baja, de forma que los otros mozos de cuadra no pudiesen oírlo.

–Nadie– Walder el Grande le saco la silla a su Gris. –Un viejo que encontramos en el camino, eso es todo. Uno que llevaba una vieja cabra y cuatro cabritos.

–¿Su señor, lo mató por sus cabras?

–Su señor lo mató por llamarlo Lord Nieve. De todas formas, las cabras estuvieron bien. Ordeñamos a la madre y asamos a los cabritos.

Lord Nieve. Hediondo asintió con la cabeza, sus cadenas tintineando mientras luchaba con las cintas de la montura de Sangre. De cualquier forma, Ramsay no era un hombre para estar cerca cuando estaba furioso. O cuando no lo estaba.

–¿Ha encontrado a sus primos, mi señor?

–No. Nunca pensé que los encontraría. Están muertos. Lord Wyman los ha matado. Es lo que yo habría hecho si fuese él.

Hediondo no dijo nada. Hay cosas que no se puede decir, ni siquiera en los establos con su señor en el pasillo. Una palabra equivocada podría costarle otro dedo del pie, incluso un dedo. Pero no la lengua, nunca me cortará la lengua.

Le gusta oírme suplicar que deje de hacerme daño. Le gusta hacérmelo decir.

Los jinetes habían estado dieciséis días de caza, con sólo pan duro y carne salada para comer, menos los cabritos que robaban de vez en cuando, así que esa noche Lord Ramsay ordenó un un banquete para celebrar su regreso a Barrow-ton. Su anfitrión, un hombre canoso con un solo brazo, un señor menor con el nombre de Stout Harwood, sabía que no podía negarse, aunque sus despensas debían estar casi agotadas. Hediondo había oído a través de las tiendas de invierno a los sirvientes de Stout murmurando la forma en la que el Bastardo y sus hombres estaban comiendo.

–Dicen que se acuesta con la hija pequeña de Lord Eddard– Se quejó la cocinera de Stout sin saber que Hediondo estaba escuchando, –pero somos nosotros los que nos vamos a joder cuando vengan las nieves, marcaros bien mis palabras.

Sin embargo, Lord Ramsay había ordenado un banquete por lo que debía haber una fiesta. Se montaron mesas con caballete en el pasillo de Stout un buey fue sacrificado, y al anochecer los cazadores que volvieron con las manos vacías comieron asado, costillas, pan de cebada, y un puré de zanahorias y guisantes, todo rebajado con una prodigiosa cantidad de cerveza.

Le correspondió al Pequeño Walder mantener llena la copa de Lord Ramsay, mientras que Gran Walder derramaba las demás en la mesa principal. Hediondo fue encadenado junto a las puertas para que su olor no les quitara el apetito a los comensales.

Comería más tarde, las migajas que Lord Señor Ramsay le enviase. Los perros disfrutan de las carrera por la sala, sin embargo el mejor entretenimiento de la noche,

fue cuando Maude y Jeyne la Gris destrozaron a uno de los sabuesos de Lord Stout por un hueso carnoso que Will Short les había arrojado.

Hediondo fue el único hombre en la sala que no vio la pelea de los tres perros. Mantuvo sus ojos fijos en Ramsay Bolton.

La lucha no termino hasta que el perro de su anfitrión murió. El viejo sabueso de Stout , nunca tuvo una oportunidad. Había sido uno contra dos, y las perras de Ramsay eran jóvenes, fuertes y salvajes.

Ben el Huesos , al que le gustaban más los perros que a su señor, le había dicho a Hediondo que se les puso el nombre cada una por todas las muchachas campesinas que Ramsay había cazado, violado y matado cuando aún era un bastardo que corría con el primer Hediondo.

–Aquellas que le hacían pasar un buen rato. Las que lloraban y suplicaban y no corrían no se convertían en perras– La próxima camada que salga de la perrera de Fuerte Terror incluiría una Kyra, a Hediondo no le cabía duda –También las está entrenado para matar a los lobos– Le había confiado Ben el Huesos. Hediondo no dijo nada.

Sabía para matar a qué lobos estaban destinadas las niñas, pero no tenía ganas de ver luchar a las niñas por su dedo del pie seccionado.

Mientras dos sirvientes recogían el cadáver del perro muerto y una anciana iba a buscar un recogedor, un rastrillo y un cubo para limpiar los juncos empapados de sangre las puertas de la sala se abrieron provocando una ráfaga de viento, y una docena de hombres con cota de malla gris y yelmos de hierro entraron acechando, sobrepasando a los jóvenes guardias de cara pálida de Stout, con sus brigantinas de cuero y mantos de oro de color rojizo.

Un repentino silencio se apoderó de los comensales... todos menos Lord Ramsay, que echó a un lado el hueso que estaba mordiendo, se limpió la boca con la manga, y con una grasienta sonrisa, dijo: –Padre.

El Señor de Fuerte Terror miró distraídamente los restos de la fiesta, el perro muerto, las cortinas en las paredes, a Hediondo con sus cadenas y grilletes.

–Fuera– dijo a los comensales, con una voz tan suave como un murmullo. –Ahora. Todos.

Los hombres de Lord Ramsay se alejaron de las mesas, abandonando platos y copas. Ben el Huesos llamo a las chicas, y estas trotaron detrás de él, algunas de ellas con huesos todavía entre sus fauces. Stout Harwood se inclinó rígidamente y abandono su sala sin decir una palabra.

–Quítale las cadenas a Hediondo y llévatelo contigo– gruñó Ramsay a Alyn el Agrio, pero su padre hizo un gesto con la mano pálida y dijo: –No, déjalo.

Incluso los guardias de Lord Roose se retiraron, cerrando las puertas detrás de ellos. Cuando el eco se apagó, Hediondo se encontró solo en la sala con las dos Bolton, padre e hijo.

–¿No has notado faltar a nuestros Freys?– La forma en que Roose Bolton lo dijo, era más una afirmación que una pregunta.

–Regresamos donde Lord Lamprea afirma que se separaron, pero las chicas no pudieron encontrar un rastro

–Después preguntasteis en pueblos y aldeas por ellos.

–Palabras malgastadas. Los campesinos bien podrían estar ciegos por lo que han visto– Ramsay se encogió de hombros.

–¿Qué más da? Al mundo no le importará si se pierden algunos Frey. Hay mucho más en los gemelos por si alguna vez necesitamos alguno.

Lord Roose arrancó un pedazo pequeño de pan y se lo comió. –Hosteen y Aenys están afligidos.

–¡Que vallan a buscarlos si quieren!

–El Señor Wyman se culpaba a sí mismo. Dicho por él, le había tomado cariño a Rhaegar.

Lord Ramsay estaba enfureciéndose. Hediondo podía verlo en su boca, en la curvatura de gruesos labios, la forma en que las cuerdas se le marcaban en el cuello. –Los tontos deberían haberse quedado con Manderly.

Roose Bolton se encogió de hombros. –La chusma de Wyman se mueve a paso de tortuga... y desde luego la salud y el grosor de su señor no les permitía viajar más de un par de horas al día, con frecuentes paradas para comer.

–Los Freys estaban ansiosos por llegar a Barrowton y reunirse con sus familiares. ¿Se les puede culpar de adelantarse?

–Si es eso lo que hicieron. ¿Confías en Manderly?

Los ojos claros de su padre brillaban. –¿Esa impresión te di?. Su señoría aún esta angustiada.

–No está tan angustiado como para no comer. Lord cerdo debe haberse traído a la mitad de los alimentos de Puerto blanco con él .

–Cuarenta vagones llenos de alimentos. Barriles de vino e hipocrás (vino con especias), barriles de agua dulce capturados en las lampreas, un rebaño de cabras, un centenar de cerdos, jaulas de cangrejos y las ostras, un bacalao monstruoso ... A Lord Wyman le gusta comer. Te habrás dado cuenta de eso.

–De lo que me di cuenta es de que trajo los rehenes.

–Me di cuenta.

–¿Y qué vas hacer al respecto?

–Es un dilema– Lord Roose encontró una copa vacía, la limpio con el mantel, y la llenó de una jarra.– Manderly no es el único que organiza banquetes, por lo que parece.

–Deberías haber sido tú el organizador del banquete, para darme la bienvenida– se quejó Ramsay– y debería haber sido en Barrow Hall, no en este apestoso Castillo.

–Barrow Hall y sus cocinas no son mías para disponer de ellas– dijo el padre suavemente. –Yo sólo soy un invitado allí. El castillo y la ciudad pertenecen a Lady Dustin, y ella no te tolera.

El rostro de Ramsay se ennegreció. –Si le corto las tetas y se las doy de comer a mis niñas, me tolerará? ¿Me tolerará si le arranco la piel para hacerme un par de botas?

–No es probable. Y lo que esas botas nos traerían querido seria perder Barrowton, La casa Dustin , los Riscos– Roose Bolton se sentó en la mesa con su hijo.

–Barbrey Dustin es la hermana menor de mi segunda esposa, la hija de Rodrik Ryswell, la hermana del mismo nombre de Roger, Rickard, y el mío propio, Roose, primo de otos Ryswells. Le gustaba mi difunto hijo y sospecha que tu tienes algo que ver con su muerte. Lady Barbrey es una mujer que sabe manejarse con un agravio. Puedes estar agradecido por eso. Barrow-ton es incondicional a Bolton debido en gran parte a que aún culpa a Ned Stark de la muerte de su marido.

–Leal?– A Ramsay le hervía la sangre. –Todo lo que hace es escupirme. Llegará el día en que convertiré su precioso pueblo de madera en pasto de las llamas. Deja entonces que escupa saliva a ver si puede apagar el fuego.

Roose hizo una mueca, como si la cerveza que bebía se hubiese vuelto agria de repente. –Hay veces que me pregunto si de verdad eres de mi propia semilla. Mis antepasados fueron muchas cosas, pero nunca fueron estúpidos. No, ahora tranquilízate, ya he escuchado suficiente. Por el momento parece que somos fuertes, es cierto. Tenemos amigos poderosos entre los Lannister y los Freys, y el apoyo a regañadientes de la mayor parte del norte ... pero que te imaginas que pasará cuando aparezca uno de los hijos de Ned Stark?

Todos los hijos de Ned Stark están muertos, pensó Hediondo. Robb fue asesinado en los gemelos, y Bran y Rickon ...sumergimos sus cabezas en alquitrán… su propia cabeza le dolía no quería pensar en nada que hubiese ocurrido antes de su conocer su nombre. Habían cosas que dolía demasiado recordarlas, casi tan dolorosas como el cuchillo de desollar de Ramsay...

–Los pequeños lobos de Stark están muertos– dijo Ramsay, derramando un poco más de cerveza en su copa. –Y seguirán muertos. Déjame ver sus horribles caras y mis chicas cortaran a trocitos a esos lobos. Tan pronto regresen tan pronto volveré a matarlos.

El mayor de los Bolton suspiro. –¿Otra vez?. Seguro que te equivocas. Tú nunca asesinaste a los hijos de Lord Stark, a esos dos dulces chicos a los que amamos tanto.

Eso fue obra de Theon Cambia Capas, ¿recuerdas? Cuantos de nuestros amigos, a regañadientes, crees que conservaríamos si se supiese la verdad. Solamente a Lady Barbrey, aquella a la que quieres convertir en un par de botas... botas de mala calidad.

–La piel humana, no es tan dura como la de vaca y no es tan cómoda. Por decreto real, ahora eres un Bolton, intenta actuar como tal. Se cuentan historias de ti, Ramsey. Las oigo por todas partes, la gente te tiene miedo.

–Bien.

–Te equivocas. Eso no es bueno. De mí nunca se contaron historias. ¿Crees que estaría sentado aquí si no fuese así? Eres dueño de tus actos, yo no les reprocharía lo que cuentan, pero deberías ser más discreto. Una tierra pacífica, un pueblo tranquilo. Esa ha sido siempre mi norma. Ganártelos.

–Por eso abandonaste a Lady Dustin y a la cerda grasienta de tu mujer? Crees que eso te permite llegar aquí y decirme que me este quieto.

–No, en absoluto. Hay cosas que necesitas oir. Lord Stannis por fin ha dejado el muro.

Eso dejo parado a Ramsay, una sonrisa brillo en sus anchos y húmedos labios. –Está marchando hacia Dreadfort?

–No, por desgracia. Arnolf no lo entiende. Jura que hizo todo lo posible para preparar la trampa.

–Lo sé. Si rascas un Karstark encontrarás un Stark.

–Después del repaso que el joven Lobo le dio a Lord Rickard, puede que eso no sea ya tan cierto. Sea lo que fuere. Lord Stannis ha tomado bosque espeso a los hombres de hierro y lo ha restituido a la casa Glover. Peor aún, los clanes de las montañas se le han unido, y Wull Norrey y Liddle y el resto.

–Su fuerza está creciendo.

–La nuestra es mayor.

–Ahora lo es.

–Ahora es el momento de aplastarlo. Déjame marchar sobre Bosque Espeso.

–Después de tu boda.

Ramsay puso boca abajo su copa, y los restos de su cerveza se desparramaron sobre el mantel.

–Estoy cansado de esperar. Tenemos una niña, tenemos un árbol, y tenemos a bastantes señores para servir de testigos. Voy a casarse con ella por la mañana, plantaré un hijo entre sus piernas, y atacaré antes de que la sangre de su virginidad se haya secado.

Rezará por ti para que ataques, pensó Hediondo, y rezará para que no vuelvas nunca más a su cama.

–Plantaras un hijo en ella– dijo Roose Bolton, –pero no aquí. He decidido que te casaras con la chica en Invernalia.

Esa perspectiva no pareció complacer al Lord Ramsay. –Arrasé Invernalia, o lo habías olvidado?

–No, pero parece que tú sí ... el hombre de hierro arrasó Invernalia, y asesino todos su habitantes. Theón Cambia Capas.

Ramsay dio a Hediondo una mirada sospechosa. –Sí, él lo hizo, pero aun así... ¿una boda en esa ruina?

–Incluso destrozada y en ruinas, Invernalia sigue siendo el hogar de Lady Arya. ¿Qué mejor lugar para casarse con ella, y reclamar lo tuyo? Pero esto solo es la mitad del asunto, sería una locura de todas formas atacar Stannis.

Vamos a dejar a Stannis que nos ataque. Es demasiado prudente para venir a Barrowton ... pero vendrá a Invernalia. Los miembros de su clan no abandonarán como tú a la hija de su precioso Ned . Stannis tiene que atacar o los perderá... y siendo el cuidadoso comandante que es, convocará a todos sus amigos y aliados cuando se ponga en marcha. Convocará a Arnolf Karstark– Ramsay se humedeció los labios agrietados.

–Lo tendremos nosotros.

–Si lo quieren los dioses– Rosa Roose a sus pies. –Vas a casarse en Invernalia. Voy a informar a los lores que partimos en tres días y los invitaremos a que nos acompañe.

–Eres el Guardián del Norte. Ordénaselo.

–Una invitación conseguirá lo mismo. El poder sabe mejor cuando está endulzado con cortesía. Deberías aprenderlo si alguna vez tienes la esperanza de gobernar.– El Señor de Fuerte Terror miró a Hediondo. –Ah, y suelta a tu mascota. Me lo llevo.

–¿Te lo llevas? ¿Dónde? Es mío. No te lo puedes quedar.

Roose parecía divertirse con eso. –Todo lo que tienes te lo di yo. Deberías recordar eso, bastardo. En cuanto a este Hediondo... si aún no lo has dejado sin arreglo posible, puede sernos de alguna utilidad. Coge las llaves y quitarle las cadenas, antes de que lamente el día que viole a tu madre.

Hediondo vio cómo se torcía la boca de Ramsay, la saliva brillando entre sus labios. Temía que pudiese saltar sobre la mesa con el puñal en la mano. En lugar de eso, se puso rojo, Aparto sus pálidos ojos de los pálidos ojos de su padre y fue a buscar las llaves. Pero cuando se puso de rodillas para abrir las cadenas de las muñecas y los tobillos Hediondo, se inclinó y le susurró, –No le digas nada y recuerda cada palabra que diga. Volverás conmigo, no importa lo que el puta de Dustin te diga. ¿Quién eres tu?

–Hediondo, mi señor. Tu hombre. Soy Hediondo, que rima con sorpresa."

–Así es. Cuando mi padre te devuelva, te cortaré otro dedo. Voy a dejar que elijas cual.

Espontáneamente, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. –¿Por qué?– Gritó con la voz quebrada. –Yo nunca pedí que me apartase de ti. Haré lo que quieras, te serviré, te obedeceré, ... por favor, no ...– Ramsay le dio una bofetada. –Cógelo– dijo a su padre. –Ni siquiera es un hombre. La forma en la que huele me repugna

La luna comenzaba a elevarse sobre los muros de madera de Barrowton. Hediondo podía oír el viento barriendo las llanuras de más allá de la ciudad. Había menos de un kilómetro y medio de Barrow Hall hasta la modesta Harwood Stout que mantenía las puertas del este. Lord Bolton le ofreció un caballo.

–¿Puedes montar?

–Yo ... mi señor, yo ... Yo creo que sí.

–Walton, ayúdale a montar.

Incluso sin sus cadenas, Hediondo se movía como un hombre viejo. La carne le colgaba de los huesos, y Alyn el Agrio y Ben el Huesos, le dijeron que se moviera. Y su olor ... incluso la yegua que le habían traído se mantuvo a distancia y le evitó cuando trató de montarla. De todas formas, era una yegua mansa, y conocía el camino a Barrow Hall. Lord Bolton se puso a su lado y salieron por la puerta.

Los guardias retrocedieron a una distancia prudencial. –¿Cómo quieres que te llame?– preguntó el Lord, mientras trotaban por las amplias y rectas calles de Barrowton.

Hediondo, soy Hediondo, que rima con estrago. –Hediondo– dijo, –si eso complace a mi Señor.

–Mi zeñor– . Bolton entreabrió suficiente los labios de forma que se le vieron un poco los dientes. Podría haber sido una sonrisa.

No lo entendía. –Dije Mi señor?

–Mi señor, cuando deberías haber dicho mi zeñor. Tu lengua delata tu noble cuna, con cada palabra que dices. Si quieres que suene de forma adecuada como un campesino, dilo como si tuvieras barro en la boca, o fuésemos demasiado estúpidos para darnos cuenta de que son dos palabras, en vez de una.

–Si eso le complace a, mi zeñor.

–Mejor. Tu olor es bastante insoportable.

–Sí, mi zeñor. Le ruego me disculpe, mi zeñor.

–¿Por qué? La forma en que hueles es por lo que está haciendo mi hijo, no es por tu culpa. Soy muy consciente de eso– Rodearon un establo y una posada cerrada con una gavilla de trigo pintadas en su lema. Hediondo escucho música que venía de ella a través de sus ventanas

–Yo Conocí al primer Hediondo. Apestaba, aunque no por falta de lavado. Nunca había conocido a un ser más limpio, a decir verdad. Se bañaba tres veces al día y llevaban flores en el pelo como si fuera una doncella. Una vez, cuando mi segunda esposa aún estaba viva, fue sorprendido robando perfume de su dormitorio. Le azote por eso, una docena de latigazos. Incluso su sangre olía mal. Al año siguiente lo intentó de nuevo. Esta vez se bebió el perfume, y casi se muere por eso. No importa lo que hiciese. El olor era algo con lo que nació. Una maldición, decían los plebeyos. Los dioses le habían echado mal olor para que los hombres supieran que su alma estaba pudriéndose. Mi viejo maestre insistía en que era un signo de enfermedad, sin embargo, el muchacho era tan fuerte como un toro joven. Nadie podía soportar estar cerca de él, así que dormía con los cerdos... hasta el día en que la madre de Ramsay apareció en mi puerta para pedirme un criado para mi bastardo, el cual crecía salvaje y rebelde. Le di a Hediondo. Era algo que estaba destinado a ser divertido, pero él y Ramsay se hicieron inseparables. Me pregunto, sin embargo... si no fue Ramsay el que corrompió a Hediondo, o fue Hediondo a Ramsay?– Su Lord miró al nuevo Hediondo con los ojos tan pálidos y extraños como dos lunas blancas –¿Qué te estaba susurrando, cuando te quitaba las cadenas?

–me dijo...– me dijo que no le dijera nada. Las palabras se le agarrotaban en la garganta, y empezó a toser y ahogarse.

–Respira profundo. Sé lo que dijo. Debes espiarme y guardar sus secretos– Rió Bolton.

–Como si hubiese secretos. Alyn el Agrio, Luton, Skinner, y el resto, ¿de dónde cree que vienen? ¿Puede creerse realmente que son sus hombres?

–Sus hombres– repitió Hediondo para si mismo. Algunos comentarios parecía que se referían a él, pero no sabía qué decir.

–¿Mi bastardo te dijo alguna vez cómo lo tuve?

Para su alivio, lo sabia. –Sí, mi ... mi zeñor. Conoció a su madre, mientras montaba a caballo y se quedo prendado de su belleza.

–¿Prendado?– Se rió Bolton. –¿Usó esa palabra?, será porque el niño tiene alma de cantante... aunque si te crees esa canción, debes ser más aún más cándido que el primer Hediondo. Incluso la parte de montar a caballo es mala. Yo estaba cazando un zorro a lo

largo del aguas llorosas cuando me tope con un molino y vi a una joven lavando ropa en el arroyo. El viejo molinero había conseguido una nueva y joven mujer, una chica que no tendría ni la mitad de sus años. Era una criatura alta y esbelta, muy sana. Piernas largas y tetas pequeñas y duras, como dos ciruelas maduras. Bonita, en el sentido común de la palabra. En el momento en que puse los ojos en ella, la desee. Ese fue mi objetivo. Los maestres te dirán que el rey Jaehaerys abolió el derecho de pernada para apaciguar el mal genio de su mujer, pero donde mandan los viejos dioses persisten las viejas costumbres. Los Umbers mantenían el derecho de pernada y lo negaban, porque podían. Algunos de los clanes de las montañas también, y en Skagos ... bueno, incluso sólo los árboles corazón ven la mitad de lo que hacen en Skagos.

–El matrimonio del molinero se habían realizado sin mi permiso o conocimiento. El hombre me había engañado. Así que lo colgué, y reclame mis derechos bajo el árbol donde se balanceaba. A decir verdad, la muchacha no valía ni la cuerda. Además el zorro se escapó, y en nuestro camino de regreso a Fuerte Terror mi corcel favorito llegó cojo, así que en general fue un día triste.

–Un año después, esta misma chica tuvo la desfachatez de presentarse en Fuerte Terror con un monstruo llorón de cara roja que según ella era mío. Debería haber azotado a la madre y arrojado a su hijo a un pozo ... pero el niño tenía mis ojos. Me dijo que cuando el hermano de su difunto marido vio esos ojos, la golpeó violentamente y la echaron del molino. Eso me molestó, así que le di el molino y mande cortarle la lengua al hermano, para asegurarse de que no iba corriendo a Invernalia con cuentos que pudiesen perturbar a Lord Rickard. Cada año enviaba a la mujer unos lechones y gallinas y una bolsa de estrellas, con la condición de que ella nunca le dijera quien era su padre. Una tierra pacífica, un pueblo tranquilo, esa ha sido siempre mi norma.

–Una buena regla, mi zeñor.

–Aunque la mujer me desobedeció, ¿Ves lo que es Ramsay?. Lo hizo ella, ella y Hediondo, siempre susurrando en su oído sobre sus derechos. Tendría que haberse contentado con moler maíz. ¿Realmente pensaba que podría mandar alguna vez sobre el norte?

–Lucha por vos– le soltó Hediondo. –Es fuerte.

–Los toros son fuertes. Los Osos. He visto luchando a mi bastardo. No es todo culpa suya. Hediondo era su tutor, el primer Hediondo, y Hediondo nunca fue entrenado en el uso de las armas. Ramsay es feroz, lo reconozco, pero maneja la espada como un carnicero cortando carne.

–No tiene miedo de nadie, mi zeñor.

–Debería. El miedo es lo que mantiene vivo a un hombre en este mundo de traición y engaño. Incluso aquí, en Barrowton los cuervos están dando vueltas, esperando darse un festín con nuestra carne. Los Cerwyns y Tallharts no son de fiar, mi gordo amigo Lord Wyman planeaba una traición, y Whoresbane...Los Umbers pueden parecer simples,

pero no sin cierta malicia. Ramsay debería temerlos a todos, como yo. La próxima vez que lo veas, dile que.

–Decirle que... ¿decirle que tenga miedo?– Hediondo se sintió mal solo con pensarlo. –M'zeñor, si ... si hago eso, él...

–Lo sé– Suspiró Señor Bolton. –Su sangre es mala. Tendría que sangrarse. Las sanguijuelas chupan la mala sangre, toda la rabia y el dolor. Ningún hombre puede pensar tan lleno de ira. Pero ... me temo que su sangre contaminada envenenaría incluso a las sanguijuelas.

–Es su único hijo.

–Por el momento. Tuve otro. Domeric. Un chico tranquilo, pero mejor. Desempeñó funciones como paje de Lady Dustin durante cuatro años, y tres en el valle como un escudero de Señor Redfort. Tocaba el Arpa Alta, leía historias, y cabalgaba como el viento. Caballos... el chico estaba loco por los caballos, Lady Dustin te lo dirá. Ni siquiera la hija de Lord Rickard podía ganarle cabalgando, y eso que ella era medio caballo. Redfort dijo que era una gran promesa en las justas. Un gran justador en primer lugar debe ser un gran jinete.

–Sí, m'zeñor. Domeric. he ... he oído su nombre

–Ramsay lo mató. el maestre Uthor dijo que fue una enfermedad de los intestinos, pero yo digo veneno. En el valle, Domeric había disfrutado de la compañía de los hijos de Fuerte Terror. Él quería un hermano a su lado, con lo que cabalgó por el aguas llorosas buscando a mi hijo bastardo.

Se lo prohibí, pero Domeric era ya un hombre hecho y derecho y pensaba que él sabía más que su padre. Ahora sus huesos se encuentran bajo Fuerte Terror junto a los huesos de sus hermanos, que murieron cuando estaban aún en la cuna, y yo me quede con Ramsay. Dime, mi Señor ... si el matareyes está maldito, ¿qué debe hacer un padre cuando un hijo mata a otro?

La pregunta le asusto. Una vez había oído decir a Skinner que el Bastardo había matado a su verdadero hermano, pero nunca se había atrevido a creerlo. Podría estar equivocado. Los hermanos mueren a veces, y eso no quiere decir que los asesinarán. Mis hermanos murieron, y nunca los asesine. –Mi señor tiene una nueva esposa para darle hijos.

–¿Y eso complacería a mi bastardo? Lady Walda es una Frey, y tiene la sensación de que es fertil. Me he convertido en un extraño para mi pequeña y gorda mujer. Las dos anteriores nunca hicieron ruido en la cama, pero ésta grita y se estremece. Es algo que me parece muy adorable. Si le salen los hijos de la manera en que le salen las tartas, Fuerte Terror pronto será invadida por los Bolton. Ramsay los matará a todos, por supuesto. Eso es lo mejor. Yo no viviré lo suficiente para ver llegar nuevos hijos a la

edad adulta, y los niños Señores son la pesadilla de cualquier casa. Aunque Walda se estremezca al verlos morir.

La garganta de Hediondo estaba seca. Podía oír el viento sacudiendo las ramas desnudas de los olmos que bordeaban la calle. –Mi Señor

–Mi zeñor, ¿recuerdas?

–Mi zeñor. Si se puede saber ... ¿para qué me quieres? no soy útil para nadie, ni siquiera soy un hombre, estoy roto, y el olor

–Un baño y un cambio de ropa te harán oler mejor.

–Un baño?– Hediondo sintió un apretón en las entrañas. –Yo ... no, mi señor. Por favor. Tengo … heridas, yo ... y esta ropa me la dio, Lord Ramsay ... me dijo que nunca me las quitará, y debo seguir sus deseos ...

–Estás usando harapos– dijo el Lord Bolton, muy pacientemente. –Cosas sucias, rotas y manchadas y apestando a sangre y orina. Y delgado. Debes estar helado. Llevar lana de cordero, suave y cálido.

–Tal vez una capa forrada de piel. ¿Te gustaría?

–No.– Él no permitirá que me quitase la ropa que Lord Ramsay me dio. No podía dejar que lo viese así.

–¿Prefieres vestirte con sedas y terciopelo? Hubo un momento en que eras muy aficionados a ellos, puedo recordar.

–No– insistió, estridentemente. –No, sólo quiero esta ropa. La ropa de Hediondo. Soy Hediondo, que rima con vistazo.– Su corazón latía como un tambor, y su voz se convirtió en un chillido asustado. –No quiero un baño. Por favor, mi zeñor, no me quite mi ropa

–Nos permitirás lavarte, por lo menos?

–No. No, mi zeñor. Por favor.– Agarró su túnica por el pecho con ambas manos y se agazapo sobre la silla, medio asustado de que Roose Bolton pudiese ordenar a sus guardias desgarrarle la ropa allí mismo en la calle.

–Como quieras– Los pálidos ojos de Bolton parecían vacíos a la luz de la luna, como si no hubiese nada detrás ellos. –No te haré daño, ya sabes. Te debo mucho y más.

–¿En serio?– Una parte de él gritaba: Esto es una trampa, está jugando contigo, el hijo es sólo la sombra del padre. Lord Ramsay está jugando con tus esperanzas todo el tiempo. –¿Qué ... ¿Qué es lo que me debe, mi zeñor?

–El norte. Los Starks fueron subyugados y condenados la noche que tomaste Invernalia. – Saludó con la mano una mano pálida y desdeñosa. –Todo esto no es más que una pelea por el botín.

Su corto viaje llegó a su fin en los muros de madera de Barrow Hall. Las Banderas ventaban desde sus torres de planta cuadrada, batiendo en el viento: el hombre desollado de Fuerte Terror, el hacha de guerra de Cerwyn, Altos pinos, el tritón de Manderly, Las llaves cruzadas del viejo Señor de Locke, el gigante de la Sombra y la mano de piedra de pedernal, el alce Hornwood. Para el grueso, cereza rojiza y dorada, para la pizarra, un campo gris dentro de una doble orla blanca. Cuatro cabezas de caballo proclamaban a los cuatro Ryswells de los riachuelos, uno gris, otro negro, uno dorado, y uno de color marrón. La gracia radicaba en que los Ryswells ni siquiera podían ponerse de acuerdo en el color de sus armas. Por encima de ellos el ciervo-y-el-león del muchacho que estaba sentado en el Trono de Hierro a mil leguas de distancia.

Hediondo escuchaba las aspas girando del viejo molino de viento mientras cabalgaban por debajo de la puerta de entrada a un patio cubierto de hierba donde mozos de cuadra corrían para coger sus caballos. –Por aquí, si me haces el favor.– Lord Bolton le llevó hacia la torre del homenaje, donde las banderas eran las del último Lord Dustin y de su esposa viuda.

Le mostraron una corona de púas cruzada con largas hachas; Compartía las mismas armas que Rodrik Cabeza de Caballo Dorada.

A medida que subía un amplio tramo de escalones de madera de la sala, las piernas de Hediondo empezaron a temblarle. Tuvo que parar para estabilizarlas, con la mirada fija en las herbosas laderas de Gran Barrow. Algunos decían que era la tumba del primer rey, aquel que había dirigido a los Primeros Hombres de Poniente. Otros argumentaron que debía ser un rey de los Gigantes, el que fue enterrado allí, para dar cuenta de su tamaño. Unos pocos llegaron a decir que ni siquiera era un túmulo, sólo una colina, pero en ese caso se trataba de una colina solitaria, la mayoría de las tierra de Barrow eran llanas y azotadas por el viento.

Dentro de la sala, una mujer de pie junto a la chimenea, se calentaba las delgadas manos encima de las brasas de un fuego moribundo. Vestía de negro, de pies a cabeza, y no llevaba oro ni piedras preciosas, pero era de alta cuna, eso era fácil de ver. Aunque tenía arrugas en las comisuras de la boca y más alrededor de los ojos, todavía se mantenía de pie, sin doblarse, y todavía era guapa. Su pelo era marrón y gris a partes iguales y lo llevaba atado a la cabeza con un nudo de viuda.

–¿Quién es este?– Dijo. –¿Dónde está el niño? ¿Tu bastardo se niega a renunciar a él? ¿Es este viejo hombre su, ... oh, alabado sean los dioses, ¿qué es olor es ese? Se lo ha hecho encima esta criatura?

–Ha estado con Ramsay. Lady Barbrey, me permito presentarle al legítimo Señor de las Islas de Hierro, Theón de la Casa Greyjoy.

No, pensó, no, no digas ese nombre, Ramsay te oirá, lo sabrá, los sabrá, me dolerá.

Frunció la boca. –No es lo que yo esperaba.

–Es lo que tenemos.

–¿Qué hizo tu Bastardo con él?

–Le eliminó parte de la piel, imagino. A piezas de pequeño tamaño. Nada muy esencial.

–¿Está loco?

–Puede ser. ¿Eso Importa?

Hediondo no podía oír nada más. –Por favor, mi zeñor, mi zeñora, creo que ha habido algún error– Cayó de rodillas, temblando como una hoja en una tormenta de invierno, las lágrimas rodaban por sus mejillas destrozadas. –No soy él, no soy el Cambia Capas, murió en Invernalia. Mi nombre es Hediondo– Tuvo que recordar su nombre. – y rima con raro.

33. TYRION

La Selaesori Qhoran llevaba siete días navegando desde que partió de Volantis cuando Penny emergió de su camarote, subiendo tan silenciosamente a cubierta como una tímida criatura de los bosques que se despertara de su letargo invernal.

Estaba anocheciendo y el sacerdote rojo había encendido una hoguera en el gran brasero de hierro de la cubierta principal mientras la tripulación se reunía para rezar. La voz de Moqorro era grave como un tambor y parecía brotar de algún lugar escondido en su gigantesco torso. –Te damos las gracias por el Sol que nos calienta– rezó. –Te damos las gracias por tus estrellas que nos vigilan mientras navegamos por el frío y negro mar– Un hombre grande, más alto aún que Ser Jorah y doblemente sabio, era el tal sacerdote rojo, que llevaba ropajes escarlata, con brillantes llamaradas naranjas bordadas en las mangas, dobladillos y cuello. Su piel era negra como la noche, su pelo blanco como la nieve y las llamaradas tatuadas en sus mejillas y cejas eran amarillas y naranjas. Su cayado de hierro era tan largo como él y estaba coronado con la cabeza de un dragón. Cuando golpeaba con el otro extremo la cubierta del barco, las fauces del dragón escupían una chisporroteante llama verde.

Su guardia personal, cinco esclavos guerreros de la *Mano Abrasadora* recitaban las oraciones. Cantaban en la lengua vieja de Volantis, pero Tyrion había oído suficientes oraciones como para entender la esencia. «Mantén nuestro fuego encendido y protégenos de la oscuridad, bla bla bla, ilumina nuestro camino y mantennos calentitos y seguros, la noche es oscura y la pueblan los terrores, sálvanos de los monstruos y bla bla bla nosequé más».

Pero sabía mantener esos pensamientos acallados. Aunque Tyrion Lannister no tenía fe por ningún dios en ese barco lo más inteligente era mantener un cierto respeto por el rojo R'hllor. Jorah Mormont le había quitado las cadenas a Tyrion una vez que estaban a salvo y en camino y el enano no tenía intención de darle un motivo para volvérselas a poner.

La *Selaesori Qhoran* era una tinaja deforme de cinco toneladas, con una bañera central, grandes puentes en proa y popa y un sólo mástil entre ellos. El mascarón de proa era grotesco, una especie de personaje ilustre y carcomido, con una mirada estreñida y un pergamino enrollado debajo del brazo. Tyrion nunca había visto un barco más feo. La tripulación no era mejor. El capitán era un hombre barrigudo de gesto mezquino y férreo, con ojillos juntos y codiciosos. También era un mal jugador y peor perdedor de *cyvasse.* Bajo su mando servían cuatro oficiales, hombres libres todos ellos, y cincuenta esclavos en las galeras del barco, todos ellos contaban una versión diferente y a cuál más cruda del origen de los tatuajes de mascarones vikingos que llevaba en las mejillas. El Sin Nariz, llamaba la tripulación a Tyrion, sin importar cuántas veces les dijera que su nombre era Hugor Hill.

Tres de los oficiales y más de las tres cuartas partes de la tripulación eran fervientes trabajadores del Señor de la Luz. Tyrion no estaba tan seguro de que de que también lo fuera el capitán, que siempre se unía a las oraciones de la tarde pero no tomaba más parte en el asunto. Así que Moqorro era el verdadero dirigente de la *Saelesori Qhoran,* por lo menos en este viaje.

–Señor de la Luz, bendice a tu servidor Moqorro, e ilumina su camino en la oscuridad del mundo– pregonaba el sacerdote rojo. –Y defiende a tu honrado servidor Benerro. Dale coraje. Dale sabiduría. Llena su corazón con tu fuego.

En ese momento Tyrion se dió cuenta de que Penny estaba mirando el espectáculo desde la escalera que bajaba al puente de popa. Estaba de pie en uno de los escalones más profundos, por eso sólo se le veía una parte de la cabeza. Bajo la capucha sus ojos brillaban, grandes y blancos como un rayo de luz en mitad de la noche. El perro estaba con ella, era el sabueso enorme y gris al que montó en la justa de los cómicos.

–Mi señora– la llamó Tyrion suavemente. Realmente no era ninguna señora, pero Tyrion no podía llamarla más que por nombres así de ridículos, ni tampoco podía llamarla *'chica'* o *'enana'*.

Le respondió avergonzada con un –No te he visto...

–Bien, es porque soy pequeño.

–Me encontraba mal... – El perro gruñía.

«Enferma de pena, querrás decir». –Si puedo ser de ayuda.

–No.– Y tan pronto como hubo pronunciado esta palabra se dio la vuelta, volviendo al camarote que compartía con el perro y la cerda. Tyrion no la culpaba. La tripulación del *Selaesori Qhoran* estaba encantada cuando él subió a bordo; un enano traía buena suerte, al fin y al cabo. Le habían frotado tantas veces la cabeza que era un milagro que no se hubiera quedado calvo. Pero Penny se había encontrado con una reacción diferente. Era una enana, pero también era una mujer, y las mujeres traen mala suerte a bordo. Por cada hombre que intentó frotarle la cabeza eran tres los que murmuraban maldiciones cuando pasaba por su lado.

«Y la visión de mi persona sólo puede ser como sal en la herida. Le cortaron la cabeza a su hermano creyendo que era la mía, y yo permanezco aquí, como una puta gárgola, ofreciendo un consuelo vacío. Si fuera ella sólo querría empujarme al mar»

Sólo sentía pena por la chica. Ni ella ni su hermano se merecían el horror que había vivido en Volantis. La última vez que los hermanos se vieron, la enana tenía los ojos llenos de lágrimas, dos ojos rojos en un rostro cadavérico. Para cuando estuvieron en alta mar se encerró en el camarote con el perro y la cerda, aunque por las noches se oían sus sollozos. El día anterior Tyrion oyó de uno de los oficiales que sería mejor arrojarla por la borda antes de que sus lágrimas ahogaran el barco. No tenía claro que el oficial estuviera bromeando.

Cuando los rezos vespertinos terminaron la tripulación se dispersó. Algunos tenían guardia, otros comieron y bebieron ron hasta caer en las hamacas. Morroqo se quedó al lado del fuego, como cada noche. El sacerdote rojo dormía durante el día y se mantenía despierto durante la oscuridad atendiendo sus llamas sagradas para que el sol volviera al amanecer.

Tyrion se escabulló hacia el lado del sacerdote rojo y acercó las manos al fuego para calentárselas. Moqorro ni se dió cuenta de su presencia hasta pasado unos momentos, pues tenía la vista perdida en alguna visión que le proporcionaban las llamas danzarinas. «¿Podrá ver el futuro, tal como predica?» Si pudiera, vaya poder escalofriante sería ese. Tras un rato levantó la mirada para encontrar los ojos del enano. –Hugor Hill– dijo inclinando la cabeza en un solemne saludo. –¿Has venido a rezar conmigo?

–Me han dicho que la noche es oscura y la pueblan los terrores. ¿Qué puedes ver en esas llamas?

–Dragones– dijo Moqorro en la lengua común de Poniente. La hablaba muy bien, sin apenas rastro de acento. No había duda de por qué el sumo sacerdote Benerro le había elegido para llevar la fe de R'hllor a Daenerys Targaryen. –Dragones jóvenes y viejos, verdad o mentira, luz y oscuridad. Y tú. Un hombre pequeño con una gran sombra, gruñiendo en el medio de todo.

–¿Gruñendo? ¿Un tipo tan simpático como yo?– Tyrion se sentía casi halagado. «Y sin duda es lo que pretende. A todos los locos les gusta oír que son importantes». –Seguramente me confundes con Penny. Medimos casi lo mismo.

–No, amigo mío.

«¿Amigo mío? ¿Cuándo ha ocurrido tal milagro?» –¿Has podido ver cuánto tiempo tardaremos en llegar a Meereen?

–¿Sientes impaciencia por contemplar la liberación del mundo?

«Sí y no. La liberación del mundo puede llegar a cortarme la cabeza o a coronarla con dragones». –No seré yo quien la sienta– dijo Tyrion. –Para mí es una cuestión de aceitunas. Qué desastre sería hacerme viejo antes de probar una. Yo mismo nadando como un perrito llegaría antes que con esta embarcación. Dime, *Selaesori Qhoram* era un Triarca o una tortuga?

El sacerdote rojo soltó una risita. –Ninguno. Qhoran es... no exactamente un dirigente, sino alguien que sirve, aconseja y ayuda a dirigir los asuntos. Los hombres de Poniente lo llamaríais un maestre o un consejero.

«¿La Mano del Rey?» Eso le pareció divertido. –¿Y selaesori?

Moqorro se tocó la nariz. –Con un aroma agradable. ¿Fragante, quizás? ¿Floral?

–¿Así que Selaesori Qhoran significa Consejero Apestoso, más o menos?

–Más bien Consejero Perfumado

Tyrion le obsequió con una sonrisa torcida. –Creo que seguiré pensando en Apestoso. Pero te agradezco la lección.

–Estoy encantado de haberte mostrado la luz. Quizás algún día me permitirás enseñarte la verdad de R'hllor también.

–Quizás– «Cuando mi cabeza adorne una pica»

El único camarote que se le había asignado sólo por cortesía lo compartía con Ser Jorah. Era casi como un armario oscuro, húmedo y maloliente. Y sólo tenía cabida para un par de hamacas, una encima de la otra. Cuando llegó, Mormont estaba tirado en la más baja de ellas, balanceándose con el ritmo lento del barco.

–Por fin la chica estaba husmeando en la cubierta del barco– le dijo Tyrion. –Pero en cuanto me vio se escabulló escaleras abajo.

–No eres una visión agradable.

–Ninguno de nosotros es tan guapo como tú. La chica está perdida. No me sorprendería si la pobre criatura estuviera planeando cómo saltar por la borda y ahogarse.

–La pobre criatura se llama Penny.

–Ya sé cómo se llama– Odiaba ese nombre. El hermano de la enana había muerto con el nombre de Groat, aunque su verdadero nombre fuera Oppo. «Groat y Penny. Las monedas más pequeñas que existen, valen lo mínimo y lo que es peor: ellos mismos se dieron ese nombre». Este pensamiento dejó un mal sabor de boca a Tyrion. –Con independencia de su nombre, necesita un amigo.

Ser Jorah se sentó en la hamaca. –Sé su amigo. Cásate con ella, por todos los santos.

Esta idea también dejó un regusto amargo en la boca de Tyrion. –Los que son iguales deben casarse, ¿no? ¿Deberíamos, entonces, buscarte una osa para ti, Ser?

–Tú fuiste el que insistió en que la trajéramos.

–Dije que no podíamos abandonarla en Volantis. Eso no quiere decir que me la quiera follar. Le gustaría verme muerto, no sé si te acuerdas. Soy la última persona de la que sería amiga.

–Pero los dos sois enanos.

–Sí, y también lo era su hermano al que mataron porque una panda de estúpidos borrachos lo confundieron conmigo.

–¿Te sientes culpable?

–No.– Tyrion empezaba a cansarse. –Tengo muchos pecados por los que responder, pero no tomaré parte en éste. Pude haber cogido algún sarpullido por la actuación que hicieron la noche de la boda de Joffrey, pero nunca les desearía ningún mal.

–Eres una criatura libre de polvo y paja. Inocente como un corderillo– Ser Jorah se levantó. –La enana es tu carga. Bésala, mátala o evítala. Haz como te plazca. No es de mi incumbencia– Pasó por delante de Tyrion y salió del camarote.

«Dos veces exiliado, no es un secreto por qué». Pensó Tyrion. «Yo también le exiliaría, si pudiese. Es un hombre frío, amargado, malencarado y sin ningún sentido del humor. Todos ellos serían buenos motivos para el exilio». Ser Jorah pasaba la mayor parte del tiempo paseando por el puente o agarrado a la barandilla, vigilando el mar. «Buscando a su reina de plata. Buscando a Daenerys, deseando que el barco fuera más rápido. Seguramente yo haría lo mismo si Tysha me esperase en Meeren».

¿Podría ser la Bahía de los Esclavos el lugar al que se habían ido las putas? Parecía improbable. Por lo que había leído, las ciudades dónde existían los esclavos eran más bien las productoras de putas. «Mormont debería haberse comprado una». Una guapa esclava podría haber hecho maravillas para mejorarle el humor... Especialmente alguna con el pelo plateado, como la puta que se le había estado sentando en la polla en Selhorys.

En el río, Tyrion había tenido que soportar a Griff pero, por lo menos, un misterio rodeaba la verdadera identidad del capitán, y eso le divertía. Además tenía la compañía mucho más amistosa del resto de la tripulación de pequeño tamaño. Pero en esta tesitura, en fin, nadie era quien aparentaba ser, ni congeniaba especialmente con nadie. Sólo el sacerdote rojo parecía interesado en él. «Él, y puede que Penny. Pero ella me odia. Y con razón».

Tyrion encontraba la vida a bordo del *Saelesi Qhoran* especialmente aburrida. La hora más divertida del día consistía en jugar a pincharse los dedos de los pies y manos con un cuchillo. En el río habían maravillas que contemplar: tortugas gigantes, ciudades en ruinas, hombres de piedra, septas desnudas... Uno nunca sabía qué le esperaba después de cada meandro. Pero los días y las noches en el mar eran siempre iguales. Al dejar Volantis, al principio la nave había navegado costeando, así que Tyrion se entretenía en ver pasar las cadenas montañosas, las bandadas de gaviotas elevándose desde los acantilados de piedra, las torres de vigilancia en ruina y en contar las desnudas islas desérticas que se diluían en el horizonte. También vio muchos otros barcos: de pesca, enormes barcos mercantes, galeras orgullosas con los remos surcando las olas. Pero una vez que llegaron a aguas más profundas sólo hubo mar y cielo y aire y tierra. El agua sólo era agua. El cielo sólo era cielo. De vez en cuando una nube. *Demasiado azul.*

Y por las noches era peor. La mejor que podía decir era que algunas noches había conseguido dormir mal. Pero dormir significaba sueños, y en sus sueños los Remordimientos le esperaban, así como un rey de piedra con la cara de su padre. Eso le dejaba la opción de escalar a su hamaca para escuchar a Jorah Mormont roncar debajo. O quedarse en cubierta para contemplar el mar. Las noches en las que no había Luna el agua era negra como la tinta de los maestres, de horizonte a horizonte. Oscura, profunda y prohibida, bella de una forma llena de frialdad. Cuando la miraba durante mucho tiempo Tyrion meditaba sobre qué fácil sería saltar la barandilla y arrojarse a aquella oscuridad. Un chapoteo intrascendente y la pequeña y patética historia de su vida habría acabado. «Pero, ¿y si existe el Infierno y está mi padre esperándome allí?»

La mejor parte de las noches era la hora de la cena. La comida no era especialmente buena, pero era abundante. Así que a ello se dirigió el enano. La cocina dónde se comía era diminuta e incómoda, con un techo tan bajo que los pasajeros más altos estaban en peligro constante de romperse la cabeza; riesgo que los fornidos servidores de la Mano Abrasadora parecían asumir fácilmente. Por mucho que Tyrion se riera de ellos por lo

bajo, prefería comer a solas. Sentando en una mesa llena de hombres que no hablaban las mismas lenguas que él, escucharles hablar y bromear mientras él no entendía nada se había vuelto insoportable. Especialmente desde que había empezado a preguntarse si las bromas irían dirigidas a él.

La cocina era también donde se guardaban los libros del barco. El capitán era un amante de los libros, llevaba tres – una colección de poemas naúticos que iban de mal en peor, un tomo muy usado sobre las aventuras sexuales de una joven esclava en una casa de latrocinio lisena, y el cuarto y quinto volumen de *La vida del Triarca Belicho,* un famoso patriota de Volantene cuyas innumerables conquistas y triunfos terminaban de repente, al ser comido por unos gigantes. Tyrion los había terminado al tercer día de navegación. Entonces, y por falta de más material de lectura, los volvió a leer. La historia de la esclava estaba escrita de una forma tan mala que resultaba apasionante. Y ese fue el libro que cogió para superar una cena compuesta de remolacha sumergida en mantequilla, filete frío de pescado y galletas que se hubieran podido usar como martillo para clavos.

Estaba leyendo acerca del día en el que la esclava y su hermana habían perdido la libertad cuando Penny entró en la cocina. –Oh– dijo la enana, –Pensé que... No quería interrumpirle, milord...

–No me interrumpes. No vas a intentar matarme otra vez, espero.

–No– Se puso colorada.

–En ese caso, agradecería algo de compañía. Hay muy poca abordo de este barco.– Tyrion cerró el libro. –Vamos, sentaos. Comed– La chica había dejado la mayor parte de sus comidas sin tocar en la puerta de su camarote. Debe estar hambrienta. –El filete es casi comestible. El pescado es fresco, al menos.

–Mejor no. Me asfixié una vez con una espina de pescado y no lo pruebo desde entonces.

–Tomad algo de vino– Llenó la copa y la empujó hasta ponerla delante de la enana. –Gentileza del capitán. Más parecido al pis que al dorado del Rejo, para ser honestos, pero incluso los meados saben mejor que el ron negro que bebe la tripulación. Podría ayudarte a dormir.

La chica no hizo ningún movimiento para llevarse la copa a la boca. –Gracias milord, pero no– Se dio la vuelta. –No debería estar molestándole.

–¿Te refieres a pasarte toda tu vida huyendo?– Tyrion lanzó la pregunta antes de que se pudiera escabullir por la puerta.

Eso la paró. Sus mejillas se colorearon de rosa y Tyrion tuvo miedo de que empezara a llorar de nuevo. En vez de eso alzó la boca desafiante y dijo, –Vos también estáis en aprietos.

–Así es– confesó, –pero yo corro hacia ellos, no escapo de ellos, como tú haces. Y esa diferencia es un mundo.

–Nosotros nunca habríamos tenido que escapar de no ser por ti.

«Hay que tener valor para decir eso a la cara». –¿Te refieres a Desembarco del Rey o a Volantis?

–A los dos– Las lágrimas asomaron a sus ojos. –A todo. ¿Por qué no pudiste unirte a nosotros en la farsa de la justa tal y como el rey lo ordenaba? No habrías salido herido. ¿Qué te habría costado subirte a uno de los perros para complacer al niño? Era hasta divertido. Sólo se habrían reído de ti y nada más.

–Se habrían reído de mí– dijo Tyrion. «En vez de eso les hice reirse de Joff. ¿No fue ese un gran truco?»

–Mi hermano dice que es algo bueno, hacer reír a la gente. Algo *noble.* Y honorable. Mi hermano dice que...– Las lágrimas de la enana rodaron por su cara.

–Siento lo de tu hermano– Tyrion le había dicho las mismas palabras en Volantis, pero en aquel momento estaba tan hundida en la pena que dudó incluso de que las escuchara.

Pero ahora sí las había oído. –Lo sientes. Dices que lo sientes.– Le temblaba el labio, las mejillas estaban llenas de lágrimas, los ojos eran agujeros rojos. –Dejamos Desembarco del Rey cuando era noche cerrada. Mi hermano dijo que eso sería mejor, antes de que alguien se preguntara si habíamos estado implicados en la muerte del rey y decidiera torturarnos para averiguarlo. Fuimos a Tyrosh primero. Mi hermano pensó que estaríamos suficientemente lejos, pero no fue así. Conocimos a un juglar allí. Durante muchos años había estado actuando cada día en la Fuente del Dios Borracho. Era viejo, así que sus manos habían perdido habilidad y a veces se le caían los malabares, pero los Tyroshi seguían echándole monedas. Una mañana oímos que habían encontrado su cuerpo en el Templo de Trios. Trios tiene tres cabezas y una estatua gigante de preside el templo. Al viejo lo habían cortado en tres trozos y cada una de las partes la habían dejado en una de las bocas de Trios. Cuando cosieron todas ellas se dieron cuenta de que faltaba la cabeza...

–Un regalo para mi dulce hermana. Otro enano.

–Más bien un hombre pequeño. Como tú. Y Oppo. Groat. ¿También lo sientes por el juglar?

–No conocía de la existencia de tal juglar hasta ahora mismo... Pero sí, siento que esté muerto.

–Murió por tu culpa. Tienes las manos manchadas con su sangre.

La acusación le golpeó al igual que lo habían hecho las palabras de Jorah Mormont. –Su sangre está en las manos de mi hermana, y en las manos de los salvajes que le asesinaron. Mis manos...– Tyrion les dio la vuelta, inspeccionándolas, y cerrando el puño... –mis manos están recubiertas de sangre vieja, sí. Llámame Matarreyes y no te habrás equivocado. Matarreyes porque también tendré que responder por esa. He asesinado madres, padres, sobrinos, amantes, hombres y mujeres, reyes y putas. Un cantante una vez me cabreó, así que mandé guisar a ese bastardo. Pero nunca he

asesinado un juglar, ni a un enano, y no voy a sentirme culpable por lo que le ocurrió a tu maldito hermano.

Penny cogió la copa de vino que le había puesto y se la tiró a la cara. «Al igual que mi dulce hermana». Oyó cerrarse la puerta de la cocina pero no cómo se iba. Le escocían los ojos y el mundo se había vuelto borroso. «Demasiado esfuerzo ser su amigo»

Tyrion Lannister tenía una experiencia escasa con otros enanos. Su lord padre no daba la bienvenida a nada que le recordara las deformidades de su hijo, y por eso los mimos y compañías en las que actuaban gente pequeña aprendieron a estar alejados de Lannisport y Roca Casterly, por su propio bien. Mientras crecía, Tyrion había oído historias sobre un enano justador en las tierras de Lord Fowler, de Dorne. También había oído historias de un maestre enano que servía en Los Dedos y de una hermana silenciosa enana. Pero nunca sintió la necesidad de buscar a sus iguales. Historias menos agradables también le habían contado de otros: la cacería de una bruja que era enana en una colina de las tierras del río o la de una puta enana de Desembarco del Rey conocida por copular con perros. Incluso su querida hermana le había hablado de esta última, llegando a ofrecerle una puta en celo si la probaba. Cuando Tyrion preguntó educadamente si se estaba refiriendo a ella misma Cersei le había arrojado una copa de vino a la cara. «Pero ese era tinto y este es blanco». Tyrion se secó la cara con la manga. Todavía le picaban los ojos.

No volvió a ver a Penny hasta el último día que duró la tormenta.

El aire salado amaneció pesado y tranquilo, pero hacía el oeste el cielo era de un rojo encendido, veteado por nubes bajas que brillaban como el carmesí del emblema de los Lannister. Los marineros corrían asegurando las escotillas, tirando cabos, despejando las cubiertas, sujetando todo lo que no estuviera ya sujeto. –Viene un viento malo– le advirtió uno de ellos. – Sin Nariz debería refugiarse abajo.

Tyrion recordó la tormenta que vivió cruzando el mar Angosto, la forma en la que la cubierta saltaba bajo sus pies, los espantosos crujidos que el barco emitía, el sabor del vino y del vómito. –Sin Nariz prefiere permanecer aquí arriba.– Si los dioses le reclamaban moriría antes ahogándose que chocando contra su propio vómito. Sobre su cabeza, las poleas de las velas ondeaban lentamente, como la piel de alguna bestia fantástica desperezándose después de una larga siesta. Fue entonces cuando un sonoro crack hizo que todas las cabezas se volvieran a mirarlas.

Los vientos tiraron las drizas delante de ellos, alejadas del fin para el que habían sido concebidas, mientras por detrás aparecían montañas de nubes negras, unas encima de otras, sobre un cielo rojo. Hacia la mitad de la mañana empezaron a ver rayos serpenteando por el oeste, seguidos por el lejano sonido del trueno. El mar se endureció y negras olas crecieron hasta impactar contra el casco de la *Camarero Apestoso.* Fue entonces cuando la tripulación empezó a arriar las velas. Tyrion estaba parado en la mitad del barco, así que subió hasta el castillo de proa y se agachó, saboreando las gotas frías de lluvia en sus mejillas. El barco subía y bajaba, moviéndose más salvajemente que cualquier caballo que hubiera montado, levantándose con cada ola antes de caer entre una y otra, impactándose contra cada uno de sus huesos. Pero eso era mejor que estar encerrado en algún camarote sin oxígeno.

Cuando la tormenta estalló la tarde estaba cayendo y Tyrion Lannister tenía empapadas todas las ropas, pero sólo sentía euforia... Y más que sintió después, cuando encontró a Jorah Mormont borracho en un charco de su propio vómito en el camarote.

El enano estuvo entretenido en la cocina después de la cena, celebrando su supervivencia con unos cuantos chupitos de ese ron negro como el alquitrán y el cocinero del barco, un delincuente gordo y grasiento de Volantene que sólo sabía decir una palabra en la lengua común: follar. Pero jugaba con pasión al cyvasse , sobre todo cuando estaba borracho. Jugaron tres partidas esa noche. Tyrion ganó la primera y perdió las otras dos. Después de eso decidió que había sido suficiente y se tambaleó hasta cubierta para despejar la cabeza de ron y de elefantes.

Encontró a Penny en la cubierta de proa, en el mismo sitio en el que era frecuente ver a Ser Jorah permanecer durante horas al lado de la barandilla, justo detrás del espantoso mascarón de proa, vigilando el horizonte de aquel oscuro mar. Desde aquella distancia la enana parecía pequeña y vulnerable como un niño.

Tyrion pensó que lo mejor sería no molestarla, pero ya era tarde. Ella le había oído. –Hugor Hill.

–Si os place– «Los dos lo sabemos perfectamente» –Siento interrumpirte. Me retiraré.

–No– Su cara era pálida y triste pero no estaba llorando. –Lo siento. Por lo del vino. No fuiste tú quien mató a mi hermano o a ese pobre hombre de Tyrosh.

–Jugué un papel que no pude elegir.

–Le echo tanto de menos. A mi hermano...

–Entiendo– Se encontró pensando en Jaime. «Eres afortunada. Tu hermano murió antes de que pudiera traicionarte»

–Pensé que quería morirme– dijo ella, – pero hoy, cuando la tormenta empezó y pensé que el barco podía hundirse...Yo...

–Te diste cuenta de que, pese a todo, querías vivir.– «He pasado por eso. Algo más que tenemos en común».

Tenían los dientes torcidos, por lo que no prodigaba sonrisas, pero en ese momento sonrió. –¿De verdad guisaste a un cantante?

–¿Quién? ¿Yo? No. Odio cocinar.

Cuando Penny rió sonó como la chica joven que era... ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? No más de diecinueve. –¿Y qué había hecho, el cantante?

–Escribió una canción sobre mí.– «Para ella era su tesoro escondido, su vergüenza y su bendición. Y una cadena y un plato de comida no son nada, comparado con el beso de una mujer». Era gracioso como las palabras vinieron a él. Quizás nunca le habían

abandonado. «Las manos de oro están siempre frías, pero las de una mujer son siempre cálidas».

–Debió haber sido una canción muy mala.

–No mucho. No era Las Ruinas de Castemere pero algunas partes estaban bien...

–¿Y cómo era?

Él se rió. –No, no quieres oírme cantar.

–Mi madre solía cantarnos cuando éramos críos. A mi hermano y a mí. Siempre decía que no importa la voz, sino lo mucho que te guste la canción.

–¿Ella también era...?

–¿Enana? No, pero nuestro padre sí lo era y su propio padre le había vendido a un esclavista cuando tenía tres años. Pero creció y llegó a ser un famoso mimo, así que compró su libertad. Viajaba por las Ciudades Libres y por Poniente. En Antigua le llamaban Habichuela Saltarina.

«Seguro que lo hacían». Tyrion intentó no hacer ningún gesto.

–Está muerto– prosiguió Penny. –Así como mi madre. Oppo... Era el último de mi familia, y ahora también está muerto.– Volvió la cabeza y se quedó mirando el mar infinito. –¿Qué voy a hacer? ¿Adónde voy a ir? No tengo forma de ganarme la vida, sólo sé hacer justas y para eso se necesitan dos personas.

«No», pensó Tyrion. «No vayas por ahí. No me pidas eso. Ni siquiera lo pienses». –Busca a alguien para hacerlo, como un huérfano– sugirió.

Por lo visto Penny no le había escuchado. –Fue idea de Padre lo de hacer piruetas. Él mismo entrenó al primer cerdo, pero ya estaba demasiado enfermo como para montarlo, así que Oppo lo hizo. Yo siempre montaba el perro. Una vez hicimos un montaje sobre el Señor del Mar de Braavos y se rió tanto que nos hizo un gran regalo después...

–¿Es ahí dónde os encontró mi hermana? ¿En Braavos?

–¿Tu hermana?– La chica parecía perdida.

–La Reina Cersei.

Penny negó con la cabeza. –No fue ella... Fue un hombre el que vino, en Pentos. Osmund. No, Oswald. O algo así. Fue Oppo el que se reunió con él e hizo todos los preparativos. Mi hermano siempre sabía qué hacer y adónde ir al día siguiente.

–Meeren, allí vamos nosotros.

Ella puso una expresión de extrañeza. –Querrás decir Qarth. Navegamos hacia Qarth por la ruta del Nuevo Ghis.

–Meeren. Y allí montarás a tu perro para la reina de los dragones, que te regalará tu peso en oro. Así que empieza a comer más, así estarás más guapa y rellenita para cuando justes delante de Su Gracia.

Penny no le devolvió la sonrisa. –Yo sólo podré montar en círculos. Y si aún así hago reír a la reina, ¿adónde iré después? Nunca nos quedamos en el mismo sitio. La primera vez no paran de reír, pero la cuarta o la quinta todos saben qué vamos a hacer antes de que lo hagamos. Entonces ya no se ríen más y nos tenemos que ir a otro sitio. La mayor parte del dinero lo obtenemos en grandes ciudades, pero siempre me gustaron más las pequeñas. En esos sitios la gente no tiene monedas de plata pero nos dan de comer en sus mesas y los niños nos siguen a todas partes.

*«*Eso es porque nunca habían visto a un enano en sus apestosas ciudades llenas de meados»*,* pensó Tyrion. «Esos putos mocosos seguirían hasta a una cabra de dos cabezas si apareciera por allí. Hasta que se cansan de su balido y hacen una matanza para cenar». Pero pensó que era mejor no hacerla llorar así que lo que dijo fue, –Daenerys tiene un corazón amable y una naturaleza generosa– Era lo que ella necesitaba oír. –Encontrará un lugar para ti en su corte, sin duda. Un lugar a salvo de las garras de mi hermana.

Penny se volvió hacia él. –Y tú también estarás ahí.

*«*A menos que Daenerys necesite algo de sangre Lannister en pago de la sangre Targaryen que mi hermano derramó». –Así será.

Después de esta conversación la enana apareció más en la cubierta. Al día siguiente Tyrion la encontró con su cerda manchada al caer el atardecer, cuando el aire era más cálido y el mar estaba en calma. –Se llama Pretty– le dijo la chica con toda su timidez.

*«*Pretty la cerda y Penny la chica»*,* pensó. «Alguien tiene un pecado por el que responder». Penny le dió un puñado de bellotas para que alimentara a Pretty con la mano. «No creas que no veo lo que intentas hacer, chica»*,* pensó mientras la cerda resoplaba y chillaba.

Al poco tiempo empezaron a comer juntos. Algunas noches lo hacían a solas mientras que las demás comidas coincidían con la concurrida guardia de Moqorro. «Los dedos»*,* les llamaba Tyrion. Pues eran los hombres de la Mano Abrasadora, después de todo, y eran cinco. Penny se reía también, un sonido muy agradable, aunque no era frecuente oírlo. La herida estaba todavía fresca y la pena era demasiado profunda.

Ella también empezó a llamar al barco *El Camarero Apestoso*, aunque sí le molestaba que Tyrion llamase a Pretty con el nombre de *Bacon.* Para contentarla por esto intentó enseñarla a jugar al cyvasse pero pronto se dió cuenta de que era una causa perdida. –No– dijo una docena de veces, –los dragones son los que vuelan, no los elefantes.

Esa misma noche fue la que le preguntó si quería hacer piruetas con ella. –No– respondió. Sólo después se dio cuenta de que quizás *piruetas* no significaban precisamente *piruetas.* Su respuesta seguía siendo no, pero no habría sido tan brusco.

En el camarote que compartía con Ser Jorah, Tyrion se recostó varias horas, durmiendo o haciendo como que dormía. Sus sueños estaban llenos de grises manos de piedra saliendo de la niebla e intentando cogerle. Y de escaleras que le llevaban directamente hacia su padre.

Al final se rindió y decidió subir a respirar el aire fresco de la noche. La *Selaesori Qhoran* había plegado la vela mayor y las cubiertas permanecían desiertas. Uno de los oficiales estaba en el castillo de proa, y en el medio estaba Moqorro, sentado delante del brasero, dónde pequeñas llamas todavía bailaban entre los rescoldos.

Sólo las estrellas más brillantes se veían esa noche. Todas hacia el oeste. Un apagado resplandor de color rojo empezaba a asomar por el noreste, como el color de un hematoma recién hecho. Tyrion nunca había visto a la luna tan grande. Era monstruosa y tan hinchada que parecía que se hubiera tragado el sol y brillara de fiebre. Su gemela, flotando sobre el barco, emitía un resplandor rojo con cada ola. –¿Qué hora es?– le preguntó a Moqorro. –Eso no puede ser el amanecer, salgo que el este se haya movido de sitio. ¿Por qué está el cielo rojo?

–El cielo siempre está rojo sobre Valyria, Hugor Hill.

Un escalofrío le recorrió la espalda. –¿Estamos cerca?

–Más cerca de lo que a la tripulación le gustaría– dijo Moqorro en voz baja. –¿Conoces las leyendas de tu querido Ocaso de los Reyes?

–Sé que algunos marineros dicen que los hombres que ponen los ojos en estas costas están condenados– No se creía esas historias. No más que lo hiciera su tío. Gerion Lannister había navegado hasta Valyria cuando Tyrion tenía dieciocho años, intentando recuperar la ancestral espada de la Casa Lannister y otros tesoros perdidos que podrían haber sobrevivido a la Caída de Valyria. Tyrion deseó desesperadamente haber ido con ellos, pero su lord padre había bautizado el viaje como 'La búsqueda de los tontos' y le prohibió tomar parte.

«Y quizás no estaba tan equivocado». Había pasado casi una década desde que la nave *El León Risueño* había partido de Lannisport y Gerion nunca había regresado. Los hombres de Lord Tywin fueron a buscarle perdiendo su rastro en Volantis, dónde la mitad de la tripulación había desertado, por lo que Gerion tuvo que comprar esclavos para sustituirlos. Ningún hombre libre, bajo su propia voluntad, se habría embarcado con un capitán que hablaba abiertamente sobre su intención de cruzar el Mar Humeante. –¿Así que los fuegos que vemos son las Catorce Llamas reflejadas en las nubes?

–Catorce o catorce mil. ¿Qué hombre se atrevió a contarlas? No está permitido a los mortales aprender todo acerca de esos fuegos, amigo mío. Esos son los fuegos de la misma cólera de los dioses y ningún fuego humano puede compararseles. Somos criaturas pequeñas, los hombres.

–Algunas más pequeñas que otras.– Valyria. Estaba escrito que el día de la Caída cada colina de más de 500 millas se había rajado, arrojando cenizas, humo y fuego. Y llamaradas tan ardientes y tan hambrientas que hasta los dragones del cielo había sido consumidos por las mismas. Enormes grietas se abrieron en la tierra, tragándose

palacios, templos y ciudades enteras. Los lagos hirvieron hasta ser ácidos, las montañas reventaron, los torrentes abrasadores arrojaban lava a miles de pies de altura. Las nubes eran rojas y llovía huesodragón y la sangre negra de los demonios. Hacía el norte la tierra se abrió y se desmoronó hasta dar paso a un enfadado mar que arrasó con todo. Las ciudades más orgullosas de todo el mundo habían desaparecido en un instante. Su fabuloso imperio desvanecido en un sólo día. Las tierras del Largo Verano fueron quemadas, ahogadas y llevadas a la ruina.

«Un imperio construido con sangre y fuego. Los Valyrios recogieron lo que sembraron»
–¿Nuestro capitán teme a la maldición?

–Nuestro capitán preferiría estar a cincuenta naciones de distancia de este mar. Bien lejos de esta tierra maldita. Pero le he ordenado que tome la ruta más corta. Hay otros que tratan de encontrar a Daenerys también.

«Griff, con el joven príncipe». ¿Pudiera ser que todo eso de la Compañía Dorada navegando hacia el oeste hubiera sido un truco? Tyrion iba a decir algo. Pero se lo pensó mejor. Le pareció que en la profecía que había traído al sacerdote rojo sólo había espacio para un héroe. Otro Targaryen sólo serviría para confundirles. –¿Has visto a esos otros en tus llamas?– preguntó con cautela.

–Sólo sus sombras– dijo Moqorro. –Una de ellas especialmente. Una cosa alta y retorcida con un sólo ojo negro y largos brazos, navegando en un mar de sangre.

34. BRAN

La luna era una media luna, delgada y afilada como la hoja de un cuchillo. Un pálido sol salió, se elevó, se puso y se elevó otra vez. Hojas rojas susurraban en el viento. Las nubes oscuras llenaron los cielos y se convirtieron en tormentas. Los relámpagos destellaron, los truenos retumbaron, y los muertos con las manos negras y brillantes ojos azules rondaban en torno a una fisura en la ladera, pero no podían entrar. Debajo de la colina, el niño roto se sentó sobre en un trono de arciano, escuchando los susurros en la oscuridad mientras los cuervos andaban arriba y abajo de sus brazos.

—Tú nunca caminaras de nuevo—. Había prometido el cuervo de tres ojos.— pero volarás.

A veces el sonido de la canción iba a la deriva desde un lugar muy por debajo. «Los niños del bosque», habría llamado la vieja tata a los cantantes, pero «los que cantan la canción de la tierra» era su propio nombre para sí mismos, en la lengua verdadera que ningún hombre humano podía hablar. Sin embargo, los cuervos podían hablarla. Sus pequeños ojos negros llenos de secretos, y que *graznaban* y le picotean la piel al escuchar las canciones.

La luna estaba gorda y llena. Las Estrellas giraban a través del cielo nocturno. La lluvia cayó, se congeló y rompió las ramas de los árboles por el peso del hielo. Bran y Meera hicieron nombres para aquellos que cantaban la canción de la tierra: Ceniza, Hoja, Escala, Cuchillo Negro, Cerradura de Nieve y Carbones. Sus verdaderos nombres eran demasiado largos para la lengua de los hombres, había dicho Hoja. Sólo ella podía hablar la lengua común, así que lo que los demás pensaron de sus nuevos nombres Bran nunca lo supo.

Después de el frío que hacia crujir los huesos de las tierras más allá del Muro, las cuevas estaban felizmente cálidas, y cuando el frío se arrastraba fuera de la roca los cantantes encendían fuego para ahuyentarlo de nuevo. Allí abajo, no había viento, no había nieve, ni hielo, ni las cosas muertas podían agarrarte, sólo sueños y embates de luz y los besos de los cuervos y los susurros en la oscuridad.

El último Verdevidente, lo llamaron los cantantes, pero en los sueños de Bran todavía era un cuervo de tres ojos. Cuando Meera Reed le había pedido su verdadero nombre, hizo un sonido horrible que podría haber sido una sonrisa.

—Lleve muchos nombres cuando era rápido, pero incluso una vez tuve una madre, y el nombre que me dio en su pecho fue Brynden.

—Tengo un tío Brynden.— Dijo Bran—. Es el tío de mi madre, en verdad. Brynden Blackfish, es su nombre.

— Tu tío pudo haber sido nombrado por mí. Algunos aún lo son. No tantos como antes. Los hombres olvidan. Sólo los árboles recuerdan.

Su voz era tan suave que Bran tenía que esforzarse para escuchar.

—La mayor parte de él ha entrado en el árbol.— Explicó el cantante llamado Hoja a Meera —. Ha vivido más allá de la duración de su vida mortal, y sin embargo persiste. Para nosotros, para ti, para los reinos de los hombres. Sólo un poco de fuerza se mantiene en su carne. Que tiene mil y un ojos, pero hay mucho para ver. Un día lo sabrás.

—¿Qué sabré?— Preguntó Bran a los Reeds después, cuando vinieron con antorchas brillantemente encendidas en sus manos, para llevarlo de vuelta a una pequeña cámara de la enorme caverna, donde los cantores habían hecho las camas para que durmieran—. ¿Qué es lo que los árboles recuerdan?

—Los secretos de los antiguos dioses .— dijo Jojen Reed. La comida, el fuego y el resto habían ayudado a restaurarlo después de las terribles experiencias de su viaje, pero ahora parecía más triste, taciturno, con un aspecto cansado, tormento alrededor de sus ojos—. Verdades que los primeros hombres conocían, olvidadas ahora en Invernalia... pero no el mundo salvaje. Vivimos cerca de los verdes en nuestras ciénagas y pantanos, nosotros recordamos. Tierra y agua, suelo y piedra, robles, olmos y sauces, estaban aquí antes que todos nosotros y seguirán estando cuando nos hayamos ido.

— Tú también lo serás. — dijo Meera.

Eso hacia triste a Bran.

«¿Qué pasa si no quiero seguir siendo cuando te hayas ido?» Estuvo a punto de preguntar, pero se tragó las palabras no dichas. Era casi un hombre adulto, y no quería que Meera pensara que era una nena llorona.

— Tal vez también podrías ser un *verdevidente*.— dijo en cambio.

— No, Bran.— Ahora Meera sonaba triste.

— Se le da a unos pocos a beber de esa fuente verde, mientras que todavía son carne mortal, para escuchar los susurros de las hojas y ver como los árboles ven, como los dioses ven.— dijo Jojen—. La mayoría no están tan bendecidos. Los dioses me dieron solamente sueños verdes. Mi tarea era llegar aquí. Mi parte en esto está hecha.

La luna era un agujero negro en el cielo. Los lobos aullaban en la madera, oliendo a través de la nieve acumulada sobre las cosas muertas. Un asesino de cuervos hizo erupción de la montaña, gritando sus gritos agudos, batiendo sus alas negras sobre el mundo blanco. Un sol rojo salió, se puso y se levantó otra vez, la colores de la nieve en tonos de rosa y rojizo. Bajo la colina, Jojen meditaba, Meera se inquietaba, y Hodor vagaba a través de túneles oscuros con una espada en su mano derecha y una antorcha en su mano izquierda. ¿O era Bran quien vagabundeaba?

«Nadie nunca lo debe saber».

La gran caverna que se abría en el abismo era tan negra como la pez, negra como el alquitrán, más negra que las plumas de un cuervo. La luz entraba como una intrusa, no deseada e inoportuna, y luego se había ido otra vez; cocinafuegos, velas, y quemando a toda prisa por un pequeño rato, luego desaparecía de nuevo, su corta vida llegaba a su fin.

Los cantantes hicieron un trono para Bran, como en el que Lord Brynden se sentaba, arciano blanco salpicado de ramas de color rojo, tejido muerto a través de las raíces vivas. Lo pusieron en la gran caverna al lado del abismo, donde el aire negro hacia eco con el sonido del agua que corría por debajo. El asiento estaba cubierto con suave musgo gris. Una vez que el ocupaba su lugar, lo cubrían con pieles calientes.

Allí estaba sentado, escuchando el susurro ronco de su maestro.

—No tengáis miedo de la oscuridad, Bran.— Las palabras del Lord fueron acompañadas por un ruido tenue de madera y hojas, una torcedura leve de la cabeza—. Los árboles más fuertes tienen sus raíces en los lugares oscuros de la tierra. La oscuridad será su capa, su escudo, la leche de su madre. La oscuridad te hará fuerte.

La luna era una media luna, delgada y afilada como la hoja de un cuchillo. Los copos de nieve iban hacia abajo a la deriva sin hacer ruido, para ocultar los pinos soldado y los centinelas blancos. La capa de nieve se hizo tan profunda que cubría la entrada a las cuevas, dejando una pared blanca que Verano debía cavar cada vez a través de ella para salir a reunirse con manada y cazar. Bran no se lanzaba a menudo con ellos en esos días, pero algunas noches los observaba desde arriba.

Volar era incluso mejor que escalar.

Entrar en la piel de verano se había vuelto tan fácil para él como una vez había sido ponerse un par de pantalones, antes de que su espalda se hubiese roto. Cambiar de su propia piel a las plumas negras como la noche de un cuervo había sido más difícil, pero no tan difícil como había temido, no con *estos* cuervos.

—Un semental salvaje se resistirá y coceara cuando un hombre trate de montarlo, y tratara de morder la mano que desliza el bocado entre sus dientes. —dijo Lord Brynden —.pero un semental que ha conocido un corredor aceptará otro. Joven o viejo, estas aves han sido montadas. Elije una ahora y vuela.

Eligió un pájaro, y luego otro, sin éxito, pero el tercer cuervo le miró con astutos ojos negros, inclino la cabeza, y le dio un *crack* y al instante no era un niño mirando a un cuervo, si no un cuervo mirando a un niño. El murmullo del río de repente se hizo más fuerte, las antorchas quemaban un poco más brillantemente que antes, y el aire estaba lleno de olores extraños. Cuando trató de hablar, lo que salió fue un graznido, y su primer vuelo

terminó cuando se estrelló contra un muro y terminó de nuevo dentro de su propio cuerpo roto. El cuervo salió ileso. Voló hacia él y se posó en su brazo, Bran acarició las plumas y se metió dentro de él otra vez. Al poco tiempo estaba volando alrededor de la caverna, deslizándose a través de los dientes de larga piedra que colgaban del techo, incluso batiéndose sobre el abismo y descendiendo a sus profundidades negras y frías.

Entonces se dio cuenta que no estaba solo.

—Alguien estaba en el cuervo. — le dijo a Lord Brynden, una vez que había regresado a su propia piel—. Una chica. Yo la sentí.

—Una mujer, de los que cantan la canción de la tierra. — dijo su maestro—. Murió hace mucho tiempo, sin embargo, una parte de sus restos permanece, al igual que una parte de ti se mantendría en Verano si la carne del chico fuera a morir en la mañana. Una sombra del alma. No te hará daño.

— ¿Todas las aves tiene cantores en ellas?

—Todos. — Dijo Lord Brynden—. Fueron los cantantes quienes enseñaron a los primeros hombres a enviar mensajes a través de los cuervos... pero en esos días, las aves hablaban palabras. Los árboles recuerdan, pero los hombres olvidan, así que ahora escriben los mensajes en un pergamino y los atan alrededor de las patas de las aves que nunca han compartido su piel.

La vieja Tata le había contado la misma historia una vez, recordaba Bran, pero cuando le había preguntado a Robb si era cierto, su hermano se había echado a reír y le preguntó si creía en grumkins también. Deseaba que Robb estuviera con ellos ahora. «Yo le dije que podía volar, pero él no quiso creerlo, así que tendría que mostrárselo. Apuesto a que él podría aprender a volar también, él y Arya y Sansa, aún Rickon el bebé y Jon Nieve. Todos podríamos ser cuervos y vivir en la torre del Maestre Luwin».

Sin embrago, eso era sólo un sueño estúpido. Algunos días Bran se preguntaba si todo esto no era sólo un sueño. Tal vez se había quedado dormido en la nieve y se soñaba a sí mismo un lugar seguro y cálido. «Tienes que despertar», se decía a sí mismo, «tienes que despertar ahora mismo, o vas a soñar hasta la muerte». Una o dos veces se pellizcó el brazo con sus dedos, muy duro, pero lo único que hizo fue provocarse dolor en el brazo. En un principio había intentado contar los días, haciendo nota de cuando despertaba y cuando dormía, pero aquí abajo dormir y despertar tenían una manera de fundirse el uno con el otro. Los sueños se convirtieron en lecciones, las lecciones se convirtió en sueños, las cosas sucedían al mismo tiempo o no. ¿Había hecho eso, o sólo lo había soñado?

— Sólo un hombre de cada mil nace como un cambiapiel. — Dijo Lord Brynden un día, después de Bran había aprendido a volar—. Y sólo uno de cada mil cambiapieles puede ser un verdevidente.

—Pensaba que los verdevidente eran los magos de los niños. — dijo Bran—. Los cantantes, quiero decir.

—En cierto sentido. Aquellos que llamáis los niños del bosque tienen los ojos tan dorados como el sol, pero cada tanto nace uno entre ellos con los ojos tan rojos como la sangre o tan verdes como el musgo en un árbol en el corazón del bosque. Con estos signos los dioses marcan a aquellos que han elegido para recibir un don. Los elegidos no son robustos, y sus años veloces sobre la tierra son pocos, pero cada canción debe tener su equilibrio. Por eso una vez dentro de la madera el tiempo se detiene mucho en verdad. Un millar de ojos, un centenar de pieles, sabiduría profunda como las raíces de árboles centenarios. *Verdevidente…*

Bran no lo había entendido así que le pregunto a Hoja.

—¿Te gusta leer libros, Bran? —le preguntó Jojen.

—Algunos libros. Me gustan las historias de lucha. A mi hermana Sansa le gustan las historias de besos, pero esas son estúpidas.

—Un lector vive un millar de vidas antes de morir. —dijo Jojen—. El hombre que nunca lee vive solo una. Los cantantes del bosque no tenían libros. No hay tinta, no hay pergamino, no existe el lenguaje escrito. En su lugar, estaban los árboles, y los arcianos por encima de todo. Cuando morían, entraban a la madera, las hojas, las extremidades y la raíz, y los arboles recordaron. Todas sus canciones y sus hechizos, sus historias y oraciones, todo lo que sabían acerca de este mundo. Maesters te dirían que los arcianos son sagrados para los antiguos dioses. Los cantantes creen que *son* los antiguos dioses. Cuando los cantantes mueren se convierten en parte de esa divinidad.

Los ojos de Bran se habían ampliado.

—¿Ellos me van a *matar?*

—No. —Dijo Meera—. Jojen, lo estás asustando.

—Él no es quien debe tener miedo.

La luna estaba gorda y llena. Verano merodeaban por los bosques silenciosos, una sombra larga y gris que crecía más delgada con cada caza, para que no pudiera ser encontrada. La sala sobre la boca de la cueva sigue aguantando, los hombres muertos no podían entrar. La nieve había enterrado a la mayoría de ellos de nuevo, pero todavía estaban allí, ocultos, congelados, esperando. Otras cosas muertas vinieron a unirse a ellos, cosas que alguna vez fueron hombres y mujeres, incluso niños. Cuervos muertos estaba sentados en las desnudas ramas marrones, las alas con una costra de hielo. Un oso de nieve se estrelló a través del muro, enorme y esquelético, la mitad de su cabeza desprendida para revelar el cráneo

debajo. Verano y su grupo se echaron sobre él y lo rompieron en pedazos. Después se saciaron, aunque la carne estaba podrida y medio congelada, y se moviera hasta que ellos se la comieron.

Al pie del monte todavía tenían que comer. Un centenar de tipos de hongos crecieron allí. Pescados blancos ciegos nadaban en el río negro, pero sabían tan bien como los peces con ojos una vez que los cocinabas. Tenían el queso y la leche de las cabras que compartían las cuevas con los cantantes, incluso un poco de avena, fruta seca y grano de cebada almacenado durante el verano. Y casi todos los días comían guiso de sangre, espesado con cebada, cebollas y trozos de carne. Jojen pensaba que podría ser carne de ardilla, y Meera dijo que se trataba de rata. A Bran no le importaba. Era carne y era buena. El guisado era tierno.

Las cuevas eran atemporales, enormes y silenciosas. Ellas fueron el hogar de más de tres generaciones de cantantes y de los huesos de miles de muertos, se extendía muy por debajo de la colina hueca.

—Los hombres no deben ir deambulando por este lugar. — Les advirtió Hoja—. El río que se escucha es rápido y negro, fluye hacia abajo, hacia un mar sin sol. Y hay pasajes por los que va aún más profundo, pozos sin fondo y con giros repentinos, caminos olvidados que llevan al mismísimo centro de la tierra. Mi pueblo no los ha explorado todo, y han vivido aquí por miles y miles de años de los hombres.

Aunque los hombres de los siete reinos los llamaban los *niños del bosque,* Hoja y su gente estaban lejos de ser unos niños. *Pequeños sabios del bosque* hubiese estado más acertado. Eran pequeños en comparación con los hombres, como un lobo es más pequeño que un Huargo. Eso no quiere decir que sea un cachorro. Tenían la piel castaño claro, moteada como la de un ciervo con manchas pálidas, y las orejas grandes que podían oír cosas que nadie más podía oír. Sus ojos eran grandes también grandes ojos dorados de gato, ojos que podían ver por pasajes en los que los ojos de un niño sólo veían oscuridad. Sus manos sólo tenían tres dedos y un pulgar, con fuertes garras negras en lugar de uñas.

Y ellos *cantaban*. Cantaban en la lengua verdadera, por lo que Bran no podía entender las palabras, pero sus voces eran tan puras como el aire del invierno.

— ¿Dónde están los demás?— Preguntó Bran a Hoja, una vez.

— Fueron bajo la tierra. — respondió ella—. En las piedras, los árboles. Antes de que los primeros hombres vinieran, esta tierra que llaman Poniente, era nuestro hogar, pero incluso en esos días éramos pocos. Los dioses nos dieron una vida larga, pero no un número muy grande, para no invadir el mundo como el ciervo invade un bosque donde no hay lobos para cazarlos. Eso fue en los albores del día, cuando nuestro sol estaba saliendo. Ahora se oculta, y esta es nuestra larga caída. Los gigantes casi han desaparecido, ellos fueron nuestra

desgracia y nuestros hermanos. Los grandes leones de las colinas occidentales han sido asesinados, los unicornios casi se han extinguido, los mamuts bajan de unos pocos cientos. El lobo Huargo nos sobrevivirá a todos, pero su momento llegará también. En el mundo que los hombres han construido, no hay lugar para ellos, o para nosotros.

Parecía triste mientras lo decía, y Bran se sintió triste también. Fue sólo más tarde que él pensó, «los hombres no estarían tristes. Los hombres se enfurecerían. Los hombres odiarían y jurarían una venganza sangrienta. Los cantores cantan canciones tristes, donde los hombres lucharían y matarían».

Un día Meera y Jojen decidieron ir a ver el río, a pesar de advertencias de Hoja.

— Quiero ir también. — dijo Bran.

Meera le dirigió una mirada triste. El río estaba 600 metros más abajo, por laderas empinadas y sinuosos pasajes, explicó, y la última parte requería bajar por una cuerda.

— Hodor nunca podría lograr el ascenso contigo sobre su espalda. Lo siento, Bran.

Bran recordó un tiempo en que nadie podía trepar tan bien como él, ni siquiera Robb y Jon. Una parte de él quería gritarles por abandonarlo, y otra parte tenía ganas de echarse a llorar. Sin embargo, era casi un hombre adulto, por lo que no dijo nada. Pero después de que se habían marchado, se deslizó dentro de la piel Hodor y los siguió.

El gran caballerizo ya no luchaba contra él como lo había hecho la primera vez, de vuelta en la torre del lago durante la tormenta. Como un perro que ha tenido toda la lucha que podía, Hodor se acurrucaba y se escondía cuando Bran se acercaba a él. Su escondite estaba en algún lugar profundo dentro de él, un pozo, donde ni siquiera Bran podía tocarlo. «Nadie quiere hacerte daño a, Hodor», dijo en silencio, con el niño-hombre, cuya carne que había tomado. «Yo sólo quiero ser fuerte de nuevo por un tiempo. Voy devolvértelo, como siempre lo hago».

Nadie sabía cuando él llevaba la piel de Hodor. Bran sólo tenia que sonreír, hacer lo que le dijeran, y murmurar "Hodor" de vez en cuando, y podría seguir a Meera y Jojen, sonriendo alegremente, sin que nadie sospechara que era él en realidad. A menudo los seguía, ya fuera que quisiera o no. Al final, los Reeds se alegraron de su llegada. Jojen bajo por la cuerda con bastante facilidad, pero después de que Meera cogiera un pescado blanco ciego con su lanza de rana ya era hora de volver a subir, los brazos le empezaron a temblar y no pudo llegar a la cima, así que tuvieron que atar la cuerda en torno a él y dejar que Hodor lo arrastrara hacia arriba.

— Hodor. —Gruñó cada vez que daba un tirón—. Hodor, Hodor, Hodor.

La luna era una media luna, delgada y afilada como la hoja de un cuchillo. Verano

desenterró un brazo roto, negro y cubierto de escarcha, los dedos se abrían y cerraban a medida que se estiraba sobre la nieve congelada. Todavía había suficiente carne en él para llenar su estómago vacío, y después de que terminó, rompió los huesos del brazo hasta la médula ósea. Sólo entonces el brazo recordó que estaba muerto.

Bran comió con Verano y su grupo, como un lobo. Como un cuervo voló con el asesino, rodeando la colina al atardecer, en busca de enemigos, sintiendo el contacto helado del aire. Como Hodor exploró las cuevas. Se encontró con cámaras llenas de huesos, los giros se hundían profundamente en la tierra, un lugar donde los esqueletos de murciélagos gigantes colgaban cabeza abajo del techo. Incluso cruzó el puente de piedra delgada que se arqueaba sobre el abismo y descubrió más pasajes y cámaras en el lado opuesto. Uno estaba lleno de cantantes, entronizados como Brynden en los nidos de las raíces de un arciano tejido ya a través y alrededor de sus cuerpos. La mayoría de ellos parecía muerto para él, pero al cruzar frente a ellos sus ojos se abrían y seguían la luz de su linterna, uno de ellos abrió y cerró la boca arrugada, como si estuviera tratando de hablar.

— Hodor. — le dijo Bran, y sintió que el verdadero Hodor se revolvía en su agujero.

Sentado en su trono de raíces en la gran caverna, medio cadáver y medio árbol, Lord Brynden se parecía menos a un hombre que a una estatua horrorosa de madera retorcida, el hueso viejo y lana podrida. Lo único que parecía vivo en la ruina pálida que era su rostro era su único ojo rojo, ardiendo como el carbón por última vez en un fuego apagado, rodeado de raíces retorcidas y jirones de piel de cuero blanco colgando de una calavera amarillenta.

La visión de él todavía asustaba a Bran- las raíces del arciano serpenteaban dentro y fuera de su carne seca, los hongos salían de sus mejillas, un gusano blanco de madera, crecía en la cuenca vacía donde había estado un ojo. A él le gustaba más que las linternas se apagaran. En la oscuridad podía pretender que era el cuervo de tres ojos quien le susurraba y no un cadáver horrible que hablaba.

«Un día voy a ser como él». La idea llenaba a Bran de temor. Ya era bastante malo que estuviera roto, con las piernas inútiles. ¿Estaba condenado a perder el resto también, para pasar todos sus años con un arciano creciendo en y a través de él? Lord Brynden sacó vida del árbol, le había dicho Hoja. No comía, no bebía. Dormía, soñaba y observaba. «Iba a ser un caballero», recordaba Bran. «Solía correr, trepar y pelear». Parecía que hubiese sido hacia mil años.

¿Qué es lo que era ahora? Solo Bran el niño roto, Brandon de la Casa Stark, el príncipe de un reino perdido, señor de un castillo quemado, heredero de las ruinas. Había creído que el cuervo de tres ojos sería un hechicero, un viejo sabio mago que podría arreglar sus piernas, pero ese era el sueño de un niño tonto, se dio cuenta ahora. «Soy demasiado mayor para tales fantasías», se dijo. «Mil ojos, un centenar de pieles, la sabiduría profunda como las

raíces de árboles centenarios». *E*ra tan bueno como ser un caballero. «Casi tan bueno, de todos modos».

La luna era un agujero negro en el cielo. Fuera de la cueva el mundo continuaba. Fuera de la cueva el sol salía y se ponía, se convertía en luna, los vientos fríos aullaban. Debajo de la colina, Jojen Reed se hizo cada vez más hosco y solitario, para angustia de su hermana. A menudo se sentaba con Bran al lado de su pequeño fuego, hablando de todo y nada, acariciando a Verano que dormía entre ellos, mientras que su hermano vagaba por las cavernas por sí mismo. Jojen había incluso subido hasta la boca de la cueva cuando el día era luminoso. Él se quedaba allí durante horas, mirando hacia el bosque, envuelto en pieles, aun temblando a pesar de todo.

—Él quiere ir a casa. — Dijo Meera a Bran—.Ni siquiera tratar de luchar contra su destino. Él dice que los sueñosverdes no mienten.

—Él es valiente. —dijo Bran. «La única vez que un hombre puede ser valiente es cuando tiene miedo», su padre le había dicho una vez, hacia mucho tiempo, el día que encontraron a los cachorros de huargo en las nieves de verano. Aún lo recordaba.

—Es un estúpido. — dijo Meera—. Yo había esperado que cuando encontramos su cuervo de tres ojos... ahora me pregunto por qué vinimos.

«Por mí», pensó Bran.

—Su sueñoverde. — dijo.

—Sus sueñosverdes. — La voz de Meera era amarga.

—Hodor. — dijo Hodor.

Meera se echó a llorar.

Bran odió estar paralizado entonces.

—No llores. — dijo. Quería poner sus brazos alrededor de ella, abrazarla como su madre solía hacer en Invernalia cuando se había hecho daño. Estaba allí, a pocos metros de él, pero hasta tan fuera del alcance que podría haber estado a cien leguas. Para tocarla tendría que estirarse por el suelo con las manos, arrastrando las piernas detrás de él. El suelo era áspero y desigual, y sería un proceso lento, lleno de rasguños y golpes. «Podría ponerme la piel Hodor» pensó. «Hodor podría sostenerla y acariciarla en la espalda». La idea hizo sentir a Bran extraño, pero él todavía estaba pensando cuando Meera apago el fuego, de vuelta en la oscuridad de los túneles. Oyó sus pasos bajando hasta que no había nada, solo las voces de los cantantes.

La luna era una media luna, delgada y afilada como la hoja de un cuchillo. Los días

desfilaron, uno tras otro, cada uno más corto que el anterior. Las noches se hicieron más largas. No había luz del sol, nunca llegaba a las cuevas bajo la colina. No había luz de la luna que hubiese tocado alguna vez los pasillos de piedra. Incluso las estrellas eran extrañas allí. Esas cosas pertenecían al mundo de arriba, donde el tiempo corría en sus círculos de hierro, del día a la noche al día a la noche al día.

— Es hora. —dijo lord Brynden.

Algo en su voz envió dedos helados corriendo a través de Bran.

—¿La hora de qué?

—De dar el siguiente pasó. Para que puedas ir más allá del cambiapieles y aprender lo que significa ser un verdevidente.

— Los árboles van a enseñarte. — dijo Hoja. Ella hizo señas, y otro de los cantantes que iba delante, el de pelo blanco, al que Meera había nombrado Cerradura de Nieve. Ella tenía un tazón de arciano en sus manos, tallado con una docena de caras, como las que llevaban los árboles corazón. Dentro había una pasta blanca, gruesa y espesa, con venas de color rojo oscuro que la a travesaba—. Debes comer esto. — dijo Hoja. Le pasó a Bran una cuchara de madera.

El muchacho miro el tazón hondo inseguro.

— ¿Qué es?

— Una pasta de semillas de arciano.

Algo en su mirada hizo que Bran se sintiera mal. Las venas de color rojo sólo eran la savia del arciano , suponía, pero a la luz de las antorchas se parecía mucho a la sangre. Metió la cuchara en la pasta, luego vaciló.

—¿Esto me convierte en un verdevidente?

—Tu sangre te convierte en un verdevidente. — Dijo Lord Brynden—. Esto ayudará a despertar tus dones y unirte a los árboles.

¿Realmente Bran quería estar unido con un árbol? ... pero ¿quién más podría unirse con un muchacho roto como él? «Un millar de ojos, un centenar de pieles, la sabiduría profunda como las raíces de árboles centenarios. Un verdevidente».

Comió.

Tenía un sabor amargo, aunque no tan amargo como pasta de bellota. La primera cucharada fue la más difícil de tragar. Casi lo vomitó todo. La segunda tenía mejor sabor. La tercera fue casi dulce. Después sacaba cucharadas con avidez. ¿Por qué había pensado que era

amarga? Sabía a miel, de la nieve recién caída, a pimienta y la canela y al último beso que su madre nunca le dio. El recipiente vacío se deslizó de sus dedos y resonó en el suelo de la caverna.

—Yo no me siento diferente. ¿Qué pasa después?

Hoja tocó su mano.

—Los árboles te enseñarán. Los árboles recordarán. —Levantó una mano, y los otros cantantes comenzaron a moverse por la caverna, extinguiendo las antorchas, una por una. La espesa oscuridad se deslizó hacia ellos.

—Cierra los ojos. —Dijo el cuervo de tres ojos—. Deslízate de tu piel, como lo haces cuando te unes con Verano. Pero esta vez, ve a las raíces en su lugar. Síguelas a través de la tierra, a los árboles en la colina, y dime lo que ves.

Bran cerró los ojos y se deslizó libre de su piel. «En las raíces», pensó. «Hacia el arciano. Conviértete en el árbol». Por un momento pudo ver la caverna en su manto negro, podía oír el río que corría por debajo.

Luego, de repente estaba de vuelta en casa.

Lord Eddard Stark se sentó sobre una roca junto a la piscina de color negro intenso en el bosque de los dioses, las raíces pálido árbol corazón giraban a su alrededor como los brazos retorcidos de un anciano. El espadón Hielo estaba en el regazo de Lord Eddard, y estaba limpiando la hoja con un hule.

— *Invernalia.* — Susurró Bran.

Su padre levantó la vista.

— ¿Quién anda ahí?", Preguntó, girándose...

... Y Bran, asustado, se apartó. Su padre, la piscina negra y el bosque de los dioses se desvanecieron, se habían ido y estaba de regreso en la cueva, las gruesas y pálidas raíces de su trono de arciano acunaban sus miembros, como lo hacia una madre con un niño. Una antorcha flameaba vida delante de él.

—Dínos lo que has visto.— Desde muy lejos Hoja parecía casi una niña, no mayor que Bran o una de sus hermanas, pero de cerca parecía mucho más viejo. Ella afirmaba haber visto doscientos años ya.

La garganta de Bran estaba muy seca. Tragó saliva.

— Invernalia. Estaba de vuelta en Invernalia. Vi a mi padre. No está muerto, *no,* yo lo vi, él está de vuelta en Invernalia, aún está vivo.

— No. — Dijo Hoja—. Se ha ido, muchacho. No lo busques, lo llamaras de vuelta de la muerte.

— Yo lo *vi.* — Bran podía sentir la madera en bruto presionando contra la mejilla—. Él estaba limpiando a Hielo.

— Visteis lo que deseabas ver. Tu corazón anhela a tu padre y tu hogar, por lo que es lo que vieron.

— Un hombre debe saber cómo buscar antes de poder esperar ver. — Dijo el Lord Brynden —. Esas eran las sombras de los últimos días que has visto, Bran. Estabas buscando a través de los ojos del árbol del corazón en su bosque de los dioses. El tiempo es diferente para un árbol que para un hombre. El Sol, la tierra y el agua, estas son las cosas que un arciano entiende, no días, años y siglos,para los hombres, el tiempo es un río. Están atrapados en su flujo, va toda velocidad desde el pasado al presente, siempre en la misma dirección. La vida de los árboles es diferente. Las raíces y crecen y mueren en un solo lugar, y el río no los mueve. El roble es la bellota, la bellota es el roble. Y el arciano... mil años humanos son un momento para un arciano, y es a través de esas puertas como tú y yo podemos mirar hacia el pasado.

— Pero. —dijo Bran—. Él *me* respondió.

— El escuchó un murmullo en el viento, un susurro entre las hojas. No puedes hablar con él, por mucho que tú puedas ser. Lo sé. Yo tengo mis propios fantasmas Bran. Un hermano que amaba, un hermano que yo odiaba, una mujer que deseaba. A través de los árboles, los veo todavía, pero ninguna palabra mía ha llegado a ellos. Los últimos restos del pasado. Podemos aprender de ellos, pero no podemos cambiarlos.

— ¿Voy a ver a mi padre de nuevo?

— Una vez que domine sus dones, es posible que veas donde desees ver y lo que los árboles se han visto, ya sea de ayer o el año pasado o un millar de épocas pasadas. Los hombres viven sus vidas atrapados en un presente eterno, entre las brumas de la memoria y el mar de la sombra que es todo lo que sabemos de los próximos días. Ciertas polillas viven toda su vida en un día, sin embargo, para ellas un poco de tiempo debe parecer siempre, es lo que años y décadas nos hacen a nosotros. Un roble puede vivir 300 años, una secuoya tres mil. Un arciano vivirá para siempre si no se toca. Para ellos, las estaciones pasan en el aleteo de las alas de una polilla, y el pasado, presente y futuro son uno. Tampoco su visión se limita a su bosque de los dioses. Los cantantes tallaron ojos en los árboles corazón para despertarlos, y esos son los primeros ojos que un nuevo verdevidente aprende a usar... pero con el tiempo verás mucho más allá los mismos árboles.

— ¿Cuándo? — Quería saber Bran.

— En un año, tres, o diez. No lo he vislumbrado. Vendrá con el tiempo, te lo prometo. Pero estoy cansado, y los árboles me están llamando. Vamos a continuar al día siguiente.

Hodor llevó a Bran de regreso a su habitación, murmurando "Hodor" en voz baja, mientras Hoja iba delante de ellos con una antorcha. Tenía la esperanza de que Meera y Jojen estuvieran allí, por lo que les podría decir lo que había visto, pero su cómodo nicho en la roca estaba frío y vacío. Hodor aliviado dejo a Bran en su cama, lo cubrió con pieles, e hizo un fuego para ellos. «Un millar de ojos, un centenar de pieles, la sabiduría profunda como las raíces de árboles centenarios».

Observando las llamas, Bran decidió que se quedaría despierto hasta que Meera regresara. Jojen sería infeliz, lo sabía, pero Meera se alegraría por él, él no recordaba haber cerrado los ojos…

... Pero de alguna manera estaba de vuelta en Invernalia, en el bosque de los dioses mirando hacia abajo a su padre. Lord Eddard parecía mucho más joven en esta ocasión. Su pelo era de color marrón, sin ningún indicio de gris, la cabeza gacha....

… crecerán cerca como hermanos, con sólo amor entre ellos. — rezaba—. Y permite que mi señora esposa encuentre perdón en su corazón...

—Padre.— La voz de Bran era un susurro en el viento, el susurro de las hojas—. Padre, soy yo. Soy Bran. Brandon.

Eddard Stark levantó la cabeza y miró largamente a la arciano, frunciendo el ceño, pero no habló. «Él no me puede ver», se dio cuenta Bran, desesperado. Quería llegar a su mano y tocarlo, pero todo lo que podía hacer era mirar y escuchar. «Estoy en el árbol. Estoy dentro del árbol corazón, mirando a través de sus ojos rojos, pero la arciano no puede hablar, así que no puedo».

Eddard Stark volvió a su oración. Bran sintió que sus ojos se llenan de lágrimas. ¿Pero eran sus propias lágrimas o las del arciano? *¿si lloro, será el árbol comenzara a llorar?*

El resto de las palabras de su padre fueron ahogadas por un ruido repentino de la madera contra la madera. Eddard Stark se disolvió, como la niebla en el sol de la mañana. Ahora, dos niños bailaban a través del bosque de los dioses, aullándole el uno al otro, ya que se batían en duelo con ramas rotas. La niña era la mayor y más alto de los dos. *Arya!* Pensó Bran con impaciencia, cuando la vio saltar a una roca y cortar al niño. Pero eso no podía estar en lo cierto. Si la chica era Arya, el niño era Bran mismo, pero él nunca había usado su pelo tan largo. «Y Arya nunca me golpeó jugando a las espadas, y eso es lo que la chica está haciendo». Ella acuchillo al niño a través de su muslo, con tanta fuerza que su pierna salió de debajo de él, y cayó en la piscina y comenzó a salpicar y gritar.

—Ya cállate, estúpido. —dijo la muchacha, lanzando su propia rama a un lado—. Es sólo

agua. ¿Quieres que te escuche la vieja Tata y corra a decírselo a padre?

Ella se arrodilló y sacó a su hermano de la piscina, pero antes de que ella lo sacara de nuevo, ellos ya no estaban.

Después de los destellos vinieron más y más rápido, hasta que Bran se sintió mareado y perdido. No veía más a su padre, ni a la chica que se parecía a Arya, pero una mujer fuerte con un niño salió desnuda y chorreando de la piscina negra, se arrodilló ante el árbol, y les rogó a los dioses antiguos por un hijo que iba a vengarla. Luego vino una chica de pelo castaño delgada como una lanza que estaba en la punta de los dedos de los pies para besar los labios de un joven caballero tan alto como Hodor. Un joven de ojos oscuros, pálido y feroz, corto tres ramas del arciano y forma con ellos flechas. El árbol en sí se estaba reduciendo, en cada visión se hacia mas pequeño, mientras que los árboles más pequeños se convertían en árboles jóvenes y se desvanecían, para ser reemplazados por otros árboles que disminuían y desaparecen a su vez. Y ahora los Lords que Bran había vislumbrado eran altos y duros, hombres severos en la piel y la cota de malla. Algunos llevaban las caras que recordaba de las estatuas en las criptas, pero se habían ido antes de que pudiera poner un nombre para ellos.

Entonces, mientras miraba, un hombre con barba obligó a un cautivo a ponerse de rodillas ante el árbol del corazón. Una mujer de pelo blanco, se dirigió hacia ellos flotando a través de hojas rojo oscuro, una hoz de bronce en la mano.

— No. — dijo Bran—. No, no.

Pero no le oía, no más que su padre. La mujer tomó el cautivo por el pelo, enganchó la ronda de la hoz de su garganta, y cortó. Y a través de la bruma de los siglos el niño roto sólo podía ver como los pies del hombre tamborileaban contra la tierra... pero a medida que su vida fluía de él en una marea roja, Brandon Stark pudo saborear la sangre.

35. JON

El sol había vuelto a salir hacia el medio día, después de siete días de cielos oscuros y neviscas. Algunos montones de nieve eran más altos que un hombre, pero los mayordomos habían estado paleando todo el día y los senderos estaban tan limpios como podían estarlo. El muro reflejaba una luz tenue, y cada grieta y hendidura relucía con un color azul pálido.

Doscientos metros más arriba, Jon Nieve estaba de pie mirando hacia el bosque encantado. Un viento del norte remolineaba a través de los árboles de abajo, haciendo volar finos penachos blancos de cristales de nieve desde las ramas más altas, como estandartes helados. A parte de eso nada se movía. «Ni un signo de vida». Aquello no era del todo tranquilizador. No era a los vivos a los que temía. Aún así…

«Ha salido el sol. La nieve ha cesado. Puede que pase otro mes antes de que volvamos a tener una ocasión tan buena. Podría pasar una estación».

–¿Ha reunido Emmet a sus reclutas?– preguntó a Edd el Penas – Vamos a necesitar una escolta. Diez exploradores, armados con vidriagón. Los quiero preparados para partir antes de una hora.

–Sí, mi señor. ¿Y al mando?

–Ese seré yo.

La boca de Edd objetó incluso más de lo habitual.

–Algunos podrían pensar que sería mejor si el lord comandante se quedara a salvo y calentito al sur del muro. No es que diga yo tal cosa, pero algunos podrían.

Jon Sonrió.

–Algunos no deberían decir eso en mi presencia.

Una repentina ráfaga de aire hizo que la capa de Edd ondeara ruidosamente.

–Mejor que bajemos, mi señor. Este viento nos va a tirar del muro, y yo nunca aprendí el arte de volar.

Bajaron en el montacargas. El viento era racheado, frío como el aliento del dragón de hielo en las historias que la vieja Tata le había contado cuando Jon era un niño. La pesada jaula se cimbreaba. De vez en cuando rozaba contra el Muro, arrancando pequeñas y cristalinas lluvias de hielo que destellaban a la luz mientras caían, como fragmentos de cristales rotos.

«Cristal», meditó Jon, «podría ser útil aquí. El Castillo Negro necesita sus propios invernaderos, como los de Invernalia. Podríamos cultivar verduras inclusos en pleno invierno». El mejor cristal provenía de Myr, pero un buen panel transparente valía su peso en especia, y el cristal verde y amarillo no funcionaría tan bien. «Lo que necesitamos es oro. Con dinero suficiente, podríamos comprar aprendices de soplador y

cristalero en Myr, traerlos al norte, y ofrecerles la libertad a cambio de que enseñaran su oficio a algunos de nuestros reclutas». Esa sería la forma de hacerlo. «Si tuviéramos el oro. Pero no lo tenemos».

En la base del Muro encontró a Fantasma rodando sobre un banco de nieve. Al gran huargo blanco parecía encantarle la nieve recién caída. Cuando vio a Jon se volvió a poner de pie y se sacudió.

–¿Va a ir contigo?, – preguntó Edd el Penas

–Sí.

–Un lobo listo. ¿Y yo?

–Tú no.

–Un jefe listo. Fantasma es la mejor elección. Yo ya no tengo los dientes como para morder a los salvajes.

–Si los dioses son generosos, no nos encontraremos con ningún salvaje. Me llevaré el caballo gris.

La noticia se extendió rápidamente por el Castillo Negro. Edd todavía estaba ensillando al gris cuando Bowen Marsh cruzó dando pisotones el patio para encararse con Jon en los establos.

–Mi señor, me gustaría que lo reconsiderarais. Los nuevos reclutas pueden hacer sus votos en el sept igualmente.

–El sept es el hogar de los nuevos dioses. Los antiguos dioses viven en el bosque, y aquellos que los honran pronuncian sus votos entre los arcianos. Lo sabes tan bien como yo.

–Satén viene de Antigua, y Arron y Emrick de las tierras del oeste. Los antiguos dioses no son sus dioses.

–Yo no les digo a los hombres a que dioses deben venerar. Fueron libres para escoger a los Siete o al Señor de la Luz de la mujer roja. En cambio escogieron los árboles, con todo el peligro que conlleva.

–Puede que el Plañidero aún este allí fuera, observando.

–La arboleda no está a más de dos horas a caballo, incluso con la nieve. Deberíamos estar de vuelta para medianoche.

–Demasiado tiempo. No es prudente.

– Imprudente – dijo Jon – pero necesario. Estos hombres están a punto de comprometer sus vidas con la Guardia de la Noche, uniéndose a una hermandad que se remonta de forma ininterrumpida a miles de años atrás. Los votos importan, y también estas

tradiciones. Nos mantienen unidos, altas cunas y bajas, jóvenes y viejos, plebeyos y nobles. Nos convierten en hermanos.

Dio una palmada a Marsh en el hombro. –Te prometo que regresaremos.

–Sí, mi señor – dijo el Lord Mayordomo, –¿pero será como hombres vivos o como cabezas en lanzas y con los ojos sacados? Regresareis en la oscuridad de la noche. Los bancos de nieve llegan hasta la cintura en algunos lugares. Veo que vais a llevar con vos hombres experimentados, eso es bueno, pero Jack Bulwer el Negro también conocía estos bosques. Incluso Benjen Stark, vuestro propio tío, él

–Yo tengo algo que ellos no tenían – Jon giró su cabeza y silbó –Fantasma, conmigo. – El huargo se sacudió la nieve del lomo y trotó al lado de Jon. Los exploradores se apartaron para dejarle pasar, aunque una yegua relinchó y se encabritó hasta que Rory dio un fuerte tirón de sus riendas. –El Muro es vuestro, Lord Bowen. – Cogió a su caballo por la brida y lo condujo hasta la puerta y el túnel de hielo que serpenteaba bajo el Muro.

Más allá del hielo, los árboles eran altos y silenciosos, acurrucados en sus gruesas capas blancas. Fantasma caminaba junto al caballo de Jon mientras los exploradores y los reclutas se ponían en formación, entonces se detuvo y olisqueó, su aliento se congelaba en el aire.

–¿Qué ocurre? – preguntó Jon. –¿Hay alguien ahí?

Los bosques estaban desiertos hasta donde alcanzaba a ver, pero eso no era muy lejos.

Fantasma se lanzó de un salto hacia los árboles, se deslizó entre dos pinos cubiertos de nieve, y desapareció entre una nube blanca.

–Quiere cazar, ¿pero el qué? – Jon no temía por el huargo más de lo que temía por cualquier salvaje que pudiera encontrar.

–Un lobo blanco en un bosque blanco, silencioso como una sombra. Nunca le verán llegar.

Sabía que no debía ir tras él. Fantasma regresaría cuando él quisiera y no antes. Jon espoleó a su caballo. Sus hombres le rodearon, las pezuñas de sus caballos rompían la costra helada y se hundían en la nieve mas blanda de abajo. Se dirigieron hacia los bosques, a un paso constante, mientras el Muro menguaba tras ellos.

Los pinos centinela llevaban gruesos abrigos blancos, y los carámbanos cubrían las desnudas ramas marrones de los árboles de hoja ancha. Jon envió a Tom Barleycorn por delante para explorar, aunque el camino hasta la arboleda blanca era transitado a menudo. Liddle el mayor y Luke de Longtown se metieron entre la maleza al este y al oeste. Escoltarían por los flancos a la columna para dar aviso de cualquiera que se les aproximara. Todos eran exploradores experimentados, armados con obsidiana y acero, y cuernos de guerra colgados de sus sillas de montar por si necesitaban pedir ayuda.

Los otros también eran buenos hombres. «Buenos hombres en la lucha, al menos, y leales a sus hermanos».

Jon no podía hablar por lo que podían haber sido antes de llegar al Muro, pero no dudaba de que la mayoría tenían pasados tan negros como sus capas. Aquí arriba, era la clase de hombres que quería guardándole las espaldas. Tenían las capuchas levantadas para protegerse de las dentelladas del viento, y algunos llevaban pañuelos para abrigarse el rostro, que ocultaban sus facciones. Aunque Jon los conocía. Cada nombre estaba grabado en su corazón. Aquellos eran sus hombres, sus hermanos.

Seis más cabalgaban con ellos—una mezcla de jóvenes y viejos, grandes y pequeños, curtidos y novatos. «Seis para pronunciar los votos». Caballo había nacido y se había criado en Villa Topo, Arron y Emrick venían de Isla Bella, Satén de los lupanares de Antigua al otro extremo de Poniente. Todos eran unos muchachos. Cueros y Jax eran hombres mayores, bien pasados los cuarenta, hijos del Bosque Encantado, con hijos y nietos propios. Eran dos de los sesenta y tres salvajes que habían seguido a Jon Nieve de vuelta al Muro el día en que hizo su petición, y hasta el momento los dos únicos en decidir que querían una capa negra. Hierro Emmett dijo que todos estaban preparados, o tan preparados como lo iban a llegar a estar nunca. Él, Jon y Bowen Marsh los habían evaluado a cada uno por turnos y asignado un puesto: Cueros, Jax y Emrick a los exploradores, Arron y Satén a los mayordomos. Había llegado el momento de que pronunciaran sus votos.

Hierro Emmett cabalgó hasta la cabeza de la columna, montado sobre el caballo más feo que Jon había visto nunca, una bestia peluda que parecía ser todo pelo y pezuñas.

–Se dice que hubo algún problema anoche en la Torre de la Ramera, – dijo el maestro de armas.

–La Torre de Hardin. – De los sesenta y tres que habían regresado con él de Villa Topo, diecinueve eran mujeres y chicas. Jon las había alojado en la misma torre abandonada en la que él había dormido una vez cuando era un recién llegado al Muro. Doce eran esposas guerreras, más que capaces de defenderse ellas y a las chicas más jóvenes de atenciones indeseadas por parte de los hermanos negros. Eran algunos de los hombres que habían rechazado los que habían dado a la Torre de Hardin su nuevo e incendiario nombre. Jon no iba a tolerar los escándalos.

–Tres borrachos estúpidos confundieron la torre con un burdel, eso es todo. Ahora están en las celdas de hielo, recapacitando sobre su error.

Hierro Emmett hizo una mueca.

–Los hombres son hombres, los votos son palabras y las palabras son vanas. Deberíais poner guardias para custodiar a las mujeres.

–¿Y quien custodiará a los guardias?

«No sabes nada, Jon Nieve». Aunque si había aprendido, y Ygritte había sido su profesora. Si él no pudo respetar sus propios votos, ¿Cómo podía esperar más de sus hermanos? Pero flirtear con mujeres salvajes entrañaba peligros. «Un hombre puede

poseer a una mujer, y un hombre puede poseer un cuchillo» le había dicho Ygritte en cierta ocasión, «pero ningún hombre puede poseer ambos a la vez». Bowen Marsh no estaba equivocado del todo. La Torre de Hardin era yesca esperando una chispa.

–Tengo la intención de abrir tres castillos más, – dijo Jon. – Lago Hondo, Fortaleza de Azabache y Túmulo Largo. Todos defendidos por el pueblo libre, bajo las órdenes de nuestros propios oficiales. En Túmulo Largo serán todo mujeres, a excepción del comandante y del mayordomo jefe. – Habría alguna confraternización, no le cabía duda, pero al menos las distancias eran lo suficientemente grandes como para ponerlo difícil.

–¿Y que pobre idiota conseguirá ese mando tan apetitoso?

–Estoy cabalgando a su lado.

La visión del horror y la satisfacción entremezclados que cruzaron el rostro de Hierro Emmett valió más que un saco de oro.

–¿Qué es lo que hecho para que me odiéis tanto, mi señor?

Jon se rió. –No tengas miedo, no estarás solo. Voy a asignar a Edd el Penas como tu segundo y mayordomo.

–Las esposas guerreras se pondrán muy contentas. También podríais otorgar un castillo a Magnar.

La sonrisa de Jon desapareció. – Podría si confiara en él. Sigorn me culpa por la muerte de su padre, me temo. Incluso peor, fue educado y entrenado para dar órdenes, no para aceptarlas. No confundas a los Thenns con el pueblo libre. Magnar significa señor en la lengua antigua, me han dicho, pero Styr era casi un dios para su pueblo, y su hijo es de su misma sangre. Yo no exijo a los hombres que se arrodillen, pero tienen que obedecer.

– Sí, mi señor, pero mejor sería que hicierais algo con Magnar. Tendréis problemas con los Thenns si los ignoráis.

«Los problemas son el destino del Lord comandante», Podría haber dicho Jon. Su visita a Villa Topo le estaba proporcionando muchos, y las mujeres eran el menor de ellos. Halleck estaba resultando ser tan cruel como había temido, y había algunos entre los hermanos negros cuyo odio por el pueblo libre estaba bien arraigado en los huesos. Uno de los seguidores de Halleck ya le había cortado la oreja a un constructor en el patio, y a lo mejor aquello era sólo una muestra del baño de sangre que estaba por llegar. Tenía que abrir pronto los viejos fuertes, para que pudiera enviar al hermano de Harma a la guarnición de Lago Hondo o de Fortaleza de Azabache. Aunque en aquel momento, ninguna de ellas estaba acondicionada para que pudieran residir personas, y Othell Yarwick y sus constructores aún estaban completamente ocupados tratando de restaurar el Fuerte de la Noche. Había noches en las que Jon se preguntaba si no habría cometido un gran error al evitar que Stannis masacrara a todos los salvajes. «No sé nada, Ygritte», pensó, «Y puede que jamás aprenda».

A media milla de la arboleda, los rojizos y alargados rayos de sol del otoño caían inclinados entre las ramas de los árboles sin hojas, tiñendo de rosa los montones de nieve. Los jinetes atravesaron un riachuelo helado, entre dos irregulares rocas con armadura de hielo, y luego siguieron un tortuoso sendero hacia el noroeste. Siempre que soplaba el viento, el aire se llenaba con nubes de nieve suelta que les picaban los ojos. Jon se tapó la boca y la nariz con su pañuelo y se levantó la capucha de la capa.

– Ya no estamos lejos, – les dijo a los hombres. Nadie respondió.

Jon olió a Tom Barleycorn incluso antes de verle. ¿O fue Fantasma el que le olió? Últimamente, Jon Nieve a veces sentía como si él y el lobo huargo fueran uno, incluso despierto. El gran lobo blanco apareció primero, sacudiéndose la nieve. Unos momentos después ahí estaba Tom.

– Salvajes, – le dijo a Jon, en voz baja. – En la arboleda.

Jon dio orden a los jinetes de detenerse. – ¿Cuántos?

–He contado nueve. Sin vigilantes. Algunos muertos, quizás, o durmiendo. La mayoría parecen mujeres. Un niño, pero también hay un gigante. El único que vi. Tienen un fuego encendido, el humo se eleva a través de los árboles. Estúpidos.

«Nueve, y yo tengo diecisiete». Aunque cuatro de los suyos eran novatos, y ninguno era un gigante.

Sin embargo Jon no tenía intención de retroceder hasta el Muro. «Si los salvajes siguen aún con vida, es posible que podamos traerlos con nosotros. Y si están muertos, bien… un cadáver o dos pueden ser de utilidad».

–Continuaremos a pie, – dijo, – dejándose caer ágilmente sobre el suelo helado. La nieve les llegaba a los tobillos. – Rory, Pate, quedaos junto a los caballos. – les habría asignado aquella tarea a los reclutas, pero pronto necesitarían mancharse las manos de sangre. Esta era una ocasión tan buena como cualquier otra.

–Dispersaos y formad una media luna. Quiero aproximarme a la arboleda desde tres flancos. Mantened a los hombres que están a vuestra derecha e izquierda a la vista, para que no se agranden los huecos. La nieve debería amortiguar nuestras pisadas. Habrá menos posibilidades de lucha si les pillamos por sorpresa.

Se estaba haciendo de noche rápidamente. Los rayos de sol ya se habían desvanecido cuando la última rodaja de sol se hundió bajo los bosques del oeste. Los montones de nieve rosa volvían a su color blanco, desapareciendo su color a medida que el mundo se oscurecía. El cielo del atardecer se había vuelto del gris desteñido de una vieja capa que hubiera sido lavada demasiadas veces, y las primeras tímidas estrellas estaban empezando a brillar.

Enfrente de él divisó un tronco blanco pálido que solo podía ser un arciano, coronado con una cabeza de hojas rojo oscuro. Jon alargó la mano y sacó a Garra de su vaina. Miró a derecha e izquierda, asintió a Satén y a Caballo, y los vio transmitir el mensaje a los demás hombres. Se apresuraron hacia la arboleda juntos, pateando a través de

montones de nieve vieja sin más sonido que el de su respiración. Fantasma corría junto a ellos, una sombra blanca al lado de Jon.

Los arcianos se levantaban formando un círculo en los bordes del claro. Había nueve, todos más o menos de la misma edad y tamaño. Cada uno tenía una cara tallada, y no había dos caras iguales. Algunas sonreían, algunas chillaban, y algunas le gritaban a él. A la luz del anochecer sus ojos parecían negros, pero durante el día tenían un color rojo sangre, sabía Jon «Ojos como los de los fantasmas».

El fuego en el centro de la arboleda era una cosa lastimosa, cenizas y brasas medio apagadas ardiendo lentamente y humeantes. Incluso así, tenía más vida que los salvajes acurrucados cerca de él. Sólo uno de ellos reaccionó cuando Jon salió de entre los arbustos. Era el niño, que empezó a sollozar, aferrado a la andrajosa capa de su madre. La mujer levantó los ojos y se quedó boquiabierta. Para entonces la arboleda estaba rodeada de exploradores, que avanzaban más allá de los árboles blancos como el hueso, mientras sus aceros destellaban en sus manos cubiertas con guantes negros, preparados para la matanza.

El gigante fue el último en percatarse de su presencia. Había estado durmiendo, hecho un ovillo junto al fuego, pero algo le despertó—el llanto del niño, el sonido de la nieve crujiendo bajo botas negras, una repentina falta de aliento. Cuando se despertó fue como si una gran roca cobrara vida. Se incorporó a una posición sentada con un resoplido, frotándose los ojos con unas manos tan grandes como jamones para quitarse la somnolencia … hasta que vio a Hierro Emmett, con su espada brillando en la mano. Rugiendo, se puso de pie de un salto, y una de aquellas manos enormes se cerró en torno a una maza y la levantó.

Fantasma respondió enseñando los dientes. Jon sujetó al lobo por la parte posterior del cuello.

– No queremos luchar. – Sus hombres podrían derribar al gigante, lo sabía, pero no sin pagar un precio. Una vez que se derramara la primera sangre, los salvajes se unirían a la refriega. La mayoría o todos morirían allí, y también algunos de sus propios hermanos. – Este es un lugar sagrado. Rendíos, y nosotros

El gigante rugió de nuevo, un sonido que agitó las hojas de los árboles, y chocó su maza contra el suelo. Su mango era una viga de roble nudoso de dos metros de largo, la cabeza una piedra tan grande como un molde de pan. El impacto hizo temblar el suelo. Algunos de los otros salvajes fueron gateando a buscar sus propias armas.

Jon Nieve estaba a punto de sacar a Garra cuando Cueros habló, desde el lado más alejado de la arboleda. Sus palabras sonaron bruscas y guturales, pero Jon escuchó su música y reconoció la lengua Antigua. Cueros habló durante mucho tiempo. Cuando terminó, el gigante respondió. Parecían gruñidos, intercalados con refunfuños, y Jon no podía entender ni una sola palabra. Pero Cueros señaló hacia los árboles y dijo algo más, y el gigante señaló hacia los árboles, rechinó los dientes, y arrojó su maza.
–Ya está, – dijo Cueros. – No quieren pelea.

–Bien hecho. ¿Qué les has dicho?

–Que también eran nuestros dioses. Que vinimos a rezar.

–Lo haremos. Envainad vuestras espadas, todos. No se derramará sangre aquí esta noche.

Nueve, había dicho Tom Barleycorn, y nueve había allí, pero dos estaban muertos y uno tan débil que podría estar muerto para el amanecer. Los seis que quedaban incluían una madre y su hijo, dos ancianos, un Thenn herido ataviado con bronce destrozado, uno del pueblo Pie de Cuerno, con sus pies desnudos tan congelados que Jon supo con una mirada que nunca volvería a caminar de nuevo. La mayoría no se conocían antes de llegar a la arboleda, se enteró después; cuando Stannis dispersó la horda de Mance Ryder, huyeron a los bosques para escapar de la carnicería, vagaron durante un tiempo, perdieron amigos y parientes por el frío y el hambre, y al final acabaron allí, demasiado débiles y exhaustos como para continuar.

–Los dioses están aquí, – dijo uno de los ancianos. –Este era tan buen lugar para morir como cualquier otro.

–El Muro está sólo a unas pocas horas al sur de aquí, – dijo Jon. – ¿Por qué no buscasteis refugio allí? Otros se rindieron. Incluso Mance.

Los salvajes intercambiaron miradas. Finalmente uno dijo, – Oímos historias. Que los cuervos quemaron a todos los que se rindieron.

–Incluso al propio Mance, – añadió la mujer.

«Melisandre» pensó Jon, «tú y tu dios rojo tenéis mucho por lo que rendir cuentas».

–Todos los que lo deseen son bienvenidos a regresar con nosotros. Hay comida y refugio en el Castillo Negro, y está el Muro para manteneros a salvo de las cosas que merodean por estos bosques. Tenéis mi palabra, nadie arderá.

–La palabra de un cuervo, – dijo la mujer, abrazando a su hijo con más fuerza, – ¿pero quien dice que la vas a mantener? ¿Quién eres tú?

–El Lord Comandante de la Guardia de la Noche, e hijo de Eddard Stark de Invernalia. – Jon se giró hacia Tom Barleycorn. – Que Rory y Pate traigan los caballos. No quiero permanecer en este sitio ni un momento más de lo necesario.

–Como digáis, mi señor.

Quedaba un asunto más antes de que pudieran partir: aquello por lo que habían venido. Hierro Emmett llamó a sus pupilos, y mientras el resto de la compañía miraba desde una respetuosa distancia, se arrodillaron frente a los arcianos. Para entonces ya se había esfumado la última luz del día; la única luz llegaba de las estrellas en lo alto y del débil resplandor rojo del fuego que agonizaba en el centro de la arboleda.

Con sus capuchas y sus gruesas capas negras, los seis podrían haber sido tallados de una sombra. Sus voces se alzaron juntas, pequeñas en la inmensidad de la noche.

–La noche se avecina, ahora empieza mi guardia, – dijeron, como miles habían dicho antes que ellos. La voz de Satén era dulce como una canción, la de Caballo ronca y vacilante. La de Arron un chirrido nervioso. – No terminará hasta el día de mi muerte.

«Que esas muertes tarden mucho tiempo en llegar». Jon Nieve hincó una rodilla en la nieve. «Dioses de mis padres, proteged a estos hombres. Y también a Arya, mi hermana pequeña, dondequiera que esté. Os lo pido, permitid que Mance la encuentre y que me la traiga sana y salva.».

–No tomaré esposa, no poseeré tierras, no engendraré hijos, – prometieron los reclutas, con voces que resonaron atrás en el tiempo a través de años y siglos. – No llevaré corona, no alcanzaré la gloria. Viviré y moriré en mi puesto.

«Dioses del bosque, concededme la fuerza para hacer lo mismo», rezó Jon Nieve en silencio. «Dadme la sabiduría para saber lo que hay que hacer y el coraje para hacerlo».

–Soy la espada en la oscuridad, – dijeron los seis, y a Jon le pareció como si sus voces estuvieran cambiando, haciéndose más fuertes, más seguras. – Soy el vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres.

«El escudo que defiende los reinos de los hombres». Fantasma restregó la nariz contra su hombro, y Jon le rodeo con un brazo. Podía oler los pantalones de montar sucios de Caballo, el dulce perfume con el que Satén se peinaba la barba, el rancio y penetrante olor del miedo, y el abrumador almizcle del gigante. Podía oír el latido de su propio corazón. Cuando miró a través de la arboleda a la mujer con su hijo, a los dos barbas grises, al hombre Pie de Cuerno con sus pies tullidos, todo lo que vio fueron hombres.

–Entrego mi vida y mi honor a la guardia de la noche, durante esta noche y todas las que estén por venir.

Jon fue el primero en ponerse de pie. – levantaos ahora como hombres de la Guardia de la Noche. – Le echó una mano a Caballo para ayudarle a levantarse.

Se estaba levantando viento. Era hora de irse.

El camino de vuelta llevó mucho más tiempo que el viaje hasta la arboleda. El ritmo del gigante era pesado, a pesar de la envergadura y el contorno de aquellas piernas, y se detenía durante una eternidad para derribar la nieve de las ramas bajas con su maza. La mujer montaba en el mismo caballo que Rory, su hijo con Tom Barleycorn, y los ancianos con Caballo y Satén. Sin embargo el Thenn tenía miedo a los caballos, y prefirió renquear a pesar de sus heridas. El hombre Pie de Cuerno no podía montar en una silla y tuvieron que atarlo a lomos de un caballo como un saco de grano; del mismo modo que a la vieja fea de cara pálida y con extremidades delgadas como un palo, a la que no fueron capaces de despertar.

Hicieron lo mismo con los dos cadáveres, para desconcierto de Hierro Emmett.

–Sólo nos retrasarán, mi señor, – le dijo a Jon. –Deberíamos despedazarlos y quemarlos.

– No. – dijo Jon. – Traedlos. Me serán de utilidad.

No tenían una luna que les guiara a casa, y sólo de vez en cuando un parche de estrellas. El mundo era blanco y negro e inmóvil. Era un largo, lento e interminable viaje. La nieve se adhería a sus botas y sus pantalones de montar, y el viento sacudía los pinos y hacía que sus capas chasquearan y se arremolinaran. Jon vislumbró al peregrino rojo en lo alto, vigilándolos a través de las ramas desnudas de grandes árboles mientras pasaban por debajo de ellos.

«El ladrón», lo llamaba el pueblo libre. La mejor época para robar una mujer era cuando el Ladrón estaba en la Doncella de la Luna, había afirmado siempre Ygritte. Nunca mencionó la mejor época para robar un gigante. «O dos hombres muertos».

Casi había amanecido antes de que volvieran a ver el Muro.

El cuerno de un centinela les dio la bienvenida mientras se aproximaban, sonando desde lo alto como el lamento de un enorme pájaro de garganta profunda, un solo toque largo que significaba exploradores regresando. Liddle el mayor descolgó su propio cuerno y respondió. En la puerta, tuvieron que esperar durante un rato hasta que Edd el Penas apareció para descorrer los cerrojos y quitar las barras de hierro. Cuando Edd vio al harapiento grupo de salvajes, frunció los labios y echó un largo vistazo al gigante.

–Puede que necesitemos algo de mantequilla para deslizar a ese a través del túnel, mi señor. ¿Mando a alguien a la despensa?

–Oh, creo que cabrá. Sin mantequilla.

Y cupo … a cuatro patas, gateando. «Un chico grande, este. Cuatro metros, por lo menos. Incluso más grande que Mag el Poderoso». Mag había muerto bajo ese mismo hielo, trabado en combate mortal con Donal Noye. «Un buen hombre. La Guardia ha perdido a demasiados buenos hombres». Jon llevó a Cueros aparte.

–Encárgate de él. Tú hablas su lengua. Asegúrate de que le den de comer y que le encuentran un lugar cálido junto al fuego. Quédate con él. Vigila que nadie le provoque.

–Sí. – Cueros vaciló. – Mi señor.

Jon envió a los salvajes supervivientes a que atendieran sus heridas y sus quemaduras por el frío. Algo de comida caliente y ropa cálida restablecería a la mayoría, esperaba, aunque era probable que el hombre Pie de Cuerno perdiera ambos pies. Hizo que encerraran los cadáveres en las celdas de hielo.

Clydas había ido y venido, notó Jon mientras colgaba su capa en el gancho junto a la puerta. Habían dejado una carta en la mesa de sus aposentos. «Guardaoriente o Torre Sombría», supuso en un primer vistazo. Pero la cera era dorada, no negra. El sello mostraba la cabeza de un venado dentro de un corazón en llamas. «Stannis». Jon rompió el sello de cera, desenrolló el trozo de pergamino y lo leyó. «La mano de un maestre, pero las palabras del rey».

Stannis había tomado Bosquespeso, y los clanes de la montaña se le habían unido. Flint, Norrey, Wull, Liddle, todos.

Y tuvimos otra ayuda, inesperada pero más que bienvenida, por parte de una hija de Isla del Oso. Alysane Mormont, a la que sus hombres llamaban La Osa, escondió combatientes en un grupo de balandras de pesca y cogió a los hombres de hierro desprevenidos cuando abandonaron la costa. Los barcos de Greyjoy han sido quemados o capturados, y sus tripulaciones han muerto o se han rendido. Por los capitanes, caballeros, guerreros notables, y otros de alta cuna pediremos un rescate o haremos otro uso de ellos, al resto pretendo ahorcarlos ...

La Guardia de la Noche había jurado no tomar parte en las disputas y conflictos del reino. Sin embargo, Jon Nieve no pudo evitar sentir una cierta satisfacción. Siguió leyendo.

... más norteños llegan a medida que se extiende la noticia de nuestra victoria. Pueblos de pescadores, jinetes libres, hombres de las colinas, arrendatarios de las profundidades del Bosque de los Lobos y aldeanos que abandonaron sus hogares a lo largo de la costa pedregosa para escapar de los hombres de hierro, supervivientes de la batalla frente a las puertas de Invernalia, hombres que una vez juraron lealtad a los Hornwoods, los Cerwyns, y los Tallharts. Somos cinco mil mientras escribo, y nuestro número aumenta día a día. Y nos ha llegado la noticia de que Roose Bolton avanza hacia Invernalia con todo su poder, para casar allí a su bastardo con tu medio hermana. No debemos permitir que restaure el castillo hasta su anterior estado. Marchamos contra él. Arnold Karstark y Mors Umber se unirán a nosotros. Rescataré a tu hermana si puedo, y encontraré un partido mejor para ella que Ramsay Nieve. Tú y tus hermanos debéis defender el Muro hasta que yo regrese.

Estaba firmada, por una mano diferente,

Escrita a la Luz del Señor, bajo el signo y sello de Stannis de la Casa Baratheon, el Primero de su nombre, rey de los Ándalos, el Rhoynar, y los Primeros Hombres, Señor de los Siete Reinos, y Protector del Reino.

En el momento en que soltó la carta, el pergamino volvió a enrollarse, como deseoso de proteger sus secretos. No estaba muy seguro en absoluto de cómo se sentía sobre lo que acababa de leer. Ya se habían librado batallas en Invernalia con anterioridad, pero nunca una sin un Stark en un bando o en el otro.

–El castillo es una cáscara, – dijo, – no es Invernalia, sino el fantasma de Invernalia. – Era doloroso sólo pensar en ello, y más aún decir las palabras en voz alta.
Y aún así…

Se preguntó a cuantos hombres traería el viejo Crowfood para la batalla, y cuantas espadas sería capaz de conjurar Arnolf Karstark. La mitad de los Umber estarían con Mataputas en el campo de batalla, luchando bajo el hombre desollado de Fuerte Terror, y la mayor parte de las fuerzas de ambas casas había ido hacia el sur con Robb, para no regresar jamás. Incluso en ruinas, Invernalia conferiría una considerable ventaja a cualquiera que la poseyera. Robert Baratheon se habría dado cuenta de inmediato y se

habría movido deprisa para asegurar el castillo, con las marchas forzadas y las cabalgadas a media noche por las que había sido famoso. ¿Sería su hermano tan audaz?

«Probablemente no». Stannis era un comandante reflexivo y su hueste estaba formada por un estofado a medio digerir de miembros de clan, caballeros sureños, hombres del rey y hombres de la reina, salteados con unos pocos señores norteños. «Debería avanzar rápidamente hacia Invernalia, o no hacerlo» pensó Jon. No era su cometido aconsejar al rey, pero…

Volvió a echar una mirada a la carta. «Rescataré a tu hermana si puedo». Un sentimiento sorpresivamente afectuoso de Stannis, aunque menoscabado por aquel final, el brutal «si puedo» y el adicional «y encontraré un partido mejor para ella que Ramsay Nieve». ¿Pero y si Arya no estaba allí para ser rescatada? ¿Y si las llamas de Melisandre habían dicho la verdad? ¿Pudo su hermana en verdad haber escapado de tales captores? ¿Cómo haría ella eso? «Arya fue siempre rápida y lista, pero al final es sólo un niña pequeña, y Roose Bolton no es de los que serían descuidados con un trofeo de tanto valor».

¿Y si Bolton nunca tuvo a su hermana? Aquella boda podía ser sólo un embuste para atraer a Stannis a una trampa. Eddard Stark nunca había tenido ninguna razón para quejarse del Señor de Fuerte Terror, hasta donde sabía Jon, pero aún así nunca había confiado en él, con su voz susurrante y sus pálidos, pálidos ojos.

«Una chica gris sobre un caballo moribundo, huyendo de su boda».

Por la fuerza de aquellas palabras había liberado a Mance Rayder y a seis esposas guerreras en el norte. – Jóvenes, y bonitas, – había dicho Mance. El rey que no arde proporcionó algunos nombres, y Edd el Penas había hecho el resto, trayéndolas clandestinamente desde Villa Topo. Ahora parecía una locura. Habría hecho mejor fulminando a Mance en el instante en que se dio a conocer. Jon tenía una cierta reticente admiración por el último Rey más Allá del Muro pero el hombre era un desertor y un cambiacapas. Confiaba aún menos en Melisandre. Y sin embargo de alguna manera allí estaba él, depositando sus esperanzas en ellos. «Todo para rescatar a mi hermana. Pero los hombres de la Guardia de la Noche no tienen hermanas».

Cuando Jon era un niño en Invernalia, su héroe había sido el Joven Dragón, el niño rey que había conquistado Dorne a la edad de catorce años. A pesar de su nacimiento bastardo, o quizás por él, Jon nieve había soñado con guiar a hombres hacia la gloria tal como había hecho el Rey Daeron, con hacerse mayor para convertirse en un conquistador. Ahora era un hombre adulto y el Muro era suyo, y sin embargo todo lo que tenia eran dudas. Parecía que ni siquiera podía conquistar estas.

36. DAENERYS

El hedor del campamento fue tan terrible que Dany hizo lo que pudo para no vomitar.

Ser Barristan arrugó su nariz, y dijo: –Su alteza no debería estar aquí, respirando este humor negro.

–Yo soy la sangre del dragón– le recordó Dany. –¿Alguna vez has visto a un dragón con meningitis?– Viserys a menudo había afirmado que los Targaryen no eran molestados por las pestilencias que afectaban a los hombres comunes, y hasta ahora ella podía afirmar que era cierto. Ella recordaba haber sentido frío, hambre y miedo, pero nunca enfermedad.

–Aun así– , dijo el viejo caballero, –me sentiría mejor si su alteza regresara a la ciudad.– Las paredes de ladrillo de muchos colores de Meereen estaban media milla atrás. –La maldita meningitis ha sido la perdición de todos los ejércitos desde la Edad del Amanecer. Déjenos a nosotros distribuir los alimentos, su alteza.

–La próxima mañana. Estoy aquí ahora. Lo quiero ver. – Puso los talones en Plata. Los otros trotaron tras ella. Jhogo montó delante de ella, Aggo y Rakharo justo detrás, largos látigos Dothraki en la mano para mantener alejados a los enfermos y moribundos. Ser Barristan estaba a su derecha, montado en un jamelgo gris. A su izquierda estaba Symon Stripeback de los Hermanos Libres y Marselen de los hombres de la Madre. Tres escuadras de soldados seguían de cerca a los capitanes, para proteger a los carros de comida. Todos a caballo, los Dothraki y las bestias de bronce y los libertos, que sólo estaban unidos por su aversión por este servicio.

Los Astapori tropezaban tras ellos en una procesión espantosa que crecía más con cada yarda que cruzaban. Algunos hablaban lenguas que ella no entendía. Otros iban más allá de hablar. Muchos levantaron sus manos a Dany, o se arrodillaban cuando Plata pasaba. "Madre", le decían, en los dialectos de Astapor, Lys, y la Antigua Volantis, en el gutural Dothraki y las sílabas líquidas de Qarth, incluso en la Lengua Común de Poniente. –Madre, por favor... madre, ayuda a mi hermana, ella está enferma... da de comer a mis niños... por favor, mi anciano padre... ayúdale... ayúdala... ayúdame...

«No tengo ninguna ayuda más para dar», pensó Dany desesperada. Los Astapori no tenían a donde ir. Miles estaban afuera de las gruesas paredes de Meereen -hombres, mujeres y niños, los ancianos y las niñas y los niños recién nacidos. Muchos estaban enfermos, la mayoría estaban muertos de hambre, y todos estaban condenados a morir. Daenerys no se atrevía a abrir sus puertas y dejarlos entra. Ella había tratado de hacer lo que pudiera por ellos. Ella les había enviado los curanderos, Gracias Azules y cantantes de hechizos y barberos-cirujanos, pero algunos de ellos habían enfermado también, y ninguna de sus artes había frenado el avance galopante de la meningitis que había llegado tras la yegua pálida. Separar los sanos de los enfermos había sido poco práctico también. Sus leales escudos habían tratado, separando los esposos de las esposas y los hijos de sus madres, aun cuando los Astapori lloraban y pateaban y arrojaban piedras. Unos días más tarde, los enfermos estaban muertos y los sanos estaban enfermos. Separar unos de otros no había logrado nada.

Incluso alimentarlos había sido difícil. Todos los días ella les enviaba lo que podía, pero

cada día había más de ellos y menos comida para darles. Se hacía más difícil encontrar jinetes dispuestos a entregar la comida también. Muchos de los hombres que había enviado al campamento habían sido atacados por la meningitis. Otros habían sido atacados en el camino de regreso a la ciudad. Ayer, un carro se había volcado y dos de sus soldados muertos, así que hoy la reina había decidido que iba a llevar la comida ella misma. Cada uno de sus asesores habían discutido fervientemente en contra esto, desde Reznak y Shavepate hasta Ser Barristan, pero Daenerys no cambió de idea. –No voy a darles la espalda –, dijo tercamente. –Una reina debe conocer los sufrimientos de su pueblo.

El sufrimiento era lo único que no falta. –Aquí es escaso un caballo o una mula, aunque muchos cabalgaron desde Astapor –, informó Marselen. –Se los han comido a todos, Su Alteza, junto con cada rata y perro carroñero que puedan atrapar. Ahora, algunos han empezado a comer a sus propios muertos.

–El hombre no debe comer la carne del hombre– dijo Aggo.

–Esto se sabe– , coincidió Rahkaro. –Serán maldecidos.

–Ellos están malditos de antes – dijo Symon Stripeback.

Los niños pequeños con los estómagos hinchados se perdían detrás de ellos, demasiado débiles o asustados para mendigar. Hombres demacrados, con los ojos hundidos en cuclillas en medio de arena y piedras, defecando sus vidas en ríos hediondos marrones y rojos. Muchos habían defecado donde ellos dormían ahora, demasiado débiles para arrastrarse a las zanjas que ella había mandado a cavar. Dos mujeres se peleaban por un hueso carbonizado. Cerca un niño de diez años estaba comiendo una rata. Comió con una sola mano, en la otra sostenía un palo puntiagudo para que nadie tratara de arrebatarle el premio. Muertos insepultos yacían por todas partes. Dany vio a un hombre tendido en el suelo bajo un manto negro, pero cuando ella pasó por delante su manto se disolvió en un millar de moscas. Mujeres esqueléticas sentadas en el suelo agarrándose a niños moribundos. Sus ojos la siguieron. Los que tenían fuerza la llamaban. –Madre... por favor, madre... bendita, Madre...

«Bendíceme», Dany pensó con amargura. «Su ciudad se ha ido a cenizas y huesos, su gente se está muriendo a su alrededor. No tengo ningún refugio para ti, no hay medicina, no hay esperanza. Sólo de pan duro y carne agusanada, queso duro, un poco de leche. Bendíceme, bendíceme».

¿Qué clase de madre no tiene leche para alimentar a sus hijos?

–Hay demasiados muertos – dijo Aggo. –Deben ser quemados.

–¿Quién los va a quemar?–, preguntó Ser Barristan. –La meningitis de sangre está por todas partes. Un centenar muere cada noche.

–No es bueno tocar a los muertos – , dijo Jhogo.

–Se sabe– , dijo Aggo y Rakharo, juntos.

–Puede que sea así– , dijo Dany, –pero esto debe ser hecho, de todos modos.– pensó un momento. –Los inmaculados no tienen miedo de los cadáveres. Voy a hablar con Gusano Gris.

–Su Alteza–, dijo Ser Barristan, –los inmaculados son sus mejores combatientes. No nos atrevamos a soltar esta plaga entre ellos. Deje que los Astapori entierren a sus muertos.

–Son demasiado débiles– , dijo Symon Stripeback.

Dany dijo: –Más alimentos podría hacerlos más fuertes.

Symon negó con la cabeza. –La comida no debe ser desperdiciada en moribundos, su Brillantez. No tenemos suficiente para alimentar a los vivos.

No estaba equivocado, ella lo sabía, pero eso no hizo las palabras más fáciles de escuchar. –Ya basta – decidió a la reina. –Vamos a darles de comer aquí.– Levantó una mano. Detrás de ella los vagones dieron un alto, y sus jinetes salieron alrededor de ellos, para persuadir los Astapori de robar los alimentos. Apenas habían empezado la presión comenzó a aumentar a su alrededor, y más y más de los afligidos llegaban cojeando y arrastrando los pies hacia los vagones. Los jinetes los sacaron. –Espera tu turno– gritaban. –No empujéis. Atrás. Quedaros atrás. Pan para todos. Esperad vuestro turno.

Dany sólo podía sentarse y mirar. –Ser– , le dijo a Barristan Selmy, –¿No hay más que podamos hacer? Usted tiene provisiones.

–Las provisiones para los soldados de Su Ilustrísima. Es muy posible que se necesiten para resistir un largo asedio. Los Cuervos de Tormenta y los segundos hijos pueden acosar a los hombres de Yunkai, pero no podemos esperar que ellos den la vuelta. Si su alteza me permitiera reunir un ejército...

–Si debe haber una batalla, yo preferiría pelearla tras de los muros de Meereen. Deja que los Yunkai'i traten de atormentar mis almenas.– La reina contempló la escena a su alrededor. –Si compartiéramos la comida igualmente...

–... Los Astapori comerían su porción en pocos días, y tendríamos mucha comida menos para el asedio.

Dany miró a través del campo, a las paredes de ladrillo de muchos colores de Meereen. El aire estaba lleno de moscas y llantos. –Los dioses han enviado esta pestilencia para volverme humilde. Tantos muertos... no los tendré a ellos comiendo cadáveres. –Llamó a Aggo más cerca. –Cabalga a las puertas y tráeme a Gusano Gris y cincuenta de sus inmaculados.

–Khaleesi. La sangre de tu sangre obedece.– Aggo tocó a su caballo con los talones y se alejó al galope.

Ser Barristan miraba con mal disimulado recelo. –Usted no debe quedarse aquí demasiado tiempo, Su Alteza. Los Astapori están siendo alimentados, como ha

ordenado. No hay más que podemos hacer por los pobres infelices. Hay que reparar de nuevo la ciudad

–Ve si lo deseas, ser. No te voy a detener. No voy a detener a cualquiera de ustedes. –Dany bajó del caballo. –No los puedo curar, pero les puedo demostrar que su madre los cuida.

Jhogo contuvo el aliento. – Khaleesi, no.– La campana en su trenza sonaba suave mientras desmontaba. –No debes estar más cerca. No dejes que te toquen! No!

Dany caminó derecho pasándolo. Había un hombre viejo en el suelo a pocos metros, gimiendo y mirando hacia el vientre gris de las nubes. Se arrodilló junto a él, arrugando la nariz por el olor, y echó hacia atrás el pelo gris sucio para sentir la frente. –Su carne se está quemando. Necesito agua para bañarlo. El agua de mar va a servir. Marselen, traerías algo para mí? Necesito aceite también, para la pira. ¿Quién me ayudará a quemar a los muertos?

En el tiempo en que Aggo regresó con Gusano gris y cincuenta de los inmaculados detrás de su caballo, Dany había puesto a todos ellos a ayudarla. Symon Stripeback y sus hombres estaban separando a los vivos de los muertos y apilando los cadáveres, mientras que Jhogo y Rakharo y sus Dothraki ayudaban a los que todavía podían caminar para ir hacia la costa para bañarse y lavar su ropa. Aggo miraba como si se hubieran vuelto locos, pero Gusano Gris se arrodilló junto a la reina y le dijo: –Uno sería de gran ayuda.

Antes del mediodía una docena de incendios estaban ardiendo. Columnas de grasiento humo negro se alzaban para teñir el cielo azul sin piedad. Las ropas de montar de Dany estaban manchadas de hollín cuando ella se retiró de las hogueras. –Adoración– , Gusano Gris dijo, –uno y sus hermanos piden permiso para bañarse en el mar de sal, cuando nuestro trabajo aquí esté hecho, así seremos purificados de acuerdo con las leyes de nuestra gran diosa.

La reina no sabía que los eunucos tenían una diosa propia. –¿Quién es esta diosa? Uno de los dioses de Ghis?

Gusano Gris parecía preocupado. –La diosa es llamada por muchos nombres. Ella es la Señora de las lanzas, la Novia de la batalla, la Madre de los Ejércitos, pero su verdadero nombre le pertenece sólo a estos pobres que han quemado sus partes masculinas sobre su altar. No se puede hablar de ella a los demás. Uno pide tu perdón.
–Como desees. Sí, se pueden bañar si ese es su deseo. Gracias por tu ayuda.

–Estos seres viven para servirle.

Cuando Daenerys regresó a su pirámide, dolorida en sus extremidades y enferma de corazón, encontró a Missandei leyendo algunos antiguos pergaminos, mientras que el Irri y Jhiqui discutían sobre Rakharo. –Estás muy flaca para él– , dijo Jhiqui. –Tú eres casi un niño. Rakharo encama niños. Esto se sabe. –Irri respondió de nuevo. –Se sabe que eres casi una vaca. Rakharo encama vacas.

–Rakharo es sangre de mi sangre. Su vida me pertenece a mí, no a vosotros– , dijo Dany a las dos. Rakharo había crecido casi la mitad de un pie durante su tiempo fuera de Meereen y volvió con los brazos y las piernas gruesas, con músculos y cuatro campanas en su cabello. Era mucho más alto que Aggo y Jhogo ahora, como sus doncellas habían notado. –ahora callaros. Necesito un baño– Nunca se había sentido más sucia. –Jhiqui, ayudame con esta ropa, luego tómalas y quémalas. Irri, dile a Qezza que encuentre algo ligero y fresco para vestir. El día fue muy caliente.

Un viento frío soplaba en su terraza. Dany lanzó un suspiro de placer mientras se deslizaba en las aguas de su piscina. A sus órdenes, Missandei se quitó la ropa y se metió detrás de ella. –Una escuchó los Astapori arañando las paredes la noche anterior– dijo la escriba cuando le estaba lavando la espalda a Dany.

Irri y Jhiqui intercambiaron una mirada. –Nadie estaba arañando– dijo Jhiqui. –arañando... ¿cómo podrían arañar?

–Con las manos– dijo Missandei. –Los ladrillos son viejos y se desmoronan. Ellos están tratando de cavar su camino a la ciudad.

–Esto les llevará muchos años– dijo el Irri. –Las paredes son muy gruesas. Esto se sabe.

–Esto se sabe– coincidió Jhiqui.

–Yo sueño con ellos también.– Dany tomó la mano de Missandei. –El campamento esta a una buena media milla de la ciudad, mi dulzura. Nadie estaba arañando las paredes .

–Su Alteza conoce mejor– dijo Missandei– ¿debo lavarle el pelo? Es casi la hora. Reznak mo Reznak y la Gracia Verde vienen a hablar

–Los preparativos de la boda– Dany se alzó con un chapoteo. –Casi me había olvidado– «Tal vez yo quería olvidar». –Y después de ellos, voy a comer con Hizdahr.– Suspiró. –Irri, trae el tokar verde, el sedoso con flecos de cordón Myriense.

–Ese está en reparación, Khaleesi. El cordón se rompió. El tokar azul ha sido limpiado.

–Azul, entonces. Ellos estarán complacidos.

Ella solo estaba medio equivocada. La sacerdotisa y el senescal estaban felices de verla vestida en un tokar, una señora Meerense adecuada por una vez, pero lo que realmente querían era que la desposase desnuda. Daenerys les escuchó, incrédulos. Cuando terminaron, dijo, –no tengo ningún deseo de ofender, pero yo no me presento desnuda ante la madre de Hizdahr y sus hermanas.

–Pero– dijo Reznak mo Reznak, parpadeando –pero usted debe, Su Señoría. Antes de un matrimonio es tradicional que las mujeres de la casa del hombre examinen el vientre de la novia y, ah... las partes femeninas. Para cerciorarse de que están bien formados y, ah...

–... Fértil– terminó Galazza Galare. –Un antiguo ritual, su resplandor. Tres Gracias estarán presentes para presenciar el examen y decir las oraciones adecuadas.

–Sí– dijo Reznak –y después hay un pastel especial. Un pastel para las mujeres, horneado solo para los compromisos. A los hombres no se les permite probarlo. Me han dicho que es delicioso. Mágico.

«Y si mi vientre está seco y mis partes femeninas malditas, hay una torta especial para eso también?» –Hizdahr zo Loraq puede inspeccionar mis partes de mujer después de la boda. –Khal Drogo no encontró ninguna falla en ello, ¿por qué él no? –Que su madre y sus hermanas se examinen unas a otras y compartan el pastel especial. Yo no lo comeré. Tampoco voy a lavar los pies del noble Hizdahr.

–Magnificencia, no entiende– protestó Reznak. –El lavatorio de los pies es santificado por la tradición. Significa que será esclava de su marido. El traje de la boda está lleno de significado también. La novia se viste de velo rojo oscuro sobre un tokar de seda blanca, bordeada de perlas bebé.

«La reina de los conejos no debe casarse sin sus orejas». –Todas esas perlas harán que traquetee al caminar.

–Las perlas simbolizan la fertilidad. Mientras más perlas su ilustrísima lleve, más saludables serán los niños que dé a luz

–¿Por qué querría un centenar de niños?– Dany volvió a la Gracia Verde. –Si nos casamos por los ritos de Poniente...

–Los dioses de Ghis no lo considerarán una verdadera unión– La cara de Galazza Galare estaba escondida detrás de un velo de seda verde. Sólo sus ojos se mostraban, verdes y sabios y tristes. –A los ojos de la ciudad sería la concubina del noble Hizdahr, no su legítima esposa. Sus hijos serían bastardos. Su Señoría debe casarse con Hizdahr en el templo de las Gracias, con toda la nobleza de Meereen a la mano para dar testimonio de su unión.

«Saca las cabezas de todas las casas nobles de sus pirámides con cualquier pretexto» había dicho Daario. «El lema del dragón era fuego y sangre». Dany empujó a un lado el pensamiento. Este no era digno de ella. –Como quieras– suspiró. –Me casaré con Hizdahr en el templo de las Gracias envuelta en un tokar blanco con perlas bebé. ¿Hay algo más?

–Una cuestión más pequeña, Su Señoría– dijo Reznak. –Para celebrar su boda, sería más adecuado si se permitiera que los pozos de la lucha abran una vez más. Sería su regalo de boda a Hizdahr y a tu gente amada, una señal de que había abrazado las formas antiguas y las costumbres de Meereen.

–Y más agradable a los dioses también– agregó la Gracia Verde con su voz suave y amable.

«Un precio que la novia paga en sangre». Daenerys estaba cansado de luchar esta batalla. Incluso Ser Barristan no creía que podía ganar. –Ningún gobernante puede hacer buena a la gente– le había dicho Selmy. –Baelor el Santo oró y ayunó y construyó los Siete un espléndido templo como ningún dios podría desear, pero no pudo poner fin a la guerra y la miseria– «Una reina debe escuchar a su pueblo», se recordó Dany. –

Después de la boda Hizdahr será el rey. Dejen que él vuelva a abrir los pozos de lucha, si lo desea. Yo no quiero ser parte de eso.– «Que la sangre esté en sus manos, no en las mías». Ella se levantó. –Si mi mar--ido quiere que le lave sus pies, primero tiene que lavar los míos. Voy a decírselo esta noche– Se preguntó cómo se tomaría su prometido esto.

Necesitaba no estar preocupada. Hizdahr zo Loraq llegó una hora después de la puesta del sol. Su propio tokar era burgundy, con una franja de oro y una orla de cuentas de oro. Dany le habló de su encuentro con Reznak y la Gracia Verde, cuando ella estaba sirviendo vino para él. –Estos rituales son vacíos– declaró Hizdahr: –justo el tipo de cosas que debemos dejar a un lado.

–Meereen ha sido sumergido en estas tontas tradiciones antiguas durante mucho tiempo

Él le besó la mano y dijo: –Daenerys, mi reina, con mucho gusto le lavaré de pies a cabeza si eso es lo que debo hacer para ser su rey y su consorte.

–Para ser mi rey y consorte, sólo tiene que traerme la paz. Skahaz me dice que tienes mensajes de la lejos.

–Los tengo– Hizdahr cruzó sus largas piernas. Parecía satisfecho de sí mismo. –Yunkai nos dará la paz, pero por un precio. La interrupción del comercio de esclavos ha causado un gran daño en todo el mundo civilizado. Yunkai y sus aliados requieren una indemnización de nosotros, a pagar en oro y piedras preciosas.

Oro y piedras preciosas era fácil. –¿Qué más?

–Los Yunkai'i reanudarán la esclavitud, como antes. Astapor será reconstruida como una ciudad de esclavos. Usted no va a interferir.

–Los Yunkai'i reanudaron la esclavitud antes de que yo estuviese a dos leguas de la ciudad. ¿Yo regresaría? El rey Cleon me rogó que me uniera a él en contra de ellos, y yo hice oídos sordos a sus súplicas. No quiero una guerra con Yunkai. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? ¿Qué promesas requieren?

–Ah, ahí está el cuerno en el arquero, mi reina– dijo Hizdahr zo Loraq. –Es triste decirlo, Yunkai no tiene fe en sus promesas. Siguen poniendo la misma frase en las harpas, acerca de algún enviado que tus dragones envolvieron en llamas.

–Sólo su tokar se quemó– dijo Dany con desprecio. –Sea como sea, ellos no confían en ti. Los hombres de la Nueva Ghis sienten lo mismo. Las palabras son el viento, como usted mismo ha dicho tantas veces. No hay palabras tuyas, que aseguren esta paz para Meereen. Tus enemigos requieren obras. Ellos deben vernos casados, y verme coronado como rey, para gobernar a tu lado.

Dany llenó su copa de vino de nuevo, sin desear nada tanto como ponerle el jarro en la cabeza y ahogar su sonrisa complaciente. –El matrimonio o la carnicería. Una boda o una guerra. Son mis opciones?

–Yo sólo veo una opción, su resplandor. Digamos nuestros votos ante los dioses de Ghis y hagamos una nueva Meereen juntos.

La reina estaba enmarcando su respuesta cuando escuchó unos pasos detrás de ella. *«La comida»,* pensó. Sus cocineros habían prometido servir la comida favorita de noble Hizdahr, perro en miel, relleno con ciruelas y pimientos. Pero cuando se volvió para mirar, era Ser Barristan, recién bañado y vestido de blanco, su espada larga a su lado. –Su Alteza– dijo, haciendo una reverencia, –Lamento molestar, pero yo pensé que le gustaría saber esto de una vez. Los Cuervos de Tormenta han vuelto a la ciudad, con palabras del enemigo. Los Yunkai están en marcha, tal y como nos temíamos.

Un destello de disgusto cruzó la cara noble de Hizdahr zo Loraq. –La reina está cenando. Estos mercenarios pueden esperar.

Ser Barristan no le hizo caso. –Le pedí a Lord Daario que hiciera su reporte a mí, como Su Alteza ordenó. Él se rió y dijo que lo podía escribir con su propia sangre, si Su Alteza le enviara a su pequeña escriba para que le enseñe como hacer letras.

–¿Sangre?– dijo Dany, horrorizada. –¿Es una broma? No, no, no me digas, tengo que verle yo misma. – Ella era una muchacha joven, y sola, y las jóvenes pueden cambiar de opinión. –Convoca a mis capitanes y comandantes. Hizdahr, sé que me vas a perdonar.

–Meereen debe ser lo primero– Sonrió Hizdahr cordialmente. –Vamos a tener otras noches. Mil noches.

–Ser Barristan te mostrará la salida– Dany salió a toda prisa, llamando a sus sirvientas. Ella no daría la bienvenida a su capitán en un tokar. Al final se probó una docena de vestidos antes de encontrar uno que le gustaba, pero ella rechazó la corona que le ofreció Jhiqui.

Cuando Daario Naharis hincó una rodilla ante ella, el corazón de Dany dio un vuelco. Su pelo estaba enmarañado con sangre seca, y en la sien un corte profundo brillaba rojo y crudo. Su manga derecha estaba ensangrentada casi hasta el codo. –¿Estás herido?– jadeó.

–¿Esto?– Tocó Daario su Sien. –Un ballestero trató de poner una saeta a través de mis ojos, pero la eludí. Yo iba de prisa a casa de mi reina, a disfrutar de la calidez de su sonrisa. –Sacudió la manga, salpicando gotas rojas. –Esta sangre no es mía. Uno de mis sargentos dijo que deberíamos ir con los Yunkai'i, por lo que alcancé su garganta y saqué su corazón. Quise traerlo ante usted como un regalo para mi reina plateada, pero cuatro de los Gatos me interrumpieron y volvieron gruñendo y escupiendo tras de mí. Uno casi me atrapa, por lo que le arrojé el corazón en la cara.

–Muy galante– dijo Ser Barristan, en un tono que sugirió que era cualquier cosa menos eso, –pero ¿tiene noticias para su Alteza?

–Noticias duras, Ser abuelo. Astapor se ha ido, y los mercaderes de esclavos están llegando al norte de la fuerza.

–Esta es una noticia vieja y rancia– gruñó el Shavepate. –Su madre dijo lo mismo de los besos de tu padre– respondió Daario. –Dulce Reina, yo he estado aquí antes, pero las montañas están calientes con mercenarios Yunkish. Cuatro compañias libres. Tus Cuervos de Tormenta tuvieron que abrirse camino a través de todos ellos. Hay más y peor. Los Yunkai'i están moviendo sus ejércitos hasta la carretera de la costa, junto con cuatro legiones de la Nueva Ghis. Tienen elefantes, unos cien, armados y protegidos. Lanzadores Tolosi también, y un cuerpo de camellería de Qarth. Dos legiones Ghiscari se embarcaron en Astapor. Si nuestros cautivos decían la verdad, desembarcarían más allá del Skahazadhan para separarnos del mar Dothraki.

Mientras él contaba su historia, de vez en cuando una gota de sangre de color rojo brillante rebotaba contra el suelo de mármol, y Dany hacía una mueca de dolor. –¿Cuántos hombres fueron asesinados?– preguntó cuándo terminó.

–¿De los nuestros? No paré para contar. Hemos ganado más de lo que perdimos, sin embargo.

–¿Más cambiacapas?

–Más hombres más valientes se unieron a su noble causa. A mi reina le van a gustar. Uno de ellos es un hachero de las Islas basilisco, un bruto, más grande que Belwas. Usted debe verlo. Algunos Ponientes también, una veintena o más. Desertores de los Arrastrados por el Viento, infelices con los Yunkai'i. Ellos serán buenos Cuervos de Tormenta.

–Si tú lo dices– Dany no objetó. Meereen pronto podría necesitar de cada espada. Ser Barristan frunció el ceño ante Daario. –Capitán, usted hizo mención de cuatro compañías libres. Sabemos de tres. Los Arrastrados por el viento, las lanzas largas, y la compañía del gato.

–Ser abuelo sabe contar. Los segundos hijos se han ido con los Yunkai'i–. Daario volvió la cabeza y escupió. –Eso es para Brown Ben Plumm. La próxima vez que vea su fea cara, lo abriré desde el cuello hasta la ingle y le arrancaré el corazón negro. Dany trató de hablar y no encontró las palabras. Ella recordaba la cara de Ben la última vez que la había visto. «Era un rostro cálido, un rostro en el que confiaba». Piel oscura y pelo negro, la nariz rota, las arrugas en las comisuras de sus ojos. Incluso los dragones se habían encariñado con el viejo Ben Brown, al que le gustaba jactarse de que tenía una gota de sangre de dragón en la suya. «Tres traiciones conocerás. Una por oro, otra por sangre y una más por amor». Era la traición de Plumm la tercera, o la segunda? ¿Y qué hacía esta con la de Ser Jorah, su viejo oso gruñón? Nunca tendría un amigo en el que podía confiar? «¿De qué sirven las profecías si no se puede dar sentido a ellas? Si me caso con Hizdahr antes de que salga el sol, todos estos ejércitos se desvanecerán como el rocío de la mañana y me dejarán gobernar en paz?»

El anuncio de Daario había provocado a un alboroto. Reznak se lamentaba, el Shavepate murmuraba oscuramente, sus jinetes de sangre juraron venganza. Belwas el fuerte golpeó su vientre marcado con el puño y juró comer el corazón de Brown Ben con ciruelas y cebollas. –Por favor– dijo Dany, pero sólo Missandei pareció oír. La reina se puso de pie. –¡Silencio! Ya he oído suficiente.

–Su Alteza– Ser Barristan hincó una rodilla. –Estamos a tus órdenes. ¿Qué quieres que hagamos?

–Continuar como habíamos planeado. Recoger comida, todo lo que se pueda.– «Si miro hacia atrás, estoy perdida». –Hay que cerrar las puertas y poner todos los hombre que puedan luchar en las paredes. Nadie entra, nadie sale.

La sala estuvo en silencio por un momento. Los hombres se miraron el uno al otro. Luego Reznak dijo: –y los Astapori qué?

Quiso gritar, rechinar los dientes y arrancarse la ropa y golpearse contra el suelo. En lugar de eso, dijo, –Cierra las puertas. ¿Harás que lo diga tres veces?– Ellos eran sus hijos, pero ella no los podía ayudar ahora. –Déjame. Daario, permanece. Ese corte debe ser lavado, y tengo más preguntas para ti.

Los otros se inclinaron y se fueron. Dany llevo a Daario Naharis por las escaleras a su dormitorio, donde Irri le lavó el corte con vinagre y Jhiqui lo envolvió en una sábana blanca. Cuando esto terminó, ella envió sus doncellas fuera también. –tus ropas están manchadas de sangre– dijo a Daario. –Quítatelas.

–Sólo si tú haces lo mismo. Le dio un beso.

Su pelo olía a sangre y humo y caballo, y su boca era dura y caliente en la suya. Dany temblaba en sus brazos. Cuando se separaron, ella dijo: –Pensé que serías el que me traicionaría. Una vez por sangre, una vez por oro y una vez por amor, me dijo la adivina. Pensé... Nunca pensé que Brown Ben. Incluso mis dragones parecían confiar en él.– Agarró a su capitán por los hombros. –Prométeme que nunca te volverás contra mí. Yo no podía soportar eso. Prométeme.

–Nunca, mi amor.

Ella le creyó. –Juré que me casaría con Hizdahr zo Loraq si me daba noventa días de paz, pero ahora... Yo te quise desde el primer momento que te vi, pero eras un mercenario, voluble y traicionero. Te jactabas de haber tenido cien mujeres.

–¿Cien?– Daario se rió entre dientes través de su barba de color púrpura. –Mentí, dulce reina. Fueron mil. Pero ni una sola vez un dragón.

Ella levantó los labios. –¿Qué estás esperando?

37. EL PRÍNCIPE DE INVERNALIA

La chimenea estaba llena de una ceniza negra y fría, la habitación solo estaba calentada por las velas. Cada vez que una puerta se abría sus llamas oscilaban y se estremecían. La novia también estaba temblando. La habían vestido con lana blanca adornada con encajes. Sus mangas y su corpiño tenían cosidas perlas de agua dulce, y en sus pies llevaba unas zapatillas blancas de piel de ante, bonitas, pero no cálidas. Su cara estaba pálida, sin sangre.

«Un rostro esculpido en hielo», pensó Theon Greyjoy mientras colocaba una capa de piel adornada sobre sus hombros. «Un cadáver enterrado en la nieve».

–Señora mía. Es la hora.

Al otro lado de la puerta, la música los llamó, laúdes, gaitas y tambores.

La novia alzó sus ojos. Ojos marrones, brillantes a la luz de los candelabros.

–Seré una buena esposa para él, y f-fiel. E… estaré encantada de darle hijos. Seré mejor esposa de lo que sería la verdadera Arya, ya lo verá.

«Habla así y acabarás muerta, o algo peor». Esa lección la había aprendido como Hediondo.

–Vos sois la verdadera Arya, mi señora. Arya de la Casa Stark, la hija de Lord Eddard, heredera de Invernalia – Su nombre, tenía que saber su nombre – Arya Entrelospiés. Vuestra hermana solía llamaros Arya Caracaballo.

–Fui yo la que se inventó ese nombre. Su cara era larga y de caballo. La mía no. Yo era guapa. – Lagrimas se derramaron desde sus ojos al final. – Nunca fui tan guapa como Sansa, pero todos decían que era guapa. ¿Lord Ramsay piensa que soy bonita?

–Sí, – mintió. – Eso me dijo.

–Él sabe quien soy, creo. Quien soy realmente. Lo puedo ver cuando me mira. Parece tan enfadado, incluso cuando sonríe, pero no es culpa mía. Dicen que le gusta hacer daño a la gente.

–Mi señora no debería escuchar tales… mentiras.

–Dicen que os hace daño. Vuestras manos, y …

Su boca estaba seca.

–Yo… yo me lo merecía. Lo hice enfadar. Vos no deberíais hacerlo enfadar. Lord Ramsay es un… un hombre dulce y bondadoso. Complázcalo, y será bueno con vos. Sea una buena esposa.

–Ayúdame. – Trató de agarrarse a él. – Por favor. Yo solía observaros en el patio, jugando con vuestra espada. Eras tan guapo. – Apretó su brazo. – Si huimos, podría ser vuestra esposa, vuestra puta… lo que quisierais. Vos podríais ser mi hombre.

Theon soltó su brazo con un tirón lejos de ella.

–Yo… yo no soy el hombre de nadie. – «Un hombre podría ayudarla». – Sólo sed Arya, sed su esposa. Complacedlo, y dejad de hablar sobre ser otra persona. – «Jeyne, se llama Jeyne, rima con dolor. La música se estaba haciendo cada vez más insistente. – Es la hora. Límpiese esas lágrimas de los ojos. – «Ojos marrones. Deberían ser grises. Alguien lo verá. Alguien lo recordará» – Bien. Ahora sonríe.

La chica lo intentó. Sus labios, temblando, se movieron nerviosamente hacia arriba y se congelaron, y pudo ver sus dientes. «Bonitos dientes blancos», pensó, «pero si lo enfada, no serán bonitos durante mucho tiempo». Cuando empujó la puerta abriéndola, tres o cuatro velas se agitaron apagándose. Guió a la novia hacia la neblina, donde los invitados a la boda estaban esperando.

–¿Por qué yo? – había preguntado él cuando Lady Dustin le dijo que debía entregar a la novia.

–Su padre y todos sus hermanos están muertos. Su madre pereció en los Gemelos. Sus tíos están perdidos o muertos o cautivos.

–A ella le queda un hermano. – «Seguía teniendo tres hermanos», podría haber dicho. – Jon Nieve está en la Guardia de la Noche.

–Un medio hermano, un bastardo, y ligado al muro. Vos erais el pupilo de su padre, la cosa más cercana a un pariente vivo que ella pueda tener. Solamente os corresponde a vos entregar su mano en matrimonio.

«La cosa más cercana a un pariente vivo que ella pueda tener». Theon Greyjoy se había criado con Arya Stark. Theon Greyjoy podría haber reconocido a una impostora. Si era visto aceptando a la falsa muchacha como Arya Stark, los señores del norte que se habían reunido para dar testimonio del enlace no tendrían motivos para cuestionar su legitimidad. El robusto y del color de la pizarra, "Mataputas" Umber, el pendenciero Ryswells, los hombres de Hornwood y los primos Cerywn, el gordo Lord Wyman Manderly… ninguno de ellos había conocido a la hija de Ned Stark tan bien como él. Y si alguno albergaba dudas particulares, seguramente sería suficientemente inteligente como para mantener esos recelos para si mismos.

«Me están usando para encubrir su engaño, poniendo mi propia cara a su mentira». Esa es la razón por la que Roose Bolton lo había investido como lord otra vez, para que jugara su parte en esta mascarada. Una vez que esté hecho, una vez que su falsa Arya se haya casado y acostado, Bolton no tendría más trabajo para Theon Cambiacapas.

–Sirvenos en esto, y cuando Stannis sea vencido hablaremos de la mejor forma de devolverte al asiento de tu padre, – su señoría había dicho esto en esa voz suave suya, una voz hecha para mentir y susurrar. Theon nunca creyó una sola palabra de ello. Habría bailado su danza para ellos porque no tenía más remedio, pero después… «Entonces me devolverá a Ramsay», pensó, «Y Ramsay se llevará algún dedo más y volveré a ser Hediondo una vez más». A menos que los dioses fueran benévolos, y Stannis Baratheon descienda sobre Invernalia y los pase a todos por la espada, él mismo incluido. Eso era lo mejor que podía esperar.

Se estaba más caliente en el bosque de dioses, cosa extraña de decir. Más allá de sus confines, una dura y blanca escarcha se había agarrado a Invernalia. Los caminos eran traicioneros con una capa de hielo en la superficie, y la escarcha relucía a la luz de la luna en los vidrios rotos de los Jardines de Cristal. Ventisqueros de nieve sucia se habían acumulado contra los muros, llenando cada recoveco y esquina. Algunos eran tan altos que escondían las puertas tras ellos. Bajo la nieve yacían cenizas grises y rescoldos, y en todas partes vigas ennegrecidas o montones de huesos adornados con restos de piel y cabello. Estalactitas tan largas como lanzas colgaban de las almenas y bordeaban las torres como las blancas y duras patillas de un hombre mayor. Pero dentro del bosque de dioses, la tierra continuaba descongelada, y subía vapor de las charcas de agua caliente, como el cálido aliento de un bebe.

La novia estaba vestida de blanco y gris, los colores que la verdadera Arya habría vestido si hubiera vivido lo suficiente como para casarse. Theon vestía de negro y oro, su capa atada a su hombro por un kraken de hierro ordinario que un herrero había unido a martillazos para él en Barrowton. Pero bajo la capucha, su pelo era blanco y fino, y su piel tenía el tono grisáceo de un viejo. «Un Stark al final», pensó. Cogida del brazo, la novia y él cruzaron la puerta de piedra en forma de arco, mientras volutas de niebla se agitaban alrededor de sus piernas. El tambor era tan trémulo como el corazón de una dama, las gaitas altas y dulces, dieron la señal para que se acercaran. Arriba sobre las copas de los arboles, una luna creciente flotaba en el cielo oscuro, medio oculta por la niebla, como un ojo tratando de mirar a través de un velo de seda.

Theon Greyjoy no era un extraño en este bosque de dioses. Había jugado aquí cuando era un niño, esquivando piedras de un lado a otro de la charca negra junto a la empalizada, escondiendo sus tesoros en el tronco de un roble anciano, acechando a las ardillas con un arco hecho por él mismo. Más tarde, mayor, había puesto en remojo sus moratones en las aguas termales tras muchas de las sesiones en el patio con Robb y Jory y Jon Nieve. Entre estas bellotas y olmos y pinos soldados había encontrado lugares secretos donde se podía esconder cuando quería estar a solas. La primera vez que había besado a una chica había sido aquí. Más tarde, una chica diferente lo había hecho un hombre sobre una colcha andrajosa a la sombra de aquel centinela gris verdoso.

Nunca había visto el bosque de dioses de aquella manera, pensó – gris y fantasmagórico, lleno de nieblas cálidas y luces flotantes y voces susurrantes que parecían venir de todos lados y de ninguno. Bajo los árboles, los manantiales echaban vapor. Vapores cálidos que se elevaban de la

tierra, rodeando los arboles con un aliento húmedo, trepando por los muros para dibujar cortinas grises a través de las ventanas vigilantes.

Había un camino vulgar, un sendero serpenteante de piedras agrietadas cubiertas de musgo, medio enterradas bajo suciedad y hojas caídas traídas por el viento y que raíces marrones que salían desde el suelo habían hecho más peligroso. Guió a la novia a lo largo de él. *Jeyne, su nombre es Jeyne, rima con dolor.* No debía pensar en eso, pensó. Si ese nombre pasara sus labios, podía costarle un dedo o una oreja. Caminó lentamente, dando cada paso con cuidado. Sus pulgares perdidos lo hacían cojear cuando iba con prisas, y eso no lo haría tropezar. Estropear la boda de Lord Ramsay por un paso en falso, y Lord Ramsay podría rectificar tal torpeza despellejando el pie ofensor.

Las nieblas eran tan densas que sólo eran visibles los arboles más cercanos; más allá de ellos se mantenían las sombras y las tenues luces. Las velas parpadeaban junto al camino errante y de nuevo entre los arboles luciérnagas flotaban en una cálida sopa gris. Parecía algún tipo de inframundo, un lugar intemporal entre mundos, donde los condenados vagaban tristemente por un tiempo antes de encontrar su camino a cualquier infierno cuyos pecados se hayan ganado. «¿Estamos muertos entonces? ¿Ha venido Stannis y nos ha matado mientras dormíamos? ¿Está todavía la batalla por venir, o hemos luchado y perdido?»

En todas partes una antorcha ardía con avidez, proyectando su brillo rojizo sobre las caras de los invitados a la boda. La manera en que las brumas devolvían la luz cambiante hacía que sus facciones parecieran bestiales, semi-humanas, retorcidas. Lord Stout se volvió un mastín, el viejo Lord Locke un buitre, Mataputas Umber una gárgola, Walder Frey “El Grande” un zorro, Walder Frey “El Pequeño” un toro rojo, a falta únicamente de un anillo en su nariz. La misma cara de Roose Bolton era una máscara de un gris pálido, con dos astillas de hielo sucio donde deberían estar sus ojos.

Sobre sus cabezas los arboles estaban a rebosar de cuervos, sus plumas sacudidas mientras se inclinaban en ramas marrones y desnudas, mirando la pompa de debajo. «Los pájaros del Maestre Luwin». Luwin estaba muerto y su torre del maestre había sido incendiada, pero los cuervos sobrevivieron. «Este es su hogar». Theon se preguntó cómo sería eso, tener un hogar.

Entonces las brumas se separaron, como una cortina abriéndose a un espectáculo de mascaras para revelar algún nuevo escenario. El árbol corazón apareció frente a él, sus huesudas ramas abiertas de par en par. Sobre el ancho y blanco tronco las hojas caídas en montones rojos y marrones. Aquí es donde estaba la mayor cantidad de los cuervos, murmurándose uno a otro en la lengua secreta de los asesinos. Ramsay Bolton se encontraba de pie bajo ellos, vestido con unas botas altas de un suave cuero gris y un jubón de terciopelo negro con rallas oblicuas de seda rosa y brillante con lágrimas granates. Una sonrisa bailó por su cara.

–¿Quién viene? – Sus labios estaban húmedos, su cuello rojo por encima del collar - ¿Quién viene ante dios?

Theon contestó.

–Arya de la Casa Stark viene aquí ser casada. Una mujer crecida y florecida, legítima y noble, viene para rogar por la bendición de los dioses. ¿Quién viene a reclamarla?

–Yo, – dijo Ramsay. – Ramsay de la Casa Bolton, señor de Hornwood, heredero de Fuerte Terror. La reclamo. ¿Quién la entrega?

–Theon de la Casa Greyjoy, quien fue el pupilo de su padre. – Se volvió hacia la novia. – Lady Arya, ¿tomareis a este hombre?

Ella levantó la vista hacia él. «Ojos marrones, no grises. ¿Son todos tan ciegos?» Durante un largo momento no habló, pero sus ojos estaban suplicando. «Esta es tu oportunidad», pensó. «Díselo. Díselo ahora. Grita tu nombre ante ellos, diles que no eres Arya Stark, deja que todo el norte escuche como te hicieron jugar este papel». Eso hubiera significado la muerte para ella, por supuesto, y la suya propia también, pero Ramsay en su enojo los habría matado rápidamente. Los viejos dioses del norte podrían haberles concedido aquella pequeña bendición.

–Tomo a este hombre, – dijo la novia en un susurro.

Las luces alrededor de ellos brillaron a través de las brumas, cientos de velas pálidas como estrellas moribundas. Theon dio un paso atrás, y Ramsay y su esposa unieron sus manos y se arrodillaron frente al árbol corazón inclinado sus cabezas como prueba de sumisión. Los rojos ojos tallados del arciano los miró fijamente, su gran boca abierta como si fuera a reírse. En las ramas por encima de ellos un cuervo graznó.

Tras un momento de silenciosa oración, el hombre y la mujer volvieron a levantarse. Ramsay deshizo la capa que Theon había deslizado sobre los hombros de la novia momentos antes, la pesada capa de lana blanca bordeada de piel gris, con el blasón del Huargo de la Casa Stark. En su lugar le abrochó una capa rosa, salpicada con granates rojos como los que llevaba en su jubón. En la espalda llevaba el hombre desollado de Fuerte Terror hecho con cuero rojo endurecido, tétrico y espeluznante.

Tan rápido que, ya estaba hecho. Las bodas eran más rápidas en el norte. Se debía a que no tenían sacerdotes, supuso Theon, pero cualquiera que fuera la razón le pareció una bendición. Ramsay Bolton alzó en brazos a su esposa y dando grandes zancadas atravesó las brumas con ella. Lord Bolton y su Lady Walda lo siguieron, después los demás. Los músicos comenzaron a tocar de nuevo, y el bardo Abel empezó a cantar “Dos Corazones que Laten Como Uno Sólo”. Dos de sus mujeres unieron sus voces a la suya propia para crear una dulce armonía.

Theon se encontró a si mismo preguntándose si debería hacer alguna plegaria. «¿Me oirán los antiguos dioses si lo hago?» No eran sus dioses, nunca lo habían sido. El era un nacido del hierro, un hijo de Pyke, su dios era el Dios Ahogado de las islas… pero Invernalia estaba a

muchísimas leguas del mar. Hacía casi una vida desde que algún dios lo había escuchado. No sabía quien era, o que era, porqué seguía vivo, porqué había siquiera nacido.

–Theon, – una voz pareció susurrarle.

Su cabeza voló. «¿Quién dijo eso?» Todo lo que podía ver eran los arboles y la niebla que los cubría. La voz había sido tan tenue como el crujido de las hojas, tan fría como el odio. «La voz de un dios, o un fantasma». ¿Cuántos murieron el día que tomó Invernalia? ¿Cuántos más el día que la perdió? «El día que Theon Greyjoy murió, para ser resucitado como Hediondo.Hediondo,Hediondo, rima con carcajada».

De repente no quería estar allí.

Una vez fuera del bosque de dioses el frío descendió sobre él como un lobo hambriento y lo capturó entre sus dientes. Agachó la cabeza contra el viento y se dirigió al Gran Salón, apresurándose tras la larga línea de velas y antorchas. El hielo crujía bajo sus botas, y una repentina ráfaga de aire echó hacia atrás su capucha, como si un fantasma le hubiera tirado de ella con sus dedos helados, deseoso de mirarle fijamente a la cara.

Invernalia estaba llena de fantasmas por Theon Greyjoy.

Este no era el castillo que recordaba del verano de su juventud. Este lugar era aterrador y estaba destrozado, más ruina que un reducto, una maldición de cuervos y cadáveres. El gran muro cortina doble se mantenía en pie, el granito no cedía tan fácilmente al fuego, pero la mayoría de las torres y torres el homenaje estaban sin suelos. Algunos se habían colapsado. Los techos de paja y madera de pino habían sido consumidos por el fuego, enteros o en parte, y bajo las vidrieras destrozadas del Jardín de Cristal las frutas y verduras que habrían alimentado al castillo durante el invierno estaban muertas, negras y congeladas. Las tiendas de campaña llenaban el patio, medio enterradas en la nieve. Roose Bolton había traído a sus invitados dentro de los muros, junto a sus amigos los Frey, miles apiñados entre las ruinas, hacinando cada patio, durmiendo en sótanos y bodegas y bajo torres sin techo, y en edificios abandonados durante siglos.

Penachos de humo gris serpenteaban desde las cocinas reconstruidas y del torreón de los barracones que habían vuelto a techar. Las almenas estaban coronadas de nieve y con estalactitas colgando. Todo el color había sido filtrado de Invernalia hasta que sólo quedaron el gris y el blanco. «Los colores de los Stark». Theon no sabía si debía encontrar aquello como un mal augurio o como algo tranquilizador. Incluso el cielo era gris. «Gris y gris y más gris. Todo el mundo es gris, donde quiera que mires, todo es gris excepto los ojos de la novia». Los ojos de la novia eran marrones. «Grandes, marrones y llenos de temor». No estaba bien que ella esperara de él que la rescatara. ¿Qué había estado pensando, que llamaría con un silbido un caballo alado y volaría con ella lejos de allí, como algún héroe de las historias que a ella y a Sansa les solían gustar? Ni siquiera era capaz de ayudarse a sí mismo. «Hediondo, Hediondo, rima con sumiso».

Por todo el patio, hombres muertos colgaban medio congelados al final de cuerdas de cáñamo, caras blancas hinchadas llenas de escarcha. Invernalia había estado plagada por invasores cuando la caravana de los Bolton llegó al castillo. Más de dos docenas habían sido conducidos a punta de lanza desde los nidos que habían hecho entre los torreones medio derruidos del castillo. Los más atrevidos y más agresivos habían sido colgados, al resto los pusieron a trabajar. Servid Bien, les dijo Lord Bolton, y sería piadoso. Había abundante piedra y madera con el Bosque de los Lobos tan a mano. Primero se habían levantado nuevas y robustas puertas, para reemplazar aquellas que habían sido quemadas. Despues el techo derrumbado del Gran Salón había sido despejado y se había elevado uno nuevo rápidamente en su lugar. Cuando el trabajo estuvo realizado, Lord Bolton colgó a los trabajadores. Fiel a su palabra, les mostró piedad y no despellejó a ninguno.

Por esa época, el resto del ejercito de Bolton había llegado. Izaron el ciervo y el león del Rey Tommen sobre los muros de Invernalia mientras el viento soplaba del norte, y bajo él el hombre desollado de Fuerte Terror. Theon llegó en el séquito de Barbrey Dustin, con su señora en persona, sus recaudadores de impuestos de Barrowton y la futura novia. Lady Dustin había insistido que ella debía tener la custodia de Lady Arya hasta que llegara el momento de que se casara, pero ahora ese momento había pasado. «Ella pertenece a Ramsay ahora. Dijo las palabras». Con este matrimonio Ramsay sería el Señor de Invernalia. Mientras que Jeyne tuviera cuidado de no enfadarlo, él no tendría porque hacerle daño. «Arya. Su nombre es Arya».

Incluso dentro de sus guantes forrados de piel, las manos de Theon empezaron a temblar de dolor con fuerza. A menudo sus manos le dolían muchìsimo, especialmente sus dedos perdidos. ¿Realmente había habido un tiempo en el que las mujeres anhelaban que las tocara? «Me convertí en el príncipe de Invernalia», pensó, «y de eso he llegado a esto». Él había pensado que los hombres cantarían sobre él durante cientos de años y contarían historias de su audacia. Pero si ahora alguien hablaba de él, sería de Theon el Cambiacapas, y las historias que contarían serían sobre su traición. «Este nunca fue mi hogar. Fui un rehén aquí». Lord Stark no lo había tratado cruelmente, pero la larga sombra de acero de su espadón había estado siempre entre ellos. «Él era amable conmigo, pero nunca cariñoso. Sabía que un día podría necesitar ejecutarme».

Theon mantuvo sus ojos con la mirada al suelo mientras cruzaba el patio, zigzagueando entre las carpas. «Aprendí a luchar en este patio», pensó, recordando los cálidos días de verano pasados entrenando con Robb y Jon Nieve bajo la mirada atenta del anciano Ser Rodrik. Eso fue cuando él estaba completo, cuando podía agarrar la empuñadura de una espada tan bien como cualquier otro hombre. Pero el patio también guardaba recuerdos más oscuros. Aquí fue donde había reunido a la gente de Stark la noche que Bran y Rickon huyeron del castillo. Ramsay era Hediondo entonces, de pie junto a él, susurrando que debía despellejar a unos cuantos de sus cautivos para que le dijeran a donde habían ido los niños. «No habrá despellejamientos aquí mientras yo sea el Príncipe de Invernalia», había respondido Theon, pequeños sueños como probaría lo corto de su reinado. «Ninguno de ellos me hubiera ayudado. Los conocía a todos ellos de media vida, y ni uno de ellos me hubiera ayudado». Aun así, había hecho lo que había podido por protegerlos, pero una vez que Ramsay hizo a un lado su faceta de Hediondo mató a

todos los hombres, y también a los hijos del hierro de Theon. «Le prendió fuego a mi caballo». Eso fue lo último que había visto el día que cayó el castillo: Sonriente ardiendo, las llamas saltando de su crin mientras se encabritaba, coceaba, relinchaba, sus ojos blancos por el terror. «Aquí en este mismo patio».

Las puertas de la Gran Sala surgieron en frente suya; recién fabricadas, para reemplazar las puertas que se quemaron, parecían burdas y feas a sus ojos, planchas de madera sin refinar unidas con prisas. Un par de lanceros las guardaban, encorvados y tiritando bajo gruesas capas de piel, sus barbas crujientes por el hielo. Miraron a Theon con resentimiento mientras subía los escalones cojeando, empujó la puerta derecha y se introdujo dentro.

La sala estaba benditamente cálida y brillante por las antorchas, tan atestado como nunca se había visto. Theon dejó que el calor lo inundara, entonces se dirigió hacia la parte frontal de la sala. Los hombres sentados embutidos rodilla con rodilla a lo largo de los bancos, tan apretadamente lleno que los sirvientes tenían que retorcerse entre ellos. Incluso los caballeros y los señores sobre la sal disfrutaban de menos espacio del habitual.

Arriba cerca de la tarima, Abel estaba punteando su laúd y cantando "Hermosas Damas de Verano." «Se llama a si mismo un bardo. Cuando realmente es más un rufián». Lord Manderly había traído músicos de Puerto Blanco, pero ninguno era cantante, así que Abel se presentó con un laúd y seis mujeres, se había hecho acoger con agrado. "Dos hermanas, dos hijas, una esposa y mi vieja madre," clamó el cantante, a pesar de que ninguna se le parecía. "Un poco de baile, un poco de cante, una toca la gaita y otra los tambores. Buenas lavanderas también."

Bardo o rufián, la voz de Abel era pasable, y su interpretación correcta. Aquí entre las ruinas, eso era más de lo que cualquiera podría esperar.

A lo largo de los muros colgaban los estandartes: Las cabezas de caballo de los Ryswells en oro marron, gris y negro; el gigante rugiente de la casa Umber; la mano de piedra de la Casa Flint o los Dedos de los Flints; el alce de los Hornwood y el Tritón de los Manderly; el hacha de batalla de los Cerwyn y los pinos de los Tallhart. Pero sus colores brillantes no podían cubrir enteramente los muros ennegrecidos tras ellos, ni los ásperos tableros que cerraban los agujeros donde una vez hubo ventanas. Incluso el tejado estaba mal, sus nuevas vigas sin refinar claras y brillantes, donde las antiguas habían estado manchadas casi negras por siglos de humo.

Los estandartes más grandes estaban detrás del estrado, donde el huargo de Invernalia y el hombre desollado de Fuerte Terror colgaban a espaldas de los novios. La visión del estandarte de los Stark golpeó a Theon más fuerte de lo que había esperado. «Mal, está mal, tan mal como sus ojos». Las armas de la casa Poole eran de un chapado azul sobre blanco, enmarcadas por un tesoro gris. Esas eran las armas que deberían haber colgado.

–Theon Cambiacapas, – dijo alguien cuando él pasaba. Otros hombres se apartaban cuando lo veían. Uno escupió. «¿Y por qué no?» Él era un traidor que había tomado Invernalia a traición,

asesinado a sus hermanos adoptivos, mandando a su propia gente para ser despellejada a Foso Cailin, y mandó a su hermana adoptiva a la cama de Lord Ramsay. Roose Bolton podría hacer uso de él, pero los verdaderos norteños lo despreciarían.

Los dedos desaparecidos de su pie izquierdo le habían dejado con un malhumorado y torpe modo de andar, cómico a la vista. Detrás de él, escuchó a una mujer reír. Incluso aquí en este cementerio medio congelado de un castillo rodeado por la nieve y la muerte, ahí había mujeres. *Lavanderas.* Esa era la forma educada de decir seguidora de campamento, la cual era la forma educada de decir puta.

De donde venían Theon no lo podía decir. Simplemente parecían aparecer, como gusanos en un cadáver o cuervos tras una batalla. Cada ejército las llevaba. Algunas eran putas endurecidas que podían follarse a veinte hombres en una noche y emborracharlos hasta dejarlos ciegos. Otras parecían tan inocentes como doncellas, pero eso era sólo un truco de su industria. Algunas eran novias de campamento, atadas a los soldados a los que seguían con palabras susurradas a un dios u otro pero condenadas a ser olvidadas una vez acabada la guerra. Podían calentar la cama de un hombre por la noche, arreglar los agujeros de sus botas por la mañana, cocinar su cena al llegar el anochecer, y saquear su cadáver tras la batalla. Algunas hacían algo de limpieza. Con ellas, muy a menudo, venían los hijos bastardos, desgraciadas y mugrientas criaturas nacidas en un campo de batalla u otro. Pues incluso las de esta calaña hacían burla de Theon Cambiacapas. «Déjalas que se rían». Su orgullo había muerto aquí en Invernalia; no había lugar para tales cosas en las mazmorras de Fuerte Terror. Cuando has conocido el beso del cuchillo de desollar, una risa pierde todo el poder para hacerte daño.

El nacimiento y la sangre le otorgaron un asiento sobre el estrado, al final de la gran mesa, junto al muro. A su izquierda estaba sentada Lady Dustin, vestida como nunca con lana negra, severa en el corte y sin adornos. A su derecha no había nadie sentado. «Todos temen que el deshonor pudiera pegárseles». Si se hubiera atrevido, se habría reído.

La novia tenía el lugar de más alto honor, entre Ramsay y su padre. Ella se sentaba mirando hacia el suelo mientras Roose Bolton les ofrecía brindar por Lady Arya.

–En su infancia nuestras dos antiguas casas se convertirán en una sola, – dijo, – y la larga enemistad entre los Stark y los Bolton acabará. – Su voz era tan suave que en la sala aumentó el silencio mientras los hombres se esforzaban por escuchar. – Siento que nuestro buen amigo Stannis no haya considerado conveniente unirse a nosotros todavía, – continuó, con una oleada de risas, – por lo que se Ramsay había esperado presentar su cabeza a Lady Arya como regalo de bodas. – las risas crecieron en intensidad. – Podríamos darle una espléndida bienvenida cuando llegue, una bienvenida digna de verdaderos norteños. Hasta ese día, comamos y bebamos y festejemos… por el invierno que está casi encima de nosotros, amigos míos, y muchos de los que estamos aquí no viviremos para ver la primavera.

El señor de Puerto Blanco había proporcionado la comida y la bebida, cerveza negra y amarilla y vinos rojos, dorados y púrpuras, traídos desde el cálido sur en barcos de gran calado y añejados en sus profundas bodegas. Los invitados de la boda se atiborraban de pasteles de bacalao y naranjada de invierno, montañas de colinabos y grandes ruedas de queso, de trozos humeantes de capón y costillas de ternera chamuscadas casi negras, y por último de tres grandes pasteles de bodas, tan anchos como ruedas de carro, su hojaldre relleno a reventar con zanahorias, cebollas, nabos, chirivías, setas, y trozos de cerdo sazonado nadando en una sabrosa salsa marrón. Ramsay cortó rebanadas con su espada y Wyman Manderly los sirvió en persona, presentando las primeras porciones humeantes a Roose Bolton y a su gorda esposa Frey, el siguiente a Ser Hosteen y Ser Aenys, los hijos de Walder Frey.

–El mejor pastel que nunca hayan probado jamás, mis señores, – declaró el gordo señor. – Regadlo con un dorado del Rejo y saboree cada bocado. Yo lo haría.

Fiel a su palabra, Manderly devoró seis porciones, dos de cada uno de los tres pasteles, relamiéndose y dándose cachetes en la barriga y dándose un atracón hasta que la parte delantera de su túnica estaba medio marrón con manchas de salsa y su barba estaba salpicada de migajas de hojaldre. Incluso la Gorda Walda Frey no podía competir con su glotonería, aunque se encargó de tres rebanadas ella sola. Ramsay comió con ganas también, aunque su pálida esposa no hacía más que mirar la porción colocada delante de ella. Cuando alzó la cabeza y miró a Theon, él podía ver el miedo detrás de sus grandes ojos marrones.

No se permitían espadas dentro del salón, pero todos los hombres allí portaban una daga, incluso Theon Greyjoy. ¿De qué otra forma cortarían la carne? Cada vez que miraba a la muchacha que había sido Jeyne Poole, sentía la presencia de ese acero a su lado. «No tengo forma de salvarla, pensó, pero podría matarla fácilmente. Nadie lo esperaría. Podría pedirle el honor de un baile y cortarle la garganta. Eso sería un detalle, ¿verdad? Y si los dioses antiguos oyen mi oración, Ramsay durante su enojo podría matarme también». Theon no tenía miedo a morir. En las profundidades de Fuerte Terror, había aprendido que había cosas mucho peores que la muerte. Ramsay le había enseñado esa lección, dedo a dedo, pulgar a pulgar, y eso no era algo que pudiera olvidar.

–No comes, – observó Lady Dustin.

–No. – Comer era difícil para él. Ramsay lo había dejado con tantos dientes rotos que masticar era una agonía. Beber era más fácil, a pesar de que tenía que agarrar la copa de vino con ambas manos para no derramarla.

–¿No probáis el pastel de cerdo, mi lord? El mejor pastel de cerdo que podáis probar nunca, nuestro gordo amigo ha querido hacernos creer. – hizo un gesto hacia Lord Manderly con su copa de vino. – ¿Has visto alguna vez a un hombre gordo tan feliz? Casi estaba bailando. Sirviendo con sus propias manos.

Era verdad. El señor de Puerto Blanco era la misma imagen del alegre hombre gordo, riendo y sonriendo, bromeando con los otros señores y dándoles palmadas en la espalda, llamando a los músicos para esta o aquella melodía.

–Brindadnos con "La Noche que Terminó", cantante, – gritó. – A la novia le gustará esa, lo sé. O cantadnos sobre el valiente Danny Flint y hacednos llorar. – Viéndolo, podrías haber pensado que él era el recién casado.

–Está borracho, – dijo Theon. – Ahogando sus miedos. Es un cobarde hasta la médula, ese.

¿Lo era? Theon no estaba tan seguro. Sus hijos habían estado gordos también, pero no se habían avergonzado a ellos mismo en la batalla.

–Los nacidos del hierro se atiborran antes de un combate también. El último gusto de la vida, la muerte debería esperar. Si viene Stannis…

–Lo hará. Debe hacerlo. – Rió entre dientes Lady Dustin. – Y cuando lo haga, el gordo se meará encima. Su hijo murió en la Boda Roja, pero está compartiendo su pan y sal con los Freys, los ha recibido bajo su techo, prometiéndole una de sus nietas. Incluso les sirve pastel. Los Manderly huyeron del sur una vez, perseguidos desde sus tierras y castillos por enemigos. La sangre ciertamente corre. Al gordo le encantaría matarnos a todos, no lo dudo, pero no tiene el estomago para hacerlo, con toda su circunferencia. Bajo esa carne sudorosa late un corazón cobarde y muerto de vergüenza como… bueno… el tuyo.

Su última palabra fue un latigazo, pero Theon no se atrevió a responder de ninguna forma. Cualquier insolencia le costaría la piel.

–Si mi señora cree que Lord Manderly quiere traicionarnos, a quien se lo tiene que decir es a Lord Bolton.

–¿Crees que Roose no lo sabe? Chico tonto. Míralo. Observa como mira a Manderly. Ningún plato llega a tocar los labios de Roose hasta que ve que Lord Wyman come de él primero. Ninguna copa de vino es bebida ni un sorbo hasta que ve a Manderly beber del mismo barril. Creo que estaría contento si el gordo intentara alguna traición. Eso lo entretendría. Roose no tiene sentimientos, ¿sabes? Esas sanguijuelas que le gustan tanto le chuparon todas las pasiones hace años. No ama, no odia, no tiene lamentaciones. Esto es un juego para él, ligeramente divertido. Algunos hombres cazan, algunos hacen cetrería, algunos juegan a los dados. Roose juega con hombres. Tu y yo, esos Frey, Lord Manderly, su nueva y regordeta mujer, incluso su bastardo, no somos otra cosa que sus juguetes. – Un sirviente estaba pasando cerca. Lady Dustin levantó su copa de vino y le dejó rellenarla, entonces le hizo un gesto para que hiciera lo mismo con la de Theon. – La verdad sea dicha, – dijo, – Lord Bolton aspira a más que a la mera señoría. ¿Porqué no Rey del Norte? Tywin Lannister está muerto, el Matarreyes está mutilado, el Enano se ha escapado. Los Lannisters son una fuerza agotada, y tú eras demasiado amable para

encargarte de los Starks. El viejo Walder Frey no pondrá objeciones a que su pequeña y gorda Walda se convierta en Reina. Puerto Blanco podría mostrarse problemático en el caso de que Lord Wyman sobreviviera a la batalla que se acerca… pero estoy bastante segura que no lo hará. No más que Stannis. Roose los eliminará a ambos, igual que se quitó de en medio al Joven Lobo. ¿Quién más queda?

–Vos, – dijo Theon. – Quedais Vos. La Señora de Barrowton, una Dustin por matrimonio, una Ryswell por nacimiento.

Eso la complació. Tomó un sorbo de vino, sus ojos oscuros centellearon y dijo.

–La viuda de Barrowton… y sí, si soy elegida sería una inconveniencia. Por supuesto, Roose ve eso también, así que tiene cuidado de mantenerme a gusto.

Habría dicho más, pero entonces vio a los maestres. Tres de ellos habían entrado juntos por la puerta del señor tras el entarimado – uno alto, uno regordete y otro muy joven, pero en sus túnicas y cadenas habían tres guisantes grises de una vaina negra. Antes de la guerra, Medrick le había servido a Lord Hornwood, a Rhodry Lord Cerwyn y al joven Henly Lord Slate. Roese Bolton los había traído a Invernalia para que se encargaran de los cuervos de Luwin, para que se pudiera volver a enviar y recibir mensajes desde aquí otra vez.

Mientras el Maestre Medrick se agachaba sobre su rodilla para susurrar en el oído de Bolton, la boca de Lady Dustin se retorció de disgusto.

–Si yo fuera la reina, la primera cosa que haría sería matar a todas esas ratas grises. Se escabullen por todos lados, viviendo a la sombra de los señores, gorjeándose unos a otros, susurrando en los oídos de sus maestros. ¿Pero quiénes son los maestros y quienes los sirvientes en realidad? Todo gran señor tiene su maestre, cada señor menor aspira a uno. Si no tienes maestre, se tiende a decir que eres de poca importancia. Las ratas grises leen y escriben nuestras cartas, incluso para aquellos señores que no pueden leer por sí mismos, y ¿quién pueden decir ciertamente que no están tergiversando las palabras para su propio beneficio? ¿Qué bien hacen ellos, te pregunto?

–Curan, – dijo Theon. Parecía que era lo que se esperaba de él.

–Curan, si. Nunca diré que no son útiles. Nos atienden cuando estamos enfermos y heridos, o afligidos por la enfermedad de un padre o un hijo. Siempre que somos más débiles y vulnerables, ahí están ellos. A veces nos curan, y estamos agradecidos como debe ser. Cuando fallan, nos consuelan en nuestro dolor, y estamos agradecidos por eso también. Aparte de nuestra gratitud les damos un lugar bajo nuestro techo y les hacemos conocedores de todas nuestras vergüenzas y secretos, una parte de cada consejo. Y antes de que pase demasiado tiempo, el gobernante se convierte en gobernado.

«Eso fue lo que pasó con Lord Rickard Stark. El Maestre Walys era el nombre de su rata gris. ¿Y no es ingenioso como los maestres pasan a tener sólo un nombre, incluso aquellos que tenían dos

cuando llegaron por primera vez a la Ciudadela? De esa forma no podemos saber quiénes son realmente o de donde vienen… pero si eres suficientemente tenaz, puedes descubrirlo. Antes de que forjara su cadena, el Maestre Walys había sido conocido como Walys Flores. Flores, Montaña, Rio, Nieve… damos tales nombres a los niños bastardos para marcarlos por lo que son, pero siempre son rápidos en despojarse de él. Walys Flores tenía una Hightower por madre… y un archimaestre de la ciudadela por padre, se rumoreaba. Las ratas grises no son tan castos como nos hacen creer. Los maestres de Antigua son los peores de todos. Una vez que forjó su cadena, su padre secreto y sus amigos no perdieron tiempo en enviarlo a Invernalia para llenar los oídos de Lord Rickard con venenosas palabras tan dulces como la miel. El matrimonio con los Tully fue idea suya, nunca lo dudes, él…»

Se interrumpió mientras Roose Bolton se levantaba, sus pálidos ojos brillaban a la luz de las antorchas.

–Amigos míos, – comenzó, y el silencio se extendió por la sala, tan profundo que Theon podía oír el viento tirando de los tablones de las ventanas. – Stannis y sus caballeros han dejado Bosquespeso, ondeando el estandarte de su nuevo dios rojo. Los clanes de las montañas del norte vienen con él en sus enanos y regordetes caballos. Si el tiempo aguanta, podrían estar encima de nosotros en una quincena. Y Carroña Umber marcha por el camino real, con los Karstaks aproximándose por el este. Intentan unirse a Lord Stannis aquí y arrebatarnos el castillo.

Ser Hosteen Frey presionó su pie.

–Deberíamos marchar para encontrarnos con él. ¿Por qué permitirles combinar sus fuerzas?

«Porque Arnolf Karstark sólo espera una señal de Lord Bolton antes de cambiar su capa»*,* pensó Theon, cuando otros señores empezaron a gritar consejos. Lord Bolton levantó sus manos para pedir silencio.

–El salón no es lugar para tales discusiones, señores míos. Permitirnos aplazarla al solárium mientras mi hijo consuma su matrimonio. El resto de ustedes, quédense y disfruten de la comida y la bebida.

Mientras el señor de Fuerte Terror se deslizaba fuera, acompañado de los tres maestres, otros señores y capitanes se levantaron para seguirle. Hother Umber, el viejo enjuto apodado Mataputas, fue con cara sombría y con el ceño fruncido. Lord Manderly estaba tan borracho que necesitó cuatro hombre fuertes para ayudarlo a salir del salón.

–Deberíamos hacer una canción sobre el canalla del cocinero.

Lady Dustin estuvo entre las últimas en moverse. Cuando se había ido, todos al fin el salón parecía sofocante. No fue hasta que Theon se obligó a ponerse en pie que se dio cuenta de cuanto había bebido. Cuando tropezó con la mesa, golpeó una jarra de las manos de una sirvienta. El vino salpicó todas sus botas y sus pantalones, una marea rojo oscuro.

Una mano agarró su hombro, cinco dedos duros como el hierro clavándose profundamente en su carne.

–Se te requiere Hediondo, – dijo Sour Alyn, su aliento nauseabundo a causa de sus dientes podridos. Polla Amarilla y Damon Baila-para-Mi estaban con él. – Ramsay dice que tú eres quien tiene que llevar a su esposa a la cama.

Un estremecimiento de temor lo atravesó. «He jugado mi parte», pensó. «¿Por qué yo?» Sabía que no debía poner pegas, pensó.

Lord Ramsay ya había dejado el salón. Su novia, abandonada y aparentemente olvidada, estaba sentada encorvada y en silencio bajo el estandarte de la Casa Stark, agarrando una copa de plata con ambas manos. Juzgando la forma en la que le miró cuando se aproximó a ella, había vaciado la copa más de una vez. Quizás esperaba que si bebía lo suficiente, la terrible experiencia la pasaría de largo. Theon lo sabía bien.

–Lady Arya, – dijo él. – Ven. Ha llegado la hora de cumplir con tu deber.

Seis de los niños del Bastardo los acompañaron mientras Theon guiaba a la muchacha por la parte trasera del salón y a través del patio helado hacía el Gran Torreón. Había que subir tres tramos de escaleras de piedra hasta los aposentos de Lord Ramsay, una de las habitaciones que habían sido tocadas por el fuego pero ligeramente. Mientras subían, Damon Baila-para-Mi silbó, mientras Skinner fanfarroneaba de que Lord Ramsay le había prometido un trozo de la sábana ensangrentada como símbolo de un favor especial.

El dormitorio había sido bien preparado para la consumación. Todos los muebles eran nuevos, traídos de Barrowton en el séquito del equipaje. La cama con dosel tenía un colchón de plumas y cortinas de terciopelo rojo sangre. El suelo de piedra había sido cubierto con pieles de lobo. Un fuego ardía en el hogar, una vela en la mesa al lado de la cama. En el aparador había una jarra de vino, dos copas y media rueda de queso blanco veteado.

Allí había una silla también, grabada de roble negro con un asiento de cuero rojo. Lord Ramsay estaba sentado en él cuando entraron. La saliva brillaba en sus labios.

–Ahí está mi dulce dama. Mis buenos amigos. Podéis dejarnos ahora. Tú no Hediondo. Tú te quedas.

«Hediondo, Hediondo rima con mirón». Podía sentir sus dedos perdidos dándole calambres: dos de su mano izquierda, uno de la derecha. Y en su cintura descansaba su daga, durmiendo en su vaina de cuero, pero pesada, oh tan pesada. «Sólo he perdido el meñique de mi mano derecha», se recordó Theon a sí mismo. «Sigo pudiendo agarrar un cuchillo».

- Mi señor. ¿Cómo puedo serviros?

–Tú me diste a la moza. ¿Quién mejor para desenvolver el regalo? Echémosle un ojo a la hija pequeña de Ned Stark.

«Ella no es pariente de Lord Eddard», estuvo a punto de decir Theon. «Ramsay lo sabe, tiene que saberlo. ¿Qué nuevo juego cruel es este?» La muchacha estaba de pie junto al poste de la cama, temblando como una cierva.

–Lady Arya, si os dais la vuelta, necesito desatar vuestro traje de novia.

–No. – Lord Ramsay apuró una copa de vino. – Los cordones tardan demasiado. Córtalos.

Theon desenvainó su daga. «Todo lo que necesito es volverme y apuñalarlo. El cuchillo está en mi mano». Para entonces él ya conocía el juego. «Otra trampa», se dijo a sí mismo, recordando a Kyra con sus llaves. «Quiere que intente matarle. Y cuando falle, me arrancará la piel de la mano con la que solía usar la espada». Agarró un puñado de la falda de la novia.

–Estese quieta, mi señora. – El traje de novia estaba holgado bajo la cintura, así que ahí fue por donde introdujo cuidadosamente la daga, deslizándola hacia arriba lentamente, para no cortarla a ella. El acero susurró a través de la lana y la seda con un débil y suave sonido. La muchacha estaba temblando. Theon tuvo que agarrarle el brazo para que se estuviera quieta. «Jeyne, Jeyne, rima con dolor». Le apretó, tanto como su mutilada mano le permitía. – Estese quieta.

Finalmente el vestido de novia cayó, una pálida maraña alrededor de sus pies.

–Su ropa interior también, – Ramsay ordenó. Hediondo obedeció.

Cuando estuvo hecho la novia estaba de pie y desnuda, sus mejores galas nupciales un montón de trapos blancos y grises a sus pies. Sus pechos eran pequeños y puntiagudos, sus caderas estrechas e infantiles, sus piernas tan delgadas como las de un pájaro. «Una niña». Theon había olvidado lo joven que era ella. «La edad de Sansa. Arya sería aún más pequeña«». A pesar del fuego en su corazón, en el dormitorio hacía frío. Jeyne tenía la pálida piel de gallina. Hubo un momento cuando alzó las manos, como si fuera a cubrir sus pechos, pero Theon le dijo son sus labios un silencioso *no* y ella lo vio y se detuvo de una vez.

–¿Qué piensas de ella, Hediondo? – preguntó Lord Ramsay.

–Ella… - «¿Qué respuesta quiere?» ¿Qué era lo que la muchacha le había dicho, antes en el bosque de dioses? «Todas decían que era bonita». Ella no era bonita ahora. Podía ver una telaraña de tenues y delgadas líneas por toda su espalda donde alguien la había azotado. – … ella es guapa, muy… muy guapa.

Una húmeda sonrisa apareció en el rostro de Ramsay.

–¿Hace que se te ponga la polla dura, Hediondo? ¿Te está presionando contra los cordones? ¿Te gustaría follártela primero? – Rio. – El Príncipe de Invernalia debería tener ese derecho, como

todos los señores hacían en los viejos tiempos. La primera noche. Pero tu no eres un señor, ¿verdad? Sólo Hediondo. Ni siquiera un hombre, la verdad sea dicha. – Tomó otro trago de vino, entonces lanzó la copa a través de la habitación que se hizo añicos contra un muro. Rios rojos corrieron sobre la piedra. – Lady Arya. Métase en la cama. Sí, contra las almohadas, eso es una buena esposa. Ahora abre las piernas. Veamos tu coño.

La muchacha obedeció, sin una palabra. Theon dio un paso atrás hacía la puerta. Lord Ramsay se sentó junto a su esposa, deslizó la mano por la parte interior del muslo, entonces clavó dos dedos dentro de ella. La chica dejó escapar un suspiro de dolor.

–Estás seca como un hueso viejo. – Ramsay liberó su mano y abofeteó su cara. – Me habían dicho que sabías como complacer a un hombre. ¿Era mentira?

–N-no, mi señor, fui a-adiestrada.

Ramsay se levantó, la luz del fuego brillaba en su cara.

–Hediondo, ven aquí. Prepárala para mí.

Por un momento no lo comprendió.

–Yo… quiere decir… mi señor, yo no… yo…

–Con tu boca, – dijo Lord Ramsay. – Y que sea rápido. Si no está mojada en el tiempo que me desnudo, te cortaré esa lengua tuya y la clavaré al muro.

En algún lugar del bosque de dioses, un cuervo graznó. La daga seguía en su mano.

La envainó.

«Hediondo, mi nombre es Hediondo, rima con débil». Hediondo se agachó para cumplir su tarea.

38. EL VIGILANTE

–Déjanos examinar su cabeza –ordenó su príncipe.

Areo Hotah recorrió con la mano el suave mango de su hacha, su esposa de ceniza y hierro, observando todo el rato. Vio al caballero blanco, Ser Balon Swann, y a los otros que habían venido con él. Vio a las Serpientes de Arena, cada una en una mesa diferente. Vio a los señores y a las damas, a los sirvientes, al viejo senescal ciego, y al joven maestre Myles, de barba sedosa y sonrisa servicial. Permanecía medio a la luz y medio a la sombra, y los veía a todos. «Servir. Proteger. Obedecer». Aquella era su tarea.

Los demás sólo tenían ojos para el cofre. Era de ébano tallado, con cierres y bisagras de plata. Una caja hermosa, sin duda, pero muchos de los congregados allí en el Viejo Palacio de Lanza del Sol podrían morir pronto, dependiendo de lo que hubiese en ese cofre.

El Maestre Caleotte cruzó la sala hacia Ser Balon Swann acompañado por el ruido de sus zapatillas. El hombrecillo rechoncho lucía espléndido con su nueva túnica, con anchas bandas pardas y de color calabaza y bandas estrechas en rojo. Haciendo una reverencia, cogió el cofre de manos del caballero blanco y lo llevó al estrado, donde Doran Martell estaba sentado en una silla de ruedas entre su hija Arianne y la amante de su hermano muerto, Ellaria. Un ciento de velas de olor perfumaban el aire. Las gemas brillaban en los dedos de los señores y en los corsés y redecillas del pelo de las damas. Areo Hotah había pulido su cota de malla de escamas de cobre hasta que éstas brillaron como espejos, para así verse reluciente también a la luz de las velas.

Se hizo el silencio en la sala. «Dorne aguanta la respiración». El Maestre Caleotte puso el cofre en el suelo al lado de la silla del príncipe Doran. Los dedos del maestre, por lo normal tan seguros y hábiles, se volvieron torpes mientras manipulaba el cerrojo y abría la tapa, hasta descubrir la calavera que había dentro. Hotah oyó cómo alguien carraspeaba. Uno de los gemelos Fowler le susurró algo al otro. Ellaria Arena había cerrado los ojos y murmuraba una oración.

Ser Balon Swann estaba tenso como la cuerda de un arco, observó el capitán de la guardia. Este nuevo caballero blanco no era tan alto ni tan atractivo como el otro, pero tenía el pecho más ancho, más corpulento y sus brazos anchos eran de puro músculo. Su capa blanca como la nieve se abrochaba en la garganta con un broche de plata con dos cisnes. Uno era de marfil y el otro de ónice, y a Areo Hotah le parecía como si los dos se estuviesen peleando. Su propietario también parecía un luchador. «Este no morirá tan fácilmente como el otro. No arremeterá contra mi hacha como lo hizo Ser Arys. Se quedará tras el escudo y me hará acercarme a mí». Si eso llegaba a pasar, Hotah estaría preparado. Su hacha estaba tan afilada que podía afeitarse con ella.

Se permitió una breve mirada al cofre. La calavera yacía en un lecho de fieltro negro, sonriendo. Todas las calaveras sonreían, pero esta parecía más feliz que cualquier otra. «Y más grande». El capitán de la guardia jamás había visto una calavera tan grande. Su frente era ancha y dura, y su mandíbula monstruosa. El hueso brillaba a la luz de las velas, blanco como la capa de Ser Balon.

–Ponla en el pedestal –ordenó el príncipe. Las lágrimas le brillaban en los ojos.

El pedestal era una columna de mármol negro tres pies más alta que el Maestre Caleotte. El maestre, pequeño y gordo, se irguió sobre los dedos de los pies pero aún así no alcanzaba. Areo Hotah estaba a punto de ir a ayudarle, pero Obara Arena se movió antes. Incluso sin el látigo y el escudo, tenía maneras masculinas. En lugar de un vestido, llevaba pantalones de hombre y una túnica de lino que le llegaba a media pierna, ceñida a la cintura con un cinturón de soles de cobre. Tenía el pelo marrón atado hacia atrás con un nudo. Arrebatando la calavera de las manos rosadas y blandas del maestre, la puso en la cima de la columna de mármol.

–La Montaña ya no cabalga –dijo el príncipe con gravedad.

–¿Fue su muerte larga y dura, Ser Balon? –preguntó Tyene Arena, en el mismo tono que una doncella usaría para preguntar si su vestido era bonito.

–Gritó durante días, mi señora –contestó el caballero blanco, aunque estaba claro que no le complacía lo más mínimo decirlo–. Se le podía oír en toda la Fortaleza Roja.

–¿Y eso le molesta, Ser? –preguntó Lady Nym. Llevaba un vestido de seda amarilla tan fino y ligero que la luz de las velas se filtraba a través de él y hacía brillar el oro hilado y las joyas que llevaba debajo. Su atuendo era tan poco modesto que al caballero blanco se le hacía incómodo mirarla, pero a Hotah le parecía bien. Nymeria era menos peligrosa cuando estaba casi desnuda. De otro modo, se encargaría de tener una docena de hojas afiladas escondidas entre la ropa.

–Ser Gregor fue un maldito bestia, en eso estamos todos de acuerdo. Si alguna vez un hombre mereció sufrir, ése fue él.

–Puede ser, mi señora –dijo Balon Swann-, pero Ser Gregor era un caballero, y un caballero debería morir con la espada en la mano. El veneno es una forma sucia y asquerosa de matar.

Lady Tyene sonrió al oírlo. Su vestido era de color crema y oro, con largas mangas de encaje, tan modesto e inocente que cualquier hombre que la mirase podría pensar que era la más casta de las doncellas. A Areo Hotah no lo engañaba. Sus manos suaves y pálidas eran tan mortíferas como las manos encallecidas de Obara, si no más. La observó con cuidado, alerta a cada movimiento de sus dedos.

El príncipe Doran frunció el ceño.

–Sí, Ser Balon, pero lady Nym tiene razón. Si alguna vez un hombre mereció morir gritando, ese es Gregor Clegane. Masacró a mi pobre hermana y aplastó la cabeza de su bebé contra una pared. Sólo rezo para que ahora se esté quemando en algún infierno, y Elia y sus niños estén en paz. Esta es la justicia que Dorne ansiaba. Me alegro de haber vivido lo suficiente para saborearla. Al final los Lannister han probado la verdad de sus alardes y han pagado su deuda de sangre.

El príncipe dejó a Ricazo, su senescal ciego, que alzase su copa y propusiese el brindis.

–Damas y caballeros, bebamos a la salud de Tommen, el Primero de su Nombre, Rey de los Ándalos, del Rhoynar y de los Primeros Hombres, y Señor de los Siete Reinos.

Los sirvientes se habían empezado a mover entre los invitados mientras el senescal hablaba, llenando las copas con las jarras que llevaban. El vino era uno fuerte de Dorne, oscuro como la sangre y dulce como la venganza. El capitán no bebió. Nunca bebía en las celebraciones. El príncipe tampoco bebió. Tenía su propio vino, preparado por el maestre Myles y bien condimentado con leche de amapola para aliviar la agonía que le suponían sus articulaciones hinchadas.

El caballero blanco bebió, pero sólo como cortesía. Sus compañeros, igual. Les imitaron la princesa Arianne, Lady Jordayne, el Señor de Godsgrace, el Caballero de Lemonwood, la Señora de Ghost Hill… incluso Ellaria Arena, la amante del príncipe Oberyn, que había estado con él en Desembarco del Rey cuando murió. Hotah tomó nota de aquellos que no bebieron. Ser Daemon Arena, Lord Tremond Gargalen, los gemelos Fowler, Dagos Manwoody, los Ullers de Hellholt y los Wyls de Sendahueso. «Si hay problemas, podrían empezar con uno de ellos». Dorne era una tierra enfadada y dividida, y la posición del príncipe Doran no era tan firme como debería ser. Muchos de sus propios señores le veían débil y les habría gustado hacerles la guerra a los Lannister y al niño rey del Trono de Hierro.

Las que más lo querían eran las Serpientes de Arena, las hijas bastardas del difunto hermano del príncipe, Oberyn, la Víbora Roja, tres de las cuales estaban en la fiesta. Doran Martell era el más sabio de los príncipes, y no era asunto del capitán de la guardia cuestionar sus decisiones, pero Areo Hotah se preguntaba por qué había elegido liberar a Obara, Nymeria y a Tyene de sus celdas solitarias en la Torre de la Lanza.

Tyene declinó el brindis de Ricazo con un susurro y Lady Nym con un suave movimiento de mano. Obara dejó que le llenasen la copa hasta el borde y luego le dio la vuelta hasta derramar todo el vino por el suelo. Cuando una sirvienta se arrodilló para limpiar el vino derramado, Obara salió de la sala. Tras un momento, la princesa Arianne se excusó y fue tras ella. «Obara nunca descargaría su rabia contra la pequeña princesa», sabía Hotah. «Son primas y la quiere mucho».

La fiesta continuó hasta altas horas de la noche, presidida desde el pilar de mármol negro por la calavera sonriente. Se sirvieron siete platos, en honor a los siete dioses y a los siete Hermanos de la Guardia Real. La sopa era de huevos y limones, y había pimientos largos y verdes rellenos de queso y cebollas. Había pastel de lamprea, capones glaseados con miel y un pez gato del fondo del Sangreverde que era tan grande que tuvieron que llevarlo a la mesa entre cuatro sirvientes. Después vino un sabroso estofado de serpiente, con trozos de siete tipos diferentes de serpientes cocidos a fuego lento con pimientos dragón y naranjas sanguinas, y un pellizco de veneno para hacerlo aún más sabroso. Hotah sabía que el guiso era muy picante aunque no lo había probado. A continuación sirvieron sorbete, para refrescar la lengua. A los postres se sirvió a cada invitado una calavera de algodón de azúcar. Al romper la capa exterior del algodón se encontraba crema dulce dentro, con trocitos de ciruela y cereza.

La princesa Arianne regresó a tiempo para los pimientos rellenos. «Mi princesita», pensó Hotah, pero Arianne era ya una mujer. Las sedas escarlata que vestía no dejaban

duda al respecto. Últimamente también había cambiado en otros aspectos. Su conspiración para coronar a Myrcella había sido descubierta y sofocada, su caballero blanco también había sufrido una muerte sangrienta a manos de Hotah y a ella la habían confinado en la Torre de la Lanza, condenada a la soledad y al silencio. Todo aquello la había castigado. Había otra cosa, además, algún secreto que su padre le había confiado antes de soltarla. Qué secreto era, el capitán no lo sabía.

El príncipe había situado a su hija entre él y el caballero blanco, un lugar de honor. Arianne sonrió al sentarse en su asiento de nuevo, y murmuró algo al oído de Ser Balon. El caballero eligió no responder. Hotah observó que el caballero comió poco: una cucharada de sopa, un mordisco a un pimiento y algo de pescado. Rechazó el pastel de lamprea y sólo probó una cucharadita del estofado, lo que hizo que su frente empezase a sudar. Hotah lo entendía. Cuando llegó por primera vez a Dorne, la comida picante hizo un nudo en sus intestinos y le quemó la lengua. Aquello había sido hacía años, de todos modos; ahora su pelo era blanco y podía comer cualquier cosa que comiese un dorniense.

Cuando las calaveras de algodón de azúcar se sirvieron, la boca de Ser Balon se tensó y se le quedó mirando al príncipe, para ver si se trataba de una burla. Doran Martell no se dio cuenta, pero su hija sí.

–Es una pequeña broma de la cocinera, Ser Balon –dijo Arianne-. Ni siquiera la muerte es sagrada para los dornienses. Espero que no estéis enfadado con nosotros –acarició el dorso de la mano del caballero blanco con sus dedos.– Espero que hayáis disfrutado del tiempo que habéis pasado en Dorne.

–Todo el mundo ha sido muy hospitalario, mi señora.

Arianne tocó el broche que cerraba su capa, el de los cisnes peleándose.

–Siempre me han gustado los cisnes. Ningún otro pájaro es la mitad de hermoso en esta parte de las Islas del Verano.

–No creo que vuestros pavos reales estén de acuerdo –dijo Ser Balon.

–Puede –dijo Arianne-, pero los pavos reales son criaturas vanidosas y orgullosas, que se pavonean con sus colores brillantes. Prefiero un cisne blanco, sereno, o uno negro, hermoso.

Ser Balon asintió con la cabeza y le dio un trago a su vino. «Este no es tan fácil de seducir como su Hermano Juramentado», pensó Hotah. «Ser Arys era un niño, a pesar de sus años. Este es un hombre, y es cauteloso». El capitán sólo tenía que mirarle para ver que el caballero blanco estaba intranquilo. «Este lugar le es extraño y muy poco de su gusto». Hotah podía entenderlo. Dorne también le había parecido a él un lugar extraño la primera vez llegó allí con su princesa, hacía muchos años. Los monjes barbudos se habían enseñado la Lengua Común de Poniente antes de enviarle allí, pero los dornienses hablaban demasiado rápido y no les entendía. Las mujeres dornienses eran libidinosas, el vino dorniense era agrio y la comida dorniense estaba llena de especias raras y picantes. El sol de Dorne era más caluroso que el sol pálido de Norvos y que brillaba intensamente desde el cielo azul día tras día.

El capitán sabía que el viaje de Ser Balon había sido más corto que el suyo, pero también más dificultoso. Tres caballeros, ocho escuderos, veinte hombres armados y diversos mozos de cuadras y sirvientes le habían acompañado desde Desembarco del Rey, pero una vez que cruzaron las montañas hacia Dorne, su avance se había ralentizado por una serie de fiestas, cacerías y celebraciones en cada castillo por el que habían pasado. Y ahora que había llegado a Lanza del Sol, ni la princesa Myrcella ni Ser Arys Oakheart habían ido a recibirle. «El caballero blanco sabe que pasa algo raro», Hotah estaba seguro, «pero es más que eso». Quizás la presencia de las Serpientes de Arena le crispaba los nervios. Si era así, el regreso de Obara al salón debió sentarle como vinagre en la herida. Obara había vuelto a su sitio sin una palabra, y se había sentado taciturna y con el ceño fruncido, sin sonreír ni hablar.

Se acercaba la medianoche cuando el príncipe Doran se volvió al caballero blanco y le dijo:

–Ser Balon, he leído la carta que me habéis traído de nuestra graciosa majestad. ¿Puedo suponer que estáis familiarizado con el contenido, ser?

Hotah vio al caballero ponerse tenso.

–Lo estoy, mi señor. Su Gracia me informó de que contaba conmigo para escoltar a su hija de vuelta a Desembarco del Rey. El rey Tommen echa de menos a su hermana y le gustaría que la princesa Myrcella volviese a la corte para una visita corta.

–Oh, pero nos hemos encariñado todos tanto con Myrcella, ser. Ella y mi hermano Trystane se han vuelto inseparables –la princesa Arianne puso cara triste.

–El príncipe Trystane también será bienvenido a Desembarco del Rey –dijo Balon Swann–. Al rey Tommen le gustaría conocerle, estoy seguro. Su Gracia tiene muy pocos compañeros de su misma edad.

–Los vínculos formados en la niñez pueden durar toda la vida –dijo el príncipe Doran-. Cuando Trystane y Myrcella se casen, él y Tommen serán como hermanos. La reina Cersei tiene razón. Los niños deberían conocerse, hacerse amigos. Dorne le echará de menos, seguro, pero ya es hora de que Trystane vea algo del mundo más allá de los muros de Lanza del Sol.

–Sé que Desembarco del Rey le dará una cálida bienvenida.

«¿Por qué está sudando ahora?», se preguntó el capitán. «El salón está fresco y ni siquiera probó el estofado».

–Con respecto al otro asunto que plantea la reina Cersei –estaba diciendo el príncipe Doran– es verdad. El asiento de Dorne en el pequeño consejo ha estado vacío desde la muerte de mi hermano, y ya es hora de que se llene de nuevo. Me halaga que Su Gracia crea que mi consejo le puede ser útil, aunque me pregunto si tendré la fuerza suficiente para hacer semejante viaje. Quizás si fuese por mar…

–¿En barco? –Ser Balon parecía desconcertado–. ¿Eso… sería seguro, mi príncipe? El otoño es una mala estación por las tormentas, o eso he oído, y… los piratas de los Peldaños de Piedra…

–Los piratas. Claro. Puede que tengas razón, Ser. Es más seguro volver por donde vos vinisteis –el príncipe Doran sonrió afablemente-. Hablemos de nuevo mañana. Cuando vayamos a los Jardines del Agua se lo diremos a Myrcella. Sé que estará encantada. Ella también echa de menos a su hermano, no lo dudo.

–Estoy ansioso por verla de nuevo –dijo Ser Balon-. Y por visitar vuestros Jardines del Agua. He oído que son muy hermosos.

–Hermosos y tranquilos –dijo el príncipe–. Brisas frescas, agua chispeante y la risa de los niños. Los Jardines del Agua son mi lugar favorito en este mundo, ser. Uno de mis ancestros los hizo construir para complacer a su prometida Targaryen y liberarla así del polvo y el calor de Lanza del Sol. Se llamaba *Daenerys*. Era hermana del rey Daeron el Bueno, y su matrimonio fue el que hizo a Dorne parte de los Siete Reinos. Todo el reino sabía que la chica amaba al hermano Daemon Fuegoscuro, el hermano bastardo de Daeron, y su amor era correspondido, pero el rey era lo suficientemente sabio como para ver que el bien de miles debía venir antes que el deseo de dos, aún cuando esos dos le eran queridos. Fue Daenerys la que llenó los jardines con niños riendo. Con sus propios hijos al principio, pero más tarde con los hijos e hijas de señores y caballeros con tierras que le traían para hacer compañía a los pequeños príncipes. Y un día de verano de sol abrasador, se apiadó de los niños de sus mozos de cuadras, de los cocineros y de los sirvientes y los invitó también a usar las fuentes y las piscinas, una tradición que ha perdurado hasta hoy –el príncipe se agarró a las ruedas de su silla y las empujó hasta salir de la mesa –Pero ahora debéis excusarme, ser. Toda esta charla me ha agotado y debo marcharme al amanecer. Obara, ¿serías tan amable de ayudarme a meterme en cama? Nymeria, Tyene, venid también, y ayudad a vuestro viejo tío a descansar.

Le tocó a Obara Arena empujar la silla de ruedas del príncipe por el pasillo desde el salón de fiestas de Lanza del Sol hasta su dormitorio. Areo Hotah y sus hermanas les seguían, junto con la princesa Areianne y Ellaria Arena. El Maestre Caleotte corrió tras ellos con zapatillas en los pies, acunando la calavera de la Montaña como si fuese un niño.

–No puedes pretender en serio mandar a Trystane y a Myrcella a Desembarco del Rey –dijo Obara mientras le empujaba. Sus zancadas eran largas y enfadadas, demasiado rápidas, y las grandes ruedas de madera de la silla crujían ruidosamente sobre los rugosos suelos de piedra –Haz eso y nunca volveremos a ver a la chica, y tu hijo pasará el resto de su vida como rehén del Trono de Hierro.

–¿Me tomas por tonto, Obara? –suspiró el príncipe –Hay mucho que no sabes, cosas que es mejor no discutir aquí, donde cualquiera puede oírnos. Si te aguantas la lengua, puede que te ilumine– dio un respingo de dolor –Más despacio, por el amor que me tienes. Ese último salto fue como un cuchillo clavándose en mi tobillo.

Obara aminoró el paso a la mitad.

–¿Qué harás, entonces?

Su hermana fue la que respondió.

–Lo que hace siempre –ronroneó– Retrasar, dificultar, traicionarse. Oh, nadie lo hace ni la mitad de bien que el valiente de nuestro tío.

–Os equivocáis –dijo la princesa Arianne.

–Callaos. Todas –ordeno el principe.

No fue hasta que las puertas de su habitación se cerraron tras ellos que se dio la vuelta para enfrentarse a las mujeres. Incluso aquel esfuerzo le dejó sin aliento, y la manta Myriense que cubría sus piernas se enredó en los radios de la rueda, así que tuvo que tirar de ella con fuerza para evitar que se rompiera. Bajo esa cubierta, sus piernas estaban pálidas, blandas, cadavéricas. Los dos tobillos estaban rojos e hinchados, y los dedos de los pies casi púrpura, del doble del tamaño que deberían ser. Areo Hotah los había visto mil veces y aún así le resultaba difícil mirarlos.

–Déjame ayudarte, padre –se adelantó la princesa Arianne.

El príncipe liberó la manta de un tirón.

–Todavía puedo gobernar mi propia manta. Por lo menos, eso –era poco consuelo. Sus piernas llevaban tres años siendo inútiles, pero todavía tenía fuerza en las manos y en los hombros.

–¿Le sirvo a mi príncipe un dedal de leche de amapola? –preguntó el Maestre Caleotte.

–Con este dolor necesitaría un caldero. Gracias, pero no. No quiero que se me nuble el juicio. No te necesitaré más esta noche.

–Muy bien, mi príncipe –el Maestre Caleotte hizo una reverencia, sujetando todavía la cabeza de Ser Gregor con sus manos blandas y rosadas.

–Yo cogeré eso –Obara Arena le quitó la calavera y la sostuvo a una distancia prudencial-. ¿Cómo era la Montaña? ¿Cómo sabemos que es él? Podían haber mandado su cabeza en brea. ¿Por qué nos mandan el hueso pelado?

–La brea habría arruinado la caja –sugirió Lady Nym, mientras el Maestre Caleotte se escabullía– Nadie vio morir a la Montaña, y nadie vio cómo le cortaban la cabeza. Eso me inquieta, lo confieso, pero ¿qué podría conseguir la zorra de la reina engañándonos? Si Gregor Clegane está vivo, antes o después la verdad saldrá a la luz. Medía ocho pies de alto, no hay otro como él en todo Poniente. Si alguien así vuelve a aparecer, Cersei Lannister quedará como una mentirosa delante de los Siete Reinos. Sería imbécil si corriese semejante riesgo. ¿Qué podría ganar?

–La calavera es lo suficientemente grande, no cabe duda –dijo el príncipe– Y sabemos que Oberyn hirió a Gregor gravemente. Cada informe que he recibido desde entonces asegura que Clegane murió lenta y dolorosamente.

–Exactamente lo que nuestro padre pretendía –dijo Tyene– Hermanas, de verdad, conozco el veneno que usó nuestro padre. Si su lanza llego a romper la piel de la Montaña, Clegane está muerto, no importa lo grande que fuese. Duda de tu hermana pequeña, si quieres, pero no dudes nunca de nuestro padre.

Obara se encrespó.

–Nunca he dudado ni dudaré –le dio un beso burlón a la calavera –Esto es el comienzo, lo garantizo.

–*¿El comienzo?* –dijo Ellaria, incrédula –Que los dioses no lo quieran. Pensaba que esto era el fin. Tywin Lannister está muerto. Igual que Robert Baratheon, Amory Lorch y ahora Gregor Clegane, todos los que tuvieron algo que ver en el asesinato de Elia y de sus niños. Incluso Joffrey, que aún no había nacido cuando Elia murió. Vi al chico morirse con mis propios ojos, agarrándose la garganta mientras intentaba respirar. ¿A quién más hay que matar? ¿Tienen que morir también Myrcella y Tommen para que los fantasmas de Rhaenys y Aegon puedan descansar? ¿Dónde termina esto?

–Termina en sangre, igual que empezó –dijo Lady Nym –Termina cuando Roca Casterly reviente y el sol pueda brillar sobre los gusanos y las babosas que hay dentro. Termina con la completa destrucción de Tywin Lannister y todas sus obras.

–El hombre murió a manos de su propio hijo –contestó Ellaria bruscamente-. ¿Qué más puedes desear?

–Desearía que hubiese muerto por *mi* mano –Lady Nym se acomodó en una silla, con la larga trenza cayéndole desde el hombro hasta el regazo. Tenía el mismo pico de viuda que su padre. Debajo, sus ojos eran grandes y brillantes. Sus labios rojos como el vino se curvaron en una sonrisa de seda-. Si hubiese sido así, su muerte no hubiese sido tan fácil.

–Ser Gregor parece solitario –dijo Tyene, con su dulce voz de septa –Estoy segura de que le gustaría tener compañía.

Las mejillas de Ellaria estaban húmedas por las lágrimas y los ojos oscuros le brillaban. «Incluso llorando tiene fuerza en su interior», pensó el capitán.

–Oberyn quería venganza por Elia. Ahora las tres queréis vengarle a él. Os recuerdo que tengo tres hijas. Vuestras hermanas. Mi Elia tiene catorce años, es casi una mujer. Obella tiene doce y está a punto de florecer. Os adoran, como Dorea y Loreza las adoran a ellas. Si vosotras morís, ¿deben vengaros El y Obella, y Dorea y Loreza a ellas si mueren? ¿Es así como funciona, en círculo, hasta el fin de los tiempos? Os pregunto de nuevo, *¿dónde termina?* –Ellaria Arena puso la mano sobre la cabeza de la Montaña –Vi a vuestro padre morir. Aquí está su asesino. ¿Puedo llevarme a la cama conmigo su calavera, para que me consuele de noche? ¿Me hará reír, me escribirá canciones, me cuidará cuando esté vieja y enferma?

–¿Y qué quieres que hagamos, mi señora? –preguntó Lady Nym –¿Qué dejemos nuestras lanzas y sonriamos, olvidando todo el mal que nos han hecho?

–La guerra llegará, queramos o no –dijo Obara-. Un niño rey se sienta en el Trono de Hierro. Lord Stannis está en el Muro y está uniendo norteños a su causa. Las dos reinas se pelean por Tommen como dos perras por un hueso jugoso. Los hombres de hierro han tomado The Shields y están invadiendo el Mander, en lo más profundo del Dominio, lo que significa que Altojardín también estará preocupado. Nuestros enemigos están dispersos. Es el momento oportuno.

–¿Oportuno para qué? ¿Para más calaveras? –Ellaria Arena se volvió hacia el príncipe-. No lo quieren ver. No puedo aguantarlo más.

–Vuelve con tus niñas, Ellaria –le dijo el príncipe-. Te juro que nadie les hará daño.

–Mi príncipe –Ellaria le besó en la frente y se marchó. Areo Hotah se entristeció al verla irse. «Es una buena mujer».

–Sé que quería mucho a nuestro padre, pero está claro que nunca le entendió –dijo Lady Nym una vez Ellaria se hubo ido.

El príncipe la miró con curiosidad.

–Ella le entendía más de lo que tú le hubieses entendido jamás, Nymeria. E hizo a tu padre feliz. Al final, un corazón gentil puede valer más que el orgullo o el valor. Incluso aquí, hay cosas que Ellaria no sabe y que no debería saber. Esta guerra ya ha empezado.

–Sí, nuestra dulce Arianne ya lo ha visto –Se rió Obara.

La princesa se sonrojó, y Hotah vio cómo un espasmo de rabia cruzaba la cara de su padre.

–Lo que hizo, lo hizo tanto por ella como por vosotras. Yo de vosotras no me reiría tan rápido.

–Eso era un cumplido –insistió Obara Arena-. Pospón, enturbia, tergiversa, disimula y retrasa todo lo que tú quieras, tío, Ser Balon todavía debe ver a la cara a Myrcella en los Jardines del Agua, y cuando lo haga se dará cuenta de que le falta una oreja. Y cuando la chica les diga cómo tu capitán rajó a Arys Oakheart del cuello a la ingle con su esposa de acero ésa que tiene, bueno…

–No –la princesa Arianne se levantó del cojín en el que se sentaba y puso la mano sobre el brazo de Hotah-. No fue así como sucedió, prima. A Ser Arys lo asesinó Gerold Dayne.

Las Serpientes de Arena se miraron las unas a las otras.

–¿Estrellaoscura?

–Estrellaoscura fue quien lo hizo –dijo princesa –También intentó matar a la princesa Myrcella, como ella misma le dirá a Ser Balon.

–Al menos esa parte es verdad –sonrió Nym.

–Es todo verdad –dijo el príncipe, dando un respingo de dolor. «¿Es la gota lo que le duele o la mentira?» –Y ahora Ser Gerold ha huído hacia High Hermitage, fuera de nuestro alcance.

–Estrellaoscura –murmuró Tyene, con una risita-. ¿Por qué no? Es todo culpa suya. ¿Pero Ser Balon se lo creerá?

–Sí, si se lo oye decir a Myrcella –insistió Arianne.

–Puede que mienta hoy y puede que mienta mañana, pero antes o después le dirá la verdad –bufó Obara, incrédula –Si permitimos que Ser Balon se lleve ese cuento a Desembarco del Rey, sonarán los tambores y correrá la sangre. No deberíamos dejar que se vaya.

–Podríamos matarlo para asegurarnos –dijo Tyene-, pero entonces tendríamos que matar también al resto de los que vinieron con él, incluso esos pobres escuderos jovencitos. Eso sería… oh, un lío.

El príncipe Doran cerró los ojos y los volvió a abrir. Hotah podía ver cómo le temblaban las piernas bajo la manta.

–Si no fueseis las hijas de mi hermano, os mandaría a las tres de vuelta a vuestras celdas y os dejaría allí hasta que vuestros huesos se pusieran grises. En vez de eso, os llevaré con nosotros a los Jardines del Agua. Hay lecciones que aprender allí, si sois lo suficientemente listas como para daros cuenta.

–¿Lecciones? –dijo Obara –Todo lo que allí he visto son niños desnudos.

–Sí –dijo el príncipe-. Le conté la historia a Ser Balon, pero no se la dije entera. Mientras los niños chapoteaban en las piscinas, Daenerys los vigilaba entre los naranjos, y se dio cuenta de una cosa. No podía distinguir a aquellos de alta cuna de los otros. Desnudos, todos eran niños. Todos inocentes, todos vulnerables, todos merecedores de una vida larga, de amor y de protección. «Ahí está tu reino», le dijo a su hijo y heredero, «recuérdales en todo lo que hagas». Mi propia madre me dijo esas mismas palabras a mí cuando fui lo suficientemente mayor como para dejar las piscinas. Es muy fácil para un príncipe llamar a las lanzas, pero al final son los niños los que pagan el precio. Por su bien, el príncipe inteligente no comenzará ninguna guerra sin una buena causa, ni tampoco ninguna guerra que no espere ganar. No estoy ciego ni sordo. Sé que todas creéis que estoy débil, asustado, impotente. Vuestro padre sabía la verdad. Oberyn fue siempre la víbora. Mortal, peligrosa, impredecible. Ningún hombre se atrevía a pisarla. Yo era la hierba. Agradable, complaciente, fragante, meciéndome con cada brisa. ¿Quién teme caminar sobre la hierba? Pero es la hierba la que oculta a la víbora de sus enemigos y la cobija hasta que ataca. Vuestro padre y yo trabajábamos más unidos de lo que sabéis… pero ahora está muerto. La pregunta es, ¿puedo confiar en que sus hijas me sirvan como lo hizo él?

Hotah las estudió una por una. Obara, de uñas oscuras y cuero hervido, de ojos muy juntos, enfadados, y pelo marrón como el de una rata. Nymeria, lánguida, elegante, de

piel olivácea, con el pelo atado en una trenza con hilo rojo y dorado. Tyene, rubia de ojos azules, una niña-mujer, de dulces manos y pequeñas sonrisas.

Tyene respondió por las tres.

–Es no hacer nada lo que es difícil, tío. Asígnanos una tarea y verás como somos todo lo leales y obedientes que cualquier príncipe podría esperar.

–Me alegro de oír eso –dijo el príncipe –pero las palabras son viento. Sois las hijas de mi hermano y os quiero, pero he aprendido que no puedo confiar en vosotras. Quiero vuestro juramento. ¿Juráis servirme, hacer lo que os ordene?

–Si así tiene que ser –dijo Lady Nym.

–Entonces júralo sobre la tumba de tu padre.

–Si no fueses mi tío… –la cara de Obara se oscureció.

–*Soy* tu tío. Y tu príncipe. Júralo o márcharte.

–Lo juro –dijo Tyene-. Sobre la tumba de mi padre.

–Lo juro –dijo Lady Nym-. Por Oberyn Martell, la Víbora Roja de Dorne, un hombre mejor que tú.

–Sí –dijo Obara-. Yo también. Por mi padre. Lo juro.

El príncipe se relajó un poco. Hotah le vio repantigarse en la silla. Tendió la mano y la princesa Arianne se puso a su lado para cogérsela.

–Díselo, padre.

El príncipe Doran inspiró profundamente.

–Dorne todavía tiene amigos en la corte. Amigos que nos dicen cosas que no se supone que debamos saber. La invitación que nos ha mandado Cersei es una trampa. Se supone que Trystane no debe llegar nunca a Desembarco del Rey. De regreso, en algún lugar del Bosque Real, la comitiva de Ser Balon será atacada por forajidos, y mi hijo morirá. Fui invitado a la corte sólo para que pudiese ser testigo del ataque con mis propios ojos y por consiguiente absolver a la reina de toda culpa. Oh, ¿y los forajidos? Se les oirá gritar "Mediohombre, Mediohombre" mientras atacan. Ser Balon incluso llegará a ver brevemente al Gnomo, aunque será el único que le vea.

Areo Hotah nunca hubiese creído posible sorprender a las Serpientes de Arena. Se equivocaba.

–Que los Siete tengan misericordia de nosotras –susurró Tyene-. *¿Trystane?* ¿Por qué?

–Esa mujer debe estar loca –dijo Obara-. Es sólo un niño.

–Es monstruoso –dijo Lady Nym-. No lo hubiese creído, no de un caballero de la Guardia Real.

–Han jurado obedecer, igual que mi capitán –dijo el príncipe-. También tenía mis dudas, pero todas habéis visto cómo Ser Balon empezó a poner pegas cuando sugerí que fuésemos por mar. Un barco habría fastidiado todos los planes de la reina.

–Devuélveme mi lanza, tío. Cersei nos mandó una cabeza. Deberíamos devolverle una bolsa llena de ellas –la cara de Obara estaba encendida.

El príncipe Doran levantó la mano. Sus nudillos estaban oscuros como cerezas y casi igual de grandes.

–Ser Balon es un invitado bajo mi techo. Ha comido de mi pan y de mi sal. No le haré daño. No. Viajaremos hasta los Jardines de Agua, donde oirá la historia de Myrcella y le enviará un cuervo a su reina. La chica le pedirá que vaya a por el hombre que la hirió. Si es el hombre que creo que es, Swann no se atreverá a decir que no. Obara, tú le llevarás a High Hermitage a desafiar a Estrellaoscura en su guarida. Dorne todavía no puede desafiar abiertamente al Trono de Hierro, así que debemos devolver a Myrcella a su madre, pero no la acompañaré. Esa tarea te corresponde a ti, Nymeria. A los Lannister no les gustará, igual que tampoco les gustó cuando les mandé a Oberyn, pero no se atreverán a rechazarte. Necesitamos tener voz en el Consejo y oídos en la corte. De todas formas, ten cuidado. Desembarco del Rey es un nido de serpientes.

–Por qué, tío, si me encantan las serpientes –sonrió Lady Nym.

–¿Y yo? –preguntó Tyene.

–Tu madre era una septa. Oberyn me dijo una vez que ella te leía en la cuna La Estrella de Siete Puntas. Te quiero también en Desembarco del Rey, pero en la otra punta. Las Espadas y las Estrellas se han reformado, y el nuevo Septón Supremo no es una marioneta como los anteriores. Intenta acercarte a él.

–¿Por qué no? El blanco me queda bien. Es tan… puro.

–Bien –dijo el príncipe –bien –dudó un momento –Si… si ciertas cosas llegan a suceder, os enviaré un mensaje. Las cosas pueden cambiar rápidamente en el juego de tronos.

–Sé que no nos fallaréis, primas –Arianne se acercó a cada una de ellas, les cogió las manos y las besó suavemente en los labios –Obara, siempre tan fiera. Nymeria, mi hermana. Tyene, cariño. Os quiero a todas. Que el sol de Dorne os acompañe.

–Nunca doblegado, nunca roto –dijeron juntas las Serpientes de Arena.

La princesa Arianne se quedó una vez se hubieron marchado sus primas. Areo Hotah también se quedó, como era su deber.

–Son las hijas de su padre –dijo el príncipe.

–Tres Oberyn con tetas –sonrió la pequeña princesa.

El príncipe Doran se rió. Hacía tanto tiempo desde la última vez que Hotah le oyó reír que casi se había olvidado de cómo sonaba su risa.

–Sigo diciendo que debería ser yo la que fuese a Desembarco del Rey, no Lady Nym –dijo Arianne.

–Es demasiado peligroso. Eres mi heredera, el futuro de Dorne. Tu lugar está a mi lado. Pronto te asignaré otra tarea.

–La última parte, lo del mensaje. ¿Has tenido noticias?

–De Lys –el príncipe Doran compartió con ella su sonrisa secreta –Una gran flota ha salido de allí. Barcos de Volantis principalmente, llevando un ejército. Nada sobre quiénes son o a dónde se pueden dirigir. Se habla de elefantes.

–¿Dragones no?

–Elefantes. Aunque es bastante fácil esconder un dragón joven en una bodega grande de un barco. Daenerys es más vulnerable en el mar. Si fuese ella, me escondería a mí misma, al igual que a mis intenciones, todo el tiempo que pudiese, para coger Desembarco del Rey desprevenido.

–¿Crees que Quentyn estará con ellos?

–Puede que sí o puede que no. Lo sabremos cuando desembarquen si es que Poniente es su destino. Quentyn la traerá navegando Sangreverde arriba si puede. Pero no conseguimos nada hablando de eso. Dame un beso. Salimos a los Jardines del Agua con la primera luz.

«Nos marcharemos a mediodía, entonces», pensó Hotah.

Más tarde, cuando Arianne se había ido, dejó su hacha y metió en cama al príncipe Doran.

–Hasta que la Montaña machacó el cráneo de mi hermano, ningún dorniense había muerto en esta guerra de los Cinco Reyes –murmuró suavemente el príncipe, mientras Hotah lo cubría con una manta –Dime, capitán, ¿esa es mi vergüenza o mi gloria?

–No me corresponde a mí decirlo, mi príncipe –«Servir. Proteger. Obedecer. Votos sencillos para gente sencilla». Aquello era lo único que sabía.

39. JON

Val esperaba junto a la puerta en el frío que precede al amanecer envuelta en una capa de piel de oso tan grande que Sam podría caber en ella. Junto a ella estaba un garron lanudo, gris y con un solo ojo blanco, ya ensillado y embridado. Mully y Edd el Penas permanecían de pie junto ella como un par de extraños guardias. Sus alientos se congelaban en el aire frío y negro.

–¿Le habéis dado un caballo ciego?– Dijo Jon incrédulo.

–Sólo es medio ciego, mi lord.– se disculpó Mully– por lo demás está en buenas condiciones– le dio una palmadita en el cuello al caballo.

–Puede que el caballo esté medio ciego, pero yo no– Dijo Val – Sé adónde debo ir.

–Mi lady, no tiene por qué hacer esto. El riesgo…

–Lo tomo yo. Lord Nieve. Y yo no soy ninguna dama sureña sino una mujer del Pueblo Libre. Conozco el bosque mejor que todos vuestros exploradores de capa negra. No tiene ningún misterio para mí.

«Espero que no». Jon contaba con ello, confiaba en que Val tendría éxito allí donde Jack "El negro" Bulwer y sus compañeros fracasaron. No tenía que temer nada del Pueblo Libre, al menos eso esperaba… pero ambos sabían muy bien que los salvajes no eran los únicos que aguardaban en el bosque.

–¿Tienes suficiente comida?

–Pan duro, queso duro, tartas de avena, bacalao seco, ternera curada, carne de oveja curada y un pellejo de vino dulce para quitarme toda esa sal de la boca. No moriré de hambre.

–Entonces es hora de partir.

–Te doy mi palabra, Lord Nieve, de que volveré, con Tormund o sin él– Val miró al cielo. La luna estaba medio llena. – Búscame el primer día de luna llena.

–Lo haré–. «No me falles», pensó, «o Stannis me cortará la cabeza». "¿Tengo tu palabra de que cuidarás de nuestra princesa personalmente?" le había preguntado el rey, y Jon le prometió que lo haría. «Val no es ninguna princesa», pensó. «Se lo he dicho cincuenta veces». Aunque sabía que ese pensamiento era un pobre intento de evasión, un triste trapo que envolvía su palabra herida. Su padre jamás lo habría aprobado. «Soy la espada que defiende a los reinos de los hombres», se recordó a sí mismo, «y al final, eso tiene que ser más valioso que el honor de un sólo hombre».

El pasadizo que se extendía bajo el muro estaba tan frío y oscuro como el vientre de un dragón de hielo y retorcido como una serpiente. Edd el Penas les guiaba con una antorcha en la mano. Mully llevaba consigo las llaves de las tres puertas, donde los barrotes negros y estrechos como el brazo de un hombre cerraban el paso del pasadizo. Los lanceros apostados en cada una de las puertas saludaron a Jon frotándose la frente con los nudillos, pero miraban abiertamente a Val y su jamelgo.

Cuando aparecieron al norte del muro a través de la puerta estrecha de madera verde tallada, la princesa salvaje se paró un momento para contemplar el campo donde el rey Stannis había ganado la batalla. Más allá, el bosque encantado esperaba, oscuro y silencioso. La luz de la media luna hacia que el cabello rubio–miel de Val pareciera plateado y sus mejillas blancas como la nieve. Respiró hondo

–El aire tiene un sabor dulce.

–Tengo la lengua demasiado entumecida como para notarlo. Sólo puedo sentir el sabor del frío.

–¿Frío?– Val rió levemente.– No, cuando haga frío te dolerá respirar. Cuando los Otros vengan…

Ése era un pensamiento que le inquietaba. Seis de los exploradores que Jon había enviado seguían desaparecidos. «Es demasiado pronto, puede que ya estén de vuelta». Pero otra parte de él insistía. «Están muertos, cada uno de ellos. Los mandaste allí a morir, y estás haciendo lo mismo con Val».

–Dile a Tormund lo que te he dicho.

–Puede que no necesite tus palabras, pero las oirá.– Val le besó ligeramente en la mejilla.– Tienes mi agradecimiento, Lord Nieve. Por el caballo medio ciego, el bacalao seco, el aire fresco. Y por la esperanza.

Sus alientos se mezclaron formando una niebla blanca en el aire. Jon Nieve retrocedió y dijo: – El único agradecimiento que quiero es….

–Tormund Matagigantes, sí– Val se puso la capucha de piel de oso. La piel marrón tenía salpicaduras grises.– Una pregunta, antes de que me vaya. ¿Mataste a Jarl mi lord?

–El muro mató a Jarl.

–Eso había oído. Pero tenía que estar segura.

–Yo no lo he matado. Te doy mi palabra– «Sin embargo puede que lo hubiera hecho si las cosas hubieran salido de otra forma».

–Entonces me despido– dijo ella, casi juguetonamente.

Jon Nieve no estaba de humor para ello. «Hace mucho frío y está muy oscuro para jugar, y se nos está haciendo tarde» –Sólo por un tiempo, volverás. Aunque sólo sea por el chico.

–¿El hijo de Craster?– Val se encogió de hombros– Él no es pariente mío.

–He oído como le cantabas.

–Cantaba para mí misma, ¿tengo yo la culpa de que él escuche?– Se le dibujó una débil sonrisa en los labios– Le hace reír. Vale, muy bien. Es un pequeño monstruo muy dulce.

–¿Monstruo?

–Es su nombre de leche. Tenía que llamarlo de alguna forma. Vigila que este bien y a salvo. Por el bien de su madre, y por el mío. Y mantenlo alejado de la mujer roja. Ella sabe quién es. Ve cosas en su fuego.
«Arya», pensó, esperando que fuera cierto. «Cenizas y brasas. Reyes y dragones»
Dragones otra vez. Por un momento Jon casi podía verlos, enroscados en la noche, con sus alas negras perfilandose contra un mar de fuego. – Si ella lo supiera, se habría llevado al chico lejos de nosotros. Al niño de Dalla, no a tu monstruo. Una palabra al oído del rey y habría sido el fin de todo.– «Y el mío, Stannis lo habría tomado por traición» – ¿Por qué no hizo nada si lo sabía?

–Porque eso le pega, el fuego es inconstante, uno nunca sabe el camino que va a tomar una llama– Val puso un pie en el estribo, balanceó la pierna sobre el lomo del caballo y miró hacia abajo desde el sillín – ¿recuerdas lo que te dijo mi hermana?

–Sí–. «Una espada sin empuñadura, sin ningún sitio por donde sostenerlo de forma segura». Pero Melisandre tenía razón en eso. Una espada sin empuñadura es mejor que una mano vacía cuando tus enemigos te rodean.

–Bien–. Val giro su garron hacia el norte.– El primer día de luna llena entonces– Jon miraba como se alejaba mientras se preguntaba si volvería a ver su cara de nuevo. «Yo no soy ninguna dama sureña», pudo oírla decir, «sino una mujer del Pueblo Libre».ç

–Me da igual lo que diga– Murmuró Edd el Penas, mientras Val desaparecía entre un grupo de pinos. – El aire ya es tan frío que duele respirar. Dejaría de hacerlo, pero eso dolería aún más– Se frotó las manos. –Esto va a acabar mal.

–Dices eso siempre.

–Si, mi lord, y normalmente tengo razón.

Mully se aclaró la garganta y dijo:

–¿Mi lord? La princesa salvaje… al dejarla ir, el resto de hombres puede decir…

–Que soy medio salvaje, un cambiacapas que pretende vender el reino a nuestros atracadores, caníbales y gigantes– Jon no necesitaba mirar en el fuego para saber que iban diciendo de él. La peor parte era que no estaban equivocados, no del todo. «Las palabras son viento, y el viento siempre sopla en el muro. Ven».

Aún era de noche cuando Jon regresó a sus aposentos detrás de la armería. Fantasma aún no había vuelto. «Todavía cazando». El gran huargo blanco estaba más tiempo fuera que dentro últimamente, rugiendo de un lado a otro en busca de alimento. Entre los hombres de la Guardia y los salvajes que están en Villa Topo, habían cazado todo lo que había en las colinas y prados cerca del Castillo Negro hasta dejarlo limpio, y allí había habido la suficiente caza mayor para empezar. «Se acerca el Invierno», meditó Jon. «Y pronto, demasiado pronto». Se preguntó si verán alguna vez una primavera.

Edd el Penas se dio una caminata hasta la cocina y pronto volvió con una jarra de cerveza negra y una bandeja cubierta. Bajo la tapa Jon descubrió tres huevos de pato empanados, una loncha de bacon, dos salchichas, una morcilla y media barra de pan todavía caliente del horno. Se comió el pan y medio huevo. Se podría haber comido el bacon también pero el cuervo ya se lo había comido antes de que él hubiera tenido oportunidad. – Ladrón–. Le dijo Jon, mientras el cuervo batía sus alas hacia el dintel que había sobre la puerta para devorar su premio.

–Ladrón– Reconoció el cuervo.

Jon probó un mordisco de la salchicha. Intentaba quitarse el sabor de la boca con un buche de cerveza cuando Edd el Penas volvió para decirle que Bowen Marsh esperaba fuera.

–Othell y el Septón Cellador están con él.

«Qué rapidez». Se preguntaba quién les había ido con el cuento y si se trataba de más de uno – Hazlos entrar.

–Sí, mi lord. Debería vigilar esas salchichas junto con el vino. Se les ve en los ojos que están hambrientos.

Hambrientos no es la palabra que Jon hubiera usado. El Septón Cellador apareció en la estancia con un gesto confuso y aturdido y con la urgente necesidad de obtener algunas escamas del dragón que le acababa de quemarle el rostro, también Othell Yarwick, el Primer Constructor, parecía que se hubiera tragado algo que no podía digerir bien. Bowen Marsh estaba enfadado, Jon podía verlo en sus ojos, en sus apretados labios y el rubor de sus redondas mejillas. «No está colorado por el frío».–Por favor, tomad asiento– Dijo él.– ¿Os puedo ofrecer algo de beber o de comer?

–Acabamos de desayunar en la sala común– Dijo Marsh.

–Yo puedo con un poco más– Yarwick se dejó caer en la silla.– Gracias por la oferta.

–¿Un poco de vino quizás?– dijo el Septón Cellador.

–Maíz– gritó el cuervo desde el dintel–. Maíz, maíz.

–Vino para el Septón y un plato para nuestro Primer Constructor– dijo Jon a Edd el Penas – Y nada para el pájaro– Se volvió hacia sus visitantes. – Estáis aquí por Val.

–Y por otros motivos–, dijo Bowen Marsh. – Los hombres están preocupados, mi lord.
«¿Y quién te ha pedido que hables por ellos?» – Al igual que yo. Othell, ¿cómo va el trabajo en el Fuerte de la Noche? Me ha llegado una carta de Ser Axell Florent, quién dice ser la Mano de la Reina. En ella dice que la Reina Selyse no está contenta con su residencia en Guardaoriente del Mar y desea mudarse en la nueva residencia de su marido de una vez. ¿Será eso posible?

Yarwick se encogió de hombros.–Tenemos casi toda la torre restaurada y hemos vuelto a ponerle el techo a la cocina. Eso sí, necesitaría comida, muebles y leña, pero puede que sirva. No tendrá tantas comodidades como en Guardaoriente, eso seguro. Y un viaje tan largo en barco podría hacer que su Alteza quiera dejarnos, pero…si, puede vivir allí, aunque pasarán años hasta que eso tenga el aspecto de un auténtico castillo. Un poco menos si tuviera más constructores.

–Puedo ofrecerte un gigante.

–Othell dio un respingó– ¿El monstruo del jardín?

–Su nombre es Wun Weg Wun Dar Wun, me lo dijo Plumas, es un trabalenguas ya lo sé. Plumas le llama Wun Wun, y eso parece servir–. Wun Wun era mucho más pequeño que los gigantes de las historias de la Vieja Tata, esos salvajes que echaban sangre en sus copos de avena y devoraban toros enteros, cuernos y pelaje incluidos. Este gigante no comía nada de carne, aunque daba auténtico terror verlo comerse una canasta de raíces, cebollas y nabos crujientes e incluso cuando podías ver trozos de neep crudo entre sus dientes.

–Es un trabajador muy dispuesto, aunque hacerle entender lo que quieres no siempre es fácil. Habla la Lengua Antigua a su manera, pero nada de la Lengua Común. Sin embargo es incansable y su fuerza es prodigiosa. Podría hacer el trabajo de una docena de hombres.

–Yo… mi lord, el resto de hombres jamás… los gigantes comen carne humana, creo… no, mi lord, se lo agradezco, pero no tengo los suficientes hombres para vigilar a una criatura de ese tamaño, el…

–Como desees, mantendremos al gigante aquí.– Jon no estaba sorprendido, y la verdad es que hubiera sido una carga tener que partir con Wun Wun. «No sabes nada, Jon Nieve» le habría dicho Ygritte, pero Jon hablaba siempre que podía con el gigante, siempre a través de Plumas o de alguien del Pueblo Libre al que hubieran traído del

bosque, y estaba aprendiendo más y más sobre su pueblo y su historia. Sólo deseaba que Sam estuviera allí para escribir todas esas historias.

Eso no significaba que no viera el peligro que Wun Wun representaba. El gigante atacaba cuando se sentía amenazado y esas manos enormes podían ser lo suficientemente fuertes como para destrozar a un hombre. A Jon le recordaba a Hodor. «Hodor era el doble de grande, el doble de fuerte y la mitad de listo. Eso da que pensar, incluso al Septón Cellador. Pero si Tormund tiene gigantes, Wun Wun podría ayudarnos a tratar con ellos».

El cuervo de Mormont farfulló cuando la puertá se abrió anunciando el regreso de Edd el Penas, que traía una jarra de vino y un plato de huevo y salchichas. Bowen Marsh esperaba con clara impaciencia a que Edd terminara de servir, sólo cuando se volvió a ir, retomó la conversación.

–Tollett es un buen hombre, además de ser popular, y Emmett Hierro ha sido un buen maestro de armas–, a continuación dijo. – Sin embargo se dice que los vas a enviar fuera.

–Necesitamos buenos hombres en Túmulo Largo.

–Antro de putas, han empezado a llamarlo los hombres–, dijo Marsh,– pero sea como sea, ¿Es cierto que pretendes reemplazar a Emmett por ese salvaje Plumas como nuestro maestro de armas? Ese es un oficio reservado a caballeros, o a exploradores al menos”

–Plumas es salvaje–, reconoció ligeramente Jon. –Doy fe de ello. He practicado con él en el patio de entrenamiento. Es más peligroso con un hacha de hierro que la mayoría de caballeros con hierro forjado en un castillo, te lo garantizo. No es tan paciente como me gustaría, y algunos de los chicos están aterrorizados por él… pero eso no es del todo malo. Un día se encontrarán en una batalla de verdad, y cierta familiaridad con el terror les va a ser de ayuda.

–Es un salvaje.

–Lo era, antes de pronunciar el juramento. Ahora es nuestro hermano. Uno que puede enseñar a los chicos algo más que el arte de la espada. No les hará daño aprender algunas palabras de la Lengua Antigua y algunas costumbres del Pueblo Libre.

–Libre–, dijo el cuervo. –Maíz, Rey.

–Los hombres no confían en él.

«¿Qué hombres?» Habría preguntado Jon. «¿Cuántos?» Pero eso le hubiera llevado por un camino que no estaba dispuesto a recorrer.

–Siento oír eso, ¿algo más?

–El muchacho Satin, se dice que pretendes convertirlo en tu mayordomo y escudero en lugar de Tollett. Mi lord, el chico es una puta…un catamita maquillado de los burdeles de Antigua.– Opinó el Septón Cellador.

«Y tú eres un borracho». – Lo que era en Antigua no es de nuestra incumbencia. Aprende rápido y es muy listo. Los otros reclutas al principio le despreciaban, pero se los ganó y se hizo amigo de todos ellos. Es valiente en la batalla e incluso puede leer y escribir a su manera. Debería ser capaz de traerme la comida y ensillar mi caballo, ¿no crees?

–Lo más probable.– dijo Bowen Marsh, sin expresión alguna,– pero a los hombres no les gusta. Tradicionalmente el escudero del Lord Comandante suele ser de buena familia preparados para el mando. ¿Cree mi lord que los hombres de la Guardia de la Noche seguirían a una zorra a la batalla?

El genio de Jon estalló. –A peores han seguido. El viejo Oso dejó algunas notas cautelares sobre algunos hombres para su sucesión. Tenemos a un cocinero de la Torre Sombría que era aficionado a violar a septas. Se tatuó con fuego una estrella de siete puntas por cada una que afirmaba haber violado. Su brazo derecho es todo estrellas desde la muñeca hasta el codo, y estrellas marcan sus pantorrillas también. En Guardaoriente tenemos a un hombre que prendió fuego la casa de su padre y atrancó la puerta. Su familia entera se quemó hasta morir, los nueve miembros. No importa lo que haya hecho Satin en Antigua, ahora es nuestro hermano, y será mi escudero.

El Septón Cellador bebió un poco de vino. Othell apuñaló una salchicha con su daga. Bowen Marsh se puso colorado. El cuervo aleteó sus alas y dijo,–Maíz, maíz, matar.– Finalmente el Lord Steward se aclaró la garganta. – Su señoría sabe lo que hace, estoy seguro. ¿Le puedo preguntar por los cadáveres de las celdas de hielo? Ponen a los hombres nerviosos. ¿Y por qué ponerlos bajo vigilancia? Es desperdiciar a dos buenos hombres, a no ser que tema que ellos…

–¿Se levanten? Rezo por que lo hagan.

El Septón Cellador palideció.– Que los siete nos salven– Se le escapó un chorro de vino por la barbilla, formando una línea roja.– Lord Comandante, los espectros son monstruosos, criaturas antinaturales, abominaciones a los ojos de los dioses. No… no pretenderá intentar hablar con ellos, ¿no?

–¿Pueden hablar?– preguntó Jon Nieve. – Yo creo que no, pero no puedo decir que lo sepa seguro. Puede que sean monstruos, pero eran hombres antes de morir. ¿Cuánto queda de ellos? El que yo maté estaba intentado matar al Lord Comandante Mormont. Es obvio que recordaba quién era y donde encontrarle.– El Maestre Aemon estaría de acuerdo con su propuesta, Jon no lo dudaba; Sam Tarly se habría aterrorizado, pero lo hubiera entendido también.–Mi señor padre solía decirme que un hombre debe conocer a sus enemigos. Sabemos muy poco de los espectros y todavía menos sobre los Otros. Tenemos que aprender sobre ellos.

La respuesta no pareció satisfacerles. El Septón Cellador manoseó el cristal que colgaba de su cuello y dijo,– Creo que es de lo más imprudente, Lord Nieve. Rezaré a la Vieja para que alce su farol luminoso y te guíe por el camino de la sabiduría.

La paciencia de Jon estaba exhausta. – Todos podríamos actuar con más sabiduría, estoy seguro.– «No sabes nada, Jon Nieve». – Ahora, ¿podemos hablar de Val?

–¿Entonces, es verdad? Dijo Marsh.– La has soltado.

–Más allá del muro.

–El Septón Cellador aspiró su propio aliento.– El premio del rey. Su Alteza estará de lo más furioso cuando descubra que se ha ido.

–Val regresará.– «Antes que Stannis, si los dioses son bondadosos».

–¿Cómo puede saber eso?– quiso saber Bowen Marsh.

–Dijo que lo haría.

–¿Y si mintió? ¿Y si le ocurre una desgracia?

–Pues entonces tendrías la oportunidad de elegir a un lord comandante más de tu gusto. Hasta ese momento, me temo que tendrás que seguir soportándome.– Jon dio un trago de cerveza.– La he enviado a buscar a Tormund Matagigantes y proponerle mi oferta.

–¿Cuál es esa oferta? Si se puede saber.

–La misma oferta que le hice a Villa Topo. Comida, refugio y paz, si unen sus fuerzas a las nuestras para luchar contra nuestro enemigo común, ayudarnos a mantener el Muro. Bowen Marsh no parecía sorprendido.– Te refieres a dejarlos pasar.– Su tono sugirió que lo había sabido desde el principio.– Abrirle la puerta a él y a sus seguidores. Cientos, miles de ellos.

–Si es que tiene tantos.

El Septón Cellador hizo la señal de los siete. Othell Yarwick gruñó. Bowen Marsh dijo.– Algunos llamarían a esto traición. Son salvajes. Atracadores, violadores, violentos, más bestias que hombres.

–Tormund no es ninguna de esas cosas– dijo Jon, – no más que Mance Ryder. Pero aunque todo lo que hayas dicho fuera verdad, siguen siendo hombres, Bowen. Hombres vivos, humanos como tú y yo. Se acerca el invierno señores, y cuando lo haga, los hombres vivos tenemos que plantarle cara a la muerte juntos.

–Nieve– gritó el cuervo de Lord Mormont.– Nieve, nieve. Jon lo ignoró

–Hemos estado interrogando a los salvajes que trajimos del bosque. Muchos de ellos contaban una historia muy interesante, de bosques a los que llaman Madre Topo.

–¿Madre Topo?– dijo Bowen Marsh. – Que nombre más poco oportuno.

–Supuestamente se hizo su hogar en una madriguera bajo un árbol hueco. Sin entrar en la veracidad de eso, se dice que tuvo una visión de la llegada una flota de barcos para llevar al Pueblo Libre al otro lado del mar estrecho, donde estarían a salvo. Miles de los que escaparon de la batalla estaban los suficientemente desesperados como para creerla. Madre Topo les ha guiado hasta Casa Austera para rezar y esperar la salvación desde el otro lado del mar.

Othell Yarwick frunció el ceño,–no soy explorador pero… Casa Austera es un lugar inhóspito, maldito, eso se dice. Incluso tu tío solía decirlo, Lord Nieve. ¿Por qué iban a ir allí?

Jon tenía un mapa encima de la mesa. Le dio la vuelta para que lo pudieran ver.–Casa Austera está situada en un bahía protegida y tiene un puerto natural lo suficientemente profundo como para albergar los barcos más grandes. Hay una gran cantidad de madera y piedra en las inmediaciones. El agua está repleta de peces, y hay colonias de focas y manatíes al alcance de la mano.

–Todo eso es cierto, no lo dudo.– dijo Yarwick,– pero no es lugar en el que me gustaría pasar la noche. Ya sabes su historia.

Lo sabía. Casa Austera había estado a medio camino de convertirse en pueblo, el único pueblo al norte del Muro, hasta que una noche hace seiscientos años el infierno se lo tragó. Su gente fue arrastrada a la esclavitud o masacrados, depende de la versión de la historia que creyeras, sus casas y edificaciones se consumieron en un gran incendio que ardió tanto que los guardianes en el Muro pensaron que el sol estaba saliendo por el norte. Después llovieron cenizas en el bosque encantado y en el Mar de los Escalofríos durante un casi un año. Los comerciantes informaron que solo había devastación donde antes se erguía Casa Austera, un paisaje de árboles calcinados y huesos quemados, de

aguas obstruidas con cadáveres ahogados, alaridos que helaban la sangre proveniente de la entrada de las cuevas que cubrían el gran acantilado que se imponía por encima del asentamiento.

Seis siglos habían transcurrido desde aquella noche, pero Casa Austera seguía siendo rehuida. La naturaleza había reclamado el lugar, le habían contado a Jon, pero los exploradores afirmaban que las ruinas cubiertas de vegetación estaban encantadas, llenas de espíritus y demonios con un gusto por la sangre insano.

–No es el tipo de refugio que yo hubiera escogido tampoco,– dijo Jon,– pero han oído a Madre Topo predicar que el Pueblo Libre encontraría la salvación allí donde un día encontró la condena.

El Septón Cellador frunció los labios.–La salvación solo puede ser encontrada a través de los Siete. Esa bruja los ha condenado a todos.

–Y puede que haya salvado el Muro– dijo Bowen Marsh.– Es del enemigo de quien estamos hablando. Dejémoslos que recen entre las ruinas, y si sus dioses les envían barcos que los lleven a un mundo mejor, bienvenido sea. En este mundo no tengo comida para alimentarlos.

Jon flexionó los dedos de su mano de la espada.– Las galeras de Cotte Pyke pasan por Casa Austera de vez en cuando. Me ha dicho que no hay refugio aparte de las cuevas. *Las cuevas de los gritos*, las llamaban sus hombres. Madre Topo y sus seguidores perecerán allí, de frío e inanición. Cientos de ellos, miles.

–Miles de enemigos. Miles de salvajes.

«Miles de personas», pensó Jon. «Hombres, mujeres y niños». La ira se crecía en su interior, pero cuando habló su voz era tranquila y fría.

–¿De verdad estás tan ciego o es que no quieres ver?, ¿Qué crees que pasará cuando todos esos enemigos estén muertos?

Sobre la puerta el cuervo murmullaba. –Muertos, muertos, muertos.´

Déjame que te explique qué es lo que pasará– dijo Jon– que los muertos se volverán a levantar, tanto si son cientos como miles. Volverán a alzarse como espectros, con las manos negras y los ojos azules, y vendrán a por nosotros. Se puso de pie, los dedos de la mano de la espada se abrían y cerraban– Tenéis mi permiso para iros.

El Septón Cellador se levantó con la cara gris y sudando, Othell Yarwick con el cuerpo rígido, Bowen Marsh con los labios apretados y pálido.

–Gracias por su tiempo, Lord Nieve. Se fueron sin decir una palabra más.

40. TYRION

La cerda tenía el temperamento más dulce que algunos de los caballos que había montado. Paciente y de paso seguro, ella aceptó a Tyrion con apenas un chillido cuando se subió en su espalda y permaneció inmóvil mientras alcanzaba su escudo y lanza. Sin embargo, cuando recogió las riendas y presionó sus costados con los pies, ella se movió inmediatamente. Su nombre era "Pretty", diminutivo de "Pretty Pig", y había sido entrenada para la montura y la brida desde que era un lechón.

La armadura de madera pintada repiqueteó cuando Pretty trotó a lo largo de la cubierta. Las axilas de Tyrion estaban pegajosas por la transpiración, y una gota de sudor le recorría la cicatriz por debajo del descomunal y mal ajustado yelmo; sin embargo, por un ridículo momento, se sintió casi como Jaime, cabalgando hacia un campo de torneo, con la lanza en la mano y la dorada armadura centelleando bajo el sol.

Cuando la risa empezó, el sueño se disolvió. Él no era un campeón, solo un enano montado en un cerdo, agarrando un palo, brincando para la diversión de algunos marineros pasados de copas y trasnochados, con la esperanza de endulzar sus estados de ánimo. En algún lugar, debajo en el infierno, su padre estaría bullendo de rabia y Joffrey estaría riéndose. Tyrion podía sentir sus ojos fríos y muertos observando la cara de esta máscara tan ávidos como la tripulación de la *Qhoran Selaesori*.

Y ahora, aquí venia su enemigo. Penny montó su gran perro gris, su lanza a rayas ondeaba dando tumbos, mientras la bestia brincaba por la cubierta. Su escudo y armadura habían sido pintados de rojo, aunque la pintura estaba astillada y descolorida; su propia armadura era de color azul. «No la mía. De Groat. Nunca mía, ruego por eso».

Tyrion pateó las patas de Pretty a fin de acelerarla para una embestida, tal y como los marineros le instaban con sus abucheos o gritos. Si le gritaban alentándolo o burlándose de él, no podría haberlo dicho con seguridad, aunque tenía una idea bastante clara «¿Por qué he permitido que me convenzan de hacer esta farsa».

Sin embargo, él sabía la respuesta. Desde hacía doce días el barco flotaba en calma en el *Golfo de Grief*. El humor de la tripulación era feo y se tornó más feo aún cuando su ración diaria de ron se secó. Solo hay unas pocas horas en las que un hombre puede dedicarse a reparar las velas, a parchar goteras, y a la pesca. Jorah Mormont había oído el murmullo acerca de cómo la suerte del enano les había fallado. Mientras que el cocinero del barco todavía frotaba la cabeza de Tyrion de vez en cuando, con la esperanza de que con ello podría agitar el viento, el resto había optado por darle miradas venenosas cada vez que se cruzaba por sus caminos. La suerte de Penny era aún peor, desde que el cocinero había soltado la idea que apretar el pecho de una enana podría ser lo que se necesitara para tener a la suerte de regreso. Éste también había empezado a referirse a Pretty Pig como Tocino, una broma que le había parecido mucho más divertida a Tyrion cuando él la había hecho.

–Tenemos que hacerlos reír– dijo Penny, suplicante. –Tenemos que hacer algo para gustarles. Si les damos un espectáculo, eso les ayudará a olvidar. Por favor, mi señor– Y de alguna manera, él había dado su consentimiento. «Debe haber sido el ron». El vino del capitán había sido lo primero en agotarse. Uno puede emborracharse mucho más rápido con ron que con vino, había descubierto Tyrion Lannister.

Así que se encontró enfundado en la armadura de madera pintada de Groat, montado en la cerda de Groat, mientras la hermana de Groat lo instruía en las artes del acto de la justa cómica, lo que había sido su pan de cada día. Había, de hecho, una deliciosa ironía en todo esto, considerando que Tyrion casi había perdido la cabeza una vez, por rehusarse a montar un perro para el entretenimiento retorcido de su sobrino. Pero de alguna manera le resultaba difícil apreciar el humor de todo esto, desde la montura de la cerda. La lanza de Penny descendió justo a tiempo para que su punta roma rozara su hombro, su propia lanza se tambaleó cuando la blandió hacia abajo y golpeó ruidosamente una esquina del escudo de ella. Ella mantuvo su asiento. Él perdió el suyo. Como se suponía que debía.

«Fácil como caerse de un cerdo», aunque caerse de este cerdo en particular era más difícil de lo que parecía. Tyrion se hizo un ovillo al caer, recordando la lección, pero aún así, golpeó la cubierta con un golpazo sordo y se mordió la lengua tan fuerte que saboreó sangre. Se sentía como si tuviera doce años de nuevo, dando volteretas en la mesa de la cena en el gran salón del Roca Casterly. En aquel entonces su tío Gerion habría estado ahí para alabar sus esfuerzos, en lugar de estos marineros hoscos. Sus risas parecían escasas y forzadas en comparación con las grandes explosiones de risas que habían recibido las travesuras de Groat y Penny en el festejo de la boda de Joffrey, y alguno incluso lo abucheó con cólera.

–Sin-nariz, tú montas de la misma forma en que te ves, feo– gritó un hombre desde el castillo de popa. –No debe tener pelotas, para dejar que una chica lo venza– «Debe haber apostado una moneda en mí», se dijo Tyrion. Dejó que los insultos le resbalaran. Había oído cosas peores en su vida.

La armadura de madera aumentaba en incomodidad. Se encontró agitándose como una tortuga sobre su espalda. Eso, al menos, puso a algunos marineros a reír. «Una pena que no me rompí la pierna, eso los habría puesto a aullar. Y si hubieran estado en el excusado cuando le disparé a mi padre en los intestinos, se habrían reído lo suficientemente fuerte como para cagarse en los pantalones, junto con él. Cualquier cosa para mantener a los malditos bastardos contentos».

Por fin Jorah Mormont se apiadó de las luchas de Tyrion y lo puso de pie

–Parecías un tonto.

Esa era la idea. –Es difícil verse como un héroe cuando montas un cerdo

–Debe ser por eso que me mantengo alejado de los cerdos

Tyrion se desabrochó el yelmo, se lo desenroscó y escupió una pequeña porción de flema con sangre de color rosa por la borda. –Siento como si al morderme hubiera atravesado la mitad de mi lengua

–La próxima vez muerde más fuerte– Ser Jorah se encogió de hombros. –A decir verdad, he visto peores justas.

«Fue eso una alabanza?» –Me caí del maldito cerdo y me mordí la lengua. ¿Qué podría ser peor que eso?

–Que te entre una astilla en el ojo y mueras.

Penny había saltado de su perro, un animal grande y gris llamado Crunch. –La cosa no es hacer una justa buena, Hugor– Ella siempre era cuidadosa en llamarlo Hugor cuando alguien podía escucharla. –La cosa es hacer reír y que nos tiren monedas.

«Pobre pago para sangre y moretones», pensó Tyrion, pero se lo guardó para si mismo. –Hemos fallado en eso también. Nadie tiró monedas– Ni un penique, ni un groat.

–Lo harán cuando mejoremos– Penny se sacó el yelmo. Cabello de un color marrón ratonil se derramó hasta sus oídos. Sus ojos eran marrones también, debajo de una sólida y pesada frente, sus mejillas eran suaves y sonrojadas. Sacó algunas bellotas de una bolsa de cuero para Pretty Pig. La cerda que comía de su mano, chillaba alegremente. –Cuando actuemos para la Reina Daenerys la plata lloverá, ya lo verás.

Algunos de los marineros estaban gritándoles y golpeando los talones contra la cubierta, exigiendo otro justa. Como siempre, el cocinero del barco era el más bullicioso. Tyrion había aprendido a despreciar a ese hombre, aunque él era el único jugador pasable de cyvasse en toda la barcaza. –Ya ves, les gustamos– dijo Penny, con una sonrisa de esperanza. –¿Vamos de nuevo, Hugor?

Estaba a punto de negarse cuando un grito de uno de los oficiales de cubierta lo salvó. Era media mañana, y el capitán quería los botes fuera de nuevo. La enorme vela rayada de la barcaza colgaba de su mástil, como lo había hecho durante varios días, pero él se mostró esperanzado en que podrían encontrar un viento en algún lugar al norte. Eso significaba remar. Los botes eran pequeños, no obstante, la barcaza era larga; remolcarla era un trabajo agotador, caluroso y sudoroso que dejaban las manos ampolladas y la espalda adolorida y ningún resultado. La tripulación lo odiaba. Tyrion no podría culparlos. –La viuda debió ponernos en una galera– murmuró con amargura. –Si alguien pudiera ayudarme a salir de estas tablas de sangre, le estaría agradecido. Creo que hasta podría tener una erección.

Mormont cumplió con el deber, aunque con poca gracia. Penny recogió a su perro y a la cerda y se los llevó. –Será mejor que le digas a tu mujer que mantenga su puerta cerrada y atrancada cuando esté en el interior– dijo Ser Jorah mientras deshacía las hebillas de las correas que unían la coraza de madera con la placa posterior. –Estoy escuchando mucho hablar de costillas y jamón y tocino.

–Ese cerdo es la mitad de su sustento.

–Una tripulación de Ghiscaris se comería el perro también– Mormont separó la coraza de la placa. –Sólo díselo.

–Como quieras– Su túnica estaba empapado de sudor y pegada a su pecho. Tyrion tiró de ella, deseando un poco de brisa. La armadura de madera era tan caliente y pesada como incómoda. La mitad de ella parecía ser la pintura vieja, capa sobre capa sobre capa de la misma, de un centenar de repintes anteriores. En el banquete de boda de Joffrey, recordó, un jinete había mostrado el huargo de Robb Stark, el otro, el escudo de armas y colores de Stannis Baratheon. –Necesitaremos a ambos animales si vamos a inclinarnos ante la Reina Daenerys– dijo. Si los marineros tienen en la cabeza hacer una

carnicería con Pretty Pig, ni él ni Penny tendrían esperanzas en detenerlos... pero la espada larga de Ser Jorah podría darles una pausa, por lo menos.

–Así es como esperas mantener la cabeza, gnomo?

–Ser Gnomo, si no te molesta. Y sí. Una vez que su Gracia conozca mi verdadero valor, me apreciará. Yo soy un pequeño compañero encantador, después de todo, y sé muchas cosas útiles acerca de mi familia. Pero hasta dicho momento, lo mejor es tenerla entretenida

–Brinca como quieras, que eso no va a lavar tus crímenes. Daenerys Targaryen no es una niña tonta a la que puedas distraer con bromas y piruetas. Ella tratará contigo con justicia.

«Oh, espero que no». Tyrion estudió a Mormont con sus ojos disparejos. –¿Y cómo te dará la bienvenida a ti, esta reina justa? Con un fuerte abrazo, con una risita de niña, con un hacha de verdugo?– Sonrió ante el desconcierto del caballero. –¿Realmente esperabas que creyera que estabas en negocios de la reina en ese prostíbulo? ¿Defendiéndola desde el otro lado del mundo? ¿o podría ser que estabas huyendo ya que tu reina dragón te envió lejos de su lado? Pero por qué ella… oh, espera, tú estabas espiándola– Tyrion hizo un chasquido –Esperas comprar el regreso de su favor presentándote ante ella conmigo. Un plan mal concebido, diría yo. Se podría decir incluso un acto de ebria desesperación. Tal vez si yo fuera Jaime... pero Jaime mató a su padre, yo solo maté al mío. Tú crees que Daenerys me ejecutará a mí y te perdonará a ti pero lo inverso es igual de probable. Tal vez deberías saltar encima del cerdo, Ser Jorah. Ponerte un traje de hierro abigarrado, como Florian el…-

El golpe que el gran caballero le dio impactó su cabeza y le golpeó tan fuerte que su cabeza rebotó en la cubierta. La sangre le llenó la boca mientras se tambaleaba apoyado en una rodilla. Escupió un diente roto. «Haciéndome más bello día a día pero creo que he metido el dedo en la llaga». –El enano dijo algo que lo ofendió, ser?– Tyrion preguntó inocentemente, limpiando las burbujas de sangre de su labio roto con el dorso de su mano.

–Estoy harto de tu boca, enano– dijo Mormont –Todavía te quedan unos cuantos dientes. Si quieres conservarlos, mantente alejado de mí por el resto del viaje

–Eso puede ser difícil, compartimos el camarote

–Puedes encontrar otro sitio para dormir. Abajo en la bodega, arriba en cubierta, no me importa. Solo mantente fuera de mi vista.

Tyrion se levantó. –Como quieras– respondió, con la boca llena de sangre, pero el gran caballero ya se había ido, golpeando con sus botas la cubierta.

Debajo, en la cocina, Tyrion se estaba enjuagando la boca con ron y agua y haciendo muecas por los pinchazos de dolor cuando Penny lo encontró. –He oído lo que pasó. Oh, ¿estás herido?

Se encogió de hombros. –Un poco de sangre y un diente roto– «Pero creo que yo lo herí más». –Y él es un caballero. Es triste decirlo, pero yo no contaría con Ser Jorah si necesitamos protección.

–¿Qué hiciste? Oh, el labio está sangrando– Ella deslizó un pedazo de su manga y se lo limpió. –¿Qué dijiste?

–Algunas verdades que el Ser Bezoar no quería escuchar.

–No debiste burlarte de él. ¿No sabes nada? No se puede hablar de esa manera a una persona grande. Ellos pueden dañarte. Ser Jorah podría haberte arrojado al mar. Los marineros se habrían reído de verte ahogando. Tienes que tener cuidado con la gente grande. Pórtate alegre y juguetón con ellos, mantenlos sonriendo, hazlos reír, eso es lo que mi padre siempre decía. ¿Tu padre nunca te dijo cómo actuar con la gente grande?

–Mi padre los llamaba gente pequeña– dijo Tyrion– y él no era lo que se dice un hombre alegre– Bebió otro sorbo de ron, lo pasó por toda su boca, lo escupió. –Aún así, tomaré tu consejo. Tengo mucho que aprender acerca de ser un enano. Tal vez tú puedas enseñarme, entre las justas y el montar a lomos de cerdo.

–Lo haré, mi señor. Con mucho gusto. Pero... ¿cuáles fueron esas verdades? ¿Por qué Ser Jorah le pegó tan duro?

–¿Por qué?, por amor. La misma razón por la que yo guiséa ese cantante– Pensó en Shae y la mirada de sus ojos mientras apretaba la cadena sobre su cuello, girándola en su puño. Una cadena de manos de oro. «las manos de oro son frías, pero las manos de una doncella son siempre cálidas» –¿Eres doncella, Penny?

Ella se sonrojó. –Sí. Por supuesto. ¿Quién tendría…

–Permanece de esa manera. El amor es locura, y la lujuria es un veneno. Mantén tu cabeza de doncella. Serás más feliz de esa forma, y te alejarás de encontrarte a ti misma en algún burdel sórdido en el Rhoyne con una prostituta que se parece un poco a tu amor perdido– «O buscando por medio mundo, esperando encontrar donde las putas van» –Ser Jorah sueña con rescatar a su reina dragón y deleitarse de su gratitud, pero yo sé una o dos cosas acerca de la gratitud de los reyes, y preferiría tener un palacio en Valyria –Se interrumpió de repente. –¿Sentiste eso? El barco se movió.

–Lo hizo– La cara de Penny se iluminó de alegría. –Nos estamos moviendo de nuevo. El viento... –Ella corrió hacia la puerta. –Quiero ver. Vamos, te hecho una carrera hasta arriba. Ella salió.

«Es joven», Tyrion tuvo que recordárselo, mientras Penny se abría paso desde la cocina hasta las empinadas escaleras de madera, tan rápido como sus cortas piernas se lo permitían. «Casi una niña». Aún así, sintió un cosquilleo al ver a su emoción. La siguió hacia la parte superior.

La vela había vuelto a la vida, inflándose, vaciándose, luego, inflándose de nuevo, las rayas rojas en la lona se retorcían como serpientes. Los marineros atravesaron la cubierta y armaban filas mientras los oficiales de cubierta bramaban órdenes en la

lengua del Antiguo Volantis. Los remeros de los botes del barco habían soltado las amarras del remolque y regresaban a la barcaza, remando duro. El viento soplaba desde el oeste, girando y con ráfagas, agarrándose a las cuerdas y velas como un niño travieso. El *Qhoran Selaesori* estaba en marcha.

«Quizá sí lleguemos a Meereen, después de todo», pensó Tyrion.

Sin embargo, cuando trepó por la escalera al castillo de popa y miró hacia fuera desde la popa, su sonrisa vaciló. «Cielo azul y mar azul aquí, pero por el oeste... Nunca he visto un cielo de ese color». Una gruesa franja de nubes corrían por el horizonte. –Una franja siniestra– le dijo a Penny, apuntándola.

–¿Qué significa eso?– Preguntó ella. –significa que un grandísimo hijo de puta nos viene pisando los talones.

Tyrion se sorprendió al ver que Moqorro y dos de sus dedos furiosos se les habían unido en el castillo de popa. Era solo el mediodía, y el sacerdote rojo y sus hombres normalmente no salían hasta el anochecer. El sacerdote le hizo un asentimiento solemne. –Ahí lo tienes, Hugor Hill. La ira de Dios. El Señor de la Luz no puede ser burlado.

Tyrion tenía un mal presentimiento sobre esto. –La viuda dijo que este barco nunca llegaría a su destino. Lo tomé en el sentido de que una vez que se hiciera a la mar, más allá del alcance de los patriarcas, el capitán cambiaría el curso hacia Meereen. O tal vez que tú te apoderarías de la nave con tu Mano Furiosa y nos llevarías donde Daenerys. Pero eso no es lo que tu sumo sacerdote vio, ¿verdad?

–No– La profunda voz de Moqorro tañó tan solemne como una campana fúnebre. –Esto es lo que vio– El sacerdote rojo levantó su báculo e inclinó la cabeza de éste hacia el oeste.

Penny se había perdido. –No lo entiendo. ¿Qué significa?

–Significa que será mejor que nos resguardemos. Ser Jorah me ha desterrado de nuestro camarote. ¿Puedo ocultarme en el tuyo cuando llegue el momento?

–Si– dijo ella. –Tú serías… oh…

Durante la mayor parte de tres horas corrieron ante el viento, mientras la tormenta se acercaba. El cielo del oeste se volvió verde, luego gris, luego negro. Una pared de nubes negras se alzaba detrás de ellos, ebullendo, como una olla de leche que se quedó en el fuego demasiado tiempo. Tyrion y Penny miraban desde el castillo de proa, acurrucados en el mascarón de proa y agarrados de la mano, cuidando de mantenerse al margen del camino del capitán y de la tripulación.

La última tormenta había sido emocionante, embriagante, un súbito chubasco que le dejó una sensación de limpieza y frescura. Ésta se sentía diferente desde el principio. El capitán también lo sintió así. Cambió el curso del norte al noreste para tratar de salir de la trayectoria de la tormenta.

Fue un esfuerzo inútil. La tormenta era demasiado grande. Los mares alrededor de ellos se hicieron más tempestuosos. El viento comenzó a aullar. El *Mayordomo Apestoso* subía y bajaba a medida que las olas se estrellaban contra su casco. Detrás de ellos, los rayos apuñalaban desde el cielo, cegando con rayos púrpuras que bailaban a través del mar en redes de la luz. Siguieron los truenos. –Ha llegado el momento de esconderse– Tyrion tomó a Penny por el brazo y la llevó bajo cubierta.

Pretty y Crunch estaban medio locos con el miedo. El perro estaba ladrando, ladrando, ladrando. Golpeó a Tyrion directo a sus pies cuando entraron. La cerda se había cagado por todas partes. Tyrion limpió lo mejor que pudo, mientras que Penny trató de calmar a los animales. Luego, entre los dos, ataron y guardaron cualquier cosa que estuviera suelta. –Tengo miedo– confesó Penny. El camarote empezó a inclinarse y saltar, yendo de aquí para allá a medida que las olas golpeaban el casco de la nave.

«Hay peores maneras de morir que ahogado. Tu hermano aprendió eso, al igual que mi señor padre. Y Shae, esa cabrona mentirosa. Las manos de oro son siempre frías, pero las manos de una mujer son cálidas». –Tenemos que jugar algo– sugirió Tyrion. –Eso podría ayudar a alejar nuestros pensamientos de la tormenta.

–No cyvasse– dijo ella inmediatamente.

–No cyvasse– coincidió Tyrion, mientras la cubierta se elevaba bajo él. Eso solo conduciría a que las piezas vuelen violentamente en todo el camarote y lluevan sobre la cerda y el perro. –Cuando eras niña, ¿alguna vez jugaste ven-a-mi-castillo?

–No. ¿Puedes enseñarme?

¿Podría? Tyrion vaciló. «Enano tonto. Por supuesto, ella nunca había jugado ven-a-mi-castillo. Ella nunca tuvo un castillo». Ven-a-mi-castillo era un juego para niños de alta cuna, cuyo fin era enseñar la cortesía, la heráldica, y una o dos cosas acerca de los amigos y enemigos de su señor padre. –Eso no va a...– comenzó. La cubierta dio otro empujón violento, golpeándolos a los dos juntos. Penny dio un chillido de espanto. –Ese juego no va– dijo Tyrion, apretando los dientes. –Lo siento. No sé qué juego…

–Yo si– Penny lo besó.

Fue un beso extraño, apresurado, torpe. Pero lo tomó completamente por sorpresa. Sus manos se irguieron en un movimiento brusco y la agarró de los hombros con la intención de empujarla lejos. En su lugar, vaciló, y luego la atrajo hacia sí, apretándola. Sus labios estaban secos, duros, más apretados que la cartera de un avaro. «Una pequeña misericordia», pensó Tyrion. Esto no era nada de lo que él hubiera querido. A él le gustaba Penny, se compadecía de Penny e incluso admiraba a Penny, en cierto modo, pero no la deseaba. No quería hacerle daño; sin embargo, los dioses y su dulce hermana le habían causado suficiente dolor. Así, dejó que el beso siguiera adelante, sosteniéndola suavemente por los hombros. Sus propios labios permanecieron firmemente cerrados. El *Qhoran Selaesori* rodó y se estremeció a su alrededor.

Finalmente ella se apartó unos centímetros. Tyrion podía ver su propio reflejo brillando en sus ojos. «Bonitos ojos», pensó, pero también vio otras cosas. «Una gran cantidad de

miedo, un poco de esperanza... pero ni un poco de lujuria. Ella no me desea, no más de lo que yo a ella»

Cuando ella bajó la cabeza, él la tomó por la barbilla y se la alzó de nuevo. –No podemos jugar a ese juego, mi señora– Encima, un trueno retumbó, tan cerca como al alcance de la mano.

–Nunca quise... yo nunca besé a un chico antes, pero... Sólo pensé, ¿y si nos ahogamos, y yo… yo…

–Fue dulce– mintió Tyrion, –pero yo estoy casado. Ella estaba conmigo en la fiesta, posiblemente la recuerdes. Lady Sansa

–¿Ella era tu esposa? Ella… ella era muy hermosa…

«Y falsa. Sansa, Shae, todas mis mujeres... Tysha fue la única que realmente me amó. ¿A dónde van las putas?» –Una niña encantadora– dijo Tyrion, –y hemos sido unidos bajo los ojos de los dioses y los hombres. Puede ser que la haya perdido, pero hasta que no lo sepa con certeza debo serle fiel.

–Entiendo– Penny volvió la cara alejándola de la de él.

«Mi mujer perfecta», Tyrion pensó con amargura. «Una lo suficientemente joven aún como para creer tal sarta de mentiras»

El casco crujía, la cubierta se movía, y Pretty daba chillidos de angustia. Penny se arrastró a través del suelo del camarote sobre sus manos y rodillas, echó los brazos alrededor de la cabeza de la cerda murmurándole palabras de tranquilidad. Mirándolas a las dos, era difícil saber quién reconfortaba a quién. La visión era tan grotesca que podría haber sido cómica, pero Tyrion no pudo encontrar una sonrisa. «La chica se merece algo mejor que un cerdo, pensó. Un beso sincero, un poco de amabilidad, todo el mundo merece eso al menos, ya seas grade o pequeño». Miró a su alrededor buscando su copa de vino, pero cuando la encontró todo el ron se había derramado. «Ahogarse es bastante malo», pensó con amargura, «pero ahogarse triste y sobrio, ya es demasiado cruel».

Al final, no se ahogaron... aunque, hubo momentos, en que la perspectiva de un ahogamiento agradable, pacífico, tenía un cierto atractivo. La tormenta se extendió durante el resto de ese día y hasta bien entrada la noche. Vientos húmedos aullaban a su alrededor y las olas se levantaban como los puños de gigantes ahogados cayendo sobre la cubierta. Arriba, se enteraron después, un oficial de cubierta y dos marineros fueron arrastrados por la borda, el cocinero del barco se quedó ciego cuando una olla de aceite caliente le voló a la cara, y el capitán fue arrojado desde castillo de la popa a la cubierta principal, con tanta fuerza que se rompió ambas piernas. Por debajo, Crunch aulló y ladró e intentó morder a Penny, y Pretty Pig empezó a cagar de nuevo, convirtiendo el hacinado y húmedo camarote en una pocilga. Tyrion se las arregló para evitar las arcadas a pesar de todo ello, sobre todo gracias a la falta de vino. Penny no fue tan afortunada, pero él la sujetó, de todos modos, mientras el casco del barco crujía y gemía alarmante a su alrededor, como un barril a punto de estallar.

Cerca de la medianoche los vientos por fin se apagaron, y el mar se calmó lo suficiente como para que Tyrion regresara a la cubierta. Lo que vio no lo tranquilizó. La barcaza iba a la deriva en un mar de vidriagon debajo de un tazón de estrellas, pero alrededor la tormenta rugía. Este, oeste, norte, sur, a donde dirigiera su vista, las nubes se levantaban como montañas negras, sus laderas se desplomaban y acantilados colosales cobraban vida con relámpagos azules y púrpuras. No había lluvia cayendo, pero las cubiertas estaban resbaladizas y húmedas bajo sus pies.

Tyrion podía oír a alguien gritar desde abajo, una voz, delgada, alta, histérica con miedo. Podía oír a Moqorro también. El sacerdote rojo estaba en el castillo de proa de cara a la tormenta, su báculo se elevaba por encima de su cabeza mientras bramaba una oración. En medio del barco, una docena de marineros y dos de los dedos furiosos estaban luchando con cuerdas enredadas y lonas empapadas, pero si estaban tratando de izar la vela de nuevo o bajarla, él nunca lo supo. Lo que sea que estuvieran haciendo, le parecía una muy mala idea. Y así fue.

El viento regresó como un susurro amenazante, frío y húmedo, rozando su mejilla, batiendo la vela mojada, girando y tirando de la túnica escarlata de Moqorro. El instinto hizo que Tyrion se agarrara de la barandilla más cercana, justo a tiempo. En el espacio de tres latidos del corazón la pequeña brisa se convirtió en un vendaval aullante. Moqorro gritó algo, y las llamas verdes saltaron de las fauces del dragón que había en la punta de su báculo para desaparecer en la noche. Luego vinieron las lluvias, negras y cegadoras, y el castillo de proa y el castillo de popa, ambos desaparecieron detrás de una pared de agua. Algo enorme se agitó por encima de su cabeza, y Tyrion miró a tiempo para ver la vela alzando el vuelo, con dos hombres todavía colgando de las cuerdas. Luego oyó un crujido. «Oh, diablos», tuvo tiempo para pensar, «ese debe ser el mástil». Encontró una cuerda y se aferro a ella luchando por llegar a la escotilla, tratando de meterse abajo, fuera de la tormenta, pero una ráfaga de viento le golpeó los pies y una segunda lo estrello contra la barandilla y de ella se aferro. La lluvia le azotaba la cara y lo cegaba. Tenía la boca llena de sangre otra vez. El barco gemía y gruñía por debajo de él como un hombre gordo estreñido esforzándose al cagar.

Luego, el mastil estalló.

Tyrion nunca lo vio, pero si lo oyó. Ese crujido de nuevo y luego el grito de madera torturada, y de pronto el aire estaba lleno de fragmentos y astillas. Una fallo de darle en el ojo por un centímetro, una segunda encontró su cuello, una tercera le dio a través de la pantorrilla, botas y pantalones y todo. Gritó. Pero se aferró a la barandilla, se aferró a ella con una fuerza desesperada que no sabia que tenia. La viuda dijo que el barco nunca llegaría a su destino, recordó. Luego se rió y se rió, salvaje e histérico, mientras los truenos retumbaban y la madera gemía y las olas se estrellaban a su alrededor.

Cuando la tormenta amainó y los pasajeros supervivientes y la tripulación llegaron arrastrándose de nuevo a cubierta, al igual que los gusanos de color rosa pálido, retorciéndose en la superficie después de una lluvia, el *Qhoran Selaesori* era una cosa rota, a la deriva inclinado diez grados a babor, su casco partido en medio centenar de lugares, su bodega inundada de agua de mar, su mástil una ruina escindida no mas alta que un enano. Ni siquiera el mascaron se había salvado, uno de sus brazos se había roto, el que tenia todos los pergaminos. Nueve hombres se habían perdido, incluyendo un oficial de cubierta, dos de los dedos furiosos y el mismo Moqorro.

«¿Benerro vio esto en sus fuegos?» se preguntó Tyrion, al darse cuenta que el gran sacerdote rojo se había ido. «¿Lo vio Moqorro?»

–Una profecía es como una mula a medio entrenar– se quejó con Jorah Mormont.

–Parece como que podría ser útil, pero en el momento en que confías en ella te pega una patada en la cabeza. Esa maldita viuda sabía que el barco nunca llegaría a su destino, nos advirtió al respecto, dijo que Benerro lo vio en sus fuegos, sólo que pensé que se refería... bueno, ¿eso qué importa?– Torció su boca. –Lo que realmente significaba era que una maldita tormenta iba a reducir nuestro mástil en astillas para que pudiéramos derivar sin rumbo fijo a través del *Golfo de Grief* hasta que nuestra comida se acabara y empezáramos a comernos los unos a otros. ¿a quién crees que van a repartirse primero... el cerdo, el perro, o yo?

–Al más ruidoso, diría yo

El capitán murió al día siguiente, el cocinero del barco, tres noches después. Era todo lo que la tripulación restante podía hacer para mantener a flote los restos del naufragio. El oficial de cubierta que había asumido el mando creía que estaban en algún lugar al sur de la Isla de Cedros. Cuando bajó los botes del barco para remolcarlos hacia la tierra más próxima, uno descendió y los hombres en el otro cortaron la cuerda y remaron hacia el norte, abandonando la barcaza y a todos sus compañeros.

–Esclavos– dijo Jorah, despectivo.

El gran caballero había dormido durante la tormenta, según él mismo dijo. Tyrion tenía sus dudas, pero se las guardó para sí mismo. Tal vez, algún día, querría morder a alguien en la pierna, y para eso se necesitan los dientes. Mormont parecía satisfecho con ignorar su desacuerdo, por lo que Tyrion decidió fingir que no había sucedido.

Durante diecinueve días fueron a la deriva, mientras los alimentos y el agua disminuían. El sol caía sobre ellos, implacable. Penny se confinó en su camarote con su perro y su cerda, y Tyrion le traía comida, cojeando con la pantorrilla vendada y oliendo la herida por la noche. Cuando no tenía nada más que hacer, se pinchaba los dedos de las manos y los pies. Ser Jorah llegó hasta el punto de afilar su espada cada día, afinando la punta hasta que brilló. Los tres dedos furiosos restantes iluminaban la noche cuando el sol se ponía, pero llevaban su armadura ornamentada, mientras guiaban la oración de la tripulación, y sus lanzas permanecian a la mano. Y ni un solo un marinero trató de frotar la cabeza de cualquiera de los enanos.

–¿Deberíamos justar de nuevo para ellos?– Preguntó Penny una noche. –Mejor no– dijo Tyrion. –Eso sólo serviría para recordarles que tenemos un buen cerdo regordete– Aunque Pretty se hacía menos regordeta con cada día que pasaba y Crunch era hueso y pellejo.

Esa noche soñó que estaba de regreso en Desembarco del Rey otra vez, una ballesta en su mano. –A donde van las putas– dijo Lord Tywin, pero cuando el dedo de Tyrion apretó y la cuerda del arco vibró, era Penny, con la saeta enterrada en su vientre.

Se despertó con el sonido de gritos.

La cubierta se movía debajo de él, y durante la mitad de un latido estuvo tan confundido que pensó que estaba de vuelta en *La Doncella Tímida*. Un tufillo de excremento de cerdo lo devolvió a sus sentidos. Había dejado atrás *Las Aguas de la Tristeza*, a medio mundo de distancia, y la alegría de ese momento también. Se acordó de lo dulce que Lemore le había parecido después de una mañana de nado, con gotas de agua brillando en su piel desnuda, pero la única joven aquí era su pobre Penny, la pequeña enana atrofiada.

Sin embargo, algo estaba ocurriendo. Tyrion se deslizó de la hamaca, bostezó y buscó alrededor por sus botas. Y por loco que sea, buscó también la ballesta, pero por supuesto, no había ninguna para ser encontrada. «Una pena», pensó, «podría haber sido de utilidad cuando la gente grande venga a comerme». Se puso las botas y subió a cubierta para ver a que se debían tantos gritos. Penny estaba ahí antes que él con los ojos abiertos de asombro. –Una vela– gritó, –ahí, ahí, ¿la ves? Una vela, y nos han visto, lo han hecho. Una vela

Esta vez él la besó... una vez en cada mejilla, una vez en la frente, y uno último en la boca. Ella se sonrojó y se reía aunque después del último beso, se puso tímida de nuevo, pero no importó. La otra nave se estaba acercando. Una galera grande, pudo ver. Sus remos dejaban una estela blanca por detrás de ella. –¿Qué barco es ese?– Preguntó a Ser Jorah Mormont. –¿Puedes leer su nombre?

–No necesito leer su nombre. Estamos a favor del viento. La puedo oler. –Mormont sacó su espada. –Ese es un barco esclavista.

41. EL CAMBIACAPAS

Los primeros copos de nieve se deslizaban a medida que el sol se ponía por el oeste. Para caída la noche la nieve descendía tan fuerte que la luna apareció detrás de una cortina blanca, sin verse.

–Los dioses del norte han desatado su enojó sobre Lord Stannis –, anunció Roose Bolton llegada la mañana a los hombres reunidos en el Gran salón de Invernalia para desayunar. –Él es un extraño aquí, y los viejos dioses no lo dejarán vivir.

Sus hombres rugieron en aprobación, golpeando sus puños en las mesas de tablones largos. Invernalia podría estar en ruinas, pero sus paredes de granito aún mantendrían el peor de los vientos y el clima en la bahía. Estaban bien abastecidos con alimentos y bebidas, tendrían fuego para calentarse cuando estuvieran fuera de servicio, un lugar donde secar sus ropas, esquinas ajustadas para acostarse y dormir. Lord Bolton había previsto con madera suficiente para mantener el fuego alimentado por medio año, por lo que el Gran salón estaba siempre cálido y acogedor. Stannis no tenía nada de eso.

Theon Greyjoy no se unió al clamor. Tampoco los hombres de la Casa Frey, que no dejo de notar. «Ellos son extraños aquí también», pensó, mirando a Ser Aenys Frey y su medio hermano Ser Hosteen. Nacido y criado en el riverlands, los Freys nunca habían visto una nevada como esta. «El norte ya se ha cobrado a tres de su sangre», pensó Theón, recordando a los hombres que Ramsay había buscado inútilmente, perdidos entre Puerto blanco y Barrowton.

En el estrado, Lord Wyman Manderly se sentó entre un par de sus caballeros de Puerto Blanco, llevando cucharadas de puré de avena hacia su regordeta cara. No parecía estar disfrutándolo tanto como lo había hecho con los pasteles de carne de cerdo en la boda. En otra parte el manco Harwood stout hablaban en voz baja con el cadavérico Umber mataputas.

Theón enfiló con los demás hombres para las gachas de avena, se sirvió en un cuenco de madera de una fila de calderas de cobre. Los señores y caballeros tenían leche y miel, e incluso vio un poco de mantequilla para endulzar sus porciones, pero nada de eso se le ofreció. Su reinado como príncipe de Invernalia había sido breve. Había jugado su parte en la mascarada, dando a la falsa Arya para ser casada, y ahora ya no le servía de nada a Roose Bolton.

–Recuerdo mi primer invierno, la nieve me llegaba a la cabeza –, dijo un hombre de Hornwood en la fila por delante de él.

–Sí, pero tenias sólo tres pies de altura en ese momento – dijo un jinete de Los Riachuelos.

La noche anterior, sin poder dormir, Theon se encontró a sí mismo pensando en escapar, de desaparecer sin ser visto mientras que Ramsay y su señor padre tenían su atención en otra parte. Cada puerta estaba cerrada y atrancada y fuertemente custodiada, sin embargo, no se permitía a nadie entrar o salir del castillo sin permiso de Lord Bolton. Incluso si encontraba

algún modo secreto de salir, Theón no lo habría creído. No había olvidado a Kyra y sus llaves. Y si lograba salir, ¿adónde iría? Su padre había muerto, y sus tíos no tenían ningún uso para él. Pyke estaba perdido para él. Lo más cercano a un hogar que le quedaba era aquí, entre los huesos de Invernalia.

«Un hombre arruinado, un castillo en ruinas. Este es mi lugar».

Estaba a la espera de su gacha de avena cuando Ramsay irrumpió en la sala con los muchachos de su Bastardo, gritando por la música. Abel se frotó el sueño de los ojos, tomó su laúd, y se lanzó a tocar 'La Esposa del Dorniense', mientras que una de sus lavanderas golpeaba al tiempo su tambor. El cantante cambió las palabras, En lugar de saborear a la esposa del Dorniense, él cantó saborear a la hija de un norteño.

«Podría perder su lengua por eso» pensó Theon, mientras su tazón estaba siendo llenado. «No es más que un cantante. Lord Ramsay podría desollar la piel de ambas manos, y nadie diría una palabra.» Pero Lord Bolton sonrió a la letra y Ramsay se echó a reír. A continuación, los demás sabían que estaba bien reír también. Yellow Dick encontró la canción tan divertida que se le salió vino por la nariz.

Lady Arya no estaba allí para compartir la diversión. Ella no había sido vista fuera de sus habitaciones desde su noche de bodas. Amargo Alyn había estado diciendo que Ramsay mantenía a la novia desnuda y encadenada a un poste de la cama, pero Theon sabía que sólo eran palabras. No había cadenas, al menos ninguna que los hombres pudieran ver. Sólo un par de guardias fuera de la alcoba, para que la niña deambule. «Y ella sólo está desnuda cuando se baña.»

Sin embargo, fue lo que hizo casi todas las noches. Lord Ramsay quería a su esposa limpia. –Ella no tiene sirvientas, pobrecita –, le había dicho a Theón. –Eso te deja a ti, hediondo. ¿Debo ponerte un vestido? – El se echó a reír. –Tal vez si me lo ruegas, ahora mismo, sería suficiente para que fueras su dama de baño. No voy a permitir que huela como tú –. Así que cada vez que a Ramsay le picaba acostarse con su esposa, decaía en Theón pedir prestadas algunas mujeres de servicio a Lady Walda o Lady Dustin y buscar agua caliente de la cocina. A pesar de que Arya nunca habló con ninguno de ellos, no podían dejar de ver sus moretones. «Es su propia culpa. Ella no lo ha satisfecho». –Sólo sé Arya –, le dijo a la chica una vez, mientras la ayudaba a entrar en el agua. –lord Ramsay no quiere hacerte daño. El sólo nos hace daño cuando... cuando olvidamos. Nunca me cortó sin motivo. –

–Theon... – le susurró, llorando. –Hediondo – Él la agarró del brazo y la sacudió. –Aquí sólo soy hediondo. Debes recordarlo, Arya. – Pero la niña no era una verdadera Stark, sólo era un cachorro de mayordomo.«Jeyne, su nombre es Jeyne. Ella no debe buscarme para que la rescate» Alguna vez, Theon Greyjoy podría haber tratado de ayudarla. Theon había sido un hijo del hierro, y un hombre más valiente que hediondo. «Hediondo, hediondo, que rima con débil»

Ramsay tenía un nuevo juguete para entretenerlo, uno con tetas y coño... pero pronto cuando las lágrimas de Jeyne pierdan su sabor, Ramsay querrá a su hediondo de nuevo.«Él me despellejara centímetro a centímetro. Cuando mis dedos se hayan ido se llevará mis

manos. Después de mis dedos de los pies, mis pies. Pero sólo cuando le ruegue, cuando el dolor crezca tan mal que le suplique me diera un poco de alivio». No habrá baños calientes para hediondo. Él rodaría en mierda de nuevo, prohibido lavar. La ropa que llevaba se tornarían trapos, sucios y maloliente, y haría lo posible por llevarlos hasta que se pudrieran. Lo mejor que podía aspirar era a ser devuelto a las perreras con las niñas de ramsay para la compañía. «Kyra», recordó. «La nueva perra que él llama Kyra»

Llevó su tazón al fondo de la sala y encontró lugar en un banco vacío, metros más allá de la antorcha más cercana. De Día o de noche, los bancos por debajo de la sal nunca fueron menos que la mitad con hombres bebiendo, jugando a los dados, hablando o durmiendo en sus ropas en rincones tranquilos. Sus alguaciles los pateaban hasta despertarlos cuando llegaba su turno de agarrarse de nuevo en sus capas y caminar por los muros. Pero ninguno de ellos daría una bienvenida al cambiacapas theon a la compañía, ni tampoco el tenía aprecio por ellos.

La papilla estaba gris y húmeda, y la apartó después de su tercera cucharada y el dejo congelarse en el tazón. En la siguiente mesa, los hombres estaban discutiendo acerca de la tormenta y preguntándose en voz cuanto tiempo caería la nieve. –Durante todo el día y toda la noche, podría ser aún más–, insistió el grande, un arquero de barba negra con un hacha doble bordado en el pecho. Algunos de los ancianos hablaron de otras tormentas de nieve e insistió en que esto no era más que una fina capa en comparación con lo que habían visto en los inviernos de su juventud. Los de riverlands estaban horrorizados. «No tienen amor por la nieve y el frío, estos espadachines sureños» Los hombres entraban a la sala acurrucados al fuego o batiendo las manos cerca de los brillantes braseros y sus capas colgadas goteaban de los ganchos en el interior de la puerta.

El aire era denso y lleno de humo, una costra se había formado sobre su avena cuando una voz de mujer detrás de él dijo, –Theon Greyjoy.

«Mi nombre es hediondo» casi dijo. –¿Qué quieres?

Ella se sentó junto a él, a horcajadas sobre el banco, y aparto un mechón salvaje marrón rojizo fuera de sus ojos. –¿Por qué comes solo, mi señor? Venga, levántate, únete al baile. –

Volvió a su avena. –Yo no bailo.– El Príncipe de Invernalia había sido un buen bailarín, pero a falta de los dedos del pie hediondo sería grotesco. –Déjame en paz. No tengo monedas.

La mujer sonrió torcidamente. –¿me tomas por una puta?– Ella era una de las lavanderas cantante, alta y flaca, muy delgada y pura piel para ser llamada bonita... aunque hubo un tiempo en que Theón la habría tomado de todos modos, para ver cómo se sentiría tener sus largas piernas envueltas a su alrededor. –¿De qué me servirían monedas aquí? ¿Qué iría a comprar con ella, un poco de nieve? –, Se rió. –Podrías pagarme con una sonrisa. Nunca te he visto sonreír, ni siquiera durante la fiesta de boda de tu hermana.

–Lady Arya no es mi hermana.– «Yo no sonrío tanto,» podría haber dicho. «Ramsay odiaba mis sonrisas, por lo que tomó un martillo para mis dientes. Apenas puedo comer» –Ella nunca fue mi hermana.

–Aunque una bonita sirvienta

«Nunca fui tan hermosa como Sansa, pero todos dijeron que era bonita» Las palabras de Jeyne parecían hacer eco en su cabeza, al ritmo de los dos tambores que las otras chicas de Abel tocaban. Otra había sacado al pequeño Walder Frey arriba sobre la mesa para enseñarle a bailar. Todos los hombres reían. –Déjame en paz–, dijo Theon.

–¿No soy del gusto de mi señor? Podría enviarte a Myrtle, si quieres. O Holly, puede que te guste más. A todos los hombres les gusta Holly. No son mis hermanas tampoco, pero son dulces. –La mujer se acercó. Su aliento olía a vino. –Si no tienes una sonrisa para mí, dime cómo tomaste Invernalia. Abel la pondría en una canción, y vivirías para siempre.

–Como un traidor. Como Theón cambiacapas.

–¿Por qué no Theón el listo? Fue una audaz hazaña, la forma en que lo oímos. ¿Cuántos hombres tenias? ¿Cien? ¿Cincuenta?

«*Pocos*» –Fue una locura.

–Gloriosa locura. Stannis tiene cinco mil, se dice, pero Abel dice que diez veces más y ni así podrían vulnerar estos muros. Entonces, ¿cómo has entrado, mi señor? ¿Tuvo algún pasaje secreto?

«Tuve cuerdas» pensó Theon.«Tuve arpones. Tuve a la oscuridad de mi lado, y la sorpresa. El castillo fue tomado de manera suave, y los tome desprevenidos» Pero no dijo nada de eso. Si Abel hacia una canción sobre él, que a Ramsay no le gustara, pincharía sus tímpanos para asegurarse de que nunca lo escuchara.

–Puedes confiar en mí, mi señor. Abel lo hace.– La lavandera puso su mano sobre las suya. Sus manos estaban enguantadas en lana y cuero. Las de ella desnudas, de dedos largos, ásperos, con las uñas masticadas hasta la médula. –Nunca preguntaste mi nombre. Es Rowan.

Theon se aparto. Esta era una táctica, él lo sabía. «Ramsay la envió. Ella es otra de sus bromas, como Kyra con las llaves. Una broma alegre, eso es todo. Él quiere que yo corra, para poder castigarme.»

Quería golpearla, romper con esa sonrisa burlona de su cara. Quería besarla, follarsela allí mismo en la mesa y hacer que gritara su nombre. Pero sabía que no debía atreverse a tocarla, en la ira o la en la lujuria. «Hediondo, hediondo, mi nombre es hediondo. No debo olvidar mi nombre» Sacudió sus pies y se dirigió sin palabras a las puertas, cojeando sobre sus pies mutilados.

Afuera la nieve seguía cayendo. Húmeda, pesada, silenciosa, que ya había comenzado a cubrir los pasos dejados por los hombres que iban y venían de la sala. La nieve amontonada llegó casi hasta la parte superior de sus botas. Será más profundo en el bosque de lobos... y fuera en el camino real, donde el viento esta soplando, no habrá escape de eso. Una batalla se está librando en el patio; Ryswells arrojando bolas de nieve a los niños de Barrowton. Por encima, podía ver algunos escuderos haciendo muñecos de nieve a lo largo de las almenas. Que los estaban armando con lanzas y escudos, poniendo medio cascos de hierro en la cabeza, y acomodándolos a lo largo de la pared interior, una fila de centinelas de nieve. –El señor invierno se nos ha unido pidiendo sus cuotas,– uno de los centinelas fuera del Gran Salón bromeo... hasta que vio la cara de Theon y se dio cuenta de con quien estaba hablando. Luego volvió la cabeza y escupió.

Más allá de las tiendas los grandes caballos de batalla de los caballeros de Puerto blanco y los Gemelos estaban tiritando en sus líneas de caballos. Ramsay había quemado los establos cuando saqueó Invernalia, por lo que su padre había levantado unos nuevo dos veces más grande que el anterior, para dar cabida a los caballos de guerra y a los palafrenes de sus señores abanderados y caballeros. El resto de los caballos fueron atados en los pabellones. Mozos de cuadra encapuchados se movían entre ellos, cubriéndolos con mantas para mantenerlos calientes.

Theon hizo su camino más profundo hacia las partes en ruinas del castillo. Mientras recogía las piedras destrozadas que una vez fueron la torre del Maestre Luwin, cuervos miraban hacia abajo desde una brecha encime del muro, murmurando entre ellos. De vez en cuando uno dejaba escapar un grito ronco. Se paró en la puerta de un dormitorio que había sido alguna vez suyo (hasta los tobillos de nieve que había entrado a través de una ventana rota), visitó las ruinas de la forja de Mikken y el septo de lady Catelyn. Por debajo de la Torre quemada, pasó a Rickard Ryswell acariciando el cuello a una de las lavanderas de Abel, la regordeta con las mejillas de manzana y nariz chata. La chica estaba descalza en la nieve, envuelta en una capa de piel. Él pensó que podría estar desnuda debajo. Cuando ella lo vio, le dijo algo a Ryswell que lo hizo reír en voz alta.

Theon caminó lejos de ellos. Había una escalera de más allá de las jaulas, rara vez utilizada, fue allí done sus pies lo llevaron. Los pasos eran empinados y peligrosos. Subió con cuidado y se encontró solo en las almenas de la pared interior, bien lejos de los escuderos y sus muñecos de nieve. Nadie le había dado libertad en el castillo, pero nadie se lo había negado tampoco. Podía ir a donde él quisiera dentro de las paredes.

El muro interno de Invernalia era el más antiguo y alto de los dos, sus antiguas almenas grises se elevaban cien pies de altura, con torres cuadradas en cada esquina. La pared exterior, se levantó muchos siglos después, era veinte pies más bajo, pero más grueso y en mejor estado, con torres octogonales en el lugar de torres cuadradas. Entre las dos paredes estaba el foso, ancho y profundo... y congelado. Nieve caída había comenzado a deslizarse a través de su superficie helada. La nieve se acumulaba a lo largo de las almenas también, llenando las brechas entre los merlones y dejando pálidos mantos blandos en cada parte superior de las torres.

Más allá de los muros, hasta donde él podía ver, el mundo se estaba volviendo blanco. Los bosques, los campos, el camino real--la nieve los estaba cubriendo a todos ellos bajo un suave manto pálido, enterrando los restos del pueblo del invierno, ocultando las paredes ennegrecidas que los hombres de Ramsay habían dejado atrás cuando incendiaron las casas con antorchas. «Las heridas que la nieve hizo, la nieve la esconde» pero eso estaba mal. Ramsay era un Bolton ahora, no un Nieve, nunca un nieve.

Un poco más lejos, el bacheado camino real habían desaparecido, perdido en medio campos y colinas, todo bajo una vasta extensión blanca. Y todavía seguía cayendo nieve, cayendo en silencio desde un cielo sin viento. «Stannis Baratheon está ahí fuera en algún lugar, congelándose» ¿Lord Stannis trataría de tomar Invernalia por asalto? si lo hace, su causa está perdida. El castillo era demasiado fuerte. Incluso con el foso congelado, las defensas de Invernalia siguen siendo formidables. Theon había capturado el castillo a hurtadillas, enviando a sus mejores hombres a escalar los muros y a nadar el foso bajo el amparo de la oscuridad. Los defensores ni siquiera sabían que estaban bajo el ataque hasta que fue demasiado tarde. Ninguna evasiva era posible para Stannis.

Quizás el prefiera aislar al castillo del mundo exterior y matar de hambre a sus defensores, los almacenes de Invernalia y las bodegas sótano estaban vacías. Un largo tren de suministro había venido con Bolton y sus amigos los Frey a través del cuello, Lady Dustin había llevado alimentos y forrajes de Barrowton, y lord Manderly había llegado bien provisto de puerto blanco... pero el anfitrión era grande. Con tantas bocas que alimentar, sus reservas no podrían durar por mucho tiempo.«Aunque, lord Stannis y sus hombres estarán igual de hambrientos. Y fríos y con los pies doloridos también, sin condiciones para pelear... pero la tormenta los hará desesperados por entrar al interior del castillo»

La nieve caía sobre el bosque de dioses también, derritiéndose cuando tocaba el suelo. Bajo los árboles de capa blanca la tierra se había convertido en lodo. Aros de niebla flotaban en el aire como cintas fantasmales. «¿Por qué vine aquí? Estos no son mis dioses. Este no es mi lugar». El árbol corazón estaba delante de él, un gigante pálido con una cara tallada y hojas como manos ensangrentadas.

Una fina capa de hielo cubrió la superficie de la piscina debajo del arciano. Theón hundió sus rodillas junto a él. –Por favor–, murmuró entre dientes rotos, –Nunca quise ...– Las palabras se quedaron en su garganta. –Sálvame–, finalmente lo logró. –Dame...– «¿Qué? Fuerza? Valor? Misericordia?» La nieve cayó en torno a él, pálida y silenciosa, manteniendo su propio consejo. El único sonido fueron suaves y débiles sollozos.«Jeyne» pensó. «Es ella, llorando en su cama nupcial. ¿Quién más podría ser?» Los dioses no lloran. O si?

El sonido era demasiado doloroso para soportar. Theon agarró una rama y tironeo para estar de vuelta en pie, golpeó la nieve de sus piernas, y se fue cojeando hacia la luz. «Hay fantasmas en Invernalia, pensó, y yo soy uno de ellos»

Más muñecos de nieve se habían levantado en el patio en el momento en que Theon Greyjoy hizo su camino de regreso. Para comandar a los centinelas de nieve en las murallas, los escuderos habían levantado una docena de señores de nieve. Uno de ellos fue

claramente la intención de ser lord Manderly, era el más gordo muñeco de nieve que Theon había visto nunca. El señor con un solo brazo sólo podía ser Stout Harwood, la dama de nieve Barbrey Dustin. Y el más cercano a la puerta con la barba hecha de carámbanos de hielo tenía que ser el viejo Umber mataputas.

En el interior, los cocineros repartían carne de res y estofado de cebada, con muchas zanahorias y cebollas, servido en zanjadoras ahuecada de hogazas de pan del día anterior. Las Sobras eran arrojadas al suelo para ser engullido por las niñas de Ramsay y los otros perros.

Las chicas se alegraron de verlo. Ellas lo conocían por su olor. Red Jeyne fue de buena manera a lamer su mano, y Helicent se deslizó por debajo de la mesa y se acurrucó a sus pies, royendo un hueso. Eran buenos perros. Era fácil olvidar que cada uno recibió el nombre de una chica que Ramsay había cazado y asesinado.

Cansado como estaba, Theon tenía apetito para comer un poco de estofado, todo ello regado con cerveza. Para entonces la sala se había vuelto estridente. Dos de los exploradores de Roose Bolton habían llegado de vuelta rezagados a través de la Puerta del Cazador para informar que el avance de lord Stannis se había ralentizado hasta casi detenerse. Sus caballeros cabalgaban caballos de batalla, y los grandes caballos de guerra se hundían en la nieve. Los pequeños, los ponis de paso seguro de los clanes de la colina iban mejor, dijeron los exploradores, pero los miembros del clan no se atrevieron a presionarlos demasiado o todo el ejército se separaría. Lord Ramsay ordenó a Abel a darles una canción de marcha en honor a Stannis caminando a través de la nieve, por lo que el bardo tomó posesión de su laúd otra vez, mientras que una de sus lavanderas convenció una espada de Alyn Sour para que imitara a Stannis blandiendo su espada en copos de nieve.

Theon estaba mirando hacia abajo a la última gota de la tercera jarra cuando Lady Barbrey Dustin irrumpió en la sala y envió a dos de sus espadas juramentadas para traerlo hacia ella. Cuando se paró debajo del estrado, ella lo miró de arriba abajo, y lo olió. –Esas son las mismas ropas que llevabas para la boda.

–Sí, mi señora. Son las ropas que me dieron. –Esa fue una de las lecciones que había aprendido en fuerte terror: tomar lo que se le fue dado y nunca pedir más.

Señora Dustin vestía de negro, como siempre, aunque sus mangas estaban cubiertas de vair. Su vestido tenía un alto cuello duro que enmarcaba su rostro. –Conoces este castillo.

–Una vez–.

–En algún lugar debajo de nosotros están las criptas donde los antiguos reyes Stark están sentados en la oscuridad. Mis hombres no han sido capaces de encontrar el camino hacia ellos. Han pasado por todas las fincas y bodegas, incluso los calabozos, pero...

–Las criptas no se pueden acceder desde los calabozos, mi señora.

–¿Puedes mostrarme la manera de bajar?

–No hay nada allí, solo

–Starks Muertos? Sí. Y todos mis Starks favoritos están muertos, como sucedió. ¿Sabes el camino o no?

–lo sé.– No le gustaban las criptas, nunca le habían gustado las criptas, pero no era extraño para ellos.

–Muéstrame. Sargento, ir a buscar una lámpara.

–Mi señora va a querer un manto caliente–, la advirtió Theon. –Tendremos que salir a la calle.

La nieve estaba cayendo más fuerte que nunca, cuando salieron de la sala con lady Dustin envuelta en marta cibelina. Acurrucados en sus capuchones, los guardias de afuera eran casi indistinguibles de los muñecos de nieve. Sólo su aliento blanco al aire daba prueba de que estaban vivos. Los fuegos ardían en las almenas, en un vano intento de ahuyentar a las tinieblas. Su pequeño grupo se encontró caminando penosamente a través de una extensión suave e ininterrumpida de blanco que llegaba hasta la mitad de sus terneros. Las tiendas de campaña en el patio estaban medio enterrados, caídas por el peso de la acumulación.

La entrada a las criptas se encontraba en la parte más antigua del castillo, cerca del pie del Primer Torreón, la que se dejo inutilizada por cientos de años. Ramsay la había incendiado cuando saqueó Invernalia, y gran parte de lo que no se había quemado se había derrumbado. Sólo una cáscara se mantuvo, de un lado a la intemperie y llenándose de nieve. Los escombros quedaron esparcidos por todos lados: grandes pedazos de mampostería destrozada, vigas quemadas, gárgolas rotas. La nieve que caía había cubierto casi todo, pero parte de una gárgola todavía asomaba por encima del montón, su rostro grotesco gruñendo ciego al cielo.

«Aquí es donde encontraron a Bran cuando se cayó» Theon fue a cazar ese día, a caballo con Lord Eddard y el rey Robert, sin ningún indicio de la terrible noticia que les esperaba en el castillo. Él recordaba el rostro de Robb cuando le dijeron. Nadie esperaba que el niño roto viviera. «Los dioses no pudieron matar a Bran, no más de lo que pude» Fue un pensamiento extraño, y más extraño todavía recordar que Bran podría estar vivo.

–allí–. Theon señaló a un banco de nieve que se había deslizado por la pared del torreón. –Allí abajo, Estén pendiente de las piedras rotas.

Les tomo a los hombres de lady Dustin la mejor parte más de media hora para destapar la entrada, palear la nieve y el desplazar los escombros. Cuando lo hicieron, la puerta estaba cerrada y congelada. Su sargento tuvo que ir a buscar un hacha antes de que pudieran abrirla, las bisagras gritaron, para revelar escalones de piedra en espiral hacia la oscuridad.

–Es un largo camino hacia abajo, mi señora–, advirtió Theon.

Lady Dustin no se dejó intimidar. –Berón, la luz.

El camino era estrecho y empinado, los escalones desgastados en el centro por siglos de pisadas. Fueron en una simple fila, el sargento con la linterna, a continuación, Theon y lady Dustin, su otro hombre detrás de ellos. Siempre había pensado que las criptas eran frías, por lo que parecían en verano, pero ahora mientras descendían el aire se hizo más cálido. «*No caliente*», nunca caliente, pero más cálido que antes. Ahí bajo la tierra, pareciera, que el frío fuera constante e invariable.

–La novia llora–, dijo Lady Dustin, mientras que hicieron su camino hacia abajo, paso a paso con cuidado. –Nuestra pequeña lady Arya.

«Ten cuidado ahora. Ten cuidado, ten cuidado» Puso una mano en la pared. El movimiento de la luz de las antorchas hizo que los escalones parecieran moverse bajo sus pies. –Como ... como dice, mi señora.

–Roose no está contento. Dígale a su bastardo eso.

«Él no es mi bastardo», quiso decir, «pero otra voz dentro de él dijo, lo es, lo es. Hediondo pertenece a Ramsay, y Ramsay pertenece a hediondo. No debes olvidar tu nombre.»

–Vestirla en gris y blanco sirve de nada si la chica es dejada para llorar. A los Freys puede que no les importe, pero los norteños... temen a fuerte terror, pero aman a los Starks.

–usted no–, Dijo Theon. –Yo no–, confesó la señora de Barrowton, –pero el resto, sí. El viejo mataputas. Está aquí sólo porque los Freys mantienen cautivo al gran Jon. ¿Y te imaginas que los hombres de Hornwood han olvidado el último matrimonio del Bastardo, y cómo su señora esposa fue dejada para morir de hambre, masticándose sus propios dedos? ¿Qué crees que pasara por sus cabezas cuando escuchen el llanto de la nueva novia? la preciosa niña del valiente Ned.

«No» pensó. «Ella no es sangre de Lord Eddard, su nombre es Jeyne, ella es sólo la hija de un mayordomo» No cabe duda de que Lady Dustin sospechara, pero aún así...

–el llanto de lady Arya nos hacen más daño que todas las espadas y lanzas de lord Stannis. Si el Bastardo significa permanecer como Señor de Invernalia, es mejor que enseñe a su esposa a reír.

–Mi señora,– la interrumpió Theon. –Aquí estamos.

–Los escalones van más abajo–, observó lady Dustin. –Hay mas niveles inferiores, antiguos. El nivel más bajo esta parcialmente derrumbado, me han dicho. Nunca he estado allí. –Él abrió la puerta y los condujo a un largo túnel abovedado, donde poderosos pilares de granito marchaban de dos en dos en la oscuridad.

El Sargento de lady Dustin levantó la lámpara. Las sombras se deslizaban y cambiaban. «Una pequeña luz en una gran oscuridad» Theon nunca se había sentido cómodo en las criptas. Podía sentir a los reyes de piedra mirándolo fijamente con sus ojos de piedra, con sus dedos de piedra enroscados alrededor de las empuñaduras de espadas largas oxidadas.

Ninguno de ellos tenía amor por los hijos del hierro. Una sensación familiar lo llenó de temor.

–Muchos–, dijo lady Dustin. –¿Sabes sus nombres?

–Una vez... pero eso fue hace mucho tiempo.– Señaló Theon. –Los que están en este lado fueron reyes en el Norte. Torrhen fue el último.

–El rey que se arrodilló.

–Sí, mi señora. Después de él no eran más que señores.

–Hasta el joven lobo. ¿Dónde está la tumba de Ned Stark?

–Al final. Por aquí, mi señora.

Sus pasos resonaban en la cripta mientras se abrían paso entre las filas de pilares. Los ojos de piedra de los muertos parecía seguirles, como así también los ojos de sus Lobos huargos de piedra. Los rostros agitaron recuerdos borrosos. Unos pocos nombres volvieron a él, espontáneamente, el susurró de la voz fantasmal del Maestre Luwin. El Rey Edrick Snowbeard, que había gobernado el norte por cientos de años. Brandon el carpintero, que había navegado más allá de la puesta del sol. Theon Stark, el lobo hambriento. «Mi homónimo» Lord Beron Stark, que hicieron causa común con Roca Casterly en la guerra contra Dagón Greyjoy, señor de Pyke, en los días en que los siete reinos fueron todos gobernados por un hechicero bastardo llamado Bloodraven.

–Aquel rey le falta su espada–, observó lady Dustin.

Era cierto. Theon no recordaba qué rey era, pero la espada larga que debería tener ya no estaba. Vetas de óxido permanecían para mostrar dónde había estado. La visión lo inquietó. Siempre había escuchado que el hierro de la espada mantenía al espíritu de los muertos encerrados en sus tumbas. Si una espada estaba desaparecida...

«Hay fantasmas en Invernalia. Y yo soy uno de ellos»

Siguieron caminando. La cara de Barbrey Dustin parecía endurecerse con cada paso. «A ella no le gusta este lugar más que a mí» Theón se oyó decir, –Mi señora, ¿por qué odia a los Starks?

Ella lo estudió. –Por la misma razón que usted los ama.

Theon tropezó. –Amarlos? Yo nunca ... yo les he arrebate este castillo, mi señora. Yo he ... he ejecutado a Bran y Rickon, he puesto sus cabezas en estacas, yo...

–... Cabalgó al sur con Robb Stark, luchó junto a él en el bosque susurrante y en el Aguasdulces, regresó a las Islas de Hierro, como su enviado para tratar con su propio padre. Barrowton también envió hombres con el joven lobo. Yo le di tan pocos hombres como me

atreví pero sabía que necesitaría darle algunos o arriesgarnos a la ira de Invernalia. Así que tuve mis propios ojos y oídos en ese anfitrión. Se me mantuvo bien informado. Sé quién eres. Yo sé lo que eres. Ahora responde a mi pregunta. ¿Por qué te gustan los Starks?

–Yo...– Theon puso una mano enguantada contra un pilar.– ...Yo quería ser uno de ellos...

–Y nunca pude. Tenemos más en común de lo que sabe, mi señor. Pero venga.

Sólo un poco más adelante, tres tumbas fueron agrupadas juntas. Ahí fue donde se detuvieron. –Lord Rickard–, observó lady Dustin, estudiando la figura central. La estatua se alzaba por encima de ellos, de cara larga, barbudo y solemne. Tenía los ojos de piedra igual que el resto, pero se veía triste. –También Le falta la espada.

Era cierto. –Alguien ha estado aquí robando espadas. La de Brandon se ha ido también

–Él odiaría eso.– Ella se sacó su guante y le tocó la rodilla, carne pálida contra la oscura piedra. –Brandon amaba su espada. Le encantaba afilarla. –la quiero suficientemente afilada como para afeitar el pelo del coño de una mujer–, solía decir. ¿Y cómo le gustaba usarla. –Una espada sangrienta es una cosa hermosa–, me dijo una vez.

–Usted lo conocía–, dijo Theon.

La luz de la lámpara en sus ojos los hacía parecer como si estuvieran ardiendo. –Brandon fue fomentado en Barrowton con el viejo lord Dustin, padre de alguno con quien más tarde me habría casado, pero pasó la mayor parte de su vida cabalgando los riachuelos. A él le encantaba montar. Su hermana pequeña se parecía a él en eso. Un par de centauros, esos dos. Y mi señor padre estaba contento siempre de ser el anfitrión del heredero de Invernalia. Mi padre tenía grandes ambiciones para la Casa Ryswell. Hubiera servido mi virginidad a cualquier Stark que pasara cerca, pero no había necesidad de eso. Brandon nunca fue tímido a la hora de tomar lo que quería. Soy vieja ahora, algo seca, demasiado tiempo como viuda, pero todavía recuerdo la mirada de mi sangre de doncella en su polla la noche en que me reclamó. Creo que a Brandon tambien le gustó la vista. Una espada con sangre es una cosa hermosa, sí. Me dolió, pero Fue un dolor dulce.

–Sin embargo, el día que me enteré de que Brandon iba a casarse con Catelyn Tully... no había nada dulce en ese dolor. Él nunca la quiso, te lo prometo. Él me lo dijo, en nuestra última noche juntos... pero Rickard Stark tenía grandes ambiciones también. Ambiciones Sureñas que no servirían por tener a su heredero casado con la hija de uno de sus propios vasallos. Después mi padre cuidó alguna esperanza de casarme con Eddard el hermano de Brandon, pero Catelyn Tully lo consiguió también, me quedé con el joven lord Dustin, hasta que Ned Stark lo aparto de mí.

–La rebelión de Robert …

–lord Dustin y yo no habíamos estado casados ni medio año, cuando Robert se levantó y Ned Stark llamó a sus abanderados. Le rogué a mi marido que no fuera. Tenía parientes que podría haber enviado en su lugar. Un tío famoso por su destreza con el hacha, un tío abuelo

que había luchado en la Guerra de los Reyes nueve peniques. Pero él era un hombre lleno de orgullo, nada serviría pero que él mismo liderara los gravámenes de Barrowton. Le di un caballo el día en que partió, un semental de color rojo con una melena de fuego, el orgullo de los rebaños de mi señor padre. Mi señor juró que cabalgaría a casa cuando la guerra terminara.

–Ned Stark me devolvió el caballo en su camino de regreso a Invernalia. Me dijo que mi señor tuvo una muerte honorable, que su cuerpo había sido enterrado para descansar bajo las montañas rojas de Dorne. Sin embargo, él trajo los huesos de su hermana de regreso al norte y allí descansa... pero te prometo, que los huesos de Lord Eddard nunca descansaran junto a ella. Me refiero a que alimentare a mis perros con ellos.

Theon no entendía. –Sus ... sus huesos ...?

Sus labios se torcieron. Era una sonrisa fea, una sonrisa que le recordaba a Ramsay. –Catelyn Tully envió los huesos de Lord Eddard al norte antes de la boda Roja, pero tu tío de hierro se apoderó de Foso Cailin y cerró el camino. He estado observando desde entonces. En caso de que esos huesos emerjan alguna vez de los pantanos, no llegarían más allá de Barrowton.– Echó una última mirada persistente a la figura de Eddard Stark. –Hemos terminado aquí.

La nevada todavía estaba furiosa cuando salieron de las criptas. Lady Dustin se quedó en silencio durante su ascenso, pero cuando estaba al pie de las ruinas del Primer torreon se estremeció una vez más y dijo: –Harías bien en no repetir nada de lo que podría haber dicho allí abajo. ¿Esta entendido?

Lo está. –Mantener mi lengua o perderla.

–Roose te ha entrenado bien.– Ella lo dejó ahí.

42. EL TROFEO DEL REY

La hueste del rey se había ido de Bosquespeso con la nueva luz de un amanecer dorado, serpenteando fuera de las empalizadas de troncos como una larga serpiente metálica saliendo de su nido.

Los caballeros del Sur montaban portando mallas y placas deterioradas y estropeadas por las batallas libradas, pero aún lo suficientemente brillantes como para cegar cuando las alcanzaba un rayo de sol naciente. Descoloridos y manchados, rotos y remendados, sus estandartes y sobrevestes contrastaban en una maraña de colores con el bosque invernal – añiles y naranjas, rojos y verdes, púrpuras y azules y dorados, brillando entre los desnudos troncos marrones, los pinos verde-grisáceos y la nieve sucia.

Cada caballero tenía sus escuderos, sirvientes y hombres de armas. Tras ellos venían los armeros, los cocineros, los lacayos; filas de lanceros, arqueros, y guerreros con hachas; curtidos veteranos de cinto y un batallas, y jóvenes verdes listos para la primera. A su cabeza marchaban los hombres de los clanes de las colinas; jefes y campeones a lomos de percherones, con sus aguerridos hombres trotando tras ellos, envueltos en pieles, cuero endurecido y viejas cotas de malla. Algunos pintaban sus rostros de marrón y verde, y llevaban atadas a su frente ramas para ocultarse entre la vegetación.

Al final de la columna principal iba la carga: mulas, caballos, bueyes… formaban una hilera de casi una milla de longitud con los carros y vagones cargados de comida, forraje, tiendas y otras provisiones. Finalmente iba la retaguardia: más caballeros en armaduras de placas y malla, seguidos de los exploradores que, sigilosamente, iban asegurándose de que ningún enemigo pudiera acercarse estando desprevenidos.

Asha Greyjoy cabalgaba junto con la carga, en un vagón tapado con enormes ruedas de hierro, esposada de pies y manos y vigilada día y noche por una Osa que olía peor que cualquier hombre. Su Majestad el rey Stannis no pensaba dejar ninguna oportunidad de que su trofeo escapara de la cautividad. Tenía intención de llevarla a Invernalia, para exhibirla allí encadenada ante los señores del norte: la hija del kraren esposada y vencida, prueba de su poder.

El sonido de las trompetas saludaba el peso de la columna. Las puntas de las lanzas brillaban con la luz del sol naciente, y a su alrededor el césped estaba cubierto de la escarcha matinal. Entre Bosquespeso y Invernalia había cien leguas de bosque. Más de trescientas millas a vuelo de pájaro. Unos quince días, se decían unos caballeros a otros.
–Robert lo habría hecho en diez – escucho Asha decir con tono pretencioso a Lord Fell. Su abuelo había muerto a manos de Robert en Salaverano, y de alguna forma esto había elevado a su asesino a una categoría casi divina a ojos del nieto– Robert habría estado dentro de Invernalia desde hace ya quince días, burlándose de Bolton desde las murallas.

–Mejor no se lo digas a Stannis –sugirió Justin Massey– o nos tendrá caminando día y noche.

«El rey vive a la sombra de su hermano», pensó Asha.

Aún sentía calambres de dolor en su tobillo cada vez que intentaba apoyar su peso sobre él. No cabía duda de que tenía algo roto. La hinchazón se había bajado en Bosquespeso, pero el dolor seguía allí. Si fuera un simple esguince ya estaría curado a estas alturas. Sus cadenas tintineaban cada vez que se movía. Los grilletes hacían escocer sus muñecas y su orgullo. Pero ese era el coste de la rendición.

–Ningún hombre ha muerto jamás por arrodillarse– le había dicho una vez su padre. –Aquel que se arrodilla puede volver a alzarse, y con una espada en la mano. El que no se arrodilla se quedará bien muerto.

Balon Greyjoy había saboreado la verdad de sus propias palabras cuando su primera rebelión fracasó; el kraken tuvo que arrodillarse ante el venado y el lobo huargo, para volver a alzarse a la muerte de Robert Baraethon y Eddard Stark.

Y así, la hija del kraken había hecho lo mismo en Bosquespeso cuando se encontró a los pies del rey, atada y cojeando (aunque gracias a dios, nadie la había violado), con el tobillo tremendamente dolorido.

–Me rindo, Majestad. Haced lo que os plazca conmigo. Solamente pido que perdonéis a mis hombres.

Qarl y Tris y todos los demás que habían sobrevivido en la batalla del bosque eran lo único que le preocupaba. Sólo quedaban nueve. Los nueve haraposos, como los llamaba Cromm. Él era el herido más grave.

Stannis le había prometido que conservaría sus vidas. Aún así ella podía sentir que no había un gramo de misericordia en aquel hombre. Era muy resulto, sin duda. Tampoco le faltaba valor. Los hombres decían que él era simplemente… si su justicia era áspera y rigurosa, Asha Greyjoy estaba acostumbrada a tal en las Islas del hierro. En cualquier caso, no sentía simpatía hacia este rey. Esos profundos ojos azules suyos parecían siempre embargados por la sospecha, y una ira fría parecía bullir bajo su superficie. Su vida significaba muy poco para él. Simplemente era un rehén, un trofeo para demostrar al Norte que podía vencer a los hombres del hierro.

«Pues peor para él». Era poco probable que el hecho de haber vencido a una mujer produjera impresión alguna entre los norteños, si es que ella sabía algo de su raza, y su valor como rehén era casi nulo. Su tío era quien gobernaba las Islas del Hierro ahora, y a Ojo de Cuervo no le preocupaba si ella vivía o no. Puede que si le preocupara un poco al miserable vejestorio de marido que le había impuesto Euron, pero Eric Ironmaker no

tenía dinero suficiente como para pagar un rescate. Pero no había habido oportunidad de explicar nada de esto a Stannis Baraethon. El mero hecho de que fuera mujer parecía ofenderlo. Los hombres de las tierras verdes preferían que las mujeres fueran blandas y dulces, envueltas en seda, y no en cotas de mallas y cuero, con un hacha arrojadiza en cada mano. Pero el escaso trato que había tenido con el rey en Bosquespeso la había hecho darse cuenta de que si llevara vestido eso tampoco haría que el rey la quisiera más. Incluso con la mujer de Galbart Grove, la piadosa lady Sybelle, él se había comportado correcto y cortés, pero con clara incomodidad. Ese rey del Sur parecía ser uno de aquellos hombres para los que la mujer es como si fuera otra raza, tan distinta e incomprensible como los gigantes y los grumkins y los hijos del bosque. También apretaba los dientes ante la Osa.

Solamente había una mujer a la que Stannis escuchara y la había dejado en el Muro.

–Aunque preferiría que estuviera con nosotros– había confesado ser Justin Massey, el caballero de cabellos claros al mando de la sección de carga. –La última vez que fuimos a la batalla sin Melisandre fue en el Aguasnegras, cuando la sombra de Lord Renly se abalanzó sobre nosotros y arrastró a la mitad del ejército hacia la bahía.

–¿La última vez? –dijo Asha. –¿Acaso estuvo esa mujer en Bosquespeso? Yo no la vi.

–Apenas se puede considerar una batalla– afirmó ser Justin sonriendo.– Tus hombres del hierro lucharon con valor, mi señora, pero os superábamos muchas veces en número, y os tomamos por sorpresa. En Invernalia saben perfectamente que vamos. Y Roose Bolton tiene tantos hombres como nosotros.

«O más», pensó Asha.

Incluso los prisioneros tienen orejas, y ella había oído las discusiones en Bosquespeso, cuando el rey Stannis y sus capitanes debatían sobre esta marcha. Ser Justin se había opuesto desde el principio, junto con muchos otros caballeros y lores que habían venido con Stannis desde el Sur. Pero los lobos insistieron: no se podía permitir que Roose Bolton siguiera en Invernalia, y la hija de Ned debía ser rescatada de las garras de su bastardo. Así hablaron Morgan Liddle, Brandon Norrey, Wull “Cubo Grande”, los Flints, incluso la Osa.

–Hay cien leguas entre Bosquespeso e Invernalia –apuntó Artos Flint, la noche que la discusión había estado en el salón de Galbart Glover– Trescientas millas a vuelo de pájaro.

–Una larga marcha –había dicho un caballero de nombre Corliss Penny.

–No tanto –insistió ser Godry, el enorme caballero al que llamaban Matagigantes.– Hemos llegado bastante lejos. El señor de la Luz nos iluminará el camino.

–¿Y qué pasará cuando lleguemos a Invernalia? –dijo Justin Massey.– Dos murallas con un foso entre medias, y un muro interior de cien pies de alto. Bolton nunca se enfrentará a nosotros en campo abierto, y no tenemos provisiones bastantes como para sostener un asedio.

–No os olvidéis de que Arnold Karstark se unirá a nuestras fuerzas– apuntó Harwood Fell.– Mors Umber también. Tendremos tantos norteños como lord Bolton. Y los bosques son muy espesos al norte del castillo. Podremos construir torres de asedio, arietes…

Y moriréis por millares, pensó Asha.

–Tal vez lo mejor sea que pasemos el invierno aquí– sugirió lord Peasebury.

–¿Pasar el invierno aquí? –rugió Cubo Grande–. ¿Cuánta comida y forraje crees que tiene guardados Galbart Grover?

Entonces ser Richard Horpe, el caballero del rostro ajado y las calaveras de mariposa en el sobreveste, se giró hacia Stannis y dijo:

–Majestad, tu hermano…– pero el rey le cortó.

–Todos sabemos lo que haría mi hermano. Robert cabalgaría solo hacia las murallas de Invernalia, las rompería con su martillo, mataría a Roose Bolton con la diestra y a su bastardo con la siniestra– Stannis se puso en pie.– Yo no soy Robert. Pero iremos allí, y liberaremos Invernalia… o moriremos en el intento.

Por muchas dudas que pudieran albergar sus caballeros, los hombres de a pie parecían tener fe en su rey. Stannis había aplastado el ejército de salvajes de Mance Rayder en el Muro, y sacado a Asha Greyjoy y sus hombres del hierro de Bosquespeso. Era el hermano de Robert, victorioso en la famosa batalla naval de Isla Bella. El hombre que había defendido Bastión de Tormentas durante la rebelión de Robert. Y llevaba un arma propia de un héroe, la hoja encantada Dueña de la Luz, que brillaba en la noche.

–Nuestros enemigos no son tan grandes como parecen– aseguró ser Justin a Asha el primer día de la cabalgada.– Roose Bolton es temido, pero muy poco querido. Y sus amigos los Frey… en el Norte nadie ha olvidado la Boda Roja. Cada hombre de Invernalia perdió familia allí. Stannis solo necesita coger al maldito Bolton, y el resto de los norteños le abandonará.

«Esa es vuestra esperanza», pensó Asha, «pero el rey debe cogerlo primero. Solo un imbécil deserta del lado vencedor».

Ser Justin fue a verla al carro media docena de veces el primer día, para traerle comida, bebida y nuevas de la marcha. Era un hombre de sonrisa fácil y una sarta interminable de bromas, grande y bien nutrido, con las mejillas sonrosadas, los ojos azules y una maraña de cabello rubio blanquecido revuelto por el viento, pálido como la cera. Era un carcelero amable, siempre pendiente de la comodidad de su prisionera.

–Te desea– afirmó la Osa tras su tercera visita.

Su nombre real era Alysane de la Casa Mormont, pero aceptaba el otro nombre con tanta facilidad como su cota de mallas. Pequeña, maciza y musculosa, la heredera de la Isla del Oso tenía los muslos y los pechos grandes, al igual que las manos cubiertas de callos. Incluso durmiendo llevaba su cota de malla bajo las pieles, cuero endurecido debajo, y debajo de eso un pellejo de oveja vuelto del revés para que diera más calor. Todas esas capas hacían que pareciera casi tan ancha como alta. Y muy feroz. A veces le resultaba muy duro a Asha Greyjoy recordar que ella y la Osa eran casi de la misma edad.

–Quiere mis tierras–replicó Asha. –Las islas del hierro. – sabía distinguir muy bien los indicios. Había visto lo mismo en otros pretendientes. Las posesiones ancestrales de los Massey, muy lejos al sur, no le pertenecían, así que debía preparase un matrimonio ventajoso o resignarse a ser poco más que uno de los caballeros de la corte del rey. Stannis había frustrado las esperanzas de ser Justin de casarse con la princesa salvaje de la que Asha había oído tanto hablar, así que ahora estaba obsesionado con ella. Sin duda esperaba poder ponerla en el trono de coral de Pyke y gobernar a través de ella, como su dueño y señor. Para eso haría falta librarse primero de su actual dueño y señor, por no hablar al tío que se lo había impuesto. No es muy probable, pensó Asha. Ojo de cuervo se merendaría sin pestañear a ser Justin.

No importaba. Las tierras de su padre nunca serían suyas, al margen de con quien se casara. Los hombres del hierro no olvidaban fácilmente, y Asha había sido vencida dos veces. Su tío Euron le había ganado el trono, y en Bosquespeso la había derrotado Stannis. Más que suficiente como para marcarla como mala gobernante. Casarse con Justin Massey, o con cualquiera de los caballeros de Stannis le haría más daño que beneficio. «La hija del kraken ha resultado ser finalmente una simple mujer», dirían todos los capitanes y reyes. «Mirad como se abre de piernas para su blando señor de las tierras verdes».

Aún así, si ser Justin deseaba buscar su favor con comida, bebida y palabras, Asha no pensaba disuadirlo. Le hacía mucha mejor compañía que la taciturna Osa, y estaba sola entre cinco mil enemigos. Tris Botley, Qarl la Doncella, Cromm, Roggon y el resto de su banda había quedado atrás en Bosquespeso, en las mazmorras de Galbart Glover.

El ejército avanzó veintidós millas el primer día, según los cálculos de los guías que les había dado lady Sybille, rastreadores y cazadores juramentados de Bosquespeso, que

llevaban nombres de los clanes como Forrester, Woods, Branch y Bole. El segundo día consiguieron hacer casi veinticuatro, cuando la vanguardia abandonó las tierras de los Glover para sumergirse en lo profundo del bosque de los lobos.

–R'hllor, mándanos tu luz que nos guíe en esta oscuridad– rezaban las gentes piadosas cada noche cuando se reunían en torno a crepitantes hogueras delante del pabellón real. Caballeros y hombres de armas por igual. Asha les habría llamado hombres del rey a todos, pero los hombres de la tierras de la tormenta y de la corona los conocían como los hombres de la reina… aunque la reina que siguieran era la mujer roja del Castillo Negro, no a la mujer que Stannis Baraethon había dejado en Guardiaoccidente del Río. –Oh, señor de la Luz, te suplicamos, posa tus ojos fieros sobre nosotros y mantennos calientes y a salvo– cantaban a las llamas.– ya que la noche es larga y está llena de terror.

Un enorme caballero llamado ser Godry Farring los dirigía. Godry el Matagigantes. Un gran nombre para un pequeño hombre. Farring era amplio de pecho y muy musculoso bajo su cota de malla y placas. También era arrogante y presumido, o eso le parecía a Asha, hambriento de gloria, sordo a cualquier cautela, goloso ante los halagos, y pretencioso ante la gente corriente, los lobos y las mujeres. Al fin y al cabo, no era muy distinto de su rey.

–Dejadme un caballo– le pidió Asha a ser Justin cuando éste se acercó al carro con un pedazo de jamón.– Me estoy volviendo loca con estas cadenas. No intentaré escapar. Tenéis mi palabra de eso.

–Desearía poder hacerlo, mi señora. Sois la cautiva del rey, no la mía.

–Vuestro rey no acepta la palabra de una mujer.

La Osa gruñó.

–¿Y por qué deberíamos confiar en la palabra de ningún hombre del hierro después de lo que vuestro hermano hizo en Invernalia?

–Yo no soy Theon–insistió Asha… aún así las cadenas siguieron allí.

Mientras ser Justin se alejaba por la columna, se descubrió a sí misma acordándose de la última vez que había visto a su madre. Había sido en Harlow, en Diez Torres. Una vela ardía en los aposentos de su madre, pero la gran cama labrada estaba vacía bajo las cortinas polvorientas. Lady Alannys estaba sentada junto a la ventana, mirando el océano.

–¿Me has traído a mi niño?– había preguntado, con los labios temblorosos.

–Theon no quiso venir– le había respondido Asha, mirando a la ruina de mujer que la había parido, una madre que había perdido a dos de sus hijos. Y el tercero…

«Os he traído a cada uno un pedazo del príncipe».

Fuera lo que fuera lo que había pasado cuando Invernalia cayó, Asha Greyjoy no creía probable que su hermano hubiera sobrevivido. «Theon el Traidor. Incluso la Osa quiere su cabeza sobre una pica»

–¿Tienes hermanos? –preguntó Asha a su guardiana.

–Hermanas –respondió Alysane Mormont, tan áspera como siempre.– Éramos cinco. Todo chicas. Lyanna ha vuelto a Isla del Oso. Lyra y Jory están con nuestra madre. Dacey fue asesinada.

–En la boda roja.

–Ajá– Alysane miró fijamente a Asha un momento.– Tengo un hijo. Solo tiene dos años. Y una hija de nueve.

–Los has tenido joven.

–Demasiado joven. Pero es mejor que esperar demasiado.

Eso es una puñada para mí, pensó Asha. Pero me da igual.

–Tú estás casada.

–No. A mis hijos los engendró un oso– se sonrió Alysane. Tenía los dientes mellados, pero había algo perturbador en aquella sonrisa.– Las mujeres Mormont son cambiapieles. Nos converimos en osos y encontramos pareja en el bosque. Todo el mundo lo sabe.

Asha le devolvió la sonrisa.

–Las mujeres Mormont también son todas guerreras.

La sonrisa de la otra mujer se desvaneció.

–Somos lo que nos han hecho ser. En Isla del Oso todo niño aprende a temer que el kraken se alce de las aguas.

«La vieja sabiduría». Asha se dio la vuelta, las cadenas tintinearon levemente. Al tercer día, el bosque se alzaba prietamente contra ellos, y las rutas se iban convirtiendo en

senderos de caza que pronto fueron demasiado estrechos para los carros grandes. Aquí y allá pasaban cerca de paisajes familiares: una colina pedregosa que se parecía un poco a una cabeza de oso desde cierto ángulo, una cascada semi congelada, un arco de piedra natural jalonado de musgo verde. Asha los conocía todos. Había venido antes por ese camino, cuando cabalgaba hacia Invernalia para convencer a su hermano de que abandonara sus conquistas y volviera con ella a la seguridad de Bosquespeso. «También fracasé en eso».

El cuarto día hicieron catorce millas, y se dieron por satisfechos.

Cuando cayó la noche, el conductor del carro lo aparcó debajo de un árbol. Mientras estaba quitando los caballos de sus taduras, ser Justin se acercó trotando y quitó los grilletes de los tobillos de Asha. Él y la Osa la escoltaron a la tienda del rey. Puede que fuera una prisionera, pero era una Greyjoy de Pyke, y a Stannis Baraethon le compladecía alimentarla con las sobras de su propia mesa, donde cenaba con sus capitanes y comandantes.

El pabellón real era casi tan grande como el gran salón de Bosquespeso, pero había muy poco de magnificencia en él además de su tamaño. Las tiesas paredes de pesada lona amarillenta estaban desteñidas, manchadas de barro y agua, con partes mohosas. Sobre el palo central ondeaba la bandera real, dorada, una cabeza de venado dentro de un corazón ardiente. Por tres de sus lados estaba rodeado de los pabellones de los señores del Sur que Stannis había traído con él. En el cuarto rugía una hoguera, cuyas llamas lamían el cielo oscuro.

Una docena de hombres estaban partiendo troncos para alimentarla cuando Asha llegó cojeando con sus guardianes. «Los hombres de la reina». Su dios era R'hllor el Rojo, un dios celoso. Su propio dios, el Dios Ahogado de las Islas del Hierro era un demonio a sus ojos, y si no abrazaba las creencias del señor de la Luz estaría condenada y maldita para siempre. Seguro que me quemarían con gusto junto a esos troncos y ramas rotas. Muchos habían apremiado para que la quemaran después de la batalla en el bosque. Stannis se había negado.

El rey esperaba fuera de la tienda, mirando la noche. «¿Qué será lo que ve allí? ¿Victoria? ¿Derrota? ¿El rostro de su dios rojo y hambriento?» Sus ojos estaban hundidos en las cuencas oscuras, su barba recortada no formaba más que una sombra sobre sus mejillas hundidas y su mandíbula huesuda. Aún así había poder en su mirada, una férrea ferocidad que el indicaba a Asha que ese hombre jamás se rendiría en su camino.

Hincó una rodilla ante él.

–Mi señor.

«¿Estoy siendo suficientemente humilde para vos, Majestad? ¿Estoy lo suficientemente apaleada, combada y rota para tu gusto?»

–Quitadme estas cadenas de las muñecas, os lo ruego. Dejadme cabalgar. No intentaré escapar.

Stannis la miró como se puede mirar a un perro que intenta saltar contra tus piernas.

–Te has ganado esos hierros.

–Es cierto. Ahora os ofrezco mis hombres, mis barcos, mi ingenio.

–Tus barcos son míos, o están quemados. Y tus hombres… ¿cuántos quedan? ¿Diez? ¿Doce?

«Nueve. Seis, si consideras sólo los que son capaces de luchar»

–Dagmer Cleftjaw gobierna en la Ciudadela de Torrhen. Un luchador fiero, y un leal siervo de la casa Greyjoy. Puedo entregaros su castillo, y toda su guarnición.

«Tal vez», podía haber añadido, pero no le serviría de nada mostrar dudas ante el rey.

–La ciudadela de Torrhen no vale ni el barro de mis botas. Es Invernalia lo que importa.

–Quitadme estos hierros y dejadme ayudaros a recuperarla, señor. Vuestro real hermano era famoso por su habilidad para transformar a enemigos en amigos. Hacedme vuestro hombre.

–Los hombres no os han hecho hombre. ¿Cómo voy a hacerlo yo?– Stannis se dio la vuelta hacia el fuego, y a lo que quiera que fuera lo que veía entre las llamas.

Ser Justin Massey agarró a Asha del brazo y la empujó al interior de la tienda real.

–Eso no estuvo muy bien calculado, mi señora. –le dijo–Nunca le habléis de Robert.

«Debería haberme dado cuenta». Asha sabía muy bien cómo eran las cosas para los hermanos pequeños. Se acordaba de Theon de niño, un niño tímido que sólo vivía para admirar y temer a Rodrik y Maron. «Nunca lo superan», decidió. «Un hermano pequeño puede llegar a los cien años, pero siempre será un hermano pequeño». Asha agitó sus joyas de hierro y se imaginó cómo le gustaría poder pillar a Stannis desprevenido por la espalda y estrangularlo con la cadena que pendía de sus muñecas.

Esa noche cenaron un estofado de venado hecho con un ciervo delgaducho que un cazador llamado Benjicot Branch había logrado atrapar. Pero solo en la tienda real. Más

allá de las paredes de lona, cada hombre consiguió un pedazo de pan y uno de salchicha, no mucho más largo que un dedo, todo ello pasado con lo que quedaba de la cerveza de Galbart Glover.

Cien leguas de Bosquespeso a Invernalia. Trescientas millas a vuelo de pájaro.

–Ojalá fuéramos pájaros –dijo Justin Massey al cuarto día de marcha, cuando comenzó a caer la nieve. Al principio fueron unos copos pequeños. Fríos y húmedos, pero no eran nada a lo que no se pudieran enfrentar.

Pero volvió a nevar al siguiente día, y el día después, y el día después de aquel. Las barbas espesas de los lobos norteños pronto estuvieron cubiertas de hielo allá donde su aliento se había congelado, y todos los chavales sureños bien afeitados se estaban dejando crecer el bigote para calentar un poco la cara. Antes de no mucho tiempo el suelo delante de ellos estaba totalmente cubierto de nieve, ocultando las piedras, las raíces torcidas y los socavones, lo que convertía cada paso en una aventura. El ejército del rey se convirtió en un montón de muñecos de nieve, cojeando entre las nevadas que les llegaban más arriba de la rodilla.

Al tercer día de nevada la hueste del rey comenzó a deshacerse. Mientras que los caballeros y señores sureños luchaban con ella, los hombres de las colinas del norte lo llevaban mucho mejor. Sus percherones eran bestias de pie seguro que comían menos que los palafrenes y mucho menos que los sementales, y los hombres que los conducían se sentían en casa entre la nieve. Mucho de esos lobos llevaban curioso calzado. Las llamadas garras de oso, unas cosas alargadas hechas con madera doblada y tiras de cuero. Atada a las suelas de las botas, de alguna forma esos artilugios les permitían caminar sobre la nieve sin romper la corteza de éste y hundirse hasta las corvas.

Algunos hasta tenían garras de oso para los caballos, y los pequeños percherones las llevaban con tanta facilidad como llevan otras monturas las herraduras. Pero ni los palafrenes ni los sementales las aceptaban. Cuando algunos de los caballeros del rey intentaron atarlas a sus pezuñas pese a todo, los grandes caballos sureños se negaban a moverse e intentaban quitárselas de las patas. Uno de ellos se rompió un tobillo intentándolo.

Los norteños con garras de oso pronto llevaron la delantera al resto de la hueste. Primero alcanzaron a los caballeros de la columna principal, luego a ser Godry y su vanguardia. Y mientras tanto, los carros y vagones de la carga se iban quedando más y más atrás, se forma que los hombres de la retaguardia no hacían más que apremiarlos para que fueran más rápido.

Al tercer día de nevada, la parte de la carga estaba cruzando una enorme extensión de nieve que llegaba más allá de la cintura que ocultaba una laguna congelada. Cuando el hielo oculto crujió bajo el peso de los carros, tres carreteros y cuatro caballos fueron

tragados por las aguas congeladas, junto con dos de los hombres que intentaban rescatarlos. Uno era Harwood Fell. Sus caballeros consiguieron sacarlo antes de que se ahogara, pero no antes de que sus labios se pusieran azules y su piel más pálida que la leche. No había nada que pudieran hacer para volver a calentarlo después. Estuvo temblando violentamente durante horas, incluso cuando le arrancaron sus ropas empapadas y lo envolvieron en cálidas pieles, sentado junto al fuego. Esa misma noche cayó en un sueño febril. Ya no se despertó.

Esa fue la noche que Asha escuchó por primera vez a los hombres de la reina hablar de un sacrificio, una ofrenda que hacer al dios rojo para calmar la tormenta.

–Los dioses del norte han desatado esta tormenta sobre nosotros– dijo ser Corliss Penny.

–Dioses falsos– insistió ser Godry Matagigantes.

–R'hllor está con nosotros–dijo ser Clayton Suggs.

–Melisandre no– dijo Justin Massey.

El rey no dijo nada. Pero escuchaba. Asha estaba segura de eso. Estaba sentado a la mesa, mientras la sopa de cebolla que apenas había probado se enfriaba ante él, mirando fijamente la llama de la vela más cercana, con esos ojos hundidos, ignorando al resto. El segundo al mando, el esbelto caballero llamado Richard Horpe habló por él:

–La tormenta debe parar pronto– declaró.

Pero la tormenta sólo empeoró. El viento se convirtió en un látigo más cruel que el de un esclavista. Asha pensaba que había conocido el frío en Pyke, cuando el viento llegaba aullante desde el océano, pero no era nada comparado con esto. «Este es el tipo de frío que enloquece a los hombres»

Incluso cuando llegaba el aviso de parar para establecer el campamento para la noche, no era fácil recuperar el calor. Las tiendas estaban húmedas y pesadas, difíciles de levantar y propensas a derrumbarse si se acumulaba demasiada nieve encima. La hueste real se arrastraba por el corazón del mayor bosque de los Siete Reinos, pero era difícil encontrar leña seca. En cada campamento ardían cada vez menos fuegos, y aquellos que se conseguían encender arrojaban más humo que calor. Más que a menudo la comida se comía fría, sino cruda.

Incluso la gran hoguera nocturna disminuyó, para desesperación de los hombres de la reina.

–Señor de la luz, protégenos de este mal– rezaban, conducidos por la voz profunda de ser Godry Matagigantes– Enséñanos de nuevo la fuerte luz del sol, suaviza estos vientos, derrite estas nieves, de forma que podamos alcanzar a nuestros enemigos y aplastarlos. La noche es oscura y fría y llena de terror, pero tuyo es el poder y la gloria y la luz. R'hllor, llénanos con tu fuego.

Más tarde, cuando ser Corliss Penny se preguntaba en voz alta si alguna vez algún ejército se habría congelado hasta la muerte en una tormenta invernal, los lobos reían.

–Esto no es el invierno– declaró Wull Cubo Grande– Allá en las colinas se dice que el otoño te besa, pero el invierno es quien te jode bien fuerte. Esto es solo un beso otoñal.
Dios quiera que nunca conozca el invierno verdadero, entonces. Asha se libraba de la peor parte, pues después de todo era el trofeo del rey. Mientras otros pasaban hambre, a ella le daban de comer. Mientras otros temblaban, ella estaba caliente. Mientras otros luchaban contra la nieve sobre caballos cansados, ella iba sobre un lecho de pieles dentro de un carro, con una lona para protegerla de la nieve, cómoda incluso con sus cadenas.

Los caballos y los hombres corrientes se llevaban la peor parte. Dos escuderos de la tierra de las tormentas apuñalaron a un hombre de armas en una pelea por ver quien se sentaba más cerca del fuego. La noche siguiente unos arqueros desesperados por algo de calor de alguna forma lograron hacer arder su tienda, lo que de alguna forma logró caldear un poco a los de las tiendas vecinas. Los caballos comenzaban a morirse de cansancio y exposición a la intemperie.

–¿Qué es un caballero sin caballo? –se preguntaban los hombres– Un muñeco de nieve con espada.

Cualquier caballo que cayera era descuartizado en el momento para carne. Las provisiones habían comenzado a escasear también.

Peasebury, Cobb, Foxglove y los otros señores sureños urgían al rey para que estableciese un campamento hasta que la tormenta pasara. Stannis no aceptaba nada semejante. Tampoco prestaba atención a los hombres de la reina cuando se acercaban para pedirle que hiciera una ofrenda al hambriento dios rojo. Al menos eso es lo que ella había oído de Justin Massey, que era un poco menos devoto que el resto.

–Un sacrificio probará que nuestra fe aún arde fiel, señor– le había dicho Clayton Suggs al rey.

Y Godry Matagigantes dijo:

–Los viejos dioses del norte nos han enviado esta tormenta. Sólo R'hllor puede acabar con ella. Debemos entregarle a un infiel.

–La mitad de mi ejército está hecha de infieles– había replicado Stannis– No habrá ninguna hoguera. Rezad más.

«Ninguna hoguera hoy, y ninguna mañana… pero si las nieves continuaban, ¿cuánto tardaría en cambiar la resolución del rey?» Asha nunca había compartido la fe que su tío Aeron tenía en el Dios Ahogado, pero esa noche rezó con tanto fervor como su tío jamás había hecho a Aquel que habita bajo las olas. Pero la tormenta no aminoró. La marcha continuó, cada vez más lenta. Cinco millas al día estaba bien. Después tres. Después dos.

Cuando llegó el noveno día de tormenta, todo el campamento vio como los capitantes y comandantes del rey entraban en su tienda mojados y cansados, hincaban una rodilla e informaban de las pérdidas del día.

–Un hombre muerto, tres desaparecidos.

–Seis caballos perdidos, uno de ellos el mío.

–Dos hombres muertos, uno de ellos un caballero. Cuatro caballos cayeron al suelo. Conseguimos levantar uno. El resto están perdidos. Sementales, y un palafrén.

«La cuenta fría», oyó Asha que lo llamaban. La parte de la carga sufría más que las otras: caballos muertos, hombres perdidos, carros volcados y destrozados.

–Los caballos se hunden en la nieve– le dijo Justin Massey al rey.– Los hombres se alejan, o simplemente se quedan sentados esperando la muerte.

–Pues dejadlos– replicó lord Stannis– Seguiremos.

A los hombres del norte les iba mucho mejor, con sus percherones y sus garras de oso. Black Donnel Flint y su hermanastro Artos sólo perdieron un hombre entre los dos. Los Liddle, los Wulls y los Norrey no perdieron ninguno. Una de las mulas de Morgan Liddley había desaparecido, pero él parecía pensar que los Flint se la habían robado.

«Cien leguas desde Bosquespeso hasta Invernalia. Trescientas millas a vuelo de pájaro. Quince días». Cuando llevaban quince días de marcha , apenas habían cubierto la mitad del camino. Tras ellos un rastro de carros rotos y cadáveres congelados, enterrados bajo la nieve. El sol, la luna y las estrellas llevaban tanto tiempo desaparecidos que Asha comenzaba a preguntarse si no serían un sueño.

Cuando llevaban veinte días de marcha finalmente consiguió que le quitaran los grilletes. Más tarde ese día uno de los caballos que llevaba su carro murió. No se pudo encontrar un reemplazo, ya que los pocos caballos que quedaban eran necesarios para tirar por la comida y el forraje. Cuando ser Justin Massey se acercó a caballo, les dijo

que descuartizaran al caballo para conseguir carne y que destrozaran el carro para leña. Después quitó los grilletes que unían los tobillos de Asha y le masajeó las pantorrillas.

–No tengo ninguna montura que daros, mi señora– dijo.– Y si intentaramos cabalgar los dos, sería el fin de mi caballo. Debéis caminar.

El tobillo de Asha palpitaba de dolor con cada paso. «El frío pronto lo calmará», se dijo a sí misma. «En una hora ni siquiera podré sentirme el pie». Sólo estaba parcialmente equivocada, le llevó menos que eso. Para cuando la columna se detuvo con la caída de la noche, ella estaba cojeando y añorando las comodidades de su prisión rodante. «Los hierros me han hecho débil». A la hora de la cena estaba tan cansada que se durmió encima de la mesa.

A los vigesimosexto días de marcha de la expedición de quince días se acabaron los vegetales. Al trigesimoprimero, se acabó el grano y el forraje. Asha se preguntaba durante cuánto tiempo puede vivir un hombre alimentándose de carne de caballo cruda y casi congelada.

–Branch jura que estamos sólo a tres días de Invernalia– le dijo ser Richard Horpe al rey aquella noche después de la cuenta fría.

–Si dejamos a los más débiles atrás.

–No podemos hacer nada por los más débiles– insistió Horpe.– Aquellos que estén lo suficientemente fuertes deben llegar a Invernalia o morirán también.

–El señor de la Luz nos entregará el castillo– dijo ser Godry Farring.– Si lady Melisandre estuviera con nosotros…

Finalmente, después de un día de pesadilla en que la columna apenas avanzó una milla, y perdió una docena de caballos y cuatro hombres, lord Peasebury se volvió contra los norteños:

–Esta expedición es una locura. Cada día muere más, y ¿para qué? ¿por una niña?

–Es la hija de Ned–dijo Morgan Liddle. Era el segundo de tres hijos, así que los otros le llamaban Liddle Mediano, aunque no cuando podía escucharlo. Era Morgan quien casi había matado a Asha en la batalla de Bosquespeso. Se había acercado a ella más tarde, durante la marcha, para pedirle perdón… por haberla llamado zorra en su furia, pero no por haberle intentado partir la cabeza con un hacha.

–Es la hija de Ned– repitió Wull Cubo Grande.– Y deberíamos tenerla ya a ella y a Invernalia si vosotros, malditos sureños no os mearais en los pantalones de seda por un poco de nieve.

–¿Un poco de nieve? – la blanda boquita aniñada de Peasubury se torció por la furia.– Fue por vuestro mal consejo que nos obligasteis a empezar esta expedición, Wull. Estoy empezando a sospechar que estabais conchabados con Bolton desde el principio. ¿No será así? ¿Os envió él para murmurar mentiras envenenadas al oído del rey?

Cubo Grande se rió en su cara.

–Lord Gallina. Si fuerais un hombre de verdad, os mataría por eso, pero mi espada está hecha de un acero demasiado bueno para mancharla con carne de gallina–tomó un sorbo de cerveza y se limpió la boca– Sí, los hombres mueren. Más morirán antes de que veamos Invernalia. ¿Y qué? Esto es la guerra. Los hombres mueren en la guerra. Así es como debe ser. Así es como siempre ha sido.

Ser Corliss Penny le lanzó a su jefe de clan una mirada incrédula.

–¿Acaso quieres morir tú, Wull?

Eso pareció divertir al norteño.

–Quiero vivir para siempre en una tierra donde el verano dure mil días. Quiero un castillo en las nubes desde donde pueda ver el mundo. Quiero volver a tener veintiséis. Cuando tenía veintiséis podía luchar todo el día y follar toda la noche. Lo que quieran los hombres no importa. El invierno casi nos ha alcanzado, chico. Y el invierno es la muerte. Preferiría que mis hombres murieran luchando por la hija de Ned que solos y hambrientos en la nieve, con lágrimas congeladas en la mejilla. Nadie canta canciones sobre hombres que mueren así. Lo que es yo, soy viejo. Será mi último invierno. Déjame bañarme en la sangre de Bolton antes de morir. Quiero sentirla salpicar mi cara cuando mi hacha se clave en su cráneo. Quiero lamérmela de los labios y morir con su gusto en mi lengua.

–¡Sí! –gritó Morgan Liddle– ¡Sangre y batalla!

En ese instante todos los hombres de las colinas comenzaron a gritar, golpeando sus copas y cuernos de beber contra la mesa, llenando el pabellón real con su clamor.

Asha Greyjoy también habría dado la bienvenida a una lucha. «Una buena lucha, para poner fin a esta miseria. Acero contra acero, nieve rosada, escudos rotos y miembros cercenados. Entonces acabaría todo»

Al día siguiendo los exploradores del rey descubrieron por casualidad un pequeño pueblo labrador entre dos lagos: un sitio miserable y pequeño, no más que un par de cabañas, un pabellón y una torre de vigilancia. Richard Horpe mandó hacer un alto, aunque el ejército no había avanzado más de media milla aquel día y quedaban varias

horas de luz. Ya había salido la luna cuando la zona de carga y la retaguardia entraron traqueteando, con Asha entre ellos.

–Hay peces en esos lagos– le dijo Horpe al rey.– Haremos agujeros en el hielo. Los norteños saben cómo se hace.

Incluso en su abultada capa de pieles y su armadura pesada Stannis parecía un hombre con un pie en la tumba. La poca carne que tenía sobre los huesos en Bosquespeso se había desvanecido durante la expedición. Se le podía ver la forma de su cráneo bajo la piel, y tenía la mandíbula tan fuertemente apretada que Asha temía que sus dientes estallaran.

–Pescado, entonces– dijo mordiendo cada palabra con un chasquido.– Pero nos iremos con las primeras luces.

Cuando llegaron las luces, el campamento se despertó entre la nieve y el silencio. El cielo cambió del negro al gris, y no parecía más claro. Asha Greyjoy se despertó arrebujada y helada debajo de una pila de pieles, escuchando los ronquidos de la Osa. Nunca había conocido a una mujer que roncara tanto, pero ya se había ido acostumbrado durante la larga marcha, e incluso la reconfortaba un poco. Era el silencio lo que la perturbaba. Ninguna trompeta sonó para que los hombres despertaran, montaran, formaran una columna y se prepararan para partir. Ningún cuerno de guerra congregó a los norteños. Algo va mal.

Asha salió arrastrándose de debajo de las pieles, e empujó hasta salir de la tienda, tirando el muro de nieve que se había formado frente a la puerta durante la noche. Sus hierros tintinearon mientras se ponía de pie y tomaba aliento en el gélido aire matinal. La nieve seguía cayendo, incluso más que cuando se había metido dentro de la tienda. Los lagos se habían desvanecido, así como el bosque. Podía percibir las formas de las otras tiendas y cobertizos, y el tembloroso fulgor de la fogata que se alzaba en lo alto de la torre de vigilancia, pero no veía la propia torre. La tormenta se había tragado el resto.
En algún sitio, un poco más adelante Roose Bolton les esperaba tras los muros de Invernalia, pero la hueste de Stannis Baraethon estaba detenida, inmovilizada por la nieve, rodeada de una muralla de hielo y nieve, muriéndose de hambre.

43. DAENERYS

La vela casi había desaparecido. Quedaba menos de una pulgada que sobresalía de un charco de cera tibia derretida, y que emitir su luz sobre la cama de la reina. La llama había comenzado a menguar.

«No tardará mucho en apagarse» se dijo Dany, «y cuando lo haga otra noche llegará a su fin».

El amanecer siempre llega demasiado pronto.

No había dormido, no podía dormir, no dormiría. Incluso, no se había atrevido a cerrar los ojos por temor a que fuera de mañana cuando volviera a abrirlos. Si tan sólo tuviera el poder, haría que las noches duraran para siempre, pero lo mejor que podía hacer era permanecer despierta para tratar de saborear cada dulce momento antes de que el amanecer los convirtiera en no más que recuerdos que se desvanecerían.

A su lado, Daario Naharis dormía tan apaciblemente como un niño recién nacido. Tenía el don de dormir, se jactaba sonriendo de esa manera que solo él podía, seguro de sí mismo. En el campo, a menudo dormía sobre su montura, decía, con el fin de estar bien descansado si llegara a una batalla. Bajo el sol o con tormenta, no importaba. –Un guerrero que no puede dormir no tiene fuerzas para luchar– decía. Tampoco le molestaban las pesadillas. Cuando Dany le contó cómo Serwyn el del *Escudo Espejo* fue perseguido por los fantasmas de todos los caballeros que había matado, Daario se limitó a reír. –Si aquellos que he matado vienen a molestarme, tendré que matarlos a todos nuevamente– «Tiene la conciencia de un mercenario», se dijo. «Es decir, ninguna».

Daario yacía sobre su estómago, las ligeras colchas de lino enredadas en sus largas piernas, su cara medio enterrada en la almohada.

Dany deslizó su mano por su espalda, siguiendo la línea de su columna vertebral. Su piel era suave, casi sin pelo. «Su piel es de seda y satén». Le encantaba la sensación de tenerlo bajo sus dedos. Le encantaba correr sus dedos por su pelo, masajear sus pantorrillas para aliviar el dolor después de un largo día cabalgando, tomar su miembro y sentir como se endurecía contra la palma de su mano.

Si hubiera sido una mujer normal, con mucho gusto habría pasado toda su vida acariciando a Daario, trazando sus cicatrices y pidiéndole le contara como había obtenido cada una de ellas. Habría renunciado a mi corona si se me lo hubiera pedido, pensó Dany... pero no lo había hecho y nunca lo haría. Daario podría susurrar palabras de amor cuando los dos eran uno, pero ella sabía que era a la reina de los dragones a quien él amaba. «Si renunciara a mi corona, no me querría más». Además, los reyes que han perdido sus coronas a menudo pierde también la cabeza, y ella no veía ninguna razón de por qué sería diferente con una reina.

La vela parpadeó por última vez y murió ahogada en su propia cera. La oscuridad se tragó la cama de plumas y a sus dos ocupantes, y llenó todos los rincones de la recámara. Dany rodeó con sus brazos a su capitán y se apretó contra su espalda. Bebió

de su olor, saboreando el calor de su carne, la sensación de su piel contra la suya. «Recuerda», se dijo. «Recuerda cómo se sentía». Le dio un beso en el hombro.

Daario giró hacia ella, con los ojos abiertos. –Daenerys– Sonrió perezosamente. Esta era otro de sus talentos, despertar de repente, como un gato. –¿Ya amaneció?

–Aun no. Tenemos tiempo todavía.

–Mentira. Puedo ver tus ojos. ¿Podría hacerlo si fuera aun de noche?– Daario se liberó de las mantas y se sentó. –A media luz. El día llegará pronto.

–No quiero que esta noche termine

–¿No? ¿Y por qué no, mi reina?

–Tú lo sabes.

–¿La boda?– se rió. –Cásate conmigo en su lugar.

–Sabes que no puedo hacer eso.

–Eres una reina. Puedes hacer lo que quieras– Deslizó una mano por su pierna. –¿Cuántas noches nos quedan?

«Dos. Sólo dos». –Lo sabes tan bien como yo. Esta noche y la siguiente, y tenemos que terminar con esto.

–Cásate conmigo, y podemos tener todas las noches para siempre.

«Si pudiera, lo haría». Khal Drogo había sido su sol y estrellas, pero había muerto hace tanto tiempo que Daenerys casi había olvidado cómo se sentía amar y ser amada. Daario la había ayudado a recordar. «Yo estaba muerta y él me trajo de nuevo a la vida. Estaba dormida y me despertó. Mi valiente capitán». Aún así, era muy tarde cuando se atrevió. El día en que regresó de su última salida, arrojó la cabeza de un señor Yunkish a sus pies y la besó en la sala para que todo el mundo lo viera, hasta que Barristan Selmy los separó. Ser Abuelo había estado tan enojado que Dany temió que se derramara sangre. –No podemos casarnos mi amor. Tú sabes por qué.

Trepó por la cama. –Cásate entonces con Hizdahr. Le daré un bonito par de cuernos como regalo de bodas. A los hombres Ghiscari les gusta hacer cabriolas con sus cuernos. Los hacen de su propio cabello, usando peines, cera y hierro– Daario tomó sus pantalones y se los puso. Él nunca se preocupaba de la ropa interior.

–Una vez que esté casada, será alta traición que me desees– Dany jaló la colcha para cubrir sus pechos.

–Entonces seré un traidor– Se deslizó una túnica de seda azul sobre la cabeza y enderezó las puntas de de su barba con los dedos. La había teñido de nuevo para ella, cambiándola de nuevo de púrpura a azul, como estaba la primera vez que lo vio. –Huelo a ti– dijo, olfateando sus dedos y sonriendo.

Dany amaba la forma en que su diente de oro brillaba cuando sonreía. Amaba los finos bellos de su pecho. Le encantaba la fuerza en sus brazos, el sonido de su risa, la forma en que siempre se veía en sus ojos y como decía su nombre mientras introducía su miembro en ella. –Eres hermosa– exclamo mientras observaba como se ponía sus botas de montar. Algunos días le permitía hacer eso por él, pero no hoy, parecía. «Eso también se acabó».

–No es lo suficientemente bonita para casarse– Daario tomó el cinturón de su espada de la clavija en la que la había colgado.

–¿A dónde vas?

–Fuera, a la ciudad– dijo –a beber un barril o dos y buscar camorra. Ha pasado mucho tiempo desde maté a un hombre. Podría ser que busque a tu prometido– Dany le lanzó una almohada.

–Vas a dejar en paz a Hizdahr!

–A las órdenes de mi Reina. ¿Vas a ir a la corte hoy?

–No. Mañana voy a ser una mujer casada, y Hizdahr será el rey. Deja que *él* atienda a la corte. Este es su pueblo.

–Algunos son de él, algunos son los suyos. Los que tú liberaste.
–¿Me estás regañando?

–Los que tú llamas tus hijos. Ellos quieren a su madre.

–Lo estás haciendo, me estás regañando.

–Sólo un poco, corazón brillante. ¿Quieres venir a la corte?

–Después de mi boda, tal vez. Después de la paz.

–Este *después* de que hablas nunca llega. Deberías atender a la corte. Mis nuevos hombres no creen que seas real. Los que vinieron de Windblow. Criados y nacidos en Westeros, la mayoría de ellos, llenos de cuentos sobre los Targaryen. Quieren ver a uno con sus propios ojos. La Rana tiene un regalo para ti.

–¿La rana?– , Dijo ella, riendo. –¿Y quién es él?

Encogió de hombros. –Un niño de Dorne. El escudero del gran caballero que llaman Greenguts. Le dije que podría darme tu regalo y que yo te lo entregaría, pero aun no lo tiene.

–Oh, una rana inteligente. *Dame el regalo*– Ella le tiró otra almohada. –¿Alguna vez lo he visto?

Daario se acarició el dorado bigote. –¿Le robaría a mi dulce reina? Si se tratara de un regalo digno de ti, ya lo habría puesto en tus suaves manos.

–¿Como muestra de tu amor?

–Eso no lo voy a decir, pero yo le dije que te lo podía dar. ¿No harás un mentiroso de Daario Naharis?– Dany era incapaz de negarse. –Como quieras. Trae a tu rana a la corte mañana. A los otros también, los de Westeros– Será bueno oír hablar la Lengua Común de alguien más además de Ser Barristan.

–Como mi reina lo ordene– Daario se inclinó profundamente, sonrió y se despidió, girando su manto detrás de él.

Dany se sentó sobre las sábanas arrugadas con los brazos sobre sus rodillas, tan triste estaba que no escuchó cuando llegó Missandei con el pan, la leche y los higos. –¿Su Gracia?, ¿Está usted bien? En lo obscuro de la noche una la oyó gritar.
Dany tomó un higo. Era negro y regordete, todavía húmedos por el rocío. ¿Hizdahr siempre me hará gritar? –Fue el viento lo que oíste gritar– Le dio un mordisco, pero la fruta había perdido su sabor, ahora que Daario se había ido. Suspirando, se levantó y le pidió a Irri una túnica, luego salió hacia a la terraza.

Sus enemigos estaban siempre sobre ella. Nunca hubo menos de una docena de barcos, anclados en la orilla. Algunos días hubo hasta un centenar, cuando los soldados estaban desembarcando. El Yunkai'i estaba incluso trayendo la madera por vía marítima. Detrás de sus fosos, estaban construyendo catapultas, escorpiones y grandes trabuquetes. En las noches tranquilas se podía oír el sonido de los martillos a través del aire caliente y seco. «Sin embargo no hay torres de asalto, ni arietes». No se trata de tomar Meereen por asalto. Esperarán detrás de las líneas, lanzándoles piedras hasta que el hambre y la enfermedad hagan caer de rodillas a su pueblo.

«Hizdahr me traerá la paz. Él debe hacerlo»

Esa noche, sus cocineros le asaron un cabrito con dátiles y zanahorias, pero Dany sólo pudo comer un bocado. La perspectiva de luchar una vez más con Meereen la hizo sentirse cansada. El sueño fue difícil, incluso aun cuando Daario volvió, tan borracho que apenas podía sostenerse. Bajo sus sabanas se revolvía y giraba, soñando que Hizdahr la estaba besando... pero sus labios estaban azules y morados, y cuando se empujo dentro de ella, su virilidad era fría como el hielo. Se sentó con el pelo y la ropa de cama revueltas. El capitán dormía a su lado, sin embargo, ella estaba sola. Quería sacudirlo, despertarlo y hacer que la abrazara, la penetrara y la ayudara a olvidar, pero sabía que si lo hacía, él sólo sonreiría bostezando y diría:

–Fue sólo un sueño, mi reina. Vuelve a dormir.

En cambio, se puso una túnica con capucha y salió a la terraza. Fue al parapeto y se quedó allí mirando hacia abajo a la ciudad como lo había hecho cientos de veces. «Nunca será mi ciudad. Nunca será mi casa».

La luz rosa pálido del amanecer la encontró todavía fuera, en la terraza, dormida sobre la hierba, debajo de un manto de fino rocío. –Le prometí a Daario que iría a la corte hoy

– dijo Daenerys a sus doncellas cuando las despertó. –Ayúdame a encontrar mi corona. Ah, y algo de ropa de vestir, algo ligero y fresco.

Bajó una hora más tarde. –Todos arrodillaos ante Daenerys Hija de la Tormenta, La que no se Quema, Reina de Meereen, Reina de la Andals y Rhoynar y de los primeros hombres, Khaleesi del gran Mar de pasto y Madre de Dragones– anunció Missandei.

Reznak mo Reznak se inclinó y sonrió. –Magnificencia, todos los días se vuelven más hermosa. Creo que la perspectiva de su boda le ha dado un brillo. Oh, mi brillante reina!

Dany suspiró. –Convocad al primer peticionario.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había ido a la corte que la densidad de los casos era abrumador. El fondo de la sala era un bloque sólido de las personas, y los enfrentamientos estallaban en precedencia. Inevitablemente fue Galazza Galare el primero que dio un paso adelante, la cabeza en alto, con el rostro escondido detrás de un brillante velo verde. –Su Resplandor, sería mejor si pudiéramos hablar en privado.

–Ojalá tuviera el tiempo– dijo Dany dulcemente. –Estoy por casarme mañana– La última reunión con la Gracia Verde no había ido bien. –¿Qué quieres de mí?

–Me gustaría hablar con usted acerca de la presunción de cierto capitán.

«¿Se atreve a decir esto en audiencia pública?» Dany sintió un estallido de ira. «Tiene valor, lo reconozco, pero si piensa que estoy a punto de sufrir otra reprimenda, no podía estar más equivocado» –La traición de Brown Ben Plumm nos ha conmocionado a todos– dijo –pero tu advertencia llega demasiado tarde. Y ahora sé que quieres volver a tu templo para rezar por la paz.

La gracia Verde hizo una reverencia. –Voy a rezar por ti también.

«Otro golpe» pensó Dany, el color subiéndole por la cara.

El resto fue un tedio que la reina conocía muy bien. Ella se sentó sobre sus almohadones, escuchando, con un pie balanceándose con impaciencia. Jhiqui le trajo un plato de higos y jamón al mediodía. Parecía que los peticionarios no tenían fin. Por cada dos que enviaba sonriendo, uno quedaba con los ojos rojos o murmurando.

Era cerca de la puesta del sol cuando Daario Naharis apareció con sus nuevos hijos de la tormenta, Los Westerosi que habían venido con él en el Windblow. Dany se encontró mirándolos mientras otro peticionario hablaba sin cesar. «Esta es mi gente. Soy su reina legítima». Era un montón desaliñado, pero era lo que cabía esperar de mercenarios. El más joven no podría ser más de un año mayor que ella, el más grande debía haber visto ya sesenta días del nombre. Unos pocos lucían signos de riqueza: anillos de oro, túnicas de seda, cinturones tachonados de plata. «Saqueo». Pero en la mayoría, las ropas eran simples y mostraban los signos de gran desgaste.

Cuando Daario los llevó hacia adelante, vio que uno de ellos era una mujer, grande y rubia y toda en malla. –La Bonita Meris– el capitán la llamó, aunque *bonita* era lo último que Dany le hubiera dicho. Medía seis pies de altura y no tenía orejas, pero si

una hendidura en nariz, profundas cicatrices en ambas mejillas, y los ojos más frío que la reina había visto nunca. En cuanto al resto ...
Hugh Hungerford era delgado y taciturno, de piernas y cara larga, vestido todo de oropel. Webber era bajo y musculoso, con arañas tatuadas en la cabeza, el pecho y los brazos. Con la cara roja, Orson Piedra afirmó ser un caballero, al igual que el espigado Lucifer. Voluntad de los Bosques la miró de reojo aun cuando se ponía de rodillas. Dick Straw tenía ojos azules, cabello tan blanco como el lino y una sonrisa inquietante. El rostro de Jack Jengibre estaba oculto detrás de una hirsuta barba naranja, y su habla era ininteligible. –Se arrancó la mitad de la lengua en su primera batalla– le explicó Hungerford.

Los hombre de Dorne parecían diferentes. –Si le place a Su Gracia– dijo Daario –estos tres son Greenguts, Gerrold, y El Sapo.

Greenguts era enorme y calvo como una piedra, con los brazos lo suficientemente gruesos como para rivalizar incluso con Belwas el Fuerte. Gerrold era un joven delgado, alto, con rayos de sol en el pelo y alegres ojos azul-verde. «Esa sonrisa le ha de haber ganado el corazón de muchas doncellas, lo puedo apostar». Su manto estaba hecho de suave lana marrón forrado con seda, un hermoso vestido.

Rana, el escudero, era el más joven de los tres y el menos impresionante, un muchacho solemne, fornido, de pelo y ojos marrones. Su rostro era cuadrado, con una frente alta, mandíbula fuerte y nariz ancha. Los pelos en sus mejillas y mentón le hacían parecer como un niño tratando de hacer crecer su primera barba. Dany no tenía idea de por qué le llaman la rana. «Tal vez se puede saltar más lejos que los demás».

–Podéis levantaros– les dijo. –Daario me dice que venís de Dorne. Los hombres de Dorne siempre serán bienvenidos en mi corte. Lanza del Sol se mantuvo leal a mi padre cuando el usurpador le robó su trono. Ustedes deben haber enfrentado muchos peligros para llegar a mí.

–Demasiados– dijo Gerrold, el guapo con el pelo rayado. –Éramos seis cuando salimos de Dorne, Excelencia.

–Siento vuestras pérdidas– La reina se volvió hacia al más grande. –Greenguts es un nombre extraño.

–Una burla, Su Gracia. De los barcos. Estuve verde todo el camino desde Volantis. Mareado y ... Bueno, no diría mas.

Dany sonrió. –Creo que me lo puedo imaginar, ser. Es *ser*, ¿no? Daario me dice que usted es un caballero.

–Si le place a su Gracia, los tres somos caballeros.
Dany miró a Daario y vio un destello de ira en su rostro. «Él no lo sabía». –Tengo necesidad de caballeros– dijo.

Las sospechas de Ser Barristan se despertaron. –El autoproclamarse Caballero es muy fácil estando lejos de Westeros. ¿Está usted preparado para defender el título que presume con la espada o la lanza?

–Si es necesario– dijo Gerrold, –aunque no voy a decir que ninguno de nosotros se iguale a Barristan el Temerario. Su gracia, le ruego nos disculpe, pero hemos llegado ante usted bajo nombres falsos.

–Conozco a alguien más que lo hizo una vez– dijo Dany, –un hombre llamado Arstan Barbablanca. Decidme sus nombres verdaderos, entonces.

–Con mucho gusto... pero si podemos pedir la indulgencia de la reina, ¿hay algún lugar con menos ojos y oídos?

«Juegos dentro de los juegos». –Como usted quiera. Skahaz, vacía mi corte.

El Shavepate rugió órdenes. Sus bestias de Bronce hicieron el resto, pastoreando a los otros Westerosi y al resto de los peticionarios del día fuera de la sala. Sus consejeros se quedaron.

–Ahora– dijo Dany, –Vuestros nombres.

El apuesto Gerrold hizo una reverencia. –Ser Gerris Drinkwater, Su Gracia. Mi espada es suya.

Greenguts cruzó los brazos sobre su pecho. –Y mi martillo de guerra. Soy Ser Archibald Yronwood.

–Y usted, ser– preguntó la reina al muchacho llamado Rana.

–Si le place a Su Gracia, ¿puede presentar primero mi regalo?

–Si quieres– dijo Daenerys, curiosa, pero a medida que la rana se acercaba, Daario Naharis se puso frente a él y le tendió una mano enguantada. –Dame el regalo a mí.

Con cara de piedra, el robusto muchacho se inclinó, desató su bota y sacó un pergamino amarillento de un tapa oculta en su interior.
–¿Este es tu regalo? ¿Un trozo de la escritura?– Daario arrebató el pergamino de las manos del Dornishman y lo desenrolló, entrecerrando los ojos ante los sellos y firmas. –Muy bonito, todo oro y cintas, pero no puedo leer los garabatos de Westeros.

–Dáselo a la reina– ordenó Ser Barristan. –Ahora.

Dany podía sentir la ira en la sala. –Soy sólo una niña, y las niñas deben tener su regalos – dijo a la ligera. –Daario, por favor, no debes burlarte de mí. Dámelo.

El pergamino estaba escrito en la lengua común. La reina lo desenrolló lentamente, estudiando el sello y las firmas. Cuando vio el nombre de Ser Willem Darry, su corazón latió un poco más rápido. Lo leyó más de una vez, y otra vez.

–¿Se puede saber lo que dice, Su Gracia?– preguntó Ser Barristan. –Se trata de un pacto secreto– dijo Dany, –Negociado en Braavos cuando yo era una niña. Ser Willem Darry lo firmó por nosotros, el hombre que nos sacó a mi hermano y a mí de Rocadragón,

antes de que los hombres del usurpador nos capturaran. El Príncipe Oberyn de Martell firmó por Dorne, con el Sealord de Braavos como testigo– Dany le entregó el pergamino a Ser Barristan, para que pudiera leerlo por sí mismo. –La alianza debe ser sellada por un matrimonio, dice. A cambio de la ayuda de Dorne para derrocar al usurpador, mi hermano Viserys debe tomar a Arianne, la hija del príncipe Doran, como su reina.

El viejo caballero leyó el pacto poco a poco. –Si Robert hubiera sabido de esto, hubiera destruido Lanza del Sol como arrasó Pyke, y reclamado la cabeza del príncipe Doran y del Viper rojo ... y quiéralo o no, también la cabeza de la princesa de Dorne.

–No hay duda que por eso el príncipe Doran optó por mantener el pacto en secreto– sugirió Daenerys. –Si mi hermano Viserys hubiera sabido que había una princesa de Dorne esperándolo, habría cruzado a Lanza del Sol en cuanto tuviera la edad suficiente para casarse.

–Y atraído con ello al martillo de guerra de Robert sobre sí mismo y sobre Dorne– dijo Rana.

–Mi padre se limitó a esperar el día en que el príncipe Viserys encontrara su ejército.

–¿Tu padre?–
–El príncipe Doran– Se posó sobre una rodilla nuevamente. –Su Gracia, tengo el honor de ser Quentyn Martell, un príncipe de Dorne y su súbdito más leal.

Dany se echó a reír.
El príncipe Dornish enrojeció, mientras que su propia corte y sus consejeros la miraban perplejos.

–Radiantez– dijo Skahaz Shavepate, en la lengua Ghiscari. –¿Por qué te ríes?

–Ellos lo llaman *la rana*– dijo, –y acabamos de saber por qué. En los siete reinos hay cuentos para niños donde las ranas se convierten en príncipes encantados cuando son besados por su verdadero amor– Sonriendo a los caballeros de Dorne, cambió de nuevo a la lengua común. –Dígame, príncipe Quentyn, está usted encantado?

–No, Su Señoría.

–Me lo temía– «Ni encantado, ni encantador, por desgracia. Es una lástima que él sea el príncipe, y no el otro de hombros anchos y el pelo rubio» Has venido por un beso, sin embargo. ¿Te refieres a casarse conmigo? ¿Es así? El regalo que me traes eres tú mismo. En lugar de Viserys y tu hermana, tú y yo debemos sellar este pacto si quiero Dorne.

–Mi padre espera que usted me encuentre aceptable.

Daario Naharis dejó escapar una risa burlona. –Yo digo que eres un cachorro. La reina necesita de un hombre a su lado, no un niño lloriqueando. No eres apto para marido de una mujer como ella. Cuando te lames los labios, ¿aún tienes el sabor de la leche de su

madre?– Ser Gerris Drinkwater ensombreció ante esas palabras. –Cuida tu lengua, mercenario. Estás hablando de un príncipe de Dorne.

–Y con su nodriza, quiero pensar.– Daario corrió sus pulgares por la empuñadura de su espada y sonrió peligrosamente.

Skahaz frunció el ceño, como sólo él podía fruncir el ceño. –Este muchacho puede servir para Dorne, pero Meereen necesita un rey de sangre Ghiscari.

–Sé de este Dorne– dijo Reznak mo Reznak. –Dorne es arena y escorpiones, y desoladas montañas rojas horneadas al sol.

El príncipe Quentyn le respondió. –Dorne significa cincuenta mil lanzas y espadas, puestas al servicio de la reina.

–Cincuenta mil?– Se burló Daario. –Yo solo cuento tres.

–*Basta*– dijo Daenerys. –El príncipe Quentyn ha cruzado medio mundo para ofrecerme su regalo, No lo trataré con descortesía.– Se volvió a los hombres de Dorne. –Ojalá hubieran llegado hace un año. Estoy comprometida a casarme con el noble Hizdahr zo Loraq.

Ser Gerris dijo: –No es demasiado tarde …

–Yo juzgaré eso– dijo Daenerys. –Reznak, cuida que al príncipe y a sus compañeros les sean asignados habitaciones adecuadas a su alto rango, y que todas sus necesidades sean atendidas.

–Como desee, Su Resplandor.

La reina se levantó. –Entonces terminamos por ahora.

Daario y Ser Barristan la siguieron por las escaleras a sus habitaciones. –Esto lo cambia todo– dijo el viejo caballero.

–Esto no cambia nada– dijo Dany, mientras Irri le quitaba la corona. –¿De qué sirven tres hombres?

–Tres caballeros– dijo Selmy.

–Tres mentirosos– dijo Daario sombríamente. –Ellos me han engañado.

–Y te compraron ti también, no lo dudo– Él no se molestó en negarlo. Dany desenrolló el pergamino y lo examinó de nuevo. «Braavos. Esto se hizo en Braavos, mientras vivíamos en la casa de la puerta roja». ¿Por qué esto la hacía sentirse tan extraña? Se encontró recordando su pesadilla. «A veces hay algo de verdad en los sueños». Podría Hizdahr zo Loraq estar trabajando para los brujos, ¿era esto lo que el sueño había querido decir? ¿Podría el sueño haber sido un envío? ¿Eran los dioses diciéndole que pusiera a Hizdahr a un lado y se casara en su lugar con este príncipe de Dorne? Algo le hizo cosquillas en su memoria. –Ser Barristan, ¿cuáles son las armas de la Casa Martell?

–Un sol en todo su esplendor, traspasado por una lanza.

«El hijo del Sol». Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. –Sombras y susurros– ¿Qué otra cosa había dicho Quaithe? «La yegua pálida y el hijo del sol. Había también un león, y un dragón. ¿O soy yo el dragón?» –Cuidado con el senescal perfumado– Eso lo recordaba. –Los sueños y las profecías. ¿Por qué deben estar siempre cargadas de acertijos? Odio esto. Oh, déjame sola, ser. Mañana es el día de mi boda.
Esa noche Daario la tomo en todas las formas que un hombre puede tomar a una mujer, y ella se entregó a él voluntariamente. La última vez, cuando el sol estaba ya saliendo, ella utilizó su boca para ponerlo duro nuevamente, como Doreah le había enseñado hace mucho tiempo, luego lo montó tan salvajemente que la herida comenzó a sangrarle de nuevo, y por un dulce latido del corazón no supo decir si él estaba dentro de ella, o ella dentro de él.

Pero cuando se levantó el sol el día de su boda, lo mismo hizo Daario Naharis, se puso su ropa y se ajustó el cinto de su espada adornado con relucientes wantons de oro. –¿A dónde vas?– Dany le preguntó. –Te prohíbo que salgas hoy.

–Mi reina es cruel– dijo su capitán. –Si no puedo matar a tus enemigos, ¿cómo me divertiré entonces mientras te casas?

–Al caer la noche no tendré enemigos.

–Es sólo el amanecer, dulce reina. El día es largo. Tiempo suficiente para una última escapada. Te traeré de regreso la cabeza de Ben Brown Plumm como un regalo de bodas.

–Sin cabezas– insistió Dany. –Una vez me trajiste flores.

–Deja que Hizdahr te traiga flores. Él no es de los que se agachan para arrancar un diente de león, es cierto, pero tiene servidores que estarán encantados de hacerlo por él. ¿Tengo su permiso para irme?

–No– Ella quería que se quedara y la abrazara. «Un día se va a ir y no regresará», pensó. «Un día algún arquero le atravesará el pecho con una flecha, o diez hombres caerán sobre él con lanzas y espadas y hachas, diez aspirantes a héroes». Cinco de ellos morirían, pero eso no haría más fácil soportar el dolor. «Un día voy a perderlo, como ya he perdido mi sol y estrellas». Pero por favor dioses, no hoy. –Vuelve a la cama y dame un beso– Nunca nadie la había besado como Daario Naharis. –Yo soy tu reina, y te ordeno que me folles.

Lo decía en broma, pero los ojos de Daario se endurecieron con sus palabras. –el follar a la reina es trabajo del rey. Tu noble Hizdahr puede atender eso una vez que estés ya casada. Y si resulta que es de cuna demasiado alta para un trabajo tan sudoroso, tiene servidores que estarán encantados también de cumplir con ello. O quizás puedas llevar al niño Dorniense a tu cama, y también a su hermoso amigo, ¿por qué no?– Y salió del dormitorio.

«Va a salir», Dany se dio cuenta, «y si corta la cabeza de Ben Plumm, va a regresar a la fiesta de bodas y la tirará a mis pies. Siete, por favor sálvenme. ¿Por qué no puede él ser de mejor cuna?» Cuando se fue, Missandei llevó a la reina una comida simple compuesta de queso de cabra y aceitunas, y pasas como dulce. –Su Gracia necesita algo más que vino para romper el ayuno. Usted es una cosa tan pequeña, y seguramente hoy requerirá de toda su fuerzas.

Eso hizo reír a Daenerys, viniendo de una niña tan pequeña. Ella confiaba tanto en la pequeña escriba que a menudo olvidaba que Missandei acababa de cumplir once. Compartieron la comida juntas en la terraza.

Mientras Dany mordisqueaba una aceituna, la chica Naathi la miraba con ojos como oro fundido, y dijo: –No es demasiado tarde para decirles que usted ha decidido no casarse.

«Es así, sin embargo», la reina pensó con tristeza. –La sangre Hizdahr es antigua y noble. Nuestra unión unirá a mis libertos con su pueblo. Cuando lleguemos a ser uno, también lo hará nuestra ciudad.

–Su gracia no ama al noble Hizdahr. Ésta piensa que pronto tendría otro como su esposo.

«Hoy no debo pensar en Daario». –Una reina ama donde debe, no donde quiere– Su apetito desapareció. –llévate esta comida– dijo a Missandei. –Es momento de que me bañé.

Después, mientras Jhiqui secaba a Daenerys, Irri se acercó con su *tokar*. Dany envidiaba los pantalones sueltos y los chalecos de seda pintada de sus doncellas Dothraki. Estarían mucho más frescas que ella en su *tokar*, con su pesada bordado de perlas bebé. –Ayuda a ponérmelo por favor. No puedo manejar todas estas perlas por mí misma.

Debería estar ansiosa por su boda y la noche que le sucedería, lo sabía. Recordó la noche de su primera boda, cuando Khal Drogo había reclamado su virginidad bajo las estrellas. Se acordó de lo asustada que había estado y de la excitación. ¿Sería lo mismo con Hizdahr? «No, ya no soy la niña que era, y él no es mi sol y estrellas»

Missandei resurgió del interior de la pirámide. –Reznak y Skahaz piden el honor de escoltar a Su Gracia al Templo de las Gracias. Reznak ha ordenado que su palanquín esté preparado.

Meereenese rara vez cabalgó dentro de su ciudad. Preferían palanquines, literas, y sillas de sedán, llevados sobre hombros de esclavos. –Los caballos ensucian las calles– le había dicho un hombre de Zakh –y los esclavos no lo hacen– Dany había liberado a los esclavos, sin embargo, palanquines, literas, sillas de manos seguían estrangulado las calles como antes, ya que ninguna de ellas flotaba en el aire por arte de magia.
–El día está demasiado caliente para estar encerrada en un palanquín– dijo Dany. –Tengo a mi plata ensillada. No iré a mi señor esposo sobre espaldas de esclavos.

–Su Gracia– dijo Missandei, –ésta lo siente mucho, pero no se puede montar vistiendo un *tokar*.

La pequeña escriba estaba en lo cierto, como tan menudo lo estaba. El *tokar* no era una prenda destinada para montar a caballo. Dany hizo una mueca. –Como digas. Pero no el palanquín. Me sofocaría detrás de esas cortinas. Han preparado una silla de manos– Si tenía que usar sus orejas, que todos los conejos la vieran.

Cuando Dany hizo su descenso, Reznak y Skahaz cayeron de rodillas. –Su Señoría brilla tan intensamente que ciega a todo hombre que se atreve a mirarla– dijo Reznak. El senescal llevaba un *tokar* de brocado de seda marrón con flecos de oro. –Hizdahr zo Loraq es muy afortunado en usted... y usted en él, si se me permite ser tan audaz como para decirlo. Esta unión va a salvar a nuestra ciudad, ya lo verá.

–Así que oramos. Quiero plantar mis árboles de oliva y ver los frutos– «¿Es importante que los besos de Hizdahr no me gusten? La paz me complacerá. ¿Soy una reina, o simplemente una mujer?»

–Hoy las multitudes serán tantas como moscas– El Shavepate estaba vestido con una falda plisada y un pectoral negro musculado, con un casco de bronce con forma de cabeza de serpiente bajo de un brazo.

–¿Voy a tener miedo de las moscas? Sus Bestias de Bronce me mantendrán a salvo de cualquier daño.

Siempre era atardecer en la base de la Gran Pirámide. Paredes de treinta metros de espesor amortiguaban el tumulto de las calles y mantenían fuera el calor, por lo que era fría y oscura en su interior. Su escolta se estaba formando en el interior de las puertas. Caballos, mulas y burros estaban amarrados en las paredes del oeste, los elefantes en las del este. Dany había adquirido tres de esas enormes y extrañas bestias con su pirámide. Le recordaban los mamuts grises sin pelo, y a pesar de que sus colmillos habían sido pulidos y dorados, sus ojos eran tristes.

Encontró a Belwas el Fuerte comiendo uvas, y a Barristan Selmy viendo a un caballerizo ajustar la cincha de su tordillo. Los tres Dornienses estaban con él, hablando, pero se separaron cuando la reina apareció. El príncipe se arrodillo. –Su gracia, tengo que rogarle. La fortaleza de mi padre está decayendo, pero la devoción a su causa es tan fuerte como siempre. Si mis maneras o mi persona la han disgustado, es mi culpa, pero...

–Si quiere complacerme, ser, sea feliz por mí– dijo Daenerys. –Este es el día de mi boda. Ellos bailarán en la Ciudad Amarilla, no lo dudo– Suspiró. –Levántate, mi príncipe, y sonríe. Un día volveré a Westeros para reclamar el trono de mi padre, y miraré hacia Dorne en busca de ayuda. Pero este día la Yunkai'i tiene a mi ciudad rodeada de acero. Yo podría morir antes de ver mis siete reinos. Hizdahr puede morir. Westeros puede ser tragado por las olas– Dany lo besó en la mejilla. –Ven. Es hora de que me case.

Ser Barristan la ayudó a subir a su silla de manos. Quentyn se reunió con sus compañeros Dornishmen.

Belwas el Fuerte gritó para que las puertas se abrieran, y Daenerys Targaryen fue llevada adelante hacia el sol. Selmy cayó junto a ella en su tordillo.

–Dime– dijo Dany, mientras la procesión se movía hacia el templo de las Gracias, –si mi padre y mi madre hubieran sido libres de seguir sus propios corazones, ¿con quien se hubieran casado?

–Fue hace mucho tiempo. Su gracia no los hubiera conocido.

–Sin embargo tú lo sabes, Cuéntame.

El viejo caballero inclinó la cabeza. –Su madre la reina estaba siempre pendiente de su deber– Estaba hermoso en su armadura oro y plata, su capa blanca atravesada sus hombros, pero sonaba como alguien que sufría un gran dolor, como si cada palabra fuera una piedra que tenía que pasar. –Cuando era niña, sin embargo ... una vez se enamoró de un joven caballero de las tierras de la tormenta que llevaba su prenda en un torneo y la llamó reina del amor y la belleza. Una cosa breve.

–¿Qué pasó con este caballero?

–Abandonó su lanza el día que vuestra señora madre se casó con vuestro padre. Después se volvió un gran piadoso, y se le oyó decir que sólo La Doncella podría reemplazar a la reina Rhaella en su corazón. Su pasión era imposible, por supuesto. Un caballero derribado no es digno consorte de una princesa de sangre real.

Y Daario Naharis es sólo un mercenario, al que no le ajustarían hebillas de espuelas de oro, ni de un caballero derribado. –¿Y mi padre? ¿Hubo alguna mujer a quien amara más que a su reina?

Ser Barristan se agitó en su silla. –No, no amado, a lo mejor *deseado* sería una mejor palabra, pero... eran sólo chismes de cocina, susurros de lavanderas y mozos de cuadra …

–Yo quiero saber. Nunca conocí a mi padre. Quiero saber todo sobre él. Lo bueno y ... el resto .

–A sus órdenes– El caballero de blanco escogió sus palabras con cuidado. –El príncipe Aerys ... cuando era joven, fue tomado con cierta dama de Roca Casterly, un primo de Tywin Lannister. Cuando ella y Tywin se casaron, vuestro padre bebió mucho vino en la fiesta y se le oyó decir que era una gran lástima que el derecho del señor a la primera noche hubiera sido abolido. Una broma de borrachos, no más, pero Tywin Lannister no es un hombre que olvida esas palabras, o las... las libertades que vuestro padre tomó en el lecho. –Su rostro enrojeció. –Ya he dicho demasiado, Su Gracia. Yo..

–Graciosa Reina, buena reunión!– Otra procesión llegó al lado de la suya, Hizdahr zo Loraq le sonreía desde su propia silla de manos. «Mi rey». Dany se preguntó dónde estaba Daario Naharis, qué estaba haciendo. «Si esto fuera un cuento, llegaría galopando justo cuando llegáramos al templo, para desafiar a Hizdahr por mi mano».

Lado a lado, la procesión de la reina y la de Hizdahr zo Loraq atravesaron lentamente Meereen, hasta que finalmente el templo de las Gracias se alzó ante ellos, con sus cúpulas de oro brillando al sol. *¡Qué hermoso*, la reina intentó decirse, pero por dentro

era tan solo una tonta niña que no podía más que mirar a su alrededor buscando a Daario. «Si te ama, vendría y te llevaría a punta de espada, como Rhaegar se llevó a su chica norteña» la niña en ella insistía, pero la reina sabía que era una locura. Aunque su capitán fuera lo suficientemente loco como para intentarlo, las bestias de Bronce lo cortarían antes de poder llegar a unos cien yardas de ella.

Galazza Galare les esperaban a las puertas del templo, rodeada de sus hermanas en blanco y rosa y rojo, azul y oro y púrpura. «Hay menos de los que había». Dany buscó a Ezzara y pero no la vió. ¿La disentería también se la llevó, incluso ella? A pesar de que la reina había dejado morir de hambre a la Astapori fuera de sus muros para evitar que la disentería se extendiera, ya se estaba extendiendo. Muchos de ellos habían sido afectados: libertos, mercenarios, Bestias de Bronce, y aun Dothrakis, aunque hasta ahora ninguno de los Inmaculados había sido tocado. Rezó porque lo peor hubiera pasado ya.

Las Gracias trajeron una silla de marfil y un cuenco de oro. Sosteniendo delicadamente *tokar* para no pisar sus flecos, Daenerys Targaryen se colocó en el asiento de la silla de terciopelo, y Hizdahr zo Loraq cayó de rodillas, desató sus sandalias y lavó sus pies, mientras que cincuenta eunucos cantaban y diez mil ojos miraban. «Sus manos son suaves», se dijo, mientras calientes aceites aromáticos se deslizaban por entre los dedos de los pies. «Si también tiene un corazón gentil, me podré encariñar con él con el tiempo». Cuando sus pies estuvieron limpios, Hizdahr los secó con una toalla suave, enlazó sus sandalias de nuevo, y la ayudó a levantarse. De la mano, siguieron a la Gracia Verde al interior del templo, donde el aire era espeso por el incienso y los dioses de Ghis estaban envueltos en las sombras en sus nichos.

Cuatro horas más tarde, salieron de nuevo ya como marido y mujer, unidos por las muñecas y los tobillos con cadenas de oro amarillo.

44. JON

La Reina Selyse desmontó en el Castillo Negro con su hija y el bufón de su hija, sus damas de compañía, y un séquito de caballeros, espadas juramentadas y cincuenta Fuertes soldados. Jon sabía que eran todos hombres de la Reina. «Puede que acompañen a la Reina, pero es a Melisandre a quien sirven». La sacerdotisa roja le advirtió de su llegada al menos un día antes de que el cuervo llegase de Guardaoriente con el mismo mensaje.

Se reunió con el grupo de la reina en las cuadras, acompañado de Satín, Bowen Marsh, y media docena de guardias con largas capas negras. Si la mitad de lo que se dice de ella era verdad, nunca se presentaría ante esta reina sin un séquito apropiado. Podría confundirlo con un mozo de cuadras y entregarle las riendas de su caballo.

La nieve se había marchado por fin hacia el sur y les había dado un respiro. Había incluso un toque de calidez en el aire mientras Jon Nieve anclaba la rodilla ante esta reina sureña. –Su Alteza. El Castillo Negro le da la bienvenida a usted y a los suyos.

La Reina Selyse miró hacía él. –Gracias. Por favor escóltenme hasta su Lord Comandante.

–Mis hermanos me eligieron para tal honor. Soy Jon Nieve.

–¿Tú? Me dijeron que eras joven, pero…– La cara de la Reina Selyse estaba ojerosa y pálida. Llevaba una corona de ojo rojo con puntas con la forma de llamas, una gemela a la que llevaba Stannis. –…Puedes levantarte, Lord Nieve. Ella es mi hija, Shireen.

–Princesa.– Jon inclinó su cabeza. Shireen era una niña fea, y la hacía aún más desagradable la enfermedad que había dejado su cuello y su mejilla gris y agrietada. –Mis hermanos y yo estamos a su servicio– le dijo a la niña.

Shireen enrojeció. –Gracias milord.

–Creo que ya está familiarizado con mi pariente, Ser Axell Florent?

–Sólo por cuervo– «Y el informe». Las cartas que había recibido de Guardaoriente del Mar hablaban mucho de Axell Florent, muy poco bueno. –Ser Axell.

–Lord Nieve.– Un hombre corpulento, Florent tenía piernas cortas y grueso pecho. Grueso pelo cubría sus mejillas y mandíbula y asomaba por las orejas y la nariz.

–Mis leales caballeros– la Reina en Selyse pasó de uno a otro. –Ser Narbert, Ser Benethon, Ser Brus, Ser Patrek, Ser Dorden, Ser Malegornr, Ser Lambert, Ser Perkinr– Cada uno devolvió una reverencia a su vez. Ella no se molestó en nombrar a su bufón, pero los cencerros en su sombrero con cornamenta y el traje de colores tatuado en sus hinchadas mejillas le hizo difícil de pasar por alto. Caramanchada. Cotter Pyke también había hecho mención de él en las cartas. Pyke aseguró que era un papanatas.

Entonces la reina hizo una seña a otro curioso miembro de su entorno: un espigado y flaco hombre, su altura estaba acentuada por un extravagante sombrero de tres niveles de fieltro púrpura. –Y aquí tenemos al honorable Tycho Nestoris, un emisario del Banco de Hierro de Braavos, viene a dialogar con Su Alteza el Rey Stannis.

El banquero se quitó el sombrero e hizo una majestuosa reverencia. –Lord Comandante. Le doy las gracias a usted y sus hermanos por su hospitalidad– Hablaba lengua común sin problemas, con sólo el ligero atisbo de acento. Medio pie más alto que Jon, el Braavosí lucía una barba tan delgada como una cuerda que brotaba de su barbilla llegando casi hasta la cintura. Sus ropas eran de púrpura sombrío, ribeteada de armiño. Un cuello duro y alto enmarcaba su delgada cara. –Espero que no seamos demasiada molestia.

–No, en absoluto, milord. Usted es más que bienvenido– «Más bienvenido que esta reina, la verdad sea dicha». Cotter Pyke había enviado a un cuervo por delante para advertir de la llegada del banquero. Jon Nieve había pensado poco desde entonces.

Jon se volvió hacia la reina. –Los aposentos reales de la Torre del Rey han sido preparados para Su Alteza durante el tiempo que desee permanecer con nosotros. Este es Lord Steward, Bowen Marsh. Él encontrará alojamiento para sus hombres.

–Qué gentil por su parte el hacer espacio para nosotros– Las palabras de la reina fueron lo suficientemente cortés, pero su tono decía, «no es más que su deber, y será mejor que ese alojamiento me complazca». –No vamos a estar con ustedes demasiado. Unos pocos días a lo sumo. Nuestra intención es seguir adelante a nuestro nuevo asentamiento en Fuerte de la Noche tan pronto como hayamos descansado. El viaje desde Guardaoriente ha sido agotador.

–Como usted desee, Su Alteza– dijo Jon. –Tendrá frío y hambre, estoy seguro. En la sala común hay comida caliente esperándole.

–Muy bien– La Reina recorrió el patio con la mirada. –Sin embargo, en primer lugar, queremos consultar con Lady Melisandre.

–Por supuesto, Su Alteza. Sus aposentos también están en la Torre del Rey. Por aquí, si me permite.– La Reina Selyse asintió con la cabeza, llevó a su hija de la mano, y le permitió que la guiara fuera de los establos. Ser Axell, el banquero Braavosí, y el resto de su comitiva les siguieron, como si fuesen patitos hechos en lana y pelo.

–Su Alteza– dijo Jon Nieve –mi constructores han hecho todo lo posible para que Fuerte de la Noche esté listo para recibirles... sin embargo, gran parte de ella permanece aún en ruinas. Se trata de un gran castillo, el más grande en el Muro, y sólo hemos sido capaces de restaurar una parte de él. Puede que se encuentre más confortable en Guardaoriente del mar.

La Reina Selyse olfateó. –Hemos tenido suficiente de Guardaoriente. No nos agradó estar ahí. Una reina debe ser la señora bajo su propio techo. Ese Cotter Pyke se ha mostrado como un hombre grosero y desagradable, pendenciero y mezquino.

«Debería escuchar lo que dice Cotter de usted». –Lo lamento, pero temo que Su Alteza encuentre las condiciones de Fuerte de la Noche aún menos a su gusto. Hablamos de una fortaleza, no de un palacio. Un lugar sombrío y frío. Mientras que Guardaoriente…

–Guardaoriente no es seguro– La reina puso una mano sobre el hombro de su hija. –Esta es la verdadera heredera del rey. Shireen un día se sentará el Trono de Hierro para gobernar los Siete Reinos. Ella se debe mantener alejada de los peligros, y Guardaoriente es por donde el ataque vendrá. Fuerte de la Noche es el lugar que mi marido ha elegido para nuestro asentamiento, y allí nos quedaremos. Nosotros… ¡Oh!

Una enorme sombra salió de detrás de la cáscara de la Torre del Lord Comandante. La princesa Shireen dio un grito, y tres de los caballeros de la reina exclamó en armonía. Otro juró. –Siete salvarnos– dijo, olvidando su nuevo dios rojo en su encontronazo.

–No tengan miedo– les dijo Jon –No hay nada que temer de él, Su Alteza. Este es Wun Wun.

–Wun Wun Weg Dar Wun– La voz del gigante retumbó como una piedra derrumbándose por una montaña. Cayó de rodillas ante ellos. Aún de rodillas, destacaba sobre ellos. –Arrodillar reina. Pequeña reina– Palabras que, sin duda, Leathers le había enseñado.

Los ojos de la princesa Shireen se agrandaron como platos. –¡Es un gigante! ¡Un verdadero gigante, igual que los de las historias! Pero, ¿por qué habla tan gracioso?

–Aún sólo sabe algunas palabras de la lengua común– dijo Jon. –En su tierra, los gigantes hablan la lengua antigua.

–¿Puedo tocarlo?

–Mejor no– advirtió su madre. –Mírale. Una criatura inmunda– La reina volvió a fruncir el ceño a Jon. –Lord Nieve, ¿qué está haciendo esta bestial criatura en nuestro lado del Muro?

–Wun Wun es un invitado de la Guardia de la Noche, como vos.

A la Reina no le gustó esa respuesta. Tampoco sus caballeros. Ser Axell hizo una mueca de disgusto, Ser Brus dio una risita nerviosa, Ser Narbert dijo: –Me habían dicho que todos los gigantes estaban muertos.

–Casi todos– Ygritte lloró por ellos. –En la oscuridad, los muertos bailan– Caramanchada arrastró los pies en una danza grotesca. –Lo sé, lo sé, oh oh oh– En Guardaoriente alguien le había cosido un manto multicolor de pieles de castor, pieles de oveja y pelo de conejo. Su sombrero lucía cuernos adornados con cascabeles y largas solapas marrones de piel de ardilla le caían sobre las orejas. Cada paso que daba los hacía sonar.

Wun Wun miraba boquiabierto con fascinación, pero cuando el gigante se le acercó el bufón saltó retrocediendo, tintineando. –Oh no, oh no, oh no– Eso llevó a Wun Wun tambaleándose hasta sus pies. La reina se agarró a la princesa Shireen y tiró de ella

hacia atrás, sus caballeros llevaron las manos a sus espadas, y Caramanchada se tambaleó poniendo distancia, asustado, perdió el equilibrio, y se cayó de culo en la nieve.

Wun Wun se echó a reír. La risa de gigante podría hacer sentir vergüenza al rugido de un dragón. Caramanchada se tapó los oídos, la princesa Shireen hundió la cara en las faldas de su madre, y el más osado de los caballeros de la reina se adelantó con el acero en la mano. Jon levantó un brazo para bloquear su camino. –*No* deseas enfurecerle. Guarde su acero, ser. Leathers, lleva a Wun Wun de vuelta con Hardin.

–¿Come ahora, Wun Wun?– Preguntó el gigante. –Come ahora– coincidió Jon. A Leathers le dijo, –Haré que envíen una cesta de verduras para él y carne para ti. Prepara el fuego.

Leathers sonrió. –Lo haré, milord, pero Hardin tiene los huesos fríos. ¿Tal vez mi señor podría enviar un poco de vino para calentarnos?

–Para ti, no para él.– Wun Wun nunca había probado el vino hasta que llegó al Castillo Negro, pero una vez lo hizo le cogió una gigantesca afición. «Demasiada afición». Jon ya tenía demasiado de lo que ocuparse sin añadir un gigante borracho a la mezcla. Se volvió a los caballeros de la reina. –Mi Lord padre solía decir que un hombre nunca empuña su espada a menos que tenga intención de usarla.

–Usarla era mi intención– El caballero estaba bien afeitado y curtido, bajo la capa de pelo blanco vestía una sobrecota plateada blasonada con una estrella azul de cinco puntas. –Me había hecho entender que la Guardia de la Noche defendía el reino de este tipo de monstruos. Nadie mencionó quedárselos como mascotas.

*«*Otro estúpido sureño». –¿Usted es…?

–Ser Patrek de la Montaña del Rey, si le complace a milord.

–No sé cómo respetan el derecho hospedaje en su montaña, ser. En el norte lo consideramos sagrado. Wun Wun es un invitado aquí.

Ser Patrek sonrió. –Dígame, Lord Comandante, cuando los Otros aparezcan, ¿les ofrecerá hospitalidad a ellos también?– El caballero volvió hacia a su reina. –Su Alteza, aquí está la Torre del Rey, si no me equivoco. ¿Me permite el honor?

–Como desee– La reina tomó el brazo y pasó por delante de los hombres de la Guardia de la Noche sin ofrecer una segunda mirada.

Esas llamas de su corona son su parte más cálida. –Lord Tycho– llamó Jon. –Un momento, por favor.

El Braavosí se detuvo. –No soy un Lord. Sólo un simple servidor del Banco de Hierro de Braavos.

–Cotter Pyke me informó de que llegó a Guardaoriente con tres naves. Un galeón, una galera, y una coca.

–Así es, mi señor. La travesía puede ser peligrosa en esta temporada. Un solo barco puede irse a pique, mientras que tres juntos pueden ayudarse mutuamente. El Banco de hierro es siempre prudente en esta materia.

–¿Tal vez antes de que parta podríamos tener unas palabras?

–Estoy a su servicio, Lord Comandante. Y en Braavos se dice que no hay momento como el ahora. ¿Le complace?

–Es tan bueno como cualquier otro. ¿Vamos a mis aposentos, o le gustaría ver la parte superior del Muro?

El banquero miró hacia arriba, hacia donde el hielo se alzaba enorme y pálido contra el cielo. –Me temo que hará frío allí arriba.

–Eso, y mucho viento. Aprendes a caminar lejos del borde. Varios hombres han salido volando. Sin embargo, el Muro, es como ninguna otra cosa en la tierra. Puede que nunca tenga otra oportunidad de verlo.

–No hay duda de que tendré que tener cuidado sobre mi lecho de muerte, pero después de un largo día en la silla de montar, una habitación caliente suena preferible.

–Mis aposentos entonces. Satín, un poco de vino caliente con especias, por favor.

Los aposentos de Jon tras de la armería fueron lo suficientemente tranquilos, pero no especialmente cálidos. Su fuego se había apagado hace algún tiempo; Satín no fue tan diligente en la alimentación como lo había sido Edd el penas. El cuervo de Mormont los saludó con un grito de "¡Maíz!" colgándose a Jon por su capa. –Vienen en busca de Stannis, ¿correcto?

–Así es, mi señor. La Reina Selyse ha sugerido que podría enviar un mensaje a Bosquespeso por cuervo, para informar a Su Alteza que espero su presencia en Fuerte de la Noche. El asunto que debo hacerle constar es demasiado delicado para encomendarlo a las cartas.

–Una deuda– «¿Qué otra cosa podría ser?» –¿Su propia deuda? ¿O la de su hermano?

El banquero apretó los dedos. –No me sería apropiado discutir la deuda de Lord Stannis o la falta de la misma. En cuanto al rey Robert... fue un verdadero placer para ayudar a Su Alteza en la necesidad. Durante el tiempo que Robert vivió, todo estaba bien. Ahora, sin embargo, el Trono de Hierro ha cesado en todos sus pagos.

«¿Podrían los Lannister ser realmente tan tontos?» –No puedes pretender hacer a Stannis responsable de las deudas de su hermano.

–Las deudas pertenecen al Trono de Hierro– declaró Tycho –y quien se siente en esa silla debe pagar. Desde que el joven rey Tommen y sus consejeros se han vuelto tan obstinados, tenemos la intención de abordar el tema con el rey Stannis. En caso de probarse a sí mismo más digno de nuestra confianza, sería, por supuesto, un gran placer prestarle toda la ayuda que necesite.

–¡Ayuda!– gritó el cuervo. –¡Ayuda, ayuda, ayuda!

Jon había conjeturado gran parte de esto el momento en que se enteró de que el Banco de Hierro había enviado un representante al Muro. –La última vez que oímos de él, Su Alteza marchaba sobre Invernalia para enfrentarse a Lord Bolton y sus aliados. Puede buscarle allí, si lo desea, sin embargo conlleva un riesgo. Usted podría verse atrapado en su guerra.

Tycho inclinó la cabeza. –Nosotros, los que servimos al Banco de Hierro nos enfrentamos a la muerte con la frecuencia como los que sirven al Trono de Hierro.

«¿Es que ese a quien sirvo?» Jon Nieve ya no estaba seguro. –Le puedo dar caballos, las provisiones, guías, lo que sea necesario para llegar tan lejos como Bosquespeso. A partir de ahí tendrá que hacerse su propio camino hasta Stannis– «Y es muy posible que se encuentre su cabeza en una pica». –Hay un precio.

"Precio", gritó el cuervo de Mormont. "Precio, precio." –Siempre hay un precio, ¿no?– , Sonrió el Braavosí. –¿Qué necesita la Guardia?

–Sus barcos, para empezar. Con sus tripulaciones.

–¿Los tres? ¿Cómo voy a volver a Braavos?

–Sólo lo necesitamos para un viaje.

–Un viaje peligroso, supongo. Dijiste *Para empezar.*

–Necesitamos un préstamo también. Oro suficiente para mantenernos alimentados hasta la primavera. Para comprar comida y alquiler de barcos para traerlo hasta nosotros.

–Primavera– suspiró Tycho. –Eso no será posible, milord.

¿Qué fue lo Stannis le había dicho? «Regatea como una anciana por un bacalao, Lord Nieve. ¡¿Le hizo Lord Eddard en una pescadera?!» Tal vez sí.

Tomo la mayor parte de la siguiente hora hacer posible lo imposible, y otra hora para que pudieran ponerse de acuerdo sobre los términos. La jarra de vino caliente traída por Satín les ayudó solucionar los puntos más irritantes. Finalmente Jon Nieve firmó el pergamino que el Braavosí elaboró, ambos estaban medio borrachos y un poco infelices. Jon creyó que era una buena señal.

Los tres barcos Braavosí elevarían la flota de Guardaoriente hasta once, incluyendo el ballenero Ibbenese que Cotter Pyke había comandado por orden de Jon, una galera de comercio de Pentos igualmente grabada, y tres buques de guerra Lysene maltratados, restos de la ex flota de Salladhor Saan rechazados al norte por las tormentas de otoño. Los tres barcos de Saan habían estado en dique seco para repararlos, pero ahora el trabajo debería estar completo.

Once barcos no eran lo mejor, pero si esperaba más, la gente en Hardhome estaría muerta para el momento en que la flota de rescate llegue. «Parte ahora o nunca». Madre

topo y su gente estaban lo suficientemente desesperados como para confiar sus vidas a la Guardia de la Noche, aunque...

El día había oscurecido para cuando él y Nestoris Tycho abandonaron sus aposentos. La nieve había comenzado a caer. –La tregua ha sido breve, parece– Jon se arropó con su manto con más fuerza.

–El invierno está sobre nosotros. El día que me fui Braavos, ya había hielo en los canales.

–Tres de mis hombres pasaron por Braavos no hace mucho tiempo– le dijo Jon. –Un anciano maestre, un bardo, y un joven mayordomo. Escoltaban a una joven salvaje y a su hijo a Antigua. Supongo que por casualidad no se los encontraría.

–Me temo que no, mi señor. Mucha gente de Poniente pasa a través de Braavos todos los días, pero la mayoría van y vienen del puerto del Trapero. Las naves del Banco de hierro parten del puerto púrpura. Si lo desea, puedo hacer averiguaciones sobre ellos, cuando regrese a casa.

–No es necesario. Ahora mismo deberían estar a salvo en Antigua.

–Esperemos que sí. El Mar Angosto es peligroso en esta época del año, y últimamente ha habido preocupantes informes de buques extraños vistos entre las peldaños de piedra.

–¿Salladhor Saan?

–¿El pirata Lyseno? Algunos dicen que ha vuelto a sus antiguos emplazamientos, así es. Y la flota de Lord Redwyne arrastra la guerra a través del brazo roto también. En su camino a casa, sin duda. Sin embargo, estos hombres y sus barcos son bien conocidos para nosotros. No, estas velas... son de otros más al este, tal vez... se oyen raras habladurías sobre dragones.

–Ojalá tuviéramos uno aquí. Un dragón puede calentar un poco las cosas.

–Mi señor bromea. Discúlpeme si no me río. Los Braavosí somos descendientes de los que huyeron de Valyria y de la ira de sus Señores Dragón. No hacemos burla de los dragones.

«No, supongo que no». –Mis disculpas, Lord Tycho.

–No son necesarias, Lord Comandante. Ahora me encuentro hambriento. Este tipo de préstamos de grandes sumas de oro le dan apetito a un hombre. ¿Sería tan amable de indicarme el camino a su sala de banquetes?

–Le llevaré yo mismo– eñaló Jon. –Por aquí.

Una vez allí, hubiera sido descortés no compartir el pan con el banquero, por lo que Jon envió a Satín fuera a buscar comida. La novedad de los recién llegados había traído a casi todos los hombres que no estaban de servicio o durmiendo, por lo que el sótano estaba lleno y caliente.

La reina se estaba ausente, al igual que su hija. Era de suponer que se estaban asentando en la Torre del Rey. Sin embargo, Ser Brus y Ser Malegorn estaban a la mano, entreteniendo a unos Hermanos que se habían reunido con las últimas noticias de Guardaoriente y más allá del mar. Tres de las damas de la reina se sentaron juntas, atendidas por sus sirvientas y una docena de hombres de Guardia de la Noche.

Más cerca de la puerta, la Mano de la Reina estaba atacando a un par de capones, chupando la carne de los huesos y lavando cada bocado con cerveza. Cuando divisó a Jon Nieve, Axell Florent tiró un hueso a un lado, se limpió la boca con el dorso de su mano, y se acercó. Con sus piernas arqueadas, tórax de barril, y las orejas prominentes, que presentaba un aspecto cómico, pero Jon sabía que no debía reírse de él. Era uno de los tíos de la reina Selyse y que había sido de los primeros en seguirla en la aceptación del dios rojo de Melisandre. «Si no es un Matareyes, es lo siguiente mejor». El hermano de Axell Florent había sido quemado por Melisandre, el Maestre Aemon le había informado, sin embargo, Ser Axell había hecho poco y menos para detenerlo. «¿Qué clase de hombre puede permanecer de brazos cruzados y ver a su hermano ser quemado vivo?» –Nestoris– dijo Ser Axell –y el Lord Comandante. ¿Puedo sentarme?– Se sentó en el banco antes de que pudieran responder. –Lord Nieve, si pudiese preguntar... esa princesa salvaje de la que Su Alteza escribió... ¿dónde puede estar, mi Señor?

«A muchas leguas de aquí, pensó Jon. Si los dioses son buenos ya habrá encontrado a Tormund Matagigantes». –Val es la hermana menor de Dalla, que era la esposa de Mance Rayder y la madre a su hijo. El Rey Stannis cogió a Val y a su hijo tras la muerte de Dalla en el parto, pero ella no es princesa, no en el modo al que te refieres.

Ser Axell se encogió de hombros. –Lo que sea, en Guardaoriente los hombres afirmaban que la moza era hermosa. Me gustaría verla con mis propios ojos. A algunas de estas mujeres salvajes tendría que darles la vuelta un hombre y cumplir con su deber como esposo. Si le parece al Lord Comandante, podríamos ir a echar un vistazo.

–Ella no es un caballo listo para la inspección, ser.

–Prometo no contarle los dientes– Sonrió Florent. –Oh, no se preocupe, la voy a tratar con toda la cortesía que se debe.

Sabe que yo no la tengo. Un pueblo no tiene secretos, y el Castillo Negro tampoco. Ausencia de Val no se hablaba de forma abierta, pero algunos hombres lo sabían, y en la sala común en la noche los hermanos hablan. «¿Qué ha escuchado?» Jon se preguntó. «¿Cuánto cree?» –Lo lamento, ser, pero Val no se unirá a nosotros.

–Voy a ir a verla. ¿Dónde guarda a la muchacha?

«Lejos de ti». –En un lugar seguro. Es suficiente, ser.

El rostro del caballero se fue enrojeciendo. –Milord, ¿ha olvidado quién soy?– Su aliento olía a cerveza y la cebolla. –¿Tengo que hablar con la reina? Una palabra de Su Alteza y podría tener esa salvaje entregada desnuda a la sala para nuestra inspección.

«Eso sería bastante sucio, incluso para una reina». –La reina nunca se alzaría sobre nuestra hospitalidad– dijo Jon, con la esperanza de que fuese verdad. –Ahora me temo

que tengo que despedirme, antes de que olvide los deberes de un anfitrión. Lord Tycho, le ruego me disculpe.

–Sí, desde luego– dijo el banquero. –Ha sido un placer.

Afuera, la nieve estaba cayendo con mayor fuerza. Al otro lado del patio la Torre del Rey se había convertido en una sombra descomunal, con las luces en sus ventanas oscurecidas por la caída de nieve.

De vuelta en sus aposentos, Jon se encontró el cuervo del Viejo Oso encaramado a la parte posterior de la silla de roble y cuero detrás de la mesa de caballete. El pájaro se puso a gritar por comida del momento en que entró. Jon tomó un puñado de granos secos de la bolsa en la puerta y los tiró por el suelo, luego se dejó caer en la silla.

Tycho Nestoris había dejado una copia de su acuerdo. Jon lo leyó tres veces. Era simple, reflexionó. «Más simple de lo que me atrevía a esperar. Más sencillo de lo que debería haber sido»

Le dio una sensación de intranquilidad. El dinero Braavosí permitiría a la Guardia de la Noche comprar alimentos en el sur cuando sus propios almacenes careciesen de alimentos, lo suficiente para pasar el invierno, todo lo largo que podría llegar a ser. «Un invierno largo y duro les dejaría tan profundamente enterrados en la deuda que nunca podrían salir», Jon se lo recordó a sí mismo, «pero cuando la elección es la deuda o la muerte, pedir prestado es mejor»

Sin embargo no le gustaba. Y cuando llegue la primavera, cuando llegue el momento de pagar todo ese oro, le gustaría aún menos. Tycho Nestoris le había impresionado con su cortesía y cultura, pero el Banco de Hierro de Braavos tenía una reputación temible al cobro de deudas. Cada una de las nueve ciudades libres tenía su propio banco, y algunas tenían más de uno, luchando por cada moneda como perros por un hueso, pero el Banco de Hierro era más rico y más poderoso que todos los demás juntos. Cuando los príncipes cesan de pagar sus deudas a otros bancos, los banqueros arruinados venden a sus esposas e hijos como esclavos y se abren sus propias venas. Cuando los príncipes no pagan al Banco de hierro, nuevos príncipes surgen de la nada y toman sus tronos.

«Tal y como el pobre y regordete Tommen podía estar a punto de aprender». Sin duda, los Lannister tenían buenas razones para negarse a honrar las deudas del Rey Robert, pero era una locura en sí mismo. Si Stannis no era demasiado reacio a aceptar sus términos, los Braavosí le darían todo el oro y la plata que necesitara, dinero suficiente para comprar una docena de compañías mercenarias, para sobornar a un centenar de señores, para mantener a sus hombres pagados, alimentados, vestidos, y armados. «A menos que Stannis esté muerto ante los muros de Invernalia, sólo puede ganar el Trono de Hierro». Se preguntó si Melisandre había visto *eso* en sus llamas.

Jon se sentó, bostezó y se estiró. Al día siguiente iba a enviar las órdenes a Cotter Pyke. «Once buques hacia Hardhome. Traer de vuelta la mayor cantidad posible, mujeres y niños primero». Ya era hora de que partiesen. ¿Debo ir yo mismo o, sin embargo, dejar que vaya Cotter? El Viejo Oso había liderado una expedición. «Desde luego. Y nunca regresó».

Jon cerró los ojos. Sólo por un momento... ...y se despertó, tieso como una tabla, con el cuervo del Viejo Oso murmurando, –Nieve, Nieve– y Mully zarandeándole. –Milord, le llaman. Perdone, mi señor. Han encontrado una niña.

–¿Una niña?– Jon se sentó, frotándose el sueño de los ojos con el dorso de sus manos. –¿Val? ¿Val ha vuelto?

–Val no, mi señor. De este lado del Muro, por así decirlo.

Arya. Jon se enderezó. Tenía que ser ella. –Niña– gritó el cuervo. –Niña, niña

–Ty y Dannel se encontraron con ella leguas al sur de Villa Topo. Estaban persiguiendo a algunos salvajes que escabullido por el camino real. Los trajo de vuelta también, pero vienen con la chica. Ella es de alta cuna, mi señor, y ella ha estado preguntando por ti.

–¿Cuántos van con ella?– Él se trasladó a su pila, se echó agua en la cara. Dioses, pero estaba cansado.

–Ninguno, mi señor. Viene sola. Su caballo se estaba muriendo bajo ella. Era todo piel y costillas, cojo y salivando espuma. Le cortaron las riendas y se llevaron a la niña para ser interrogada– «Una niña de gris sobre un caballo moribundo. Las llamas de Melisandre no habían mentido, por lo que parece. Pero, ¿qué había sido de Mance Rayder y su esposa?» –¿Dónde está la niña ahora?

–En las cámaras del Maestre Aemon, mi señor– Los hombres del Castillo Negro aún lo llamaban así, aunque por ahora el maestre de edad debe estar cálido y seguro en Antigua. –La niña estaba azulada por el frío, temblando, así que Ty quería que Clydas la echase un vistazo.

–Muy bien– Jon sintió que tenía quince años otra vez. «Hermana pequeña». Se levantó y se puso su capa.

La nieve seguía cayendo mientras cruzaba el patio con Mully. Un amanecer de oro estaba rompiendo en el este, pero al otro lado de la ventana de Lady Melisandre en la Torre del Rey, una luz rojiza aún parpadeaba. «¿Ella nunca duerme? ¿A qué juego está jugando, sacerdotisa? ¿Le encargó alguna otra tarea para Mance?»

Quería creer que sería Arya. Quería ver su cara otra vez, para sonreírle y enredar su cabello, para decirle que estaba a salvo. «Ella no estaría salvo, sin embargo. Invernalia se ha quemado y roto y no hay lugares más seguros»

No podía mantenerla aquí con él, no importa lo mucho que lo desease. El Muro no era lugar para una mujer, y mucho menos a una niña de noble cuna. Tampoco podía entregarla Stannis o Melisandre. El rey sólo desea casarla con uno de sus propios hombres, Horpe o Massey o Godry Matagigantes, y solo los dioses sabían el uso que la mujer de color rojo quiera hacer con ella.

La mejor solución sería enviarla a Guardaoriente y pedir a Cotter Pyke que la pusiera en un barco al otro lado del mar, fuera del alcance de todos estos reyes pendencieros. Tendría que esperar hasta que los barcos volvieran de Hardhome, para estar seguro.

Podría volver a Braavos con Tycho Nestoris. Tal vez el Banco de Hierro podría ayudar a encontrar alguna familia noble que se encargase de su crianza. Braavos era la más cercana de las ciudades libres, sin embargo... Eso la convertía tanto en la mejor como en la peor opción. Lorath o el Puerto de Iben podrían ser más seguros. Donde fuera que le enviase, Arya iba a necesitar plata para mantenerse, un techo sobre su cabeza, alguien que la protegiera. Ella era sólo una niña.

Las antiguas cámaras del maestre Aemon estaban tan calientes que la repentina nube de vapor que salió cuando Mully abrió la puerta fue suficiente para cegar a ambos. Dentro, un nuevo fuego ardía en la chimenea haciendo crepitar los troncos. Jon pasó por encima de un charco de ropa húmeda. "Nieve, Nieve, Nieve," graznaban los cuervos desde arriba. La niña estaba acurrucada junto al fuego, envuelta en un manto negro de lana tres veces su tamaño y profundamente dormida.

Se parecía lo suficiente como Arya para darle esperanzas, pero sólo por un momento. Era una niña alta, flaca, juguetona, toda piernas y codos, su cabello castaño estaba tejido en una gruesa trenza y envuelto en tiras de cuero. Tenía la cara larga, un mentón puntiagudo y orejas pequeñas.

Pero era demasiado mayor, demasiado mayor. Esta chica es casi de la misma edad que yo. –¿Ha comido?– Preguntó Jon a Mully.

–Sólo el pan y el caldo, mi señor– Dijo Clydas desde una silla. –Es mejor ir despacio, el Maestre Aemon lo decía siempre. Un poco más y podría no haber sido capaz de digerirlo.

Mully asintió con la cabeza. –Dannel llevaba una salchicha de Hobb y le ofreció un bocado, pero ella ni siquiera la tocó.

Jon no podía culparla por eso. Esas salchichas estaban hechas de grasa, sal y otras cosas que era mejor no llegar a pensar. –Tal vez deberíamos dejarla descansar.

Fue entonces cuando la chica se sentó, llevando el manto a sus senos pequeños, pálidos. Ella parecía confundida. –¿Dónde...?

–El Castillo Negro, mi señora.

–El Muro– Sus ojos se llenaron de lágrimas. –Estoy aquí.

Clydas se acercó. –Pobre niña. ¿Cuántos años tienes?

–Dieciséis en mi siguiente día del nombre. Y no soy una niña, sino una mujer adulta y florecida– Bostezó, y se cubrió la boca con el manto. Una de sus rodillas desnudas se asomó a través de sus pliegues. –Usted no usa cadena. ¿Es usted un maestre?

–No– dijo Clydas, –pero he servido a uno.

Ella se parece bastante a Arya, pensó Jon. Estirada y flaca, pero con el pelo y ojos de su mismo color. –Me han dicho que ha estado preguntando por mí. –Soy

–Jon Nieve– La niña se echó atrás la trenza. –Mi casa y la tuya están ligados por la sangre y el honor. Oídme. Mi tío Cregan me sigue en mi camino. No debes dejar que me lleve de regreso a Bastión Kar.

Jon estaba curioseando. «Conozco a esta chica». Había algo en sus ojos, la manera en que se presentó, la forma en que hablaba. Por un momento la memoria le eludía. Después volvió. –Alys Karstark.

Le trajo el fantasma de una sonrisa a labios de ella. –No estaba segura de que lo recordases. Tenía seis años la última vez que nos vimos.

–Viniste a Invernalia con tu padre– «El padre decapitado por Robb». –No recuerdo por qué.

Ella se sonrojó. –Así pude conocer a tu hermano. Oh, no había algún otro pretexto, pero esa fue la razón real. Yo era casi la misma edad que Robb, y mi padre pensó que podría sacar un buen partido. Hubo una fiesta. Yo bailaba contigo y con tu hermano. Él fue muy amable y me dijo que bailaba muy bien. Usted estaba triste. Mi padre me dijo que era de esperar en un bastardo.

–Recuerdo– Fue sólo media mentira. –Estás siendo un poco hosco– dijo la niña, –pero le perdono si me salva de mi tío.

–Tu tío... Debe ser Lord Arnolf?

–No es ningún lord– dijo Alys con desprecio. –Mi hermano Harry es el auténtico lord, y por ley yo soy su heredera. Una hija viene antes que un tío. Mi tío Arnolf sólo es un castellano. Él es mi tío-abuelo, en realidad, el tío de mi *padre*. Cregan es su hijo. Supongo que eso lo convierte en un primo, pero siempre lo llamaba tío. Ahora pretende hacer que lo llame marido.– Hizo un puño. –Antes de la guerra, estaba desposada con Daryn Hornwood. Sólo íbamos a esperar hasta que floreciese para casarnos, pero el Matarreyes mató a Daryn en el Bosque Susurrante. Mi padre escribió que iba a encontrar algún señor Sureño para casarse conmigo, pero nunca lo hizo.

Su hermano Robb le cortó la cabeza por matar a unos Lannister. –Su boca se torció. –Pensaba que matar Lannister era la única razón por la que se marchó al sur.

–No es... tan simple como eso. Lord Karstark mató a dos prisioneros, mi señora. Niños desarmados, escuderos en una celda.

La niña no parecía sorprendida. –Mi padre nunca gritó como Gran Jon, pero no era menos peligroso cuando se enfadaba. Ahora también está muerto. Así como tu hermano. Pero usted y yo estamos aquí, aún vivimos. ¿Hay enemistad a muerte entre nosotros, Lord Nieve?

–Cuando un hombre toma el negro deja su peleas detrás de él. La Guardia de la Noche no tiene ningún conflicto con Bastión Kar, ni con usted.

–Bien. Empezaba a temer... le rogué a mi padre al irse que dejase a uno de mis hermanos como castellano, pero ninguno de ellos quiso perderse la gloria y los rescates

al sur. Ahora Torr y Edd están muertos. Harry era un prisionero en Poza de la Doncella la última vez que supimos de él, pero eso fue hace casi un año. Podría estar muerto también. No sabía a quién más recurrir, sino el último hijo de Eddard Stark.

–¿Por qué no al Rey? Bastión Kar se ha alineado con Stannis.

–Mi tío juro a Stannis, con la esperanza de que podría provocar a los Lannister a cortar la cabeza de Harry. En caso de morir mi hermano, Karhold debería pasar a mí, pero mis tíos quieren mi primogenitura para su propio beneficio. Una vez que Cregan ponga un hijo en mi no me necesitarán más. Él ya ha enterrado a dos esposas– Se frotó una lágrima con rabia, de la misma manera que Arya podría haberlo hecho. –¿Me ayudarás?

–Los matrimonios y las herencia son temas para el rey, mi señora. Voy a escribir a Stannis en su nombre, pero..

Alys Karstark se echó a reír, era la risa de la desesperación. –Escribe, pero no busques una respuesta. Stannis estará muerto antes de que llegue tu mensaje. Mi tío se encargará de ello.

–¿Qué quieres decir?

–Arnolf se apresura a Invernalia, es cierto, pero sólo porque podrá poner un puñal en la espalda de tu rey. Él echó su suerte con Roose Bolton hace mucho tiempo... por el oro, la promesa de un perdón, y la cabeza del pobre Harry. Lord Stannis está marchando a una masacre. Así que no me puede ayudar, y aunque pudiera– Alys se arrodilló ante de él, sosteniendo el manto negro. –Tú eres mi única esperanza, Lord Nieve. En nombre de tu padre, te lo ruego. Protégeme.

45. LA CHICA CIEGA

Su noches estaban iluminadas por las distantes estrella y el resplandor de la luz de la luna sobre la nieve, pero cada amanecer se despertaba a la oscuridad.

Abrió sus ojos y miro sin ver a la oscuridad que la rodeaba, su sueño se disipaba. Era tan hermoso. Se relamió sus labios, recordando. La oveja balando, el terror en los ojos del pastor, el sonido producido por los perros cuando ella los mató uno por uno, Los gruñidos de su manada. El juego escaseaba desde que la nevada empezó, pero esa última noche se había dado un festín. Cordero y perro y carne de cordero y la fresca carne de hombre. Algunos de su pequeños primos grises le temían a los hombres, incluso a los muertos, pero ella no. Carne era carne, y los hombres eran presas. Ella era la loba nocturna.

Pero sólo cuando soñaba.

La niña ciega rodó sobre su costado, se levanto, se puso en pie, se estiró. Su cama era un colchón relleno de trapos sobre una fría repisa de piedra, Ella siempre estaba rígida y tensa cuando se despertaba.

Se fue hacia el lavabo sobre sus pequeños pies, desnudos y callosos, silenciosa como una sombra, se echo agua fría sobre su cara, se dio unas palmaditas para secarse. Ser Gregor, pensó. Dunsen, Raff el dulce. Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei. Su oración de la mañana ¿Era así? No, pensó, no es mía. Yo soy Nadie. Esa es la plegaria de la loba nocturna. Algún día ella los encontrará, los cazará, olerá sus miedos, saboreará su sangre.

Algún día.

Encontró sus ropas dentro de una pequeña pila, las olió para asegurarse que estaban lo suficientemente limpias para ponérselas, se las puso en la oscuridad. Su atuendo de sirvienta estaba donde ella lo había colgado, una larga túnica de lana descolorida, áspera, rasposa y picante. La sacudió y se la deslizó sobre su cabeza con un movimiento suave y practicado. Los calcetines fueron lo último. Uno negro, otro blanco. El negro tenia un zurcido en la parte superior, el blanco no; así podía saber cual era cual, y se aseguraba ponerse cada uno en el pie correcto. Delgadas como eran, sus piernas eran fuertes y elásticas y seguían creciendo por día. Se alegraba de eso. Una danzarina del agua necesita buenas piernas. Beth la ciega no era una danzarina del agua, pero no sería Beth por siempre.

Conocía el camino hasta las cocinas, pero su nariz la hubiera llevado allí de todos modos, aunque no lo supiera.

Pimientos calientes y pescado frito, decidió, olfateando por el pasillo, y pan recién salido del horno de Umma. El olor hizo que su barriga retumbara, la loba nocturna había comido, pero eso no llenaría la barriga de la chica ciega. Soñar con carne no la alimentaría, eso lo aprendió pronto. Desayunó crujientes sardinas fritas en aceite y pimienta y servido tan caliente que se quemó los dedos. Rebañó el aceite que quedaba con un trozo de pan que arrancó de una barra que hizo Umma por la mañana y lo remojó todo con una copa de vino aguado, saboreando el gusto y el olor. El tacto áspero de la corteza bajo sus dedos, la suavidad del aceite, el escozor de la pimienta caliente que se le introdujo en el arañazo medio curado que tenia en el dorso de la mano.

Oír, oler, saborear, sentir, se recordó a si misma.

Hay muchas maneras de conocer el mundo para aquellos que no pueden ver.

Alguien había entrado en la sala detrás de ella, moviéndose sobre sus suaves zapatillas acolchadas tan silencioso como un ratón.

Ella lo olió. El hombre bondadoso. Los hombres tenían un olor diferente a las mujeres, y además había una especie de toque a naranja en el aire. Al sacerdote le gustaba masticar cascaras de naranja para endulzarse el aliento, siempre y cuando pudiera conseguirlas.

"¿y quien eres tú esta mañana?" escuchó que le preguntaba, cuando tomo asiento a la cabecera de la mesa.

Tap, tap, oyó, luego sonó un pequeño crujido. Cascaba su primer huevo.

–Nadie– replicó. –Mentira, Yo te conozco. Tu eres esa pequeña mendiga ciega.

–Beth– Ella había conocido una Beth una vez, cuando vivía en Invernalia cuando ella era Arya Stark.

Quizás por eso ella escogió el nombre. O quizás fue porque ella también era ciega. –Pobre niña– dijo el hombre bondadoso. –¿Te gustaría que te devolviera tus ojos?, pídemelo y volverás a ver.

Le preguntaba lo mismo cada mañana. –Puede que los quiera mañana pero no hoy– Su cara todavía estaba húmeda, ocultándola, sin revelar nada.

–como quieras.– Le escuchó decir mientras pelaba el huevo, luego un débil tintineo de plata cuando cogió el salero.

Le gustaba los huevos bien salados. –¿Dónde mendigó mi pobre niña ciega ayer noche?

–En la posada de la Anguila verde.

–¿y qué tres cosas nuevas sabes que no supieras la ultima vez que te fuiste?

–El SeñordelMar esta todavía enfermo.

–Eso no es una cosa nueva. El SeñordelMar estaba enfermo ayer, y seguirá enfermo hasta mañana.

–O muerto.

–Cuando esté muerto, entonces será algo nuevo.

Cuando muera, habrá una elección y los cuchillos saldrán. Esa es la manera de Braavos. En poniente, cuando un rey muere es proclamado rey su hijo mayor, pero los Braavosi no tienen rey.

–Tomo Fregar sera el nuevo SeñordelMar.

–Sí.

El hombre bondadoso mordió un pedazo de huevo. La chica lo escuchaba masticar. Nunca hablaba con la boca llena. Tragó, y dijo, –Algunos hombres dicen que hay sabiduría en el vino. Esos hombres son tontos. En otras posadas se divulgan otros nombres, no hay duda– Dio otro bocado al

huevo, masticó, sonrió. –¿Qué tres cosas nueva sabes, que no supieras antes?

–Se que algunos hombres van diciendo que Tormo Fregar será seguramente el nuevo SeñordelMar– respondió. –Algunos borrachos.

–Mejor. ¿y qué más sabes?.

Está nevando en la tierra de los ríos, en Poniente, casi lo dice. Pero él podría preguntarle cómo que sabia eso, y ella no creía que le gustara la repuesta. Se mordió el labio, pensando en la noche pasada. –La puta S'vrone esta preñada. Ella no sabe con seguridad quien es el padre, pero piensa que podría haber sido ese mercenario Tyroshi que ella mató.

–Es bueno saberlo. ¿Qué más?

–La reina Merling ha elegido una nueva sirena que ocupe el lugar de la que se le ahogó. Es la hija de una sirvienta Prestayn, trece años y sin un penique, pero encantadora.

–Así son todas al principio– dijo el sacerdote, –Pero tú no puedes saber si es encantadora al menos que la hayas visto con tus propios ojos, y tu no tienes. ¿Quien eres, niña?.

–Nadie.

–Beth la mendiga ciega es a quien veo. Ella es una mentirosa desgraciada, eso es lo que es. Ve a tus deberes. Valar morghulis.

–Valar dohaeris– Recogió su plato y vaso, cuchillo y cuchara y se puso en pie.

Lo último de todo agarró su bastón. Era de cinco pies de largo, delgado y flexible, grueso como su pulgar, con forrado de piel desde el pie hasta la parte superior. –Mejor que los ojos, una vez que aprendas a usarlo– le había dicho la niña abandonada.

Eso era mentira. A menudo ellos le mentían, para probarla. ningún bastón era mejor que un par de ojos. Era bueno tenerlo, pensó, así que siempre lo tenia cerca. Umma había querido darle un nombre a su bastón, pero los nombres no importaban. Ella era ella. Nadie. Yo no soy nadie. Sólo una niña ciega, solo una sirvienta del Dios de los muchos rostros.

Cada noche en la cena la niña bondadosa le traía una copa de leche y le decía que la bebiera toda. La bebida tenia un sabor amargo y extraño que la niña ciega pronto aprendió a odiar. Incluso el olor tenue que advertía y que hacia que le dieran arcadas incluso antes de que tocara su lengua, pero ella vaciaba la copa cada vez.

–¿Cuanto tiempo debo ser ciega?– le preguntaba. –Hasta que la oscuridad sea para ti tan dulce como la luz– respondía la niña abandonada – o hasta que nos pidas tus ojos, pídelo y tú volverás a ver.

Y luego ustedes me echaréis. Mejor ciega que eso. No la harían ceder. Un día de los que se levantó ciega, la niña abandonada la cogió de la mano y la condujo a través de las bóvedas y los túneles de roca sobre los que estaba construida la Casa de Negro y Blanco, subió los escalones de piedra hasta el interior del templo. –cuenta los escalones cuando subas– le había dicho, –deja que tus dedos acaricien la pared, hay marcas, invisibles para el ojo, pero visibles al tacto.

Esa fue su primera lección. Después vendrían muchas mas.

Venenos y pociones eran por las tardes. Ella había olido y tocado y probado para ayudarle, pero tocar y probar podía ser peligroso cuando molían los venenos, y con algunas de las cocciones mas toxicas de la niña abandonada incluso oler era menos que seguro. Puntas quemadas del meñique y ampollas en los labios se habían convertido en familiar para ella, y una vez se puso tan enferma que no pudo mantener ninguna comida por días.

La cena era para las lecciones de idiomas. La niña ciega entendía Braavosi y podía hablarlo pasablemente, incluso perdió parte de su bárbaro acento, pero el hombre bondadoso no estaba contento. Seguía insistiendo que mejorara su alto Valyrio y aprendiera las lenguas de Lys y Pentos también.

En la noche, jugaba al juego de las mentiras con la niña abandonada, pero sin ojos para poder ver, el juego era diferente. A veces sólo tenia que seguir el tono de su voz y la elección de sus palabras, otras veces la niña abandonada le permitía poner las manos sobre su cara. Al principio el juego era muy, muy difícil, lo siguiente a imposible... pero justo cuando estaba cerca de gritar de frustración, todo se hizo mucho mas fácil. Aprendió a escuchar las mentiras, a sentirlas en el movimiento de los músculos alrededor de la boca y los ojos.

Muchos de sus otros deberes siguieron siendo los mismos, pero cuando quería hacerlos se tropezaba con el mobiliario, se golpeaba contra las paredes, tiró bandejas, llegó a estar desesperadamente impotente dentro del templo. Una vez casi se cae cabeza abajo por las escaleras, pero Syrio Forel le había enseñado a mantener el equilibrio en otro momento de su vida, cuando ella era la chica llamada Arya, y de alguna manera se recuperó y se contuvo a tiempo.

Algunas noches, ella podría haber llorado cuando iba a dormir si fuera todavía Arry o Comadreja o Gata, o incluso Arya de la casa Stark.. pero Nadie no tenia lagrimas. Sin ojos, incluso las tareas mas simples eran peligrosas. Se quemó a si misma una docena de veces cuando trabajaba con Umma en las cocinas. Una vez, picando cebollas, se corto un dedo hasta el hueso. Dos veces ni siquiera pudo encontrar su propia habitación en el sótano y tuvo que dormir en el suelo en la base de los escalones. Todos los rincones y alcobas hacia el templo eran traicioneros, incluso después que la niña había aprendido a usar sus oídos; la manera que sus pisadas rebotaban en el techo y el eco que rondaba las piernas de los sedientos y altos dioses de piedra hacían que los muros mismo parecieran moverse, y la piscina de agua negra también cambiaba el sonido de las cosas.

–Tú tienes cinco sentidos– le dijo el hombre bondadoso. –Aprende a usar los otros cuatro, y así tendrás menos cortes y arañazos y cicatrices.

Ahora podía sentir las corrientes de aire en su piel, Podía encontrar las cocinas por su olor, distinguir hombres y mujeres por sus acentos. Conocía a Umma y a los sirvientes y a los acólitos por el patrón de sus pisadas, podía distinguir unos de otros antes de que estuvieran lo suficiente cerca para olerlos (pero no a la niña abandonada o al hombre bondadoso, que difícilmente hacían un sonido al menos que ellos quisieran). La velas quemándose en el templo tenían también perfume; incluso las que no tenían desprendían débiles olores de humo de las mechas.

Ellas también le habían gritado, una vez que aprendió a usar su nariz.

Los muertos tenían su propio olor también. Una de sus obligaciones eran encontrarlos en el templo cada mañana, cualquier sitio que hubieran elegido para acostarse y cerrar sus ojos después de beber el agua de la piscina.

Esa mañana ella encontró dos.

Un hombre había muerto a los pies del Extranjero, una simple vela parpadeaba encima de él. Ella podía sentir su calor, y el perfume que desprendía le cosquilleaba la nariz. La vela ardía con una llama roja oscura, ella sabia, que para aquellos con ojos, el cuerpo les parecería envueltos en un resplandor rojizo. Antes de requerir a los sirvientes para que se los llevaran, se arrodilló y palpó su rostro, siguiendo la linea de su mandíbula, acariciando con sus dedos a lo largo de sus mejillas y nariz, tocando su pelo. Pelo rizado y grueso. Bonito rostro, sin arrugas. Era joven. Se preguntó que lo habría traído a buscar el regalo de la muerte. Muchos moribundos en Braavos a menudo encontraban el camino a la casa de Negro y Blanco, para acelerar sus fines, pero este hombre no tenia heridas que pudiera encontrar.

El segundo cuerpo era el de una anciana. Se había ido a dormir sobre un sofá de sueños, en una de las alcobas ocultas donde velas especiales conjuraban visiones de cosas amadas y perdidas. –Una muerte dulce y amable– al hombre bondadoso le gustaba decir. Sus dedos le dijeron que la anciana murió con una sonrisa en su rostro. No llevaba mucho tiempo muerta. Su cuerpo estaba todavía caliente al tacto. Su piel era tan blanda, como un cuero viejo y delgado que hubiera sido doblado y arrugado un millar de veces. Cuando los sirvientes llegaron para llevarse el cadáver la niña ciega los siguió. Dejo que sus pasos la guiaran, cuando tuvieron que descender ella contaba. Sabia la cuenta de todos los escalones de memoria. Bajo el templo era un laberinto de túneles y bóvedas donde incluso hombres con buenos ojos a menudo se perdían, pero la niña ciega se había aprendido cada pulgadas de ellos, y tenia su bastón para encontrar el camino si su memoria fallaba.

Los cadáveres se colocaban en la bóveda. La niña ciega trabajaba en la oscuridad, despojando a los muertos de botas ropas y otras posesiones, vaciando sus bolsillos y contando sus monedas. Distinguir una moneda de otra solamente por el tacto era una de las primeras cosas que la niña abandonada le había enseñado, después de quitarle sus ojos. Las monedas Braavosi eran viejas amigas; necesitaba solo acariciar las impresiones de sus caras para reconocerlas. Las monedas de otras tierras y ciudades era mas difícil, especialmente las de muy lejos. Las Honores Volantene eran las mas comunes, pequeñas monedas no mayores que un penique con una corona sobre un lado y un cráneo en el otro. Las monedas de Lyusene eran ovaladas o mostraban una mujer desnuda. Otras monedas tenían barcos grabados sobre ellas, o elefantes, o cabras. Las monedas del Poniente mostraban la cabeza de un rey en la cara y un dragón en la cruz.

La anciana no tenia ninguna bolsa, ni nada valioso en absoluto excepto un anillo en uno de sus dedos. En el hombre atractivo encontró cuatro dragones dorados de Poniente. Ella pasaba la yema de su pulgar a través de la mas usada, intentando decidir que rey tenia grabado, cuando escuchó la puerta abrirse suavemente detrás de ella.

–¿Quien hay ahí?– preguntó. –Nadie– la voz era profunda, dura y fría.

Y en movimiento. Ella se hizo a un lado, agarro su bastón, y lo movió para protegerse el rostro. Resonó madera contra madera. La fuerza del golpe casi le saca el bastón de la mano. Lo aguantó. contraataco... y encontró solo aire donde debería haber alguien. –No estoy ahí– dijo la voz. –¿Estas ciega?.

Ella no respondió. Hablar sólo podría enmudecer cualquier sonido que el pudiera producir. Él tendría que moverse, ella lo sabia. ¿Izquierda o derecha?. Saltó a la izquierda, giro a la derecha, golpeó nada. Sintió un golpe punzante en la parte posterior de las piernas. –¿Estás sorda?– Giró, el bastón en su mano izquierda, dándole vueltas, desapareciendo. Desde su izquierda escuchó el sonido de una risa. Lanzo su bastón a la derecha. Esta vez golpeó. Su bastón golpeó fuerte . El impacto le sacudió el brazo.

–Bien– dijo la voz.

La niña ciega no sabia a quien le pertenecía la voz. Uno de los acólitos, supuso. No recordaba haber escuchado esa voz nunca antes. ¿Pero podía ella asegurar que los acólitos del Dios de los muchos rostros no podían cambiar sus voces tan fácilmente como cambiaban los rostros?.

Ademas de ella, la casa del Negro y Blanco era el hogar de dos criados, tres acólitos, Umma la cocinera, y los dos sacerdotes que ella llamaba la niña abandonada y el hombre bondadoso. Otros vinieron y se fueron, algunas veces por caminos secretos, pero esos eran los únicos que vivían allí. Su enemigo debía ser uno de ellos.

La niña corrió de lado a lado, girando su bastón, oyó un ruido detrás de ella, se volvió en esa dirección, golpeo el aire. Y al mismo tiempo un bastón estaba entre sus piernas, enredándolas cuando ella intento incorporarse de nuevo, arañándose su espinilla. Tropezó y cayó sobre una de sus rodillas, tan fuerte que se mordió la lengua.

Se detuvo. Quieta como una piedra. ¿Donde está?

Detrás de ella, él rió. La golpeó inteligentemente encima de una oreja, luego aplasto sus nudillos cuando estaba tratando de incorporarse. Su bastón cayo ruidosamente sobre la piedras. Mordió los dientes con furia.

–Adelante. Recógelo, He terminado de golpearte por hoy.

–Nadie me pega– La niña gateo hasta que encontró su bastón, apoyándose de nuevo en su pie magullado y sucio. La bóveda estaba quieta y silenciosa. El se había ido. ¿o no?. Podría estar de pie al lado suyo, nunca lo sabría. Presta atención a su respiración, se dijo, pero allí ya no había nadie. Se dio un respiro, puso el bastón a su lado y continuó su trabajo. Si tuviera mis ojos, le habría golpeado hasta hacerlo sangrar. Un día el hombre bondadoso se los devolvería, y ella se los mostraría a todos.

El cadáver de la anciana estaba frió ya, el cuerpo del Braavosi rígido. La chica estaba acostumbrada a esto.

Muchos días, estaba más tiempo con los muertos que con los vivos. Echaba de menos los amigos que había tenido cuando era Gata de los Canales; El viejo Brusco con su espalda mala, sus hijas Talea y Brea, los titiriteros del barco, Merry y sus putas del Puerto Feliz, Todos los demás picaros y escoria portuaria. Ella echaba de menos a Gata mas que a nadie, incluso mas que a su ojos.

Le había gustado ser Gata, más que le había gustado ser Salinas o Pichón o Comadreja o Arry. Maté a Gata cuando maté al bardo. El hombre bondadoso le dijo que le habría quitado los ojos de todos modos, para ayudarla a aprender a usar sus otros sentidos, pero no durante medio año. Acólitos ciegos eran comunes en la casa de Negro y Blanco, pero pocos tan jóvenes como ella. La chica no lo sentía, pensó, Dareon había sido un desertor de la Guardia de la Noche; Merecía morir.

Le había dicho lo mismo al hombre bondadoso. –¿Eres tú un Dios para decidir quien vive y quien muere?– le preguntó. –Nosotros le damos el regalo a aquellos marcados por el de los muchos Rostros, después de plegarias y sacrificios. Así ha sido siempre, desde el principio. Te conté la fundación de nuestra Orden, o de como el primero de nosotros respondió a las plegarias de esclavos que deseaban morir. El regalo era dado solo a aquellos que lo anhelaban, al principio...pero un día, el primero de nosotros escuchó a un esclavo rogar no por su propia muerte sino por la de su amo. Tan fervientemente lo deseó que ofreció todo lo que tenia si su plegaria era escuchada. Y al primero de los nuestros le pareció que su sacrificio podría complacer al de los Muchos Rostros, así que esa noche le concedió su ruego. Luego fue al esclavo y le dijo –Me ofreciste todo lo que tuvieras por la

muerte de ese hombre,pero los esclavos no tenéis nada solo vuestras vidas. Eso es lo que el Dios desea de ti. Durante el resto de tus días en la tierra, tú le servirás. Y desde este momento, seremos dos– Acercó su mano agarrando su brazo, gentil pero firmemente. –Todos los hombres deben morir. Nosotros no somos otra cosa que los instrumentos de la muerte, no la muerte misma. Cuando tú degollaste al bardo, tomaste para ti mismos atribuciones que eran del Dios. Matamos hombres pero no pretendemos juzgarlos. ¿Entiendes?.

No, pensó. –Sí– dijo.

–Mientes. Y es por eso por que debes ahora pasear en la oscuridad hasta que veas el camino. Al menos que desees dejarnos. Sólo necesitas pedirlo, y tendrás tus ojos otra vez

«No, pensó». –No– dijo.

Esa tarde, después de cenar y de una corta sesión del juego de las mentiras, la chica ciega se ató una tira de trapo alrededor de su cabeza para ocultar sus inservibles ojos, encontró su cuenco de mendigar, y preguntó a la niña abandonada si podía ayudarla a enfundarse el rostro de Beth. La niña abandonada le había afeitado la cabeza cuando le quitó sus ojos; cortar una mascara, lo había llamado. Ya que la mayoría de los mimos hacían lo mismo para que sus pelucas encajaran mejor. Funcionaba también para los mendigos y ayudaba a mantener la cabeza libre de pulgas y piojos. Se necesita más que una peluca, pensó. –Yo podría cubrirte con llagas sangrantes– dijo la niña abandonada, –pero los posaderos y taberneros no te dejarían pasar por sus puertas.– En vez de eso le dio cicatrices de la viruela y una verruga sobre una mejilla con un pelo negro creciendo desde ella. –¿Es fea?– pregunto la chica ciega.

–No es bonita.

–Bien– A ella nunca le había importado si era bonita, incluso cuando era la estúpida Arya Stark. Solo su padre la había llamado alguna vez así. El, y Jon Nieve, algunas veces. Su madre solía decirle que podría ser bonita si solo se lavara y peinara su cabello y se preocupara mas de su manera de vestir, como lo hacia su hermana. Para su hermana, las amigas de su hermana y el resto, ella había sido solo Arya caracaballo. Pero todos estaban muertos ya, hasta Arya, todos menos su medio hermano, Jon. Algunas noches escuchaba hablar de él, en las tabernas y burdeles del puerto Trapero. El bastardo negro del muro, lo había llamado un hombre. Aunque Jon nunca reconocería a Beth la ciega, apostaba. Eso la entristecía. La ropa que llevaba eran harapos descosidos y gastados pero cálidos trapos después de todo. Debajo de ellos ocultaba tres cuchillos. uno en una bota, otro en la manga, otro cubierto en la parte baja de su espalda. Los Braavosi eran gente amable, en general, a los mas les gustaba más ayudar a la pobre mendiga ciega que dañarla, pero siempre habían unos pocos que podían verla como alguien a quien seria fácil robar o violar. Los cuchillos eran para estos, aunque hasta el momento la chica ciega no se había visto obligada a usarlos.

Un cuenco de mendigo roto de madera y un cinturón de cuerda de cáñamo completo su atuendo. Se dispuso a salir cuando el Titan rugió al ocaso, contando los escalones del templo mientras bajaba. Luego golpeando su bastón hasta el puente que la llevó hasta el canal de la isla de los dioses. Se dio cuenta que la niebla era espesa por la húmeda manera que sus ropas se pegaban a ella y la sensación de humedad en el aire sobre su manos desnudas. La nieva de Braavos hacia cosas extrañas sobre los sonidos también, ella lo había averiguado. La mitad de la ciudad estaría medio ciega esta noche. Mientras pasaba los templos, podía escuchar a los acólitos del culto de Starry Wisdom, encima de su torre de adivinación, cantado a las estrellas nocturnas. Una voluta de humo perfumado flotaba en el aire, conduciéndola por un camino sinuoso a donde los sacerdote rojos habían quemado el gran brasero de hierro en el exterior de la casa del Señor de la Luz. Pronto pudo sentir el calor en el aire, cuando los rojos discípulos de R'hllor's elevaron sus voces en una oración. –Porque la noche es

oscura y llena de terrores– rezaban.

No para mí. Sus noches estaban bañada en luz de luna y llenas de los sonidos de su manada, con el sabor de la carne roja arrancada del hueso, con el caliente aroma familiar de sus primos grises. Sólo durante el día ella estaba sola y ciega.

Ella no era extraña en el malecón. Gata solía merodear por los muelles y callejones de puerto Trapero vendiendo mejillones y ostras y almejas para Brusco. con su trapo, su cabeza rapada y su verruga, no parecía la misma que había sido, pero para estar segura se mantenía alejada del Barco y del Puerto Feliz y los otros lugares donde Gata había sido más conocida.

Sabía que cada posada y taberna tenia su propia esencia. El Barquero Negro tenia un olor salobre. Pynto apestaba a vinagre, queso apestoso y al mismo Pynto, que nunca se había cambiado la ropa o lavado el pelo.

En el Reparador de Velas el humo en el aire estaba aderezado por el olor de carne asada. La casa de las sietes Lamparas olía a incienso, El Palacio de Satén a los perfumes de bellas jovencitas que soñaban con ser cortesanas.

Cada lugar tenia también sus propios sonidos. Moroggo y la Posada de la Anguila verde tenia cantantes que interpretaban casi todas las noches. En el mesón de los marginados los patrones cantaban ellos mismos, con voces borrachas y en medio centenar de lenguas. La Casa de la Niebla estaba siempre llena con hombres pálidos de los barcos serpientes, discutiendo sobre dioses y cortesanas y si el SeñordelMar era tonto o no. El palacio de Satén estaba mas tranquilo, un lugar de rumores acariciadores, el suave murmullo de los vestidos de seda y las risas de las chicas.

Beth mendigaba en un lugar diferente cada noche. Aprendió pronto que los mesoneros y taberneros estaban mas dispuestos a soportar su presencia sino era un hecho frecuente. La última noche ella la había pasado en las afueras de la posada de la Anguila verde, así que esta noche ella giró a la derecha en vez de a la izquierda después de pasar el puente Sangriento y dirigió su camino hasta Pynto en el extremo opuesto del Puerto del Trapero, justo al borde de la Ciudad de los Ahogados. Por ruidoso y maloliente que el pudiera ser, Pynto tenia un corazón blando debajo de sus ropas sin lavar y bravuconadas. A menudo, cómo no, él la dejaba entrar dentro donde estaba calentita si el lugar no estaba demasiado lleno de gente, y de vez en cuando incluso le ofrecía una jarra de cerveza y un trozo de comida, mientras la deleitaba con sus historias. En su juventud Pynto había sido el pirata mas notorio en el paso de las Piedras, le escuchaba decir; No había nada que le gustara más que hablar largo y tendido de sus hazañas.

Tenía suerte esta noche. La taberna estaba casi vacía, y ella pudo coger una tranquila esquina no lejos del fuego. Tan pronto se instaló allí y cruzo sus piernas algo rozo contra su muslo. –¿Tú otra vez?– dijo la chica ciega, Acarició su cabeza detrás de una oreja, y el gato saltó a su regazo y empezó a ronronear. Braavos estaba llenos de gatos , y ningún lugar mejor que Pynto para ellos.

El viejo pirata creía que le traían buena suerte y que le mantenía el lugar libre de parásitos. –¿Me conoces, verdad?– susurró. Los gatos no se dejaban engañar por una verruga. Ellos recordaban a Gata de los canales.

Era una buena noche para la chica ciega. Pynto estaba en un alegre estado de animo y le dio una copa de vino aguado, un trozo de queso maloliente, y la mitad de un pastel de anguilas. –Pynto eres un hombre muy bueno– dijo, luego él se puso a hablarle de la época en que se apoderó de una nave llena de especias, un relato que había escuchado una docena de veces con anterioridad.

Conforme pasaban las horas la taberna se llenaba. Pynto pronto estaba demasiado ocupado para prestarle atención, pero muchos de sus clientes arrojaban monedas dentro de su cuenco de mendigo. Otras mesas estaban ocupadas por extranjeros:

Balleneros Ibbeneses que apestaban a sangre y grasa, un par de Braavosi con aceite perfumado en el pelo, un gordo de las afueras de Lorath que se quejaba que los reservados de Pynto eran demasiado pequeños para su barriga.

Más tarde tres Lyseni, marineros de la Goodheart, una galera que había sido asolada por una tormenta y que había llegado a trompicones la ultima noche y había sido saqueada esa mañana por los guardas del SeñordelMar.

El Lyseni cogió la mesa mas cercana al fuego y habló en voz baja apurando jarras negras de ron, manteniendo sus voces bajas para que nadie pudiera oírles. Pero ella era Nadie y oyó la mayoría de las palabras. y durante un tiempo pareció que pudiera verlos también, a través de los ojos rasgados de color amarillo del gato que ronroneaba en su regazo. Uno era viejo, otro joven y otro había perdido una oreja, pero los tres tenían el cabello blanco rubio y la piel lisa y clara de Lys, donde la sangre del viejo Freehold todavía permanecía fuerte.

A la mañana siguiente, cuando el hombre bondadoso le preguntó qué tres cosas sabia que no supiera antes, ella estaba lista.

–Sé por qué el SeñordelMar se apoderó de la Goodheart. Llevaba esclavos, cientos de esclavos, mujeres y niño, atados juntos en la bodega– Braavos había sido fundada por esclavos fugados, y el comercio de esclavos estaba prohibido.

–Sé la procedencia de los esclavos. Eran salvajes de Poniente, de un lugar llamado HardHome. Un lugar antiguo y en ruinas, malditos– La vieja Tata la había contado relatos de HardHome, allá en Invernalia cuando ella había sido Arya Stark.. –Después de la gran batalla donde el Rey-mas-alla-del-muro fué asesinado, los salvajes huyeron, y sus bosques le dijeron que si iban hacia Hardhome, llegarían barcos que los llevarían a algún lugar caliente. Pero lo barcos no llegaron excepto dos de piratas Lyseni, Goodheart y Elephant, que fueron conducidos al norte por una tormenta. Anclaron en HardHome para repararlos, y vieron a los salvajes, pero eran miles y no tenían lugar para todos, así que les dijeron que solo se llevarían a las mujeres y los niños. Los salvajes no tenían nada para comer, así que los hombres les dieron a sus mujeres y hijas, pero tan pronto como los barcos zarparon al mar, los Lyseni las bajaron a las bodegas y las ataron. Con la intención de venderlas a todas en Lys. Poco después se metieron en otra tormenta y los barcos se separaron. The Goodheart estaba tan dañado que su capitán no tuvo otra opción que atracarlo aquí, pero el Elephant puede que hay llegado de vuelta a Lys. El Lyseni de Pynto pensó que volverían con mas barcos. El precio de los esclavos esta subiendo, decían, y hay miles de mujeres y niños en HardHomeç

–Es bueno saberlo. Son dos. ¿Hay una tercera?.

–Sí. Sé que tú eres el que me ha estado golpeando– Levantó rápidamente su bastón, y lo rompió contra sus dedos, su bastón cayó al suelo estrepitosamente..

El sacerdote hizo una mueca de dolor y retiro su mano. –¿Y como puede una chica ciega saber eso?.

Te ví. –Te he dado tres. No necesito darte cuatro.– Quizás en la mañana le hablaría sobre el gato que la había seguido a casa la ultima noche desde Pynto, el gato que estaba escondido en el tejado , mirándolos desde arriba. O quizás no. Si él podía tener secretos, también ella.

Esa noche Umma sirvió cangrejos salteados para la cena. Cuando le trajo la taza, la chica ciega arrugo la nariz y se la bebió de tres grandes sorbos. Luego se quedo sin aliento y la dejo caer. Su lengua estaba en llamas y cuando ella bebió una copa de vino las llamas se le propagaron por su garganta y su nariz.

–El vino no ayudara y el agua solo avivara las llamas.– le dijo la niña abandonada. –Come esto– Un mendrugo de pan le fue puesto dentro de su mano. La chica se lo metió en la boca, masticó, tragó. Le ayudó. Un segundo mendrugo la ayudó aún más.

Y llegó la mañana, cuando la loba nocturna la dejó, ella abrió sus ojos, vió una vela de sebo ardiendo donde no había visto vela la noche antes, su llama incierta se balanceaba adelante y atrás como una puta del puerto Feliz. Nunca había visto nada tan bonito.

46. UN FANTASMA EN INVERNALIA

El muerto fue encontrado al pie de la muralla interior, con el cuello roto y sólo la pierna izquierda asomando por encima de la nieve que lo había enterrado durante la noche.

Si las perras de Ramsay no lo hubieran desenterrado, podría haberse quedado enterrado hasta la primavera. En el momento que Ben Bones las alejó, Grey Jeyne había comido tanto de la cara del muerto que la mitad del día se había ido antes de saber a ciencia cierta quién habría sido: un armero de cuatro-y-cuarenta años que habían marchado al norte con Roger Ryswell. –Un borracho– declaró Ryswell. –Orinaba desde la muralla, apuesto. Se resbaló y cayó– Nadie estuvo en desacuerdo. Sin embargo, Theon Greyjoy se preguntó por qué alguien quiere escalar a las murallas por los resbaladizos escalones en el oscuridad de la noche solo para orinar.

Por mañana mientras la guarnición desayunaba con el duro pan frito en grasa de tocino (los señores y caballeros se comieron el tocino), la charla en los bancos verso en torno al cadáver.

–Stannis tiene amigos en el interior del castillo– Theon escuchó murmurar a un sargento. Era un antiguo hombre de Tallhart, tres árboles cosidos en su mellada cota. La guardia acababa de cambiar. Los hombres venían del frío, zapateando los pies para sacudir la nieve de las botas y pantalones mientras la comida del mediodía se servía -morcilla, puerro y pan negro todavía caliente de los hornos.

–¿Stannis?– se burló uno de los jinetes de Roose Ryswell. –A Stannis le está nevado a morir por ahora. Además vuelve corriendo al Muro con el rabo congelado entre las patas–

–Podrían estar acampados a cinco pies de distancia de nuestras murallas con cientos de miles de hombres– dijo un arquero vistiendo los colores Cerwyn. –Nunca podríamos verlos a través de esta tormenta.

Interminable, incesante, despiadada, la nieve había caído día y noche. Los montones trepaban las murallas y llenaban las almenas a lo largo de las murallas, mantos blancos cubrían cada techo, tiendas de campaña se hundían bajo el peso. Para ayudar a los hombres a no perderse al cruzar los patios, de salón a salón, fueron tendidas cuerdas. En las torres de guardia, los centinelas se hacinaban para calentarse las manos semi-congeladas sobre los braseros incandescentes, dejando las rondas del muro a los centinelas de nieve que los escuderos habían levantado, haciéndose más grandes y extraños todas las noches conforme el viento y el tiempo obraban sobre ellos. Irregulares barbas de hielo les crecían en las lanzas cruzadas en sus puños de nieve. Al menos a un hombre de Hosteen Frey, que al que habían oído refunfuñar que no temía un poco de nieve, perdió una oreja por congelación.

Fueron los caballos de los patios los que más sufrieron. Si no se cambian con frecuencia las mantas puestas para mantenerlos calientes se empapaban y congelaban. Los fuegos hicieron más daño que bien cuando se encendieron para mantener a raya al frío. Los caballos de guerra temerosos de las llamas, lucharon por escapar, hiriéndose a sí mismos y a los demás caballos amarrados en sus líneas. Sólo los caballos en los establos estaban a salvo y calientes, pero atestadas ya estaban las caballerizas.

–Los dioses se han vuelto contra nosotros– se le oyó decir en el Gran Salón al viejo Lord Locke. –Esta es su ira. Un viento tan frío como el mismo infierno y la nieve que nunca terminan. Estamos malditos–

–*Stannis* está maldito– insistió un hombre de Dreadfort. –Es quien esta afuera en la tormenta.

–Lord Stannis podría estar más cáliente de lo que sabemos– argumentó un tonto librejinete. –Su hechicera puede convocar el fuego. Podría estar su dios rojo fundiendo estas nieves.

«Que imprudente», comprendió Theon de inmediato. El hombre habló muy fuerte, y al alcance de los oidos de Yellow Dick y Sour Alyn y Ben Bones. Cuando la historia llegó a lord Ramsay, envió a los Chicos del Bastardo para apresar al hombre y arrastrarlo a la nieve. –Como pareces tan aficionado a Stannis, te enviaremos a él– dijo. Damon Dance-For-Me dio al librejinete unos cuantos azotes con el largo látigo engrasado. Luego, mientras que Skinner y Yellow Dick hacian apuestas sobre lo rápido que su sangre se congelaba, Ramsay arrastró al hombre hasta la Puerta Almenada .

Las enormes puertas principales de Invernalia estaban cerradas y atrancadas, tan obstruidas con el hielo y la nieve que tendría que ser convertidas en astillas antes de que el rastrillo pudiera ser levantado. Lo mismo podría decirse de la Puerta del Cazador, aunque había menos hielo y no era un problema, ya que la puerta había visto uso reciente. La Puerta del Camino Real no había tenido uso, y el hielo había congelado las cadenas del puente levadizo como dura piedra. Lo cual solo dejó a la Puerta Almenada, un pequeño postigo con arco en la muralla interior. De hecho, sólo la mitad de una entrada, pues había un puente levadizo que cruzaba el foso helado, que ofrecía acceso a las defensas exteriores pero no al resto del mundo, con la correspondiente puerta a través de la muralla exterior,
Todavía protestando, el sangrante librejinete fue llevado a través del puente y escaleras arriba. Luego Skinner y Sour Alyn lo sujetaron de brazos y piernas y lo lanzaron desde la muralla hasta el suelo, ochenta metros más abajo. Los montones había subido tanto, que se tragaron al hombre ... pero los arqueros en las almenas afirmaron vislumbrarlo tiempo despúés, arrastrándose con una pierna rota por la nieve. Uno emplumó su trasero con una flecha mientras se retorcía a la distancia. –Va a estar muerto dentro de una hora– prometió Lord Ramsay.

–O va a estar chupándole la polla a Lord Stannis antes que se ponga el sol– lanzó Mataputas Umber.

–Debe ser cuidadoso para no romperla– se rió Rickard Ryswell. –A cualquier hombre afuera de aquí, la polla se le congela

–Lord Stannis esta perdido en la tormenta– dijo Lady Dustin. –Está a leguas de distancia, muerto o moribundo. Dejen que el invierno empeore. Un par de días más y las nieves lo enterraran a él y a su ejército juntos.

«Y a nosotros también», pensó Theon, maravillado de su disparate. Lady Barbrey era del norte y debería saberlo mejor. Los viejos dioses podría estar escuchando.

La cena fue sopa de chicharros y pan del día anterior, que causó murmullos entre los hombres comunes, por encima de la sal, a los señores y caballeros les vieron a comer jamón.

Theon se inclinó sobre su cuenco de madera terminando lo último de su propia porción de sopa, cuando un ligero toque en el hombro le hizo soltar la cuchara. –Nunca me toques– dijo, retorciendose hacia abajo para tomar el utensilio caído al suelo antes de que una de las chicas de Ramsay pudiera apoderarse de él. –*Nunca* me toques.

Se sentó a su lado, muy cerca, era otra de las lavanderas de Abel. Era joven, tal vez quince o dieciséis años, con el pelo rubio hirsuto que reclamaban un buen lavado y un par de labios carnosos necesitados de un buen beso. –A algunas chicas les gusta tocar– dijo, con una media sonrisa. –Si os place, mi señor, yo soy Holly.

«Holly, la furcia», pensó, pero era bastante bonita. Alguna vez, él se habría reído y y la habría puesto en su regazo, pero eso ya pasó. –¿Qué quieres?

–Mirar esas criptas. ¿Dónde están, mi señor? ¿Me las puede mostrar?– Holly jugó con un mechón de su pelo, enrollándolo alrededor de su dedo meñique. –En lo profundo y oscuro, dicen. Un buen lugar para tocarse. Con todos los difuntos reyes observando.

–¿Abel te envió conmigo?

–Podría ser. Puede ser que me envié sola. Pero si quieres a Abel, lo podría traer. Él cantaría a mi señor una dulce balada.

Cada palabra que decía convencía a Theon que todo esto era un truco. «Pero ¿de quién y con qué fin?» ¿Qué podría querer de él, Abel? El hombre era un trovador, un alcahuete con un laúd y una sonrisa falsa. «Quiere saber cómo tomé el castillo, pero no para hacer una balada». La respuesta le llegó. «Quiere saber cómo hemos llegado para poder salir». Lord Bolton tenía Invernalia cosida firmemente como los pañales de un bebé. Nadie podía ir y venir sin su permiso. «Quiere huir, él y su lavandera». Theon no podía culparlo, pero aún así, dijo, –Quiero alejarme de Abel, o de tí, o de cualquiera de tus hermanas. Déjame en paz.

Afuera la nieve se arremolinaba, bailaba. Theon llego a tientas a la muralla, luego la siguió hasta la Puerta Almenada. Él podría haber tomado a los guardias por un par de muñecos de nieve del Pequeño Walder, si no hubiera visto las plumas blancas de su aliento. –Quiero caminar por las Murallas– les dijo, su propio aliento se helaba en el aire.

–Hiela la sangre ahí arriba– advirtió uno. –Hiela la sangre aquí– dijo el otro, –pero haz lo que quieras, cambiacapas.– hizo un ademán a Theon a través de la puerta.

Los escalones estaban llenos de nieve y resbaladizos, traicioneros en la oscuridad. Una vez que llegó al adarve, no le llevó mucho tiempo encontrar el lugar donde habían arrojado al librejinete. Golpeo la nieve recién caída en la muralla despejando la tronera y asomo la cabeza entre los merlones. «Puedo saltar», pensó. «él sobrevivió, ¿por qué yo no?» Podía saltar, y ... «¿Y luego qué? Romperse una pierna y morir bajo la nieve? Arrastrase afuera a morir de frío?»

Era una locura. Ramsay le cazaría, con las chicas. Red Jeyne y Jez y Helicent le harían pedazos si los dioses eran buenos. O peor aún, podría ser llevado de vuelta con vida. –Tengo que recordar mi *nombre* – susurró.

A la mañana siguiente el canoso escudero de Ser Aenys Frey fue encontrado desnudo y muerto por exposición en el antiguo castillo lichyard, su cara estaba tan cubierta por la escarcha que parecía llevar una máscara. Ser Aenys supuso que el hombre había bebido demasiado y perdido en la tormenta, aunque nadie podía explicar por qué se había quitado la ropa para salir a la calle. «Otro borracho», pensó Theon. El vino podía ahogar una montón de sospechas.

Entonces, antes del termino del dia , un ballestero jurado a los Flints apareció en los establos con una fractura de cráneo. «Coz de un caballo», declaró Lord Ramsay. «Un garrote, más bien», decidió Theon.

Todo parecía tan familiar, como un espectáculo de mimo que había visto antes. Sólo que los mimos

había cambiado. Roose Bolton estaba haciendo el papel que Theon había actuado la última vez, y los muertos estaban actuando las partes de Aggar, rednose Gynir y Gelmarr The Grim. «Hediondo también estaba allí», que recordara, «pero era un Hediondo diferente, un Hediondo con las manos ensangrentadas y mentiras escurriendo de su boca, dulces como la miel. Hediondo, Hediondo, que rima con sigiloso».

Las muertes ocasionaron peleas entre los señores de Roose Bolton en el Gran Salón. A algunos se les estaban acabando la paciencia. –¿Hasta cuándo nos sentaremos aquí, esperando a este rey que nunca llega?– Exigió Ser Hosteen Frey. –Debemos llevar la lucha a Stannis y poner fin a él.

–¿Dejar el castillo?– graznó el manco Stout Harwood. Su tono de voz sugería que pronto tendría el otro brazo cortado. –¿Quieres que embistamos a ciegas en la nieve?

–Para luchar contra Lord Stannis lo primero sería encontrarlo– señaló Roose Ryswell al cabo. –Nuestros exploradores salen por la Puerta del Cazador, sin embargo, ninguno de ellos ha regresado últimamente.

Lord Wyman Manderly dio una palmada en el vientre enorme. –Puerto Blanco no tiene miedo de cabalgar con usted, Ser Hosteen. Lideranos y mis caballeros correrán detrás de vos.

Ser Hosteen se volvió hacia el gordo. –Si, lo suficientemente cerca para dirigir un lanza a mi espalda. ¿donde están mis parientes, Manderly? Decidme. Tu invitados, quienes te llevaron a tu hijo.

–Su huesos, dirás– Manderly pincho con su daga un pedazo de jamón. –Me acuerdo de ellos. Rhaegar de los redondos hombros, con su locuaz lengua. El atrevido Ser Jared, presto a sacar su acero. Symond el jefe de espías, siempre tintineando las monedas. Ellos trajeron los huesos de Wendel. Fue Tywin Lannister quien me regreso a Wylis, sano y salvo, como lo prometió. Un hombre de palabra, Lord Tywin. Los Siete salven su alma.– Lord Wyman se metió la carne a la boca, masticó ruidosamente, se lamió los labios y dijo, –El camino tiene muchos peligros, Ser. Di a tus hermanos, mis invitados, regalos cuando nos despedimos de Puerto Blanco. Nos juramos que nos reuniríamos en la boda. Muchos y más dan testimonio de nuestra partida.

–¿Muchos y más?– se burló Aenys Frey. –¿O tú y los tuyos?

–¿Qué estas insinuando, Frey? El señor de Puerto Blanco se limpió la boca con la manga– No me gusta su tono, ser. Ni un poquito

–Sal al patio, saco de sebo. Te voy llenar de poquitos todo lo que pueda tu estomago– dijo Ser Hosteen.

Wyman Manderly soltó la carcajada, pero media docena de sus caballeros se pusieron de pie a la vez. Les correspondío a Roger Ryswell y a Barbrey Dustin calmar los animos con palabras tranquilizantes. Roose Bolton no dijo nada. Pero Theon Greyjoy vio en sus pálidos ojos lo que nunca habia estado ahí: un malestar, incluso una pizca de temor.

Esa noche el nuevo establo se desplomó bajo el peso de la nieve que lo había cubierto. Veintiséis caballos y dos mozos murieron, aplastados por la caída del techo o sofocados bajo las nieves. Se tomó la mayor parte de la mañana para desenterrar los cuerpos.

Lord Bolton apareció brevemente en el pabellón exterior para inspeccionar el lugar, ordenó que los

caballos restantes fueran llevados adentro, junto con las monturas todavía amarradas en el pabellón exterior. Y en cuanto los hombres terminaron de desenterrar a los muertos y de la matanza de los caballos otro cadáver fue encontrado.

Este no podía achacarse como los otros a un resbalón de borracho o un patada de caballo. El muerto era de los favoritos de Ramsay, el achaparrado, escrofuloso, poco agraciado armero llamado Yellow Dick. Si su pito había sido amarillo era difícil de saber, se lo habían cortado y metido con tanta fuerza en la boca que le rompieron tres dientes. Cuando los cocineros lo encontraron afuera de la cocina, enterrado hasta el cuello en nieve, tanto la polla con el cuerpo estaba de un frío azul. –Quemad el cuerpo– ordeno Roose Bolton, –Y veré que no habláis de esto. No quiero que este cuento se difunda.

No obstante, el cuento se difundió. Al mediodía, la mitad de Invernalia lo había escuchado. La mayoría de labios de Ramsay Bolton, de quien Yellow Dick había sido uno de los "Chicos". –Cuando encontremos a quien hizo esto– prometió Lord Ramsay. –Lo voy a despellejar, freír su piel como chicharrón, y hacer que se la coma, cada pedazo– Corrió la voz que el nombre del asesino valdría un dragón de oro.

El hedor del Gran Salón era palpable al anochecer. Con cientos de caballos, perros y hombres apretados bajo un solo techo, los suelos fangosos por el barro y la nieve derretida, el estiércol, los mojones de perro, e incluso heces humanas, el aire impregnado con los olores de perro mojado, lana mojada y sudorosas mantas de caballos, no había el consuelo que se encuentra en lo bancos llenos de gente, pero había comida. Los cocineros sirvieron grandes lonchas de carne fresca de caballo, asada por fuera y jugosa por dentro, con nabos y cebollas asadas,... y por una vez, los soldados comunes comieron tan bien como los señores y caballeros.

La carne de caballo fue un suplicio para los dañados dientes de Theon. Sus intentos por masticar le ocasionaron un dolor insoportable. Por lo cual, machaco juntos las cebollas y los nabos, con la hoja de su navaja, haciendo un puré, después cortó el caballo en pequeños pedazos, lamió cada pieza y la escupió. Al menos de esa forma tuvo el sabor y algo de nutrientes de la grasa y la sangre. El hueso era demasiado para el, por lo cual, lo arrojo a las perras y vio como Grey Jeyne se despachó, mientras Sara y Willow le mordían los talones.

Lord Bolton ordenó a Abel tocar para ellos mientras comían. El bardo cantó "Lanzas de Hierro" seguido de " El Loco Invierno". Cuando Barbrey Dustin solicitó algo más alegre, les tocó "la Reina se quito su sandalia, el Rey se quito la Corona." y "el Oso y la Bella Doncella." Los Freys se unieron al canto e incluso algunos norteños golpearon sus palmas sobre la mesa para el coro gritando "un Oso! Un oso!" pero el ruido asusto a los caballos, lo que los cantantes se silenciaron y la música murió.

Los Chicos del Bastardo, se reunieron bajo un alero de la pared donde una antorcha humeaba. Luton y Skinner jugaba a los dados. Grunt tenia una mujer en su rezago y un pecho en la mano. Damon Dance-For-Me sentado engrasaba su látigo. –Hediondo– llamó. Se toco la pantorrilla con el látigo, como alguien quien llama a su perro. –Estas empenzado a apestar de nuevo. Hediondo.

Theon no tenia respuesta para eso mas que un suave –Si

–Lord Ramsay quiere cortar tus labios cuando todo esto termine– dijo Damon. frotando sus látigo con un trapo grasoso.

«Mis labios estan entre las piernas de su señora. Esa insolencia no puede quedar sin castigar». –como

usted diga

Luton solto la carcajada. –Creo que lo quiere.

–Vete, Hediondo– dijo Skinner. –Tu olor me revuelve el estomago– los otros rieron.

Huyó rápidamente, antes que cambiaran de opinión. Sus verdugos no le seguirían al exterior. No, siempre y cuando hubiera comida y bebida adentro, Mujeres dispuestas y cálidos fuegos. Al salir de la sala, Abel estaba cantando"Las criadas que florecen en primavera".

Afuera estaba nevando tan fuerte que Theon no podía ver más allá de tres pies enfrente. Se encontraba sólo en un desierto blanco. Las paredes de nieve se cernían a los lados por encima de su pecho. Cuando levantó la cabeza, los copos de nieve le rozaron la mejillas como suaves y fríos besos. Podía oír el sonido de la música de la sala detrás de él. Un canción suave ahora, y triste. Por un momento se sintió casi en paz.

Más adelante, se encontró con un hombre avanzando en dirección contraria, una capa con capucha aleteaba detrás de él. Cuando se encontraron cara a cara, sus ojos se cruzaron brevemente. El Hombre puso una mano en su daga. –Theon cambiacapas. Theon mataparientes.

–No lo soy. Nunca … era un hijo del hierro

–Falso es todo lo que eras, ¿Cómo es que todavía respiras?

–Los dioses no saben qué hacer conmigo– contestó Theon, preguntándose si éste podría ser el asesino. El camimante nocturno que había metido la polla de Yellow Dick en su boca y empujó al mozo de Roger Ryswell de los almenas. Curiosamente no tenia miedo. Se sacó el guante de su mano izquierda. –Lord Ramsay no sabe que hacer conmigo.

El hombre lo miro y se rió, –Entonces os dejo con él.

Theon caminó a través de la tormenta hasta que sus brazos y piernas estuvieron cubiertos de nieve y las manos y los pies se había entumecido por el frío, entonces subió a las almenas de la muralla interior de nuevo. Allí, a un centenar de metros de altura, un poco de viento soplaba, removiendo la nieve. Todas las troneras se había llenado. Theon tuvo que atravesar una pared de nieve para hacer un agujero ... sólo para descubrir que no podía ver más allá del foso. De la pared exterior, no quedaba nada más que una vaga sombra y unas pocas luces tenues que flotan en la oscuridad.

«El mundo se ha ido». Desembarco del Rey, Riverrun, Pyke, y las Islas del Hierro, todos los Siete Reinos, cada lugar que había conocido, todos los lugares que alguna vez había leído o soñado, todo desapareció. Sólo se mantuvo Invernalia.

Estaba atrapado aquí, con los fantasmas. Los viejos fantasmas de las criptas y los más jóvenes que él mismo habia hecho, Mikken y Farlen, Gynir Rednose, Gelmarr el grim, la esposa del molinero de Acorn Agua y sus dos hijos pequeños, y todos los demás. «Mi obra. Mis fantasmas. Todos ellos están aquí,y están enojados». Pensó en las criptas y las espadas que faltan.

Theon regresó a sus aposentos propios. Estaba quitándose la ropa mojada cuando Steelshanks Walton lo encontró. –Ven conmigo, cambiacapas. Su señoría quiere charlar contigo.

No tenía ropa limpia y seca, por lo que exprimió los mismos trapos húmedos y lo siguió. Steelshanks lo llevó de regreso a la Torre del Homenaje y al solar que antes habían sido de Eddard Stark. Lord Bolton no estaba sólo. Lady Dustin sentada con él, de cara pálida y severa; un broche de hierro con Cabeza de Caballo entrelazaba la capa de Roger Ryswell; Aenys Frey estaba cerca del fuego, las sonrojadas mejillas transidas de frío.

–Me han dicho que has estado vagando por el castillo– comenzó Lord Bolton. –Han informado que te vieron en los establos, en las cocinas, en los cuarteles, en las almenas. Que te han observado cerca de las ruinas de la torre derrumbada, en las afueras del antiguo septón de Lady Catelyn, yendo y viniendo del bosque de los dioses. ¿Lo Niegas?

–No, milor– Theon se aseguró de embarrar la palabras. Sabía que le complacia a Lord Bolton. –No puedo dormir, milor. Me paseo.– Mantuvo la cabeza baja fija en las podridos juncos esparcidos por el suelo. No era prudente mirar a su señoría a la cara.

–Era un niño de aquí antes de la guerra. Un pupilo de Eddard Stark.

–Eras un rehén– dijo Bolton.

–Sí, milor, un rehèn– a pesar de ello, fue mi hogar. No un verdadero hogar, pero el mejor que he conocido.

–Alguien ha matado a mis hombres.

–Sí, milor.

–Tú no, espero– La voz de Bolton se hizo aun mas suave. –No pagarías todas mis atenciones con tal traición.

–No, milor, yo no. No lo haria. Yo..... solo paseaba, eso es todo.

Lady Dustin Habló. –quítate los guantes.

Theon echó un vistazo bruscamente. –Por favor, no. Yo ... yo ...

–Haz lo que te dice– dijo Ser Aenys. –Muéstranos tus manos.

Theon retiró sus guantes y levantó las manos para que las vieran. «No es como si yo estuviera delante de ellos desnudo. No es tan malo como eso». Su mano izquierda tenía tres dedos, su derecha cuatro. Ramsay había tomado sólo el dedo meñique de la una, el dedo anular y el índice de la otra. –El bastardo te hizo esto– dijo Lady Dustin. –Si complace, mi señora, yo ... yo se lo pedía– Ramsay siempre le hacía preguntas. «Ramsay siempre me hacía rogar».

–¿Por qué hiciste eso?

–Yo ... yo no necesitaba tantos dedos.

–Cuatro es suficiente– Ser Aenys Frey acarició la rala barba marrón que brotaba de su mentón débil como la cola de una rata. –Cuatro en su mano derecha. Aún podría sostener una espada. Una daga.

Lady Dustin se echó a reír. –¿Son todos los Freys tan tontos? Mirarlo. ¿Mantener un puñal? Casi no tiene la fuerza para sostener una cuchara. ¿De verdad crees que podría haber superado a la desagradable criatura del Bastardo y empujar su hombría a su garganta?

–Estos muertos eran todos hombres fuertes.– dijo Roger Ryswell. –y ninguno de ellos fue apuñalado. El cambiacapas no es el asesino.

Los pálidos ojos de Roose Bolton estaba fijos en Theon, tan afilados como el cuchillo de desollar de Skinner. –Estoy de acuerdo. Fuerza aparte, No tiene lo que se necesita para traicionar a mi hijo.

Roger Ryswell gruñó. –Si no es él, ¿quien? Stannis tiene algun hombre en el interior del castillo, eso lo explicaría.

«Hediondo no es un hombre. No Hediondo. No yo». Se preguntó si Lady Dustin les habia dicho acerca de las criptas, las espadas perdidas.

–Deberíamos observar a Manderly– Murmuró Ser Aenys Frey. –Lord Wyman no nos aprecia.

Ryswell no estaba convencido. –Sin embargo, ama a sus Filetes y chuletas de cordero y las empanadas de carne. Rondando por la oscuridad del castillo le obligan a abandonar la mesa. Las únicas veces que lo hace es cuando va buscar el retrete para sus largas sentadas.

–No quiero decir que él haga las cosas por sí mismo. Trajo consigo trescientos hombres. Un centenar de caballeros, Cualquiera de ellos podria hacerlo....

–El trabajo Nocturno no es un trabajo de caballero– dijo Lady Dustin. – Y Lord Wyman no es el único que perdió familiares en la Boda Roja, Frey. ¿Crees que Que Mataputas te aprecia mucho más?– Si no retuvieran al Gran Jon, te sacarían las entrañas y te las haria comer, como Lady Hornwood comió sus dedos. Flints, Cerwins, Tallharts, Slates ... todos ellos tenia hombres con el Joven Lobo.

–Casa Ryswell Tambien– dijo Roger Ryswell. –Incluso los Dustins de Barrowton.– Lady Dustin separó sus labios en una sonrisa fina, salvaje. El norte se acuerda, Frey.

La boca de Aenys Frey se estremecia de indignación. –Stark nos deshonró. Eso es lo que sus norteños deberían mejor recordar.

Roose Bolton se frotó sus partidos labios. –estas riñas no sirven– Chascó los dedos a Theon. –Eres libre de irte. Ten cuidado por dónde paseas, de lo contrario pudiera ser que te encontráramos por la mañana sonriendo con una roja sonrisa.

–Como usted diga, milord– se puso los guantes en sus mutiladas manos y se marcho cojeando con su mutilado pie.

La hora del Lobo lo encontró despierto. Envuelto en capas de lana gruesa y piel grasosa, paseando todavía otra vuelta de las murallas interiores, con la esperanza de cansarse lo suficiente para dormir. Sus piernas estaban cubiertas de nieve hasta las rodillas, la cabeza y los hombros envueltos en blanco. En este tramo de las murallas el viento le daba en la cara, y la nieve derretida corría por sus mejillas como lagrimas del hielo.

Entonces oyó el cuerno.

Un largo gemido bajo, que pareció flotar por encima de las almenas, persistente en el aire negro, calando profundamente en los huesos de cada uno de los hombres que lo oyeron. A lo largo de las murallas del castillo, los centinelas se volvieron hacia el sonido, apretando sus manos alrededor de los vástagos de sus lanzas. En las arruinadas salas y torres de Invernalia, señores silenciaban a otros señores, los caballos relinchaban, y los durmientes se agita en sus rincones oscuros. Tan pronto como el sonido del cuerno de guerra se desvaneció de un tambor comenzó a golpear: doom BOOM doom BOOM doom BOOM. Y un nombre pasaba de los labios de un hombre a otro, escrito en pequeñas blancas bocanadas de aliento. *Stannis*, susurraban, *Stannis está aquí, ha llegado Stannis, Stannis, Stannis, Stannis*.

Theon se estremeció. Baratheon o Bolton, no le importaba a él. Stannis había hecho causa común con Jon Nieve en el Muro, y Jon tomaría su cabeza en un santiamén. Arrancado de las garras de un hijo de puta a morir a manos de otro, lo que es una broma. Theon se habría reído en voz alta si se hubiera acordado cómo se hacía.

Los tambores parecía venir de más allá de la Puerta del Cazador, del Bosque de los lobos. Están afuera de los muros. Theon hizo su camino a lo largo del adarve, un hombre más entre una veintena que hacían lo mismo. Pero incluso cuando llegaron a las torres que flanqueaban la puerta misma, no había nada por ver más allá del velo blanco.

–¿Quieren intentar decirnos que van a *volar* las murallas?– bromeo un Flint cuando el cuerno de guerra sonó una vez más. –Quizas cree haber encontrado el cuerno de Joramun.

–¿Es Stannis lo bastante tonto para asaltar el castillo?– preguntó un centinela.

–No es Robert– declaró un hombre Barrowton. –Él va a sentarse, veras si no lo hace. Tratar de matarnos de hambre.

–Se le van a congelar las pelotas primero– dijo otro guardia. –Debemos llevar la lucha a él– declaró el Frey.

Háganlo, pensó Theon. Cabalguen en la nieve y mueran, dejen Invernalia a mi y los fantasmas. Roose Bolton daría la bienvenida a esta lucha, sentía. Necesita darle término a esto. El castillo estaba demasiado lleno para resistir un largo asedio y muchos de los señores de aquí eran de dudosa lealtad. El gordo Wyman Manderly, mataputas Umber, Los hombres de la Casa Hornwood y la Casa Tallhart. Los Lockes y los Flints y los Ryswells, Todos ellos norteños, leales a la Casa Stark por incontables generaciones. Era la muchacha la que los mantenía unidos, la sangre de Lord Eddard, pero la muchacha no era mas que una mascarada, un cordero con piel de lobo. ¿Por qué no enviar a los norteños a la batalla contra Stannis antes que la farsa se descubriera? «Una masacre en la Nieve. Y todo aquel que cae es un enemigo menos para Fuerte Terror».

Theon se preguntó si le podría permitir luchar. Por lo menos que podía tener la muerte de un hombre, espada en mano. Ese era un regalo que Ramsay nunca le daría, pero Lord Roose si podría. «Si se lo pido. Hice todo lo que me pidío, he jugado mi parte, le dí a la muchacha».

La muerte era la más dulce liberación lo que podía esperar.

En el bosque de los dioes la nieve seguía la deshaciéndose al tocar el suelo. El vapor, se levantaba de las termales, fragante con el olor a musgo y el barro y la decadencia. Una niebla caliente flotaba en el aire, entorno a los árboles como centinelas, altos soldados envueltos en capas de oscuridad. Durante el día, el vaporoso bosque solía estar lleno de norteños que acudian a rezar a los dioses antiguos, pero a esta momento Theon Greyjoy encontró que lo tenía todo para sí mismo.

Y en el corazón del bosque los arcianos esperaban con sus conocidos ojos rojos. Theon detenido en el borde de la charca e inclinó su cabeza ante la cara roja tallada. Aún aquí podía escuchar los tambores, boom DOOM boom DOOM boom DOOM boom DOOM. Como un trueno lejano, el sonido parecía venir de todas partes a la vez.

Era una noche sin viento, la nieve flotando hacia abajo desde un cielo negro y frío, sin embargo, las hojas del árbol corazón murmuraban su nombre. –Theon– parecían susurrar: –Theon.

«Los viejos dioses, pensó. Ellos me conocen. Saben mi nombre. Fui Theon de Casa Greyjoy. Estaba bajo la tutela de Eddard Stark, amigo y hermano de sus hijos». –Por favor– Cayó de rodillas. –Una espada, eso es todo lo que pido. Déjenme morir como Theon, no como Hediondo– Lágrimas corrían por sus mejillas, increíblemente calientes. –Fui nacido del Hierro. Un hijo ... un hijo de Pyke, de las islas.

Una hoja que caía desde arriba, rozo su frente y cayo en la piscina. Floto en el agua, roja de cinco dedos, igual que una mano ensangrentada. –... Bran– el árbol murmuró.

Lo saben. Los dioses lo saben. Ellos vieron lo que hice. Y por un extraño momento, pareció como si fuera la cara de Bran tallada en el tronco del Arciano, mirándolo con ojos rojos sabios y tristes. «El fantasma de Bran», pensó, pero era una locura, ¿Por que querría Bran perseguirlo? Le había agradado el niño, nunca le habia hecho ningun daño. «No fue Bran a quien matamos. Tampoco fue Rickon. Fueron los hijos del molinero, del molino de Acorn Water». –Yo tenía que tener dos cabezas, de lo contrario se habrían burlado de mí ... se reírian de mí ... ellos …

Una voz dijo: –¿Quién estás hablando?

Theon giró, aterrorizado de que Ramsay lo hubiera encontrado, pero era la lavandera- Holly, Rowan, y una cuyo nombre no conocia.

–Los fantasmas– espetó él. –Ellos me susurraran. Ellos ... ellos saben mi nombre.

–Theon cambiacapas– Rowan le tomó la oreja, torciendosela. –Tenías que tener dos cabezas, ¿verdad?

–De todos modos se hubiera reído de él– dijo Holly.

Ellas no entienden. Theon se liberó. –¿Qué queréis?– Preguntó.

–A tí– dijo la tercera lavandera, una matrona de voz profunda con mechones grises en su cabello.

–Te lo dije. Quiero tocarte, cambiacapas– sonrio holly. En su mano aparecio una navaja.

Podría gritar, penso Theon. Alguien escucharía. El castillo esta lleno de hombres armados. Estaría muerto antes de que la ayuda llegara, sin dudar, su sangre empaparía el suelo para alimentar al árbol

Corazon. ¿Qué habría de malo en ello? –tócame– dijo –mátame– Había más desesperación que desafío en su voz. –Adelante, Hazlo como los hiciste con los otros. Yellow Dick y el resto. Fuisteis vosotras.

Holly rió –¿Cómo podríamos ser nosotras? Somos mujeres. Pezones y coños. estamos para ser folladas, no temidas.

–¿El bastardo te hirió?– preguntó Rowan, –Cortaron tus dedos. ¿Verdad? ¿Despellejaron tus dedos? ¿Te sacaron los dientes? Pobre muchacho– Acarició su mejilla. –no habrá mas de eso te lo prometo. Oraste y los dioses nos han enviado. ¿Quieres morir como Theon? Nosotros te daremos eso. Una muerte rapida, agradable, no te dañará en absoluto.– Sonrió. –Pero no, hasta que hallas cantado a Abel. Te esta esperando

47. TYRION

–Lote noventa y siete– El subastador chasqueó su látigo. –Un par de enanos, bien entrenados para vuestra diversión.

El mercado de subastas se había erigido donde el amplio Skahazadhan de aguas marrones desembocaba en la Bahía de los Esclavos. Tyrion Lannister podía oler la sal en el aire, mezclada con el hedor que emanaban las letrinas situadas detrás de las celdas de los esclavos. El calor no le molestaba tanto como la humedad. El mismo aire parecía agobiarle, como una cálida y húmeda manta puesta sobre su cabeza y sus hombros.

–El perro y la cerda se incluyen en el lote– anunció el subastador.

–Los enanos los montan. Deleiten a sus invitados en su próxima fiesta o úsenlos para teatro.

Los pujadores se sentaban en bancos de madera mientas saboreaban bebidas de fruta. A algunos les abanicaban sus esclavos. Muchos llevaban *tokars,* esa peculiar prenda tan querida por la vieja estirpe de la Bahía de los Esclavos, y que era tan elegante como poco práctica. Otros vestían de forma más sencilla –los hombres con túnicas y capas con capucha, y las mujeres con sedas de colores. Putas o sacerdotisas; lo más probable; tan al este era difícil distinguir entre las dos.

Detrás de los bancos, haciendo comentarios sarcásticos y mofándose de las resultas de la subasta, había un grupo de hombres del oeste. «Mercenarios», supo Tyrion. Portaban espadas largas, puñales y dagas, un cinto con hachas arrojadizas, y cota de malla bajo sus capas. Su pelo, su barba y sus rostros identificaban a la mayoría como hombres de las Ciudades Libres, pero por aquí y por allá había unos pocos que podrían ser de Poniente. «¿Van a comprar? ¿O sólo están aquí por el espectáculo?»

–¿Quién abrirá la puja por esta pareja?

–Trescientos– ofreció una matrona sobre un vetusto palanquín.

–Cuatrocientos– gritó un Yunkai monstruosamente gordo sobre una litera donde se tendía desparramado como un leviatán. Cubierto de seda amarilla con franjas doradas, parecía tan grande como cuatro Ilyrios. Tyrion sintió lastima por los esclavos que tenían que transportarle. «Por lo menos nos libraremos de esa tarea. Qué alegría ser un enano».

–Cuatrocientos uno– dijo una vieja fea con un *tokar* color violeta. El subastador le echó una mirada sombría pero no desestimó la oferta. Los marineros esclavos que viajaban en el Selaesori Qhoran, vendidos uno a uno, habían sido subastados por precios que iban desde las quinientas hasta las novecientas piezas de plata. Los marineros curtidos eran un bien valioso. Ninguno había ofrecido resistencia cuando los esclavistas abordaron su maltrecha embarcación. Para ellos esto era sólo un cambio de dueño. Los tripulantes del barco habían sido liberados, ya que la viuda de los muelles les había firmado un seguro, prometiendo pagar su rescate en casos como este. Sin embargo, los tres llameantes dedos no fueron vendidos, pues eran propiedad personal del Señor de la Luz y podían

contar con ser devueltos a algún templo rojo. Las llamas tatuadas en sus rostros eran su seguro.

Tyrion y Penny no estaban asegurados. –Cuatrocientos cincuenta– continuó la puja. –Cuatrocientos ochenta.

–Quinientos.

Algunas pujas se decían en Alto Valyrio, otras en la lengua mestiza de Ghis. Algunos compradores hacían señas con un dedo, otros girando la muñeca, u ondeando un abanico pintado.

–Me alegro de que nos vayan a mantener juntos– susurró Penny.

El tratante de esclavos les lanzó una mirada. –Silencio.

Tyrion apretó el hombro de Penny. Mechones de pelo, rubio pálido y negro, le colgaban sobre la frente, y los jirones de su túnica le caían por la espalda. Algunos manchados de sudor, otros de sangre seca. No había sido tan estúpido como para luchar contra los comerciantes de esclavos, como hizo Jorah Mormont, pero eso no significaba que hubiera escapado al castigo. En su caso fue su boca la que le ganó los latigazos.

–Ochocientos.

–Ochocientos cincuenta.

–Ochocientos cincuenta y uno.

«Somos tan valiosos como un marinero», reflexionó Tyrion. Aunque quizás era Cerda Linda lo que querían los compradores. «Una cerda bien entrenada es difícil de encontrar».

Con toda seguridad no estaban pujando por el perro.

Cuando llegaron a las novecientas piezas de plata, la puja empezó a ralentizarse. A las novecientas cincuenta y una (de la vieja fea), se detuvo. El subastador tuvo la impresión de que sólo se animaría si los enanos ofrecieran al público una muestra de su espectáculo. Pusieron a Crujido y a Cerda Linda sobre la tarima. Sin sillas de montar ni bridas, cabalgar sobre ellos era difícil. En el momento en que la puerca se empezó a mover Tyrion resbaló de su grupa y cayó de espaldas, provocando un aluvión de carcajadas entre los pujadores.

–Mil– ofreció el gordo grotesco.

–Mil uno– Otra vez la vieja fea.

La boca de Penny estaba congelada en un rictus de sonrisa. «Bien entrenados para vuestra diversión». Su padre tenía a un trato por el que responder, en cualquier pequeño infierno que hubiera reservado para los enanos.

–Mil doscientos– El leviatán amarillo. Un esclavo a su lado le sirvió una bebida. «Limón, sin duda». La forma en que fijaba esos ojos amarillos sobre la tarima le hacía sentir incomodo a Tyrion.

–Mil trescientos.

–Mil trescientos uno– La vieja fea.

«Mi padre siempre decía que un Lannister valía diez veces más que cualquier hombre común».

A mil seiscientos el ritmo volvió a hacerse más pausado de nuevo, así que el comerciante de esclavos invitó a algunos de los compradores a subir para ver más de cerca a los enanos. –La mujer es joven– prometió. –Podríais aparearlos, y ganar mucho dinero con los retoños.

–Le falta media nariz– se quejó la vieja fea después de inspeccionarlo bien de cerca. Su arrugada cara se frunció con displicencia. Su carne era tan blanca como la de un gusano, envuelta en el *tokar* violeta, parecía una ciruela pasa enmohecida. –Sus ojos tampoco son iguales. Una criatura ofensiva.

–Mi señora no ha visto aún mi mejor lado– Tyrion se agarró la entrepierna, por si acaso ella no supo a lo que se refería.

La bruja siseó ante tal afrenta, y Tyrion sintió la caricia del látigo a través de su espalda, un corte lacerante que le hizo caer de rodillas. Su boca se llenó con el sabor de la sangre. Sonrió y escupió.

–Dos mil– exclamó una nueva voz, detrás de los bancos.

«¿Y que querría un mercenario de un enano?» Tyrion se volvió a poner en pie para verlo mejor. El nuevo pujador era un hombre anciano, con el pelo blanco pero alto y en forma, de piel morena como el cuero y una barba corta blanca y negra. Medio escondida bajo una capa púrpura descolorida llevaba una espada larga y un cinto con dagas.

–Dos mil quinientos– Esta vez una voz femenina; una chica, de corta estatura, de caderas anchas y pechos pesados, ataviada con una armadura ornada. Su peto de acero negro esculpido tenía incrustaciones de oro y mostraba a una arpía alzándose con cadenas colgando de sus garras. Un par de soldados esclavos la levantaban sobre un escudo a la altura del hombro.

–Tres mil– El hombre de piel morena se abrió paso entre la multitud, mientras sus compañeros mercenarios empujaban a un lado a los compradores para despejar el camino. «Sí, acércate». Tyrion sabía como tratar con los mercenarios. No pensó ni por un momento que este hombre le quisiera para hacer cabriolas en las fiestas. «Él me conoce».

«Quiere llevarme de vuelta a Poniente y venderme a mi hermana». El enano se frotó la boca para esconder su sonrisa. Cersei y los Siete Reinos estaban a medio mundo de

distancia. Podrían pasar muchas cosas antes de que llegara allí. «Convencí a Bronn. Si tengo la menor oportunidad, es posible que pueda convencer a este también».

La vieja fea y la mujer sobre el escudo abandonaron la puja a las tres mil, pero no el gordo de amarillo. Ponderó a los mercenarios con sus ojos amarillos, chasqueó la lengua entre sus dientes amarillos, y dijo, –Cinco mil piezas de plata por el lote.

Los mercenarios fruncieron el ceño, se encogieron de hombros, y se marcharon.
«Por los Siete infiernos». Tyrion estaba bastante seguro de no querer convertirse en propiedad del inmenso Señor Panzaamarilla.

La sola visión de él hundiéndose en su litera, una montaña de carne cetrina con regordetes ojos amarillos y pechos tan grandes como los de Cerda Linda presionando la seda de su *tokar* era suficiente para poner la carne de gallina al enano. Y el olor que manaba de él se percibía hasta en la tarima.

–Si no hay más pujas

–Siete mil– gritó Tyrion.

Los bancos se llenaron de risas. –El enano quiere comprarse a sí mismo– Observó la chica sobre el escudo.

Tyrion le dedicó una sonrisa lasciva. –Un esclavo inteligente merece un amo inteligente, y todos vosotros tenéis pinta de tontos.

Eso provocó aún más risas entre los pujadores, y una mirada ceñuda del subastador, que toqueteaba su látigo dubitativamente mientras trataba de averiguar si aquello redundaría en su beneficio.

–¡Cinco mil es un insulto!– gritó Tyrion. –Yo justo, canto, digo cosas divertidas. Me follaré a tu mujer y la haré gritar. O a la mujer de tu enemigo si prefieres, ¿qué mejor forma de avergonzarle? Puedo matar con ballesta, y hombres tres veces mi tamaño tiemblan y se abaten cuando nos enfrentamos en una mesa de *cyvasse.* Incluso se me ha visto cocinar de vez en cuando. ¡Yo ofrezco *diez* mil piezas de plata por mí mismo! Soy de fiar, lo soy, lo soy. Mi padre me dijo que siempre debo pagar mis deudas.

El mercenario de la capa púrpura se giró. Sus ojos encontraron los de Tyrion a través de las hileras de otros pujadores, y sonrió. «Una cálida sonrisa», que el enano le devolvió. «Amistosa. Pero vaya, esos ojos son fríos. Puede que no quiera que nos compre después de todo».

La enormidad amarilla se retorcía en su litera, con un gesto de irritación en su cara de empanada. Masculló algo obsceno en Ghiscari que Tyrion no comprendió, pero el tono fue suficiente explicación. –¿Eso fue otra oferta?– El enano ladeó su cabeza. –Yo ofrezco todo el oro de Roca Casterly.

Oyó el látigo antes de sentirlo, un silbido en el aire, seco y agudo. Tyrion gruñó al recibir el golpe, pero esta vez se las arregló para mantenerse en pie. Sus pensamientos retrocedieron al comienzo de su viaje, cuando su problema más apremiante había sido

decidir que vino beber para acompañar sus caracoles de a media mañana. «Mira lo que pasa por perseguir dragones». Una carcajada estalló en sus labios, salpicando la primera fila de compradores con sangre y saliva.

–Vendido– anunció el subastador. Entonces le golpeó de nuevo, simplemente porque podía. Esta vez Tyrion se cayó.

Uno de los guardias le volvió a poner bruscamente de pie. Otro bajó a Penny de la plataforma espoleándola con el extremo de su lanza. La siguiente esclava ya estaba siendo subida para ocupar su lugar. Una chica, de quince o dieciséis años, que esta vez no provenía del Selaesori Qhoran. Tyrion no la conocía. «De la misma edad que Daenerys Targayen, o bastante cerca». El tratante de esclavos no tardó en desnudarla. «Al menos a nosotros nos ahorraron esa humillación».

Tyrion miró a través del campamento de Yunkai hacia las murallas de Meereen. Esas puertas parecían tan cerradas… y si lo que se decía en las celdas de los esclavos era cierto, Meereen aún seguía siendo una ciudad libre. Dentro de esas murallas que se desmoronaban, la esclavitud y el comercio de esclavos todavía estaban prohibidos. Todo lo que tenía que hacer era llegar a esas puertas y atravesarlas, y entonces volvería a ser un hombre libre.

Pero eso era poco probable a menos que abandonara a Penny. «Ella querría llevarse también al perro y a la puerca».

–¿No será tan terrible, no?– susurró Penny. –Pagó mucho por nosotros. Será amable, ¿no?

«Mientras le divirtamos». –Somos demasiado valiosos para que nos trate mal– la tranquilizó, mientras la sangre le chorreaba aún por la espalda por aquellos dos últimos latigazos. «Cuando nuestro espectáculo se haga trasnochado, sin embargo… y lo hará, terminará por serlo…»

El capataz de su amo estaba esperando para hacerse cargo de ellos, con una carreta de mulas y dos soldados. Tenía una cara larga y estrecha y una barba en el mentón envuelta en hilo de oro, y su rígido pelo rojo y negro se extendía desde las sienes para formar un par de manos con forma de garra. –Qué pequeñas criaturas tan adorables sois– dijo. –Me recordáis a mis propios hijos…o lo haríais, si mis pequeños no estuvieran muertos. Os cuidaré bien. Decidme vuestros nombres.

–Penny– Su voz era un susurro, pequeña y asustada.

«Tyrion, de la Casa Lannister, legítimo señor de Roca Casterly, gusano llorón». –Yollo.

–Audaz Yollo. Alegre Penny. Sois propiedad del noble y valeroso Yezzan zo Qaggaz, erudito y guerrero, respetado entre los sabios Maestros de Yunkai. Consideraos afortunados, porque Yezzan es un amo amable y benevolente. Pensad en él como si fuera vuestro padre.

«Con gusto», pensó Tyrion, pero esta vez contuvo su lengua. Pronto tendrían que actuar para su nuevo amo, no le cabía duda, y no podría soportar otro latigazo.

–Vuestro padre ama sus tesoros especiales más que nada, y os querrá mucho– iba diciendo el capataz. –Y yo, pensad en mí como la niñera que cuidó de vosotros cuando erais pequeños. Niñera es como me llaman todos mis chiquillos.

–Lote noventa y nueve– anunció el subastador. –Un guerrero.

La chica se había vendido rápido y estaba siendo despachada a toda prisa a su nuevo dueño, mientras presionaba con fuerza sus ropas contra sus pequeños pechos de pezones rosados. Dos comerciantes de esclavos arrastraron a Jorah Mormont sobre la tarima para ocupar su lugar. El caballero estaba desnudo excepto por un taparrabos, su espalda en carne viva por el látigo y sus cara estaba tan inflamada que casi era irreconocible. Tenía las muñecas y los tobillos atados con cadenas. «Un pequeño aperitivo de lo que él estaba cocinando para mí», pensó Tyrion, pero aún así no pudo alegrarse por las desdichas del gran caballero.

Incluso encadenado, Mormont parecía peligroso, un enorme bestia, de grandes y gruesos brazos y con los hombros caídos. Todo ese grueso pelo en su pecho le hacía parecer más un animal que un hombre. Sus dos ojos estaban negros, dos fosas oscuras en esa cara grotescamente hinchada. Tenía una quemadura en una mejilla: una mascara del diablo.

Cuando los traficantes de esclavos abordaron el *Selaesori Qhoran*, Ser Jorah los recibió con la espada en la mano, matando a tres antes de que pudieran reducirle. Estos gustosamente le habrían matado, pero su capitán lo prohibió; siempre pagaban mucha plata por un guerrero. Así que encadenaron a Mormont a un remo, le golpearon sin descanso, lo mataron de hambre, y lo marcaron con un hierro al rojo.

–Este es grande y fuerte– declaró el subastador.

–Tiene mucho coraje. Dará un buen espectáculo en las fosas de lucha. ¿Quién empezará dándome trescientos?

Nadie.

Mormont no prestaba atención a la multitud mestiza; sus ojos estaban fijos más allá de las líneas de asedio, en la lejana ciudad con vetustas murallas de azulejos multicolores. Tyrion pudo leer esa mirada tan fácilmente como un libro: «tan cerca y a la vez tan lejos». El pobre desgraciado había regresado demasiado tarde. Daenerys Targayen se había casado, les habían dicho los guardias en las celdas, riéndose. Había tomado a un traficante de esclavos de Meereen como su rey, tan rico como de noble cuna, y cuando la paz se hubiera firmado y sellado las fosas de lucha de Meereen se abrirían de nuevo. Otros esclavos insistían en que los guardias estaban mintiendo, que Daenerys Targayen jamás haría las paces con comerciantes de esclavos. *Mhysa,* la llamaban. Alguien le dijo que significaba Madre. Pronto la reina de plata avanzaría desde la ciudad, aplastaría a los Yunkai y rompería sus cadenas, se susurraban los unos a los otros.

«Y entonces nos cocinará una tarta de limón y besará nuestras pequeñas pupitas para hacer que sanen», pensó el enano.

No creía en rescates reales. Llegado el caso, él mismo se encargaría de su liberación. Las setas escondidas en la punta de su bota deberían ser suficientes para él y para Penny. Crujido y Cerda Linda tendrían que apañárselas ellos solos.

Niñera aún estaba aleccionando a los nuevos trofeos de su amo. –Haced todo lo que os digan y nada más, y viviréis como pequeños señores, mimados y adorados– prometió. –Desobedeced … pero vosotros nunca haríais eso, ¿no? No mis amorcitos.– Extendió la mano y pellizcó a Penny en la mejilla.

–Doscientos, entonces– dijo el subastador. –Un gran bestia como este, vale tres veces más. ¡Que buen guardaespaldas sería! ¡Ningún enemigo se atrevería a molestaros!

–Venid, mis pequeños amigos– dijo Niñera, –Os mostraré vuestro nuevo hogar. En Yunkai residiréis en la pirámide dorada de Qaggaz y cenareis en cuencos de plata, pero aquí vivimos de forma sencilla, en las humildes tiendas de los soldados.

–¿Quién ofrece cien?– gritó el subastador.

Eso arrancó una puja al fin, aunque fue de sólo cincuenta piezas de plata. El pujador era un hombre delgado con un mandil de cuero.

–Cincuenta y una– dijo la vieja fea con el *tokar* violeta.

Uno de los soldados aupó a Penny a la parte de atrás de la carreta. –¿Quién es la anciana?– le preguntó el enano.

–Zahrina– contestó el hombre. –Guerreros baratos, suyos. Carne para campeones. Tu amigo morir pronto.

«No era amigo mío». Aún así Tyrion Lannister se volvió hacia Niñera y dijo, –No puedes dejar que lo compre.

Niñera le miró de reojo. –¿Qué es este ruido que haces?

Tyrion señaló. –Ese es parte de nuestro espectáculo. El oso y la hermosa doncella. Jorah es el oso, Penny es la doncella, yo soy el valiente caballero que la rescata. Bailo a su alrededor y le doy una patada en las pelotas. Muy divertido.

El capataz miró de reojo a la tarima de subastas. –¿Él?– La puja por Jorah Mormont había alcanzado doscientas piezas de plata.

–Doscientas una– dijo la vieja fea del *tokar* violeta. –Tu oso, ya veo.– Niñera avanzó rápidamente a través de la multitud, si inclinó hacia el gran Yunkish amarillo en su litera, y le susurró al oído. Su amo asintió, bamboleando la barbilla, y levantó su abanico. –Trescientos– voceó con voz jadeante.

La vieja fea sorbió por la nariz y se marchó. –¿Por qué has hecho eso?– preguntó Penny, en la lengua común.

«Buena pregunta», pensó Tyrion. «¿Por qué?» –Tu espectáculo era muy soso. Todo titiritero necesita un oso bailarín.

Ella le echó una mirada de reproche, y luego retrocedió hasta la parte de atrás de la carreta y se sentó abrazando a Crujido, como si el perro fuera su último amigo de verdad en el mundo. «Quizás lo sea».

Niñera regresó con Jorah Mormont. Dos de los soldados esclavos de su amo lo arrojaron en la parte de atrás de la carreta de mulas entre los dos enanos. El caballero no forcejeó. «Perdió todas las ganas de luchar cuando se enteró de que su reina se había casado», se dio cuenta Tyrion. Una palabra susurrada había conseguido lo que los puños y los látigos y los garrotes no pudieron; lo había quebrantado. «Debí dejar que lo comprara la vieja fea. Va a ser tan útil como unos pezones en el peto de la armadura».

Niñera se subió al frente de la carreta de mulas y cogió las riendas, y se pusieron en camino a través del campamento de asedio hasta el recinto de su nuevo amo, el noble Yezzan zo Qaggaz. Cuatro soldados esclavos marchaban junto a ellos, dos a cada lado de la carreta.

Peeny no lloró, pero sus ojos estaban rojos y tristes, y nunca los levantó de Crujido. «¿Cree que todo esto desaparecerá si no mira?» Ser Jorah Mormont no miraba a nadie ni a nada. Se sentó acurrucado, absorto en sus cadenas.

Tyrion miraba todo y a todos.

El campamento Yunkai no era un campamento sino cientos de tiendas de campaña levantadas la una junto a la otra formando una media luna alrededor de las murallas de Meereen, una ciudad de seda y lona con sus propias avenidas y callejones, tabernas y prostitutas, barrios buenos y malos. Entre las líneas de asedio y la bahía, las tiendas brotaban como setas amarillas. Algunas eran pequeñas y míseras, apenas un toldo de lona manchada para protegerse de la lluvia y el sol, pero junto a ellas se erigían barracas militares tan grandes como para albergar a cien hombres y pabellones de seda grandes como palacios con relucientes arpías coronando los mástiles que sujetaban las carpas. Algunas tiendas estaban situadas de forma ordenada, en fila alrededor de un fuego y formando círculos concéntricos, con las armas y las armaduras apiladas en el anillo interior, y los caballos en el exterior. En otras partes, parecía reinar el caos.

Las resecas y abrasadas llanuras en torno a Meereen eran llanas, desiertas y sin árboles durante muchas leguas, pero los barcos Yunkai habían traído maderas y pieles desde el sur, suficientes para construir seis enormes catapultas. Estaban dispuestas en tres flancos de la ciudad, todos menos el del río, rodeadas de montones de piedras rotas y toneles de brea y resina esperando sólo una antorcha. Uno de los soldados que caminaban con ellos junto a la carreta vio donde miraba Tyrion y le contó con orgullo que cada una de las catapultas había recibido un nombre: Rompedragones, Vieja Bruja, Hija de la Arpía, Hermana Malvada, Fantasma de Astapor y El Puño de Mazdhan. Alzándose sobre las tiendas hasta una altura de doce metros, las catapultas eran las principales señas distintivas del campamento de asedio. –Su sola visión puso a la reina dragón de rodillas– se jactó. –Y allí se quedará, chupándole la polla al noble Hizdar, porque sino reduciremos sus murallas a escombros.

Tyrion vio como azotaban a un esclavo, latigazo tras latigazo, hasta que su espalda no fue más que sangre y carne viva. Una hilera de hombres desfilaba con sus armaduras, tintineando con cada paso; portaban lanzas y espadas cortas, y estaban encadenados los unos a los otros muñeca con muñeca y tobillo con tobillo. El aire olía a carne asándose, y vio a un hombre despellejando a un perro para echarlo a su cazuela.

Vio también a los muertos, y oyó a los moribundos. Bajo el humo que flotaba en el aire, el olor de los caballos, y el penetrante olor a sal de la bahía, subyacía un hedor a sangre y a mierda. «Disentería», se dio cuenta, mientras miraba a dos mercenarios sacar el cadáver de un tercero de una de las tiendas. Eso hizo que le temblaran los dedos. Una enfermedad podía destruir un ejército más rápido que cualquier batalla, le oyó decir a su padre en cierta ocasión.

«Una razón más para escapar, y pronto».

Media legua más adelante, encontró una buena razón para reconsiderarlo. Una multitud se había formado en torno a tres esclavos que habían sido capturados mientras trataban de escapar. –Sé que mis pequeños tesoros serán dulces y obedientes– dijo Niñera. –Mirad lo que les sucede a los que tratan de huir.

Los prisioneros habían sido atados a una hilera de maderos transversales, y un par de honderos los estaban usando para probar su puntería. –Tolosi– les dijo uno de los guardias. –Los mejores honderos del mundo. Arrojan suaves bolas de hierro en vez de piedras.

Tyrion nunca vio que necesidad había de honderos, cuando los arcos tenían mucho mayor alcance … pero nunca antes había visto a los Tolosi en acción. Sus bolas de hierro hacían mucho más daño que las piedras pulidas que usaban los otros honderos, y más que cualquier arco también. Una golpeó en la rodilla de uno de los prisioneros, que reventó en un amasijo de sangre y hueso y dejó la parte inferior de su pierna colgando de un tendón rojo oscuro. «Bueno, no volverá a escapar», se permitió Tyrion, mientras el hombre empezaba a gritar. Sus alaridos se mezclaban en el aire de la mañana con las carcajadas de los que seguían al campamento y las maldiciones de aquellos que apostaron mucho dinero a que el hondero fallaría. Penny apartó la mirada, pero Niñera le cogió la barbilla y le volvió a girar la cabeza. –Mira– ordenó. –Tú también, oso.

Jorah Mormont levantó la cabeza y miró a Niñera. Tyrion pudo ver sus brazos tensándose. «Va a estrangularle, y ese será el fin de todos nosotros». Pero el caballero sólo hizo una mueca, y se giró para ver el sangriento espectáculo.

Hacia el este, las inmensas murallas de ladrillo de Meereen relucían en el calor de la mañana. Ese era el refugio que estos pobres idiotas habían esperado alcanzar. «Aunque, ¿durante cuanto tiempo será un refugio?»

Los tres aspirantes a fugitivos estaban muertos antes de que Niñera volviera a coger las riendas. La carreta de mulas se volvió a poner en marcha.

El campamento de su amo estaba al sudeste de la Vieja Bruja, casi a su sombra, y se extendía sobre varios acres. La humilde tienda de Yezzan zo Qaggaz resultó ser un

palacio de seda color limón. Arpías doradas coronaban los mástiles centrales de cada una de sus nueve puntiagudas carpas, brillando con el sol.

Tiendas más pequeñas la rodeaban por todos lados. –Esas son las estancias de los cocineros de nuestro noble amo, de las concubinas, los guerreros, y de unos pocos parientes menos favorecidos– les dijo Niñera –pero vosotros amorcitos tendréis el raro privilegio de dormir en el propio pabellón de Yezzan. Le complace mantener sus tesoros cerca– Le frunció el ceño a Mormont. –Tú no, oso. Tú eres grande y feo, tu serás encadenado fuera– El caballero no respondió. –En primer lugar, se os pondrán los collares.

Los collares estaban hechos de acero, con una fina capa dorada para hacerlos brillar a la luz. Tenían grabado el nombre Yezzan escrito en grifos Valyrios, y un par de campanillas pegadas bajo las orejas, así que cada paso de su portador producía un alegre tintineo. Jorah Mormont aceptó su collar en un resentido silencio, pero Penny comenzó a llorar cuando el armero le ajustaba el suyo. –Pesa mucho– se quejó.

Tyrion le apretó la mano. –Es oro macizo– Mintió. –En Poniente, las damas de alta cuna sueñan con collares como este– «Mejor un collar que un marca con el hierro al rojo. Un collar se puede quitar». Recordó a Shae, y la forma en la que había brillado la cadena de oro mientras la retorcía más y más alrededor de su garganta.

Luego, Niñera hizo que ataran las cadenas de Ser Jorah a una estaca cerca del fuego para cocinar mientras él escoltaba a los dos enanos al interior del pabellón de su amo y les enseñaba dónde dormirían, en una alcoba alfombrada y separada de la tienda principal por paredes de seda amarilla. Compartirían el espacio con los otros tesoros de Yezzan: un chico con peludas y retorcidas "patas de cabra," una chica de dos cabezas de Mantarys, una mujer barbuda, y una criatura espigada llamada Golosinas que vestía con piedras de luna y encajes de Myr. –Estáis intentando decidir si soy un hombre o una mujer– dijo Golosinas, cuando se la presentaron a los enanos. Entonces se levantó las faldas y les mostró lo que había debajo. –Soy ambos, y la preferida del amo.

«Un colección de grotescos», se dio cuenta Tyrion. «En algún lugar algún dios se esta partiendo de risa». –Precioso– le dijo a Golosinas, que tenia el pelo púrpura y los ojos violetas, –pero esperábamos ser los guapos al menos por una vez.

Golosinas se rió con disimulo, pero a Niñera no le hizo gracia. –Guárdate tus burlas para esta noche, cuando actúes para nuestro noble amo. Si le complaces, serás bien recompensado. Si no…– Dio una bofetada a Tyrion en la cara.

–Mejor que tengáis cuidado con Niñera– dijo Golosinas cuando el capataz se hubo marchado. –Él es el único monstruo que hay aquí– La mujer barbuda hablaba un incomprensible dialecto de Ghiscari, el chico cabra una lengua macarrónica de los marineros llamada jerga de comercio. La chica de dos cabezas era una débil mental; una cabeza no era mas grande que una naranja y no hablaba nada, la otra tenía los dientes limados y era como gruñir a alguien que se acercara demasiado a su jaula. Pero Golosinas hablaba fluidamente cuatro lenguas, una de ellas Alto Valyrio.

–¿Cómo es el amo?– preguntó Penny, ansiosamente. –Sus ojos son amarillos, y apesta– dijo Golosinas. –Hace diez años fue a Sothoros, y desde entonces ha estado

pudriéndose de dentro afuera. Hacedle olvidar que se está muriendo, aunque sólo sea por un momento, y puede llegar a ser de lo más generoso. No le neguéis nada.

Sólo tenían aquella tarde para aprender a comportarse como esclavos. Los esclavos personales de Yezzan llenaron una tina con agua caliente, y los enanos pudieron bañarse, primero Penny, después Tyrion. Luego otro esclavo extendió un ungüento en los cortes de su espalda para que dejaran de doler, y las cubrió con cataplasmas frías. Le cortaron el pelo a Penny, y le recortaron la barba a Tyrion. Les dieron unas suaves pantuflas y ropa nueva, sencilla pero limpia.

Cuando se hizo de noche, Niñera regresó para decirles que había llegado la hora de que ejercieran su papel de titiriteros. Yezzan iba a ser el anfitrión del comandante supremo Yunkai, el noble Yurkhaz zo Yunkaz, y se requería que actuaran delante de ellos. –¿Desencadenamos a vuestro oso?

–Esta noche no– dijo Tyrion. –Deja que justemos para nuestro amo primero y guardemos al oso para otra ocasión.

–Que así sea. Cuando acabéis con las cabriolas, ayudaréis a servir. Tened cuidado de no derramar nada sobre los invitados, o se pondrá mal para vosotros.

Un malabarista dio comienzo a los entretenimientos vespertinos. Luego llegó un trío de enérgicos acróbatas. Tras ellos salió el chico de patas de cabra y ejecutó una grotesca danza mientras uno de los esclavos de Yurkhaz tocaba una flauta de hueso. Tyrion estuvo seriamente tentado de preguntarle si conocía “Las Lluvias de Castamere.” Mientras esperaban su turno para actuar, observó a Yazzan y a sus invitados. La ciruela pasa humana situada en el lugar de honor era evidentemente el comandante supremo de los Yunkai, y tenía un aspecto tan imponente como una mierda liquida. Una docena de otros señores Yunkai le atendían. También tenía cerca a dos capitanes mercenarios, cada uno acompañado por una docena de hombres de su compañía. Uno era un elegante Pentoshi, de pelo gris y prendas de seda excepto su capa, una cosa harapienta cosida con docenas de tiras de tela desgarradas y llenas de sangre. El otro capitán era el hombre que había tratado de comprarle aquella mañana, el pujador de piel morena con la barba blanca y negra. –Ben Plumm el Moreno– le llamó Golosinas. –Capitán de los Segundos Hijos.

«De Poniente, y un Plumm. Mejor que mejor». –Sois los siguientes– les informó Niñera. –Sed divertidos, mis amorcitos, o deseareis haberlo sido.

Tyrion aún no dominaba ni la mitad de los viejos trucos de Groat, pero podía montar a la cerda, caerse cuando quería, rodar, y volver a ponerse en pie. Todo eso fue bien recibido. La visión de gente menuda correteando como borrachos y aporreándose el uno al otro con armas de madera parecía ser tan cómico en un campamento de asedio en la bahía de los Esclavos como lo fue en el banquete de bodas de Joffrey en Desembarco del Rey.

«Desdén», pensó Tyrion, «la lengua universal».

El amo Yezzan era el que más y más alto se reía cada vez que unos de sus enanos sufría una caída o recibía un golpe, todo su enorme cuerpo temblaba como grasa durante un

terremoto; sus invitados esperaban a ver como respondía Yurkhaz zo Yunzak antes de unirse a él. El comandante supremo tenía un aspecto tan frágil que Tyrion temía que la risa pudiera matarle. Cuando el casco de Penny salió despedido de un golpe y voló hasta el regazo de un Yunkish de rostro sombrío con un *tokar* de franjas verdes y doradas, Yurkhaz cacareó como una gallina. Cuando el citado señor metió la mano dentro del casco y sacó una chorreante pulpa de melón, perdió el resuello hasta que su cara se puso del mismo color que la fruta. Se volvió hacia su anfitrión y le susurró algo que hizo a su amo reír con satisfacción y relamerse los labios … aunque había un atisbo de disgusto en aquellos estrechos ojos amarillos, le pareció a Tyrion.

Más tarde, los enanos se quitaron sus armaduras de madera y las ropas empapadas de sudor de debajo y se pusieron las nuevas túnicas amarillas que les habían proporcionado para que sirvieran. A Tyrion le dieron una jarra con vino tinto, y a Penny una jarra con agua. Se movieron por la tienda llenado copas, mientras las pantuflas de sus pies susurraban sobre las gruesas alfombras. Era un trabajo más difícil de lo que parecía. Antes de que pasara mucho tiempo sus piernas empezaron a darle calambres, y uno de los cortes de sus espalda empezó a sangrar de nuevo, rezumando a través del lino amarillo de su túnica. Tyrion se mordió la lengua y siguió sirviendo.

La mayoría de los invitados no les prestaron más atención de lo que lo hacían a los otros esclavos … pero un Yunkai declaró en tono ebrio que Yezzan debería hacer que los dos enanos follasen, y otro quiso saber como había perdido Tyrion su nariz. «Se la metí a tu mujer por el coño y me la arrancó de un mordisco», casi le responde…

Pero la tormenta le había persuadido de que no quería morir todavía. Así que en vez de eso dijo –Me la cortaron para castigarme por mi insolencia, señor.

Entonces un señor con un *tokar* azul con ribetes de ojos de tigre recordó como Tyrion se había jactado de su habilidad en el *cyvasse* en la tarima de subastas. –Pongámoslo a prueba– dijo. Se sacó un juego de piezas. Escasos momentos después, el señor con cara enrojecida apartó con rabia el tablero de un empujón, desparramando las piezas sobre las alfombras bajo el sonido de las carcajadas de los Yunkai.

–Deberías haberle dejado ganar– susurró Penny.

Ben Plumm el Moreno recogió el tablero del suelo, sonriendo. –Prueba conmigo ahora, enano. Cuando era más joven, los Segundos Hijos fueron contratados por Volantis. Aprendí el juego allí.

–Sólo soy un esclavo. Mi noble amo decide cuando y contra quien juego– Tyrion se giró hacia Yezzan. –¿Amo?

El señor amarillo parecía divertido por la idea. –¿Cuál es su apuesta, Capitán?

–Si gano, regálame este esclavo– dijo Plumm. –No– dijo Yezzan zo Qaggaz. –Pero si eres capaz de derrotar a mi enano, tendrás el precio que pagué por él, en oro.

–Hecho– dijo el mercenario. Las piezas desparramadas fueron recogidas de la alfombra, y se sentaron para jugar.

Tyrion ganó la primera partida. Plumm se anotó la segunda, por el doble de la apuesta. Cuando colocaban las piezas para la tercera partida, el enano estudió a su oponente. De piel morena, sus mejillas y su mandíbula cubiertas por una hirsuta y corta barba gris y blanca, su cara surcada por mil arrugas y unas pocas cicatrices antiguas, le pareció que Plumm tenía un aspecto amable, especialmente cuando sonreía. «El criado fiel», decidió Tyrion.

«El tío favorito de cualquier hombre, lleno de risas y viejos dichos y ruda sabiduría». Era todo fachada. Esas sonrisas nunca afectaban los ojos de Plumm, donde la codicia se escondía tras un velo de precaución. «Hambriento, pero cauteloso, este Plumm».

El mercenario era casi tan mal jugador como lo había sido el señor Yunkai, pero su juego era impasible y tenaz más que audaz. Su orden de apertura era diferente cada vez, aún así siempre el mismo—conservador, defensivo, pasivo. «No juega para ganar», se dio cuenta Tyrion. «Juega así para no perder». Funcionó en su segunda partida, cuando el pequeño hombre fue demasiado ambicioso al lanzar un ataque poco sólido. No funcionó en la tercera partida, ni en la cuarta, ni en la quinta, que resultó ser la última.

Cerca del final del último combate, con su fortaleza en ruinas, su dragón muerto, con elefantes frente a él y un caballo pesado dando vueltas alrededor de su retaguardia, Plumm levantó la vista sonriendo y dijo, –Yollo vuelve a ganar. Muerte en cuatro.

–Tres– Tyrion dio unos golpecitos en su dragón. –Tuve suerte. Quizás deberías frotarme la cabeza antes de nuestra próxima partida, Capitán. Puede que parte de esa suerte se te quede pegada en los dedos– «Aún así perderás, pero puede que seas un mejor adversario». Sonriendo, se retiró del tablero de *cyvasse,* recogió su jarra de vino, y regresó a servir con un Yezzan zo Qaggaz considerablemente más rico y un Ben Plumm el Moreno bastante más pobre. Su amo gargantúa se había puesto a dormir la borrachera durante la tercera partida, mientras sus dedos amarillentos dejaban resbalar su copa y su contenido se vertía sobre la alfombra, pero quizás estuviera complacido cuando despertara.

Cuando se marchó el comandante supremo Yurkhaz zo Yunzak, ayudado por un par de fornidos esclavos, aquello pareció ser una señal para que el resto de invitados se marchara también. Después de que se vaciara la tienda, Niñera reapareció para decirles a los sirvientes que podían hacer su propia fiesta con las sobras. –Comed rápido. Todo esto debe volver a estar limpio antes de que os vayáis a dormir.

Tyrion estaba de rodillas, con las piernas doloridas y su espalda ensangrentada chillando de dolor, tratando de limpiar la mancha que el vino derramado del noble Yezzan había dejado sobre la noble alfombra de Yezzan, cuando el capataz le dio unos suaves golpecitos en la mejilla con la punta de su látigo. –Yollo. Lo has hecho bien. Tú y tu esposa.

–No es mi esposa.

–Tú puta, entonces. De pie, los dos.

Tyrion se levantó de forma insegura, con una pierna temblándole. Sus muslos eran nudos, tan agarrotados que Penny tuvo que echarle una mano para ayudarle a ponerse en pie. –¿Qué hemos hecho?

–Mucho y más– dijo el capataz. –Niñera dijo que seríais recompensados si complacíais a vuestro padre, ¿no? Aunque el noble Yezzan es reacio a perder sus pequeños tesoros, como habéis visto, yurkhaz zo Yunzak le ha persuadido de que sería egoísta guardar unas bufonadas tan cómicas para él sólo. ¡Regocijaos! Para celebrar la firma de la paz, tendréis el honor de justar en el Gran Foso de Daznak. ¡Vendrán miles para veros! ¡Decenas de miles! Y, oh, ¡Cómo nos reiremos!

48. JAIME

Raventree Hall era viejo. El musgo crecía entre sus antiguas piedras, formando una tela de araña por las paredes como las venas de las piernas de una vieja. Dos enormes torres flanqueaban la entrada principal del castillo, y otras más pequeñas defendían cada ángulo de sus paredes. Todas eran cuadradas. Torres redondas y con forma de media luna resistían mejor contra las catapultas, ya que las piedras arrojadas tendían a fallar contra una pared curva, pero Raventree había pasado por alto ese detalle en particular de conocimiento de constructor.

El castillo dominaba el enorme y fértil valle que tanto los mapas como los hombres llamaban Valle Bosquenegro. Era un valle, sin duda, pero no habían crecido árboles allí desde hacía miles de años, ya fueran negros, marrones o verdes. Una vez los hubo, sí, pero las hachas habían despejado los árboles del camino hacía tiempo. Casas, molinos y almacenes se erigían ahora donde los árboles habían estado. El suelo estaba desnudo y embarrado, y manchado aquí y allá con jirones de nieve derretida.

Tras las paredes del castillo, sin embargo, aún sobrevivía un pedazo de bosque. La Casa Blackwood mantenía a los Antiguos Dioses, como habían hecho los Primeros Hombres en los días anteriores a que los Ándalos llegaran a Poniente. Se decía que algunos de los árboles del Bosque de Dioses eran tan antiguos como las torres cuadradas de Raventree, especialmente el Árbol Corazón, un arciano de tamaño colosal cuyas ramas más altas podían verse desde ligas a la redonda, como dedos huesudos arañando el cielo.

Mientras Jaime Lannister y su escolta avanzaban entre las colinas hacia el valle, poco quedaba de los campos, granjas y abrevaderos que una vez rodearon Raventree – Sólo barro y cenizas, y aquí y allá los cascarones ennegrecidos de casa y molinos. Hierbas y espinos crecían en aquella tierra, nada que pudiera ser llamado cosecha. A donde quiera que Jaime mirara veía la mano de su padre, incluso en los huesos que se veían a veces a los lados del camino. La mayoría eran huesos de oveja, pero también los había de caballo, de vaca, y de vez en cuando calaveras humanas, o un esqueleto sin cabeza con zarzas creciendo a traves de las costillas.

No había grandes huestes rodeando Raventree, como las había habido rodeando Aguasdulces. El asedio era un acto más íntimo, el último paso en un baile que se remontaba a varios siglos atrás. Jonos Bracken como mucho tenía quinientos hombres en el castillo. Jaime no vio torres de asedio, ni arietes, ni catapultas. Bracken no quería romper las puertas de Raventree ni atacar sus altos y gruesos muros. Sin ninguna señal de descanso a la vista, se conformaba con hacer morir a su rival de hambre. Sin duda había habido escapes y escaramuzas al principio del asedio, y flechas volando en una y otra dirección; medio año después, todos estaban demasiado cansados para tonterías de ese tipo. El aburrimiento y la rutina habían conquistado, los enemigos de la disciplina.

«Ya es hora de que esto termine», pensó Jaime Lannister. Con Aguasdulces asegurado en manos Lannister, Raventree era lo que quedaba del reinado breve del Joven Lobo. Cuando se rindieran, su trabajo en el Tridente estaría hecho, y sería libre de volver a Desembarco del Rey. «Al Rey», se dijo a sí mismo, pero otra parte de él susurró, «a Cersei».

Tendría que enfrentarse a ella, suponía. Sin contar con que el Septon Supremo le hubiera dado muerte en el momento en que él volviera a la ciudad. –V*en enseguida*– le había escrito, en la carta que Peck había quemado a su orden en Aguasdulces. –A*yúdame. Sálvame. Te necesito ahora como nunca antes te he necesitado. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Ven enseguida*– Su necesidad era completamente real, de eso Jaime no tenía duda. Pero el resto… «Se ha estado follando a Lancel y a Osmund Kettleblack, y por lo que yo sé, puede que hasta al Chico Luna»...Incluso si hubiera vuelto, no podía esperar salvarla. Ella era culpable de cada traición de la que se le había acusado, y él carecía de la mano de la espada.

Cuando la columna llegó trotando por los campos, los centinelas les miraron más con curiosidad que con miedo. Ninguno dio la voz de alarma, lo que agradó lo suficiente a Jaime. El pabellón de Lord Bracken no fue difícil de encontrar. Era el más grande del campamento, y el mejor situado; erigido en una pequeña loma junto a un riachuelo, tenía una visión clara de dos de las puertas de Raventree.

La tienda era marrón, como el estandarte que ondeaba en el mástil central, donde el corcel rojo de la Casa Bracken se alzaba en su blasón dorado. Jaime dio la orden de desmontar y le dijo a sus hombres que podían descansar si así lo deseaban.

–Vosotros dos no– Dijo a sus portaestandartes –No os alejéis. Esto no me retendrá mucho.

Jaime desmontó de *Honor* y echó a andar hacia la tienda de Bracken, su espada resonando en la vaina.

Los guardias a los lados de la puerta de tela intercambiaron una mirada angustiada al verle acercarse.

–Mi Lord– Dijo uno de ellos –¿Desea que le anunciemos?

–Me anunciaré yo mismo.

Jaime retiró la tela con su mano dorada y entró.

Estaban a ello de verdad y en serio cuando entró, tan concentrados en su galope que ninguno se percató de su llegada. La mujer tenía los ojos cerrados. Sus manos agarraban el grueso pelo marrón de la espalda de Bracken. Dejaba escapar un suspiro cada vez que la embestía. La cabeza del Lord estaba enterrada en sus pechos, sus manos agarradas en torno a las caderas de ella. Jaime se aclaró la garganta.

–Lord Jonos.

Los ojos de la mujer se abrieron de golpe, y dio un grito de sorpresa. Jonos Bracken se separó de ella, agarró su cinturón, y se levantó, el acero desnudo en mano, maldiciendo.

–Por los siete malditos infiernos– dijo –¿Quién se atreve… ?– Entonces vio la capa blanca de Jaime y la coraza dorada. La punta de su espada cayó. –¿Lannister?

–Siento molestaros en vuestro placer, milord– Dijo Jaime con media sonrisa –Pero tengo un poco de prisa. ¿Podemos hablar?

–Hablar. Sí.

Lord Jonos envainó su espada. No era tan alto como Jaime, pero era más pesado, con hombros anchos y unos brazos que serían la envidia de un herrero. Barba marrón cubría sus mejillas y barbilla. Sus ojos eran marrones también, y escondían mal la rabia.

–Me habéis cogido desprevenido, milord. No se me advirtió de que veníais.

–Y creo que yo acabo de evitar que lo hiciérais. – Jaime sonrió a la mujer en la cama. Tenía una mano sobre su pecho izquierdo y la otra entre las piernas, lo que dejaba su pecho derecho a la vista. Sus pezones eran más oscuros que los de Cersei y tres veces más grandes. Cuando se dio cuenta de que Jaime la miraba se cubrió el pezón derecho, lo que dejó su sexo al descubierto.

–¿Todos tus acampados son así de vergonzosos?– Se preguntó –Si un hombre quiere vender tulipanes, debe dejarlos a la vista.

–No habéis dejado de mirar mis tulipanes desde que habéis entrado, ser –La mujer agarró la manta y tiró de ella lo suficiente para cubrirse hasta la cintura, después se retiró el pelo de los ojos con la mano –Y tampoco están a la venta.

Jaime se encogió de hombros.

–Mis disculpas si os he confundido con algo que no sois. Mi hermano pequeño ha conocido a cien putas, estoy seguro, pero yo sólo me he acostado con una.

–Es un trofeo de guerra– Bracken recuperó su ropa del suelo y la sacudió. –Pertenecía a una espada juramentada de Blackwood, hasta que le abrí la cabeza en dos. Baja las manos, mujer. Mi señor de Lannister quiere echar un buen vistazo a esas tetas.

Jaime ignoró el comentario.

–Os estáis poniendo los calzones del revés, mi lord – Le dijo a Bracken.

Mientras Jonos maldecía, la mujer se levantó de la cama para recoger su ropa esparcida por la habitación, sus dedos temblando nerviosos entre sus pechos y sexo mientras se agachaba, se giraba y llegaba a la ropa. Sus esfuerzos por esconderse eran extrañamente provocativos, mucho más que si simplemente hubiera hecho todo aquello desnuda.

–¿Tienes nombre, mujer?– Le preguntó.

–Mi madre me llamó Hildy, ser.– Se pasó un ligero jubón por la cabeza y se sacó el pelo por fuera. Su cara estaba casi tan sucia como sus pies, y tenía suficiente pelo entre las piernas como para pasar por la hermana de Bracken, pero había algo atractiva en ella pese a todo. La nariz pequeña, su enredada mata de pelo… O la manera en que fingió un poco de cortesía después de haberse puesto la falda.

–¿Habéis visto mi otro zapato, milord?

La pregunta pareció molestar a Lord Bracken.

–¿Ahora soy una puñetera dama de cámara, para buscarte los zapatos? Vete descalza aunque sea. Vete.

–¿Significa eso que milord no me llevará a su casa con él, para rezar con su pequeña esposa?– Riendo, Hildy dirigió a Jaime una mirada brillante. –¿Tenéis vos esposa, ser?

«No, tengo una hermana»

–¿De qué color es mi capa?

–Blanca – dijo ella – pero vuestra mano es de oro puro. Me gusta eso en un hombre. ¿Y qué os gusta a vos en una mujer, milord?

–Inocencia.

–He dicho en una mujer. No en una hija.

Aquello le hizo pensar en Myrcella. «Tendré que decírselo a ella también». A los Dornienses no les iba a gustar. Doran Martell la había prometido a su hijo creyendo que era de la sangre de Robert. «Nudos y enredos», pensó Jaime, deseando poder cortarlos todos con un movimiento rápido de su espada.

–He tomado unos votos– Le dijo a Hildy cono voz cansada.

–No hay tulipanes para vos entonces– Dijo la chica, pícara.

–Vete– Rugió Lord Jonos.

Y así lo hizo. Pero cuando pasó al lado de Jaime, agarrando un zapato y un montón de ropa, alargó el brazo y le dio un apretón en la polla a través de los calzones.

–Hildy – Le recordó, antes de salir a medio vestir de la tienda.

«Hildy», pensó Jaime.

–¿Y es justa vuestra señora esposa?– Preguntó a Lord Jonos cuando la chica se fue.

–¿Cómo lo he de saber? Preguntad a su septon. Cuando vuestro padre quemó nuestro castillo, ella decidió que los Dioses nos estaban castigando. Ahora no hace más que rezar –Lord Jonos por fin había conseguido ponerse los calzones del lado correcto y se los estaba atando por delante –¿Qué os trae por aquí, mi lord? ¿El Pez Negro? Hemos oído que escapó.

–¿Ah sí?– Jaime se sentó en un taburete –¿De su misma boca, por casualidad?

–Ser Brynden es más inteligente que venir corriendo a mí. Siento aprecio por él, no lo niego. Eso no evitaría el que le encadenara si aparece cerca de mí o de los míos. Sabe que he doblado la rodilla. Él debería haber hecho lo mismo, pero siempre fue cabezón. Su hermano podría habéroslo dicho.

–Tytos Blackwood no ha doblado la rodilla– Señaló Jaime - ¿Podría el Pez Negro buscar refugio en Raventree?

–Podría buscarlo, pero para encontrarlo tendría que atravesar mi línea de asedio, y lo último que he oído de él es que aún no tiene alas. Tytos podría necesitar refugio para él mismo mucho antes. Sólo les quedan ratas y raíces ahí dentro. Se rendirá antes de la siguiente luna llena.

–Se rendirá antes de que se ponga el sol. Me propongo ofrecerle términos y aceptarle de nuevo en la paz del Rey.

–Ya veo– Lord Jonos se puso una túnica marrón de lana con el corcel rojo de Bracken bordado en el pecho –¿Querrá mi lord tomar un cuerno de cerveza?

–No, pero no os privéis por mí.

Bracken llenó un cuerno, bebió la mitad, y se limpió la boca.

–Habéis hablado de términos. ¿Qué clase de términos?

–La clase normal. A Lord Blackwood se le requerirá confesar su traición y denegar su alianza a los Stara y Tully. Deberá jurar solemnemente ante dios y hombres para poder seguir siendo un vasallo leal de Harrenhal y del Trono de Hierro, y yo le daré el perdón en nombre del Rey. Nos llevaremos un cofre o dos de oro, por supuesto. El precio de la rebeldía. También reclamaré un rehén, para asegurarme de que Raventree no vuelve a levantarse.

–Su hija– Sugirió Bracken –Lord Blackwood tiene seis hijos, pero sólo una hija. Es su favorita. Una criatura de nariz respingona, no debe tener más de siete años.

–Joven, pero servirá.

Lord Jonos vació el resto de cerveza y puso el cuerno a un lado.

–¿Qué hay de las tierras y castillos que nos prometieron?

–¿Qué tierras son esas?

–La cuenca este de Atalaya de la Viuda, desde Crossbow Ridge hasta Rutting Meadow, y todas las islas de la costa. Grindcorn Mill y Lord's Mill, las ruinas de Muddy Hall, el Ravishment, Battle Valley, Oldforge, los pueblos de Buckle, Blackbuckle, Cairns, y Claypool, y el pueblo de mercaderes en Mudgrave. Waspwood, Lorgen's Word, Colinas Verdes, y Barba's Teats. Missy's Teats los llaman los Blackwood, pero eran de Barbra antes. Honeytree y todas sus colmenas. Tomad, los he marcado todos por si mi lord quiere echar un vistazo – Se giró hacia una mesa y le entregó un mapa de pergamino.

Jaime lo cogió con su mano buena, pero tuvo que usar la dorada para desenrollarlo y mantenerlo abierto.

–Sí que es una buena cantidad de tierras– Observó –Aumentaríais vuestros dominios una cuarta parte.

La boca de Bracken hizo un mohín obstinado.

–Todas estas tierras pertenecieron a Stone Hedge en un principio. Los Blackwood nos las robaron.

–¿Qué hay de este pueblo, entre los Senos?– Jaime señaló el mapa con un nudillo dorado.

–Penytree. También fue nuestro una vez, pero es un feudo real desde hace cien años. Dejadlo fuera. Sólo pedimos las tierras robadas por los Blackwood. Vuestro Lord Padre prometió devolvérnoslas si conseguíamos doblegar a Lord Tytos para él.

–Y eso que mientras cabalgaba hacia aquí, he visto estandartes Tully colgando de las paredes del castillo, y el Lobo Huargo de los Stark también. Todo eso me hace pensar que Lord Tytos aún no ha sido doblegado.

–Le hemos retirado a él y a los suyos del campo y les hemos encerrado dentro de Raventree. Dadme suficientes hombres para acosar sus murallas, mi lord, y los doblegaré a todos y cada uno de ellos hasta sus tumbas.

–Si te diera suficientes hombres, serían ellos los que le doblegaran, no tú. En cuyo caso me recompensaría a mí mismo– Jaime dejó que el mapa se enrollara de nuevo –Me quedo con esto si no os importa.

–El mapa es vuestro. Las tierras son nuestras. Se dice que un Lannister siempre paga sus deudas. Luchamos por vosotros.

–Ni la mitad de tiempo del que luchásteis contra nosotros.

–El rey ya nos ha perdonado por eso. Perdí a mi sobrino bajo vuestras espadas, y a mi hijo natural. Vuestra Montaña robó mi cosecha y quemó todo lo que no pudo llevarse. Pasó mi castillo por la antorcha y violó a una de mis hijas. Pienso tener una compensación.

–La Montaña ha muerto, y mi padre también– le dijo Jaime –Y algunos dirían que tu cabeza es recompensa suficiente. Vosotros jurásteis por Stark, y mantuvisteis la fe en él hasta que Lord Walder le mató.

–Le asesinó, y a una docena de buenos hombres de mi propia sangre– Lord Jonos giró la cabeza y escupió – Sí, mantuve la fe con el Joven Lobo. Tal y como mantendré la fe con vos, siempre y cuando se me trate bien. Doblé la rodilla porque no vi sentido en morir por los muertos ni en derramar sangre Bracken por una causa perdida.

–Un hombre prudente– «Aunque algunos podrían decir que Lord Blackwood ha sido más honorable» – Tendrás tus tierras. Algunas de ellas, al menos. Ya que doblegaste en parte a los Blackwood.

Aquello pareció satisfacer a Lord Jonos.

–Estaremos satisfechos con cualquier porción que mi lord considere apropiada. Si puedo ofreceros algún consejo, sin embargo, no sirve de nada ser generoso con estos Blackwood. La traición corre por sus venas. Antes de que los Ándalos llegaran a Poniente, la Casa Bracken controlaba este río. Nosotros éramos reyes y los Blackwood eran nuestros vasallos, pero nos traicionaron y usurparon la corona. Todos los Blackwood nacen cambiacapas. Haríais bien en recordarlo cuando estéis ofreciendo los términos.

–Oh, lo haré – Prometió Jaime.

Cuando cabalgó desde el campamento de asedio Bracken hasta las puertas de Raventree, Peck fue delante suyo con un estandarte de paz. Antes de que llegaran al castillo, veinte pares de ojos les observaban desde las troneras. Tiró de las riendas de Honor al borde del foso, una trinchera profunda bordeada con piedras, sus aguas verdes llenas de porquería. Jaime estaba a punto de ordenar a Lord Kennos hacer sonar el cuerno de Herrock cuando el puente levadizo comenzó a descender.

Lord Tytos Blackwood le recibió en el patio exterior, montado en un corcel tan altivo como él. Muy alto y muy delgado, el Lord de Raventree tenía la nariz ganchuda, el pelo largo, y una descuidada barba salpimentada que mostraba más sal que pimienta. Esculpida en plata en la placa del pecho de su armadura escarlata había un árbol blanco desnudo y muerto, rodeado de una bandada de cuervos de ónice volando. Una capa de plumas de cuervo se asentaba sobre sus hombros.

–Lord Tytos – Dijo Jaime.

–Ser.

–Gracias por dejarme entrar.

–No diré que sois bienvenido. Ni tampoco negaré que esperaba que viniérais. Estáis aquí por mi espada.

–Estoy aquí para ponerle fin a esto. Tus hombres han luchado valientemente, pero tu guerra está perdida. ¿Estáis preparado para rendiros?

–Ante el rey. No ante Jonos Bracken.

–Lo entiendo.

Blackwodd titubeó por un momento.

–¿Es vuestro deseo que desmonte y me arrodille ante vos aquí y ahora?

Cien ojos estaban mirándoles.

–El aire es helado y el patio está embarrado– Dijo Jaime –Podéis arrodillaros en la alfombra de vuestros aposentos una vez hayamos acordado los términos.

–Eso es caballeroso por vuestra parte– Dijo Lord Tytos –Venid, Ser. Mi salón puede estar falto de comida, pero nunca de cortesía.

Los aposentos de Blackwood estaban en la segunda planta de la fortaleza cavernosa. Un fuego ardía en la chimenea cuando entraron. La habitación era grande y espaciosa, con grandes troncos de madera oscura soportando el alto techo. Tapices de lana cubrían las paredes, y un par de enormes puertas con celosías daban al Bosque de Dioses. A través de las anchas ventanas en forma de diamante y con cristal amarillo, Jaime vio las ramas retorcidas del árbol del cual el castillo tomaba su nombre. Era un Arciano antiguo y colosal, diez veces más grande que el del Jardín de Piedra de Roca Casterly. Si embargo, éste árbol estaba desnudo y muerto.

–Los Brackens lo envenenaron– Dijo su anfitrión –Durante mil años no ha brotado una hoja. En otros mil se habrá convertido en piedra, según dicen los maestres. Los Arcianos nunca se pudren.

–¿Y los cuervos?– Preguntó Jaime –¿Dónde están?

–Llegan al atardecer y gorjean durante toda la noche. Cientos de ellos. Cubren el árbol como si fueran hojas negras, cada raíz y cada rama. Hace más de cien años que vienen. Cómo o por qué, ningún hombre lo sabría decir, pero el árbol los atrae cada noche – Blackwood se sentó en una silla de respaldo alto – Por una cuestión de honor, debo preguntar por mi lord capturado.

–Ser Edmure está de camino a Roca Casterly como mi cautivo. Su esposa se quedará en los Gemelos hasta que nazca su hijo. Tras eso, ella y el bebé le acompañarán. Siempre y cuando no intente escapar ni planear una rebelión, Edmure vivirá una larga vida.

–Larga y amarga. Una vida sin honor. Hasta el día de su muerte, los hombres dirán que tuvo miedo de luchar.

«Injustamente», pensó Jaime. «Era por su hijo por quien temía. Sabía de quién era hijo yo, incluso mejor que mi propia tía».

–Fue su elección. Su tío nos habría hecho sangrar.

–En eso estamos de acuerdo– La voz de Blackwood no dejaba entrever nada –¿Qué habéis hecho con Ser Brynden, si puedo preguntar?

–Le ofrecí vestir el negro. En lugar de eso, escapó– Jaime sonrió –¿Le tenéis aquí, por casualidad?

–No.

–¿Me lo diríais si lo tuviérais?

Fue el turno de sonreír de Tytos Blackwood.

Jaime juntó sus manos, los dedos dorados dentro de los de carne y hueso.

–Creo que es el momento de hablar de términos.

–¿Es ahora cuando me arrodillo?

–Si os parece bien. O podemos decir que lo habéis hecho.

Lord Blackwood permaneció sentado. Acordaron los términos pronto sobre los puntos más importantes: Confesión, lealtad, perdón, cierta suma de oro y plata que pagar.

–¿Qué tierras se requieren?– Preguntó Lord Tytos.

Cuando Jaime le alcanzó el mapa, lo observó y soltó una risa.

–Para asegurarse. El cambiacapas debe tener su recompensa.

–Sí, pero una más pequeña de lo que se imagina, por un servicio más pequeño. ¿Cuáles de estas tierras consentís en entregar?

Lord Tytos lo consideró durante un momento.

–Woodhedge, Crossbow Ridge, y Buckle.

–¿Una ruina, un arrecife, y unas cuantas casuchas? Vamos, milord. Debéis sufrir por vuestra traición. Él exigirá uno de los molinos, por lo menos.

Los molinos eran una valiosa fuente de impuestos. El lord recibía una décima parte de todo el grano que molieran.

–Lord's Mill, entonces. Grindcorn es nuestro.

–Y otro pueblo. ¿Cairns?

–Tengo antepasados enterrados entre las rocas de Cairns– Miró el mapa de nuevo – Dadle Honeytree y sus colmenas. Todo ese dulce le hará engordar y le pudrirá los dientes.

–Hecho, entonces. Sólo una cosa más.

–Un rehén.

–Sí, mi lord. Tenéis una hija, según creo.

–Bethany– Lord Tytos parecía desolado –También tengo dos hermanos y una hermana. Un par de tías viudas. Sobrinas, sobrinos, primos. Pensé que quizá consentiríais…

–Debe ser un niño de vuestra sangre.

–Bethany sólo tiene ocho años. Una niña gentil, siempre riendo. Nunca ha estado a más de un día de camino de mi casa.

–¿Por qué no dejar que vea Desembarco del Rey? Su Alteza es casi de su misma edad. Le encantaría tener una amiga más.

–¿Una que pueda colgar si su padre no hace lo que se le diga?– Preguntó Lord Tytos –Tengo cuatro hijos. ¿Tendríais en cuenta a uno de ellos en su lugar? Ben tiene doce años y sed de aventuras. Podría ser vuestro escudero si os parece bien.

–Tengo más escuderos que tareas a los que encomendarlos. Cada vez que quiero mear, se pelean por el derecho a sujetarme la polla. Y vos tenéis seis hijos, mi lord, no cuatro.

–Una vez los tuve. Robert era el más joven y no fue fuerte. Murió hace nueve días, de una infección de las tripas. Lucas fue asesinado en la Boda Roja. La cuarta esposa de Walter Frey fue una Blackwood, pero los lazos de sangre no valen más que los de huésped en los Gemelos. Me gustaría enterrar a Lucas debajo del árbol, pero los Frey aún no han visto apropiado el devolverme sus huesos.

–Me ocuparé de que lo hagan. ¿Lucas era vuestro hijo mayor?

–El segundo. Brynden es el mayor, y mi heredero. Después está Hoster. Un chico de libros, me temo.

–También hay libros en Desembarco del Rey. Recuerdo a mi hermano pequeño leyéndolos de vez en cuando. Quizá vuestro hijo quiera echarles un vistazo. Aceptaré a Hoster como nuestro invitado.

El alivio de Blackwood era palpable.

–Gracias, mi lord– Dudó por un instante –Si puedo tener el atrevimiento, haríais bien en requerir un rehén de Lord Jonos también. Una de sus hijas. Para toda su fama, aún no es lo hombre suficiente como para tener hijos varones.

–Tenía un bastardo que murió en la guerra.

–¿Sí? Harry era bastardo, es cierto, pero el que Jonos fuera su padre es una pregunta más espinosa. Un chico rubio, era, y apuesto. Jonos no es ninguna de las dos cosas –Lord Tytos se puso en pie –¿Me haréis el honor de cenar conmigo?

–En otra ocasión, mi lord– El castillo se moría de hambre; no haría nada bien a Jaime el robarles la comida de sus bocas –No me puedo demorar. Aguasdulces me espera.

–¿Aguasdulces? ¿O Desembarco del Rey?

–Ambos.

Lord Tytos no intentó persuadirle.

–Hoster estará listo para partir en una hora.

Y lo estuvo. El chico encontró a Jaime en los establos, con un hatillo colgando de un hombro y un montón de pergaminos debajo del brazo. No debía tener más de dieciséis años, aunque era más alto que su padre, casi siete pies de piernas, canillas y codos, un chico desgarbado y despeinado.

–Lord Comandante. Soy vuestro rehén, Hoster. Me llaman Hos – Sonrió.

«¿Se cree que esto es un juego?»

–Dime, ¿Quién son esos?

–Mis amigos. Mis hermanos.

–Yo no soy tu amigo y tampoco soy tu hermano- Aquello limpió la sonrisa de la cara del muchacho. Jaime se volvió a Lord Tytos – Mi Lord, dejad que os explique para que no haya malentendidos. Lord Beric Dondarrion, Thoros de Myr, Sandor Clegane, Brynden Tully, esa mujer a la que llaman Corazón de Piedra… Todos ellos son fugitivos y rebeldes, enemigos del Rey y de todos sus leales vasallos. Si por cualquier cosa me entero de que tú o los tuyos estáis escondiéndolos, protegiéndolos, o ayudándoles de cualquier manera, no duraré en enviaros la cabeza de vuestro hijo. Espero que lo entendáis. Entended esto también: Yo no soy Ryman Frey.

–No– Toda traza de calidez había desaparecido de los labios de Lord Blackwood – Sé con quién estoy tratando. Matarreyes.

–Bien– Jaime montó y espoleó a Honor hacia la puerta –Os deseo una buena cosecha y la felicidad de la paz del Rey.

No cabalgó muy lejos. Lord Jonos Bracken estaba esperándole nada más salir de Raventree, justo fuera del alcance de cualquier flecha. Estaba montado encima de un caballo de guerra con armadura y se había puesto armadura y cota de malla, y un gran yelmo de acero gris con crin de caballo.

–He visto como bajaban el estandarte del lobo huargo– Dijo cuando Jaime estuvo a su altura – ¿Ya está hecho?

–Hecho y bien hecho. Id a casa y plantad vuestros campos.

Lord Bracken se levantó el visor.

–Confío en tener más tierras que sembrar que cuando entrásteis en ese castillo.

–Buckle, Woodhedge, Honeytree y todas sus colmenas – Se le estaba olvidando una – Ah, y Crossbow Ridge.

–Un molino– Dijo Bracken –Debo tener un molino.

–Lord's Mill.

Lord Jonos resopló.

–Sí, eso servirá. Por ahora – Señaló a Hoster Blackwood, que montaba detrás con Peck –¿Esto es lo que os ha dado por rehén? Os ha tomado el pelo, ser. Un debilucho, éste. Agua en vez de sangre. Da lo mismo lo alto que sea, cualquiera de mis chicas podría atizarle como a una mazorca podrida.

–¿Cuántas hijas tenéis, mi lord?– Le preguntó Jaime.

–Cinco. Dos de mi primera esposa y tres de mi segunda –Se dio cuenta muy tarde de que quizá hubiera dicho demasiado.

–Mandad a una de ellas a la corte. Tendrá el honor de atender a la Reina Regente.

La cara de Bracken se ensombreció cuando se dio cuenta del cariz de aquellas palabras.

–¿Es así como pagáis la amistad de Stone Hedge?

–Es un gran honor el servir a la reina– Le recordó Jaime –Quizá queráis recalcárselo a ella. Esperaremos a la muchacha antes de que termine el año.

No esperó a que Lord Bracken respondiera, tocó levemente a Honor con sus espuelas doradas y salió trotando. Sus hombres formaron y le siguieron, con los estandartes ondeando. Castillo y campo quedaron pronto atrás, difuminados por el polvo de sus herraduras.

Ni forajidos ni lobos les habían molestado en el camino a Raventree, así que Jaime decidió volver por una ruta diferente. Si los Dioses eran bondadosos, podría encontrarse con el Pez Negro, o atraer a Beric Dondarrion hacia un ataque improvisado.

Estaban siguiendo el *Baño de la Viuda* cuando el día terminó. Jaime llamó a su rehén a su lado y le preguntó dónde encontrar el vado más cercano, y el chico les guió hasta allí. Mientras la columna chapoteba por las aguas poco profundas, el sol se ponía tras un par de colinas verdes.

–Los Senos– Dijo Hoster Blackwood.

Jaime recordó el mapa de Lord Bracken.

–Hay un pueblo entre esas colinas.

–Penytree – confirmó el muchacho.

–Acamparemos allí durante la noche –Si hubiera campesinos por allí, podrían saber algo de Ser Brynden o los forajidos.

–Lord Jonos insitió sobre de quién eran los senos – Le recordó al chico Blackwood mientras cabalgaban hacia las colinas a la última luz del día – Los Bracken los llaman de una manera y los Blackwood de otra.

–Sí, mi lord. Durante cien años o así. Antes de eso, eran los Senos de la Madre, o simplemente los Senos. Hay dos, y se pensaba que parecían…

–Puedo ver a lo que se parecen – Jaime se encontró pensando de nuevo en la mujer de la tienda y en la manera en que había intentado esconder sus grandes pezones oscuros – ¿Qué cambió hace cien años?

–Aegon el Indigno tomó a Barbra Bracken como amante– Dijo el niño de los libros – Era una mujer pechugona, según dicen, y un día cuando el Rey estaba de visita en Stone Hedge salió a cazar y vio los Senos y…

–Y los nombró por su amante– Aegon IV murió mucho antes de que Jaime naciera, pero recordaba lo suficiente de historia del reino como para adivinar lo que había pasado después –Sólo que después dejó a la chica Bracken a un lado y escogió a una Blackwood, ¿Fue así?

–Lady Melissa– Confirmó Hoster –Missy, la llamaban. Hay una estatua de ella en nuestro Bosque de Dioses. Ella era mucho más hermosa que Barbra Bracken, pero más esbelta y delgada, y a Barbra se le escuchó decir que Missy era plana como un chico. Cuando el Rey Aegon lo escuchó, él…

–Le dio los senos de Barbra– Jaime se rió –¿Cómo empezó todo esto, entre los Blackwood y los Bracken? ¿Está escrito?

–Lo está, mi lord– Dijo el chico –Pero algunas de las historias fueron escritas por sus maestres y algunas por los nuestros, siglos después de los sucesos que pretendían inmortalizar. Todo se remonta a la Edad de los Héroes. Los Blackwoods eran reyes en aquellos días. Los Brackens eran lords mezquinos, reconocidos por criar caballos. Más que para pagar al Rey lo que le debían, usaban el oro que les daban sus caballos para alquilar espadas y derrocarle.

–¿Cuándo ocurrió todo esto?

–Quinientos años antes de los Ándalos. Mil, si se cree la *Verdadera Historia*. Sólo que nadie sabe cuando cruzaron los Ándalos el mar estrecho. La *Historia Verdadera* dice que han pasado cuatro mil años desde entonces, pero algunos maestres dicen que sólo han sido dos. Pasado cierto punto, todas las fechas son vagas y confusas, y la claridad de la historia a veces se disuelve en la niebla de la leyenda.

«A Tyrion le caería bien éste. Podrían hablar desde alba hasta anochecer, discutiendo sobre libros». Durante un momento su amargura hacia su hermano había desaparecido, hasta que recordó lo que el Gnomo había hecho.

–Así que peleáis por una corona que uno de vosotros le quitó al otro allá cuando los Casterly todavía regentaban Roca Casterly, ¿Es ése el comienzo? ¿La corona de un reino que no ha existido durante miles de años?– Se rió entre dientes –Tantos años, tantas guerras, tantos reyes… Uno podría pensar que a alguien se le habría ocurrido hacer la paz.

–Alguien lo hizo, mi lord. Muchos alguienes. Hemos tenido cien paces con los Bracken, muchas selladas con matrimonios. Hay sangre de Blackwood en cada Bracken, y sangre Bracken en cada Blackwood. La Paz del Viejo Rey duró medio siglo. Pero entonces alguna rencilla fresca apareció, y las heridas viejas se abrieron y comenzaron a sangrar

otra vez. Así es como pasa siempre, dice mi padre. Siempre que los hombres recuerden los males que se hicieron a sus antepasados, ningua paz podrá durar. Así que seguimos así siglo tras siglo, nosotros odiando a los Bracken y ellos odiándonos a nosotros. Mi padre dice que nunca habrá un final para todo esto.

–Podría haberlo.

–¿Cómo, mi lord? Las heridas viejas nunca sanan, dice mi padre.

–Mi padre tenía un dicho también. Nunca hieras a un enemigo cuando puedes matarlo. Los hombres muertos no reclaman venganza.

–Sus hijos sí – Dijo Hoster, disculpándose.

–No si también matas a los hijos. Pregunta a los Casterly sobre esto si no te fías de mi. Pregunta a Lord y Lady Tarbeck, o a los Reynes de Castamere. Pregunta al Príncipe de Rocadragón– Por un instante, las profundas nubes rojas que coronaban las colinas al oeste le recordaron a los hijos de Rhaegar, envueltos en capas carmesí.

–¿Es por eso que matásteis a todos los Stark?

–No a todos– Dijo Jaime –Las hijas de Lord Eddard aún viven. Una se acaba de casar. La otra… –«Brienne, ¿Dónde estás? ¿La has encontrado?» –Si los Dioses son bondadosos, olvidará que es una Stark. Se casará con algún fornido herrero o un tabernero gordo, llenará su casa de hijos, y nunca más tendrá que temer que un caballero pueda aparecer y aplastar sus cabezas contra una pared.

–Los Dioses son bondadosos– Dijo su rehén, no muy seguro.

«Sigue creyéndolo». Jaime dejó que *Honor* sintiera sus espuelas.

Penytree resultó ser un pueblo mucho más grande de lo que había pensado en un principio. La guerra también había pasado por allí; tierra ennegrecida y las cáscaras esqueléticas de casas destrozadas podían testificarlo. Pero por cada casa en ruinas, tres más habían sido construidas. A través del ocaso azulado Jaime pudo ver paja fresca en un puñado de tejados, y puertas hechas de madera joven y verde. Entre un pequeño estanque y una forja de herrero, se encontró con el árbol que daba nombre a la villa, un roble antiguo y alto. Sus raíces agarrotadas se retorcían dentro y fuera de la tierra como un nido de perezosas serpientes marrones, y cientos de peniques de cobre viejos jabían sido clavados a su gigantesco tronco.

Peck se quedó mirando al árbol, y después a las casas vacías.

–¿Dónde está la gente?

–Escondiéndose– Le dijo Jaime.

Dentro de las casas todos los fuegos habían sido apagados, pero algunos aún humeaban, y ninguno de ellos estaba frío. La cabra de cría que Hot Harry Merrell encontró pastando en un jardín de verduras era la única criatura viva a la vista… Pero el pueblo

tenía una fortaleza tan resistente como cualquiera en las Tierras de los Ríos, con gruesas paredes de piedra de doce pies de alto, y Jaime sabía que era allí donde encontraría a los ciudadanos. «Se esconden tras esas paredes cuando vienen jinetes, es por eso que aún hay un pueblo aquí. Y están escondiéndose ahí otra vez, escondiéndose de mí»

Cabalgó a *Honor* hasta las puertas de la fortaleza.

–Vosotros, en la fortaleza. No os haremos daño. Somos hombres del Rey.

Caras aparecieron en la muralla por encima de la puerta.

–Eran hombres del Rey los que quemaron nuestro pueblo– Gritó hacia ellos un hombre– Antes que ellos, otros hombres del Rey se llevaron nuestras ovejas. Eran de un rey diferente, pero eso no importó nada para nuestras ovejas. Los hombres del Rey mataron a Harsley y a Ser Ormond, y violaron a Lacey hasta que murió.

–No mis hombres– Dijo Jaime – ¿Abriréis las puertas?

–Cuando os hayáis ido lo haremos.

Ser Kennos se puso a su lado.

–Podríamos tirar abajo la puerta fácilmente, o pasarla por la antorcha.

–Mientras nos tiran piedras y nos empluman con flechas– Jaime negó con la cabeza – Sería un atajo sangriento, ¿Y para qué? Esta gente no nos ha hecho daño. Tomaremos refugio en las casas, pero no quiero que se robe. Tenemos nuestras propias provisiones.

Mientras una media luna trepaba por el cielo, amarraron a sus caballos en los establos del pueblo y cenaron ternera salada, manzanas secas, y queso duro. Jaime comió lo suficiente y compartió un pellejo de vino con Peck y Hos el rehén. Intenó contar los peniques clavados en el viejo árbol, pero había tantos que perdía la cuenta contimuemante. «¿De qué va todo eso?» El chico Blackwood se lo diría si se lo preguntara, pero eso arruinaría el misterio.

Apostó centinelas para vigilar que nadie abandonara los confines del pueblo. Mandó exploradores fuera también, para asegurarse de que ningún enemigo les pillara por sorpresa. Ya era casi medianoche cuando dos de ellos cabalgaron de vuelta con una mujer a la que habían tomado prisionera.

– Cabalgó hacia nosotros valiente como ninguna, mi lord, exigiendo unas palabras con vos.

Jaime se puso en pie.

–Mi Lady. No esperaba veros de nuevo tan pronto– «Benditos sean los dioses, parece diez años más vieja que cuando la vi la última vez. ¿Y qué le ha pasado a su cara?» – Esos vendajes… Estáis herida…

–Un mordisco– Ella tocó el mango de su espada, la espada que él le había dado. *Guardajuramentos.* – Mi Lord, me encomendasteis una misión.

–La chica. ¿La has encontrado?

–La he encontrado– Dijo Brienne, Doncella de Tarth.

–¿Dónde está?

–A un día de galope. Puedo llevaros hasta ella, ser… Pero tendréis que venir solo. De lo contrario, el Perro la matará.

49. JON

–R'hllor– cantó Melisandre, con los brazos en alto contra la nieve que caía, –tú eres la luz en nuestros ojos, el fuego en nuestros corazones, el calor en nuestro cuerpo. Tuyo es el sol que calienta nuestros días, tuyas las estrellas que nos protegen en la oscuridad de la noche

–Alabad todos a R'hllor, el Señor de la Luz– los asistentes de la boda contestaron en coro justo antes de que un viento frío se llevara sus palabras. Jon Nieve levantó la capucha de su capa.

La nevada era ligera, una delgada capa de nieve que bailaban en el aire, pero el viento soplaba desde el este por todo el Muro, frío como el aliento del dragón de hielo en los cuentos que la Vieja Tata solía contar. Incluso el fuego de Melisandre temblaba; las llamas se acurrucaban en el fondo, crujiendo suavemente mientras la sacerdotisa roja cantaba. Únicamente Fantasma parecía no sentir el frío.

Alys Karstark se acercó a Jon. –Nieve durante el matrimonio significa un matrimonio frío. Es lo que siempre decía mi señora madre

Miró hacia donde se encontraba la reina Selyse. Debió haber una tormenta de nieve el día en el que ella y Stannis se casaron. Acurrucada bajo su manto y rodeada de sus damas y caballeros, la reina sureña parecía frágil, pálida y pequeña. Una sonrisa forzada tenía lugar en sus delgados labios, pero sus ojos brillaban en reverencia. Odiaba el frío, pero amaba el calor que le daban las llamas. Él sólo tenía que mirarla para darse cuenta. Una palabra de Melisandre, y ella caminaría de buena gana sobre el fuego, abrazándolo como un amante.

No todos los hombres de la reina parecían compartir su fervor. Ser Brus estaba medio borracho, la mano enguantada de Ser Malegom estaba ahuecada en contra del trasero de la mujer junto a él, Ser Narbert se encontraba bostezando y Ser Patrek de Montaña del Rey parecía enojado. Jon Nieve empezaba a entender por qué Stannis los había dejado con la reina.

–La noche es oscura y llena de horrores– Melisandre cantaba. –Solos nacemos y solos moriremos, pero mientras caminamos a través de este valle negro, tomamos la fuerza de otro, y de ti, Señor nuestro.– Sus sedas y satenes escarlata giraban con cada soplar del viento. –Dos vienen hoy aquí para unir sus vidas, y enfrentarán la oscuridad del mundo juntos. Llena sus corazones con fuego, Señor, para que caminen por tu sendero brillante juntos, por siempre.

–Señor de la Luz, protégenos– chillaba la Reina Selyse. Otras voces hicieron eco a la respuesta, fieles a Melisandre; damas pálidas, mujeres de servicio temblorosas, Ser Axell y Ser Narbert y Ser Lambert, hombres de armas con mallas de hierro y Thenns de bronce, incluso algunos hermanos negros de Jon. –Señor de la luz, bendice a tus hijos.

La espalda de Melisandre daba al Muro, en uno de los lados de la zanja donde yacía el fuego. La pareja a ser unida se encontraba frente a ella, con la zanja en el centro Atrás de ellos la Reina, su hija y su bufón tatuados se encontraban de pie. La princesa Shireen estaba envuelta en tantas pieles que miraba alrededor, respirando en bocanadas a través de la bufanda que le cubría la mayor parte de la cara. Ser Axell Florent y los hombres de la reina rodeaban la comitiva real.

A pesar de que sólo algunos hombres de la Guardia de la Noche se habían reunido alrededor del fuego, otros miraban hacia abajo desde tejados y ventanas y los escalones de la gran escalera en zigzag.

Jon apreció con cuidado quién estaba ahí y quién no. Algunos hombres estaban en el deber, algunos estaban simplemente dormidos. Pero otros decidieron no mostrarse como signo de desaprobación. Othell Yarwyck y Bowen Marsh estaban entre los desaparecidos. Septon Chayle había salido del sept, tocando el cristal de 7 lados en la correa de su cuello, sólo para retroceder una vez que las oraciones comenzaron.

Melisandre alzó sus manos y el fuego saltó hacia sus dedos, como un gran perro rojo saltando. Un remolino de chispas se encontró con la nieve que bajaba. –Oh, Señor de la Luz, te agradecemos– cantaba a las hambrientas llamas. –Te agradecemos por el valiente Stannis, por ti nuestro rey. Guíalo y defiéndelo, R'hllor. Protégelo de las traiciones de los hombres malos y dale fuerza para castigar a los sirvientes de la oscuridad.

–Dale fuerza– respondieron la Reina Selyse y sus caballeros y damas.

–Dale coraje. Dale sabiduría.

Alys Karstark deslizó su brazo a través del de Jon. –¿Por cuánto tiempo, Lord Nieve? Si seré enterrada debajo de esta nieve, me gustaría morir como una mujer casada

–Pronto, mi señora– le aseguró Jon. –Pronto.

–Te agradecemos señor, por el sol que nos da calor– coreaba la reina. –te agradecemos por las estrellas que nos vigilan en las noches oscuras. Te agradecemos por nuestros corazones y por nuestras antorchas que mantienen a la oscuridad salvaje en la bahía. Te agradecemos por nuestros espíritus luminosos, los fuegos en nuestro cuerpo y nuestro corazón.

Y Melisandre dijo –Déjalos seguir adelante, quienes serán unidos– Las llamas emitieron su sombra en el muro detrás de ella, y su rubí brilló contra la palidez su cuello.

Jon se volvió hacia Alys Karstark. –Mi señora. ¿Estás lista?

–Sí. Oh, sí.

–¿No tienes miedo?

La muchacha sonrió de una manera que le recordó a su hermana pequeña y casi le rompe el corazón. –Déjalo tener miedo por mí– Los copos de nieve caían sobre sus mejillas, pero sus cabello estaba envuelto en un remolino de encaje que Satin había encontrado, y la nieve empezaba a agruparse ahí, dándolo una corona de escarcha. Sus mejillas estaban ruborizadas y rojas, y sus ojos brillaban.

–La señora de Nieve– Jon apretó su mano.

El Magnar de Thenn se quedó esperando junto al fuego, vestido para la batalla, en pieles y cuero y sus escamas de bronce, una espada de bronce sobre su cadera. Su cabello lo hacía lucir más viejo de lo que era, pero mientras veía acercarse a su prometida, Jon pudo ver el joven que había en él. Sus ojos eran grandes como nueces, aunque si era el fuego, la sacerdotisa o la mujer lo que había provocado miedo en él, Jon no podía asegurarlo. Alys estaba más en lo cierto de lo que pensaba.

–¿Quién trae a esta mujer para ser casada?– preguntó Melisandre.

–Yo lo hago– dijo Jon. –Ahora viene Alys de la Casa Karstark, una mujer que creció y maduró, de noble cuna y sangre– Él le dio un último apretón a la mano de Alys y dio un paso atrás para unirse a los demás.

–¿Quién viene a reclamar a esta mujer?– dijo Melisandre.

–Yo– Sigorn golpeó su pecho. –Magnar de Thenn.

–Sigorn– preguntó Melisandre, –compartirás tu fuego con Alys, y le darás calor cuando la noche es oscura y llena de terror?

–Lo juro– La promesa de Magnar era una nube en el aire. La nieve salpicaba sus hombres. Sus orejas estaban rojas. –Por las llamas rojas de dios, yo le daré calor todos los días.

–¿Alys, juras compartir tu fuego con Sigorn, y darle calor cuando la noche sea oscura y llena de terror?

–Hasta que su sangre esté hirviendo– Su capa de doncella era la negra de lana de la Guardia de la Noche. El sol de la casa Karstark estaba cosidos en su espalda, junto con los rayos de sol que también le pertenecían al escudo, estaban hechos con la misma piel blanca que la delineaba.

Los ojos de Melisandre brillaron tanto como su rubí contra su cuello. –Entonces vengan a mí para que sean uno solo– Mientras ella señalaba, un muro de llamas rugió hacia arriba, lamiendo los copos de nieve como calientes lenguas naranjas. Alys Karstark tomó a Magnar de la mano. Lado a lado ellos saltaron la zanja.

–Dos entraron en las llamas– Una ráfaga de viento levantó las rojas faldas de la sacerdotisas hasta que ella las detuvo nuevamente. –Uno emerge– Su cabello cobrizo bailaba alrededor de su cabeza. –Lo que el fuego une, nada puede separar.

–Lo que el fuego une, nada puede separar– llegó el eco, desde los hombres de la reina y Thenns e incluso algunos hermanos negros.

«Excepto por reyes y tíos» pensó Jon Nieve.

Cregan Karstark había aparecido un día detrás de su sobrina. Con él llegaron cuatro hombres de armas montados, un cazados y una jauría de perros, rastreando a Lady Arys como si de un ciervo se tratase. Jon Nieve los encontró en Camino del Rey una legua al sur de Villa Topo, antes de que pudieron desviarse al Castillo Negro, reclamando el derecho de visita o al menos parlamentar. Uno de los hombres de Karstark había desatado una pelea en Ty y murió por ello. Con eso quedaban cuatro, y Cregan mismo.

Afortunadamente tenían docenas de celdas de hielo. Había espacio para todos.

Como muchos otros, terminaron en el Muro. Los Thenns no tenían emblema familiar, como era costumbre entre los nobles de los Siete Reinos, por lo que Jon dijo a los mayordomos que improvisaran. Pensaba que lo habían hecho bien. La capa de novia que Sigorn envolvió en los hombres de Lady Alys tenía una medalla de bronce en un espacio de lana blanca, rodeada de llamas hechas con jirones de seda carmesí. El eco de los rayos de sol de los Karstark estaba ahí para aquellos que tuvieran cuidado al mirar, pero un poco diferentes para hacer el emblema apropiado para la Casa Thenn.

El Magnar arrancó el manto de doncella de los hombros de Alys, pero cuando la envolvió con la capa fue casi tierno. Mientras se inclinaba a besarla en la mejilla, sus alientos se mezclaban. Las llamas rugieron una vez más. Los hombres de la reina empezaron a cantar sus alabanzas. –¿Está hecho?– Jon escuchó susurrar a Satin.

–Hecho y hecho– murmuró Mully –y buena cosa. Están casados y yo estoy congelado– Estaba vestido con sus mejores ropas negras, de lana tan nueva que apenas tuvieron tiempo de desvanecerse, pero el viendo las había tornado sus mejillas tan rojas como su cabello. –Hobb especió un vino con canela y clavos de olor. Eso nos calentará un poco.

–¿Qué son los clavos de olor?– preguntó Owen.

La nieve había empezado a descender en mayor medida y el fuego estaba consumiéndose. La gente empezó a separarse y a fluir por el patio, hombres de la reina, hombres del rey y gente sin igual, todos ansiosos por salir del viento y el frío. –¿Mi señor celebrará con nosotros?– preguntó Mully a Jon Nieve.

–En un momento– Sigorn se podría ofender si él no aparecía. Y este matrimonio es mi propio trabajo, después de todo. –Sin embargo tengo otros asuntos que atender primero.

Jon se acercó a la Reina Selyse, con Fantasma junto a él. Sus botas crujían sobre la nieve. Tomaba cada vez más tiempo limpiar el camino de un edificio a otro que os hombres recurrían a los pasajes subterráneos que llamaban caminos de gusano.

–...que rito tan bonito– estaba diciendo la reina. –Pude sentir la mirada ardiente de nuestro señor sobre nosotros. Oh, no se puede saber cuántas veces he rogado a Stannis para casarnos nuevamente, una unión verdadera de cuerpo y espíritu, bendecido por el Señor de la Luz. Yo sé que podría darle más niños a Su Alteza si estuviéramos vinculados en fuego.

Para darle más hijos primero necesitas tenerlo en tu cama. Incluso en el Muro, era sabido por todos que Stannis Baratheon había rechazado a su esposa por años. Uno sólo podría imaginarse como Su Alteza había respondido a la petición de una segunda boda en medio de su guerra.

Jon hizo una reverencia. –Si le parece a Su Alteza, el festejo espera.

La reina miró de manera sospechosa a Fantasma, y luego alzó su cabeza hacia Jon. –Para estar segura. Lady Melisandre conoce el camino.

La sacerdotisa roja tomó la palabra. –Yo debo atender mi fuego, Su Alteza. Quizás R'hllor me concederá una visión de su gracia. Una visión de una gran victoria, podría ser.

–Oh.– La Reina Selyse dijo afectada. –Para estar segura... recemos por una visión de nuestro señor...

–Satin, muestra a Su Alteza su lugar– dijo Jon.

Ser Malegorn avanzó. –La escoltaré al festejo, Su Alteza. No requeriremos a su.... mayordomo.– La manera en la que el hombre mencionó la última palabra le dijo a Jon que había considerado decir otra cosa. ¿Niño? ¿Mascota? ¿Puta?

Jon se inclinó de nuevo. –Como desee, me reuniré pronto con usted.

Ser Malegorn ofreció su brazo, y la Reina Selyse, ya tensa, lo tomó. Su otra mano sobre el hombre de su hija. Los guardias reales marcharon detrás de ellos, al ritmo de las campanas del sombrero del bufón. –Bajo el mar la fiesta de tritones, en una sopa de estrellas de mar, y todos los hombres que sirven son cangrejos– proclamaba Caramanchada a su paso. –Lo sé, lo sé, oh, oh , oh.

La cara de Melisandre se oscureció. –Esa criatura es peligrosa. Muchas veces lo he visto en mis llamas. A veces hay cráneos alrededor, y sus labios están rojos como la sangre.

Es un milagro que no hayan hecho quemar el pobre hombre. Todo lo necesario sería una palabra en el oído de la reina y Caramanchada habría alimentado su fuego. –¿Ves bufones en tu fuego, pero no hay pista de Stannis?

–Cuando lo busco, lo único que veo es nieve.

La misma respuesta inútil. Clydas había enviado un cuervo a Bosquespeso para advertir al rey sobre la traición de Arnolf Karstark, pero si el ave le había llegado o no a Su Alteza, Jon no podía saberlo. El Braavosi también lo estaba buscando, acompañado de los guías que Jon le había dado, pero entre la guerra y el clima, sería una sorpresa su lo encontraba. –¿Sabrías si el rey está muerto?– preguntó Jon a la sacerdotisa.

–No lo está. Stannis es el elegido del Señor, destinado a dirigir la batalla contra la oscuridad. Lo he visto en las llamas, lo he leído en profecías antiguas. Cuando la estrella roja sangra y la oscuridad se reúne, Azor Ahai volverá a nacer entre el humo y la sal para despertar a los dragones de roca. Rocadragón es el lugar de humo y sal.

Jon había escuchado todo esto antes. –Stannis Baratheon era el Señor de Rocadragón, pero no había nacido ahí. Lo había hecho en Bastión de Tormentas, como sus hermanos.– Frunció el ceño. –¿Y qué hay de Mance? ¿También está perdido? ¿Que muestra tu fuego?

–Me temo que lo mismo. Nieve.

Nieve. Estaba nevando en gran medida hacia el sur, Jon lo sabía. Sólo dos días a caballo de aquí se decía que era imposible pasar por el camino real. Melisandre también lo sabía. Y hacia el este, una tormenta salvaje estaba cayendo en Bahía de las Focas. En el último informe, la flota improvisada que se había enviado a rescatar a la gente libre de Casa Austera que estaban aún atorados en Guardaoriente del Mar, estaban confinados en el puerto por las fuertes mareas. –Tú estás viendo cenizas danzando en la corriente.

–Yo estoy viendo esqueletos. Y tú. Veo tu cara cada vez que miro en mis llamas. El peligro del que te ha advertido está cada vez más cerca.

–Dagas en la oscuridad. Lo sé. Perdonarás mis deudas, mi señora. Una chica gris en un caballo muriendo, huyendo de su matrimonio, fue lo que dijiste.

–No estaba equivocada.

–No estabas en lo cierto. Alys no es Arya.

–La visión era real. Fue mi lectura la que era falsa. Soy tan mortal como tú, Jon Nieve. Todos los

mortales se equivocan.

–Incluso los Lord Comandantes– Mance Rayder no había vuelto y Jon no podía más que preguntarse si la sacerdotisa había mentido a propósito. ¿Está jugando su propio juego?

–Harías bien en mantener a tu lobo junto a ti, mi señor.

–Fantasma nunca está lejos.– El huargo levantó su cabeza al oír su nombre. Jon le rascó detrás de las orejas. –Pero ahora debe disculparme. Fantasma, ven conmigo.

Tallada desde la base del muro y cerrada con pesadas puertas de madera, las celdas de hielo iban desde pequeñas a muy pequeñas. Algunas eran lo suficientemente grandes para que un hombre caminara, otras tan pequeñas que los prisioneros se veían obligados a sentarse; las más pequeñas eran demasiado estrechas incluso para eso.

Jon había dado a su jefe cautivo la celda más grande, un balde y suficientes pieles para mantenerse protegido del fío, y un odre de vino. Le tomó un tiempo a los guardias abrir su celda, con hielo en la cerradura. Las bisagras congeladas chirriaban como almas condenadas cuando Wick Whittlestick abrió la puerta lo suficiente para que Jon pudiera deslizarse dentro. Un tenue olor fecal lo recibió, aunque menos abrumador de lo que esperaba. Incluso la mierda se congeló en aquel frío glacial.

Jon Nieve podía ver su propio reflejo en las paredes congeladas.

En una esquina de la celda un montón de pieles se encontraba casi a la altura de un hombre. –Karstark– dijo Jon Nieve. –Despierta.

Las pieles se movieron. Algunas se habían congelado juntas, y el hielo que las cubría brillaba con cada movimiento. Un brazo emergió, luego una cabeza—cabello café, enmarañado y veteado de gris, dos ojos fieros, una nariz, una boca, una barba. El bigote aplastado del prisionero, grupos de mocos congelados. –Nieve.– Su respiración salió como vapor, empañando el hielo detrás de su cabeza.

–No tienes derecho a retenerme. Leyes de la hospitalidad

–Tú no eres mi invitado. Llegaste al Muro sin mi permiso, armado, para llevarte a tu sobrina en contra de su voluntad. A Lady Alys se le dio pan y sal. Ella es una invitada. Tú eres un prisionero.– Jon calló un momento, y luego dijo, –Tu sobrina está casada.

Los labios de Cregan Karstark hicieron una mueca. –Alys estaba prometida conmigo.– Aunque ya había pasado los cincuenta, el había sido un hombre fuerte cuando entró en la celda. El frío le había robado esa fuerza y lo había dejado tieso y débil.

–Mi señor padre

–Tu padre es un castellano, no un lord. Y un castellano no tiene derecho a arreglar matrimonios.

–Mi padre, Arnolf, es Lord de Bastión de Kar.

–Un hijo viene primero que un tío según todas las leyes que conozco.

Cregan se empujó hacia sus pies y pateó las pieles que se aferraban a sus tobillos. –Harrion está muerto.

O lo estará pronto. –Una hija viene antes que un tío también. Si su hermano está muerto Bastión de Kar le pertenece a Lady Alys. Y ella le ha dado su mano en matrimonio a Sigorn, Magnar de Thenn.

–Un salvaje. Un salvaje sucio.– Formó puños con sus manos. Los guantes que los cubrían eran de cuero, forrados de piel para encajar en la capa que colgaba dura sobre sus hombros. Su cota de lana negra estaba adornada con el blanco resplandor de su casa. –Yo veo lo que eres, Nieve. Mitad lobo y mitad salvaje, bastardo de un traidor y una prostituta. Tú entregarías a una dama de noble cuna a la cama de un apestoso salvaje. ¿La tomaste tú primero?– Rió. –Si pretendes matarme, hazlo y sé condenada por un matarreyes. Stark y Karstark son una misma sangre.

–Mi nombre es Nieve.

–Bastardo.

–Culpable. De eso, al menos.

–Deja a este Magnar llegue a Bastión de Kar. Le cortaremos la cabeza y la pondremos en un retrete, para así poder mear en su boca.

–Sigorn lleva a 200– señaló Jon, –y Lady Alys cree que Bastión de Kar abrirá sus puertas a ella. Dos de tus hombres le han jurado sus servicios y confirmaron todo lo que ella dijo referente a los planes que tu padre hizo con Ramsay Nieve. Tienes parientes cercanos en Bastión de Kar, según sé. Una palabra tuya podría salvar sus vidas. Rinde el castillo. Lady Alys perdonará a la mujer que la traicionó y permitirá a los hombres vestir el negro.

Cregan negó con la cabeza. Trozos de hielo se habían formado alrededor de su cabeza, y sonaban cuando se movía. –Nunca– dijo.

–Nunca, nunca, nunca.

Debería entregar su cabeza como regalo de bodas para Lady Alys y su Magnar, pensó Jon, pero era mejor no tomar el riesgo. La Guardia de la Noche no toma parte en las disputas del reino; algunos dirían que ya habían dado mucha ayuda a Stannis. Decapitar a este tonto, y reclamarían que estoy matando a los hombres del norte para darle sus tierras a los salvajes. Libéralo, y él hará lo posible para destrozar lo que he hecho con Lady Alys y el Magnar. Jon se preguntó qué haría su padre, cómo su tío podría enfrentarse con esto. Pero Eddard Stark estaba muerto, Benjen Stark perdido en la tierra agreste más allá del Muro. «No sabes nada, Jon Nieve».

–Nunca es mucho tiempo– dijo Jon. –Puedes sentirte diferente mañana o en un año. Tarde o temprano el Rey Stannis regresará al Muro. Cuando lo haga tendrá que matarte... a menos de que estés vistiendo una capa negra. Cuando un hombre viste el negro, sus crímenes son borrados– Incluso un hombre como tú. –Ahora ruego que me disculpes, tengo una fiesta a la que asistir.

Después del frío penetrante de las celdas de hielo, el sótano lleno de gente estaba tan caliente que Jon se sintió sofocado desde el momento en el que bajó la escalera. El aire olía a humo y carne asada y vino especiado. Axell Florent estaba haciendo un brindis cuando Jon tomó su lugar en el estrado. –Por el

Rey Stannis y su esposa, la Reina Selyse, Luz del Norte!– gritó Ser Axell. –¡Por R'hllor, el Señor de la Luz, que nos defienda a todos! ¡Una tierra, un dios, un rey!

–¡Una tierra, un dios, un rey!– respondieron los hombres de la reina.

Jon bebió con los demás. Si Alys Karstark encontraría alguna alegría en su matrimonio él no podía decirlo, pero al menos esta noche debería ser de celebración.

Los mayordomos comenzaron a traer el primer plato, un caldo de cebolla aromatizado con trozos de cabra y zanahoria. No era precisamente un plato de la realiza, pero era nutritivo y sabía lo suficientemente bien y llenaba la barriga. Owen el Bestia tomó su violín y varios de entre la gente libre se unieron con flautas y tambores. Las mismas flautas y tambores que tocaron en el ataque al Muro. Jon pensó que ahora sonaban más dulces. Con el caldo venían hogazas de pan integral grueso, calentado en el horno. Sal y pimienta estaban colocadas sobre las mesas. Jon miró con tristeza. Estaban bien provistos de sal, Bowen Marsh le había dicho, pero lo último de la mantequilla se habría ido esta noche.

A los Flint y a los Norrey les habían dado lugares de gran honor justo debajo del estrado. Ambos hombres eran muy viejos para ir con Stannis; habían enviado a sus hijos y nietos en su nombre. Pero habían sido lo suficientemente rápidos para bajar el Castillo Negro para la boda. Cada uno había traído una niñera al Muro. La mujer de Norrey tenía cuarenta, con los pechos más grandes que Jon había visto. La niña de Flint tenía catorce y tenía un pecho plano aunque no por falta de leche. Entre las dos, la niña Val llamada Monstruo parecía estar prosperando.

Por todo eso Jon estaba agradecido... pero no creía en ningún momento que dos viejos guerreros se pudieran esconder en sus colinas tan solos. Cada uno traía una fila de guerreros—cinco para el viejo Flint, doce para Norrey, todos vestidos en pieles y cueros irregulares, tan terribles como enfrentarse al invierno. Algunos tenían largas barbas, otros tenían cicatrices, algunos ambas cosas; todos adoraban a los dioses antiguos del norte, aquellos mismos dioses adorados por la gente libre más allá del Muro. Sin embargo aquí estabas, bebiendo por un matrimonio santificado por algún dios extraño de más allá de los mares.

Mejor que rechazar la bebida. Ni Flint ni Norrey habían vaciado sus copas en el suelo. Se podría presagiar una aceptación. O quizás sólo odiaban desperdiciar un buen vino sureño. No habían probado mucho de aquello en aquellas colinas suyas.

Entre plato y plato, Ser Axell Florent llevó a la Reina Selyse a la pista de baile. Otros los siguieron—los caballeros de la reina primero, acompañados de sus mujeres. Ser Brus le dio a la Princesa Shireen su primer baile y luego fue el turno de su madre. Ser Narbert bailó con cada una de las damas de compañía de Selyse.

Los hombres de la reina superaban en número a sus damas por tres a uno, así que incluso las damas de servicio eran invitadas a bailar. Después de unas canciones algunos hermanos negros recordaron las habilidades aprendidas en las cortes y castillos de su juventud, antes de que sus juramentos los enviaran al Muro y bailaron también. El viejo Ulmer de Bosque del Rey demostró ser tan bueno bailando como con el arco, deleitando a sus compañeros con los cuentos de la Hermandad de Bosque del Rey, cuando cabalgó con Simon Toyne y Barrigas Ben y ayudó a Wenda la Gacela Blanca a grabar su marca en las nalgas de sus cautivos de alta cuna. Satin era toda gracia, bailando con tres mujeres de servicio pero nunca acercándose a una mujer de alta cuna. Jon lo juzgó como sabio. A él no le gustaba la manera en

que algunos de los caballeros de la reina miraban a los mayordomos, especialmente Ser Patrek de Montaña del Rey. Ese quería derramar un poco de sangre, pensó. Estaba buscando alguna provocación.

Cuando Owen el Bestia empezó a baila con Caramanchada el bufón, la risa hizo eco en toda la bóveda. El espectáculo hizo reír a Lady Alys. –¿Bailas a menudo, aquí en Castillo Negro?

–Cada vez que tenemos una boda, mi lady.

–Sabes, puedes bailar conmigo. Sería cortés. Tu bailaste conmigo.

–¿Bailar?– preguntó Jon.

–Cuando éramos niños.– Ella cortó un pedazo de pan y se lo lanzó. –Como tú sabes muy bien.

–Mi lady debería bailar con su esposo.

–Mi Magnar no es para bailar, me temo. Si tú no bailas conmigo, al menos ponme un poco de vino caliente.

–Como ordenes– Hizo una señal por una jarra.

–Así que– dijo Alys mientras Jon le servía, –soy una mujer casada. Un esposo salvaje con su propio ejército de salvajes.

–Gente libre es como se llaman ellos. La mayoría. Los Thenns son personas aparte. Muy viejas.– Ygritte le había dicho eso. «No sabes nada, Jon Nieve». –Vienen de un valle escondido en el extremo norte de Colmillos Helados, rodeado de altas cumbres, y por miles de años ellos han tenido más contacto con los gigantes que con otros hombres. Eso los hizo diferentes.

–Diferentes– dijo ella –pero más como nosotros.

–Sí, mi señora. Los Thenns tienen Lords y leyes– Ellos saben cómo arrodillarse. –Ellos forjan bronce con estaño y cobre, forjan sus propias armas y armaduras en lugar de robarlas. Una gente orgullosa, y valiente. Mance Rayder tuvo que vencer al viejo Magnar tres veces antes de que Styr lo aceptara como El Rey mas allá del Muro.

–Y ahora ellos están aquí, de nuestro lado del Muro. Expulsados de su fortaleza y en mi dormitorio– Ella sonrió de manera irónica. –Es mi propia culpa. Mi señor padre me dijo que debía quedarme con Robb, pero yo tenía sólo seis años y no sabía cómo.

Sí, pero ahora tienes casi diez-y-seis, y debemos rezar para que sepas cómo encantar a tu nuevo esposo. –Mi lady, ¿cómo están las cosas en Bastión de Kar con los almacenes de comida?

–No muy bien– suspiró Alys. –Mi padre se llevó a muchos de nuestros hombres al sur y sólo las mujeres y los niños se quedaron para la cosecha. Ellos y los hombres muy viejos o lisiados para ir a la guerra. Las cosechas se marchitaron en los campos o fueron inundadas en el lodo con las lluvias de otoño. Y ahora viene la nieve. El invierno será duro. Pocos de nuestros viejos sobrevivirán, y muchas niños morirán también.

Era un cuenta que todos los hombres del norte conocían. –La abuela de mi padre era un Flint de las montañas, del lado de su madre.– le dijo Jon. –Los primeros Flint, se llamaban ellos mismos. Decían que los otros Flints eran la sangre de hijos menores, que tenían que dejar las montañas para buscar comida y tierras y esposas. Siempre ha sido una vida dura allá arriba. Cuando la nieve cae y la comida empieza a escasear, sus jóvenes deben viajar al pueblo o hacer servicio en un castillo u otro. Los ancianos deben reunir fuerza para anunciar que irán a cazar. Algunos son encontrados cuando viene la primavera. A otros nunca los vuelven a ver.

–Es más de lo mismo en Bastión de Kar.

Eso no lo sorprendió. –Cuando tus almacenes comiencen a disminuir, acuérdate de nosotros, mi señora. Manda a tus hombres al Muro, déjalos pronunciar nuestro juramento. Aquí al menos no morirán solos en la nieve, sólo con memorias para calentarlos. Mándanos a tus jóvenes también si tienes de sobra.

–Como digas.– ella tocó su mano. –Bastión de Kar recuerda.

El alce estaba siendo cortado. Olía mejor de lo que Jon había esperado. Mandó una porción a Torre de Hardin, junto con tres platos de verduras asadas para Wun Wun, después se comió una rebanada él mismo. Tresdedos Hobb también se defendió bien. Eso había sido una preocupación. Hobb había venido hacía dos días quejándose que el se había unido a la Guardia de la Noche para matar salvajes, no para cocinarles. –Además, nunca había hecho nada para un festejo, mi señor. Los hermanos negros nunca toman esposa. Está en los votos, lo juro.

Jon estaba bajando la carne con un trago de vino especiado cuando Clydas apareció por su codo. –Un pájaro– anunció y deslizó un pergamino en la mano de Jon. La nota estaba sellada con un punto negro de cera dura. Guardaoriente, sabía Jon, incluso antes de romper el sello. La carta estaba escrita por el Maestre Harmune; Cotter Pyke no sabía leer ni escribir. Pero las palabras eran de Pyke, escritas mientras hablaba, de manera contundente y al grano.

El mar en calma hoy. Once barcos zarparon hacia Casa Austera por la mañana. Tres Braavosi, cuatro Lyseni, cuatro de los nuestros. Dos de los Lyseni apenas en condiciones de navegar. Es posible que se ahoguen más salvajes de los que rescatemos. Tu orden. Veinte cuervos a bordo y el Maestre Harmine. Enviaremos noticias. Yo mando desde Talon, Ser Glendon tiene Guardaoriente.

–¿Alas oscuras, palabras oscuras?– preguntó Alys Karstark.

–No, mi lady. Esperábamos estas noticias– Aunque la última parte me causa problemas.

Glendon Hewett era un hombre experimentado y uno bastante fuerte, una decisión sensible tener el mando en ausencia de Cotter Pyke. Pero también era tanto su amigo como podía presumirlo de Alisser Thorne. Jon aún podía recordar cómo Hewett lo levantó de su cama, y sintió la bota sobre sus costillas. No era el hombre que él habría escogido. Enrolló el pergamino y lo colocó en su cinturón.

El plato de pescado era el siguiente, pero como estaba siendo deshuesado Lady Alys llevó a Magnar a la pista. Por la manera en la que se movía se notaba que Sigorn no había bailado antes, pero que había bebido suficiente vino para que no le diera importancia.

–Una criada del norte y un guerrero salvaje, unidos por el Señor de la Luz.– Ser Axell Florent se

deslizó en el asiento vacío de Lady Alys. –La Reina Selyse lo aprueba. Conozco su mente. El Rey Stannis lo aprobará también.

A menos de que Roose Bolton haya clavado su cabeza en una lanza.

–No todos están de acuerdo, por desgracia.– La barba de Ser Axell era un cepillo irregular por debajo de su barbilla caída; pelo áspero brotaba de sus fosas nasales y oídos. –Ser Patrek siente que habría sido un mejor partido para Lady Alys. Sus tierras se perdieron cuando llegó al norte.

–Hay muchos en este recinto que han perdido mucho más que eso– dijo Jon, –y más que han dado sus vidas al servicio del reino. Ser Patrek debería sentirse afortunado.

Axell Florent sonrió. –El rey diría lo mismo si estuviera aquí. Pero se tiene que hacer una provisión para los caballeros de Su Alteza, ¿verdad? Ellos lo han seguido desde muy lejos a un costo muy grande.

Y nosotros tenemos que unir a los salvajes, al rey y al reino. Este matrimonio es un buen comienzo, pero ahora estoy seguro que le agradaría a la reina ver a la princesa salvaje casada.

Jon suspiró. Estaba cansado de explicar que Val no era una verdadera princesa. No importaba cuánto les dijera, no parecían escuchar. –Eres muy persistente, Ser Axell, te concedo eso.

–¿Usted me culpa, mi señor? Es un premio que no se gana fácil. Una niña púber, escuché, y no es difícil de ver. Buenas caderas, buenos pechos, bien hecha para parir hijos.

–¿Quién sería el padre de estos niños? ¿Ser Patrek? ¿Tú?

–¿Quién mejor? Los Florent tenemos sangre de viejos reyes en nuestras venas. Lady Melisandre podría llevar a cabo los ritos, como lo hizo con Lady Alys.

–Fácil de remediar.– La sonrisa de Florent era tan falsa que lucía dolorosa. –¿Dónde está ella, Lord Nieve? ¿La has trasladado a otro de tus castillos? ¿Guardiagris o la Torre Sombría?– se acercó.– Algunos dicen que la has escondido para tu propio placer. A mí no me importa, mientras no esté embarazada. Tendré mis propios hijos con ella. Si ya la has roto, bueno... ambos somos hombres de mundo ¿no?

Jon había escuchado demasiado. –Ser Axell, si en verdad la Mano de la Reina, me compadezco de ella.

La cara de Florent se puso roja de rabia. –Así que es verdad. Piensas quedártela para ti, ya lo veo. El bastardo quiere el trono de su padre.

El bastardo rechazó el trono de su padre. Si el bastardo quiere a Val, todo lo que tenía que hacer era pedirla. –Debe disculparme, ser– dijo. –Necesito respirar aire fresco– Apesta aquí. Giró su cabeza. –Eso fue un cuerno– Otros lo escucharon también. La música y las risas se detuvieron. Los que bailaban se quedaron quietos en su lugar, escuchando. Incluso Fantasma levantó sus orejas. –¿Escucharon eso? –la Reina Selyse le preguntó a sus caballeros.

–Un cuerno de guerra, Su Alteza– dijo Ser Narbert.

La mano de la reina se fue hasta su garganta. –¿Nos están atacando?

–No, Su Alteza– dijo Ulmer de Bosque del Rey. –Son los vigilantes del Muro, es todo.

Sonó una vez, pensó Jon Nieve. Los exploradores regresan.

Sonó otra vez. Parecía llenar el lugar.

–Dos veces– dijo Mully.

Hermanos negros, hombres del norte, gente libre, Thenns, hombres de la reina, todos estaban quietos, escuchando. Cinco latidos del corazón transcurridos. Diez. Veinte. Owen rió entre dientes y Jon Nieve pudo respirar otra vez. –Dos– anunció.

–Salvajes– Val.

Tormund Matagigantes al fin había llegado.

50. DAENERYS

El salón sonaba a risas yunkais, canciones yunkais, oraciones yunkais. Las bailarinas bailaban; los músicos tocaban melodías extrañas con campanas y chirridos y vejigas; los cantantes cantaban antiguas canciones de amor en la lengua incomprensible de Viejo Ghis. Corría el vino, no aquel ligero sin cuerpo de la Bahía de los esclavos si no unas exquisitas cosechas dulces de Arbor y vino de sueño de Qarth, aromatizado con extrañas especias. Yunkai había acudido a la invitación del Rey Hizdahr, para firmar la paz y asistir al renacimiento de los muy renombrados fosos de pelea de Meereen. Su noble esposo había abierto la Gran Pirámide para festejarlos.

«Odio esto» pensó Daenerys Targaryen. «¿Cómo pasó esto, que estoy bebiendo y sonriendo con los hombres que antes había desollado?»

Se habían servido una docena de distintos tipos de carne y pescado: camello, cocodrilo, calamar, patos laqueados y larvas peludas, con cabra y jamón y caballo para aquellos cuyos gustos eran menos exóticos. También perro. Ningún banquete ghiscario estaba completo sin un plato de perro. Los cocineros de Hizdahr preparaban el perro de cuatro formas diferentes. –Los ghiscarios se comerán cualquier cosa que nade o vuele o se arrastre, si no fuera por el hombre y el dragón– le había advertido Daario –y apostaría que también comerían dragón si se les daba la mínima oportunidad.– Sólo con carne no se elabora una comida, aunque, también había frutas y cereales y también verduras. El aire recordaba aromas de azafrán, canela, clavos, pimienta, y otras costosas especias.

Dany apenas probó bocado. «Esto es la paz» se dijo. «Esto es los que quería, para lo que he trabajado, esto es por lo que me he casado con Hizdahr. Entonces ¿Por qué sabe tanto a derrota? »

–Sólo es un ratito más, mi amor– le había asegurado Hizdahr. –Yunkai se irá pronto, y sus aliados y mercenarios con ellos. Tendremos todo lo que deseábamos. Paz, comida, comercio. Nuestro puerto está abierto una vez más, y se ha permitido a los barcos ir y venir.

–Sí, eso está «permitido»,– replicó, –pero se quedan sus barcos de guerra. Pueden cerrar de nuevo sus dedos alrededor de nuestra garganta cuando quieran. «¡Han abierto un mercado de esclavos a la vista de mis muros! »–

–«Fuera» de nuestros muros, dulce reina. Esa fue una condición para la paz, así Yunkai será como antes libre de ofrecer esclavos, sin ser molestado.

–Dentro de su propia ciudad. No donde tenga que verlo.– Los Sabios Amos habían establecido sus corrales de esclavos y la zona de subasta precisamente al sur del Skahazadhan, donde el ancho río marrón desemboca en la Bahía de los Esclavos. –Se están burlando de mí a la cara, haciendo una demostración de lo impotente que soy para detenerlos.

–Pose y postura– le dijo su noble marido. –Una demostración, como has dicho. Déjales que representen su farsa. Cuando se hayan ido, construiremos un mercado de fruta con lo que dejan atrás.

–Cuando se hayan ido– repitió Dany. –¿Y cuándo se irán? Se han visto jinetes más allá del Skahazadhan. Exploradores Dothraki, dice Rakharo, con un «khalasar» tras de sí. Tendrán cautivos. Hombres, mujeres, y niños, regalos para los traficantes de esclavos.– los dothraki no compraban ni vendían, pero hacían regalos y los recibían. –Eso es por lo que Yunkai ha construido de prisa este mercado. Saldrán de aquí con miles de nuevos esclavos.

Hizdahr zo Loraq se encogió de hombros. –Pero saldrán. Esa es la parte importante, mi amor. Yunkai ofrecerá esclavos, Meereen no lo hará, Esto es lo que hemos convenido. Aguantad esto durante un poco más de tiempo, y pasará.

Así Daenerys se sentó silenciosa hasta el final de la comida, envuelta en un «tokar» bermellón y en pensamientos oscuros, hablando sólo cuando hablaban con ella, meditando con tristeza en los hombres y mujeres que se compraban y vendían fuera de sus muros, incluso mientras aquí dentro de la ciudad se festejaba. Dejó a su noble marido dar los discursos y se rió de las flojas bromas yunkais. Eso era privilegio de reyes y obligación de reyes.

La mayoría de las conversaciones en la mesa eran por las luchas que se librarían al día siguiente. Barsena Pelonegro iba a enfrentase a un jabalí, sus colmillos contra su daga. Khrazz iba a luchar, como lo haría el Gato Moteado. Y en el último emparejamiento del día, Goghor el Gigante iría en contra de Belaquo Rompehuesos . Uno estaría muerto antes de que se pusiera el sol. «Ninguna reina tiene las manos limpias» se dijo Dany. Pensó en Doreah, en Quaro, en Eroeh… en una chiquilla que nunca había conocido, cuyo nombre había sido Hazzea. «Mejor que unos pocos murieran en el foso a miles en las puertas. Este es el precio de la paz, lo pago de buena gana. Si miro atrás, estoy perdida.»

El Comandante en Jefe yunkio, Yurkhaz zo Yunzak, pudo haber vivido durante la Conquista de Aegon, a juzgar por su apariencia. Espalda encorvada, lleno de arrugas, y sin dientes, fue transportado a la mesa por dos fornidos esclavos. El otro señor yunkio era poco más impresionante. Este era pequeño y achaparrado, aunque los soldados esclavos que le atendían eran grotescamente altos y delgados. El tercero era joven, capaz, y arrojado, pero tan borracho que Dany apenas pudo entender una palabra de lo que dijo. «¿Cómo pude haber sido conducida a esto por pasar por alto a criaturas como estas?»

Los mercenarios eran un asunto diferente. Cada una de las cuatro compañías libres al servicio de Yunkai había enviado a sus comandantes. Los *Azotados Por El Viento* (Windblown) estaban representados por el noble pentoshi conocido como el Príncipe Harapiento, los Lanzas Largas por Gylo Rhegan, que parecía más un zapatero que un soldado y hablaba en murmullos. Barba de Sangre, de la Compañía de los Gatos, hizo suficiente ruido para él y para una docena más. Un hombre enorme con una gran mata de barba y un prodigioso apetito por el vino y las mujeres, rugía, eructaba, se tiraba un pedo como un trueno, y pellizcaba a cada sirvienta que venía dentro de su alcance. De vez en cuando hacía caer una en su regazo para apretar sus pechos y acariciar su entrepierna.

Los Segundos Hijos también estaban representados. «Si Daario estuviera aquí, esta comida terminaría con sangre». Ninguna paz prometida podría haber persuadido a su

capitán para permitir a Ben Plumm el Moreno volver a pasear dentro de Meereen y dejarle vivo. Dany había jurado que ningún daño vendría sobre los siete enviados y comandantes, aunque eso no había sido suficiente para Yunkai. También le habían exigido rehenes de su parte. Para equilibrar los tres nobles yunkios y los cuatro capitanes mercenarios, Meereen envió fuera siete de los suyos al campamento de asedio: la hermana de Hizdahr, dos de sus primos, Jhogo el jinete de sangre de Dany, su almirante Groleo, Héroe capitán de los Inmaculados, y Daario Naharis.

–Dejaré a mis chicas contigo– había dicho su capitán, entregándole el cinturón de la espada con sus traviesos dorados. –Mantenlos seguros para mí, amada. No los querríamos haciendo una diablura sangrienta entre los Yunkai.

El Cabeza Afeitada también estaba ausente. Lo primero que había hecho Hizdahr según era coronado fue quitarle el mando de las Bestias Sin Cara, reemplazándole con su propio primo, el rollizo y pálido Marghaz zo Loraq. «Es lo mejor. La Gracia Verde dice que hay sangre entre Loraq y Kandaq, y el Cabeza Afeitada nunca trató de ocultar su desdén por mi señor marido. Y Daario…»

Daario solamente había crecido más salvaje desde la boda. Su paz no le agradó, su matrimonio le agradó menos, y le había puesto furioso el ser engañado por los hombres de Dorne. Cuando el Príncipe Quentyn les dijo que los otros ponientís se habían apoderado de los Cuervos de Tormenta a la orden del Príncipe Harapiento, solamente la intercesión de Gusano Gris y sus Inmaculados impidieron a Daario matar a todos ellos. Los desertores desleales habían sido encarcelados seguramente en las entrañas de la pirámide… pero la rabia de Daario siguió enconándose.

«Estará más seguro como rehén. Mi capitán no estaba hecho para la paz». Dany no se podía arriesgar a que mate a Ben Plumm el Moreno, que ponga a Hizdahr en ridículo ante la corte, que provoque a Yunkai, o que de otra manera dé al traste con el acuerdo que le había entregado mucho que ganar. Daario era guerra y dolor. En lo sucesivo, debía excluirle de su cama, de su corazón, y de ella. Si no la traicionaba, la dominaría. No sabía cuál de las situaciones temía más.

Cuando saciaron la glotonería y toda la comida a medio comer había sido retirada, para ser dada a los pobres que se congregaban abajo, ante la insistencia de la reina, los altos vasos en forma de flauta fueron llenados con un licor especiado de Qarth tan oscuro como el ámbar. Entonces comenzaron los espectáculos.

Un grupo de castrati yunkios propiedad de Yurkhaz zo Yunzak les cantaron canciones en la antigua lengua del Viejo Imperio, con voces agudas y dulces y de lo más puras. –¿Alguna vez has oído cantar así, mi amor?– le pregunto Hizdahr. –Tienen la voz de los dioses, ¿verdad?

–Sí,– dijo ella, –aunque me pregunto si ellos no hubieran preferido tener los frutos de los hombres.

Todos los artistas eran esclavos. Eso había sido parte de la paz, que a los propietarios de esclavos se les conceda el derecho de llevar sus bienes dentro de Meereen sin temor de tener que ponerlos en libertad. A cambio Yunkai había prometido respetar los derechos y libertades de los antiguos esclavos que Dany había puesto en libertad. Un trato justo,

dijo Hizdahr, pero el sabor que dejó en la boca de la reina fue horrible. Bebió otra copa de vino para enjuagarlo.

–Si le place, Yurkhaz estará satisfecho de darnos los cantores, sin duda,– dijo su noble marido. –Un regalo para sellar nuestra paz, un adorno para nuestra corte.

«Nos dará estos castrati,» pensó Dany, «y entonces se marchará a casa y hará algunos más. El mundo está lleno de muchachos»

Los acróbatas que vinieron a continuación tampoco tuvieron el éxito de impresionarla, incluso cuando formaron una pirámide humana de nueve pisos de altura, con una niña pequeña desnuda en lo alto. «¿Se supone que eso representa mi pirámide?» Se preguntó la reina. «¿Se supone que la niña en lo alto soy yo?»

Después su señor marido condujo a sus invitados a la terraza inferior, para que los visitantes de la Ciudad Amarilla pudieran contemplar Meereen de noche. Copa de vino en mano, Yunkai recorría el jardín en grupos pequeños, bajo limoneros y flores abriéndose al anochecer, y Dany se encontró a si misma cara a cara con Ben Plumm el Moreno.

Hizo una marcada reverencia. –Señoría. Está encantadora. Bueno, siempre lo está. Ninguna de las mujeres de Yunkai son la mitad de bellas. Pensé que podría llevar un regalo de boda para usted, pero las pujas estaban demasiado altas para el viejo Ben el Moreno.

–No quiero tus regalos.

–Este puede. La cabeza de un viejo enemigo.

–¿La tuya?– dijo con amabilidad. –Me traicionaste.

–En este momento esa es una manera cruel de exponerlo, si no os importa que lo diga.– Ben el Moreno rasco su bigote a mechas grises y blancas. –Nos pasamos al lado del vencedor, es todo. Lo mismo que hicimos anteriormente. Ni siquiera fue todo cosa mía. Lo expuse a mis hombres.

–Entonces «ellos» me traicionaron, ¿es eso lo que estás diciendo? ¿Por qué? ¿Maltraté a los Segundos Hijos? ¿Os engañé en vuestro paga?

–Eso nunca– dijo Ben el Moreno, –pero las monedas no lo son todo, Su Alta y Poderosa. Eso lo aprendí mucho tiempo antes, en mi primera batalla. La mañana tras la lucha, estaba examinando los muertos, buscando el trozo sobrante de botín, como se hacía. Encontré un cadáver, algún hombre con el hacha le había amputado todo su brazo a la altura del hombro. Estaba cubierto de moscas, todo con corteza de sangre seca, pudo ser por lo que nadie más le había tocado, pero bajo todo ello vestía un chaleco tachonado, parecía ser de piel buena. Me figuré que me podía quedar bastante bien, por tanto ahuyenté a las moscas y se lo amputé. La maldita cosa era más pesada de lo que había debido ser, aunque. Bajo el forro, había cosido una fortuna en monedas. «Oro,» Su Señoría, agradable oro amarillo. Suficiente para que cualquier hombre viva como un señor el resto de sus días. Pero ¿Qué bien le hizo a él? Ahí estaba con todas sus

monedas, yaciendo entre la sangre y el lodo con su jodido brazo amputado. Y esa es la lección, ¿ves? La plata es agradable y el oro es nuestra madre, pero una vez que estás muerto son menos valiosos que esa última caca que haces mientras estas tumbado muriendo. Os lo dije una vez, hay mercenarios viejos y mercenarios valerosos, pero no hay mercenarios viejos y valerosos. Mis chicos no tenían ganas de morir, eso es todo, y cuando les conté que no podíais soltar los dragones contra los hombres de Yunkai, bueno…

«Me viste vencida,» pensó Dany, «¿Y quién soy para decir que estabas equivocado?» –Entiendo.– Podía haber terminado allí, pero tenía curiosidad. –Suficiente oro para vivir como un señor, dijiste. ¿Qué hiciste con toda esa riqueza?

Ben el Moreno se rió. –El chico tonto que era, lo conté a un hombre al que cogí simpatía como mi amigo, y se lo contó a nuestro sargento, y mis hermanos de armas vinieron y me aliviaron de esa carga. El sargento dijo que era demasiado joven, que solo lo gastaría todo en putas y cosas así. Me dejaron quedarme con el chaleco, aunque.– Riñó. –Nunca confiéis en un mercenario, mi señora.

–He aprendido mucho. Algún día debo asegurarme de darte las gracias por la lección.– Los ojos de Ben el Moreno se cerraron con regocijo. –No es necesario. Sé la clase de agradecimiento que tenéis en mente.– Hizo una reverencia de nuevo y se alejó.

Dany se giró para contemplar fuera de su ciudad. Más allá de sus muros las tiendas amarillas de Yunkai se mantenían en filas ordenadas cerca del mar, protegidas por las zanjas que sus esclavos habían cavado para ellos. Dos legiones de hierro fuera de Nuevo Ghis, entrenadas y armadas con el mismo estilo que los Inmaculados, estaban acampadas de un extremo a otro del río hacia el norte. Dos legiones ghiscarias más habían construido el campamento hacia el este, cortando el camino hacia el Paso de Khyzai. Las líneas de caballos y las hogueras de las cocinas de las compañías libres estaban situadas al sur. Por el día finos penachos de humo estaban suspendidos del cielo como andrajosas cintas grises. Por la noche podían verse los fuegos distantes. Muy cerca de la bahía estaba la abominación, el mercado de esclavos en su puerta. Ahora no podía verlo, con la puesta de sol, pero sabía que estaba allí. Solo eso hizo que se enfadara.

–¿Ser Barristan?– dijo con suavidad.

El caballero blanco apareció de inmediato. –Alteza.

–¿Cuánto escuchaste?

–Lo suficiente. No estaba equivocado. Nunca confiéis en un mercenario.

«O en una reina,» pensó Dany. –¿Hay algún hombre en los Segundos Hijos que pudiera ser persuadido para… quitar de en medio a … Ben el Moreno?

–¿Tal como una vez Daario Naharis quitó de en medio a los demás capitanes de los Cuervos de Tormentas?– El anciano caballero miró incómodo. –Quizá. No sabría, Alteza.

«No,» pensó, «eres demasiado honrado y demasiado honorable.» –Si no, Yunkai emplea otras tres compañías.

–Picaros y despiadados, heces de cien campos de batalla,– advirtió Ser Barristan, –con todos los capitanes tan traidores como Plumm.

–Sólo soy una niña pequeña y se poco de esas cosas, pero me parece que «queremos» que ellos sean traidores. Una vez, recordarás, convencí a los Segundos Hijos y a los Cuervos de Tormentas a unirse a nosotros.

–Si Su Alteza desea hablar en privado con Gylo Rhegan o con el Príncipe Harapiento, les podría hacer subir a vuestros aposentos.

–Este no es el momento. Demasiados ojos, demasiadas orejas. Se notaría su ausencia aunque pudieras separarlos con discreción de Yunkai. Debemos encontrar alguna forma más discreta de ponernos en contacto con ellos… no esta noche, pero pronto.

–Como ordenéis. Aunque me temo que no es una tarea apropiada para mis cualidades. En Desembarco del Rey los trabajos de esta clase se dejaban a Lord Meñique o a la Araña. Nosotros los viejos caballeros somos hombres sencillos, solo valemos para luchar.– Pasó la mano por el puño de su espada.

–Nuestros prisioneros,– sugirió Dany. –Los ponienses que se apoderaron de los *Azotados Por El Viento* con los tres hombres de Dorne. Todavía los tenemos en las celdas, ¿Verdad? Utilicemosles.

–liberémosles, ¿quiere decir? ¿Es eso prudente? Fueron enviados aquí para ganarse vuestra confianza, por tanto podrían traicionar a Su Alteza a la primera ocasión.

–Entonces faltaron a sus obligaciones. No confío en ellos. Nunca confiaré en ellos.– Si se decía la verdad, Dany estaba olvidando como confiar. –Todavía podemos utilizarlos. Una era mujer. Meris. Hacerla volver, como un … un gesto de mi respeto. Si su capitán es un hombre listo, lo entenderá.

–La mujer es la peor de todos.

–Mucho mejor.– Dany lo consideró un momento. –También deberíamos tantear a los Lanzas Largas. Y a la Compañía de los Gatos.–

–Barba de Sangre.– El ceño de Ser Barristan se frunció profundamente. –Si le place Alteza, no queremos nada con él. Su Alteza es demasiado joven para recordar a los Reyes Nuevepeniques, pero este Barba de Sangre está cortado de la misma tela salvaje. No hay honor en él, solamente hambre… de oro, de gloria, de sangre.

–Sabes más de ese tipo de hombres que yo, Ser.– Si Barba de Sangre podía ser verdaderamente el más deshonroso y codicioso de los mercenarios, podía ser facilísimo de convencer, pero estaba poco dispuesta a ir contra el consejo de Ser Barristan en esa clase de asuntos. –Haz lo que consideres mejor. Pero hazlo pronto. Si la paz de Hizdahr se rompiera, quiero estar preparada. No confío en los traficantes de esclavos.– «No confío en mi marido.» –Se volverán sobre nosotros a la primera señal de debilidad.

–Yunkai también aumenta su debilidad. La diarrea sangrienta ha hecho presa entre los tolosi, se dice, y se extiende a través del río hacia la tercera legión ghiscaria.

«La yegua pálida» Daenerys suspiró. «Quaithe me advirtió de la llegada de la yegua pálida. También me contó lo del Príncipe dorniense, el hijo del sol. Me contó mucho más, pero todo en acertijos.» –No puedo confiar en plagas que me salven de mis enemigos. Poner en libertad a la Bella Meris . Inmediatamente.

–Como ordenéis. Aunque… Alteza, si me permitís tal osadía, hay otro camino…

–¿El camino dorniense?– Dany suspiró. Los tres hombres de Dorne habían estado en el banquete, como es apropiado dada la categoría del Príncipe, aunque Reznak había tenido cuidado de sentarlos lo más lejos posible de su marido. Hizdahr no parecía ser celoso por naturaleza, pero ningún hombre estaría contento ante la presencia de un pretendiente rival cerca de su recién desposada. –El chico parecía agradable y hablaba bien, pero…

–La Casa Martell es antigua y noble, y ha sido amiga fiel de la Casa Targaryen durante más de un siglo, Alteza. Tuve el honor de servir junto al tío abuelo del Príncipe Quentyn en los siete de vuestro padre. El Príncipe Lewyn era el hermano de armas más valiente que un hombre podía desear. Quentyn Martell es de la misma sangre, si le place a Su Alteza.

–Me placería si se hubiera presentado con esas cincuenta mil espadas de las que habla. En cambio trae dos caballeros y un pergamino. ¿Protegerá un pergamino a mi pueblo de Yunkai? Si hubiera venido con una flota…

–Las Lanzas del Sol nunca han sido poderosas en el mar, Alteza.

–No.– Dany conocía la suficiente historia de poniente como para saberlo. Nymeria había desembarcado con diez mil barcos sobre las orillas arenosas de Dorne, pero cuando se casó con su príncipe dorniense los quemó todos y dio su espalda al mar para siempre. –Dorne está demasiado lejos. Para agradar a este príncipe, necesitaría abandonar a todo mi pueblo. Deberíamos enviarle a casa.

–Los hombres de Dorne son notoriamente testarudos, Alteza. Los antepasados del Príncipe Quentyn lucharon por vos durante al menos doscientos años. No se irá sin vos.

«Entonces morirá aquí,» Daenerys pensó, «a menos que haya más en él de lo que puedo ver.» –¿Todavía está dentro?

–Bebiendo con sus caballeros.

–Traérmelo. Es hora de que conozca a mis hijos.

Un destello de duda pasó a través de la alargada, seria cara de Barristan Selmy. –Como ordenéis.

Su rey estaba riendo con Yurkhaz zo Yunzak y los otros señores yunkios. Dany no creyó que la echara de menos, pero si se daba el caso instruyó a sus sirvientas para contarle que estaba satisfaciendo a la llamada de la naturaleza, ¿preguntaría por ella?.

Ser Barristan estaba esperando junto a la escalinata con el príncipe dorniense. La cara cuadrada de Martell era sonrojada y rubicunda. «Demasiado vino» concluyó la reina, aunque hacía todo lo posible para ocultarlo. Aparte de la línea de soles de cobre que adornaban su cinturón, el hombre de Dorne vestía con sencillez. «Le llaman la Rana» recordó Dany. Pudo ver porqué. No era un hombre guapo.

Sonrió. –Mi príncipe. Es largo el camino hasta abajo. ¿Estáis seguro de que deseáis recorrerlo?

–Si le place a Su Alteza.

–Entonces vamos.

Una pareja de Inmaculados bajaban unos peldaños delante de ellos, portando antorchas; detrás venían dos Bestias Sin Cara, una enmascarada como un pez, la otra como un halcón. Incluso aquí en su propia pirámide, en esta feliz noche de paz y celebración, Ser Barristan insistió en mantener los guardias junto a ella en todos los sitios a los que fuera. La pequeña compañía hizo el largo descenso en silencio, deteniéndose tres veces para descansar a lo largo del camino. –Los dragones tienen tres cabezas,– Dany dijo cuando estaban en el tramo final. –Mi casamiento no es necesariamente el final de todas vuestras esperanzas. Sé porque estáis aquí.

–Por vos,– dijo Quentyn, todo embarazosa galantería. –No,– dijo Dany. –Por fuego y sangre.

Uno de los elefantes les barritó desde su puesto. Un rugido de contestación desde abajo hizo que ella se pusiera colorada con un repentino calor. El Príncipe Quentyn alzó la vista alarmado. –Los dragones saben cuándo está cerca,– le contó Ser Barristan.

«Cualquier hijo conoce a su madre,» pensó Dany. «Cuando los mares se sequen y las montañas se mezan como hojas al viento…» –Me llaman. Venid.– Cogió al Príncipe Quentyn de la mano y le condujo al foso donde dos de sus dragones estaban encerrados. –Permaneced fuera,– dijo Dany a Ser Barristan, mientras los Inmaculados estaban abriendo las enormes puertas de hierro. –El Príncipe Quentyn me protegerá.– Tiro del príncipe dorniense adentro con ella, para permanecer de pié encima del foso.

Los dragones estiraron sus cuellos dando vueltas, mirándoles fijamente con ojos llameantes. Viserion había destrozado una cadena y fundido las otras. Se agarró en lo alto del foso como un enorme murciélago blanco, sus garras se clavaron profundamente en los ladrillos chamuscados y despedazados. Rhaegal, todavía encadenado, estaba royendo el cadáver de un toro. Los huesos sobre el suelo del foso estaban más profundos que la última vez que había estado aquí abajo, y los muros y los suelos estaban negros y grises, más ceniza que ladrillo. No aguantarían mucho más tiempo… pero detrás de ellos había solo tierra y piedra. «¿Pueden los dragones excavar túneles a través de la roca, como el fuego valyrio de la antigua Valyria?» Esperaba que no.

El príncipe dorniense se había puesto tan blanco como la leche. –Yo … yo había oído que había tres.

–Drogon está cazando.– No necesitó oír más. –El blanco es Viserion, el verde es Rhaegal. Son los nombres de mis hermanos.– Su voz resonó entre los chamuscados muros de piedra. Sonaba insignificante, una voz de niña, no la voz de una reina y una conquistadora, ni la alegre voz de una novia recién casada.

Rhaegal rugió como respuesta, y el fuego llenó el foso, una lanza de rojo y amarillo. Viserion contestó, con sus propias llamas oro y naranja. Cuando batió sus alas, una nube de ceniza gris llenó el aire. Las cadenas rotas sonaban a metal y repiqueteaban junto a sus patas. Quentyn Martell saltó un paso atrás.

Una mujer más cruel se habría reído de él, pero Dany apretó su mano y dijo, –También me asustan. No hay vergüenza en eso. Mis hijos han crecido en la oscuridad salvajes y furiosos.

–¿Os… os referís a cabalgarlos?

–Uno de ellos. Todo lo que sé de los dragones es lo que me contó mi hermano cuando era una niña, y algo que leí en los libros, pero se dice que incluso Aegon el Conquistador nunca se atrevió a montar en Vhagar o Meraxes, ni sus hermanas cabalgaron a Balerion el Terror Negro. Los dragones viven más que los hombres, algunos durante cientos de años, por eso Balerion tuvo otros jinetes después de muerto Aegon… pero nunca un jinete voló dos dragones.

Viserion siseó de nuevo. El humo se elevó entre sus dientes, y en el fondo de su garganta pudieron ver fuego dorado agitándose.

–Son… son seres pavorosos.

–Son «dragones,» Quentyn.– Dany se puso de puntillas y le besó ligeramente, una vez en cada mejilla. –Y yo también lo soy.

El joven príncipe tragó saliva. –Yo… yo también tengo la sangre del dragón dentro de mí, Alteza. Puedo remontar el origen de mi linaje hasta el primer Daenerys, la princesa Targaryen que era Hermana del Rey Daeron el Bueno y desposó al Príncipe de Dorne. Construyó los Jardines de Agua para ella.

–¿Los Jardines de Agua ?– sabía poco y menos de Dorne o su historia, si se decía la verdad.

–El palacio favorito de mi padre. Me complacería mostrároslo algún día. Es todo de mármol rosa, con estanques y fuentes, con vistas al mar.

–Suena precioso.– Tiró de él lejos del foso. «No pertenece aquí. Nunca debería haber venido.» –Deberíais regresar allí. Me temo que, mi corte no es un lugar seguro para vos. Tenéis más enemigos de los que conocéis. Hicisteis que Daario quedara como un tonto, y no es un hombre que olvida semejante desaire.

–Tengo a mis caballeros. Mis escudos juramentados.

–Dos caballeros. Daario tiene quinientos Cuervos de Tormenta. Y también haríais bien en cuidaros de mi señor marido. Parece un hombre afable y simpático, lo sé, pero no os dejéis engañar. La corona de Hizdahr se deriva de la mía, e inspira la lealtad de algunos de los combatientes más temibles del mundo. Si alguno de ellos pensara en ganar su favor deshaciéndose de un rival…

–Soy un príncipe de Dorne, Alteza. No huiré de esclavos y vende espadas.

«Entonces verdaderamente eres un idiota, Príncipe Rana.» Dany regaló a sus hijos salvajes con una persistente última mirada. Pudo oír a los dragones chillando mientras guiaba al niño de vuelta a la puerta, y presenciaba el juego de luces sobre los ladrillos, reflejos de sus fuegos. «Si miro atrás, estoy perdida.» –Ser Barristan habrá pedido un par de sillas de mano para llevarnos arriba de vuelta al banquete, pero la subida todavía puede ser pesada.– Tras ellos, se cerraron las grandes puertas de hierro con un estrepitoso sonido metálico. –Decidme lo de esos otros Daenerys. Sé menos de lo que debería de la historia del reinado de mi padre. Nunca tuve un maestre cuando crecía.– «Solamente un hermano.»

–Será un placer, Alteza,– dijo Quentyn.

Era bien entrada la media noche antes de que el último de sus invitados les dejara y Dany se retiró a sus propios aposentos para unirse a su señor y rey. Hizdahr por lo menos estaba feliz, aunque borracho. –Cumplo mis promesas,– le dijo a ella, mientras Irri y Jhiqui les estaban vistiendo para la cama. –Deseabas la paz, y es tuya.

«Y tú deseabas sangre, y muy pronto te la daré,» pensó Dany, pero lo que dijo fue, –Estoy agradecida.

La excitación del día había inflamado la pasión de su marido. En cuanto sus sirvientas se hubieron retirado por esa noche rompió la bata y la dejó caer hacía atrás en la cama. Dany deslizó sus brazos alrededor de él y le dejó el camino libre. Borracho como estaba, sabía que no estaría mucho tiempo dentro de ella.

Finalizó. Después acercó la boca a su oreja y susurró, –Los Dioses nos otorgan haber hecho un hijo esta noche.

Las palabras de Mirri Maz Duur resonaron en su cabeza. «Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este. Cuando los mares se sequen y las montañas se mezan como hojas al viento. Cuando tu vientre vuelva a agitarse y des a luz un niño vivo. Entonces volverá, no antes.» El significado estaba bastante claro; Khal Drogo estaba tan a punto de regresar de entre los muertos como ella de dar a luz a un niño vivo. Pero había algunos secretos que no tenía fuerzas para compartir, incluso con un marido, de modo que permitió a Hizdahr zo Loraq mantener sus esperanzas.

Su noble esposo pronto estuvo profundamente dormido. Daenerys sólo pudo retorcerse y dar vueltas junto a él. Quería zarandearle, despertarle, hacer que la abrace, la bese, la folle otra vez, pero incluso si lo hiciera, después se retiraría dormido de nuevo, dejándola sola en la oscuridad. Se preguntó qué estaba haciendo Daario. ¿También

estaba inquieto? ¿Estaba pensando en ella? ¿La amaba, realmente? ¿La odiaba por casarse con Hizdahr? «Nunca debería haberle llevado dentro de mi cama.» Solo era un mercenario, no un cónyuge apropiado para una reina, y todavía…

«Hace tiempo que sabía todo eso, pero lo hice de todas formas.» –¿Mi reina?– dijo una voz suave en la oscuridad.

Dany se estremeció. –¿Quién está ahí?–

–Sólo Missandei.– La escriba naathi se acercó a la cama. –Una os oyó llorando.

–¿Llorando? No estaba llorando. ¿Por qué iba a llorar? Tengo mi paz, tengo mi rey, tengo todo lo que podía anhelar una reina. Tuviste un mal sueño, eso fue todo.

–Como diga, Alteza.– Hizo una reverencia y ademán de irse. –Quédate,– dijo Dany. –no deseo estar sola.

–Su Alteza está con vos,– señaló Missandei. –Su Alteza está soñando, pero yo no puedo dormir. Al amanecer debo bañarme en sangre. El príncipe de la paz.– Sonrió forzadamente sin ganas y dio unos golpecitos sobre la cama. –Ven. Siéntate. Habla conmigo.

–Si le place.– Missandei se sentó junto a ella. –¿De qué hablaremos?

–Del hogar,– dijo Dany. –Naath. Mariposas y hermanos. Cuéntame las cosas que te hacen feliz, las cosas que te hacen reír tontamente, todos tus recuerdos más agradables. Recuérdame que todavía hay bien en el mundo.

Missandei hizo todo lo posible. Todavía estaba hablando cuando por fin Dany cayó dormida, para soñar raro, sueños a medio formar de humo y fuego.

La mañana vino demasiado pronto.

51. THEON

El día se les echó encima tal como lo hizo Stannis: inadvertido.

Invernalia estaba despierta desde hacía horas, sus torres y almenas estaban abarrotadas de hombres con prendas de lana y cotas de malla y pieles esperando un ataque que nunca llegó. Para cuando el cielo empezó a clarear los tambores ya se habían silenciado, aunque los cuernos de guerra se oyeron tres veces más, cada vez un poco más cerca. Y todavía nevaba.

–La tormenta terminará hoy– insistía en voz alta un de los mozos de cuadra supervivientes. –Vamos, ni siquiera es invierno.– Theon se habría reído si se hubiera atrevido. Recordaba las historias que la vieja Tata les había contado sobre tormentas que duraban cuarenta días y cuarenta noches, un año, diez años… tormentas que sepultaban castillos y ciudades y reinos enteros bajo decenas de metros de nieve.

Se sentó en la parte de atrás del Gran Salón, no lejos de los caballos, mirando a Abel, a Rowan, y a una lavandera ratonil de pelo castaño llamada Ardilla mientras se comía unas rebanadas de pan moreno duro fritas en grasa de tocino. Theon desayunó una jarra de cerveza negra, cubierta de levadura y tan espesa que se podía masticar. Unas pocas jarras más, y quizás el plan de Abel no parecería tan descabellado.

Roose Bolton entró bostezando y con los ojos pálidos, acompañado de su regordeta y embarazada esposa, Walda la Gorda. Algunos señores y capitanes le precedían, entre ellos Roger Ryswell. Un poco más alejado en la mesa se sentó Wyman Manderly devorando salchichas y huevos cocidos, mientras a su lado el anciano Lord Locke se llevaba cucharadas de gachas a su boca sin dientes.

Pronto apareció también Lord Ramsay, abrochándose el cinto de la espada mientras se dirigía a la parte delantera de la sala. «Está de un humor de perros esta mañana». Se dio cuenta Theon. «Los tambores le mantuvieron despierto toda la noche», adivinó, «o alguien le ha molestado». Una mala palabra, una mirada aviesa, una sonrisa a destiempo, cualquiera de ellas podía provocar la ira de su señoría y costarle a un hombre una tira de piel. «Por favor, mi señor, no mire hacia aquí». Una mirada era todo lo que hacía falta para que Ramsay lo supiera todo. «Lo verá escrito en mi cara. Lo sabrá. Siempre lo sabe».

Theon se giró hacia Abel. –Esto no va a funcionar– Su voz era tan baja que ni siquiera los caballos podrían haberle escuchado. –Nos cogerán antes de dejar el castillo. Incluso si escapamos, Lord Ramsay nos dará caza, él y Ben Bones y las chicas.

–Lord Stannis está fuera de las murallas, y no lejos por cómo suena. Todo lo que tenemos que hacer es llegar hasta él– Los dedos de Abel bailaban a través de las cuerdas de su laúd. La barba del trovador era castaña, aunque su largo pelo se había vuelto gris en su mayoría. –Si el bastardo viene tras nosotros, puede que viva lo suficiente para arrepentirse.

«Piénsalo», pensó Theon. «Créelo. Dite a ti mismo que es cierto». –Ramsay usará a tus mujeres como presas– le dijo al trovador. –Les dará caza, las violará, y alimentará a sus

perros con los cadáveres. Si le proporcionan una buena cacería, puede que les ponga su nombre a su próxima camada de putas. Te desollarán. Él y Despellejador y Damon Baila-para-mí, se lo tomarán como un juego. Les suplicarás que te maten– Sujetó con fuerza el brazo del trovador con su mano tullida. –Juraste que no me dejarías caer en su manos de nuevo. Tengo tu palabra– Necesitaba oírlo otra vez.

–La palabra de Abel– dijo Ardilla. –Tan fuerte como un roble– Abel sólo se encogió de hombros. –Pase lo que pase, mi príncipe.

Arriba en el estrado, Ramsay estaba discutiendo con su padre. Estaban demasiado lejos como para que Theon escuchara sus palabras, pero el miedo en el semblante rosado y rechoncho de Walda la Gorda lo decía todo.

Escuchó a Wyman Manderly pedir más salchichas y a Roger Ryswell riéndose de algún chiste que le había contado el manco Harwood Scout.

Theon se preguntó si llegaría a ver las salas acuosas del Dios Ahogado, o si su espíritu permanecería aquí en Invernalia. «Muerto es muerto. Mejor estar muerto que ser Hediondo». Si el plan de Abel iba mal, Ramsay les proporcionaría una muerte lenta y dolorosa. «Esta vez me desollará desde la cabeza hasta los talones, y por mucho que suplique la agonía no tendrá fin». Ningún dolor que Theon hubiera conocido jamás se acercaba a la agonía que Despellejador podía infligir con su pequeño cuchillo. Abel pronto aprendería esa lección. ¿Y para qué? «Jeyne, su nombre es Jeyne, y sus ojos son del color equivocado». Una actriz interpretando su papel. «Lord Bolton lo sabe, y Ramsay, pero el resto está ciego, incluso este maldito bardo de sonrisas astutas. El chiste es sobre ti, Abel, sobre ti y tus putas asesinas. Vas a morir por la chica equivocada».

Estuvo apunto de decirles la verdad cuando Rowan le había llevado hasta Abel en las ruinas de la Torre Quemada, pero en el último momento contuvo su lengua. El trovador parecía querer huir con la hija de Eddard Stark. Si hubiera sabido que la esposa de Lord Ramsay no era más que la hija de un mayordomo, entonces…

Las puertas del Gran Salón se abrieron con estrépito.

Un viento gélido se filtro formando remolinos, y en al aire una nube de cristales de hielo brilló con reflejos azules y blancos. A través de ella avanzó a grandes pasos Ser Hosteen Frey, con nieve pegada hasta la cintura, y un cuerpo en sus brazos. Todos los hombres sentados en los bancos bajaron sus copas y sus cucharas para mirar el grotesco espectáculo. La sala se silenció.

«Otro asesinato»

La nieve se deslizaba de la capa de Ser Hosteen mientras andaba con paso impetuoso hacia la mesa elevada, sus pasos resonaban en el suelo. Una docena de caballeros Frey y hombres de armas entraron tras él. Uno era un chico que conocía Theon –Walder el Mayor, el pequeño, con cara de zorro y delgado como un palo. Su pecho, sus brazos y su capa estaban salpicados de sangre.

Su olor hizo relinchar a los caballos. Los perros salieron de debajo de las mesas, olisqueando. Los hombres se levantaron de los bancos. El cuerpo en los brazos de Ser Hosteen destellaba a la luz de las antorchas, recubierto de escarcha rosa. El frío exterior había congelado su sangre.

–El hijo de mi hermano Merrett– Hosteen Frey dejó el cuerpo en el suelo frente al estrado. –Matado como un cerdo y escondido bajo un montón de nieve. Un niño.

«Walder el Pequeño», pensó Theon. «El mayor». Echó una mirada a Rowan. «Hay seis» recordó. «Cualquiera de ellas pudo haber hecho esto». Pero la lavandera sintió su mirada. –Esto no fue obra nuestra– dijo.

–Cállate– Le advirtió Abel.

Lord Ramsay descendió del estrado hasta el niño muerto. Su padre se levantó más despacio, con ojos pálidos, rostro inexpresivo, solemne.

–Esto ha sido una villanía– Por una vez la voz de Bolton era lo suficientemente alta como para que pudiera oírla. –¿Dónde se encontró el cuerpo?

–Bajo aquella torre en ruinas, mi señor– contestó Walter el Mayor. –La que tiene las viejas gárgolas– Los guantes del muchacho tenían costras de sangre de su primo. –Le dije que no saliese sólo, pero me contestó que tenía que encontrar a un hombre que le debía plata.

–¿Qué hombre?– exigió saber Ramsay. –Dime su nombre. Señálamelo, chico, y te haré una capa con su piel.

–Nunca me lo dijo, mi señor. Sólo que le ganó la plata a los dados– El chico Frey dudó. –Fue alguno de los hombres de Puerto Blanco que le enseñaron a jugar a los dados. No sabría decir cual, pero fueron ellos.

–Mi señor– retumbó Hosteen Frey. –Conocemos al hombre que hizo esto. Mató a este niño y a todos los demás. No por su propia mano, no. Es demasiado gordo y cobarde para matar él mismo. Pero por orden suya– Se giró hacia Wyman Manderly. –¿Acaso lo niegas?

El Señor de Puerto Blanco mordió una salchicha por la mitad. –Confieso…– Se limpió la grasa de sus labios con la manga. –… Confieso que se poco de este pobre niño. Era el escudero de Lord Ramsay, ¿no? ¿Cuántos años tenía el muchacho?

–Nueve, en su último día del nombre.

–Tan joven– dijo Wyman Manderly. Aunque quizás esto fue una bendición. Si hubiera vivido, se habría convertido en un Frey.

Ser Hosteen dio una fuerte patada a la mesa, tirando los caballetes, e incrustándola en la oronda barriga de Lord Wyman. Las copas y las fuentes volaron, salchichas esparcidas por todos lados, y una docena de hombres de Manderly se puso en pie maldiciendo.

Algunos cogieron cuchillos, bandejas, botellones, cualquier cosa que pudiera servir como arma.

Ser Hosteen Fray sacó su mandoble de la vaina y saltó hacía Wyman Manderly. El señor de Puerto Blanco trató de apartarse, pero la mesa le aprisionaba contra la silla. La hoja atravesó tres de sus cuatro barbillas con un rocío de brillante sangre roja. Lady Walda dio un grito y se aferró al brazo de su señor. –Alto– gritó Roose Bolton. –*Detened esta locura–* Sus hombres se precipitaron hacia adelante mientras los Manderly saltaban sobre los bancos para alcanzar a los Frey. Uno se abalanzó sobre Ser Hosteen con una daga, pero el gran caballero pivotó y le cortó el brazo a la altura del hombro. Lord Wyman se puso en pie, sólo para desplomarse. El Viejo Lord Locke estaba llamando a gritos a un maestre mientras Manderly se caía al suelo como una morsa apaleada en un creciente charco de sangre. A su alrededor los perros se peleaban por las salchichas.

Hicieron falta cuarenta lanceros de Fuerte Terror para separar a los combatientes y poner fin a la carnicería. Para entonces seis hombres de Puerto Blanco y dos Frey yacían muertos sobre el suelo. Una docena más estaban heridos y uno de los Chicos Bastardos, Luton, agonizaba a gritos, lloriqueando por su mamá mientras trataba de volver a meter un puñado de tripas viscosas a través de de una herida en su vientre. Lord Ramsay le silenció, arrancando una lanza de uno de los hombres de Suelas de Acero y atravesando con ella el pecho de Luton. Incluso entonces las vigas del techo aún seguían resonando con gritos e invocaciones y maldiciones, los relinchos de los caballos aterrorizados y los gruñidos de las putas de Ramsay. Walter Suelas de Acero tuvo que golpear con la base de la lanza en el suelo una docena de veces antes de que el salón se silenciara lo suficiente para que se pudiera escuchar a Roose Bolton.

–Veo que todos queréis sangre– dijo el señor de Fuerte Terror. El maestre Rhodry se situó a su lado, con un cuervo en su brazo. El plumaje negro del pájaro brillaba como la parafina a la luz de las antorchas. «Mojado» se dio cuenta Theon. «Y en la mano de su señoría, un pergamino. También estará mojado. Alas negras, noticias negras». –Mejor que usar nuestras espadas los unos contra los otros, podríais usarlas contra Stannis.– Lord Bolton desenrolló el pergamino. –Su hueste no está ni a tres días a caballo de aquí, bloqueada por la nieve y hambrienta, y sobretodo ya estoy cansado de esperar a su gusto. Ser Hosteen, reúne a tus caballeros y hombres de armas en la puerta principal. Como estás tan ansioso por entrar en batalla, tú darás el primer golpe. Lord Wyman, convoca a tus hombres de Puerto Blanco en la puerta este. Ellos también avanzarán.

La espada de Hosteen Frey estaba roja casi hasta la empuñadura. Salpicaduras de sangre moteaban sus mejillas como pecas. Bajó su acero y dijo, –Como ordene mi señor. Pero después de entregarte la cabeza de Stannis Baratheon, pienso terminar de cortar la de Lord Manteca de Cerdo.

Cuatro caballeros de Puerto Blanco habían formado un círculo en torno a Lord Wyman, mientras el maestre Medrick lo atendía para detener el flujo de sangre. –Primero tendrás que pasar sobre nosotros, ser– dijo el mas viejo, un hombre de rostro severo y barba gris cuya sobrevesta manchada de sangre mostraba tres sirenas plateadas sobre un campo violeta.

–Gustosamente. De uno en uno o todos a la vez, no me importa.

–*Ya basta*– rugió Lord Ramsay, esgrimiendo su lanza llena de sangre. –Otra amenaza, y os destriparé a todos yo mismo. ¡Mi señor padre ha hablado! Guardaos la ira para el pretendiente Stannis.

Roose Bolton asintió con aprobación. –Tal como dice. Habrá tiempo más que suficiente para luchar entre nosotros una vez que hayamos acabado con Stannis– Giró la cabeza, registrando el salón con sus pálidos y fríos ojos hasta que encontró a Abel el bardo junto a Theon. –Trovador– le llamó –ven y cántanos algo que nos tranquilice.

Abel hizo una reverencia. –Si le place a su señoría– Laúd en mano, paseó hacia el estrado, saltando ágilmente sobre un cadáver o dos, y se sentó con las piernas cruzadas sobre la mesa elevada. Cuando empezó a tocar –una triste canción en voz baja que Theon Greyjoy no reconoció – Ser Hosteen, Ser Aenys, y sus colegas Freys se marcharon para sacar sus caballos del salón.

Rowan le agarró el brazo a Theon. –Ese baño. Debe ser ahora.

Él se liberó de su mano. –¿De día? Nos verán.

–La nieve nos ocultará. ¿Estás sordo? Bolton va a hacer avanzar a sus hombres. Tenemos que alcanzar al Rey Stannis antes que ellos.

–Pero…Abel…

–Abel puede defenderse por sí mismo– murmuró Ardilla.

«Esto es una locura. Sin esperanza, estúpida, condenada». Theon apuró los restos de su cerveza y se puso de pie con desgana. –Encuentra a tus hermanas. Hace falta una buena cantidad de agua para llenar la bañera de mi señora.

Ardilla se marchó, caminando sigilosamente como siempre. Rowan sacó a Theon de la sala. Desde que ella y sus hermanas le encontraran en el bosque de dioses, una de ellas había seguido todos sus pasos, sin perderlo nunca de vista. No confiaban en él. «¿Por qué deberían? Yo antes era Hediondo y puede que vuelva a ser Hediondo de nuevo. Hediondo, Hediondo, rima con serpiente»

Fuera aún nevaba. Los muñecos de nieve que habían construido los escuderos se habían convertido en gigantes monstruosos, de tres metros de altura y espantosamente deformes. Paredes blancas se alzaban a cada lado mientras Rowan y él se dirigían al bosque de dioses; los senderos entre torreón y torre y salón se habían convertido en un laberinto de trincheras heladas, excavadas cada hora para mantenerlas desbloqueadas. Era fácil perderse en aquel laberinto helado, pero Theon Greyjoy conocía cada recodo.

Incluso el bosque de dioses se estaba poniendo blanco. Se había formado una capa de hielo sobre el estanque bajo el árbol corazón, y a la cara tallada en su pálido tronco le había crecido un bigote de pequeños carámbanos. A esas alturas no podían esperar tener a los antiguos dioses de su parte. Rowan alejó a Theon de los norteños que rezaban frente al árbol, hasta un punto apartado en la parte de atrás junto al muro de los barracones, al lado de un charco de lodo caliente que apestaba a huevos podridos.

Incluso el lodo se estaba congelando por los bordes, vio Theon. –Se acerca el invierno …

Rowan lo miró con severidad. –No tienes derecho a pronunciar las palabras de Lord Eddard. Tú no. Nunca. Después de lo que hiciste

–Tú también mataste a un niño.

–No fuimos nosotras. Te lo dije.

–Las palabras son vanas– «Ellas no son mejores que yo. Somos iguales». –Matasteis a los otros, ¿por qué no a él? Dick el Cobarde

–apestaba tan mal como tú. Un cerdo de hombre.

–Y Walder el Pequeño era un lechón. Matarle provocó el enfrentamiento entre los Freys y los Manderly, eso fue astuto, tú

–Nosotras no– Rowan le cogió por la garganta y lo empujó hacía atrás contra la pared de los barracones, acercando su cara a un par de centímetros de suya. –Dilo otra vez y te arrancaré tu lengua mentirosa, Matarreyes.

Él sonrió a través de sus dientes rotos. –No lo harás. Necesitáis mi lengua para poder traspasar la guardia. Necesitáis mis mentiras.

Rowan le escupió a la cara. Luego le soltó y se restregó sus manos enguantadas contra las piernas, como si el mero hecho de tocarle la hubiera ensuciado.

Theon sabía que no debía provocarla. A su manera, esta era tan peligrosa como Despellejador o Damon Baila-para-mí. Pero tenía frío y estaba cansado, le latía la cabeza, no había dormido en días. –He hecho cosas terribles… me he traicionado a mí mismo, cambiado la capa, ordenado la muerte de hombres que confiaron en mí… pero no soy un matarreyes.

–Los chicos Stark nunca fueron hermanos para ti, sí. Lo sabemos.

Eso era verdad, pero no era lo que Theon había querido decir. «No eran de mi misma sangre, pero incluso así, nunca les hice daño. Los dos que matamos eran sólo los hijos de algún molinero». Theon no quería pensar en su madre. Había conocido a la esposa del molinero desde hacía años, incluso se había acostado con ella. «Unos pechos grandes y pesados con grandes pezones oscuros, una boca dulce, y risa alegre. Dichas que nunca saborearé de nuevo».

Pero no había motivo para contarle a Rowan nada de aquello. Ella nunca creería sus negativas, más de lo que él creería las suyas. –Hay sangre en mis manos, pero no la sangre de hermanos– dijo con cansancio. –Y he sido castigado.

–No lo suficiente– Rowan le dio la espalda.

«Mujer estúpida». Podía ser una criatura rota, pero Theon todavía llevaba una daga. Habría sido sencillo sacarla y hundírsela entre los omóplatos. Todavía era capaz de hacerlo, con dientes rotos y dientes perdidos y demás. Incluso podría ser una gentileza —un fin más rápido y limpio que al que tendrían que enfrentarse ella y sus hermanas cuando Ramsay las cogiera.

Hediondo podría haberlo hecho. Lo *habría* hecho, con la esperanza de que complacería a Lord Ramsay. Estas putas querían robarle la esposa a Ramsay; Hediondo no podría permitir eso. Pero los antiguos dioses le habían reconocido, le habían llamado Theon. Nacido del Hierro, yo era un nacido del hierro, hijo de Balon Greyjoy y legítimo heredero de Pyke.

Los muñones de sus dedos le picaban y se le crispaban, pero mantuvo su daga en su vaina.

Cuando Ardilla regresó, las otras cuatro estaban con ella: la delgada Myrtle de pelo canoso, Willow Ojo de Bruja con su larga trenza negra, Frenya la de las caderas anchas y enormes pechos, y Holly con su cuchillo. Vestían como sirvientas con prendas de tela basta gris apagado, y capas de lana marrón forradas con piel de conejo blanco. «Sin espadas», vio Theon. «Sin hachas, sin martillos, sin armas salvo cuchillos». La capa de Holly estaba atada con un broche de plata, y Frenya tenía un corsé de hilo de cáñamo que le envolvía desde las caderas hasta los pechos. Le hacía parecer aún más voluminosa de lo que era.

Myrtle tenía vestimentas de sirvienta para Rowan. –Los patios están llenos de idiotas– les advirtió. –Quieren salir a cabalgar.

–Lacayos– dijo Willow, con un bufido de desprecio. –Su señorial señor habló, ellos deben obedecer.

–Van a morir– pió Holly, alegremente. –ellos y nosotros– dijo Theon. –Incluso si logramos traspasar la guardia, ¿como pensáis sacar a Lady Arya?

Holly sonrió. –Seis mujeres entran, seis salen. ¿Quién se fija en unas sirvientas? Vestiremos a la chica Stark como a Ardilla.

Theon miró a Ardilla. «Son más o menos de la misma talla. Podría funcionar». –¿Y como va a salir Ardilla?

Ardilla respondió ella misma. –Por una ventana, directa al bosque de dioses. Tenía doce años la primera vez que mi hermano me llevó cabalgando al sur de vuestro Muro. Así es como conseguí mi apodo. Mi hermano decía que yo era como una ardilla trepando un árbol. Desde entonces he escalado ese Muro seis veces, ida y vuelta. Creo que puedo bajar por una torre de piedra.

–¿Contento, cambiacapas?– preguntó Rowan. –Pongámonos a ello.

La cavernosa cocina de Invernalia ocupaba todo un edificio, bastante apartada de las principales salas y torreones del castillo en caso de incendio. Dentro, los olores cambiaban de hora en hora—un siempre cambiante perfume de carnes asadas, puerros y

cebollas, y pan recién hecho. Roose Bolton había apostado guardias en la puerta de la cocina. Con tantas bocas que alimentar, cada migaja de comida era valiosa. Incluso los cocineros y los sirvientes eran vigilados constantemente. Pero los guardias conocían a Hediondo. Les gustaba burlarse de él cuando venía a por agua caliente para el baño de Lady Arya. Aunque ninguno se atrevía a llegar más lejos que eso. Se sabía que Hediondo era la mascota de Lord Ramsay.

–El príncipe de la Peste ha venido por algo de agua caliente– anunció un guardia cuando Theon y sus sirvientas aparecieron delante de él. Les abrió las puertas. –Rápido, antes de que todo ese dulce y cálido aire se escape.

Dentro, Theon cogió por el brazo a un sirviente que pasaba. –Agua caliente para mi señora, chico– ordenó. –Seis cubos llenos, y asegúrate de que sea buena y esté caliente. Lord Ramsay la quiere rosada y limpia.

–Sí, mi señor– dijo el chico. –Ahora mismo, mi señor.

–Ahora mismo– tardó más de lo que a Theon le hubiera gustado. Ninguno de los grandes calderos estaba limpio, así que el sirviente tuvo que fregar uno antes de llenarlo con agua. Entonces pareció tardar una eternidad el que llegara a hervir y dos eternidades llenar seis cubos de madera. Mientras tanto las mujeres de Abel esperaban, con sus rostros ensombrecidos por las capuchas. «Lo están haciendo todo mal». Las sirvientas de verdad siempre estaban provocando a los sirvientes, flirteando con los cocineros, engatusándolos para probar un poco de esto, y un poco de aquello. Rowan y sus maquinadoras hermanas no querían llamar la atención, pero su hosco silencio pronto atrajo las miradas extrañadas de los guardias. –¿Dónde están Maisie y Jez y las otras chicas?– preguntó uno a Theon. –Las habituales.

–Lady Arya estaba descontenta con ellas– mintió. –La última vez el agua estaba fría antes de llegar a la bañera.

El agua caliente llenó el aire de nubes de vapor, derritiendo los copos de nieve mientras caían. La procesión regresó por el laberinto de trincheras con paredes de hielo. El agua se enfriaba con cada paso. Los pasajes estaban obstruidos con tropas: caballeros con armaduras, sobrevestas de lana y capas de piel, hombres de armas con lanzas sobre sus hombros, arqueros portando arcos destensados y haces de flechas, jinetes libres, y mozos de cuadra guiando caballos de guerra. Los hombres de la casa Frey llevaban el emblema de las dos torres, los de Puerto Blanco mostraban un tritón y un tridente. Se abrían paso a través de la tormenta en direcciones opuestas y se vigilaban con cautela mientras pasaban, pero no se sacó ninguna espada. Aquí no. «Quizás fuese diferente allí fuera en los bosques».

Media docena de hombres curtidos de Fuerte Terror vigilaban las puertas del Gran Torreón. –¿Otro maldito baño?– dijo su sargento cuando vio los cubos de agua caliente. Tenía las manos metidas bajo las axilas por el frío. –Se bañó anoche. ¿Cuánto puede ensuciarse una mujer en su propia cama?

«Más de lo que crees, cuando compartes esa cama con Ramsay», pensó Theon, recordando la noche de bodas y las cosas que él y Jeyne habían sido obligados a hacer.

–Orden de Lord Ramsay.

–Entrad, entonces, antes de que se congele el agua– dijo el sargento. Dos de los guardias empujaron las dos puertas para abrirlas.

El portal estaba casi tan frío como el aire de fuera. Holly se sacudió la nieve de las botas y se bajó la capucha de la capa. –Pensé que sería más difícil– Su aliento llenaba el aire de vaho.

–Hay más guardias arriba en los aposentos de mi señor– les advirtió Theon. –Hombres de Ramsay– No se atrevió a llamarlos los Chicos Bastardos, aquí no. Nunca sabías quien podía estar escuchando. –Mantened las cabezas agachadas y las capuchas puestas.

–Haz lo que dice, Holly– dijo Rowan. Hay algunos que reconocerán tu cara. No necesitamos ese contratiempo.

Theon subió el primero por las escaleras. «He subido por estos escalones mil veces antes». De pequeño los habría subido corriendo; bajando, los habría saltado de tres en tres. En cierta ocasión saltó justo encima de la vieja Tata y la tiró al suelo. Eso le hizo ganarse la peor azotaina que tuvo en Invernalia, aunque fue casi afectuosa comparada con las palizas que su hermano solía propinarle en Pyke. Él y Robb habían luchado muchas épicas batallas en estos peldaños, lanzándose estocadas el uno al otro con espadas de madera. Buen entrenamiento, aquel; le hizo darse cuenta lo difícil que era abrirse camino luchando escaleras arriba contra una oposición decidida. A Ser Rodrik le gustaba decir que un hombre bueno podía contener a cien, luchando escaleras abajo.

Aunque eso fue hace mucho. Ahora todos estaban muertos. Jory, el viejo Ser Rodrik, Lord Eddard, Harwin y Hullen, Cayn y Desmond y Tom el Gordo, Alyn con sus sueños de caballería, Mikken que le había dado su primera espada de verdad. Incluso la vieja Tata, probablemente.

Y Robb. Robb que había sido más hermano para Theon que cualquier hijo nacido de los bajos de Balon Greyjoy. «Asesinado en la Boda Roja, masacrado por los Freys. Debería haber estado con él. ¿Dónde estaba? Debería haber muerto con él».

Theon se detuvo tan de improviso que Willow casi se estampa contra su espalda. La puerta de los aposentos de Lord Ramsay estaba ante él. Y vigilándola estaban dos de los Chicos Bastardos, Alyn el Villano y Grunt.

«Los antiguos dioses deben estar de nuestro lado». Grunt no tenía lengua y Alyn el Villano no tenía sesos, como le gustaba decir a Lord Ramsay. Uno era brutal, el otro malvado, pero ambos habían pasado la mayor parte de sus vidas de servicio en Fuerte Terror. Hacían lo que se les decía.

–Tengo agua caliente para Lady Arya– les dijo Theon. –Intenta lavarte tú mismo, Hediondo– dijo Alyn el Villano. –Hueles a meados de caballo– Grunt gruñó en conformidad. O quizás ese ruido fuera una risa. Pero Alyn les abrió la puerta del dormitorio, y Theon les hizo un gesto a las mujeres para que pasaran.

El día no había amanecido en aquella habitación. Las sombras lo cubrían todo. Un último madero crujió débilmente entre las brasas medio apagadas de la chimenea, y una vela fluctuaba en la mesa junto a una arrugada y vacía cama. «La chica se ha ido», pensó Theon. «Se ha arrojado por una ventana en su desesperación». Pero las ventanas estaban cerradas con postigos por la tormenta, selladas con costras de nieve traída por el viento y heladas. –¿Dónde está?– preguntó Holly. Sus hermanas vaciaron sus cubos en la gran tina circular de madera. Frenya cerró la puerta de la cámara y apoyó su espalda contra ella. *–¿Dónde está?–* dijo otra vez Holly. Fuera sonaba un cuerno. «Una trompeta. Los Frey, reuniéndose para la batalla». Theon podía sentir el picor en los dedos que le faltaban.

Entonces la vio. Estaba acurrucada en el rincón más oscuro del dormitorio, en el suelo, hecha una bola bajo un montón de pieles de lobo. Theon podría no haberla divisado nunca si no fuera por cómo temblaba. Jeyne se había cubierto con las pieles para esconderse. «¿De nosotros? ¿O estaba esperando a su señor esposo?» La idea de que Ramsay pudiera estar viniendo le hizo querer gritar. –Mi señora.– Theon no pudo llamarla Arya pero tampoco se atrevió a llamarla Jeyne. –No tiene por qué esconderse. Estas son amigas.

Las pieles se agitaron. Un ojo asomó, brillando con lágrimas. «Oscuro, demasiado oscuro. Un ojo castaño». –¿Theon?

–Lady Arya.– Rowan se acercó. –Debe venir con nosotras, y rápido. Hemos venido para llevarla con su hermano.

–¿Hermano?– la cara de la chica asomó de debajo de las pieles de lobo. –Yo…yo no tengo hermanos.

«Ha olvidado quién es. Ha olvidado su nombre». –Así es– dijo Theon, –pero una vez tuvo hermanos. Tres. Robb, Bran y Rickon.

–Están muertos. Ya no tengo hermanos.

–Tiene un medio hermano– dijo Rowan. –es Lord Cuervo.

–¿Jon Nieve?

–La llevaremos hasta él, pero debe venir ahora mismo.

Jeyne se subió las pieles de lobo hasta la barbilla. –No. Esto es algún truco. Es él, es mi…mi señor, mi dulce señor, el os envió, esto es alguna prueba para asegurarse de que le amo. Le amo, le amo, le amo más que a nada– Una lágrima se derramó por su mejilla. –Decídselo, decídselo vosotros. Haré lo que desee... cualquier cosa que desee… con él o… o con el perro o… por favor… no tiene por qué cortarme los pies, no trataré de huir, jamás, le daré hijos, lo juro, lo juro…

Rowan silbó en voz baja. –Que los dioses maldigan a ese hombre.

–Soy una *buena* chica– gimoteó Jeyne. –Me *entrenaron*.

Willow frunció el ceño. –Que alguien haga que deje de llorar. Ese guardia era mudo, no sordo. La van a oír.

–Levántala, cambiacapas– Holly tenía su cuchillo en la mano. –Levántala o lo haré yo. *Tenemos que irnos*. Pon a la pequeña hija de puta de pie e infúndele algo de valor.

–¿Y si grita?– dijo Rowan.

«Todos estamos muertos», pensó Theon. «Les dije que esto era una locura, pero ninguna me escuchó». Abel les había condenado. Todos los trovadores estaban medio locos. En las canciones, el héroe siempre rescataba a la dama del castillo del monstruo, pero la vida no era una canción, no más de lo que Jeyne era Arya Stark. «Sus ojos son del color equivocado. Y aquí no hay héroes, sólo putas». Aún así, se arrodilló a su lado, retiró las pieles, y tocó su mejilla. –Me conoces. Soy Theon, recuerdas. Yo también te conozco. Sé cual es tu nombre.

–¿Mi nombre?– Sacudió la cabeza. –Mi nombre…es…

Le puso un dedo en los labios. –Podemos hablar sobre eso más tarde. Ahora tienes que estar callada. Ven con nosotros. Conmigo. Te llevaremos lejos de aquí. Lejos de él.

Los ojos de Jeyne se abrieron más. –Por favor– susurró. –Oh, Por favor.

Theon deslizó su mano junto a las suyas. Sintió un hormigueo en los muñones de sus dedos perdidos mientras ayudaba la chica a ponerse en pie. Las pieles de lobo cayeron al suelo. Bajo ellas estaba desnuda, sus pequeños y pálidos pechos cubiertos de marcas de dientes. Oyó a una de las mujeres inhalar con sorpresa. Rowan le lanzó un manojo de ropa a las manos. –Vístela. Hace frío fuera.– Ardilla se había desnudado hasta quedar en paños menores, y estaba hurgando en un baúl de cedro tallado en busca de algo más cálido. Al final se decidió por uno de los jubones acolchados de Lord Ramsay y un par de bombachos muy usados que ondulaban en torno a sus piernas como las velas de un barco en una tormenta.

Con la ayuda de Rowan, Theon vistió a Jeyne Poole con la ropa de Ardilla. «Si los dioses son generosos y los guardias están ciegos, puede que pase». –Ahora vamos a salir y bajar las escaleras– le dijo Theon a la chica. –Mantén la cabeza agachada y la capucha puesta. Sigue a Folly. No corras, no llores, no hables, no mires a nadie a los ojos.

–Quédate junto a mí– dijo Jeyne. –No me dejes.

–Estaré justo a tu lado– prometió Theon mientras Ardilla se deslizaba en la cama de Lady Arya y subía la manta.

Frenya abrió la puerta del dormitorio. –¿Le diste un buen baño, Hediondo?– preguntó Alyn el Villano cuando asomaron. Grunt le dio un apretón en lo pechos a Willow mientras pasaba. Tuvieron suerte con su elección. Si el hombre hubiese tocado a Jeyne, ella podría haber gritado. Entonces Holly le habría abierto a él la garganta con el cuchillo escondido en la manga. Willow simplemente se zafó con una contorsión y siguió andando.

Por un momento Theon casi sintió vértigos. «Nunca miraron. Nunca la vieron. ¡Pasamos a la chica justo a su lado!»

Pero en los escalones el miedo volvió. ¿Que pasaría si se encontraban con Despellejador o Damon Baila-para-mí o con Walton Suelas de Acero? ¿O con el mismísimo Ramsay? «Los dioses me libren, Ramsay no, cualquiera menos él». ¿De que servía sacar a la chica de sus aposentos? Todavía estaban dentro del castillo, con todas las puertas cerradas y bloqueadas y las almenas repletas de centinelas. Le gustara o no, los guardias apostados a la entrada del torreón les detendrían. Holly y su cuchillo serían de poca utilidad contra seis hombres con cotas de malla, espadas y lanzas.

Pero los guardias en el exterior estaban apiñados junto a las puertas, con las espaldas giradas contra el viento helado y las ráfagas de nieve. Incluso el sargento sólo les echó un rápido vistazo. Theon sintió una punzada de pena por él y sus hombres. Ramsay los despellejaría a todos cuando se diera cuenta de que su esposa se había ido, y lo que les haría a Grunt y a Alyn no se atrevía ni a pensarlo.

Ni a diez metros de la puerta, Rowan dejó caer su cubo vacío, y sus hermanas hicieron lo mismo. El Gran Torreón ya casi se había perdido de vista tras ellos. El patio era un páramo blanco, lleno de sonidos confusos que resonaban de forma extraña en medio de la tormenta. Las trincheras heladas se levantaban a su alrededor, a la altura de la rodilla, luego a la altura de la cadera, y luego más altas que sus cabezas. Estaban en el corazón de Invernalia con todo el castillo a su alrededor, pero no se podía ver ni rastro de él. Fácilmente podrían haber estado perdidos en mitad de las Tierras del Invierno Perpetuo, mil leguas más allá del Muro. –Hace frío– gimoteó Jeyne Poole mientras avanzaba torpemente al lado de Theon.

«Y pronto hará más frío». Más allá de las murallas del castillo, el invierno estaba esperando con sus dientes helados. «Si llegamos tan lejos». –Por aquí– dijo cuando llegaron a una intersección donde se cruzaban tres trincheras.

–Frenya, Holly, id con ellos– dijo Rowan. –Nosotras llegaremos con Abel. No nos esperéis– Y con eso, se giró y se internó en la nieve, hacia el Gran Salón. Willow y Myrtle se apresuraron detrás de ella, con sus capas restallando en el viento.

«Más y más loco», pensó Theon Greyjoy. Escapar parecía poco probable con las seis mujeres de Abel; con sólo dos, parecía imposible. Pero habían llegado demasiado lejos como para llevar de vuelta a la chica a sus aposentos y fingir que nada de esto había ocurrido jamás. En vez de eso cogió a Jeyne por el brazo y tiró de ella por el camino que llevaba a la Puerta de las Almenas. «Sólo una medio puerta» se recordó a si mismo. «Incluso si los guardias nos dejan pasar, no hay forma de atravesar la muralla exterior». Otras noches, los guardias habían permitido cruzar a Theon, pero todas esas veces había llegado solo. No pasaría tan fácilmente con tres sirvientas a remolque, y si los guardias miraban bajo la capucha de Jeyne y reconocían a la esposa de Lord Ramsay…

El pasaje giró a la izquierda. Allí frente a ellos, tras un velo de nieve que caía, bostezaba la Puerta de las Almenas, flanqueada por un par de guardias. Con su lana y su piel y su cuero, parecían tan grandes como osos. Las lanzas que sostenían medían dos metros y medio. –¿Quién va ahí?– llamó uno. Theon no reconoció la voz. La mayor parte de sus

facciones estaban cubiertas por una bufanda. Sólo se le podían ver los ojos. –¿Hediondo, eres tú?

«Sí», quiso decir. En vez de eso se oyó responder, –Theon Greyjoy. Yo…yo os he traído algunas mujeres–

–Pobres chicos debéis estar helados– dijo Holly. –Ten, deja que te caliente– Sobrepasó la punta de la lanza del guardia y alcanzó su rostro, aflojándole la bufanda medio congelada para plantarle un beso en la boca. Y mientras sus labios se tocaban, su acero se deslizo a través de la carne de su cuello, justo bajo la oreja. Theon vio como se le abrían los ojos al hombre. Había sangre en los labios de Holly cuando retrocedió, y sangre goteando de la boca de él cuando se desplomó.

El segundo guardia aún estaba mirando boquiabierto y conmocionado cuando Frenya agarró el asta de su lanza. Forcejearon durante un momento, dando tirones, hasta que la mujer le arrancó el arma de sus dedos y le atizó en la sien con el extremo romo. Mientras se tambaleaba hacia atrás, dio la vuelta a la lanza y clavó la punta a través de su vientre con un gruñido.

Jeyne Poole dejó escapar un fuerte y agudo chillido. –Oh, mierda– dijo Holly. –Eso hará que los lacayos se nos echen encima, con toda seguridad. ¡Corred!

Theon tapó con una mano la boca de Jeyne, la cogió por la cintura con la otra, y la empujó a través de los guardias muerto y moribundo, a través de la puerta, y sobre el foso helado. Y quizás todavía los antiguos dioses estuvieran cuidando de ellos; el puente levadizo había sido dejado bajado, para permitir a los defensores de Invernalia entrar y salir hacia las almenas exteriores más rápidamente. De detrás de ellos llegaron gritos de alarma y el sonido de pies corriendo, y entonces el toque de una trompeta desde los baluartes de la muralla interior.

En el puente levadizo, Frenya se detuvo y se giró. –Sigue adelante. Yo contendré a los lacayos aquí– Aún aferraba la lanza llena de sangre en sus grandes manos.

Theon estaba tambaleándose para cuando llegó al pie de la escalera. Se echó a la chica sobre los hombros y empezó a escalar. Jeyne había dejado de forcejear para entonces, y además era una cosa tan pequeña … pero los peldaños estaban resbaladizos con hielo bajo la suave nieve en polvo, y a medio camino perdió pie y se dio un fuerte golpe en una rodilla. El dolor fue tan grande que casi pierde a la chica, y durante la mitad de un latido temió que eso sería todo lo lejos que iba a llegar. Pero Holly tiró de él y lo puso otra vez de pie, y entre los dos finalmente subieron a Jeyne hasta las almenas.

Mientras se reclinaba contra un merlón, respirando con dificultad, Theon pudo oír el griterío que venía de abajo, donde Frenya estaba luchando contra media docena de guardias en la nieve. –¿Por dónde?– le gritó a Holly. –¿Dónde vamos ahora?

–¿Cómo salimos?

La furia en el rostro de Holly se convirtió en horror. –Oh, de jodida puta madre. La cuerda.– Lanzó una carcajada histérica. «Frenya tiene la cuerda». Entonces gruñó y se agarró el estómago. Una saeta había surgido de su tripa. Cuando la envolvió con una

mano, la sangre goteó de sus dedos. –Lacayos en la muralla interior…– jadeó, antes de que una segunda saeta apareciese entre sus pechos. Holly se agarró al merlón más cercano y cayó. La nieve que había desprendido la enterró con un suave *ruido sordo.*

Se oyeron gritos a su izquierda. Jeyne Poole estaba mirando abajo hacia Holly mientras la manta de nieve que la cubría cambiaba de blanco a rojo. En la muralla interior el ballestero estaría recargando, supo Theon. Echó a andar hacia la derecha, pero también había hombres llegando desde esa dirección, corriendo hacia ellos con espadas en la mano. Lejos hacia el norte oyó el sonido de un cuerno. «Stannis» pensó alocadamente. «Stannis es nuestra única esperanza, si podemos llegar hasta él». El viento aullaba, y él y la chica estaban atrapados.

La ballesta chasqueó. Una saeta pasó a menos de treinta centímetros de él, haciendo añicos la costra de nieve congelada que había taponado la almena más cercana. De Abel, Rowan, Ardilla, y las otras no había señal. Él y la chica estaban solos. «Si nos cogen vivos, nos entregarán a Ramsay».

Theon cogió a Jeyne por la cintura y saltó.

52. DAENERYS

El cielo era de un azul despiadado, sin una brizna de nube a la vista. «Los ladrillos pronto se cocerán al sol», pensó Dany. «Abajo en la arena, los luchadores sentirán el calor a través de las suelas de las sandalias».

Jhiqui deslizó bata de seda de Dany sobre sus hombros e Irri la ayudó a entrar en la piscina. La luz del sol brillaba sobre el agua, excepto por la sombra del árbol palosanto. –Aunque los pozos se tengan que abrir, ¿debe asistir su alteza?– preguntó Missandei mientras lavaba el pelo de la reina.

–La mitad de Meeren estará allí para verme, corazón amable.

–Su alteza– dijo Missandei– una pide permiso para decir que la mitad de Meeren estará allí para ver a hombres desangrarse y morir.

No se equivocaba, la reina lo sabía, pero no tenía importancia.

Pronto Dany estaba tan limpia como nunca podría volver a estarlo. Se puso en pie, salpicando suavemente. El agua corría por sus piernas y formaba cuentas en sus pechos. El sol estaba subiendo al cielo, y su gente pronto se reuniría. Podría haber vagado por la fragante piscina todo el día, comer frutas heladas en bandejas de plata y soñar con una casa con una puerta roja, pero una reina le pertenece a ella la gente, no a sí misma.

Jhiqui trajo una toalla suave para secarla. –Khaleesi, ¿Qué tokar quieres para hoy?– Preguntó Irri.

–El de seda de color amarillo– «La reina de los conejos no podía ser vista sin sus orejas». El de seda amarilla era ligero y fresco, y podría abrasar abajo en el pozo. Las arenas rojas quemarán las plantas de aquello que están a punto de morir. –Y por encima, el largo velo de color rojo.– Los velos evitan que el viento arenoso entre en la boca. –Y el rojo, oculta cualquier mancha de sangre.

Mientras Jhiqui cepillaba el pelo de Dany e Irri pintaba las uñas de la reina, ellas charlaban alegremente sobre los combates del día. Missandei regresó. –Su majestad. El rey solicita que le acompañe cuando esté vestida. Y el príncipe Quentyn ha llegado con sus Dornienses. Ruegan una audiencia, si le place.

Poco de aquel día le podía placer. –Otro día

En la base de la Gran Pirámide, Ser Barristan les esperaba junto a un vistoso palanquín abierto, rodeado de bestias de Bronce. «Ser abuelo», pensó Dany. A pesar de su edad, parecía alto y guapo con la armadura que le había dado. –Sería más feliz si hubiera guardias inmaculados a su alrededor el día de hoy, su alteza– dijo el viejo caballero, mientras Hizdahr fue a saludar a su primo. –La mitad de estas bestias de bronce son los libertos inexpertos.– «Y la otra mitad son Meerenses de dudosa lealtad» dejó sin decir. Selmy desconfiaba de todos los Meerenses, incluso los afeitados.

–E inexpertos seguirán a menos que les entrenemos

–Una máscara puede ocultar muchas cosas, Su majestad ¿Es el hombre detrás de la máscara de lechuza la misma lechuza que vigilancia que ayer o el día anterior? ¿Cómo podemos saberlo?

–¿Cómo podrá llegar a confiar Meeren en las bestias de Bronce si no? Hay buenos hombres valientes bajo esas máscaras. Pongo mi vida en sus manos-Dany le sonrió. –Te preocupas demasiado, ser. Te tendré a mi lado, ¿qué más protección necesito?

–Soy un hombre viejo, su alteza.

–Belwas el fuerte estará también conmigo.

–Como ordenes– Ser Barristan bajó la voz. –Su alteza. Hemos liberado a la mujer Meris, como ordenaste. Antes de irse, pidió hablar con vos. Me reuní con ella en vuestro lugar. Ella afirma que el Príncipe Andrajoso intentaba atraer a vuestra causa al la *Azote del Viento* desde el principio. Que él la envió aquí para tratar con vos en secreto, pero los dornienses les desenmascararon y traicionaron antes de que pudiera hacer su propia propuesta.

–Traición sobre traición– pensó la reina con cansancio. ¿No finalizará? –¿Cuánto de esto se crees, ser?

–Poco y menos, alteza, pero esas fueron sus palabras.

–¿Se unirán a nosotros, si es necesario?

–Ella dice que lo harán. Pero por un precio.

–Págalo– Meeren necesita hierro, no oro. –El Príncipe Andrajoso quiere algo más que monedas, alteza. Meris dice que quiere Pentos.

–¿Pentos?– Entornó los ojos. –¿Cómo puedo darle Pentos? Está al otro lado del mundo.

–La mujer Meris sugirió que estaría dispuesto a esperar. Hasta que marchásemos a Poniente.

«¿Y si no voy a Poniente?» –Pentos pertenece a los Pentosi. Y el Magister Illyrio está en Pentos. El que arregló mi matrimonio con Khal Drogo, y me dio mis huevos de dragón. Quien me ha enviado a ti, y a Belwas y a Groleo. Le debo mucho y más. No voy a pagar esa deuda, dando su ciudad algunos mercenarios. No.

Ser Barristan inclinó la cabeza. –Su alteza es sabia.

–¿Has visto alguna vez un día más propicio, mi amor?– Comentó Hizdahr zo Loraq cuando se reunió con él. Ayudó a Dany a subir en el palanquín, donde se encontraban dos altos tronos una al lado del otro.

–Propicio para vos, tal vez. Menos para los que deben morir antes de que el sol se ponga.

–Todos los hombres deben morir– dijo Hizdahr –pero no todos pueden morir en la gloria, con los aplausos de la ciudad en sus oídos. –Levantó una mano a los soldados en las puertas. –Abrid.

La plaza que daba a su pirámide estaba pavimentada con ladrillos de diversos colores, y el calor se levantó hacia ellos en ondas brillantes. La gente pululaba por todas partes. Algunos montaban en literas o sillas de mano, algunos en palanquines, muchos iban a pie. Nueve de cada diez se movían hacia el oeste, por la amplia carretera de ladrillo hacia el Pozo de Daznak. Cuando vieron a la litera emerger de la pirámide, un grito de júbilo se elevó desde los más cercanos y se extendió por la plaza. –Qué raro– pensó la reina. Me ovacionan en la misma plaza donde una vez empalé ciento sesenta y tres Grandes Amos.

Un gran tambor dirigió a la comitiva real para despejar su camino por las calles. Entre cada latido, un heraldo afeitado con una camisa de discos de cobre pulido apartaba gritando a la multitud. Bom. –¡Ya vienen!– Bom. –¡Abrid paso!– Bom. –¡La reina!– Bom. –¡El rey!– Bom. Detrás del tambor marchaban cuatro bestias de bronce enfrentadas. Algunos portaban garrotes, otros bastones, todos llevaban faldas de malla, sandalias de cuero, y capas de retazos cosidos de los muchos colores las plazas que hacen repetían los muchos colores de los ladrillos de Meeren. Sus máscaras brillaba bajo el sol: jabalíes y toros, halcones y garzas, leones, tigres y osos, serpientes de lenguas bifurcadas y horribles basiliscos.

Belwas el fuerte, a quien no le gustaban los caballos, iba delante de ellos con su chaleco tachonado, sus cicatrices marrones en el vientre balanceándose a cada paso. Irri y Jhiqui les seguían cabalgando, con Aggo y Rakharo y después Reznak en una silla de manos, adornada con un toldo para proteger su cabeza del sol. Ser Barristan Selmy cabalgó al lado de Dany con su armadura resplandeciendo al sol. Una larga capa caía desde sus hombros, descolorida y de color blanco como el hueso. En su brazo izquierdo portaba un escudo blanco de gran tamaño. Un poco más atrás se encontraba Quentyn Martell, el príncipe dorniense, con sus dos compañeros.

La columna se deslizó lentamente por la larga calle enladrillada. Bom. –¡Ya vienen!– Bom. –Nuestra reina. Nuestro rey.– Bom. –Abrid paso.

Dany podía oír sus doncellas debatiendo tras ella, discutiendo quien iba a ganar el combate final del día Jhiqui apoyaba a la gigante Goghor, que se parecía más a un toro que a un hombre, incluso llevaba un anillo de bronce en la nariz. Irri insistía en que el mayal de Belaquo Rompehuesos derrotaría al gigante. Mis sirvientas son Dothraki, se dijo. La muerte cabalga con todos los khalasar. El día que se casó con Khal Drogo, los arakhs habían brillado en su fiesta de bodas, y los hombres habían muerto, mientras que otros bebieron y copularon. Vida y muerte van de la mano entre los señores de los caballos, y pensaban que el derramamiento de la sangre bendecía un matrimonio. Su nuevo matrimonio pronto se bañaría con sangre. ¿Cuan bendito sería?

Bom, Bom, Bom, Bom, Bom, Bom, retumbaron los tambores, más rápido que antes, repentinamente enojados e impacientes. Ser Barristan sacó su espada cuando la columna paró abruptamente entre la pirámide de color rosa y blanco de Pahl y la verde y negro de Naqqan.

Dany se volvió. –¿Por qué hemos parado?

Hizdahr se incorporó. –El camino está bloqueado.

Un palanquín estaba volcado atravesado en su camino. Uno de sus portadores se había derrumbado sobre los ladrillos, vencido por el calor. –Ayudad a ese hombre– ordenó Dany. –Apartadle de la calle antes de que le pisen y dadle alimento y agua. Parece como si no hubiera comido en un par de semanas.

Ser Barristan miró con inquietud a izquierda y derecha. Se veías caras Ghiscarias en las terrazas, mirando hacia abajo con los ojos fríos y antipáticos. –Su alteza, no me gusta esta parada. Esto puede ser alguna trampa. Los Hijos de la Arpía

–Se han domesticado– declaró Hizdahr zo Loraq. –¿Por qué querrán dañar a mi reina, cuando ella me ha tomado como su rey y consorte? Ahora ayudad al hombre, como mi dulce reina ha ordenado– Tomó Dany de la mano y sonrió.

Las bestias de Bronce hicieron lo que se les mandó. Dany los observaba su trabajo. –Los portadores eran esclavos antes de mi llegada. Los hice libres. Sin embargo, eso no hace más ligero palanquín.

–Es cierto– dijo Hizdahr– pero ahora se les paga a los hombres para soportar su peso. Antes de tu llegada, el hombre que se cayó tendría un supervisor de pie sobre él, pelándole la piel de la espalda con un látigo. En su lugar, se le está ayudando.

Era cierto. Una bestia de bronce con una máscara de jabalí había ofrecido al portador del palanquín un odre de agua. –Supongo que debo estar agradecida por las pequeñas victorias– dijo la reina.

–Un paso, luego el siguiente, y pronto vamos a estar corriendo. Juntos vamos a hacer una nueva Meeren– La calle se había despejado finalmente por delante. –¿Proseguimos?

¿Qué podía hacer sino asentir? Un paso, luego el siguiente, pero ¿hacia donde voy?

A las puertas del pozo de Daznak dos esculturas de guerreros de bronce grandes como torres simulaban un combate mortal. Una empuñaba una espada, y la otra un hacha, el escultor los había representado matándose el uno al otro, sus hojas y cuerpos formando un arco sobre sus cabezas.

Un arte mortal, pensó Dany.

Había visto las pozos de lucha muchas veces desde su terraza. Los más pequeños puntos en la superficie de Meeren como marcas de viruela, las más grandes llagas llorosas, rojas y crudas. Sin embargo ninguno se podía comparar con éste. Belwas el fuerte y Ser Barristan se colocaron a ambos lados de ella y su señor esposo pasaron por debajo de los bronces, para emerger en la parte superior de un gran recinto anular de ladrillo que descendía en diferentes niveles de gradas, cada una de un color diferente.

Hizdahr zo Loraq la hizo descender a través de negros, morados, azules, verdes, amarillos, blancos y naranjas hasta el rojo, donde los ladrillos escarlata tomaban el color

de la arena de debajo. Alrededor de ellos vendedores ambulantes ofrecían salchichas de perro, cebollas asadas, y los cachorros nonatos ensartados, pero Dany no necesitaba nada de eso. Hizdahr había surtido su palco con frascos de vino frío y agua dulce, con higos, dátiles, melones y granadas, con nueces y pimientos y un gran plato de langosta con miel. Belwas el fuerte gritó, –langostas– en cuanto agarró el cuenco comenzó a crujirlas a puñados.

–Estas son muy sabrosas– aconsejó Hizdahr. –Deberías probar alguna por ti misma, mi amor. Las rebozan con especias antes de la miel, así son dulces y picantes a la vez.

–Eso explica la forma en Belwas está sudando– dijo Dany. –Creo que me contentaré con higos y dátiles.

Al otro lado del foso las Gracias se sentaron con túnicas de muchos colores, agrupadas en torno a la figura austera de Galazza Galare, que era la única que llevaba verde. Los grandes amos de Meeren ocupaban los bancos rojos y naranjas. Las mujeres llevaban velo y los hombres se habían cepillado y peinado su pelo con formas de cuernos y manos y lanzas. Los parientes de Hizdahr de la antigua línea de Loraq parecían preferir Tokars de colores púrpura, índigo y lila, mientras que los de Pahl eran de rayas de color rosa y blanco. Los enviados de Yunkai iban todos de amarillo y llenaron su palco al lado del rey, cada uno de ellos con sus esclavos y siervos. Meerenses de nacimiento más bajo llenaban las zonas altas, más alejadas de la carnicería. Los bancos de negro y morado, los más alto y lejanos de la arena, se llenaron con libertos y otras gentes comunes. Los mercenarios habían sido colocados allí, observó Daenerys, con sus capitanes sentados a la derecha entre los soldados comunes. Observó la cara curtida de Ben el moreno y las barbas y largas trenzas rojas como el fuego de Barba de Sangre.

Su esposo señor se levantó y alzó las manos. –¡Grandes Amos! Mi reina ha venido este día de hoy a mostrar su amor por vosotros, su pueblo. Por su gracia y con su permiso, os doy ahora su arte mortal. ¡Meeren! ¡Dejad a la reina Daenerys escuchar vuestro amor!

Diez mil gargantas rugieron sus gracias, y luego veinte mil, y luego todos. No la llamaron por su nombre, que pocos de ellos podían pronunciar. –¡Madre!– gritaron en lugar, en la antigua lengua muerta de Ghis, la palabra fue ¡Mhysa! Patearon el suelo y se golpeó el vientre y gritaron: –Mhysa, Mhysa, Mhysa– hasta el pozo entero parecía temblar. Dany dejó que el limpiara su interior. Yo no soy su madre, podría haber gritado, la espalda, yo soy la madre de vuestros esclavos, de cada niño que alguna vez mueran estas arenas, mientras que las langostas se atiborran de miel. Detrás de ella, se inclinó para Reznak le susurrara al oído –Magnificencia, ¡escucha cómo te aman!

No, ella lo sabía, aman su arte mortal. Cuando los aplausos comenzaron a bajar, ella se permitió sentarse. Su palco estaba en la sombra, pero su cabeza palpitaba con fuerza. –Jhiqui– gritó –agua dulce, si puedes. Mi garganta está muy seca.

–Khrazz tendrá el honor de la primera muerte del día– le dijo Hizdahr. –Nunca ha habido un luchador mejor.

–Belwas el fuerte era mejor– insistió Belwas el fuerte.

Khrazz era Meerense, de humilde nacimiento, un hombre alto con un cepillo duro de pelo rojo y negro corriendo por el centro de la cabeza. Su enemigo era un lancero de piel de ébano de las islas del verano, cuyos empujes Khrazz mantuvo a raya durante un tiempo, pero una vez que se deslizó dentro de la lanza con la corta de sólo hubo una carnicería. Cuando ésta estuvo hecha, Khrazz cortó el corazón del hombre negro, lo levantó por encima de su cabeza rojo y goteante, y dio un mordisco al mismo.

–Khrazz cree que el corazón de los valientes hombres lo hacen más fuerte– dijo Hizdahr. Jhiqui murmuró su aprobación. Dany había comido una vez que el corazón de un semental para dar fuerza a su hijo por nacer... pero eso no había salvado a Rhaego cuando la maegi lo asesinó en su vientre. Tres traiciones conocerás. Ella fue la primera, Jorah fue el segundo, Ben Plumm el moreno el tercero. ¿Había terminado con los traidores?

–Ah– dijo Hizdahr, complacido. –Ahora viene el gato manchado. Observa cómo se mueve, mi reina. Es poesía sobre dos pies.

El enemigo que Hizdahr había encontrado el poema andante era tan alto como Goghor y tan amplio como Belwas, pero lento. Luchaban a seis pies del palco de Dany cuando el gato le cercenó los tendones. Cuando el hombre quedó de rodillas, el gato le puso un pie en la espalda y una mano alrededor de la cabeza y le abrió la garganta de oreja a oreja. Las arenas rojas bebieron su sangre, el viento sus últimas palabras. La multitud gritó su aprobación.

–Luchar mal, morir bien– dijo Belwas el fuerte. –Belwas el fuerte odia cuando gritan– Había terminado todas las langostas con miel. Eructó y tomó un trago de vino.

Qarthienses pálidos, negros de las islas del verano, Dothraki de piel cobriza, Tyroshis con barba azul, los hombres de cordero, Jogos Nhai, hoscos Braavosi, medio hombres de piel manchada de las selvas de Sothoros– de los extremos del mundo vienen a morir al pozo de Daznak. –Esto muestra una gran promesa, cariño– dijo Hizdahr de un joven Lyseno con cabello largo y rubio que ondeaba en el viento ... pero su enemigo agarró un puñado de ese pelo, empujó al chico desequilibrándolo, y le destripó. En la muerte parecía incluso más joven que cuando tenía con la cuchillo en la mano. –Un niño– dijo Dany. –Era sólo un niño.

–Seis y diez– insistió Hizdahr. –Un hombre adulto, que eligió libremente a arriesgar su vida por el oro y la gloria. Ningún niño morirá hoy en el pozo de Daznak, como mi reina gentil en su sabiduría ha decretado.

Otra pequeña victoria. Tal vez yo no puedo dar a mi gente una vida buena, se dijo, pero por lo menos tratar de hacerla un poco menos mala. Daenerys habría prohibido las luchas entre mujeres también, pero Bársena Blackhair protestó diciendo que tenía tanto derecho a arriesgar su vida como cualquier hombre. La reina había querido también prohibir los disparates, los combates cómicos donde tullidos, enanos y viejas unos contra otros con cuchillos, antorchas y martillos (Cuanto más inepto eran los combatientes, más divertida era el disparates, se pensaba), pero Hizdahr dijo que su pueblo la querría más si ella se reía con ellos, y argumentó que sin tales disparates, los lisiados, los enanos, y las viejas brujas se morirían de hambre. Así que Dany había cedido.

Había existido la costumbre de condenar a los delincuentes pozos, práctica que estaba de acuerdo se podría reanudar, pero sólo para ciertos delitos. –Asesinos y violadores pueden ser obligados a luchar, y todos aquellos que siguieran esclavizando, pero no los ladrones o los deudores.

Las bestias les siguieron, sin embargo. Dany vio un elefante que fue un trabajo corto para una manada de seis lobos rojos. A continuación se presenció a un toro contra un oso en una sangrienta batalla que dejó a ambos animales desgarrados y la moribundos. –La carne no se pierde– dijo Hizdahr. –Los carniceros utilizan los cadáveres para hacer un guiso saludable para los hambrientos. Cualquier hombre que se presenta a las Puertas del Destino puede tener un cuenco.

–Una buena ley– dijo Dany. Tenéis tan pocas de ellas. –Debemos asegurarnos de que esta tradición continúa.

Después de las luchas de bestias se produjo un simulacro de batalla, enfrentando a seis infantes en contra seis jinetes, los primeros armados con escudos y espadas largas, los últimos con arakhs Dothraki. Los supuestos caballeros estaban vestidos con cotas de malla, mientras que los supuestos Dothraki no llevaban armadura. Al principio, jinetes parecían tener ventaja, arrollando con los caballos a dos de sus enemigos y seccionando el oído de un tercero, pero luego los caballeros sobrevivientes comenzaron a atacar a los caballos, y uno a uno los jinetes fueron derribados y muertos, para gran disgusto de Jhiqui. –Eso no fue khalasar de verdad– dijo.

–Estos cadáveres no están destinados para su guiso saludable, espero– dijo Dany, mientras los muertos eran retirados.

–Los caballos, sí– dijo Hizdahr. –Los hombres, no.

–La carne de caballo y la cebolla te hacen fuerte– dijo Belwas.

La batalla fue seguida por el primer disparate del día, una contienda entre una pareja de enanos justadores, presentado por uno de los señores Yunkios que Hizdahr había invitado a los juegos. Uno montaba un perro, el otro una cerda. Su armadura de madera había sido recién pintada, por lo que uno llevaba el ciervo del usurpador Robert Baratheon, el otro, el León de Oro de la Casa Lannister. Era por causa de ella, claramente. Sus payasadas pronto hicieran que Belwas riera descontroladamente, aunque sonrisa de Dany era débil y forzada. Cuando el enano de rojo se cayó de la silla y comenzó a perseguir a su cerda a través de la arena, mientras que el enano sobre el perro galopaba tras él, azotándole en sus nalgas con una espada de madera, dijo. Esto es dulce y tonto, pero....

–Ten paciencia, cariño– dijo Hizdahr. –Están a punto de aparecer los leones.

Daenerys le dirigió una mirada interrogativa. –¿Los leones?

–Tres de ellos. Los enanos no se lo esperan.

Ella frunció el ceño. –Los enanos tienen las espadas de madera. Armadura de madera. ¿Cómo espera que luchen contra leones?

–Malamente-, dijo Hizdahr– aunque tal vez nos sorprendan. Más como ellos gritarán y huirán y tratarán de salir del pozo. Eso es lo que lo convierte en un disparate.

Dany no estaba contenta. –Yo lo prohibí.

–Gentil reina. No querrás decepcionar a tu pueblo

–Me juraste que los combatientes serían hombres adultos que habían consentido libremente a arriesgar sus vidas por el oro y el honor. Estos enanos no consintieron luchar contra leones con espadas de madera. Detenedlo. Ahora.

La boca del rey se apretó. Por un instante Dany pensó haber visto un destello de ira en aquellos plácidos ojos. –Como ordenes– Hizdahr hizo señas a su maestro del pozo. –No hay leones– dijo cuando el hombre se acercó trotando, látigo en mano.

–¿Ninguno, magnificencia? ¿Dónde está la gracia?

–Mi reina ha hablado. Los enanos no serán dañados.

–A la gente no le va a gustar.

–Entonces dadles a Bársena. Eso debería tranquilizarlos.

–Su Señoría sabe que es lo mejor– El maestro del pozo hizo restallar su látigo y gritó las órdenes. Los enanos fueron conducidos fuera, cerdo y perro y todo, mientras los espectadores silbaron su desaprobación y arrojaron piedras y fruta podrida.

Un rugido subió cuando Bársena Blackhair hizo su aparición en la arena, desnuda excepto por un taparrabos y unas sandalias. Una mujer alta, morena de unos treinta años, que se movía con la gracia de una pantera salvaje.

–Bársena es muy querida– dijo Hizdahr, mientras el sonido crecía hasta llenar el pozo. –Es la mujer más valiente que he visto.

Belwas el fuerte contesto –Luchar contra las niñas no es tan valiente. Luchar contra Belwas el fuerte es ser valiente.

–En el día de hoy luchará contra un jabalí– dijo Hizdahr.

Sí, pensó Dany, porque no podía encontrar a una mujer que le plantara cara, no importa lo gorda que fuera la bolsa. –Y no con una espada de madera, por lo que parece.

El jabalí era una bestia enorme, con colmillos tan largos como el antebrazo de un hombre y ojos pequeños inundados de rabia. Se preguntó si el jabalí que había matado a Robert Baratheon había parecido tan feroz. Una criatura terrible y una muerte terrible. Por un instante casi sintió lástima por el usurpador.

–Bársena es muy rápida– dijo Reznak. –Ella va a bailar con el jabalí, magnificencia, y lo rebanara cuando pasa cerca de ella. Estará bañada en sangre antes de que caiga, verás.

Empezó como le había dicho. El jabalí cargó, Bársena giró a un lado, su espada brilló de plata al sol –Necesita una lanza– dijo Ser Barristan, mientras Bársena saltaba por encima de la segunda carga de la bestia. –Esa no es manera de luchar contra un jabalí– Sonaba como un viejo abuelo molesto con alguien, tal como Daario siempre decía.

La hoja de Bársena se fue tornando roja, pero el jabalí se detuvo muy pronto. Es más inteligente que un toro, se dio cuenta Dany. No volverá a cargar. Bársena llegó a la misma conclusión. Gritando, que se acercó lentamente al jabalí, tirando su cuchillo de mano en mano. Cuando el animal se alejó, ella maldijo y cortó su hocico, tratando de provocar... lo que consiguió. Esta vez su salto se produjo un instante demasiado tarde, y un colmillo arrancó la pierna izquierda abierta desde la rodilla hasta la entrepierna.

Un gemido se elevó de treinta mil gargantas. Agarrándose a la pierna rota, Bársena dejó caer su cuchillo y trató de escapar cojeando, pero antes de que ella se hubiera alejado dos pasos el jabalí atacó una vez más. Dany volvió la cara. –¿Eso fue lo suficientemente valiente?– Preguntó a Belwas el fuerte, cuando un grito resonó por la arena.

–Luchar contra los cerdos es valiente, pero no es valiente gritar tan fuerte. Hace doler los oídos de Belwas el fuerte. –El eunuco se frotó el estómago hinchado, atravesado por viejas cicatrices blancas. –También hace doler el vientre de Belwas el fuerte.

El jabalí hundió su hocico en el vientre de Bársena y comenzó a extraer sus entrañas. El olor era más que la reina podía soportar. El calor, las moscas, los gritos de la multitud... no puedo respirar. Levantó su velo y dejo que se alejara revoloteando Tiró también su tokar. Las perlas sacudieron suavemente una contra otra mientras se desenrollaba la seda.

–¿Khaleesi?– Preguntó Irri –¿Qué estás haciendo?

–Quitarme las orejas. –Una docena de hombres con lanzas llegaron trotando a la arena para alejar al jabalí del cadáver y de devolverlo a su corral. El maestro del pozo estaba con ellos, con un largo látigo de púas en la mano. Cuando lo estrelló contra el jabalí, la reina se levantó. –Ser Barristan, ¿podría llevarme a salvo de regreso a mi jardín?

Hizdahr parecía confundido. –Va a haber más Un disparate, seis mujeres mayores, y tres combates más. Belaquo y Goghor!

–Belaquo va a ganar– declaró el Irri. –Lo sabe todo el mundo.

–No lo sabe todo el mundo– dijo Jhiqui. –Belaquo va a morir.

–Uno va a morir, o el otro– dijo Dany. –Y el que viva morirá otro día. Esto fue un error.

–Belwas el Fuertes ha comido demasiadas langostas– Había una mirada mareada de amplio rostro moreno de Belwas.-Belwas el fuertes necesita leche.

Hizdahr ignoró el eunuco. –Magnificencia, la gente de Meeren han venido a celebrar nuestra unión. Oíste como te aclamaban. No pierdas su amor.

–Aclamaban mis orejas, no a mí. Sácame de este matadero, marido. –Podía escuchar el gruñido del jabalí, los gritos de los lanceros, el chasquido del látigo del maestro del pozo.

–Dulce Dama, no. Quédate sólo un rato más. Por el disparate, y el último combate. Cierra los ojos, no los veas. Ellos observarán a Belaquo y Ghogor. Este no es momento para la

Una sombra se agitó en su rostro.

El tumulto y los gritos murieron. Diez mil voces callaron. Todos los ojos se volvieron hacia el cielo. Un cálido viento rozó las mejillas de Dany, y por encima de los latidos de su corazón, escuchó el sonido de las alas. Dos lanceros corrieron a refugiarse. El maestro del pozo se congeló donde se encontraba. El jabalí fue resoplando de nuevo hacia Bársena. Belwas el fuerte dio un gemido, tropezó de su asiento y cayó de rodillas.

Por encima de ellos todo el dragón se volvió oscuro contra el sol. Sus escamas eran negras, los ojos y los cuernos y las placas de la columna vertebral rojo sangre. Siempre el mayor de sus tres, en libertad Drogon había crecido aún más largo. Sus alas se extendían unos veinte pies de punta a punta, negras como el azabache. Las batió una vez que barriéndolas por encima de la arena, y el sonido era como un trueno. El jabalí levantó la cabeza, resoplando... Y las llamas lo envolvieron, fuego negro inyectado con rojo. Dany sintió la ola de calor a treinta pies de distancia. El grito agonizante de la bestia sonaba casi humano. Drogon aterrizó en cuerpo y se hundió sus garras en la carne humeante. Cuando empezó a comer, no hizo ninguna distinción entre Bársena y el jabalí.

–Oh, dioses– se quejó Reznak, –¡Se la está comiendo!– El senescal se tapó la boca. Belwas el fuerte vomitó ruidosamente. Una mirada extraña paso a través de la larga y pálida cara de Hizdahr zo Loraq parte miedo, parte lujuria, parte éxtasis. Se lamió los labios. Dany podía ver a los Pahls huyendo en masa por las escaleras, agarrando sus Tokars y tropezando con los flecos en su prisa huir. Otros les siguieron. Algunos corrieron, empujando a otros. Más se quedaron en sus asientos.

Un hombre se hizo el héroe.

Fue uno de los lanceros enviado a meter al jabalí en el corral. Tal vez estaba borracho, o loco. Tal vez había querido Bársena Pelonegro en la distancia o había oído algún rumor de la niña Hazzea. Tal vez era sólo un hombre común que quería que los bardos cantaran sobre él. Se lanzó adelante, con su lanza jabalí en las manos. Arena roja saltaba bajo sus talones, y los gritos resonaban desde los asientos. Drogon levantó la cabeza, la sangre que gotea de sus dientes. El héroe saltó sobre la espalda y lanzó la punta de hierro de la lanza hacia la base del escamoso y largo cuello del dragón.

Dany y Drogon gritaron al unísono.

El héroe se apoyó sobre su lanza, usando su peso para insertar la punta más profundamente. Drogon se arqueó hacia arriba con un silbido de dolor. Y su cola azotó hacia los lados. Ella observó su cabeza estirarse hasta extremo de su largo cuello de serpiente, vi sus alas negras desplegarse. El cazadragones perdió el equilibrio y cayó a

la arena. Estaba intentando ponerse otra vez de pie, cuando los dientes del dragón se cerraron alrededor de su antebrazo. –No– fue todo lo que el hombre tuvo tiempo de gritar. Drogon arrancó el brazo desde el hombro y lo arrojó a un lado como un perro puede tirar un roedor en un pozo de ratas.

–Matadlo– gritó Hizdahr zo Loraq a los otros lanceros. –¡Matad a la bestia!

Ser Barristan la abrazó con fuerza. –Mira hacia otro lado, Alteza.

–¡Déjame ir!– Dany se escurrió de su presa. El mundo parecía ralentizarse al saltar el parapeto. Cuando aterrizó en el pozo perdió una sandalia. Corrió, podía sentir la arena entre los dedos de los pies, cálida y áspera. Ser Barristan estaba llamándola tras ella. Belwas el fuerte aún estaba vomitando. Corrió más rápido.

Los lanceros corrían también. Algunos se precipitaron hacia el dragón, lanzas en mano. Otros se alejaban, arrojando sus armas mientras huían. El héroe era sacudido en la arena, la sangre brillante brotaba del muñón de su hombro. Su lanza se mantenía en la espalda de Drogon, bamboleándose la par del batir de sus alas. El humo ascendía desde la herida. Cuando los otros lanceros se acercaron, el dragón escupió fuego, bañando a dos hombres en llamas negras. Su cola azotó hacia los lados y alcanzó al maestro del pozo que se acercaba arrastrándose detrás de él, partiéndolo en dos. Otro atacante le atacó a los ojos hasta que el dragón lo atrapó en sus fauces y le destripó. Los Meerenses estaban gritando, maldiciendo y aullando. Dany podía oír a alguien martilleando tras ella. –Drogon– gritó. –Drogon.

Su cabeza se giró. El humo se elevaba entre los dientes. Su sangre también humeaba, donde goteaba en el suelo. Batió sus alas otra vez, enviándola una asfixiante tormenta de arena roja. Dany tropezo en la caliente nube roja, tosiendo. Reaccionó.

–No– fue todo lo que tuvo tiempo decidir. –No, a mi no, ¿no me conoces?– Los dientes de negro se cerraron a centímetros de su cara. Quería arrancarme la cabeza. Tenía los ojos llenos de arena. Tropezó con el cadáver del maestro del pozo y cayó de espaldas.

Drogon rugió. El sonido llenó el pozo. Un viento ardiente la envolvió. El dragón estiró su largo cuello hacia ella. Cuando abrió la boca, pudo ver trozos de huesos rotos y carne quemada carne entre sus dientes negros. Sus ojos se fundieron. Estoy mirando al infierno, pero no me atrevo a mirar más allá. Ella nunca había estado tan segura de nada. Si huyo de él, me quemara y me devorara. En Poniente los septones hablaban los de siete infiernos y los cielos siete, pero los siete reinos y sus dioses estaban muy lejos. Si muero aquí, Dany se preguntó, ¿podrá el dios de los caballos Dothraki separarse de la hierba y llevarme a su khalasar estrellado, con lo que podría viajar por las tierras de la noche al lado el sol y estrellas? ¿O los dioses enojados de Ghis enviarán a sus arpías para apoderarse de mi alma y la arrastrarme hacia abajo para atormentarme? Drogon gritó de lleno sobre su rostro, su aliento estaba lo suficientemente caliente para levantarle ampollas. Lejos a su derecha Dan oyó a Barristan Selmy gritando, -¡Yo! Ven a por mí. Por aquí. A mí

En los rojos pozos humeantes de los ojos de Drogon, Dany vio su propio reflejo. Lo pequeña que parecía, lo débil y frágil y asustada. No puedo dejar que vea mi miedo. Escarbó en la arena, empujando contra el cadáver del maestro del pozo, y sus dedos

rozaron el mango de su látigo. Tocarlo la hacía sentir más valiente. El cuero estaba caliente, vivo. Drogon rugió de nuevo, el sonido fue tan fuerte que casi dejó caer el látigo. Sus dientes la mordieron.

Dany le golpeó. –No– gritó ella, blandiendo el látigo con todas sus fuerzas. El dragón alzó la cabeza hacia atrás. –No– gritó de nuevo. –¡NO!– Las colas se enrollaron a lo largo de su hocico. Drogón se levantó, sus alas la cubrieron con una sombra. Dany balanceó el látigo en su escamoso vientre, atrás y alante hasta que su brazo comenzó a dolerle. Su cuello serpentiforme se doblo como un arco de arquero. Con un hisssssss, escupió fuego negro hacia ella. Dany corrió por debajo de las llamas, balanceando el látigo y gritando: –¡No, no, no! ¡Al suelo!– Su rugido de respuesta estaba lleno de miedo y de furia, lleno de dolor. Sus alas golpearon una vez, dos veces…

... y se doblaron. El dragón lanzó un último silbido y se estiró sobre su vientre plano. Sangre negra fluía de la herida donde la lanza le había atravesado, el humeando donde caía sobre las arenas quemadas. Es fuego hecho carne, pensó, y yo también Daenerys Targaryen saltó sobre la espalda del dragón, agarró la lanza, y la arrancó. La punta estaba medio fundida, el hierro al rojo vivo, brillante. La tiró a un lado. Drogon se retorció bajo ella, sus músculos se ondulaban mientras reunían fuerzas. El aire estaba lleno de arena. Dany no podía ver, no podía respirar, no podía pensar. Las alas negras crujieron como un trueno, y de repente las arenas escarlata fueron cayendo por debajo de ella.

Mareada, Dany cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, vislumbró Meerenses debajo de ella a través de una bruma de lágrimas y de polvo, desparramándose por las escaleras y saliendo a las calles.

El látigo estaba aún en la mano. Se tiró contra el cuello de Drogon y gritó: –¡Más alto! –Su otra mano se aferró a sus escamas, sus dedos escarbando para asegurarse. Las anchas alas negras de Drogon batían el aire. Dany podía sentir su calor entre sus muslos. Su corazón se sentía como si estuviera a punto de estallar. –Sí– , pensó, –sí, ahora, ahora, hazlo, hazlo, llévame, llévame, ¡Vuela!

53. JON

No era un hombre alto, Tormund matagigantes, pero los dioses le habían dado un amplio pecho y un enorme vientre. Mance Rayder lo había nombrado Tormund Soplador del Cuerno por el poder de sus pulmones, y solía decir que Tormund podría hacer reír a la nieve de las montañas. En su enojo, sus gritos le recordaron a Jon los bramidos de un mamut.

Ese día Tormund gritó a menudo y en voz alta. Rugió, gritó, dio un puñetazo contra la mesa con tanta fuerza que una jarra de agua volcó y se derramó. Un cuerno de hidromiel nunca estaba lejos de su mano, por lo que la saliva que rociaba cuando hacia las amenazas era dulce con miel. Llamó a Jon Nieve cobarde, mentiroso y cambiacapas, lo maldijo por ser un puto arrodillado de corazón negro, ladrón, y cuervo carroñero, lo acusó de querer follarse a la gente libre por el culo. Dos veces lanzó su cuerno para beber a la cabeza de Jon, aunque sólo después de haberlo vaciado. Tormund no era la clase de hombre que desperdiciaría un buen aguamiel. Jon dejo que todo le resbalara. Nunca alzó la voz ni respondió una amenaza con otra amenaza, pero tampoco cedió más terreno del que había venido dispuesto a ceder.

Finalmente, a medida que las sombras de la tarde crecían largas fuera de la tienda, Tormund matagigantes, el Gran Hablador, Soplador del Cuerno y Rompedor del Hielo, Tormund Puño de Trueno, Marido de Osas, Rey del Aguamiel en el Salón Rojo, Portavoz ante los Dioses y Padre de Ejércitos, tendió la mano. –Hecho entonces, y que los dioses me perdonen. Hay un centenar de madres que nunca lo harán, lo sé.

Jon estrechó la mano tendida. Las palabras de su juramento sonaban en su cabeza. «Soy la espada en la oscuridad. Soy el vigilante del muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que protege los reinos de los hombres. Y por él una nueva frase: Soy el vigilante que abrió las puertas y dejo que el enemigo marchara a través de él». Hubiera dado mucho más para saber que estaba haciendo lo correcto. Pero había ido demasiado lejos para dar marcha atrás. –Hecho y hecho–, dijo.

El apretón de Tormund era aplastante. Todo eso no había cambiado en él. La barba era la misma y, aunque la cara en esa espesura de pelo blanco se había reducido considerablemente, y había líneas profundas grabadas en aquellas mejillas rojas. –Mance Debería haberte matado cuando tuvo la oportunidad–, dijo mientras hacía todo lo posible para convertir la mano de Jon en pulpa y hueso. –Oro para papilla y muchachos... un precio cruel. ¿Qué pasó con aquel muchacho dulce que conocí?

«Lo hicieron lord comandante». –Un trato justo deja infeliz a ambas partes, he oído decir. ¿Tres días?

–Si es que vivo tanto. Algunos de los míos me escupirán cuando escuchen estos términos–. Tormund soltó la mano de Jon. –tus cuervos se quejaran también, los conozco. ¡Si lo sabré yo! He matado a más de tus putos cuervos de los que puedo contar.

–Podría ser mejor que no lo mencionaras tan fuerte cuando llegues al sur del Muro.

–Har!– rió Tormund. Eso tampoco había cambiado, todavía se reía con facilidad y con frecuencia. –Sabias palabras. No quisiera que tus cuervos me picotearan hasta la muerte. – Palmeó la espalda de Jon. –Cuando toda mi gente este a salvo detrás del Muro, compartiremos un poco de carne y de aguamiel. Hasta entonces... –El salvaje se quitó el brazalete de su brazo izquierdo y la arrojó a Jon, y luego hizo lo mismo con su igual en el derecho. –Su primer pago. Las obtuve de mi padre y él del suyo. Ahora son tuyos, cuervo ladrón bastardo.

Los brazaletes eran de oro antiguo, sólido y pesado, grabado con runas antiguas de los primeros hombres. Tormund matagigantes ya las usaba cuando Jon lo había conocido, tanto que parecía ser una parte de él como su barba. –El Braavosi las derretiría por el oro. Eso sería una lástima. Tal vez deberías mantenerlas.

–No. No los voy a tener dirán que Tormund puño de trueno hizo que la gente libre renunciara a sus tesoros, mientras él mantenía los suyos. Hizo una mueca. –Pero voy a mantener el anillo que llevo sobre mi miembro. Mucho más grande que esas pequeñas cosas. En ti sería un torque (NDT: adorno del cuello, consiste en una banda de metal retorcido.).–

Jon se echo a reír. –Nunca cambiarás.

–Oh, lo hago. – La sonrisa se derritió como la nieve en verano. –Ya no soy el hombre que era en el Salón rojo. He Visto demasiada muerte, y cosas peores también. Mis hijos... –La pena retorció la cara de Tormund. –Dormund fue cortado en la batalla por el Muro, y seguía siendo mitad niño. Uno de los caballeros de tu rey lo hizo por él, algún bastardo vestido todo de acero gris con luciérnagas sobre su escudo. Vi el corte, pero mi hijo estaba muerto antes de que lo alcanzara. Y Torwynd... fue el frío quien lo reclamó. Siempre enfermizo, ese. Simplemente murió una noche. Lo peor de todo, antes de que supiéramos que había muerto se levantó pálido con los ojos azules. Tenía que verlo yo mismo. Eso fue difícil, Jon. – Las lágrimas brillaban en sus ojos. –Él no fue un gran hombre, la verdad sea dicha, pero había sido mi niño alguna vez, y yo lo amaba. –

Jon puso una mano sobre su hombro. –Lo siento mucho.

–¿Por qué? tú no lo hiciste. Hay sangre en tus manos, sí, igual que en las mías. Pero no de él. – Tormund negó con la cabeza. –Todavía tengo dos hijos fuertes.

– ¿Tu hija...?

–Munda. – Eso trajo de vuelta una sonrisa a Tormund. –Tomó a Ryk lanza larga como esposo, puedes creerlo. El Muchacho tiene más polla que sentido común, en mi opinión, pero la trata muy bien. Le dije que si la lastima alguna vez, le arrancaría su miembro y lo golpearía con él hasta hacerlo sangrar. – le dio a Jon otra efusiva palmada. –Es tiempo de que volvamos. No te mantendremos por más tiempo, pensaran que te hemos comido.

–al amanecer, entonces. Tres días a partir de ahora. Primero los niños.

–Te he oído las primeras diez veces, cuervo. Uno pensaría que no hay confianza entre nosotros. – Escupió. –Primero los niños, sí. Los mamuts Irán por el camino más largo. Asegúrate de que guardiaoriente los espere. Yo me aseguraré de que no haya peleas, ni prisa en tu puta puerta. Agradable y ordenado vamos a estar, los patitos en fila. Y yo la mamá pata. Har!– Tormund llevó a Jon de su tienda.

Afuera el día era claro y sin nubes. El sol había vuelto al cielo después de una ausencia de quince días, y al sur del muro se elevaba un azul-blanco y brillante. Había un dicho que Jon había oído de los hombres de más edad en el Castillo Negro: *el Muro esta de mejor humor que Aerys el Rey Loco,* decían, o a veces*, el muro tiene mejor estado de ánimo que una mujer*. En los días nublados se veía como una roca blanca. En las noches sin luna era tan negro como el carbón. En las tormentas de nieve parecía tallada de nieve. Pero en días como este, no había duda de que no era otra cosa más que hielo. En días como este el Muro brillaba brillante como un cristal de Septon, cada grieta y hendidura descritas por la luz solar, como arco iris congelado y muerto bailaron detrás de ondulaciones transparentes. En días como este el muro era hermoso.

El hijo mayor de Tormund se situó cerca de los caballos, hablando con pieles. Alto Toregg, llamado así entre la gente libre. A pesar de que apenas tenía una pulgada sobre pieles, que sobresalía a su padre por un pie. Hareth, la robusta Mole era un muchacho de pueblo llamado caballo, acurrucado junto al fuego, de espaldas a los otros dos. Él y pieles eran los únicos que Jon había traído con él a la conversación, alguno más podría haber sido visto como una señal de miedo, y veinte hombres no habrían servido más que los dos si Tormund estuviese empecinado en sangre. Fantasma era la única protección que Jon necesitaba, el huargo podía olfatear enemigos, incluso a los que escondían su enemistad detrás de sonrisas.

Fantasma se había ido. Sin embargo, Jon se quitó un guante negro, metió dos dedos en su boca y silbó.

– ¡Fantasma! A mí.

Desde arriba llegó un sonido repentino de alas. El Cuervo de Mormont se agitó desde la rama de un viejo roble para posarse sobre la silla de montar de Jon. –Maíz–, grazno. –Maíz, maíz, maíz.

– ¿También me has seguido?– Jon alcanzó a espantar al pájaro pero terminó posándose sobre pieles. El cuervo inclinó sus ojos hacia él. –Nieve–, pronunció, balanceando la cabeza a sabiendas. Luego Fantasma surgido de entre dos árboles, con Val a su lado.

«Parece como si fueran juntos». Val estaba vestida toda de blanco, pantalones de lana blanca metidos en las botas altas de cuero negro blanqueado, una capa de piel de oso blanco clavado al hombro con una cara tallada de arciano, una túnica blanca con cierre de hueso. Su respiración era blanca también... pero sus ojos eran azules, su larga trenza de color miel oscuro, las mejillas encendidas de color rojo a causa del frío. Había pasado mucho tiempo desde que Jon Nieve había visto un espectáculo tan hermoso.

–¿Has estado tratando de robar mi lobo?– Le preguntó.

–¿Por qué no? Si cada mujer tuviera un huergo, los hombres serían mucho más dulces. Incluso los cuervos. –

–Har!– se rió Tormund matagigantes. –No intercambies palabras con esta, Lord nieve, es demasiado lista para que le gustemos tú o yo. Mejor róbala rápido, antes de que Toregg despierte y la tome primero.

¿Qué había dicho ese zoquete Axell Florent de Val? –«Una muchacha atractiva, no es difícil de ver. Buenas caderas, buenos pechos, bien hecha para parir hijos». –Todo es cierto, pero la mujer salvaje era mucho más. Lo había demostrado al haber buscado a Tormund donde los exploradores experimentados de la guardia habían fallado. «Ella puede no ser una princesa, pero sería una digna esposa para cualquier señor».

Pero ese puente había sido quemado hace mucho tiempo, y Jon mismo había lanzado la antorcha. –Toregg puede llevársela si quiere–, anunció. –He hecho mis votos.

–A ella no le importara. ¿Quieres, niña?

Val dio unas palmaditas en el cuchillo de hueso largo en su cadera. –lord Cuervo es bienvenido a robar a mi cama cualquier noche si se atreve. Una vez haya sido castrado, mantener esos votos será mucho más fácil para él.

–Har!– resopló Tormund de nuevo. – ¿Has oído eso, Toregg? Mantente alejado de ésta. Ya tengo una hija, no necesito otra–. Sacudiendo su cabeza, el jefe salvaje se metió al interior de su tienda.

Mientras Jon rascó a fantasma detrás de la oreja, Toregg trajo el caballo de Val hacia él. Todavía cabalgaba el jamelgo gris que Mully le había dado el día en que salió del Muro, una cosa peluda, algo atrofiado y ciego de un ojo. Mientras volvía hacia el Muro, le preguntó: – ¿Cómo está el pequeño monstruo?

–Dos veces más grande que cuando nos dejaste, y tres veces más ruidoso. Cuando quiere la teta, se lo oye llorar en Guardaoriente. – Jon se montó en su caballo.

Val cayó a su lado. –Así que... te he traído a Tormund, como he dicho que lo haría. ¿Y ahora qué? ¿Voy a ser devuelta a mi antigua celda?

–Tu antigua celda está ocupada. La reina Selyse ha reclamado la Torre del Rey, para sí misma. ¿Te acuerdas de la Torre de Hardin?

– ¿La que parece a punto de colapsar?

–Es visto de esa manera por cientos de años. Tengo la planta superior lista para ti, mi señora. Tendrás más espacio que en la torre del Rey, aunque puede que no sea lo más cómoda. Nunca nadie la llamó el Palacio de Hardin.

–Elegiría libertad sobre comodidad siempre.

–La libertad del castillo tendrás, pero lamento decir que seguirás siendo cautiva. Puedo prometer que no serás molestada por visitantes no deseados. Sin embargo, mis propios hombres vigilaran la torre de Hardin, no los de la reina, Y Wun Wun dormirá en el vestíbulo de entrada.

–¿Un gigante como protector? Incluso Dalla no podría jactarse de eso.

Los salvajes de Tormund los vieron pasar, mirando desde las tiendas y cobertizos debajo de árboles sin hojas. Por cada hombre en edad de combatir, Jon vio a tres mujeres y varios niños, caras demacradas con las mejillas hundidas y los ojos desorbitados. Cuando Mance Rayder había llevado la gente libre hacia el muro, sus seguidores llevaron grandes rebaños de ovejas, cabras y cerdos con ellos, pero ahora los únicos animales que se veían eran los mamuts. Si no fuese por la ferocidad de los gigantes, esos hubieran sido masacrados también, no lo dudaba. Había un montón de carne en los huesos de un mamut.

Jon vio signos de enfermedad también. Eso lo inquietó más de lo que se podría decir. Si la banda de Tormund estaba desnutrida y enferma, ¿qué pasaba con los miles que habían seguido a la madre topo a Casa Austera? «Cotter Pyke debería alcanzarlos pronto. Si los vientos fueran amables, su flota bien podría estar en camino de regreso a Guardaoriente incluso ahora, con la mayor cantidad de gente libre que pudo meter a bordo».

– ¿Cómo te fue con Tormund?–, Preguntó Val. –Pregúntame dentro de un año. La parte más difícil todavía me espera. La parte donde convenzo a los míos de comer esta comida que cociné para ellos. Me temo que a ninguno les va a gustar el sabor.

–Déjame ayudar.

–Ya los has hecho. Me has traído a Tormund.

–Puedo hacer más.

«¿Por qué no?» pensó Jon. «Todos están convencidos de que es una princesa». Val miró la parte y se fue como si hubiera nacido a caballo. «Una princesa guerrera», decidió, «no una criatura esbelta que se sienta en una torre a cepillarse el pelo y esperando que algún caballero la rescate». –Debo informar a la reina de este acuerdo–, dijo. –Eres bienvenida a venir para conocerla, si te puedes encontrar a ti misma doblando la rodilla. – Nunca ofenderías a Su Gracia incluso antes de abrir la boca.

–¿podría reírme cuando me arrodille?

–No puedes. Esto no es juego. Un río de sangre corre entre nuestros pueblos, viejo y profundo y rojo. Stannis Baratheon es uno de los pocos que favorece a admitir salvajes al reino. Necesito el apoyo de su reina, por lo que he hecho.

La Sonrisa juguetona de Val murió. –Tienes mi palabra, Lord Nieve. Voy a ser una adecuada princesa salvaje para su reina.

«Ella no es mi reina», podría haber dicho. «A decir verdad, el día de su partida no puede llegar más rápido para mí. Y si los dioses son buenos, se llevará a Melisandre con ella».

Cabalgaron el resto del camino en silencio, fantasma trotaba sobre sus talones. El cuervo de Mormont los siguió hasta la puerta, y luego aleteo hacia arriba mientras el resto desmontaba. Caballo fue delante con una antorcha para iluminar el camino a través del túnel de hielo.

Una pequeña multitud de hermanos negro esperaba en la puerta cuando Jon y sus compañeros surgieron al sur del Muro. Ulmer del Bosque Real estaba entre ellos, y fue el antiguo arquero quien se adelantó a hablar por el resto. –Si le place mi señor, los chicos se preguntaban. ¿Será la paz, mi señor? ¿O sangre y hierro?

–Paz–, dijo Jon Nieve. –Tres días desde ahora, Tormund matagigantes llevará a su pueblo a través del Muro. Como amigos, no enemigos. Algunos incluso puedan aumentar nuestras filas, como hermanos. Será por nosotros hacer que sean bienvenidos. Ahora vuelvan a sus funciones. –Jon entregó las riendas de su caballo a satin. –Tengo que ver a la reina Selyse. – Su Gracia lo tomaría como un insulto si no fuera con ella de inmediato. –Después tendré cartas que escribir. Traigan pergaminos, plumas y tinta negra del maestre a mis habitaciones. Luego convoquen a Marsh, Yarwyck, al Septon Cellador, Clydas–. Cellador estaría medio borracho, y Clydas era un pobre sustituto de un maestre real, pero eran lo que tenía. «Hasta que vuelva Sam». –Los hombres del Norte también. Flint y Norrey. Pieles, tu deberías estar allí también.

–Hobb está cocinando tartas de cebolla–, dijo satin. – ¿Debo pedir que todos ellos lo acompañen a la cena?

Jon lo consideró. –No. Pídeles que se unan a mí en la cima del Muro al atardecer. – Se volvió hacia Val. –Mi señora. Conmigo, si quieres.

–El cuervo ordena, el cautivo debe obedecer. – Su tono era juguetón. –Esta reina suya debe ser feroz si las piernas de hombres adultos deben anunciarse por debajo de ellos cuando se reúnen con ella. ¿Debería estar vestida en cotas de malla en lugar de lana y piel? Esta ropa se me dio por Dalla, preferiría no mancharla de sangre por todos lados.

–Si las palabras atrajeran sangre, podrías tener motivos para temer. Creo que sus ropas son lo suficientemente seguras, mi señora.

Hicieron su camino hacia la Torre del Rey, a lo largo de vías recién paleadas entre montículos de nieve sucia. –He oído decir que tu reina tiene una gran barba negra. – Jon sabía que no debía sonreír, pero lo hizo. –Sólo un bigote. Muy tenue. Podrías contar los pelos.

–Qué desilusión.

Por toda la charla sobre querer ser dueña de su asiento, Selyse Baratheon no parecía tener mucha prisa por abandonar las comodidades del Castillo Negro por las sombras del Fuerte de la noche. Ella mantuvo guardias, por supuesto, cuatro hombres apostados en la puerta, dos afuera en los escalones, dos adentro cerca del brasero. Comandándolos estaba Ser Patrek de Montaña del Rey, vestido en su ropa de caballero de blanco y azul y plata, su capa un salpicón de estrellas de cinco puntas. Cuando se presentó a Val, el caballero cayó de rodillas para besar a su guante. –Usted es aún más hermosa de lo que me dijeron, princesa–, declaró. –La reina me ha dicho mucho y más de su belleza.

–Qué raro, cuando ella nunca me ha visto. –Val dio unas palmaditas a Ser Patrek en la cabeza. –arriba usted, ser arrodillado. Arriba, arriba. – Ella sonaba como si le estuviera hablando a un perro.

Jon hizo lo que pudo para no reír. Con cara de piedra, le dijo al caballero que requerían audiencia con la reina. Ser Patrek envió a uno de los hombres de armas a trepar por los escalones para averiguar si su gracia los recibiría. –Sin embargo, el lobo se queda aquí.– insistió Ser Patrek. Jon ya se lo esperaba. El huergo inquietaba a la reina Selyse, casi tanto como Wun Weg Wun Dar Wun. –Fantasma, quieto.

Encontraron cosiendo a su Gracia junto al fuego, mientras que su tonto bailaba al son de la música que sólo él oía, los cascabeles sonando en sus cuernos. –El cuervo, el cuervo–, exclamó Caramanchada cuando vio a Jon –Bajo el mar los cuervos son blancos como la nieve, lo sé, lo sé, oh, oh, oh–. La Princesa Shireen estaba acurrucada en un asiento cerca de la ventana, la capucha elaborada ocultaba lo peor que la psoriagris había desfigurado en su rostro. No había ninguna señal de Lady Melisandre. Por lo mucho que Jon estuviera agradecido. Tarde o temprano iba a necesitar encontrarse con la sacerdotisa roja, pero preferiría que no fuera en presencia de la reina. –Su gracia. – se arrodillo. Val hizo lo mismo.

La reina Selyse dejo de lado su costura. –Puedes levantarte.

– ¿Si le place, su gracia, le presento a Lady Val? su hermana Dalla era...

–.. la madre de ese niño llorón que nos mantiene despiertos por las noche. Sé quién es, lord nieve. – La reina desdeño. –Tienes suerte de que ella regresó a nosotros ante que mi marido el rey, de lo contrario podría haber ido mal para ti. Muy mal de hecho.

–¿Eres la princesa salvaje?–, Preguntó Shireen a Val.

–Algunos me llaman así–, dijo Val. –Mi hermana era la esposa de Mance Rayder, el Rey-más allá-del-Muro. Ella murió dándole un hijo.

–Yo también soy una princesa–, anunció Shireen, –pero nunca tuve una hermana. Supe tener un primo una vez, antes de que zarpara lejos. No era más que un bastardo, pero me gustaba.

–Honestamente, Shireen. – dijo su madre. –Estoy segura de que el Lord comandante no ha venido a oír hablar de Robert. Caramanchada, se un buen bufón y lleva a la princesa a su cuarto.

Las campanas sonaron en su sombrero. –lejos, lejos–, cantó el bufón. –Ven conmigo bajo el mar, lejos, lejos, lejos. – Tomó a la pequeña princesa con una mano y la llevó de la sala, saltando.

Jon dijo: –su Gracia, el líder de la gente libre ha aceptado mis condiciones.

La reina Selyse dio el más pequeño movimiento de cabeza. –fue siempre el deseo de mi señor esposo querer otorgar refugio a esos pueblos salvajes. Siempre y cuando se mantengan la paz del rey y las leyes del rey, serán bienvenidos en nuestro reino. – Ella frunció los labios. –Me han dicho que tienen más gigantes con ellos.

Val contestó. –Casi 200 de ellos, Su Gracia. Y más de ochenta mamuts.

La reina se estremeció. –Terribles criaturas. – Jon no sabría decir si estaba hablando de los mamuts o los gigantes. –aun que tales bestias podrían ser útiles a mi señor esposo en sus batallas.

–Eso podría ser, su gracia, – dijo Jon, –pero los mamuts son demasiado grandes para pasar por nuestra puerta.

– ¿No puede ampliarse la puerta?

–Eso... eso sería imprudente, creo.

Selyse desdeño. –Si usted lo dice. No hay duda de que sabe de esas cosas. ¿Dónde cree usted que se asentaran estos salvajes? ¿Seguramente villa Topo no es lo suficientemente grande como para contener... cuántos son?

–Cuatro mil, Su Gracia. Ellos nos ayudarán a guarecer nuestros castillos abandonados, mejor que defender el Muro.

–Me habían dado a entender que los castillos estaban en ruinas. Lugares tristes y desolados y fríos, poco más que montones de escombros. En Guardaoriente hemos oído hablar de ratas y arañas.

«El frío habrá matado a las arañas a estas alturas», pensó Jon, «y las ratas pueden ser una útil fuente de carne llegado el invierno». –Todo cierto, su gracia... pero incluso las ruinas ofrecen refugio. Y el muro se interpone entre ellos y los Otros.

–Veo que ha considerado todo esto con cuidado, Lord Nieve. Estoy segura de que el Rey Stannis se complacerá cuando regrese triunfante de su batalla.

«Suponiendo que regrese». –Por supuesto–, la reina continuó –los salvajes primero deben reconocer a stannis como su rey y a R'hllor como su dios.

«Y aquí estamos, cara a cara en el angosto pasaje». –su Gracia, perdóneme. Esos no fueron los términos que hemos acordado.

El rostro de la reina se endureció. –Un descuido grave. – los débiles rastros de calidez que mantenía en su voz había desaparecido todo de una vez.

–La gente libre no se arrodilla–, le dijo Val. –Entonces deben ser arrodillados–, declaró la reina. –haga eso, su gracia, y nos levantaremos de nuevo a la primera oportunidad–, prometió Val. –Nos levantaremos con espadas en mano.

Los labios de la reina se tensaron, y el mentón le dio un temblor pequeño. –eres insolente. Supongo que es lo único que se puede esperar de un salvaje. Debemos encontrarte un marido que pueda enseñarte cortesía. – La reina volvió su mirada a Jon. –No estoy de acuerdo, Lord comandante. Ni lo estará mi señor esposo. No puedo evitar que abras tu puerta, ambos lo sabemos muy bien, pero te prometo que responderás por ello cuando el rey regrese de la batalla. Quizás quieras reconsiderarlo.

–Su Gracia–. Jon se arrodilló otra vez. Esta vez Val no se le unió. –Lamento que mis acciones la hayan disgustado. Hice lo que me pareció mejor. ¿Tengo su permiso para retirarme?

–hazlo de una vez.

Una vez fuera y bien lejos de los hombres de la reina, Val dio rienda suelta a su enojó. –mentiste sobre su barba. Esa tiene más pelo en la barbilla que yo entre mis piernas. Y la hija... su cara...

–Psoriagris.

–La muerte gris es como la llamamos.

–No siempre es mortal en los niños.

–Al norte del Muro lo es. La cicuta es una cura segura, pero una almohada o una espada funcionarán también. Si yo hubiera dado a luz a esa pobre niña, le habría dado el don de la misericordia hace mucho tiempo.

Esta era una Val que Jon no había visto antes. –La princesa Shireen es la única hija de la reina.

–Me compadezco de los dos. La niña no está limpia.

–Si Stannis gana su guerra, Shireen quedará como heredera del Trono de Hierro.

–Entonces, me compadezco de tus Siete Reinos.

–Los maestres dicen que la psoriagris no es...

–Los maestres pueden creer lo que deseen. Pregunta a una bruja del bosque si quieres conocer la verdad. La muerte gris duerme, sólo para volver otra vez. *¡La niña no está limpia!*

–Parece una chica muy dulce. No puedes saber...

–Yo puedo. No sabes nada, Jon nieve. – Val lo agarró del brazo. –Quiero al monstruo fuera de allí. Él y su nodriza. No puedes dejarlos en esa misma torre con la chica muerta.

Jon se sacudió la mano. –No está muerta.

–Lo está. Su madre no lo puede ver. Ni tú, parece. Sin embargo, la muerte está ahí.– Se alejo de él, se detuvo, dio media vuelta. –Te he traído a Tormund matagigantes. Tráeme a mi monstruo.

–Si puedo, lo haré

–Hazlo. Me lo debes, Jon nieve.

Jon la vio alejarse a grandes zancadas. «Se equivoca. Debe estar equivocada. La psoriagris no es tan mortal como ella dice, no en los niños».

Fantasma se había ido de nuevo. El sol estaba bajo en el oeste. «Una copa de vino especiado caliente me sería muy útil ahora. Dos tazas me servirían mucho mejor». Pero eso tendría que esperar. Tenía enemigos que enfrentar. Enemigos de la peor clase: los hermanos.

Encontró a Pieles esperándolo cerca de la caja del cabrestante. Los dos se montaron juntos. Cuanto más alto subían, más fuerte el viento. Cincuenta pies de altura, la pesada jaula comenzó a balancearse con cada ráfaga. De vez en cuando raspaba contra el Muro, comenzando pequeñas duchas cristalinas de hielo que brillaban a la luz del sol mientras caían. Se elevó por encima de las torres más altas del castillo. A cuatrocientos pies el viento tenía dientes, y desgarró su manto negro por lo que golpeó ruidosamente en las barras de hierro. A setecientos cortaba a través de él. «El Muro es mí» se recordó Jon a sí mismo mientras el operador se balanceaba en la jaula, «por dos días más, al menos».

Jon saltó sobre el hielo, agradeció al hombre en el cabrestante, y asintió con la cabeza al centinela lancero parado. Ambos llevaban capuchas de lana calado hasta la cabeza, por lo que no se veía nada de sus caras, solo sus ojos, pero sabía que era Ty por la cuerda enredada en su pelo grasiento negro que le caía por la espalda y Owen por la salchicha embutida en la vaina de su cadera. Podría haberlos conocido de todos modos, sólo por la forma en que estaban. «Un buen señor debe conocer a sus hombres», les dijo su padre una vez a él y a Robb, de vuelta en Invernalia.

Jon caminó hasta el borde del Muro y miró hacia abajo al suelo mortal donde el ejército de Mance Rayder había muerto. Se preguntó dónde estaba Mance. «¿Alguna vez te encontrará, hermana pequeña? ¿O bien fuiste sólo una estratagema que utilizó para que lo pusiera en libertad?»

Había pasado tanto tiempo desde que había visto por última vez a Arya. ¿Como se vería ahora? ¿La reconocería siquiera? Arya Entrelospiés. Su rostro siempre estaba sucio. ¿Seguiría teniendo la espada que le había forjado Mikken para ella? méteselo con el extremo puntiagudo, le había dicho. Sabiduría para su noche de bodas si la mitad de lo que escuchó de Ramsay Nieve era verdad. «Tráela a casa, Mance. Salvé a tu hijo de Melisandre, y ahora estoy a punto de salvar a cuatro mil de tu gente libre. Me debes esta pequeña chica».

En el bosque encantado en el norte, las sombras de la tarde se deslizaron entre los árboles. El cielo del oeste fue una llamarada de rojo, pero al este las primeras estrellas fueron asomando. Jon Nieve flexionó los dedos de su mano de la espada, recordando todo lo que había perdido. «Sam, dulce gordo tonto, me jugaste una broma cruel cuando me hiciste lord comandante. Un Lord comandante no tiene ningún amigo».

–¿Lord Nieve?–, dijo Pieles. –La jaula está viniendo.

–Lo escuché. – Jon se trasladó de la orilla.

Los primeros en realizar el ascenso fueron los jefes de los clanes, Flint y Norrey, vestido con pieles y hierro. Norrey parecía un viejo zorro arrugado y de complexión delgada, pero de ojos astutos y ágil. Torghen Flint era media cabeza más bajo, pero debía de pesar el doble un hombre corpulento brusco con nudillos rojos retorcidos, manos tan grandes como jamones, apoyándose en un bastón de espino negro mientras cojeaba a través del hielo. Bowen Marsh vino después de el, envuelto en una piel de oso. Después de él Othell Yarwyck. Luego el Septon Cellador, a mitad de sus copas.

–Caminad conmigo–, les dijo Jon. Caminaron hacia el oeste por el muro, debajo había un camino de gravilla sembrada hacia el sol poniente. Cuando llegaron a cincuenta yardas del cobertizo de

calentamiento, dijo, – ¿Sabéis por qué os he llamado? Dentro de tres días al amanecer, la puerta se abrirá para permitir a Tormund y su gente pasar el Muro. Hay mucho que necesitamos hacer en preparación.

El silencio saludó su declaración. Luego Othell Yarwyck dijo: –Lord Comandante, hay miles de..

–...salvajes Escuálidos, con huesos cansados, con hambre, lejos de casa. – Jon señaló las luces de sus hogueras de campamento. –Ahí están. Cuatro mil, dice Tormund.

–Tres mil, digo yo, por las fogatas–. Bowen Marsh vivió para el recuento y las medidas.

–Más del doble de ese número en casa austera con la bruja del bosque, se nos dice. Y Ser Denys escribe de grandes campos en las montañas más allá de la Torre Sombría...

Jon no lo negó. –Tormund dice que el Llorón podría tratar el Puente de Calaveras otra vez.

El viejo granada se tocó su cicatriz. Que la había obtenido defendiendo el Puente de las calaveras de la última vez que los hombres del llorón habían tratado de abrirse paso a través del desfiladero. –¿Seguramente el lord comandante no estará insinuando permitir que ese... ese demonio pase también?

–No con mucho gusto.– Jon no había olvidado las cabezas que los hombres del llorón le habían dejado, con agujeros sangrientos en donde sus ojos habían estado. «Jack Bulwer el Negro, Hairy Hal, Garth Greyfeather. No puedo vengarlos, pero no voy a olvidar sus nombres». –Pero sí, mi señor, él también. No podemos escoger y elegir de entre la gente libre, diciendo este puede pasar, este no puede. La paz significa paz para todos.

Norrey carraspeó y escupió. –También hacer las paces con los lobos y los cuervos carroñeros.

–Es tranquilo en mis mazmorras–, se quejó el viejo Flint. –Déjame a los hombres del llorón.

–¿Cuántos guardas ha matado el Llorón?–, preguntó Othell Yarwyck. – ¿Cuántas mujeres ha violado o asesinado o robado?

–Tres de mi propia calaña– dijo el viejo Flint. –Y enceguece a las chicas que no toma.

–Cuando un hombre viste el negro, sus crímenes son perdonados–, Jon les recordó. –Si queremos que la gente libre luche junto a nosotros, debemos perdonar sus crímenes pasados como haríamos con los nuestros.

–El Llorón no dirá el juramento–, insistió Yarwyck. –No llevara la capa. Incluso otros invasores no confían en él.

–no tienes que confiar en un hombre para usarlo. – «De otro modo ¿cómo podría yo hacer uso de todos ustedes?» –Necesitamos al Llorón y a otros como él. ¿Quién conoce mejor a un salvaje que otro salvaje? ¿Quién conoce a nuestros enemigos mejor que un hombre que ha luchado contra ellos?

–Todos lo que el llorón sabe es violar y asesinar–, dijo Yarwyck.

–Una vez pasado el Muro, los salvajes tendrán tres veces nuestro número–, dijo Bowen Marsh. –Y eso es sólo la banda de Tormund. Añádele los hombres del Llorón y los que están en casa austera, y tendrán la fuerza para poner fin a la Guardia de la Noche en una sola noche.

–Los números por sí solos no ganan una guerra. No los vieron. La mitad de ellos son muertos en pie.

–preferiría tenerlos muerto en el suelo–, dijo Yarwyck. –Si le place mi señor.

–No me place. – la voz de Jon estaba tan frío como el viento que chasqueaba sus capas. –Hay niños en el campamento, cientos de ellos, miles. Mujeres también.

–Esposas de lanza.

–Algunas. Junto con madres y abuelas, viudas y doncellas... ¿las condenaría a morir, mi señor?

–Los hermanos no deberían reñir–, dijo el septon Cellador. –Vamos a arrodillarnos y rezar a la anciana para iluminar nuestro camino a la sabiduría.

–Lord nieve–, dijo Norrey, – ¿dónde piensas poner a estos salvajes tuyos? No en mis tierras, espero.

–Sí–, declaró el viejo Flint. –los quieres en el agasajo, ese es tu locura, pero ve que no deambulen o te enviare sus cabezas. El invierno está cerca, no quiero más bocas que alimentar.

–Los salvajes permanecerán en el Muro–, les aseguró Jon –La mayoría estará alojado en uno de nuestros castillos abandonados.– La guardia ahora tenía guarniciones en Marcahielo, Túmulo Largo, Fortaleza de Azabache, Guardiagrís y Lago Hondo, todo mal diezmados, pero diez castillos aún estaban vacíos y abandonados. –Los hombres con mujeres y niños, las huérfanas y los huérfanos por debajo de la edad de diez años, las mujeres de edad, madres viudas, cualquier mujer que no le importa luchar. A las esposas de lanza las enviaremos a Túmulo largo para unirse a sus hermanas, los hombres solteros a los otros fuertes que hemos vuelto a abrir. Los que tomen el negro se quedará aquí, o serán enviados a guardiaoriente o la Torre sombría. Tormund tomara Escudo de Roble como su asiento, para mantenerlo a mano.

Bowen Marsh suspiró. –Si no nos matan con sus espadas, lo harán con la boca. Recemos, ¿cómo el lord comandante se propone alimentar a Tormund y a sus miles?

Jon había previsto esa pregunta. –A través de Guardaoriente. Vamos a llevar los alimentos en barcos, tanto como podrían ser necesarias. Desde el Riverlands y stormlands y el valle de Arryn, desde Dorne y El Dominio, a través del mar angosto desde las ciudades libres.

–Y este alimento será pagado por... ¿cómo, si puedo preguntar?

«Con oro, del Banco de Hierro de Braavos», podría haber contestado Jon. En cambio, dijo, –he acordado de que la gente libre puede mantener sus pieles y cueros. Los Necesitarán para calentarse cuando llegue el invierno. Todas las otras riquezas deben entregarlas. Oro y plata, ámbar, piedras preciosas, tallados, cualquier cosa de valor. Nosotros lo enviaremos todo a través del mar angosto para ser vendidos en las ciudades libres.

–Toda la riqueza de los salvajes –, dijo Norrey. –Eso debe comprar un cesto de grano de cebada. Dos cestos, tal vez.

–Lord Comandante, ¿por qué no exigir a los salvajes de entregar sus armas, también?–, preguntó Clydas. Pieles se echó a reír. –usted quiere que la gente libre luche a su lado contra un enemigo en común. ¿Cómo vamos a hacerlo sin armas? ¿Tendríamos que estar lanzando bolas de nieve a los espíritus? ¿O nos darán palos para golpearlos con ellos?

«Las armas más salvajes que llevan son poco más que palos», pensó Jon. Palos de madera, hachas de piedra, mazas, lanzas con puntas endurecidas al fuego, cuchillos de hueso y piedra y vidriagon, escudos de mimbre, armaduras de hueso, cuero hervido. Bronce trabajado por los Thenns, y los invasores como el Llorón llevando acero robado y espadas de hierro saqueados de cadáveres... pero incluso los que eran de la época antigua, abollados por años de uso intenso y manchado por óxido.

–Tormund matagigantes nunca desarmaría voluntariamente a su pueblo–, dijo Jon. –No es el hombre que llora, pero no es un cobarde tampoco. Si le hubiera pedido eso, hubiéramos llegado a sangrar.

Norrey acarició su barba. –Puedes poner a tus salvajes en estas fortalezas en ruinas, Lord Nieve, pero ¿cómo harás que se queden? ¿Qué hay para detenerlos que se muevan hacia el sur a, tierras más cálidas?

–Nuestras tierras–, dijo el viejo Flint. –Tormund me ha dado su juramento. Cumplirá con nosotros hasta la primavera. El Llorón y sus otros capitanes jurarán lo mismo o no los dejaremos pasar.

El viejo Flint negó con la cabeza. –Ellos nos traicionarán.

–Las palabras del Llorón no tiene valor–, dijo Othell Yarwyck. –Son salvajes sin Dios–, dijo el septon Cellador. –Incluso en el sur la traición de los salvajes es conocida.

Pieles se cruzó de brazos. –¿En esa batalla de abajo? Yo estaba del otro lado, ¿recuerdan? Ahora llevo su negro y entreno a sus muchachos a matar. Algunos podrían llamarme cambiacapas. Puede ser así... pero no soy más salvaje que ustedes cuervos. Tenemos dioses también. Los mismos dioses que mantienen en Invernalia.

–Los dioses del Norte, desde antes de que este muro fuera levantado–, dijo Jon. –Esos son los dioses por los que juró Tormund. Él mantendrá su palabra. Lo conozco, como conocí a Mance Rayder. Caminé con ellos por un tiempo, ustedes podrán recordar.

–No lo he olvidado–, dijo el lord Steward.

«No», pensó Jon, «no creí que lo hicieran». –Mance Rayder hizo un juramento también, –prosiguió Marsh. –Juró no llevar coronas, no tomar a ninguna mujer, no tener hijos. Luego volvió su capa, hizo todas esas cosas, y dirigió una multitud terrible contra el reino. Son los restos de esa multitud la que espera más allá de la Muro.

–Restos rotos.

–Una espada rota puede ser unido de nuevo. Una espada rota puede matar.

–La gente libre no tiene leyes ni señores–, dijo Jon, –pero ellos aman a sus hijos. ¿Reconocerán eso?

–No son sus hijos quienes nos conciernen. Tememos a los padres, no a los hijos.

–Al igual que yo. Así que insistí en tomar rehenes. – «No soy el tonto de confianza por quién me toman... ni soy medio salvaje, no importa lo que ustedes crean». –Un centenar de niños entre las edades de ocho y dieciséis años. Un hijo de cada uno de sus jefes y capitanes, el resto elegido por sorteo. Los chicos servirán de pajes y escuderos, liberando a nuestros propios hombres para otras tareas. Algunos pueden optar por tomar el negro algún día. Cosas más raras han ocurrido. El resto se mantendrá como rehenes por la lealtad de sus señores.

Los norteños se miraron entre sí. –Rehenes–, reflexionó Norrey. – ¿Tormund se ha comprometido a esto?

«Era eso, o ver a su gente a morir». –Mi precio de sangre, lo llamó, – dijo Jon nieve, –pero lo pagará.

–Sí, y ¿por qué no?– el viejo Flint golpeó su bastón contra el hielo. –Las salas, siempre los llamaban, cuando Invernalia exigía nuestros niños, pero eran rehenes, y nada malo les pasaba.

–A ninguno sólo aquellos señores que disgustaban al rey del invierno–, dijo Norrey. –Aquellos regresaron a casa más cortos por una cabeza. Así que dime, muchacho... si estos salvajes amigos tuyos demostraran ser falsos, ¿tienes el estómago para hacer lo que hay que hacer?

«Pregúntale a Janos Slynt». –Tormund matagigantes sabe bien que no debe provocarme. Puedo parecer un niño verde a sus ojos, lord Norrey, pero sigo siendo hijo de Eddard Stark.

Pero incluso eso no apaciguó a lord Steward. –Dices que estos niños servirán de escuderos. ¿Seguramente el lord comandante no quiere decir que serán entrenados en armas?

La ira de Jon se encendió. –No, mi señor, quiero decir, para ponerlos a coser ropa de encaje pequeño. Por supuesto que serán entrenados en armas. Asimismo, deberán batir la mantequilla, talar leña, limpiar los establos, vaciar cacerolas de las cámaras, y correr mensajes... y entre ellos se perforarán con lanza y espada y arco largo.

Marsh enrojeció a un tono más intenso de rojo. –El Lord comandante debe perdonar mi franqueza, pero no tengo manera suave de decir esto. Lo que usted propone no es nada menos que traición. Durante ocho mil años los hombres de Guardia de la Noche se han mantenido en el Muro y han luchado con estos salvajes. Ahora quiere dejarlos pasar, para refugiarse en nuestros castillos, para alimentarlos y vestirlos y enseñarles a pelear. Lord Nieve, ¿debo recordarle? *que hizo un juramento*.

–Sé lo que juré. – Jon dijo las palabras. –Soy la espada en la oscuridad. Soy el vigilante en el muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que protege los reinos de los hombres. ¿Fueron las mismas palabras que dijistes cuando tomastes tus votos?

–Lo fueron. Tal como el Lord comandante lo sabe.

–¿Estás seguro de que no me he olvidado algo? ¿Alguno sobre el rey y sus leyes, y cómo tenemos que defender cada palmo de su tierra y aferrarse a cada castillo en ruinas? ¿Cómo va esa parte?– Jon esperó una respuesta. No llegó ninguna. –Soy el escudo que protege los reinos de los hombres. Esas son las palabras. Así que dime, mi señor, ¿que son estos salvajes, sino hombres?

Bowen Marsh abrió su boca. Ninguna palabra salió. Un rubor se arrastró hasta su cuello.

Jon Nieve dio la vuelta. La última luz del sol había empezado a desvanecerse. Vio las grietas a lo largo del Muro van del rojo al gris al negro, desde rayas de fuego a los ríos de hielo negro. Abajo, Lady Melisandre estaría encendiendo su fuego nocturno y cantando, «Señor de la Luz, defiéndenos, de la noche oscura y llena de terror».

–Se acerca el invierno–, dijo Jon, al fin, rompiendo el silencio incómodo –, y con ella los caminantes blancos. El Muro es donde podemos detenerlos. La Muro se hizo para detenerlos... pero el Muro debe ser tripulado. Esta discusión llega a su fin. Tenemos mucho que hacer antes de que la

puerta se abra. Tormund y su gente necesitarán ser alimentados y vestidos y alojados. Algunos están enfermos y necesitarán atención. Esos decaen en ti, Clydas. Salva el mayor número posible.

Clydas parpadeó sus ojos rosa tenue. –Haré mi mejor esfuerzo, Jon. Mi señor, quiero decir.

–Vamos a necesitar cada carreta y carromato preparado para el transporte de la gente libre a sus nuevos hogares. Othell, Te encargarás de ello.

Yarwyck hizo una mueca. –Sí, Lord comandante.

–Lord Bowen, deberás recoger los peajes. El oro y plata, ámbar, los torques y brazaletes y collares. Clasificar todo, contar, ver que llegue a Guardaoriente con seguridad.

–Sí, Lord nieve–, dijo Bowen Marsh.

Y Jon pensó, «hielo», dijo ella, –«y dagas en la oscuridad. Sangre congelada roja y dura, y acero desnudo». – flexionó su mano de la espada. El viento fue aumentando.

54. CERSEI

Cada noche se volvía más fría que la anterior.

La celda no tenía ni brasero ni chimenea. La única ventana estaba demasiado alta para asomarse y era demasiado pequeña como para escabullirse a través de ella, pero lo suficiente como para permitir entrar el frío. Cersei había roto las primeras prendas que le dieron, exigiendo la devolución de su propia ropa, pero eso sólo la dejó desnuda y temblando. Cuando le trajeron otras ropas, se las puso sobre la cabeza y les dio las gracias, atragantándose con las palabras.

La ventana permitía entrar sonidos. Esa era la única forma que tenía la reina de saber lo que podía estar sucediendo en la ciudad. Las Septas le traían su comida pero no le decían nada.

Odiaba eso. Jaime iba a venir por ella, pero ¿cómo sabría cuándo llegaría? Cersei solo esperaba que no fuese tan insensato como para ir corriendo a la cabeza de su ejército. Iba a necesitar de todas sus espadas para hacer frente a la andrajosa horda de Hermanos Mendicantes que rodeaban el Gran Septo. Preguntaba por su gemelo a menudo, pero sus carceleras no le respondieron. También preguntó por Ser Loras. En el último informe del Caballero de las Flores se estaba muriendo en Rocadragón de las heridas recibidas mientras tomaba el castillo. «Dejadle que muera», pensó Cersei, «y pronto». La muerte del muchacho significaba un lugar vacío en la Guardia Real, lo que podía ser su salvación. Sin embargo, las Septas fueron tan reservadas con respecto a Loras Tyrell como lo fueron sobre Jaime.

Lord Qyburn había sido su última y única visita. Su mundo tenía una población de cuatro personas: ella y sus tres carceleras, piadosas e inflexibles. La Septa Unella era de grandes huesos y varonil, con las manos callosas y de apariencia hogareña, siempre con el ceño fruncido. La Septa Moelle tenía el pelo blanco y los ojos pequeños y rígidos en una perpetua sospecha, mirando a través de una cara arrugada tan aguda como el filo de un hacha. La Septa Scolera era de cintura gruesa y baja, con los pechos grandes, piel color oliva y un olor agrio a ella, como de leche a punto de pasarse. Le traían su comida y agua, le vaciaban su orinal y se llevaban sus prendas para lavarlas todos los días, dejándola apiñada y desnuda bajo la manta hasta que se las trajesen de vuelta. A veces Scolera le leía *La Estrella de Siete Puntas* o *El l Libro de la Sagrada Oración*, pero ninguna de ellas hablaba con ella o contestaba ninguna de sus preguntas.

Odiaba y despreciaba a las tres, casi tanto como odiaba y despreciaba a los hombres que la habían traicionado.

Falsos amigos, funcionarios traidores, los hombres que le habían profesado amor eterno, incluso de su propia sangre... todos ellos la habían abandonado en su hora de mayor necesidad. Osney Kettleblack, tan débil, se había roto bajo el látigo llenando los oídos del Gran Gorrión con los secretos que debía haberse llevado a su tumba. Sus hermanos, escoria que había levantado de las calles, no hicieron mas que sentarse sobre sus manos. Aurane Mares, su almirante, había huido a la mar con los dromones que había construido para él. Orton Merryweather se había ido corriendo a Granmesa, llevándose a su esposa, Taena, que había sido una verdadera amiga para la reina en estos tiempos difíciles. Harys Swyft y el Gran Maestre Pycelle la habían abandonado a la cautividad ofreciendo el reino a los mismos hombres contra los que habían conspirado. Meryn Trant y Boros Blount, protectores juramentados del rey, estaban desaparecidos. Incluso su primo Lancel, que una vez le había profesado su amor, era uno de sus acusadores. Su tío se había negado a ayudar en su gobierno cuando ella le hubiese proclamado Mano del Rey.

Y Jaime...

No, eso no podía creerlo, no iba a creerlo. Jaime estaría allí, una vez supiese de su difícil situación. –*Vuelve ahora mismo*– le había escrito. –*Ayúdame. Sálvame. Te necesito como no te había necesitado jamás. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Vuelve ahora mismo*– Qyburn le había jurado que iba a hacer llegar la carta a su gemelo, que se hallaba a las afueras de Aguasdulces con su ejército. Qyburn nunca regresó. Por lo que sabía, podía estar muerto, con al cabeza atravesada por una pica sobre la puerta de la ciudad de la Fortaleza. O tal vez languideciendo en una de las celdas negras, bajo la Fortaleza Roja, con la carta aún sin enviar. La reina había preguntado por el cientos de veces pero sus captoras no hablaban de él. Todo lo que sabía con certeza era que Jaime no había llegado.

*«*Todavía no», se dijo. «Pero muy prono. Y una vez regrese, el Gran Gorrión y sus putas cantarán una canción distinta».

Odiaba sentirse inútil.

Había amenazado, pero sus amenazas se recibieron con rostros de piedra y oídos sordos. Había ordenado, pero sus órdenes habían sido ignoradas. Había invocado a la misericordia de la Madre, apelando a la simpatía natural de una mujer por otra, pero las tres Septas arrugadas debieron haber puesto a un lado su condición de mujer cuando hicieron sus votos. Había tratado de engatusarlas, hablándoles suavemente, aceptando cada nuevo ultraje con dócilmente. No fueron persuadidas. Había ofrecido recompensas, prometió clemencia, honores, oro, posiciones en la corte. Se trataban sus promesas como se hizo con sus amenazas.

Y había rezado. ¡Oh, cuánto había rezado!. Rezar era lo que querían, así que les sirvió, sirvió de rodillas como si fuera una fulana cualquiera de las calles y no una hija de la Roca. Había orado por el socorro, por la liberación, por Jaime. En voz alta pidió a los dioses que la defendiesen en su inocencia, en silencio oró por que sus acusadores sufriesen una muerte súbita y dolorosa.

Rezó hasta que las rodillas se le quedaron en carne viva y ensangrentadas, hasta que tuvo la lengua tan gruesa y pesada que podía ahogarse con ella. Todas las oraciones que le habían enseñado cuando era niña volvieron a Cersei en su celda, y compuso otras nuevas cuando le fue necesario, pidiendo a la Madre y a la Doncella, al Padre y al Guerrero, a la Bruja y al Herrero. Había pedido incluso al Desconocido. «Cualquier dios en la tormenta». Los siete resultaron tan sordos como sus siervas terrenales. Cersei les dio todas las palabras que había en ella, les dio todo, excepto las lágrimas. «Nunca las tendrán», se dijo.

Odiaba sentirse débil.

Si los dioses le hubiesen dado la fuerza que le dieron a Jaime y al arrogante y patán Robert, ella podría haber hecho su propia huida. *«*Oh, por una espada y la habilidad para manejarla». Ella tenía un corazón de guerrero, pero los dioses en su ciega malicia le habían dado el débil cuerpo de una mujer. La reina había tratado de luchar contra ellas desde el principio, pero las Septas la habían abrumado. Había también muchas de ellas, y eran más fuertes de lo que parecía. Mujeres viejas y feas, todas ellas, pero toda la oración, la limpieza y los golpes a los novatos con los palos las habían dejado duras como las raíces.

Y no la dejaban descansar. Día o noche, cuando la reina cerraba los ojos para dormir, una de sus captoras aparecía despertándola demandando que confesase sus pecados. Fue acusada de adulterio, fornicación, alta traición e incluso de asesinato, por Osney Kettleblack que había confesado haber asfixiado al último Gran Septón a sus órdenes. –He venido a escuchar la confesión de vuestros asesinatos y fornicios– gruñía la Septa Unella cuando sacudía a la reina despertándola. La Septa Moelle le decía que eran sus pecados lo que la mantenía en vela. –Sólo los inocentes conocen la paz del sueño imperturbado. Confiese sus pecados, y dormirá como un bebé recién nacido.

Despertaba y dormía y volvía a despertar, cada noche se rompía en pedazos por las ásperas manos de sus verdugos, y cada noche era más fría y cruel que la noche anterior. La hora de la lechuza, la hora del lobo, la hora del ruiseñor, la salida y puesta de la luna, el atardecer y el amanecer, se pasaban tambaleándose como borrachos. ¿Qué hora era? ¿Qué día era? ¿Dónde estaba? ¿Era un sueño, o había despertado? Los pequeños fragmentos de sueño que se convirtieron en cuchillas de afeitar, cortando en rodajas su ingenio. Cada día la encontraban más apagada que el anterior, agotada y febril. Había perdido todo el sentido de cuánto tiempo había estado presa en esa celda, en lo alto de una de las siete torres del Gran Septo de Baelor. «Voy a envejecer y morir aquí», pensó desesperada.

Cersei no podía permitir que eso sucediese. Su hijo la necesitaba. El reino la necesitaba. Tenía que liberarse, sin importar el riesgo. Su mundo se había reducido a una celda de seis metros cuadrados, un orinal, una tarima grumosa, y una manta de lana marrón fina con la esperanza de que se le pusiese la piel de gallina, pero todavía era heredera de Lord Tywin, una hija de la Roca.

Agotada por la falta de sueño, tiritando por el frío que se colaba en la celda de la torre cada noche, febril y muerta de hambre por turnos, Cersei por fin supo que debía confesar.

Esa noche, cuando la Septa Unella llegó para sacarla de su sueño, se encontró con la reina esperando de rodillas. –He pecado– dijo Cersei. Su lengua era pastosa en la boca, los labios agrietados y secos. –He pecado gravísimamente. Ahora me doy cuenta. ¿Cómo pude haber estado tan ciega durante tanto tiempo? La Anciana se me acercó con su lámpara en alto, y por su santa luz vi el camino que debía recorrer. Quiero estar limpia de nuevo. Solo quiero la absolución. Por favor, buena Septa, te lo ruego, llévame ante el Gran Septón para que pueda confesar mis crímenes y fornicios.

–Se lo diré, alteza– dijo la Septa Unella. –Su Santidad estará muy satisfecho. Sólo a través de la confesión y el arrepentimiento verdadero nuestra alma inmortal será salvada.

Y le permitieron dormir el resto de la noche. Horas y horas de sueño bendito. El búho, el lobo y el ruiseñor se deslizaron una vez con su paso invisible y desapercibido, mientras que Cersei soñaba en un largo y dulce sueño, donde Jaime era su marido y su hijo todavía estaba vivo.

Llegó la mañana, la reina se sintió ella misma de nuevo. Cuando sus captores llegaron a ella, hacía ruidos piadosos ante ellos otra vez y les dijo cómo determinó que iba a confesar sus pecados y ser perdonada por todo lo que había hecho.

–Nos alegramos de oírlo– dijo la Septa Moelle.

–Va a ser un gran alivio para su alma– dijo la Septa Scolera. –Se sentirá mucho mejor después,su alteza.

Su Alteza. Esas dos simples palabras la emocionaban. Durante su largo cautiverio, sus carceleras no se habían molestado ni siquiera de la simple cortesía.

–Su Santidad la espera– dijo la Septa Unella.

Cersei bajó la cabeza, humilde y obediente. –¿Se me podría permitir darme un primer baño? No estoy en condiciones de atenderlo.

–Podrá lavarse más tarde, si su Santidad lo permite– dijo la Septa Unella. –Es la limpieza de su alma inmortal lo que debe preocuparle ahora, no tales vanidades de la carne.

Las tres Septas la condujeron por la escalera de la torre, con la Septa Unella delante de ella y las Septas Moelle y Scolera en sus talones, como si tuviesen miedo de que podría tratar de huir. –Ha pasado mucho tiempo desde que he tenido un visitante– murmuró Cersei en voz baja mientras hicieron su descenso. –¿Se encuentra bien el rey? Se lo pido sólo como madre, preocupada por su hijo.

–Su alteza está en buen estado de salud– dijo la Septa Scolera –y bien protegido, dia y noche. La reina está con él, siempre.

«¡Yo soy la reina!» Tragó saliva, sonrió y dijo: –Es bueno saberlo. Tommen la ama tanto. Nunca creí esas cosas terribles que se decía de ella– Si Margaery Tyrell de alguna manera se libró de las acusaciones de fornicio, adulterio y alta traición –Hubo un juicio?

–Muy pronto– dijo la Septa Scolera, –pero su hermano.

–Shhh– Septa Unella se volvió para mirar por encima del hombro a Scolera. –Hablas demasiado, vieja tonta. No nos corresponde hablar de estas cosas.

Scolera bajó la cabeza. –Perdóname.

Hicieron el resto del descenso en silencio.

El gran Gorrión la recibió en su santuario, una austera cámara de siete lados donde se enfrentaba a las miradas toscamente talladas de los Siete en los muros de piedra, con expresiones casi tan agrias y desaprovatorias como las de su propia Santidad. Cuando entró, él estaba sentado detrás de una tosca mesa, escribiendo. El Gran Septón no había cambiado desde la última vez que había estado en su presencia, el día en el que se había apoderado de ella y la apresó. Todavía era un escuálido hombre canoso con una mirada ruda, dura y demacrada, su rostro de rasgos afilados, alineados, con ojos sospechosos. En lugar de las ricas vestiduras de sus predecesores, llevaba una túnica de lana sin teñir sin forma que caía hasta los tobillos. –Su alteza– dijo, a modo de saludo. –Tengo entendido que desea hacer una confesión.

Cersei se dejó caer de rodillas. –Así es, Su Altísima Santidad. La Anciana vino a mi mientras dormía con su lámpara en alto.

–Por supuesto. Unella, quédese y haga un registro de las palabras de su Alteza. Scolera, Moelle, tienen permiso para irse– Apretó los dedos de las manos, el mismo gesto que había visto utilizar a su padre una y mil veces.

La Septa Unella se sentó detras de ella, sacó un pergamino, y sumergió una pluma en tinta de maestre. Cersei sintió una punzada de miedo. –¿Una vez haya confesado se me permitirá,

–A su Alteza se le tratará de acuerdo a sus pecados.

«Este hombre es implacable», se dio cuenta una vez más. Se reunió con sigo misma por un momento. –Madre, entonces ten piedad de mi. Me he acostado con hombres fuera de los lazos del matrimonio. Lo confieso.

–¿Con quién?– Los ojos del Gran Septón estaban fijos en ella

Cersei podía oír a Unella escribiendo detrás suya. Su pluma hizo un sonido tenue, un suave rascado. –Lancel Lannister,mi primo. Y Osney Kettleblack– Ambos hombres habían confesado acostarse con

ella, no le haría ningún bien negarlo. –sus hermanos también. Ambos. –No tenía forma de saber lo que Osfryd y Osmund habían dicho. Es más seguro confesar demasiado que demasiado poco. –No es excusa para mi pecado, su Altísima Santidad, pero estaba sola y asustada. Los dioses me arrebataron al Rey Robert, mi amor y protector. Estaba sola, rodeada de maquinadores, falsos amigos, y traidores que conspiraban con la muerte de mis hijos. No sabía en quien confiar, asi que … Usé el único medio que tenía para vincular a los Kettleblacks a mi

–¿Por lo tanto se refiere a sus partes de mujer?

–Mi cuerpo– Se llevó una mano a la cara, templando. Cuando la bajó de nuevo, tenía los ojos húmedos por las lágrimas. –Sí. Que la Doncella me perdone. Aunque fue por mis hijos, por el reino. Obtuve placer en ello. Los Kettleblacks .. eran hombres duros y crueles, y me utilizaron brutalmente, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Tommen necesitaba hombres alrededor de él en quienes podía confiar.

–Su alteza estaba protegido por la Guardia Real.

–La Guardia Real quedó por inútil cuando su hermano Joffrey murió, asesinado en su propia fiesta de bodas. Vi morir un hijo, no podía soportar perder otro. He pecado, he fornicado sin sentido, pero lo hice por Tommen. Perdóneme, Su Altísima Santidad, pero hubiese abierto mis piernas a cada hombre en Desembarco del Rey, si eso era lo que tenía que hacer para mantener a mis hijos a salvo.

–El perdón viene sólo de los dioses. ¿Que hay de Ser Lancel, que era su primo y escudero de su señor esposo? ¿También se lo llevó a la cama para ganarse su lealtad?

–Lancel– Cersei vaciló. Cuidado, se dijo, Lancel se lo ha dicho todo. –Lancel me amaba. Era medio niño, pero nunca dudé de su devoción a mi o a mi hijo.

–Y sin embargo, lo corrompió.

–Me sentía sola.– Ahogó un sollozo. –Había perdido a mi marido, a mi hijo, a mi señor padre. Yo era la regente, pero la reina sigue siendo una mujer, y las mujeres son recipientes débiles, y es facil que caigan en tentaciones … Su Altísima Santidad conoce la verdad de eso. Incluso santas Septas han sido reconocidas en el pecado. Me consolé con Lancel. Era amable y gentil, y yo necesitaba a alguien. Estaba mal, lo se, pero yo no tenía a nadie … una mujer *necesita* ser amada, ella necesita un hombre a su lado, ella … ella … – Comenzó a llorar sin control.

El Gran Septón no hizo nada para consolarla. Se sentó allí con sus duros ojos fijos en ella, viéndola llorar, como una piedra, como las estatuas de los Siete en el Septo a su alrededor. Largos momentos pasaron, pero finalmente todas sus lágrimas se secaron. Para entonces, sus ojos estaban rojos e irritados de tanto llorar, se sentía como si fuese a desmayarse.

Sin embargo, el Gran Gorrión no había acabado con ella. –Esos son pecados comunes– dijo. –La maldad de las viudas es bien conocida, y en el fondo todas las mujeres son impuras de corazón, la posibilidad de usar sus artimañas y su belleza para doblegar a su voluntad a los hombres. No hay traición a la patria aquí, siempre y cuando no se apartase de su cama de matrimonio mientras que su alteza el rey Robert todavía estaba vivo.

–Nunca– susurró ella, temblando. –*Nunca*, lo juro.

Él hizo lo que pudo por no pensar en ello. –Hay otros cargos establecidos en contra de su alteza, delitos más graves que la simple fornicación. Ha admitido que Ser Osney Kettleblack era su

amante, y Ser Osney insiste en que ahogó a mi predecesor bajo petición suya. Insiste además en que se dieron falsos testimonios contra la reina Margaery y sus primas, se contaron cuentos de fornicaciones, adulterios y alta traición, una vez más a petición suya.

–No– dijo Cersei, –No es cierto. Amo a Margaery como a una hija. Y lo otro... me quejé del Gran Septón en voz alta, lo admito. Él era una criatura de Tyrion, débil y corrupto, una mancha en nuestra santa fe. Su Altísima Santidad lo sabe tan bien como yo. Puede ser que Osney pensase que su muerte me agradaría. Si es así, tengo cierta parte de culpa … ¿pero asesinato? No. De eso soy inocente. Llevadme al Septo y compadeceré ante el tribunal del Padre y juraré la verdad de eso.

–A su debido tiempo– dijo el Gran Septón. –También está acusada de conspirar en el asesinato de su propio señor esposo, nuestro llorado y amado Rey Robert, el Primero de Su Nombre.

«Lancel», pensó Cersei. –Robert fue asesinado por un jabalí. ¿Ahora dicen que soy un cambiapieles? ¿Un warg? ¿Estoy acusada de matar a Joffrey también, mi propio y dulce hijo, mi primogénito?

–No. Sólo su marido. ¿Lo niega?

–Lo niego. Yo. Ante los dioses y los hombres, yo lo niego.

Él asintió con la cabeza. –Por último, y lo peor de todo, hay algunos que dicen que sus hijos no fueron engendrados por el rey Robert, que son unos bastardos nacidos del incesto y el adulterio.

–Stannis lo dice– dijo Cersei en el acto. –Una mentira, una mentira, una mentira palpable. Stannis quiere el Trono de Hierro para sí, pero los hijos de su hermano se interponen en su camino, por lo que, es necesario que afirme que no son hijos de hermano. Esa sucia carta... no hay pizca de verdad en ello. Yo lo niego.

El Gran Septón colocó ambas manos extendidas sobre la mesa y se impulsó con sus pies.

–Bien. Lord Stannis se ha apartado de la verdad de los Siete para adorar a un demonio rojo, y su falsa fe no tiene cabida en los Siete Reinos.

Eso fue casi tranquilizador. Cersei asintió con la cabeza.

–Aun así– Continuó su Altísima Santidad, –éstos son cargos terribles, y el reino tiene que saber la verdad sobre ellos. Si su Alteza ha dicho que es cierto, sin duda, un juicio demostrará su inocencia.

Seguía siendo una prueba. –He confesado

–ciertos pecados, si. Otros los niegas. Su juicio será independiente de las verdades y de las falsedades. Voy a pedir a los Siete que perdonen los pecados que ha confesado y oraré, para que sea encontrada inocente de estas otras acusaciones.

Cersei se levantó lentamente sobre sus rodillas. –Me inclino ante la sabiduría de si Altísima Santidad– dijo –pero si pudiera pedir una sola gota de misericordia de la Madre, yo … ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vi a mi hijo, por favor...

Los ojos del anciano eran trozos de pedernal. –No sería apropiado que estuviese cerca del rey hasta que haya sido limpiada de toda su maldad. Ha dado el primer paso en su camino de regreso a la justicia, sin embargo, y en vista de esto le permito otras visitas. Una cada día.

La reina empezó a llorar de nuevo. Esta vez las lágrimas eran verdaderas. –Es usted muy amable. Gracias.

–La Madre es misericordiosa. Es ella a la que se lo debes agradecer.

Moelle y Scollera estaban esperando para llevarla de vuelta a su celda de la torre. Unella las seguía de cerca. –Todas hemos estado orando por su alteza– dijo la Septa Moelle mientras subían.

–Sí– se hizo eco la Septa Scolera, –y se debe sentir mucho mas ligera ahora, limpia e inocente como la doncella en la mañana de su boda.

«Jaime me folló en la mañana de mi boda», recordó la reina. –Yo– dijo –me siento renacer, como si un forúnculo supurante hubiese reventado y ahora por fin empieza a sanar. Casi podría volar– Imaginaba cuán dulce sería golpear con el codo en la cara de la Septa Scolera enviar su carenado por las escaleras de caracol. Si los dioses fuesen buenos, su coño arrugado podría chocar con la Septa Unella y llevarla abajo con ella.

–Es bueno verla sonreír otra vez– dijo Scolera.

–¿Su Altísima Santidad dijo que podría tener visitantes?

–Lo hizo– dijo la Septa Unella. –Si su Alteza nos dice a quien desea ver, nosotras mismas le enviaremos el mensaje.

«Jaime, necesito a Jaime». Pero si su gemelo estaba en la ciudad, ¿porqué no había llegado a ella? Podría ser mas prudente esperar a Jaime hasta que tuviese una mejor idea de lo que ocurría más allá de las paredes del Gran Septo de Baelor. –Mi tío– dijo. –Ser Kevan Lannister, el hermano de mi padre. ¿Está en la ciudad?

–Lo está– dijo la Septa Unella. –El Señor Regente se ha instalado en la Fortaleza Roja. Enviaremos por él de inmediato.

–Gracias– dijo Cersei, y pensó, Señor Regente, ¿lo es? No podía pretender ser sorprendida. Un humilde y contrito corazón demostrando tener beneficios más allá de la limpieza de pecado del alma. Esa noche, la reina fue trasladada a una celda más grande dos pisos más abajo, con una ventana desde la que de verdad podía ver fuera, y calor, y suaves mantas en su cama. Y cuando llegó el momento de la cena, en vez de pan duro y gachas de avena, le sirvieron un capón asado, un plato de verduras frescas salpicado con nueces picadas, y un montón de puré de guarnición con mantequilla. Esa noche se metió en su coma con el estómago lleno, por primera vez desde que fue apresada, y durmió sobre las negras vigilias nocturnas sin ser molestada.

A la mañana siguiente, al amanecer, llegó su tío.

Cersei estaba todavía desayunando cuando la puerta se abrió Ser Kevan Lannister entró. –Déjennos– dijo a sus carceleras. La reina se puso de pie.

Ser Kevan parecía más viejo que cuando lo vió por última vez. Era un hombre alto, de hombros anchos y cintura gruesa, con una barba rubia muy corta, que seguía la linea de su fuerte mandíbula y de pelo corto y rubio en plena retirada en la frente. Un pesado manto de lana, teñidos de color carmesí, se sujetaba con un broche de oro en forma de cabeza de león.

–Gracias por venir– dijo la reina.

Su tío frunció el ceño. –Siéntate. Hay cosas que necesito decirte.

No quería sentarse. –Todavía estás enfadado conmigo. Lo noto en tu voz. Perdóname, tío. Estuvo malque te lanzase aquella copa de vino, pero...

–¿Crees que me importa una copa de vino? Lancel es mi hijo, Cersei. Tu propio sobrino. Si estoy enfadado contigo, esa es la causa. Debiste haber cuidado de él, guiarlo, encontrarle una adorable chica de buena familia. En lugar de eso..

–Lo sé, lo sé– «Lancel me quería mas de lo que yo le había querido. Apostaría a que incluso todavía». –Estába sola y débil. Por favor. Tío. Oh tío. Me alegro tanto de ver tu cara, tu dulce ducle cara. He hecho cosas cosas terrible, lo sé, pero no podría soportar que me odies– Echó los brazos alrededor de él, lo besó en la mejilla. –Perdóname. Perdóname.

Ser Kevan vaciló ante el abrazo durante un latido de corazón antes de que le devolviese el abrazo. Su abrazo fue breve y torpe. –Basta– dijo, su voz deguía siendo dura y fría. –Estas perdonada. Ahora siéntate. Traigo malas noticias, Cersei.

Sus palabras le aterraron. –¿Le ha ocurrido algo a Tommen? Por favor, no. He temido tanto por mi hijo. Nadie me dice nada. Por favor, dime que Tommen está bien.

–Su Alteza se encuentra bien. Pregunta por ti a menudo– Ser Kevan puso le puso las manos sobre los hombros, dándole un abrazo mayor.

–¿Entonces es Jaime? ¿Es Jaime?

–No. Jaime se encuentra todavía en las Tierras de los Ríos, en alguna parte.

–¿En alguna parte?– No le gustaba como sonaba eso. –Tomó Arbol del Cuervo y aceptó la rendición de Lord Blackwood– dijo su tío –pero en su camino de regreso a Aguasdulces salió del rumbo y se fue con una mujer.

–¿Una mujer?– Cersei lo miro fijamente, sin comprendes. –¿Qué mujer? ¿Por qué? ¿A dónde fueron?

–Nadie lo sabe. No hemos tenido más noticias de él. La mujer pudo haber sido la doncella del Atardecer, Lady Brienne.

Ella. La reina recordó a la Dama de Tarth, enorme y fea, arrastrando los pies vestida con ropajes de hombre. «Jaime no me abandonaría por semejante criatura. Mi cuervo nunca llegó, si no hubiese venido».

–Hemos recibido informes de mercenarios desembarcando en todo el sur– Estaba diciendo Ser Kevan. –Tarth, Septo de Piedra, el Cabo de la Ira … me gustaría saber donde encontró Stannis el dinero para contratar a las compañías libres. No tengo fuerzas suficientes para tratar con ellos, no aquí. Mace Tyrell podría, pero se niega a movilizarse hasta que el asunto con su hija esté resuelto.

«Un verdugo resolvería el asunto de Margaery lo suficientemente rápido». A Cersei no le importaba un higo Stannis ni sus mercenarios. «Los Otros se lleven a ellos y a los Tyrell. Dejad que se masacren, el reino sería un lugar mejor». –Por favor, tío, sácame de aquí.

–¿Como? ¿Por la fuerza de las armas?– Ser Kevan caminó hasta la ventana y miró hacia fuera, con

el ceño fruncido. –Tendría que hacer una carnicería en este lugar sagrado. Y no tengo los hombres suficientes. La mejor parte de nuestras fuerzas está en Aguasdulces con tu hermano. No tuve tiempo para levantar una nuevo hueste Se volvió hacia ella. –He hablado con su Altísima Santidad. No va a soltarte hasta que hayas expiado todos tus pecados.

–He confesado.

–Expiado, me dijo. Ante la ciudad. Un paseo...

–No– Sabía lo que su tío estaba a punto de decir, y no quería oírlo. –Nunca. Díselo, si hablad e nuevo con él. Soy una reina, no una puta del puerto.

–No se te dañará. Nadie te tocará...

–No– dijo, con mayor nitidez. –Prefiero morir.

Ser Kevan permaneció impasible. –Si ese es tu deseo, puede que suceda pronto. Su Altísima Santidad se resuelve en que seas juzgada por regicidio, deicidio, incesto y alta traición.

–¿Deicidio?– Casi se echó a reír. –¿Cuándo maté a un dios?

–El Gran Septón habla por los Siete en la tierra. Golpéale a él y estarás golpeando a los mismísimos dioses– Su tío se levantó una mano antes de que pudiese protestar. –No es bueno hablar de estas cosas. No aquí. Hay momento para todo en el juicio– Él miró alrededor de su celda. La expresión de su cara lo decía todo.

«Alguien está escuchando». Incluso aquí, incluso ahora, no se atrevía a hablar libremente.

Inspiró profundamente. –¿Quién me va a juzgar?

–La Fe– dijo su tío –a menos que insistas en un juicio por combate. En cuyo caso deberás ser defendida por un caballero de la Guardia Real. Cualquiera que sea el resultado, tu mandato ha llegado a su fin. Yo serviré a Tommen como regente hasta que llegue a la mayoría de edad. Mace Tyrell ha sido nombrado Mano del Rey. El Gran Maestre Pycelle y Ser Harys Swyft seguirán como antes, pero ahora Paxter Redwyne es el Lord Almirante y Randyll Tarly ha asumido el cargo de justicia mayor.

«Abanderados Tyrell ambos dos». El gobierno de todo el reino estaba siendo entregado a sus enemigos. Familiares y allegados a la Reina Margaery. –Margaery está acusada también. Ella y sus primas. ¿Cómo es que los gorriones las han liberado y a mi no?

–Randyll Tarly insistió. Él fue el primero en llegar a Desembarco del Rey, cuando estalló la tormenta, y trajo a su ejército con él. Las chicas Tyrell todavía están acusada, pero los cargos en su contra son débiles, Su Altísima Santidad lo admite. Todos los hombres nombrados como los amantes de la reina han negado la acusación o se han retractado, a excepción de su cantante mutilado, que parece estar medio loco. Por lo que el Gran Septón entregó a las niñas a la custodia de Lord Randyll Tarly que juró entregarlas para juzgarlas cuando llegue el momento.

–¿Y sus acusadores?– Exigió la reina. –¿Quién los tiene?

–Osney Kettleblack y el Bardo Azul están aquí, bajo el Septo. Los gemelos Redwyne han sido declarados inocentes, y Hamish el Arpista ha muerto. El resto está en las mazmorras bajo la

Fortaleza Roja, a cargo de su hombre, Qyburn.

Qyburn, pensó Cersei. Eso esa bueno, una ramita al menso que podía empuñar. Lord Qyburn los tenía y Lord Qyburn podría hacer maravillas. Y horrores. También puede hacer cosas horribles.

–Hay algo más, peor. ¿Quieres sentarte?

–¿Sentarme?– Cersei sacudió la cabeza ¿Qué podría ser peor.? Iba a ser juzgada por alta traición, mientras que la pequeña reina y sus primas volaban libres tan alto como los pájaros. –Dime. ¿Que sucede?

–Myrcella. Hemos tenido graves noticias de Dorne.

–*Tyrion*– dijo de inmediato. Tyrion había enviado a su hija a Dorne, y Cersei había enviado a Ser Balon Swann para traerla a casa. Todos los Dornienses eran unas serpientes , y los Martell los peores de ellos. La Víbora Roja había tratado de defender al Gnomo, había llegado incluso a un pelo de la victoria que le hubiese permitido al enano escapar de la culpa por el asesinato de Joffrey. –Es él, él ha estado en Dorne todo este tiempo, y ahora se ha apoderado de mi hija.

Ser Kevan le mostró otra mueca. –Myrcella fue atacada por un caballero dorniense llamado Gerold Dayne. Ella está viva, pero herida. Sufrió un corte en el rostro, … lo siento … perdió una oreja.

–Una oreja– Cersei lo miró, horrorizada. «Era sólo una niña, mi preciosa princesita. Era tan bonita». –Él le corto la oreja. Y el príncipe Doran y sus caballeros Dornienses, ¿dónde estaban? ¿No pudieron defender a una niña?¿ Dónde estaba Arys Oakheart?

–Asesinado, defendiéndola. Se dice que Dayne lo derribó.

La Espada del Amanecer había sido un Dayne, recordó la reina, pero lleva mucho tiempo muerto. ¿Quién era ese Ser Gerold y, por qué deseaba hacer daño a su hija? No podía verle ningún sentido a todo esto, a menos que... –Tyrion perdió la mitad de la nariz en la batalla del Aguasnegras. Cortando su rostro, arrancándole una oreja … los sucios deditos del Gnomo están detrás de todo esto.

–El príncipe de Dorne no dijo nada de tu hermano. Y Balon Swann escribe que Myrcella lo pone todo sobre ese tal Gerold Dayne. Estrellaoscura lo llaman.

Ella soltó una risa amarga. –Como quiera que se llame, es una mascota de mi hermano. Tyrion tiene amigos entre los Dornienses. El Gnomo lo tenía planeado desde el principio. Fue Tyrion quien prometió a Myrcella al príncipe Trystane. Ahora entiendo por qué.

–Ves a Tyrion en cada sombra.

–Es una criatura de las sombras. Mató a Joffrey. Mató a mi padre. ¿Creías que iba a parar ahí? Temía que el diablillo se encontrase en Desembarco del Rey tratando de dañar a Tommen, pero en vez de eso debe haber ido a Dorne a matar a Myrcella primero– Cersei se paseó por el borde de la celda. –Tengo que estar con Tommen. Estos caballeros de la Guardia Real son tan inútiles como los pezones en una coraza– Se volvió hacia su tío. –Ser Arys fue asesinado, has dicho.

–A manos de este hombre, Estrellaoscura, si.

–Muerto, está muerto, estás seguro de eso?

–Eso es lo que han dicho.

–Entonces hay un lugar vacío entre la Guardia Real. Que debe ser llenado de inmediato. Tommen debe ser protegido.

–Lord Tarly está elaborando una lista de los caballeros dignos que debe considerar tu hermano, pero hasta que reaparezca Jaime...

–El rey puede darle a un hombre una capa blanca. Tommen es un buen chico. Dígale a quien tiene que nombrar y él lo nombrará.

–¿Y a quién habrías de nombrar?

No tenía una respuesta preparada. «Mi campeón necesitará un nuevo nombre, así como una nueva cara». –Qyburn lo sabrá. Confía en él en esto. Tu y yo hemos tenido nuestras diferencias, tío, pero por la sangre que compartimos y el amor que tenías hacia mi padre, por el bien de Tommen y el bien de su pobre hermana mutilada, haz lo que te pida. Ve a Lord Qyburn en mi nombre, llevale una capa blanca, y dile que ha llegado el momento.

55. EL GUARDIÁN DE LA REINA

–Tu fuiste un hombre de la reina– dijo Reznak mo Reznak –El rey desea tener a sus propios hombres alrededor cuando permanezca en la corte.

«Yo soy un hombre de la reina todavía. Hoy, mañana, siempre, hasta mi último aliento o el de ella». Barristan Selmy se negaba a creer que Daenerys Targaryen estuviese muerta.

Tal vez por eso era por lo que estaba siendo dejado de lado. «Uno a uno, Hizdahr nos está eliminando a todos». Belwas el Fuerte se quedó en las puertas de la muerte en el templo, bajo el cuidado de las *Gracias Azules*... aunque Selmy medio sospechaba que ellas estaban terminando el trabajo que la langostas en miel habían comenzado. Skahaz Shavepate había sido despojado de su mando. Los Inmaculados se habían retirado a sus cuarteles. Jhogo, Daario Naharis, el almirante Groleo y el Héroe de los Inmaculados eran mantenidos como rehenes de Yunkai. Aggo, Rakharo y el resto del khalasar había sido enviado al otro lado del río en busca de su reina perdida. Incluso Missandei había sido reemplazado, el rey no creía que fuese conveniente usar a un niño, antaño esclavo Naathi, como su heraldo. «Y ahora yo».

Hubo una vez en que él se podría haber tomado ese despido como una mancha en su honor. Pero eso fue en Poniente. En el nido de víboras que era Meereen, el honor parecía tan ridículo como un bufón con traje multicolor. Y esta desconfianza era mutua. Hizdahr zo Loraq podría ser el consorte de la reina pero nunca sería su rey. –Si su Excelencia desea que me retire de la corte...

–Su Resplandor– corrigió el senescal –No, no, no, me ha entendido mal. Su Adoración está recibiendo una delegación de Yunkai para discutir la retirada de sus ejércitos. Ellos puede que pidan... ah... una compensación por aquellos que perdieron sus vidas debido a la furia del dragón. Una delicada situación. El rey considera que será mejor si ven al rey Meereenese en el trono protegido por guerreros Meereenese. Seguramente es capaz de entender eso, Ser.

«Entiendo más de lo que sospechas». –¿Puedo saber los hombres que su Gracia ha elegido para protegerle?

Reznak mo Reznak sonrió con su zalamera sonrisa. –Luchadores temibles que aman a su Señoría. Goghor el Gigante. Khrazz. El gato moteado. Belaquo Rompehuesos. Todos héroes.-

«Combatientes de las arenas todos ellos». Ser Barristan estaba sorprendido. Hizdahr zo Loraq se había sentado con dificultades en su nuevo trono. Mil años habían pasado desde que Meereen tuvo a su último rey y existían algunos, incluso entre los de sangre noble, que pensaban que podría haberse hecho una elección mejor. Fuera de la ciudad estaba Yunkai con sus mercenarios y aliados, dentro los Hijos de la Arpía.

Y los defensores del rey eran menos cada día. Una torpeza de Hizdahr con Gusano Gris le había costado los Inmaculados. Cuando su Gracia trató de ponerles bajo las ordenes de su primo, quien ya tenía las Bestias de Bronce, Gusano Gris informó al rey de que eran hombres libres que sólo tomaban ordenes de su madre. En cuanto a las Bestias de Bronce, la mitad eran hombres libres y los demás eran cabezas afeitadas cuya lealtad verdadera todavía podía estar con Skahaz mo Kandaq. Los combatientes de las arenas eran el único apoyo de confianza en un mar de enemigos.

–Puede que ellos defiendan a su Gracia contra todas las amenazas– El tono de Ser Barristan no daba ninguna pista sobre sus verdaderos sentimientos, los cuales había aprendido a ocultar hacía años en Desembarco del Rey.

–Su *Magnificencia*– subrayó Reznak mo Reznak –Sus otras funciones se mantienen sin cambios, ser. Si la paz falla, su *Radiantez* todavía podría desear que comandase sus fuerzas en contra de los enemigos de nuestra ciudad.

*«*Él tiene bastante sentido común, por lo menos». Belaquo Rompehuesos y Goghor el Gigante podrían servir como los defensores de Hizdahr, pero la idea de alguno de ellos conduciendo a un ejercito a la batalla era tan ridícula que el viejo caballero casi sonrió –Soy su hombre si su *Gracia* desea que sea el comandante.

–No es su *Gracia*– se quejó el senescal –Ese estilo es de Poniente. Su Magnificiencia, su Resplandor, su Señoría

*«*Su Vanidad le quedaría mejor». –Como usted diga

Reznak se humedeció los labios. –Entonces, hemos terminado.

Esta vez su sonrisa aceitosa presagiaba el despido. Ser Barristan se marchó, agradecido por dejar el olor del perfume del senescal detrás de él. «Un hombre debe oler a sudor, no a flores».

La Gran Piramide de Meereen tenía 800 metros de altura desde la base hasta la cima. Las habitaciones del senescal estaban en el segundo nivel. Las recámaras de la reina y las suyas propias ocupaban la parte más alta. *«*Una larga subida para un hombre de mi edad», pensó ser Barristan empezando el ascenso. Había sido conocido por realizar ese camino cinco o seis veces al día por asuntos de la reina, tal y como sus doloridas rodillas y la parte baja de su espalda podían atestiguar. «Llegará un día en el que no pueda hacer frente a estos escalones»*,* pensó, «y ese momento puede estar más cercano de lo que desearía». Antes de que llegase, debería asegurarse de que al menos algunos de sus muchachos estuviesen preparados para tomar su puesto al lado de la reina. *«*Los armaré caballero yo mismo cuando sean dignos y les daré a cada uno un caballo y unas espuelas doradas».

Las habitaciones reales estaban tranquilas y silenciosas. Hizdahr no había fijado su residencia allí, prefiriendo establecer sus propias cámaras en lo más profundo del corazón de la Gran Piramide, donde sólidas paredes de ladrillo le rodeaban por todas partes. Mezzara, Miklaz, Qezza y el resto de los jóvenes coperosde la reina (rehenes en realidad, pero se habían encariñado ambos tanto con los muchachos que le resultaba difícil pensar en ellos de esa forma) se habían ido con el rey, mientras que Irri y Jiqui se marcharon con los otros Dothraki. Solo Missandei se quedó, un desamparado pequeño fantasma en las inquietantes habitaciones reales de la cúspide de la pirámide.

Ser Barristan salió a la terraza. El cielo sobre Meereen era del color de la carne muerta; apagado, blanco y opresivo, una masa de nubes ininterrumpida de horizonte a horizonte. El sol estaba oculto detrás de una pared de nubes. Permanecería oculto, como se había levantado oculto esa mañana. La noche se avecinaba calida, sudurosa, sofocante, bochornosa; como aquellas en las que no circula ni un soplo de aire. «La lluvia vendría como un alivio. Podría ayudar a lavar la limpia ciudad».

Desde ahi podía mirar desde las cuatro piramides menores, las murallas de la zona oeste de la ciudad y los campos de los hombres Yunkhis hasta las orillas de la Bahia de los Esclavos, donde una gruesa columna de humo grasiento se retorcía hacía arriba como una serpiente monstruosa. «Los Yunkhis queman a sus muertos»*,* se dio cuenta. «La palida yegua está galopando a través del campamento de los sitiadores». A pesar de todo lo que la reina había hecho, la enfermedad se había extendido tanto dentro como fuera de las murallas de la ciudad. Los mercados de Meereen estaban cerrados, las calles vacías. El rey Hizdahr había permitido que las Arenas de Combate permaneciesen abiertas pero el público era escaso. Los Meereenese habían empezado a rehuir el

Templo de las Gracias, según sus informes.

«Los esclavistas encontraran también alguna manera de culpar a Daenerys de eso», pensó amargamente. Casi podía oir sus susurros (Grandes Maestros, Hijos de la Arpía, Yunkai) todos diciéndose los unos a otros que su reina estaba muerta. Media ciudad lo creía aunque todavía no tenían el coraje de decir esas palabras en voz alta. «Pronto, creo».

Ser Barristan se sentía muy cansado, muy viejo. «¿Donde se han ido todos estos años?» En los últimos tiempos, cada vez que se arrodillaba en un estanque en calma para beber, veia el rostro de un extraño desde las profundidades del agua. ¿Cuándo habían aparecido esas patas de gallo por primera vez alrededor de sus ojos azul pálido? ¿Hacía cuanto tiempo su pelo había pasado de ser dorado como el sol a blanco como la nieve? «Años atrás, viejo. Décadas».

Parecía como si hubiera sido ayer cuando fue nombrado caballero, después del torneo del Rey, el desembarco de Aos. Aún podía recordar el toque del rey Aegon, la espada Aos sobre su hombro, la luz besándolo como una doncella. Las palabras atrapadas en su garganta mientrás recitaba los votos. En la fiesta de esa noche había comido costillas de jabalí, preparadas al estilo dorniano con pimientos draconianos, tan picantes que achicharraron su boca. Cuarenta y siete años después y el sabor todavía perduraba en su memoria, pese a que hubiera sido incapaz de decir lo que había cenado diez noches atrás aunque los Siete Reinos hubieran dependido de ello. «Perro hervido, probablemente. O algún otro guiso repugnante con un sabor parecido».

No por primera vez, Selmy se preguntó que extraño designio le había conducido hasta allí. Él era un caballero de Poniente, un hombre de tierras tormentosas y marchas dornianas; su lugar estaba en los Siete Reinos, no allí en las sofocantes costas de la Bahía de los Esclavos. «Vine para devolver a Daenerys a casa». Sin embargo la había perdido, tal y como había perdido a su padre y a su hermano. «Incluso a Robert. También le fallé a él».

Quizás Hizdahr era más sabio de lo que suponía. «Hace diez años habría detectado lo que Daenerys tenía intención de hacer. Hace diez años habría sido lo suficientemente rápido como para detenerla». En su lugar se quedó confundido gritando su nombre cuando ella saltó al pozo, corriendo inultimente detrás suyo a través de las rojas arenas. Me he convertido en un anciano lento. No es de extrañar que Naharis se burlase de él llamándole Ser Abuelo. «¿Daario se hubiera movido más rápidamente si hubiera estado al lado de la reina ese día?» Selmy creía conocer la respuesta, a pesar de que era una que no le gustaba.

Había soñado con ello de nuevo la pasada noche: Belwas arrodillado vomitando bilis y sangre, Hizdahr urgiendo a los cazadores de dragones, hombres y mujeres huyendo aterrorizados, luchando por dar unos pasos, subiendose encima los unos de los otros, gritando y chillando. Y Daenerys...

«Su pelo ardiendo. Látigo en mano y gritando, encaramándose poco después a la espalda del dragón mientras éste echaba a volar». La arena que Drogon levantó mientras alzaba el vuelo cegó los ojos de Ser Barristan pero a pesar de eso vio a través del velo de lágrimas como la bestia salía del foso golpeando con sus gigantescas alas negras los hombros de los guerreros de bronce de las puertas.

Del resto se enteró más tarde. Más allá de las puertas había una densa muchedumbre. Enloquecidos por el olor a dragón, los caballos debajo encabritados de terror, arremetiendo con sus cascos herrados. Puestos de comida y palanquines fueron arrollados por igual, los hombres derribados y pisoteados. Las lanzas fueron arrojadas, las ballestas disparadas. Algunas dieron en el blanco. El dragon se retorció violentamente en el aire con heridas humeantes y una muchacha aferrada a su lomo. Luego se desató el fuego.

A las Bestias de Bronce les había tomado lo que quedaba de día y casi toda la noche recoger los cadáveres. El recuento final fue de doscientos catorce muertos, tres veces más de quemados o heridos. Drogon ya se había marchado de la ciudad por ese entonces, siendo visto por última vez volando hacia el norte, a la altura de Skahazadhan. De Daenerys Targaryen ningún rastro se había encontrado. Algunos juraban haberla visto caer. Otros insistían en que el dragón la había raptado para devorarla. «Están equivocados».

Ser Barristan no sabía más sobre dragones que aquello que todos los niños escuchaban en los cuentos pero conocía a los Targaryens. Daenerys había cabalgado ese dragón como Balerion había montado al suyo en los tiempos antiguos. –Ella podría estar volando hacía casa– se dijo a si mismo en voz alta –No– murmuró una voz suave detrás suyo –Ella no haría eso, ser. No se iría a casa sin nosotros.

Ser Barristan se dio la vuelta. –Missandei. Niña. ¿Cuánto tiempo has estado ahí?

–No mucho. Una lo siente si ella lo ha molestado– vaciló –Skahaz mo Kandaq desea hablar con usted.

–¿El Cabeza pelada? ¿Has hablado con él?- Eso era precipitado, imprudente. La enemistad entre Shakaz y el rey era profunda y la chica era lo suficientemente inteligente como para saberlo. Shakaz había sido muy directo en su oposición al matrimonio de la reina, un hecho que Hizdahr no había olvidado. –¿Está aquí? ¿En la pirámide?

–Cuando él lo desea. Va y viene, ser.

Si. Podía. –¿Quien te ha contado que deseaba tener unas palabras conmigo?

–Una Bestia de Bronce. Llevaba una máscara de lechuza.

«Usaba esa cuando habló contigo. Pero ahora podría estar vistiendo una de chacal, tigre o incluso oso perezoso». Ser Barristan había odiado las máscaras desde el principio y nunca más que en ese momento. Los hombres honestos no tienen motivos para ocultar sus rostros. Y el Shavepate...

«¿En que podría estar pensando?» Después de que Hizdahr había dado el mando de las Bestias de Bronce a su primo Marghaz zo Loraq, Skahaz fue nombrado Guardían del Rio, con poder sobre todos los transbordadores, dragas y canales de irrigación a lo largo del Skahazadhan durante cincuenta leguas, pero el Shavepate había rechazado una antigua y honorable oficina, como Hizdahr lo había llamado, prefiriendo retirarse a una modesta piramide de Kandaq. «Sin la reina para protegerle, corre un serio riesgo al venir aquí». Y si Ser Barristan era visto hablando con él, las sospechas también podrían caer sobre el caballero.

No le gustaba nada de todo eso. Olía a engaño, susurros, mentiras y conspiraciones en la oscuridad, todas esas cosas que había esperado dejar atrás con la Araña, Meñique y sus semejantes. Barristan Selmy no era un hombre culto pero él ojeaba frecuentemente las páginas del Libro Blanco, donde estaban registradas las obras de sus predecesores. Algunos habían sido héroes, otros debiluchos, bribones o cobardes. Sin embargo, casi todos fueron simplemente hombres, más rápidos y fuertes que la mayoría, más hábiles con la espada y el escudo; pero todavía presas del orgullo, la ambición, la lujuria, la ira, los celos, la codicia, el hambre de poder y todos los demás defectos que afectaban al común de los mortales. Los mejores entre ellos superaron sus fallos, cumplieron con su deber y murieron con la espada en las manos. Los peores...
«Los peores fueron aquellos que jugaron el juego de tronos». –¿Puedes encontrar a ese búho de nuevo?– preguntó a Missandei.

–Esta lo puede intentar, ser

–Dile que voy a hablar con... con nuestro amigo... después de que anochezca, junto a los establos– Las puertas principales de la pirámide se cerraban y atrancaban tras la puesta de sol. Los establos estarían en calma a esa hora. –Asegúrate de que es el mismo búho– No serviría de nada decírselo por error a otra Bestia de Bronce y que escuchase todo eso.

–Ésta ha entendido– Missandei se dio la vuelta como si se fuese a marchar, se paró durante un momento y dijo –Se comenta que los Yunkai han rodeado la ciudad con escorpiones, soltando descargas de hierro al cielo por si Drogon vuelve.

Ser Barristan también lo había oido –No es algo sencillo matar un dragón en vuelo. En Poniente, muchos trataron de derribar a Aegon y sus hermanas. Ninguno tuvo éxito.

Missandei asintió con la cabeza. Era difícil afirmar si eso la tranquilizaba –¿Cree que ellos la encontrarán, ser? Los pastizales son vastos y los dragones no dejan huellas en el cielo.

Aggo y Rakharo son sangre de su sangre... y ¿quién conoce mejor que los Dothraki el mar Dothraki?– apretó su hombro –La encontrarán si ella puede ser localizada– «Si aún vive». Había otros khals que merodeaban las praderas, con señores de los caballos y khalasars cuyos jinetes se contaban por decenas de miles. Pero la muchacha no necesitaba escuchar todo eso –Deseas que esté a salvo, lo sé. Te juro que la mantendré segura.

Esas palabras parecieron consolar un poco a la pequeña. «Sin embargo, las palabras se las lleva el viento», pensó ser Barristan. «¿Cómo voy a proteger a la reina si no estoy con ella?»

Barristan Selmy había conocido muchos reyes. Su nacimiento tuvo lugar durante el problemático reinado de *Aegon el Improbable*, aclamado por la gente común había recibido el título de caballero de sus manos. El hijo de Aegon, Jaehaerys, había colocado el manto blanco sobre él cuando tenía trece años, después de que matase a Maelys el Monstruoso durante la *Guerra de los Reyes de Nueve peniques*. Con ese mismo manto había estado al lado del Trono de Hierro mientras la locura consumía al hijo de Jaehaerys, Aerys. «Estuvo, vió, oyó y no hizo nada».

Pero no. Eso no era justo. Cumplió con su deber. Algunas noches Ser Barristan se preguntaba si no había cumplido con su deber demasiado bien. Había jurado sus votos ante los ojos de los dioses y los hombres, por honor era incapaz de ir contra ellos... pero mantener su palabra se había ido volviendo cada vez más difícil durante los últimos años del reinado del rey Aerys. Había visto cosas que le resultaba doloroso recordar y más de una vez se había preguntado cuanta de esa sangre tenía en sus propias manos. Si no hubiera ido a Duskendale para rescatar de las mazmorras de Lord Darklyn a Aerys, el rey podría haber muerto allí cuando Tywin Lannister saqueó la ciudad. Después el principe Rhaegar habría ascendido al Trono de Hierro, quizás para curar al reino. Duskendale había sido su momento de gloria, pero el recuerdo tenía un regusto amargo.

Sin embargo, eran sus fracasos los que le acosaban por las noches. «Jaehaerys, Aerys, Robert. Tres reyes muertos. Rhaegar, el cual habría sido un rey más adecuado que cualquiera de ellos. La princesa Elia y sus hijos. Aegon, que era sólo un bebe y Rhaenys con sus gatitos». Muertos, cada uno de ellos, a pesar de que aquel que había jurado protegerlos continuaba con vida. Y ahora Daenerys, su resplandeciente reina niña. «Ella no está muerta. No lo creeré».

El atardecer trajo a Ser Barristan un pequeño respiro de sus dudas. Se lo pasó en la sala de entrenamiento del tercer nivel de la pirámide, trabajando con sus aprendices, enseñándoles el arte de la espada y el escudo, el del caballo y el de la lanza... y el honor, código que convertía más a

alguien en caballero que cualquier campo de batalla. Daenerys podría llegar a necesitar protectores de su misma edad después de que él muriese y Ser Barristan estaba decidido a dar ejemplo.

Los muchachos que estaba instruyendo tenían edades comprendidas entre los ocho y los veinte años. Había comenzado con más de sesenta pero la formación había demostrado ser demasiado rigurosa para muchos. Menos de la mitad de ese número continuaba ahora pero algunos mostraban ser prometedores. Sin rey al que proteger, tendré más tiempo para entrenarlos», se dio cuenta mientras caminaba de una pareja a otra, viendo como iban el uno hacia el otro con sus espadas embotadas y lanzas de cabeza redondeada. «Chicos valientes. Bastardos, cierto, pero algunos serán buenos caballeros y además adoran a la reina. Si no hubiera sido por ella, todos habrían acabado en los pozos. El rey Hizdahr tiene sus campos de lucha pero Daenerys tendrá caballeros».

–Manten tu escudo arriba– gritó –Muéstrame tus movimientos. Juntos ahora. Abajo, arriba, abajo, abajo, arriba, abajo...

Selmy tomo una cena sencilla en la terraza de la reina esa noche y comió hasta que el sol se escondió tras el horizonte. A través del púrpura crepúsculo vio los fuegos despertarse uno por uno en las grandes pirámides escalonadas mientras los multicolores ladrillos de Meereen pasaban al gris y poco después al negro. Las sombras se reunieron a continuación en calles y callejones, haciendo charcas y rios. En el crepúsculo la ciudad parecía un lugar traquilo, incluso hermoso. «Es la peste, no es paz», el viejo caballero se dijo a si mismo con su último sorbo de vino.

No quería sobresalir entre la multitud, así que cuando terminó la cena se quitó las ropas de la corte cambiando la capa blanca de los guardianes de la reina por una capa de viajero marrón con capucha como cualquier hombre común puede llevar. Conservó su espada y una daga. «Esto todavía podía resultar ser una trampa». Tenía poca confianza en Hizdahr y menos aun en Reznak mo Reznak. El perfumado senescal bien podría ser parte de todo esto, tratando de atraerle a una reunión secreta para así poder luego acusarles tanto a él como a Skahaz de conspirar contra el rey. «Si el Shavepate habla de traición, me dejará sin otra opción que arrestarle. Hizdahr es el consorte de mi reina, por poco que me guste. Mi deber es para con él, no para Skahaz».

¿O no era así?

El primer deber de la Guardia Real era defender al rey del daño y la amenaza. Los Caballeros Blancos prestaban juramento de obedecer las ordenes del rey, guardar sus secretos y, aconsejarle cuando se les pedía y mantener silencio cuando no eran requeridos, servir a su placer y defender su nombre y honor. Estrictamente hablando, era puramente a elección del rey extender o no la protección de su guardia a otros, incluso si esos eran de sangre real. Algunos reyes pensaron que era correcto y apropiado disponer de la Guardia Real para servir y defender a sus esposas e hijos, hermanos, tias, tios y primos en mayor y menor grado, y ocasionalmente incluso a sus amantes, queridas y bastardos. Pero otros habían preferido usar guardianes y hombres de armas para estos propósitos, mientras mantenían a sus siete como su propia guardia personal, nunca lejos de su lado.
«Si la reina me hubiera ordenado proteger a Hizdahr, yo no habría tenido más remido que obedecer». Pero Daenerys Targaryen nunca había establecido una apropiada Guardia de la Reina incluso para si misma por lo que tampoco había emitido ninguna orden respecto a su consorte. «El mundo era más sencillo cuando tenía a un comandante para decidir estos asuntos», reflexionó Selmy. «Ahora yo soy el Lord Comandante y es difícil saber cual es el camino correcto».

Cuando por fin llego a la parte inferior del último tramo de escalones, se encontró casi solo entre los corredores alumbrados con antorchas dentro de las sólidas paredes de ladrillo de la pirámide. Las grandes puertas estaban cerradas, tal y como había previsto. Cuatro Bestias de Bronce hacían guardia fuera de esas puertas y cuatro más en su interior. Estos fueron los que el viejo caballero se

encontró; hombres grandes, con máscaras de jabalí, oso, ratón y mantícora.

–Todo tranquilo, ser– le dijo el oso.

–Manténganlo así– era algo conocido los paseos nocturnos de Ser Barristan para asegurarse de que la pirámide continuaba en calma.

Más adentro de la estructura, otras cuatro Bestias de Bronce se guardaban las puertas de hierro que conducian a la fosa donde Viserion y Rhaegal estaban encadenados. La luz de las antorchas relucía en sus máscaras: mono, carnero, lobo y cocodrilo.

–¿Han sido alimentados?– preguntó Ser Barristan

–Si, ser– respondió el mono –Una oveja cada uno.

«¿Durante cuanto tiempo eso será suficiente, me pregunto?» A medida que los dragones crecían también lo hacían sus apetitos. Ya era la hora de encontrarse con el cabeza pelada. Ser Barristan hizo que su camino continuase más alla de los elefantes y la yegua plateada de la reina hasta la parte trasera de los establos. Un asno rebuznó a su paso y unos pocos caballos se agitaron a la luz de su linterna. Por lo demás, todo era oscuridad y silencio.

Entonces una sombra se desprendió del interior de un puesto vacío convirtiéndose en otra Bestia de Bronce, con su falda plisada negra, sus perneras metálicas y sus musculosos pectorales metálicos.
–¿Un gato?- dijo Barristan Selmy cuando vio el bronce debajo de la capucha. Cuando el Shavepate había dirigido las Bestias de Bronce, se había adornado con una máscara de serpiente, imperiosa y aterradora.

–Los gatos van a todas partes– replicó la familiar voz de Skahaz mo Kandaq. –Nadie los mira.

–Si Hizdahr se enterase de que estas aquí...

–¿Quién se lo va a decir? ¿Marghaz? Marghaz sabe lo que yo quiero que sepa. Las Bestias son todavía mías. No lo olvides– La voz de Cabeza pelada estaba amortiguada por su máscara pero Selmy podía escuchar el enojo que desprendia. –Tengo al envenenador

–¿Quién?

–El repostero de Hizdahr. Su nombre no significará nada para usted. El hombre solo era una pata de los gatos. Los Hijos de la Arpía tomaron a su hija y juraron que sería devuelta sana y salva una vez que la reina estuviese muerta. Belwas y el dragón salvaron a Daenerys. Nadie salvó a la niña. Fue devuelta a su padre en la oscuridad de la noche en nueve pedazos. Uno por cada año que vivió.

–¿Por qué?– La incertidumbre le roía. –Los Hijos habían dejado de matar. La paz de Hizdahr...

–Es una farsa. No al principio. Los Yunkai estuvieron asustados de nuestra reina, de sus Inmaculados, de sus dragones. Esta tierra ha conocido dragones antes. Yurkhaz zo Yunzak ha leido sus historias, lo sabía. Hizdahr también. ¿Por qué no la paz? Daenerys la quería, ellos podían verlo. La deseaba demasiado. Se tendría que haber marchado a Astapor.– Skahaz se acercó –Eso era antes. Las arenas de combate cambiaron todo. Daenerys se fue, Yurkhaz murió. En lugar de un viejo león, una manada de chacales. Barbasangrienta... alguien que no tiene gusto por la paz. Y hay más. Peor. Volantis ha puesto en marcha su flota contra nosotros.

–Volantis– La mano de la espada de Selmy hormigueó. «Hemos hecho la paz con Yunkai. No con Volantis». –¿Estás seguro?

–Completamente. Los Sabios Maestros lo saben. También sus amigos. La Arpía, Reznak, Hizdahr. El rey va a abrir las puertas de la ciudad a los Volantenes cuando lleguen. Todos aquellos que Daenerys liberó serán esclavizados de nuevo. Incluso algunos que nunca fueron esclavos serán cargados de cadenas. Puede que usted acabe sus días en las arenas de combate, viejo. Khrazz se comerá su corazón.

Su cabeza latía con fuerza. –Debemos contárselo a Daenerys

–Encontrarla primero– Skahaz le agarró del antebrazo. Sus dedos se sentían como el acero –No podemos esperarla. He hablado con los Hombres Libres, los Hombres de la Madre y los Escudos Valientes. No confían en Loraq. Debemos romper a los Yunkai. Pero necesitamos a los Inmaculados. Gusano Gris te escuchará. Habla con él.

–¿Con qué fin?– «Estaba hablando de traición. Conspiraciones». –Vivir– Los ojos de Cabeza pelada eran negras piscinas tras su broncínea máscara de gato. –Hay que atacar antes de que los Volantenes lleguen. Romper el cerco, matar a los señores esclavistas, tomar sus espadas juramentadas. Los Yunkai no esperan un ataque. Tengo espías en sus campamentos. Ellos están enfermos, dicen, peor cada día. La disciplina se ha perdido. Los lords están borrachos más a menudo que sobrios, empachándose en las cenas, diciéndose los unos a los otros las riquezas que ellos se dividirán cuando Meereen caiga, peleando por la supremacía. *Barba de sangre* y el *Príncipe Harapiento* se desprecian los unos a los otros. Nadie espera una pelea. Ahora no. La paz de Hizdahr nos ha adormecido, se piensan.

–Daenerys firmó esa paz– dijo Ser Barristan –No es nuestro derecho romperla sin su permiso.

–¿Y si ella está muerta?– exigió Skahaz –¿Entonces qué? Te digo que ella querría que protegiésemos su ciudad. Sus hijos.

Sus hijos eran los libertos. «Mhysa, ellos la llamaron y todos aquellos cuyas cadenas rompió. Madre». El Shavepate no estaba equivocado. Daenerys querría a sus hijos protegidos. –¿Qué hay de Hizdahr? Él es todavía su consorte. Su rey. Su marido.

–Su envenenador.

«¿Lo es?» –¿Dónde están tus pruebas?

–La corona que usa es prueba suficiente. El trono donde se sienta. Abre tus ojos, viejo. Eso era todo lo que necesitaba de Daenerys, todo lo que siempre quiso tener. Una vez que lo tuvo, ¿por qué tendría que compartirlo?

«¿Por qué en realidad?» Hacía tanto calor en el pozo. Aún podía ver el aire resplandeciente por encima de las arenas rojas, el olor a sangre derramada de los hombres que habían muerto para su diversión. Y todavía podía escuchar a Hizdahr, urgiendo a su reina a que probase las langostas con miel. «Son muy sabrosas... dulces y calientes... sin embargo, el no las había tocado en ningún momento». Selmy se frotó las sienes. «No juré mis votos por Hizdahr zo Loraq. E incluso aunque lo hubiera hecho, me ha dejado de lado tal y como lo hizo Joffrey». –Este... repostero, me gustaría interrogarle. A solas.

–¿Así lo deseas?– el Shavepate cruzó los brazos sobre su pecho –Hecho, entonces. Pregúntale lo

que quieras.

–Si... si lo que tiene que decir me convence... me uniré a ti en esto, esto... me gustaría tener su palabra de que ningún daño se abatirá sobre Hizdahr zo Loraq hasta... a menos que... se pueda demostrar que él ha tenido algún papel en todo esto.

–¿Por qué te preocupas tanto por Hizdahr, viejo? Si no es la Arpía, es su primogénito.

–Todo lo que sé con certeza es que es el consorte de la reina. Quiero tu palabra sobre esto o te juro que me opondré a ti.

La sonrisa de Skahaz era salvaje. –Mi palabra, entonces. No dañaré a Hizdahr hasta que se demuestre su culpabilidad. Pero cuando tengamos las pruebas, lo mataré con mis propias manos. Quiero sacarle las entrañas y mostrárselas antes de dejarle morir.

«No», pensó el viejo caballero. «Si Hizdahr conspiró en la muerte de mi reina yo mismo me ocuparé de él, pero su muerte será rápida y limpia». Los dioses de Poniente se encontraban muy lejos, pero aún así Ser Barristan Selmy se detuvo un momento para rezar una silenciosa plegaria, rogando a la Vieja que iluminase su camino con sabiduría. «Por los niños», se dijo a si mismo. «Por la ciudad. Por mi reina».

–Hablaré con Gusano Gris– dijo.

56. EL PRETENDIENTE DE HIERRO

Pena apareció solitaria al amanecer, sus velas negras solemnes contra el pálido rosáceo del cielo de la mañana.

«Cincuenta y cuatro», pensó Victarion amargamente cuando le despertaron, «y navega sola». Maldijo en silencio al Dios de la Tormenta por su malicia, su rabia era una piedra negra en su estómago. «¿Dónde están mis barcos?»

Había partido de Los Escudos con noventa y tres, de los cien que una vez habían formado la Flota de Hierro, una flota que pertenecía no a un solo Lord sino al trono de Piedramar mismo, capitaneada y tripulada por hombres de todas las islas. Eran barcos más pequeños que los grandes dromones de guerra de las tierras verdes, sí, pero tres veces el tamaño de cualquier barcoluengo, con cascos más profundos y salvajes arietes, adecuados para encontrarse con las propias flotas del Rey en combate.

En los Peldaños de Piedra habían repuesto grano, comida y agua fresca, después del largo viaje a lo largo de la inhóspita y árida costa de Dorne, con sus bajíos y remolinos. Allí, la *Victoria de Hierro* había capturado un grueso barco mercante, la gran coca *Lady Noble*, de camino a Antigua por camino de Puerto Gaviota, Valle Oscuro, y Desembarco del Rey, con una carga de bacalao en salazón, aceite de ballena, y arenques en vinagre. La comida fue un aporte bienvenido a sus almacenes. Otros cinco premios obtenidos en la recta Redwyne y por la costa Dorniense – tres cocas, una barcaza y una galera – habían engrosado su número hasta noventa y nueve.

Noventa y nueve barcos partieron de los Peldaños de Piedra en tres orgullosas flotas, con órdenes de reunirse de nuevo más allá de la esquina sur de la Isla de los Cedros. Cuarenta y cinco habían llegado ya al otro lado del mundo. Veintidós de las de Victarion habían llegado, en grupos de tres y cuatro, a veces solas; catorce de Ralf el Cojo; sólo nueve de aquellas que habían navegado con el pelirrojo Ralf de Puertonoble. El mismo Ralf pelirrojo estaba entre los desaparecidos. A ese número la flota había añadido nueve nuevos premios capturados en el mar, por lo que la suma era cincuenta y cuatro… Pero los barcos capturados eran cocas y pesqueros, mercaderes y esclavistas, no barcos de guerra. En batalla, serían pobres sustitutos de los barcos perdidos de la Flota de Hierro.

El último barco en aparecer había sido el *Ruina de la Doncella*, tres días antes. El día anterior a ese, tres barcos habían aparecido por el sur juntos – la cautiva Lady Noble, tambaleándose entre *Alimentacuervos* y *Beso de Hierro*. Pero el día anterior y el anterior a éste, no había pasado nada, y sólo *Jeyne Decapitada* y *Miedo* antes que eso, después dos días más de aguas vacías y cielos despejados después de que Ralf el Cojo apareciera con los restos de su escuadrón. *Lord Quellon, Viuda Blanca, Lamento, Tristeza, Leviatán, Lady de Hierro, Viento Destripador,* y *Martillo de Guerra,* con seis barcos más detrás, dos de ellos dañados por la tormenta y casi inútiles.

–Tormentas – Había balbuceado Ralf el Cojo cuando llegó arrastrándose hasta Victarion – Tres grandes tormentas, y vientos traicioneros entre ellas. Vientos rojos desde Valyria que olían a ceniza y brasas, y vientos negros que nos acercaban a aquella orilla desolada. Este viaje estaba maldito desde el principio. Ojo de Cuervo os teme, mi lord, ¿Por qué si no mandaros tan lejos? No pretende que volvamos.

Victarion había pensado lo mismo cuando se encontró con el primer día de tormenta al salir de la Vieja Volantis. «Los Dioses odian a los que matan a sus hermanos», pensaba, «si no Euron Ojo de Cuervo habría muerto doce veces por mi mano». Mientras las olas rompían a su alrededor y la cubierta subía y bajaba bajo sus pies, había visto a la *Festín de Dagon* y a la *Marea Roja* chocarse tan violentamente que ambas explotaron en astillas. «La obra de mi hermano», había pensado. Aquellos eran los dos primeros barcos que había perdido de su tercio de la flota. Pero no los últimos.

Así que había abofeteado al Cojo dos veces en la cara y había dicho:

–La primera es por los barcos que has perdido, la segunda por decir maldiciones. Vuelve a hablar de eso y clavaré tu lengua al mástil. Si Ojo de Cuervo puede hacer mudos, yo también – La punzada de dolor en su mano izquierda hizo que las palabras sonaran más duras de lo que habrían sido si no, pero lo dijo de verdad – Vendrán más barcos. Las tormentas han terminado por ahora. Recuperaré mi flota.

Un mono en el mástil sobre él chilló, casi como si pudiera sentir su frustración. «Sucia bestia ruidosa». Podría mandar a un hombre para cogelo, pero a los monos parecía gustarles aquel juego, y habían demostrado ser más ágiles que su tripulación. El chillido resonó en sus oídos, sin embargo, e hizo que el dolor de su mano pareciera peor.

–Cincuenta y cuatro – Gruñó.

Habría sido mucho esperar toda la fuerza de la Flota de Hierro tras un viaje de tal distancia… Pero setenta barcos, incluso ochenta, podría haberle concedido el Dios Ahogado. «Ojalá tuviéramos a Pelomojado con nosotros, o a cualquier otro monje». Victarion había hecho un sacrificio antes de partir, y otro de nuevo en los Peldaños de Piedra cuando dividió la flota en tres, pero quizá hubiera dicho las oraciones equivocadas. «Eso, o es que el Dios Ahogado carece de poder aquí». Había comenzado a temer cada vez más que hubieran navegado demasiado lejos, hasta mares extraños donde incluso los Dioses eran extraños… Pero dudas como aquellas sólo se las había confesado a su mujer morena, que no tenía lengua para repetirlas.

Cuando *Grief* apareció, Victarion convocó a Wulfe Una Oreja.

–Quiero hablar con el Campestre. Manda avisar a Ralf el Cojo, Tom Sinsangre, y al Pastor Negro. Todas las partidas de caza deben ser convocadas de nuevo, los campamentos de orilla desmontados antes de la primera luz. Carga tanta fruta como puedas recoger y sube a los cerdos a los barcos. Podemos matarlos si los necesitamos. *Tiburón* debe quedarse aquí, para informar a los que se han desviado a dónde hemos ido – Necesitaría ese tiempo para que la repararan; las tormentas la habían dejado en poco más que en un esqueleto. Aquello los reducía a cincuenta y tres, pero no se podía hacer nada – La Flota saldrá mañana, con la marea de la tarde.

–Como ordenéis – Dijo Wulfe – Pero un día más podría significar un barco más, Lord Capitán.

–Sí. Y diez días podrían significar diez barcos, o ninguno. Ya nos hemos retrasado demasiados días esperando avistar velas. Nuestra victoria serán aún más dulce si

ganamos con una flota más pequeña. «Y yo necesito alcazar a la Reina Dragón antes que los de Volantis.

En Volantis había visto a las galeras reponer provisiones. La ciudad entera parecía borracha. Se veía a marineros, soldados y caldereros bailando en las calles con nobles y mercaderes gordos, y en cada posada y bodega se levantaban las copas por los nuevos triarcas. Sólo se hablaba del oro, las gemas y los soldados que llegarían a Volantis cuando la Reina Dragon muriera. Un día de tales noticias fue lo máximo que Victarion pudo soportar; pagó el precio en oro de comida y agua, aunque se avergonzó, y se llevó sus barcos de nuevo a la mar.

Las tormentas habrían dispersado y retrasado a los de Volantis, tal y como había pasado con sus propios barcos. Si la fortuna les sonreía, muchos de sus barcos de guerra se habrían hundido o encallado. Pero no todos. Ningún Dios era tan bueno, y todas aquellas galeras verdes y jóvenes que hubieran sobrevivido bien podrían ahora estar navegando cerca de Valyria. «Navegarán hacia el norte, hacia Meereen y Yunkai, enormes dromones de guerra tripulados por soldados esclavos. Si el Dios Ahogado se lo ha permitido, ahora podrían estar en el Golfo de las penas. Trescientos barcos, quizá hasta quinientos». Sus aliados ya había salido de Meereen: la gente de Yunkai y Astapor, hombres de Nueva Ghis, Qarth, Tolos y el Dios Ahogado sabe de dónde más, incluso los barcos de guerra de Meereen, los que abandonaron la ciudad antes de que cayera. Contra todos esos, Victarion tenía cincuenta y cuatro. Cincuenta y tres, menos la *Tiburón*.

Ojo de Cuervo había navegado por medio mundo, destrozando y saqueando desde Qarth hasta *Arbolargo*, llamando a puertos paganos más allá de dónde sólo los locos irían. Euron incluso había cabalgado el Mar Humeante y vivía para contarlo. «Y eso con un solo barco. Si él puede reírse de los Dioses, yo también».

–Sí, Capitán – Dijo Wulfe Una Oreja. No era ni la mitad de hombre que Nute el Barbero había sido, pero Ojo de Cuervo le había robado a Nute. Ascendiéndole a Lord de Escudo de Roble, su hermano había hecho suyo al mejor hombre de Victarion –¿Es aún hacia Meereen?

–¿A dónde, si no? La Reina Dragón me espera en Meereen. «La mujer más hermosa en el mundo, si puedo creer a mi hermano. Su pelo es oro plateado, sus ojos son amatistas».

¿Era demasiado el esperar por una vez que Euron hubiera dicho la verdad? «Quizá». Si no, la muchacha resultaría ser una grosera con la cara picada y las tetas golpeándole las rodillas, sus “dragones” nada más que tatuajes de lagartijas de las ciénagas de Sothoryos. «Pero si ella es como Euron dice, entonces…» Él había oído hablar de la belleza de Daenerys Targaryen de labios de piratas en los Peldaños de Piedra y de mercaderes gordos en la Vieja Volantis. Podía ser verdad. Y Euron no había la había hecho un regalo para Victarion; Ojo de Cuervo pretendía tenerla para él mismo. «Me manda a mi como a un lacayo para recogerla. Cómo va a aullar cuando la reclame para mi». Deja que los hombres hablen. Habían viajado demasiado lejos y perdido demasiado como para que Victarion virara al oeste sin su recompensa.

El Capitán de Hierro cerró su mano buena formando un puño.

–Ve a comprobar que mis órdenes se llevan a cabo. Y saca al maestre de donde sea que se esté escondiendo y mándale a mi camarote.

–Sí – Wulfe se marchó.

Victarion Greyjoy se volvió hacia la cubierta, con la mirada escrutando su flota. Los barcoluengos llenaban el mar, las velas se agitaban y los remos navegaban, levando el ancla o saliendo a la carrera de la orilla de arena clara. «La Isla de los Cedros». ¿Dónde estaban los cedros? Ahogados desde hace cuatrocientos años, al parecer. Victarion había bajado a tierra una docena de veces, para cazar carne fresca, y aún no había visto un solo cedro.

El maestre afeminado que Euron le había impuesto allá en Poniente dijo que aquel lugar se había llamado una vez "La Isla de las Cien Batallas", pero los hombres que habían luchado aquellas batallas se habían convertido en polvo hacía siglos. «La Isla de los monos, así es como deberían llamarla». También había cerdos: los cerdos más grandes y negros que cualquiera de los hombres del hierro había visto nunca, y multitud de cochinillos chillones a su alrededor, criaturas valientes que no temían al hombre. «Sin embargo, aún estaban aprendiendo». Las cámaras de la Flota de Hierro se estaban llenando con jamón ahumado, cerdo en salazón, y bacón.

Los monos, sin embargo… Los monos eran una plaga. Victarion había prohibido a sus hombres llevar a cualquiera de esas demoníacas criaturas a un barco, pero aún así la mitad de su flota estaba infestada con ellos, incluso su propia *Victoria de Hierro*. Podía ver algunos ahora, balanceándose de mástil en mástil y de barco en barco. «Ojalá tuviera una ballesta».

A Victarion no le gustaba este mar, ni estos cielos despejados sin fin, si el sol deslumbrante que les golpeaba las cabezas y cocinaba las cubiertas de los barcos hasta que las tablas estaban tan calientes como para escalfar los pies desnudos. No le gustaban estas tormentas, que parecían surgir de ningún sitio. Los mares alrededor de Pyke también tenían tormentas, pero al menos uno podía oler cuando se acercaban. Estas tormentas sureñas eran tan traicioneras como las mujeres. Incluso el agua era del color equivocado – un brillante turquesa cerca de la orilla, y más adentro de un azul tan intenso que era casi negro. Victarion añoraba las aguas gris verdoso de su hogar, con sus espumaredas y sus olas.

No le gustaba esta Isla de los Cedros tampoco. La caza podría ser buena, pero los bosques eran demasiado verdes y aún así, llenos de árboles retorcidos y flores extrañas y brillantes que ninguno de sus hombres había visto antes, y había horrores acechando entre los palacios derruidos y las estatuas rotas de Velos el ahogado, media liga al norte del punto en el que la flota había echado el ancla. La última vez que Victarion había pasado una noche en tierra firme, sus sueños habían sido oscuros e inquietantes, y cuando despertó, tenía la boca llena de sangre. El maestre dijo que se había mordido la lengua en sueños, pero él lo tomó por una señal del Dios Ahogado, un aviso de que si se quedaban allí demasiado tiempo, se ahogaría en su propia sangre.

En el día en que el Destino llegó a Valyria, se decía, una pared de agua de trescientos pies de alto había descendido sobre la isla, ahogando cientos de miles de hombres, mujeres y niños, sin dejar a nadie para contar la historia excepto algunos pescadores que

habían estado faenando, y un puñado de lanceros Velosí apostados en una gran torre de piedra en la colina más alta de la isla, que habían visto las colinas y valles bajo ellos convertirse en un mar embrabecido. La bella Velos, con sus palacios de cedro y mármol rosa se habían desvanecido en un segundo. En la orilla norte de la isla, las antiguas paredes de ladrillo y las pirámides escalonadas del puerto de esclavos Ghozai habían sufrido la misma suerte.

«Con tantos hombres ahogados, el Dios Ahogado será más fuerte allí», había pensado Victarion cuando eligió la isla para reunir a las tres partes de su Flota. Pero él no era monje. ¿Y si lo había entendido al revés? Quizá el Dios Ahogado había destruido la isla con su furia. Su hermano Aeron lo habría sabido, pero Pelomojado estaba en las Islas del Hierro, pregonando en contra de Ojo de Cuervo y sus mandatos. «Ningún hombre sin Dios puede sentarse en el Trono de Piedramar». A pesar de lo cual los capitanes y reyes habían gritado por Euron en la Asamblea de Sucesión, escogiéndole por encima de Victarion y de otros hombres piadosos.

El sol de aquella mañana brillaba sobre el agua formando reflejos demasiado brillantes como para mirarlos. A Victarion había empezado a dolerle la cabeza, aunque si era por el sol, su mano, o por las dudas que le atormentaban, no lo podía decir. Caminó hasta su camarote, donde el aire era fresco y oscuro. La mujer morena sabía lo que quería sin que tuviera que pedírselo. Mientras se puso cómodo en su asiento, ella tomó un suave paño mojado del lavabo y lo puso en su frente.

–Bien– dijo – Bien. Y ahora la mano.

La mujer morena no contestó. Euron le había cortado la lengua antes de entregársela. Victarion no dudaba de que Ojo de Cuervo se había acostado con ella también. Así hacía las cosas su hermano. «Los regalos de Euron están envenenados», se había tenido que recordar el Capitán el día en que la mujer morena había subido a bordo. «No quiero sus despojos». Había decidido entonces que le cortaría la garganta a la mujer y arrojarla al mar, un sacrificio de sangre para el Dios Ahogado. Sin embargo, de alguna manera aún no lo había hecho.

Y habían llegado muy lejos desde entonces. Victarion podía hablar con la mujer morena. Ella nunca intentaba responderle.

–*Pena* es la última – Le dijo, mientras ella le quitaba el guante – El resto se han perdido, llegan tarde o se han hundido – Hizo una mueca cuando la mujer deslizó la punta de su cuchillo por debajo del sucio lino de la herida en su mano del escudo – Algunos dirán que no debería haber dividido la Flota. Idiotas. Teníamos noventa y nueve barcos… Una bestia pesada y torpe que pastorear a través de los mares hasta el otro lado del mundo. Si los hubiera mantenido juntos, los barcos más rápidos habrían sido rehenes de los más lentos. ¿Y dónde íbamos a encontrar provisiones para tantas bocas? Ningún puerto quiere tantos barcos en sus aguas. Las tormentas nos habrían dispersado, de cualquier modo. Como hojas esparcidas por el Mar del Verano.

En lugar de eso, había roto la gran Flota en escuadrones, y mandado a cada uno por una ruta diferente hacia la Bahía de los Esclavos. Los barcos más rápidos se los dio a Ralf de Puertonoble el pelirrojo para que navegara por el camino del corsario, siguiendo la costa norte de Sothoryos. Las ciudades muertas que se pudrían en aquella ferviente y

sofocante orilla debían ser evitadas, todos los marineros lo sabían, pero en los pueblos de sangre y barro de las Islas Basilisco, llenas de esclavos huídos, esclavistas, curtidores, putas, cazadores, hombres manchados y cosas peores, siempre había provisiones que cargar para los hombres que no temían pagar el precio del hierro.

Los barcos más grandes, pesados y lentos fueron hacia Lys, para vender a los cautivos capturados en los Escudos, las mujeres y niños de Pueblo de Lord Hewett y otras islas, al igual que los hombres que habían decidido que preferían rendirse antes que luchar. Victarion no tenía más que compasión por aquellos débiles. A pesar de ello, la venta le dejó mal sabor de boca. Tomar a un hombre como esclavo o a una mujer como esposa de sal, aquello estaba bien y era apropiado, pero los hombres no eran cabras o gallinas para que se los comprase y vendiese por oro. Le alivió el dejarle la venta a Ralf el Cojo, quien usaría la moneda para llenar sus grandes barcos con provisiones para el largo y lento viaje hacia el este.

Sus propios barcos viajaban a lo largo de las costas de las Tierras en Disputa para recoger comida, vino y agua fresca en Volantis antes de virar al sur hacia Valyria. Aquel era el camino más común hacia el este, y también el más dado al tráfico, con tesoros que recoger y pequeñas islas donde poder refugiarse durante las tormentas, hacer reparaciones y renovar los almacenes si había necesidad.

–Cincuenta y cuatro barcos es muy poco – le dijo a la mujer morena – Pero no puedo esperar más. La única manera – Gruñó cuando ella le quitó la venda, llevándose también un pedazo de costra. La carne de debajo estaba negra y verde donde la hoja le había cortado – La única manera de hacer esto es pillar a los esclavistas por sorpresa, como ya hice una vez en Lannisport. Avanzar desde el mar y aplastarlos, después coger a la chica y correr hacia casa antes de que los Volantesescaigan sobre nosotros – Victarion no era cobarde, pero tampoco era tonto; No podía derrotar a trescientos barcos con cincuenta y cuatro – Ella será mi esposa, y tú serás su doncella – Una doncella sin lengua nunca podía dejar escapar un secreto.

Habría dicho más, pero fue entonces cuando llegó el maestre, llamando a la puerta tan tímido como un ratón.

–Entra – Gritó Victarion – Y cierra la puerta. Ya sabes por qué estás aquí.

–Lord Capitán – El maestre se parecía a un ratón también, con su túnica gris y su pequeño bigote marrón. «¿Acaso piensa que eso le hace parecer más masculino?» Su nombre era Kerwin. Era muy joven, veintidós como mucho.

–¿Puedo ver vuestra mano? – Preguntó.

*«*La pregunta de un estúpido». Los maestres tenían sus usos, pero Victarion no tenía nada sino condescendencia con su Kerwin. Con sus mejillas suaves y rosadas, manos delicadas y rizos castaños, parecía más femenino que la mayoría de las mujeres. La primera vez que subió a bordo de la *Victoria de Hierro*, también tenía una pequeña y traviesa sonrisa, pero una noche fuera de los Peldaños de Piedra había sonreído al hombre equivocado, y Burton Humble le había sacado cuatro dientes de un golpe. No mucho después de aquello Kerwin se había acercado al Capitán para quejarse de que

cuatro miembros de la tripulación le habían llevado bajo cubierta y le habían usado como a una mujer.

–A eso se le pone fin así – Le había dicho Victarion, estampando una daga en la mesa que les separaba. Kerwin había cogido el filo– demasiado asustado como para rehusarlo, juzgó el capitán – Pero nunca lo había usado.

–Mi mano está aquí – Dijo Victarion – Mira cuanto quieras.

El Maestre Kerwin se arrodilló, para poder inspeccionar la herida mejor. Incluso la olió, como un perro.

–Necesitaré drenar el pus de nuevo. El color… Lord Capitán, la herida no se cura. Puede ser que necesite cortaros la mano.

Ya habían hablado de eso antes.

–Si me cortas la mano, te mataré. Pero primero te ataré sobre la barandilla y le regalaré tu culo a la tripulación. Haz lo que necesites.

–Será doloroso.

–Siempre – «La vida es dolorosa, estúpido. No hay felicidad más que en los salones mojados del Dios Ahogado»– Hazlo.

El chico – Era difícil pensar en él como hombre, tan rosado y delicado – puso el filo de la daga a través de la palma del Capitán y la rajó. El pus que salió era espeso y amarillo como la leche agria. La mujer morena arrugó la nariz por el olor, el maestre tuvo arcadas, y el mismo Victarion notó cómo el estómago se le encogía.

–Corta más profundo. Sácalo todo. Que vea mi sangre.

El maestre Kerwin apretó la daga más adentro. Esta vez le dolió, pero la sangre surgió a la vez que el pus, sangre tan oscura que parecía negra a la luz de la linterna.

La sangre era buena. Victarion gruó en aprobación. Estaba sentado sin inmutarse mientras el maestre cortaba, prsionaba y limpiaba el pus con trozos de paño suave hervidos en vinagre. Cuando hubo terminado, el agua clara de su lavabo se había vuelto como sopa grumosa. El sólo verla habría hecho vomitar a cualquier hombre.

–Llévate esa porquería y vete – Victarion asintió hacia la mujer morena – Ella puede vendarme.

Incluso después de que el chico se fuera, la peste permanecía. Últimamente no había forma de quitarla. El maestre había sugerido que la herida se curaría mejor sobre la cubierta, donde había aire fresco y luz solar, pero Victarion lo prohibió. Aquello no era algo que su tripulación debiera ver. Estaban a medio mundo de casa, demasiado lejos para dejarles ver que su Capitán del Hierro había comenzado a oxidarse.

Su mano izquierda todavía le dolía – un dolor sordo, pero persistente. Cuando cerró la mano en un puño se hizo más agudo, como si tuviera un cuchillo clavado a lo largo del brazo. «No un cuchillo, una espada. Una espada empuñada por un fantasma». Serry, así se llamaba. Un caballero, heredero de Escudo del Sur. «Le maté, pero él me apuñala desde más allá de los muertos. Desde el corazón ardiente de cualquiera que sea el infierno al que le mandé, clava su acero en mi mano y lo retuerce».

Victarion recordaba la pelea como si hubiera sido ayer. Su escudo estaba hecho astillas, colgando inútil de su brazo, así que cuando la espada de Serry cayó sobre él, levantó la mano y la cogió. El chaval era más fuerte de lo que parecía; su hoja mordió a través del acero escamado del guantelete del Capitán y del guante acolchado hasta la carne de su palma. «El arañazo de un gatito», había pensado Victarion después. Había lavado el corte, vertido por encima algo de vinagre hervido, lo había vendado y no había pensado más en él, confiando en que el dolor desaparecería y la mano se curaría sola con el paso del tiempo.

En cambio, la herida se infectó, incluso Victarion empezó a preguntarse si la hoja de Serry había estado envenenada. ¿Por qué si no la herida seguía sin curarse? El sólo pensamiento le hacía bullir de rabia. Ningún hombre de verdad mataba con veneno. En Foso Cailin los demonios de la ciénaga habían arrojado flechas envenenadas a sus hombres, pero aquello era de esperar viniendo de unas criaturas tan degradadas. Serry había sido un caballero, de noble cuna. El veneno era para los cobardes, las mujeres, y los Dornienses.

–Si no fue Serry, ¿Quién? – Le preguntó a la mujer morena –¿Podría ese maestre ratonil estar haciendo esto? Los maestres conocen hechizos y otros trucos. Podría estar usando uno para envenenarme, esperando que le permita cortarme la mano – Cuanto más lo pensaba, más plausible le parecía – Ojo de Cuervo me lo entregó, maldita criatura es – Euron había capturado a Kerwin en Escudo Verde, donde prestaba servicio a Lord Chester, atendiendo sus cuervos y enseñando a sus niños, o quizá al revés. Y cómo había chillado el ratón cuando uno de los mudos de Euron le llevó a bordo de la *Victoria de Hierro*, arrastrándole por la conveniente cadena que llevaba al cuello – Si esto es su venganza, se ha equivocado conmigo. Fue Euron el que insistió en que se lo llevaran, para que no tuviera problemas con sus pájaros – Su hermano le había dado tres jaulas de cuervos también, para que Kerwin pudiera mandar noticias sobre su viaje, pero Victarion le había prohibido soltarlos. «Deja que Ojo de Cuervo se ponga nervioso y elucubre».

La mujer morena estaba vendándole la mano con lino fresco, envolviéndola seis veces en la palma, cuado Pyke Aguaslargas llamó a la puerta del camarote para decirle que el capitán de la *Pena* había subido a bordo con un prisionero.

–Dice que nos trae un mago, Capitán. Dice que lo pescó en el mar.

–¿Un mago?– ¿Le había mandado el Dios Ahogado un regalo, hasta aquí, en el otro lado del mundo? Su hermano Aeron lo habría sabido, pero Aeron había visto la majestuosidad de los salones mojados del Dios Ahogado antes de que le devolvieran a la vida. Victarion temía sanamente a su Dios, como todos los hombres debían, pero tenía fe en su acero. Flexionó su mano herica, haciendo una mueca, tras lo cual se puso el guante y se levantó – Enséñame a este mago.

El maestre de la *Pena* les esperaba en la cubierta. Un hombre pequeño, tan peludo como acogedor, era un Sparr de nacimiento. Sus hombres le llamaban el Campestre.

–Lord Capitán – dijo cuando Victarion apareció – Este es Moqorro. Un regalo del Dios Ahogado para nosotros.

El mago era un monstruo de hombre, tan alto como el mismo Victarion y dos veces más ancho, con una barriga como una roca lisa y una mata de pelo blanco como el hueso y enredado, que crecía en torno a su rostro como la melena de un león. Su piel era negra. No el marrón almendrado de los Isleños Sureños en sus barcas cisne, no el marrón rojizo de los señores de los caballos Dothraki, no el color marrón y tierra de la mujer morena, sino *negro*. Más negro que el carbón, más negro que un tizón, más negro que las alas de un cuervo. «Quemado», pensó Victarion, «como un hombre que ha sido tostado en las llamas hasta que su piel se chamusca y achicharra y se cae de los huesos humeantes». Los fuegos que le habían quemado aún bailaban en sus mejillas y frente, desde donde sus ojos miraban entre una máscara de llamas congeladas. «Tatuajes de esclavo», el Capitán lo sabía. «Las marcas del diablo».

–Le encontramos agarrado a un tablón roto – Dijo el Campestre – Estuvo diez días en el agua después de que su barco se hundiera.

–Si hubiera estado diez días en el agua, estaría muerto, o loco de beber agua salada – El agua salada era sagrada; Aeron Pelomojado y otros monjes podían bendecir a los hombres con ella y beber un trago o dos de vez en cuando para fortalecer su fe, pero ningún hombre mortal podía beber del mar profundo durante varios días y sobrevivir – ¿Decís que sois un mago? – Preguntó Victarion al prisionero.

–No, Capitán – El hombre negro respondió en la Lengua Común. Su voz era tan profunda que parecía venir del mismísimo fondo del mar – No soy más que un humilde servidor de R'hllor, el Dios de la Luz.

«R'hllor. Un sacerdote rojo, entonces». Victarion había visto a hombres así en ciudades extranjeras, atendiendo sus fuegos sagrados. Aquellos habían vestido ricas túnicas rojas de seda, terciopelo y lana. Éste vestía harapos desteñidos y manchados de sal que se agarraban a sus gruesas piernas y le colgaban por el pecho en jirones… Pero cuando el Capitán observó los harapos más de cerca, parecía que una vez hubieran sido rojos.

–Un sacerdote rosa – Anunció Victarion.

–Un sacerdote demoníaco – Dijo Wulfe Una Oreja. Después escupió.

–Puede que sus ropas se incendiaran y que saltara por la borda para apagarlas – Sugirió Pyke Aguaslargas, para la risa general. Incluso los monos estaban entretenidos. Parloteaban por encima de ellos, y uno tiró un puñado de excrementos que salpicó en las tablas de cubierta.

Victarion Greyjoy no confiaba en las risas. Su sonido siempre le dejaba la sensación de que le hacían protagonista de una broma que no comprendía. Euron Ojo de Cuervo se burlaba de él a menudo cuando todavía eran críos. Aeron también lo hacía, antes de convertirse en Pelomojado. Sus burlas a menudo llegaban disfrazadas de alabanzas, y

muchas veces Victarion no se daba cuenta de que se estaban burlando de él. No hasta que escuchaba las risas. Después venía la rabia, hirviendo en la parte de atrás de su garganta hasta que le parecía que se atragantaba por su sabor. Así era como se sentía con los monos. Sus gracias nunca dejaron más que una sonrisa en la cara del capitán, aunque su tripulación rugiera, riera a carcajadas y silbara.

–Mandadlo con el Dios Ahogado antes de que nos eche un hechizo – Urgió Burton Humble.

–Un barco hundido, y él solo sobrevive a la catástrofe – Dijo Wulfe Una Oreja - ¿Dónde está la tripulación? ¿Llamó a demonios para que los devoraran? ¿Qué le pasó a su barco?

–Una tormenta – Moqorro cruzó los brazos sobre el pecho. No parecía asustado, aunque todos los hombres que le rodearan estuvieran planeando su muerte. Ni siquiera a los monos parecía gustarles este mago. Saltaban de mástil en mástil arriba, chillando.

Victarion no estaba seguro. «Ha salido del mar. ¿Por qué le habría sacado el Dios Ahogado si no es porque quería que le encontráramos?» Su hermano Euron tenía sus magos mascota. Quizá el Dios Ahogado quería que Victarion tuviera uno también.

–¿Por qué decís que este hombre es un mago? – Le preguntó al Campestre – Yo sólo veo a un sacerdote rojo vestido con harapos.

–Yo pensé lo mismo, Lord Capitán… Pero él *sabe* cosas. Sabe que nos dirigíamos a la Bahía de los Esclavos antes de que nadie se lo dijera, y sabía que vos estaríais aquí, en esta isla – El hombre titubeó – Lord Capitán, me dijo… Me dijo que seguramente moriríais, a no ser que le trajéramos ante vos.

–¿Qué *yo* moriría? – Bufó Victarion. «Córtale la garganta y arrójalo al mar», estuvo a punto de decir, hasta que una punzada de dolor en su mano mala le recorrió el brazo hasta casi el codo, una agonía tan intensa que sus palabras se volvieron bilis en su boca. Se tambaleó y tuvo que agarrarse a la barandilla para evitar caerse.

–El mago ha embrujado al Capitán – Dijo una voz.

Otros hombres retomaron el grito. *¡Cortadle la garganta! ¡Matadlo antes de que nos eche a sus demonios encima!* Pyke Aguaslargas fue el primero en desenvainar su puñal.

–¡NO! – Rugió Victarion – ¡Apartaos! Todos vosotros. Pyke, envaina el acero. Campestre, vuelve a tu barco. Humble, lleva al mago a mi camarote. El resto, a vuestras tareas.

Durante medio segundo no estuvo seguro de si le obedecerían. Se quedaron de pie murmurando, la mitad con espadas en la mano, cada uno mirando a los demás para decidir. Excrementos de mono llovieron por todos ellos, *splat splat splat*. Nadie se movió hasta que Victarion cogió al mago por el brazo y le llevó hasta la escotilla.

Cuando abrió la puerta del camarote del Capitán, la mujer morena se volvió hacia él, en silencio y sonriendo… Pero cuando vio al sacerdote rojo a su lado sus labios se

retrajeron sobre sus dientes, y *sissssseó* con furia repentina, como una serpiente. Victarion le dio el anverso de su mano buena y la tiró al suelo.

–Estáte callada, mujer. Vino para los dos – Se volvió hacia el hombre negro - ¿El Campestre ha dicho la verdad? ¿Habéis visto mi muerte?

–Eso, y más.

–¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Moriré en batalla? – Su mano buena se abría y cerraba – Si me mientes, te abriré la cabeza en dos como un melón y dejaré que los monos se coman tus sesos.

–Vuestra muerte está con nosotros ahora, mi lord. Dadme vuestra mano.

–Mi mano. ¿Qué sabes de mi mano?

–Os he visto en las hogueras, Victarion Greyjoy. Llegásteis con grandes zancadas a través de las llamas severo y fiero, con vuestra gran hacha goteando sangre, ciego a los tentáculos que os agarraban por la muñeca, el cuello y los tobillos, los hilos negros que os hacen bailar.

–*¿Bailar?* – Victarion silbó – Tus hogueras mienten. Yo no estoy hecho para bailar, y no soy la marioneta de nadie – Se arrancó el guante y acercó su mano mala a la cara del sacerdote – Mira. ¿Es esto lo que querías? – El lino nuevo ya estaba descolorido por sangre y pus – Tenía una rosa en su escudo, el que me hizo esto. Me arañé la mano con una espina.

–Hasta el arañazo más pequeño puede resultar mortal, Lord Capitán, pero si me lo permitís, os lo curaré. Necesitaré una cuchilla. De plata sería lo mejor, pero el hierro servirá. Un brasero también. Necesito encender un fuego. Será doloroso. Terriblemente doloroso, un dolor como nunca lo habéis conocido. Pero cuando terminemos, recuperaréis vuestra mano.

«Son todos iguales, estos hombres mágicos El ratón me previno contra el dolor también».

–Soy un hijo del Hierro, sacerdote. Me río del dolor. Tendrás lo que necesitas… Pero si fallas, y mi mano no se cura, te cortaré la garganta y te entregaré al mar.

Moqorro hizo una reverencia, con sus oscuros ojos brillando.

–Que así sea.

No se volvió a ver al Capitán del Hierro aquel día, pero mientras las horas pasaban la tripulación de la *Victoria de Hierro* dijeron escuchar el sonido de risas salvajes saliendo del camarote del Capitán, una risa profunda, oscura y enloquecida, y cuando Pyke Aguaslargas y Wulfe Una Oreja intentaron abrir la puerta del camarote, la encontraron atrancada. Después escucharon cantar, una extraña canción cantada en agudos gemidos en una lengua que el maestre dijo que era Alto Valyrio. Fue entonces cuando los monos abandonaron el barco, chillando mientras saltaban al agua.

Cuando llegó el atardecer, mientras el mar se volvía negro como la tinta y el inmenso sol coloreó el cielo de un rojo profundo y sangriento, Victarion salió de nuevo a cubierta. Estaba desnudo de cintura para arriba, y su mano izquierda estaba ensangrentada hasta el codo. Mientras su tripulación se reunía, susurrando e intercambiando miradas, levantó una mano ennegrecida y calcinada. Jirones de humo oscuro se elevaban desde sus dedos cuando señaló al maestre.

–Ése. Cortadle la garganta y arrojadlo al mar, y los vientos nos favorecerán durante todo el camino a Meereen.

Moqorro lo había visto en sus fuegos. También había visto a la muchacha casada, ¿Pero y qué? No sería la primera mujer a la que Victaryon Greyjoy convertía en viuda.

57. TYRION

El curandero entró a la tienda gastando bromas. Pero un olisqueo del nauseabundo aire y una mirada a Yezzan zo Qaggaz le puso fin. –La yegua pálida,– le dijo a Sweets.

«Que sorpresa», pensó Tyrion. «¿Quién lo habría adivinado? Aparte de cualquier hombre con nariz y yo con la mitad de una». Yezzan estaba ardiendo por la fiebre, de vez en cuando se retorcía en una piscina de sus propios excrementos. Su mierda se había vuelto marrón limón con rayas de sangre...y caía hacia Yollo y Penny que le limpiaban su culo amarillo con un trapo. Incluso con asistentes su amo no podía levantar su propio peso; requería toda sus fuerzas restante ponerse de costado.

–Mis artes no servirán– dijo el curandero. –La vida del noble Yezzan está en la manos de los dioses. Mantenerlo frío si podéis. Alguien dijo que eso ayuda. Traerle agua.– Los afectados por la yegua pálida estaban siempre sedientos, bebían galones entre cagada y cagada. –Agua limpia y fresca, tanta como pueda beber.

–Nada de agua del río.– dijo Sweets. –De ninguna manera,– y con esto, el curandero se fue.

Tenemos que huir también, pensó Tyrion. Era un esclavo con un collar dorado, con campanillas que tintineaban alegremente con cada paso que daba. Uno de los tesoros especiales de Yezzan. Un honor indistinguible de una garantía de muerte, a Yezzan zo Qaggaz le gustaba tener sus tesoros cerca, así que se llevó a Yollo y Penny y Sweets y sus demás tesoros para atenderle cuando cayó enfermo.

Pobre viejo Yezzan. El señor seboso no era tan mal amo como otros. En eso Sweet tenía razón. Sirviendo en sus banquetes nocturnos, Tyrión pronto se dió cuenta que Yezzan era el principal valedor entre los señores Yunkish que estuvieron a favor de la honorable paz con Meereen. La mayoría de los otros esperaban su momento, esperando que sus ejércitos llegarán de Volantis. Otros pocos querían asaltar la ciudad inmediatamente, para que los Volantenes no les robaran la gloria y la mejor partes de los saqueos. Yezzan no tomaría parte en eso, ni consentiría devolver los rehenes de Meereen lanzadolos desde una catapulta, como el mercenario Barba de Sangre propuso.

Pero todo puede cambiar en dos días, dos días antes Niñera estaba sano y saludable. Dos días antes Yezzan no había escuchado los fantasmagóricos cascos de la yegua pálida. Dos días antes la flota del viejo Volantis estaban dos días mas lejos. Y ahora...

–¿Va a morir Yezzan?– preguntó Penny, con esa voz suya de por favor dime que no.

–Todos nosotros vamos a morir.

–De la enfermedad, quiero decir.

Sweets les dirigió una mirada desesperada. –Yezzan no puede morir.– El hermafrodita acarició la frente de su gigantesco maestro, le echó hacia atrás su sudoroso cabello. El hombre de Yunkai gimió, y otra inundación de agua marrón se desparramó por sus piernas. Su ropa de cama estaba manchada y maloliente, pero no había manera de mudarla.

–Algunos amos liberan a sus esclavo cuando mueren,– dijo Penny.

Sweets rió entre dientes. Era un sonido horrible. –Sólo a sus favoritos. Los liberan de los problemas del mundo, para que acompañen a su adorado maestro a la tumba y le sirvan en la otra vida.

Sweets sabía, que la suya sería la primera garganta cortada.

El chico cabra gritó. –La reina de plata...

–...está muerta,– insistió Sweets. –¡Olvídala! El dragón se la llevó a través del río. Se ahogó en el mar Dothraki.

–No puedes ahogarte en la yerba– dijo el chico cabra.

–Si fuéramos libres,– dijo Penny –Podríamos encontrar a la reina. O por lo menos, ir a buscarla.

Tú sobre tu perro y yo sobre mi cerda persiguiendo a un dragón a través del mar Dothraki. Tyrion ser rascó la cicatriz para contener la risa. –En particular ese dragón ya ha evidenciado su afición por el cerdo asado. Y un enano asado es dos veces mas sabroso.

–Era sólo un deseo– dijo Penny con nostalgia. –Podríamos navegar. Hay barcos disponibles, ahora que la guerra ha terminado.

¿Era así? Tyrion se inclinaba a dudar de eso. Los pergaminos se habían firmado, pero la guerra no se libraba en los pergaminos.

–Podríamos navegar hasta Qarth– siguió Penny .–Allí las calles están pavimentadas con jade, mi hermano siempre lo decía. Los muros de la ciudad son unas de las maravillas del mundo. Cuando nosotros actuemos en Qarth, el oro y la plata nos lloverá, verás.

–Algunos de los barcos anclados en la bahía son de Qarth,– le recordó Tyrion. –Lomas Longstrider vio los muros de Qarth. Sus libros son suficiente para mí. He llegado tan lejos como tuve intención de llegar.– Sweets secó el rostro febril de Yezzan con un trapo húmedo. –Yezzan debe vivir. O todos moriremos con él. La yegua pálida no se lleva a todos sus jinetes. El amo se recuperará.

Eso era una mentira descarada, sería un milagro si Yezzan vivía otro día. El señor del sebo estaba ya muerto desde que se trajo esa horrible enfermedad desde Sothoryos, le pareció a Tyrion. Esto acaba de acelerar su fin. Una bendición, realmente. Pero no del tipo que el enano anhelaba para sí mismo.

–El curandero dijo que necesitaba agua fresca. Ocupémonos de eso.

–Es bueno por tu parte,– Sweets sonaba adormecido. Era algo más que solo miedo de que le cortaran la garganta, de entre los tesoros de Yezzan, solo el parecía realmente encariñado con su inmenso amo.

–Penny, ven conmigo.– Tyrion abrió la puerta de la tienda y la condujo hacia el calor de la mañana Meereenese. El aire estaba bochornoso y opresivo, y sin embargo era un alivio del efluvio de sudor, mierda, y enfermedad que llenaba el interior del pabellón palaciego de Yezzan.

–El agua ayudará al amo.– dijo Penny. –Eso es lo que dijo el curandero, debe ser así. La dulce y fresca agua.

–La dulce y fresca agua no ayudó a Niñera.– Pobre viejo Niñera. Los soldados de Yezzan lo arrojaron a la carreta de los cadáveres por la noche al caer la tarde, otra victima de la yegua pálida.

Cuando los hombres se mueren a cada hora, nadie mira con pena un muerto más, especialmente uno tan despreciado como Niñera. Los otros esclavos de Yezzan rehusaron quedarse cerca del supervisor cuando los calambres comenzaron, eso dejó a Tyrión controlando su temperatura y dándole de beber. Vino aguado y limonada dulce y un poco de una sabrosa sopa de cola de perro picante, con

lonchas de setas en el caldo. Bébelo todo, Niñera, ese chorro de mierda acuosa de tu culo necesita ser reemplazado. La última palabra que Niñera nunca dijo fue –No–, Las últimas palabras que él nunca escuchó, –Un Lannister siempre paga sus deudas.

Tyrion le ocultó la verdad de aquello a Penny, pero ella necesitaba entender como estaban las cosas con su amo. –Si Yezzan vive para ver el amanecer. Yo alucinaría.

Ella se agarró a su brazo. –¿Qué nos pasará?

–Tiene herederos. Sobrinos. –Cuatro de ellos vinieron desde Yunkai con Yezzan para comandar a sus esclavos soldados. Uno ha muerto, asesinado por mercenarios Targaryen durante una salida. Los otros tres se dividirán los esclavos entre ellos, como no. Si alguno de los sobrinos de Yezzan compartían su afición por tullidos, frikis y criatura grotescas, no estaba tan seguro. –Uno de ellos puede heredarnos. O podríamos terminar de nuevo en la subasta.

–No,– su ojos se ensancharon. –Eso no, por favor.

–No es una perspectiva que me guste tampoco.– Unas pocas yardas mas adelante, seis de los soldados esclavos de Yezzan estaban de cuclillas en el polvo, lanzando huesos y pasándose un pellejo de vino de uno a otro. Uno era el sargento llamado Scar, un temperamental y negro bruto con la cabeza tan dura como una piedra y los hombros de un buey. E igual de inteligente, Tyrion le llamó.

Fue hacia ellos andando como un pato. –Scar.– Les gritó, –El noble Yezzan necesita agua limpia y fresca. Coge dos hombres y que traigan tantos cubos como puedan llevar. Y que sea rápido.

Los soldados dejaron de jugar. Scar se levantó, cejas espesas. –¿Qué dijiste, enano?¿Quién te crees que eres?

–Sabes quien soy. Yollo. Uno de los tesoros de nuestro señor. Ahora haz lo que te dije.

Los soldados se rieron. –Venga Scar,– se burló uno, –y hazlo rápido, El mono de Yezzan te ha dado una orden.

–No le digas a un soldado lo que tiene que hacer,– dijo Scar. –¿Soldados?– Tyrion se quedó perplejo. –Esclavos, es lo que veo. Tu llevas un collar alrededor de tu cuello lo mismo que yo.

El salvaje revés que Scar le asesto lo tiro al suelo y le rompió el labio.

–El collar de Yezzan. No el tuyo.

Tyrion se limpió la sangre de su labio roto con el dorso de su mano. Cuando intentó levantarse, una pierna asomó por debajo de él y volvió a caer de rodillas. Necesitó lo ayuda de Penny para incorporarse y ponerse en pie. –Sweets dijo que el amo necesita agua,– se quejó.

–Sweets puede follarse el mismo. Está hecho para eso. Nosotros no acatamos ordenes de ningún monstruo.

«No», pensó Tyrion. Incluso entre los esclavos había señores y campesinos, como se dió cuenta rápidamente. El hermafrodita llevaba siendo mucho tiempo la mascota especial del amo, era indulgente con él y le favorecía, y los demás esclavos del noble Yezzan lo odiaban por eso.

Los soldados estaban acostumbrados a seguir las ordenes de sus amos y sus supervisores.

Pero Niñera estaba muerto y Yezzan demasiado enfermo para nombrar un sucesor. En cuanto a los tres sobrinos, esos valientes hombres libres recordaron negocios urgentes en algún otro lugar al primer sonido de los cascos de la yegua pálida.

–El agua– dijo Tyrion avergonzado. –No agua del río, dijo el curandero. Limpia, fresca agua potable.

Scar gruñó, –Ir vosotros por ella, y que sea rápido.

–¿Nosotros?– Tyrion intercambio una desesperada mirada con Penny. –El agua es pesada. No somos tan fuerte como tú. ¿Podemos usar el carro y la mula?

–Usar vuestras piernas.

–Necesitaremos una docena de viajes.

–Haz cien viajes. Me importa una mierda.

–Solo nosotros dos...no podremos transportar todo el agua que el amo necesita.

–Llévate a tu oso.– sugirió Scar, –Ir a buscar agua es para todo lo que vale.

Tyrion se alejó. –Como digas, amo.

Scar sonrió. Amo. Oh, le ha gustado eso. –Morgo, trae las llaves, Tú llena los cubos y vuelve rápido, enano. ¿Sabes lo que le sucede a los esclavos que intentan escapar?.

–Trae los cubos, – le dijo Tyrion a Penny. Él fué con Morgo a sacar a Ser Jorah Mormont de su jaula.

El caballero no se había adaptado bien a la esclavitud. Cuando lo requirieron para desempeñar el papel de oso y transportar a la hermosa doncella, habido sido hosco y poco cooperativo, arrastrando los pies sin ganas mientras caminaba, cuando al fin se dignó a tomar parte en su número de mimo. Aunque no intentó escapar, ni ofreció resistencia a su captores, ignoraba sus ordenes a menudo o respondía con maldiciones entre dientes. Nada de esto le gustó a Niñera, que mostró su desagrado claramente confinando a Mormont en una jaula de hierro y y golpeándolo cada tarde cuando el Sol se ponía en la Bahía de los Esclavos. El caballero aguantaba los golpes silenciosamente; el único sonido que se escuchaba era el de las maldiciones que lanzaba hacia los esclavos que le golpeaban y los golpes sordos de los garrotazos martilleando fuertemente contra la carne magullada y maltratada de Ser Jorah.

Ese hombre tiene un caparazón, pensó Tyrion, la primera vez que vió como golpeaban al caballero. Debería haber sujetado mi lengua y haberlo dejado para la Zahrina. Hubiera sido un destino mas amable que este. Mormont salió de los estrechos confines de la jaula doblado y con los ojos entrecerrados, con ambos ojos ennegrecidos y su espalda con costras de sangre seca. Su rostro estaba tan magullado e hinchado que apenas parecía humano. Estaba desnudo excepto por un taparrabos, un sucio trozo de trapo amarillo. –Los vas a ayudar a llevar agua,– le dijo Morgo.

Ser Jorah sólo replico con una mirada hosca. «Algunos hombres prefieren morir pronto libres que vivir como esclavos», supuso. Tyrion no estaba afectado por el mismo sufrimiento, por suerte, pero

si Mormont asesinaba a Morgo, los otros esclavos podrían no llegar a esa distinción. –Ven,– dijo, antes que el caballero hiciera algo valiente y estúpido. Se marchó andando como un pato esperando que Mormont lo siguiera.

Los dioses fueron buenos por una vez. Mormont le siguió.

Dos cubos para Penny, dos para Tyrion, y cuatro para ser Jorah, dos en cada mano. El pozo más cercano estaba al suroeste del Harridan, así que ellos se marcharon en esa dirección. Las campanas de sus collares sonaban alegremente con cada paso. Nadie les presto atención. Eran solos esclavos acarreando agua para su amo. Llevar un collar les confería ciertas ventajas, particularmente un collar dorado que llevaba inscrito el nombre de Yezzan zo Qaggaz. El repique de sus campanillas proclamaban su valor a cualquiera con orejas. Un esclavo era sólo tan importante como su amo, Yezzan era el hombre mas rico de la ciudad Amarilla y había llevado seiscientos esclavos soldados a la guerra, aunque luciera como un monstruoso gusano amarillo que olía a meados. Sus collares les daba la libertad de ir a cualquier sitio que pudieran desear dentro del campamento.

Hasta que Yezzan muera.

Los señores Clanker tenían a sus soldados esclavos escavando en el campo más cercano. El estrépito de las cadenas que llevaban producían una fuerte música metálica cuando marchaban a través de la arena con un pie encadenado al del otro y en formación con sus largas lanzas. En otra parte los equipos de esclavos estaban levantando rampas de piedras y arena debajo de sus catapultas y escorpiones, los apuntaban hacia el cielo, la mejor manera de defender el campamento si el dragón negro volvía. Esto hizo que el enano sonriera por verlos sudar y maldecir cuando empujaban las pesadas maquinas hasta las rampas. Las ballestas también eran más que una evidencia.

Todos los demás llevaban firmemente agarrada una, con un carcaj lleno de saetas colgando de sus caderas.

Si alguno le hubiera preguntado, Tyrion le hubiera dicho que no se molestaran. Al menos que una de esas largas saetas de hierro de los escorpiones les diera por casualidad en un ojo, la monstruosa mascota de la reina no iba a ser derribada por esos juguetes. Los Dragones no eran tan fáciles de matar. Hazle cosquillas con eso y sólo lo enfurecerás más.

Los ojos era donde un dragón era más vulnerable. Los ojos, y el cerebro por detrás de ellos. No el bajo vientre, como aseguraban los viejos cuentos que tenia. Las escamas de ahí eran casi tan duras como las de las espalda y los flancos del dragón. Ni debajo del gaznate tampoco. Eso era una locura. Estos aspirantes a Caza dragones podían intentar apagar el fuego de un lanzazo. –La muerte llega desde la boca del dragón,– El Septon Barth escribió en su Historia Innatural, –pero la muerte no va por ese camino.–

Más adelante, dos legiones de Nuevos Ghis estaban levantando muros protectores tras muros protectores mientras los sargentos con medio yelmos con colas de pelo de caballo gritaban ordenes en su propio dialecto incompresible. A simple vista los Ghiscari parecían más formidables que los soldados esclavos de Yunkai, pero Tyrion lo dudaba. Los legionarios podían estar armados y organizados de la misma manera que los Inmaculados pero los eunucos no conocían otra vida, mientras que los Ghiscari eran ciudadanos libres que servían por un periodo de tres años.

La cola en el pozo se remontaba un cuarto de milla.

Había sólo un puñados de pozos dentro de un día de marcha desde Meereen. Así que el camino era

siempre largo. La mayoría de los anfitriones Yunkai cogían el agua potable desde el Skahazadha, lo cual para Tyrion era una idea muy mala incluso antes de las advertencias del curandero. Los inteligentes tenían cuidado de permanecer por encima de la corriente del río donde estaban las letrinas pero aún estaban por debajo de las corrientes que venia de la ciudad.

El hecho de que hubiera algunos pozos de agua potable y todos dentro de un día de marcha desde la ciudad solo probaba que Daenerys Targaryen era todavía una niña inocente en lo que concernía al arte del asedio. Ella podía haber envenenado cada pozo. Luego todos los hombres de Yunkai tendrían que beber del río. A ver cuanto duraba el asedio entonces. Eso sería lo que su señor padre habría hecho, Tyrion no lo dudaba.

Cada vez que ellos avanzaban en la fila arrastrando los pies, la campanas de sus collares tintineaban brillantemente. Algo así como un sonido feliz, le daba ganas de sacar el ojo de alguien con una cuchara. A estas alturas Griff y Pato y Haldon el medio maestre estarían en Poniente con su joven príncipe. Debería estar con ellos... pero no, yo tenia que tener una puta. Mataparientes no fue suficiente, necesitaba coño y vino para sellar mi ruina, y aquí estoy en el lado equivocado del mundo, llevando un collar de esclavo con campanillas doradas para anunciar mi llegada. Si supiera bailar, quizás podría tocar –Las lluvias de Castamere.

No había mejor lugar para escuchar las últimas noticias y rumores que alrededor del pozo. –Sé lo que ví,– dijo un viejo esclavo con un collar de hierro oxidado, mientras Tyrion y Penny avanzaban arrastrando los pies a lo largo de la cola, –Y vi que el dragón arrancó brazos y piernas, partiendo hombres por la mitad, quemándolos hasta volverlos huesos y cenizas. La gente comenzó a correr, intentado alejarse del foso, pero yo fui a ver un espectáculo, y por todos los dioses de Ghis, vi uno. Estaba arriba en el palco purpura, así que no creí que el dragón pudiera darme problemas.

–La reina saltó sobre la espalda del dragón y salieron volando,– insistió una mujer castaña y alta.

–Ella lo intentó,– dijo el viejo, –pero no pudo sujetarlo. Las ballestas hirieron al dragón, y la reina fue golpeada justo entre su dulces tetas rosadas, Escuché. Ahí fue cuando se cayó, ella murió en la cuneta, aplastada bajo las ruedas de una carreta. Conozco a una chica que conoce a un hombre que la vió morir.– En esta compañía, el silencio era la mejor parte de la sabiduría, pero Tyrion no pudo evitarlo, –No se encontró el cadáver,– dijo.

El viejo frunció el ceño. –¿Qué sabrás tu de eso?

–Ellos estaban allí,– dijo la mujer castaña. –Son ellos, los enanos justadores, los que combatieron delante de la reina.

El viejo entrecerró los ojos como si los viera por primera vez a él y a Penny. –Érais lo que montaban los cerdos.

«Nuestra notoriedad nos precede». Tyrion esbozó una reverencia cortesana, y se abstuvo de apuntar que uno de los cerdos era realmente un perro. –La cerda que monté es en realidad mi hermana. Tenemos la misma nariz, ¿no te distes cuenta? Un brujo lanzó un hechizo sobre ella, pero si le das un gran y húmedo beso, ella volverá a ser una mujer hermosa. La pena es, que una vez que la conozcas, querrás besarla de nuevo para volverla cerda. –Las risas surgieron alrededor de ellos. Incluso el viejo se unió. –¿La viste, entonces?,– dijo el chico pelirrojo que estaba detrás. –¿Vistes a la reina?. ¿Es tan hermosa como dicen?

«Ví una esbelta muchacha de cabello plateado envuelta en un tokar», les podría haber dicho, «Su cara estaba detrás de un velo, y nunca estuve los suficiente cerca para verla bien». Estaba montando

sobre un cerdo. Daenerys Targaryen estuvo sentada en su propio palco al lado del rey Ghiscari, pero los ojos de Tyrion intentaban reconocer al caballero de armadura blanca y dorada detrás de ella. Aunque su figura estaba oculta, el enano podría haber reconocido a Barristan Selmy en cualquier lugar. Illyrio, al menos, acertó de pleno en eso, recordó. «¿Pero, me habrá reconocido? ¿Y qué hará si lo hizo?»

Casi tuvo intención de descubrirse allí en aquel momento, pero algo lo paró—precaución, cobardía, instinto, llámalo como quieras. Pero no podía imaginar a Barristan el Bravo saludándole con otra cosa que no fuera hostilidad. Selmy nunca había aprobado la presencia de Jaime en su preciosa Guardia del Rey. Antes de la rebelión, el viejo caballero pensaba que era demasiado joven e inexperto; después, se supo que llego a decir que el Matareyes debería cambiar su capa blanca por una negra. Y sus propios crímenes eran peores. Jaime había matado a un loco. Tyrion atravesó con una saeta la ingle de su propio padre, un hombre al que Ser Barristan conoció y sirvió durante años. Tuvo su oportunidad en ese momento, pero entonces Penny le dió un golpe en su escudo y el momento se fue, para nunca volver.

–La reina nos vió combatir,– le estaba diciendo Penny a los otros esclavos de la cola, –pero esa fué la única vez que la vimos.

–Debes de haber visto al dragón,– dijo el viejo.

Ojalá lo hubiéramos visto. Los dioses ni siquiera nos concedieron eso. Cuando Daenerys Targaryen estaba alzando el vuelo, Niñera había estado atornillando los grilletes alrededor de sus tobillos para asegurarse que no tratarían de escapar en su camino de regreso hasta su amo. Si el supervisor se hubiera tomado un respiro después de llevarlos al matadero, o hubiera huido con el resto de los esclavos cuando el dragón descendió desde el cielo, los dos enanos se podrían haber paseado libres, O mas bien, huyendo con nuestras campanillas tintineando.

–¿Había un dragón?– Dijo Tyrion encogiéndose de hombros. –Todo lo que sé es que no encontraron reinas muertas.– El viejo no estaba convencido. –Ah, pero encontraron cadáveres por centenares. Los arrastraron al interior del foso y los quemaron, aunque la mitad estaban ya crujientes. Puede que no la conocieran quemada y sangrienta y aplastada. Puede que la reconocieran y prefirieron decir otra cosa, para mantener a nuestros esclavos tranquilos.

–¿Nuestros esclavos?– dijo la mujer castaña. –Tú llevas también un collar.

–Un collar de Ghazdor,– se jactó el viejo. –Le conozco desde que nació. Soy como un hermano para él. Esclavos sois vosotros, basuras de Astapor y Yunkai, quejándoos por querer ser libres, pero yo no le daría a la reina dragón mi collar aunque se ofreciera a chuparme la poya por eso. Un hombre que tiene el amo adecuado, eso es lo mejor.

Tyrion no discutió con él. La cosa mas insidiosa de la esclavitud era lo fácilmente que crecías acostumbrada a ella. «La vida de la mayoría de los esclavos no era tan diferente de la vida de un sirviente en Roca Casterly», le pareció. Verdaderamente, algunos propietarios de esclavos y sus supervisores eran brutales y crueles, pero lo mismo también era cierto con algunos señores de Poniente y sus mayordomos y oficiales de justicia. La mayoría de los Yunkai'i trataban a sus posesiones lo bastante decentemente, mientras hicieran sus trabajos y no causaran problemas... y este viejo con su collar oxidado, con su feroz lealtad hacia Lord Wobblecheeks, su propietario, no era atípico.

–¿Ghazdor el Gran Corazón? –dijo Tyrion, suavemente. –Nuestro amo Yezzan habla frecuentemente de su ingenio.– Lo que Yezzan decía realmente se aproximaba, Yo tengo mas

ingenio en la nalga izquierda de mi culo que el que tienen Ghazdor y sus hermanos. Pensó que era prudente omitir la verdaderas palabras.

El mediodía llegó y se fué antes de que él y Penny llegaron al pozo, donde un esclavo flaco y cojo estaba cogiendo agua. Los miró recelosamente con los ojos entrecerrados. –Niñera siempre iba por el agua de Yezzan con cuatro hombres y un carro con mula.– Arrojó el cubo dentro del pozo otra vez. Hubo un suave chapoteo. El hombre cojo dejó que el cubo se llenara, después empezó a subirlo. Su brazos estaban bronceados y descamados, parecía flaco pero era todo músculos.

–La mula murió,– dijo Tyrion. –Así como Niñera, pobre hombre. Y ahora el mismo Yezzan ha montado sobre la yegua pálida, y seis de sus soldados tienen diarreas. ¿Puedo llenar un par de cubos?

–Los que quieras,– Eso fue el fin de la ociosa charla. ¿Son cascos lo que oye? La mentira sobre los soldados consiguió que el viejo cojo se moviera mucho más rápido.

Comenzaron a regresar. Cada uno de los enanos llevaba dos cubos llenos de agua dulce y Ser Jorah con dos cubos en cada mano. El día se estaba calentando, el aire estaba espeso y mojado como lana húmeda, y los cubos se volvían más pesados a cada paso. Un largo paseo sobre piernas cortas. El agua chapoteaba desde los cubos a cada paso, salpicando sus piernas, mientras que sus campanas tocaban una canción de marcha. Si hubiera sabido que llegaría a esto, Padre, te hubiera dejado vivir. Media milla al este, una gran pluma de humo se elevaba desde una tienda que había sido incendiada. Estaban quemando los muertos de la noche pasada. –Por ahí,– dijo Tyrion, sacudiendo su cabeza a la derecha.

Penny le dirigió una mirada de perplejidad. –Por ahí no fue por donde vinimos.

–No quiero que respiremos ese humo. Esta lleno de humores malignos.– No era mentira. No completamente. Penny se quedo pronto sin aliento, cansada por el peso de sus cubos. –Necesito descansar.

–Como quieras.– Tyrion dejó los cubos de agua en el suelo, agradecido por la parada. Sus piernas tenían fuertes calambres, así que se sentó sobre una roca y empezó a frotarse los mulos.

–Yo puedo hacerte eso,– se ofreció Penny. –Conozco donde están los nudos.– aunque se había acostumbrado a la chica, todavía se sentía a disgusto cuando ella lo tocaba. Se volvió hasta Ser Jorah. –Unos cuantos golpes más y serás más feo que yo, Mormont. Dime, ¿Queda algo de coraje en tí?– El gran caballero elevó sus dos ojos ennegrecidos y lo miró como si mirara un bicho.

–Suficiente para partirte el cuello, Gnomo.

–Bien.– Tyrion recogió sus cubos. –Por ahí, entonces.

–Penny arrugó su frente. –No. es a la izquierda.– Ella señaló. –Ahí está Harridan.

–y eso es La Hermana Malvada.– Tyrion apuntó con la cabeza en la otra dirección. –Confía en mí.– dijo. –Mi camino es más rápido.– Se puso en marcha, sus campanillas tintineaban. Penny lo seguiría, lo sabia.

Algunas veces envidiaba los pequeños y preciosos sueños de la chica. Ella le recordaba a Sansa Stark, la niña novia con la que se casó y a quien perdió. A pesar de los horrores que Penny había sufrido, ella permanecía de alguna manera confiada. Lo conocía mejor, era mayor que Sansa. Y

además era una enana. Ella actuaba como si lo hubiera olvidado, como si fuera de alta cuna y de hermoso aspecto, en vez de una esclava grotesca. De noche Tyrion la escuchaba rezar a menudo. Un gasto de palabras. Si hay dioses escuchando son dioses monstruosos que nos atormentan para su diversión. ¿Quien sino hubiera hecho un mundo como este, tan lleno de esclavitud, sangre y dolor? ¿Quien sino nos hubieran hecho como nos hicieron? Algunas veces querría pegarle, sacudirla, gritarle , cualquier cosa para despertarla de sus sueños. Nadie va a venir a salvarnos, quería gritarle. Lo peor está todavía por llegar. Todavía de alguna manera no podía decir las palabras. En vez de darle una buena hostia en toda su fea cara para quitarle los anteojos que la cegaban, se encontraba agarrando sus hombros o dándole un abrazo. Cada toque una mentira. La he pagado con tanta moneda falsa que medio piensa que es rica.

Incluso le había ocultado la verdad sobre el foso de Daznak.

Leones. Nos iban a soltar leones. Eso hubiera sido exquisitamente irónico, Quizás habría tenido tiempo de un corta, amarga risa alegre antes de quedar destrozados.

Nadie le habló nunca del fin que habían planeado para ellos, no con tantas palabras, pero no había sido difícil de encajar las piezas, debajo de los ladrillos del foso de Daznak, en el mundo oculto por debajo de los asientos, el oscuro dominio de los luchadores del foso y de los sirvientes que los atendían, vida y muerte. Los cocineros que les daban de comer, los ferreteros que los armaban, los cirujanos barberos que los sangraban y afeitaban y restañaban sus heridas, las putas que los servían antes y después de las luchas, los que manejaban los cuerpos y que arrastraban a los perdedores fuera de las arenas con cadenas y ganchos de hierro.

El rostro de Niñera la había dado su primer indicio. Después de su espectáculo, él y Penny regresaron a la bóveda iluminada donde los luchadores se reunían antes y después de sus encuentros. Algunos sentados afilando sus armas; otros ofreciendo sacrificios a sus extraños dioses, o templando sus nervios con leche de amapola antes de salir a morir. Aquellos que habían luchado y ganado estaban jugando a los dados en una esquina, riendo como sólo los hombres que se han enfrentado a la muerte y vivido pueden reír.

Niñera le estaba pagando algo de plata a un hombre del foso por una apuesta perdida cuando vió a Penny llevando a Crujido. La confusión de sus ojos se disipó en la mitad de un latido, pero no antes de que Tyrion captara lo que significaba. Niñera no esperaba que volviéramos. Miró a su alrededor a las otras caras. Ninguno de ellos esperaba que volvieran. Estábamos destinados a morir ahí fuera. La pieza final le cayó cuando escuchó a un domador de animales quejándose sonoramente con el amo del foso. –Los leones están hambrientos. Llevan dos días sin comer. Me dijeron que no les diera de comer, y no lo he hecho. La reina debería pagar para comprar carne.

–Quéjate con ella la próxima vez que este en el tribunal,– El amo del foso le respondió.

Incluso ahora, Penny no sospechaba. Cuando ella habló del foso, su principal preocupación fue que mucha gente no se había reído. Ellos se hubieran meados a si mismos riéndose si hubieran soltado a los leones, casi le dijo Tyrion. En vez de eso la agarró por los hombros.

Penny se paró de repente. –Vamos por el camino equivocado.

–No vamos.– Tyrion bajo sus cubos al suelo. Las asas le habían producido profundos surcos en sus dedos. –Esas son las tiendas donde vamos, allí.

–¿Los Segundos hijos?– una extraña sonrisa se asomó a la cara de Ser Jorah. –Si piensas que encontraremos ayuda allí, tú no conoces a Brown Ben Plumm.

–Oh, lo conozco. Plum y yo hemos jugado cinco veces al cyvasse. Brown Ben es hábil, tenaz, no inteligente... pero cauteloso. Le gusta dejar que su oponente tome los riesgos mientras que el se sienta y mantiene su opciones abiertas, reaccionando cuando la batalla toma forma.

–¿Batalla? ¿Cuál batalla?– Penny se volvió de espalda y se alejó de él. –Tenemos que volver. El amo necesita agua limpia. Si tardamos mucho, seremos azotados. Y Cerda bonita y Crujido están allí.

–Sweets se ocupara de que estén bien,– mintió Tyrion. Mas bien, Scar y sus amigos tendrían pronto un festín de jamón y tocino y un estofado de perro salado, pero Penny no necesitaba escuchar eso.

–Niñera está muerto y Yezzan moribundo. Podría caer la noche antes que nadie nos eche de menos. Nunca tendremos una mejor oportunidad que ahora.

–No. Tu sabes lo que ellos hacen cuando cogen esclavos que intentan escapar. Lo sabes. Por favor. Nunca nos dejaran irnos del campamento.

–Ya hemos dejado el campamento.– Tyrion recogió sus cubos. Se puso en marcha caminando como un pato a paso ligero, no volvió a mirar atrás. Mormont se puso a su lado. Después de unos momentos escuchó el sonido de Penny apresurándose detrás de él, bajaron por una pendiente de arena a un circulo irregular de tiendas de campaña.

El primer guardia apareció cuando se acercaron a las lineas de caballos, un lancero cuya barba granate lo marcaba como Tyroshi. –¿Qué tenemos aquí? ¿Y que lleváis en esos cubos?

–Agua,– dijo Tyrion. –Si te apetece.

–Prefiero mejor cerveza.– la punta de una lanza le pinchó en la espalda– un segundo guardia, llegó por detrás de ellos. Tyrion pudo escuchar Desembarco de Rey en su voz. Escoria de Flea Bottom. –¿Te has perdido, enano?– preguntó el guardia.

–Estamos aquí, para unirnos a vuestra compañía.

Un cubo resbaló de las manos de Penny y se volcó. La mitad del agua se derramó antes de que pudiera volver a ponerlo derecho.

–Ya tenemos bastantes tontos en esta compañía. ¿Por qué querríamos tres más?– El Tyroshi toco el collar de Tyrion con la punta de su lanza, sonó la campanilla dorada. –Un esclavo fugado es lo que veo. Tres esclavos fugados. ¿De quién son esos collares?

–De la ballena amarilla.– Eso vino de un tercer hombre, atraído por sus voces-- uno delgado con barba de varios días sobre la mandíbula, un tipejo con dientes manchados de rojo por la hojamarga. Un sargento, Tyrion lo supo, por la manera que los otros dos le acataban. Tenia un gancho donde estuvo su mano derecha. Más malo que la sombra del bastardo de Bronn o yo soy Baelor el Santo. –Estos son los enanos que Ben intentó comprar,– le dijo el sargento a los lanceros, entornando los ojos, – pero el grandote...mejor traélo también. A los tres.

El Tyroshi hizo un gesto con su lanza. Tyrion se movió. El otro mercenario—un mozuelo apenas mayor que un muchacho, con pelusa en sus mejillas y pelo de color de la paja sucia—palpó a Penny por debajo de un brazo. –Ooh, tiene tetas,– dijo, riéndose. Metió una mano por debajo de la túnica de Penny, solo para asegurarse.

–Sólo traéla,– dijo bruscamente el sargento.

El mozalbete cargó a Penny sobre un hombro. Tyrion fue adelante tan rápido como su pocas crecidas piernas le permitían. Sabía dónde iban: a la gran tienda al otro lado de la hoguera con paredes pintadas con lienzos agrietados y descoloridos por los años de sol y lluvia. Unos cuantos mercenarios se volvieron a verlos pasar, una puta se burló, pero nadie se movió para interferir.

Dentro de la tienda, encontraron taburetes de campamento y una mesa montada sobre caballetes, un estante con lanzas y alabardas, un suelo cubierto con alfombras raídas en media docena de colores chocantes, y tres oficiales. Uno era delgado y elegante, con una barba puntiaguda, una espada de villano, y un jubón rajado de color rosa. Otro era gordo y calvo, con manchas de tinta en sus dedos y agarraba una pluma con una mano.

El tercero era el hombre que buscaba, Tyrion hizo una reverencia. –Capitán.

–Los atrapamos arrastrándose dentro del campamento.– El mozalbete tiró a Penny sobre la alfombra.

–Fugitivos.– dijo el Tyroshi. –Con cubos.

–¿Cubos?– dijo Brown Ben Plumm. Cuando nadie se aventuro a explicar, dijo, –Volver a vuestros puestos, muchachos. Y ni una palabra a nadie sobre esto.– Cuando se fueron, le sonrió a Tyrion, –¿Vienes a jugar otra partida de cyvasse, Yollo?

–Sí quieres. Disfruto ganándote. Escuché que eres dos veces un cambiacapas, Plumm. Un hombre de los que me gustan.

La sonrisa de Brown Ben nunca alcanzó sus ojos. Estudió a Tyrion como un hombre puede estudiar a una serpiente parlante. –¿Por qué estas aquí?

–Para realizar tus sueños. Intentaste comprarnos en la subasta. Luego intentaste ganarnos al cyvasse, Incluso cuando tenia mi nariz, no era tan atractivo como para provocar tanta pasión...salvo en una que me valió para conocer mi verdadero valor. Bien, aquí estoy, libre para cogerme. Ahora sé un amigo, manda traer a tu herrero y sácanos estos collares, estoy enfermo de tintinear cuando ando.

–No quiero problemas con tu noble amo.

–Yezzan tiene problemas más urgentes que le conciernen antes que tres esclavos desaparecidos. Está cabalgando sobre la yegua pálida. ¿Y por qué tendrían que buscarnos aquí? Tienes suficientes espadas para disuadir a cualquiera que venga a meter las narices. Un riesgo pequeño por una gran ganancia.

El mequetrefe con el jubón rajado rosa siseó. –Ellos han traído la enfermedad entre nosotros, dentro de nuestras tiendas de campaña.– Se volvió hacia Ben Plumm. –¿Puedo cortarle la cabeza, Capitán? Podemos arrojar el resto en el foso de la letrina.– Sacó una espada, una delgada espada de villano con una empuñadura enjoyada.

–Ten cuidado con mi cabeza,– dijo Tyrion. –No quieres tener nada de mi sangre sobre tí. La sangre lleva la enfermedad. Y querrías hervir nuestra ropas, o quemarlas.

–No me importaría quemarlas contigo todavía en ellas, Yollo

–Ese no es mi nombre, pero tú sabes eso. Me has conocido desde la primera vez que pusiste tus ojos en mi.

–Puede ser.

–Yo le conozco también, mi Señor,– dijo Tyrion. –Eres menos púrpura y más castaño que el Plumm que dejé en casa, pero al menos que tu nombre mienta, eres un hombre de Poniente, por sangre sino por nacimiento. La Casa Plumm es juramentada de Roca Casterly, y como suele suceder conozco un poco de tu historia. Tu rama surgió desde una piedra escupida a través del mar Angosto, no hay duda. El hijo más joven de Visery Plumm, apostaría. Los dragones de la reina estaban encariñados contigo, ¿verdad?

Esto pareció divertir al mercenario. –¿Quién te dijo eso?

–Nadie. Muchas de las historias que escuchas sobre dragones son pastos para tontos. ¿Qué se dice de los dragones?, los dragones atesoran oro y gemas, los dragones tienen cuatro patas y grandes panzas como los elefantes, los dragones preguntan acertijos como las esfinges... tonterías, todas. Pero hay verdades también en los viejos libros. No solo se que los dragones de la reina te simpatizan, sino el por qué.

–Mi madre me dijo que mi padre tenia una gota de sangre de dragón.

–Dos gotas. Eso, o una polla de seis pies de largo. ¿Conoces ese cuento? Yo si. Ahora, tú eres inteligente Plumm, así que sabes que mi cabeza vale un señorío...allá en Poniente, a medio mundo de aquí. Pero de lo que dejaste allí, sólo quedan huesos y gusanos. Mi dulce hermana negará que sea mi cabeza y te escatimará la recompensa prometida. Sabes cómo son las reinas. Coños volubles, la mayor parte de ellas, y Cersei es la peor.

Brown Ben se acarició la barba. –Entonces debería entregarte vivito y coleando. O poner tu cabeza en escabeche dentro de una jarra .

–O unirte conmigo. Ese es el movimiento más sabio.– Sonrió, –Yo nací segundo hijo. Esta compañía es mi destino.

–Los Segundos Hijos no tienen sitio para los mimos,– dijo con desdeño el villano vestido de rosa. –Son luchadores lo que necesitamos.

–He traído uno.– Tyrion señaló con el pulgar a Mormont. –¿Esa criatura?– El villano se rió. –Una bestia horrible, pero las cicatrices por sí solas no hacen a un Segundo Hijo.

Tyrion puso sus desiguales ojos en blanco, –Lord Plumm, ¿Quienes son estos dos amigos tuyos? El de rosa me esta tocando los cojones.

El villano torció un labio, mientras su compañero se reía entre dientes con su insolencia. Pero fué Jorah Mormont quien les dió sus nombres, –Inkpost es el pagador de la compañía. El pavo real se llama a si mismo Kasporio el Astuto, pienso que Kasporio el Coño sería más apropiado. Un tipejo repugnante.

El rostro de Mormont podía estar irreconocible en su maltratado estado, pero su voz no había cambiado. Kasporio le echo una mirada sorprendido, mientras que las arrugas que rodeaban los ojos de Plumm se fruncieron divertidas. –¿Jorah Mormont? ¿Eres tú? Menos orgulloso que cuando saliste por patas, pienso. ¿Debo llamarle todavía Ser?

Los hinchados labios de Ser Jorah se torcieron en una grotesca sonrisa. –Dame una espada y puedes llamarme como te de la gana. Ben.

Kasporio retrocedió poco a poco. –Tú...ella te desterró...

–He vuelto. Llámame tonto.

Un tonto enamorado. Tyrion se aclaró la garganta. –Podéis hablar de los viejos tiempos luego..después de que termine de explicar por qué mi cabeza seria de mejor uso para tí encima de mis hombros. Te darás cuenta, Lord Plumm, que puedo ser muy generoso con mis amigos. Si tienes dudas, pregunta a Bronn, pregunta a Shagga, hijo de Dolf. Pregunta a Timett, hijo de Timett.

–¿Y esos quienes son?– pregunto el hombre llamado Inkpost. –Buenos hombres que me comprometieron sus espadas y prosperaron enormemente por ese servicio.– se encogió de hombros –Oh, muy bien, Mentí acerca de la mejor parte. Eran bastardos sedientos de sangre, me caían bien.

–Puede ser,– dijo Brown Ben. –ó puede ser que solo te hayas inventados esos nombres. ¿Dijiste, Shagga? ¿Es nombre de mujer?

–Sus tetas eran bastantes grande. La próxima vez que me lo encuentre palparé por debajo de sus calzones para asegurarme. ¿Es un juego de cyvasse eso de ahí? Tráelo y jugaremos. Pero primero, creo que, una copa de vino. Mi garganta esta seca como un polla vieja y veo que tenemos mucho que conversar.

58. JON

Esa noche soñó con salvajes aullando en los bosques, avanzando al lamento de los cuernos de guerra y el redoble de los tambores. Bum *DOOM* bum *DOOM* bum *DOOM* venía el sonido, mil corazones latido al unísono. Algunos empuñaban lanzas, otros arcos y otros más blandían hachas. Unos montaban en carros hechos de huesos, tirados por perros grandes como ponis. Los gigantes avanzaban pesadamente entre ellos, cuarenta pies de alto, con mazas del tamaño de robles.

–¡Firmes! –exclamó Jon Nieve–. ¡Rechazadlos! –Estaba enhiesto en lo alto del Muro, sólo–. ¡Fuego! –gritó–, ¡quemadlos!–. Pero no había nadie que le hiciera caso.

«Todos se han ido. Me han abandonado».

Flechas ardientes silbaron por encima, dejando un rastro ardiente. Hermanos espantapájaros se desplomaron, con sus capas negras encendidas–. ¡Nieve! –gritó un águila, a la vez que un enemigo escalaba el hielo como araña. Jon estaba protegido por una armadura de hielo negro, pero su espada flameaba roja en su mano. Así como iban llegando los muertos a lo alto del Muro, él los enviaba hacia abajo, a morir de nuevo. Mató a un anciano de barba gris, a un joven lampiño, a un gigante, a un hombre escuálido con dientes afilados, a una chica de espeso cabello rojo. Demasiado tarde reconoció a Ygritte. Ella se fue tan rápido como había aparecido.

El mundo se disolvió en una niebla roja. Jon apuñaló, lanzó tajos y cortó. Cercenó a Donal Noye y destripó a Dick Follard el Sordo. Qhorin Mediamano tropezó y cayó de rodillas, tratando en vano de detener el sangrado de su cuello. –¡Soy el Señor de Invernalia! –gritó Jon. Robb estaba ahora frente a él, su cabello húmedo de nieve derretida. Garra cortó su cabeza. Entonces una mano nudosa aferró bruscamente a Jon por el hombro y él se revolvió para quitársela de encima…

…y despertó con un cuervo picándole el pecho–. ¡Nieve! –exclamó el pájaro. Jon lo golpeó y el cuervo graznó su descontento, aleteando hacia el poste de la cama para observarlo torvamente en la penumbra previa al amanecer.

El día había llegado. Era la hora del lobo. Pronto el sol se levantaría y cuatro mil salvajes cruzarían el Muro. «Una demencia». Jon Nieve corrió los dedos quemados por su cabello y reflexionó de nuevo en lo que estaba haciendo. Una vez que el portal fuera abierto, no habría vuelta atrás. «Debería de haber sido el Viejo Oso el que tratara con Tormund. Debería de haber sido Jaremy Rykker o Qhorin Mediamano o Denys Mallister o algún otro hombre más experimentado. Debería haber sido mi tío». Pero era demasiado tarde para esos pensamientos. Cualquier opción tenía sus riesgos y cada elección tenía sus consecuencias. Jugaría el juego hasta su conclusión.

Se levantó y se vistió en la oscuridad mientras el cuervo de Mormont murmuraba al otro lado del cuarto–. Maíz–, dijo el pájaro–. Rey… Nieve, Jon Nieve, Jon Nieve–. Eso fue raro. Según recordaba, el ave nunca había dicho su nombre completo.

Desayunó en la celda con sus oficiales. Pan frito, huevos fritos, morcilla y gachas de cebada, todo regado con cerveza amarilla. Mientras comían fueron repasando los preparativos de nuevo.

–Todo está listo –le aseguró Bowen Marsh–. Si los salvajes mantienen su parte del trato, todo irá como habéis ordenado.

«Y si no, se transformará en sangre y carnicería».

–Recuerden –dijo Jon–, la gente de Tormund está hambrienta, con frío y miedo. Algunos nos odian tanto como algunos de vosotros los odiáis a ellos. Estamos bailando en hielo quebradizo, ellos y nosotros. Una grieta y todos nos hundiremos. Si se llegara a derramar sangre hoy, mejor que no sea uno de los nuestros quien lance el primer golpe o juro por los dioses antiguos y los nuevos que tendré la cabeza del que haya atacado primero.

Le contestaron con afirmaciones y asentimientos de cabeza y murmuraron –Como ordenéis –y– Así será hecho –y– Si, mi Señor–. Y uno a uno se levantaron, se abrocharon al cinto las espadas, se pusieron sus abrigadoras capas y salieron a grandes pasos hacia el frío.

El último en dejar la mesa fue Edd Tollett El Penas, que había regresado durante la noche con seis carros desde Túmulo Largo. La fortaleza era llamada ahora "Túmulo de las putas". Edd había sido enviado a agrupar en sus carros a todas las Mujeres de Acero que pudiera y llevarlas con sus pares.

Jon lo observó limpiar con un pedazo de pan a una yema de huevo resbaladiza. Era extrañamente reconfortante ver el rostro austero de Edd de nuevo.

–¿Cómo va el trabajo de restauración? –le pregunto al viejo mayordomo.

–Diez años más serán suficientes –contestó Tollett en su habitual tono sombrío–. El lugar estaba invadido de ratas cuando nos mudamos. Las Mujeres de Acero mataron a los sucios bichos. Ahora el lugar está invadido de Mujeres de Acero. Hay días en que preferiría que las ratas estuvieran de regreso.

–¿Cómo encuentras servir bajo las órdenes de Férreo Emmet? –preguntó Jon.

–La mayoría de las veces es Maris la Negra la que sirve bajo sus órdenes, mi Señor. Yo tengo las mulas. Ortiga jura que somos familiares. Es cierto que tenemos las mismas caras alargadas, pero no soy ni la mitad de necio. De cualquier modo nunca conocí a sus madres, por mi honor–. Terminó sus huevos y suspiró–. Me gusta un buen huevo que resbala en el plato. Si complace a mi Señor, no dejéis que los salvajes se coman todas nuestras gallinas.

En el patio se veía el cielo oriental empezar a iluminarse. No había ni una nube a la vista.

–Parece que tendremos un buen día para esto –dijo Jon–. Un día brillante y asoleado.

–El Muro llorará. El invierno está encima de nosotros. Es anormal, mi Señor. Un mala señal si me pregunta.

Jon sonrió–. ¿Y si hubiera nieve?

–Peor señal.

–¿Qué tipo de clima querríais?

–El tipo que se mantiene detrás de las puertas –dijo Edd El Penas–. Si eso complace a mi Señor, debería regresar a mis mulas. Me extrañan cuando no estoy. Más de lo que puedo decir yo de esas Mujeres de Acero.

Se separaron ahí, Tollet hacia el camino del este, donde sus carros aguardaban, Jon Nieve a los establos. Seda tenía su caballo ensillado y esperando por él, un fogoso corcel gris con crines negras y brillantes como tinta de maestre. No era la montura que hubiera escogido para una exploración, pero en esa mañana lo que importaba era verse impresionante y para eso, el semental era la elección perfecta.

Su séquito estaba esperando también. A Jon nunca le había gustado rodearse de guardias, pero hoy parecía prudente mantener algunos buenos hombres a su lado. Daban un espectáculo severo en sus cotas de malla, cascos de hierro y capas negras, empuñando lanzas y colgadas de su cintura, espadas y dagas. Para esta tarea Jon había evitado a todos los jóvenes verdes y a los barbagrises bajo su orden, eligiendo ocho hombres en la flor de la virilidad: Ty y Mully, Lew el Zurdo, Liddle el Grande, Rory, Fulk el Pulga, Garrett Lanzaverde. Y Leathers, el nuevo maestro de armas del Castillo Negro, para mostrar al pueblo libre que hasta un hombre que luchó al lado de Mance en la batalla del Muro, podía encontrar un lugar de honor en la Guardia de la Noche.

Un color rojo profundo apareció en el este al momento en que se formaron frente al portal. «Las estrellas se van», pensó Jon. Cuando vuelvan a aparecer, brillarán sobre un mundo

cambiado para siempre. Algunos hombres de la reina estaban observando desde los rescoldos del fuego nocturno de Lady Melisandre. Cuando Jon observó la Torre del Rey, alcanzó a ver un relampagueo rojo detrás de una ventana. De la reina Selyse no había ni huella.

Había llegado el momento.

–Abrid el portal –Jon Nieve dijo suavemente.

–¡ABRID EL PORTAL! –rugió Liddle el Grande. Su voz era atronadora. Setecientos pies arriba, los centinelas escucharon y se llevaron a los labios sus cuernos de guerra. El sonido retumbó, haciendo eco en el Muro y alrededor del mundo. *Ahooooooooooooooooooooooooooo*, un largo toque. Por mil años o más, ese sonido había significado que los exploradores regresaban a casa. Hoy significaba otra cosa. Hoy llamaba al pueblo libre hacia su nuevo hogar.

De cada lado del largo túnel, los portales se abrieron y las barras de hierro se levantaron. La luz del amanecer brilló en el hielo arriba, rosa, dorado y púrpura. Edd el Penas no estaba errado. El Muro lloraría muy pronto. «Que los dioses permitan que sólo él llore».

Seda los condujo por debajo del hielo, iluminando el camino a través de la penumbra del túnel con una linterna de hierro. Jon lo siguió, guiando a su caballo. Luego su guardia. Después venía Bowen Marsh y unos cuantos de sus mayordomos, cada uno con una tarea asignada. Arriba, Ulmer del Bosque Real tenía el mando del Muro. Dos veintenas de los mejores arqueros del Castillo Negro lo acompañaban, listos para responder a cualquier problema abajo con una lluvia de flechas. Al norte del Muro, Tormund Matagigantes estaba esperando montado en un poni que apenas podía soportar su peso. Los dos hijos que le quedaban estaban con él, el alto Toregg y Dryn el joven, junto con 3 veintenas de guerreros.

–¡Jar! –exclamó Tormund–. Guardias ¿Es eso? ¿Ahora dónde está la confianza, cuervo?

–Trajisteis más hombres que yo.

–Sí, lo hice. Ven aquí muchacho, quiero que mi gente te vea. Tengo miles que nunca han visto un lord comandante, hombres maduros que de niños les dijeron que sus exploradores se los comerían si no se comportaban. Necesitan verte tal cual, un muchacho de cara alargada en capa negra. Necesitan aprender que no hay nada que temer de la Guardia de la Noche.

«Esa es una lección que preferiría que nunca aprendieran». Jon se quitó el guante de su mano quemada, puso dos dedos en su boca y silbó. Fantasma vino corriendo desde el

portal. El caballo de Tormund retrocedió tan intempestivamente que el salvaje casi se cae de la silla.

–¿Nada que temer?–dijo Jon–. Fantasma, quieto.

–Eres un bastardo de corazón negro, Lord Cuervo –Tormund Soplador del cuerno se llevó a los labios su propio cuerno de guerra. El sonido hizo eco en el hielo como trueno y empezaron a acercarse al portal los primeros individuos del pueblo libre. Desde el amanecer hasta el anochecer Jon observó a los salvajes pasar. Los rehenes primero, cien jóvenes entre ocho y dieciséis años de edad.

–Vuestro precio en sangre, Lord Cuervo –Tormund declaró–. Espero que los lamentos de sus pobres madres no os persigan durante la noche en vuestros sueños.

Algunos de los chicos fueron conducidos al portal por su madre o padre, otros por hermanos mayores. La mayoría venían solos. Los de catorce y quince años eran casi unos hombres y no querían ser vistos colgados de las faldas de una mujer.

Dos mayordomos contaron a los niños así como venían, anotando cada nombre en largos rollos de piel de oveja. Un tercero recolectaba sus objetos de valor por el derecho de paso y apuntaba eso también. Los chicos iban a un lugar en el que nunca habían estado antes, a servir a una orden que había sido el enemigo de su gente por miles de años y a pesar de eso, Jon no vio lágrimas y no escuchó los lamentos de sus madres. «Son el pueblo del Invierno» se recordó a sí mismo. Las lágrimas se congelan en sus mejillas allá de donde vienen. Ni un solo rehén se echó para atrás o trató de escapar cuando llegó su turno de entrar al sombrío túnel.

Casi todos los chicos estaban delgados, algunos se veían más bien demacrados, con piernas y brazos flacos como ramitas. No era menos de lo que esperaba Jon. De todos modos venían de todos los tamaños y colores. Vio chicos altos y bajos, de cabello castaño y negro, rubios del color de la miel y rubios color fresa, pelirrojos besados por el fuego, como Ygritte. Vio chicos con cicatrices, chicos con cojera y otros marcados por las viruelas. Muchos de los jóvenes mayores tenían mejillas vellosas o intentaban dejarse pequeños bigotes, aunque había uno con la barba tan tupida como la de Tormund. Algunos vestían suaves pieles, algunos cuero endurecido o pedazos de armadura, muchos más vestían lana y pieles de foca, algunos más se cubrían sólo con harapos. Uno estaba desnudo. Muchos llevaban armas: lanzas afiladas, mazos de cabeza de piedra, cuchillos hechos de hueso o piedra o vidriagón, garrotes con pinchos, redes, algunos incluso traían espadas corroídas por el óxido. Los niños Pies de Cuerno caminaban descalzos y despreocupados por sobre los charcos de nieve. Otros chicos tenían botas de zarpas de oso y no se hundían al caminar por encima de los charcos. Seis niños llegaron a caballo, dos en mulas. Un par de hermanos

llegaron montando una cabra. El rehén más grande tenía seis y medio pies de estatura, pero tenía cara de bebé; el más pequeño era un niño menudo que decía tener nueve años, pero no se veía de más de seis. Fueron notorios los hijos de hombres renombrados. Tormund se tomó la molestia de señalarlos cuando pasaban:

–El niño de ahí es el hijo de Soren Rompescudos –dijo de un chico alto–. El del cabello rojo es hijo de Gerrick Sangrereal. Viene de la línea sangre de Raymun Barbaroja, deja que te lo cuente. La línea del hermano pequeño de Barbaroja si queréis la verdad–. Dos niños se parecían lo suficiente para ser gemelos, pero Tormund insistió que eran primos, nacidos con un año de diferencia–. Uno es de Harle el Cazador, el otro es de Harle el Apuesto, ambos con la misma mujer. Los padres se odian entre sí. Yo enviaría uno a Guardiaoriente del Mar y el otro a la Torre Sombría.

Otros rehenes fueron nombrados como hijos de Howd el Errante, de Brogg, de Devyn el Desollador de Focas, de Kyleg de la Oreja de Madera, de Morna Máscara Blanca y de la Gran Morsa…

–¿De la Gran Morsa? ¿En serio?

–Tienen nombres raros a lo largo de la Costa Helada.

Tres rehenes eran hijos de Alfyn Matacuervos, un infame saqueador muerto a manos de Qhorin Mediamano. O eso insistía Torumnd.

–No se ven como hermanos –Jon observó.

–Medio-hermanos nacidos de diferentes madres. El miembro de Alfyn era una cosita, más chica que la vuestra, cuervo. Pero nunca tuvo pena de meterla por donde fuera. Tenía un hijo en cada villa, sí que lo tenía.

–De cierto niño menudo con cara de rata– dijo Tormund– El de ahí es cachorro de Varamyr Seispieles. ¿Recuerdas a Varamyr, Lord Cuervo?

Claro que recordaba.

–El cambiapieles.

–Sí, eso era. Y un enanito malicioso además. Muerto ahora, lo más seguro. Nadie lo ha visto desde la batalla.

Dos de los niños eran niñas disfrazadas. Cuando Jon las vio, mandó a Rory y Liddle el

Grande que se las trajeran. Una vino mansamente, la otra pateando y mordiendo. «Esto podría terminar mal».

–¿Estas dos tienen padres famosos?

–¡Jar! ¿Esas cositas escuálidas? Para nada. Las tomamos al azar.

–¡Son niñas!

–¿Eso son? –Tormund observó al par de niñas desde su silla de montar–. Yo y el Lord Cuervo hicimos una apuesta de cuál de los dos tienen el miembro más grande. Bájense los calzones y dejadnos ver.

Una de las niñas se sonrojó. La otra los miró desafiante –¡Déjanos en paz, tú Tormund Gran Apestoso! Déjanos ir.

–¡Jar! Ganáis cuervo. No hay una sola polla entre las dos. Aunque la pequeña sí tiene un buen par de bolas. Una Mujer de Acero en potencia, ella. –Llamó a sus hombres. –Vayan a encontrar algo femenino que ponerles antes de que Lord Nieve moje sus pantalones.

–Voy a necesitar dos niños que tomen su lugar.

–¿Cómo es eso? Un rehén es un rehén, me parece. Esa afilada espada tuya puede cortar una cabeza de niña tan fácil como una de niño. Un padre ama a sus hijas también. Bueno, la mayoría de los padres.

«No son sus padres los que me preocupan».

–¿Alguna vez cantó Mance sobre la valiente Danny Flint?

–No que yo recuerde. ¿Quién es?

–Una chica que se disfrazó de varón para vestir el negro. Su canción es hermosa y triste. Lo que le pasó a ella no lo fue–. En algunas versiones de la canción, su fantasma seguía recorriendo el Fuerte de la Noche–. Voy a enviar a las niñas a Túmulo Largo–. Los únicos hombres ahí son Férreo Emmett y Edd el Penas, ambos de confianza. Eso era algo que no podía decir de todos sus hermanos.

El salvaje entendió –Sucios pájaros, vosotros los cuervos –Escupió–. Dos niños más entonces. Los tendréis.

Cuando noventa y nueve rehenes habían cruzado el Muro frente a ellos, Tormund Matagigantes presentó al último –Mi hijo Dryn. Tendrás que ver que lo traten bien, cuervo, o me cocinaré tu hígado negro y me lo comeré.

Jon inspeccionó detenidamente al muchacho. De la edad de Bran o la edad que tendría si Theon no lo hubiera asesinado. Aunque Dryn no tenía nada de la dulzura de Bran. Era un chico fornido, con piernas cortas, brazos gruesos y una gran cara rojiza, una versión en miniatura de su padre, con una mata de cabello castaño. –Él servirá como mi propio paje–, Jon prometió a Tormund.

–¿Escucháis eso, Dryn? Mirad que no se te suba a la cabeza–. Se dirigió a Jon–. Necesita una paliza de vez en cuando, pero ten cuidado de sus dientes, muerde–. Tomó su cuerno de nuevo, lo levantó y sopló otra vez.

Esta vez fueron los guerreros los que se adelantaron. Y no sólo cien de ellos. «Quinientos», juzgó Jon Nieve, mientras se movían entre los árboles, «quizá hasta mil pudieran ser». Uno de cada cien venía montado, y todos venían armados. Colgados de sus espaldas traían escudos redondos cubiertos con pieles y cuero endurecido. Tenían imágenes pintadas de serpientes y arañas, cabezas cortadas, martillos ensangrentados, cráneos rotos y demonios. Algunos usaban acero robado, piezas dentadas de armaduras tomadas de los cuerpos de exploradores caídos. Otros se habían pertrechado con huesos, como Casaca de Matraca. Todos vestían pieles y cuero.

Había Mujeres de Acero con ellos, de cabellos largos al viento. Jon no pudo dejar de verlas sin recordar a Ygritte: el brillo del fuego en su cabello, su mirada cuando se desvistió para él en la gruta, el sonido de su voz –No sabes nada, Jon Nieve–, eso le dijo cien veces.

«Es tan cierto es ahora como lo era entonces».

–Deberíais haber mandado a las mujeres primero –le dijo a Tormund–, las madres y las doncellas.

El salvaje le lanzó una mirada aguda–. Sí, podría haberlo hecho. Y vosotros cuervos podrían haber decidido cerrar esa puerta. Unos cuantos guerreros en el otro lado… y bueno, de esa forma la puerta se mantendrá abierta, ¿no? –Sonrió–. Te compré el maldito caballo, Jon Nieve, pero eso no significa que no pueda contarle los dientes. No vayáis pensando que yo y los míos no confiamos en vos. Confiamos tanto como vosotros confiáis en nosotros–. Bufó–, Queríais guerreros ¿no? Bueno, aquí los tenéis. Cada uno vale seis de tus cuervos negros.

Jon tuvo que sonreír–. Mientras reserven esas armas para nuestro enemigo común, estoy

satisfecho.

–Os di mi palabra ¿O no? La palabra de Tormund Matagigantes, tan fuerte como el hierro, eso es –Se volvió y escupió.

Entre el torrente de guerreros estaban los padres de muchos de los rehenes de Jon. Algunos lo observaron con ojos helados mientras pasaban, tocando los pomos de sus espadas. Otros le sonrieron como si fuera un pariente perdido, aunque esas sonrisas intranquilizaron más a Jon Nieve que cualquier mirada. Ninguno se arrodilló, pero muchos juraron ante él–. Lo que Tormund juró, eso juro yo– declaró Brogg, de cabello negro, un hombre de pocas palabras. Soren Rompescudos agachó su cabeza una pulgada y gruñó –El hacha de Soren es vuestra, Jon Nieve, si alguna vez la necesitáis–. El barbaroja Gerrick Sangrereal trajo tres hijas–. Ellas serán buenas esposas y les darán hijos fuertes de sangre real a sus esposos –presumió–, como su padre, ellas descienden de Raymun Barbarroja, que fue Rey-más-allá-del-Muro.

Jon sabía que la ascendencia de sangre significa muy poco para el pueblo libre. Ygritte se lo enseñó. Las hijas de Gerrick compartían con ella el mismo color rojo flama del cabello, aunque Ygritte tenía una melena de rizos enredada y la de ellas colgara larga y lacia. «Besadas por el fuego»–. Tres princesas, cada una más hermosa que la otra –le dijo a su padre–. Veré que las presenten a la reina–. Selyse Baratheon las tomaría mejor que lo que había tomado a Val, sospechaba, pues eran más jóvenes y considerablemente más dóciles. «Suficientemente dulces para tomarlas en cuenta, aunque el padre parece un tonto».

Howd el Errante juró sobre su espada, la pieza más de hierro mellada y maltratada que Jon hubiera visto nunca. Devyn Desollador de Focas se presentó con un gorro de piel de foca, Harle el Cazador con un collar de colmillos de oso. La guerrera hechicera Morna se quitó su máscara de arciano lo suficiente para besarle la mano enguantada y jurarle ser su hombre o su mujer, lo que él prefiriera. Y así siguió y siguió y siguió.

Al momento de pasar, cada guerrero se quitaba sus tesoros y los lanzaba en uno de los carros que los mayordomos habían colocado antes del portal. Pendientes de ámbar, torques de oro, dagas enjoyadas, broches de plata con piedras preciosas engarzadas, brazaletes, anillos, copas de plata nielada y copones dorados, cuernos de guerra y cuernos para beber, un cepillo de jade, un collar de perlas de río… todo lo entregaron y fue anotado por Bowen Marsh. Un hombre entregó una camisa con escamas de plata que seguramente fue hecha para algún gran señor. Otro entregó una espada rota con tres zafiros en el puño.

Y hubo también cosas extrañas: un mamut de juguete hecho de pelo de mamut, un falo de marfil, un casco hecho con un cráneo de unicornio -con todo y cuerno-. Cuánta comida comprarían con eso en las Ciudades Libres, Jon Nieve no lo podría haber adivinado.

Después de los guerreros vinieron los hombres de la Costa Helada. Jon vio a una docena de sus grandes carros de huesos pasar uno por uno, traqueteando como Casaca de Matraca. La mitad rodaba como antes, otros habían tenido que reemplazar las ruedas por esquíes. Se deslizaron por los charcos suavemente, mientras que los carros con ruedas se hundían y atascaban.

Los perros que jalaban los carros eran bestias de temer, tan grandes como lobos huargo. Sus mujeres vestían pieles de foca, algunas con críos en sus pechos. Otros niños acompañaban a sus madres y miraban a Jon con ojos tan duros y oscuros como las piedras que sostenían. Algunos de los hombres usaban cornamentas en sus sombreros y algunos colmillos de morsa. Los primeros no querían a los segundos y viceversa, Jon se dio cuenta rápidamente. Unos cuantos renos flacos venían en la retaguardia, con grandes perros pastoreando a los rezagados.

–Vigilad a esos, Jon Nieve –le advirtió Tormund–. Un pueblo bárbaro. Los hombres son malos y las mujeres peor –. Tomó un pellejo de su silla de montar y se lo ofreció a Jon–. Aquí. Esto hará que se vean menos temibles, puede ser. Y calienta por las noches. No, adelante, es para vos. Tomad un trago.

El pellejo contenía un aguamiel tan potente que hizo que los ojos de Jon lagrimearan y sintió como unos tentáculos de fuego serpenteaban por su pecho. Bebió profundamente. –Eres un hombre bueno, Tormund Bebé de Giganta, para ser un salvaje.

–Mejor que muchos, puede ser, no tan bueno como otros.

Los salvajes vinieron y vinieron y el sol cruzó el cielo azul y brillante. Pasado el mediodía, el movimiento se detuvo cuando un carro tirado por bueyes se atascó en una de las vueltas dentro del túnel. Jon Nieve fue a echar un ojo por sí mismo. El carro estaba totalmente apisonado. Los hombres atrás estaban amenazando con destrozarlo y sacrificar al buey ahí mismo, aunque el conductor y los suyos juraron matarlos si lo intentaban. Con la ayuda de Tormund y su hijo Toregg, Jon logró mantener la paz entre los salvajes, pero tomó al menos una hora para que pudieran abrir el camino de nuevo.

–Necesitarían una puerta más grande –se quejó Tormund con Jon viendo amargamente al cielo, donde unas pocas nubes habían aparecido–. Es demasiado lento así. Es como sorber el Agualechosa con una pajilla. ¡Jar! Si tuviera el cuerno de Joramun. Le daría una buena soplada y treparíamos por todo el escombro.

–Melisandre quemó el cuerno de Joramun.

–¿Eso hizo? –Tormund se dio una palmada a su muslo y gruñó– Quemó ese gran cuerno,

tan fino, sí. Un maldito pecado, diría yo. Tenía mil años, eso es. Lo encontramos en la tumba de un gigante y ninguno de nosotros había tocado un cuerno tan grande. Quizá fue eso lo que le dio la idea a Mance de deciros que era el de Joramun. Quería que vosotros cuervos pensaran que tenía el poder de tumbar su maldito Muro. Pero nunca encontramos el cuerno verdadero. No, aunque escavamos mucho. Si lo hubiéramos tenido, cada arrodillado en sus Siete Reinos habrían tenido pedacitos de hielo con que enfriar su vino durante el verano.

Jon se volteó en su silla de montar, frunciendo el ceño. «Y Joramun sonó el Cuerno del Invierno y despertó a los gigantes de la tierra». Ese enorme cuerno con sus bandas de oro viejo, grabado con runas antiguas… ¿Mance Rayder le habría mentido o Tormund le estaba mintiendo ahora? «Si el cuerno de Mance era falso, ¿dónde estaba el verdadero?»

Por la tarde el sol se había ido y el día se volvió gris y ventoso–. Un cielo de nieve –anunció Tormund gravemente.

Otros habían visto el mismo augurio en las nubes blancas y llanas. Parecía que los apremiaba. Los ánimos empezaron a caldearse. Un hombre fue apuñalado cuando trató de adelantarse a otros que habían estado por horas en la columna. Toregg arrancó el cuchillo del atacante y arrastró a ambos hombres del lugar, enviándolos al campamento de los salvajes para formarse de nuevo.

–Tormund –dijo Jon, mientras veía a cuatro viejas arrastrar un carro lleno de niños hacia el portal–, habladme de nuestro enemigo. Quiero saber todo lo se sabe de los Otros.

El salvaje se frotó la boca –No aquí –murmuró–, no de este lado del Muro–. El curtido hombre observó intranquilo hacia los árboles con su manto blanco–. Ellos nunca están lejos, sabéis. No vendrán de día, no cuando el viejo sol está brillando, pero no creo por ningún motivo que estén lejos. Las sombras nunca se van. Puede ser que no las veáis, pero siempre están colgadas de vuestros talones.

–¿Los molestaron en su camino al sur?

–Nunca vinieron en gran número, si eso es lo que preguntáis, pero estuvieron con nosotros de todos modos, hostigando en las orillas. Perdimos más exploradores de los que me gustaría imaginar y le costaba la vida si alguien se quedaba atrás o se extraviaba. Cada noche rodeábamos nuestro campamento con fuego. No les gusta mucho el fuego, seguro. Cuando las nieves llegaron, las nieves, aguanieve y lluvia congelante, fue endemoniadamente difícil encontrar madera seca o lograr encender un fuego y el frío… algunas noches nuestros fuegos sólo se agitaban y morían. En noches como ésas siempre encontrábamos algunos muertos al llegar el día. A menos que ellos nos encontraran

primero. La noche que Torwynd… mi muchacho, él… –Tormund volteó el rostro.

–Lo sé–, dijo Jon Nieve.

Tormund lo volvió a enfrentar –No sabéis nada. Matasteis a un muerto, sí, eso escuché. Mance mató a cientos. Un hombre puede combatir a los muertos, pero cuando sus amos llegan, cuando las nieblas blancas se levantan… ¿Cómo peleáis contra una *niebla*, cuervo? Sombras con dientes… aire tan frío que hasta duele respirar, como si tuvierais un cuchillo dentro del pecho… No sabéis, no podéis saber… ¿Vuestra espada puede cortar el *frío*?

«Veremos si puede», Jon pensó, recordando las cosas que le dijo Sam, las cosas que encontró en los libros antiguos. Garra había sido forjada en los fuegos de la Antigua Valyria, forjada con fuegodragón y hechizos. «Acerodragón, lo llamó Sam. Más fuerte que el acero común, más ligero, fuerte, afilado…» Pero las palabras del libro eran una cosa. La prueba de la verdad vendría durante la batalla.

–No estáis equivocado –dijo Jon–. No lo sé. Si los dioses son bondadosos, nunca lo sabré.

–Los dioses rara vez son bondadosos, Jon Nieve–. Tormund asintió mirando hacia el cielo.– Las nubes se están cerrando. Está oscureciendo y enfriando. Vuestro Muro ya no está llorando, mirad–. Se volteó y llamó a su hijo Toregg–. Montad e id hacia campamento y haced que se muevan. Los enfermos y débiles, los holgazanes y cobardes, ponedlos en pie. Prended fuego a sus malditas tiendas si es necesario. El portal se cierra a la caída de la noche. Cualquier hombre que no haya pasado para entonces, tendrá que rogar que los Otros se lo lleven antes que yo lo haga. ¿Me escucháis?

–Escucho –Toregg montó su caballo y galopó hacia atrás de la columna.

Y los salvajes vinieron y vinieron. El día se oscureció, exactamente como Tormund dijo. Las nubes cubrieron el cielo de horizonte a horizonte y el calor huyó. Hubo más empujones en la puerta, pues hombres, cabras y bueyes se empujaban entre sí para intentar pasar. «Es más que impaciencia», Jon se dio cuenta. «Están asustados. Guerreros. Mujeres de Acero, saqueadores, están asustados de estos bosques, de las sombras que se mueven entre los árboles. Quieren poner al Muro de por medio antes de que la noche caiga».

Un copo de nieve bailó en el aire. Luego otro. «Bailen conmigo, Jon Nieve», pensó. «Bailarán conmigo pronto».

Y los salvajes vinieron y vinieron y vinieron. Algunos se movían más rápido, apurándose a través del campo de batalla. Otros –los viejos, los niños, los débiles- apenas podían moverse. Esa mañana el campo estaba cubierto de una sábana de nieve vieja, brillaba al sol

la capa exterior crujiente. Ahora el campo estaba pardo y negro y resbaloso. El paso del pueblo libre había transformado el suelo en lodo y suciedad: ruedas de madera y cascos de caballo, esquíes de hueso, cuerno y hierro, cerdos trotadores, botas pesadas, pezuñas de vacas y bueyes, los pies negros y descalzos del pueblo Pies de Cuerno. Todos dejaron sus marcas. Los pasos débiles hicieron más lenta la columna.

–¡Necesitáis una puerta más grande! –se quejó de nuevo Tormund.

Entrada la tarde la nieve estaba cayendo constantemente. El río de salvajes se había transformado en riachuelo. Columnas de humo se levantaban entre los árboles, donde su campamento había estado.

–Toregg –explicó Tormund–, está quemando a los muertos. Siempre hay alguien que se va a dormir y no despierta. Los encontráis en sus tiendas, los que tienen tienda, enroscados y congelados. Toregg sabe qué hacer.

El flujo ya no era más que un goteo en el momento en que Toregg surgió del bosque. Con él cabalgaba una docena de guerreros armados con lanzas y espadas–. Mi retaguardia –dijo Tormund, con una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes–. Vosotros cuervos tenéis exploradores. Nosotros también. Los dejé en el campamento en caso de que fuéramos atacados antes de que lograran pasar todos.

–Vuestros mejores hombres.

–O los peores. Cada hombre ha matado a un cuervo.

Entre los saqueadores venía un hombre a pie, con una gran bestia trotado atrás. «Un jabalí», notó Jon. «Un jabalí monstruoso». Del doble del tamaño que Fantasma, la criatura estaba cubierta de pelo negro, con colmillos tan largos como el brazo de un hombre. Jon nunca había visto un jabalí tan grande o feo. El hombre junto tampoco era una belleza. Era musculoso, de cabello negro, tenía la nariz achatada, mandíbulas oscurecidas por una barba incipiente, un par de ojos negros y juntos.

–Borrog –Tormund se volteó y escupió–. Un cambiapieles –No era una pregunta. De alguna manera Jon lo sabía.

Fantasma levantó la cabeza. La nieve que caía había enmascarado el olor del jabalí, pero ahora el lobo blanco podía olerlo. Caminó frente a Jon y enseñó los dientes, en un gruñido silencioso.

–¡No! –Jon masculló–. Fantasma, abajo. ¡Quieto! *¡Quieto!*

–Jabalíes y lobos –dijo Tormund–. Será mejor que esa bestia vuestra sea encadenada esta noche. Veré que Borrog haga lo mismo con su cerdo–. Observó el cielo cada vez más oscuro–. Ellos son los últimos y no podían estar más pronto. Nevará toda la noche, lo siento. Es hora de que vea que hay del otro lado de todo ese hielo.

–Ve adelante –le dijo Jon–. Pienso ser el último que atraviese el hielo. Me uniré a ustedes en el festín.

–¿Festín? ¡Jar! Esa sí es una palabra que me gusta oír–. El salvaje dirigió su poni hacia el Muro y lo espoleó en los cuartos traseros. Toregg y los saqueadores lo siguieron, desmontando en el portal para guiar a sus caballos a través del túnel. Bowen Marsh se quedó lo suficiente para supervisar que los mayordomos empujaran sus carros hacia el túnel. Sólo Jon y su guardia se quedaron atrás.

El cambiapieles se detuvo a diez yardas de distancia. Su monstruo restregó el lodo, olisqueando. Un polvillo de nieve cubría el lomo jorobado y negro del jabalí. Bufó y bajo su cabeza y por medio latido del corazón, Jon pensó que iba a cargar contra ellos. A su alrededor, sus hombres bajaron las lanzas.

–Hermano –dijo Borroq.

–Deberíais seguir adelante. Vamos a cerrar el portal.

–Cerradlo, sí –Borroq contestó–. Cerradlo firmemente. Ya vienen, cuervo–. Sonrió con la expresión más fea que Jon había visto y caminó hacia el portal. El jabalí lo siguió. La nieve cubría sus huellas al pasar.

–Se terminó entonces –Rory dijo cuándo se habían ido.

«No», pensó Jon Nieve, «apenas comienza».

Bowen Marsh los esperaba del lado sur del Muro, con una tabla llena de números.

–Tres mil ciento noventa salvajes pasaron el muro hoy –dijo el Lord Mayordomo–. Sesenta de los rehenes fueron enviados a Guardiaoriente y a la Torre Sombría después de que fueron alimentados. Edd Tollet tomó seis carros de mujeres hacia Túmulo Largo. El resto permanece con nosotros.

–No por mucho tiempo –Jon le prometió–. Tormund deberá de guiar a su propia gente a Escudo de Roble en uno o dos días. El resto lo seguirá, tan pronto como asignemos dónde.

–Como digáis, Lord Nieve. –Sus palabras sonaron tensas. El tono sugería que Bowen Marsh sabía *dónde* los pondría.

El castillo al que Jon regresó era totalmente diferente del que había dejado en la mañana. Desde que lo conocía, el Castillo Negro había sido un lugar de sombras y silencio, donde una exigua compañía de hombres de negro se movía como fantasmas entre las ruinas de la fortaleza que alguna vez había albergado diez veces su número actual. Todo eso había cambiado. Las luces brillaban a través de las ventanas donde Jon Nieve nunca antes había visto iluminación. Voces extrañas hacían eco en los patios y el pueblo libre iba y venía por los caminos helados que por años sólo habían conocido las botas negras de los cuervos. Afuera de los Barracones de Pedernal, se topó con una docena de hombres lanzándose bolas de nieve los unos a otros. «Jugando», Jon se sorprendió, «hombres maduros jugando como niños, lanzándose bolas de nieve igual que Bran y Arya alguna vez, y Robb y yo antes que ellos».

La vieja armería de Donal Noye estaba oscura y silenciosa todavía y las habitaciones de Jon ubicadas atrás de la forja estaban todavía más oscuras. Pero no había hecho más que quitarse la capa cuando Dannel asomó la cabeza por la puerta para anunciarle que Clydas traía un mensaje.

–Que pase –Jon encendió una paja con las ascuas del brasero y tres velas con la paja.

Clydas entró, sonrosado y parpadeando, el pergamino lo sostenía con una mano blanda–. Pido perdones, Lord Comandante. Sé que debéis de encontraros cansado, pero pensé que querríais ver esto al instante.

–Hicisteis bien–. Jon leyó:

En Hogar Cruel, con seis barcos. Mares violentos. El Pájaro Negro perdido con todos sus hombres, dos barcos lysenios fueron llevados a tierra en Skane. Garra está haciendo agua. Muy mal aquí. Los salvajes se comen a sus muertos. Cosas muertas en los bosques. Capitanes braavosi solo tomarán mujeres y niños en sus barcos. La bruja nos llama esclavistas. Intento de tomar el Cuervo de la tormenta fallido, seis tripulantes muertos y muchos salvajes. Quedan ocho cuervos. Cosas muertas en el agua. Envíen ayuda por tierra, mares arrasados por tormentas. Desde Garra, por la mano del Maestre Harmune.

Cotter Pyke había trazado furiosamente una marca dabajo.

–¿Es grave, mi Señor? –preguntó Clydas.

–Suficientemente grave–. «Cosas muertas en el bosque, cosas muertas en el agua. Sólo

quedan seis barcos, de once que partieron». Jon Nieve enrolló el pergamino, frunciendo el ceño. «La noche cae», pensó, «y mi guerra comienza».

59. EL CABALLERO DESECHADO

–Arrodilláos ante su Majestad Hizdahr zo Loraq, Decimocuarto de Su Noble Nombre, Rey de Meereen, Vástago de Ghis, Octarch del Antiguo Imperio, Maestro del Skahazadhan, Consorte de Dragones y Sangre de la Arpía– Rugió el Heraldo. Su voz retumbó por el suelo de mármol y resonó entre los pilares.

Ser Barristan Selmy deslizó una mano por debajo de su capa y aflojó la espada en la vaina. Ningún filo estaba permitido en la presencia del Rey salvo las de sus protectores. Parecía que aún formaba parte de ese grupo, a pesar de su dimisión. Nadie había intentado quitarle la espada, al menos.

Daenerys Targaryen prefería mantener la corte desde un banco de ébano pulido, suave y simple, cubierto con los almohadones que Ser Barristan había encontrado para que estuviera más cómoda. El Rey Hizdahr había sustituido el banco por dos imponentes tronos de madera joven, con los altos respaldos tallados en forma de dragón. El Rey se sentó en el trono de la derecha con una corona dorada en la cabeza y un cetro enjoyado en su mano pálida. El segundo trono estaba vacío.

«Un trono importante», pensó Ser Barristan. «Una silla con forma de dragón no puede reemplazar a un dragón, da lo mismo lo elaborado del tallado».

A la derecha de los tronos gemelos estaba Goghor el Gigante, una enorme masa de hombre con una cara brutal llena de cicatrices. A la izquierda estaba el Gato Manchado, con una piel de leopardo colgando sobre un hombro. Detrás de ellos estaban Belaquo Rompehuesos y Khrazz el de la mirada fría. «Todos asesinos experimentados», pensó Selmy, «pero una cosa es enfrentarte a un enemigo en los fosos, cuando su entrada se anuncia con cuernos, trompetas y tambores, y otra es encontrar a un asesino escondido antes de que lance el golpe».

El día era joven y fresco, y a pesar de ello él sentía el cansancio en los huesos, como si hubiera luchado durante toda la noche. Cuanto más envejecía, menos sueño parecía necesitar Ser Barristan. Cuando era escudero podía dormir diez horas cada noche y aún bostezar cuando entraba a trompicones en el patio de prácticas. A los sesenta y tres, se dio cuenta de que cinco horas cada noche eran más que suficientes. La noche anterior, apenas había dormido. Su habitación era una celda pequeña en los departamentos de la reina, originalmente los dormitorios de los esclavos; sus enseres consistían en una cama, un orinal, un armario para su ropa, e incluso una silla por si quería sentarse. En una mesilla de noche tenía una vela de cera de abeja y una pequeña talla del Guerrero. Aunque no era un hombre piadoso, la talla le hacía sentir menos solo en esta extraña ciudad extranjera, y era a ella a la que se volvía en los momentos más oscuros de la noche. «Protégeme de estas dudas que me acosan», había rezado, «y dame la fuerza para hacer lo que es correcto». Pero ni las oraciones ni el amanecer le habían traído la certeza.

El salón estaba más abarrotado de lo que el viejo caballero lo había visto nunca, pero lo que más notó fueron las caras que estaban ausentes: Missandei, Belwas, Gusano Gris, Aggo, Jhogo y Rakharo, Irri y Jhiqui, Daario Nariz. En el sitio del Shavepate había un hombre gordo con una coraza musculosa y máscara de león, sus pesadas piernas asomando por debajo de una falda hecha de tiras de cuero: Marghaz zo Loraq, el primo

del Rey, nuevo comandante de las Bestias Despiadadas. Selmy ya se había hecho una buena imagen de aquel hombre. Había conocido a otros como él en Desembarco del Rey – Servicial con sus superiores, implacable con sus inferiores, tan ciego como boastful y demasiado orgulloso.

«Skahaz podría estar en el salón también», se dio cuenta Selmy, «con esa cara suya tan fea escondida detrás de una máscara. Había dos Brazen Beasts apostados entre los pilares, con la luz de las antorchas reflejándose en la superficie metálica de sus máscaras. El Shavepate podría ser cualquiera de ellos».

El salón retumbaba con el sonido de cien voces graves, que hacían eco en los pilares y en el suelo de mármol. Era un sonido ominoso, enfadado. A Selmy le recordaba al ruido que hacen los panales de avispas justo antes de que todas las avispas salgan en desbandada. Y en las caras de la gente veía ira, dolor, sospecha, miedo.

El nuevo heraldo del rey apenas había llamado al orden a la corte cuando comenzó lo desagradable. Una mujer comenzó a quejarse sobre un hermano que había muerto en el foso de Daznak, otra sobre daños en su palanquín. Un hombre grueso se arrancó sus vendas para enseñar a la corte su brazo quemado, en carne viva y rezumando. Y cuando un hombre con un *tokar* azul y dorado comenzó a hablar de Harghaz el Héroe, un hombre libre detrás suyo le tiró al suelo. Hicieron falta seis Bestias Despiadadas para separarles y sacarles del salón. «Zorro, halcón, foca, langosta, león, sapo». Selmy se preguntaba si las máscaras tendrían algún significado para los hombres que las llevaban. ¿Llevaban aquellos hombres las mismas máscaras cada día, o elegían caras nuevas cada mañana?

–¡Silencio!– Gritaba Reznak mo Reznak– ¡Por favor! Contestaré si vosotros simplemente…

–¿Es cierto?– Gritó una mujer libre –¿Ha muerto nuestra madre?

–No, no, no– Chilló Reznak –La Reina Daenerys volverá a Meereen a su debido tiempo en toda su fuerza y majestuosidad. Hasta ese momento, Su Alteza el Rey Hizdahr será quién…

–Él no es mi rey– Gritó un hombre libre.

Los hombres comenzaron a empujarse unos a otros.

–La Reina no ha muerto – Proclamó el Senescal – Sus Jinetes de Sangre han partido a lo largo del Skahazadhan para encontrar a su Alteza y devolverla a su amante marido y leales súbditos. Cada uno de ellos tiene a diez jinetes escogidos, y cada hombre tiene tres magníficos caballos, así que viajarán rápido y lejos. La Reina Daenerys será encontrada.

Un Ghiscari alto con túnica de brocado habló a continuación, con una voz tan sonora como fría. El Rey Hizdahr se revolvió en su trono dragón, su cara pétrea por sus esfuerzos para parecer preocupado pero inmutable. Una vez más su senescal contestó.

Ser Barristan dejó que las palabras empalagosas de Reznak pasaran sobre él. Sus años en la Guardia Real le habían enseñado el truco de oír sin escuchar, lo que resultó especialmente útil cuando el orador estaba decidido a probar que las palabras verdaderamente eran viento. Detrás, al final del salón, espió al Príncipe Dorniense y a sus dos acompañantes. «No deberían haber venido. Martell no reconoce el peligro. Daenerys era su única amiga en esta corte, y ahora ya no está». Se preguntó cuánto entenderían de todo lo que se estaba diciendo. Incluso él mismo, a veces, no podía encontrar sentido al Ghiscari mestizo que hablaban los esclavos, especialmente cuando hablaban rápido.

El Príncipe Quentyn escuchaba atentamente, al menos. «Ése sí que es hijo de su padre». Bajo y fornido, la cara plana, parecía un muchacho decente, sobrio, sensible, honorable… Pero no el tipo que hace que el corazón de una muchacha joven latiera más deprisa. Y Daenerys Targaryen, al margen de ser cualquier otra cosa, era aún una muchacha joven, tal y como ella lo proclamaba cuando le apetecía jugar a la inocente. Como todas las buenas reinas ponía a su gente primero– si no, nunca se habría casado con Hizdahr zo Loraq – pero la niña dentro de ella aún anhelaba poesía, pasión, y risas. «Ella quiere fuego, y Dorne le ha enviado barro».

Se podía hacer un emplasto con barro para bajar la fiebre. Se podían plantar semillas en barro y cultivar una cosecha para alimentar a tus hijos. El barro podía nutrirte, en cambio el fuego únicamente te consumiría, aún así los tontos, los niños y las chicas jóvenes escogerían el fuego cada vez.

Detrás del príncipe, Ser Gerris Drinkwater estaba susurando algo a Yronwood. Ser Gerris era todo lo que no era su príncipe: Alto, delgado y atractivo, con el garbo de un mercenario y el ingenio de un cortesano. Selmy no dudaba de que más de una doncella Dorniense había pasado los dedos por aquel cabello dorado por el sol y besado aquella sonrisa burlona de sus labios. «Si éste hubiera sido el príncipe, las cosas habrían salido de otra manera», no podía evitar pensarlo… Pero había algo excesivamente agradable en Drinkwater para su gusto. «Falsa moneda», pensó el viejo caballero. Ya había conocido a hombres así.

Lo que sea que hubiera susurrado debía ser divertido, porque su gran amigo calvo dejó escapar una risotada, lo suficientemente alto como para que el mismo Rey girara la cabeza hacia los Dornienses. Cuando vio al Príncipe, Hizdahr zo Loraq frunció el entrecejo.

A Ser Barristan no le gustó esa mirada ceñuda. Y cuando el Rey llamó a su primo Marghaz a su lado, se agachó, y susurró en su oído, le gustó incluso menos.

«No he hecho ningún juramento a Dorne», se dijo Ser Barristan. Pero Lewyn Martell había sido su Hermano Juramentado, atrás en los días en los que los lazos entre la Guardia Real aún eran profundos. «No pude ayudar al Príncipe Lewyn en el Tridente, pero puedo ayudar a su sobrino ahora». Martell estaba bailando en un nido de víboras, y ni siquiera veía a las serpientes. Su presencia continua, incluso después de que Daenerys se hubiera entregado a otro ante los ojos de dioses y hombres, sería una provocación para cualquier marido, y Quentyn ya no tenía a la Reina para protegerle de la ira de Hizdahr. «*Aunque…*»

El pensamiento le golpeó como un tortazo en la cara. Quentyn había crecido entre los cortesanos de Dorne. Las intrigas y los venenos no eran extraños para él. Como tampoco era el Príncipe Lewyn su único tío. «Es familia de la Víbora Roja». Danerys había tomado a otro como su consorte, pero si Hizdahr moría, ella sería libre de casarse de nuevo. «¿Podía estar equivocado el Shavepate? ¿Quién podría decir que las langostas tenían a Daenerys por objetivo? Estaban en la misma caja del Rey. ¿Y si él era la víctima desde el principio?» La muerte de Hizdahr habría destrozado la frágil paz. Los Hijos de la Arpía habrían continuado con sus asesinatos, los Yunkishmen con su guerra. Daenerys podría no haber tenido mejor opción que Quentyn y su pacto de matrimonio.

Ser Barristan aún se debatía con esa sospecha cuando escuchó el sonido de botas pesadas subiendo por los estrechos escalones de piedra al fondo del salón. Los hombres de Yunkai habían llegado. Tres Sabios Maestros dirigían la procesión desde la Ciudad Amarilla, cada uno con su propio séquito armado. Un esclavista vestía un *tokar* de seda marrón bordada con oro, otro un *tokar* a rayas naranja y azulado, el tercero una ornada coraza de pecho con incrustaciones que representaban escenas eróticas en azabache, jade y madreperla. El capitán mercenario Barba de Sangre les acompañaba con un saco de cuero colgado sobre un hombro inmenso y una mirada alegre y asesina en los ojos.

«No el Príncipe Harapiento», observó Selmy. «No Ben Plumm el Moreno». Ser Barristan observó a Barba de Sangre fríamente. «Dame media razón para bailar contigo, y entonces veremos quién ríe el último».

Reznak mo Reznak se abrió paso hacia delante.

–Sabios maestros, nos honoráis. Su Alteza el Rey Hizdahr da la bienvenida a sus amigos de Yunkai. Entendemos que…

–Entended esto– Barba de Sangre sacó una cabeza cortada de su saco y se la lanzó al senescal.

Reznak dio un grito de miedo y saltó a un lado. La cabeza rebotó a su lado, dejando manchas de sangre en el suelo violeta mientras rodaba, hasta que chocó contra la base del trono dragón de Hizdahr. A lo largo del salón, las Bestias Despiadadas bajaron sus lanzas. Goghor el Gigante se movió pesadamente para colocarse delante del trono del rey, y el Gato Manchado y Khrazz se movieron a sus dos lados para formar una pared.

Barba de Sangre se rió.

–Está muerto. No os va a morder.

Con cautela, con mucho cuidado, el senescal se acercó a la cabeza, la levantó despacio por el pelo.

–El Almirante Groleo.

Ser Barristan miró hacia el trono. Había servido a tantos reyes, que no podía evitar sino imaginarse cómo habrían reaccionado a esta provocación. Aerys se habría estremecido de horror, seguramente haciéndose algún corte con las hojas del trono, y después habría gritado a sus guerreros que cortaran a los de Yunkai en pedazos. Robert habría pedido a

gritos su martillo para pagarle a Barba de Sangre con su misma moneda. Incluso Jaehaerys, tomado por débil por muchos, habría ordenado el arresto de Barba de Sangre y de los esclavistas de Yunkai.

Hizdahr se quedó congelado, el rostro transfigurado. Reznak puso la cabeza en un cojín de satén a los pies del rey, tras lo cual se retiró a un lado, la boca retorcida en una mueca de asco. Ser Barristan podía oler el fuerte perfume floral del senescal desde varias yardas de distancia.

El hombre muerto mirada hacia arriba lleno de reproche. Su barba estaba marrón por la sangre coagulada, pero un hililillo rojo aún goteaba de su cuello. Por su aspecto, había hecho falta más de un golpe para separar la cabeza del cuerpo. En el fondo del salón, los demandantes comenzaron a salir. Una de las Bestias Despiadadas se arrancó su máscara metálica de Halcón y vomitó el desayuno.

Barristan Selmy no era ajeno a las cabezas cortadas. Ésta, sin embargo… Había cruzado medio mundo con el viejo navegante, desde Pentos hasta Qarth y de vuelta hasta Astapor. «Groleo era un buen hombre. No se merecía este final. Todo lo que quería era volver a casa». El caballero se tensó, esperando.

–Esto– Dijo el Rey Hizdahr por fin –Esto no es… No estamos contentos, esto… ¿Qué significa este…? ¿Este…?

El esclavista del *tokar* marrón presentó un pergamino.

–Tengo el honor de portar este mensaje del concilio de maestros – Desenrolló el pergamino –Aquí está escrito: *"Siete entraron en Meereen para firmar el acuerdo de paz y presenciar los juegos de celebración en el Foso de Daznak. Como prueba de su seguridad, siete rehenes se nos ofrecieron. La Ciudad Amarilla llora a su noble hizo Yurkhaz zo Yunzak, quien pereció cruelmente cuando era invitado de Meereen. La sangre debe pagarse con sangre.*

Groleo tenía una esposa en Pentos. Hijos, nietos. «¿Por qué él, de todos los rehenes?» Jhogo, Hero y Daario Naharis comandaban a luchadores, pero Groleo había sido un almirante sin flota. «¿Lo echaron a suertes, o pensaron que Groleo era el de menos valor para nosotros, el menos probable por el que provocar una respuesta?» Se preguntaba el caballero… Pero era más sencillo plantear aquella pregunta que responderla. «No soy hábil deshaciendo nudos de ese tipo».

–Su alteza– dijo Ser Barristan –Si os place recordar, el noble Yurkhaz murió por accidente. Tropezó en los escalones cuando intentaba huir del dragón y fue aplastado bajo los pies de sus propios esclavos y acompañantes. Eso, o su corazón estalló de terror. Era viejo.

–¿Quién es ese que habla sin el permiso del Rey? – Preguntó el lord de Yunkai del *tokar* a rayas, un hombre pequeño con la barbilla hundida y unos dientes demasiado grandes para su boca. A Selmy le recordaba a un conejo. –¿Deben los lords de Yunkai hacer caso a los cotorreos de los guardias? – Sacudió las perlas que sostenían su *tokar*.

Hizdahr zo Loraq parecía no poder apartar la vista de la cabeza. Sólo cuando Reznak susurró algo en su oído fue capaz de recomponerse.

–Yurkhaz zo Yunzak era vuestro comandante supremo– dijo - ¿Quién de vosotros habla por Yunkai ahora?

–Todos nosotros – Dijo el conejo – El concilio de maestros.

El Rey Hizdahr encontró algo de acero.

–Entonces todos vosotros sois responsables por esta brecha en nuestra paz.

El Yunkai de la coraza le dio la réplica.

–Nuestra paz no ha sio perturbada. La sangre debe pagarse con sangre, una vida por otra. Para mostraros nuestra buena fe, os devolvemos a tres de vuestros rehenes.

Las filas de hierro detrás de él se separaron. Tres hombres de Meeren fueron empujados hacia delante, sujetándose sus *tokar* – dos mujeres y un hombre.

–Hermana – Dijo Hizdahr zo Loraq, tenso – Primos. –Hizo un gesto a la cabeza que sangraba – Quitad eso de nuestra vista.

–El almirante era un hombre del mar– le recordó Ser Barristan – ¿Quizá su Alteza podría pedir a los Yunkai que nos devolvieran su cuerpo, para poder enterrarlo entre las olas?

El lord de dientes de conejo sacudió una mano.

–Si a su Alteza le place, así se hará. Como señal de nuestro respeto.

Reznak mo Reznak se aclaró la garganta ruidosamente.

–Sin que se tome como ofensa, tengo entendido que Su Alteza la Reina Daenerys les dio… Ah… Siete rehenes. Los otros tres…

–Los otros seguirán siendo nuestros invitados – Anunció el lord de Yunkai de la coraza – hasta que los dragones hayan sido eliminados.

El silencio se estableció en el salón. Entonces llegaron los murmullos y los farfullos, maldiciones susurradas, oraciones suspiradas, las avispas despertándose en su colmena.

–Los dragones… – dijo el Rey Hizdahr.

–Son monstruos, como todos los hombres vieron en el foso de Daznak. Ninguna paz verdadera es posible mientras vivan.

Reznak contestó.

–Su Alteza la Reina Daenerys es Madre de Dragones. Sólo ella puede…

El desprecio de Barba de Sangre le interrumpió.

–Ella ya no está. Quemada y devorada. La hierba crece a través de su cráneo roto.

Un rugido dio la bienvenida a aquellas palabras. Algunos comenzaron a gritar y maldecir. Otros estamparon sus pies y silbaron su aprobación. Las Bestias Despiadadas tuvieron que hacer resonar sus lanzas contra el suelo para hacer que el salón quedara en silencio de nuevo.

Ser Barristan no quitó ni por un momento sus ojos de Barba de Sangre. «Él vino a saquear una ciudad, y la paz de Hizdahr le ha privado de su botón. Hará lo que deba para comenzar el derramamiento de sangre».

Hizdahr zo Loraq se levantó lentamente del trono dragón.

–Debo consultar con mi consejo. La corte ha terminado.

–Arrodilláos ante su Majestad Hizdahr zo Loraq, Decimocuarto de Su Antiguo Nombre, Rey de Meereen, Vástago de Ghis, Octarch del Antiguo Imperio, Maestro del Skahazadhan, Consorte de Dragones y Sangre de la Arpía – Gritó el heraldo.

Las Bestias Despiadadas salieron de entre los pilares para formar una línea, y después comenzaron un lento avance con paso firme, echando a los demandantes del salón.

Los Dornienses no podían irse tan lejos como los demás. Como correspondía a su rango y nobleza, a Quentyn Martell se le habían otorgado aposentos dentro de la Gran Pirámide, dos plantas más abajo – Un hermoso conjunto de habitaciones con su propio inodoro y terraza descubierta. Quizá fuera por eso que él y sus acompañantes se retrasaron, esperando a que la presa se hubiera aflojado para comenzar su caminata hacia los peldaños.

Ser Barristan les observó, pensativo. «¿Qué querría Daenerys?» Se preguntó. Creía que lo sabía. El viejo caballero caminó por el salón, su larga capa blanca haciendo un frufrú detrás suya. Alcanzó a los Dornienses al principio de la escalera.

–La corte de vuestro padre nunca fue tan vivaracha– Oyó bromear a Drinkwater.

–Príncipe Quentyn– llamó Selmy –¿Puedo pediros unas palabras?

Quentyn Martell se giró.

–Ser Barristan. Por supuesto. Mis aposentos están una planta más abajo.

«No».

–No es mi lugar el aconsejaros, Príncipe Quentyn… Pero si yo fuera vos, no volvería a mis aposentos. Vuestros amigos y vos deberíais seguir bajando los escalones y marcharos.

El Príncipe Quentyn le miró.

–¿Dejar la pirámide?

–Dejar la ciudad. Volver a Dorne.

Los Dornienses intercambiaron una mirada.

–Nuestras armas y armaduras están en nuestros aposentos– dijo Gerris Drinkwater – Sin mencionar la mayoría del dinero que nos queda.

–Las espadas se pueden reemplazar– dijo Ser Barristan –puedo daros el dinero suficiente para pasajes de vuelta a Dorne. Príncipe Quentyn, el Rey se ha fijado en vos hoy. Ha fruncido el ceño.

Gerris Drinkwater se rió.

–¿Deberíamos tener miedo de Hizdahr zo Loraq? Acabáis de verle. Se ha achantado frente a los hombres de Yunkai. Le han enviado una *cabeza,* y no ha hecho nada.

Quentyn Martell asintió, mostrando su acuerdo.

–Un Príncipe hace bien en pensar antes de actuar. Este rey… No sé qué pensar de él. La reina me previno contra él también, es cierto, pero…

–¿Os previno?– Selmy se extrañó - ¿Por qué estáis aún aquí?

El Príncipe Quentyn se sonrojó.

–El pacto de matrimonio…

– …Fue firmado por dos hombres muertos y no contenía ni una palabra sobre la reina o vos. Prometía la mano de vuestra hermana al hermano de la reina, otro hombre muerto. No tiene validez. Hasta que aparecisteis aquí, Su Alteza no conocía de vuestra existencia. Vuestro padre guarda bien sus secretos, Príncipe Quentyn. Demasiado bien, me temo. Si la reina hubiera sabido de este pacto en Qarth, nunca se había vuelto hacia la Bahía de los Esclavos, pero llegásteis demasiado tarde. No deseo echar más sal en vuestras heridas, pero Su Alteza tiene un nuevo marido y un antiguo amante, y parece preferirlos a los dos antes que a vos.

La rabia apareció en los ojos oscuros del príncipe.

–Ese señoritingo Ghiscari no es un consorte apropiado para la reina de los Siete Reinos.

–Vos no sois quién para juzgar eso– Ser Barristan se detuvo, pensando en si había hablado de más. «No. Cuéntale el resto». – Aquel día en el foso de Daznak, parte de la comida de la caja real estaba envenenada. Sólo fue por suerte que Belwas el fuerte se la comió toda. Las Gracias Azules dicen que sólo su tamaño y su fuerza inusitada le han salvado, pero estuvo cerca. Podría haber muerto.

La sorpresa se mostró clara en el rostro de Quentyn.

–Veneno… ¿Destinado a Daenerys?

–Para ella o para Hizdahr. Quizá para los dos. Sin embargo, la caja era de él. Su Alteza hizo todos los preparativos. Si el veneno fue cosa suya… Bueno, necesitará un cabeza de turco. ¿Quién mejor que un rival de una tierra lejana que no tiene amigos en esta corte? ¿Qué mejor que un pretendiente que la reina haya desdeñado?

Quentyn Martell palideció.

–¿Yo? Yo nunca podría… No podéis pensar que yo tomé parte en nada de…

«Dice la verdad, o es un maestro titiritero»

–Otros podrían pensarlo – dijo Ser Barristan – La Víbora Roja fue vuestro tío. Y tenéis buenas razones para querer muerto al Rey Hizdahr.

–Hay más gente que las tiene – Sugiró Gerris Drinkwater – Naharis, para empezar. Es su…

–… Amante – Terminó Ser Barristan, antes de que el caballero Dorniense pudiera decir algo que embarrara el honor de la reina– así es como los llamáis allí en Dorne, ¿No? – No esperó respuesta – El Príncipe Lewyn era mi Hermano Juramentado. En aquellos días había pocos secretos entre la Guardia Real. Sé que él tenía una amante. No creía que hubiera nada avergonzante en ello.

–No – Dijo el Príncipe Quentyn, colorado – Pero…

–Daario mataría a Hizdahr en un santiamén si se atreviera – continuó Ser Barristan – Pero no con veneno. Y Daario no estaba allí, de todas formas. Hizdahr estaría encantado de culparle por las langostas igualmente… Pero el rey puede tener aún necesidad de los Cuervos de la Tormenta , y los perdería si provocara la muerte de su capitán. No, mi príncipe. Si Su Alteza necesita un envenenador, mirará hacia vos – Había dicho todo lo que consideraba seguro decir. En unos días más, si los Dioses les sonreían, Hizdahr zo Loraq no reinaría en Meereen… Pero de nada bueno serviría el involucrar al Príncipe Quentyn en el derramamiento de sangre que se avecinaba – Si debéis permanecer en Meereen, haríais bien en permanecer lejos de la corte y esperar que Hizdahr os olvide – Terminó Ser Barristan – Pero un barco hacia Volantis sería la opción más sabia, mi príncipe. Sea lo que sea lo que elijáis, os deseo lo mejor.

Antes de que hubiera dado tres pasos, Quentyn Martell le llamó de nuevo.

–Barristan el Bravo, os llaman.

–Algunos sí.

Selmy se había ganado ese nombre cuando tenía diez años, un escudero recién nombrado, y aún así tan vanidoso, orgulloso y estúpido que tenía dentro de la cabeza la idea de que podría justar con caballeros hechos y derechos. Así que, había tomado prestado un caballo de guerra y algo de armadura de la armería de Lord Dondarrion y se había registrado en las listas de Blackhaven como un caballero misterioso. «Incluso el

heraldo se rió. Mis brazos eran tan flacos que cuando bajé mi lanza no pude hacer más que evitar que la punta arara el suelo». Lord Dondarrion habría estado en su derecho de bajarle del caballo y azotarle, pero el Príncipe de las Libélulas había sentido lástima por el muchacho de la armadura desparejada y suelta, y había respetado y aceptado su desafío. Un lance fue todo lo que hizo falta. Después, el Príncipe Duncan le ayudó a ponerse en pie y a quitarse el yelmo.

–Un niño – Había proclamado hacia la multitud – Un niño bravo.

«Hace cincuenta y tres años. ¿Cuántos hombres quedarán vivos de los que estuvieron allí, en Blackhaven?»

–¿Qué apodo creéis que me pondrán, si volviera a Dorne sin Daenerys? – Preguntó el Príncipe Quenyn.

–¿Quentyn el Cauto? ¿Quentyn el Cobarde? ¿Quentyn el Aterrorizado?

«El Príncipe que llegó demasiado tarde», pensó el caballero… Pero si hay algo que un caballero de la Guardia Real aprende, es a controlar su lengua.

- Quentyn el sabio – Sugirió.

Y esperaba de veras que fuera verdad.

60. EL PRETENDIENTE RECHAZADO

La hora de los fantasmas estaba casi sobre ellos cuando Ser Gerris Drinkwater volvió a la pirámide para informar que había encontrado a Beans, libros, y al viejo hueso Bill en una de las bodegas menos sabrosas de Meereen, bebiendo vino de color amarillo y viendo a los esclavos desnudos matarse unos a otros con las manos desnudas y los dientes afilados.

–Beans sacó una cuchilla y propuso una apuesta para determinar si los desertores tenían los estómagos llenos de lodo amarillo– informó Ser Gerris –por lo que le arrojó un dragón y le preguntó si sería de oro amarillo. Mordió la moneda y le preguntó lo que quería comprar. Cuando le dije que se me resbaló el cuchillo me respondió si estaba borracho o loco.

–Que piense lo que quiera, siempre y cuando se entregue el mensaje– dijo Quentyn.

–Él lo hará más que bien. Apuesto a que obtendré su reunión también, si solo es para que Rags pueda tener de Meris su precioso hígado y freírlo con cebolla. Deberíamos de estar prestando atención a Selmy. Cuando Barristán el Bravo te dice corre, un hombre sabio ata los cordones de las botas.

–Debemos encontrar un barco de Volantis, mientras el puerto este abierto todavía.

La sola mención hizo que se le pusieran las mejillas verdes a Ser Archibald.

–No hay más barcos. Prefiero alcanzar Volantis a pie.

«Volantis», pensó Quentyn. «A continuación, Lys, luego a casa. Volver de la forma en que llegó, con las manos vacías. Tres valientes hombres muertos, ¿para qué?»

–Sería bonito ver Sangreverde de nuevo, para visitar a los Lanceros del Sol y los Jardines de agua y respirar el aire puro de montaña de dulces Yronwood en lugar de la caliente, humos húmedos y sucios de la Bahía de Esclavos. Su padre no tiene nada que reprochar, Quentyn lo sabía, pero la decepción estaría en sus ojos. Su hermana sería desdeñosa, las serpientes de arena que se burlan de él con una sonrisa afilada como espadas, y el Señor Yronwood, su segundo padre, que había enviado a su propio hijo a lo largo de mantenerlo a salvo …

–No voy a seguir aquí–dijo Quentyn a sus amigos. –Mi padre depositó esta tarea en mí, no a ti. Vete a casa, si eso es lo que quieres. Por cualquier medio que te guste. Yo me quedo.

El hombre se encogió de hombros grandes. –Entonces, bebe y estarte también conmigo.

A la noche siguiente, Denzo D'Han aparecido en la puerta del Príncipe Quentyn para hablar de las condiciones. –Se reunirá con usted en el día de mañana, por el mercado de las especias. Busque una puerta marcada con una flor de loto de color púrpura. Llama dos veces y di ¨la libertad¨.

–De acuerdo– dijo Quentyn. –Arco y Gerris estarán conmigo. Él puede traer a dos hombres. No más.

–Si por favor, mi príncipe. –Fueron las palabras lo suficientemente amables, pero el tono de Denzo fue malicioso, y los ojos del poeta guerrero brillaban con burla. –Ven al atardecer. Y que no te sigan.

A la izquierda de la Gran Pirámide dentro de una hora en la puesta de sol en caso de que algo se tuerza o tenga dificultades encuentre la púrpura de loto. Quentyn y Gerris llevaba el cinturón de la espada. El hombre grande se había cruzado sobre su martillo de guerra a través de su ancha espalda.

–Todavía no es demasiado tarde para abandonar esta locura–, dijo Gerris, mientras se abrían camino hacia un fétido callejón hacia el viejo mercado de especias. El olor de la orina estaba en el aire, y se podía oír el estruendo del hierro con monturas de las ruedas de un carro de un cadáver que iba por delante. –El viejo Bill Bone solía decir que Bella Maris podía acostar a un hombre que se está muriendo un ciclo lunar. Les mentimos, Quent. Les utilizamos para llegar hasta aquí, y luego pasamos por encima de los Cuervos de la Tormenta

–Como se nos había mandado.

–Tatters nunca quiso que nosotros lo hiciéramos de verdad, sin embargo – aclaró el hombre grande. –Sus otros niños, Ser Orson y Dick Straw, Hungerford, Will of the Woods, muchos, todavía están en algún calabozo gracias a nosotros. –Al Viejo Rags no le ha gustado mucho.

–No, –dijo el príncipe Quentyn, – pero le gusta el oro.

Gerris se echó a reír. –Es una lástima que no tengamos nada. ¿Confía usted en esta paz, Quent? Yo no. La mitad de la ciudad está llamando a la mata dragones un héroe, y la otra mitad escupe sangre cuando mencionan su nombre.

–Harzoo, – dijo el hombre grande.

Quentyn frunció el ceño. –Su nombre era Harghaz, Hizdahr, Humzum, Hagnag, ¿qué importa? Yo los llamo a todos Harzoo. No era un matadragones. Todo lo que hizo fue conseguir su culo negro tostado y crujiente.

–Él era valiente.– «¿Tendría el coraje de enfrentar a ese monstruo con nada más que una lanza?»

–Él murió con valentía, es lo que quieres decir.

–Murió gritando– dijo Arco. Gerris puso una mano sobre el hombro de Quentyn.

–Incluso si la reina regresa, ella todavía estará casada.

–No, si yo le doy al Rey Harzoo un pequeño golpe con mi martillo– sugirió el hombre grande.

–¡Hizdahr!, –dijo Quentyn. Su nombre es Hizdahr.

–Un beso de mi martillo y a nadie le importará cual fue su nombre –dijo el Arco.

«Ellos no ven». Aquí sus amigos habían perdido de vista su verdadero propósito. «El camino conduce a través de ella, no a ella. Daenerys es el medio para el premio, no el premio». –El dragón tiene tres cabezas– me dijo. Mi matrimonio no tiene por qué ser el final de todas sus esperanzas– dijo. –Yo sé por qué estás aquí. Tengo sangre y fuego de un Targaryen ,sangre, en mí, tú lo sabes. Puedo indagar sobre mi linaje

–A la mierda tu linaje– dijo Gerris. – Los dragones no se preocupan por su sangre, menos en el sabor. No se puede domesticar a un dragón con una lección de historia. Son monstruos, no maestres. Cuenta, ¿es esto realmente lo que quieres hacer?

–Esto es lo que tengo que hacer. Por Dorne. Por mi padre. Para Cletus y Will y el Maestre Kedry.

–Están muertos, dijo Gerris. Ellos ya no se preocupan.

–Todos están muertos, –coincidió Quentyn. –¿Por qué? Para traerme aquí, así que podría casarme con la reina de los dragones. Una gran aventura, lo llamó Cletus. De los caminos del demonio y los mares tormentosos, al final ella es la mujer más bella del mundo. Una historia que contar a nuestros nietos. Pero Cletus nunca tuvo un hijo, a menos que él dejará un hijo en el vientre de la puta moza que le gustaba. Nunca va a tener su boda. Sus muertes deben tener algún significado–. Gerris señaló un cuerpo que se desplomó contra una pared de ladrillos, acompañado por una nube de moscas verdes brillantes. – ¿Acaso su muerte tiene sentido? – Quentyn miró el cuerpo con disgusto.

–Murió de disentería. Manteneos alejados de él. La yegua estaba pálida en el interior de las murallas. No es de extrañar que las calles parecieran tan vacías. La inmaculada enviará un carro con su cadáver.

–No hay duda. Pero esa no fue mi pregunta. La vida de los hombres tiene un significado, no su muerte. Me encantó su Voluntad y a Cletus también, pero esto no los va a traer de vuelta a nosotros. Esto es un error, Quent. No se puede confiar en los mercenarios.

–Son hombres como cualquier otro hombre. Quieren el oro, la gloria, el poder. Eso es todo en lo que estoy confiando. Eso, y mi propio destino. Yo soy un príncipe de Dorne y llevo la sangre de los dragones en mis venas.

El sol se había puesto por debajo de la muralla de la ciudad en el momento en que se encuentro la flor de loto morada pintada en la puerta de madera desgastada de una casucha de ladrillos en cuclillas en medio de una hilera de chozas similares a la sombra de las grandes chozas amarillas y verde de la pirámide Rhazdar. Quentyn golpeó dos veces, según las instrucciones. Una voz ronca respondió a través de la puerta, gruñendo algo ininteligible en la lengua mestiza de la Bahía de Esclavos, una mezcla horrible de la vieja y alta Ghiscari Valyrian. El príncipe respondió en la misma lengua. –Libertad.

La puerta se abrió. Gerris entró primero, por precaución, con Quentyn cerca detrás de él y el hombre grande cerrando la comitiva. Dentro el aire era brumoso, con humo azulado, cullo olor dulzón no pudo cubrir olores más profundos de pis, vino ácido y carne podrida. El espacio era mucho más grande de lo que aparentaba desde fuera, estirándose a derecha e izquierda hacia los tugurios colindantes. Lo que parecía ser una docena de estructuras desde la calle se convirtió en un gran pasillo dentro.

A esta hora la casa estaba menos que medio llena. Unas pocos clientes recibieron a los Dornienses con semblantes aburridos u hostiles o curiosos. El resto estaba reunido al rededor del pozo, lejos, al final de la habitación, donde un par de hombres desnudos estaban cortándose el uno al otro con cuchillos mientras los espectadores les animaban.

Quentyn no vio señal de los hombres que habían venido a conocer. Entonces una puerta que no había visto antes balanceó al abrirse, y asomó una vieja mujer, una cosa arrugada en un tokar rojo oscuro con flecos de pequeñas calaveras doradas. Su piel era blanca como la leche de yegua, su pelo tan delgado que pudo ver el cuero cabelludo a través de él. –Dorne– dijo –Yo ser Zahrina. Lotus Púrpura. Ir abajo aquí, encontraréis– Sujetó la puerta y les invitó a pasar con un gesto.

Más adelante había una ruta de peldaños de madera, empinado y en forma de caracol. Esta vez el hombre grande lideró la marcha y Gerris se quedó en la retaguardia, con el príncipe entre ellos. «Un sótano». Fue un largo camino bajando, y tan oscuro que Quentyn tenía que tantear el camino para no resbalar. Cerca del fondo Ser Archibald sacó su daga.

Salieron a una bóveda de ladrillo tres veces el tamaño de la bodega anterior. El príncipe podía contemplar que había enormes cubas de madera que se alineaban en las paredes.

Un farolillo rojo colgado de un gancho junto a la puerta y una vela negra grasienta parpadeó en un barril volcado que servía como una tabla. Era la única luz. Caggo Corpsekiller se paseaba por las cubas de vino con su arakh negro colgando en la cadera. Meris estaba sosteniendo una ballesta con sus ojos fríos y muertos como dos piedras grises. Denzo D'Han se situó en la puerta prohibida y una vez que los hombres dornienses estaban en el interior, entonces adoptó una posición frente a ella, los brazos se cruzaron sobre su pecho.

«Uno ya es demasiados», pensó Quentyn.

Los jirones propios de Príncipe estaban en la mesa de enfermería y una copa de vino. A la luz de las velas amarillas su pelo de color gris plateado casi parecía de oro, aunque las bolsas debajo de sus ojos se grabaron tan grandes como las alforjas. Llevaba un manto de lana marrón propio de un viajero, con una cota de malla plateada que brillaba debajo. ¿Hizo presagiar la traición o la simple prudencia? «Un mercenario de su edad, es un mercenario cauteloso. Quentyn se acercó a su mesa»

–Mi señor. Te ves diferente sin tu manto.

–¿Mi vestido andrajoso? la Pentoshi se encogió de hombros. –Algo penoso... pero los jirones le dan miedo a mis enemigos, y en el campo de batalla con mis trapos a la vista al viento, anima a mis hombres más que cualquier bandera. Y si quiero ser invisible, sólo necesito deslizarla para convertirme en algo normal y corriente. –Hizo un gesto hacia el banco frente a él. –Sienta. Tengo entendido que usted es un príncipe. Ojalá lo hubiera sabido. ¿Va a tomar algo? Zahrina también ofrece comida. Su pan está duro y su guiso es indescriptible. Prefiero la grasa y la sal con uno o dos bocados de carne. Perro, dice ella, pero creo que la rata es más sabrosa. No te va a matar, sin embargo, he hallado que cuando el alimento es tentador es cuando uno debe tener más cuidado. Los envenenadores siempre optan por los platos más selectos.

–Vosotros trajisteis tres hombres– señaló Ser Gerris, con un tono de su voz. —Nos pusimos de acuerdo en que serán dos cada uno.

–Meris no es un hombre. Meris, cariño, quítate la camisa y muéstrales.

–Eso no va a ser necesario– dijo Quentyn. Si la conversación que había escuchado era cierta, por debajo de la camisa de Meris, sólo tenía las cicatrices dejadas por los hombres que le habían cortado los pechos. –Meris es una mujer, estoy de acuerdo. Aún así has cambiado las condiciones.

–Andrajoso y con muchas curvas, lo que soy es un pícaro. Tres a dos no es mucha ventaja, hay que reconocer, pero cuenta para algo. En este mundo, un hombre debe aprender a aprovechar los dones que los dioses decidieron otorgarles. Esa fue una lección que aprendí a un alto precio. Se la ofrezco a usted como un signo de mi buena

fe. –Hizo un gesto a la silla. –Siéntate, y dime lo que vino a decir. Te prometo que no te voy a matar hasta escucharte. Esto es lo mínimo que puedo hacer por un príncipe entre compañeros, Quentyn, ¿verdad?

–Quentyn de la Casa Martell.

–Rana te queda mejor. No es mi costumbre beber con mentirosos y desertores, pero me has despertado la curiosidad

Quentyn se sentó. «Una palabra inadecuada y esto podría convertirse en sangre en medio latido de corazón». –Pido perdón por nuestro engaño. Los únicos buques que navegan sólo por la bahía de Esclavos eran los que había sido contratados para llevarnos a la guerra.

El príncipe andrajoso se encogió de hombros. –Cada cambiacapas tiene su historia. No son los primeros que me juran sus espadas, toman mi moneda y su plazo o vencimiento. Todos ellos tienen razones. 'Mi hijo pequeño está enfermo', o 'Mi esposa me está poniendo los cuernos', o 'Todos los hombres me hacen chupar sus pollas'. Un chico encantador, el último, pero no lo excusa de su deserción. Otro compañero me dijo que la comida era tan miserable que tuvo que huir, como lo hizo mal le habían cortado un pie, lo asó, y se lo di de comer. Entonces lo hice el cocinero del campamento. Nuestras comidas han mejorado notablemente, y cuando su contrato se cumplió firmó otro. Tú, sin embargo... varios de mis mejores hombres están encerrados en agradecimiento a la reina de las mazmorras para cortarle la lengua mentirosa a los suyos, y dudo que incluso se pueda cocinar.

–Soy un príncipe de Dorne– dijo Quentyn. –Yo tenía el deber de mi padre y mi pueblo. Hubo un pacto de matrimonio secreto .

–Eso he oído. –Y cuando la reina de plata vio su trozo de pergamino cayó en sus brazos, ¿no?

–No, –dijo el bonito Meris.

–¿No? Oh, recuerdo. Su esposa salió volando en un dragón. Bueno, cuando regrese, no estaré seguro de que nos invitan a su boda. Los hombres de la compañía le gustarían beber por su felicidad, y me encantaría una boda en Poniente. Sobre todo la parte de la encamación, sólo... oh, espera... Se volvió hacia Denzo D'han. Denzo, pensé que me dijo que la reina dragón se había casado con un Ghiscari.

–Un hombre Meereenese noble y rico. –El príncipe se volvió de nuevo a jirones Quentyn. –¿Podría ser verdad? Por supuesto que no. ¿Se rió de su pacto de matrimonio?

–Ella se rió de él, – dijo el bonito Meris. Daenerys nunca se echó a reír. El resto de Meereen podría verlo como una curiosidad divertida, como el exiliado rey de verano de las islas de Robert que lo utiliza para mantener Desembarco del Rey, pero la reina había hablado siempre a él con suavidad.

–Llegamos demasiado tarde– dijo Quentyn. Una lástima que me abandonase antes de tiempo. El príncipe bebió a jirones de su vino. –Así que ... no hay boda para el príncipe de la rana. ¿Es por eso por lo que has venido saltando de nuevo a mí? ¿Tengo tres mil valientes muchachos de Dorne decididos a honrar sus contratos?

–No.

–¡Qué desconcertante!

–Yurkhaz zo Yunzak está muerto.

–Una vieja noticia. Yo lo vi morir. El pobre hombre se encontró a un dragón y tropezó mientras trataba de huir. Luego un millar de sus amigos más cercanos entraron en él. Sin duda, la ciudad de Amarillo está inundada de lágrimas. ¿Me preguntaste a mí para brindar por su memoria aquí?

–No. ¿El yunkienshe ha elegido a un nuevo comandante?

–El consejo de los maestros ha sido incapaz de llegar a un acuerdo. Yezzan zo Qaggaz ha tenido el mayor apoyo, pero ahora él está muerto también. El Sabio Maters está tomando el mando supremo entre ellos. Hoy en día, nuestro líder es el Conquistador borracho y quienes sus soldados están afiliados a sus filas. Al día siguiente, será Wobblecheeks Señor.

–El Conejo, dijo Meris. –Wobblecheeks fue ayer.

–Reconozco mi error, querido mio. Nuestros amigos Yunkish tuvieron la amabilidad de darnos una carta. Tengo que tratar de ser más asidua en su consulta.

–Fue Yurkhaz zo Yunzak el hombre que lo contrató.

–Yurkhaz zo Yunzak era el hombre que lo contrató. Él firmó el contrato en nombre de su ciudad. Sólo así y, de este modo, Meereen y Yunkai han hecho la paz. El cerco se va a levantar, los ejércitos se disolvieron. No habrá ninguna batalla, ninguna masacre, no habrá saqueos y saqueos en la ciudad. La vida está llena de decepciones.

–¿Cuánto tiempo cree usted que el yunkienshe tendrá que seguir pagando salarios a las cuatro empresas de forma gratuita?

El príncipe andrajoso tomó un andrajoso sorbo de vino y le dijo –Una pregunta desconcertante. Pero esta es la forma de vida para nosotros, los hombres de las compañías libres. Una guerra termina, otra comienza. Afortunadamente, siempre hay alguien que lucha contra alguien en algún lugar. Tal vez aquí. Incluso mientras estamos aquí sentados bebiendo Barba de sangre puede estar instando a nuestros amigos yunkienses a presentarse al Rey Hizdahr con otra cabeza. Los hombres libres y los ojos de los esclavistas afilan sus cuchillos sobre otros cuellos, los Hijos de la trama de la Arpía en sus pirámides, cuya yegua pálida monta bajo el esclavo y al amo por igual, a nuestros amigos de la ciudad de Amarillo que miran hacia el mar, y en algún lugar en las praderas un dragón pica la carne fresca de Daenerys Targaryen. ¿Quién manda en Meereen esta noche? ¿Quién va a pronunciarse sobre el mañana?– El Pentoshi se encogió de hombros. –Una cosa de lo que estoy seguro es que van a tener la necesidad de nuestras espadas.

–Yo tengo necesidad de esas espadas. Dorne las va a contratar.

–El príncipe miró al bonito Meris. –Ésta rana no carece de vesícula.

–¿Debo recordarte, mi querido príncipe, el último contrato que firmaste para limpiar su fondo rosado?.

–Doblaré lo que el Yunkienshe está pagando.

–Y pagarás en oro a la firma de nuestro contrato, ¿no?

–Voy a pagarte parte al llegar a Volantis, el resto cuando esté de regreso en los Lanceros. Trajimos el oro con nosotros al zarpar, pero habría sido difícil de ocultar, una vez que se unió a la compañía, se lo dimos a los bancos. Le puedo mostrar los papeles.

–¡Ah! papeles. Pero nos pagarás el doble.

–El doble de artículos, –dijo Meris.

–El resto lo tendrá en Dorne, – insistió Quentyn. –Mi padre es un hombre de honor. Si pongo mi sello a un acuerdo, él cumplirá sus términos. Tienes mi palabra.

El príncipe harapiento terminó su vino, volcó la taza, y la colocó entre ellos. Por lo tanto, a ver si entiendo. Un mentiroso de antemano y un rompejuramentos desean realizar un contrato con nosotros y pagarnos con promesas. ¿Y para qué serviros? Me pregunto. Para arrastrarnos por los vientos a Yunkai y saquear la ciudad amarilla? ¿Para derrotar a una khalasar Dothraki en el campo? ¿Acompañaros a casa de su padre? ¿Va estar contento si entregamos a la reina Daenerys reina de la cama mojada y dispuesta? Dime rana, príncipe. ¿Qué quieres de mí y los míos?

–Necesito que me ayudes a robar un dragón.

Caggo Matacuerpos se rió. Meris tenía rizado el labio con una media sonrisa. Denzo D'Han silbado. El príncipe harapiento sólo se recostó en su silla y dijo: el doble no paga por los dragones, principito. Incluso una rana debe saber mucho más. Los Dragones vienen querido. Y los hombres que pagan con promesas deben de prometer más.

–Si quieres te pago el triple.

–Lo que yo quiero – dijo el Príncipe harapiento es Pentos.

61. THE GRIFFIN REBORN

Primero mandó a los arqueros.

Balaq el Negro comandaba mil arcos, en su juventud, Jon Connington había compartido el desdén de la mayoría de los caballeros que tenía como arqueros, pero se había hecho más sabio en el exilio, la flecha era tan mortal como la espada, así que para el largo viaje había insistido en que Harry Sin casa Strickland dividiera a las órdenes de Balaq cada compañía en diez compañías de cien hombres y las colocara a cada una en un barco diferente.

Seis de esos barcos se habían mantenido juntos lo suficientemente bien como para llevar a sus pasajeros hasta las costas del Cabo de la Ira (los otros cuatro se estaban retrasando pero aparecerían en algún momento, los Volanteses se lo aseguraron, pero Griff pensó que habían las mismas posibilidades de que se hubieran perdido o que hubieran desembarcado en otro sitio), lo que dejó a la compañía con seiscientos arcos. Para esto, doscientos arcos resultaban suficientes.

–Intentarán enviar cuervos, – dijo Balaq el Negro. – Mira la torre del maestre. Aquí. – Señaló en el mapa que había dibujado en el barro de su campamento. – Derribad cualquier pájaro que deje el castillo.

–Eso haremos – replicó el hombre de las Islas de Verano.

Un tercio de los hombres de Balaq usaban ballestas, otro tercio los arcos de doble curva hechos de cuerno y tendones del este. Mejores que estos eran los grandes arcos largos de tejo que portados por los arqueros de sangre de Poniente, y los mejores de todos eran los grandes arcos de corazón dorado atesorados por Balaq el Negro mismo y sus cincuenta hombres de las Islas de Verano. Sólo un arco de huesodragón podría superar en alzance a uno hecho con corazón dorado. Fuera cual fuera el arco que llevaban, todos los hombres de Balaq tenían una vista aguda, veteranos curtidos que habían probado su valía en cien batallas, incursiones y escaramuzas. Lo probaron de nuevo bajo el mando de Griffin.

El Castillo se erigía sobre la costa del Cabo de la Ira, en un majestuoso risco de oscura piedra roja rodeado en tres de sus lados por las olas de la Bahía de los Naufragios. Su única vía de aproximación estaba defendida por una garita tras la cual se encontraba el largo y desnudo risco que los Conningtons llamaban la garganta de Griffin. Forzar la garganta podía ser una empresa sangrienta, ya que el risco exponía a los atacantes a las lanzas, piedras y flechas de los defensores en las dos torres redondas que flanqueaban las puertas principales del castillo. Y una vez que se llegaba a dichas puertas, los hombres de dentro podían verter aceite hirviendo sobre sus cabezas. Griff esperaba perder unos cien hombre, quizás más.

Perdió a cuatro.

Los bosques habían sido dejados para que invadieran el terreno tras la puerta principal del castillo, así Franklin Flores pudo usar la maleza para esconder y llevar a sus hombres a veinte yardas de las puertas antes de emerger de los arboles con el ariete que habían creado en el campamento. El choque de madera contra madera trajo a dos hombres a las almenas; los

arqueros de Balaq el Negro los abatieron antes de poder restregarse el sueño de los ojos. La puerta resultó estar cerrada pero no atrancada; dio paso al segundo golpe, y los hombres de Ser Frankyn estaban a mitad de la garganta antes de que un cuerno de guerra diera la alarma desde el mismísimo castillo.

El primer cuervo voló mientras sus garfios eran lanzados sobre el muro, el segundo unos momentos después. Ninguno de los pájaros voló ni cien yardas antes de que una flecha lo abatiera. Un guardia dentro volcó una cubeta de aceite sobre los primeros hombres que llegaron a las puertas, pero como no había tenido tiempo de calentarlo la cubeta hizo más daño que su contenido. Pronto las espadas empezaron a sonar a lo largo de las almenas. Los hombres de la Compañía Dorada treparon a través de las almenas y corrieron a lo largo de la pasarela, gritando ¡Un grifo!, ¡Un grifo! El antiguo grito de guerra de la Casa Connington, el cual debía dejar a los defensores aún más confusos.

Fue durante unos minutos. Griff cabalgó hasta la garganta en un corcel blanco junto a Sin Hogar Harry Strickland. Mientras se acercaban al castillo, vio un tercer cuervo aletear desde la torre del maestre, sólo para ser convertido en un montón de plumas por el mismo Balaq el Negro.

–No más mensajes, – le dijo a Ser Franklyn en el patio.

Lo siguiente que voló desde la torre del maestre fue el propio maestre. La forma en que sus brazos aleteaban podría haberlo hecho pasar por otra ave.

Ese fue el fin de toda Resistencia. Los guardias que quedaban tiraron sus armas. Y en ese mismo momento, el Perchero de Griffin era suyo de nuevo, y Jon Connington era una vez más un lord.

–Ser Franklyn, – dijo, –ve a través de la fortaleza y las cocinas y haga salir a todo el que encontréis. Malo, haz lo mismo con la torre del maestre y la armería. Ser Brendel, los establos, el septo, y las barracas. Llevalos al patio, e intenta no matar a nadie que no insista en morir. Queremos ganar las Tierras de la Tormenta, y no queremos hacer de ello una matanza. Asegurate de mirar bajo el altar de la madre, hay una escalera oculta que lleva a un pasadizo secreto. Y otro bajo la torre noroeste que lleva directamente al mar. Que no escape nadie.

–No lo harán, mi señor, – prometió Franklin Flores.

Connington los miraba huir, entonces hizo una seña al Mediomaestre.

–Haldo, encárgate de la pajarería. Tengo que mandar mensajes esta noche.

–Esperemos que nos hayan dejado cuervos para nosotros.

Incluso Sin Hogar Harry estaba impresionado por la facilidad de su Victoria.

–Nunca pensé que sería tan fácil– dijo el capitán general, mientras entraba caminando en el gran salón para echarle un ojo al Nido del Grifo tallada y dorada donde cincuenta generaciones de Conningtons se habían sentado y gobernado.

–Se pondrá más dificil. De momento los hemos cogido desprevenidos. Esto no puede durar para siempre, incluso si Balaq el Negro abate cada cuervo del reino.

Strickland estudió los tapices descoloridos de los muros, las ventanas arqueadas con su miriada de paneles de cristal rojo y blanco en forma de diamantes, los estantes de lanzas, espadas y martillos de guerra.

–Dejémosles que vengan. Este lugar puede aguantar contra veinte veces nuestro número, siempre y cuando nos mantengamos aprovisionados. ¿Y tu dices que hay un camino de entrada y salida por mar?

–Abajo. Una cala escondida tras el risco, que aparece sólo cuando baja la marea. – Pero Connington no tenía intención de "dejarlos pasar". La Silla del Grifo era fuerte pero pequeña, y mientras estuvieran sentados parecerían más pequeños también. Pero había otro castillo cercano, infinitamente más grande e inexpugnable. «Tómalo, y el reino temblará». –Debéis excusarme, Capitán General. Mi señor padre esta enterrado junto al septo, y han pasado muchos años desde la última vez que recé por él.

–Por supuesto, mi señor.

Aún cuando partieron, Jon Connington no fue al septo. En su lugar sus pasos lo dirigieron hacia el tejado de la torre este, la más alta del Nido del Grifo. Mientras subía recordaba pasadas ascensiones – un centenar con su señor padre, al cual le gustaba ponerse de pie y mirar sobre los bosques y los riscos y los mares y todo lo que veía pertenecía a la Casa Connington, y una vez (¡sólo una!) con Rhaegar Targaryen. Rhaegar estaba regresando desde Dorne, y él y su escolta se habían quedado aquí durante una quincena. «Él era tan joven entonces, y yo era aún más joven. Niños ambos». En el festín de bienvenida, el principe había tomado su arpa de cuerdas plateadas y tocó para ellos. «Una canción de amor y muerte», rememoró Jon Connington, «y cada mujer en el salón estaba llorando cuando dejó en el suelo el arpa». No los hombres, por supuesto. Particularmente no su propio padre, cuyo único amor era su tierra. Lord Armond Connington gastó la tarde entera intentando ganar el favor del príncipe en su disputa con Lord Morrigen.

La puerta del tejado de la torre estaba atascada tan rápido que era fácil que nadie la hubiera abierto en años. Tuvo que empujarla con el hombro para forzarla a que se abriera. Pero cuando Jon Connington dio un paso fuera hacia las altas almenas, la vista era tan intoxicante como él recordaba: el risco con sus rocas talladas por el viento y agujas como dientes, el mar rugiendo abajo y molestando a los pies del castillo como algún tipo de bestia inquieta, leguas de cielo y nubes interminables, el bosque con sus colores otoñales.

–Las tierras de vuestro padre son hermosas, – le había dicho el príncipe Rhaeghar, de pie justo donde se encontraba ahora Jon.

Y el niño que él había sido le contestó.

–Un día serán todas mias. «Como si eso pudiera impresionar a un príncipe que iba a heredar el reino entero, desde el Rejo hasta el Muro».

El Nido del Grifo había sido suyo, finalmente, aunque fuera por unos pocos años. Desde aquí Jon Connington había gobernado grandes tierras extendiéndose muchas leguas al oeste, norte y sur, tal y como su padre y el padre de su padre hicieron antes que él. Pero su padre y el padre de su padre nunca habían perdido sus tierras. Él sí. «Me elevé demasiado alto, amé con demasiada fuerza, me atreví demasiado. Intenté agarrar una estrella, fui más allá de mis posibilidades, y caí».

Tras la Batalla de las Campanas, cuando Aerys Targaryen lo había despojado de sus títulos y enviado al exilio en un ataque de ingratitud y desconfianza, las tierras y el señorío se habían mantenido dentro de la Casa Connington, pasando a su primo Ser Ronald, el hombre al cual Jon había hecho su castellano cuando fue a Desembarco del Rey para ocuparse del Principe Rhaegar. Robert Baratheon había completado la destrucción de los grifos tras la guerra. Se le permitió al primo Ronald el conservar su castillo y su cabeza, pero perdió su señorío, a partir de entonces ser meramente el caballero del Nido del Grifo, y nueve décimos de sus tierras le fueron tomadas y divididas entre los señores vecinos que habían apoyado la causa de Robert.

Ronald Connington había muerto años antes. Se decía que el caballero actual del Nido del Grifo, su hijo Ronnet, estaba fuera en la guerra en las tierras rivereñas. Eso fue lo mejor. Según la experiencia de Jon Connington, los hombres lucharían por cosas que sintieran como suyas, incluso cosas que habían robado. No le entusiasmaba la idea de celebrar su regreso matando a uno de su propia familia. El señor de Red Ronnet había sido rápido aprovechándose de la caída de su señor primo, cierto, pero su hijo era un niño en aquella época. Jon Connington ni siquiera odiaba al antiguo Ser Ronald tanto como debiera. El error fue suyo.

Lo había perdido todo en el Septo de Piedra, por su arrogancia.

Robert Baratheon se había estado escondiendo en algún lugar en la ciudad, herido y sólo. Jon Connington había sabido eso, y también había sabido que la cabeza de Robert en una pica habría puesto final a la rebelión, allí y en ese momento. Era joven y lleno de orgullo. ¿Cómo no? El Rey Aerys lo había nombrado Mano y le había dado su ejército, y quería probarse a sí mismo digno de esa confianza, del amor de Rhaegar. Habría asesinado él mismo al señor rebelde y grabado un lugar para sí mismo en todas las historias de los Siete Reinos.

Así que se desplegó por el Septo de Piedra, cerró la ciudad y comenzó la búsqueda. Sus caballeros fueron casa por casa, echaron abajo cada puerta, registraron cada bodega. Incluso mandó hombres arrastrándose a través de las alcantarillas, aun así de alguna manera Robert seguía eludiéndolo. Los ciudadanos seguían escondiéndole. Lo movieron de una guarida secreta a la siguiente, siempre un paso por delante de los hombres del rey. ¿Qué tipo de rey era ese, uno que se escondía tras las faldas de las mujeres? Aún mientras la búsqueda se alargaba, Eddard Stark y Hoster Tully llegaron a la ciudad con un ejército rebelde. Le siguieron campanas y batallas, y Robert emergió de su burdel con una espada en la mano, y casi mata a Jon en los escalones del viejo septo que daba a la ciudad su nombre.

Años después, Jon Connington se dijo a sí mismo que no se tenía que culpar, que había hecho todo lo que cualquier otro hombre hubiera hecho. Sus soldados registraron cada agujero y

casucha, ofreció el perdón y recompensas, tomó rehenes y los colgó en jaulas de cuervos y juró que no tendrían ni agua ni comida hasta que Robert le fuera entregado. Todo para nada.

–Tywin Lannister mismo no podría haber hecho más, – le había insistido una noche a Blackheart, durante su primer año de exilio.

–Ahí es donde te equivocas, – le contestó Myles Toyne. – Lord Tywin no se habría preocupado en buscarlo. Habría quemado esa ciudad y cada criatura viviente en ella. Hombres y niños, bebés de pecho, nobles caballeros y septones sagrados, cerdos y putas, ratas y rebeldes, los habría quemado a todos. Cuando las llamas se hubieran extinguido y únicamente quedaran cenizas y rescoldos, habría mandado a sus hombres para que encontraran los huesos de Robert Baratheon. Más tarde, cuando Stark y Tully aparecieran con su multitud, les habría ofrecido el perdón a ambos, y habrían aceptado y regresado a casa con el rabo entre las piernas.

«No se equivocaba», reflexionó Jon Connington, apoyándose en las almenas de sus antepasados. «Yo quería la gloria de matar a Robert en combate singular, y no quería que se me llamara carnicero. Así que Robert se me escapó y humilló a Rhaegar en el Tridente».

–Le fallé al padre, – dijo, – pero no le fallaré al hijo.

Para cuando Connington descendió, sus hombres habían reunido a la guarnición del castillo y a la chusma superviviente en el patio. Aunque Ser Ronnet estaba efectivamente fuera en algún lugar del norte con Jaime Lannister, el Nido del Grifo no estaba desprovisto completamente de Griffins. Entre los prisioneros estaba el hermano menor de Ronnet Raymund, su hermana Alynne, y su hijo natural, un muchacho de pelo de un fiero rojizo que llamaban Ronal Tormenta. Todos serían rehenes valiosos siempre y cuando Ronnet el Rojo volviera para intentar retomar el castillo que su padre había robado. Connington ordenó que fueran confinados en la torre oeste, bajo guardia. La niña empezó a llorar en ese momento, y el bastardo intentó morder al lancero que tenía más cerca.

–Alto, vosotros dos– les dijo bruscamente. – No se os dañará a ninguno a menos que Ronnet el Rojo pruebe ser un absoluto idiota.

Sólo unos cuantos de los cautivos habían estado en servicio cuando Jon Connington había sido señor por última vez: un sargento canoso, ciego de un ojo; una pareja de lavanderas; un caballerizo que había sido mozo de cuadra durante la Rebelión de Robert; el cocinero, que había engordado enormemente; el armero del castillo. Griff había dejado crecer su barba durante el viaje, por primera vez en muchos años, y para su sorpresa se había vuelto en su mayoría pelirroja, a pesar de que mostraba cenizas aquí y allí entre el fuego. Vestido con una túnica roja y blanca bordada con los grifos gemelos de su casa, contrapuestos y combatientes, parecía una versión más vieja y severa del joven señor que había sido amigo y compañero del Principe Rhaegar… pero los hombres y mujeres de Nido del Grifo seguían mirándole con los ojos de un extraño.

–Alguno de vosotros me conocerá, – les dijo. – El resto lo aprenderá. Yo soy vuestro legítimo señor, regresado del exilio. Mis enemigos os han dicho que estoy muerto. Esos cuentos son

falsos, como podeis ver. Servidme tan fielmente como habéis servido a mi primo, y no será necesario haceros daño a ninguno de vosotros.

Los trajo delante uno a uno, preguntó a cada persona su nombre, entonces les ofreció arrodillarse y jurarle su lealtad. Todo se hizo con rapidez. Los soldados de la guarnición – sólo cuatro habían sobrevivido al ataque, el viejo sargento y tres muchachos – pusieron sus espadas a sus pies. Nadie se mostró reacio. Nadie murió.

Esa noche en el salón principal los vencedores festejaron con carnes asadas a la brasa y pescado recién cogido, bebieron con la comida vinos rojos de las bodegas del castillo. Jon Connington presidió desde el asiento del Grifo, compartiendo la mesa principal con Sin Hogar Harry Strickland, Balaq el Negro, Franklyn Flores, y los tres jóvenes grifos que habían tomado cautivos. Los niños eran de su sangre y sintió que debería conocerlos, pero cuando el bastardo anunció.

–Mi padre va a mataros, – decidió que su conocimiento era suficiente, ordenó que los devolvieran a sus celdas, y se disculpó a sí mismo.

Haldon Mediomaestre había estado ausente durante el festejo. Lord Jon lo encontró en la torre del maestre inclinado sobre una pila de pergaminos, con mapas diseminados a su alrededor.

–¿Esperando establecer dónde debería estar el resto de la compañía? – le preguntó Connington.

–Ojalá pudiera, mi señor.

Diez mil hombres habían zarpado desde Volon Therys, con todas sus armas, caballos, elefantes. Ni la mitad de ese número se habían presentado más allá en Poniente, en el lugar que tenían pensado desembarcar o cerca, un tramo de costa desierta en el borde de la Selva… tierras que Jon Connington conocía muy bien, ya que habían estado una vez allí.

Sólo unos años después, nunca se hubiera atrevido a intentar desembarcar en el Cabo de la Ira; los señores de la tormenta también ferozmente leales a la casa Baratheon y al Rey Robert. Pero con ambos Robert y su hermano Renly muertos, todo había cambiado. Stannis era demasiado severo y frio, un hombre para inspirar tanto en el camino de la lealtad, incluso si no hubiera estado a medio mundo de distancia, y las tierras de las tormentas tenían escasas razones para querer a la Casa Lannister. Y Jon Connington no estaba sin sus propios amigos aquí. «Y cada uno de sus hombres sabe lo de Rhaegar, y su joven hijo cuya cabeza fue aplastada contra un muro de fría piedra».

Afortunadamente su propio barco había sido uno de los primeros en llegar a su destino. Entonces sólo había sido cuestión establecer un campamento, reunir a sus hombres mientras iban desembarcando y moverse rápidamente, antes de que los señoritingos locales tuvieran algún indicio de su peligro. Y allí la Compañía Dorada había probado su valía. El caos que habría retrasado inevitablemente tal avance de tropas con una multitud rápidamente reunida de caballeros reconocidos y levas locales no había aparecido como evidencia. Estaban los herederos de Aceroamargo, y para ellos la disciplina era su leche materna.

–A esta hora de mañana deberíamos tener tres castillos, – dijo. El ejército que había tomado el Nido del Grifo representaba un cuarto de sus fuerzas; Ser Tristán Ríos se había puesto en camino simultáneamente hacia la residencia de la Casa Morrigen en Nido de Cuervos, y Laswell Peake hacia la Casa Rain, la fortaleza de los Wylde, cada uno con una fuerza comparable en tamaño. El resto de sus hombres habían permanecido en el campamento para guardar el lugar de desembarque y al príncipe, bajo las órdenes del pagador de la compañía Volantena, Gorys Edoryen. Su número empezaría a crecer, esperaba uno; más barcos llegaban de forma desordenada cada día. – Seguimos teniendo muy pocos caballos.

–Y ningún elefante, – le recordó el Mediomaestre. Ninguna de las grandes barcazas que traían los elefantes había aparecido aún. Los habían visto por última vez en Lys, antes de la tormenta que había dispersado media flota. – Podemos encontrar caballos en Poniente. Elefantes…

–… No importan. – Las grandes bestias serían útiles en una batalla campal, sin duda, pero pasaría tiempo antes de que tuvieran la fuerza como para enfrentar a sus enemigos en el campo. – ¿Te han dicho algo útil esos pergaminos?

–Oh, mucho y más aún, mi señor. – Haldon le dedicó una sonrisa. Los Lannisters hacen enemigos fácilmente pero parece que lo están pasando peor para mantener a sus amigos. Su alianza con los Tyrell se está desgastando, a juzgar por lo que leo aquí. La Reina Cersei y la Reina Margaery están compitiendo por el pequeño rey como dos zorras por un hueso de pollo, y las dos han sido acusadas de traición y libertinaje. Mace Tyrell ha abandonado su sitio a Bastión de las Tormentas para marchar de vuelta a Desembarco del Rey para salvar a su hermana, dejando atrás únicamente una fuerza simbólica para mantener a los hombres de Stannis encerrados dentro del castillo.

Connington se sentó.

–Cuéntame más.

–En el norte los Lannisters están confiando en los Bolton y en las tierras rivereñas en los Frey, ambas casas conocidas por traición y crueldad. Lord Stannis Baratheon sigue en abierta rebelión y los nacidos del hierro de las islas han erigido un rey también. Nadie parece mencionar nunca el Valle, lo que me sugiere que los Arryn no han tomado parte en nada de esto.

–¿Y Dorne? – El Valle estaba muy lejos; Dorne estaba cerca.

–El hijo menor del Principe Doran ha sido prometido en matrimonio con Myrcella Baratheon, lo cual sugiere que los Dornienses se han decantado por la Casa Lannister, pero tienen un ejército en Sendahueso y otro en el Paso del Principe, simplemente esperando…

–Esperando. – Frunció el entrecejo. – ¿A qué? – Sin Daenerys y sus dragones, Dorne era el centro de sus esperanzas. – Escribe a Lanza del Sol. Doran Martell debe saber que el hijo de su hermana sigue vivo y ha venido a reclamar el trono de su padre.

–Como digáis, mi señor. – El Mediomaestre le echó una mirada a otro pergamino. – Apenas podríamos haber calculado nuestro desembarco mejor. Tenemos amigos potenciales y aliados a ambos lados.

–Pero no tenemos dragones, – dijo Jon Connington, – así que para ganarnos estos aliados a nuestra causa, debemos tener algo que ofrecerles.

–Oro y tierras son los incentivos tradicionales.

–Ojalá tuviéramos ambos. – Promesas de tierras y promesas de oro podría ser suficiente para algunos, pero Strickland y sus hombres esperarían primero reclamar los campos y castillos más selectos, aquellos que fueron arrebatados a sus antepasados cuando estos huyeron al exilio. No.

–Mi señor tiene un premio que ofrecer, – señaló Haldon Mediomaestre. La mano del príncipe Aegon. Una alianza matrimonial, para atraer alguna de las grandes Casas a nuestros estandartes.

«Una novia para nuestro brillante príncipe». Jon Connington recordaba la boda del príncipe Rhaegar demasiado bien. «Elia nunca fue digna de él. Era frágil y enfermiza desde el principio, y el dar a luz sólo la dejó más débil aún». Tras el nacimiento de la princesa Rhaenys, su madre había estado postrada en la cama durante medio año, los maestres se lo dijeron al Príncipe Rhaegar después.

–Daenerys Targaryen podría todavía volver a casa algún día, – le dijo Connington a Mediomaestre. – Aegon debe estar disponible para casarse con ella.

–Mi señor lo sabe mejor, – dijo Haldon. – En ese caso, deberíamos considerar el ofrecer a los potenciales amigos unos premios menores.

–¿Qué sugieres?

–Vos. Vos no estais casado. Un gran lord, aún viril, sin herederos excepto esos primos hemos acabado de desposeer, el vástago de una antigua Casa con un magnífico y robusto castillo y amplias y ricas tierras que sin duda serán recuperadas y quizás expandidas por un rey agradecido, una vez hayamos triunfado. Teneis un nombre como guerrero, y como Mano del Rey Aegon hablareis con su voz y gobernareis este reino en su nombre. Creo que muchos señores ambiciosos podrían estar muy dispuestos a casar a sus hijas con un hombre así. Hasta, quizás, el príncipe de Dorne.

La respuesta de Jon Connington fue una larga y fría mirada. Había momentos cuando el Mediomaestre lo irritaba casi tanto como ese enano.

–Creo que no.– «La muerte se está arrastrando por mi brazo. Ningún hombre debe saberlo nunca, ni ninguna esposa». Volvió a levantarse. – Prepara la carta para el Príncipe Doran.

–Como mande mi señor.

Jon Connington durmió aquella noche en los aposentos del señor, en la cama que una vez había sido de su padre, bajo un dosel polvoriento de terciopelo rojo y blanco. Despertó al amanecer con el sonido de la lluvia cayendo y la llamada a la puerta de un sirviente ansioso de conocer cómo su nuevo señor rompería su ayuno.

–Huevos hervidos, pan frito y alubias. Y una jarra de vino. El peor vino de la bodega.

–¿El… el peor, mi señor?

–Ya me has oído.

Cuando la comida y el vino había sido vomitada, atrancó la puerta, vació la jarra en un cuenco, y puso dentro en remojo sus manos. La inmersión en vinagre y los baños de vinagre eran los tratamientos que le había prescrito Lady Lemore al enano, cuando temió que podría tener psoriagris, pero pedir una jarra de vino cada mañana le delataría. El vino tenía que ser servido, aunque no le veía sentido en malgastar una buena cosecha. Las uñas de los cuatro dedos estaban negras ahora, aunque el pulgar todavía no. En el dedo corazón, el gris había ido subiendo poco a poco hasta pasar el segundo nudillo. «Debería cortármelos», pensó, «¿pero como explicaría la pérdida de dos dedos?» No se atrevía a que se supiera sobre su psoriagrís. Tan extraño como parecía, hombres que enfrentarían la batalla con gusto y el riesgo de muerte para rescatar a un compañero, abandonarían al mismo compañero en un latido si supieran que tenía psoriagrís. «Debería haber dejado que el maldito enano se ahogara».

Ese mismo día más tarde, vestido y con sus guantes una vez más, Connington hizo una inspección del castillo y le mandó un mensaje a Sinhogar Harry Strickland y sus capitanes para que se unieran a él para un consejo de guerra. Nueve de ellos se reunieron en el solar: Connington y Strickland, Haldon Mediomaestre, Balaq el Negro, Ser Franklyn Flores, Malo Jayn, Ser Brendel Byrne, Dick Cole y Lymond Pease. El Mediomaestre tenía buenas noticias.

–Han llegado noticias del campamento de Marq Mandrake. Los Volantineses lo hicieron desembarcar en lo que acabó siendo Estermont, con casi quinientos hombres. Ha tomado el castillo de Piedraverde.

Estermont era una isla del Cabo de la Ira, nunca fue uno de sus objetivos.

–Los malditos Volantineses estaban tan ansiosos de deshacerse de nosotros que nos tiran como si fuéramos basura en cualquier trozo de tierra que ven – dijo Franklyn Flores. – Te apuesto que hemos tenido muchachos esparcidos por toda el medio de los malditos Peldaños de Piedra también.

–Con mis elefantes, – dijo Harry Strickland, en un tono afligido. Echaba de menos sus elefantes.

–Mandrake no tiene arqueros con él, – dijo Lymond Pease. – ¿Sabemos si Piedraverde envió algún cuervo antes de caer?

–Espero que lo hicieran, – dijo Jon Connington, – ¿pero qué mensaje habría llevado? En el mejor de los casos, un confuso informe sobre invasores del mar. – Incluso antes que haber partido desde Volon Therys, había instruido a sus capitanes para no mostrar ningún tipo de estandarte durante los primeros ataques, ni el dragón de tres cabezas del Príncipe Aegon, ni sus propios grifos, ni las calaveras, ni los estandartes dorados de la compañía. Que los Lannisters sospecharan de Stannis Baratheon, piratas de Peldaños de Piedra, forajidos salidos de los bosques o quienquiera que ellos quieran culpar. Si los informes que llegaban a Desembarco del Rey eran confusos y contradictorios, mucho mejor. Cuanto más lento reaccionara el Trono de Hierro, más tiempo tendrían ellos para reunir a sus fuerzas y atraer aliados a su causa. Debería haber barcos en Estermont. Es una isla. – Haldon, manda un mensaje a Mandrake para que deje una guarnición atrás y se traiga el resto de sus hombres al Cabo de la Ira, junto a cualquier cautivo noble.

–Como ordenéis, mi señor. Resulta que la Casa Estermont tiene lazos de sangre con ambos reyes. Buenos rehenes.

–Buenos rescates, – dijo Sinhogar Harry alegremente.

–Es hora de que enviemos a por el Príncipe Aegon también, – anunció Lord Jon. – Estará más seguro aquí tras los muros del Nido de Grifos que allí en el campamento.

–Mandaré un jinete, – dijo Franklyn Flores, – pero os digo una cosa, al muchacho no le gustará mucho la idea de estar a salvo. Quiere estar en el meollo de las cosas.

«Como hicimos nosotros a su edad», pensó Lord Jon, recordando.

–¿Ha llegado el momento de alzar su estandarte? – preguntó Pease.

–Aún no. Dejemos que Desembarco del Rey piense que no es más que un viejo lord que vuelve a casa con algunas espadas contratadas para reclamar su derecho de nacimiento. Una vieja historia familiar, esa. Incluso escribiré al Rey Tommen, afirmando eso y rogando por el perdón y el restablecimiento de mis tierras y títulos. Eso les dará algo para pensar durante un rato. Y mientras ellos vacilan, nosotros mandaremos de forma secreta mensajes a nuestros probables amigos en las tierras de las tormentas y el Dominio. Y Dorne. – Ese era un paso crucial. Señores menores podrían unirse a su causa por temor a ser dañados o por la esperanza de ganar algo, pero sólo el Príncipe de Dorne tenía el poder de desafiar a la Casa Lannister y a sus aliados. – Por encima de todo, debemos tener a Doran Martell.

–Hay pocas posibilidades de eso, – dijo Strickland. – Los Dornienses se asustan con su propia sombra. No son lo que llamarías osados.

«No más que tu».

–El Príncipe Doran es un hombre cauteloso, eso es cierto. Nunca se unirá a nosotros a menos que esté convencido de que ganaremos. Así que para persuadirlo debemos mostrarle nuestra fuerza.

–Si Peake y Rios tienen éxito, controlaremos la mejor parte del Cabo de la Ira, – expuso Strickland. – Cuatro castillos en otros tantos días, es un espléndido comienzo, pero seguimos estando sólo a la mitad de nuestras fuerzas. Necesitamos esperar al resto de mis hombres. Estamos perdiendo caballos también, y los elefantes. Esperemos, es lo que digo. Reunamos nuestro poder, ganemos algunos señores pequeños a nuestra causa, dejemos que Lysono Maar envíe a sus espías para averiguar lo que podamos de nuestros enemigos.

Connington le echo una tranquila mirada al regordete capitán-general. «Este hombre no es un Blackheart, ni un Bittersteel, ni un Maelys. Esperaría hasta que los siete infiernos se congelaran si pudiera arriesgar más que otro ataque de ampollas».

–No cruzamos medio mundo para esperar. Nuestra mejor opción es golpear fuerte y rápido, antes que Desembarco del Rey sepa quiénes somos. Me refiero a tomar Bastión de las Tormentas. Una fortaleza casi inexpugnable, y el último apoyo de Stannis Baratheon en el sur. Una vez tomado, nos dará una solidez segura a la cual podríamos retirarnos si lo necesitáramos, y ganarlos probará nuestra fuerza.

Los capitanes de la Compañía Dorada intercambiaron miradas.

–Si Bastión de las Tormentas sigue estando en posesión de hombres leales a Stannis, lo tomaremos de él, no de los Lannisters, – objetó Brendel Byrne. – ¿Porqué no hacemos causa común con él contra los Lannisters?

–Stannis es el hermano de Robert, de la misma ralea que derribó la Casa Targaryen, – les recordó Jon Connington. – Más aún, él está a mil leguas de distancia, con todas las escasas fuerzas de las que siga disponiendo. El reino completo se interpone entre nosotros. Tomaría medio año sólo llegar hasta él, y el tiene poco o menos que ofrecernos.

–Si Bastión de las Tormentas es tan inexpugnable, ¿cómo pretendéis tomarlo? – preguntó Malo.

–Mediante el engaño.

Sinhogar Harry Strickland no se mostró de acuerdo.

–Deberíamos esperar.

–Lo haremos. – Jon Connington se levantó. – Diez días. Ni uno más. Nos llevará ese tiempo prepararnos. En la mañana del undécimo día, cabalgaremos hacia Bastión de las Tormentas.

El príncipe llegó para unirse a ellos cuatro días más tarde, cabalgando en la cabeza de una columna de cien caballos, con tres elefantes avanzando pesadamente en su retaguardia. Lady Lemore estaba con él, vestida una vez más con las vestiduras ceremoniales blancas de una septa. Al frente de ellos iba Ser Rolly Duckfield, una capa de un color blanco como la nieve ondeando desde sus hombros.

«Un hombre formal y fiel», pensó Connington mientras miraba como desmontaba Duck, «pero no digno de la guardia real». Había hecho todo lo que podía para disuadir al príncipe de que le diera esa capa a Duckfield, señalando que ese honor lo mejor era reservarlo para guerreros del mayor renombre cuya lealtad añadiera lustre a su causa, y los hijos más jóvenes de grandes señores cuyo apoyo podrían necesitar en la lucha que se acercaba, pero el chico no se enternecería.

–Duck morirá por mi si es necesario, – le había dicho, – y eso es todo lo que requiero en mi Guardia Real. El matarreyes era un guerrero de gran renombre, y el hijo de un gran señor también.

«Al menos lo convencí de dejar los otros seis puestos disponibles, de otra forma Duck podría tener seis patitos yendo tras él, cada uno más obviamente adecuado que el anterior».

–Escoltad a Su Excelencia a mi solar, – ordenó. – Ahora mismo.

El Príncipe Aegon Targaryen, sin embargo, no era tan dócil como había sido el niño Pequeño Grifo ni de cerca. Había pasado casi una hora antes de que finalmente apareciera por el solar, con Duck a su lado.

–Lord Connington, – dijo, – me gusta vuestro castillo.

–Las tierras de vuestro padre son hermosas, – dijo. Su pelo plateado volaba al viento, y sus ojos eran de un púrpura profundo, más oscuros que los de su chico.

–Igual que yo, su Excelencia. Por favor, siéntese. Ser Rolly, no necesitaremos más de sus servicios por ahora.

–No, quiero que Duck se quede. – El príncipe se sentó. – Hemos estado hablando con Strickland y Flores. Nos han contado sobre este ataque a Bastión de las Tormentas que estáis planeando.

Jon Connington no dejó que su furia se mostrara.

–¿Y ha intentado Sinhogar Harry persuadiros de retrasarlo?

–Lo hizo, realmente, – dijo el príncipe, – pero no lo haré. Harry es una solterona, ¿verdad? Tenéis el derecho de hacerlo, mi señor. Quiero atacar para avanzar… con un cambio. Me refiero a liderarlo.

62. EL SACRIFICIO

En el verde prado de la aldea, los hombres de la Reina construyeron su pira.

«¿O debería ser el blanco de la aldea?» La nieve llegaba a las rodillas por todos lados excepto donde los hombres la habían retirado con palas, para cortar agujeros en el suelo con hacha y espada y pico. El viento soplaba desde el oeste, lanzando aún mas nieve sobre la superficie de los lagos.

–No quieres ver esto– dijo Aly Mormont –No, pero lo veré– Asha Greyjoy era la hija del Kraken, no una doncella consentida que no pudiera soportar mirar cosas feas.

Había sido un día de hambre, oscuro y frío, igual que el día anterior y el anterior a éste. Habían pasado la mayor parte de él sobre el hielo., temblando de frío junto a un par de agujeros que habían cortado en el menor de los lagos, agarrando sedales de pesca con sus torpes manos enfundadas en mitones. No hacía mucho, habían podido contar con enganchar uno o dos pescados, y los hombres del Bosque de los Lobos mas experimentados en la pesca en hielo sacaban hasta cuatro o cinco. Hoy con todo lo que había regresado Asha había sido con un frio que la había calado hasta los huesos.. Aly no había tenido más suerte. Hacía tres días desde que cualquiera de las dos había capturado un pez.

La Osa lo volvió a intentar –No necesito ver esto.

«No es a ti a quien quieren quemar los hombres de la Reina». –Entonces vete. Tienes mi palabra, no escaparé. ¿A dónde iría?¿A Invernalia? –Asha rió –Sólo a tres días a caballo, dicen.

Seis hombres de la Reina estaban encajando dos enormes postes de pino en los agujeros que otros seis hombres de la Reina habían cavado. Asha no tuvo que preguntar su cometido. Lo sabía. «Estacas». La noche pronto caería sobre ellos, y el dios rojo debía ser alimentado. «Una ofrenda de sangre y fuego», lo llamaban los Hombres de la Reina, «para que el Señor de la Luz vuelva su fiero ojo sobre nosotros y derrita estas nieves tres veces malditas».

–Aún en este lugar de temor y oscuridad, el Señor de la Luz nos protege– dijo Ser Godry Farring a los hombres que se habían reunico a mirar como eran clavadas las estacas en los agujeros.

–¿Qué tiene que ver vuestro dios sureño con la nieve?– exigió Artos Flint. Su barba negra estaba apelmazada por el hielo –Esto es la furia de los viejos dioses que ha caido sobre nosotros. Es a ellos a quienes debemos aplacar.

–Sí– dijo Big Bucket Wull –"Rahloo" el rojo no significa nada aquí. Solo haréis enfadar a los viejos dioses. Nos observan desde su isla.

La aldea de pequeñas granjas estaba situada entre dos lagos, el más grande salpicado de pequeñas islas boscosas que sobresalían del hielo como los puños congelados de algún gigante ahogado. En una de tales islas se alzaba un Anciano viejo y retorcido, su tronco y ramas eran blancos como la nieves circundantes. Hacía ocho días, Asha había salido a pasear con Aly Mormont para echar un vistazo mas de cerca a sus hendidos ojos rojos y su boca sangrienta. «Sólo es savia». Se había dicho a si misma, «la savia roja que fluye dentro de estos ancianos». Pero sus ojos no estaban convencidos, ver era creer, y lo que ellas vieron era sangre congelada.

–Vosotros los hombres del norte trajisteis estas nieves sobre nosotros– Insistió Corliss Penny. –Vosotros y vuestros diabólicos árboles. R'hllor nos salvará.

–R'hllor nos condenará– Dijo Arthos Flint

«Una mierda para vuestros dioses» pensó Asha Greyjoy.

Ser Godry el asesino de gigantes inspeccionó las estacas, empujando una para asegurarse de que estaba firmemente clavada.

–Bien, bien. Servirán. Ser Clayton, adelante con el sacrificio.

Ser Clayton Suggs era la fuerte mano derecha de Ser Godry. «¿O debería ser su brazo atrofiado?» A Asha no le gustaba Ser Clayton. Mientras Farring parecía mostrar una fiera devoción a su dios rojo, Suggs simplemente era cruel. Le había visto en las fogatas nocturnas, observando, sus labios entreabiertos y sus ávidos ojos. «No es el dios lo que ama, son las llamas». Decidió. Cuando Asha preguntó a Ser Justin si Suggs siempre había sido así, él hizo una mueca. –En Rocadragón podía jugársela con los torturadores y pedirles una mano en el interrogatorio de los prisioneros, especialmente si el prisionero era una mujer jóven.

Asha no estaba sorprendida. Quemarla sería un placer especial para Suggs, no le cabía la menor duda.

«A menos que la tormenta amaine»

Habían estado a tres días de Invernalia durante diecinueve años. «Cien leguas desde Bosquespeso a Invernalia. Trescientas millas según el vuelo del cuervo». Pero ninguno de ellos eran cuervos, y la tormenta era imparable. Cada mañana Asha se levantaba esperando que vería el sol, solo para enfrentarse a otro día de nieve. La tormenta había enterrado cada cabaña y casucha bajo un montón de nieve sucia, y los ventisqueros pronto serían suficientemente profundos como para engullir también la gran sala.

Y no había comida, mas allá de sus débiles caballos, pescado capturado en los lagos (menos cada día), y cualquier sustancia magra que sus recolectores pudieran encontrar en esos fríos bosques muertos. Con los caballeros y Señores del Rey reclamando la mejor parte de la carne de caballo, quedaba poco y menos para los hombres comunes. No sería extraño entonces que hubieran empezado a comerse a sus propios muertos.

Asha estaba tan horrorizada como el resto cuando la Osa le dijo que cuatro hombres de Peasebury habían sido encontrados despedazando a uno de los difuntos Señores, trinchando pedazos de carne de sus muslos y nalgas así como uno de sus antebrazos dando vueltas en un espetón, pero no podía pretender estar sorprendida. Esos cuatro no eran los primeros en probar carne humana durante su lúgubre marcha, habría apostado – sólo los primeros en ser descubiertos.

Los cuatro de Peasebury pagarían por su festin con sus vidas, por decreto del Rey…y arderían para parar la tormenta, clamaron los hombres de la reina. Asha Greyjoy no tenía ninguna fe en su dios rojo, aunque rezó por que estuvieran en lo cierto. Sino, habría otras piras, y Ser Clayton Suggs obtendría su mayor deseo.

Los cuatro caníbales fueron desnudados cuando Ser Clayton los condujo fuera, sus muñecas amarradas tras sus espaldas con cuerdas de cuero. El mas joven de ellos lloró hasta que tropezó en la nieve. Los otros dos caminaron como hombres ya muertos, con los ojos fijos en el suelo. Asha estaba sorprendida de ver lo ordinarios que parecían. «No son monstruos», pensó «solo hombres».

El mas viejo de los cuatro había sido su sargento. Solo él se mantuvo desafiante, escupiendo veneno

a los hombres de la reina que le picaban con sus lanzas. –Que os jodan a todos, y que jodan también a vuestro dios rojo– dijo –¿Me oyes, Farring, Asesino de gigantes? Me reí cuando tu jodido primo Godry murió. Deberíamos habérnoslo comido también, olía muy bien cuando lo asaron. Apuesto que el joven era rico y tierno. Sabroso– El golpe del asta de una lanza le hizo caer de rodillas pero no le silenció. Cuando se puso en pie escupió sangre y dientes y siguió derecho hacia delante. –La polla es la parte mas selecta, toda crujiente en el espetón. Una pequeña y gorda salchicha – Aún cuando lo envolvían en cadenas seguía despotricando. –Corliss Penny, ven aquí. ¿Qué clase de nombre es Penny? ¿Eso es todo lo que cobró tu madre? Y tú, Suggs, puñetero bastardo, tú..

Ser Clayton nunca dijo una palabra. Una rápida cuchillada abrió la garganta del sargento, bañando su pecho de sangre.

El llorón lloró aún mas fuerte, su cuerpo temblaba con cada sollozo. Estaba tan delgado que Asha podía contar cada costilla. –No– rogó –Por favor, estaba muerto, estaba muerto y nosotros estábamos hambrientos, por favor….

–El sargento fue el mas listo– Dijo Asha a Aly Mormont –Incitó a Suggs a matarle.

Se preguntó si el mismo truco funcionaría dos veces, llegado su turno.

Las cuatro víctimas fueron encadenadas espalda con espalda, dos por estaca. Allí colgando, tres hombres vivos y uno muerto, mientras el devoto del Dios de la Luz clavaba leños y ramas rotas bajo sus pies, entonces empapó las pilas con aceite de lámpara. Debían ser rápidos, la nieve caía pesadamente, como siempre, y la madera pronto estaría mojada.

–¿Dónde está el rey?– Preguntó Ser Corliss Penny.

Hacía cuatro días, uno de los propios escuderos del Rey había sucumbido al frío y al hambre, un chico llamado Bryen Farring, que había sido pariente de Ser Godry. Stannis Baratheon aguantó de pie con una mueca en el rostro junto a la pira funeraria mientras el cuerpo del muchacho era confiado a las llamas. Después el rey se había retirado a su atalaya. No había salido de allí desde entonces…de tanto en tanto Su Majestad era visto fugazmente sobre el tejado de la torre, perfilado contra la almenara que ardía allí noche y día. «Hablando con el Dios Rojo», decían algunos. «Llamando a Lady Melisandre», insistian otros. De cualquier modo, le parecía a Asha Greyjoy, el Rey estaba perdido e imploraba ayuda.

–Canty, ve a buscar al Rey y dile que está todo listo – dijo Ser Godry al soldado mas cercano.

–El Rey está aquí – La voz era de Richard Horpe.

Por encima de su armadura de placas y cota de malla, Ser Richard llevaba su jubón acolchado, blasonado con tres esfinges de la calavera en campo de cenizas y hueso. El Rey Stannis caminaba a su lado. Tras ellos, luchando por mantener el paso, venía renqueando Arnolf Karstark, inclinándose sobre su bastón de espino negro. Lord Arnolf les había encontrado hacía ocho días. El hombre del norte había traído un hijo, tres nietos, cuatrocientas lanzas, dos veintenas de arqueros, una docena de lanceros a caballo, un maestre, y una jaula de cuervos…pero sólo suficientes provisiones para mantenerse a si mismo.

En verdad Karstark no era un Señor, según había podido entender Asha, sólo el castellano de Bastión Kar durante el tiempo que el verdadero Señor fue prisionero de los Lannister. Descarnado, encorvado y torcido, con un hombro izquierdo medio pie mas alto que el derecho, tenía un cuello escuálido, ojos grises bizcos, y dientes amarillos. Unos cuantos cabellos blancos eran todo lo que le

separaba de la calvicie, su barba bífida era blanca y gris a partes iguales, siempre recortada de modo desigual. Asha pensó que había algo agrio en sus sonrisas. Aún si la conversación era sincera, sería Karstark quien guardaría Invernalia si la tomaban. En algún momento en el pasado distante la casa Karstark surgió de la casa Stark, y Lord Arnolf fue el primero de los abanderados de la casa Stark en manifestarse a favor de Stannis.

Por lo que sabía Asha, los dioses de los Karstark eran los viejos dioses del norte, dioses que compartían con los Wull, los Norrey, los Flint y los otros clanes de las colinas. Se preguntó si Lord Arnolf había acudido a ver la quema a instancias del Rey, podría ser testigo del poder del Dios Rojo por si mismo.

Al ver a Stannis, dos de los hombres atados a las estacas empezaron a rogar clemencia. El Rey escuchó en silencio, con la mandíbula apretada. Entonces dijo a Godry Farring – Podéis empezar.

El Asesino de gigantes alzó sus brazos –Señor de la luz, óyenos.

–Señor de la Luz, defiéndenos– Cantaron los hombres de la Reina –Por que la noche es oscura y está llena de terrores.

Ser Godry alzó su cabeza hacia el cielo que oscurecía –Te damos las gracias por el sol que nos calienta y rezamos por que nos lo devuelvas, Oh señor, para que pueda iluminar nuestro camino hacia tus enemigos.

Los copos de nieve se derretían en su rostro –Te damos las gracias por las estrellas que velan por nosotros por la noche, y rezamos para que desgarres este velo que las esconde, de tal modo que podamos regocijarnos en su visión una vez mas.

–Señor de la Luz, protégenos– Rezaron los hombres de la Reina –Y mantén esta salvaje oscuridad a raya.

Ser Corliss Penny dio un paso al frente, sujetando la antorcha con ambas manos. La balanceó sobre su cabeza trazando un círculo, avivando las llamas. Uno de los cautivos empezó a gimotear.

–R'llor– Cantó Ser Godry –Te entregamos ahora cuatro hombres malvados. Con los corazones satisfechos y sinceros. Los entregamos a tus fuegos purificadores, para que arda la oscuridad de sus almas. Que su vil carne se abrase y ennegrezca, que sus espíritus se alcen libres y asciendan a la luz. Acepta su sangre, Oh señor, y derrite las cadenas heladas que ataron a tus siervos. Oye su dolor, y provee de fuerza a nuestras espadas para que podamos derramar la sangre de tus enemigos. Acepta este sacrificio, y muéstranos el camino a Invernalia, para que podamos derrotar a los infieles.

–Señor de la Luz, acepta este sacrificio– repitieron un centenar de voces. Ser Corliss encendió la primera pira con la antorcha, después la incrustó entre los leños en la base de la segunda pira. Unas pocas volutas de humo empezaron a alzarse. Los prisioneros empezaron a toser. Las primeras llamas aparecieron, tímidas como doncellas, punzando y danzando de los leños a las piernas. En un momento ambas estacas fueron engullidas por el fuego.

–Estaba muerto– gritó el chico llorón cuando las llamas lamieron sus piernas –Le encontramos muerto… por favor… estábamos hambrientos…– Las llamas alcanzaron sus pelotas. En cuanto el vello alrededor de su miembro empezó a arder, sus súplicas se disolvieron en un largo alarido sin palabras.

Asha Greyjoy pudo saborear la bilis en el fondo de su garganta. En las Islas de Hierro, había visto a

los sacerdotes de su propia gente cortar las gargantas de los esclavos y entregar sus cuerpos al mar para honrar al Dios Ahogado. Eso era brutal, pero esto era peor.

«Cierra los ojos» se dijo a si misma. «Cierra los oídos. Vuélvete. No necesitas ver esto». Los hombres de la Reina cantaban algún himno de alabanza a R'llor el rojo, pero no podía oír las palabras por debajo de los alaridos. El calor de las llamas golpeó su rostro, pero aún así sintió un escalofrío. El aire se cargó con el humo y el hedor a carne quemada, y uno de los cuerpos aún tiraba de las cadenas al rojo vivo que lo ataban a la estaca.

Tras un tiempo los gritos cesaron.

Sin una palabra, el Rey Stannis se alejó, de vuelta a la soledad de su atalaya. «De vuelta a su almenara», Asha lo sabía, «a buscar respuestas en las llamas». Arnolf Karstark hizo ademán de renquear tras él, pero Ser Richard Horpe le cogió por el brazo y le volvió hacia la gran sala. Los espectadores empezaron a marcharse lentamente, cada cual a su propia hoguera y cualquier cena magra que pudieran encontrar.

Clayton Suggs se deslizó junto a Asha –¿Ha disfrutado el coño de hierro la exhibición? – Su aliento apestaba a cerveza y cebollas. «Tiene ojos de cerdo». Pensó Asha. Tenía sentido, su escudo y sobreveste mostraban un cerco con alas. Suggs acercó su rostro tanto al de ella que Asha pudo contar las espinillas de su nariz y dijo –La multitud será aún mayor cuando seas tú quien se retuerza en una estaca.

No estaba equivocado. Los lobos no la amaban, había nacido del hierro y debía responder por los crímenes de su gente, por Foso Cailin, por Bosquespeso y por la Ciudadela de Torrhen, por los siglos de saqueo a lo largo de las costas de piedra, por todo lo que Theon hizo en Invernalia.

–Suélteme, Ser– Cada vez que Suggs le hablaba, le hacía anhelar sus hachas. Asha era tan buena bailarina de dedos como muchos hombres en las islas que tenían diez dedos para probarlo. «Si solo pudiera bailar con este». Algunos hombres tenían unos rostros que pedían una barba a gritos. El rostro de Ser Clayton pedía a gritos un hacha entre los ojos. Pero no tenía hachas allí, así que lo mejor que pudo hacer fue intentar liberarse de un tirón. Eso sólo hizo que Ser Clayton la agarrara más fuerte, con sus dedos enguantados clavándose en su brazo como garras de hierro.

–Mi Dama le ha pedido que la deje ir– dijo Aly Mormont –Haría bien en escuchar, Ser, Lady Asha no es para quemar.

–Lo será– Insistió Suggs –Hemos albergado a esta adoradora de demonios demasiado tiempo entre nosotros– Aflojó su presa del brazo de Asha al mismo tiempo. Uno no provocaba a la Osa sin necesidad.

Ese fue el momento que escogió Justin Massey para aparecer –El Rey tiene otros planes para su prisionera mas valiosa – dijo, con su tranquila sonrisa. Sus mejillas estaban rojas por el frío.

–¿El Rey?¿O tú?– bufó Suggs con desprecio –Planea todo lo que quieras, Massey. Ella aún es para el fuego, su sangre y la de su Rey. La mujer roja solía decir que hay poder en la sangre de los Reyes. Poder para complacer a nuestro Señor.

–Deja que R'hllor se contente con los cuatro que le acabamos de mandar.

–Cuatro palurdos de baja cuna, la ofrenda de un mendigo. Escoria como esa nunca parará la nieve. Ella si podrá.

La Osa tomó la palabra – Y si la quemas y las nieves siguen cayendo ¿Entonces qué? ¿Quién será el próximo al que quemarás? ¿A mi?

Asha no pudo retener mas su lengua –¿Por qué no Ser Clayton? Quizá a R'hllor le gustaría uno de los suyos. Un hombre fiel que cantaría sus alabanzas cuando las llamas lamieran su polla.

Ser Justin rió. Suggs estaba menos divertido –Ríetee, Massey. Si la nieve sigue cayendo, veremos quien ríe entonces –Miró hacia los hombres muertos en sus estacas, sonrió, y fue a unirse a Ser Godry y el resto de hombres de la Reina.

–Mi campeón– dijo Asha a Justin Massey. Se lo merecía fueran cuales fueran sus motivos –Gracias por el rescate, Ser.

–No le ganará amigos entre los hombres de la Reina– dijo la Osa –¿Ha perdido usted la fe en R'hllor el Rojo?

–He perdido la fe en más que eso– dijo Massey, su aliento era una pálida niebla en el aire –Pero aún creo en la cena ¿Me acompañarán en ella, mis Damas?

Aly Mormont negó con la cabeza – No tengo apetito.

–Ni yo. Pero haría bien en tragar algo de carne de caballo igualmente, o pronto deseará haberlo hecho. Teníamos ochocientos caballos cuando marchamos de Bosquespeso. La última noche contamos sesenta y cuatro.

Eso no la sorprendió. Casi todos sus grandes caballos de guerra habían sucumbido, incluido el de Massey. Muchos de sus palafrenes también habían caído. Incluso los recios ponis de los norteños estaban debilitándose por falta de pienso. ¿Pero para qué necesitaban caballos? Stannis ya no marchaba a ningún lado. El sol y la luna y las estrellas se habían ido hacía tanto que Asha empezaba a preguntarse si los había soñado – Yo comeré.

Aly negó con la cabeza – Yo no

–Déjame cuidar de Lady Asha entonces– le dijo Ser Justin –Tienes mi palabra, no permitiré que escape.

La Osa asintió a regañadientes, sorda a la burla en su tono. Entonces partieron. Aly a su tienda, ella y Justin Massey a la Gran Sala. No estaba lejos, pero los ventisqueros eran profundos, el viento era racheado, y los pies de Asha eran bloques de hielo. Sentía una punzada de dolor en su tobillo a cada paso.

Pequeño pero importante como era, la Gran Sala era la construcción mas grande de la aldea, de tal modo que los Señores y Capitanes la habían tomado para si mismos, mientras Stannis se había asentado dentro de la atalaya de piedra a la orilla del lago. Un par de guardias flanqueaban la puerta, inclinados sobre largas lanzas. Uno alzó la portezuela engrasada para Massey, y Ser Justin escoltó a Asha hacia el bendito calor del interior.

Había bancos y mesas sobre caballetes colocados a lo largo de cada lado de la sala, con espacio para cincuenta hombres… aunque había el doble apretados ahí dentro. Una zanja para el fuego había sido cavada en el medio del suelo de tierra de la sala, con una hilera sobre ella de respiraderos para que saliera el humo. Los lobos ocupaban un lado de la zanja, los Caballeros y Señores Sureños al otro.

Los sureños parecían un triste grupo , pensó Asha. Demacrados y con las mejillas hundidas, algunos pálidos y enfermos, otros con el rostro rojo por el azote del viento. En contraste los hombres del norte parecían fuertes y saludables, grandes hombres rubicundos con barbas tan espesas como arbustos, vestidos con pieles y hierro. Podrían tener frío y hambre también, pero la marcha había sido mas fácil para ellos, con sus recios ponis y sus patas de oso.

Asha se quitó sus mitones de piel, estremeciéndose al flexionar sus dedos. El dolor golpeó sus piernas cuando sus pies medio helados empezaron a descongelarse con el calor. Los aldeanos habían dejado atrás un buen suministro de turba cuando huyeron, de tal modo que el aire estaba neblinoso con el humo y el rico olor terroso de la turba ardiendo. Colgó su capa en una estaquilla en la puerta tras sacudir la nieve aferrada a ésta.

Ser Justin les encontró sitios en el banco y trajo la cena para ambos –cerveza y trozos de carne, carbonizados por fuera y rojos por dentro. Asha tomó un sorbo de cerveza y cayó sobre la carne de caballo. La porción era mas pequeña que la última que probó, pero sus tripas aún rugían ante su olor –Gracias, Ser – Dijo, mientras sangre y grasa caían por su mentón.

–Justin, insisto – Massey cortón su propia carne en pedazos y ensartó uno con su daga.

En el otro extremo de la mesa, Will Foxglove contaba a los hombres a su alrededor que Stannis reanudaría su marcha sobre Invernalia de aquí a tres días. Lo había oído de boca de uno de los mozos de cuadras que atendían los caballos del Rey. –Su Majestad ha visto la victoria en sus fuegos – dijo Foxglove –Una victoria que será cantada durante cientos de años en los castillos de los Señores y las cabañas de los campesinos por igual.

Justin Massey alzó la mirada de su carne de caballo –La cuenta del frío anoche subió a ochenta – Sacó un pedazo de cartílago de sus dientes y lo tiró al perro mas cercano – Si marchamos, moriremos a centenares.

–Moriremos a miles si nos quedamos aquí– dijo Ser Humfrey Clifton – avanzar o morir, digo.

–Avanzar y morir, respondo. Y si alcanzamos Invernalia ¿Entonces qué? ¿Cómo la tomamos? La mitad de nuestros hombres están tan débiles que apenas pueden poner una bota delante de la otra. ¿Los mandarás a escalar murallas?¿A construir torres de asedio?

–Deberíamos quedarnos aquí hasta que el tiempo cambie– dijo ser Ormund Wylde, un viejo caballero cadavérico cuya naturaleza desmentía a su nombre. Asha había oído rumores de que algunos de los soldados estaban haciendo apuestas sobre cual de los grandes Caballeros y Señores sería el próximo en morir. Ser Ormund había emergido como claro favorito. «¿Y cuantas monedas se apostaron por mi? Me pregunto». Pensó Asha «Quizá aún haya tiempo de poner una apuesta». –Aquí por lo menos tenemos algo de refugio– insistió Wylde –y hay peces en los lagos.

–Demasiados pocos peces y demasiados pescadores –rezongó Ned Woods, uno de los exploradores de Deepwood, le llamaban “Ned sin nariz”, la congelación se había llevado la punta de su nariz hacía dos inviernos. Woods conocía Bosque de Lobos como ningún hombre vivo. Incluso los caballeros mas orgullosos del Rey habían aprendido a escuchar cuando hablaba. –Conozco esos lagos. Habéis estado sobre ellos como gusanos sobre un cadáver, cientos de vosotros. Habéis cortado tantos agujeros en el hielo que es un maldito milagro que no hayan caído nadie mas por ellos. Fuera de la isla hay sitios que parecen un queso donde han estado las ratas. Negó con la cabeza –Los lagos están vacíos, habéis terminado con la pesca

–Mayor razón para marchar– Insistió Humfrey Cllifton –si la muerte es nuestro destino, que nos

dejen morir con la espada en la mano.

Era el mismo argumento que la última noche y que la anterior a ésta. «Avanzar y morir, quedarse aquí y morir, retroceder y morir».

–No dudes en perecer como quieras, Humfrey– dijo Justin Massey –yo antes viviré para ver una nueva primavera.

–Algunos lo llamarían cobardía– replicó Lord Peasebury

–Mejor un cobarde que un caníbal.

El rostro de Peasebury se retorció súbitamente por la ira – Tú…-

–La muerte es parte de la guerra, Justin– Ser Richard Horpe estaba frente a la puerta, su oscuro pelo estaba empapado por la nieve fundida – Los que marchen con nosotros tendrán una parte en todo el botín que consigamos de Bolton y su bastardo, y una gran parte de gloria eterna. Los que estén demasiado débiles para marchar deberán arreglárselas solos. Pero tenéis mi palabra, enviaremos comida una vez hayamos tomado Invernalia.

–¡No tomaréis Invernalia!

–Sí, lo haremos – Llegó una risa socarrona de la mesa alta, donde se sentaba Arnolf Karstark con su hijo y tres nietos. Lord Arnolf se levantó bruscamente, un buitre alzándose de su presa. Se apoyó con su mano llena de manchas en el hombro de su hijo. –Lo tomaremos por Ned y su hija. Si, y por el joven lobo también, quien fue tan cruelmente asesinado. Yo y los mios os enseñaremos el camino si hay necesidad. He dicho todo esto a su buena Majestad el Rey. Yo digo que Marchemos, y antes de que la luna cambie, nos estaremos bañando en la sangre de Freys y Boltons.

Los hombres empezaron a golpear el suelo con los pies, a golpear las mesas con sus puños. Casi todos eran hombres del norte, notó Asha. A lo largo de la trinchera de la hoguera, los sureños permanecían silenciosos en los bancos.

Justin Massey esperó hasta que el alboroto cesó. Entonces dijo –Su coraje es admirable, Lord Karstark, pero el valor no abrirá brechas en los muros de Invernalia. ¿Cómo tiene intención de tomar el castillo?¿Rezando?¿Con bolas de nieve?

Uno de los nietos de Lord Arnolf respondió –Talaremos árboles para hacer arietes y romper las puertas.

–Y moriréis.

Otro nieto se hizo oír –Haremos escaleras y escalaremos las murallas

–y moriréis

Arthor Karstark, el hijo mas joven de Lord Arnolf, alzó la voz –Levantaremos torres de asedio.

–Y moriréis, y moriréis y moriréis– Ser Justin puso los ojos en blanco –Dioses misericordiosos ¿Estáis locos todos los Karstark?

–¿Dioses? – Dijo Richard Horpe –Olvidas, Justin, Solo tenemos un dios aquí, no hables de

demonios en esta compañía. Solo el Señor de la Luz nos puede salvar ahora. ¿No estarás de acuerdo? Puso su mano sobre el puño de su espada, para enfatizar, pero sus ojos jamás dejaron el rostro de Justin Massey.

Bajo esa mirada, Ser Justin se marchitó –El Señor de la Luz, sí. Mi fe es tan profunda como la tuya, Richard, ya lo sabes.

–Es tu valor lo que cuestiono, Justin, no tu fe. Has predicado la derrota a cada paso todo el camino desde que salimos de Bosquespeso. Me lleva a preguntarme de qué lado estás.

Un rubor ascendió por el cuello de Massey. –No me quedaré aquí a que me insulten – cogió su capa húmeda de la pared con tal brusquedad que Asha la oyó desgarrarse, pasó junto a Horpe y atravesó la puerta. Una ráfaga de aire frío atravesó la sala, alzando cenizas de la hoguera en la trinchera y avivando un poco sus llamas.

«Vencido así de rápido», pensó Asha. «Mi campeón está hecho de sebo». Aún así, Ser Justin era uno de los pocos que podían oponerse a que los hombres de la Reina la quemaran. Así que se levantó, se puso su propia capa, y le siguió fuera dentro de la ventisca.

Se perdió antes de haber avanzado diez yardas. Asha podía ver la almenara ardiendo en lo alto de la atalaya, un tenue resplandor naranja flotando en el aire. De todos modos la aldea había huido. Estaba sola en un mundo blanco de nieve y silencio, avanzando hundida en ventisqueros de nieve que le llegaban a los muslos –¿Justin?– llamó. No hubo respuesta. En algún lugar a su izquierda oyó el relincho de un caballo. «El pobre está asustado. Quizá sabe que es la cena de mañana». Asha se arrebujó en su capa.

Volvió dando tumbos por el incierto suelo de la aldea. Las estacas de pino seguían allí, carbonizadas y abrasadas, pero no reducidas a cenizas. Vio que las cadenas se habían enfriado sobre los fallecidos pero aún sujetaban los cadáveres con su abrazo de hierro. Un cuervo se había posado sobre uno, tirando de los jirones de carne quemada que colgaban de su calavera ennegrecida. La ventisca había cubierto las cenizas en la base de la pira y se ascendía por la pierna del hombre muerto hasta su muslo. El precepto de los viejos dioses habría sido enterrarle –Pensó Asha –Esto no era su proceder.

–Echale un buen y largo vistazo, coño– dijo la grave voz de Clayton Suggs, tras ella –Te verás igual de bonita una vez estés asada. Dime ¿Pueden gritar los calamares?

«Dios de mis padres, si puedes oírme en tus salones acuáticos bajo las olas, dame solo una pequeña hacha lanzable». El dios Ahogado no respondió. Ella misma lo hizo. Ese era el problema con los dioses –¿Has visto a Ser Justin?

–¿Ese idiota altanero?¿Qué quieres de él, coño? Si es un polvo lo que quieres, yo soy mas hombre que Massey.

«¿Coño de nuevo?» Era raro cómo hombres como Suggs usaban esa palabra para menospreciar a las mujeres cuando era la única parte de una mujer que valoraban. Y Suggs era peor que Middle Liddle Cuando dice algo, realmente lo piensa hacer. –Tu Rey castra a los hombres por violación – le recordó.

Ser Clayton rió –El Rey está medio ciego de mirar fuegos fijamente. Pero no tengas miedo, coño. No te violaré. Tendría que matarte después, y antes te veré arder.

«Ahí está ese caballo de nuevo» –¿Has oído eso?

–¿Oír qué?

–Un caballo. No, caballos. Mas de uno– volvió la cabeza, escuchando. La nieve hacía que las cosas sonaran extrañas. Era difícil saber de que dirección había venido.

–¿Esto es algún juego de calamares? No oigo nada– Suggs frunció el ceño –¡Joder, Jinetes! –Buscó a tientas el cinto de su espada, sus manos estaban agarrotadas dentro de sus guantes de pieles y cuero, finalmente consiguió sacar su espada larga de su vaina.

Por entonces ya tenían a los jinetes encima.

Emergieron de la tormenta como una tropa de espectros, grandes hombres en pequeños caballos, parecían aún mayores por las voluminosas pieles que vestían. Las espadas sujetas a sus caderas, cantaban su canción de acero según repicaban dentro de sus vainas. Ash avió un hacha de batalla atada a la monura de uno de los hombres, un martillo de guerra a la espalda de otro. También llevaban escudos, pero tan ocultos por la nieve y el hielo que sus armas no podían leerse. Aún con todas sus capas de lana, pieles y cuero hervido, Asha se sintió desnuda allí de pie. «Un cuerno», pensó ella, «Necesito un cuerno para levantar al campamento».

–Corre, coño estúpido– gritó Ser Clayton –Corre a avisar al Rey. Tenemos a Lord Bolton encima – Sería un bruto, pero a Suggs no le faltaba valor. Espada en mano, avanzó a grandes zancadas a través de la nieve poniéndose entre los jinetes y la torre del Rey, cuya almenara brillaba ténuemente tras él como el ojo naranja de algún dios extraño –¿Quién va? ¡Alto!¡Alto!

El jinete que iba delante frenó a su caballo ante él. Detrás iban mas, quizá tantos como una plaga. Asha no tuvo tiempo de contarlos. Habría otros cientos ahí fuera en la tormenta, pisándoles los talones. La hueste al completo de Rosse Bolton debía estar cayendos obre ellos, escondidos por la oscuridad y la tormenta de nieve. Aunque esos…

«Estos son demasiados para ser exploradores y demasiado pocos para ser una vanguardia». Y dos vestían completamente de negro. «La Guardia de la Noche». Comprendió súbitamente –¿Quiénes sois?– Demandó.

–Amigos –replicó una voz un tanto familiar –Os buscamos en Invernalia, pero solo encontramos a Crowfood Umber haciendo sonar tambores y soplando cuernos. Nos ha tomado un poco de tiempo encontraros – El jinete saltó de su silla, apartó su capa, e hizo una reverencia. Su barba era tan espesa y estaba tan apelmazada por el hielo, que Asha no le reconoció. Entonces le vino a la cabeza –¿Tris? – dijo.

–Mi Señora– Tristifer Botley hincó una rodilla –La doncella está aquí también. Roggon, Grimtongue, Fingers, Rook…seis de nosotros, los que estaban suficientemente en forma como para montar. Cromm murió por sus heridas.

–¿Qué es todo esto? –demandó Ser Clayton Suggs –¿Eres una de ellos?¿Como escapásteis de las mazmorras de Bosquespeso?

Tris se levantó y sacudió la nieve de sus rodillas –Se ofreció a Sybelle Glover un generoso rescate por nuestra libertad y escogió aceptarlo en el nombre del Rey.

–¿Que rescate?¿Quién querría pagar buen dinero por escoria del mar?

–Yo lo hice, ser– El que había hablado avanzó sobre su caballo. Era muy alto y muy delgado, de

piernas tan largas que era un milagro que sus pies no arrastraran por el suelo –Necesito una escolta fuerte para acompañarme de forma segura hasta el Rey, y Lady Sybelle necesitaba menos bocas que alimentar. Una bufanda ocultaba las facciones del hombre alto, pero sobre su cabeza llevaba puesto el sombrero mas extraño que había visto Asha desde que navegó hasta Tyrosh, una torre sin ala de alguna tela blanda, como tres cilintros uno sobre otro –Me dieron a entender que encontraría al Rey Stannis aquí. Es muy urgente que hable con él inmediatamente.

–¿Y quien en los siete apestosos infiernos eres tú?

El hombre alto se deslizó grácilmente de su caballo, se quitó su peculiar sombrero, e hizo una reverencia –Tengo el honor de ser Tycho Nestoris, un humilde servidor del Banco de Hierro de Braavos.

De todas las cosas extrañas que podrían haber venido cabalgando de la noche, la última que Asha habría esperado era un banquero braavosi. Era demasiado absurdo. Tuvo que reir –El Rey Stannis ha tomado la Atalaya como su sede. Ser Clayton estará encantado de acompañarle hasta él, estoy segura.

–Eso sería muy amable. No podemos perder tiempo– El banquero la estudió con sus astutos ojos oscuros. –Usted es Lady Asha de la casa Greyjoy, a menos que esté equivocado.

–Soy Asha de la casa Greyjoy, si. Las opiniones difieren en cuanto a si soy una Dama

El Braavosi sonrió –Hemos traido un regalo para usted –Hizo una seña a los hombres tras él –Esperamos encontrar al Rey en Invernalia. Esta misma tormenta de nieve ha engullido el castillo, desgraciadamente. A los pies de sus muros encontramos a Mors Umber con una tropa de chicos verdes, esperando por la venida del Rey. Nos dio esto.

«Una niña y un viejo», pensó Asha, como los dos que echaron tan groseramente a la nieve antes que ella. La niña temblaba violentamente de frio, incluso dentro de sus pieles. Si no hubiera estado tan asustado, incluso habría sido bonita, aunque la punta de su nariz era negra por la congelación. El viejo…a nadie le consideraría atractivo. Había visto espantapájaros con mas carne. Su rostro era una calavera con piel, su pelo blanco como el hueso y mugriento. Y apestaba. Su mera visión llenaba a Asha de repugnancia.

Alzó sus ojos –Hermana. Ves. Esta vez te he reconocido.

El corazón de Asha dio un vuelco –¿Theon?

Sus labios se curvaron en lo que debía ser una sonrisa. Había perdido la mitad de sus dientes, y la otra mitad estaban rotos y astillados. –Theon– repitió – Mi nombre es Theon. Tienes que conocer tu nombre.

63. VICTARION

El mar era negro y la luna plateada cuando la Flota de Hierro se abatió sobre la presa.

La avistaron en el estrecho entre la Isla de los Cedros y las escarpadas colinas de las remotas tierras de Astapor, tal como el sacerdote negro Moqorro había dicho que lo harían.

–Ghiscari– gritó Pyke Longwater desde el nido del cuervo. Victarion Greyjoy vio como su vela se hacía más grande desde el castillo de proa. Pronto podría distinguir sus remos subiendo y bajando, y la larga estela blanca tras ella brillando a la luz de la luna, como una cicatriz en el mar.

«No es un auténtico barco de guerra», se dio cuenta Victarion. «Una galera mercante, y una grande». Sería un buen botín. Hizo señales a sus capitanes para perseguirla. Abordarían el barco y se apoderarían de él.

Para entonces el capitán de la galera ya se había percatado del peligro. Cambió de rumbo hacia el oeste, hacia la Isla de los Cedros, quizás con la esperanza de refugiarse en alguna cala oculta o atraer a sus perseguidores hacía las afiladas rocas que bordeaban la costa nordeste de la isla. Aunque su galera iba muy cargada, y los hijos de hierro tenían el viento a favor. La *Grif* y la *Victoria de Hierro* cortaron la trayectoria de la presa, mientras la veloz *Sparrowhawk* y la ágil *Fingerdancer* la perseguían. Incluso entonces el capitán Ghiscari no arrió sus banderas. Para cuando la *Lamentación* se puso a la altura de la víctima, barriendo su lado de babor y astillando sus remos, ambos barcos estaban tan cerca de las ruinas encantadas de Ghozai que pudieron oír a los monos parloteando mientras la primera luz del amanecer iluminaba las pirámides en ruinas de la ciudad.

Su botín se llamaba *Amanecer Ghiscari,* dijo el capitán de la galera cuando fue llevado ante Victarion encadenado. Había partido de Nueva Ghis y venía de vuelta por la ruta de Yunkai después de comerciar en Meereen. El hombre no hablaba ninguna lengua decente salvo un gutural Ghiscari, plagado de gruñidos y siséos, el idioma más feo que Victarion hubiese oído jamás. Moqorro tradujo las palabras del capitán a la lengua común de Poniente. Se había ganado la guerra por Meereen, afirmó el capitán; la reina dragón estaba muerta, y un Ghiscari que respondía al nombre de Hizdak gobernaba ahora la ciudad.

Victarion hizo que le arrancaran la lengua por mentir. Daenerys Targaryen *no* estaba muerta, le aseguró Moqorro; su dios rojo R'hllor le había mostrado el rostro de la reina en sus fuegos sagrados. El capitán no podía soportar las mentiras, así que ordenó atar al capitán Ghiscari de pies y manos y tirarlo por la borda, un sacrificio para el Dios Ahogado. –Tu dios rojo tendrá lo que se le debe– le prometió a Moqorro, –pero los mares están gobernados por el Dios Ahogado.

–No hay más dioses que R'hllor y el Otro, cuyo nombre no debe pronunciarse– El sacerdote hechicero iba vestido de un sombrío negro, salvo un poco de hilo dorado en el cuello, los puños y el dobladillo. No había ropa roja a bordo de la *Victoria de Hierro,* pero no era apropiado que Moqorro deambulara con los harapos manchados de sal que llevaba cuando Ratón de Campo lo pescó en el mar, así que Victarion había ordenado a

Tom Tidewood que cosiera nuevas togas para él con lo que hubiera a mano, e incluso había donado algunas de sus propias túnicas para tal propósito. Estas eran negras y doradas, porque las armas de la Casa Greyjoy mostraban un kraken dorado sobre un campo negro, y las banderas y las velas de sus barcos mostraban lo mismo. Las togas carmesí y escarlata de los sacerdotes rojos eran extraños para los hijos del hierro, pero Victarion esperaba que sus hombres aceptaran a Moqorro más fácilmente una vez vestido con los colores Greyjoy.

Esperaba en vano. Vestido de negro desde la cabeza a los tobillos, con una máscara de llamas rojas y naranjas tatuadas sobre su rostro, el sacerdote parecía más siniestro que nunca. La tripulación le evitaba cuando paseaba por la cubierta, los hombres escupían si su sombra caía sobre ellos. Incluso Ratón de Campo, que había rescatado al sacerdote rojo del mar, había apremiado a Victarion para que lo entregase al Dios Ahogado.

Pero Moqorro conocía aquellas extrañas costas de formas en que no la conocían los hijos del hierro, y también secretos de los de la casta del dragón. «Ojo de Cuervo tiene brujos, ¿por qué no debería tener yo?» Su hechicero negro era más poderoso que los tres de Euron, incluso si los arrojara a un caldero y los fundiera para hacer uno solo. Pelomojado quizás lo desaprobara, pero Aeron y sus piadosos estaban lejos.

Así que Victarion cerró su mano quemada en un poderoso puño, y dijo, –*Amanecer Ghiscari* no es un buen nombre para un barco de la Flota de Hierro. Por ti, hechicero, le cambiaré el nombre por el de *Ira del Dios Rojo*.

Su hechicero hizo una reverencia con la cabeza. –Como diga el capitán.– Y los barcos de la Flota de Hierro volvieron a ser cincuenta y cuatro de nuevo.

Al día siguiente una repentina borrasca se abatió sobre ellos. Moqorro también lo había predicho. Cuando las lluvias cesaron, se dieron cuenta de que tres barcos habían desaparecido. Victarion no tenía forma de saber si se habían hundido, encallado, o sido arrastrados fuera de ruta. –Saben hacia dónde nos dirigimos– le dijo a su tripulación. –si todavía siguen a flote, nos volveremos a encontrar.

El capitán de Hierro no tenía tiempo para esperar a los rezagados. No con su prometida rodeada por sus enemigos. «La mujer más hermosa del mundo necesita urgentemente mi hacha».

Además, Moqorro le aseguró que los tres barcos no se habían perdido. Cada noche, el sacerdote hechicero encendía un fuego en el castillo de proa de la *Victoria de Hierro* y caminaba alrededor de las llamas, cantando rezos. La luz del fuego hacía brillar su piel negra como ónice pulido, y algunas veces Victarion habría podido jurar que las llamas tatuadas en su rostro también danzaban, serpenteando y retorciéndose, fundiéndose las unas con las otras, mientras sus colores cambiaban con cada giro de la cabeza del hechicero.

–El hechicero negro esta atrayendo a los demonios sobre nosotros– se oyó decir a un remero. Cuando se lo comunicaron a Victarion, hizo que azotaran al hombre hasta que su espalda era sangre desde los hombros hasta las nalgas. Así que cuando Moqorro dijo, –tus ovejas perdidas regresarán al redil cerca de la isla llamada Yaros– el capitán

respondió, –Reza para que así sea, sacerdote. O puede que seas tú el próximo en probar el látigo.

El mar era verde azulado y el sol resplandecía en un despejado cielo azul cuando la Flota de Hierro se hizo con su segundo botín, en las aguas al noroeste de Astapor.

Esta vez era una embarcación de Myr llamada *Dove,* rumbo a Yunkai por la ruta de Nueva Ghis y con un cargamento de alfombras, vinos verdes dulces, y encajes de Myr. Su capitán poseía un ojo de Myr que hacía parecer cerca las cosas lejanas –dos lentes de cristal en una serie de tubos de metal, dispuestos astutamente para que cada sección se deslizara dentro de la siguiente, hasta que el ojo no era más largo que un puñal. Victarion reclamó ese tesoro para él. A la embarcación la rebautizó como *Shrike*. Pedirían un rescate por la tripulación, decretó el capitán. No eran ni esclavos ni traficantes de esclavos, sino hombres libres de Myr y marinos experimentados. Hombres como aquellos valían mucho dinero. Como venía de Myr, la *Dove* no les reportó noticias recientes sobre Meereen o Daenerys, sólo viejas noticias acerca de jinetes Dothraki a lo largo del Rhoyne, la Compañía Dorada en la frontera, y otras cosas que Victarion ya sabía.

–¿Qué ves?– le preguntó el capitán a su hechicero negro aquella noche, mientras Moqorro permanecía de pie frente a su fuego nocturno. –¿Qué nos aguarda el día de mañana? ¿Más lluvia?– A él le pareció que olía a lluvia.

–Cielos grises y vientos fuertes– dijo Moqorro. –Lluvia no. Por detrás vienen los tigres. Delante espera tu dragón.

*«*Tu dragón». A Victarion le gustaba como sonaba eso. –Cuéntame algo que no sepa, sacerdote.

–El capitán ordena, y yo obedezco– dijo Moqorro. La tripulación se refería a él como la Llama Negra, nombre que le impuso Steffar Stammerer, quien no podía pronunciar "Moqorro." Por cualquier nombre, el sacerdote tenía poderes. –La costa aquí va de este a oeste– le dijo a Victarion. –Donde vira al norte, te encontrarás con dos liebres más. Dos rápidas, con muchas piernas.

Y así sucedió. Esta vez la presa resultó ser un para de galeras, largas, lustrosas y rápidas. Ralf el Cojo fue el primero en avistarlas, pero pronto dejaron atrás a la *Woe* y a la *Esperanza de Forlorn,* así que Victarion envió a la *Ala de Hierro, Sparrowhawk,* y B*eso del Kraken* para perseguirlas. No tenía barcos más rápidos que esos tres. La persecución duró casi un día, pero al final ambas galeras fueron abordadas y tomadas, tras breves pero salvajes luchas. Habían estado navegando sin carga, se dio cuenta Victarion, dirigiéndose a Nueva Ghis para cargar provisiones y armas para las legiones Ghiscari acampadas ante Meereen … y para llevar legionarios frescos a la guerra, para reemplazar a todos los hombres que habían muerto. –¿Hombres muertos en combate?– preguntó Victarion. Las tripulaciones de las galeras lo negaron; las muertes fueron por disentería. La yegua pálida, la llamaban ellos. Y como el capitán de la *Amanecer Ghiscari*, los capitanes de las galeras repitieron la mentira de que Daenerys Targaryen había muerto.

–Dale un beso de mi parte en cualquier infierno en que la encuentres– dijo Victarion. Pidió su hacha y seguidamente les cortó la cabeza. Después ordenó matar también a las tripulaciones, perdonando sólo a los esclavos encadenados a los remos. Rompió las cadenas él mismo y les dijo que ahora eran hombres libres y que tendrían el privilegio de bogar para la Flota de Hierro, un honor con el que todo muchacho en las Islas del Hierro soñaba al hacerse mayor. –La reina dragón libera esclavos y yo también– proclamó.

Rebautizó a las galeras como *Fantasma* y *Sombra.* –Porque quiero que regresen y den caza a esos hombres de Yunkai– le dijo a la mujer de piel oscura aquella noche después de haberla tomado. Ahora estaban cerca, y cada día que pasaba aún más cerca.

–Caeremos sobre ellos como un rayo– dijo, mientras apretaba los pechos de la mujer. Se pregunto si fue así como se sintió su hermano cuando el Dios Ahogado le habló. Casi podía oír la voz del dios brotando desde las profundidades del mar. «Me servirás bien, mi capitán», parecían decir las olas. «Para esto fue para lo que te hice».

Pero también alimentaría al dios rojo, el dios de fuego de Moqorro. El brazo que el sacerdote había curado era horrible a la vista, crujiente carne de cerdo desde el codo hasta las puntas de los dedos. Algunas veces cuando Victarion cerraba su mano la piel se abría y humeaba, y aún así su brazo era más fuerte de lo que jamás había sido. –Ahora tengo a dos dioses conmigo– le dijo a la mujer de piel oscura. –Ningún enemigo puede resistir a dos dioses– Entonces la recostó de espaldas y la tomó una vez más.

Cuando los acantilados de Yaros aparecieron frente a sus proas por el lado de babor, encontró a sus tres barcos perdidos esperándole, tal como había prometido Moqorro. Victarion le dio al sacerdote un collar de oro como recompensa.

Ahora tenía que tomar una decisión: ¿debería arriesgarse a ir por el estrecho, o rodear la isla con la Flota de Hierro? El recuerdo de Isla Bella aún escocía en la memoria del capitán de hierro. Stannis Baratheon había descendido sobre la Flota de Hierro desde el norte y el sur simultáneamente mientras ellos estaban atrapados en el canal entre la isla y tierra firme, conduciendo a Victarion a su derrota más aplastante. Pero rodear Yaros por mar le costaría unos días preciosos. Con Yunkai tan cerca, navegar por el estrecho era peligroso, pero no esperaba encontrar barcos de guerra Yunkai hasta estar más cerca de Meereen.

«¿Qué haría Ojo de Cuervo?» Estuvo cavilando sobre el asunto durante un rato, entonces hizo señales a sus capitanes. –Navegaremos por el estrecho.

Se hicieron con tres botines más antes de que Yaros desapareciera a sus popas. Una voluminosa galera fue apresada por Ratón de Campo en la G*rief,* y una galera mercante por Manfryd Merlyn *de la Kite*. Sus bodegas estaban repletas de mercaderías, vinos y sedas y especias, maderas exóticas y perfumes más exóticos aún, pero los barcos en si mismos eran el verdadero premio. Más tarde aquel mismo día, un queche de pesca fue apresado por la *Siete Calaveras* y la P*erdición del Esclavo.* Era una cosa pequeña, lenta y sucia, apenas digna del esfuerzo para abordarla. Victarion se disgustó al oír que habían hecho falta dos de sus barcos para someter a los pescadores. Con todo, fue de sus propios labios como se enteró del regreso del dragón negro. –La reina de plata se ha

ido– le dijo el dueño del queche. –Se fue volando a lomos de su dragón, más allá del mar Dothraki.

–¿Dónde está ese mar Dothraki?– exigió saber. –Lo cruzaré con la Flota de Hierro y encontraré a la reina donde quiera que esté.

El pescador rió en voz alta. –Eso sería digno de ver. El mar Dothraki esta hecho de hierba, estúpido.

No debería haber dicho eso. Victarion lo cogió por la garganta con su mano quemada y lo levantó en el aire. Estampó su espalda contra el mástil, y apretó hasta que la cara del Yunkai se puso tan negra como los dedos que se hundían en su carne. El hombre pataleó y se retorció durante un rato, tratando infructuosamente de liberarse del agarre del capitán. –Ningún hombre llama estúpido a Victarion Greyjoy y vive para alardear de ello.

Cuando abrió la mano, el cuerpo fláccido del hombre se desplomó sobre la cubierta. Pyke Longwater y Tom Tidewood lo tiraron por la borda, otra ofrenda para el Dios Ahogado.

–Vuestro Dios Ahogado es un demonio– dijo a continuación el sacerdote negro Moqorro. –No es más que un esclavo de el Otro, el dios oscuro cuyo nombre no debe pronunciarse.

–Cuidado, sacerdote– le advirtió Victarion. –Hay hombres piadosos a bordo de este barco que te arrancarían la lengua por decir tales blasfemias. Tu dios rojo tendrá lo que se le debe, lo juro. Mi palabra es Hierro. Pregunta a cualquiera de mis hombres.

El sacerdote negro hizo una reverencia con la cabeza. –No es necesario. El señor de la luz me ha mostrado tu valía, lord capitán. Todas las noches en mis fuegos vislumbro la gloria que te espera.

Aquellas palabras complacieron enormemente a Victorion Greyjoy, como le dijo a la mujer de piel oscura aquella noche. –Mi hermano Balon era un gran hombre– dijo, –Pero yo lograré lo que él no pudo. Las Islas del Hierro volverán a ser libres, y las Viejas Costumbres regresarán. Ni siquiera Dagon pudo lograr eso.– Habían pasado casi cien años desde que Dagon Greyjoy se sentara en el Trono de Piedramar, pero los hijos del Hierro aún contaban historias sobre sus incursiones y sus batallas. En los días de Dagon se sentaba en el trono de Hierro un rey débil, con sus legañosos ojos fijos más allá del mar angosto donde los bastardos y los exiliados conjuraban una rebelión. Así que Dagon navegó desde Pyke, para conquistar el Mar del Poniente. –Desafió al león en su guarida y ató la cola del lobo huargo con nudos, pero ni siquiera Dagon pudo derrotar a los dragones. Pero yo haré mía a la reina dragón. Compartirá mi cama y me engendrará muchos hijos poderosos.

Aquella noche los barcos de la Flota de Hierro fueron sesenta. Los barcos extranjeros se hicieron más frecuentes al norte de Yaros. Estaban muy próximos a Yunkai, y la costa entre la Ciudad Amarilla y Meereen estaría surcada por mercaderes y barcos de provisiones yendo y viniendo, así que Victarion alejó a la Flota de Hierro hacia aguas más profundas, hasta perder de vista tierra firme.

Incluso allí se encontrarían con otros navíos. –No dejéis que escape ninguno que pueda alertar a nuestros enemigos– ordenó el capitán de Hierro. Ninguno escapó.

El mar era verdoso y el cielo era gris la mañana en que la *Grief*, la *Dama del Guerrero* y la propia *Victoria de Hierro* de Victarion capturaron la galera de esclavos de Yunkai en aguas justo al norte de la Ciudad Amarilla. En sus bodegas había veinte chicos perfumados y ochenta chicas destinados a las casas de placer de Lys. Su tripulación nunca pensó encontrar peligro tan cerca de sus aguas territoriales, y los hijos del hierro no tuvieron muchos problemas para hacerse con ella. Fue renombrada como la *Dama Dispuesta.*

Victarion pasó por la espada a los traficantes de esclavos, y luego envió a sus hombres abajo para quitar las cadenas a los remeros. –Ahora remaréis para mi. Remad duro, y prosperareis.– A las chicas las dividió entre sus capitanes. –Los Lysenos os habrían convertido en putas– les dijo, –pero os hemos salvado. Ahora sólo tenéis que servir a un hombre en vez de a muchos. Aquellas que complazcan a sus capitanes puede que sean tomadas como esposas de sal, un rango honorable.

A los chicos perfumados los cargó de cadenas y los arrojó al mar. Eran criaturas antinaturales, y el barco olía mejor una vez librado de su presencia.

Para si, Victarion reclamó a las siete mejores chicas. Una tenía el cabello dorado y pecas en las tetas. Otra estaba completamente depilada. Otra tenía el pelo y los ojos castaños, y era tímida como un ratón. Otra tenía los pechos más grandes que había visto nunca. La quinta era una cosa menuda, con pelo negro lacio y piel dorada. Sus ojos eran del color del ámbar. La sexta era blanca como la leche, con anillos dorados en sus pezones y en sus labios inferiores, y la séptima era negra como la tinta de un calamar. Los comerciantes de esclavos de Yunkai las habían instruido en la técnica de los siete suspiros, pero no era por eso por lo que las quiso Victarion. Su mujer de piel oscura era suficiente para satisfacer sus apetitos hasta que pudiese llegar a Meereen y reclamar a su reina. Ningún hombre necesitaba cirios cuando el sol estaba esperándole.

Renombró a la galera como *Grito del Esclavista.* Con ella, el número de barcos de la Flota de Hierro llegaba a sesenta y uno. "Cada barco que capturamos nos hace más fuertes," dijo Victarion a sus ironborn, "pero a partir de aquí se hará más difícil. El día de mañana o al día siguiente, es probable que nos encontremos con barcos de guerra. Estamos entrando en aguas territoriales de Meereen, donde las flotas de nuestros enemigos nos están esperando. Nos encontraremos con barcos de las tres Ciudades Esclavistas, barcos de Tolos y Elyria y Nueva Ghis, incluso barcos de Qarth.– Tuvo cuidado de no mencionar las galeras verdes de la vieja Volantis que seguramente estarían navegando por el Golfo de las Penas mientras hablaba. –Estos comerciantes de esclavos son seres débiles. Habéis visto como han huido de nosotros, habéis oído como han chillado cuando les hemos pasado por la espada. Cada uno de vosotros vale como veinte de ellos, porque estamos hechos de Hierro. Recordad esto cuando divisemos alguna galera de esclavos. No tengáis clemencia ni la esperéis. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de clemencia? Nosotros somos hijos del hierro, y dos dioses velan por nosotros. Nos apoderaremos de sus barcos, aplastaremos sus esperanzas, y convertiremos su bahía en sangre.

Un gran clamor se desató ante sus palabras. El capitán respondió con un saludo con la cabeza, con gesto adusto, entonces pidió que llevaran a la cubierta a las siete chicas que había reclamado, las más bellas de entre las que se encontraron en la *Dama Dispuesta.* Besó a cada una de ellas en las mejillas y les relató el honor que las esperaba, aunque ellas no entendieron sus palabras. Entonces ordenó que las subieran a bordo del queche de pesca que habían capturado, soltó las amarras, y le prendió fuego.

–Con esta ofrenda de inocencia y belleza, honramos a los dos dioses– proclamó, mientras los barcos de guerra de la Flota de Hierro pasaban de largo remando al queche en llamas. –Que estas chicas renazcan en la luz, incorruptas por deseos mortales, o que desciendan a las salas acuosas del Dios Ahogado, para festejar y bailar y reír hasta que se sequen los océanos.

Cerca del final, antes de que el humeante queche fuera tragado por el mar, los gritos de los siete primores se tornaron una canción alegre, le pareció a Victarion Greyjoy. Entonces se levantó un gran viento, un viento que lleno sus velas y los empujó al norte y al este y de nuevo al norte, hacia Meereen y sus pirámides de azulejos multicolores. «Sobre las alas de una canción vuelo hacia ti, Daenerys», pensó el capitán de Hierro.

Aquella noche, por primera vez, sacó a la vista el cuerno de dragón que Ojo de Cuervo había encontrado entre las ruinas humeantes de la gran Valyria. Era una cosa retorcida, de dos metros de longitud de extremo a extremo, de un negro reluciente y con bandas de oro rojo y oscuro acero Valyrio. «El cuerno del infierno de Euron». Victarion pasó su mano por él. El cuerno era tan cálido y suave como los muslos de la mujer de piel oscura, y tan brillante que podía ver un retorcido reflejo de su rostro en sus profundidades. Extraños símbolos de hechicería habían sido grabados en las bandas que lo ceñían. –Glifos Valyrios– los llamó Moqorro.

Eso es lo que sabía Victarion. –¿Qué es lo que dicen?

–Mucho y más.– El sacerdote negro señaló una banda dorada. –Aquí pone el nombre del cuerno. '*Yo soy Atadragones,*' dice. ¿Alguna vez has oído su sonido?

–Una vez.– Uno de los chuchos de su hermano había hecho sonar el cuerno en la asamblea de Viejo Wyk. Era un hombre monstruoso, enorme y con la cabeza rapada, con anillos de oro y azabache y jade alrededor de sus musculosos brazos, y un gran halcón tatuado en su pecho. –El sonido que hizo… quemaba, de alguna manera. Como si mis huesos estuvieran ardiendo, abrasando mi carne desde el interior. Esas marcas se pusieron al rojo vivo, luego blancas y hacían daño a la vista. Parecía que el sonido no iba a acabar nunca. Era como un largo grito. Un millar de gritos, todos fundidos en uno.

–Y el hombre que sopló el cuerno, ¿qué fue de él?

–Murió. Había ampollas en sus labios, después. Su pájaro también estaba sangrando– El capitán se dio un golpe en el pecho. –El halcón, justo aquí. Cada pluma chorreaba sangre. Oí que el hombre estaba todo quemado por dentro, pero eso pudo haber sido sólo un cuento.

–Un cuento verdadero– Moqorro giró el cuerno del infierno, examinando los extraños caracteres que atravesaban una segunda banda dorada. –Aquí dice, '*Ningún hombre mortal me hará sonar y vivirá.*'

Victarion meditó con amargura sobre las traiciones entre hermanos. «Los regalos de Euron siempre están envenenados». –Ojo de Cuervo juró que este cuerno ataría los dragones a mi voluntad. ¿Pero de que me servirá eso si el precio es la muerte?

–Tu hermano no hizo sonar el cuerno él mismo. Ni tú tampoco debes– Moqorro señaló la banda de acero. –Aquí. '*Sangre por fuego, fuego por sangre.'* No importa quién sople el cuerno. Los dragones acudirán al dueño del cuerno. Debes *reclamar* el cuerno. Con sangre.

64. LA NIÑA FEA

Once sirvientes del Dios de Muchos Rostros se reunieron aquella noche bajo el templo, más de los que nunca había visto juntos al mismo tiempo. Sólo el hombre bondadoso y el gordo llegaron por la puerta principal; el resto vinieron por caminos secretos, a través de túneles y pasadizos escondidos. Vestían sus túnicas blancas y negras, pero mientras tomaban asiento cada hombre se bajó la capucha para mostrar la cara que había decidido ponerse ese día. Sus sillas, altas, eran de ébano tallado y arciano, como las puertas del templo que había encima. Las sillas de ébano tenían caras de arciano en el respaldo y las sillas de arciano, caras talladas en ébano.

Uno de los acólitos cruzó la habitación con una jarra de vino rojo y oscuro. Ella tenía el agua. Cada vez que uno de los sirvientes deseaba beber, levantaba la vista o doblaba un dedo y uno de ellos, o los dos, iba y le llenaba la copa. Pero principalmente estaban allí de pie, esperando por las miradas que nunca llegaban. «Estoy esculpida en piedra», se recordaba. «Soy una estatua, como los Señores del Mar del Canal de los Héroes». El agua pesaba, pero sus brazos eran fuertes.

Los sacerdotes usaban la lengua de Braavos aunque una vez, durante varios minutos, tres hablaron acaloradamente en alto Valyrio. La niña entendió las palabras, la mayoría de ellas, pero hablaban con voz baja, y no siempre podía oírles.

–Conozco a este hombre –oyó decir a un sacerdote con la cara de una víctima de la peste.

–Conozco a este hombre –repitió el hombre gordo, mientras le servía agua.

Pero el hombre guapo dijo:

–Le daré a este hombre el don, no le conozco.

Más tarde, el que tenía los ojos entornados dijo lo mismo de alguien más.

Después de tres horas de vino y palabras, los sacerdotes se marcharon… todos menos el hombre bondadoso, la niña abandonada y aquél que tenía la cara con las marcas de la peste. Tenía las mejillas cubiertas con llagas supurantes y se le había caído el pelo. Uno de los forúnculos goteaba sangre, que se coagulaba en las esquinas de sus ojos.

–Nuestro hermano quiere tener unas palabras contigo, niña –le dijo el hombre bondadoso– Siéntate si quieres. –Ella se sentó en una silla de arciano que tenía una cara de ébano. Las llagas sanguinolientas no le daban miedo. Había estado en la Casa de Blanco y Negro demasiado tiempo como para asustarse de una cara falsa.

–¿Quién eres? –le preguntó el de la cara de la peste cuando se quedaron solos.

–Nadie.

–No. Eres Arya de la Casa Stark, la que se muerde el labio y no sabe decir una mentira.

–Lo era. Ahora no lo soy.

–¿Por qué estás aquí, mentirosa?

–Para servir. Para aprender. Para cambiar mi cara.

–Primero cambia tu corazón. El don del Dios de Muchos Rostros no es un juguete. Matarías para tus propios propósitos, para tu propio placer. ¿Lo niegas?

–Yo… -se mordió el labio.

El hombre le dio una bofetada.

El golpe le aguijoneó en la mejilla, pero ella sabía que se lo había ganado.

–Gracias –con los suficientes bofetones dejaría de morderse el labio. *Arya* hacía aquello, no la loba nocturna –Lo niego.

–Mientes. Puedo ver la verdad en tus ojos. Tienes los ojos de un lobo y te gusta la sangre.

Ser Gregor, no pudo evitar pensar. *Dunsen, Ralf el Dulce. Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei*. Si hablaba, tendría que mentir, y él lo sabría. Se quedó callada.

–Me dicen que fuiste un gato. Merodeando por los callejones, oliendo a pescado, vendiendo berberechos y mejillones por unas monedas. Una vida pequeña, adecuada a una criatura pequeña como tú. Pídelo y te será devuelta. Empuja tu carretilla, anuncia tus berberechos, sé feliz. Tu corazón es demasiado blando para ser uno de nosotros.

–No tengo corazón. Sólo tengo un agujero en su lugar. He matado a mucha gente. Podría matarte a ti si quisiera – «Quiere echarme de aquí».

–¿Te dejaría un sabor dulce en la boca si lo hicieses?

–Quizás –no sabía la respuesta correcta.

–Entonces no perteneces a este lugar. La muerte no encierra dulzura en esta casa. No somos guerreros, ni soldados, ni nos pavoneamos henchidos de orgullo. No matamos para servir a ningún señor, para engordar nuestros monederos ni para satisfacer nuestra vanidad. Nunca entregamos el don para complacernos, ni escogemos a quienes matamos. No somos más que sirvientes del Dios de Muchos Rostros.

–*Valar dohaeris –«*todos los hombres deben servir».

–Conoces las palabras, pero eres demasiado orgullosa como para servir. Un siervo debe ser humilde y obediente.

–Obedezco. Y puedo ser más humilde que nadie.

Aquello le hizo reírse.

–Serás la mismísima diosa de la humildad, estoy seguro, pero ¿puedes pagar el precio?

–¿Qué precio?

–El precio eres tú. El precio es todo lo que tienes y todo lo que alguna vez esperas tener. Nos llevamos tus ojos y te los devolvimos. La próxima vez nos llevaremos tus orejas, y caminarás en silencio. Nos darás tus piernas y te arrastrarás. No serás la hija de nadie, la esposa de nadie ni la madre de nadie. Tu nombre será una mentira y cada cara que te pongas no será la tuya.

Casi se muerde el labio otra vez, pero esta vez se dio cuenta y no lo hizo. «Mi cara es un estanque negro, que lo esconde todo y no muestra nada». Pensó en todos los nombres que había tenido: Arry, Comadreja, Gata de los Canales. Pensó en aquella niña estúpida de Invernalia llamada Arya Caracaballo. Los nombres no importaban.

–Puedo pagar el precio. Dame una cara.

–Las caras hay que ganárselas.

–Dime cómo.

–Dale a cierto hombre cierto don. ¿Puedes hacerlo?

–¿A qué hombre?

–A nadie que conozcas.

–No conozco a mucha gente.

–Él es uno de ellos. Un extraño. Nadie a quien quieres, nadie a quien odias, nadie que hayas conocido. ¿Le matarás?

–Sí.

–Entonces mañana serás de nuevo Gata de los Canales. Ponte esa cara, mira, obedece. Y veremos si realmente mereces servir a El que Tiene Muchos Rostros.

Así que al día siguiente volvió junto a Brusco y sus hijas, en la casa del canal. Los ojos de Brusco se abrieron al verla, y Brea emitió un pequeño jadeo.

–*Valar morghulis* –dijo Gata a modo de saludo.

–*Valar dohaeris* –contestó Brusco.

Después de aquello fue como si nunca se hubiese marchado.

Echó el primer vistazo al hombre que debía matar más tarde aquella mañana mientras empujaba su carretilla por las calles adoquinadas de Bahía Púrpura. Era un hombre mayor, de más de cincuenta años. «Ha vivido demasiado», intentó decirse. «¿Por qué

debería vivir tantos años cuando mi padre vivió tan pocos?» Pero Gata de los Canales no tenía padre, así que se guardó ese pensamiento.

–*Berberechos, mejillones y almejas* –gritó Gata de los Canales al pasar a su lado –*ostras, gambas y mejillones verdes gordos* –incluso sonrió al hombre. A veces una sonrisa era lo único que necesitaba para hacerles pararse y comprar. El viejo no le sonrió. Frunció el ceño y siguió su camino pasando a través de un charco. La salpicó y le mojó los pies.

«No tiene cortesía», pensó mientras lo veía alejarse. «Su cara es dura y malvada». La nariz del viejo era puntiaguda y afilada, sus labios, finos, y sus ojos pequeños y juntos. Su pelo se había vuelto gris, pero la barba puntiaguda que tenía al final de la barbilla era todavía negra. Gata pensó que debía ser teñida y se preguntó por qué no se había teñido también el pelo. Uno de sus hombros estaba más alto que el otro, lo que le hacía parecer encorvado.

–Es un hombre malvado –informó aquella noche cuando volvió a la Casa de Blanco y Negro– Sus labios son crueles, sus ojos son malvados y tiene la barba de un villano.

–Es un hombre como muchos otros, con luz y oscuridad en él. No te corresponde a ti juzgarle –se rió el hombre bondadoso.

–¿Le han juzgado los dioses?
–Algunos dioses, quizás. ¿Para qué sirven los dioses sino para sentarse y juzgar a los hombres? El Dios de Muchos Rostros no pesa las almas de los hombres, de todos modos. Les da su don a los mejores hombres y también a los peores. Si no fuese así, los buenos vivirían para siempre.

Gata decidió al día siguiente mientras lo observaba tras carretilla que las manos del viejo eran lo peor de él. Sus dedos eran largos y huesudos, siempre moviéndose, rascándose la barba, tirándose de una oreja, tamborileando en la mesa, retorciéndose, retorciéndose, retorciéndose. «Sus manos parecen dos arañas blancas». Cuando más miraba sus manos, más las odiaba.

–Mueve demasiado las manos –les dijo en el templo-. Debe estar lleno de miedo. El don le traerá paz.

–El don le da paz a todos los hombres.

–Cuando le mate me mirará a los ojos y me dará las gracias.

–Si lo hace, habrás fallado. Sería mejor si ni siquiera nota que estás allí.

El viejo era algo así como un mercader, dedujo Gata tras observarlo durante unos cuantos días. Su negocio tenía que ver con el mar, aunque nunca lo vio poner un pie en un barco. Pasaba los días sentado en una tienda de sopa cerca de Bahía Púrpura, con una taza de caldo de cebolla enfriándose al lado de sus codos mientras manipulaba papeles y cera de sellar y hablaba en un tono feroz a todos los capitanes, propietarios de barcos y otros mercantes, a ninguno de los cuales parecía tampoco gustarles mucho.

Aún así, le llevaban dinero: monederos de cuero caían con oro, plata y las monedas cuadradas de Braavos. El viejo las contaba con cuidado, ordenando las monedas y apilándolas pulcramente, como con gusto. Nunca miraba las monedas. En vez de eso, las mordía, siempre con la parte izquierda de la boca, donde todavía tenía dientes. De vez en cuando, hacía girar una sobre la mesa y escuchaba el tintineo que hacía hasta pararse.

Y cuando todas las monedas habían sido contadas y mordidas, el viejo garabateaba en un pergamino, le ponía su sello y se lo daba al capitán. Sino, sacudía la cabeza y apartaba a empujones las monedas encima de la mesa. Cada vez que hacía eso, el otro hombre enrojecía de rabia, o palidecía y le miraba temeroso.

–Le pagan con oro y plata, pero él sólo les da papeles escritos. ¿Es que son estúpidos? –Gata no lo entendía.

–Unos cuantos, quizás. La mayoría son simplemente precavidos. Algunos quieren engañarle. De todos modos, no es un hombre al que se engañe fácilmente.

–¿Pero qué es lo que les *vende*?

–Le escribe a cada uno una garantía. Si sus barcos se pierden en una tormenta o son abordados por piratas, él promete pagarles el valor de la embarcación y todo su contenido.

–¿Es algún tipo de apuesta?

–Algo así. Una apuesta que cada capitán espera perder.

–Sí, pero si ganan…

–… pierden sus barcos y, a veces, sus propias vidas. Los mares son peligrosos, sobre todo en otoño. No hay duda de que algún capitán muerto durante una tormenta ha supuesto un alivio al que le hizo la garantía en Braavos, sabiendo que su viuda e hijos no la querrán –una sonrisa triste apareció en sus labios– Una cosa es escribir una garantía y otra es cumplirla.

Gata entendió. «Uno de ellos debe odiarlo. Uno de ellos fue a la Casa del Blanco y Negro y rezó para que el dios se lo llevara». Se preguntaba quién había sido, pero el hombre bondadoso no se lo dijo.

–No es cosa tuya curiosear en esos asuntos –le dijo-. ¿Quién eres?

–Nadie.

–Nadie no hace preguntas –le cogió las manos– Si no puedes hacerlo, sólo tienes que decirlo. No hay vergüenza en ello. Unos están hechos para servir al Dios de Muchos Rostros y otros no. Di las palabras y te liberaré de esta tarea.

–Lo haré. Dije que lo haría. Lo haré.

Sin embargo, «¿cómo?» Eso era lo más difícil.

El hombre tenía guardias. Eran dos, uno hombre alto y delgado y uno bajo y grueso. Iban con él a todos lados, desde que salía de su casa por la mañana hasta que volvía por la noche. Se aseguraban de que nadie se acercase al viejo sin su permiso. Una vez un borracho casi se tropieza con él mientras volvía a casa desde la tienda de sopa , pero el alto se interpuso en su camino y le dio un empujón que lo tiró al suelo. En la tienda de sopa, el bajo probaba siempre primero el caldo de cebolla. El viejo esperaba hasta que el caldo se enfriaba antes darle un sorbo, el tiempo suficiente para asegurarse de que su guardia no sufría ningún efecto extraño.

–Tiene miedo –se dio cuenta- o sabe que alguien lo quiere matar.

–No lo sabe –dijo el hombre bondadoso-, pero lo sospecha.

–Los guardias van con él incluso cuando sale a mear –dijo– pero él no va cuando son los guardias los que salen a mear. El alto es el más rápido. Esperaré a que esté meando, entraré en la tienda de sopa y apuñalaré al viejo en un ojo.

–¿Y el otro guardia?

–Es lento y estúpido. Puedo matarlo también.

–¿Eres un carnicero en el campo de batalla, matando a todo aquel que se pone en tu camino?

–No.

–Eso espero. Eres una sierva del Dios de Muchos Rostros, y aquellos que servimos a El que Tiene Muchos Rostros sólo le damos su don a aquellos que han sido marcados y escogidos.

Ella entendió. «Matarle a él. Matarle sólo a él».

Le llevó más de tres días de vigilancia encontrar la forma de hacerlo, y otro día más de práctica con su puñal. Roggo el Rojo le había enseñado a usarlo, pero no había robado un monedero desde antes de que le quitaran la vista. Quería estar segura de que todavía sabía hacerlo. «Suavemente y rápido, así, sin meter la pata», se dijo, y deslizó la pequeña hoja del puñal fuera de la manga, una y otra vez. Cuando quedó satisfecha por recordar cómo se hacía, afiló el acero con una piedra de afilar hasta que su filo tuvo un brillo de plata azul a la luz de las velas. La otra parte era más complicada, pero la niña abandonada estaba allí para ayudarle.

–Mañana le daré el don al hombre –anunció mientras desayunaba.

–El que Tiene Muchos Rostros estará complacido –dijo el hombre bondadoso– Gata de los Canales es demasiado conocida. Si se la ve haciendo esto puede traerles problemas a Brusco y a sus hijas. Es hora de que tengas otra cara.

–¿Cómo seré? –la niña no sonrió, pero por dentro estaba contenta. Había perdido a Gata una vez, y la había llorado. No quería perderla de nuevo.

–Fea. Las mujeres mirarán hacia otro lado cuando te vean. Los niños se te quedarán mirando y te señalarán con el dedo. Los hombres fuertes te compadecerán, y alguno puede que derrame alguna lágrima. Nadie que te vea te olvidará pronto. Ven.

El hombre bondadoso cogió el candil de hierro de su gancho y la condujo más allá de la tranquila piscina negra y las hileras de dioses oscuros y silenciosos, hacia los escalones de la parte trasera del templo. La niña abandonada cayó detrás de ellos mientras bajaban. Nadie habló. El único sonido que se percibía era el de los pies con zapatillas bajando los escalones. Dieciocho escalones les llevaron a las bóvedas, donde se bifurcaban en cinco pasillos con arcos como los dedos de una mano. Allí abajo los escalones se hacían cada vez más estrechos e inclinados, pero la niña los había subido y bajado miles de veces y no le daba miedo. Veintidós escalones más y estaban en el subsótano. Los túneles allí eran estrechos y retorcidos, negros agujeros de gusano retorciéndose a través del corazón de la roca. Un pasillo estaba cerrado por una pesada puerta de hierro. El sacerdote colgó el candil en un gancho, deslizó una mano dentro de su túnica y sacó una llave decorada.

Escalofríos recorrieron sus brazos. «El santuario». Iban a bajar todavía más, al tercer nivel, a las cámaras secretas donde sólo se permitía la entrada a los sacerdotes.

La llave dio tres vueltas, muy suavemente, cuando el hombre bondadoso la metió en el cerrojo. La puerta giró sobre las bisagras aceitadas sin emitir ni un sonido. Tras la puerta había todavía más escalones, tallados en pura roca. El sacerdote cogió el candil una vez más y les guió. La niña siguió la luz, contando los escalones a medida que bajaba. *Cuatro, cinco, seis, siete*. Se encontró deseando haber llevado su bastón. *Diez, once, doce.* Sabía cuántos escalones había entre el templo y el sótano, entre el sótano y el subsótano, incluso había contado los escalones de la estrecha escalera de caracol que subía a la buhardilla y los peldaños de la empinada escalera de madera que llevaba hasta la cima del tejado y la veleta.

Esta escalera le era desconocida, de todos modos, y eso la hacía peligrosa. *Veintiuno, veintidós, veintitrés*. Con cada paso que daba el aire parecía un poco más frío. Cuando su cuenta alcanzó el número treinta supo que estaban por debajo incluso de los canales. *Treinta y tres, treinta y cuatro*. ¿Cuánto más seguirían bajando?

Iba contando por el cincuenta y cuatro cuando los escalones por fin terminaron en otra puerta de hierro. Esta no estaba cerrada. El hombre bondadoso la empujó y pasó. Ella lo siguió, con la niña abandonada pegada a sus talones. Sus pasos hicieron eco a través de la oscuridad. El hombre bondadoso levantó su candil. La luz se esparció sobre las paredes que los rodeaban.

Un millar de caras la contemplaron.

Colgaban sobre las paredes, delante y detrás de ella, arriba y abajo, dondequiera que mirase, dondequiera que se girara. Vio caras viejas y caras jóvenes, caras pálidas y caras oscuras, caras suaves y caras arrugadas, caras con pecas y caras con cicatrices, caras guapas y caras familiares, hombres y mujeres, niños y niñas, incluso bebés, caras calvas

y caras peludas. «Máscaras», se dijo*, «*son sólo máscaras», pero incluso mientras lo pensaba, sabía que no era así. Eran de piel.

–¿Te asustan, niña? –preguntó el hombre bondadoso– No es demasiado tarde si quieres dejarnos. ¿Esto es lo que quieres de verdad?

Arya se mordió el labio. No sabía lo que quería. «Si me voy de aquí, ¿a dónde iré?» Había lavado y desnudado un ciento de cadáveres, los muertos no la asustaban. *«*Los llevan aquí abajo y les quitan las caras, ¿y qué?» Era una loba de noche, ningún pellejo podía asustarla. *«*Capuchas de cuero, eso es lo que son, no pueden hacerme daño».

–Hazlo –exclamó ella.

La condujo a través de la cámara, por una serie de túneles que llevaban a pasadizos laterales. La luz de su candil los iba iluminando uno por uno. La pared de un túnel estaba hecha con huesos humanos y columnas de calaveras sujetaban el techo. Otro tenía escalones sinuosos que descendían todavía más. *¿Cuántos sótanos hay aquí?*, se preguntó. «¿Siguen hacia abajo para siempre?»

–Siéntate –ordenó el sacerdote. Ella se sentó-. Ahora cierra los ojos, niña –ella cerró los ojos-. Esto dolerá –le avisó él-, pero el dolor es el precio del poder. No te muevas.

*«*Quieta como una roca», pensó. Se sentó, inmóvil. El corte fue rápido; la hoja, afilada. En buena lógica debería haber sentido el metal frío contra su piel, pero sin embargo lo sintió cálido. Podía sentir la sangre bajándole por la cara, una cortina roja ondeante cayendo sobre su frente, sus mejillas y su barbilla, y entendió por qué el sacerdote le había hecho cerrar los ojos. Cuando llegó a los labios, el sabor era de sal y cobre. Se los lamió y se estremeció.

–Tráeme la cara –dijo el hombre bondadoso. La niña abandonada no respondió, pero pudo oír el susurro de sus zapatillas sobre el suelo de piedra-. Bebe esto –y presionó la copa contra su mano. Se lo bebió enseguida. Era muy agrio, como morder un limón. Hace mil años había conocido a una niña a la que le encantaban los pasteles de limón. «No, no era yo, era sólo Arya».

–Los titiriteros cambian sus caras con artificios –estaba diciendo el hombre bondadoso– y los brujos utilizan hechizos, manipulando las luces, las sombras y el deseo para crear ilusiones que engañen al ojo. Aprenderás estas artes también, pero lo que hacemos aquí va más allá. Los hombres sabios pueden ver a través de los artificios, y los embrujos se deshacen ante sus ojos agudos, pero la cara que estás a punto de vestir será tan verdadera y tan sólida como la cara con la que naciste. Mantén los ojos cerrados –sintió sus dedos echándole el pelo hacia atrás-. Estate quieta. Esto lo vas a notar raro. Puede que te marees, pero no debes moverte.

Entonces notó un tirón y un suave murmullo, mientras le ponían la nueva cara sobre la vieja. El cuero le rascaba la frente, seco y duro, pero a medida que la sangre lo iba empapando se volvía más suave y flexible. El calor volvió a sus mejillas y la sonrojó. Podía sentir su corazón palpitando bajo su pecho, y durante un buen rato no pudo respirar. Unas manos se cerraban sobre su garganta, duras como piedras, asfixiándola. Intentó agarrar con sus manos los brazos del atacante, pero no había nadie allí. Un

terrible sentimiento de miedo la invadió, y oyó un ruido, un horrible crujido acompañado de un dolor cegador. Una cara flotó delante suya, gorda, barbuda, brutal, con la boca torcida y llena de rabia.

–Respira, niña. Respira y echa fuera el miedo. Deshazte de las sombras. Está muerto. Está muerta. Su dolor se ha ido. «Respira» –oyó decir al sacerdote.

La niña, temblorosa, inspiró profundamente y se dio cuenta de que era cierto. Nadie la estaba asfixiando, nadie la golpeaba. Incluso así, su mano todavía temblaba cuando la levantó hacia su cara. Copos de sangre seca, negros a la luz del candil, caían al contacto con sus dedos. Se palpó las mejillas, se tocó los ojos y se recorrió la barbilla.

–Mi cara es todavía la misma.

–¿Sí? ¿Estás segura?

¿Estaba segura? No había notado ningún cambio, pero quizás no era algo que se pudiera sentir. Se pasó la mano por delante de la cara, de arriba abajo, como había visto una vez hacer a Jaqen H'ghar en Harrenhal. Cuando lo hizo, toda su cara se había erizado y había cambiado. Cuando lo hizo ella, no pasó nada.

–Parece la misma.

–Te lo parece a ti –dijo el sacerdote-. No es igual.

–A otros ojos, tu nariz y tu mandíbula están rotas –dijo la niña abandonada-. Hay un agujero a un lado de tu cara, donde te rompieron el hueso de la mejilla, y te faltan la mitad de los dientes.

Se pasó la lengua por los dientes, pero no encontró agujeros o dientes rotos. «Brujería», pensó. «Tengo una cara nueva. Una cara fea y rota».

–Puede que tengas malos sueños durante un tiempo –la avisó el hombre bondadoso– Su padre le pegaba a menudo con tal brutalidad que nunca se libró realmente del dolor o el miedo hasta que vino a nosotros.

–¿Lo matasteis?

–Nos pidió el don para ella misma, no para su padre.

«Deberíais haberlo matado».

El hombre bondadoso debió leer sus pensamientos.

–Al final la muerte también le llegó a él, como les llega a todos los hombres. Como le debe llegar a cierto hombre mañana –levantó la lámpara– Hemos terminado aquí.

«Por ahora». Mientras volvían hacia los escalones, las cuencas vacías de las pieles que colgaban de las paredes parecían seguirla. Por un momento casi pudo ver sus labios

moviéndose, susurrándose unas a otras oscuros y dulces secretos en voces demasiado tenues para ser oídas.

El sueño no le llegó con facilidad aquella noche. Enredada en sus mantas, se retorció en la habitación fría y oscura, pero se girase hacia donde se girase, veía las caras. «No tienen ojos, pero pueden verme». Vio la cara de su padre sobre la pared. A su lado colgaba la de su señora madre y, bajo ellos, las de sus tres hermanos en fila. «No. Esa era otra niña. Yo no soy nadie, y mis únicos hermanos visten túnicas negras y blancas.» Aún así, allí estaban el bardo negro, el chico de los establos al que había matado con Aguja, el escudero con la cara llena de espinillas de la posada del cruce de caminos, y más allá estaba el guardia al que le había cortado la garganta para sacarles de Harrenhal. El Cosquillas también colgaba de la pared y los agujeros negros que antes habían sido sus ojos sonreían con malicia. Su mera visión trajo de nuevo el tacto de la daga en su mano mientras se la hundía en la espalda, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez.

Cuando por fin llegó el día a Braavos, llegó gris, oscuro y nublado. La chica había esperado niebla, pero los dioses ignoraron sus plegarias, como a menudo hacen los dioses. El aire era claro y frío, y el viento mordía la piel. «Un buen día para una muerte», pensó. Inesperada, su oración le vino a los labios. «Ser Gregor, Dunsen, Raff el Dulce. Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei». Masculló los nombres en silencio. En la Casa del Blanco y Negro nunca sabías quién podía estar escuchando.

Las bóvedas estaban llenas de ropa vieja, prendas de aquellos que iban a la Casa del Blanco y Negro a beber paz del estanque del templo. Allí se podía encontrar de todo, desde harapos de mendigo a ricas sedas y terciopelos. «Una niña fea debería vestirse con ropa fea», decidió, así que escogió una capa marrón manchada y deshilachada por los bordes, una túnica verde mohosa que olía a pescado y un par de botas pesadas. Cuando terminó, acarició su puñal.

No había prisa, así que decidió ir por el camino largo, alrededor de Bahía Púrpura. Cruzó el puente, hacia la Isla de los Dioses. Gata de los Canales había vendido berberechos y mejillones entre los templos que allí había cuando Talea, la hija de Brusco, tenía su sangre de luna y tenía que meterse en cama. Casi había esperado ver a Talea vendiendo allí ese día, quizás fuera de la Madriguera donde todos los dioses olvidados tenían sus pequeños altares, pero era una tontería. El día era demasiado frío, y a Talea nunca le había gustado levantarse tan pronto. La estatua que había fuera del altar de la Dama Llorosa de Lys lloraba lágrimas de plata cuando la niña fea pasó delante de ella. En los Jardines de Gelenei había un árbol dorado de cien pies de altura con hojas de plata batida. La luz de las antorchas brillaba tras las ventanas emplomadas del salón de madera de Lord Harmony, mostrando medio centenar de tipos de mariposas de colores brillantes.

Una vez, recordó la niña, la Esposa del Marinero la había acompañado a hacer las rondas y le había contado historias sobre los dioses de los extranjeros.

–Esta es la casa del Gran Pastor. Trios Tres Cabezas tiene esta torre con tres torreones. La primera cabeza devora a los moribundos, y los renacidos salen por la tercera. No sé qué es lo que se supone que hace la cabeza del medio. Aquellas son las Piedras del Dios Silencioso, y allí está la entrada del Laberinto del Patronista. Dicen los sacerdotes del Patrón que sólo aquéllos que aprenden a salir de él encontrarán el camino a la sabiduría.

Mas allá, en el canal, está el templo de Aquan el Toro Rojo. Cada día diecinueve sus sacerdotes degüellan un becerro totalmente blanco, y ofrecen tazas con su sangre a los mendigos.

Parecía que ese día no era el diecinueve; los escalones del Toro Rojo estaban vacíos. Los dioses hermanos Semosh y Selloso soñaban en templos gemelos en los lados opuestos del Canal Negro, unidos por un puente de piedra esculpido. La niña cruzó allí y se dirigió hacia los muelles, luego fue por la Bahía del Harapiento y pasó los capiteles y cúpulas medio sumergidas de la Ciudad Ahogada.

Un grupo de marineros Lysenos venía tambaleándose de Puerto Feliz cuando se los cruzó, pero la niña no vio a ninguna de las putas. El Barco estaba cerrado y abandonado porque seguro que los titiriteros todavía seguían en cama. Pero más allá, en el muelle al lado del ballenero Ibbense, espió a Tagganaro, el viejo amigo de Gata, lanzándole una pelota a Casso, el Rey de las Focas, mientras los últimos raterillos que había contratado trabajaban entre la multitud de espectadores. Cuando ella se paró para observar y escuchar un momento, Tagganaro la miró sin reconocerla, pero Casso emitió como un ladrido y aplaudió con las aletas. «Me reconoce», pensó la niña, «o a lo mejor es que huele el pescado». Siguió, apurada.

Cuando llegó a Bahía Púrpura, el viejo se había refugiado dentro de la tienda de sopa en su mesa de siempre, contando una bolsita de monedas mientras regateaba con el capitán de un barco. El guardia alto y delgado revoloteaba a su alrededor. El bajo y grueso estaba sentado cerca de la puerta, donde tenía una buena vista de cualquiera que entrase. No importaba. Ella no pretendía entrar. En vez de eso, se encaramó a unas maderas apiladas a veinte yardas de distancia, mientras el viento borrascoso tiraba de su capa con dedos fantasmales.

Incluso en un día frío y gris como aquel la bahía era un sitio bullicioso. Vio marineros merodeando en busca de putas, y putas merodeando buscando marineros. Un par de bravos entró arrugando sus ostentosas vestiduras, empujándose el uno al otro mientras se tambaleaban borrachos por los muelles, con las espadas tintineando a su lado. Un sacerdote rojo pasó rápidamente, con la túnica escarlata y carmesí que chasqueaba por el viento.

Casi era de noche cuando vio al hombre que quería, un próspero propietario de barcos al que había visto haciendo negocios con el viejo tres veces antes. Grande, calvo y corpulento, vestía una pesada capa de lujoso terciopelo marrón adornada con piel y un cinturón de cuero marrón decorado con lunas y estrellas de plata. Algún percance le había dejado una pierna rígida. Caminaba despacio, apoyándose en un bastón.

Ese serviría igual de bien que cualquiera, y más que cualquier otro, decidió la niña fea. Saltó de la pila de leña y fue a por él. Una docena de zancadas y ya se había puesto justo detrás, con el puñal preparado. Su monedero estaba en la parte derecha del cinturón, pero la capa se interponía. La hoja del puñal relampagueó, suave y rápida. Un corte profundo en el terciopelo y el hombre ni se dio cuenta. Roggo el Rojo habría sonreído al verlo. La niña deslizó la mano por el agujero, cortó el monedero con el puñal, cogió un puñado de oro…

El hombre se giró.

–Pero qué…

El movimiento hizo que se le enredase el brazo en los pliegues de la capa mientras intentaba retirar la mano. Las monedas cayeron a sus pies.

–¡Ladrona!

El hombre levantó su bastón para pegarle. Ella le pegó una patada en la pierna mala desde abajo, se apartó y huyó mientras el hombre se caía, corriendo al lado de una mujer con un niño. Más monedas cayeron de entre sus dedos y rebotaron contra el suelo. Gritos de *ladrona, ladrona* se oían a sus espaldas. Un posadero barrigudo al lado del que pasó la agarró torpemente por un brazo, pero ella giró a su alrededor, pasó al lado de una puta que se reía y se metió de cabeza en el callejón más cercano.

Gata de los Canales conocía aquellos callejones y la niña fea los recordaba. Corrió hacia la izquierda, saltó un muro bajo, saltó un pequeño canal y se deslizó por una puerta que habían dejado sin cerrar a un almacén polvoriento. Todos los sonidos de persecución se habían desvanecido por aquel entonces, pero era mejor asegurarse. Se escondió agachada detrás de unas cajas de madera y esperó, con los brazos rodeándose las rodillas. Esperó casi una hora y entonces decidió que ya era seguro salir. Escaló por un lado del edificio y fue recorriendo los tejados casi hasta el Canal de los Héroes. En aquel momento el propietario de barcos ya habría reunido todas las monedas y el bastón y habría ido cojeando hasta la tienda de sopa. Estaría bebiendo una taza de caldo caliente y quejándose al viejo de la niña fea que había intentado robarle el monedero.

El hombre bondadoso la estaba esperando en la Casa de Blanco y Negro, sentado al borde del estanque del templo. La niña fea se sentó cerca de él y puso una moneda en el borde del estanque, entre ellos. Era de oro, con un dragón en una cara y un rey en la otra.

–El dragón de oro de Poniente –dijo el hombre bondadoso-. ¿Y esto? No somos ladrones.

–No estaba robando. Cogí una de las suyas, pero le dejé una de las nuestras.

El hombre bondadoso entendió.

–Y con esa moneda y las otras de su bolso, pagará a cierto hombre. Poco después, el corazón de ese hombre dejará de latir. ¿Es así la manera de hacerlo? Muy triste –el sacerdote recogió la moneda y la tiró a la piscina– Tienes mucho y más que aprender, pero puede que no seas un caso perdido.

Aquella noche le devolvieron la cara de Arya Stark.

También le llevaron una túnica para ella, la túnica suave y gruesa de acólito, negra por un lado y blanca por el otro.

–Ponte esto cuando estés aquí –le dijo el sacerdote– pero has de saber que la vas a necesitar poco de momento. Mañana irás con Izembaro para empezar tu primer aprendizaje. Lleva la ropa que quieras de las bóvedas de abajo. Toda la ciudad está

buscando a cierta niña fea, conocida por frecuentar la Bahía Púrpura, así que es mejor que tengas también una cara nueva –le agarró la barbilla, le movió la cabeza para aquí y para allá y asintió-. Esta vez una cara bonita, creo. Tan bonita como la tuya propia. ¿Quién eres, niña?

–Nadie –contestó.

65. CERSEI

En la última noche de su encarcelamiento, la reina no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, la cabeza se le llenaba de presagios y fantasías de la mañana. «Voy a tener guardias», se dijo. «Contendrán a la multitud. No permitirán que me toquen. El Gran Gorrión se lo había prometido, se lo había prometido».

Aún así, tenía miedo. El día en que Myrcella zarpó hacia Dorne, el día de los disturbios del pan**,** los capas doradas se habían apostado a lo largo de la ruta de la procesión, pero la muchedumbre irrumpió a través de sus lineas para destrozar al viejo y gordo Gran Septón en pedazos y violar a Lollys Stokeworth medio centenar de veces. Y si esa pálida criatura estúpida podía incitar a los animales cuando estaba completamente vestida, ¿cuánto más deseo podría inspirarles una reina?

Cersei deambulaba por su celda, inquieta como los leones enjaulados que habían vivido en las entrañas de Roca Casterly cuando era una niña, legado de los tiempos de su abuelo. Ella y Jaime se apoyaban el uno en el otro para subir a las jaulas, y una vez encontró el valor para deslizar su mano entre dos barrotes y tocó una de aquellas grandes bestias leonadas. Ella siempre fue más audaz que su hermano. El león había vuelto la cabeza para mirarla con enormes ojos dorados. Luego le chupó los dedos. Su lengua era tan áspera como una lima, pero aun así no retiró su mano, hasta que Jaime la agarró por los hombros y tiró de ella fuera de la jaula.
--
–Tu turno–, le dijo después. –Tira de su melena, te reto.– «Nunca lo hizo. Yo debería haber tenido la espada, no él».

Paseaba descalza y temblando, con una fina manta envuelta sobre sus hombros. Estaba ansiosa porque llegase el día. Por la tarde, todo se habrá acabado. «Un pequeño paseo y estaré en casa, estaré de vuelta con Tommen, en mis propios aposentos en el interior del Torreón de Maegor». No podía confiar en su tío, no más de lo que se fiaba del Gran Septón. «Todavía podría echarme atrás. Todavía podría insistir en mi inocencia y arriesgarlo todo en un juicio».

Pero no se atrevía a que la juzgase la fe, como Margaery Tyrell tenía intención de hacer. Eso podría servirle a la pequeña rosa, pero Cersei contaba con pocas amigas entre las Septas y los gorriones alrededor de este nuevo Gran Septón. Su única esperanza era el juicio por combate, y para eso necesitaba tener un campeón.

«Si Jaime no hubiese perdido su mano…»

No obstante ese camino no llevaba a ninguna parte. La mano de la espada de Jaime se había ido, y el también, desapareció con esa mujer, Brienne en alguna parte de la tierra de los ríos . La reina tenía que buscarse otro defensor o el calvario de hoy sería la menor de sus penalidades. Sus enemigos la acusaban de traición. Tenía que llegar a Tommen, sin importar el coste. «Él me ama. No rehusará de su propia madre. Joff era terco e impredecible, pero Tommen es un pequeño niño bueno, un pequeño rey bueno. El hará lo que le dicen». Si se quedaba aquí, estaba condenada al fracaso, y la única forma de que volviese a la Fortaleza Roja era a pie. El Gran Gorrión se había mostrado inflexible, y Ser

Kevan se negó a levantar un dedo contra él.

–No se me hará ningún daño hoy– dijo Cersei cuando la primera luz del día rozó su ventana. –Sólo mi orgullo va a sufrir.– Las palabras sonaron huecas en sus oídos. «Jaime aún podría llegar». Se lo imaginó a cabalgando por la niebla matutina, su armadura dorada brillando con la luz del amanecer.

«Jaime, si alguna vez me amaste…»

Cuando sus carceleros vinieron por ella, la Septa Unella, la Septa Moelle y la Septa Scolera encabezaron la procesión. Con ellas había cuatro novicios y dos hermanas silenciosas. La visión de las hermanas silenciosas en sus túnicas grises llenó a la reina de terror. «¿Por qué están aquí? ¿Voy a morir?» Las hermanas silenciosas atendían a los muertos. –El Gran Septón prometió que no se me haría ningún daño.
--
–No se lo harán– La Septa Unella hizo señas a los novicios. Trajeron jabón, una palangana de agua caliente, un par de tijeras y una larga navaja de afeitar. La visión del acero le produjo un escalofrío a través de ella. «Piensan afeitarme. Una pequeña humillación más, una pasa para mi sopa». No les daría el placer de escuchar sus ruegos. «Soy Cersei Lannister de la Casa Lannister, un león de la Roca, la legítima reina de los Siete Reinos, primogénita de Tywin Lannister. Y el cabello volverá a crecer». –Adelante con ello– dijo.

La mayor de las dos hermanas silenciosas tomó las tijeras. Una aprendiz de barbero, sin duda, su orden suele limpiar los cadáveres de los nobles muertos antes de devolverlos a sus familiares, y recortar la barba y cortar el cabello era parte de eso. La mujer desnudó la cabeza de la reina en primer lugar. Cersei estaba sentada, inmóvil como una estatua de piedra hasta que oyó las tijeras. Montones de pelo dorado cayeron al suelo. No se le había permitido cuidarlo adecuadamente encerrada en esa celda, pero aún sin lavar y enredado brillaba como si el sol lo tocase. «Mi corona, pensó la reina. Se llevaron la otra corona lejos de mí, y ahora me están robando ésta también». Cuando sus mechones y rizos se amontonaron alrededor de sus pues, una de las novicias le enjabonó la cabeza y la hermana silenciosa raspó el resto con una cuchilla de afeitar.

Cersei esperaba que ese fuese el final, pero no. –Quítese la ropa, Alteza– ordenó la Septa Unella. –¿Aquí?– preguntó la reina –¿Por qué?

–Debe ser esquilada.

«Esquilada», pensó, «como una oveja». Se sacó la muda por la cabeza y la arrojó al suelo. –Haz lo que quieras.

Entonces fue el jabón una vez más, el agua caliente y la navaja. EL pelo bajo sus brazos fue el siguiente, luego las piernas y por último los finos y dorados mechones que cubrían su coño**.** Cuando la hermana silenciosa se deslizó entre sus piernas con la navaja, Cersei se encontró recordando todas las veces que Jaime se había arrodillado donde se estaba arrodillando ella, besándole en el interior de sus muslos, haciéndola humedecerse. Sus

besos eran siempre cálidos. La navaja de afeitar estaba helada.

Cuando todo se llevó a cabo estaba tan desnuda y vulnerable como una mujer podía estar. «Ni siquiera un pelo para esconderse». Una risita escapó de sus labios, sombría y amarga.

–¿Su Alteza encuentra esto divertido?– dijo la Septa Scolera. –No, Septa– dijo Cersei. «Pero un día voy a tener tu lengua arrancada con tenazas calientes, y eso si que será divertido».

Uno de los novicios había traído una túnica para ella, una suave y blanca túnica de septa para cubrirla mientras recorría su camino bajando las escaleras de la torre y a través del Septo, por lo que cualquier devoto que se encontrase por el camino se hubiese salvado de la visión de su cuerpo desnudo. «Siete salvadnos a todos, que hipócritas que son». –¿Se me permitirá llevar un par de sandalias?– preguntó. –Las calles están sucias.
–
–No tan sucia como tus pecados– dijo la Septa Moelle. –Su Altísima Santidad ha ordenado que se presente como los dioses la hicieron. ¿Tenía unas sandalias en sus pies cuando salió del vientre de su señora madre?

–No, Septa– se vio obligada a decir la reina.

–Entonces, ahí tiene su respuesta.

Una campaña comenzó a sonar. El largo encarcelamiento de la reina llegó a su fin. Cersei tiró de su fina túnica, agradecida pos su calidez y dijo: –Vamos–. Su hijo la esperaba al otro lado de la ciudad. Cuanto antes partiesen, más pronto lo vería.

La piedra áspera de los escalones le raspaba las plantas de los pies mientras Cersei Lannister hacía su descenso. Ella había llegado al Septo de Baelor como un reina, montada en una litera. Se iba calva y descalza. «Pero me voy. Eso es lo que importa».

La campana de la torre estaba cantando, convocando a la ciudad para dar testimonio de su vergüenza. El Gran Septo De Baelor estaba lleno feligreses para el oficio de la madrugada, el sonido de sus oraciones hacía eco en la cabeza de la cúpula, pero cuando la procesión de la reina hizo su aparición un repentino silencio cayó y miles de ojos se volvieron para seguirla mientras recorría su camino por el pasillo, más allá de lugar donde su señor padre había yacido después de su asesinato. Cersei, barrida por ellas, no miraba a derecha ni a izquierda. Sus pies descalzos golpeaban contra el frío suelo de mármol. Podía sentir los ojos, Detrás de los altares, los Siete parecían vigilar también.

En el Salón de las Lámparas, una docena de Hijos del Guerrero esperaban su llegada. Capas arcoiris colgaban a sus espaldas, y los cristales que llevaban en la cresta de sus grandes yelmos brillaban a la luz de la lámpara. Su armadura era de plata pulida brillante como un espejo, pero por debajo, ella sabía que cada uno de ellos llevaba una camisa de pelo. Sus escudos cometa, todos llevaban el mismo equipo : una espada de cristal que brilla en la oscuridad, la antigua insignia de los que el pueblo llano llamaba Espadas.

Su capitán se arrodilló ante ella. –Quizás su Alteza me recuerde. Soy Ser Theodan el Verdadero, y su Santidad me ha dado el mando de su escolta. Mis hermanos y yo velaremos por tu seguridad a través de la ciudad.

La mirada de Cersei recorrió las caras de los hombres detrás de él. Y ahí estaba él: Lancel, su primo, el hijo de Kevan, que una vez le profesó su amor, antes de decidir que quería mas a los dioses. «Mi sangre y mi traidor». Jamás lo olvidaría. –Puede levantarse, Ser Theodan. Estoy lista.

El caballero se levantó, giró, levanto una mano. Dos de sus hombres salieron a las imponentes puertas, empujaron para abrirlas, y Cersei caminó a través de ellos al aire libre, parpadeando ante la luz del sol como un topo despertando de su madriguera.

Soplaba un viento racheado, y hacía chasquear la parte inferior de su túnica y agitar sus piernas. El aire de la mañana estaba lleno del antiguo y familiar hedor de Desembarco del Rey. Respiró el olor del vino agrio, el pan horneado, el pescado podrido y los excrementos, el humo y el sudor y la orina de caballo. Ninguna flor había olido tan dulce. Hundida en su túnica, Cersei se detuvo sobre los escalones de mármol con los Hijos del Guerrero formados a su alrededor.

Se le ocurrió de repente que ella había estado en este mismo lugar antes, el día en que Lord Eddard Stark había perdido su cabeza. «Se suponía que eso no tenía que suceder. Se suponía que Joff le perdonaría la vida y lo enviaría al Muro». El hijo mayor de Stark le habría seguido como Señor de Invernalia, pero Sansa se habría quedado en la corte , como rehén. Varis y Meñique habían trabajado en los términos y Ned Stark se había tragado su precioso honor y confesó su traición a la patria para salvar la pequeña y vacía cabeza de su hija. «Yo le habría proporcionado a Sansa un buen matrimonio. Un matrimonio Lannister. No con Joff por supuesto, pero Lancel podría haberla satisfecho, o quizás uno de sus hermanos menores». Petyr Baelish se había ofrecido a casarse con la chica él mismo, recordó, pero por supuesto eso era imposible, era demasiado plebeyo. «Si Joff sólo hubiese hecho lo que le dijeron, Invernalia nunca habría ido a la guerra, y Padre se hubiese ocupado de los hermanos de Robert».

En su lugar, Joff había ordenado que le cortasen la cabeza a Stark, y Lord Slynt y Ser Ilyn Payne se apresuraron a obedecer. «Fue justo ahí», recordó la reina, mirando el lugar. Janos Slynt había levantado la cabeza de Ned Stark por el pelo mientras la sangre de su vida fluía escaleras abajo, y después de eso no hubo vuelta atrás.

Los recuerdos parecían tan lejanos. Joffrey estaba muerto, y todos los hijos de Stark también. Incluso su padre había muerto. Y aquí ella se puso de pie en los escalones del Gran Septo de nuevo, solo que esta vez fue a ella a la que la multitud estaba mirando, no Eddard Stark.

La amplia plaza de mármol de debajo estaba tan llena como lo había estado el día en que Stark había muerto. A donde quiera que mirase, la reina veía ojos. La multitud parecía ser hombres y mujeres a partes iguales. Algunos tenían niños sobre sus hombros. Mendigos y ladrones, taberneros y comerciantes, curtidores y mozos de cuadra y mimos, la clase mas

pobre de putas, toda la escoria había venido a ver una reina humillada. Y mezclados con ellos estaban los Hermanos Mendigantes, criaturas sucias, sin afeitar, armados con lanzas y hachas y vestidos con trozos de duras placas, mallas oxidadas y pieles agrietadas, cotas ásperas e hiladas, blanqueadas y blasonadas con la estrella de siete puntas de la Fe. El ejército harapiento del Gran Gorrión.

Parte de ella todavía anhelaba que Jaime apareciese y la rescatara de esta humillación, pero su hermano no estaba a la vista. Tampoco su tío estaba presente. Lo cual no la sorprendió. Ser Kevan había dejado su punto de vista claro durante su última visita, la vergüenza no debe empañar el honor de Roca Casterly. Ningún león caminaría con ella hoy. Esta prueba era suya y sólo suya.

La Septa Unella estaba a su derecha, la Septa Moelle a su Izquierda, la Septa Scolera detrás suya. Si la reina se echaba atrás o se resistía, las tres brujas la arrastrarían de nuevo al interior, y esta vez se encargarían de que nunca saldría de su celda.

Cersei levanto la cabeza. Más allá de la plaza, más allá del mar de ojos hambrientos, bocas abiertas y caras sucias, a través de la ciudad, la Colina Alta de Aegón se alzaba en la distancia, las torres y las almenas de la Fortaleza Roja sonrojándose ante la luz del sol naciente. «No está tan lejos». Una vez llegase a sus puertas, la peor de sus penalidades se habría acabado. Tendría a su hijo. Tendría a su campeón. Su tío se lo había prometido. «Tommen me está esperando. Mi pequeño rey. Puedo hacer esto. Debo hacerlo».

La Septa Unella dio un paso al frente. –Una pecadora viene ante vosotros– declaró. –Ella es Cersei de la Casa Lannister, la reina viuda, madre de su Alteza el Rey Tommen, viuda de su Alteza el Rey Robert, y ha cometido graves farsas y fornicios.

La Septa Moelle subió a la derecha de la reina. –Esta pecadora ha confesado sus pecados y pidió la absolución y el perdón. Su Santidad le ha mandado demostrar su arrepentimiento dejando de lado el orgullo y el artificio, y presentándose como los dioses la hicieron ante la buena gente de la ciudad.

La Septa Scolera terminó. –Así que ahora esta pecadora viente ante vosotros con un corazón humilde, despojada de secretos y encubrimientos, desnuda ante los ojos de los dioses y los hombres, para hacer su caminata de expiación.

Cersei tenía un año cuando su abuelo murió. La primera cosa que su padre había hecho en su ascensión fue expulsar de Roca Casterly a la codiciosa y plebeya amante de su propio padre. Fue despojada de las sedas y terciopelos que Lord Tytos le había prodigado y las joyas que había tomado para sí misma, y fue enviada a caminar desnuda por las calles de Lannisport, por lo que occidente podía verla por lo que era.

A pesar de que había sido demasiado joven para presenciar el espectáculo por sí misma, Cersei había oído crecer las historias de las bocas de las lavanderas y los guardias que habían estado allí. Se habló de cómo la mujer había llorado y suplicado, de la manera desesperada a la que se aferraba a su ropa cuando recibió la orden de quitarse sus prendas, de sus inútiles esfuerzos para cubrir sus pechos y el sexo con sus manos mientras cojeaba descalza y desnuda por las calles al exilio.

–Vanidosa y altanera se sentía, antes– recordó a uno de los guardias diciendo: –Tan altanera que uno pensaría que se había olvidado que proviene de la mugre. No obstante, una vez que hubimos tomados sus ropas, no era más que una puta.

Si Ser Kevan y el Gran Gorrión pensaban que iba a ocurrir lo mismo con ella, estaban muy equivocados. La sangre de Lord Tywin estaba en ella. «Soy una leona. No voy a temblar por ellos».

La reina restó importancia a su ropa.

Se desnudó en un movimiento suave y pausado, como si estuviera de vuelta en sus propios aposentos desnudándose para tomar un baños sin que nadie excepto sus sirvientas de cama mirase. Cuando el fío viento le tocó la piel, se estremeció violentamente. Tomó toda su fuerza de voluntad para no tratar de ocultarse a sí misma con sus manos, como la puta de su abuelo había hecho. Sus dedos se cerraron en puños, las uñas clavadas en sus palmas. Ellos la miraban, todos esos ojos hambrientos. Pero, ¿Qué estaban viendo? «Yo soy hermosa», se recordó. ¿Cuántas veces se lo había dicho Jaime? Incluso Robert le había dado mucho, cuando llegó a su cama borracho para rendirle un ebrio homenaje con su polla.

«Miraron a Ned Stark de la misma forma», pensó.

Tuvo que moverse. Desnuda, despojada, descalza. Cersei hizo un lento descenso por los amplios escalones de mármol. Se le puso la piel de gallina en brazos y piernas. Mantuvo alta la barbilla, como una reina debe, y sus acompañantes se desplegaron delante de ella. Los Hermanos Mendicantes empujaron a un lado para abrir un paso entre la multitud, mientras que las Espadas bajaron a su lado. Seguidos de Septa Unella, Septa Scolera y Septa Moelle. Detras de ellos llegaron las novicias de blanco.

–¡Puta!– exclamó alguien. Una voz de mujer. Las mujeres siempre eran las más crueles cuando se trata de ellas.

Cersei la ignoró. «Habrá más y peor. Esas criaturas no tienen la dulce alegría en la vida así que se burlan de sus superiores». No podía silenciarlos, por lo que debía fingir que no les oía. Ni tampoco podía verlos. Mantenía los ojos en la Colina Alta de Aegón al otro lado de la ciudad en las torres de la Fortaleza Roja brillando en la luz. Ahí era donde iba a encontrar su salvación, si su tío había cumplido su parte del trato.

«Él quería esto. Él y el Gran Gorrión. Y la pequeña rosa también, no lo dudó. He pecado y debo redimirme. Debo desfilar mi vergüenza ante los ojos de todos los mendigos de la ciudad. Ellos piensan que esto romperá mi orgullo, que me pondrá fin, pero están equivocados».

Septa Unella y Septa Moelle se mantenían a la par de ella, con la Septa Scolera escurriéndose detrás, haciendo sonar una campana. –Vergüenza– clamó la vieja bruja, –vergüenza sobre la pecadora, vergüenza, vergüenza.– En algún lugar a la derecha, otra voz cantaba el contrapunto a la suya, un muchacho de alguna panadería gritando, –

pasteles de carne, tres peniques, pasteles carne calientes aquí.– El mármol bajo sus pies era frío y resbaladizo, y Cersei tuvo que caminar con cuidado por temor a resbalar. Su camino los llevó más allá de la estatua de Baelor el Santo, de pie y sereno sobre su pedestal, su rostro un estudio de benevolencia. Al mirarlo, nunca podrías pensar lo tonto que había sido. La dinastía Targaryen había producido tanto malos como buenos reyes, pero ninguno tan querido como Baelor, el piadoso y gentil rey-septón que amaba al pueblo pequeño y los a los dioses en partes iguales, sin embargo encarceló a sus propias hermanas. Fue un milagro que su estatua no se derrumbase a la vista de sus pechos desnudos. Tyrion solía decir que el Rey Baelor estaba aterrorizado de su propia polla. Una vez, recordó, ya había expulsado a todas las putas de Desembarco del Rey. Las historias cuentan que oró por ellas, ya que fueron expulsadas de las puertas de la ciudad, pero no las miró.

–Ramera– gritó una voz. Otra mujer. Algo salió volando de la multitud. Alguna verdura podrida. Marrón y rezumando, navegó por encima de su cabeza para salpicar a los pies de uno de los Hermanos Mendicantes. «No tengo miedo. Soy una leona». Siguió su camino. –Pasteles calientes– comenzó a berrear el muchacho panadero. –Cojan pasteles calientes aquí.– Septa Scolera hizo sonar su campana cantando,

–Vergüenza, vergüenza, vergüenza sobre la pecadora, amurallando un estrecho sendero. vergüenza, vergüenza– Los Hermanos Mendicantes fueron delante de ellos, empujando a los hombres a un lado con sus escudos, amurallando un estrecho sendero. Cersei por donde le conducían, con la cabeza alta, los ojos en la lejanía. Cada paso la llevaba más cerca de la Fortaleza Roja. Cada paso la llevaría más cerca de su hijo y su salvación.

Parecía tardar un centenar de años en cruzar la plaza, pero finalmente el mármol dio paso a los adoquines bajo sus pies, las tiendas y los establos y las casas cerradas a su alrededor, y comenzaron el descenso de la colina de Visenya.

La marcha era lenta aquí. La calle era estrecha y empinada, las multitudes apelotonadas con fuerza. Los Hermanos Mendicantes empujaron a aquellos que bloqueaban el camino, tratando de moverlos a un lado, pero no había a dónde ir, y los de la parte de atrás de la multitud se apretujaban aún más. Cersei tratando de mantener la cabeza erguida, solo al pisar algo resbaladizo y húmedo resbaló. Podría haber caído, pero la Septa Unella la agarró del brazo y la mantuvo en pie. –Su alteza debe mirar donde pone sus pies.

Cersei dio un tirón para soltarse. –Si, Septa– dijo con voz mansa, a pesar de que estaba lo suficientemente enojada como para escupirle. La reina siguió caminando, vestida solo con la piel de gallina y el orgullo. Buscó la Fortaleza Roja, pero ahora estaba oculta, su mirada estaba bloqueada por los altos edificios de madera a cada lado. –Vergüenza, vergüenza– cantaba la Septa Scolera, tañendo la campana. Cersei trató de caminar más rápido, pero pronto se topó con las espaldas de las Estrellas en frente suya y tuvo que aminorar sus pasos otra vez. Un hombre justo delante estaba vendiendo pinchos de carne asada de un carro, y la procesión se detuvo hasta que los Hermanos Mendicantes lo sacaron del camino. La carne se parecía extrañamente a rata a los ojos de Cersei, pero su olor llenó el aire, y la mitad de los hombres a su alrededor roían los palos de sus manos en el momento en que la calle estuvo lo suficientemente despejada para reanudar su viaje. –¿Quieres un poco, Alteza?– llamó un hombre fuera. Era una bestia grande y corpulenta, con ojos de cerdo, una tripa enorme y una negra barba descuidada que le recordaba a

Robert. Cuando volvió la vista con repugnancia, él le arrojó la brocheta. Que le golpeó en la pierna y cayó a la calle, y la carne a medio cocer dejó una mancha de grasa y sangre por el muslo.

Los gritos parecían más fuertes aquí que en la plaza, tal vez porque la multitud estaba mucho más cerca. "Puta" y "pecadora" eran los más comunes, pero "follahermanos" y "coño" y "traidora" le fueron arrojados también, y de vez en cuando oyó a alguien gritar por Stannis o Margaery. Las piedras bajo sus pies estaban sucias, y había tan poco espacio que la reina no podía ni bordear los charcos. «Nadie ha muerto nunca por mojarse los pies», se dijo. Quería creer que los charcos se limitaban a agua de lluvia, a pesar de que la orina de caballo era igual de probable.

Más basura llovió desde ventanas y balcones: frutas medio podridas, cubetas de cerveza, huevos que explotaron con un olor sulfuroso cuando se resquebrajaron en el suelo. Entonces, alguien arrojó un gato muerto a los pies de los Hermanos Mendicantes y los Hijos del Guerrero. El cadáver golpeó los adoquines con tanta fuerza que se abrió de golpe, salpicando sus piernas con las vísceras y los gusanos.

Cersei siguió caminando. «Estoy ciega y sorda, y ellos son gusanos», se dijo. –Vergüenza, vergüenza– cantaban las Septas.

–Castañas, castañas asadas al horno– gritó un vendedor ambulante.

–Coño de reina– pronunció solemnemente un borracho desde el balcón de arriba, levantando su copa hacia ella en un brindis burlón. –¡Salve a los pezones reales!– «Las palabras son viento», pensó Cersei. «Las palabras no pueden hacerme daño».

A mitad de la colina de Visenya la reina cayó por primera vez, cuando su pie resbaló en algo que podría haber sido excrementos. Cuando Septa Unella la incorporó, se raspó las rodillas y le comenzaron a sangrar. Una risa irregular recorrió la multitud, y un hombre so ofreció para besarla y que se pusiese mejor. Cersei miró hacia atrás. Todavía podía ver la gran cúpula y las siete torres de cristal del Gran Septo de Baelor en la cima de la colina. «¿De verdad he recorrido tan poco camino?» Peor aún, cien veces peor, había perdido de vista la Fortaleza Roja. –¿Dónde… dónde…?

–Su Alteza.– El capitán de su escolta se situó a su lado. Cersei había olvidado su nombre. –Debe continuar. La muchedumbre es cada vez más rebelde.

«Si», pensó. «Insubordinados». –No tengo miedo.

--

–Deberías– Tiró de su brazo, colocándola a su lado. Ella se tambaleo por la colina, hacia abajo, siempre hacia abajo, hacienda una mueca con cada paso, permitiéndole servirle de apoyo. «Debería ser Jaime quien estuviese a mi lado». Él desenvainaría su espada dorada y abriría un paso recto a través de la multitud, sacándole los ojos de la cabeza de a cada hombre que se atreviese a mirarla.

Los adoquines estaban rotos y desiguales, bajo los pies resbaladizos, y ásperos contra sus suaves pies. Su talón cayó sobre algo filoso, una piedra o un pedazo de loza rota. Cersei gritó de dolor. –pedí unas sandalias– escupió a Septa Unella. –Me podrías haber dado unas sandalias, podrías haberlo hecho– El caballero tiró de su brazo de nuevo, como si fuese una criada comun. «¿Ha olvidado quien soy yo?» Era la reina de Poniente, no tenía derecho a poner sus ásperas manos en ella.

En la parte inferior de la colina, la pendiente se suavizó y la calle comenzó a ampliarse. Cersei podía ver la Fortaleza Roja de nuevo, brillante carmesí en el sol de la mañana en la cima de la Colina Alta de Aegón. «Tengo que seguir caminando». Se libró de las manos de Ser Theodan. –No hace falta que me arrastre, ser– Cojeaba, dejando un rastro de huellas de sangre sobre las piedras detrás suya. Un carretero maldijo a los Hermanos Mendicantes por ordenar que retirase su carro fuera del camino.

–Vergúenza, vergüenza, vergüenza para la pecadora.– , gritaban las septas.

Caminó por el barro y el estiércol, sangrando, con la piel de gallina, cojeando. A su alrededor bullan los sonidos. –Mi mujer tiene unas tetas mas dulces que las tuyas– gritó un hombre. Un carretero maldijo a los Hermanos Mendicantes por ordenar que retirasen su carro fuera del camino.

–Vergüenza, vergüenza, vergüenza para la pecadora– , gritaban las Septas.

–Mirad esto– llamó una puta en la ventana de un burdel, levantando sus faldas para los hombres que pasaban por debajo, –éste no ha tenido la mitad de pollas que el suyo.– Las campanas tañían, zumbando, zumbando.

–Esa no puede ser la reina– dijo un niño, –está flácida como mi mamá.– «Esta es mi penitencia, se dijo Cersei. He pecado gravemente, esta es mi expiación. Pronto va a terminar, se quedará tras de mí, entonces podré olvidar».

La reina comenzó a ver caras conocidas. Un hombre calvo con espesas patillas con el ceño fruncido bajo una ventana con la expresión de su padre, y por un instante se pareció tanto a Lord Tywin que se tropezó. Una joven se sentó bajo una fuente, bañada con el rocío, y la miró con los ojos acusadores de Melara Hetherspoon. Vió a Ned Stark, y junto a él a la pequeña Sansa con su pelo castaño y un peludo perro gris que podría haber sido su lobo. Cada niño que se retorcía entre la multitud se convirtió en su hermano Tyrion, se burlaba de ella lo había hecho cuando Joffrey murió. Y allí estaba Joff también, su hijo, su primogénito, su hermoso y brillante hijo con sus rizos dorados y su dulce sonrisa, tenía unos labios tan encantadores, el…

Fue entonces cuando se cayó por segunda vez.

Estaba temblando como una hoja cuando la pusieron en pié. –Por favor– dijo. –Madre ten piedad. He confesado.

–Lo has hecho– dijo la Septa Moelle. –Esta es tu expiación.

–No está muy lejos– dijo Septa Unella. –¿Lo ves?– señaló. –Ascender la colina, eso es todo– «Ascender la colina. Eso es todo». Era cierto. Estaban al pie de la Colina Alta de Aegon, el castillo se alzaba sobre ellos.

–Puta– gritó alguien.

–Follahermanos– , agregó otra voz. –Abominación.
–
–¿Quieres una mamada de esta, Alteza?– Un hombre con un delantal de carnicero se sacó la polla del pantalón, con una sonrisa. No importaba. Estaba casi en casa.

Cersei comenzó a subir.

En todo caso, los abucheos y los gritos eran mas crudos aquí. Su camino no la había llevado a través del Lecho de Pulgas, por lo que sus habitantes se habían agolpado sobre la falda de la Colina Alta de Aegón para ver el espectáculo. Las caras escudriñándola por detrás de los escudos y las lanzas de los Hermanos Mendicantes parecían retorcidas, monstruosas, repugnantes. Cerdos y niños desnudos por todas partes bajo los pies, mendigos mutilados y rateros pululaban como cucarachas entre la muchedumbre. Vio a hombres con dientes puntiagudos que les habían sido limados, arpías con bocios tan grandes como su cabeza, una prostituta con una enorme serpiente a rayas cubriéndole los pechos y los hombros, un hombre con las mejillas y la frente cubierta de llagas abiertas de las que salía un pus gris. Ellos sonreían, se lamían sus labios y la abucheaban mientras ella cojeaba pasando de largo, su pecho jadeaba por el esfuerzo de la subida. Algunos gritaron propuestas obscenas, otros insultos. Las palabras son viento, se dijo, las palabras no pueden hacerme daño. «Soy hermosa, la mujer más bella de todas las de Poniente, eso decía Jaime, Jaime jamás me mentiría. Incluso Robert, Robert no me amaba, pero vió que yo era hermosa, me deseaba».

Sin embargo, no se sentía hermosa. Se sentía vieja, usada, sucia, fea. Había estrías en su vientre de los niños que había dado a luz, y sus pechos no eran tan firmes como lo habían sido cuando era más joven. Sin un vestido para mantenerlos a flote, se apoyó en su pecho. «No debería haberlo hecho. Yo era su reina, pero ahora que ellos han visto, han visto, han visto. Nunca debí permitir que me viesen».

Vestida y coronada, era una reina. Desnuda, ensangrentada, cojeando, era solo una mujer, no muy diferente de sus esposas, más parecida a sus madres que a sus hijas doncellas. «¿Qué he hecho?»

Había algo en sus ojos, un ardor, se le emborronó la vista. No podía llorar, llorar no, los gusanos no deben verla llorar. Cersei se frotó los ojos con las palmas de las manos. Una ráfaga de viento le hizo temblar violentamente.

Y de repente, la bruja estaba allí, de pie entre la multitud con sus bamboleantes tetas y su piel verdosa y verrugosa, mirando de reojo a los demás, con malicia brillando en sus crueles ojos amarillos. –Reina serás– dijo entre dientes, –hasta que llegue otra, mas

joven, más bella, que te derrotará y tomará todo lo que más apreciabas.

Y entonces nada pudo parar las lágrimas. Quemaron las mejillas de la reina como el ácido. Cersei dio un grito agudo, cubrió sus pezones con un brazo, deslizo la otra mano para ocultar su coño, y comenzó a correr, empujó y traspasó la línea de los Hermanos Mendicantes, en cuclillas mientras se revolvía arrastrándose colina arriba. A medio camino tropezó y cayó, se levantó, luego volvió a caer diez metros más adelante. Lo siguiente que supo es que gateaba, luchado cuesta arriba a cuatro patas como un perro mientras la buena gente de Desembarco del Rey le daba paso, riéndose, y burlándose y aplaudiéndola.

Luego, de pronto la multitud se apartó y pareció disolverse, y allí estaban las puertas del castillo ante ella, y una línea de lanceros en mantos dorados y yelmos carmesí. Cersei oyó el sonido áspero y familiar de las órdenes que bramaba su tío y vislumbró un destello de color blanco a cada lado mientras Ser Boros Blount y Ser Meryn Trant se dirigían hacia ella en sus pálidas armaduras de placas y sus capas de nieve. –Mi hijo– exclamó. –¿Dónde está mi hijo?¿Dónde está Tommen?
--
–No está aquí. Ningún hijo debería tener que dar testimonio de la vergüenza de su madre.– La voz de Ser Kevan era dura. –Cubridla.

Entonces Jocelyn se inclinó sobre ella, envolviéndola en una manta suave y limpia de lana verde para cubrir su desnudez. Una sombra cayó sobre ellos, tapando el sol. La reina sintió el frío acero deslizándose debajo suya, un par de grandes brazos armados la levantaron del suelo, elevándola en el aire con tanta facilidad como ella había levantado a Joffrey cuando todavía era un bebé. «Un gigante», pensó Cersei, mareada, mientras la llevaba a grandes pasos hacia la puerta de entrada. Había oído que los gigantes se podían encontrar fuera de la mano de los Dioses en la salvaje tierra más allá del Muro.

«Esto es solo un cuento. ¿Estoy soñando?»

No. Su salvador era real. Ocho pies de altura o tal vez más alto, con patas tan gruesas cono el tronco de un árbol, con un pecho digno de un caballo de tiro y con unos hombros que no muy distintos a los de un buey. Su armadura era de chapa de acero, esmaltado blanco y brillante como la esperanza de una doncella, y desgastado sobre la malla dorada. Un yelmo cubría su rostro. Desde su cresta lucía siete plumas de seda de los siete colores del arco iris de la fe. Un par de doradas estrellas de siete puntas entrelazaban su capa ondulante en los hombros.

Una capa blanca.

Ser Kevan había cumplido su parte del trato. Tommen, su precioso niño, lo había nombrado campeón de la Guardia del Rey.

Cersei nunca vió como Qyburn vino, pero de repente estaba allí a su lado, luchando por mantener el ritmo de las grandes zancadas de su campeón. –Alteza– dijo, –es tan bueno tenerla de vuelta. ¿Puedo tener el honor de presentarle a nuestro nuevo miembro de la

Guardia del Rey? Éste es Ser Robert el Fuerte

–Ser Robert– susurró Cersei, mientras entraban por las puertas.

–Si le complace, su Alteza, Ser Robert ha hecho un voto sagrado de silencio– dijo Qyburn. –Ha jurado que no hablará hasta que todos los enemigos de su Alteza estén muertos y el mal haya sido expulsado de este reino.

«Si», pensó Cersei Lannister. «Oh, si».

66. TYRION

La pila de pergaminos tenía una altura formidable. Tyrion la miró y suspiró.

–Tenía entendido que erais una banda de hermanos. ¿Es este el tipo de amor que se le prodiga a un hermano? ¿Dónde está la confianza? ¿Dónde la amistad, el cordial recuerdo, el profundo afecto que sólo los hombres que han luchado y sangrado juntos conocen?

–Todo a su debido tiempo– dijo Brown Ben Plumm.

–Después de que firmes –añadió Tintero mientras afilaba una pluma.

Kaspario el Agudo acarició la empuñadura de su espada.

–Si te apetece empezar a sangrar ahora mismo, me haría de lo más feliz poder complacerte.

–Una oferta tremendamente amable de tu parte– dijo Tyrion.– pero creo que no.

Tintero puso los pergaminos frente a Tyrion y le ofreció la pluma.

–Aquí tienes la tinta. Viene del Antiguo Volantis. Durará tanto tiempo como la tinta negra de tus maestres. Todo lo que necesitas hacer es ir firmando los papeles y pasármelos. Yo me encargaré del resto.

Tyrion le dirigió una sonrisa torcida.

–¿Podría leerlos antes?

–Si quieres… son todos lo mismo, en general. Salvo los del final, pero ya llegaremos a esos a su debido tiempo.

Sí, seguro que llegaremos. Para la mayoría de los hombres, no había ningún coste añadido al hecho de unirse a la compañía, pero él no formaba parte de esa mayoría. Tyrion mojó la punta de la pluma en el tintero y se acercó al primero de los pergaminos, se paró y alzó la vista.

–¿Preferís que firme como Yollo o como Hugor Colina?

Brown Ben estrechó los ojos.

–¿Prefieres que te entreguemos a los herederos de Yezzan, o que simplemente te decapitemos?

El enano soltó una risotada y firmó el pergamino. Tyrion de la Casa Lannister. Mientras se lo pasaba a Tintero a su izquierda, hojeó el resto de la pila.

–Aquí habrá… ¿qué, cincuenta? ¿Sesenta? Pensaba que había quinientos Segundos Hijos.

–Quinientos trece en este momento –dijo Tintero– Cuando firmes, seremos quinientos catorce.

–¿Así que sólo uno de cada diez va a recibir esto? Eso no parece demasiado justo. Pensaba que erais una de esas compañías libres en que se compartía todo– dijo mientras firmaba otra hoja.

Brown Ben se rió.

–¡Oh, si! Nosotros compartimos todo. Pero no todos reciben lo mismo. Los segundos hijos no se diferencian demasiado de una familia corriente.

–Y en todas las familias hay primos tontos– Tyrion firmó otra hoja. El pergamino crujió mientras se lo pasaba al tesorero.– Hay algunas celdas en las entrañas de Roca Casterly donde mi padre solía tener a los nuestros.

Volvió a mojar la pluma en el tintero. Tyrion de la Casa Lannister, garabateó, prometiendo entregar al portador de la hoja cien dragones dorados. Cada golpe de pluma me hace un poco más pobre… o me lo haría, si no fuera ya poco más que un pordiosero. Puede que algún día se arrepintiera de esas firmas. Pero hoy no. Sopló sobre la tinta mojada y le pasó el pergamino al tesorero, después firmó otro más. Y otro. Y otro. Y otro.

–Esto me hiere profundamente– les comentó mientras seguía firmando– En Poniente, la palabra de un Lannister tiene tanto valor como el oro.

Tintero se encogió de hombros.

–Esto no es Poniente. A este lado del Mar Angosto ponemos las promesas sobre el papel –Cada vez que le pasaba una hoja de papel, espolvoreaba un poco de arena fina encima de la firma para absorber el exceso de tinta, lo agitaba y ponía el papel a un lado.– Las deudas escritas en el viento tienden a ser…¿olvidadas, podríamos decir?

–No por nosotros– Tyrion firmó otra hoja. Y otra. Había encontrado una especie de ritmo. – Un Lannister siempre paga sus deudas.

Plumm hizo un ruidito de mofa.

–Ya, pero la palabra de un mercenario no vale nada.

«Bueno, será la tuya», pensó Tyrion, «y alabados sean los dioses por eso».

–Cierto, pero no seré un mercenario hasta que haya firmado en tu libro.

–Ya lo harás – dijo Brown Ben– en cuanto acabes con eso.

–Lo estoy haciendo tan rápido como puedo – querría haber podido reírse, pero eso le habría arruinado el juego. Plumm lo estaba disfrutando, y Tyrion no tenía ninguna intención de arruinar su diversión. Déjale que siga creyendo que me ha conseguido doblegar, que me ha dado bien por culo, y seguiré pudiendo comprar espadas de acero

con dragones de papel. Si alguna vez pudiera volver a Poniente a reclamar sus derechos de nacimiento, entonces tendría en sus manos todo el oro de Roca Casterly para pagar sus promesas. Si no volviera, bueno, estaría muerto y sus nuevos “hermanos” bien podrían limpiarse el culo con estos papeles. Puede que algunos se plantaran en Desembarco del Rey con los papelotes en las manos, esperando convencer a su dulce hermana de que les pagase la deuda. Ojala pudiera ser testigo de semejante escena.

El enunciado de los pergaminos comenzó a cambiar a mitad de la pila. Los cien dragones eran todos para los sargentos. Después de estos, las cifras aumentaban considerablemente. Ahora Tyrion estaba teniendo que prometer al portador mil dragones de oro. Meneó la cabeza, se rió y firmó. Y otra vez. Y otra.

–Asi que… – dijo mientras seguía garabateando– ¿Cuáles serán mis deberes para con la compañía?

–Eres demasiado feo como para ser el criado de Bokkoko– dijo Kasporio– pero puedes servir como blanco para las flechas.

–Mucho mejor de lo que te crees–dijo Tyrion, negándose a darse por ofendido– Un hombre pequeño con un escudo muy grande volvería loco a cualquier arquero. Un hombre más sabio que tú me lo dijo una vez.

–Trabajarás para Tintero– dijo Brown Bear Plumm.

–Trabajarás para Tintero– dijo Tintero– Llevando los diarios, contando monedas, escribiendo contratos y cartas.

–Con mucho gusto– contestó Tyrion– Me encantan los libros.

–¿Qué otra cosa podrías hacer? – se burló Kasporio– Mírate. No estás preparado para luchar.

–Una vez tuve a mi cargo el sistema de desagüe de Casterly Rock– dijo Tyrion suavemente– Algunas cañerías habían estado obstruidas durante años, pero muy pronto las tuve corriendo otra vez–. Mojó la pluma en el tintero de nuevo. Una docena de papeles más, y habría acabado.– Tal vez pueda supervisar a los seguidores de tu campamento. No podemos tener a estos hombres parados, ¿no?

Eso no le hizo ni pizca de gracia a Brown Ben.

–Mantente alejado de las putas – le advirtió– muchas de ellas tienen la sífilis, y les gusta mucho hablar. No eres el primer esclavo fugado que se une a la compañía, pero eso no significa que tengamos que anunciar a gritos tu presencia. No te quiero tener desfilando por ahí, donde te puedan ver. Quédate a cubierto tanto como puedas, caga en un cubo. Hay demasiados ojos en las letrinas. Y nunca te salgas de los límites de nuestro campamento sin mi permiso. Podríamos vestirte con ropajes de escudero, y pretender que eres el criado de Jorah, pero algunos sabrán ver más allá del disfraz. Una vez que hayamos tomado Mereen y partamos hacia Poniente, podrás exhibirte todo lo que quieras con vestiduras doradas y carmesíes. Hasta entonces, en cambio…

–Me esconderé debajo de una piedra y no diré ni pio. Tienes mi palabra de eso– Tyrion de la casa Lannister, volvió a firmar con una floritura. Era el último pergamino. Quedaban aún tres papeles, distintos del resto. Dos estaban escritos en fina vitela, y llevaban nombre. Para Kasporio, el Agudo, diez mil dragones. Los mismos para Tintero, cuyo nombre real al parecer era Tybero Istarion.

–¿Tybero?– comentó Tyrion– Eso suena casi a Lannister. ¿No serás algún primo lejano?

–Tal vez. Yo siempre pago mis deudas también. Es lo que se espera de un tesorero. Firma.

Firmó.

El papel para Brown Ben era el último. Había sido escrito sobre una piel suave de oveja. Cien mil dragones de oro, cincuenta parcelas cultivables, un castillo y un rango nobiliario. Bueno, bueno… Este Plumm no se vende barato. Tyrion se rascó la cicatriz y se preguntó si debería montar un pequeño espectáculo, indignado. Cuando estás jodiendo a un hombre, al menos se espera que emita algún sonido de protesta. Podría soltar un par de juramentos, y llamarle ladrón, negarse a firmarlo por un tiempo, y finalmente acceder con reluctancia. Pero estaba harto de espectáculos, así que esbozó una sonrisa, firmó y le entregó el papel a Brown Bear.

–Si tienes la polla tan grande como dicen por ahí – dijo– puedes considerarme rematadamente bien follado, lord Plumm.

Big Bear sopló sobre la firma.

–El placer ha sido mío, Gnomo. Y ahora, vamos a hacerte uno de los nuestros. Tintero, trae el libro.

El libro estaba forrado en cuero, con bisagras de hierro, y era lo suficientemente grande como para cenar encima. Detrás de las pesadas portadas de maderas había nombres y fechas que se remontaban más de un siglo atrás.

–Los segundos hijos son una de las compañías libres más antiguas– dijo Tintero mientras pasaba las páginas– Este es nuestro cuarto libro. Los nombres de todos los hombres que han servido con nosotros están aquí dentro. Cuándo se unieron, dónde lucharon, cuánto tiempo sirvieron, la naturaleza de su muerte… todo está en el libro. Encontrarás algunos nombres famosos aquí. Aegor Ríos sirvió durante un año con nosotros, antes de abandonarnos para fundar la Compañía Dorada. Aceroamargo, le llaman. El Príncipe brillante, Aerion Targaryen, fue un Segundo Hijo. Y Rodrik Stark, el lobo solitario, también. No, no con esa tinta. Aquí, usa ésta– quitó el tapón de un frasco nuevo, y lo puso sobre la mesa.

Tyrión lo miró.

–¿Tinta roja?

–Es una tradición de la compañía– explicó Tintero– Hubo un tiempo en que cada nuevo miembro escribía su nombre con su propia sangre, pero resulta que la sangre como tinta es muy mala.

–A los Lannister les encanta la tradición. Déjame tu cuchillo.

Tintero enarcó una ceja, se encogió de hombres y sacando su daga de la funda se la pasó, con la empuñadura por delante. Me sigue doliendo, Mediomaestre, muchas gracias, pensó Tyrion mientras hundía un poco el filo de la daga en la punta de su dedo pulgar. Apretó hasta que salió una gruesa gota de sangre, la sacudió sobre el tintero y cambiando la daga por la pluma, garabateó "Tyrion de la Casa Lannister, señor de Roca Casterly" con grandes florituras, justo debajo de la firma de Jorah Mormont, mucho más modesta. Ya estaba hecho. El enano se arrellanó en la banqueta de campamento.

–¿Eso es todo lo que se requiere de mí? ¿No necesito prestar un juramento? ¿Matar un bebé? ¿Chuparle la polla al capitán?

–Puedes chupar todo lo que quieras– Tintero tomó el libro y espolvoreó arena sobre la firma.– Para la mayoría de nosotros con la firma basta, pero odiaría tener que decepcionar a un nuevo compañero de armas. Bienvenidos a los Segundos Hijos, lord Tyrion.

Lord Tyrion. Al enano le gustaba como sonaba. Puede que los Segundos Hijos no disfrutaran de la misma reputación que la Compañía Dorada, pero habían tenido varias resonadas victorias en el pasado.

–¿Han servido más señores en esta compañía?

–Señores sin tierras– dijo Brown Ben.– Como tú, Gnomo.

Tyrion se levantó de un salto de la banqueta.

–Mi anterior hermano resultó ser una decepción. Espero más de mis nuevos hermanos. Y ahora… ¿a dónde debo ir a pertrecharme de armas y armadura?

–¿También quieres montar en cerda? –preguntó Kasporio.

–¿Y eso? No sabía que tu mujer perteneciera a la compañía– replicó Tyrion.– Es muy amable de tu parte ofrecérmela, pero preferiría un caballo.

El bravucón enrojeció, pero Tintero soltó una carcajada y Brown Ben se permitió una sonrisa.

–Tintero, llévale a las carretas. Puede escoger lo que quiera de entre el acero de la compañía. La muchacha también. Ponedle un yelmo, un poco de malla, y puede que muchos la tomen por un chico.

–Lord Tyrion, venid conmigo– Tintero sostuvo la solapa de la tienda abierta para dejarle salir.– Haré que Snatch te lleve a las carretas. Vete a por tu mujer y luego vete a buscarle, junto a la tienda del cocinero.

–No es mi mujer. Tal vez deberías ir tú a por ella. Lo único que hace últimamente es dormer y mirarme mal.

–Entonces pégale más fuerte y fóllatela más a menudo– sugirió el tesorero, con ánimo de ayudar.– Tráela o déjala, haz lo que quieras. A Snatch le dará igual. Ven a buscarme cuando hayas conseguido tu armadura, y te pondré al día de la contabilidad.

–Como quieras.

Tyrion se encontró a Penny profundamente dormida en una esquina de la tienda que compartían, enroscada entre un colchón de paja y un montón de mantas sucias. Cuando la tocó con la punta de la bota, ella se giró, parpadeó y bostezó.

–¿Hugor? ¿Qué pasa?

–¿Volvemos a hablarnos, entonces?– al menos era major su habitual silencio hosco. Y todo por culpa de la cerda y el perro abandonados. Después de haberla rescatado de la esclavitud, uno esperaría un poco de agradecimiento. – Si sigues durmiendo, probablemente te pierdas la guerra.

–Estoy triste– volvió a bostezar– Y cansada. Tan cansada.

¿Cansada o enferma? Tyrion se arrodilló a su lado sobre el colchón.

–Estás pálida.

Le tocó la frente. ¿Hace mucho calor aquí dentro o tendrá fiebre? No se atrevía a plantear la pregunta en voz alta. Incluso los más aguerridos hombres de los Segundos Hijos temían la posibilidad de tener que cabalgar sobre la yegua pálida. Si creían que Penny estaba enferma, se desharían de ella sin dudar ni un instante. Puede que incluso los devolvieran a los herederos de Yezzan, a pesar de todo los papeles.

–He firmado en su libro. A la antigua usanza, con sangre. Ahora soy un Segundo Hijo.

Penny se sentó en la cama, frotándose los ojos.

–¿Y yo qué? ¿Puedo firmar yo también?

–Creo que no. Algunas de las compañías libres aceptan mujeres pero… bueno, ya ves, no hay Segundas Hijas, después de todo.

–Deberíamos hablar de ellos como “nosotros”, ahora, si te has unido a ellos. ¿Ha visto alguien a Pretty Pig? Tintero me prometió que preguntaría por ella. Y de Crunch… ¿se sabe algo?

Solo si te fías de lo que dice Kasporio. El no tan agudo segundo al mando de Plumm afirmaba que había visto a tres cazadores de esclavos Yunkish merodeando por los campamentos, preguntando por un par de enanos fugados. Uno de ellos llevaba una lanza larga, en cuya punta había clavado la cabeza de un perro, o eso es lo que decía

Kasporio. Pero ese tipo de noticias no eran las más adecuadas para sacar a Penny de la cama.

–No se sabe nada aún –mintió.– Vamos. Necesitamos buscar alguna armadura para ti.

Penny le miró de forma extraña.

–¿Armadura? ¿Para qué?

–Recuerdo que mi antiguo instructor de lucha solía decirme que nunca fuera desnudo a la batalla – dijo él– y le tomo la palabra. Además, ahora que soy un mercenario, una espada de alquiler, debería tener alguna espada que vender.

Ella no mostraba ningún indicio de querer moverse. Tyrion la tomó de la muñeca y tiró de ella hasta ponerla de pie. Después le lanzó un puñado de ropas a la cabeza.

–Vístete. Ponte la túnica con capucha, y mantén la cabeza baja. Se supone que somos un par de muchachitos, por si acaso los cazadores de esclavos están espiando.

Snatch estaba esperando junto a la tienda del cocinero, mordisqueando unas hierbas, cuando los dos enanos llegaron encapuchados.

–He oído que vosotros dos vais a luchar para nosotros – dijo el sargento– Seguro que allá en Meereen se están meando. ¿Alguno de vosotros ha matado alguna vez a alguien?

–Yo sí–dijo Tyrion– me los cargo como moscas.

–¿Y con qué arma?

–Con un hacha, con una daga… depende de la ocasión. Pero soy más mortífero con una ballesta.

Snatch se rascó la barba con el gancho.

–Un arma muy sucia, la ballesta. ¿Cuántos hombres has matado con ella?

–Nueve– su padre contaba por lo menos por nueve. Señor de Roca Casterly. Guardián del Oeste. Escudo de Lannisport. Mano del Rey. Marido. Hermano. Padre. Padre. Padre.

–Nueve– Snatch resopló y escupió una flema roja. Puede que apuntara hacia los pies de Tyrion, pero aterrizó sobre su rodilla. Buena muestra de lo que pensaba de sus “nueve”. El sargento tenía las puntas de los dedos manchadas de rojo del jugo de las hiberas que mascaba. Se metió dos de ellos en la boca y silbó.

–¡Kem! ¡Ven aquí ahora mismo, maldito orinal!

Kem se acercó corriendo.

–Lleva al señor Gnomo y a su señora a las carretas, y haz que Martillo les arregle algo de entre las piezas sueltas de la compañía.

–Puede que Martillo esté durmiendo la mona– advirtió Kem.

–Pues méale en la cara. Eso le despertará– Snatch se volvió hacia Tyrion y Penny.– Hasta ahora no habíamos tenido ningún maldito enano, pero nunca nos faltaron zagales. Hijos de ésta o aquella puta, pequeños imbéciles que habían huido de su casa en busca de aventuras, criados, escuderos, y demás. Puede que algunas de sus mierdas sean lo suficientemente pequeñas como para serviros. Es la misma mierda que llevaban puesta cuando la espicharon, más que probablemente, pero me imagino que eso no molestará a unos matones tan bravos como vosotros. ¿Has dicho nueve? – meneó la cabeza y se alejó.

Los Segundos Hijos guardaban las armas de la compañía en seis grandes carretas, aparcadas cerca del centro del campamento. Kem iba delante, moviendo la lanza como si fuera un bastón.

–¿Y cómo es que un chaval de Desembarco del Rey acaba en una de las Compañías Libres?–le preguntó Tyrion.

El chaval le dirigió una mirada torcida.

–¿Quién te dijo que era de Desembarco del rey?

–Nadie – cada una de las palabras que pronunciaba decía a gritos que venía del Nido de Pulgas– Es por tu ingenio. No hay nadie más ingenioso que los de Desembarco del Rey, o eso dicen.

Aquello pareció dejarle sin palabras.

–¿Quién lo dice?

–Todo el mundo.

–¿Desde cuándo?

Desde que me lo inventé, gilipollas.

–Desde siempre– mintió– mi padre lo decía con mucha frecuencia. Conociste a lord Tywin, Kem?

–¿La Mano? Una vez le vi le vi subir a la colina cabalgando. Sus hombres vestían túnicas rojas y llevaban pequeños leones en los yelmos. Me gustaban esos yelmos– apretó los labios– Nunca me gustó la Mano. Saqueó la ciudad. Y después nos aplastó en el Aguasnegras.

–¿Estuviste allí?

–Con Stannis. Lord Tywin apareció con el fantasma de Renly y nos tomó por el flanco. Dejé caer mi lanza y huí, pero cuando volví a los barcos el maldito caballero va y me dice “¿Dónde tienes la lanza, chaval? No tenemos sitio para gallinas”, y después me jodieron y me dejaron fuera, y a muchos otros miles además. Después oí decir que tu

padre estaba mandando a todos los que habían luchado con Stannis al Muro, así que decidí cruzar el Mar Angosto y unirme a los Segundos Hijos.

–¿No echas de menos Desembarco del Rey?

–Un poco. Echo de menos a este chico… era… un buen amigo mío. Y a mi hermano, Kennet, pero él murió en el puente de barcos.

–Demasiados hombres murieron ese día– la cicatriz de Tyrion le picaba con ferocidad, y se la rascó con una uña.

–También echo de menos la comida– dijo Kem con nostalgia.

–¿La comida de tu madre?

–Ni siquiera las ratas se comerían lo que cocina mi madre. Había, sin embargo, cierto puesto de comidas… no había un cocido mejor que el de ellos. Tan espeso que la cuchara se sostenía sola encima. Tenía tropezones de todo tipo. ¿Alguna vez te comiste un cocido así, Medio Hombre?

–Un par de veces. Lo llaman cocido del cantante, ¿no?

–¿Y eso por qué?

–Porque sabe tan bien que te hace querer cantar.

A Kem le gustó eso.

–Cocido del cantante. Lo pediré la próxima vez que vaya al Nido de Pulgas. ¿Y tú que echas de menos, medio hombre?

«A Jaime, pensó Tyrion. A Shae. A Tysha. A mi esposa. Echo de menos a mi esposa, esa esposa a la que apenas llegué a conocer».

–El vino, las putas y el dinero– contestó– Especialmente el dinero. Con dinero puedes comprar vino y putas.

Con dinero también puedes comprar espadas, y a gente como Kem para que las empuñe.

–¿Es cierto que los orinales de Roca Casterly son de oro puro?–le preguntó Kem.

–No deberías creer todo lo que escuchas. Sobre todo cuando tiene que ver con la Casa Lannister.

–Dicen que los Lannister son un puñado de serpientes retorcidas.

–¿Serpientes?– Tyrion se rió– Creo que puede oírse a mi padre retorciéndose en su tumba. Somos leones, o eso es lo que nos gusta decir. Pero realmente da igual, Kem. Tanto si pisas la cola de una serpiente como la de un león, terminarás igualmente muerto.

Llegados a ese punto ya habían alcanzado la armería. El herrero, el famoso Martillo resultó ser un matón de aspecto extraño con el brazo izquierdo el doble de grande que el derecho.

–Suele estar más borracho que sobrio–comentó Kem– Brown Ben lo deja pasar, pero algún día conseguiremos un herrero de verdad.

El aprendiz de Martillo era un jovenzuelo pelirrojo al que llamaban Punta. Desde luego ¿Qué si no? Ironizó Tyrion. Martillo estaba durmiendo la mona cuando llegaron a la forja, tal y como Kem había profetizado, pero Punta no puso ninguna objeción a que los dos enanos revisaran el contenido de las carretas.

–La mayoría es poco más que hierro oxidado – les avisó – pero podéis quedaros con cualquier cosa que os sirva.

Bajo el entoldado de madera curvada y cuero endurecido, los fondos de las carretas estaban llenos de montones de armas y armaduras viejas. Tyrion echó un vistazo y suspiró, acordándose de las hileras de brillantes espadas, lanzas y alabardas que había en la armería de los Lannister en Roca Casterly.

–Puede que esto nos lleve un tiempo– declaró.

–Hay acero bueno por ahí si lo encuentras – gruñó un vozarrón profundo – no es que sea una belleza, pero sirve para parar una espada.

Un caballero de enormes proporciones se bajó de la parte trasera de una de las carretas, cubierto de pies a cabeza con metal de la compañía. La greba de la izquierda no hacía juego con la de la derecha, el gorjal estaba cubierto de óxido, y los brazales ricamente decorados, labrados con flores. En la mano derecha llevaba un guantalete de acero pulido, en la izquierda un mitón de malla deslucida. Llevaba un peto con forma de pectorales, de cuyos pezones colgaban unos aretes. Su yelmo lucía una cornamenta de macho cabrío, con uno de los cuernos rotos. En cuanto se lo quitó, desveló la cara ajada de Jorah Mormont.

«Él sí que tiene toda la pinta de mercenario, ya no se parece en nada al deshecho maltrecho que sacamos de la jaula de Yezzan», pensó Tyrion. Ya se le habían borrado casi todos los moretones, y la hinchazón de su cara había desaparecido casi totalmente, así que Mormont casi parecía humano otra vez. Aunque no se parecía demasiado a sí mismo. La máscara demoniaca que los esclavistas le habían tatuado en la mejilla derecha para marcarlo como un esclavo desobediente y peligroso nunca desaparecería. Ser Jorah nunca había sido lo que se puede decir un hombre atractivo. Con el tatuaje, su cara daba miedo.

Tyrion sonrió.

–Siempre que quede más guapo que tú, estaré contento – se giró hacia Penny– tu revisa esa carreta de allá, yo miraré en esta.

–Iremos más rápido si lo hacemos juntos – dijo mientras sacaba un casco oxidado de la pila, se lo probaba y se reía– ¿Doy miedo con esto?

Pareces una feriante con una cacerola en la cabeza.

–Eso es un capacete. Necesitas un casco que cubra la cara– encontró uno y se lo cambió por el otro.

–Es demasiado grande–la voz de Penny salía como un eco apagado desde debajo del acero– Y no puedo ver nada fuera– se quitó el yelmo y lo tiró a un lado– ¿Qué hay de malo en un “capacete”?

–Deja la cara descubierta– Tyrion le pellizcó la nariz– Me gusta mirarte la nariz. Me gustaría que la conservaras.

Abrió los ojos mucho.

–¿Te gusta mi nariz?

Que los siete me salven. Tyrion se dió la vuelta y empezó a excarvar entre una pila de armaduras de la parte de atrás de la carreta.

–¿Hay alguna otra parte de mí que le guste? – le preguntó Penny.

Tal vez pretendiera sonar graciosa, pero solo consiguió sonar triste.

–Me gustan todas tus partes– dijo Tyrion, con la esperanza de acabar la conversación– y me gustan incluso más las mías.

–¿Y para qué necesitamos armaduras? Sólo hacemos un espectáculo. Fingimos luchar.

–Sabes finger muy bien– dijo Tyrion mientras examinaba una camisa de malla tan llena de agujeros que parecía que se la hubieran comido las polillas. ¿Qué tipo de polillas pueden comer mallas de hierro?

–Fingirse muerto es una buena forma de sobrevivir en una batalla. Otra es una buena armadura.

Aunque quedan muy pocas de esas aquí, la verdad. En la Forca Verde había luchado con piezas desparejadas de armadura de las reservas de Lord Lefford, con un yelmo acabado en punta que le hacía parecer como si alguien le hubiera puesto un cubo del revés en la cabeza. Las reservas de la compañía eran peores. No sólo eran viejas y difíciles de ajustar, sino que estaban abolladas, agrietadas y quebradizas. Eso de ahí será sangre seca, o sólo óxido, se preguntó Tyrion. Lo olisqueó, pero ni así estuvo seguro.

–Aquí hay una ballesta – Penny se la mostró.

Tyrion le echó un vistazo.

–No puedo usar un cabestrante de estribo. No tengo las piernas lo suficientemente largas. Una de manivela me iría mejor.

La verdad sea dicha, no le apetecía una ballesta. Llevaba demasiado tiempo recargarla. Incluso aunque se apostara cerca de las letrinas al acecho del próximo enemigo con ganas de cagar, sus oportunidades de perder algo más que una discusión eran muchas.

En su lugar, cogió una estrella del alba, la giró en el aire y la volvió a posar. Demasiado pesada. También descartó un martillo de guerra (demasiado largo), una maza tachonada (también muy pesada), y más de media docena de espadas largas antes de encontrar un puñal de su agrado, una horrible pieza metal de filo triangular.

–Esto podría servirme– dijo– La hoja tiene algo de óxido, pero de este modo será un arma aún más sucia.

Encontró luego una funda de cuero y madera en la que encajaba, y puso el puñal dentro.

–¿Una espada pequeña para un hombre pequeño? –bromeó Penny.

–Es un puñal, y está hecho para un hombre grande– Tyrion le mostró una vieja espada larga– Esto es una espada. Pruébala.

Penny la recogió, la agitó en el aire y frunció el ceño.

–Demasiado pesada.

–El acero pesa más que la madera. Corta el cuello de un hombre con esa cosa, y comprobarás que su cabeza no es un melón– tomó en su mano la espada que ella tenía y la inspeccionó con cuidado– Es acero barato. Y tiene muescas. Aquí, ¿no ves? Retiro lo dicho. Necesitas una hoja mucho mejor para poder cortar cabezas.

–No quiero cortar cabezas.

–No deberías tener que hacerlo. Ataca siempre por debajo de las rodillas. Pantorrillas, corvas, tobillos… incluso los gigantes se caen si les cortas los pies. Una vez que hayan caído, no serán más altos que tú.

Penny parecía a punto de llorar.

–Ayer soñé que mi hermano estaba vivo de nuevo. Estabamos actuando delante de un gran señor, montados en Crunch y Pretty Pig, y había hombres arrojándonos rosas. Éramos tan felices…

Tyrion la abofeteó.

Fue un golpe suave, después de todo, poco más que un giro de muñeca sin apenas fuerza. No le dejó ninguna marca en la mejilla. Pero sus ojos se llenaron de lágrimas pese a todo.

–Si quieres soñar, vuelve a dormirte – le dijo– cuando despiertes, seguiremos siendo esclavos fugados en medio de un asedio. Crunch está muerto. El cerdo también, más que probablemente. Ahora, encuentra alguna armadura y póntela. Da igual que te

pinche. El espectáculo ha terminado. Lucha, o escóndete, o cágate encima, como prefieras, pero decidas lo que decidas hacer, estarás bien protegida con acero.

Penny se tocó la mejilla que le había abofeteado.

–No deberíamos haber huido. No somos mercenarios. Ni siquiera podemos manejar una espada. No se estaba tan mal con Yezzan. Para nada. Nurse era a veces cruel, pero Yezzan no lo era nunca. Éramos sus favoritos, sus… sus…

–Sus esclavos. La palabra que estabas buscando era esclavos.

–Esclavos–dijo ella sonrojándose– Pero éramos sus esclavos especiales. Igual que Sweets. Sus tesoros.

Sus mascotas, pensó Tyrion. Y nos quería tanto que nos mandó a la arena, para que se nos comieran los leones. Pero Penny no estaba del todo equivocada. Los esclavos de Yezzan comían mucho mejor que la mayoría de los campesinos de los Siete Reinos, y era mucho menos probable que se murieran de hambre durante el invierno. Es cierto que los esclavos eran piezas de cambio. Podían ser vendidos y comprados, azotados y tatuados, reproducirse para engendrar más esclavos. Pero la mayoría de los señores trataban a sus perros y a sus caballos bastante bien. Los hombres orgullosos podían incluso decir que preferirían morir libres que vivir como esclavos, pero el orgullo se vende barato. Cuando llega el momento de cruzar las espadas, ese tipo de hombres se volvía aún más escaso que los colmillos de dragón. De otra forma, el mundo no estaría tan lleno de esclavos. Nunca ha existido un esclavo que no escogiera ser esclavo, reflexionó el enano. Puede que la elección fuera entre los grilletes y la muerte, pero la elección estaba siempre allí.

Tyrion Lannister no constituía una excepción. Su lengua le había ganado algunos azotes al principio, pero había aprendido muy pronto las triquiñuelas necesarias para complacer a Nurse y al noble Yezzan. Jorah Mormont había luchado mucho más tiempo, y con más fuerza, pero tarde o temprano habría llegado a la misma conclusión.

Y Penny, bueno…

Penny había estado buscando un jefe desde el día en que su hermano Groat había perdido la cabeza. Quería alguien que la cuidase, alguien que le dijera lo que debía hacer.

Habría sido cruel decirle eso, sin embargo. En su lugar, Tyrion dijo:

–Los esclavos especiales de Yezzan no escaparon de la yegua pálida. Están muertos, todos ellos. Sweets fue el primero– el maestro titiritero había muerto el mismo día que se fugaron. Se lo había dicho Brown Ben Plumm. Ni él, ni Kaspario, ni ninguno de los mercenarios tenía idea del destino del resto de la tropa grotesca de Yezzan… pero si Penny necesitaba mentiras para dejar de hacer tonterías, le mentiría.

–Si quieres volver a ser una esclava, te buscaré un dueño amable cuando haya acabado la guerra, y te venderé por oro suficiente para pagarme el pasaje de vuelta a casa–le prometió Tyrion– Te buscaré algún buen Yunkai para que te de un bonito collar dorado

con campanitas que tintineen cada vez que te muevas. Pero antes de nada, necesitas sobrevivir a lo que va a venir. Nadie compra a titiriteros muertos.

–Ni a enanos muertos–dijo Jorah Mormont– Es más que probable que acabemos siendo pasto de gusanos cuando acabe esta batalla. Los Yunkai han perdido esta guerra, pero puede que tarden un tiempo en admitirlo. Meereen tiene un ejército de Inmaculados, los mejores del mundo. Y Meereen tiene dragones. Tres, una vez que vuelva la reina. Y volverá. Debe volver. En cambio, nuestro bando consiste en dos decenas de señores Yunkai, cada uno con su pequeño ejército de monitos a medio entrenar. Esclavos con cadenas, esclavos con collares. Puede que tengan batallones de ciegos y niños subnormales también, no se lo negaré.

–Oh, ya lo sé–dijo Tyrion– Los Segundos Hijos están en el bando perdedor. Tienen que cambiarse de chaqueta otra vez, y cuanto antes – esbozó una sonrisa de oreja a oreja– Eso déjamelo a mí.

67. EL ROMPEREYES

Como una sombra pálida y una oscura, los dos conspiradores llegaron juntos en la calma de la armería del segundo nivel de la Gran Pirámide, entre estantes de lanzas, poleas de lucha y paredes adornadas con trofeos de batallas olvidadas.

–Esta noche –dijo Skahaz mo Kandaq. La máscara bronceada de un murciélago de sangre se asomaba bajo la capucha de su capa de retales–. Todos mis hombres estarán su sitio. La palabra es Groleo.

–Groleo. –«Es apropiado, supongo»–. Sí. Lo que se le hizo… ¿estábais en la corte?

–Un guardia más entre cuarenta. Todos esperando que el tabardo vacío del trono nos diera la orden de degollar a Barbasangre y a los demás. ¿Creéis que los Yunkai'i se hubieran atrevido presentarse ante Daenerys con la cabeza de su rehén?

«No», pensó Selmy. –Hizdahr parecía angustiado.

–Fingido. Sus parientes de Loraq volvieron intactos. Ya lo visteis. Los Yunkai'i nos interpretaron un espectáculo de titiriteros, con el noble Hizdahr como titiritero en jefe. La cuestión nunca fue Yurkhaz zo Yunzak. Los otros esclavistas hubieran aplastado alegremente a aquel viejo loco. Esto sólo pretendía darle a Hizdahr un pretexto para matar a los dragones.

Ser Barristan tuvo que asimilar eso. –¿Se atrevería?

–Se ha atrevido a intentar matar a su reina. ¿Por qué no sus mascotas? Si no actuamos, Hizdahr dudará durante un tiempo, para demostrar sus reticencias y dar la oportunidad a los Maestros Sabios de deshacerse de los Cuervos de la Tormenta y los jinetes de sangre. Así que actuaremos. Quieren a los dragones muertos antes de que llegue la flota Volantene.

«Sí, así es». Todo encajaba. Esto no significaba que Barristan Selmy se sintiera mejor. –Eso no va a ocurrir. –Su reina era la Madre de los Dragones; no permitiría que sus criaturas sufrieran daño alguno–. A la hora del lobo. El momento más oscuro de la noche, cuando todo el mundo esté durmiendo. –Había escuchado por primera vez aquellas palabras de Tywin Lannister, fuera de los muros de Duskendale. «Me concedió un día para sacar a Aerys. Si no regresaba con el rey al amanecer del día siguiente, él tomaría la ciudad a fuego y acero, me dijo. Era la hora del lobo cuando yo entré y la hora del lobo cuando salí»–. Gusano Gris y los Inmaculados cerrarán y atrancarán las puertas con la primera luz.

–Mejor atacar con la primera luz, –dijo Skahaz–. Abrirse paso desde las puertas, atravesar las líneas de asedio y aplastar a los Yunkai'i mientras salen tambaleándose de sus camas.

–No. –Los dos ya lo habían discutido anteriormente–. Hay una paz, firmada y sellada por Su Majestad la reina. No seremos los primeros en quebrantarla. Una vez hayamos tomado preso a Hizdahr, formaremos un consejo que gobierne esta ciudad y pida a los Yunkai'i el retorno de nuestros rehenes y la retirada de sus ejércitos. Deberían

rechazarlo y será entonces, y sólo entonces, cuando les informaremos que la paz se ha quebrado e iremos a presentarles batalla. Vuestras formas son deshonrosas.

–Y las vuestras son estúpidas –dijo el Cabeza Afeitada–. Es el momento. Nuestros libertos están preparados. Hambrientos.

Aquello era demasiado cierto, Selmy lo sabía. Symon Espalda Lacerada de los Hermanos Libres y Mollono Yos Dob de los Escudos Adeptos estaban prestos para la batalla, intentando probarse a sí mismos y purificarse de todas las infamias que había sufrido con una marea de sangre de Yunkai. Solamente Marselen, de los Hombres de la Madre, compartían las dudas de Ser Barristan. –Ya hemos discutido esto. Acordamos que lo haríamos a mi manera.

–Lo acordamos –gruñó el Cabeza Afeitada–, pero eso fue antes de lo ocurrido con Groleo. La cabeza. Los esclavistas no tienen honor.

–Nosotros sí. –dijo Ser Barristan.

El Cabeza Afeitada murmuró algo en Ghiscari, y dijo a continuación:

–Como deseéis. Aunque creo que nos arrepentiremos de vuestro honor de anciano antes de se acabe el juego. ¿Qué hacemos con los guardias de Hizdahr?

–Su Majestad mantiene a dos hombres con él cuando duerme. Uno en la puerta de su dormitorio, y un segundo dentro, en una alcoba adjunta. Mañana serán Khrazz y Piel de Acero.

–Khrazz, –refunfuñó el Cabeza Afeitada–. Eso no me gusta.

–No hace falta derramamiento de sangre, –le dijo Ser Barristan–. Procuraré hablar con Hizdahr. Si entiende que no pretendemos matarle, podría ordenar a sus guardias que se rindieran.

–¿Y si no? Hizdahr no se debe escapar.

–No escapará. –Selmy no temía a Khrazz, y mucho menos a Piel de Acero. Eran simples luchadores de foso. La temible colección de esclavos ex-luchadores de Hizdahr resultaban fútiles como guardias. Contaban con rapidez, fuerza o ferocidad, así como con algunas habilidades con los brazos, pero los juegos sangrientos eran un pobre entrenamiento para proteger reyes. En los fosos, sus enemigos se anunciaban a bombo y platillo, pero una vez concluida y vencida la pelea, los vencedores podían curarse las heridas y tomar leche de amapola para el dolor, sabiendo que la amenaza había pasado y que eran libres de emborracharse y hartarse de comida y de putas hasta la siguiente pelea. Pero la batalla nunca se acababa verdaderamente para un caballero de la guardia real. Las amenazas surgían de todos lados y de ninguna parte, a cualquier hora del día y de la noche. Ninguna trompeta anuncia al enemigo: vasallos, sirvientes, amigos, hermanos, hijos, incluso esposas, cualquiera de ellos podría tener un cuchillo escondido bajo su capa e intenciones ocultas de asesinar en su corazón. Por cada hora de pelea, un caballero de la guardia real dedica diez mil horas de observación, espera, permanencia en silencio en las sombras. Los luchadores de foso del Rey Hizdahr ya comenzaban a

aburrirse y a agobiarse con sus nuevas funciones, y un hombre aburrido era descuidado, lento en reaccionar–. Yo me las veré con Khrazz, –dijo Ser Barristan–. Sólo asegúrate de que no tenga que tratar también con las Bestias de Bronce.

–No temáis. Tendré a Marghaz encadenado antes de que haga alguna maldad. Ya os lo dije, las Bestias de Bronce son mías.

–¿Me dijiste que tenías hombres entre los Yunkios?

–Soplones y espías. Reznak tiene más.

En Reznak no se podía confiar. Olía demasiado dulce y se sentía demasiado amargo. –Alguien tiene que liberar a nuestros rehenes. Si no recuperamos a nuestra gente, los Yunkai'i los utilizará contra nosotros.

Skahaz inspiró a través de los agujeros de la nariz de su máscara. –Fácil es hablar de rescate. Difícil es llevarlo a cabo. Dejemos que nos amenacen los esclavistas.

–¿Y si hacen algo más que amenazar?

–¿Tanto les vais a echar de menos, anciano? ¿Un eunuco, un salvaje y una espada mercenaria?

«Héroe, Jhogo y Daario». –Jhogo es un jinete de sangre de la reina, sangre de su sangre. Ellos atravesaron juntos las Tierras Rojas. Héroe es el segundo comandante de Gusano Gris. Y Daario… –«Ella ama a Daario». Lo había visto en sus ojos cuando le miraba, lo escuchaba en su voz cuando le hablaba–. Daario es presumido y temerario, pero es de gran estima para Su Majestad. Hay que rescatarlo, antes que los Cuervos de la Tormenta decidan tomarse la justicia por su propia mano. Es posible. En cierta ocasión conseguí sacar sano y salvo de Duskendale al padre de la reina, al cual tenía cautivo cierto señor rebelde, pero…

–… nunca podríais pasar inadvertido para los Yunkai'i. Cada uno de esos hombres conoce ahora vuestro rostro.

«Yo puedo ocultar mi rostro, igual que tú», pensó Selmy, pero sabía bien que el Cabeza Afeitada tenía razón. Había pasado mucho tiempo desde lo de Duskendale. Él era demasiado mayor para heroicidades. –Entonces debemos encontrar otra manera. Algún tipo de rescatador. Alguien conocido por los Yunkios, cuya presencia en su campo pase inadvertida…

–Daario os llama Ser Abuelo. –Skahaz le recordó–. Mejor no os digo cómo me llama a mí. Si vos y yo fuéramos los rehenes, ¿arriesgaría la piel por nosotros?

«Posiblemente no», pensó, pero dijo: –Tal vez.

–Daario mearía sobre nosotros si nos estuviéramos quemando. Esa sería toda la ayuda que nos prestaría. Dejad que los Cuervos de Tormenta elijan otro capitán, alguien que conozca su puesto. Si la reina no regresa, el mundo simplemente habrá perdido un mercenario. ¿Quién se va afligir por ello?

–¿Y si regresa?

–Ella llorará, derramará lagrimas por él y maldecirá a los Yunkai'i. No a nosotros. No habrá sangre en nuestras manos. Vos podréis consolarla. Explicadle alguna historia sobre los días pasados, a ella le gustan mucho. Pobre Daario, su valiente capitán… ella nunca lo olvidará, no… pero será mejor para todos que haya muerto, ¿verdad? Incluso será lo mejor para Daenerys.

«Lo mejor para Daenerys y para Poniente». Daenerys Targaryen amaba a su capitán, pero era la muchacha que había en ella, no la reina. «El Príncipe Rhaegar amaba a su Lady Lyanna, y miles murieron por ello. Daemon Fuegoscuro amó a la primera Daenerys, y provocó una rebelión cuando se la negaron. Muerdeacero y Cuervosangre amaban a Shiera Estrella de Mar, y los Siete Reinos sangraron. El Príncipe de las Libélulas amaba tanto a Jenny de Piedrasviejas que dejó a un lado la corona, y Poniente pagó el precio de aquella novia en cadáveres». Los tres hijos del quinto Aegon se casaron por amor, desafiando los deseos de su padre. Y aunque era improbable que aquel monarca hubiera seguido su corazón cuando eligió a su reina, permitió a sus hijos salirse con la suya, ganándose enemigos acérrimos donde podría haber encontrado amigos. La traición y la agitación llegaron a continuación, como la noche sigue al día, acabando en un Refugio Estival a base de hechicería, fuego y dolor.

«El amor que siente por Daario es un veneno. Un veneno más lento que el de una langosta, pero, al final, igual de letal». –También está Jhogo, –dijo Ser Barristan–. Él y Héroe. Ambos son valiosos para Su Majestad.

–Nosotros tenemos rehenes también, –le recordó Skahaz Cabeza Afeitada–. Si los esclavistas matan a uno de los nuestros, nosotros mataremos a uno de los suyos.

Durante un instante, Ser Barristan no sabía a quién se refería. Entonces, lo recordó. –¿Los coperos de la reina?

–Rehenes, –insistió Skahaz mo Kandaq–. Grazdar y Qezza son de la sangre de la Gracia Verde. Mezzara es de la de Merreq, Kezmya es de los Pal y Azzak lo es de los Ghazeen. Bhakaz es Loraq, pariente directo de Hizdahr. Todos ellos son hijos e hijas de las pirámides. Zhak, Quazzar, Uhlez, Hazkar, Dhazak, Yherizan, todos hijos de los Grandes Maestros.

–Niñas inocentes y niños afables. –Ser Barristan los había ido conociendo durante el tiempo que estuvieron sirviendo a la reina: Grazhar con sus sueños de gloria, la tímida Mezzara, la perezosa Miklaz, la vanidosa y hermosa Kezmya, Qezza con sus enormes ojos y su voz de ángel, Dhazzar la bailarina y los demás–. Niños.

–Niños de la Arpía. La sangre solo puede pagarse con sangre.

–Eso decía el Yunkio que se nos arrebató la cabeza de Groleo.

–No se equivocaba.

–No lo permitiré.

–¿Cómo vamos a utilizar los rehenes si no los podemos tocar?

–Quizá podríamos ofrecer a tres de los niños por Daario, Héroe y Jhogo –dejó ir Ser Barristan–. Su Majestad…

–… no está aquí. Nos corresponde a vos a y a mí hacer lo que corresponde. Sabéis que tengo razón.

–El Príncipe Rhaegar tuvo dos hijos, –le explicó Ser Barristan–. Rhaenys era una niña, Aegon un bebé. Cuando Tywin Lannister tomó Desembarco del Rey, sus hombres los mataron. Entregó sus cadáveres ensangrentados cubiertos con una capa carmesí, un regalo para el nuevo rey. –«¿Y qué es lo que hizo Robert cuando los vio? ¿Sonrió?». Barristan Selmy había quedado malherido en el Tridente, así que se salvó de ver aquel regalo de Lord Tywin, pero aún se lo preguntaba. «Si le hubiera visto sonreír ante la vista de los restos llenos de sangre de los hijos de Raeghar, ningún ejército sobre la tierra me hubiera impedido matarle»–. No permitiré el asesinato de niños. Aceptad eso o no formaré parte de esto.

Skahaz se rió entre dientes. –Sois un viejo muy testarudo. Vuestros apacibles niños crecerán para ser Hijos de la Arpía. Los matareis ahora o los matareis entonces.

–A los hombres se los mata por los errores que han cometido, no por los errores que puedan cometer algún día.

El Cabeza Afeitada descolgó un hacha de la pared, inspeccionándola, y gruñó. –Que así sea. Ningún daño para Hizdahr ni para nuestros rehenes. ¿Estaréis contento, Ser Abuelo?

«Nada de esto me dejará contento». –Servirá. La hora del lobo. Recordad.

–No soy de los que olvidan, ser. –Pese a que la boca de la careta de murciélago no se movió, Ser Barristan pudo sentir la sonrisa bajo la máscara–. Largo tiempo ha esperado Kandaq esta noche.

«Eso es lo que temo». Si el Rey Hizdahr era inocente, lo que iban a hacer sería traición. ¿Pero cómo podría ser inocente? Selmy le había escuchado incitar a Daenerys a que tomara las langostas envenenadas, gritando a sus hombres que mataran al dragón. «Si no actuamos, Hizdahr matará a los dragones y abrirá las puertas a los enemigos de la reina. No tenemos elección». No importaba cuantas vueltas le diera a esto, el veterano caballero no encontraría ningún honor en ello.

El resto del día transcurrió tan veloz como un caracol. Sabía que, en algún lugar, el Rey Hizdahr se estaría reuniendo con Reznak mo Reznak, Marghaz zo Loraq, Galazza Galare y sus otros consejeros meerenienses, con la idea de decidir cuál sería la mejor manera de responder a las demandas de Yunkai'i… pero a Barristan Selmy ya no se le requería en ese tipo de reuniones. Ni para estar presente ni para proteger al rey. En lugar de eso, él recorría la pirámide de arriba a abajo, para cerciorarse que los centinelas estaban en sus puestos. Aquello le ocupaba gran parte de la mañana. La tarde la pasaba con los huérfanos, llevando incluso la espada y el escudo con él para dar ejemplo a

algunos de los chicos mayores. A algunos de ellos se les estaba entrenando para la lucha en los fosos cuando Daenerys Targaryen tomó Meereen y les liberó de sus cadenas. Aquellos ya estaban familiarizados con el uso de la espada, la lanza y el hacha de batalla incluso antes de que Ser Barristan los pusiese a su cargo. Unos pocos tenían un buen dominio. «El muchacho de las Islas del Basilisco, por ejemplo. Tumco Lho». Negro como la tinta, era rápido y fuerte, el mayor talento natural que había visto Selmy desde Jaime Lannister. «Larraq, también lo tiene. El Látigo». Ser Barristan no aprobaba aquel estilo de lucha, pero no había duda de sus habilidades. A Larraq aún le quedaban muchos años de trabajo para poder dominar las armas de caballero, la espada, la lanza y la maza, pero con su látigo y su tridente era letal. El veterano caballero le había avisado que el látigo era inútil contra un enemigo armado… hasta que vio cómo lo empleaba, enganchando por las piernas a sus oponentes y tirando de ellos por los pies. «No es todavía un caballero, pero es un luchador feroz».

Larraq y Tumco eran los mejores. Tras ellos, estaba el Lhazareno, al que los otros chicos llamaban el Cordero Rojo, aunque él era todo ferocidad y nula técnica. Tal vez también valieran sus hermanos, tres Ghiscarios de clase baja esclavizados como pago de las deudas de su padre.

Eran seis. «Seis de veintisiete». A Selmy le hubiera gustado tener más, pero seis era un buen comienzo. Los demás muchachos eran más jóvenes en su gran mayoría, y más familiarizados con telares, arados y orinales que con espadas y escudos, pero trabajaban duro y aprendían rápido. Unos años como escuderos y podrían contar con seis caballeros más a disposición de la reina. Y aquellos que nunca estarían preparados, bueno, no todos los muchachos se convierten en caballeros. «El reino necesita candeleros, posaderos y armeros también». Aquello valía tanto para Meereen como para Poniente.

Mientras les observaba con sus ejercicios, Ser Barristan se planteó nombrar allí mismo a Tumco y Larraq como caballeros, y quizá hacerlo también con Cordero Rojo. Se requería a un caballero para investir a un caballero, y si algo salía mal aquella noche, al amanecer se los podría encontrar muertos o en una mazmorra. ¿Quién los aceptaría entonces como escuderos? Por otro lado, la reputación de un joven caballero derivaba en parte del honor de quién le había nombrado como tal. No les haría ningún bien a sus muchachos que se supiera que habían sido investidos por un traidor, ya que les podrían encerrar en las mazmorras adjuntas a la suya. «Se merecen algo mejor», decidió Ser Barristan. «Mejor una larga vida como escudero que una corta como un caballero manchado».

Cuando el mediodía dio lugar al atardecer, les permitió reposar sus espadas y escudos y les hizo reunió a su alrededor. Les explicó lo que significaba ser un caballero. –Es la caballerosidad lo que hace un auténtico caballero, no la espada, –dijo–. Sin honor, un caballero no es más que un asesino común. Es mejor morir con honor que vivir sin él. –Los chicos lo miraban con extrañeza, se percató, pero un día ellos lo comprenderían.

Más tarde, de vuelta a la cima de la pirámide, Ser Barristan encontró a Missandei entre pilas de pergaminos y libros, leyendo. –Quédate esta noche aquí, niña, –le dijo–. Pase lo que pase, sea lo que sea lo que veas u oigas, no abandones las habitaciones de la reina.

–Una escucha, –dijo la muchacha–. Si una preguntara…

–Mejor no. –Ser Barristan caminó solo hacia las terrazas ajardinadas. «No estoy hecho para esto», reflexionaba mientras observaba la ciudad expandida. Las pirámides se estaban despertando, una a una, con linternas y antorchas cobrando vida mientras las sombras se reunían en las calles. «Complots, maquinaciones, susurros, mentiras, secretos dentro de secretos, y, de alguna manera, yo soy parte de ellos».

Tal vez ahora debía estar acostumbrándose a este tipo de cosas. La Fortaleza Roja también tenía sus secretos. «Incluso Rhaegar». El Príncipe de Rocadragón nunca había confiado en él como confiaba en Arthur Dayne. Harrenhal era prueba de ello. «El año de la falsa primavera».

El recuerdo todavía resultaba amargo. El viejo Lord Whent había anunciado un torneo poco después de su visita a su hermano, Ser Oswell Whent de la Guardia Real. Con Varys susurrando a su oído, el Rey Aerys estaba comenzando a creerse que su hijo conspiraba para deponerle, y que el torneo de Whent era una maquinación para dar a Rhaegar el pretexto perfecto para reunirse con grandes señores mientras estuvieran juntos. Aerys no había puesto un pie fuera de la Fortaleza Roja después de lo Duskendale, así que, repentinamente, anunció que acompañaría al Príncipe Rhaeghar a Harrenhal, y todo comenzó a torcerse allí.

«Si hubiera sido un caballero mejor… Si hubiera descabalgado al príncipe en la última justa, igual que derribé a tantos otros, hubiera sido para mí la elección de la reina del amor y la belleza…»

Rhaegar eligió a Lyanna Stark de Invernalia. Barristan Selmy hubiera hecho una elección diferente. No hubiera sido la reina, que no estaba presente. Tampoco Elia de Dorne, aunque era buena y gentil; Si ella hubiera sido la elegida, mucha guerra y dolor se podría haber evitado. Su elección hubiera sido una joven doncella que llevaba poco tiempo en la corte, una de las acompañantes de Elia… aunque comparada con Ashara Dayne, la princesa dorniense era una simple cocinera.

Incluso después de tantos años, Ser Barristan aún podía recordar la sonrisa de Ashara, el sonido de su risa. Él sólo tenía que cerrar los ojos para verla, con su largo pelo oscuro meciéndose sobre sus hombros y con aquellos cautivadores ojos púrpura. «Daenerys tiene los mismos ojos». En algunas ocasiones, cuando la reina le miraba, él se sentía como si le mirara la hija de Ashara…

Pero la hija de Ashara murió en el parto y su hermosa dama se lanzó desde una torre poco después, loca de dolor por la niña que había perdido, y quizá por el hombre que la había deshonrado en Harrenhal. Ella murió sin saber nunca que Ser Barristan la amaba. «¿Como hubiera podido?». Él era un caballero de la Guardia Real, que había jurado celibato. Nada bueno hubiera producido expresarle sus sentimientos. Nada bueno produjo tampoco el silencio. «Si hubiera derribado a Rhaegar y coronado a Ashara como reina del amor y la belleza, ¿se habría fijado en mí en lugar de en un Stark? »

Ya nunca lo sabría. Pero, de todos sus desencantos, ninguno le había obsesionado tanto a Barristan Selmy como aquél.

El cielo estaba nublado, con un aire cálido, bochornoso y opresivo, pero había algo en él que le daba mala espina. «Lluvia», pensó. «Se acerca una tormenta. Si no es esta noche,

será al alba». Ser Barristan se preguntaba si viviría para verla. «Si Hizdahr tiene su propia Araña, soy hombre muerto». En el caso que así fuera, él quería morir como había vivido: con una larga espada en la mano.

Cuando se esfumó la última luz por el oeste, más allá de las velas de los barcos anclados en la Bahía de los Esclavos, Ser Barristan volvió dentro, llamó a un par de sirvientes y les pidió que calentaran un poco de agua para el baño. Entrenar con sus escuderos con el calor de la tarde le había dejado sucio y sudado.

El agua, cuando llegó, estaba solo tibia, pero permaneció en el baño hasta que se volvió fría y su piel comenzó a arrugarse. Ya limpio, se levantó, se secó él mismo y se vistió de blanco. Calcetines, ropa interior, una túnica de seda, chaleco acolchado, todo recién lavado y blanqueado. Sobre ello, se puso la armadura que la reina le había regalado como muestra de su estima. El peto era dorado, finamente elaborado, con láminas tan flexibles como el cuero, de plata esmaltada, duras como el hielo y brillantes como una nevada recién caída. Su daga iba a un lado de la cintura, su espada larga al otro, colgada de un cinto de cuero blanco con hebillas doradas. Por último, se echó a la espalda su larga capa blanca, y se la sujetó sobre sus hombros.

El yelmo lo dejó sobre su gancho. Las hendiduras de los ojos limitaban su visión, y él tenía que ser capaz de ver todo lo que iba a suceder. Las salas de la pirámide eran oscuras por la noche, y los enemigos podían aparecer desde cualquier lado. Además, si bien las ornamentadas alas de dragón que adornaban el caso resultaban espléndidas para la vista, también resultaban demasiado fáciles de alcanzar por una espada o un hacha. Lo dejaría para su próximo torneo si los Siete decidían recompensarle con uno.

Armado y protegido, el veterano caballero esperó, sentado en la penumbra de su pequeña habitación adjunta a los aposentos de la reina. Las caras de todos los reyes a los que había servido y habían caído flotaban ante él en la oscuridad, y los rostros de los hermanos que habían servido junto a él en la Guardia Real también. Se preguntó cuántos habrían hecho lo que él iba a hacer. «Bastantes, seguramente. Pero no todos. Algunos no habrían dudado en ajusticiar al Cabeza Afeitada por traidor». En el exterior de la pirámide, comenzó a llover. Ser Barristan permaneció sentado en la oscuridad, escuchando. «Parecen lágrimas», pensó. «Parece que los reyes muertos estén llorando». Entonces fue la hora de marcharse.

La Gran Pirámide de Meereen había sido construida como una réplica de la Gran Pirámide de Ghis, cuyas ruinas colosales había visitado en cierta ocasión Lomas Pasolargo. Al igual que su predecesora, cuyos salones de mármol rojizo estaban ahora infestados de murciélagos y arañas, la pirámide de Meereen constaba de treinta niveles, en cierto modo un número consagrado a los dioses de Ghis. Ser Barristan comenzó un largo descenso en solitario, con su capa blanca ondeando tras él mientras bajaba. En lugar de las grandes escaleras de mármol estriado, siguió la escalera de los sirvientes, un estrecho, empinado y directo camino oculto dentro de la espesa pared de ladrillo.

Doce niveles más abajo, se encontró esperando al Cabeza Afeitada, con sus rasgos todavía ocultos por la máscara que había llevado aquella misma mañana, el murciélago de sangre. Seis Bestias de Bronce estaban con él. Todos llevaban máscaras de insectos, idénticas unas a las otras. «Langostas», se percató Selmy. –Groleo –dijo.

–Groleo –le contestó una de las langostas.

–Tengo más langostas, por si las necesitarais –dijo Skahaz.

–Seis deberían servir. ¿Qué ocurre con los hombres de las puertas?

–Son míos. No tendréis problemas.

Ser Barristan cogió al Cabeza Afeitada por el brazo. –No derraméis sangre a menos que sea necesario. Al alba, convocaremos un consejo y le explicaremos a la ciudad qué hemos hecho y por qué.

–Como digáis. Buena suerte, anciano.

Separaron sus caminos. Las Bestias de Bronce siguieron a Ser Barristan en su descenso. Los aposentos del rey estaban enterrados en el profundo corazón de la pirámide, sobre los niveles dieciséis y diecisiete. Cuando Selmy llegó a esos pisos, encontró las puertas de acceso a la pirámide cerradas con cadenas, con un par de Bestias de Bronce apostados como guardias. Bajo sus capuchas, uno era una rata y el otro un toro.

–Groleo –dijo Ser Barristan.

–Groleo –respondió el toro–. Tercera sala a la derecha. –La rata quitó el encadenado. Ser Barristan y su escolta atravesaron con antorchas un estrecho corredor de servicio de ladrillos rojos y negros. Sus pasos resonaban en el suelo mientras atravesaban las dos salas y tomaban la tercera a la derecha.

En el exterior de las puertas de madera tallada de los aposentos del rey permanecía Piel de Acero, un joven luchador de foso, si bien no se le consideraba de primera categoría. Sus mejillas y su frente llevaban las marcas de complejos tatuajes en verde y negro, los símbolos de un viejo hechicero valyrio que, supuestamente, había hecho su carne y su piel tan dura como el acero. Marcas similares cubrían su pecho y brazos, aunque si realmente podrían detener una espada o un hacha era algo por ver.

Incluso sin ellos, Piel de Acero tenía un aspecto formidable: una magra y tiesa juventud que sobrepasaba a Ser Barristan en medio pie. –¿Quién va? –gritó, blandiendo su hacha hacia los lados para cerrarles el paso. Cuando vio a Ser Barristan, con sus langostas bronceadas tras él, lo bajó de nuevo–. Anciano Ser.

–Si le place al rey, necesito compartir unas palabras con él.

–La hora es tardía.

–La hora es tardía, pero la necesidad es urgente.

–Puedo preguntar. –Con el culo de su hacha golpeó la puerta de los aposentos del rey. Se abrió un agujero. Apareció el ojo de un niño. La voz del niño habló a través de la puerta. Piel de Acero respondió. Ser Barristan escuchó el sonido de una pesada barra siendo retirada. La puerta se abrió de un golpe.

–Sólo vos, –dijo Piel de Acero–. Las bestias esperan aquí.

–Como deseéis. –Ser Barristan asintió a las langostas. Uno devolvió el gesto. Selmy se deslizó a través de la puerta, sólo.

Oscuras y sin ventanas, rodeadas por todos lados por paredes de ladrillo de ocho pies de espesor, las habitaciones que el rey había ordenado hacer para sí mismo eran grandes y lujosas por dentro. Grandes vigas de roble negro soportaban altos techos. El suelo estaba cubierto con alfombras de seda de Qarth. En las paredes había tapices de valor incalculable, antiguos y muy descoloridos, que representaban la gloria del Viejo Imperio de Ghis. El más grande de ellos mostraba a los últimos supervivientes de un derrotado ejército Valyrio pasando bajo el yugo y siendo encadenados. El arco principal de entrada a la alcoba real estaba custodiado por un par de amantes en madera de sándalo, perfilados, pulidos y aceitosos. Ser Barristan lo encontró de mal gusto, aunque no dudaba que pretendía suscitar excitación. «Cuanto antes salgamos de aquí, mejor».

Un brasero de hierro proporcionaba la única luz al lugar. Junto a él, permanecían dos de los coperos de la reina, Draqaz y Qezza. –Miklaz ha ido a despertar al rey, –dijo Qezza–. ¿Os traigo algo de vino, ser?

–No. Gracias.

–Podéis sentaros –indicó Draqaz, señalando un banco.

–Prefiero permanecer de pie. –Podía escuchar voces a través de la entrada a la alcoba. Una de ellas era la del rey.

Pasó un buen rato antes de que el Rey Hizdahr zo Loraq, el Decimocuarto de Su Noble Nombre, apareciera bostezando, anudando las bandas de su bata. Su bata era verde satín, ricamente adornada con perlas e hilos de plata. Por debajo, el rey iba desnudo. Eso era bueno. Un hombre desnudo se sentía vulnerable y era menos propenso a los actos suicidas de heroísmo.

La mujer que vio Ser Barristan observando a través de la entrada tras una cortina transparente estaba desnuda también, con sus pechos y caderas solo tapadas parcialmente por la seda aireada.

–Ser Barristan. –Hizdahr bostezó de nuevo–. ¿Qué hora es? ¿Hay noticias de mi dulce reina?

–Ninguna, majestad.

Hizdahr suspiró. –“Vuestra Magnificencia”, por favor. Aunque, por la hora que es, decir “Vuestra Somnolencia” sería más adecuado. –El rey cruzó el aparador para servirse una copa de vino, pero solo quedaba un culillo en el fondo de la jarra. Un gesto de fastidio cruzó su cara.– Miklaz. Vino. En seguida.

–Sí, su señoría.

–Llévate a Draqaz contigo. Una jarra de Rejo dorado, y otra de ese rojizo tan dulce. Nada de esa meada amarilla, gracias. Y la próxima vez que me encuentre mi jarra seca, voy a tener que pellizcaros en esos mofletes rosas que tenéis. –El chico se fue corriendo, y el rey se giró de nuevo hacia Selmy–. Soñaba que encontrabais a Daenerys.

–Los sueños pueden mentir, Majestad.

–Con decir "Vuestra radiantez" ya me serviría. ¿Qué os trae a mí a esta hora, ser? ¿Algún problema en la ciudad?

–La ciudad está tranquila.

–¿Entonces? –Hizdahr parecía confundido–. ¿Por qué habéis venido?

–Para haceros una pregunta. Magnificencia, ¿sois la Arpía?

La copa de vino de Hizdahr se escapó de sus dedos, cayó sobre la alfombra y rodó. –¿Habéis venido a mis aposentos en la oscuridad de la noche para preguntarme eso? ¿Estáis loco? –Fue entonces cuando el rey pareció advertir que Ser Barristan vestía su armadura y armas–. ¿Qué… por qué… cómo os atrevéis?

–¿Fue cosa vuestra lo del veneno, Magnificencia?

El Rey Hizdahr retrocedió. –¿Las langostas? Aquello… aquello fue cosa del dorniense. Quentyn, el llamado príncipe. Preguntad a Reznak si dudáis de mí.

–¿Tenéis prueba de ello? ¿La tiene Reznak?

–No, si las tuviéramos las habríamos presentado. Tal vez debería hacerlo igualmente. Marghaz les sacará una confesión, no lo dudo. Ellos son los envenenadores, los dornienses. Reznak dice que adoran a las serpientes.

–Ellos comen serpientes, –dijo Ser Barristan–. Era vuestra platea, vuestra caja, vuestros asientos. Vino dulce y suaves cojines, higos, melones y langostas endulzadas. Vos los proveísteis todo. Vos insististeis a Su Majestad que probara las langostas pero no probasteis ninguna.

–Yo… las especies picantes no son de mi agrado. Ella era mi esposa. Mi reina. ¿Por qué querría envenenarla?

«Dice "era". Cree que está muerta». –Solo vos podéis preguntar eso, Magnificencia. Podría ser que desearais colocar a otra mujer en su lugar. –Ser Barristan asintió hacia la joven que observaba tímidamente desde la alcoba–. ¿Ésta, quizás?

El rey parecía sulfurarse. –¿Ella? Ella no es nada. Es una esclava de cama. –Alzó las manos. –Corrijo. No es una esclava. Es una mujer libre. Entrenada para el placer. Incluso un rey tiene necesidades, ella… ella no es de vuestra incumbencia, ser. Yo nunca haría daño a Daenerys. Nunca.

–Vos insististeis a la reina que probara las langostas. Lo escuché.

–Pensé que le gustarían. –Hizdahr retrocedió otro paso–. Algo caliente y dulce a la vez.

–Algo caliente, dulce y envenenado. También escuché con mis propios oídos que ordenabais a los hombres del foso que mataran a Drogon. A gritos.

Hizdahr se lamió los labios. –La bestia devoró la carne de Barsena. Los dragones amenazan a los hombres. Matan, queman…

–...queman a los hombres que intentan hacer daño a la reina. A los Hijos de la Arpía, tanto si os gusta como si no. A vuestros amigos.

–No son mis amigos.

–Eso decís vos, pero cuando les dijisteis que pararan de matar, ellos obedecieron. ¿Por qué iban a obedeceros si no fuerais uno de ellos?. –Hizdahr negó con la cabeza. Esta vez no tuvo respuesta–. Decidme la verdad, –dijo Ser Barristan– ¿alguna vez la amasteis, aunque fuera un poquito? ¿O solo queríais la corona por codicia?

–¿Codicia? ¿Os atrevéis a hablarme de codicia? –La boca del rey se torció de ira–. Yo codiciaba la corona, sí… pero ni siquiera la mitad que ella codiciaba a su espada mercenaria. Quizás su querido capitán intentara envenenarla, para quitársela de encima. Y si yo hubiera comido también de sus langostas, bueno, mejor todavía.

–Daario es una asesino, pero no un envenenador. –Ser Barristan se acercó al rey–. ¿Sois la Arpía? –Esta vez, se llevó la mano al cinto de la espada–. Decidme la verdad, y yo os prometo una muerta rápida y limpia.

–Presumís demasiado, ser. –Dijo Hizdahr–. He acabado con las preguntas, y con vos. Quedáis dispensado de mi servicio. Abandonad Meereen y os permitiré vivir.

–Si no sois la Arpía, dadme su nombre. –Ser Barristan sacó su espada de la vaina. El filo afilado captaba el brillo procedente del brasero, formando una línea de fuego naranja.

Hizdahr se quebró. –¡Khrazz! –Chilló, tropezando de espaldas dirección a la alcoba–. ¡Khrazz! ¡Khrazz!.

Ser Barristan escuchó abrirse la puerta, en algún lugar a su izquierda. Se giró a tiempo para ver a Khrazz aparecer de detrás de un tapiz. Se movía lentamente, todavía algo aturdido por el sueño, pero con su arma en la mano: un arakh dothraki, largo y curvado. Una espada afilada, elaborada para dirigir cortes finos y profundos desde un caballo. «Un filo asesino contra enemigos medio desnudos, en la fosa o en campo de batalla». Pero aquí, en un espacio cerrado, la longitud del arakh jugaría en su contra, y Barristan Selmy iba vestido con armadura y malla.

–Estoy aquí por Hizdahr, –dijo el caballero–. Baja tu acero y apártate, y ningún daño sufrirás.

Khrazz se rió. –Viejo. Me comeré tu corazón. –Ambos hombres eran de la misma altura, pero Khrazz era dos piedras más pesado y cuarenta años más joven, con piel pálida, ojos

mortecinos y una cresta de color rojo rizado que iba desde su frente hasta la base del cuello.

–Entonces, ven. –le dijo Barristan al Intrépido. Y Khrazz se acercó.

Por primera vez en todo el día, Selmy se sintió seguro. «Esto es para lo que estoy hecho», pensó. «El baile, la música del dulce acero, la espada en mi mano y un enemigo ante mí».

El luchador de foso era rápido y tajaba veloz, tan hábil como cualquier hombre con el que hubiera luchado Ser Barristan. En aquellas manos enormes, el arakh se convirtió en un destello borroso, una tormenta de acero que parecía llegarle al veterano caballero desde tres direcciones a la vez. Muchos de los cortes apuntaban a su cabeza. Khrazz no era un necio. Sin el yelmo, Selmy era más vulnerable por encima del cuello.

Bloqueó los ataques con calma, con su espada larga encontrando cada tajo y echándolos a un lado. La hoja volvía y volvía. Ser Barristan se retiraba. Con el rabillo de ojo, veía a los coperos observando con ojos tan grandes y blancos como huevos de gallina. Khrazz maldecía y convirtió un tajo alto en uno bajo, deslizándose por la hoja del anciano caballero, sólo para raspar inútilmente un poco la greba de acero blanco. La respuesta de Selmy encontró el hombro izquierdo del luchador de foso, rajando el lino fino para rasgar la carne de dentro. Su túnica amarilla comenzó a volverse rosa, y luego roja.

–Solo los cobardes se visten de hierro, –manifestó Khrazz, haciendo círculos. Nadie vestía armadura en los fosos de lucha. Era sangre lo que la multitud quería: muerte, desmembramientos y gritos de agonía, la música de las arenas escarlatas.

Ser Barristan se giró hacia él. –Este cobarde te va a matar, ser–. Este hombre no era un caballero, pero su valor era digno de cierto reconocimiento. Khrazz no sabía cómo luchar con un hombre con armadura. Ser Barristan lo podía ver en sus ojos: duda, confusión, los indicios del miedo. El luchador de foso atacó de nuevo, gritando esta vez, como si el sonido pudiera dañar al enemigo donde el acero no podía. El arakh tajó bajo, alto, bajo otra vez.

Selmy bloqueaba los tajos dirigidos a su cabeza y permitía que su armadura detuviera todos los demás, hasta que, con su hoja, le abrió la mejilla al luchador de foso desde la oreja a la boca, y luego le trazó una brecha de sangre a través de su pecho. La sangre fluía de las heridas de Khrazz. Esto solo le hizo volverse más salvaje. Agarró el brasero con su mano libre y lo volcó, desparramando cenizas y brasas en los pies de Selmy. Ser Barristan saltó sobre ellos. Khrazz descargó un golpe sobre su brazo y le dio de pleno, pero el arakh apenas le hizo una muesca en el duro esmalte al impactar con el acero de debajo.

–En la fosa eso te habría arrancado el brazo, viejo.

–No estamos en la fosa.

–¡Quítate esa armadura!

–No es tarde para que depongas tu acero. Ríndete.

–Muere –escupió Khrazz… pero mientras levantaba su arakh, rozó uno de los tapices de la pared y se trabó ligeramente. Aquello era todo lo que necesitaba Ser Barristan. Su tajo le abrió el vientre al luchador de foso, le apartó el Arakh cuando lo dejó caer, para acabar con Khrazz con una rápida estocada en el corazón mientras las tripas del luchador de foso se iban cayendo como anguilas grasientas saliendo de la madriguera. Las alfombras de seda del rey quedaron impregnadas de sangre y vísceras. Selmy dio un paso atrás. La espada de su mano estaba roja hasta la mitad. Por aquí y por allí, la alfombra había comenzado a arder dónde habían caído las brasas. Podía escuchar el llanto de la pobre Qezza. –No tengas miedo –dijo el anciano caballero–. No voy a hacerte ningún daño, niña. Solo he venido a por el rey.

Limpió su espada con una cortina y avanzó hacia la alcoba, dónde encontró a Hizdahr zo Loraq, Decimocuarto de Su Noble Nombre, lloriqueando oculto tras un tapiz, –dejadme en paz, –rogó–. No quiero morir.

–Pocos lo desean. Pero todos los hombres mueren, a pesar de todo. –Ser Barristan envainó la espada y tiró a Hizdahr de los pies–. Venid. Os escoltaré a vuestra celda. –Para entonces, las Bestias de Bronce ya habrían desarmado a Piel de Acero–. Estaréis preso hasta que regrese la reina. Si no hay ninguna prueba contra vos, no sufriréis ningún daño. Tenéis mi palabra de caballero. –Tomó al rey por el brazo y le sacó de la alcoba, con una extraña sensación en su cabeza, como si estuviera borracho. «Yo era un guardia real. ¿Qué soy ahora?».

Miklaz y Draqaz volvieron con el vino de Hizdahr. Se quedaron en la puerta abierta, apretando las jarras contra sus pechos y con los ojos desorbitados mirando el cadáver de Khrazz. Qezza seguía llorando, pero Jezhene apareció para consolarla. Abrazó a la joven, acariciándole el pelo. Algunos de los demás coperos permanecían detrás de ellos, observando. –Señor, –dijo Miklaz– el noble Reznak mo Reznak ha dicho que os…os llamáramos, que vinierais en seguida.

El chico se puso a vestir al rey como si Ser Barristan no estuviera, como si no hubiera un hombre muerto estirado en la alfombra, con su sangre volviendo roja lentamente la seda. «Se suponía que Skahaz iba a poner bajo custodia a Reznak hasta que pudiéramos estar seguros de su lealtad. ¿Habrá salido algo mal?». –¿Ir adónde? –¿preguntó Ser Barristan al muchacho–. ¿Dónde desea el senescal que vaya Su Majestad?

–Afuera. –Miklaz pareció reparar en él–. Al exterior, ser. A la te…terraza. A verlos.

–¿A ver qué?

–A los dra…dragones. Los dragones se han soltado, ser.

«Que los Siete nos salven a todos», pensó el veterano caballero.

68. EL DOMADRAGONES

La noche pasó arrastrándose con lentos pies negros. La hora del murciélago dio paso a la hora de la anguila, la hora de la anguila a la hora de los fantasmas. El príncipe estaba en cama, mirando el techo, soñando sin dormir, recordando, imaginando, revolviéndose bajo su manta de lino, su mente enfebrecida con pensamientos de fuego y sangre.

Finalmente, desesperado por el silencio, Quentyn Martell se dirigió a su solar, donde se sirvió una copa de vino y se la bebió en la oscuridad. El sabor era un dulce consuelo para su lengua, por lo que encendió una vela y se sirvió otra copa. «El vino me ayudará a dormir», se dijo, pero sabía que era una mentira.

Miró a la vela durante mucho tiempo, luego dejó su copa y mantuvo la palma de su mano por encima de la llama. Le tomó toda su fuerza de voluntad bajar la mano hasta que el fuego tocó su carne, y cuando lo hizo la apartó rápidamente hacia atrás con un grito de dolor.

–¿Quentyn, estás loco?

«No, sólo tengo miedo. No me quiero quemar». –¿Gerris?

–Te oí moviéndote.

–No podía dormir.

–¿Las quemaduras son una cura para eso? Un poco de leche caliente y una canción de cuna podría servirte. O mejor aún, podría llevarte al templo de las Gracias y encontrar a una chica para ti.

–Una puta, quieres decir.

–Ellos las llaman Gracias. Vienen en diferentes colores. Los rojas son los únicas que follan.

Gerris se sentó en la mesa. –Las septas en casa deberían tener esta costumbre, si me preguntaras. ¿Has notado que las septas ancianas parecen siempre ciruelas pasas? Eso es lo que una vida de castidad te va hacer.

Quentyn echó un vistazo a la terraza, donde las sombras de la noche yacían gruesas entre los árboles. Podía oír el suave sonido del agua al caer. –¿Es la lluvia? Tus putas se habrán ido.

–No todas ellas. Hay pequeñas habitaciones en los jardines de placer, y esperan todas los noche hasta que un hombre las elige. Las que no son elegidas deberán permanecer hasta que salga el sol, sintiéndose solas y olvidadas. Podríamos consolarlas.

–Podrían consolarme, es lo que quieres decir.

–Eso también.

–Ese no es el tipo de consuelo que necesito.

–No estoy de acuerdo. Daenerys Targaryen no es la única mujer en el mundo. ¿Quieres morir virgen?

Quentyn no quería morir en absoluto. «Quiero volver a Yronwood y besar a tus dos hermanas, casarme con Gwyneth Yronwood, verla florecer en belleza, tener un hijo con ella. Quiero competir en torneos, halcón y la caza, visitar a mi madre en Norvos, leer algunos de los libros que mi padre me envía. Quiero que Cletus y Will y el Maestre Kedry estén vivos nuevamente».

–¿Crees que a Daenerys le gustaría escuchar que me he acostado con una puta?

–Podría ser. Los hombres pueden ser aficionados a las doncellas, pero a las mujeres les gusta un hombre que sabe para que se le requiere en una alcoba. Es otro tipo de juego de espada. Hay que entrenarse para ser bueno en ello.

La burla resquemó. Quentyn nunca había sentido tan un niño como cuando se puso de pie ante Daenerys Targaryen, rogando por su mano. La idea de acostarse con ella le aterraba casi tanto como los dragones que tenía. ¿Y si no podía satisfacerla? –Daenerys tiene un amante– dijo a la defensiva. –Mi padre no me envió aquí para divertir a la reina en su dormitorio. Sabes por qué hemos venido.

–No puedes casarte con ella. Ella ya tiene un marido.

–Ella no ama a Hizdahr zo Loraq.

–¿Qué tiene que ver el amor con el matrimonio? Un príncipe debe saberlo. Tu padre se casó por amor, se dice. Cuánta alegría tubo con ello?

«Poco y menos». Doran Martell y su esposa Norvoshi habían pasado la mitad de su matrimonio separados y la otra mitad a discutiendo. Fue lo único imprudente que su padre hizo nunca, escuchó a algunos decir, la única vez que había seguido su corazón en lugar de su cabeza, y había vivido lamentándolo.

–No todos los riesgos llevan a la ruina– , insistió. –Este es mi deber. Mi destino.– «Se supone que debes ser mi amigo, Gerris. ¿Por qué te burlas de mis esperanzas? Tengo ya suficientes dudas sin que eches más aceite al fuego de mi miedo». –Esta será mi gran aventura.

–Los hombres mueren en las grandes aventuras.

No estaba equivocado. Eso se decía en las historias también. El héroe sale con sus amigos y compañeros, se enfrenta a grandes peligros, pero regresa a casa triunfante. Sólo algunos de sus compañeros no regresan. «El héroe no muere nunca. Debo ser un héroe». –Todo lo que necesito es valor. ¿Quieres que Dorne me recuerde como un fracasado?

–Dorne no nos recordará por mucho tiempo.

Quentyn se chupo palma de la mano donde tenía la quemadura. –Dorne recuerda a Aegon y a sus hermanas. Los Dragones no se olvidan tan fácilmente. Recordarán también a Daenerys.

–No, si ella muere.

–Está viva– «Debe estarlo». –Está perdida, pero puedo encontrarla.– «Y cuando lo haga, me mirará de la misma forma en que mira a su mercenario. Una vez que me haya probado ser digno de ella».

–¿Desde el lomo de un Dragón?

–He estado montando caballos desde que tenía seis años de edad.

–Y has sido tirado una vez o tres.

–Eso nunca me ha impedido volver a la silla.

–Nunca has sido tirado de mil pies de altura– señaló Gerris. –Y rara vez los caballos convierten a sus jinetes en huesos calcinados y cenizas.

«Conozco los peligros». – No voy a escuchar nada más de esto. Tienes mi permiso para partir. Encuentra un barco y corre a casa, Gerris. –El príncipe se levantó, sopló la vela, y se arrastró de vuelta a su cama y a las sábanas de lino empapadas de sudor. «Debí haber besado uno de los gemelos Drinkwater, o tal vez a los dos. Debería haberlos besado mientras pude. Debería haber ido a Norvos ver a mi madre y al lugar que la vio nacer, de forma que sabría que no la he olvidado». Podía oír la lluvia que caía fuera, tamborileando contra los ladrillos.

La hora del lobo se deslizó sobre ellos, la lluvia caía insistentemente, bajando en fuerte y frío caudal que pronto convertirían las calles de ladrillo de Meereen en ríos. Los tres Dornishmen rompieron el ayuno en la fría madrugada con una simple comida compuesta de frutas y pan y queso, acompañada con leche de cabra. Cuando Gerris intentó servirse una copa de vino, Quentyn lo detuvo. –No vino. Habrá tiempo suficiente para beber después.

–Uno tiene esperanzas– dijo Gerris.

El hombre grande miró hacia la terraza. –Yo sabía que iba a llover– dijo en un tono sombrío. –Mis huesos me dolían ayer por la noche. Siempre me duelen antes de la lluvia. A los dragones no les gusta esto. Fuego y agua no se mezclan, y eso es un hecho. Cuando enciendes un buen fuego que arde alegremente, si comienza a caer la lluvia lo siguiente que tendrás es madera mojada y llamas extinguidas.

Gerris se rió entre dientes. –Los dragones no son de madera, Arch.

–Algunos lo son. Ese viejo rey Aegon, el caliente, ‘el construyó dragones de madera para conquistarnos. Aunque sin embargo terminó mal.

«Y así con esto», pensó el príncipe. Las locuras y los fracasos de Aegon el Indigno no le importaban, pero estaba lleno de dudas y recelos. Las bromas de sus amigos causaban tan sólo que le doliera la cabeza. «Ellos no entienden. Pueden que sean de Dorne, pero yo soy Dorne. Años después, cuando todos estemos muertos, esta será la canción que se cantará sobre mí». Se levantó bruscamente. –Es la hora.

Sus amigos se pusieron de pie. Ser Archibald bebió lo último de su leche de su cabra y se limpió el bigote de leche de su labio superior con el dorso de su enorme mano. –Voy por nuestros trajes de mimos.

Regresó con el paquete que había recogido de manos del Príncipe Jirones en su segunda reunión. Dentro encontraron tres largas capas con capucha hechas de múltiples pequeños cuadrados de tela cosidos todos juntos, tres palos, tres espadas cortas, tres máscaras de latón pulido. Un toro, un león y un mono.

Todo lo necesario para ser una Bestia de Bronce. –Pueden preguntar por una palabra,– el Príncipe Jirones les había advertido que cuando les entregó el paquete. –Esta es *perro*.

–¿Estás seguro de eso?– le había preguntado Gerris. –Lo suficiente como para apostar la vida en ello.

El príncipe no malinterpretaba su significado. –Mi vida.

–Esa va a ser.

–¿Cómo se enteró de la palabra?

–Estamos por casualidad con algunas Bestias de Bronce y Meris se los preguntó graciosamente. Sin embargo, un príncipe debe saber que no se deben hacer este tipo de preguntas, Dorniense. En Penthos, tenemos un dicho. Nunca le preguntes al panadero lo que tiene un pastel. Sólo come.

«Sólo come». Hay sabiduría en esto, Quentyn supuso. –Voy a ser el toro– anunció el Arch.

Quentyn le entregó la máscara de toro. –El león para mí.

–¿Qué es lo que hace un mono de mí– Gerris colocó la máscara de mono sobre su cara. –¿Cómo le hacen para respirar en estas cosas?

–Sólo póntelo.– El príncipe no estaba de humor para bromas.

El paquete también contenía un látigo, - una desagradable pieza de cuero viejo con mango de latón y hueso, lo suficientemente fuerte como para pelar la piel de un buey. –¿Para qué es esto?– , Preguntó Arch.

–Daenerys usaba un látigo para intimidar a la bestia negra–. Quentyn enrolló el látigo y lo colgó de su cinturón. –Arch, lleva tu martillo también. Es posible que tengamos necesidad de él.

No fue cosa fácil entrar en la Gran Pirámide de Meereen por la noche. Las puertas estaban cerradas y prohibidas a todos después del atardecer y se mantenían cerradas hasta las primeras luces. Los guardias estaban apostados en cada entrada, y más guardias patrullaban la terraza inferior, desde donde se podía mirar hacia abajo a las calles. Anteriormente estos guardias habían sido de Los Inmaculados. Ahora eran Bestias de Bronce. Y eso marcaba una gran diferencia, eso era lo que Quentyn esperaba.

El reloj cambió cuando salió el sol, pero el amanecer aún estaba a media hora cuando los tres Dornienses bajaron por las escaleras de la servidumbre. Las paredes alrededor de ellos eran de ladrillo de medio centenar de colores, pero las sombras los transformaban a todos un grises hasta que eran tocados por la luz de la antorcha que llevaba Gerris. No encontraron a nadie en el largo descenso. El único sonido era el roce de sus las botas con los ladrillos desgastados bajo sus pies.

Las puertas principales de la pirámide daban a la plaza central de Meereen, pero los Dornienses se dirigieron a la puerta lateral en un callejón. Estas fueron las puertas que los esclavos habían utilizado en tiempos pasados cuando atendían los negocios de sus amos, por donde la gente común y comerciantes iban y venían y hacían sus entregas.

Las puertas eran de bronce sólido, cerradas con una pesada barra de metal. Ante ellos había dos de Bestias de Bronce armados con garrotes, lanzas y espadas cortas. La luz de las antorchas hacía brillar sus máscaras de bronce pulido, una rata y un zorro. Quentyn hizo un gesto para que el hombre grande permaneciera en las sombras. Él y Gerris avanzaron juntos.

–Llegáis temprano– , dijo el zorro.

Quentyn se encogió de hombros. –Podemos irnos de nuevo, si lo deseas. Os invitamos a realizar nuestra guardia.– No sonaba para nada como un Ghiscari, lo sabía, pero la mitad de las Bestias de Bronce eran esclavos libertos, con todo tipo de lenguas nativas, por lo que su acento pasó inadvertido.

–Que te Jodan– , comentó la rata. –Dinos la contraseña del día– , dijo el zorro-. –Perro– dijo el Dorniense.

Las dos bestias de Bronce intercambiaron una mirada. Durante tres largos latidos Quentyn tuvo miedo de que algo hubiera ido mal, de que de alguna manera Bonita Meris y Príncipe Jirones hubieran recibido la palabra equivocada. Entonces el zorro gruñó. –Perro, entonces– dijo. –La puerta es tuya.– A medida que se alejaba, el príncipe comenzó a respirar de nuevo.

No tenían mucho tiempo. El verdadero alivio, sin duda, llegaría dentro de poco. –Arch– llamó, y el enorme hombre apareció, la luz de las antorchas brillando en su máscara de toro. –La barra, de prisa.

La barra de hierro era gruesa y pesado, pero estaba bien aceitada. Ser Archibald no tuvo problemas para levantarla. Mientras estaba de pie al final, Quentyn abrió las puertas y Gerris entró, moviendo la antorcha. –Tráelo ahora. Hazlo de prisa.

La carreta de carnicero estaba fuera, esperando en el callejón. El conductor dio una mano a la mula y entró retumbando, ruedas con bordes de hierro traqueteaban fuertemente sobre los ladrillos. El cadáver descuartizado de un buey llenaba la cama de la carreta, junto con dos ovejas muertas. Media docena de hombres entraron marchando. Cinco llevaban capas y máscaras de las Bestias de Bronce, pero Bonita Meris no se había molestado en disfrazarse. –¿Dónde está tu señor?– le preguntó a Meris.

–No tengo ningún señor– respondió ella. –Si te refieres a tu compañero el príncipe, está cerca, con cincuenta hombres. Saca al dragón, y él verá que sea seguro, como lo ha prometido. Caggo manda aquí.

Ser Archibald estaba viendo la carreta del carnicero con ojo crítico. –¿Es lo suficientemente grande como para aguantar un dragón?– , preguntó.

–Deberá. Ha soportado dos bueyes.– El Matacadaveres estaba vestido como una Bestia de Bronce, su rostro cicatrizado y con costuras, estaba oculto tras una máscara cobra, pero el familiar arakh negro que le colgada en la cadera lo delataba. –Nos dijeron que estas bestias son más pequeñas que el monstruo de la reina.

–El pozo ha detenido su crecimiento.– Las lecturas de Quentyn le habían sugerido que lo mismo había ocurrido en los siete reinos. Ninguno de los dragones criados en Pozo Dragon de Desembarco del Rey se había acercado al tamaño de Vhagar o de Meraxes, y mucho menos a Terror Negro, el monstruo del Rey Aegon. –¿Has traído suficientes cadenas?

–¿Cuántos dragones tienes?– dijo Bonita Meris. –Tenemos cadenas suficientes para diez, ocultas debajo de la carne.

–Muy bien– Quentyn se sentía ligeramente mareado. Nada de esto parecía real. En un momento lo sintía como un juego, al siguiente como una pesadilla, como un mal sueño donde se encontraba abriendo una puerta oscura, a sabiendas de que el horror y la muerte esperaban al otro lado, y sin embargo incapaz de detenerse. Las palmas de las manos estaban resbaladizas por el sudor. Se las secó en sus piernas y dijo: –Habrá más guardias fuera del pozo.

–Lo sabemos– dijo Gerris. –Debemos estar preparados para ello.

–Lo estamos– , dijo Arch.

Había un calambre en el vientre de la Quentyn. Sintió la necesidad repentina de mover sus intestinos, sabía que no se atrevería a disculparse ahora. –Por aquí, entonces– Rara vez se había sentido más un niño que ahora. Sin embargo, lo siguieron; Gerris y el hombre grande, Meris y Caggo y los otros Windblow. Dos de los mercenarios habían sacado ballestas de algún lugar escondido en el carro.

Más allá de los establos, el nivel del suelo de la Gran Pirámide se convertía en un laberinto, pero Quentyn Martell había pasado por aquí con la reina, y recordó el camino. Bajo tres enormes arcos de ladrillo pasaron, y después por una rampa de piedra empinada hacia las profundidades, a

través de las mazmorras y las cámaras de tortura y más allá de un par de profundas cisternas de piedra. Sus pasos resonaban sordamente en paredes, el carro de carnicero traqueteaba detrás de ellos. El hombre grande arrancó una antorcha de su nicho en la pared para dirigir la marcha.

Al final, un par de pesadas puertas de hierro se elevaron delante de ellos, carcomidas por el óxido y prohibiendo, cerradas con una larga cadena en la que cada eslabón era tan grueso como el brazo de un hombre. El tamaño y el grosor de las puertas fueron suficientes para que Quentyn Martell se preguntara del buen juicio de sus acciones. Peor aún, las dos puertas estaban siendo claramente forzadas por algo desde dentro tratando de salir. El grueso hierro estaba roto y estrellado en tres lugares, y la parte superior izquierda de la puerta estaba parcialmente derretida. Cuatro Bestias de Bronce estaban vigilando la puerta. Tres llevaban largas lanzas; el cuarto, el sargento, estaba armado con una espada corta y una daga. Su máscara reproducía la forma de la cabeza de un basilisco. La otros tres estaban enmascarados como los insectos.

«Langostas», Quentyn se dio cuenta. –Perro– dijo.

El sargento se puso rígido.

Eso fue suficiente para que Quentyn Martell se diera cuenta de que algo había salido muy mal. –Agarradlos– graznó, la mano del basilisco se lanzó por su espada corta.

Era rápido, el sargento. Pero el hombre grande era más rápido. Arrojó la antorcha a la más cercana de langostas, se echó para atrás y descolgó su martillo de guerra. La hoja del basilisco había salido ya de su funda de cuero cuando pico del martillo lo golpeó en la sien, aplastando la delgada máscara de latón junto con la carne y el hueso debajo. El sargento se tambaleó hacia un lado, dio medio paso hacia delante antes de que sus rodillas se doblaran y callera al suelo, todo su cuerpo temblando grotescamente.

Quentyn quedó paralizado, su vientre agitado. Su propia espada se encontraba aun en su vaina. No había siquiera intentado alcanzarla. Sus ojos estaban fijos en el sargento agonizando ante él, convulsionándose. La antorcha caída estaba en el piso, consumiéndose, haciendo de cada salto y giro de las sombras una burla monstruosa del temblor de los moribundos. El príncipe nunca vio la lanza de la langosta que se dirigía hacia él hasta que Gerris lo empujó, tirándolo a un lado. La punta de lanza rozó la mejilla de la cabeza del león que llevaba. Aun así, el golpe fue tan violento que casi le arrancó la máscara. «Pudo atravesarme la garganta», el príncipe pensó, aturdido.

Gerris maldijo mientras las langostas lo cercaban. Quentyn oyó el sonido de pies corriendo. Entonces los mercenarios se precipitaron desde las sombras. Uno de los guardias les echó un vistazo el tiempo suficiente para Gerris entrar en su lanza. Introdujo la punta de su espada bajo la máscara de bronce y a través de la garganta de portador, incluso mientras la segunda langosta surgía un dardo de ballesta de su pecho.

La última langosta bajó su lanza. –Rendimiento. Me rindo.

–No. Te mueres– Caggo cortó la cabeza del hombre con un golpe de su arakh, el acero Valyriano corto a través de la carne, hueso y cartílago, como si solo fuera sebo. –Demasiado ruido– se quejó. –Cualquier hombre con orejas habría escuchado.

–Perro– dijo Quentyn. –La palabra del día se suponía sería perro. ¿Por qué no nos dejaron pasar? Nos dijeron...

–Se te dijo que este plan era una locura, ¿lo has olvidado?– dijo Bonita Meris. –Haz lo que viniste a hacer.

«Los dragones», el príncipe Quentyn pensó. «Sí. Venimos a buscar a los dragones». Se sentía como si estuviera enfermo. «¿Qué estoy haciendo aquí? Padre, ¿por qué? Cuatro muertos en los mismo latidos de un corazón, y para qué?» –Fuego y sangre– susurró, –sangre y fuego– La sangre se encharcaba a sus pies, empapando el ladrillo del piso. Y el fuego estaba detrás de las puertas. –Las cadenas... no tenemos la llave...

Arch dijo: –Yo tengo la llave.– Golpeó duro y rápido con su martillo de guerra. Saltaron chispas cuando el martillo golpeó el candado. Y de nuevo, otra vez, y otra vez. En el quinto golpe el candado se rompió y las cadenas cayeron con un ruido tan fuerte que Quentyn estaba seguro de que la mitad de la pirámide debió haber oído. – traed el carro.– Los dragones serán más dóciles una vez alimentados. Dejen que se hartan de cordero carbonizado.

Archibald Yronwood agarró las puertas de hierro y las apartó. Las bisagras oxidadas dejaron escapar un par de gritos, dirigidos a todos aquellos que aun dormían después de la rotura del candado. Una ráfaga de calor repentino los asaltó, con fuertes olores a cenizas, azufre, y carne quemada.

Estaba obscuro más allá de las puertas, una oscuridad hosca he infernal que parecía viva y amenazante, hambrienta. Quentyn podía sentir que había algo en esa oscuridad, enrollado y esperando. «Guerrero, dame valor», rezó. No quería hacerlo, pero no veía otra forma. «¿Sino porqué Daenerys me enseño a los dragones? Ella quiere que me pruebe a mí mismo ante ella». Gerris le entregó una antorcha. Entró por la puerta.

«El verde es Rhaegal, el blanco es Viserion», se recordó. «Utiliza sus nombres, ordénales, habla con ellos con calma pero con firmeza. Domínalos, como Daenerys dominó a Drogon en el fozo. La niña había estado sola, vestida con de jirones de seda, pero sin miedo. No debo tener miedo. Ella lo hizo, por lo que yo también puedo Lo principal es no mostrar ningún temor. Los animales pueden oler el miedo, y los dragones...» ¿Qué sabía él de los dragones? «¿Qué es lo que cualquiera sabe de dragones? Han desaparecido del mundo por más de un siglo».

El borde de la fosa estaba a un paso. Quentyn se movió lentamente hacia delante, moviendo la antorcha de un lado a otro. Las paredes, el piso y el techo se bebían la luz. «Calcinado», se dio cuenta. «Ladrillos calcinados y ennegrecidos, desmoronándose en cenizas». El aire se hacía más cálido con cada paso que daba. Empezó a sudar.

Dos ojos se levantaron ante él.

Bronce, eran, más brillantes que escudos pulidos, brillando por su propio calor, quemándose detrás de un velo de humo que salía de las narices del dragón. La luz de la antorcha de Quentyn se desvanecía en las escamas verde oscuro, el verde del musgo de las profundidades del bosque al atardecer, justo antes de que la última luz se desvanezca. Entonces el dragón abrió la boca, y la

luz y el calor los bañó. Detrás de una cerca de dientes negros y afilados, pudo vislumbrar el resplandor de un horno, el resplandor de un fuego dormido un centenar de veces más brillante que su antorcha. La cabeza del dragón era más grande que la de un caballo, y el cuello se estiraba cada vez más, desenrollándose igual que las grandes serpientes verdes, mientras levanta la cabeza, hasta que finalmente dos ojos de refulgente bronce bruñido miraron hacia él.

«Verde», pensó el príncipe, «sus escamas son de color verde». –Rhaegal– dijo. Su voz quedó atrapada su garganta, por lo que lo que salió fue solo un graznido roto. «Rana», pensó, me convierto en una rana de nuevo. –La comida– dijo con voz ronca, recordando. –Traigan la comida.

El hombre grande lo escuchó. Arch tomó por dos de las patas una de las ovejas de la carreta, y girando la arrojó a la fosa.

Rhaegal la tomó en el aire. Su cabeza se agitó, y de entre sus mandíbulas surgió una lanza de fuego, una tormenta de remolinos de fuego de color naranja y amarillo atravesados por venas de color verde. La oveja se quemó antes de que comenzara a caer. Y antes de que el humeante cadáver golpeara los ladrillos, los dientes del dragón se cerraron a su alrededor. Un halo de llamas aún parpadeaba en el cuerpo. El aire apestaba a lana quemada y a azufre. Hedor de Dragón.

–Pensé que eran dos– dijo el hombre grande.

«Viserion». Sí. «¿Dónde está Viserion?» El príncipe bajó la antorcha para arrojar algo de luz a la oscuridad del fondo. Podía ver al dragón verde rasgado la carcasa humeante de la oveja, su larga cola moviéndose de lado a lado mientras comía. Un grueso collar de hierro visible alrededor de su cuello, con tres pies de cadena rota colgando de ella. Eslabones destrozados se encontraban esparcidos por el suelo de la fosa entre huesos ennegrecidos, metal torcido parcialmente fundido. «Rhaegal estaba encadenado a la pared y al piso la última vez que estuve aquí», recordó el príncipe, «pero Viserion colgaba del techo». Quentyn dio un paso atrás, levantó la antorcha y estiró la cabeza hacia atrás.

Por un momento no vio por encima más que los arcos de ladrillos ennegrecidos, quemados por fuego de Dragón. Un hilo de ceniza llamó su atención, traicionando un movimiento. Algo pálido y medio escondido se agitó. «Se ha hecho en una cueva», se dio cuenta el príncipe. «Una madriguera en el ladrillo». Los cimientos de la Gran Pirámide de Meereen eran enormes y gruesos, necesarios para soportar el peso de la enorme estructura, incluso las paredes interiores eran tres veces más gruesas que los muros cortina de un castillo. Pero Viserion había cavado un agujero con fuego y garras, un agujero lo suficientemente grande como para poder dormir adentro.

«Y lo acabamos de despertar». Podía ver lo que parecía una enorme serpiente blanca desenrollándose dentro de la pared, allá arriba donde la pared se curvaba para convertirse en el techo. Más ceniza cayó junto con un poco de trozos de ladrillo. La serpiente se desenredó mostrando el cuello y la cola, apareciendo después la gran cabeza cornuda del dragón, sus ojos brillan en la oscuridad como carbones de oro. Sacudió sus alas, extendiéndolas.

Todos los planes de Quentyn habían huido de su cabeza. Podía oír a Caggo Matacadáveres gritando a sus mercenarios. «Las cadenas, está enviando por las cadenas», pensó el príncipe Dorniense. El plan había sido alimentar a los animales para encadenarlos en su letargo, tal como la reina lo había hecho. A un dragón, o preferiblemente a ambos.

–Más carne– dijo Quentyn. Una vez que los animales hayan sido alimentados se harán lentos. Había visto trabajar esto con las serpientes de Dorne, pero aquí, con estos monstruos... –Traed... traed..

Viserion se lanzó desde el techo, las alas de piel pálida desplegándose, extendiéndose ampliamente. La cadena rota que colgaba de su cuello se agitó violentamente. Su fuego incendió el foso, un tiro de oro pálido con rojo y naranja, el aire viciado explotó en una nube de cenizas calientes y azufre mientras las alas blancas batían y batían otra vez.

Una mano sujetó a Quentyn por el hombro. La antorcha cayó de su mano para rebotar en el piso, para luego caer al pozo, aun ardiendo. Se encontró cara a cara con un mono de bronce. *Gerris*. –Quentyn, esto no funcionará. Son demasiado salvajes, ellos...

El dragón aterrizo entre los Dornienses y la puerta, con un rugido que hubiera ahuyentando a un centenar de leones. Su cabeza se movía de lado a lado mientras inspeccionaba a los intrusos –los Dornienses, los Windblow, Caggo. Por último y durante mayor tiempo la bestia miró Bonita Meris, oliendo. «La mujer», Quentyn comprendió. «Sabe que ella es una mujer. Está buscando a Daenerys. Quiere a su madre y no entiende por qué ella no está aquí».

Quentyn se liberó del agarre de Gerris. –Viserion– gritó. El blanco es Viserion. Por medio latido de corazón temió haberse equivocado. –Viserion– llamó de nuevo, buscando a tientas el látigo que colgaba de su cinturón. «Ella acobardó al negro con un látigo. Tengo que hacer lo mismo».

El dragón reconocía su nombre. Volvió la cabeza, y su mirada se detuvo en el príncipe de Dorne por tres largos latidos. Pálidos fuegos ardía detrás de las dagas negro brillante de sus dientes. Sus ojos eran lagos de oro fundido, y humo salía de su nariz.

–Abajo– dijo Quentyn. Luego tosió y volvió a toser.

El aire estaba denso por el humo y el hedor a azufre era asfíxiate. Viserion perdió el interés. El dragón se volvió hacia el Windblow y se inclinó hacia la puerta. Tal vez podía oler la sangre de los guardias muertos o la carne en el carro del carnicero. O tal vez sólo había visto que el camino estaba abierto.

Quentyn escuchó los gritos de los mercenarios. Caggo gritaba por las cadenas, y Bonita Meris le gritaba a alguien que se hiciera a un lado. El dragón se movió torpemente por el suelo, como un hombre arrastrándose sobre sus rodillas y codos, pero más rápido de lo que el príncipe Dornish hubiera creído. Como un Windblow se tardó en moverse de su camino, Viserion soltó otro rugido. Quentyn oyó el ruido de las cadenas, y el profundo repiqueteo de una ballesta.

–No– gritó, –no, no, no– pero ya era demasiado tarde. «Tonto» fue todo lo que tuvo tiempo de pensar antes de que un dardo rebotara en el cuello de Viserion y desapareciera en la penumbra. Una línea de fuego brillante llamó su atención - sangre de dragón, brillando oro y rojo.

El ballestero buscaba a tientas otro dardo cuando los dientes del dragón se cerraron alrededor de su cuello. El hombre llevaba la máscara de una Bestia de Bronce, la imagen temible de un tigre. Mientras soltaba el arma para tratar de separarlas mandíbulas de Viserion, fuego surgió de la boca del tigre. Los ojos del hombre explotaron con suaves chasquidos, y el bronce a su alrededor comenzó a derretirse. El dragón le arrancó un trozo de carne, la mayor parte del cuello del mercenario, y luego se lo tragó mientras el cuerpo ardiendo caía al suelo.

Los otros Vientos retrocedían. Esto fue más para lo que Bonita Meris tenía estómago. La cabeza con cuernos de Viserion se movía de atrás y hacia delante entre ellos y su presa, pero después de un momento olvidó a los mercenarios y dobló el cuello para arrancar otro bocado del hombre muerto. Una pierna esta vez.

Quentyn desenrolló su látigo. –Viserion– llamó, esta vez más fuerte. Podía hacer esto, debía hacer esto, su padre lo había enviado a los confines de la tierra para esto, no le fallaría. –*VISERION*!– Chasqueó látigo en el aire, con un chasquido que hizo eco en las paredes ennegrecidas.

La pálida cabeza se alzó. Los grandes ojos oro se estrecharon. Volutas espiral de humo se elevaron de las ventanas de la nariz del dragón.

–Abajo– ordenó el príncipe. «No debes dejar que huela tu miedo». –Abajo, abajo, abajo.– Movió el látigo alrededor y dio un latigazo en el rostro del dragón. Viserion *siseó*.

Y un viento caliente lo abofeteó y oyó el sonido de las alas de cuero y el aire se llenó de cenizas y escorias, y un rugido monstruoso fue haciendo eco en los ladrillos quemados y ennegrecidos y se podía oír a sus amigos gritando salvajemente. Gerris lo estaba llamando por su nombre, una y otra vez, y el hombre grande, –etrás de ti, detrás de ti, *detrás de ti*!

Quentyn dio la vuelta y colocó su brazo izquierdo sobre su cara para proteger sus ojos contra el viento infernal.

«Rhaegal», recordó, «el verde es Rhaegal».

Cuando levantó el látigo, vio que éste estaba ardiendo. Su mano también. Todo él, Todo él se estaba quemando.

«Oh», pensó. Y entonces empezó a gritar.

69. JON (13)

–Dejadlos morir– dijo la reina Selyse.

Era la respuesta que esperaba Jon Nieve. «Esta reina nunca te decepciona». Sin embargo, eso no suavizó el golpe. –Su Alteza– insistió tercamente, –se están muriendo de hambre a miles en Casa Austera. Muchos son mujeres

–y niños, sí. Muy triste– La reina acercó hacia sí a su hija y le besó la mejilla. «La mejilla que no estaba manchada por la psoriagrís», Jon hizo como si no lo notase. –Lo sentimos por los pequeños, por supuesto, pero tenemos que ser sensatos. No tenemos comida para ellos y son muy pequeños para ayudar a mi esposo, el rey, en sus guerras. Será mejor para ellos renacer en la luz.

Esa era una forma más suave de decir *dejadlos morir.*

La estancia estaba llena de gente. La princesa Shireen se mantuvo junto al asiento de su madre, mientras Caramanchada estaba sentado con las piernas cruzadas a sus pies. Ser Axell Florent surgió de detrás de la reina. Melisandre de Asshai se mantenía cerca del fuego y el rubí en su garganta latía con cada respiración. La mujer roja también tenía sus guardias – el escudero Devan Seaworth y dos de los centinelas que el rey le había dejado.

Los protectores de la reina Selyse estaban situados en torno a los muros, caballeros brillantes en fila: Ser Malegorn, Ser Benethon, Ser Narbert, Ser Patrek, Ser Dorden, Ser Brus. Con tantos salvajes sedientos de sangre infestando el Castillo Negro, Selyse mantenía a sus espadas juramentadas cerca noche y día. Tormund Matagigantes le había rugido –Tiene miedo de que se la lleven por delante[1], ¿verdad? Espero que no le hayas dicho lo grande que es mi polla, Jon Nieve, eso asustaría a cualquier mujer. Siempre quise una para mí con bigote– . Después rió y rió.

«Ahora no se reiría».

Jon ya había perdido demasiado tiempo allí. –Siento haberos importunado, Alteza. La Guardia de la Noche se hará cargo de este asunto.

A la reina le palpitaban las[2] aletas de la nariz. –Así que aún pensáis cabalgar hasta Casa Austera. Lo veo en vuestra cara. Dejadlos morir, dije. Y aun así persistís en esta locura. No lo neguéis.

–Debo hacer lo que crea conveniente. Con todo respeto, su Alteza, el Muro es mío y la decisión también.

–Lo es– concedió Selyse, –y responderéis por ello cuando vuelva el rey. Y por otras decisiones que habéis tomado, me temo. Pero veo que sois sordo ante la sensatez. Haced lo que debáis.

1Esta es la traducción literal, pero por el contexto está claro que aquí Tormund se refiere a que la violen.

2A Martin le encanta esta expresión, pero en castellano no sé cuál es la adecuada para que no suene extravagante.

Ser Malegorn levantó la voz. –Lord Nieve, ¿quién va a liderar la exploración?

–¿Os estáis ofreciendo, ser?

–¿Tengo pinta de estar loco?

Caramanchada dio un salto. –Yo la lideraré– Sus cascabeles sonaron alegremente. –Marcharemos hasta el mar y volveremos. Bajo las olas cabalgaremos caballos de mar y las sirenas soplaran conchas marinas anunciando nuestra llegada, oh, oh, oh.

Todos rieron. Incluso la reina Selyse se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Jon se divertía menos. –No pediré a mis hombres que hagan lo que yo no haría. Pienso liderar yo la expedición.

–Qué audaz por vuestra parte– dijo la reina. –Lo aprobamos. Después algún bardo hará una canción conmovedora sobre vos, sin duda, y tendremos un Lord Comandante más prudente– Tomó un sorbo de vino. –Hablemos de otros temas. Axell, traed al rey salvaje, si sois tan amable.

–Ahora mismo, su Alteza.– Ser Axell atravesó la puerta y volvió un momento después con Gerrik Kingsblood. –Gerrick de la casa Barbarroja[3]– anunció, –Rey de los Salvajes.

Gerrick Kingsblood era un hombre alto, de largas piernas y ancho de hombros. Al parecer, la reina lo había vestido con algunas de las prendas viejas del rey. Lavado y cepillado, envuelto en terciopelos verdes y una capa corta de armiño, con su largo pelo rojo limpio y su fiera barba afeitada y recortada, el salvaje parecía un señor sureño. «Podría entrar en el salón del trono en Desembarco del Rey y nadie ni pestañaría», pensó Jon.

–Gerrick es el único y verdadero rey de los salvajes– dijo la reina, –descendiente de una línea (dinástica) masculina continua desde el gran rey Raymun Barbarroja, mientras que el usurpador Mance Rayder nació de una mujer cualquiera y su padre era uno de vosotros, hermanos negros.

«No», podría haber dicho Jon, «Gerrick desciende de un hermano menor de Raymun Barbarroja». Para el Pueblo Libre eso contaba tanto como ser descendiente del caballo de Raymun Barbarroja. «No saben nada, Ygritte. Y lo que es peor, no aprenderán».

–Gerrick ha tenido la deferencia de dar la mano de su hija mayor a mi querido Axell, para ser unidos por el Señor de la Luz en sagrado matrimonio– dijo la reina Selyse. –Sus otras hijas se casarán al mismo tiempo, la segunda hija con Ser Brus Buckler y la pequeña con Ser Malegorn de Redpool.

–Señores– Jon inclinó la cabeza ante los caballeros en cuestión. –Que encuentren ustedes la felicidad con sus prometidas.

3No recuerdo si en anteriores libros se traducía o no. En cualquier caso, es Redbeard.

–Bajo el mar, los hombres se casan con los peces– Caramanchada hizo un pequeño paso de baile, haciendo tintinear sus cascabeles. –Lo hacen, lo hacen, lo hacen.

La reina Selyse estiró la nariz una vez más. –Se pueden celebrar cuatro bodas tan fácilmente como tres. Ha pasado ya tiempo desde que esta mujer, Val, ha vuelto, Lord Nieve. He decidido que se casará con mi buen y leal caballero, Ser Patrick de la Montaña del Rey.

–¿Se le ha comunicado eso a Val, su Alteza?– preguntó Jon. –Para el Pueblo Libre, cuando un hombre desea a una mujer, la roba, y así da pruebas de su fuerza, su astucia y su coraje. El pretendiente se arriesga a una paliza salvaje si la familia de la mujer lo atrapa, y es aún peor si ésta no lo encuentra digno de ella.

–Una costumbre salvaje– dijo Axell Florent.

Ser Patrek sólo rió. –Ningún hombre ha tenido motivos para cuestionar mi coraje. Ninguna mujer lo hará jamás.

La reina Selyse frunció los labios. –Lord Nieve, como Lady Val no conoce nuestras costumbres, por favor, enviádmela para que la instruya en las obligaciones de una mujer noble para con su esposo.

«Eso saldrá de maravilla, seguro». Jon se preguntó si la reina estaría tan entusiasta con ver a Val casada con uno de sus propios caballeros si supiese los sentimientos de Val con respecto a la princesa Shireen. –Como deseéis– dijo –pero si pudiese hablar libremente...

–No, no lo creo. Os podéis retirar.

Jon Nieve dobló la rodilla, hizo una reverencia con la cabeza, se retiró.

Daba los paso de a dos, saludando a los guardias de la reina a la vez que descendía. Su Alteza había puesto hombres en cada lugar para que la mantuvieran a salvo de los salvajes asesinos. A medio camino en el descenso, oyó una voz a su espalda. –Jon Nieve.

Jon se dio la vuelta. –Lady Melisandre.

–Debemos hablar.

–¿Debemos?– «No lo creo». –Mi señora, tengo cosas que hacer.

–Es de esas cosas de las que quiero hablar– Bajó las escaleras, haciendo susurrar el dobladillo de su falda escarlata con cada paso. Casi parecía que flotaba. –¿Dónde está vuestro lobo huargo?

–Dormido en mis habitaciones. Su Alteza no permite a Fantasma en su presencia. Dice que asusta a la princesa. Y mientras Borroq y su jabalí estén por aquí, no me arriesgaré a tenerlo suelto– El cambiapieles iba a irse con Soren Rompedor-de-Escudos hacia Puertapiedra una vez que volviesen los wayns que llevaban al clan de Seal-Skinner

hacia Guardiaverde. Hasta entonces, Borroq se había instalado en una de las antiguas tumbas junto al cementerio del castillo. Al parecer, le gustaba más la compañía de hombres muertos hacía tiempo que la de los hombres vivos y su jabalí parecía feliz paseando entre las tumbas, lejos de otros animales. –Esa cosa tiene el tamaño de un buey, con colmillos largos como espadas. Fantasma iría tras él si estuviese suelto y uno de los dos, o ambos, no sobreviviría el encuentro.

–Borroq es la última de vuestras preocupaciones. Esta expedición…

–Una palabra vuestra habría persuadido a la reina.

–Selyse tiene razón en este caso, Lord Nieve. *Dejadlos morir.* No podéis salvaros. Vuestras naves se han perdido.

–Aún quedan seis. Más de la mitad de la flota.

–Vuestras naves están perdidas. *Todas* ellas. Ningún hombre volverá. Lo he visto en mis llamas.

–Se sabe que vuestras llamas mienten.

–He cometido errores, lo he admitido, pero...

–Una niña gris en un caballo moribundo. Puñales en la oscuridad. Un príncipe prometido, nacido de humo y sal. Me parece que no hacéis más que cometer errores, mi señora. ¿Dónde está Stannis? ¿Qué pasa con Casaca de Matraca y sus mujeres? *¿Dónde está mi hermana?*

–Todas vuestras preguntas serán respondidas. Mirad los cielos, Lord Nieve. Y cuando tengáis vuestras respuestas, llamadme. El invierno está casi sobre nosotros. Soy vuestra única esperanza.

–La esperanza de un loco– . Jon se dio la vuelta y la dejó.

Leathers estaba rondando fuera. –Toregg ha vuelto– informó a Jon cuando éste salió. –Su padre ha instalado a su gente en Escudo de Roble y volverá esta tarde con ochenta guerreros. ¿Qué dijo la reina barbuda?

–Su Alteza no puede proporcionarnos ayuda.

–Está muy ocupada desplumándose la barbilla, ¿no?– escupió Leathers. –No importa. Los hombres de Tormund y los nuestros serán suficientes.

«Suficiente para llegar hasta allí, quizás». Era el viaje de vuelta lo que preocupa a Jon Nieve. Al regreso, se verían retrasados por miles de personas del Pueblo Libre, muchos enfermos o desnutridos. «Un río humano moviéndose más lentamente que un río de hielo». Eso los hacía vulnerables. «Cosas muertas en los bosques. Cosas muertas en el agua». –¿Cuántos hombres son suficientes?– preguntó a Leathers. –¿Cien? ¿Doscientos? ¿Quinientos? ¿Mil?– «¿Debería llevar más o menos hombres?» Una expedición pequeña llegaría antes a Casa Austera… pero ¿de qué servirían las espadas

sin comida? Madre Topo y su gente ya se comían a sus propios muertos. Para alimentarlos, Jon necesitaría llevar carretas y carros, y animales preparados para arrastrarlos – caballos, bueyes, perros. En lugar de volar a través del bosque, estarían condenados a gatear. –Aún hay mucho que decidir. Que corra la voz. Quiero a todos los capitanes en el Salón del Escudo cuando comience el turno de guardia de noche. Tormund ya debería haber regresado para entonces. ¿Dónde puedo encontrar a Toregg?

–Con el pequeño monstruo, cómo no. He oído que le ha tomado cariño a una de sus amas de leche.

«Le ha tomado cariño a Val. Su hermana era una reina, ¿por qué no ella?» Tormund había pensado una vez en ser él mismo Rey-Más-Allá-Del-Muro, antes de que Mance lo depusiese. Toregg el Alto podía tener también el mismo sueño. «Mejor él que Gerrick Kingsblood». –Déjalos– dijo Jon, –puedo hablar con Toregg más tarde.– Miró más allá de la Torre del Rey. El Muro estaba de un blanco mate, y el cielo sobre él era aún más blanco. «Un cielo de nieve». –Sólo recemos para que no venga otra tormenta.

Fuera de la armería, Mully y la Pulga estaban de guardia y tiritando. –¿No deberíais estar dentro, a merced del viento?– preguntó Jon.

–Eso sería genial, mi señor– dijo Fulk el Pulga, –pero vuestro lobo no está de humor para tener compañía hoy.

Mully asintió. –Intentó darme un bocado.

–¿*Fantasma*?– Jon estaba asombrado. –A menos que su señoría tenga algún otro lobo blanco, sí. Nunca lo había visto así, mi señor. Quiero decir, asalvajado.

Jon descubrió por sí mismo cuando entró por la puerta que Mully no estaba equivocado. El gran lobo huargo blanco ya no estaba tumbado. Iba de un lado a otro de la armería, hasta pasar la forja y de vuelta otra vez. –Tranquilo, Fantasma– lo llamó Jon. –Abajo. Siéntate, Fantasma. *Abajo*– Incluso cuando fue a tocarlo, el lobo se erizó y enseñó los dientes. «Es ese puñetero jabalí. Incluso aquí, Fantasma puede oler su peste».

El cuervo de Mormont parecía estar agitado también. –*Nieve*– el pájaro seguía gritando. –*Nieve, nieve, nieve*– Jon lo espantó y cuando Satin había encendido el fuego lo envió a buscar a Bowen Marsh y a Othell Yarwyck. –Trae también una jarra de vino caliente.

–¿Tres copas, mi señor?

–Seis. Mully y la Pulga parecen necesitar algo de calor. Y tú también.

Cuando Satin se fue, Jon se sentó y echó otro vistazo a los mapas de las tierras al norte del Muro. La ruta más rápida hasta Casa Austera era bordeando la costa… desde Guardiaoriente. Los bosques eran más estrechos cerca del mar; el terreno, principalmente llanuras, colinas onduladas y marismas salinas. Y cuando las tormentas de otoño llegaran como un vendaval, en la costa habría aguanieve, granizo y lluvia helada en lugar de nieve. «Los gigantes están en Guardiaoriente y Leathers dice que algunos ayudarán». Desde el Castillo Negro la ruta era más difícil, a través del corazón

del bosque encantado. «Si la nieve es profunda en el Muro, ¿cuánto peor no será allí arriba?»

Marsh entró resoplando, Yarwyck con cara severa. –Otra tormenta– anunció el Primer Constructor. –¿Cómo vamos a trabajar así? Necesito más albañiles.

–Usa a la gente libre– dijo Jon.

Yarwyck negó con la cabeza. –Dan más problemas de lo que trabajan, eso. Descuidados, desprolijos, vagos… algunos buenos trabajadores aquí y allá, no lo negaré, pero difícilmente un albañil entre todos ellos, y menos un herrero. Espaldas fuertes, puede ser, pero no harán lo que se les diga. Y nosotros tenemos que transformar esas ruinas en fuertes. No puede hacerse, mi señor. Le digo la verdad. No puede hacerse.

–Se hará– dijo Jon, –o vivirán en las ruinas.

Un señor necesitaba hombres a su alrededor a los que pedirles consejo honesto. Marsh y Yarwyck no lo adulaban, y eso era bueno… pero tampoco eran ninguna *ayuda*. Cada vez más, se daba cuenta de que sabía lo que diría antes de preguntarles.

Su desaprobación era profunda especialmente en lo que concernía al Pueblo Libre. Cuando Jon puso a Soren Rompedor-de-Escudos en Puertapiedra, Yarwyck se quejó de que estaría muy aislado. ¿Cómo podrían saber qué maldades podría llegar a hacer, allá en aquellas colinas? Cuando concedió Escudo de Roble a Tormund Matagigantes y Puerta de la Reina a Morna Máscara Blanca, Marsh señaló que el Castillo Negro estaría ahora con rodeado por ambos lados con gente que podría aislarlo completamente del resto del Muro. Con respecto a Borroq, Othel Yarwyck señaló que los bosques al norte de Puertapiedra estaban llenos de jabalíes salvajes. ¿Quién podría asegurar que el cambiapieles no iba a reclutar su propio ejército de cerdos?

Colina Escarcha y Puertaescarcha aún no tenían fuertes, por lo que Jon les había preguntado su opinión acerca de cuáles de los jefes salvajes y señores de la guerra que quedaban deberían enviarse para dirigirlos. –Tenemos a Brogg, Gavin el Comerciante, la Gran Morsa… Howd Trotamundos va solo, dice Tormund, pero aún están Harle el Cazahombres, Harle el Apuesto, Doss el Ciego… Ygon Old-father también dirige a unos cuantos, pero la mayor parte son sus propios hijos y nietos. Tiene dieciocho mujeres, la mitad de ellas tomadas a la fuerza en saqueos. Cuál de estos…

–Ninguno– había dicho Bowen Marsh. –Conozco a todos esos hombres por sus hechos. Deberíamos estar asegurándonos de tenerlos bien atados, no dándoles nuestros castillos

–Sí– coincidió Othell Yarwyck. –Un mendigo puede elegir entre lo malo, lo más malo y lo peor. Mi señor nos regala una manada de lobos y nos pregunta cuál nos gustaría que nos muerda la garganta.

Sucedía lo mismo ahora con respecto a Casa Austera. Satin les sirvió el vino mientras Jon les contaba su audiencia con la reina. Marsh escuchaba atentamente, ignorando el vino caliente, mientras Yarwyck bebía una copa tras otra. Pero tan pronto como Jon terminó el Lord Mayordomo dijo –Su Alteza es sabia. Dejadlos morir.

Jon se echó hacia atrás. –¿Es ese todo el consejo que podéis darme, mi señor? Tormund me trae ochenta hombres. ¿Cuántos deberíamos enviar? ¿Deberíamos recurrir a los gigantes? ¿A las mujeres de Long Barrow? Si llevamos mujeres con nosotros, será más fácil tratar con la gente de Madre Topo.

–Enviad mujeres, pues. Enviad gigantes. Enviad bebés de pecho. ¿Eso es lo que mi señor quiere escuchar?– Bowen Marsh se frotó la cicatriz que se había traído de Puente de Calaveras. –Mandadlos a todos. Cuantos más se vayan, menos bocas tendremos que alimentar.

Yarwyck no ayudó mucho más. –Si los salvajes de Casa Austera necesitan que los salven, dejad a los salvajes ir a salvarlos. Tormund conoce el camino hasta Casa Austera. Por cómo habla, podría salvarlos a todos él solo con su miembro.

«Esto ha sido inútil», pensó Jon. «Inútil, infructuoso, desesperado». –Gracias por vuestro consejo, mis señores.

Satin los ayudó a ponerse las capas. Mientras atravesaban la armería, Fantasma los olfateó, con el rabo en alto y el pelo erizado. «Mis hermanos». La Guardia de la Noche necesitaba líderes con la sabiduría del Maestre Aemon, los conocimientos de Samwell Tarly, el coraje de Qhorin Mediamano, la fuerza tenaz del Viejo Oso, la compasión de Donal Noye. En cambio, tenía a estos.

La nieve caía con fuerza fuera. –El viento viene del sur– observó Yarwyck. –Está soplando la nieve directo contra el Muro. ¿Lo veis?

Tenía razón. Jon vio que la escalera zigzagueante estaba enterrada casi hasta el primer descansillo y las puertas de madera de las celdas de hielo y los almacenes habían desaparecido detrás de un muro blanco. –¿Cuántos hombres tenemos en las celdas de hielo?– le preguntó a Bowen Marsh.

–Cuatro vivos. Dos muertos.

«Los cadáveres». Jon casi los había olvidado. Había tenido la esperanza de aprender algo de los cuerpos que habían traído de vuelta del bosquecillo de arcianos, pero los hombres muertos se había mantenido tercamente muertos. –Tenemos que desbloquear esas celdas.

–Diez albañiles y diez palas lo harán– dijo Marsh.

–Usad también a WunWun.

–Como mandéis.

Diez peones y un gigante poco podían hacer en la ventisca, pero incluso cuando las puertas estuvieron liberadas, Jon no estaba satisfecho. –Esas celdas están enterradas una vez más por la mañana. Debemos mover a los prisioneros antes de que se asfixien– .

–¿Karstark también, mi señor?– preguntó Fulk el Pulga. –¿No podríamos simplemente dejarlo tiritar hasta la primavera?

–Lo haríamos si pudiéramos– Cregan Karstark se había acostumbrado a aullar por las noches y a tirar heces congeladas a cualquiera que fuese a llevarle comida. Aquello no había hecho que los guardias lo quisiesen mucho. –Llevadlo a la torre del Lord Comandante. Debería caber en la cripta inferior.– A pesar de que estaba parcialmente derrumbada, la antigua residencia del Viejo Oso sería más caliente que las cedas de hielo. Sus bodegas bajas estaban prácticamente intactas.

Cregan pateó a los guardias cuando atravesaron la puerta, se revolvió y empujó cuando lo agarraron, e incluso intentó morderlos. Pero el frío lo había debilitado y los hombres de Jon eran más grandes, más jóvenes y más fuertes. Lo llevaron fuera, aún forcejeando, y lo arrastraron a través de la nieve que cubría hasta las rodillas, hasta su nuevo hogar.

–¿Qué querría el Lord Comandante que hiciéramos con los cadáveres?– preguntó Marsh cuando ya habían trasladado a los vivos.

–Dejadlos– Si la tormenta los enterraba, perfecto. Necesitaría quemarlos en algún momento, sin duda, pero por el momento estaban encadenados con grilletes de acero en sus celdas. Eso, y el hecho de que estuviesen muertos, debía ser suficiente para mantenerlos inofensivos.

Tormund Matagigantes llegó a la hora calculada, haciendo estruendo con sus guerreros cuando ya se había terminado de cavar. Parecía que sólo habían acudido cincuenta, en lugar de los ochenta que Toregg había prometido a Leathers, pero a Tormund no lo llamaban el Gran Hablador por nada. Los salvajes llegaron con las caras rojas, pidiendo a gritos un cuerno de cerveza y algo caliente para comer. Tormund tenía hielo en la barba y una costra en el bigote.

Alguien ya le había hablado al Puño de Trueno acerca de Gerrick Kingsblood y su nuevo estilo. –¿Rey de los Salvajes?– rugió Tormund. –¡Ja! Rey de mi Ojo del Culo Peludo, mejor dicho.

–Tiene un aspecto majestuoso– dijo Jon.

–Lo que tiene es una polla pequeñita y roja a juego con todo ese pelo rojo, eso es lo que tiene. Raymund Barbarroja y sus hijos murieron en Lagolargo, gracias a tus puñeteros Stark y el Gigante Borracho. No el hermano pequeño. Siempre me pregunto por qué lo llamarían el Cuervo Rojo– La boca de Tormund se abrió en una sonrisa enseñando los dientes. –Era el primero en correr a la batalla. Hubo una canción sobre ello, después. El cantante tenía que encontrar una rima para *cuervo*, así que…– Se limpió la nariz. –Si los caballeros de tu reina quieren esas chicas suyas, que se las queden.

–*Chicas*– graznó el cuervo de Mormont. –*Chicas, chicas.*

Eso hizo que Tormund empezase a reír otra vez. –Esto sí que es un pájaro con sensatez. ¿Cuánto quieres por él, Nieve? Te di un hijo, lo menos que podrías hacer es darme el maldito pájaro.

–Lo haría– dijo Jon, –pero lo más probable es que te lo comerías.

Tormund rugió también entonces. –*Comer*– dijo el cuervo sombríamente, batiendo sus alas negras. –*¿Maíz? ¿Maíz? ¿Maíz?*

–Tenemos que hablar de la expedición– dijo Jon. –Quiero que seamos uno solo en el Salón del Escudo, debemos– Se calló cuando Mully asomó las narices por la puerta, con la cara lúgubre, para anunciar que Clydas traía una carta.

–Dile que te la dé. La leeré más tarde.

–Como digáis, mi señor, es sólo que… Clydas no parece él mismo… está más blanco que rosa, si me entendéis… y está temblando.

–Alas negras, palabras negras– murmuró Tormund. –¿No es lo que decís los que os arrodilláis?

–Decimos *sangrar un resfriado pero festejar la fiebre* también– le dijo Jon. –Decimos *Nunca bebas con dornienses con la luna llena*. Decimos muchas cosas.

Mully añadió sus dos chascarrillos –Mi vieja abuela solía decir *los amigos del verano se derretirán como las nieves del verano, pero los amigos del invierno serán amigos para siempre*.

–Creo que ya hemos tenido suficiente sabiduría por el momento– dijo Jon Nieve. –Deja entrar a Clydas, si eres tan amable.

Mully no estaba equivocado; el viejo mayordomo *estaba* temblando, su cara tan pálida como la nieve fuera. –Estaré siendo estúpido, Lord Comandante, pero… esta carta me horroriza. ¿La ve?

«Bastardo», era la única palabra escrita por fuera en el rollo. No *Lord Nieve* o *Jon Nieve* o *Lord Comandante*. Simplemente *Bastardo*. Y la carta estaba sellada con un manchón de cera rosa fuerte. –Has hecho bien en venir directamente a mí– dijo Jon. «Has hecho bien en asustarte». Rompió el sello, estiró el pergamino y leyó.

Tu falso rey está muerto, bastardo. Él y toda su hueste fueron aniquilados en siete días de batalla. Tengo su espada mágica. Díselo a su puta roja.
Tu falso rey y sus amigos están muertos. Sus cabezas, sobre los muros de Invernalia. Ven a verlos, bastardo. Tu falso rey mintió y tú también. Le dijiste al mundo que habías quemado al Rey-más-allá-del-Muro. En lugar de eso lo mandaste a Invernalia a robarme a mi mujer.
Tendré a mi mujer de vuelta. Si quieres otra vez a Mance Rayder, ven a por él. Lo tengo en una jaula para que lo vea todo el norte, como prueba de tus mentiras. La jaula es fría, pero le he hecho una capa calentita con las pieles de las seis putas que vinieron con él a Invernalia.
Quiero a mi mujer de vuelta. Quiero a la reina del falso rey. Quiero a su hija y a su bruja roja. Quiero a su princesa salvaje.

Quiero al pequeño príncipe, el bebé salvaje. Y quiero a mi Hediondo. Mándamelos, bastardo, y no te molestaré ni a ti ni a tus cuervos negros. No lo hagas y te cortaré tu corazón de bastardo y te lo haré comer.

Estaba firmada,

Ramsay Bolton
Auténtico Señor de Invernalia

–¿Nieve?– dijo Tormund Matagigantes. –Parece como si la cabeza sangrante de tu padre hubiera salido rodando de ese pergamino.

Jon Nieve no contestó en el momento. –Mully, ayuda a Clydas a volver a sus habitaciones. La noche es oscura y los senderos estarán resbaladizos con la nieve. Satin, ve con ellos.– Le tendió la carta a Tormund Matagigantes. –Aquí tienes. Míralo tú mismo.

El salvaje le echó una mirada dubitativa a la carta y la devolvió. –Sonará mal… pero Tormund Puño de Trueno tiene cosas mejores que hacer que aprender a que los papeles le hablen. Nunca tienen nada bueno que decir, ¿verdad?

–Casi nunca– admitió Jon Nieve. «Alas negras, palabras negras». Quizás había más verdad en aquel dicho antiguo de la que él creía. Fue enviada por Ramsay Nieve. Te leeré lo que escribió.

Cuando acabó, Tormund silbó. –Es jodido, sin duda. ¿Qué es eso que dice sobre Mance? ¿Qué lo tiene en una jaula? ¿Cómo, si cientos vieron a la bruja roja quemarlo vivo?

«Ese era Casaca de Matraca», casi dijo Jon. «Eso era brujería. Un reclamo, lo llamó». –Melisandre… dijo *mira los cielos*– Dejó la carta. –Un cuervo en la tormenta. Ella lo vio venir– «Cuando tengáis vuestras respuestas, llamadme».

–Puede que sea un atajo de mentiras– Tormund se rascó la barba. –Si tuviese una buena pluma de oca y un caldero de tinta de maestre, podría escribir que mi miembro es largo y gordo como mi brazo, y no por ello es así.

–Tiene Dueña de Luz. Habla de cabezas sobre los muros de Invernalia. Sabe lo de las mujeres y cuántas eran– «Sabe lo de Mance Rayder». –No. Esto es verdad.

–No diré que te equivocas. ¿Qué piensas hacer, cuervo?

Jon dobló los dedos de la mano de la espada. «La Guardia de la Noche no toma partido». Cerró el puño y lo abrió otra vez. «Lo que propones no es menos que traición». Pensó en Robb, con copos de nieve derritiéndose en su pelo. «Mata al niño y deja nacer al hombre». Pensó en Bran, trepando por las paredes de una torre, ágil como un mono. En la risa sin aliento de Rickon. En Sansa, cepillando su capa de señora y cantando para sí. «No sabes nada, Jon Nieve». Pensó en Arya, con su pelo enredado como el nido de un pájaro. «Le hice una capa calentita con las pieles de las seis putas

que vinieron con él a Invernalia… Quiero a mi mujer de vuelta… Quiero a mi mujer de vuelta… Quiero a mi mujer de vuelta…»

–Creo que mejor deberíamos cambiar el plan– dijo Jon Nieve.

Hablaron durante casi dos horas.

Horse y Rory habían reemplazado a Fulk y a Mully en la puerta de la armería con el cambio de guardia. –Conmigo– les dijo Jon cuando llegó el momento. Fantasma lo hubiera seguido también, pero cuando el lobo vino sigilosamente tras ellos, Jon lo agarró por el cuello y lo volvió a meter dentro. Borroq podría estar entre la concurrencia en el Salón del Escudo. Lo último que necesitaba ahora era que su lobo atacase al jabalí del cambiapieles.

El Salón del Escudo era una de las partes más antiguas del Castillo Negro, una sala de fiestas larga y ventilada, de piedra oscura, con las vigas de roble negras por el humo de los siglos. Antes, cuando la Guardia de la Noche era mucho más numerosa, sus muros estaban decorados con filas de brillantes escudos de madera coloreada. Entonces, como ahora, cuando un caballero se vestía de negro, la tradición decretaba que dejase sus armas antiguas y tomase el escudo negro liso de la hermandad. Los escudos descartados acababan, así, colgados en el Salón del Escudo.

Cientos de caballeros implicaba cientos de escudos. Halcones y águilas, dragones y grifos, soles y venados, lobos y wyverns, mantícoras, toros, árboles y flores, arpas, lanzas, langostas y krakens, leones rojos y leones dorados y leones a cuadros, búhos, corderos, doncellas y sirenos, sementales, estrellas, cántaros y hebillas, hombres desollados y hombres colgados y hombres ardiendo, hachas, espadas largas, tortugas, unicornios, osos, plumas, arañas y serpientes y escorpiones y cien símbolos heráldicos más habían adornado el Salón del Escudo, blasonado en más colores que cualquier arcoíris que pudiera soñarse.

Pero cuando un caballero moría, el escudo se descolgaba y debía ir con él a su pira o tumba. Según pasaron los años, cada vez menos caballeros se vestían de negro. Llegó un día en que no tuvo más sentido que los caballeros del Castillo Negro cenasen aparte. El Salón del Escudo fue abandonado. En los últimos cien años, había sido utilizado de forma poco frecuente. Como sala para cenar dejaba mucho que desear – era oscura, sucia, tenía corrientes de aire y era difícil de calentar en invierno, sus bodegas estaban infestadas de ratas, sus enormes vigas de madera, comidas por los gusanos y adornadas con telarañas.

Pero era lo suficientemente amplia y larga como para que se sentasen doscientos, y la mitad más si se apretujaban. Cuando Jon y Tormund entraron, un sonido atravesó el salón, como un avispero en movimiento. Los salvajes sobrepasaban en número a los cuervos a razón de cinco a uno, a juzgar por el poco negro que vio. Quedaba menos de una docena de escudos, cosas tristes y grises con pintura descolorida y grietas en la madera. Pero había teas nuevas ardiendo en las antorchas de hierro de los muros y Jon había ordenado que se pusiesen mesas y bancos. Los hombres con un asiento cómodo estaban más inclinados a escuchar, le había dicho una vez el Maestre Aemon; los hombres de pie estaban más inclinados a gritar.

En la parte alta del salón había una plataforma combada. Jon se subió a ella, con Tormund Matagigantes a su lado, y levantó las manos pidiendo silencio. Las avispas zumbaron más fuerte. Entonces Tormund se puso su cuerno de guerra en la boca y dio un toque. El sonido llenó el salón, haciendo ecos en las vigas sobre las cabezas. Se hizo el silencio.

–Os he mandado llamar para hacer planes para el auxilio de Casa Austera– , empezó Jon Nieve. –Miles del Pueblo Libre están allí, atrapados y muriendo de hambre, y hemos tenido informes de cosas muertas en el bosque.– A la izquierda vio a Marsh y Yarwyck. Othell estaba rodeado de sus albañiles, mientras que Bowen tenía a Wick Whittlestick, Lew Manoizquierda y Alf de Runnymudd junto a él. A su derecha, Soren Rompedor-de-Escudos estaba sentado con sus brazos cruzados contra el pecho. Más atrás, Jon vio a Gavin el Comerciante y a Harle el Apuesto susurrándose entre ellos. Ygon Old-father estaba sentado entre sus mujeres, Howd Trotamundos solo. Borroq se apoyaba contra el muro en una esquina oscura. Por suerte, no se veía a su jabalí por ninguna parte. –Los barcos que envié a Madre Topo y su gente se hundieron por las tormentas. Debemos enviar cualquier ayuda que podamos por tierra o dejarlos morir– Jon vio que dos de los caballeros de la reina Selyse también habían ido. Ser Narbert y Ser Benethon se mantuvieron cerca de la puerta al fondo del Salón. Pero el resto de los hombres de la reina brillaron por su ausencia. –Tenía la esperanza de liderar la expedición yo mismo y traer de vuelta a toda la gente que pudiera sobrevivir al viaje– Una ráfaga roja en el fondo del salón captó la mirada de Jon. Lady Melisandre había llegado. –Pero ahora veo que no puedo ir al Casa Austera. La expedición irá al mando de Tormund Matagigantes, conocido por todos vosotros. Le he prometido tantos hombres como requiera.

–¿Y dónde estarás tú, cuervo?– tronó Borroq. –¿Escondiéndote aquí en el Castillo Negro con tu perro blanco?

–No. Yo cabalgaré al Sur– Después, Jon les leyó la carta que Ramsay Bolton le había escrito.

El Salón del Escudo se volvió loco.

Todos los hombres empezaron a gritar a la vez. Se pusieron de un salto de pie, agitando los puños. «Demasiado para el poder calmante de los cómodos bancos». Se blandieron espadas, las hachas se golpearon contra los escudos. Jon Nieve miró a Tormund. El Matagigantes sopló el cuerno una vez más, dos veces más largo y dos veces más fuerte que la primera vez.

–La Guardia de la Noche no toma partido en las guerras de los Siete Reinos– les recordó Jon cuando volvió un atisbo de calma. –No es cosa nuestra oponernos al Bastardo de Bolton, ni vengar a Stannis Baratheon, ni defender a su mujer y a su hija. Esta *criatura* que hace capas con la piel de las mujeres ha jurado que cortará mi corazón y mi intención es hacerlo responder por esas palabras… pero no pediré a mis hermanos que renuncien a sus votos.

–La Guardia de la Noche se ocupará de Casa Austera. Yo cabalgaré a Invernalia solo, a menos que…– Jon tomó una pausa. –… ¿Hay algún hombre que cabalgue conmigo?

El rugido fue todo el que podía haber esperado; el tumulto tan alto que dos viejos escudos se cayeron de las paredes. Soren Rompedor-de-Escudos estaba a sus pies. El Trotamundos también. Toregg el Alto; Brogg; ambos, Harle el Cazador y Harle el Apuesto, Ygon Oldfather, Doss el Ciego, incluso el Gran Morsa. «Tengo mis espadas», pensó Jon Nieve, «y vamos a por ti, Bastardo».

Vio cómo Yarwyck y Marsh se escabulleron fuera y sus hombres tras ellos. No importaba. No los necesitaba ahora. «No los quería. Ningún hombre podrá decir que hice que mis hermanos rompiesen sus votos. Si esto es romper un juramento, el crimen es mío y sólo mío». Entonces Tormund le palmeó la espalda, con una sonrisa de oreja a oreja. –Bien dicho, cuervo. ¡Ahora trae el hidromiel! Hazlos tuyos y emborráchalos, así es cómo se hace. Haremos de ti un salvaje, muchacho. ¡Ja!

–Mandaré por cerveza– dijo Jon distraído. Se había dado cuenta de que Melisandre se había ido y también los hombres de la reina. «Debería haber ido a hablar con Selyse primero».

«Ella tiene derecho a saber que su señor ha muerto». –Debéis excusarme. Os dejaré para que los emborrachéis vos.

–¡Ja! Esa es una tarea para la que estoy muy bien preparado, cuervo. ¡Id!

Horse y Rory lo siguieron cuando dejó el Salón del Escudo. «Debo hablar con Melisandre después de ver a la reina», pensó. «Si ella pudo ver un cuervo en una tormenta, puede encontrar a Ramsay Nieve por mí». Después escuchó el grito… y un rugido tan alto que parecía sacudir el muro. –Viene de la Torre de Hardin, mi señor– informó Horse. Iba a decir algo más, pero el grito lo interrumpió.

«Val», fue el primer pensamiento de Jon. Pero no era el grito de una mujer. «Es un hombre agonizando». Empezó a correr. Horse y Rory corrieron tras él. –¿Es un espectro?– preguntó Rory. Jon dudó. ¿Podrían haberse soltado de sus cadenas los cadáveres?

Cuando llegaron a la Torre de Hardin los gritos habían terminado, pero Wun Weg Wun Dar Wun aún estaba rugiendo. El gigante llevaba colgado por una pierna un cadáver sangrante, de la misma forma que Arya solía hacer con su muñeca cuando era pequeña, balanceándola como una maza de estrella cuando la amenazaban con vegetales. «Arya nunca cortó a sus muñecas en pedazos, pens«». El brazo de la espada estaba a unas yardas, tiñendo de rojo la nieve alrededor de él.

–Déjalo ir– gritó Jon. –Wun Wun, *déjalo ir.*

Wun Wun no oyó o no entendió. El gigante estaba sangrando también, con cortes de espada en la barriga y en el brazo. Golpeó al hombre muerto una y otra vez contra la piedra gris de la torre, y otra vez, y otra vez, y otra vez, hasta que la cabeza del hombre estaba roja y pulposa como una sandía de verano. La capa del caballero se agitaba en el aire frío. Había sido de lana blanca, bordada en hilo de plata y decorada con estrellas azules. Carne y hueso volaban por todas partes.

Los hombres salían de los torreones y torres circundantes. Hombres del Norte, hombres del Pueblo Libre, hombres del la reina… –Formad en fila– les ordenó Jon Nieve. –Manteneos atrás. Todos, pero especialmente los hombres de la reina– El hombre muerto era Ser Patrek de la Montaña del Rey. Su cabeza estaba destrozada, pero su heráldica era tan distintiva como su cara. Jon no quería arriesgarse a que Ser Malegorn o Ser Brus o cualquier otro caballero de la reina intentaran vengarse.

Wun Weg Wun Dar Wun aulló otra vez, retorció el otro brazo de Ser Patrek y tiró. El brazo se separó de su hombro regando todo con brillante sangre roja. «Como un niño arrancando pétalos de una margarita», pensó Jon. –Leathers, háblale, cálmalo. La Vieja Lengua. Él entiende la vieja lengua. *Manteneos atrás*, el resto. Bajad los aceros, lo estamos asustando– ¿No veían que habían cortado al gigante? Jon tenía que acabar con esto o morirían más hombres. No tenían ni idea de la fuerza de Wun Wun. «Un cuerno, necesito un cuerno». Vio el destello del acero y se giró hacia él. –¡No quiero espadas!–, gritó. –Wick, baja ese cuchillo…

…*ahora*, quiso decir. Cuando Wick Whittlestick lo apuñaló en la garganta, la palabra se convirtió en un gruñido. Jon se escurrió del cuchillo, lo suficiente como para que apenas le raspase la piel. «Me ha cortado». Cuando se puso la mano en el lado del cuello, la sangre le corrió entre los dedos. *–¿Por qué?*

–Por la Guardia– Wick intentó apuñalarlo otra vez. Ésta, Jon lo cogió de la muñeca y le torció el brazo hacia atrás, hasta que soltó la daga. El mayordomo larguirucho se fue hacia atrás, con las manos alzadas como diciendo «Yo no, no fui yo». Los hombres estaban gritando. Jon buscó a Garra, pero sus dedos estaban entumecidos y torpes. De alguna manera, le resultaba imposible liberar la espada de su funda.

Entonces Bowen Marsh se colocó frente a él, con lágrimas corriéndole por las mejillas. –Por la Guardia– Golpeó a Jon en el estómago. Cuando separó su mano, la daga estaba donde la había enterrado.

Jon cayó de rodillas. Encontró el puño del arma y se la arrancó. En el aire frío de la noche la herida humeaba. –Fantasma– susurró. El dolor lo inundó. «Clávala por el lado afilado». Cuando la tercera daga entró entre sus omóplatos, resopló y cayó con la cara en la nieve. Nunca sintió el cuarto cuchillo. Sólo el frío…

70. LA MANO DE LA REINA

El príncipe de Dorne estuvo tres días agonizando.

Inspiró su último tembloroso aliento en un negro y sombrío amanecer, mientras la lluvia fría siseaba desde el cielo oscuro para convertir las calles de ladrillo de la antigua ciudad en ríos. La lluvia había ahogado lo peor de los incendios, pero mechones de humo todavía se levantaban de las ruinas humeantes que habían sido la pirámide de Hazkar, y la gran pirámide negra de Yherizan donde Rhaegal había hecho su enorme guarida en la penumbra, como una mujer gorda adornada con joyas brillantes de color naranja.

«Quizá los dioses no estén sordos, después de todo», Ser Barristan Selmy reflexionó al ver las brasas a la distancia. «Si no fuera por la lluvia, el fuego hubiera consumido ya todo Meereen».

No veía ninguna señal de los dragones, pero no las había esperado. A los dragones no le gustaba la lluvia. Una delgada línea roja marcó el horizonte, donde el sol pronto aparecería. Le recordó a Selmy la primera la sangre que brota en una herida. A menudo, incluso con un corte profundo, la sangre llega antes que el dolor.

Se puso de pie al lado de los parapetos en el escalón más alto de la Gran Pirámide, buscando en el cielo, como lo hacía cada mañana, sabiendo que el amanecer tenía que llegar y esperando que su reina regresara con él. No debió habernos abandonado, nunca debió dejar a su pueblo, se estaba diciendo a sí mismo, cuando oyó el cascabel muerto del príncipe proveniente de los apartamentos de la reina.

Ser Barristan entró. El agua de lluvia se escurría de su manto blanco, y sus botas dejaban rastros de agua en los pisos y alfombras. Bajo sus órdenes, se había decidido que Quentyn Martell yaciera en la propia cama de la reina. Él había sido un caballero, además de un príncipe de Dorne. Le parecía correcto dejarlo morir en la cama por la que había cruzado medio mundo para llegar a ella. La cama estaba en ruinas – sábanas, mantas, almohadas, colchones, todo olía a sangre y humo, pero pensó Ser Barristan que Daenerys se lo perdonaría.

Missandei se sentó en la cama. Había estado con el príncipe de noche y de día, atendiendo las necesidades que pudiera expresar, dándole agua y leche de la amapola cuando estaba lo suficientemente fuerte como para beber, escuchando las tortuosas palabras que jadeaba de vez en cuando, leyéndole cuando se quedaba en silencio, o durmiendo en la silla junto a él. Ser Barristan había pedido a algunos de los coperos de la reina que le ayudaran, pero la visión del hombre quemado era demasiado, incluso para el más audaz de ellos. Y las Gracias Azules nunca llegaron, a pesar de que había enviado por ellas en cuatro ocasiones. Tal vez el último de ellos había sido arrastrado por la pálida yegua.

La pequeña escribiente Naathi lo miró cuando se aproximó. –Honorable Ser. El príncipe está ahora más allá del dolor. Sus dioses de Dorne lo han llevado a casa. ¿Ves? Él sonríe.

«¿Cómo lo puedes saber?» No tiene labios. Hubiera sido mejor que los dragones lo hubieran devorado. Por lo menos hubiera sido rápido. Este….el fuego era una manera horrible de morir. No es de extrañar la mitad de los infiernos estén hechos de llamas. –Cubridlo.

Missandei tiró de la manta para cubrir la cara del príncipe. –¿Qué se hará con él hora? Esta tan lejos de casa.

–Veré que regrese a Dorne– «Pero, ¿cómo? ¿En cenizas?» Eso requeriría de más fuego, y Ser Barristan no podría soportar eso. «Tendríamos que quitar la carne de los huesos. Con escarabajos, no hirviéndolos». Las hermanas del silencio se encargarían de esto en casa, pero estaba en Bahía de Esclavos. La hermana del silencio más cercana está a diez mil leguas de distancia. –Debes ir a dormir, niña. En tu propia cama.

–Si ésta puede ser atrevida, ser, usted debe hacer lo mismo. Usted no duerme noches completas.

«No lo he hecho por muchos años, niña. No desde el Tridente». El gran Maestre Pycelle me dijo una vez que los ancianos no necesitan tanto sueño como los jóvenes, pero era más que eso. Había llegado a esa edad cuando se resistía a cerrar los ojos por temor a nunca volverlos a abrir. Otros hombres podrían desear morir durmiendo en la cama, pero ésta no era la muerte de un caballero de la Guardia Real.

–Las noches son muy largas– le dijo a Missandei, –y hay mucho más que hacer, siempre. Aquí y en los siete reinos. Pero tú has hecho hoy lo suficiente, niña. Ve a descansar. – «Y si los dioses son buenos, no soñaras con dragones».

Después de que la chica se hubiera ido, el viejo caballero quitó el cobertor para dar una última mirada al rostro de Quentyn Martell, o lo que quedaba de él. Gran parte de la carne del príncipe se había desprendido de forma que podía ver el cráneo debajo. Sus ojos eran pozos de pus. «Él debería haber permanecido en Dorne.O debió haber permanecido como una rana. No todos los hombres están destinados a bailar con dragones». Mientras cubría al príncipe nuevamente, se encontró preguntándose si habría alguien que cubriera a su reina, o si su cadáver quedaría sin duelo entre las altas hierbas del mar Dothraki, mirando ciegamente hacia el cielo hasta que su carne se desprendiera de los huesos.

–No– dijo en voz alta. –Daenerys no está muerta. Ella montaba a ese dragón. Lo vi con mis propios ojos. –Se había dicho esto cientos de veces... pero cada día que pasaba se le hacía más difícil de creer. Su pelo estaba en llamas. También vi eso. Ella estaba ardiendo... y si yo no la vi, cientos juran que lo hicieron.

El día se había deslizado sobre la ciudad. Y a pesar que la lluvia seguía cayendo, una vaga luz bañaba el cielo del este. Y con el sol llegó Shavepate. Skahaz estaba vestido con su atuendo familiar de falda negra plisada, rodilleras, y pectoral musculado. La máscara de bronce bajo el brazo era nueva, un lobo con la lengua fuera. –Entonces– dijo a modo de saludo, –el loco está muerto, ¿verdad?
–El príncipe Quentyn murió justo antes de la primera luz–

Selmy no se sorprendió de que Skahaz lo supiera. Las palabras viajan rápidamente dentro de la pirámide. –¿El concilio ya se reunió?

–Ellos esperan abajo por la Mano.

«Yo no soy Mano», una parte de él quería gritar. «Yo sólo soy un simple caballero, protector de la reina. Yo nunca quise esto». Pero con la reina desaparecida y el rey en cadenas, alguien tenía que regir, y Ser Barristan no confiaba en Shavepate. –¿Ha dicho alguna palabra la Gracia Verde?

–Ella todavía no regresa a la ciudad– Skahaz se había opuesto a enviar a la sacerdotisa. Tampoco Galazza Galare había tomado esa tarea con gusto. Iría, lo aceptó en aras de la paz, pero Hizdahr zo Loraq estaba mejor preparado para tratar con los Sabios Maestros. Pero Ser Barristan no cedía tan fácilmente, finalmente la Gracia Verde inclinó la cabeza y juró hacer todo lo posible.

–¿Cómo está la ciudad?– Preguntó Selmy a Shavepate. –Todas las puertas están cerradas y bloqueadas, como lo ordenó. Están cazando a todo mercenario o Yunkai'i que quede dentro de la ciudad y expulsando o deteniendo a los que capturamos. La mayoría parece haberse ido a las profundidades. Dentro de las pirámides sin lugar a dudas. Los Inmaculados defienden los muros y torres, listos para cualquier asalto. Hay 200 personas de alta cuna reunidos en la plaza, de pie bajo la lluvia en su *Tokars* y gritando por audiencia. Quieren libre a Hizdahr y a mí muerto, y quieren muertos también a los dragones. Alguien les dijo que los caballeros eran buenos para eso. Los hombres siguen sacando cadáveres de la pirámide de Hazkar. Los grandes maestros del Yherizan y Uhlez han abandonado sus propias pirámides a los dragones.

Ser Barristan hubiera sabido todo eso. –Y la cuenta del carnicero– preguntó, temiendo la respuesta.

–Nueve y veinte.

–¿Nueve y veinte?– Eso era peor por mucho de lo que jamás podría haber imaginado. Los Hijos de la Arpía habían reanudado su guerra en la sombra, hace dos días. Tres asesinatos la primera noche, nueve el segundo. Pero ir de nueve a nueve-y-veinte en una sola noche...

–El conteo pasará de treinta antes del mediodía. ¿Por qué estás deprimido, viejo? ¿Qué esperabas? La Arpía quiere liberar a Hizdahr, por lo que ha enviado a sus hijos de vuelta a la calle con cuchillos en mano. Los muertos son todos libertos y shavepates, como antes. Uno de ellos era mío, una Bestia de Bronce. Han dejado la marca de la Arpía junto a los cuerpos, escrita con tiza en el pavimento o marcada en el muro. Había mensajes también. *'los Dragones deben morir'*, escribieron, *'Harghaz el héroe'. Y 'Muerte a Daenerys'* también fue visto antes de la lluvia lavara las palabras.

–El impuesto de sangre...

–Veinte y nueve cientos de piezas de oro por cada pirámide– se quejó Skahaz. –Serán recolectados... pero que perdamos unas pocas monedas no parará la mano de la Arpía. Solo la sangre podrá hacer eso.

–Si así lo dices.– «Los rehenes de nuevo. Mataría a cada uno de ellos si lo permito». – Te he oído las primeras cien veces. No.

–Mano de la Reina– se quejó Skahaz con disgusto. –La mano de una anciana, estoy pensando, arrugada y débil. Rezo para que Daenerys regrese pronto con nosotros.– Bajó su máscara de lobo de bronce a la cara. –Sus consejeros estarán cada vez más inquietos

–Son consejeros de la reina, no míos– Selmy cambió su manto húmedo por uno seca y se abrochó el cinturón de su espada, luego acompañó a la Shavepate por las escaleras.

La sala de las columnas estaba vacía de peticionarios esa mañana. A pesar de que había asumido el título de Mano, Ser Barristan no me atrevía a presidir la corte en ausencia de la reina, ni permitiría que Skahaz mo Kandaq lo hiciera. El trono grotesco de dragón de Hizdahr había sido retirado por orden de Ser Barristan, pero no habían traído de regreso el simple banco de almohadas que la reina había favorecido. En cambio, un gran mesa redonda se había colocado en el centro de la sala, con sillas altas a su alrededor, donde los hombres podían sentarse y hablar como iguales.

Se pusieron de pie cuando Ser Barristan bajó los escalones de mármol, Skahaz Shavepate a su lado.

Marselen de los Hombres de la Madre estaba presente, con Symon Stripeback, comandante de los Hermanos Libres. Los Escudos Stalwart habían elegido a un nuevo comandante, un isleño de piel obscura de las islas de verano llamado Tal Toraq, su antiguo capitán, Mollono Yos Dob, había sido llevado por la yegua pálida. Gusano Gris estaba allí por los Inmaculados, atendido por tres sargentos eunucos en cascos de bronce con pinchos. Los Stormcrows estaban representados por dos mercenarios experimentados, un arquero llamado Jokin y el cicatrizado y amargado hombre de la hacha conocido simplemente como el Viudo. Los dos habían asumido el mando conjunto de la compañía en la ausencia de Daario Naharis. La mayoría del khalasar de la reina se había ido con Aggo y Rakharo para buscarla en el mar Dothraki, pero el bizco y patizambo jaqqa rhan Rommo estaba allí para hablar en nombre de los jinetes que se quedaron.

Sentados a la mesa enfrente de Ser Barristan estaban cuatro antiguos guardias del rey Hizdahr, los luchadores de la fosa Goghor el Gigante, Belaquo Rompehuesos, Camarron del Conde, y el Gato Manchado. Selmy había insistido en su presencia, pese a las objeciones de Shavepate Skahaz. Ellos habían ayudado a Daenerys Targaryen a tomar esta ciudad una vez, y eso no debía ser olvidado. Podían ser brutos y asesinos bañados sangre, pero a su manera habían sido leales…. al rey Hizdahr, sí, pero también a la reina.

Último en llegar, Belwas el Fuerte entró pesadamente en la sala.

El eunuco había visto la muerte a la cara, tan cerca que podría haberla besado en los labios. Esto lo había marcado. Parecía que había perdido dos piedras de peso, y la piel de color marrón oscuro que una vez estuvo estirada a lo largo de todo su enorme pecho y vientre, marcada por un centenar de cicatrices desvanecidas, ahora colgaba en pliegues, flácida y oscilante, como una túnica tres tallas más grande. Su paso también se veía afectado, ahora parecía un poco incierto.

Aún así, el verlo alegró el corazón del viejo caballero. Había cruzado una vez el mundo con Belwas el Fuerte, y sabía que podía confiar en él, mas si todo esto llegaba a las espadas. –Belwas. Nos alegra que pudieras unirte a nosotros.

–BarbaBlanca– Belwas sonrió. –¿Dónde está el hígado y las cebollas? Belwas el Fuerte no es tan fuerte como antes, debe comer, hacerse grande otra vez. Hicieron que Belwas el Fuerte enfermara. Alguien tiene que morir.

«Alguien lo hará. Muchos lo harán, guste o no». –Siéntate, amigo mío.– Cuando Belwas se sentó y cruzó sus brazos, Ser Barristan continuó. –Quentyn Martell falleció esta mañana, justo antes del amanecer.

El Viudo se echó a reír. –El jinete de dragones.

–El loco, yo lo llamaría– dijo Symon Stripeback.

No, sólo un muchacho. Ser Barristan no había olvidado las locuras de su juventud. –No hablen mal de los muertos. El príncipe pagó un precio terrible por lo que hizo.

–Y los otros Dornienses?– Preguntó Tal Taraq. –Prisioneros, por el momento– Ninguno de los Dornienses había ofrecido resistencia alguna. Archibald Yronwood había estado acunando el cuerpo quemado y humeante de su príncipe cuando las Bestias de Bronce los encontraron, sus manos quemadas lo testificaban, las había utilizado para apagar las llamas que habían envuelto a Quentyn Martell. Gerris Drinkwater estaba de pie sobre ellos con la espada en las manos, pero había dejado caer la hoja en el momento que las langostas habían aparecido. –Ahora comparten una celda.

–Dejemos que compartan una horca– dijo Symon Stripeback. –Desataron dos dragones en la ciudad.

–Abran las fosas y denles espadas– instó el Gato Manchado. –Voy a matarlos a ambos para que todo Meereen aclame mi nombre.

–Las fosas de lucha permanecerán cerradas– dijo Selmy. –La sangre y el ruido sólo serviría para llamar a los dragones.

–A los tres, tal vez– sugirió Marselen. –La bestia negra vino una vez, ¿por qué no otra vez? Esta vez con nuestra reina.

«O sin ella». De volver Drogon a Meereen sin Daenerys montada en su espalda, la ciudad estallaría en una erupción en la sangre y fuego, de eso Ser Barristan no tenía ninguna duda. Y también los hombres sentados en esta misma mesa de pronto podrían iniciar una pelea, unos contra otros. Podía ser una niña, pero Daenerys Targaryen era lo único que los mantenía unidos.
–Su Gracia volverá cuando ella regrese– dijo Ser Barristan. –Tenemos reunidas mil ovejas en la fosa Daznak, hemos llenado la fosa de Ghrazz con bueyes, y la fosa de Oro con las bestias que Hizdahr zo Loraq habían reunido para sus juegos. –Pero por el momento los dos dragones

parecen tener solo gusto por la carne de cordero, regresan a Daznak cada vez que tienen hambre. Si alguno de ellos estaba cazando hombres, dentro o fuera de la ciudad, Ser Barristan aún no había oído hablar de ello. El único Meereenese que los dragones habían matado desde Harghaz el Héroe, había sido el tonto esclavo que intentó oponerse a Rhaegal cuando este hacía su guarida en la cima de la pirámide de Hazkar. –Tenemos asuntos más apremiantes que discutir. He enviado a la Gracia Verde a Yunkishmen a hacer los arreglos para la liberación de los rehenes. Espero que regrese al mediodía con una respuesta.

–Con solo palabras– dijo el Viudo. –Los Stormcrows conocen a los Yunkai'i. Sus lenguas son gusanos que se retuercen de una u otra forma. La gracia Verde volverá con palabras de gusano, no con el capitán.

–Si le parece bien a la Mano de la reina de recordar, el Maestros Sabios retienen a nuestro Héroe también– dijo Gusano Gris. –Y también a Jhogo, Señor de Caballos, jinete de sangre de la propia reina.

–Sangre de su sangre– asintió el Rommo Dothraki. –Él debe ser liberado. El honor de la khalasar lo exige.

–Será puesto en libertad– dijo Ser Barristan, –pero primero debemos esperar y ver si la Gracia Verde puede lograr

Skahaz Shavepate dio un puñetazo sobre la mesa. –La Gracia Verde no logrará *nada*. Incluso, ella puede estar conspirando con los Yunkai'i mientras estamos aquí sentados. ¿*Acuerdos*, ha dicho usted? ¿*Hacer acuerdos*? ¿Qué tipo de *acuerdos*?

–Rescates– dijo Ser Barristan. –Cada uno su peso en oro.

–Los Maestros Sabios no necesita nuestro oro, ser– dijo Marselen. –Ellos son más ricos que sus Señores Westerosi, cada uno de ellos.

–Sus mercenarios querrán oro, sin embargo. ¿Qué son los rehenes para ellos? Si los Yunkish se niegan, verán surgir cuchillos entre ellos y sus mercenarios.– «O al menos eso espero». Había sido Missandei quien le sugirió esta táctica. Nunca hubiera pensado en una cosa sí por sí mismo. En Desembarco del Rey, los sobornos habían sido el dominio Meñique, mientras que Lord Varys tenía la tarea de fomentar la división entre los enemigos de la corona. Sus deberes habían sido más sencillos. «Once años de edad, y sin embargo, Missandei es tan inteligente como la mitad de los hombres en esta mesa y más sabia que todos ellos». –He dado instrucciones a la Gracia Verde de presentar esta oferta sólo cuando todos los comandantes de Yunkish se hayan reunido para escucharla.

–Se negarán, aún así– insistió Symon Stripeback. –Dirán que quieren a los dragones muertos, y el rey restaurado

–Rezo para que te equivoques.– «Y temo que tengas la razón».

–Sus dioses están lejos, Ser Abuelo –, dijo el Viudo. –No creo que escuchen sus oraciones. Y cuando los Yunkai'i envíen de regreso a la vieja para escupir en su ojo, ¿entonces qué?

–*Fuego y sangre*– dijo Barristan Selmy, suavemente, suavemente.

Durante un largo rato nadie habló. Luego Belwas el Fuerte se palmeó en el vientre y le dijo: –Mejor que hígado y cebollas– y Skahaz Shavepate miró a través de los ojos de la máscara de cabeza de lobo y dijo: –Romperías la paz del rey Hizdahr, anciano?

–La rompería– Una vez, hace mucho tiempo, un príncipe lo había nombrado Barristan el Temerario. Una parte de ese niño estaba en él todavía. –Hemos construido un pira en lo alto de la pirámide, donde una vez la arpía estuvo de pie. Madera seca empapada de aceite, cubierta para protegerla de la lluvia. Cuando llegue la hora, y ruego que no lo haga, vamos a prender la pira. Las llamas será su señal para salir fuera de nuestras puertas y atacar. Cada uno de ustedes tendrá un papel que desempeñar, por lo que todo hombre debe estar listo en todo momento, día y noche. Vamos a destruir a nuestros enemigos o destruirnos nosotros mismos. –Levantó una mano para señalar a sus escuderos en espera. –He traido algunos mapas para mostrar las posiciones de nuestros enemigos, sus campos y líneas de asedio y catapultas. Si podemos romper a los esclavistas, sus mercenarios los abandonarán. Sé que tendrán preocupaciones y preguntas. Háganlas aquí. Al momento de dejar esta mesa, todos nosotros debemos ser una sola mente, con un único propósito.

–Es mejor mandar por un poco de comida y bebida, entonces– sugirió Symon Stripeback. –Esto va a tomar un tiempo.

Se tomó el resto de la mañana y parte de la tarde. Los capitanes y comandantes discutieron sobre los mapas como verduleras ante una cubeta de cangrejos. Puntos débiles y puntos fuertes, la mejor manera de emplear su pequeña compañía de arqueros, si los elefantes se deberían utilizar para romper las líneas Yunkish o se debería mantenerlos en reserva, quien debería tener el honor de dirigir la primera carga, si la caballería debería desplegarse en los flancos o en la vanguardia.

Ser Barristan dejó que cada hombre dijera lo que pensaba. Tal Toraq pensó que deberían marchar sobre Yunkai una vez que se hubieran roto las líneas, la Ciudad Amarilla estaría casi sin defensa, por lo que los Yunkai'i no tendrían más remedio que levantar el sitio y seguirlos. El Gato Manchado propuso desafiar al enemigo para que enviara a su campeón a enfrentarse con él en combate singular. A Belwas el Fuerte le gustaba esa idea, pero insistió en que él debería luchar, no el Gato. Camarron del Conde presentó un plan para apoderarse de los buques amarrados a lo largo de las orillas del río y utilizar la Skahazadhan para llevar 300 combatientes de la fosa a la parte trasera de los Yunkish. Todos estuvieron de acuerdo en que los Inmaculados era su mejor tropa, pero no acordaban cómo deberían ser desplegados. El Viudo deseaba utilizar a los eunucos como una cuña de hierro para pasar a través del corazón de las defesas Yunkish. Marselen sentían que estarían mejor colocados en los extremos de la línea principal de batalla, donde podrían hacer retroceder cualquier intento del enemigo de romper sus flancos. Symon Stripeback quería dividirlos en tres y se distribuirlos entre las tres compañías de libertos. Sus Hermanos Libres eran valientes y estaban dispuestos a luchar, afirmó, pero sin los Inmaculados para endurecerlos temía que sus tropas sin sangre tal vez no tuvieran la disciplina para hacer frente

por si mismos a experimentados espadas. Gusano Gris tan sólo dijo que los Inmaculados obedecerían lo que se les pidiera.

Y cuando eso había sido discutido, debatido y decidido, Symon Stripeback comentó un último punto. –Como esclavo en Yunkai ayudé a mi maestro en la negociación con las compañías libres y vi el pago de sus salarios. Conozco a los mercenarios, y sé que los Yunkai'i no pueden pagar lo suficientemente para que enfrenten la flama de Dragón. Así que les pregunto... si la paz falla y se debe entrar en batalla, Vendrán los dragones? Se unirán a la lucha?

«Ellos vendrán», Ser Barristan podría haber dicho. «El ruido los atraerá, los gritos y alaridos, el olor a la sangre. Eso los atraerá a los campos de batalla, al igual que los gritos de la Fosa Daznak atrajo a Drogon a las arenas escarlata» Pero cuando lleguen, reconocerán un lado del otro? De alguna manera no creía que fuera así. Así que se limitó a decir*:* –Los dragones harán lo que los dragones hacen. Si vienen, es posible que con sólo la sombra de sus alas sea suficiente para desalentar a los traficantes de esclavos y hacerlos huir– Luego les agradeció y los despidió a todos.

Gusano Gris se quedó después que los demás se habían ido. –Éstos estarán listos para cuando el fuego de la pira sea encendido. Pero la Mano seguramente debe saber que cuando ataquemos, los Yunkai'i matarán a los rehenes.

–Voy a hacer todo lo posible para evitar eso, mi amigo. Tengo…. Un plan. Pero le ruego me disculpe. Es hora de que los Dornienses sepan que su príncipe ha muerto.

Gusano Gris inclinó la cabeza. –Este obedece.

Ser Barristan tomó a dos de sus nuevos caballeros con él hacia a las mazmorras. Se sabe que el dolor y culpa han llevado hombres buenos a la locura, y Archibald Yronwood y Gerris Drinkwater habían desempeñaron un papel importante en la desaparición de su amiga. Pero cuando llegaron a la celda, les dijo a Tum y a Cordero Rojo que esperaran afuera mientras él entraba para decirles a los Dornish que la agonía del príncipe había terminado.

Ser Archibald, el calvo, no tenía nada que decir. Se sentó en el borde de su lecho, mirando hacia sus manos, vendadas con su propia ropa. Ser Gerris golpeó una de las paredes. –Le dije que era una locura. Le rogué que regresara a casa. La puta de su reina no tenía ningún uso para él, cualquier hombre podría ver eso. Cruzó el mundo para ofrecerle su amor y fidelidad, y se rió en su cara.

–Ella nunca se rió– dijo Selmy. –Si la conociera, lo sabría.

–Ella lo rechazó. Él le ofreció su corazón y ella se lo tiró a la cara y se fue a follar con su mercenario.

–Tienes una mejor defensa que la lengua, ser.– A Ser Barristan no le gustaba este Gerris Drinkwater, ni iba a permitir que difamara a Daenerys. –La muerte del príncipe Quentyn fue su propia obra, y la suya.

–¿Nuestra? ¿Cómo que fue nuestra culpa, ser? Quentyn era nuestro amigo, sí. Un poco de tonto, se podría decir, pero todos los soñadores son tontos. Pero antes que nada era nuestro príncipe. Nosotros le debíamos obediencia.

Barristan Selmy no podía negar la verdad en eso. Había pasado la mayor parte de su propia vida obedeciendo las órdenes de borrachos y locos. –Llegó demasiado tarde.

–Le ofreció su corazón– dijo Ser Gerris nuevamente.

–Ella necesitaba espadas, no corazones.

–Le habría dado las lanzas de Dorne también.

–Ojalá las hubiera tenido– Nadie había querido que Daenerys mirara con buenos ojos al príncipe Dornish más que Barristan Selmy. –Sin embargo llegó demasiado tarde, y esta locura ... la compra de mercenarios, liberar a dos dragones en la ciudad ... fue una locura y más que una locura. Eso fue traición.

–Lo que hizo lo hizo por amor a la Reina Daenerys– insistió Gerris Drinkwater. –Para demostrar su valía y demostrar que era digno de su mano.

El anciano caballero había oído suficiente. –Lo que el príncipe Quentyn hizo lo hizo por Dorne. ¿Me toman por un anciano chocho? Me he pasado la vida en torno a reyes, a reinas y príncipes. Lo que Lanceros del Sol quería era tomar las armas contra el Trono de Hierro. No, no se moleste en negarlo. Doran Martell no es un hombre que llame a sus lanzas sin esperanza de victoria. El deber trajo al Príncipe Quentyn aquí. Deber, honor, la sed de gloria… nunca el amor. Quentyn estaba aquí por los dragones, no por Daenerys.

–No lo conocías, ser. Él –

–Está muerto, Drinkwater– Yronwood se puso de pie. –Las palabras no lo traerán de vuelta. Cletus y Will están muertos también. Así que cierra la puta boca antes de que te meta mi puño en ella.– El caballero grande se volvió a Selmy. –¿Qué van a hacer con nosotros?

–Skahaz Shavepate quiere colgarlos. Mataron a cuatro de sus hombres. Cuatro de los hombres de la reina. Dos eran libertos que habían seguido a Su Gracia desde Astapor .

Yronwood no parecía sorprendido. –Los hombres bestia, sí. Yo sólo maté a uno, a la cabeza de basilisco. El mercenario mató a los demás. No importa, sin embargo, ya lo sé.

–Estábamos protegiendo a Quentyn– dijo Drinkwater. –Nosotros …

–*Cállate*, Drink. Eso ya lo sabe.– El caballero grande dijo a Ser Barristan, –No tenía que venir a hablar si lo que quieren es colgarnos. Así que no es eso, ¿verdad?

–No.– «Puede que no sea tan torpe como parece». –Puedo usarlos más vivos que muertos. Sírvanme y después buscaré un barco para que vuelvan a Dorne y regresen los huesos del Príncipe Quentyn a su Señor padre.

Ser Archibald hizo una mueca. –¿Por qué siempre en barco? Alguien tiene que llevar a casa Quent, sin embargo. ¿Por qué nos lo pide a nosotros, ser?

–Sus espadas.

–Tiene miles de espadas.

–Los libertos de la reina están todavía sin sangre. De los mercenarios no confío. Los Inmaculados son soldados valientes... pero no son guerreros. No son *caballeros*.– Hizo una pausa. –¿Qué pasó cuando trataron de capturar a los dragones? Cuéntenme.

Los Dornienses intercambiaron una mirada. Luego Drinkwater dijo, –Quentyn le dijo al Príncipe Andrajoso que él podía controlarlos. Estaba en su sangre, dijo. Que él tenía sangre Targaryen.

–La sangre del dragón.

–Sí. Se suponía que los mercenarios nos ayudarían a encadenar a los dragones para pudiéramos llegar a los muelles.

–Trapos hizo arreglos para el barco– dijo Yronwood. –Uno grande, en caso de capturar ambos dragones. Y Quent iba a montar en el otro.– Se miró las manos vendadas. –Sin embargo, en el momento en que entramos, se pudo ver nada de esto iba a funcionar. Los dragones eran demasiado salvajes. Las cadenas... había partes de cadenas quebradas de todas partes, cadenas enormes, con eslabones del tamaño de una cabeza, mezclados todo con huesos agrietados y astillados. Y Quent, Siete sálvenlo, parecía que iba a ensuciar sus calzones. Caggo y Meris no estaban ciegos, lo vieron también. Entonces uno de los ballesteros disparó. Tal vez su intención todo el tiempo fue matar a los dragones y sólo nos utilizaron para llegar a ellos. Nunca se sabe con Andrajos. De cualquier forma, esto no fue inteligente. Esto acabó de hacer enojar a los dragones, Para empezar, no estaban de buen ánimo. Entonces... entonces las cosas se pusieron muy mal.

–Y los de la Windblow huyeron– , dijo Ser Gerris. –Quent estaba gritando, cubierto en llamas, y se habían ido. Caggo, Bonita Meris, todos con excepción de los muertos.

–Ah, ¿qué esperabas Drink? Un gato matará a un ratón, un cerdo se revolcará en la mierda, y un mercenario se escurrirá cuando más se le necesite. No se les puede culpar. Sólo es la naturaleza de la bestia.

–No estás errado– dijo Ser Barristan. –¿Qué promesa hizo el príncipe Quentyn al Príncipe Andrajoso a cambio de toda su ayuda?

No obtuvo respuesta. Ser Gerris miró Ser Archibald. Ser Archibald se miró las manos, el piso, la puerta.

–Pentos– dijo Ser Barristan. –Él le prometió Pentos. Díganlo. Ahora ya no hay palabras que puedan ayudar o dañar al Príncipe Quentyn.

–Sí– dijo Archibald sintiéndose desgraciado. –Fue Pentos. Hicieron marcas en el papel, los dos.
«Hay una oportunidad aquí». –Todavía tenemos algunos Windblows en las mazmorras. A los desertores fingidos.

–Recuerdo– dijo Yronwood. –Hungerford, Straw, todos esos. Algunos de ellos no eran tan malos para ser mercenarios. Otros, bueno, podría ser que soporten morir un poco. ¿Qué con ellos?

–Quiero enviarlos de regreso al Príncipe Andrajoso. Y a ustedes con ellos. Serán dos entre miles. Su presencia en los campamentos Yunkish pasará desapercibida. Los quiero para enviar un mensaje al Príncipe Andrajoso. Díganle que yo los envié, que hablo con la voz de la reina. Dígale que vamos a pagar su precio, si libera a nuestros rehenes, sanos y salvos y completos.

Ser Archibald hizo una mueca. –Trapos y Andrajos preferirá entregarnos a Bonita Meris. Él no lo hará.

–¿Por qué no? La tarea es bastante simple.– «Comparada con robar dragones». –Una vez saqué al padre de una reina fuera de Duskendale.

–Eso fue Westeros– dijo Gerris Drinkwater. –Esto es Meereen.

–Arch no puede ni siquiera sostener una espada con las manos.

–Puede que no lo necesite. Tendrán mercenarios con ustedes, a menos que me equivoque de hombre.

Gerris Drinkwater echó hacia atrás su mechón de cabello con rayos sol. –Podríamos tener algo de tiempo para discutir esto entre nosotros?

–No– dijo Selmy.

–Lo haré– ofreció Ser Archibald, –con tal de que no hayan malditos barcos involucrados. Drink lo hará también.– Sonrió. –Él no lo sabe todavía, pero lo hará.

Y eso fue hecho.

«La parte sencilla, al menos», pensó Barristan Selmy, mientras realizaba el largo ascenso de regreso a la cima de la pirámide. La parte más difícil la había dejado en manos de los Dornienses. Su abuelo se habría horrorizado. Los Dornish eran caballeros, al menos de nombre, aunque sólo Yronwood lo impresionó por ser de verdadero acero. Drinkwater tenía solo una cara bonita, una lengua locuaz, y una cabeza con fino cabello.

Para cuando el viejo caballero regresó a las salas de la reina en la cima de la pirámide, el cadáver del príncipe Quentyn había sido retirado. Seis de los jóvenes coperos jugaban algún juego de niños cuando entró, sentados en círculo en el suelo mientras se turnaban para hacer girar una daga. Cuando el bambaleó se detenía había que cortar un mechón de pelo de cualquiera de ellos al que la hoja estaba señalando. Ser Barristan había jugado un juego similar con sus primos cuando él era un niño en el Salón de la Cosecha ... aunque en Westeros, según recordaba, también implicaba besar. –Bhakaz– gritó. –Una copa de vino. Grazhar, Azzak, la puerta es suya. Estoy esperando la Gracia Verde. Tráiganla en cuando llegue. De otra manera, no deseo ser molestado.

Azzak se puso en pie. –A sus órdenes, Lord Mano.

Ser Barristan salió a la terraza. La lluvia había cesado, aunque una pared de nubes de color gris pizarra ocultaba al sol, mientras este hacía su descenso en la Bahía de Esclavos. Algunos mechones de humo aún se levantaban de las piedras ennegrecidas de Hazdar, como listones retorcidos por el viento. A lo lejos, hacia el este, más allá de las murallas de la ciudad, vio unas alas pálidas en movimiento sobre una línea distante de colinas. *Viserion*. A lo mejor cazando, o volando sólo para volar.

Se preguntó dónde estaría Rhaegal. Hasta ahora, el dragón verde había demostrado ser más peligroso que el blanco.

Cuando Bhakaz trajo su vino, el viejo caballero tomó un largo trago y envió al niño por agua. Unas cuantas copas de vino podría ser lo justo para ayudarlo a dormir, pero necesitaría de todo su ingenio para cuando regresara Galazza Galare de negociar con el enemigo. Así que bebía su vino rebajado con agua, mientras el mundo se oscurecía a su alrededor. Estaba muy cansado y lleno de dudas. El Dornish, Hizdahr, Reznak, el ataque... ¿estaba haciendo lo correcto? ¿Estaba haciendo lo que Daenerys hubiera querido? «No fui hecho para esto». Otros Guardias Reales habían servido como Mano antes que él. No muchos, unos pocos. Había leído de ellos en el Libro Blanco. Ahora se encontró preguntándose si se habían sentido tan perdidos y confundidos como él lo estaba ahora.

–Lord Mano– Grazhar estaba en la puerta, con una vela en la mano. –La Gracia Verde ha llegado. Usted pidió que se le notificara.

–Hazla entrar y enciende algunas velas.

Galazza Galare era asistida por cuatro Gracias Rosas. Un aura de sabiduría y dignidad parecía que la rodeaba, cosa que Ser Barristan no podía dejar de admirar. «Esta es una mujer fuerte, y ha sido una leal amiga de Daenerys». –Lord Mano– dijo, su cara oculta detrás de brillantes velos verdes. –¿Me puedo sentar? Estos huesos están viejos y cansados.

–Grazhar, una silla para la Gracia Verde.– Las Gracias Rosas se colocaron a su espalda, con los ojos bajos y las manos cruzadas delante de ellas. –¿Puedo ofrecerle un refresco?– Preguntó Ser Barristan.

–Eso sería muy bienvenido, Ser Barristan. Mi garganta está seca de hablar. ¿Un zumo quizá?

–Como desee– Hizo una señal a Kezmya y lo mando a buscar para la sacerdotisa, un vaso de jugo de limón endulzado con miel. Para beber, la sacerdotisa tenía que quitarse el velo, y le recordó a Selmy lo vieja que ella era. «Veinte años mayor que yo, o más». –Si la reina estuviera aquí, sé que ella se me uniría para darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotros.

–Su Magnificencia siempre ha sido muy amable.– Terminó Galazza Galare su bebida y se sujetó el velo nuevamente. –¿Ha habido alguna noticia de nuestra dulce reina?

–Ninguna por el momento.

–Voy a rezar por ella. ¿Y del rey Hizdahr, si se me permite el atrevimiento? ¿Se me permitiría ver a Su Resplandor?

–Muy pronto, espero. Esta sano y salvo, se lo prometo.

–Estoy muy complacida de escuchar eso. Los Sabios Maestros de Yunkai preguntaron por él. No debería sorprenderse escuchar que su deseo es que el noble Hizdahr sea restablecido de inmediato al lugar que le corresponde.

–Lo será, si se puede demostrar que él no trató de matar a nuestra reina. Hasta ese momento, Meereen será gobernada por un consejo de leales y justos. Hay un lugar para usted en ese consejo. Yo sé que usted tiene mucho que enseñar a todos, su benevolencia. Necesitamos de su sabiduría.

–Me temo que me halaga con cortesías vacías, Lord Mano– dijo la Gracia Verde. –Si de verdad me considera sabia, présteme atención. Suelte al noble Hizdahr y restáurelo en su trono.

–Sólo la reina puede hacer eso.

Por debajo de sus velos, la Gracia Verde suspiró. –La paz por la que hemos trabajado tan duro, revolotea como una hoja en el viento de otoño. Estos son días terribles. La muerte acecha nuestras calles, cabalgando la yegua pálida del tres veces maldito Astapor. Dragones acechan los cielos, hartándose con la carne de los niños. Cientos están tomando barcos de vela hacia Yunkai, para Tolos, hacia Qarth, hacia cualquier refugio que los acoja. La pirámide de Hazkar se ha derrumbado en ruinas humeantes, y muchos de antiguos linajes yacen muertos bajo sus piedras ennegrecidas. Las pirámides de Uhlez y Yherizan se han convertido en las guaridas de los monstruos, y sus maestros ahora son mendigos sin hogar. Mi pueblo ha perdido toda esperanza y se volvió contra sus propios dioses, entregando sus noches a la embriaguez y a la fornicación.

–Y al asesinato. Los Hijos de Arpía asesinaron a treinta esta noche.

–Me duele escuchar esto. Razón de más para liberar al noble Hizdahr zo Loraq, quien detuvo tales asesinatos una vez.

«¿Y cómo logró eso, a menos que él mismo sea la arpía?» –Su Gracia le dio su mano a Hizdahr zo Loraq, lo hizo su rey consorte y, restauró el arte mortal como él le rogó. A cambio él le dio langostas envenenadas.

–A cambio él le dio la paz. No arroje eso lejos, ser, se lo ruego. La paz es una perla sin precio. Hizdahr es de Loraq. Nunca se ensuciaría las manos con veneno. Él es inocente.

–¿Cómo puede usted estar tan segura?– «A menos que sepa quién es el envenenador». –Los dioses de Ghis me han dicho.

–Mis dioses son los Siete, y los Siete han guardado silencio sobre este asunto. Su Sabiduría, Presentó mi oferta?

–A todos los señores y capitanes de Yunkai, como usted me ha mandado... pero me temo que no le gustará su respuesta.

–¿Se negaron?

–Ellos lo hicieron. Ninguna cantidad de oro va a comprar a su gente de nuevo, me dijeron. Sólo la sangre de los dragones podrá liberarlos de nuevo.

Era la respuesta que Ser Barristan esperaba, aunque no la que él había deseado. Su boca se apretó.

–Yo sé que estas no eran las palabras que usted quería oír– dijo Galazza Galare. –Sin embargo, yo lo entiendo. Estos dragones son bestias crueles. Yunkai les teme... y con razón, no lo puede negar. Nuestras historias hablan de Lores de dragones de la temible Valyria y de la devastación que llevaron sobre los pueblos del antiguo Ghis. Incluso a su joven reina, Daenerys que se hacía llamar la Madre de Dragones... la vimos arder, ese día en la fosa... aun ella no estaba a salvo de la ira del dragón.

–Su Gracia no es... ella...

–... está muerta. Que los dioses le concedan un dulce sueño– Brillaron lágrimas detrás de sus velos. –Deje que sus dragones también mueran.

Selmy estaba buscando una respuesta cuando oyó el sonido de fuertes pisadas. La puerta estalló hacia adentro, y Skahaz mo Kandaq irrumpió con cuatro Bestias de Bronce detrás de él. Cuando Grazhar trató de cerrarle el paso, empujó al chico hacia un lado.

Ser Barristan se puso de pie rápidamente. –¿Qué sucede?

–Los trabucos– gruñó el Shavepate. –Los seis.

Galazza Galare se levantó. –Así es como los Yunkai responden a su oferta, ser. Le advertí que no le gustaría su respuesta.

«Ellos eligen la guerra, entonces. Que así sea». Ser Barristan se sentía extrañamente aliviado. A la guerra él la comprendía. –Si ellos piensan que van a romper Meereen lanzando piedras ..

–No son piedras– La voz de la anciana estaba llena de dolor, de miedo. –Cadáveres.

71. DAENERYS

El cerro era una isla pedregosa en un mar de verde.

A Dany le llevó la mitad de la mañana el descenso. Para cuando alcanzó el pié se había quedado sin aliento. Sus músculos dolían, y sintió como si empezara a tener fiebre. Las rocas habían arañado sus manos desnudas. «Son aún mejores de lo que eran», decidió mientras se toqueteaba una ampolla rota. Su piel estaba rosada y sensible, y un fluido lechoso claro estaba goteando de sus palmas agrietadas, pero sus quemaduras estaban curando.

El cerro surgía imponente desde aquí abajo. A Dany le dio por llamarla Rocainterminable, en honor a la antigua ciudadela donde había nacido. No tenía recuerdos de esa Rocadragón, pero no se olvidaría pronto de esta. Matorrales hierva y maleza con espinos cubrían sus laderas más bajas; lo de arriba una maraña con picos de roca desnuda clavada brusca y repentinamente contra el cielo. Allí, en medio de pedruscos rotos, crestas afiladísimas, y formaciones en aguja, Drogon hizo su guarida dentro de una cueva poco profunda. Había morado allí desde hace algún tiempo, Dany se había dado cuenta cuando vio por primera vez la colina. El aire olía a ceniza, cada roca y árbol a la vista estaba chamuscado y ennegrecido, el suelo esparcido con huesos quemados y fracturados, pero había sido una casa para él.

Dany conocía el atractivo de una casa.

Hace dos días, escalando sobre una roca en aguja, había divisado agua hacia el sur, un hilo fino que relució brevemente mientras el sol se estaba poniendo. «Una corriente», decidió Dany. Pequeña, pero la llevaría a una corriente más grande, y esa corriente desembocaría en algún río pequeño, y todos los ríos en esta parte del mundo eran vasallos del Skahazadhan. Una vez encuentre el Skahazadhan solamente necesita seguirlo río abajo hasta Bahía de los Esclavos.

Es seguro, que habría regresado antes a Meereen sobre las alas del dragón. Pero ese era un anhelo que Drogon no parecía compartir.

Los señores de los dragones de la antigua Valyria habían controlado sus monturas con hechizos vinculantes y cuernos embrujados. Daenerys se valió de sólo una palabra y un látigo. Montada sobre el lomo del dragón, a menudo sentía como si estuviera aprendiendo a montar de nuevo. Cuando fustigaba a su yegua plata en su ijada derecha la yegua iba a la izquierda, el primer instinto para un caballo es huir del peligro. Cuando atravesaba el látigo en el lado derecho de Drogon viraba a la derecha, el primer instinto para un dragón siempre es atacar. A veces no parecía importar donde le golpeara, aunque, a veces iba donde quería y la llevaba con él. Ni látigo ni palabras podían girar a Drogon si el no deseaba ser girado. El látigo le enfadaba más de lo que le dolía, había venido para ver; como sus escamas habían crecido más duras que el cuerno.

Y no importa a que distancia el dragón volara cada día, al llegar el anochecer algún instinto le arrastraba a casa a Rocadragón. «Su casa, no la mía.» Su casa estaba de vuelta en Meereen, con su marido y su amante. Seguramente, Ahí era donde pertenecía.
«Sigue caminando. Si miro atrás estoy perdida.»

Los recuerdos caminaban con ella. Nubes vistas desde arriba. Caballos pequeños como hormigas pasando velozmente por la hierba. Una luna de plata, casi suficientemente cerca para tocarla. Ríos corriendo brillantes y azules por debajo, reflejando la luz del sol. «¿Nunca presenciaré estas visiones otra vez?» Sobre el lomo de Drogon se sentía «plena». Arriba en el cielo los enemigos de este mundo no podían tocarla. ¿Cómo podía dejar eso?

Aunque, llegó la hora. Una niña podía pasar su vida jugando, pero era una mujer adulta, una reina, una esposa, una madre para miles. Sus hijos tenían necesidad de ella. Drogon se había inclinado delante del látigo, y así debía ella. Tenía que ponerse su corona de nuevo y volver a su banco de ébano y a los brazos de su noble marido.

«Hizdahr, de los tibios besos.»

El sol calentaba esta mañana, el cielo azul y despejado. Eso era bueno. Las ropas de Dany eran apenas más que harapos, y ofrecían poco calor. Una de sus sandalias había resbalado durante su vuelo alocado desde Meereen y había dejado la otra arriba en la cueva de Drogon, prefiriendo ir descalza más que medio calzada. Su «tokar» y los velos los había abandonado en el foso, y su ropa blanca bajo la túnica nunca había sido confeccionada para resistir los días calurosos y las noches frías del mar dothraki. Sudor y hierba y mugre la habían manchado, y Dany había arrancado una tira del dobladillo para hacer una venda para su espinilla. «Debo parecer una andrajosa y una muerta de hambre», pensó, «pero si los días permanecen templados, no me helaré.»

La suya había sido una estancia solitaria, y la mayor parte de ella había estado herida y hambrienta … pero a pesar de ello aquí había sido feliz de una manera rara. «Unos pocos dolores, la barriga vacía, frio por la noche … ¿Que importa eso cuando puedes volar? Me gustaría repetirlo otra vez.»

Jhiqui y Irri estarían esperando en lo alto de su pirámide su regreso a Meereen, se dijo a sí misma. Su dulce escriba Missandei también, y todos sus pequeños pajes. Traerían su comida, y podía bañarse en la piscina bajo el árbol del caqui. Sería agradable sentirse limpia otra vez. Dany no necesitaba un espejo para saber que estaba mugrienta.

También estaba hambrienta. Una mañana había encontrado algunas cebollas silvestres creciendo abajo a medio camino en la pendiente sur, y más tarde ese mismo día un vegetal rojizo frondoso que podía haber sido algún tipo raro de repollo. Fuera lo que fuese, no se había puesto mala. A parte de eso, y un pez que había pescado en el manantial que alimentaba la charca exterior de la cueva de Drogon, había sobrevivido como mejor pudo de las sobras del dragón, de huesos quemados y pedazos de carne humeante, mitad carbonizada y mitad cruda. Necesitaba más, lo sabía. Un día dio una patada a un cráneo de oveja fracturado con el empeine de un pie descalzo y lo echó rebotando por encima del borde de la colina. Y mientras lo observaba caer por la empinada cuesta hacia el mar de hierba, se dio cuenta de que debía seguirlo.

Dany se puso en camino a través de la hierba alta a paso ligero. La tierra se sentía caliente entre los dedos de sus pies. La hierba era tan alta como ella. «Nunca me pareció tan alta cuando montaba sobre mi plata, cabalgando al lado de mi sol-y-estrellas a la cabeza de su khalasar.» Mientras caminaba, daba golpecitos a su muslo con el látigo del

amo del foso. Eso, y los harapos sobre su espalda, era todo lo que había cogido de Meereen.

Aunque caminaba a través del reino verde, no era del verde brillante intenso del verano. Incluso aquí el otoño hacía sentir su presencia, y el invierno no estaría muy lejos. La hierba estaba más clara de lo que recordaba, un verde pálido y enfermizo a punto de pasar a amarillo. Después de eso vendría el marrón. La hierba se estaba muriendo.

Daenerys Targaryen no era desconocida para el mar dothraki, el gran océano de hierba que se extendía desde el bosque de Qohor hasta la Madre de Montañas y el Vientre del Mundo. Lo había visto por primera vez cuando todavía era una niña, recién casada con Khal Drogo y en camino a Vaes Dothrak para ser presentada a las viejas brujas del «dosh khaleen». La visión de toda esa hierba siempre por delante la había dejado sin aliento. «El cielo estaba azul, la hierba estaba verde, y estaba llena de esperanza.» Ser Jorah había estado con ella entonces, su brusco Viejo oso. Había tenido a Irri y Jhiqui y Doreah para cuidar de ella, su sol-y-estrellas para guardarla por las noches, su hijo creciendo dentro de ella. «Rhaego. Iba a llamarle Rhaego, y el «dosh khaleen» dijo que sería el Semental Que Montaría al Mundo. » No desde esos apenas recordados días en Braavos cuando ella vivía en la casa con la puerta roja había sido tan feliz.

Pero en el Erial Rojo toda su alegría se había convertido en cenizas. Su sol-y-estrellas había caído de su caballo, la «maegi» Mirri Maz Duur había asesinado a Rhaego en su vientre, y Dany había asfixiado la cáscara vacía de Khal Drogo con sus dos manos. Después el gran «khalasar» de Drogo se hizo trizas. Ko Pono se nombró a si mismo Khal Pono y se llevó muchos jinetes con él, y muchos esclavos también. Ko Jhaqo se nombró a si mismo Khal Jhaqo y se fue cabalgando con todavía más. Mago, su jinete de sangre, violó y asesinó a Eroeh, una niña a la que Daenerys había salvado una vez de él. Solamente el nacimiento de sus dragones en medio del fuego y el humo de la pira funeraria de Khal Drogo había ahorrado a Dany misma de ser arrastrada de vuelta a Vaes Dothrak para vivir el resto de sus días entre las viejas brujas del «dosh khaleen».

«El fuego quemó mi pelo, pero a excepción de eso no me tocó.» Había sido igual en el Foso de Daznak. Podía recordar lo suficiente, aunque la mayoría de lo que siguió estaba en una neblina. «Unas cuantas personas, chillando y empujando.» Recordaba caballos encabritándose, un carro de comida derramando melones a medida que daba una vuelta de campana. De abajo vino volando una lanza, seguida por una bandada de flechas de ballesta. Una pasó tan cerca que Dany la sintió rozar su mejilla. Otras salieron despedidas de las escamas de Drogon, alojándose entre ellas, o desgarrando la membrana de sus alas. Se acordó del dragón retorciéndose bajo ella, estremeciéndose con los impactos, mientras trataba desesperadamente de estar aferrada a su lomo escamado. Las heridas estaban humeando. Dany vio una de las flechas repentinamente envuelta en llamas. Otra se cayó, suelta sacudida por el batir de sus alas. Debajo, vio hombres girando, envueltos en llamas, manos arriba en el aire como si les atrapara la agonía de alguna danza loca. Una mujer con un «tokar» verde intentó coger a un niño que lloraba, bajándole hasta sus brazos para protegerle de las llamas. Dany lo vio vívidamente tal como era, pero no la cara de la mujer. La gente estaba pisándola mientras se encontraban enredados sobre los adoquines. Algunos estaban en llamas.

Entonces todo eso se había marchitado, los sonidos disminuyendo, la gente encogiendo, las lanzas y flechas retrocediendo bajo ellos a medida que Drogon arañaba su camino en

el cielo. Arriba y arriba y arriba había ascendido con ella, dominando sobre las pirámides y los fosos, sus alas extendidas para atrapar el aire caliente ascendiendo de la ciudad desde los adoquines calentados al sol. «Si caigo y muero, aun así habría merecido la pena», había pensado.

Volaron al norte, más allá del río, Drogon planeando en vientos racheados y cambiantes a través de las nubes que ondeaban como estandartes de algún ejército fantasmal. Dany vislumbró las orillas de Bahía de los esclavos y el antiguo camino Valyrio que corría al lado a través de arena y desolación hasta que desapareció en el oeste. «El camino a casa.» Después no había nada bajo ellos excepto hierba meciéndose en el viento.

«¿Fueron así los primeros vuelos hace mil años?» Algunas veces parecía que así debió ser.

El sol calentaba más a medida que se elevaba, y pronto su cabeza estaba retumbando. El pelo de Dany había crecido de nuevo, pero lentamente. —necesito un sombrero,— dijo en voz alta. Arriba sobre Rocadragón había intentado confeccionar uno por sí misma, tejiendo juntos tallos de hierba como había visto hacer a las mujeres dothraki durante su tiempo con Drogo, pero o estaba usando el tipo de hierba equivocado o simplemente le faltaba la habilidad necesaria. Todos sus sombreros se hacían pedazos en sus manos. «Inténtalo de nuevo», se decía a sí misma. «Lo harás mejor la próxima vez. Eres de la sangre del dragón, puedes confeccionar un sombrero.» Lo intentó y lo intentó, pero su último intento no había tenido más éxito que el primero.

Era por la tarde cuando Dany encontró la corriente que había vislumbrado en lo alto de la colina. Era un canal, un arroyo, un hilito de agua, no más ancho que su brazo… y su brazo había adelgazado cada día que pasó sobre Rocadragón. Dany recogió un puñado de agua y se salpicó la cara. Cuando ahuecó sus manos, sus nudillos se escurrieron entre el fango del fondo de la corriente. Podía haber deseado agua más fría y más transparente… pero no, si iba a convertir sus esperanzas en deseos, desearía ser rescatada.

Todavía se aferraba a la esperanza de que alguien la seguiría. Ser Barriastan podía venir a buscarla; era el primero de su guardia de la reina, juró defender su vida con la suya. Y sus jinetes de sangre no eran extraños en el mar dothraki, y sus vidas estaban destinadas a ella misma. Su marido, el noble Hizdahr zo Loraq, podía enviar buscadores. Y Daario … Dany se lo imaginaba cabalgando hacia ella a través de la hierba alta, sonriendo, su diente de oro reluciendo con las últimas luces de la puesta de sol.

Solamente Daario había sido dejado a Yunkai, un rehén para asegurar que ningún daño vendría sobre los capitanes yunkios. «Daario y Hero, Jhogo y Groleo, y tres de los parientes de Hizdahr.» A esta hora, seguramente, todos sus rehenes habrían sido puestos en libertad. Pero …

Se preguntaba si las espadas de su capitán todavía colgaban de la pared junto a su cama, esperando que Daario volviera y las reclamara. «—dejaré a mis niñas contigo,—» había dicho. «—Guárdalas a salvo para mí, querida.—» Y se preguntó cuánto sabía Yunkai sobre lo que su capitán significaba para ella. Le había hecho a Ser Barristan esa pregunta la tarde que salieron los rehenes. —habrán oído el rumor,— había respondido. —Naharis puede incluso haber presumido de Su Alteza … de vuestra gran …

consideración … hacia él. Si me disculpa que los diga, la modestia no es una de las virtudes del capitán. Siente un gran orgullo por su … su compañero de armas.

«Presume de acostarse conmigo, quieres decir.» Pero Daario no habría sido tan tonto como para hacer tal presunción entre sus enemigos. «Eso no tiene importancia. Ahora Yunkai estará marchando a casa.» Eso era por lo que había hecho todo lo que había hecho. Por la paz.

Se volvió hacia el camino que había recorrido, hacía donde se alzaba Rocadragón sobre los campos de hierba como un puño cerrado. «Parece tan cercano. He estado caminando durante horas, sin embargo todavía parece como si pudiera extender la mano y tocarlo.» No era demasiado tarde para regresar. Había peces en el manantial que alimentaba la charca junto a la cueva de Drogon. Había pescado uno su primer día allí, podía pescar más. Y habría sobras de comida, huesos carbonizados con pedazos de carne todavía sobre ellos, los restos de las presas de Drogon.

«No», se dijo Dany. «Si miro atrás estoy perdida.» Podía vivir durante años entre las rocas calentadas por el sol de Rocadragón, cabalgando a Drogon de día y royendo sus sobras cada anochecer hasta que el gran mar de hierba se volviera de dorado a naranja, pero esa no era la vida para la que había nacido. Por tanto una vez más volvió su espalda a la distante colina y cerró sus oídos a la canción de vuelo y libertad que el viento cantaba mientras jugaba entre las crestas rocosas de la colina. La corriente estaba corriendo gota a gota hacia el sur cuarta al sur-sureste, lo más próximo posible que pudo contar. Lo siguió. «Llévame al río, eso es todo lo que te pido. Llévame al río, y haré el resto.»

Las horas pasaban lentamente. La corriente se curvaba de un lado a otro, y Dany seguía, golpeando el tiempo sobre sus piernas con el látigo, intentando no pensar a que distancia tenía que ir, o el retumbar dentro de su cabeza, o su barriga vacía. «Doy un paso. Doy el siguiente. Otro paso. Otro.» ¿Qué otra cosa podía hacer?

Había tranquilidad sobre su mar. Cuando el viento soplaba la hierba suspiraría cuando los tallos de la maleza se rozaban unos contra otros, susurrando en una lengua que sólo los dioses podían entender. Una y otra vez la pequeña corriente erosionaría cuando fluía rodeando una piedra. El fango chapoteaba entre sus dedos de los pies. Los insectos zumbaban alrededor de ella, libélulas holgazanas y avispas verdes brillando y mosquitos picando casi demasiado pequeños para verlos. Los aplastaba distraídamente cuando se posaban en sus brazos. Una vez se tropezó con una rata bebiendo de la corriente, pero huyó en cuando apareció, saliendo disparada entre los tallos para desaparecer en la hierba alta. Algunas veces escuchaba a los pájaros cantando. El sonido hacía a su barriga rugir, pero no tenía redes con que atraparlos, y hasta aquí no había salido a escena ningún nido. «Una vez soñé que volaba», pensó, «y ahora he volado, y sueño que robo huevos.» Eso la hizo reír. —Los hombres están locos y los dioses están más locos,— dijo a la hierba, y la hierba murmuró su acuerdo.

Ese día consiguió avistar a Drogon tres veces. Una vez estaba tan lejos que podía haber sido un águila, deslizándose dentro y fuera de nubes distantes, pero Dany conocía el aspecto de él por ahora, incluso cuando no era más que una manchita. La segunda vez paso delante del sol, sus alas negras extendidas, y el mundo se oscureció. La última vez voló directamente encima de ella, tan cerca que puedo escuchar el sonido de sus alas.

Durante medio latido de corazón Dany pensó que la estaba cazando, pero siguió volando sin percatarse de su presencia y desapareció en algún lugar hacia el este. «Menos mal», pensó.

El anochecer la cogió casi desprevenida. Mientras el sol se estaba dorando las distantes agujas de Rocadragón, Dany se tropezó con un muro bajo de piedra, lleno de maleza y roto. Quizá había sido parte de un templo, o el salón del señor del pueblo. Mas ruinas se extendían a allá de él, un antiguo pozo, y algunos círculos en la hierba que marcaban los lugares donde las casuchas habían estado una vez. Habían sido construidas de barro y paja, consideró, pero muchos años de viento y lluvia los habían convertido en nada. Dany encontró ocho antes de que el sol se pusiera, pero allí fuera podía haber más a lo lejos, ocultas en la hierba.

El muro de piedra había aguantado mejor que el resto. Aunque en ninguna sitio era más alto de tres pies, el ángulo donde se encontraba con otro, el muro todavía más bajo ofrecía algún refugio contra los elementos, y la noche estaba progresando deprisa. Dany se apretó a sí misma contra ese rincón, haciendo un nido con los puñados que arrancó de raíz de la hierba que crecía alrededor de las ruinas. Estaba muy cansada, y habían aparecido nuevas ampollas en ambos pies, incluso hace juego con sus rosados dedos de los pies. «Debe ser por el modo en que camino», pensó, riendo tontamente.

Mientras el mundo se oscurecía, Dany se instaló y cerró sus ojos, pero el sueño se negaba a venir. La noche era fría, el suelo duro, su barriga vacía. Se encontró a si misma pensando en Meereen, en Daario, su amor, y Hizdahr, su marido, en Irri y Jhiqui y la dulce Missandei, Ser Barristan y Reznak y Skahaz Cabeza Afeitada. «¿Temen mi muerte? Me perdí a lomos de un dragón. ¿Pensarán que me devoró?» Se preguntaba si Hizdahr era todavía rey. ¿Su corona había venido de ella, podía mantenerla en su ausencia? «Quería la muerte de Drogon. Le escuché. —Matarlo,— gritó, —matar a la bestia,— y la mirada de su cara era de codicia.» Y Belwas el Fuerte había caído sobre sus rodillas, teniendo arcadas y escalofríos. «Veneno. Tenía que ser veneno. Las langostas melosas. Hizdahr me animó, pero Belwas se las comió todas.» Había hecho a Hizdahr su rey, llevándole dentro de su cama, abrió los fosos de pelea para él, no tenía ninguna razón para quererla muerta. ¿Quién pudo haber sido si no? ¿Reznak, su senescal perfumado? ¿Yunkai? ¿Los Hijos de la Arpía?

Fuera en la distancia, un lobo aulló. El sonido la hizo sentirse triste y sola, pero no menos hambrienta. Mientras la luna estaba por encima de los campos de hierba, Dany se deslizó por fin en un sueño agitado.

Soñó. Todas sus preocupaciones se alejaron de ella, y todos sus dolores también, y pareció flotar ascendiendo al cielo. Estaba volando una vez más, girando, riendo, bailando, mientras las estrellas rodaban alrededor de ella y susurraban secretos en su oreja. —Para ir al norte, debes viajar al sur. Para llegar el oeste, debes ir al este. Para ir adelante, debes ir atrás. Para tocar la luz debes pasar bajo la sombra.

—¿Quaithe?— llamó Dany. —¿Dónde está, Quaithe?

Entonces vio. «Su máscara está hecha de luz de las estrellas.» —Recuerda quién eres, Daenerys,— las estrellas susurraban con la voz de una mujer. —El dragón lo sabe. ¿Lo sabes tú?

La mañana siguiente despertó entumecida y enfadada y dolorida, con hormigas andando sobre sus brazos y piernas y cara. Cuando se dio cuenta de los que eran, pateó a un lado los tallos de hierba marrón seca que había servido como su cama y manta y forcejeaba a sus pies. Tenía picaduras en todas partes, bultitos rojos, que pican e inflamados. «¿De dónde venían tantas hormigas?» Dany las quitó de sus brazos y piernas y barriga. Paso una mano por su recién crecido cuero cabelludo donde su pelo había ardido, y notó más hormigas sobre su cabeza, y una bajando por detrás de su cuello. Las tiro y las aplastó bajo sus pies descalzos. Había tantas …

Resultó que su hormiguero estaba al otro lado de su muro. Se preguntó como las hormigas se habían arreglado para escalar por encima de él y encontrarla. Para ellas estas piedras derrumbadas debían parecer tan enormes como el Muro de Poniente. «El Muro más grande del mundo», su hermano Viserys solía decir, tan orgulloso como si lo hubiera construido el mismo.

Viserys le contaba relatos de caballeros tan pobres que tenían que dormir bajo los antiguos setos que crecían a lo largo de los caminos poco frecuentados de los Siete Reinos. Dany habría dado mucho y más por un buen seto espeso. «Preferéntemente uno sin hormiguero.»

El sol estaba a punto de salir. Unas pocas estrellas brillantes quedaban en el cielo cobalto. «Quizá una de ellas es Khal Drogo, sentado sobre su fiero semental en las tierras de la noche y sonriéndome hacia aquí abajo.» Rocadragón todavía era visible sobre los campos de hierba. «Parece estar tan cerca. Ahora debo estar a varias leguas, pero parece como si pudiera estar de vuelta en una hora.» Quería echarse otra vez, cerrar sus ojos, y dedicarse ella misma a dormir. «No. Debo seguir adelante. La corriente. Sólo sigue la corriente.»

Dany se tomó un tiempo para comprobar su dirección. No quería haber andado por el camino equivocado y perder su corriente. —Mi amigo,— dijo en alto. —Si permanezco cerca de mi amigo no me perdería.— Habría dormido junto al agua si se atreviera, pero había animales que venían a la corriente a beber de noche. Había visto sus huellas. Dany sería una comida escasa para un lobo o un león, pero incluso una comida escasa era mejor que ninguna.

Una vez estuvo segura de cuál era el camino al sur, recontó sus pasos. La corriente apareció en el ocho. Dany ahuecó sus manos para beber. El agua produjo retortijones en su barriga, pero los retortijones eran más fáciles de soportar que la sed. No tenía otra bebida excepto el rocío matutino que brillaba en la hierba alta, y ninguna comida tampoco a menos que no le importara comer la hierba. «Podía intentar comer hormigas.» La amarillas pequeñas eran demasiado poco para proporcionar mucho en lo referente a nutrición, pero había hormigas rojas en la hierba, y esas eran más grandes. —Estoy perdida en el mar,— dijo mientras cojeó acompañando a su serpenteante arroyo, —tal vez encuentre algunos cangrejos, o un buen pez gordo.— Su látigo pegó suavemente contra su muslo, «wap wap wap». Un paso cada vez, y la corriente vería su casa.

Recién pasado el mediodía tropezó con un arbusto que crecía junto a la corriente, sus retorcidas ramas estaban cubiertas con bayas verde oscuro. Dany torció la vista hacia ellas con recelo, entonces arrancó una de una rama y la mordisqueó. Su carne era acida

y correosa, con un regusto amargo que le resultó familiar a ella. —En el «khalasar», utilizaban bayas como estas para dar sabor a los asados,— decidió. Diciéndolo en alto para convencerse de que era totalmente cierto. Su barriga hizo un ruido sordo, y Dany se encontró a si misma recolectando bayas con ambas manos y lanzándolas dentro de su boca.

Una hora más tarde su estómago comenzó a tener retortijones tanto que no pudo continuar. Pasó el reto de ese día devolviendo una baba verde. «Si me quedo aquí, moriré. Puedo estar muriéndome ahora.» ¿Separaría el dios caballo de los dothraki la hierba y la reclamaría para su «khalasar» en las estrellas, para que pueda cabalgar las tierras de la noche con Khal Drogo? En Poniente los muertos de la Casa Targaryen eran entregados a las llamas, ¿Pero aquí quién encendería su pira? «Mi carne alimentará a los lobos y cornejas», pensó con tristeza, «y los gusanos escarbarán a través de mi vientre». Sus ojos de volvieron hacia Rocadragón. Se veía más pequeña. Pudo ver humo elevándose de su cima esculpida por el viento, a millas de allí. «Drogon había regresado de cazar.»

El anochecer la encontró de cuclillas en la hierba, gimiendo. Cada deposición estaba más suelta que la anterior y olía más fétida. Para cuando la luna salió estaba cagando agua marrón. Cuanto más bebía, más cagaba, pero cuanto más cagaba, tanto más sedienta se volvía, y su sed la enviaba arrastrándose a la corriente para aspirar más agua. Cuando cerró sus ojos al final, Dany no sabía si sería suficientemente fuerte para abrirlos otra vez.

Soñó con su hermano muerto.

Viserys aparecía de la misma manera que estaba la última vez que le había visto. Su boca retorcida por la angustia, su pelo estaba quemado, y su cara estaba negra y humeando donde el oro fundido había caído sobre su frente y mejillas y dentro de sus ojos.

—Estás muerto,— dijo Dany.

«Asesinado.» Aunque sus labios nunca se movieron, de algún modo ella podía oír su voz, susurrando en su oreja. «Nunca lloraste mi muerte, hermana. Es duro morir sin ser llorado.»

—Te amé una vez.

«Una vez», dijo, tan amargamente que la hizo estremecerse. «Se suponía que serías mi mujer, para dar a luz mis hijos con pelo plateado y ojos púrpura, para mantener pura la sangre del dragón. Cuidé de tí. Te enseñé quién eras. Te alimenté. Vendí la corona de nuestra madre para mantenerte alimentada.»

—Me hiciste daño. Me asustaste.

«Sólo cuando despertaste al dragón. Te amaba.» —Me vendiste. Me traicionaste.

«No. Tú eras la traidora. Te volviste contra mí, contra tu propia sangre. Me engañaron. Tu marido de los caballos y sus apestosos salvajes. Eran tramposos y mentirosos. Me

prometieron una corona de oro y me dieron esto.» Tocó el oro fundido que estaba moviéndose lentamente hacia abajo por su cara, y el humo subió de su dedo.

—Podías haber tenido tu corona,— le dijo Dany. —Mi sol-y-estrellas la habría ganado para ti si solo hubieras esperado.

«Esperé suficiente tiempo. Esperé toda mi vida. Era su rey, su legítimo rey. Se rieron de mí.»

—Deberías haberte quedado en Pentos con el Maestre Illyrio. Khal Drogo tenía que presentarme al «dosh khaleen», pero no tenías que haber cabalgado con nosotros. Esa fue tu elección. Tu error.

«¿Quieres despertar al dragón, estúpida pequeña puta? El «khalasar» de Drogon era mío. Se lo compré, cien mil vociferantes. Pagué por ellos con tu cabeza de doncella.»

—Nunca entendiste. Los dothraki no compran ni venden. Dan regalos y los reciben. Si hubieras esperado …

«Esperé. Por mi corona, por mi trono, por ti. Todos esos años, y todo lo que conseguí fue una olla de oro fundido. ¿Por qué te dieron los huevos de dragón? Habrían sido míos. Si hubiera tenido un dragón, habría enseñado al mundo el significado de nuestras palabras.» Viserys empezó a reír, hasta que su mandibular se cayó de su cara, humo y sangre y oro fundido manaron de su boca.

Cuando despertó, sus muslos estaban manchados con sangre.

Por un momento no se dio cuenta de los que era. El mundo había justo comenzado a iluminarse, y la hierba alta susurró suavemente en el viento. «No, por favor, déjame dormir algo más. Estoy tan cansado.» Trató de acurrucarse de nuevo bajo la pula de hierba que había destrozado cuando se fue a dormir. Algunos de los tallos estaban mojados. ¿Había llovido otra vez? Se puso en guardia, con miedo a que se hubiera cagado encima mientras dormía. Cuando llevó sus dedos a su cara, pudo oler la sangre sobre ellos. «¿Me estoy muriendo?» Entonces vio la pálida luna creciente, flotando arriba por encima de la hierba, y vino a ella que esto no era más que su sangre de luna.

Si no hubiera estado tan enferma y asustada, eso podía haber supuesto un alivio. En cambio empezó a temblar violentamente. Restregó sus dedos entre la suciedad, y agarró un manojo de hierba para limpiarse entre las piernas. «El dragón no llora.» Estaba perdiendo sangre, pero era solo sangre de mujer. «La luna todavía estaba en cuarto creciente, aunque ¿Cómo puede ser eso?» Trató de recordar la última vez que había sangrado. ¿La última luna llena? ¿La anterior? ¿La anterior a esa? «No, no puede haber pasado tanto tiempo de eso.» —Soy de la sangre del dragón,— dijo a la hierba, en alto.

«Una vez», la hierba susurró en respuesta, «hasta que encadenaste a tus dragones en la oscuridad.»

—Drogon mató a una niña pequeña. Su nombre era … su nombre …— Dany no podía recordar el nombre de la hija. Eso la entristeció tanto que habría llorado si todas sus

lágrimas no se hubieran evaporado. —Nunca tendré una niña pequeña. Era la madre de Dragones.

«Si», dijo la hierba, «pero te volviste en contra de tus hijos.»

Su barriga estaba vacía, sus pies doloridos y con ampollas, y le parecía que los retortijones estaban aumentando a peor. Sus tripas estaban llenas de culebras retorciéndose mordiendo sus entrañas. Recogió un puñado de barro y agua con manos temblorosas. A mediodía el agua estaría tibia, pero en el frescor del alba era casi fría y la ayudaba a mantener sus ojos abiertos. Mientras se salpicaba su cara, vio sangre fresca en sus muslos. El andrajoso dobladillo de su ropa estaba manchado con ella. La visión de tanto rojo la asustó. «Sangre de luna, sólo es mi sangre de luna», pero no recordaba haber tenido nunca un flujo tan importante. «¿Podía ser el agua?» Si era el agua, estaba condenada. Tenía que beber o morir de sed.

—Camina,— Dany se ordenó a sí misma. —Sigue la corriente y te llevará a el Skahazadhan. Ahí es donde Daario te encontrará.— Pero necesitó toda su fuerza solo para ponerse de nuevo en pié, y cuando hizo todo lo que pudo hacer estaba allí de pié, febril y perdiendo sangre. Alzó sus ojos al vacío cielo azul, entrecerrando los ojos por el sol. «Ya había pasado la mitad del mañana», Se sabía, consternada. Se obligó a si misma a dar un paso, y después otro, y entonces estaba caminando una vez más, siguiendo la pequeña corriente.

El día aumentó el calor, y el sol pegaba fuerte sobre su cabeza y los restos quemados de su pelo. El agua chapoteaba contra las plantas de sus pies. Estaba caminando sobre la corriente ¿Cuánto tiempo había estado haciendo eso? El barro marrón claro sentaba bien entre sus dedos de los pies y ayudó a calmar sus ampollas. «En la corriente o fuera de ella, debo seguir caminando. El agua fluye cuesta abajo. La corriente me llevará al río, y el río me llevará a casa.»

Salvo que no lo quería, no realmente.

Meereen no era su casa, y nunca lo sería. Era una ciudad de hombres extraños con dioses extraños y extraños peinados, de traficantes de esclavos envueltos en «tokares», donde la gracia se ganaba mediante la prostitución, la matanza era un arte, y los perros eran un manjar. Meereen siempre sería la ciudad de la Arpía, y Daenerys no podía ser una arpía.

«Nunca», dijo la hierba, en el tono brusco de Jorah Mormont. «Estabas advertida, Alteza. Deja a la ciudad estar, dijo. Vuestra guerra está en Poniente, os lo dije.»

La voz no era más que un susurro, sin embargo de algún modo Dany sintió que estaba caminando justo detrás de ella. «Mi oso», pensó, «mi viejo agradable oso, que me amó y me traicionó.» Le había echado tanto de menos. Quería ver su cara fea, para echárselo a sus brazos y apretarse a sí misma contra su pecho, pero sabía que si se giraba Ser Jorah se habría ido. —Estoy soñando,— dijo. —Un sueño despierto, un sueño andante. Estoy sola y perdida.

«Perdida, porque te quedaste, en un lugar al que nunca estuviste predestinada», murmuró Ser Jorah, tan bajito como el viento. «Sola porque me enviasteis lejos de vuestro lado.»

—Me traicionaste. Me delataste, por oro.

«Por el hogar. El hogar fue todo lo que siempre quise.» —Y yo. Me quisiste.— Dany lo había visto en sus ojos.

«Lo hice», la hierba susurró, con tristeza. —Me besaste. Nunca te dije que podías, pero lo hiciste. Me vendiste a mis enemigos, pero tenías esa intención cuando me besaste.

«Os di buenos consejos. Reservad vuestras lanzas y espadas para los Siete Reinos, os dije. Dejad Meereen para los meereenos e id al oeste, dije. No escuchasteis.»

—Tenía que tomar Meereen o ver a mis hijos morirse de hambre durante la marcha.— Dany todavía podía ver el rastro de cuerpos que había dejado tras de sí cruzando el Erial Rojo. Era una visión que no deseaba ver de nuevo. —Tenía que tomar Meereen y alimentar a mi pueblo.

«Tomasteis Meereen», le dijo, «pero todavía os quedasteis.» —Para ser una reina.

«Sois una reina», dijo su oso. «En Poniente.» —Es tan largo el camino,— se quejó. —Estaba cansada, Jorah. Estaba harta de la guerra. Quería descansar, reir, plantar árboles y verles crecer. Sólo soy una niña joven.

«No. Sois de la sangre del dragón.» El susurro se estaba debilitando, como si Ser Jorah se estuviera quedando atrás. «Los dragones no plantan árboles. Recuerda eso. Recuerda quien sois, para que fuisteis hecha. Recuerda vuestras palabras.»

—Fuego y Sangre,— dijo Daenerys a la balanceante hierba.

Una piedra giró bajo sus pies. Tropezó con una rodilla y lanzó un grito de pena, esperando contra toda esperanza que su oso la recoja y ayude a ponerse en pie. Cuando giro su cabeza para buscarle, todo lo que vio era un hilo de agua turbia … y la hierba, todavía moviéndose ligeramente. «El viento», se dijo a sí misma, «el viento agita los tallos y hace que se balanceen.» Sólo que el viento no estaba soplando. El sol estaba en lo alto, el mundo en calma y caliente. Mosquitos pequeños pululaban en el aire, y una libélula flotaba en el aire sobre la corriente, revoloteando aquí y allá. Y la hierba se estaba moviendo cuando no tenía motivo para moverse.

Buscó a tientas en el agua, encontró una piedra del tamaño de su puño, la arrancó del barro. Era un mal arma pero mejor que una mano vacía. Por el rabillo de su ojo Dany vio la hierba moverse de nuevo, hacia su derecha. La hierba se balanceó e hizo una reverencia, como estuviera ante un rey, pero ningún rey apareció ante ella. El mundo estaba verde y silencioso. El mundo estaba amarillo, muriendo. «Debería levantarme,» Se dijo a sí misma. «Debo caminar. Debo seguir la corriente.»

A través de la hierba vino un débil tintineo de plata.

«Campanillas», pensó Dany, sonriendo, recordando a Khal Drogo, su sol-y-estrellas, y las campanillas trenzadas en su pelo. «Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este, cuando los mares se sequen y las montañas se mezan como hojas al viento, cuando mi vientre vuelva a agitarse y dé a luz un niño vivo, Khal Drogo volverá a mí.»

Pero ninguna de esas cosas ha pasado. «Campanillas», Dany pensó de nuevo. Sus jinetes de sangre la habían encontrado. —Aggo,— susurro. —Jhogo. Rakharo.— ¿Podía Daario haber venido con ellos?

El mar verde se abrió. Apareció un jinete. Su trenza era negra y brillante, su piel tan oscura como el cobre bruñido, sus ojos en forma de almendras amargas. Las campanillas sonaron en su pelo. Llevaba un cinturón de medallones y un chaleco pintado, con un «arakh» en una cadera y un látigo en la otra. Un arco de caza y un carcaj de flechas estaban colgados de su silla de montar.

«Un jinete, y solo. Un explorador.» Era el que cabalga delante del «khalasar» para encontrar el camino y la buena hierba verde, y husmear enemigos donde sea que pudieran esconderse. Si la encontrara allí, querría matarla, violarla o esclavizarla. En el mejor de los casos, la enviaría de vuelta a las viejas brujas del «dosh khaleen», donde las buenas «khaleesi» debían ir cuando sus khals habían muerto.

Aunque, no la veía. La hierba la ocultaba, y estaba mirando en otro sitio. Dany siguió su mirada, y allí volaba una sombra, con las alas muy extendidas. El dragón estaba en la distancia a una milla, y aún el explorador permanecía inmóvil hasta que su semental comenzó a relinchar aterrado. Entonces se despertó como de un sueño, dio vueltas sobre su montura, y salió corriendo a través de la hierba alta al galope.

Dany miro como se iba. Cuando el sonido de sus cascos se había marchitado a lo lejos hasta silenciarse, empezó a gritar. Llamó hasta que su voz estaba ronca … y Drogon vino, resoplando columnas de humo. La hierba se doblegó ante él. Dany brincó sobre su lomo. Apestaba a sangre y sudor y miedo, pero nada de eso importaba. —Para ir hacia adelante debo ir hacia atrás,— dijo, Sus piernas desnudas se apretaron alrededor del cuello del dragón. Le dio una patada, y Drogon se lanzó a sí mismo al cielo. Su látigo estaba perdido, así que usó sus manos y pies y le giró norte cuarta al noreste, la dirección en que el explorador se había ido. Drogon iba con suficiente voluntad propia; quizá olió el miedo del jinete.

En una docena de latidos del corazón estaban delante del dothraki, mientras galopaba abajo a lo lejos. A derecha e izquierda, Dany vislumbró lugares en los cuales la hierba estaba quemada y en cenizas. «Drogon había venido antes por aquí», se dio cuenta. Como una serie de islas grises, las marcas de sus puntos de caza sobre el mar de hierba verde.

Una inmensa manada de caballos apareció bajo ellos. También había jinetes, unos veinte o más, pero se giraron y huyeron a la primera vista del dragón. Los caballos se separaban y huían cuando la sombra caía sobre ellos, carreras a través de la hierba hasta que a su lado estaba claro y despejado, desgarrando la tierra con sus cascos … pero tan veloces como eran, no podían volar. Pronto un caballo empezó a ir a la zaga de los demás. El dragón descendió sobre él, rugiendo, y de inmediato la pobre bestia estuvo en llamas, pero de algún modo continuó corriendo, gritando con cada paso, hasta que

Drogon aterrizó sobre él y rompió su lomo. Dany se agarró al cuello del dragón con toda su fuerza para guardarse de deslizar.

El cadáver era demasiado pesado para cargar con él de vuelta a su guarida, así que Drogon consumió su pieza allí, desgarrando la carne carbonizada como la hierba quemada alrededor de ellos, el aire lleno de humo disperso y el olor a crin de caballo quemado. Dany, muerta de hambre, se deslizó de su lomo y comió con él, arrancando pedazos de carne humeante del caballo muerto con desnudas, quemadas manos. «En Meereen Era una reina en seda, mordisqueando dátiles rellenos y cordero meloso», recordó. «¿Qué pensaría ahora mi noble marido si pudiera verme?» Hizdahr estaría horrorizado, sin duda. Pero Daario …

Daario se reiría, trincharía un trozo de carne de caballo con su «arakh,» y se agacharía para comer abajo junto a ella.

Mientras el cielo del oeste se volvía del color de un hematoma de sangre, oyó el sonido de caballos aproximándose. Dany se levantó, limpió sus manos sobre su andrajosa ropa, y fue a pararse junto a su dragón.

Así fue como Khal Jhaqo la encontró, cuando medio centenar de guerreros a caballo surgieron del humo disperso.

EPÍLOGO

–No soy un traidor, – declaro el caballero de Griffin Roost. – Soy un hombre del Rey Tommen, y suyo.

Un constante goteo recalcaba sus palabras, mientras la nieve se derretía de su capa y formaba un charco en el piso. La nieve había estado cayendo en Desembarco del Rey durante la mayor parte de la noche y a las afueras la acumulación sobrepasaba por mucho los tobillos. Ser Kevan Lannister se arropo mas en su capa. «»

–Eso decís, Ser. Las palabras se las lleva el viento.

–Entonces permitidme probar la verdad de ellas con mi espada. – La luz de las antorchas hacían que tanto el largo pelo rojo como la barba de Ronnet Connington adquirieran un ardiente toque de llamas. – Enviadme contra mi tío, y os traeré su cabeza, y también la cabeza de su falso dragón.

Los lanceros Lannister con capas carmesí y con yelmos con el penacho de león permanecían a lo largo del muro oeste del salón del trono. Los guardias Tyrell con sus capas verdes permanecían encarados a ellos desde el muro de enfrente. La gelidez en el trono era palpable. A pesar de que ni la Reina Cersei ni la Reina Margaery estaban entre ellos, se podía sentir como sus presencias envenenaban el aire, como fantasmas en un festín.

Tras la mesa donde los cinco miembros del pequeño consejo estaban sentados, el Trono de Hierro se agazapaba como una gran bestia negra, sus púas y garras y cuchillas medio envueltas en sombras. Kevan Lannister podía sentirlo a su espalda, un picazón entre los omoplatos. Era fácil imaginar al viejo Rey Aerys encaramado allá arriba, sangrando de cortes frescos, perdiendo su brillo. Pero hoy el Trono estaba vacío. No había encontrado razones para que Tommen les acompañara. Comprensivo para dejar que el niño permaneciera con su madre. Solo Los Siete conocían cuanto más madre e hijo podrían permanecer juntos antes del juicio de Cersei… y posiblemente de su ejecución.

Mace Tyrell estaba hablando.

–Nos ocuparemos de tu tío y de su fingido hijo a su debido tiempo. – La nueva Mano del Rey estaba sentado en un trono de roble tallado con la forma de una mano, una absurda vanidad que su señoría había producido el día que Ser Kevan accedió a concederle el puesto que codiciaba. – Aguardaras aquí hasta que estemos listos para marchar. Entonces tendrás la oportunidad de demostrar tu lealtad.

Ser Kevan no tuvo ningún problema con eso.

–Escoltar a Ser Ronnet a sus aposentos, – dijo. «Y aseguraos de que permanece allí» quedo sin ser pronunciado. A pesar de sus altas protestas, el Caballero de Griffin Roost continuaba siendo sospechoso. Supuestamente los traidores que habían desembarcado al sur estaban siendo liderados por alguien de su propia sangre.

Mientras los ecos de las pisadas de Connington se apagaban, el Gan Maestre Pycelle agitaba pesadamente su cabeza.

–Su tío una vez estuvo en la misma situación en la que esta el muchacho ahora y le dijo al Rey Aerys la manera en que lo libraría de la cabeza de Robert Baratheon.

«Así sucede cuando un hombre envejece tanto como Pycelle. Todo lo que ves u oyes te recuerda a algo que viste u oíste cuando eras joven» – ¿Cuántos hombres de armas acompañaron a Ser Ronnet a la ciudad? – preguntó Ser Kevan.

–Veinte, – dijo Lord Randyll Tarly, – y la mayoría del viejo grupo de Gregor Clegane. Tu sobrino Jaime los entrego a Connington. Para librarse de ellos, apostaría yo. No llevaban ni un día en Poza de la Doncella cuando uno asesino a un hombre y otro fue acusado de violación. Tuve que colgar al primero y castrar al otro. Si fuera por mí, los enviaría a todos a la Guardia de la Noche, y a Connington con ellos. El Muro es a donde esa escoria pertenece.

–Un perro se parece a su dueño, – declaro Mace Tyrell. – Deberían tomar el negro, estoy de acuerdo. No sufriré por que vayan a la guardia. – Cien de sus hombres de Altojardin habían sido añadidos a los capa doradas, Sin embargo su señoría pretendía resistir cualquier balanceo de hombres del oeste.

«Cuanto más le doy, más quiere.» Kevan Lannister estaba empezando a entender porque Cersei se había vuelto tan resentida hacia los Tyrells. Pero este no era el momento de provocar una riña. Randyll Tarly y Mace Tyrell habían traído ambos ejércitos a Desembarco del Rey, mientras que la mejor parte de las fuerzas de la Casa Lannister permanecían en las Tierras de los Ríos, bien lejos. – Los hombres de la Montaña siempre fueron luchadores, – dijo en un tono conciliador, – y es posible que necesitemos toda espada contra estos traidores. Si realmente es la compañía Dorada, como los murmuradores de Quyburn insisten.

–Llamadlos como deseéis, – dijo Randyll Tarly. – Siguen sin ser más que unos aventureros.

–Quizás, – Dijo Ser Kevan. – Pero cuanto más ignoramos a estos aventureros, más fuertes se hacen. Tenemos un mapa preparado, un mapa de las incursiones. ¿Gran Maestre?

El mapa era precioso, pintado por la mano de un maestre en una hoja del más fino papel Vitela, tan largo que cubría la mesa. – Aquí. – Pycelle señalo con un dedo. Cuando la manga de su tunica se subió, un colgajo de piel pálida pudo ser visto colgando debajo de su antebrazo. – Aquí y aquí. A lo largo de toda la costa, y en las islas. Tarth, los Peldaños de Piedra, incluso Estermont. Y ahora tenemos noticias de que Connington se esta moviendo hacia Bastión de Tormentas.

–Si es Jon Connington, – dijo Randyll Tarly. – Bastión de Tormentas. – gruñó Lord Mace Tyrell. – No podrá tomar Bastión de Tormentas. Ni aunque fuera Aegon el Conquistador. Y si lo hace, ¿Qué pasa? Pertenece a Stannis. Dejemos que el castillo pase de un pretendiente a otro, ¿Por qué debería de molestarnos? Lo recapturare si con ello quedara probada la inocencia de mi hija.

«¿Cómo podrías recapturarlo si par empezar nunca lo has capturado?» – Entiendo, mi señor, pero…

Tyrell no dejo que terminara. – Estos cargos contra mi hija son puercas mentiras. Pregunto de nuevo, *¿Por qué* debemos jugar con una farsa mascara*?* Que el Rey Tommen declare inocente a mi hija, ser, y poner fin a esta locura, aquí y ahora.

«Hacerlo y los susurros acompañaran a Margaery el resto de su vida» – Ningún hombre duda de la inocencia de vuestra hija, mi señor, – mintió Ser Kevan, – pero Su Alta Santidad insiste en un juicio.

Lord Randyll resopló – ¿En que nos hemos convertido, cuando reyes y señores deben bailar al canto de los gorriones?

–Tenemos enemigos por todas partes, Lord Tarly, – Le recordó Ser Kevan. – Stannis en el norte, los hombres de hierro en el oeste, mercenarios al sur. Desafíe al Alto Septon, y tendremos sangre corriendo por los canales de Desembarco del Rey. Si se ve que vamos en contra de los dioses, los piadosos pondrán sus armas al servicio de uno de los usurpadores.

Mace Tyrell permaneció inmóvil. – Una vez Paxter Redwyne barra a los hombres de hierro de los mares, mis hijos retomaran los Escudos. Los nieve lo harán por Stannis o por Bolton. En cuanto a Connington…

–Si es él, – dijo Randyll Tarly, –… en cuanto a Connington, – repitió Tyrell, ¿Qué victoria ha logrado para que tengamos que temerle? Pudo haber terminado con la rebelión de Robert en el Sept de Piedra. Falló. Del mismo modo que la Compañía Dorada siempre ha fallado. Algunos pueden apresurarse a unirse a ellos, si. El Reino esta mejor sin esos idiotas.

Ser Kevan deseo poder compartir su certeza. Había conocido a Jon Connington, un poco-joven-orgulloso, el más obstinado de la pandilla de señoritos jóvenes que se habían reunido en torno al Príncipe Raeghar Targaryen, compitiendo por su favor real. Arrogante, pero capaz y enérgico. Eso, y su habilidad en las armas, fueron el porque el Rey Loco Aerys lo había nombrado su Mano. La inanición del Viejo Lord Merryweather había permitido que la rebelión echara raíces y se extendiera, y Aerys quería a alguien joven y vigoroso que disputaran la juventud y brío de Robert. – Demasiado pronto, – Lord Tywin Lannister había declarado cuando la elección del rey había llegado a Roca Casterly. – Connington es demasiado joven, demasiado atrevido, demasiado ansioso de la gloria.

La Batalla de las Campanas había probado la verdad de ese hecho. Ser Kevan había esperado que después de eso Aerys no tuviera mas remedio que convocar a Tywin una vez más… pero el Rey Loco se había vuelto hacia los Señores Chlested y Rossart en su lugar, y lo pago con su vida y su corona. Sin embargo, eso fue hace mucho tiempo. Si efectivamente es Jon Connington, será un hombre diferente. Más mayor, más fuerte, más maduro… más peligroso. – Connington puede tener más de la Compañía Dorada. Se dice que tiene un pretendiente Targaryen.

–Un fingido muchacho es lo que tiene, – dijo Randyll Tarly. – Eso puede ser. O no. – Kevan Lannister había estado aquí, en esta misma sala cuando Tywin había puesto los cuerpos de los hijos del Príncipe Raeghar a los pies del Trono de Hierro, envueltos en capas carmesí. La niña había sido reconocida como la Princesa Rhaenys, pero el niño… un horror sin rostro de huesos y cerebro y sangre, algunas madejas de pelo rubio. Ninguno de nosotros lo miramos largamente. Tywin dijo que era el Príncipe Aegon, y nosotros aceptamos su palabra. – Del este también proceden estos cuentos. Un segundo Targaryen, y uno cuya sangre no hay hombre que pueda cuestionar. Daenerys de la Tormenta.

–Tan loca como su padre, – declaró Lord Mace Tyrell.

«El mismo padre al que Altojardin y la Casa Tyrell apoyo hasta el fin y más allá» – Puede que este loca, – dijo Ser Kevan, – pero si tanto humo llega al oeste, seguro que hay fuego ardiendo al este.

El Gran Maestre Pycelle balanceo su cabeza. – Dragones. Las mismas historias han llegado a Antigua. Demasiadas para no tenerlas en cuenta. Una reina de cabello plateado con tres dragones.

–En el fin del mundo, – dijo Mace Tyrell. – Reina en la Bahía de Esclavos, si. Bienvenida sea.

–En eso estamos de acuerdo, – dijo Ser Kevan, pero la joven tiene la sangre de Aegon el Conquistador, y no creo que le contente permanecer en Meereen para siempre. Si llega a estas costas y une sus fuerzas a las de Lord Connington y este príncipe suyo, fingido o no… debemos destruir a Connington y a su pretendiente *ahora*, antes de que Daenerys de la Tormenta pueda venir al oeste.

Mace Tyrell cruzó sus brazos, – Me refería a hacer precisamente eso, ser. *Tras* los juicios.

–Los mercenarios luchan por dinero, – declaro el Gran Maestre Pycelle. – Con suficiente oro, podremos persuadir a la Compañía Dorada de que entreguen a Lord Connington y al pretendiente

–Si, si tuviéramos oro, – dijo Ser Harys Swyft. – Ay, mis señores, nuestras bóvedas solo contienen ratas y cucarachas. He vuelto a escribir a los banqueros Myirenses. Si están de acuerdo de encargarse de la deuda de la corona a los Braavosi y extendernos un nuevo préstamo, quizás no tengamos que subir los impuestos. Más sabio…

–Los Magísteres de Pentos también han sido puestos en conocimiento para que presten dinero, – dijo Ser Kevan. – Prueba con ellos. Los hombres de Pentos eran menos confidentes que los cambistas de Myr como para ser de ayuda, pero el esfuerzo valía la pena. A no ser que una nueva fuente de monedas fuera hallada, o el Banco de hierro fuera persuadido a ceder, no tendría más remedio que pagar las deudas de la corona con oro Lannister. No se atrevía a recurrir a nuevos impuestos, no con los Siete Reinos llenos de rebelión. La mitad de los señores en el reino no podrían separar la palabra impuestos de tiranía, y se unirían al usurpador más cercano en un latido si con ello

salvaran sus peniques. – Si eso no funciona, es muy probable que debas ir a Braavos, a tratar con el Banco de Hierro en persona.

–¿Deberé? – Ser Harys se acobardo.

–Eres el maestro de la moneda, – dijo Lord Randyll bruscamente.

–Lo soy. – La nube de pelo blanco al final de la barbilla de Swyft se estremeció de indignación. – ¿He de recordar a mi señor, que este problema no esta entre mis quehaceres? Y no todos hemos tenido la oportunidad de rellenar nuestras arcas con el saqueo de Poza de Doncella y Rocadragon.

–Me molesta su implicación, Swyft, – dijo Mace Tyrell, erizado. – Ninguna riqueza fue hallada en Rocadragon, puedo prometérselo. Los hombres de mi hijo han buscado en cada centímetro de esa isla húmeda y lúgubre y no desenterraron ni una simple gema ni una sola mota de oro. Ni ninguna mención de esos, tesoros de fabulas, huevos de dragón.

Kevan Lannister había visto Rocadragon con sus propios ojos. Dudaba mucho que Loras Tyrell hubiera inspeccionado cada uno de los centímetros de aquel antiguo baluarte. Los Valyrios lo habían erigido, después de todo, y todas sus obras apestaban a brujería. Y Ser Loras era joven, propenso a todos los rasgos temerarios de la juventud, además había sido herido gravemente asaltando el castillo. Pero ello no haría recordar a Tyrell que su hijo predilecto era falible – Si hay riqueza en Rocadragon, Stannis lo habrá encontrado, – declaro.

–Avancemos, mis señores. Tenemos dos reinas que intentan demostrar su inocencia de Alta Traición, si recuerdan bien. Me informa mi sobrina ha elegido un juicio por combate. Ser Robert Strong será su campeón.

– El gigante silencioso. – Lord Randyll hizo una mueca – Dígame, ser, ¿De donde viene este hombre? – exigió saber Mace Tyrell. – ¿Por qué nunca hemos oído su nombre antes? No habla, no muestra su cara, nunca se le ha visto sin su armadura. ¿Sabemos con certeza incluso si es un caballero?

«No sabemos ni si esta vivo». Meryn Trant afirmo que Strong no toma ni comida ni bebida, y Borus Blount fue más lejos al decir que nunca había visto al hombre usar la letrina. «¿Por qué debería? Los hombres muertos no cagan» Kevan Lannister tenia una fuerte sospecha de quien era este Ser Robert que estaba bajo su armadura blanca y reluciente. Una sospecha que Mace Tyrell y Randyll Tarly compartían sin duda. Sea cual sea la cara que se esconde tras el yelmo de Strong, deberá permanecer oculta por ahora. El gigante silencioso era la única oportunidad de su sobrina. «Y rezar para que sea tan terrible como parece».

Pero Mace Tyrell no era capaz de ver más allá de la amenaza a su propia hija. – Su Alteza ha nombrado a Ser Robert de la Guardia Real, – le recordó Ser Kevan, – y Qyburn avala también por el hombre. Sea como fuere necesitamos que Ser Robert prevalezca, mis señores. Si mi sobrina es hallada culpable, la legitimidad de su hijo será puesta en entre dicho. Si Tommen deja de ser rey, Margaery dejara de ser reina. – Dejo que Tyrell mascara eso por un momento. – Sea lo que fuera que Cersei hiciera, continua

siendo una hija de la Roca, de mi propia sangre. No dejare que muera como una traidora, pero me he asegurado de sacarle los colmillos. Toda su guardia ha sido despedida y sustituida con la mía. En lugar de sus damas de honor, de ahora en adelante será atendido por tres novicias seleccionadas por el Alto Septon. Ella no volverá a tener voz en el gobierno del reino, ni en la educación de Tommen. Me refiero a que regresara a Roca Casterly tras el juicio y me asegurare de que permanece allí. Eso será suficiente.

El resto se lo cayó. Cersei era mercancía sucia, su poder había finalizado. Cada hijo de panadero y mendigos de la ciudad la habían visto en su vergüenza y cada tarta y curtidor del Lecho de Pulgas la habían contemplado en su desnudez, sus ansiosos ojos arrastrándose por sus pechos, por su vientre y por sus partes de mujer. Ninguna reina puede esperar reinar tras eso. En oro y seda y esmeraldas Cersei había sido una reina, lo siguiente a una diosa; desnuda, era solo humana, una mujer de edad avanzada con estrías en su vientre y tetas que habían comenzado a caer… como las musarañas se había alegrado de señalar a sus maridos y amantes. «Mejor vivir avergonzada, que morir orgullosa», se dijo Ser Kevan – Mi sobrina no hará mas daño, – Prometió a Mace Tyrell. – Tenéis mi palabra, mi señor.

Tyrell hizo un gesto de mala gana. – Como digáis. Mi Margaery prefiere un juicio por la fe, por lo que todo el reino puede ser testigo de su inocencia.

«Si tu hija es tan inocente como quieres hacernos creer, ¿Por qué tendrás a tu ejercito presente cuando se enfrente a sus acusadores?» Habría podido preguntar Ser Kevan – Pronto, espero, – dijo en su lugar, antes de girarse al Gran Maestre Pycelle. – ¿Hay algo más?

El Gran Maestre Pycelle consulto sus papeles. – Debemos abordar la herencia de Rosby. Se han planteado seis reclamaciones.

–Podemos resolver lo de Rosby en una fecha posterior. ¿Qué mas?

–Deben hacerse las preparaciones para la Princesa Myrcella.

–Esto es lo que sucede por tratar con los Dornienses, – dijo Mace Tyrell. – Seguramente se podría haber encontrado una mejor pareja para la chica.

«¿Cómo tu propio hijo Willas, quizás? Desfigurada por un Dorniense, cojo por otro» – Sin duda, – dijo Ser Kevan, – pero ya tenemos suficientes enemigos sin tener que ofender a Dorne. Si Doran Martell fuera a unir sus fuerzas a Connington en apoyo a su fingido dragón, las cosas podrían ir muy mal para todos nosotros.

–Quizás podamos persuadir a nuestros amigos Dornienses para hacer frente a Lord Connington, – dijo Ser Harys Swyft con una risita irritante. – Eso seria un ahorro considerable de sangre y problemas.

–Sería, – dijo Ser Kevan cansado. Hora de poner fina aquello. – Gracias, mis señores. Reunamos otra vez dentro de cinco días. Tras el juicio de Cersei.

–Como diga. Que el Guerrero otorgue fuerza a los brazos de Ser Robert. – Las palabras salieron de mala gana, La inclinación de la barbilla de Mace Tyrell ofreció al Lord

Regente la más superficial de las reverencias. Pero era algo, y por tanto Ser Kevan estaba agradecido.

Randyll Tarly abandonó la sala con su señor feudal, sus hombres de capa verde tras él. «Tarly es el verdadero peligro», pensó Ser Kevan mientras observaba como se marchaba. «Un hombre estrecho, pero con férrea voluntad y astuto, y tan buen soldado como el Dominio podía presumir. Pero, ¿cómo puedo ganarle para nuestro lado?»

–Lord Tyrell no me ama, – dijo el Gran Maestre Pycelle en un tono sombrío cuando la Mano se había marchado. – Este asunto del te la luna… yo nunca he hablado de el, pero la Reina Viuda me lo ordenó. Si le place al Lord Regente, dormiría más placidamente si pudiera prestarme algunos de sus guardias.

–Lord Tyrell podría tomarlo de un modo inoportuno.

–Estoy en la necesidad de guardias para mi mismo. Son tiempos peligrosos. – dijo Ser Harys tirándose de la barba.

«Si,» pensó Kevan Lannister, «y Pycelle no es el único miembro del consejo que nuestra Mano desearía reemplazar» Mace Tyrell tenía su propio candidato para Lord tesorero: su tío, Lord Senescal de Altojardín, a quien los hombres llamaban Garth El Bruto. «Lo ultimo que necesito es otro Tyrell en el pequeño consejo». Ya lo superaban en número. Ser Harys era el padre de su esposa, y también podía contar con Pycelle. Pero Tarly había realizado juramento a Altojardin, al igual que Paxter Redwyne, Lord Almirante y señor de los buques, navegando en la actualidad con su flota alrededor de Dorne para hacer frente a los hombres de hierro de Euron Greyjoy. Una vez Redwyne regresara a Desembarco del Rey, el consejo se equilibraría en tres a tres, Lannister y Tyrell.

La séptima voz sería la de la Dorniense que ahora escoltaba a Myrcella a casa. «La Señora Nym. Pero no señora, si la mitad de lo que Qyburn informa es cierto» Una hija bastarda de la Víbora Roja, tan escandalosa como su padre y con la intención de reclamar el asiente que el Príncipe Oberyn mismo había ocupado tan brevemente. Ser Kevan aún no había visto la manera de informar a Mace Tyrell de su llegada. La Mano, sabía él, no estaría satisfecha. «A quien necesitamos es a Meñique. Petyr Baelish tenia un don para conjurar dragones del aire».

–Contratar a los hombres de la Montaña, – sugirió Ser Kevan. – Red Ronnet no podrá sacarles más provecho. – No creía que Mace Tyrell sería tan torpe como para intentar asesinar a Pycelle o Swyft, pero si los guardias les hacían sentir seguros, dejaría que los tuvieran,

Los tres hombres caminaron juntos desde la sala del trono. Fuera la nieve se arremolinaba alrededor de la sala exterior, una bestia enjaulada aullando para ser libre. – ¿Alguna vez sentisteis un frío así? – pregunto Ser Harys.

–El momento para hablar del frío, – dijo el Gran Maestre Pycelle, – no es cuando estamos frente a él. – Continúo su camino despacio, a través de la sala exterior, de vuelta a sus aposentos.

Los otros se quedaron en las escaleras de la habitación del Trono por un momento. – No tengo fe en esos banqueros Myrenses, – dijo Ser Kevan a su suegro. – Mejor que te prepares para viajar a Braavos.

Ser Harys no parecía feliz ante la perspectiva. – Si tengo que hacerlo. Pero de nuevo digo, que estos problemas no pertenecen a mis quehaceres.

–No. Era Cersei quien decidió que el Banco de Hierro debía de esperar para cobrar su deuda. ¿He de enviarla a ella a Braavos?

Ser Harys parpadeo – Su Gracia… eso… eso…

Ser Kevan lo rescato. – Eso fue una broma. Una mala broma. Ve y busca un fuego caliente. Yo haré lo mismo. – Se enguanto las manos y salio por el patio, lanzándose fuerte al viento mientras su capa se rasgaba y se arremolinaba tras él.

El foso seco que rodea el Torreón de Maegor era de solo tres pies de profundidad con la nieve, los clavos de hierro que se alineaban brillaban helados. La única manera de entrar o salir de Maegor era atravesar el puente levadizo que abarcaba aquel foso. Un caballero de la Guardia Real estaba siempre apostado en su extremo. Esta noche, el deber había recaído a Ser Meryn Trant. Con Balon Swann cazando al pícaro caballero Darkstar en Dorne, Loras Tyrell gravemente herido en Rocadragon, y Jaime desparecido en la Tierra de los Ríos, solo cuatro de las espadas blancas quedaban en Desembarco del Rey, y Ser Kevan había arrojado a Osmund Kettleblack (y a su hermano Osfryd) a las mazmorras tras la confesión de Cersei de que los había tomado como amantes. Solo quedaban Trant, el débil Boros Blount, y el monstruo mudo de Qyburn Robert Strong para proteger al joven rey y a la familia real.

«Necesito encontrar nuevas espadas para la Guardia Real» Tommen debe tener siete buenos caballeros con él. En el pasado la Guardia Real era un servicio de por vida, pero eso no impidió a Joffrey despedir a Ser Barristan Selmy para poner en su lugar a su perro, Sandor Clegane. Kevan podía hacer uso de ese precedente. «podría poner a Lancel una capa blanca» reflexionó. «Hay más honor en eso del que nunca encontrara en los hijos del Guerrero»

Kevan Lannister colgó su capa hundida por la nieve dentro del solar. Se quito las botas, y ordeno a su sirviente traer leña fresca para su fuego. – Una copa de vino caliente especiado entraría bien, – dijo mientras se acomodaba junto a la chimenea. – Ve a por él.

El fuego pronto le calentó la piel, y el vino calido lo calentó por dentro. También le dio sueño, así que no se atrevió a beber otra copa. Su día aún estaba lejos de terminar. Tenía informes que leer, cartas que escribir. «Y la cena con Cersei y el rey». Su sobrina había sido sometida y era sumisa tras su camino de expiación, gracias a los dioses. Las novicias que la atendían decían que pasaba un tercio de sus horas de vigilia con su hijo, otro tercio en oración y otro en su bañera. Se bañaba cuatro o cinco veces al día, se frotaba fuertemente con cepillos de pelo de caballo y jabón de lejía fuerte, como si pretendiera arrancarse la piel.

«Nunca podrá limpiar la mancha, no importa lo fuerte que frote». Ser Kevan recordó a la niña que una vez fue, tan llena de vida y travesuras. Y cuando floreció, ahhhhh…. ¿hubo alguna vez una dama tan dulce de mirar? «Si Aerys hubiera accedido a casarla con Raeghar, ¿Cuántas muertes se habrían evitado?». Cersei podría haber dado al príncipe los hijos que quisiera, leones con ojos púrpura y melenas de plata… y con semejante esposa, Raeghar nunca se hubiera fijado dos veces en Lyanna Stark. La norteña tenía una belleza salvaje, como recordó, a pesar de que una antorcha puede arder, nunca podrá igualar a la salida del sol.

Pero no servia de nada pensar en batallas perdidas y caminos no tomados. Era un vicio de los hombres mayores. Raeghar se había casado con Elia de Dorne, Lyanna Stark estaba muerta, Robert Baratheon había tomado a Cersei por novia, y hasta allí habían llegado. Y esta noche su propio camino le llevaría a las cámaras de su sobrina a encararse con Cersei.

«No tengo razón para sentir culpa,» se dijo Ser Kevan «Tywin lo habría entendido, seguramente. Fue su hija la que trajo la vergüenza a nuestro nombre, no yo. Lo que hago lo hago por la Casa Lannister».

No es como si su hermano no hubiera hecho lo mismo. En los últimos años de su padre, después de la muerte de su madre, su padre había tomado a la hija hermosa de un fabricante de velas como amante. No era extraño para un Lord viudo tomar una chica común como calienta camas… pero Lord Tytos pronto comenzó a sentar a aquella mujer a su lado en el salón, bañándola con regalos y honores, incluso preguntando sus puntos de vista en asuntos del estado. Pasado un año, ella despedía sirvientes, ordenando a los caballeros de su casa, incluso hablando en el nombre de su señoría cuando este estaba indispuesto. Llego a ser tan influyente que en Lannisport se decía que cualquier hombre que deseara que su pedido fuera escuchado debía arrodillarse ante ella y hablar en voz alta hacia su regazo… ya que el oído de Tytos Lannister estaba entre las piernas de su dama. Ella incluso se había atrevido a llevar las joyas de su madre.

Hasta el día en que el corazón de su padre había estallado en su pecho cuando estaba subiendo una empinada escalera hacia la cama de ella. Todos los egoístas que se habían nombrado amigos de ella y habían cultivado su amistad la habían abandonado lo suficientemente rápido cuando Tywin la había desnudado y paseado por Lannisport a los muelles, como una prostituta común. Aunque ningún hombre puso una mano sobre ella, esa exhibición supuso el fin de su poder. Seguramente Tywin nunca hubiera soñado que esa misma suerte caería sobre su dorada hija.

–Tenía que ser, – murmuro Ser Kevan terminando el vino. Su Alta Santidad debía ser apaciguado. Tommen necesitaba la Fe tras él en las batallas venideras. Y Cersei… la dorada niña había crecido en vano, idiota y codiciosa. Si se le permita gobernar, arruinaría a Tommen como había arruinado a Joffrey.

Fuera, el viento iba en aumento, arañando las ventanas de su cámara. Ser Kevan se puso en pie. Hora de enfrentarse a la leona en su guarida. «Hemos arrancado sus garras. Jaime, sin embargo… Pero no, él no se crío así»

Se puso un viejo y gastado doblete, en caso de que su sobrina tuviera en mente arrojarle otra copa de vino a su cara, pero dejo el cinto con su espada en la silla. Solo a los Caballeros de la Guardia Real se les permitía llevar espadas en la presencia de Tommen.

Ser Boros Blount estuvo en la compañía del rey y su madre cuando Ser Kevan entro a las cámaras reales. Blount vestía escamas esmaltadas, capa blanca y yelmo. No tenía buen aspecto. Últimamente Boros había engordado notablemente por la cara y el estomago, y su color no era bueno. Y estaba apoyado contra el muro tras él, como si permanecer de pie resultara un esfuerzo demasiado grande.

La comida fue servida por tres novicias, niñas limpias de buenas familias de edades entre doce y dieciséis. En sus prendas de lana blanca y suave, cada una parecía mas inocente que la anterior, sin embargo, el Alto Septon había insistido en que ninguna joven pasara más de siente días al servicio de la Reina, para impedir que Cersei la corrompiera. Tendían el armario de Cersei, limpiaban su baño, servían su vino, cambiaban sus sabanas a la mañana. Una compartía la cama de la reina todas las noches, para asegurarse que la reina no tenía ninguna otra compañía; las otras dos dormían en un cuarto contiguo con la septa quien las vigilaba.

Una chica alta como una cigüeña con la cara picada de viruela le acompaño a la presencia real. Cersei se levanto en cuanto entro y le dio un beso en la mejilla. –Querido tío. Eres muy bueno por acompañarnos en esta cena. – La reina vestía modestamente como cualquier matrona, con un vestido marrón oscuro abotonado hasta su garganta y una capucha verde que cubría su cabeza rapada. Antes del paseo habría hecho alarde de su calvicie bajo una corona dorada. – Ven, siéntate, – dijo. – ¿Deseáis vino?

–Una copa. – Se sentó, aún con dudas.

Una novicia pecosa lleno sus copas con vino caliente especiado. – Tommen me cuenta que Lord Tyrell intenta reconstruir la Torre de la Mano, – dijo Cersei.

Ser Kevan asintió con la cabeza. – Dice que la nueva torre será dos veces más alta que la que tú quemaste.

Cersei dejo escapar una risa gutural. – Lanzas largas, altas torres… ¿Esta Lord Tyrell haciendo alusión a algo?

Eso le hizo sonreír. «Es bueno que todavía recuerde como sonreír» Cuando le pregunto si tenia todo lo que requería, la reina dijo, – Estoy bien servida. Las chicas son dulces, y las buenas septas se aseguran de que digo mis oraciones. Pero una vez mi inocencia sea probada, me complacería que si Taena Merryweather pudiera atenderme una vez más. Podría traer a su hijo a la corte. Tommen necesita otros niños a su alrededor, amigos de noble cuna.

Era una petición modesta. Ser Kevan no vio razón por la que no debía concedérsela. El mismo podría fomentar al chico de Merryweather, mientras Lady Taena acompañaría a Cersei de vuelta a Roca Casterly. – La mandare buscar tras el juicio, – prometió.

La cena empezó con sopa de carne de res y cebada seguida por un par de codornices y un lucio asado de tres pies de largo, setas y un montón de pan caliente y mantequilla. Ser Boros probó todos los platos que pusieron delante del rey. Un deber humillante para un Caballero de la Guardia Real, pero tal vez todo de lo que Blount era capaz estos días… y sabio, tras el modo en que había muerto el hermano de Tommen.

El Rey parecía más feliz de lo que Kevan Lannister lo había visto en mucho tiempo. Desde la sopa Tommen borboteaba las hazañas de sus cachorros, mientras los alimentaba con trozos de lucio de su plato real. – El gato malo estaba fuera de mi ventana la pasada noche, – informo a Kevan en un momento dado, – pero Ser Ponce silbo y salio corriendo por los tejados.

–¿El gato malo?, – dijo Ser Kevan divertido. «Es un niño meloso.»

–Un gato viejo con una oreja desgarrada. – le dijo Cersei. – Una cosa sucia y de mal genio. Araño la mano de Joff una vez. – Ella hizo una mueca. – Los gatos cazan a las ratas, ya lo se, pero ese… sabe como atacar a los cuervos en la colonia.

–Pediré a los rateros que preparen una trampa para él. – Ser Kevan no podía recordar haber visto nunca a sus sobrina, tan tranquila, tan tenue, tan recatada. Todo por el bien, supuso. Pero también lo ponía triste. «Su fuego se apaga, ella que brillaba tanto que quemaba». – No has preguntado por tu hermano, – dijo él. Mientras esperaban los pasteles de crema. Los pasteles de crema eran los favoritos del rey.
Cersei levanto la barbilla, sus ojos verdes brillaban a la luz de las velas. – ¿Jaime? ¿Has tenido noticias suyas?

–Ninguna. Cersei, puede que debas prepárate para…

–Si estuviera muerto, lo sabría. Vinimos al mundo juntos, tío. No se marcharía sin mí. – Bebió un sorbo de vino. – Tyrion puede marcharse cuando lo desee. No tienes noticias suyas tampoco, supongo.

–Últimamente nadie ha intentado vendernos una cabeza de enano, no.

Ella asintió. – Tío, ¿puedo hacerte una pregunta?

–Lo que quieras

–Tu esposa… ¿has pensado en traerla a la corte?

–No. – Dorna era un alma dulce, nunca se sentía cómoda si no estaba en casa con amigos y parientes a su alrededor. Lo había hecho bien con sus hijos, soñaba con tener nietos, rezaba siete veces al día, amaba los bordados y las flores. En Desembarco del Rey sería tan feliz como uno de los cachorros de Tommen en un foso de víboras. – A mi señora esposa le disgusta viajar. Lannisport es su lugar.

–Es una sabia mujer que conoce su lugar.

–Creo que ya lo hice. – Cersei le tendió su copa. La niña pecosa la lleno una vez más. Los pasteles de crema aparecieron entonces, y la conversación tomo un giro más ligero.

Solo después de que Tommen y sus gatitos fueran escoltados a la alcoba real por Ser Boros la conversación se volvió hacia el juicio de la reina.

No le gustaba como sonaba eso. – Di lo quieres decir.

–Creo que ya lo hice. – Cersei le tendió su copa. La niña pecosa la lleno una vez más. Los pasteles de crema aparecieron entonces, y la conversación tomo un giro más ligero. Solo después de que Tommen y sus gatitos fueran escoltados a la alcoba real por Ser Boros la conversación se volvió hacia el juicio de la reina.

–Los hermanos de Osney no permanecerán sin hacer nada viéndolo morir, – le advirtió Cersei.

–No esperaba que lo hicieran. He detenido a ambos. – Eso pareció tomarla por sorpresa.

–¿Por qué crimen?

–Fornicación con una reina. Su Alta Santidad dice que has confesado que los llevaste a la cama a ambos, ¿lo habías olvidado?

Su rostro enrojeció. – No. ¿Qué vas a hacer con ellos?

–El Muro, si admiten su culpa. Si lo niegan, podrán enfrentarse a Ser Robert. Hombres como ellos nunca deberían de llegar tan alto.

Cersei bajo la cabeza. – Yo… yo me equivoque con ellos.

–Te equivocaste con un buen número de hombres, por lo que parece.

Podría haber dicho más, pero la novicia de pelo oscuro con las mejillas redondas regresó y dijo. – Mi señor, mi señora, siento interrumpir, pero hay un chico abajo. El Gran Maestre Pycelle suplica la presencia del Lord Regente inmediatamente.

«Alas negras, palabras negras» Pensó Ser Kevan. «¿Habrá caído Bastión de Tormentas? O puede que sean noticias de Bolton desde el norte»

–podrían ser noticias de Jaime, – dijo la reina.

Solo había una manera de saberlo. Ser Kevan se levanto – Ruego me disculpe. – Antes de que se marchara, se arrodillo y beso la mano de su sobrina. Si su silencioso gigante la fallaba, pudiera ser el último beso que ella sintiera.

El mensajero era un niño de ocho o nueve años, tan envuelto en una piel que parecía un cachorro de oso. Trant le había mantenido a la espera en el puente levadizo antes de permitir que pasara al interior de Maegor. – Ve a buscar un fuego, chico. – le dijo Ser Kevan, dejando un penique en su mano. – Conozco el camino a la pajarera bastante bien.

Por fin la nieve había dejado de caer. Tras un velo de nubes irregulares, una luna llena flotaba gorda y blanca como una bola de nieve. Las estrellas brillaban frías y distantes.

Mientras Ser Kevan recorría su camino a través del patio interior, el castillo parecía un lugar extraño, donde a cada torre y muro le habían crecido dientes de hielo, y todos los caminos familiares habían desaparecido bajo una manta blanca. Una vez un carámbano largo como una lanza cayo y estallo en sus pies. «Otoño en Desembarco del Rey» meditó. «¿Cómo debe de ser en el Muro?»

La puerta fue abierta por una sirvienta, una cosa flaca en un manto forrada de piel demasiado grande para ella. Ser Kevan sacudió la nieve de sus botas, se quito la capa y se la arrojo. – El Gran Maestre me espera, – anuncio. La joven asintió, solemne y silenciosa, y señalo a las escaleras.

Las cámaras de Pycelle estaban bajo la pajarera, una amplia suite de habitaciones llenas de estanterías con hierbas y ungüentos y pociones y estantes abarrotados de libros y pergaminos. En los días calurosos Ser Kevan siempre lo había encontrado incomodo. Esta noche no. Una vez pasada la puerta, el frío era palpable. Ceniza negra y ascuas negras eran todo lo que quedaba en la chimenea. Unas pocas velas iluminaban la estancia aquí y allí.

El resto estaba en sombra… excepto bajo la ventana abierta, donde una lluvia de cristales de hielo brillaban bajo la luz de la luna, flotando en el viento. En la ventana había un cuervo merodeando, pálido, enorme con las plumas erizadas. Era el cuervo más grande que Kevan Lannister había visto en su vida. Mayor que el más grande de los búhos. Con la nieve a su alrededor, y la luna pintándolo de plata.

«Plata no. Blanco. El pájaro es blanco»

Los cuervos blancos de la ciudadela no llevaban mensajes, como lo hacían sus oscuros primos. Cuando salían de Antigua, era para un único propósito: para anunciar un cambio de estación.

«Invierno,» dijo Ser Kevan. La palabra provoco una neblina blanca en el aire. Se aparto de la ventana.

Entonces algo le golpeo duramente en el pecho entre las costillas, duro como el puño de un gigante. El golpe se llevo su aliento y lo envió tambaleante hacia atrás. El cuervo blanco alzo el vuelo, golpeando con sus alas pálidas su cabeza. Ser Kevan medio sentado medio caído sobre la ventana. «Que… Quien…» Un virote se hundía en su pecho casi hasta las plumas. «No. No, así fue como murió mi hermano». La sangre se vertía por el asta. – Pycelle, – murmuro, confuso. – Ayudadme… yo…

Entonces le vio. El Gran Maestre Pycelle estaba sentado en su mesa, su cabeza apoyada en el gran tomo encuadernado ante él. «Durmiendo,» pensó Kevan… hasta que parpadeo y vio la herida de color rojo oscuro en el cráneo del viejo hombre y la sangre acumulada bajo su cabeza, tiñendo las paginas de su libro. Todo alrededor de su vela eran trozos de hueso y cerebro, islas en un lago de cera derretida.

«Él quería guardias,» pensó Ser Kevan. «Debí enviar guardias con él.» ¿Podía haber tenido Cersei alguna razón para ello? ¿Era este un trabajo de su sobrina? – ¿Tyrion? – Llamó –– ¿Dónde…?

–Muy lejos, – replicó una voz familiar.

Se puso en pie en un pozo de sombra de una estantería, regordete, con el rostro pálido, apoyado en su espalda, sosteniendo una ballesta con sus suaves y polvorientas manos. Unas zapatillas de seda envolvían sus pies.

–¿Varys?

El eunuco bajo la ballesta. – Ser Kevan. Perdonadme si podéis. No le deseaba mal alguno. Esto no esta hecho con ninguna malicia. Ha sido por el reino. Por los niños.

«Tengo niños. Tengo una mujer. Oh, Dorna» El dolor se apodero de él. Cerró los ojos y los volvió a abrir – Hay… hay cientos de guardias Lannister en este castillo.

–Pero ninguno en esta habitación, por suerte. Esto me duele, mi señor. No merecía morir a solas en semejante noche, tan fría y oscura. Hay muchos hombres como usted, buenos hombres al servicio de causas malas… pero que amenazan con deshacer todo el buen trabajo de la reina, reconciliando Altojardin con Roca Casterly, vinculando la fe a su pequeño rey, uniendo los Siete Reinos bajo el dominio de Tommen. Así que…

Una ráfaga de viento sopló. Ser Kevan se estremeció violentamente.

–¿Tenéis frío, mi señor?, – pregunto Varys. – Perdonadme. El Gran Maestre se mancho en su muerte, y el hedor era tan abominable que pensé que podría ahogarme.

Ser Kevan intento levantarse, pero las fuerzas lo habían abandonado. No podía sentir sus piernas.

–Pensé en la ballesta a propósito. Compartió muchas cosas con Lord Tywin, ¿Por qué no esto? Su sobrina creerá que los Tyrells le han asesinado, quizás con el beneplácito del Gnomo. Los Tyrells sospecharan de ella. Alguien en algún sitio hallará un modo de culpar a los Dornienses. Duda, división, y desconfianza devoraran todo el suelo bajo su rey niño, mientras Aegon alzara su estandarte sobre Bastión de Tormentas y los señores del reino se reunirán en torno a él.

–¿Aegon? – Por un momento no entendió. Entonces recordó. Un bebe envuelto en un manto carmesí, la tela manchada con su sangre y sesos. – Muerto. Él esta muerto.

–No. La voz del eunuco parecía más profunda. – Él esta aquí. Aegon ha sido formado desde antes de que pudiera caminar. Ha sido entrenado en armas, como corresponde a un caballero, pero ese no ha sido el final de su educación. Sabe leer y escribir, habla varios idiomas, ha estudiado historia y leyes y poesía. Una septa le ha instruido en los misterios de la Fe desde que tuvo edad suficiente pare entenderles. Ha vivido con pescadores, trabajó con sus manos, nadando en los ríos y zurciendo redes y aprendiendo a limpiar su propia ropa su fuera necesario. Puede pescar y cocinar y vendar una herida, sabe lo que es tener hambre, ser cazado, sentir miedo. A Tommen le han enseñado que la realeza es un derecho. Aegon sabe que la realeza es un deber, que un rey debe anteponer a su pueblo primero, y vivir y gobernar por ellos.

Kevan Lannister intento gritar… a sus guardias, a su esposa, a su hermano… pero las palabras no salieron. La sangre babeo de su boca. Se estremeció violentamente.

–Lo siento. – Varys retorció las manos. – Esta sufriendo, lo sé, sin embargo aquí estoy yo comportándome como una vieja tonta. Es hora de poner fin a esto. – El eunuco apretó sus labios y soltó un pequeño silbido.

Ser Kevan estaba frío como el hielo, y cada respiración laboriosa enviaba una puñalada fresca de dolor a través suyo. Divisó movimiento, escucho el suave sonido de pisadas de zapatillas en la piedra. Un niño emergió de la oscuridad, un muchacho pálido con una tunica andrajosa, no tendría más de nueve o diez años. Otro más surgió detrás de la silla del Gran Maestre. La chica que le había abierto la puerta también estaba allí. Estaban a su alrededor, media docena de ellos, chicos de cara pálida con los ojos oscuros, chicos y chicas juntos.

Y en sus manos, las dagas.